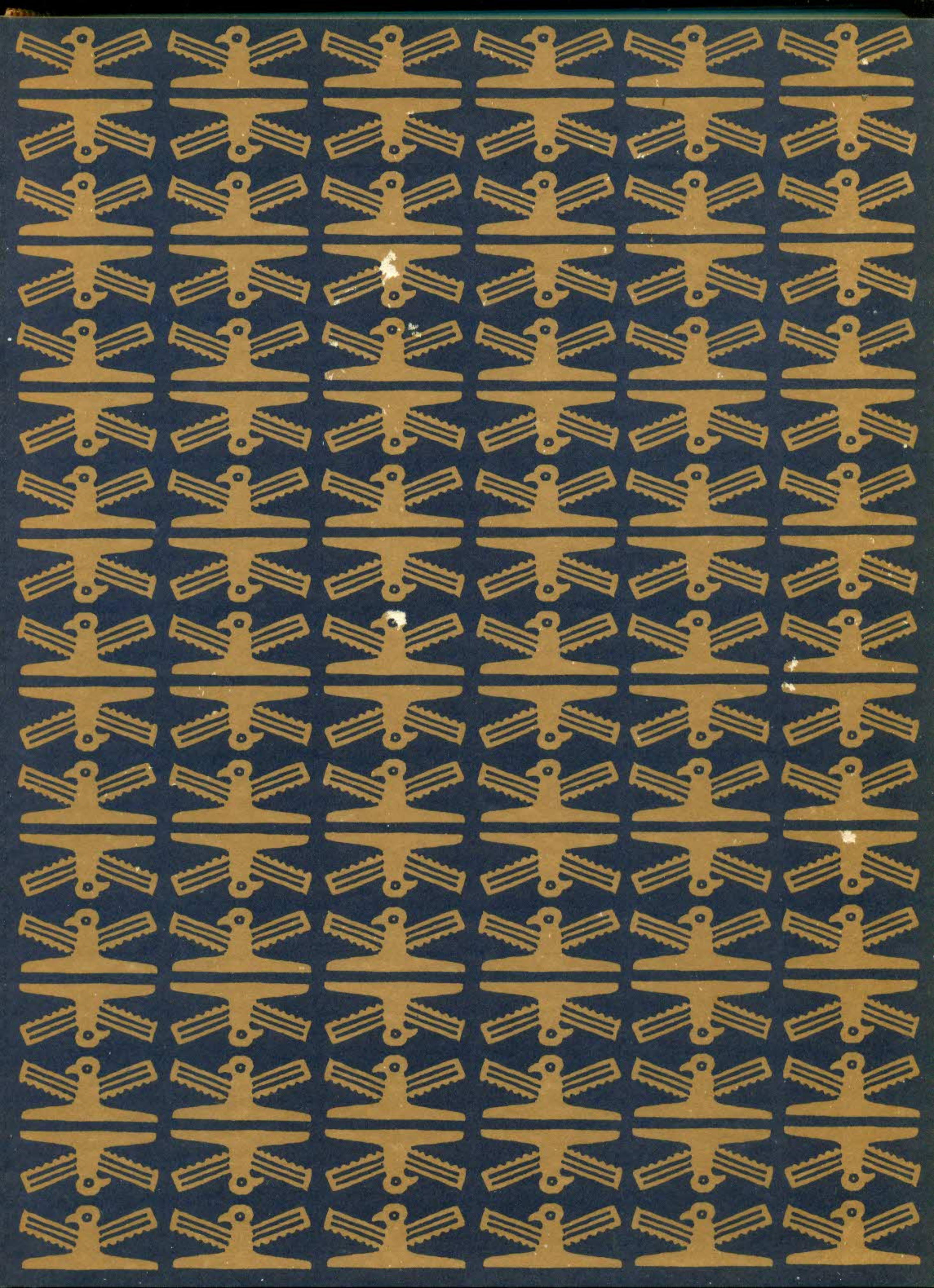
GRAN ENCICLOPEDIA DE COLOMBIA

CIRCULO DE LECTORES



GRAN ENCICLOPEDIA DE COLOMBIA





Plan de la Obra

1. Historia*
2. Historia**
3. Geografía
4. Literatura
5. Cultura
6. Arte
7. Instituciones
8. Economía
9. Biografías*
10. Biografías**
11. Cronología e Indices

Consejo Editorial

GRAN ENCICLOPEDIA DE COLOMBIA

TEMATICA

5
Cultura

Director Académico
Darío Jaramillo Agudelo

CIRCULO DE LECTORES

Dirección de Proyecto
Fernando Wills Franco

Edición y Coordinación
Camilo Calderón Schrader

Gerencia de Realización
Daniel Enrique Calderón Schrader

Realización
Cordillera Editores Ltda.
Carrera 13 Nº 13-24, Bogotá

Editores Asistentes
Patricia Torres Londoño
Oscar Torres Duque

Investigación Gráfica
María Clara Martínez Rivera

Diseño
Alvaro Garrido
Dieter Bortfeldt

Fotografía
Ernesto Monsalve Pino

Producción
Mario Bertieri
Dieter Bortfeldt

Fotocomposición y Artes
Grupo Editorial 87 Ltda.
Jacqueline Prada
Gloria Isabel Porras

Fotolitos
ABC Scanner y otros

Impresión y encuadernación
Printer Colombiana S.A.

Santafé de Bogotá, D.C. 1996

Impreso en Colombia

ISBN 958-28-0330-4 (Volumen 5)
ISBN 958-28-0294-4 (Colección completa)

Licencia editorial de
Editorial Printer Latinoamericana Ltda. para
Círculo de Lectores, S.A.

Colaboradores

Hortensia Alaix de Valencia

Popayán, 1939. Licenciada en Literatura y Lengua Española. Profesora, Departamento de Español y Literatura, Facultad de Humanidades, Universidad del Cauca. Jefe, Departamento de Filosofía y Literatura, Facultad de Humanidades (1980-1983); Secretaria Académica, Facultad de Humanidades (1983); Miembro del Comité Curricular, Departamento de Español y Literatura (1989-1991), Universidad del Cauca. Miembro de Número, Academia de la Historia del Cauca. En el cuarto volumen de esta obra: "Poesía negra en Colombia"; en este volumen: "Autos sacramentales en Popayán".

Carlos Gustavo Alvarez Guzmán

Bogotá, 1957. Autodidacta. Redactor de *El Tiempo* (1979-1981); Director, revista *Elenco* de *El Tiempo* (1981-1990); Editor Cultural, *El Tiempo*; Libretista, Jorge Barón Televisión y Caracol Televisión; Fundador de la revista *Cableguía*. Reportajes y artículos en: *Elenco, Carrusel, Lecturas Dominicales, Habitar* y *Cronómetro*; autor de las columnas: "Televista" y "Primera fila" (*El Tiempo*), "Papelera" (*Lecturas Dominicales*) y "Comentarios del director" y "Televidentes" (*Elenco*); autor de libretos para televisión: "Tango negro", "Don Camilo", "Dejémonos de vainas", "Te quiero, Pecas" y "Calamar". Ha publicado cuentos en: *Concurso Nacional de Cuento Universidad de Medellín* (1983), *Antología de lecturas amenas, Narrativa colombiana contemporánea* y *Cuatro narradores colombianos*; autor del ensayo "El daño que divierte" (sobre la influencia de la televisión en los niños), en: *Juicio a la televisión* (Bogotá, Nikos/Oveja Negra, 1985). En este volumen: "La televisión en Colombia".

Diego Gerardo Becerra Ardila

Buenaventura (Valle), 1956. Sociólogo, Universidad Nacional de Colombia. Investigador, Colciencias, proyecto "Historia social de las ciencias en Colombia" (1983- 1984); Investigador, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, proyecto "Historia de la ciencia y la técnica y enseñanza de las ciencias en Colombia" (1988-1989); Investigador, Colciencias, proyecto "Proceso de transformaciones históricas en la relación sociedad-naturaleza en Colombia" (1988); Asesor Técnico, Departamento Nacional de Planeación, proyecto "Misión de ciencia y tecnología en lo relacionado con la estructura científica y sus nexos con el entorno social" (1989-1990); Profesor de Sociología, Fundación Universitaria Konrad Lorenz (1989-1991); Profesor de Sociología Industrial, Universidad Cooperativa de Colombia, INDESCO (1990); Profesor de Ciencia y tecnología y Tecnología y sociedad, Departamento de Tecnología, y de Filosofía de las ciencias, Departamento de Física, Universidad Pedagógica Nacional (1990-1992). En este volumen: "Las ciencias en Colombia", en colaboración con Olga Restrepo Forero.

Myriam Díaz Moreno

Bogotá, 1959. Licenciada en Filología e Idiomas con especialización en Español y Lenguas Clásicas, Universidad Nacional de Colombia (1986); Profesora de Latín y Griego clásicos; Investigadora independiente. En este volumen: "La prensa literaria en el siglo XIX".

Alberto Donadío Copello

Cúcuta, 1953. Abogado, Universidad de los Andes; Periodista e Investigador. Miembro fundador, Unidad Investigativa de *El Tiempo*. Autor de: *Banqueros en el banquillo* (1983); *¿Por qué cayó Jaime Michelsen?* (1984); *El espejismo del subsidio familiar* (1985). Coautor, con Silvia Galvis, de: *Colombia nazi*, Bogotá, Planeta, 1986; *El Jefe Supremo*, Bogotá, Planeta, 1988. En el segundo volumen de esta obra: "Gobierno de Gustavo Rojas Pinilla"; en este volumen: "El periodismo en el siglo XX".

Lina Espitaleta de Villegas

Cartagena, 1937. Licenciada en Bibliotecología, Universidad de Antioquia-Escuela Interamericana de Bibliotecología. Profesora de Catalogación y Clasificación, Biblioteca Luis Angel Arango; Profesora de Introducción a la Bibliotecología, Facultad de Bibliotecología, Universidad de La Salle (1973); Profesora de Introducción a la Bibliotecología (1973), Publicaciones Periódicas (1975) y Administración de Sistemas de Información (1979-1981), Carrera de Bibliotecología, Universidad Javeriana; Profesor Honorario en Ciencias Sociales, Universidad Javeriana (1980). Directora, Departamento de Publicaciones Periódicas, Biblioteca Luis Angel Arango (1966-1971); Directora Técnica, Biblioteca General (1971-1980) y Directora-Fundadora, Departamento de Bibliotecología (1973-1978), Universidad Javeriana; Presidente, Asociación Latinoamericana de Escuelas de Bibliotecología (1977); Jefe, División Biblioteca y Recursos Educativos, Universidad Pedagógica Nacional (1980); Directora, Biblioteca Luis Angel Arango, desde 1983. Miembro, Asociación Colombiana de Bibliotecarios y Asociación Latinoamericana de Escuelas de Bibliotecología. Bibliotecario del año, 1990, Asociación Colombiana de Bibliotecarios. Investigaciones: "Bibliografía y documentación del departamento de Bolívar" (tesis de grado), "Modelo de currículo para la carrera de Bibliotecología en la Universidad Javeriana" (1972), "La biblioteca de la Universidad Javeriana" (1973), "Papel de las asociaciones de escuelas de Bibliotecología y Ciencias de la Información en el desarrollo de especialistas y usuarios de la información" (ponencia, 1978), "La biblioteca universitaria e informática" (1982). En este volumen: "Las bibliotecas en Colombia".

Fernán Enrique González González

Tolú (Sucre), 1939. Licenciado en Filosofía y Letras y Teología, Universidad Javeriana; Magíster en Ciencia Política, Universidad de los Andes; Máster en Historia de América Latina y candidato a Ph.D. en Historia, Universidad de California, Berkeley. Profesor, universidades Externado de Colombia, Javeriana, de los Andes y Nacional. Investigador en asuntos históricos y socio-políticos, Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP); Director Ejecutivo, revista *Controversia*; Editor, publicaciones del área de investigaciones, CINEP; Director, revista *Análisis*. Publicaciones en: *Analicias, Controversia, Documentos Ocasionales* (CINEP), *Revista Javeriana, Análisis, Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Autor, entre otros, de: "Iglesia y partidos políticos en Colombia", *Revista de la Universidad de Medellín* (1976); *Educación y Estado en la historia de Colombia*, Bogotá, CINEP, 1979; *Historia general de la Iglesia en América Latina*, tomo VII (Colombia y Venezuela), CEHILA, 1981; "Iglesia católica y Estado colombiano (1930-1985)"; en: *Nueva historia de Colombia*, Bogotá, Planeta, 1989; "The End of the *Desarrollista* State: State and Capital Accumulation in Colombia, 1950-1984", en: Christian Anglade y Carlos Fortín, *The State and Capital Accumulation in Latin America*, Vol. 2, Londres, Macmillan, 1990; *La construcción de un país. Trasfondo histórico de las violencias en Colombia*, Bogotá, CINEP, 1992 (en colaboración con Fabio Zambrano). En el segundo volumen de esta obra: "La guerra de los Supremos"; en este volumen: "Las ideas políticas de Bolívar".

Martha Cecilia Herrera Cortés

Medellín, 1955. Socióloga, Universidad de Antioquia (1973-1977), Universidad Cooperativa de Colombia, Bogotá (1977-1980).

Maestría en Historia, Universidad Nacional (1984-1986). Profesora de Sociología de la Educación, Departamento de Ciencias Sociales (1983-1984), Profesora e Investigadora en Educación y Sociedad, Departamento de Psicopedagogía (1984-1989), Profesora Asistente desde 1990, Departamento de Postgrado, Facultad de Educación, Universidad Pedagógica Nacional; Miembro del Comité de Investigaciones (1987-1989), Coordinadora del equipo de trabajo docente en Historia de la Educación y la Pedagogía, Departamento de Postgrado (1991-1992) y Directora del Departamento de Postgrado, Facultad de Educación, Universidad Pedagógica Nacional (1991); Asesora del Ministerio de Educación Nacional para la elaboración final del documento "Los fundamentos sociológicos del currículo" (1990); Asesora del ICFES en la evaluación de un proyecto de investigación sobre formación de docentes presentado por la Universidad Javeriana; Asesora del ICFES para la evaluación del proyecto de especialización en Sociología Cultural en la Universidad Autónoma del Caribe de Barranquilla. Miembro de la Asociación Colombiana de Sociología y de la Asociación Colombiana de Historiadores. Autora de: "La Escuela Normal Superior y la enseñanza de las Ciencias Sociales en Colombia", *Educación y Cultura*, Nº 11 (abril, 1987); "Virginia Gutiérrez de Pineda: una vida de pasión, docencia e investigación", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXIII, Nº 10 (mayo, 1987); "La educación en la segunda República Liberal, 1930-1946. Apuntes para una historiografía", *Revista de Educación*, Nº 18 (1989); "Investigación en educación. Materiales para iniciar una década", *Gaceta Colcultura*", Nº 5 (enero-febrero, 1990); "Historia de las Escuelas Normales en Colombia", *Educación y Cultura*, Nº 20 (junio, 1990). Además ha publicado numerosas reseñas en el *Boletín Cultural y Bibliográfico*. En este volumen: "La educación en la historia de Colombia".

DAVID JIMÉNEZ PANESSO

Medellín, 1945. Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín; Máster en Sociología de la Literatura, Universidad de Essex, Inglaterra. Profesor de Teoría Literaria e Historia de la Literatura, universidades de los Andes, Javeriana, Pedagógica Nacional y Nacional de Colombia. Beca de investigación Francisco de Paula Santander, 1989; premio al mejor comentario de libros, Cámara Colombiana del Libro, 1990. Artículos y reseñas de tema literario publicados en: *Folios, Cuadernos de Filosofía y Letras, Texto y Contetexto, Revista de la Universidad Nacional, Gradiva, Magazín Dominical, El Mundo Semanal*. Autor de: *Retratos* (Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, 1987); *Rafael Maya* (estudio crítico y antología), Bogotá, Procultura, 1989; "Romanticismo" y "Poesía finisecular", en: *Historia de la poesía colombiana*, Bogotá, Ediciones Casa Silva, 1991. En el cuarto volumen de esta obra: "Poesía modernista: Guillermo Valencia y Eduardo Castillo" y "Nueva poesía 1970-1991"; en este volumen: "La crítica literaria".

MARIO JURSICH DURÁN

Valledupar, 1964. Editor y poeta. Estudios de Literatura, Departamento de Literatura, Universidad Javeriana (1982-1986). Coordinador Editorial, Zona Ltda., desde 1987; Director de Actividades Culturales y Asistente de publicaciones, Fondo Cultural Cafetero (1987-1989); Miembro del Comité Editorial de Ediciones Cave Canem; Redactor, Corrector y Asistente de la dirección, revista *Gaceta Colcultura* (1989-1992); Redactor del proyecto "Ciudad y centro histórico", Colcultura-PNUD. Primer puesto Concurso de Poesía de la Gobernación de Risaralda (1981); Primer puesto I Concurso de Poesía Fundación Fumio Ito (1986). Ha publicado: poesía: "Finisterre", en: *Textos I*, Bogotá, Fundación Fumio Ito, 1987; *Glimpses*, Bogotá, Fundación Guberek, 1990; y numerosos poemas en: *Universitas Humanística, María de la O, Trocadero, Zona, Neutro* y *Boletín Cultural y Bibliográfico*; ensayo: "La experiencia del (vér)tigo" (sobre Roberto Juarroz), *Neutro*, Nº 2 (febrero-abril, 1987), "El paisano inevitable" (sobre Rubén Darío), *Neutro*, Nº 3 (mayo-julio, 1987); y reseñas publicadas en *Neutro, Boletín Cultural y Bibliográfico* y *Quimera Latinoamericana*. En este volumen: "Diarios, memorias y autobiografías".

MARINA LAMUS OBREGÓN

Oiba (Santander), 1950. Licenciada en Español y Literatura, Universidad La Gran Colombia (1979); Maestría en Literatura Hispanoamericana, Seminario Andrés Bello, Instituto Caro y Cuervo (1990); tesis: "Medio siglo de teatro en Colombia, 1900-1950" (coautora). En este volumen: "Movimiento teatral".

JORGE ORLANDO MELO GONZÁLEZ

Medellín, 1942. Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Colombia (1960-63). Máster en Historia Latinoamericana, Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill (1965-67) y Universidad de Oxford (1974-76). Profesor de Historia Europea, Latinoamericana y de Colombia, Universidades Nacional de Colombia (1964-71) y del Valle (1971-88). Profesor Invitado de Historia de Colombia, Universidad de los Andes (1970). Profesor Visitante de Historia Latinoamericana, Duke University (1982). Profesor del postgrado en Historia Andina (1986) y Profesor Visitante (1987), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Quito. Profesor Asociado, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional (1988-90). Director del Departamento de Historia (1968), Director de Publicaciones (1969), Director del Centro de Estudios para el Desarrollo, CID (1971) y Director del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (1990), Universidad Nacional. Decano de Investigaciones (1978-83), Vicerrector Académico (1983-84) y Rector Encargado (en varias ocasiones), Universidad del Valle. Consejero Presidencial para la Defensa, Protección y Promoción de los Derechos Humanos (1990-). Fundador, Editorial Oveja Negra (1969). Director, revista *Análisis Político* (1990-). Miembro del Consejo de Redacción, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República (1983-91). Director Histórico, revista *Credencial Historia* (1990). Publicaciones: *Historia de Colombia*, tomo I: *El establecimiento de la dominación española*, Bogotá, 1977; editor, *Los orígenes de los partidos políticos en Colombia*, Bogotá, Colcultura, 1978; *Sobre historia y política*, Bogotá, 1979; "Núñez y la Constitución de 1886: Triunfo y fracaso de un reformador", en: *Núñez y Caro*, Bogotá, Banco de la República, 1986; editor y colaborador, *Indios y mestizos en la Nueva Granada durante el siglo XVIII*, Bogotá, 1986; "Las vicisitudes del modelo liberal", en: José Antonio Ocampo (Ed.), *Historia económica de Colombia* (Premio Nacional de la Ciencia "Alejandro Angel Escobar", 1988), Bogotá, Siglo XXI Editores, 1987; director y colaborador, *Historia de Antioquia* (Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, 1988), Medellín, Suramericana, 1987; "La literatura histórica durante la República", en: *Manual de la literatura colombiana*, Bogotá, Planeta, 1988; *Reportaje de la historia de Colombia*, Bogotá, Planeta, 1989; *Raíces*, Bogotá, Libros y Libres, 1989; asesor académico y colaborador, *Nueva historia de Colombia*, Bogotá, Planeta, 1989; editor y colaborador, *Colombia hoy*, Bogotá, Siglo XXI, 1991; "Una María de armas tomar", en: *Del amor y del fuego*, Bogotá, Tercer Mundo-Ed. Gama, 1991; *Predecir el pasado*, Bogotá, Fundación Guberek, 1992; Director académico de los volúmenes de Historia de esta *Gran Enciclopedia de Colombia*. En el segundo volumen de esta obra: "Colombia: perspectivas"; en este volumen: "La historia de la Historia en Colombia".

NÉSTOR JOSÉ MIRANDA CANAL

Herrán (Norte de Santander), 1948. Sociólogo, Universidad Nacional de Colombia; postgrado, Universidad de París; *stage* en Instituto de Estudios Medievales e Instituto de Historia y Socio-Política de la Ciencia, Universidad de Montreal. Profesor de Sociología e Historia, Universidad INCCA (1973-1974); Profesor de Ciencia Política y Problemas de Actualidad, Universidad del Rosario (1975); Profesor de Técnicas de Investigación Social, Universidad Jorge Tadeo Lozano (1976); Profesor de Historia, Teoría de la Historia, Historia del Teatro y Epistemología, Escuela Nacional de Arte Dramático (1978-1979; 1981-1987); Profesor de Metodología de la Investigación (1979) y Seminario de Filosofía

e Historia de las Ciencias (1982-1992), Escuela Colombiana de Medicina; Profesor de Teoría Antropológica y Teorías Sociológicas, Departamentos de Antropología y Sociología, Universidad Nacional de Colombia (1986). Jefe, Sección de Bienestar Social, Instituto de Desarrollo Urbano (1974-1977); Director, Escuela de Arte Dramático (1981); Asesor Técnico del Programa de Integración y Participación de la Comunidad (IPC), Presidencia de la República (1981-1982); Investigador del proyecto "Perfil ambiental de Colombia", Colciencias-Segunda Expedición Botánica (1988-1990); Investigador del proyecto "Perfil ambiental del Caribe colombiano", Corpes Costa Atlántica (1990-1991). Publicaciones: "El nuevo teatro colombiano y la Corporación Colombiana de Teatro", en: *Materiales para una historia del teatro en Colombia*, Bogotá, Colcultura, 1978; "Apuntes para la historia de la medicina en Colombia", *Ciencia, Tecnología y Desarrollo*, Vol. 8, N°- 1-4 (enero-diciembre, 1984); "La medicina colombiana de la Regeneración a la Segunda Guerra Mundial", en: *Nueva historia de Colombia*, Vol. IV, Bogotá, Planeta, 1989; "Perfil ambiental de Colombia", Bogotá, Colciencias-Segunda Expedición Botánica, 1990; "La medicina en Colombia. De la influencia francesa a la norteamericana", *Credencial Historia*, Nº 29 (mayo, 1992). En este volumen: "La medicina en Colombia".

Diana Obregón Torres

Bogotá, 1953. Socióloga, Universidad Nacional de Colombia (1973-1978); postgrado en Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional (1986-1988); estudios de Química, Departamento de Química, Facultad de Ciencias, Universidad Nacional (1970-1972). Profesora de Historia de Colombia, Facultad de Sociología, Universidad Cooperativa de Colombia (1979); Profesora de Sociología, Historia de la Cultura, Humanidades y Teoría del Conocimiento, Facultad de Economía y Administración de Empresas, Universidad Central (1979-1982); Profesora de Sociología, Facultad de Trabajo Social (1981), de Sociología y Humanidades, Departamento de Administración de Empresas (1982) y del Seminario de Historia de las Ciencias, Postgrado de Historia (1984), en la Universidad Externado de Colombia; Profesora de Sociología, Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad Javeriana (1982-1983); Profesora de Sociología General, Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia (1982-1983); Profesora de Epistemología e Historia de las Ciencias, Escuela Colombiana de Medicina (1983-1988); Profesora Asistente de medio tiempo, Departamento de Sociología (1989) y Profesora Asistente de tiempo completo, Departamento de Historia (desde 1989), Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Coordinadora del Programa Nacional de Investigaciones en Ciencias Sociales (1985) y del Programa Nacional de Investigaciones en Educación (1985-1989), Colciencias. Miembro de la Sociedad Colombiana de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, la Asociación Colombiana de Sociología, la Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología y la Asociación Colombiana de Historiadores. Publicaciones: *Significación histórica y social de la obra de Fernando González*. Serie Monografías Sociológicas, Nº 5, Bogotá, Universidad Nacional, 1981; "Historia social de las ciencias", *Ciencia, Tecnología y Desarrollo*, Vol. 7, Nº 3 (julio-septiembre, 1983); *Historia social de las ciencias: sabios, médicos y boticarios* (compiladora), Bogotá, Universidad Nacional-XLV Congreso de Americanistas, 1986; "Sociología: de la palabra al concepto. Una hipótesis sobre la constitución de la sociología como ciencia en Colombia", *Revista Colombiana de Sociología*, Vol. 5, Nº 1 (noviembre, 1987); "El sentimiento de nación en la literatura médica y naturalista de finales del siglo XIX en Colombia", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, N°- 17-18/1990); "Ciencia y religión: el caso de la Sociedad de Ciencias Naturales del Instituto La Salle (1912-1931)", en: A. Lafuente y J. Sala Catalá (Eds.), *Ciencia colonial en América*, Alianza (en prensa). En este volumen: "Academias científicas".

Jorge Plata Zaray

Bogotá, 1946. Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad de los Andes; actor, autor y director de teatro. Profesor de Historia del Teatro, Universidades Externado de Colombia y de los Andes; Profesor Invitado, Programa de Teatro de Verano, Escuela Española de Middlebury College, Vermont (EE.UU.), desde 1981. Miembro fundador del Teatro Libre de Bogotá, para el cual ha escrito, actuado y dirigido varias obras: Director de *La agonía del difunto*, de Esteban Navajas; Actor principal en *El rey Lear*, de Shakespeare, de la cual, así como de *Macbeth*, fue traductor, trabajos que han sido publicados por El Ancora Editores de Bogotá. Autor de: *Episodios comuneros* (1981) y *Un muro en el jardín* (1985), ambas para el Teatro Libre y la segunda también montada en París por el grupo Du Triangle en 1985. En este volumen: "La dramaturgia en el siglo XX".

Eduardo Posada Carbó

Barranquilla, 1956. Abogado, Universidad Javeriana (1981); Máster en Estudios Latinoamericanos, St. Antony's College, Universidad de Oxford (1983); Doctor de la Facultad de Historia Moderna, St. Antony's College, Universidad de Oxford (1991). Profesor de Historia Latinoamericana y Relaciones Interamericanas, Facultad de Lenguas, Central London Polytechnic (1985-1986); Historia Latinoamericana desde la Independencia, Departamento de Historia, Universidad de Southampton (1990-1992) e Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Londres (1991- 1992); y de Temas de Historia Hispanoamericana, Universidad de Cambridge (1991-1992); actualmente, Research Fellow del Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Londres. Secretario General, Asociación Nacional de Industriales, ANDI, de Barranquilla (1979); Asistente del Director (1980-1981) y Director (1986-1989), *Diario del Caribe*. Beca de Investigación para Estudiantes Extranjeros, Universidad de Oxford (1982-1983, 1983-1984); primer premio, "Concurso Historia de Barranquilla", Cámara de Comercio de Barranquilla, con el trabajo "Una invitación a la historia de Barranquilla" (1987). Ha publicado artículos en *Diario del Caribe*, de Barranquilla, *El Espectador* y *El Tiempo*, de Bogotá, y *El Mundo*, de Medellín. Autor de: *Una invitación a la historia de Barranquilla*, Bogotá, 1987; "Estado, región y nación en la historia de la costa atlántica colombiana", en: Gustavo Bell (ed.), *El Caribe colombiano*, Barranquilla, 1988; "La ganadería de la costa atlántica colombiana (1870-1950)", *Coyuntura Económica*, Vol. XVIII, Nº 3 (septiembre, 1988); "Bancos y banqueros de Barranquilla", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXV, Nº 17 (1988), en colaboración con Adolfo Meisel; "La economía del Caribe colombiano a comienzos del siglo: 1900-1930", *Estudios Sociales*, Nº 2 (Medellín, marzo, 1988). En este volumen: "Historia de las ideas en Colombia".

Olga Restrepo Forero

Bogotá, 1954. Socióloga, Universidad Nacional de Colombia (1983); Postgrado en Historia, Universidad Nacional (1990). Profesora de Sociología Contemporánea, Facultad de Sociología, Universidad Cooperativa de Colombia, INDESCO (1984-1987); Profesora de Sociología, Fundación Universitaria Konrad Lorenz (1986-1988); Profesora de Historia, Lógica y Filosofía de la Ciencia, Departamento de Biología, y de Sociología de la Educación, Departamento de Idiomas, Universidad Pedagógica Nacional (1986-1991). Investigadora, Colciencias y Universidad Pedagógica Nacional. Publicaciones: Eugene Havens y otros, *Metodología y desarrollo en las ciencias sociales: efectos del crecimiento dependiente sobre la estructura social colombiana* (co- traductora, 1977); "La Comisión Corográfica y las ciencias sociales", en: Jaime Arocha y Nina de Friedemann (Comp.); *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*, Bogotá, Editorial Etno, 1984; "La Comisión Corográfica: un acercamiento a la Nueva Granada", *Quipu. Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología*, 1 (3) (México, septiembre-diciembre, 1984); "Perspectivas de la historia y la sociología de las ciencias", *Colombia: Ciencia y Tecnología*, 3 (4) (agosto- octubre, 1985); "El tránsito de la historia natural a la biología en Colombia", *Ciencia, Tecnolo-*

gía y Desarrollo, 10 (3/4) (julio-diciembre, 1986); "Sociedades de naturalistas: la ciencia decimonónica en Colombia", *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, 17 (68) (enero-junio, 1991). En este volumen: "Las ciencias en Colombia", en colaboración con Diego Gerardo Becerra Ardila.

Carlos José Reyes Posada

Bogotá, 1941. Escritor, autor y director de teatro. Estudios en la Escuela de Bellas Artes de Bogotá. Investigador y Profesor de Historia del Teatro, Universidades Industrial de Santander, Nacional, Andes, Gran Colombia, ESAP, INCCA y Escuela de Teatro del Distrito; Profesor de Dramática Colombiana, Universidad Pedagógica Nacional. Actual Director de la Biblioteca Nacional; cofundador de la Casa de la Cultura (hoy Teatro La Candelaria) de Bogotá; Director de la Escuela de Teatro del Distrito y de los grupos de teatro de la Universidad de América y del Externado de Colombia; ha sido Director de obras de teatro de Cervantes, Valle-Inclán, García Lorca, Pirandello, Brecht, Eliot, Chejov, Vargas Tejada y otros, además de sus propias obras; principal Libretista y Director del programa de televisión *Revivamos nuestra historia*, con las series *José María Córdova, Nariño, el Precursor, Bolívar, el hombre de las dificultades, Vidas encontradas, Núñez, entre viento y marea, El Bogotazo, Alfonso López Pumarejo, La Constitución*; Guionista de algunos capítulos de *Así se hizo la historia* y *Cuento del domingo*. Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia. Ponente I Encuentro de Investigadores de la Historia del Teatro en América Latina (Caracas, 1979). Como autor teatral se destacan sus obras *Dulcita y el burrito, El hombre que escondió el sol y la luna* (Premio Casa de las Américas, 1975), *El globito manual* (Premio Casa de las Américas, 1976), *Recorrido en redondo, El redentor*. Ha publicado: Teatro: "Variaciones sobre metamorfosis", en: *Antología del teatro latinoamericano contemporáneo; El globito manual y El hombre que escondió el sol y la luna; Soldados* (adaptación de *La casa grande*, de Alvaro Cepeda Samudio); *Dentro y fuera* (antología de siete obras teatrales), Medellín, Universidad de Antioquia, 1992; "El carnaval de la muerte alegre", *El Público*, Madrid, Ministerio de Cultura de España, 1992; sobre teatro: "Proyección del TEC en el Teatro Nacional", *Letras Nacionales*, Nº 8 (mayo-junio, 1966); "Elementos de la creación teatral", *Gaceta*, Nº 7 (noviembre, 1976); *Materiales para una historia del teatro en Colombia*, Bogotá, Colcultura, 1978 (en coautoría con Maida Watson Espener); "El costumbrismo en Colombia", en: *Manual de literatura colombiana*, Vol. I, Bogotá, Procultura-Planeta, 1988; "Cien años de teatro en Colombia", en: *Nueva historia de Colombia*, Vol. VI, Bogotá, Planeta, 1989; y los libros-memoria del Festival Iberoamericano de Teatro en sus tres ediciones (1988, 1990, 1992). También ha escrito guiones para cine y ha publicado algunos cuentos. En este volumen: "El teatro en el siglo XIX".

Edgar Ricardo Rodríguez Morales

Bogotá, 1953. Economista, Universidad Nacional de Colombia (1981); estudios de Historia y Teoría del Arte, Universidad Nacional de Colombia (1986-1987); curso de Programación y Evaluación de la Educación, Universidad Jorge Tadeo Lozano (1987-1988). Profesor de Introducción a la Economía, Historia Económica General y Desarrollo Económico, Universidad INCCA (1981-1982); Profesor de Introducción a la Historia del Arte e Historia del Arte del siglo XIX, Universidad Jorge Tadeo Lozano (1987- 1988). Asistente de la Dirección e Investigador, Biblioteca Nacional de Colombia (1983-1989); Director de Actividades Culturales, Fondo Cultural Cafetero (1989-1990); Jefe de Programación, Coordinador de la programación académica y Realizador de los programas "Cátedra", "La conciencia de las palabras", "Reseña" y "Ciudad Universitaria", Radio Universidad Nacional, desde 1990. Coautor de la investigación "El mundo literario en Bogotá", Biblioteca Nacional de Colombia; autor de la entrevista "Que viva la pintura", con Gustavo Zalamea, en: *Diez artistas: diez entrevistas*, Bogotá, Universidad Nacional, 1989. En este volumen: "Cafés y tertulias literarias".

Oscar Torres Duque

Bogotá, 1963. Diplomado en Estudios Literarios, Universidad Javeriana. Profesor de Literaturas Medieval, del Renacimiento y del Barroco, Departamento de Literatura, Universidad Javeriana. Director de Publicaciones, Fondo Cultural Cafetero (1989-1990); Editor, Cordillera Editores; Fundador y Director, revista *Neutro. Razón y Poesía* (1986-1988); Miembro del Comité Editorial de Ediciones Cave Canem. Autor de: "Barroco y lectura dual en *La vorágine* de José Eustasio Rivera", *Universitas Humanistica*, año XVI, Nº 28 (julio-diciembre, 1988); "La experiencia del límite en la poesía de Tomás Vargas Osorio", en: *Presencia de Dios en la poesía latinoamericana*, Bogotá CELAM, 1989; "*Crítica*, ¿un semanario sin compromisos?", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXVI, Nº 18, 1989; "*Sábado*: crónica de un semanario democrático", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXVIII, Nº 27, 1991 y "La palabra en el Infierno", *Gaceta Colcultura* (noviembre, 1992, en prensa). Además ha publicado poemas y reseñas de libros en: *Neutro. Razón y Poesía, Universitas Humanistica, Boletín Cultural y Bibliográfico, Lecturas Dominicales, La Prensa, Trocadero, Aleph, Gaceta Colcultura* y *Quimera* latinoamericana. En el cuarto volumen de esta obra: "El grupo de Mito"; en este volumen: "Ensayistas y pensadores" y "Periódicos y revistas: la cultura y los medios".

Jaime Villa Esguerra

Bogotá, 1932. Arquitecto, Universidad de los Andes. Director fundador de la revista *"A". Arquitectura y Arte* (1954-1962); Director del *Boletín de Programas de la Radiodifusora Nacional de Colombia* (1956); Editor, revista *Construcción Colombiana*, de Camacol (1960-1964); Editor, revista *Country Club* (1961-1962); Editor revista *Clínica David Restrepo* (1961-1962); Asesor Editorial de los programas "Temas urbanos" (1962) y "Planificación de Bogotá" (1964), durante la alcaldía de Bogotá de Jorge Gaitán Cortés; Colaborador de la Radiodifusora Nacional desde 1977; actualmente es Investigador del Teatro Colón, Colcultura. Publicaciones: "El arte en la arquitectura moderna colombiana", *Revista Universidad de los Andes*, año II, Nº 3 (septiembre, 1959); "Bandas musicales en las fuerzas policiales", *Revista Escuela de Cadetes de Policía General Santander*, año I, Nº 2 (septiembre 1975); "Los gazapos históricos", *Revista del Ejército*, Nº 72 (enero, 1982); "Itinerario de esculturas y monumentos bogotanos", *Lámpara*, Nº 81 (1983); "Todos lo cantan pero nadie lo recuerda" (centenario del Himno Nacional), *Diners* (noviembre, 1987); "Medio siglo de cultura radial", *Nueva Frontera* (enero 28, 1990); "Bogotá, una ciudad sin memoria", *Nueva Frontera* (febrero 25, 1990); "La nueva cara del Museo Nacional", *Nueva Frontera* (noviembre 11, 1990); "La música sin categoría social", *Diners* (marzo, 1991). En este volumen: "La radiodifusión en Colombia".

Presentación

Modo de ser de un pueblo, características espirituales —mundo religioso, mitos sociales, mentalidades, comportamientos, imaginación, costumbres— e instrumentos materiales inventados o asimilados como propios. Esta es una noción de *cultura* en un sentido amplio, sin que pretenda ser una definición armada mediante una metodología o con una intención estrictamente científica. Con tal noción, el intento de estos volúmenes de la *Gran Enciclopedia de Colombia* dedicados a la Cultura y al Arte es hacer un repaso de los diferentes aspectos que conforman el modo de ser colombiano.

El nuestro es un país joven, y por lo tanto su cultura todavía no se ha consolidado y apenas está en formación, en juventud. Además de tener —en lo conocido— un carácter adolescente, debe admitirse que hay aspectos de ese modo de ser colombiano que aún no se analizan. Dentro de una entera libertad en el tratamiento de los temas y en los juicios de valor que emitieran los autores de las monografías de estos volúmenes, la única pauta explícita que se les entregó fue la de que intentaran conectar el aspecto que tratan con la evolución global de la sociedad en sí misma. Igualmente se incorporaron algunos aspectos generalmente poco estudiados de la cultura colombiana —en particular los medios de comunicación, gastronomía, textiles, mitos populares, etc.— y se dedicaron capítulos especiales a las instituciones culturales. Cabe anotar a este respecto que otras instituciones vinculadas a la sociedad colombiana, principalmente la iglesia católica y las que hacen parte del Estado, son tratadas en otros volúmenes temáticos de esta Enciclopedia.

DARÍO JARAMILLO AGUDELO

Contenido

Historia de las ideas en Colombia 15
Eduardo Posada Carbó

Las ideas políticas de Bolívar 35
Fernán E. González

La historia de la Historia en Colombia 51
Jorge Orlando Melo

La educación en la historia de Colombia 61
Martha Cecilia Herrera

La medicina en Colombia 81
Néstor Miranda Canal

Las ciencias en Colombia 99
Diego Becerra Ardila
Olga Restrepo Forero

Academias científicas 117
Diana Obregón

Las bibliotecas en Colombia 129
Lina Espitaleta de Villegas

Ensayistas y pensadores 143
Oscar Torres Duque

La crítica literaria 167
David Jiménez

Periódicos y revistas: la cultura y los medios 177
Oscar Torres Duque

La prensa literaria en el siglo XIX 193
Myriam Díaz M.

El periodismo en el siglo XX 205
Alberto Donadío

Diarios, memorias y autobiografías 215
Mario Jursich Durán

Cafés y tertulias literarias 229
Ricardo Rodríguez Morales

El movimiento teatral en Colombia 245
Marina Lamus

Autos sacramentales en Popayán 261
Hortensia Alaix de Valencia

El teatro en el siglo XIX 263
Carlos José Reyes

La dramaturgia en el siglo XX 275
Jorge Plata

La televisión en Colombia 293
Carlos Gustavo Alvarez G.

La radiodifusión en Colombia 305
Jaime Villa Esguerra

Historia de las ideas en Colombia

Eduardo Posada Carbó

PROCESO IDEOLÓGICO DE LA CONQUISTA

A mediados del siglo XIX, el historiador José Antonio de Plaza expresaba: «La historia literaria de este país hasta 1800 no presenta un solo rasgo característico nacional, ni un sabio de quien gloriarnos». Era un juicio típico de quienes comenzaron a reinterpretar la historia neogranadina después de la Independencia, cuyas plumas negaron todo valor a la experiencia colonial. Contra esos «famosos tres siglos de ignorancia que campean por su respeto en todos los discursos patrioteros», José María Vergara y Vergara se propuso rescatar del olvido el espíritu de las letras de la Nueva Granada desde la época de la Conquista, en su *Historia de la literatura en Nueva Granada* (1867).

Tras los recorridos de Rodrigo de Bastidas y Alonso de Ojeda por las costas del Atlántico entre 1498 y 1508, se inició el encuentro violento entre los conquistadores españoles y los indígenas americanos que fue también una confrontación de dos visiones del mundo. Las culturas americanas se vieron en dificultades para resistir la gradual penetración de la cruzada mesiánica, dirigida desde Castilla por los Reyes Católicos, y confundida en el Nuevo Mundo con la pasión del oro de los conquistadores. El impacto de Europa en América se sintió a través de la presencia dominante de España, cuyos valores medioevales sobrevivían a las incursiones del Renacimiento. A su turno, la vivencia americana motivó en el Viejo Mundo la reconsideración de muchas de sus tradicionales creencias respecto, entre otras, de la naturaleza humana, de la misma noción de "civilización" y del trayecto de la historia.



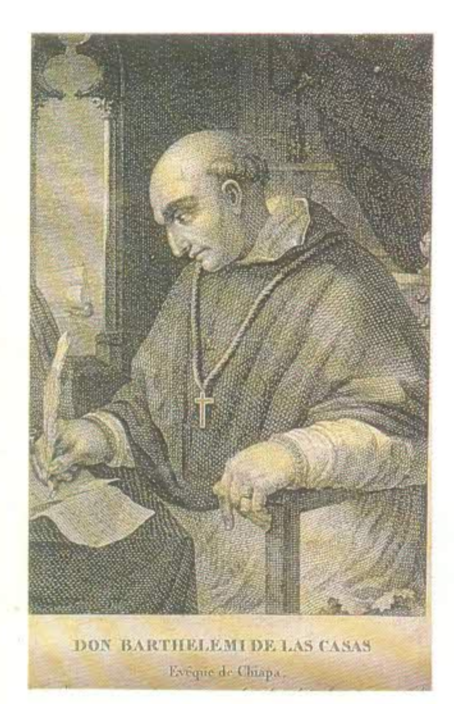
"Descanso del viajero" y vista del Cotopaxi, con retrato de Rufino Cuervo y Barreto, presidente de la Nueva Granada en 1847 y padre del filólogo Rufino José Cuervo Urisarri. Oleo de José María Villacís, 1849. Museo del Siglo XIX, Fondo Cultural Cafetero, Santafé de Bogotá.

En su condición colonial, sin embargo, la cultura que se fue desarrollando en la Nueva Granada fue en buena parte reflejo de la misma cultura española. No obstante, al lado de la expansión colonial coexistieron muchos espacios de conquistas ambivalentes y aun de resistencias perseverantes que moldeaban a su antojo el legado español. Y a pesar de los esfuerzos de los Borbones, el edificio colonial se desintegró tras las guerras de independencia, a las que sucedieron el distanciamiento cultural de España y la construcción de la identidad nacional. Todo intento, pues, de trazar el curso de la historia intelectual colombiana en los últimos cinco siglos debe comenzar reconociendo las bases de una compleja estructura: la inicial confrontación de dos civilizaciones, a la que se sumó la presencia de los esclavos africanos; la larga experiencia colonial bajo el dominio de España y la interacción con Europa inclusive a través del mismo dominio español; la violenta ruptura de la independencia, que significó también un nuevo diálogo con la cultura europea, al tiempo que se buscaba consolidar la nación.

El Nuevo Mundo y la expansión de la fe

Al frente de la Conquista estaba el espíritu de la Contrarreforma y, más aún, la firme convicción española de poseer la misión divina de establecer un imperio universal inspirado en la fe del catolicismo. A la expulsión de los moros y judíos de la Península, en 1492, siguió el "descubrimiento" de América. El reino dominante de Castilla sintió así, como su destino y con mayor intensidad, la responsabilidad de defender y difundir el mensaje civilizador del cristianismo. Tal era, en parte, el sentido del Requerimiento a los indios de Pueblo Grande y Betonia en la provincia de Santa Marta, en 1532, cuando se les exigía «que tengan por bien de venir en conocimiento de nuestra Santa Fe y que admitan la predicación de nuestra religión cristiana».

El Requerimiento había sido diseñado en 1512 como un título de legitimación de la conquista, en el que, así como en las bulas papales, la dominación española se justificaba finalmente por su misión evangelizadora. La misma Corona había motivado un extraordinario debate intelectual con



Fray Bartolomé de Las Casas. Litografía. Museo Nacional, Bogotá.

el fin de dilucidar los derechos de España en el Nuevo Mundo, en el que participaron miembros de la llamada Escuela de Salamanca, como Francisco de Vitoria (1483-1546) y Melchor Cano (1509-1560), quienes contribuyeron a reorientar el pensamiento teológico del catolicismo europeo.

En el centro de la discusión estaban los interrogantes acerca de la naturaleza de los indígenas. Cuando el obispo de Santa Marta describía a los indios, «no como hombres con alma sino salvajes de las selvas, por cuya razón no pueden adquirir la doctrina cristiana», expresaba la opinión de quienes relegaban a los indígenas a la clásica categoría de "bárbaros". El debate alcanzó su mayor intensidad en la confrontación de las tesis de Bartolomé de Las Casas (1474-1566) y Ginés de Sepúlveda (1490-1573) en Valladolid en 1550-51, aunque, desde poco después de la experiencia de Cristóbal Colón en La Española, la Corona se había inclinado a aceptar a los indígenas como vasallos del reino y sólo en contadas excepciones se admitía la posibilidad de su esclavitud. Las controversias sobre el uso de la encomienda, esa institución que sometía al indígena a la servidumbre so pretexto de evangelizarlo, reflejaban el lado práctico de un profundo debate sobre la naturaleza humana, al que se vieron obligados los intelectuales europeos frente a las recién descubiertas civilizaciones americanas. Por supuesto que detrás de las discusiones de juristas y teólogos se movían otros intereses: la lucha por el predominio de la Corona frente a las pretensiones de los conquistadores, el enfrentamiento entre los poderes temporal y espiritual, y las mismas divisiones en el seno de la Iglesia católica.

Conflicto religioso y conflicto político

Así como en otras provincias de las Indias, las confrontaciones intelectuales en España tuvieron sus repercusiones en la Nueva Granada. Las tesis de Las Casas en defensa de los indígenas, sin embargo, encontraban eco entre algunos miembros de la comunidad religiosa. En 1558, se celebró en Popayán un sínodo diocesano para analizar las relaciones entre indígenas y españoles que concluyó con duras críticas a los encomenderos.

El establecimiento de la Real Audiencia en Santafé, en 1550, no puso fin a los conflictos entre los distintos intereses que se disputaban la suerte de la Nueva Granada pero sirvió de marco para la expansión del movimiento colonizador. La lealtad a la Corona, con la excepción de algunas rebeliones como la liderada por Alvaro de Oyón en 1554, no era punto de discordia. La defensa y difusión de la fe católica, el otro centro de convergencia de los diversos reinos del imperio español, fueron enfrentadas con mayores dificultades. A pesar de los esfuerzos de la Iglesia, y de su labor catequizadora expresada en documentos como las *Instrucciones para la enseñanza de la fe a los nuevos de las Indias*, elaboradas por fray Dionisio de Sanctis, los indígenas seguían adorando a sus ídolos en resistencia al cristianismo.

Con frecuencia, los oficiales españoles reconocían que «entre los indios naturales [...] hay muy poca y ninguna doctrina», tal como lo expresó Tomás López en 1557. Y también con frecuencia se culpaba a la falta de preparación del clero de los pocos adelantos en las tareas evangelizadoras.

El pensamiento escolástico

Miembros de la Iglesia, sin embargo, habían tomado la iniciativa de impulsar la educación en la Nueva Granada. Hacia 1570, los dominicos ya regentaban cátedras de estudios eclesiásticos superiores en Santafé. En 1605, los jesuitas fundaban el Colegio Real Mayor y Seminario de San Bartolomé en Santafé y, gradualmente, fueron expandiendo sus centros de educación en Cartagena, Tunja, Honda, Popayán y Mompós, entre otras ciudades del reino. A partir de 1608, dominicos y jesuitas en el Colegio de Santo Tomás y la Academia Javeriana, respectivamente, iniciaban una larga disputa sobre ciertos privilegios universitarios. En 1653, fray Cristóbal de Torres fundaba el Colegio Real Mayor de Estatuto de Nuestra Señora del Rosario. La vida académica neogranadina se intensificó en la primera mitad del siglo XVIII con la apertura de la universidad agustina de San Nicolás de Bari, la instalación por los franciscanos del Colegio de San Buenaventura, la introducción de la imprenta (1738), y con el establecimiento en la Javeriana de las cátedras de jurisprudencia canónica y civil.

El predominio de la escolástica en el medio intelectual neogranadino era indiscutible, aunque no con el vigor de la metrópoli sino a través de «la escuálida y mortecina antorcha de la escolástica decadente y verbalista, reavivada de tanto en tanto por algún [...] catedrático de talento». Los dominicos fueron quizá quienes siguieron más de cerca las doctrinas tomistas, interpretadas por la obra del padre Antonio Goudin, aunque desde 1769 admitieron en sus estudios de teología los trabajos de Melchor Cano. Los jesuitas siguieron también a santo Tomás pero matizado por las contribuciones de Francisco Suárez. Los franciscanos, a su turno, se caracterizaron por cierto eclecticismo aunque apegados a las sentencias de Juan Duns Escoto, mientras los agustinos seguían tanto en filosofía como en teología a Egidio Romano.

La cultura teocéntrica de la Colonia

Santafé, Tunja, Popayán y Cartagena fueron los centros culturales más importantes de la Nueva Granada. Se trataba de una cultura teocéntrica, como la ha descrito Jaime Jaramillo Uribe, en la que clérigos y discípulos de clérigos, al lado de un selecto grupo de funcionarios, formaban la *intelligentsia*. En los conventos y establecimientos docentes religiosos se congregaban las más importantes bibliotecas. En este medio, la colección

de 1060 libros que dejó el canónigo Fernando de Castro y Vargas, tras su muerte en 1664, parece haber sido excepcional, según la investigación de Guillermo Hernández de Alba y Rafael Martínez Briceño, en *Una biblioteca de Santafé de Bogotá en el siglo XVII* (1960). Ella revela, sin embargo, las lecturas de un intelectual del siglo XVII, dominadas por las obras de teología, entre las cuales se destacan las de santo Tomás y Francisco Suárez.

Como apéndice colonial, las controversias que surgían en el medio cultural neogranadino seguían las preocupaciones españolas, además de las relacionadas con la constitución de la Iglesia en las Indias y la evangelización de los americanos. Algunos debates, sin embargo, tomaron más intensidad que otros. La discusión de finales del siglo XVI entre jesuitas y dominicos sobre la predestinación, se siguió en la Nueva Granada con cierto interés. Mayor intensidad aún cobró la controversia surgida tras el sermón del fraile Molina en Sevilla, en 1613, sobre la «opinión rigurosa» acerca de la Inmaculada. Franciscanos y jesuitas de un lado, y dominicos y agustinos del otro, formaron facciones encontradas en Santafé, dando lugar a «la nota gravísima de murmurarse, ofenderse y maltratarse». En Cartagena, en 1617, el tribunal de la Inquisición tuvo que intervenir para que cesaran las prédicas hostiles entre las distintas órdenes desde el mismo púlpito.

Este ambiente intelectual, dominado por preocupaciones religiosas, condicionaba en buena parte la producción de las letras neogranadinas. La inspiración religiosa fue evidente en la pluma prolífica de fray Andrés de San Nicolás (1617-1660), autor, entre otras obras, de una *Historia general de los Agustinos de la Congregación de España e Indias*, publicada en Madrid el año de su muerte, 1666; en la poesía del jesuita santafereño Hernando Domínguez Camargo (1606-1659); en los trabajos del dominico cartagenero fray Juan de Pereira; y en la obra mística de la monja tunjana sor Francisca Josefa de la Concepción de Castillo y Guevara (1671-1742); también está presente en *El carnero*, la obra clásica de la cultura colonial neogranadina escrita por Juan Rodríguez Freyle (1566-1640).

Sería un error, sin embargo, atribuirle a la iglesia católica un dominio exclusivo y absoluto sobre la vida intelectual y espiritual neogranadina. A pesar de su posición religiosa, existían en la biblioteca del canónigo Fernando de Castro y Vargas autores reprobados por la misma Iglesia como Erasmo, obras como el *Tratado de planetas*, considerada sospechosa de astrología judiciaria, e inclusive romances castellanos de restringida lectura. El Santo Oficio, establecido en Cartagena a comienzos del siglo XVII para preservar la integridad de la fe, no parece haber podido ejercer un estricto control sobre la circulación de libros, aunque en 1616 el sevillano Pedro del Castillo fue juzgado por resistirse a exhibir los libros que pretendía vender en Cartagena, y en 1661 se recogieron muchos ejemplares de *Horas y oraciones devotas*, impresas en París por Juan de la Calle. No obstante, el contrabando de libros evadía con mucha frecuencia todos los controles.

Por fuera de los reducidos ámbitos intelectuales de Santafé, Tunja, Popayán y Cartagena y de otros centros neogranadinos de importancia, existía además un amplio espacio donde el impacto espiritual de la Iglesia era todavía muy limitado. A mediados del siglo XVII, aún abundaban las acusaciones contra hechiceros, adivinos y sortílegos ante el tribunal de la Inquisición en Cartagena. La dispersión de una población escasa en un extenso territorio y mal comunicado dificultaba ciertamente cualquier labor catequizadora. Y en las tierras bajas, los problemas se intensificaban por lo inhóspito del clima, como lo comprobó José Celestino Mutis (1732-1808), en 1761, durante su viaje de Cartagena a Santafé.

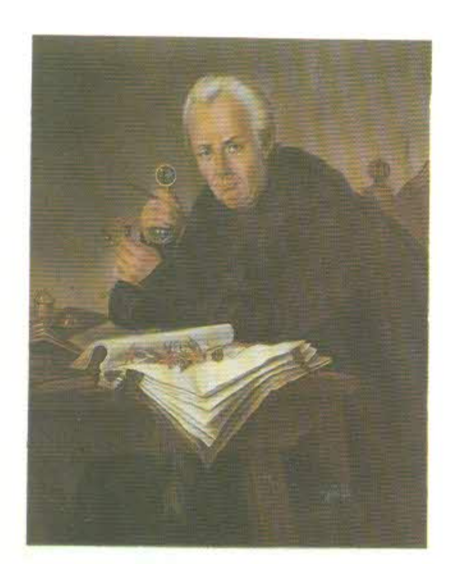


El arzobispo Bartolomé Lobo Guerrero, fundador del Colegio Mayor de San Bartolomé, con sacerdotes jesuitas y personajes del período colonial; presidente Juan de Borja, Martín de Funez, José Dadey, Diego Sánchez, San Pedro Claver, Juan Bautista Coluccini, Luis de Betancour, el aurífice Joseph de Galaz y Francisco Antonio Moreno y Escandón. Detalle del mural de Ignacio Castillo Cervantes en el Colegio Mayor de San Bartolomé (1978-1985), Bogotá.

José Celestino Mutis

Francisco José de Caldas describió el impacto de la llegada de Mutis a la Nueva Granada en 1760, el sabio botanista español que revolucionó los métodos científicos en los claustros santafereños y con quien se ha identificado la Ilustración neogranadina en la segunda mitad del siglo XVIII, con estas palabras: «Y empezaron a rayar las ciencias útiles en nuestro horizonte». «Qué pérdida para las ciencias, para la patria y la virtud», lamentaría el mismo Caldas tras la muerte de Mutis en 1808.

Mutis fue quizás el reflejo más importante en la Nueva Granada del movimiento reformista que se había iniciado en España, desde comienzos de siglo, con la llegada de los Borbones al poder. Aunque en muchos aspectos el nuevo ambiente ilustrado que se fue forjando en la Península hacía parte de las corrientes europeas en boga, las preocupaciones de los intelectuales españoles estaban condicionadas por la profunda crisis del Imperio. A las innegables influencias francesas se sobreponían las necesidades de revitalizar el comercio para



José Celestino Mutis y Bosio estudiando la flor de la mutisia y el canelo de Andaquíes. Oleo de C. A. Machado, 1882. Jardín Botánico, Madrid.

fortalecer al fisco, motivar el espíritu industrial, recuperar el control en las colonias y defender el Imperio frente a los continuos ataques de las emergentes potencias extranjeras. El gran marco ideológico del reformismo español fue provisto por Benito Jerónimo Feijoo (1667-1764), cuyo *Teatro crítico universal* se publicó en 1739. Feijoo estimuló el interés por las ciencias, en particular el estudio de Isaac Newton, al tiempo que creaba puentes de comunicación entre la ciencia y la fe, mientras proveía de herramientas al Despotismo Ilustrado.

Si Feijoo contribuyó a la reformulación general del método, otros autores determinaron de manera más directa las reorientaciones de las políticas económicas. A la *Teórica y práctica del comercio y de marina*, escrita por Jerónimo de Uztáriz (1670-1732) en 1724, siguieron, entre otros, los trabajos de Bernardo Ulloa (segunda mitad del siglo XVII-1740), José del Campillo y Cossío (1693- 1743), Bernardo Ward (muerto hacia 1779), y los influyentes tratados de finales de siglo de Pedro Rodríguez de Campomanes (1723-1803) y Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811). La marcada línea mercantilista de Uztáriz fue abriéndoles paso gradualmente a las corrientes liberales y fisiocráticas del pensamiento europeo que servirían para acelerar la marcha de las reformas borbónicas durante la segunda mitad del siglo XVIII.

En medio de este espíritu reformista, sobresalieron las labores de Mutis en provecho de las ciencias naturales en la Nueva Granada y su impacto en la educación del reino. Su contribución al conocimiento de la flora y la fauna del país, en una paciente y prolongada tarea que se intensificó tras el establecimiento de la Expedición Botánica en 1783, fue indudablemente significativa. Al lado de la botánica y la zoología, recibían también atención la meteorología, la astronomía y la geografía económica. Este interés por las ciencias naturales motivó, por supuesto, nuevas actitudes frente al conocimiento.

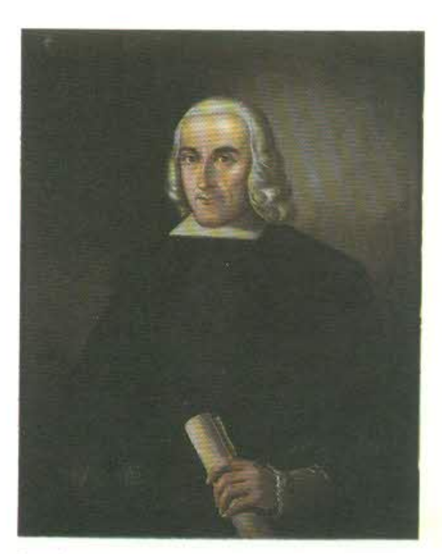
La controversia originada en 1774, cuando los dominicos protestaron contra la defensa que Mutis hizo del principio de Nicolás Copérnico, según el cual los planetas giraban en órbita alrededor del Sol, había sido una muestra del enorme atraso cultural de la colonia respecto inclusive de la misma metrópoli. A la expulsión de los jesuitas en 1767, y frente al enorme vacío que ella ocasionó, sucedió el propósito oficial de modificar los estudios superiores, «lo que se volvió más urgente a consecuencia de [...] la disputa de los frailes dominicos con Mutis».

Reforma de Moreno y Escandón

En 1774, el virrey Manuel de Guirior aprobaba el plan de estudios que se había comisionado al mariquiteño Francisco Antonio Moreno y Escandón (1736-1792). El plan de Moreno y Escandón, que amenazaba la posición de los dominicos, buscaba «desterrar» de los colegios «los perniciosos espíritus de partido y de peripato o escolasticismo [...] como pestilente origen del atraso y desórdenes literarios».

Según José María Vergara y Vergara, la reforma «produjo una verdadera revolución». Sin embargo, el plan fue suspendido seis años más tarde a causa de las presiones de los dominicos, aunque en 1789 el virrey Antonio Caballero y Góngora seguía insistiendo en la necesidad de un plan de estudios dirigido a «substituir las útiles ciencias exactas en lugar de las meramente especulativas en que hasta ahora lastimosamente se ha perdido el tiempo». Los tradicionales métodos de enseñanza persistieron hasta la Independencia.

A pesar de todo, las ciencias naturales infiltraron los cursos de filosofía. Las nuevas ideas fueron propagadas, por ejemplo, en la academia de Popayán, donde el filósofo antioqueño José Félix de Restrepo (1760-1832) instruía a una generación de científicos entre quienes se destacaron Francisco José de Caldas (1771-1816), Francisco Antonio Zea (1766-1822) y Luis María Cabal (1770-1816). Mutis, por su parte, cuya colección de libros de ciencias naturales fue alabada por Alexander von Humboldt en su visita al país en 1801, influyó directamente en la formación de la élite científica que tuvo después un papel preponderante en las luchas de independencia y en la cual se destacan, además de Caldas y Zea, Jorge Tadeo Lozano (1771-1816), José I. de Pombo (1761- 1815), José María Carbonell (ca. 1791-1816), y José Joaquín Camacho (1776-1816), entre otros.



Francisco Antonio Moreno y Escandón. Oleo de Ricardo Gómez Campuzano, 1938. Biblioteca Nacional, Bogotá.

El periodismo y la generación precursora

Desde 1791, con la fundación del *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, bajo la dirección del cubano Manuel del Socorro Rodríguez (1756-1819), las inquietudes de esta generación alcanzaron un público más amplio. El número de suscriptores era ciertamente reducido pero sus páginas llegaban más allá de la capital: a Honda, Panamá, Cartagena, Medellín, Popayán, Tunja, Puente Real y Cúcuta, entre otras ciudades. Y un ejemplar del *Papel Periódico*, «favorito de las tertulias no sólo seculares sino religiosas», como lo observó un co-

rresponsal desde la costa atlántica, «suele servir a más de cien personas». Tras la aventura periodística de Rodríguez, que duró seis años, siguieron otras iniciativas. En 1801, Jorge Tadeo Lozano y el presbítero José Luis de Azuola (1754-1826) fundaban el *Correo Curioso, Erudito, Económico y Mercantil de la Ciudad de Santafé de Bogotá*. En 1806, el mismo Rodríguez, esta vez bajo los auspicios del virrey Antonio Amar y Borbón, lanzaba otro periódico, *El Redactor Americano*. Y en 1808, Francisco José de Caldas fundaba el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, desde donde el sabio editó también sendas geografías de Antioquia y Cundinamarca, escritas por José Manuel Restrepo (1781-1863) y José María Salazar (1785-1828).

Trabajos como el de Restrepo y Salazar, orientados a la divulgación del conocimiento sobre la realidad económica y geográfica del Virreinato, reflejaban parte de las preocupaciones de esta primera etapa de la prensa neogranadina, inspirada en los esfuerzos editoriales de Madrid, México y Lima. Auspiciada en general por los mismos agentes de la Corona, la lealtad a la monarquía española era incuestionable. El mismo principio monárquico fue defendido por el *Papel Periódico* en la medida en que se criticaba a la revolución francesa. En contraste, los tradicionales métodos de enseñanza recibían serios embates por parte de Francisco Antonio Zea. Y las publicaciones periódicas sobre la realidad neogranadina, a las que

157

N. 29.

Papel periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá.

Viernes 26 de Agosto de 1791.

QUando el estado miserable de la Francia nos habia dado motivo para discurrir sobre el importantisimo asunto de *la libertad bien entendida*: hemos pensado seguir despues aquel Discurso, por darle lugar ahora à uno de los mas sabios Obispos de dicha Nacion, el qual no solo tiene mucha analogia con la materia que tratabamos, sino que merece circular por todos los pueblos cultos del Universo.

Los hombres juiciosos, no solo apreciarán esta pieza por los primores que la recomièndan en quanto à la eficacia de la diccion y cadencia Oratória, sino por ver tanta viveza de raciocinio, y tanta energia en la disposicion de los conceptos en un Anciano pisando yà el borde del sepulcro. Pero lo que la hace mas acreedora del aprecio universal, es ver en su Ilustrisimo Autór un Obispo digno de los tiempos Apostólicos: un Pastór como lo delineaba San Pablo escribiendole à su amado Timotéo. Tal me parece el Obispo de Soysóns por la heroicidad de su constancia, y la solidéz de su doctrina. Veamoslo en el rasgo siguiente. (*)

DECLARACION DEL SEÑOR OBISPO DE Soysóns dirigida à los Señores Administradores del Departamento de Aysne en respuesta à su Carta y Acta de Deliberacion de 8 de Setiembre de 1790.

SEñores. Yo me presento à Vosotros en el nombre de Jesu Christo, y en la señal de la Divina palabra. Si el candór de la verdad pudiera des-

(*) Tambien darémos à luz un Breve Pontificio expedido sobre el mismo asunto, y no menos digno del aprecio de las personas instruidas.

Portada del Nº 29 del "Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá", del día 26 de agosto de 1791, con noticias del clima revolucionario de Francia. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

se sumaban informaciones sobre otros territorios americanos, tales como las estadísticas de México por Humboldt o los relatos de las campañas de Santiago Liniers en Buenos Aires contra los invasores ingleses en 1806-7, alimentaban un sentido de pertenencia criollo que pronto adquiriría un tono anticolonial.

Los miembros de esta generación precursora de la Independencia debían en parte su formación intelectual a la escolástica que criticaban con tanta acritud, aunque muchos de ellos habían tenido la oportunidad de instruirse bajo reformistas como Mutis y José Félix de Restrepo. Las nuevas corrientes del pensamiento habían llegado además a la Nueva Granada a través de españoles ilustrados, inclusive de los mismos funcionarios de la Corona. La biblioteca del virrey Caballero y Góngora, por ejemplo, contenía trabajos de Newton, Buffon y Montesquieu, a la que tenía acceso su sobrino Manuel Torres, quien eventualmente se convertiría a la causa de la independencia. Cuando el Pacificador Pablo Morillo ocupó con sus tropas la residencia de Manuel del Socorro Rodríguez, éste se encontraba leyendo el *Teatro crítico* de Feijoo. Los trabajos de José Ignacio de Pombo y de Pedro Fermín de Vargas mostraban expresamente una familiaridad con las obras de autores españoles como Campillo y Cossío, Ward, Campomanes y Jovellanos, aunque también aparecían referencias a Jean le Rond d'Alembert (1717-1783), el conde de Mirabeau (1749-1791), Thomas Jefferson (1743-1826) y Benjamin Franklin (1706-1790).

Nariño y Pedro Fermín de Vargas

No es posible identificar un pensamiento homogéneo, mucho menos una exclusiva corriente de influencia, en este grupo de intelectuales que se colocó a la vanguardia del movimiento anticolonial. Los más radicales asimilaron con mayor entusiasmo las ideas que inspiraron la independencia de Estados Unidos y la revolución francesa. Alrededor de la biblioteca de Antonio Nariño, una de las colecciones individuales más grandes del Virreinato, se formó un importante círculo literario. En 1794, Antonio Nariño (1765- 1823), devoto de los enciclopedistas franceses, pero también de Franklin y de George Washington, traducía los *Derechos del hombre y del ciudadano*.

En buena medida, las influencias externas sirvieron apenas como cata-



Antonio Nariño y Alvarez.
Boceto a lápiz de Enrique Grau para su cuadro "Nariño y los Derechos del Hombre" (1983). Colección particular, Bogotá.

lizadoras de preocupaciones y conflictos domésticos desatados por las reformas borbónicas que, a su turno, fueron forjando una tradición criolla. El replanteamiento de las relaciones coloniales motivó el distanciamiento entre peninsulares y americanos, y dio lugar, aunque en muy contadas ocasiones, a manifestaciones violentas contra las autoridades de la Corona. La historia de la rebelión de los Comuneros, que en 1781 exigía entre otras cosas «que en los empleos [...] hayan de ser antepuestos y privilegiados los nacionales de esta América a los europeos», era incorporada por Pedro Fermín de Vargas a sus escritos para demostrar la «disposición de los americanos a sacudir el yugo de la España». En 1810, Francisco José de Caldas y Joaquín Camacho recordaban las persecuciones que se siguieron contra los intelectuales criollos tras la publicación de los *Derechos del hombre* en 1794, para enfatizar, en tono exagerado, «la rivalidad que ha existido de tiempo inmemorial en la América entre los españoles europeos y los indígenas de este vasto continente».

Los escritos de Pedro Fermín de Vargas en el exilio revelaban la elaboración de un pensamiento anticolonial, fundamentado en la misma experiencia americana pero también influenciado por los más recientes eventos internacionales. Nacido en San Gil en 1762, Vargas se educó en



Pedro Fermín de Vargas.
Miniatura de Manuel José Paredes, 1980, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

el Colegio del Rosario, se incorporó después a la Expedición Botánica y en 1789 era corregidor en Zipaquirá. Dos años más tarde, Vargas abandonó su familia hacia el exilio y desde 1793 apareció vinculado a diversas conspiraciones contra el imperio español. En 1803, por ejemplo, Vargas se encontraba en Trinidad dedicado a propagar el inequívoco mensaje de independencia de la *Carta dirigida a los españoles-americanos* por Juan Pablo Viscardo. En su *Relación sucinta del estado actual de las colonias españolas en la América meridional*, escrita en 1806 para persuadir a los ingleses a que interviniesen contra España en América, Vargas utilizó a Las Casas para describir la crueldad española; al tiempo que atacaba las barreras que impedían el crecimiento del comercio y de la producción económica, condenaba el fanatismo religioso y proclamaba la pronta emancipación de las colonias.

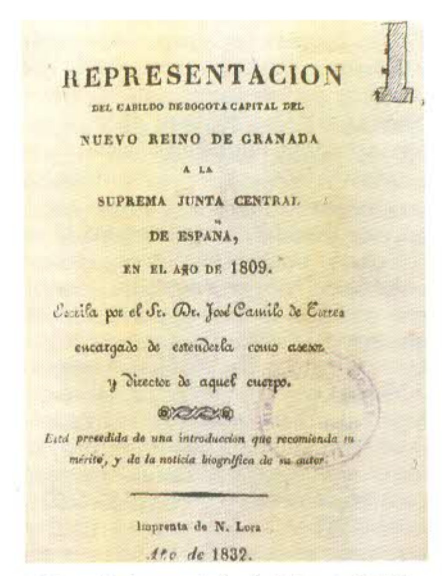
El *Memorial de agravios*

No todos los miembros de la generación precursora compartían el espíritu exaltado de Vargas o de Nariño. Pero inclusive en el mesurado *Memorial de agravios* que Camilo Torres (1766-1816) dirigió a la Suprema Junta Central de España, en 1809, las afirmaciones de lealtad a Fernando VII iban acompañadas de denuncias contra el despotismo y las políticas económicas y educativas de la Corona en América. Por encima de todo, el *Memorial de agravios* contenía una defensa de la igualdad del derecho de representación entre las provincias de América y de España, basada en criterios jurídicos tradicionales sobre la organización imperial que reconocían el concepto de diferentes reinos en pie de igualdad y constituyentes de la monarquía. Más aún, Torres argumentaba por el derecho que le cabía a los americanos de decidir sobre sus propios destinos. Los altos funcionarios de la Corona en las colonias, oriundos por lo general de la metrópoli, no sentían, según Torres, «los males de las Américas [...] disfrutan sólo sus ventajas y comodidades».

El *Memorial de agravios*, como tantos otros documentos contemporáneos, mostraba que, frente a la crisis de la monarquía española tras la invasión de Napoleón en 1808, la élite intelectual neogranadina comenzó a articular una respuesta americana a unos conflictos que, en últimas, eran propiamente americanos.

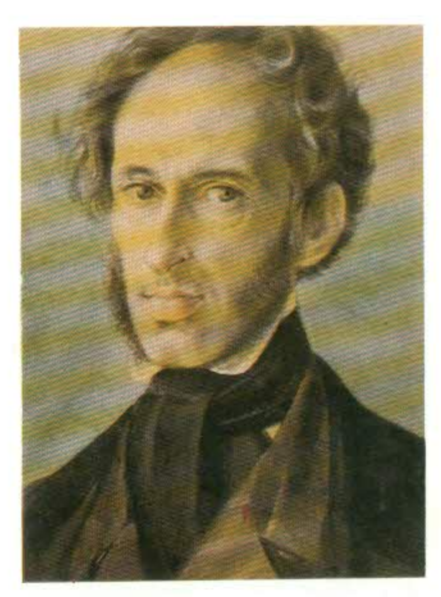
Testimonio de José María Espinosa

A pesar de un ambiente aún profundamente religioso o, simplemente, de la aparente indiferencia, las nuevas corrientes emancipadoras adquirieron pronto un enorme significado. La élite culta era ciertamente un grupo exclusivo en los centros más importantes del reino. Aunque había servido para ampliar la difusión del conocimiento, la circulación de los periódicos seguía siendo muy reducida. Quienes tenían acceso a algún tipo de instrucción primaria compartían quizá la formación de José María Espinosa (1796-1883), el pintor más importante de los años de la Independencia, cuyas únicas lecturas eran «las vidas de los santos, fray Luis de Granada, san Ignacio de Loyola, la madre Agreda y otros libros místicos y contemplativos», según él mismo declaró en sus célebres *Memorias de un abanderado*. Nacido en Santafé, y criado por sus abuelas, Espinosa había recibido una educación «puramente religiosa y moral», continuada en la escuela de doña Gertrudis Valenzuela. Pero allí, escuchando la conversación de su institutriz con un clérigo muy anciano y «otro viejo de larga capa», asiduos contertulios, oyó hablar «con misterio del Anticristo, que así llamaban a Napoleón I [...] y de las demás (noticias de la época), que presagiaban una revolución general y grandes calamidades». Y este nuevo clima político se hizo sentir de manera expresiva en el hogar de Espinosa desde 1809, cuando «como por encanto se transformó la casa, y a las imágenes de los santos reemplazaron láminas mitológicas y otras no menos profanas con emblemas y alegorías diversas [...]. Se pintaron por primera vez de colorado las barandas, puertas y ventanas; y en fin, se obró en la casa una verdadera revolución, que anunciaba ya la famosa de 1810».



REPRESENTACION
DEL CABILDO DE BOGOTA CAPITAL DEL
NUEVO REINO DE GRANADA
A LA
SUPREMA JUNTA CENTRAL
DE ESPAÑA,
EN EL AÑO DE 1809.
Escrita por el Sr. Dr. José Camilo de Torres
encargado de estenderla como asesor
y Director de aquel cuerpo.
Está precedida de una introduccion que recomienda su mérito, y de la noticia biográfica de su autor.
Imprenta de N. Lora
Año de 1832.

"Memorial de agravios" redactado por Camilo Torres (1809). Primera edición impresa por Nicomedes Lora en Bogotá, 1832. Biblioteca Nacional, Bogotá.



José María Espinosa.
Autorretrato. Casa Museo 20 de Julio, Bogotá.

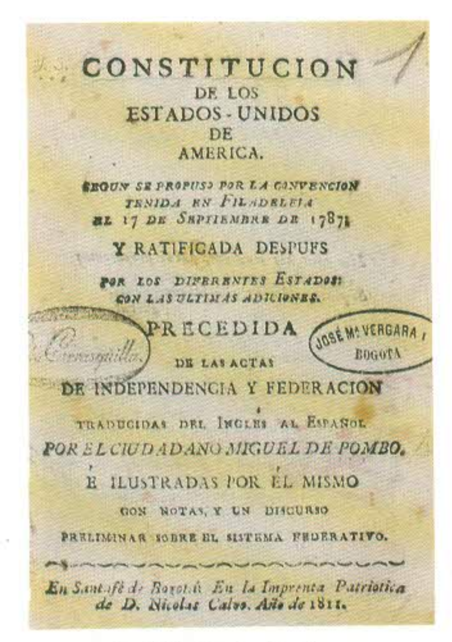
Ideario de la Independencia

Transformado el mismo ambiente hogareño, muchos criollos, como Espinosa, pronto se vieron enrolados en las filas de los patriotas y, «sin saber cómo», se hallaron «formando en la plaza mayor con (su) lanza al hombro», según testimonio del propio pintor. Ya en campaña, Espinosa oyó hablar de la publicación de los *Derechos del hombre*, de Nariño, y de las ideas que levantaban los ánimos de la empresa revolucionaria.

En otros casos, el compromiso con el movimiento de la emancipación fue el resultado del contacto directo con quienes ya poseían un criterio respecto de las relaciones con la metrópoli. En la casa de José Hilario López, luego presidente de Colombia, la habitación de su tío Mariano Lemos se había convertido en el «club de todos los principales sujetos de Popayán adictos a la independencia», como lo recuerda el propio López en sus *Memorias*. En esas tertulias, donde circulaban diarios de Madrid, también López escuchó hablar de Napoleón aunque allí el «monstruo del género humano» adquiría favorables coloridos y reputación de héroe. En esas tertulias, López «recogía las palabras, observaba los gestos de los socios, advertía en sus semblantes la halagüeña esperanza de un mejor porvenir [...] Todo esto combinado hizo nacer en mí el deseo de ser uno de los que debían luchar contra los españoles». En 1812, a la edad de 14 años, José Hilario López engrosaba las filas de la Quinta Compañía de Infantería que comandaba el capitán José María Ordóñez.

Periodismo y emancipación

Desde sus comienzos en 1810, la insurrección estuvo acompañada de la aparición de publicaciones periódicas que catalizaban la transformación intelectual de la Nueva Granada: el *Diario Político de Santafé de Bogotá*, dirigido por Francisco José de Caldas y Joaquín Camacho, *La Bagatela*, de Antonio Nariño, el *Aviso al Público* del padre Diego Francisco Padilla, *El Argos Americano*, que editaba en Cartagena José Fernández Madrid. Sus páginas traducían el espíritu universal de la época pero también reflejaban los nuevos conflictos que emergían en el movimiento emancipador. *La Bagatela* llamaba al gobierno de los Estados


CONSTITUCION
DE LOS
ESTADOS-UNIDOS
DE
AMERICA.
SEGUN SE PROPUSO POR LA CONVENCION
TENIDA EN FILADELFIA
EL 17 DE SEPTIEMBRE DE 1787,
Y RATIFICADA DESPUES
POR LOS DIFERENTES ESTADOS:
CON LAS ULTIMAS ADICIONES.
PRECEDIDA
DE LAS ACTAS
DE INDEPENDENCIA Y FEDERACION
TRADUCIDAS DEL INGLES AL ESPAÑOL
POR EL CIUDADANO MIGUEL DE POMBO,
E ILUSTRADAS POR EL MISMO
CON NOTAS, Y UN DISCURSO
PRELIMINAR SOBRE EL SISTEMA FEDERATIVO.
En Santafé de Bogotá: En la Imprenta Patriotica de D. Nicolas Calvo. Año de 1811.
JOSÉ Mª VERGARA, BOGOTA

Constitución de los Estados Unidos, traducción de Miguel de Pombo. Bogotá: Nicolás Calvo, 1811. Biblioteca Nacional, Bogotá.

Unidos «el más perfecto que hasta ahora se ha conocido en el mundo», al tiempo que publicaba artículos de Jeremy Bentham. La *Carta dirigida a los españoles americanos*, de Viscardo y Guzmán, se reproducía en el *Aviso al Público*. El *Diario Político* rememoraba cómo los retratos de Franklin y Washington habían sido arrancados violentamente de la casa de Nariño en 1794. Mientras *El Argos Americano* combatía al centralismo, el *Aviso al Público* defendía a la Junta Suprema, en una de las tantas controversias domésticas que caracterizaron a la Patria Boba.

Los lemas de Tácito y Cicerón, adoptados por casi toda la prensa revolucionaria, expresaban cómo en este período de transición «el solemne latín de San Bartolomé y del Rosario perduraba en la memoria de aquellos publicistas». A la educación clásica y tradicional, como ya se ha sugerido, se sobreponían otras influencias que se abrían espacio en el mercado. En 1811, en la tienda de Rafael Flórez, en la Calle Real de Santafé, se vendía la *Constitución de los Estados Unidos*, traducida al español por José Manuel Villavicencio. Pero ni la creciente influencia de las ideas provenientes de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, ni el calor de la lucha por la independencia, impidieron la continuidad de vínculos intelectuales con España durante estos años. Los diarios de Madrid, aun en 1823, proliferaban en la librería bogotana que visitó William Duane, quien también observó que los libros a la venta eran casi todos en francés y algunos pocos en inglés. La Constitución de Cúcuta (1821) siguió algunos de los parámetros de la Constitución norteamericana, pero, como más tarde lo observarían los hermanos Rufino José y Angel Cuervo, nadie reparaba en lo que tomaron de la de Cádiz. A partir de 1824, la obra de Bentham ganaría más notoriedad en Colombia, gracias a su traducción al castellano por el profesor de Salamanca, Ramón Salas.

Ningún otro peninsular tuvo quizá tanta influencia en el movimiento emancipador americano como José María Blanco White (1775-1841). Desde su exilio en Londres, Blanco White editaba *El Español* que, según el *Diario Político* de Caldas en 1811, «nos es importantísimo, como escrito por un autor que ha penetrado en los misterios políticos de la Junta Central y de la Regencia». Los primeros artículos de Bentham en Colombia, publicados por *La Bagatela* aquel mismo año, 1811, fueron transcritos de la traducción que Blanco había publicado en *El Español*. Simón Bolívar había conocido a Blanco durante su visita a Londres en 1810 y, de acuerdo con Martin Murphy, el *Manifiesto de Cartagena*, escrito por el Libertador en 1812, guardaba notables coincidencias con una carta dirigida por Blanco a fray Servando de Mier, publicada meses antes en su periódico. En la famosa *Carta de Jamaica* (1815), Bolívar reconoció expresamente los méritos de *El Español* en su papel informador de la opinión pública americana.

Inicios del debate intelectual

El innegable impacto de las influencias externas, sin embargo, no puede demeritar los esfuerzos americanos



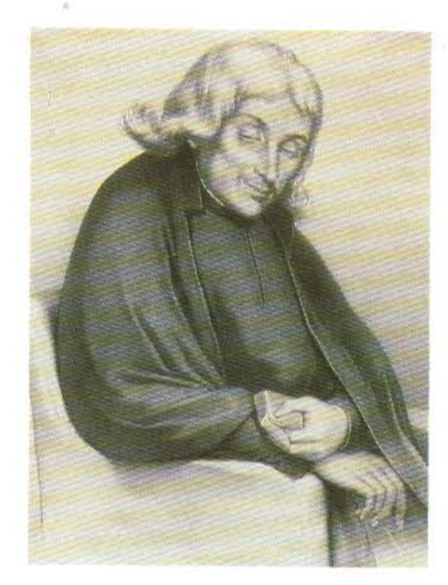

EL ESPAÑOL,

José María Blanco White, grabado español del siglo XIX, y portada de "El Español", tomo II, impreso en Londres (1810). Biblioteca Nacional.

para desarrollar un cuerpo de ideas que le dieran sentido al porvenir del continente frente a las nuevas circunstancias históricas. Los documentos de Bolívar ya citados, así como su discurso ante el Congreso de Angostura en 1819, podían contener referencias a Rousseau, a *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu, a Alexander von Humboldt, a Guillaume Raynal, al conde de Volney, y al parlamento británico y la república romana, pero ellas servían más bien de apoyo doctrinario a un pensamiento que evolucionaba con la experiencia de la guerra. Las frustraciones provocadas por los conflictos internos y, particularmente, la prolongada lucha que siguió a la presencia de las tropas de Pablo Morillo, determinaron los términos de un debate que, además, resentía la falta de esa vanguardia intelectual que pereció bajo la represión del ejército de Reconquista. Para quienes comandaban la guerra, como Bolívar, las ideas pasaban a formar parte de la estrategia bélica contra España. No obstante, en este contexto se fueron estructurando unas nociones propias sobre el derecho a la autodeterminación y, así mismo, se examinaban principios y valores como los de soberanía popular, libertad e igualdad, a la luz de las condiciones americanas.

La guerra, además, impuso el aislamiento de una realidad de suyo aislada por las condiciones coloniales. Extranjeros como el sueco Carl Gosselman, quien visitó Colombia tras la independencia, y escribió un diario de su *Viaje por Colombia, 1825-1826*, recibían la impresión de encontrarse con un país ignorante del mundo, donde sólo se conocían tres nacionalidades: «colombianos libres», «pendejos españoles», y «amigos ingleses».

Lo que indiscutiblemente sucedió a la emancipación fue la proliferación de nuevos medios de expresión y, con ella, la intensificación sin precedentes del debate intelectual. El Congreso fue, por supuesto, un foro novedoso y atractivo a las generaciones que se formaban en el ambiente de la independencia. Florentino González era en 1823 uno de los tantos estudiantes que frecuentaban las barras del parlamento para seguir con admiración a los oradores públicos. González también frecuentaba las iglesias porque, según él, había que escuchar con igual interés a los oradores eclesiásticos. El púlpito, que había cobrado mayor importancia con la agitación



Padre Francisco Margallo.
Grabado de Lemercier sobre un dibujo de José María Espinosa. Museo Nacional, Bogotá.

ideológica provocada por la revolución, fue uno de los medios preferidos del doctor Francisco Margallo (1765-1837), quien, en sus sermones, mientras condenaba la circulación de libros, alimentaba, tal vez sin advertirlo, la curiosidad intelectual del auditorio. «De su boca», recordaría González, «oí yo los nombres de Voltaire, Rousseau, Raynal, Volney, de los cuales tomaba nota para formarme el catálogo de los libros que me había de proporcionar después». Y a los libros seguían los pasquines, las hojas sueltas y los panfletos, de cuya producción el mismo Margallo participaría con los más notorios de la época en sus ataques contra la tolerancia religiosa y la masonería; entre esos impresos sueltos se destacan *La Serpiente de Moisés* y *El Gallo de San Pedro*.

Entre todos los medios, el periodismo sobresalía por su dinámica como la institución que más claramente reflejaba las nuevas condiciones de la vida americana. Al órgano combativo para orientar la guerra, el *Correo del Orinoco*, dirigido por Francisco Antonio Zea, siguió la *Gaceta de la Ciudad de Bogotá* —después la *Gaceta de Colombia*— en la cual, a pesar de su carácter oficial, se aireaban ocasionalmente los conflictos internos del gobierno constituido. Los números de *La Miscelánea*, redactado entre otros por Rufino Cuervo, eran estudiados minuciosamente en los círculos de la administración.

En estas páginas, como en los otros periódicos prominentes de la época —*El Patriota, El Insurgente, El Constitucional*—, los intelectuales neogranadinos expresaron sus preocupaciones alrededor de los temas que dominaron las discusiones en la nación emergente, sobre la forma apropiada de gobierno, el papel de la Iglesia, la reorganización de la economía colonial, el endeudamiento externo, las libertades políticas. La ley de prensa de 1821 dio origen a uno de los debates más interesantes de la década grancolombiana. Y la prensa periódica siguió representando un papel predominante en la historia intelectual del país, así fuese en esa condición menospreciada por José María Vergara y Vergara cuando se refería a la «enorme cantidad de periódicos políticos, hijos y padres de las revoluciones», en claro contraste con la falta de libros. Años más tarde, Miguel Antonio Caro se dolía de que la historia colombiana estuviese «sepultada» en escritos de periódicos ya «incógnitos». Caro sugería formar un índice de la prensa que pudiese convertirse en «el más apropiado aparato para estudiar no sólo nuestra literatura, sino nuestra civilización, que abraza todos los certámenes de la inteligencia y del carácter».

Las ideas en la formación de la República

Cristianismo y benthamismo

En la sociedad culta de la naciente república, las inquietudes intelectuales se movían en un ambiente que pasaba del apego a los textos sagrados a la discusión abierta de doctrinas encontradas. Para muchos de quienes se habían formado en hogares como el de Juan Francisco Ortiz (1808-1875), cuya madre leía y repasaba diariamente la *Historia del Antiguo y Nuevo Testamento* de Agustín Calmet, y se educaban aún en los cánones de la escolástica, el enfrentamiento con el mundo emergente de las ideas de la Independencia traía inicialmente consigo la incertidumbre. Florentino González (1805-1874) recordaba esa etapa de transición entre la fe en el dogma y el encuentro con la heterodoxia, cuando su «espíritu se hallaba en aquella situación penosa [...] en que cae el hombre cuya creencia ha sido desquiciada y no sustituida por otra que tranquilice su conciencia».

En dichas circunstancias, la formación intelectual de la juventud neogranadina, lejos de método alguno, obedecía más bien a las lecturas de-



Florentino González.
Grabado de Ch. Vogt, impreso por Thierry Freres en París, 1851. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

sordenadas de textos sugeridos en la prensa, en las tertulias de salón, en la universidad, en el Congreso y, como se ha visto, hasta en el púlpito. Y algunos alimentaban su curiosidad en las librerías. Fueron las recomendaciones de un librero, Andrés Aguilar, las que a mediados de siglo motivaron las lecturas de José María Samper (1828-1888) —*Deontología y legislación*, de Bentham, *Ideología*, de Destutt de Tracy (1754-1836), *Moral universal*, del barón de Holbach (1723-1789), además de obras de Voltaire, Diderot y D'Alembert, entre otros—, mientras se apoderaba de «su alma [...] un doble sentimiento, una gran desconfianza de todo lo que tradicionalmente había tenido por verdades», según su propio testimonio. Los intelectuales neogranadinos se movieron así entre la nostalgia de la verdad revelada y el eclecticismo.

Entre las nuevas corrientes del pensamiento, ninguna superó quizás al benthamismo en su capacidad para despertar pasiones y provocar controversias que se prolongaron hasta bien entrada la segunda parte del siglo XIX. Como se ha observado, artículos de Jeremy Bentham (1748-1832) habían sido publicados en *La Bagatela* en 1811, pero no parece que su obra se popularizara entre los intelectuales de la Gran Colombia antes de la traducción de su *Tratado de legislación*, por Ramón Salas, en la década de 1820. Por lo menos desde 1823, Santander dio muestras de familiaridad con el autor inglés. Y en 1826, el *Tratado de legislación* quedó incorporado al *Plan de Estudios* promulgado por la administración Santander. Sus propuestas codificadoras ofrecían atractivos a quienes se habían embarcado en la tarea de construir el Estado. Además, Bentham había hecho expresas sus simpatías por el movimiento americano en sus aspiraciones por encontrar un país que le adoptara como su gran legislador. Sin embargo, su principio ético general —«la mayor felicidad para el mayor número»—, a la vista de significativos sectores neogranadinos, chocaba contra la ética cristiana. Aunque Bentham mostraba cierta cautela, era claro su propósito de mantener la ética y la legislación al margen de toda influencia religiosa, motivo suficiente para ganarse la hostilidad de la Iglesia.

Las disputas sobre el benthamismo adquirieron pronta resonancia pública tras el debate panfletario sostenido entre el doctor Margallo y Vicente Azuero (1787-1844). Bolívar prohibió los textos de Bentham en 1828, Santander los volvió a instaurar en la década de 1830 y, en 1842, la reforma educativa inspirada por Mariano Ospina Rodríguez reemplazó la obra de Bentham por la de Jaime Balmes (1810-1848). La polémica se reanimó en la década de 1860, después de que Ezequiel Rojas (1803-1873) regresara de Europa y se dedicara a promover nuevamente los estudios de Bentham. En 1868 y 1869, Miguel Antonio Caro (1843-1909) refutó las doctrinas de Rojas y, un año más tarde, un discípulo de Rojas, Angel María Galán (1836-1904), refutaba a su turno los ataques contra Bentham proferidos por José Joaquín Ortiz (1814-1892). A finales de siglo, Aníbal Galindo (1831-1901) reconocía la influencia que Bentham había ejercido en su formación: «... gran parte de los hábitos de trabajo y de probidad que he practicado en mi vida, y el profundo respeto al derecho de propiedad» los debía a «los sólidos principios bebidos en las obras de Jeremías Bentham». No obstante, a pesar de su innegable impacto, el benthamismo, como tantas otras influencias extranjeras, estuvo lejos de gozar una posición dominante en la vida intelectual colombiana.

En primer lugar, no se sabe a ciencia cierta qué tan sistemática fue la lectura de los textos del pensador inglés entre sus supuestos seguidores. El mismo Bentham se frustraba al comprobar que muchas de sus propuestas, en materia de legislación constitucional y penal, no tenían la acogida que él esperaba en las nuevas repúblicas americanas. Algunos de quienes estaban a cargo de la cátedra de legislación, como Joaquín Mosquera en Popayán en 1835, se quejaban ante Santander de que «Bentham tiene errores tan graves y su comentador Salas lo ha empeorado tanto, que no me alcanza el tiempo para llenar los vacíos que dejan las impugnaciones que le hago». Santander, por su parte, creía indispensable continuar la propagación de las doctrinas utilitaristas, mientras advertía: «Dios quiera que Bentham no nos haga derramar sangre [...] sólo a puñaladas me arrancan órdenes contrarias a las que he dado».

Simultáneamente a estas advertencias, sin embargo, el mismo Santander había rogado a Azuero acomodar el benthamismo «a nuestras circunstancias y a nuestras leyes políticas y religiosas». Frente a las simpatías por Bentham, Santander intentaba también complacer a la Iglesia. En 1835, el gobierno financió la publicación de 160000 cartillas de lectura que contenían «el resumen de lo más sublime del dogma católico», y 10000 ejemplares de André de Fleury (1653-1743), que Mosquera consideró como «un acto digno de los tiempos de Bossuet».

Santander, además, expresaba que era utilitarista pero «sin negar los principios fundamentales sobre que basa lo que hemos llamado derecho natural», lo que chocaba con el positivismo benthamista. Inclusive el discípulo más destacado de Bentham en Colombia, Ezequiel Rojas, adoptaba sus doctrinas pero sin excluir otras que en ocasiones conducían a contradecirlas. Discípulos de Rojas, como Manuel Murillo Toro, reconocían haberse «independizado en algunos puntos» de quien había sido una especie de oráculo.

Modelos extranjeros y republicanismo

La observación de los hermanos Cuervo, en su *Vida de Rufino Cuervo*, «lo inglés privaba en todo», al referirse a la vida cultural de las primeras décadas de la república, no debería tomarse literalmente. Si bien es cierto que el hijo de Francisco Miranda publicaba textos en inglés en *El Constitucional*, muy pocos estaban en capaci-

dad de leer este idioma. Ni los autores ingleses eran exclusivamente preferidos por los intelectuales. Las *Meditaciones colombianas* (1829), de Juan García del Río (1794-1856), a quien se señala como un anglófilo inequívoco de la época, manifestaban familiaridad con muy variados textos. Sus preocupaciones, además, estuvieron determinadas por los conflictos domésticos que sucedieron a la organización de la nación independiente.

El tema de la monarquía constitucional había cobrado interés desde la promulgación de la Constitución boliviana en 1826. Ese año, Juan de Dios de Aranzazu (1798-1845) hacía esfuerzos por conseguir el texto de la misma, aunque ya había leído el folleto de Guzmán que defendía su adopción en la Gran Colombia, mientras expresaba su rechazo a la propuesta. Como los hechos lo comprobaron, la idea republicana estaba muy arraigada entre los neogranadinos. La juventud que participaba activamente de ese espíritu republicano había recibido parte de su formación intelectual bajo figuras como José Félix de Restrepo, en quien se combinaban elementos tradicionales con nociones de progreso. Primero en el seminario de Popayán y más tarde en el Colegio de San Bartolomé, Restrepo influyó en personalidades tan disímiles como Mariano Ospina Rodríguez y José Hilario López.

Por otra parte, la reflexión sobre los propios acontecimientos históricos, a través de lecturas como la que Manuel J. Mosquera hacía de la *Historia de la revolución de la República de Colombia*, de José Manuel Restrepo, en 1828, comenzaba a orientar las preocupaciones intelectuales de los neogranadinos. García del Río no ocultaba sus simpatías por Inglaterra pero, al criticar la experiencia de la Patria Boba y la Constitución de 1821, alegaba que «nos dieron instituciones ajenas de nuestro estado intelectual». Años más tarde, en 1847, Rufino Cuervo manifestaba la necesidad de cautela frente a los cambios: «... para un pueblo naciente es igualmente peligroso renovarlo todo, que mantenerlo todo en situación estacionaria».

Sin embargo, alejados de España en las circunstancias violentas de la emancipación, las frustraciones que siguieron a las primeras décadas de vida independiente alimentaron entre los neogranadinos nuevas animadversiones contra el legado español, al que se culpaba de todos los males de la república, mientras se fortalecían los deseos de renovar el espíritu nacional. Algunos, como José Eusebio Caro (1817-1853), quien experimentó en su vida el vaivén de las transformaciones intelectuales de la época, veían en el idioma y la religión unos necesarios elementos de continuidad para la cohesión social, aunque las bases del progreso material se encontraban en el modelo anglosajón. Otros, como Manuel Murillo Toro (1816-1880), manifestaban poca disposición al compromiso. «Para independizarnos del gobierno español —expresaba Murillo Toro— necesitamos catorce años de combates, y para independizarnos de sus costumbres retrógradas y absolutistas necesitamos dejar un largo período de incomunicación, oficial al menos».



Rufino José Cuervo.
Escultura en bronce de Raúl Carlos Verlet, 1914.
Plazuela de San Carlos, Bogotá.

Liberalismo, revolución y romanticismo

Los acontecimientos ocurridos en Europa en 1848, con la caída de la monarquía de Orleans, tuvieron eco —con una fuerza quizá sin paralelos en América Latina— en grupos políticos, estudiantiles, artesanales, y aun en el ejército, aunque el ambiente de cambio se había anticipado en la Nueva Granada con la llegada al poder del general Tomás Cipriano de Mosquera y las medidas de su secretario Florentino González. Pero las demandas reformistas se confundían ahora en un panorama social mucho más complejo.

Según Aníbal Galindo, *El judío errante*, de Eugène Sue, *Los girondinos*, de Alphonse de Lamartine, y *Los montañeses*, de Esquiroz, «eran el evangelio de toda la juventud liberal», esa misma «estudiantina» de las universidades de San Bartolomé y del Rosario que se fue «desde temprano a hacer bochinche en Santo Domingo» durante las elecciones que llevaron al poder a José Hilario López en 1849. Otros autores como Alexandre Dumas y Victor Hugo enriquecieron también las impresiones de ese «romántico entusiasta» que fue José María Samper, en tanto que las ideas de Louis Blanc (1811-1882) sobre la redención social motivaban las actividades de las Sociedades Democráticas de Bogotá.

La influencia del romanticismo francés llegó tanto a liberales como a conservadores y, a través de la prensa, ampliaba su auditorio. Los discursos de Lamartine eran reproducidos en *La Civilización* —el periódico de José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez— mientras *El Censor* de Medellín publicaba por entregas su *Historia de los girondinos*. En 1885, tras la muerte de Victor Hugo, las traducciones de algunos de sus inmortales cantos, realizadas entre otros por José Manuel Marroquín (1827-1908), Carlos Arturo Torres (1867-1911), José María Quijano Wallis (1847-1923), Rafael Núñez (1825-1896), Miguel Antonio Caro (1843-1909) y José Asunción Silva (1865-1896), y reproducidas por el *Papel Periódico Ilustrado*, eran una clara muestra de la acogida que el poeta francés había tenido entre los círculos intelectuales colombianos. Y también Lamartine, «el poeta de Cristo, del Evangelio, de la democracia cristiana», parecía amoldarse muy bien al espíritu religioso de los neogranadinos de tendencias liberales y conservadoras; al respecto, escribe Jaime Jaramillo Uribe: «... les permitía ser anticlericales sin ser ateos, anticatólicos sin ser anticristianos, cientistas sin materialismo, populistas sin adular al pueblo ni llegar a la demagogia».

Discursos fogosos dominaban las sesiones de la Escuela Republicana, una de las sociedades políticas de estudiantes de la Escuela de Derecho de la Universidad Nacional y de San Bartolomé, donde se propagaban las ideas revolucionarias de 1848. Tras la intensidad de las pasiones ideológicas, florecía un activo comercio de libros. Mas el movimiento traspasó los

círculos estudiantiles e intelectuales de la capital para alimentar también las manifestaciones populares. Ignacio Gutiérrez Ponce, en su biografía de Ignacio Gutiérrez Vergara, atribuyó el espíritu de agitación a la tarea de oradores «populacheros», quienes, tras echarse un «chisguete», anunciaban «con voz aguardientosa que el futuro gobierno de los libres y democráticos saldría fiador de la subsistencia del artesanado, le garantizaría el trabajo y le restituiría las riquezas usurpadas a los aristócratas».

LIBERALISMO Y CONSERVATISMO

En esta atmósfera espiritual se abrió el medio siglo, al que sucedió una década de serios conflictos que alcanzaron graves tonos en el golpe frustrado del general José María Melo en 1854 y en la guerra civil de 1860. La adopción del sufragio universal masculino por la Constitución de 1853 motivó la intensificación del debate electoral entre los recién formados partidos liberal y conservador. Y esta década de conflictos y de luchas partidistas fue acompañada de precipitadas reformas que alcanzaron su máxima expresión en la Constitución de 1863. La final liberación de los esclavos, la introducción de medidas económicas librecambistas, la desamortización de bienes de manos muertas, la expulsión de los jesuitas, la irresponsabilidad de la prensa, la libertad absoluta para portar armas, la adopción del federalismo. Para autores como José María Samper, existía la necesidad de aniquilar «los vicios heredados de la Colonia».

José María Samper

Destacado representante de la generación romántica de la época, aunque abandonaría después sus posturas radicales, José María Samper publicó en París, en 1861, su *Ensayo sobre las revoluciones políticas en Colombia*, una obra reinterpretativa del momento de la Independencia y de las subsiguientes turbulencias políticas. En alguna medida, Samper se propuso refutar a quienes en Europa subvaloraban el significado de la emancipación americana, quienes habían creído que en «esa nueva situación no asomaba una idea sino apenas un hecho; que la revolución no era profundamente social sino meramente política». Su objetivo fue rescatar el sentido democrático de las guerras de independencia. Los



Los hermanos Miguel, Rafael y José María Samper Agudelo. Fotografía de Pierre Petit, París, 1862. Colección Santiago Samper Trainer, Bogotá.

orígenes de las frustraciones americanas estaban en la organización colonial, pero Samper mostraba cierta cautela en su juicio contra España. Además de reconocer, por ejemplo, su papel codificador en las Leyes de Indias, Samper sugería distinguir entre España y el «espíritu y las tendencias de una época», antes de establecer responsabilidades. Más aún, el régimen colonial, «al poner en contacto a (diferentes) razas y suscitar su inevitable cruzamiento, preparó el advenimiento de la democracia». De todas formas, sus ataques contra las instituciones, tradiciones y costumbres coloniales no dejaban campo al compromiso: la crisis hispanoamericana de mediados de siglo, en su concepto, se originaba en la sobrevivencia de elementos de la estructura colonial. Samper justificaba así las guerras civiles, a las que otorgaba una función progresista y hasta civilizadora, como un «nuevo combate armado entre la *colonia* que resiste y quiere vivir como la hiedra entre los escombros, y la democracia, que avanza, cobra bríos y espera sin cesar».

Miguel Samper

Al lado de José María Samper, se destacó su hermano Miguel. Alumno de Ezequiel Rojas, Miguel Samper (1825-1899) ha sido caracterizado como uno de los representantes «más puros del liberalismo clásico» en el siglo XIX colombiano, por su apego a las doctrinas librecambistas, la sobriedad de sus costumbres, el amor al trabajo y a otras manifestaciones puritanas del espíritu burgués. Su temperancia política, sin embargo, distanció a Samper de la corriente dominante del liberalismo radical. Salvador Camacho Roldán exaltaría la moderación de Samper como una «virtud desgraciada», dadas las circunstancias de la época. «Esa serenidad de espíritu», se lamentaba Camacho Roldán, «que procura huir de los extremos en la solución de las cuestiones sociales [...] ha sido mirada como una debilidad y hasta un delito».

Fue nuevamente en el tema religioso, más específicamente en la discusión sobre el papel de la iglesia católica en la sociedad colombiana, en el que las corrientes revolucionarias del medio siglo exacerbaron las pasiones al extremo. Los conflictos políticos de la capital, es oportuno reconocerlo, no se repetían con la misma intensidad en todas las regiones del país. En algunas ciudades de provincia, la vida religiosa siguió ocupando una buena parte de la actividad diaria de sus habitantes sin mayores sobresaltos. Antioquia, bajo la influencia de figuras como Mariano Ospina Rodríguez (1805-1885), logró mantenerse al margen del radicalismo dominante de la época. Pero Bogotá vivía todas las contradicciones que desató la ola secularizadora en un país donde, en general, la iglesia católica había ejercido históricamente un predominio espiritual indiscutible. Según Carlos Martínez Silva, los familiares y amigos de Miguel Samper, ya en su avanzada edad, le sorprendieron muchas veces entregado a la lectura «del Sagrado Texto, de la *Imitación de Cristo* y de varios apologistas católicos».

Sergio Arboleda

Sergio Arboleda (1822-1888), quien en la segunda mitad del siglo XIX articuló una de las más sólidas defensas de la religión católica y de la Iglesia como partes del legado español, acusaba de inconsecuentes a los reformadores colombianos que, a pesar de sus costumbres y sentimientos religiosos, habían adoptado los principios del utilitarismo. Bentham volvía así al centro de la discusión intelectual.



Sergio Arboleda.
Fotografía de la Colección J.J. Herrera, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Como ya se ha observado, en 1869 y 1870, Miguel Antonio Caro, José Joaquín Ortiz y Angel María Galán publicaron sendos trabajos sobre el tema. En *Las ciencias, las artes y las letras en Colombia*, aparecido en la década de 1880, Arboleda volvía a fustigar las influencias del utilitarismo en Colombia mientras destacaba el papel del clero católico, esa «corporación admirable en quien Dios ha delegado una parte de su facultad creadora». Según Arboleda, la Iglesia había estimulado la «unidad moral» entre las distintas razas durante el régimen colonial, y esa igualdad religiosa, a su turno, había preparado a los americanos para la igualdad republicana. Tras la independencia, sin embargo, el gobierno republicano se alejó de los antecedentes y de las necesidades del país, mientras muchos de sus líderes se dejaban arrebatar por «los brillantes delirios de la revolución francesa», y la fascinación por el ejemplo de Estados Unidos. Arboleda culpaba al nuevo clima intelectual de desprestigiar al mismo clero. E identificaba al utilitarismo como la causa de las medidas contra la Iglesia.

Otras posiciones tradicionalistas

La defensa de la Iglesia, para quienes seguían la línea de Arboleda, era también la defensa de la tarea de España en América. A los ataques demoledores contra la herencia colonial sucedió pronto una corriente dispuesta a rescatar los valores españoles, aunque sin cuestionar el momento de la Independencia. La obra de José María Vergara y Vergara (1831-1872), *Historia de la literatura en Nueva Granada* (1867), se proponía, precisamente, refutar a quienes sostenían que la historia de las letras nacionales comenzaba en 1810. Vergara y Vergara se quejaba del «total desamor por los estudios históricos de la patria», al tiempo que señalaba la falta de bibliotecas y de fuentes para dichas tareas. Su lamento tuvo eco en Ezequiel Uricoechea (1834-1880) y José María Quijano Otero (1836-1883), quienes ya se encontraban coleccionando documentos nacionales. Vergara y Vergara reconocía sí la labor pionera de los historiadores Joaquín Acosta (1800-1852), Jose Manuel Restrepo (1781-1863) y José Manuel Groot (1800-1878), y se complacía por la aparición de memorias de contemporáneos, como las de Venancio Ortiz (1818-1891), Felipe Pérez (1836-1891), Joaquín Posada Gutiérrez (1797-1881) y José Hilario López (1798-1869). Cada uno de estos trabajos introducía nuevos elementos para la interpretación de la historia del país. Pero al revalorar el papel de España en el desarrollo cultural de la Colonia, Vergara y Vergara no dudaba de quién debía llevarse los laureles: «... mi libro no viene a ser sino un largo himno cantado a la Iglesia».

Tradición contra radicalismo liberal

Los ataques de mediados de siglo contra la herencia colonial se enfrentaron, pues, casi simultáneamente, a la defensa de España y de la Iglesia. Aníbal Galindo leyó tanto a Bentham como a Balmes, pero en ese antagónico clima intelectual ambos autores parecían marcar las fronteras de doctrinas contrarias y en disputa.

Sin embargo, lo que se hacía evidente para quienes visitaban Bogotá en la década de 1880 era un ambiente de marcado conflicto: «¡Qué no dicen aquellos muros de Bogotá!», observó Miguel Cané por esos años, sorprendido por las expresiones insultantes que dominaban la guerra de hojas volantes que floreció bajo los dictámenes de la prensa libre e irresponsable consagrados en la Constitución de Rionegro. Pocos sectores sociales escapaban de la intensidad del debate político que se apoderó también de muchas tiendas de barrio. En el sur de Bogotá, El Vaso de Oro, de Feliciano Díaz, sobresalía entre las tabernas populares cuyo renombre se alimentaba de la concurrencia de figuras del liberalismo, como José María Rojas Garrido (1824- 1883), Juan de Dios Uribe (1859-1900) y Candelario Obeso (1849-1884). Particularmente, los tipógrafos se encontraban en una posición especial para seguir de cerca el combate que protagonizaban los partidos en la prensa. Luis María Mora (1869-1936), quien entonces trabajaba en la imprenta de Zalamea Hermanos, recordaba cómo los años que precedieron a la guerra de 1885 fueron de una extraordinaria actividad para la industria editorial. Fue durante aquellos años cuando cayó en manos de Mora una *Lógica* de Balmes. Aunque, por su mismo oficio, Mora estaba quizá más en contacto con las pasiones originadas en el mismo conflicto partidista, «Yo me daba cuenta de cada uno de los episodios del tremendo drama político que se estaba desarrollando, y a medida que por mis manos pasaban al tipo los editoriales y las proclamas, tomaba parte en todas sus peripecias como espectador activo y silencioso».

Núñez y la Regeneración

Tras el triunfo en la guerra de 1885, el gobierno que presidía Rafael Núñez (1825-1894) se dio a la tarea de remodelar finalmente la estructura del Estado y fortalecer sus instituciones nacionales. «El particularismo enervante debe ser reemplazado por la vigorosa generalidad», expresaba



Rafael Núñez.
Oleo de Epifanio Garay y Caicedo, Teatro Colón, Bogotá.

Núñez ante el Consejo de Delegados que se reunió en noviembre de aquel año, para formar la nueva Constitución. A primera vista, su fórmula parecía contradecir la doctrina de Hebert Spencer (1820-1903) que el mismo Núñez preconizaba años atrás: «El progreso conduce de lo homogéneo a lo heterogéneo».

Ciertamente, para Núñez tanto el régimen colonial como la independencia servían de ejemplo, como «aplicación histórica, natural», al principio spenceriano. Pero de ninguna manera el progreso se entendía como una forma de evolución continua y sin retroceso alguno. Más aún, reducir el pensamiento de Núñez a fórmulas abstractas implicaría desconocer la base histórica de sus ideas. Mirados en su conjunto, los dispersos escritos de Núñez en la prensa del país y del continente —buena parte de ellos recopilados en *La reforma política*— reflejaban una preocupación central: encontrarle sentido al porvenir de la nación a partir de una crítica sistemática de la experiencia republicana. El principio de la legitimidad, según Núñez, se había socavado con la revolución de 1860. Y la Constitución de 1863 había consagrado la anarquía. ¿«Por qué su progreso [el progreso del pueblo colombiano] es tan lento e insignificante?», se preguntaba Núñez en 1883, tras destacar el civilismo de la nación y su antipatía por el caudillismo que había florecido en otros países del continente. Su respuesta era inequívoca: «Porque no ha podido fundar el orden, que es la base primordial de toda obra, como lo es el pedestal de una estatua o el cimiento de un trabajo de arquitectura».

Las preocupaciones de Núñez con el problema del orden, fundamentales en todo su pensamiento, databan de sus escritos publicados entre 1864 y 1874, durante su estadía en el exterior, y fueron recogidas en sus *Ensayos de crítica social*, publicados en Rouen en 1874. En particular, sus experiencias en Estados Unidos, pero sobre todo en Inglaterra, le sirvieron para superar la tradicional subvaloración que se había dado generalmente al principio del orden en las repúblicas hispanoamericanas. Para enfrentar las debilidades de la organización social del país, Núñez sugería reconsiderar la cuestión religiosa tal como la habían formulado los radicales y buscarle correctivos al federalismo desenfrenado. «A falta del principio de autoridad, tan necesariamente débil en las democracias», escribía en 1865, «es indispensable buscar elementos de orden en los dominios de la moral». Y en el prólogo a sus *Ensayos de crítica social*, en 1874, dejaba traslucir sus simpatías respecto de la organización del Estado: «A la fuerza centrífuga de la independencia local, hay que contraponer un incentivo poderoso y muy visible que funcione como fuerza centrípeta».

El debate siguió a las declaraciones de Núñez a *El Tradicionista*, el 7 de febrero de 1875 —reproducidas ampliamente en la prensa colombiana— cuando expresó que no era «decididamente anticatólico», volvía a indicar la intensidad del conflicto religioso en la política nacional. En plena campaña presidencial, sus palabras se entendían también como una oferta para ganar adeptos dentro de las filas conservadoras. En efecto, meses más tarde, en carta a Carlos Martínez Silva (1847-1903), Núñez se comprometía a defender los derechos de la iglesia católica, a adelantar la reforma de la Constitución de Rionegro y a darle representación a los conservadores en el gabinete. De esa época datan los orígenes de su amistad con Miguel Antonio Caro, en cuyo periódico, *El Tradicionista*, Núñez comenzó a colaborar bajo seudónimo.

Las ideas de Miguel Antonio Caro

A diferencia de Núñez, quien tenía fama de escéptico, Miguel Antonio Caro (1843-1909) ha sido descrito por Carlos Valderrama Andrade como «la ausencia de dudas» (el mismo Caro despreciaba al escepticismo como la manifestación de «una inteligencia paralítica»). Núñez y Caro, que compartieron en su momento una visión del porvenir de la nación, tenían formaciones intelectuales diversas. Caro también conocía a Spencer, pero no le tenía en gran estima y decía leerle con el gusto de quien lee a «un fantaseador ingenioso». Caro le reprobaba a Spencer su desprecio por el estudio de la historia, lo que le llevaba a denunciar una contradicción entre el método de Núñez y el del pensador inglés. En su opinión, era Joseph de Maistre (1753-1821), por su énfasis en el estudio de la historia, y no Spencer, el primer sociólogo del siglo XIX.

Tanto De Maistre como Louis de Bonald (1754-1840), representantes del conservadurismo francés que reaccionó contra el legado de la revolución francesa, ejercieron una significativa influencia en el pensamiento de Caro. Sin embargo, al igual que Núñez, sería imposible reducir el mundo intelectual de Caro a unas cuantas figuras. Sus críticos, como Luis López de Mesa, le acusaron de «dogmático de ideas» e «inflexible», pero se veían obligados a reconocerle un puesto eminente entre los humanistas del continente americano de su época. Además de De Maistre y Bonald, López de Mesa destacaba, entre las influencias intelectuales de Caro, a Henri Lacordaire, John Henri Newmann, Jaime Balmes, Marcelino Menéndez y Pelayo, Thomas Macaulay, Théodore Jouffroy y Joubert.

Poseedor de una vasta cultura, Caro ganó reputación pública tras su polémica contra el utilitarismo y sus campañas en *El Tradicionista* en pro de la instrucción religiosa en los establecimientos oficiales bajo el régimen radical. Parte de su vida la pasó entre libros, ya como dueño de la Librería Americana, ya como director de la Biblioteca Nacional. Sus conocimientos de la cultura clásica se hacían elocuentes en sus traducciones de Virgilio y sus aficiones por la gramática le convirtieron en el gran propagador del pensamiento literario de Andrés Bello (1781-1865), a quien Caro llamaba «maestro por excelencia».

En su ensayo "Miguel Antonio Caro and Friends: Grammar and Power in Colombia", Malcolm Deas ha señalado cómo el interés de Caro por la gramática y la lengua, además de estar atado al ejercicio del poder, reflejaba sus preocupaciones por la continuidad histórica de la nación con el pasado español. Deas subraya la interpretación que Caro dio a la guerra de independencia hispanoamericana: «...no fue una guerra internacional, sino una *guerra civil*. En su conferencia sobre el "Americanismo en el lenguaje", Caro destacaba la influencia española inclusive en la propagación de las «ideas de exaltado liberalismo que alimentaban muchos de los precursores y autores de nuestra revolución de independencia». El reconocer las bondades de la independencia, como lo hacía Caro, no significaba negar la obra de España en América.

Al lado de la lengua, el culto era la expresión máxima del espíritu hispánico en el Nuevo Mundo. Caro convirtió la causa de la Iglesia en su propia causa, entendida aquélla no solo como una institución formada por el clero sino como «la congregación de



Carlos Martínez Silva.
Oleo de J. Eugenio Montoya, 1891.
Colegio Mayor del Rosario, Bogotá.

todos los creyentes». La defensa de la Iglesia era también la defensa de las tradiciones católicas del pueblo colombiano y, por consiguiente, de la continuidad histórica de la nación. Y Caro, quien entendía al gobierno como «una institución social necesaria [con] una altísima misión providencial», concebía la existencia de un Estado cristiano cuyos fines se identificaban con los fines de la Iglesia.

Ideario de la Regeneración

Fue el tema de la Iglesia quizá el que sirvió inicialmente de enlace entre Caro y Núñez, aunque las motivaciones de este último fuesen tal vez guiadas más por el pragmatismo que por la fe. Pero el programa de la Regeneración, además de la protección de la Iglesia, incluía entre otros aspectos: centralismo político, fortalecimiento del ejército, protección a la industria, participación de las minorías, prensa libre pero responsable y pena de muerte con el fin de imponer disciplina social.

El programa regenerador estuvo lejos de aplicarse en su totalidad mientras Núñez y Caro estuvieron en el poder. Sin embargo, el impacto que tuvieron ambos pensadores en la vida política del país sobrevivió, sin lugar a dudas, al término de la Hegemonía Conservadora. La figura de Núñez, en particular, se convertiría en una de las más controvertidas de la historia colombiana. «La *nuñología* es parte de nuestra vida cultural», expresaría Gerardo Molina, quien le criticaba a Núñez haber adoptado un «liberalismo de fronteras imprecisas».

La naturaleza del régimen fue pronto objeto de una polémica pública en la que se alcanzaban a reflejar dos visiones contrarias de la sociedad colombiana, las inspiradas por radicales y nacionales. En realidad, es importante reconocerlo, el debate antecedió por largo tiempo a la misma instauración de la Regeneración con la campaña de prensa adelantada por Núñez, desde la década de 1860, en su ambición de reformar el programa del liberalismo. Durante el régimen, la polémica alcanzó quizá su máxima expresión en el intercambio de ideas que efectuaron en 1893 Santiago Pérez (1830-1900) y Carlos Holguín (1832-1894) en sus escritos en *El Relator* y *El Correo Nacional*.

Mas las contradicciones no se limitaron exclusivamente a la lucha entre radicales y nacionales. Un grupo de conservadores, liderados por Carlos Martínez Silva, se distanció del régimen. Al final de su mandato, en medio de un confuso panorama, cuando Caro se vio en problemas para manejar la sucesión presidencial, Martínez Silva le acusó de haber creado un «régimen personalista», de haberle negado garantías a la oposición, de haber derrochado los caudales de la nación, y de haberse comportado con «vacilaciones e inconsecuencias». Martínez Silva consideraba que con Caro concluía una época en Colombia en tanto que predecía nuevos rumbos para la república. Y terminaba por agradecerle, no sin cierto sarcasmo, el que hubiese aclarado y fijado «las ideas, un tanto confusas antes, de liberales y conservadores».

El siglo XX

El nuevo siglo se abría bajo los efectos del más penoso de los conflictos civiles que había sufrido el país hasta entonces. La justicia de la causa bélica, entre los liberales, había sido proclamada y defendida por figuras como Rafael Uribe Uribe (1859-1914) contra quienes, como Aníbal Galindo (1831-1901), señalaban la futilidad de la guerra. «Todo lo hemos ensayado», se dolía Galindo, «menos veinte años de paz, que fundando hábitos de orden y trabajo, quizá habrían logrado civilizar los partidos, extirpar los vicios y encauzar el espíritu indisciplinado de nuestra raza en las vías de la legalidad». Sólo tras la guerra, sin embargo, fue posible iniciar ensayos



Rafael Uribe Uribe.
Fotografía de Benjamín de la Calle.

de conciliación política aunque, paradójicamente, fuese la misma guerra la que en el largo plazo alimentara la supervivencia del espíritu partidista.

Entre quienes se opusieron a las corrientes militaristas del liberalismo a finales del siglo, Carlos Arturo Torres (1867- 1911) también se destacó por su rechazo al culto irracional de las ideas que, en su concepto, eran la fuete de las pasiones políticas en Colombia. En su crítica a las corrientes del pensamiento en América Latina, *Idola fori*, aparecida en 1909, Torres percibía un nuevo clima intelectual en el país que hacía posible la conciliación y la armonía de los espíritus. Esta nueva orientación, según Torres, se debía a la influencia ya anotada de Spencer: «...su concepción de la relatividad, su afirmación de lo incognoscible, la amplitud de su criterio político y su concepto de que la ciencia y la religión no son inconciliables, serenaban los espíritus fatigados de la esterilidad de una lucha sin tregua y sin piedad».

Generación del Centenario

Los representantes de la generación del Centenario —quienes surgieron a la vida pública entre la caída de Rafael Reyes (1909) y el fin de la primera guerra mundial, período durante el cual se celebró el centenario de la independencia— cumplieron el papel de traducir en actos las ideas, entre otros, de Carlos Arturo Torres. La tolerancia de las opiniones ajenas y la reconciliación era parte del credo de los centenaristas, a quienes también

se les reconoce el haber fortalecido el apego nacional a las formas civiles de gobierno. Armando Solano (1887-1953) describió así los ideales de este movimiento: «...borrar las fronteras que dividen los partidos, nacionalizar las instituciones, silenciar las disputas religiosas, desterrar del ejército el pretorianismo levantisco, purificar las finanzas, eliminar los pleitos con las naciones vecinas, reconciliar a las clases sociales».

Los primeros pasos hacia un entendimiento político efectivo se habían dado, sin embargo, tras el fin de la guerra. El mismo Carlos Arturo Torres ocupaba un puesto en el gabinete de la administración Marroquín en 1903, aunque fue durante la administración del general Rafael Reyes cuando los liberales consideraron que se les había garantizado un espacio en la arena política, con medidas como la ley de minorías. La amenaza de la dictadura motivó la conformación de la Unión Republicana, liderada inicialmente por Guillermo Quintero Calderón (1832-1919) y Nicolás Esguerra (1838-1923) y después, desde el gobierno, por Carlos E. Restrepo (1867-1937). Restrepo, de origen conservador, y quien llamaba a Carlos Martínez Silva «padre del republicanismo», hizo de la construcción del Estado de Derecho su programa de gobierno, mientras sugería con ánimo pragmático que el país debería abandonar «el terreno de las abstracciones de escuelas y de filosofía, para situar su vida en un campo más social y más económico». Al lado de Restrepo, Tomás Eastman (1865-1931), liberal de formación spenceriana, perseveró vanamente en la idea de consolidar el republicanismo como una organización independiente de los partidos políticos tradicionales.

Aunque posteriormente Germán Arciniegas se refería a *El Tiempo* como «el alma del partido liberal», este periódico surgió precisamente bajo la inspiración republicana, ese mismo espíritu que *El Tiempo* definía en «los ideales superiores de la paz interna, la colaboración patriótica, las libertades políticas, el orden constitucional y legal». En 1916, *El Tiempo* advertía que «el país vale más que los partidos y más que los políticos profesionales», mientras denunciaba el anacronismo de los partidos y sus secuelas sectarias. Años más tarde, Eduardo Santos (1888-1974), director y propietario de *El Tiempo*, sería identificado con «la mesura, la ponderación, la ecuanimidad», las expresiones más claras del centenarismo.



Nicolás Esguerra.
Fotografía de la Colección J.J. Herrera, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

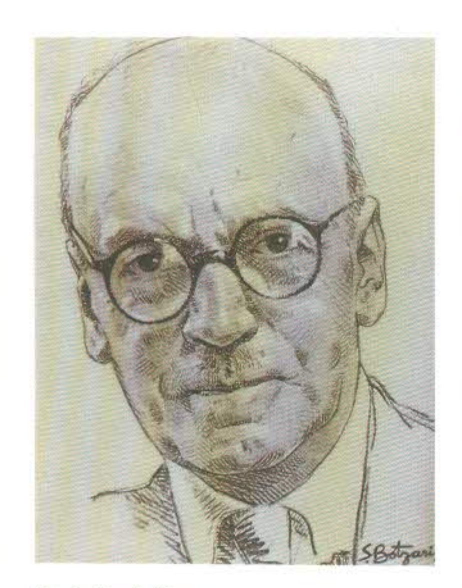
Los Nuevos y el conflicto generacional

Recién aparecida la generación del Centenario, y apenas transcurridos tres lustros desde el lanzamiento fallido de la Unión Republicana, la revista *Los Nuevos* (1925) se convertía en el vocero de un grupo de jóvenes inconformes con la obra de sus predecesores. Alrededor de dicha publicación, dirigida por Felipe Lleras Camargo (1900-1987), se congregaron figuras como Germán Arciniegas (1900), Alberto Lleras Camargo (1906-1990), Francisco Umaña Bernal, José Mar (1900-1967), Jorge Zalamea (1905-1969) y Luis Vidales (1900-1990). Entre otras manifestaciones, además de sus marcados intereses literarios, Los Nuevos acusaban a los centenaristas de desconocer las preocupaciones del mundo contemporáneo, atacaban a los partidos tradicionales y, como recordaría más tarde Jorge Zalamea, «se rebelaban [...] contra la estructura de un Estado que, concediendo la libertad política a todos los asociados, les negaba la independencia económica».

A estos ataques, aunque desde otro ángulo, se unieron las críticas del grupo Los Leopardos, inspirados en la nueva derecha francesa, cuyos integrantes señalaban como blanco de sus antipatías al «civilismo mansurrón, el amor solitario de ciertos hombres a los Idola-Fori, a las mentirijillas democráticas y republicanas», como escribió José Camacho Carreño (1903-1940) en *El último Leopardo* (1935). Para todos sus críticos, desde los más diversos matices, "centenaristas" se había hecho sinónimo de «incoloro y pusilánime». «Los que han venido después», advertía Abel Carbonell (1888-1957) en 1929, «los que apenas de oídas conocen lo que es el choque de los odios desencadenados, los que no presenciaron la catástrofe de las guerras civiles, no saben valorar lo que deben al centenarismo; y por eso los "nuevos" azules y los "nuevos" rojos coinciden en dolerse de los pacíficos días que les han tocado».

Es difícil identificar con precisión las raíces intelectuales de lo que a primera vista parecería un simple conflicto generacional. Luis Eduardo Nieto Caballero (1888-1957) reconocía que «la tribu centenarista», como la calificaron sus críticos, era una expresión inocua, por su composición heterogénea. Tras enumerar una larga lista de quienes podían considerarse parte de la generación del Centenario, Nieto Caballero señalaba cómo allí sobresalían representantes de «muchas ideologías, muchas vocaciones [...] muchas maneras de reaccionar y de obrar absolutamente diferentes». Algo similar sucedía con Los Nuevos, muchos de los cuales se integrarían a las filas de la República Liberal, mientras otros abrazaban el marxismo. Por lo demás, la vida intelectual colombiana durante las primeras décadas de este siglo superaba los confines del debate entre nuevos y centenaristas.

Pero quienes, en la década de 1920, clamaban tener más sentido de lo contemporáneo querían quizá llamar la atención con mayor énfasis sobre las transformaciones que había experimentado el mundo, ya evidentes tras la finalización de la primera guerra. Los efectos de la revolución industrial y las grandes conmociones sociales en México y Rusia planteaban nuevos interrogantes respecto de los derechos individuales y del papel del Estado. Las respuestas a estas inquietudes estuvieron lejos de ser unívocas y el país recibió el impacto de las más diversas corrientes intelectuales que se agitaban en Europa y América. Quienes criticaban la cultura dominante, como Alberto Lleras Camargo, señalaban que la vida espiritual del país se reducía «a dos fórmulas académicas: la gramática y la metafísica». Otros, como Alejandro López, se dolían de la extranjerización de la cul-



Tomás Rueda Vargas.
Dibujo de S. Botzaris, 1940,
Biblioteca Nacional, Bogotá.

tura colombiana («todo, todo es francés en Colombia», expresaba el ingeniero antioqueño). Sin embargo, ni toda la vida intelectual colombiana se había reducido a un par de fórmulas académicas, ni todas las inquietudes tenían raíces en el extranjero.

Nacionalismo parlamentario y periodístico

Con frecuencia, las observaciones sobre las fuentes de la cultura nacional en esta época destacan la influencia de figuras de renombre internacional como Anatole France (1844-1924), José Enrique Rodó (1872-1917), Karl Marx (1818-1883), Hyppolite Taine (1828-1893), Gabriele d'Annunzio (1863-1938), Oswald Spengler (1880-1936) o el Conde de Keyserling (1880-1946). Pero se ha explorado muy poco el impacto de las obras de autores colombianos del siglo anterior que continuaban alimentando las reflexiones nacionales sobre el curso de la república: José Manuel Groot (1800-1878), Manuel Ancízar (1812-1882), Salvador Camacho Roldán (1827-1900), Miguel Samper (1825-1899), Rafael Núñez o Miguel Antonio Caro. Es cierto que un análisis de la generación del Centenario no puede desconocer que a algunos de sus representantes, como Eduardo Santos, se les veía siempre con el último número de la *Nouvelle Revue Française*. Sus preocupaciones, sin embargo, eran profundamente nacionales, inspiradas, además, en una propia historiografía. Así puede comprobarse al identificar los temas de los escritos de Tomás Rueda Vargas, o los libros reseñados por Luis Eduardo Nieto Caballero.

Durante las primeras décadas de este siglo, la prensa siguió siendo el principal medio de difusión del debate ideológico (el *Diario Nacional, El Tiempo, El Espectador, El Correo Liberal, El Día, La Linterna, La Unidad*, entre tantos otros). Nuevas revistas, como *Universidad*, fundada por Germán Arciniegas, ampliaban el foro de las publicaciones periódicas. Las barras del parlamento, en otro signo de continuidad, atraían la atención de los estudiantes universitarios de Bogotá como en la época de Florentino González. La oratoria parlamentaria, cultivada por figuras como Guillermo Valencia (1873-1943) o Antonio José Restrepo (1855-1933), servía de medio para debates de resonancia nacional como la discusión sobre la pena capital en 1925. A partir de 1927, las conferencias en el Teatro Municipal de Bogotá compitieron en popularidad con los debates parlamentarios. Al lado de la prensa y de la oratoria pública, las instituciones docentes siguieron representando un papel instrumental en la difusión de las ideas. Desde *La Linterna*, Enrique Santos Montejo (1886-1971) insistía en la misión pedagógica del partido liberal, un clamor compartido por muchos de sus correligionarios que se tradujo en la reapertura de la Universidad del Externado y en la fundación de la Universidad Libre y del Gimnasio Moderno. Mientras tanto, el debate ideológico ganaba auditorios más amplios gracias a las innovaciones técnicas: los ferrocarriles acortaban las distancias; la radio, cuya primera transmisión en el país se efectuó en 1925, abría nuevas posibilidades de divulgación; y a partir de 1930 las campañas políticas comenzaron a utilizar los servicios del aeroplano. A través de los distintos medios y centros de difusión, se podía apreciar la intensidad del debate, que cobró particular interés en la segunda década de este siglo, sobre los más diversos temas. La continuidad de las preocupaciones religiosas se expresó, por ejemplo, en la discusión sobre la obra de Ernest Renan (1823- 1892) tras la celebración de su centenario. Los debates sobre la pena de muerte y sobre los proyectos "heroicos" reflejaban las encontradas opiniones sobre el tema del orden. Inevitablemente, las discusiones sobre el orden se referían también a los emergentes problemas sociales que sucedieron a las grandes concentraciones obreras en los principales centros portuarios e industriales, y a la expansión de la frontera agrícola. La dinámica de una economía reforzada por un volumen de exportaciones sin precedentes le planteaba nuevos retos a la organización de la sociedad, al papel del Estado y a los derechos y obligaciones del individuo.



Enrique Santos Montejo, "Calibán".
Fotografía de Leo Matiz,
Archivo Revista Diners, Bogotá.



Antonio José "Nito" Restrepo Trujillo.
Fotografía de la Colección J.J. Herrera,
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Para las fuerzas de la oposición, el foco del debate era el régimen conservador. Una vez disuelta la Unión Republicana, se produjo el relineamiento de los partidos tradicionales, mientras surgían nuevas organizaciones políticas que difundían el mensaje revolucionario del socialismo. Aunque sobrevivían viejas figuras del liberalismo que simbolizaban aún el espíritu de las guerras civiles del siglo

XIX, el legalismo constitucional había cobrado nuevos bríos bajo el liderazgo intelectual de la generación del Centenario que agitó recurrentemente el tema de la libertades civiles. Desde *La Linterna*, por ejemplo, Enrique Santos criticaba el abstencionismo entre sus copartidarios y animaba su participación en las urnas como medio para llegar al poder, mientras demandaba medidas en favor de la pureza del sufragio. En éste, como en tantos otros temas, el debate de los centenaristas tenía raíces en la larga tradición electoral del país y en el subsiguiente predominio de las formas representativas de gobierno. Pero la experiencia de la Unión Republicana fue el antecedente inmediato que inspiró el aprecio de los centenaristas hacia el sufragio. En 1933, Tomás Rueda Vargas (1879-1943), admirador del Olimpo Radical, le reprochaba a Alfonso López Pumarejo sus «injustos latigazos» contra el republicanismo.

De nuevo el partidismo político

El regreso de los liberales al poder no fue intempestivo. Si bien el triunfo de Enrique Olaya Herrera (1880-1937) había sido, en parte, fruto de la división conservadora, el liberalismo había experimentado un ascenso gradual durante los últimos lustros en que los principios del partido fueron sometidos a un intenso escrutinio ideológico. Mientras se definía frente al republicanismo y frente a las emergentes ideas socialistas, el partido liberal reforzaba su condición de principal fuerza opositora al régimen conservador. La llegada a la presidencia de los liberales, acompañados de viejos republicanos como Carlos E. Restrepo —o del mismo Olaya Herrera, colaborador cercano del régimen conservador— prometía ser, en principio, una transición sin traumas. Pronto, sin embargo, resurgió el conflicto entre los partidos tradicionales que, si bien reflejaba algunos aspectos novedosos, manifestaba notables líneas de continuidad con la polarización del debate decimonónico.

El republicanismo, expresaba Luis Eduardo Nieto Caballero en 1992, fue siempre «una avanzada liberal». Nieto Caballero defendía entonces la posición liberal frente a la insistencia de Tomás Eastman de fusionar al liberalismo en el movimiento republicano. El debate que Eastman y Nieto Caballero habían sostenido inicialmente en escritos de prensa, en 1916 y 1917, revelaba además otras preocupaciones. Mientras Eastman se mostraba defensor de los principios liberales clásicos, Nieto Caballero rechazaba el concepto negativo de libertad al tiempo que tomaba partido por la intervención del Estado. Adicionalmente, Nieto Caballero atacaba las tesis librecambistas sostenidas en *El moderno imperialismo*, obra escrita por el publicista Antonio José Restrepo entre 1919 y 1920. En su interés original de polemizar a su turno con un trabajo de Francisco Escobar —aparecido en la revista *Colombia*, donde se defendía la pluralidad de industrias en contra del monocultivo cafetero— Restrepo hacía uso extenso de las ideas de Adam Smith (1723-1790) para oponerse al proteccionismo industrial y defender la concentración de esfuerzos nacionales en la producción de café. Las definiciones frente a las propuestas de Eastman y las tesis de Restrepo, le planteaban al liberalismo un problema de sobrevivencia. Así lo comprendieron muy particularmente quienes habían vivido de cerca la caída del partido liberal y el ascenso del partido laborista en la Gran Bretaña, como Baldomero Sanín Cano (1861-1957), Alfonso López Pumarejo y el ingeniero civil Alejandro López (1876-1940).


Alejandro López.

Alejandro López, quien había residido en Londres entre 1920 y 1935, también debatió con resolución tanto los planteamientos de Eastman como los de Restrepo. En sus ataques a la idea del partido republicano, López no sólo defendió la necesidad de fortalecer al liberalismo sino también al bipartidismo, el que consideraba «fundamental para el recto funcionamiento de la república, más aún, para la existencia misma de la nacionalidad». A semejanza de Restrepo, López hacía la alabanza de la economía cafetera pero, a diferencia del autor de *El moderno imperialismo*, favorecía la diversificación y el intervencionismo estatal, mientras enfatizaba en el concepto de igualdad especialmente en relación con la distribución de la tierra. El partido liberal, según López, debería convertirse en un partido agrarista. Sus planteamientos sobre el sector agrario, analizados de manera sistemática en su obra *Problemas colombianos* (1927), ejercieron una significativa influencia entre miembros destacados del liberalismo como Carlos Lleras Restrepo y Jorge Eliécer Gaitán (1898-1948) y, posteriormente, se convirtieron en una de las bases de las interpretaciones agraristas de la historia nacional. En su crítica a las doctrinas liberales clásicas, Alejandro López reconocía, entre otros, los aportes de John Maynard Keynes (1883-1946), al tiempo que manifestaba su familiaridad con las activida-


Luis Eduardo Nieto Caballero ("Lenc"), Jorge Eliécer Gaitán, Darío Echandía y Armando Solano. Fotografía publicada por "Cromos", Nº 991, noviembre 2 de 1935.

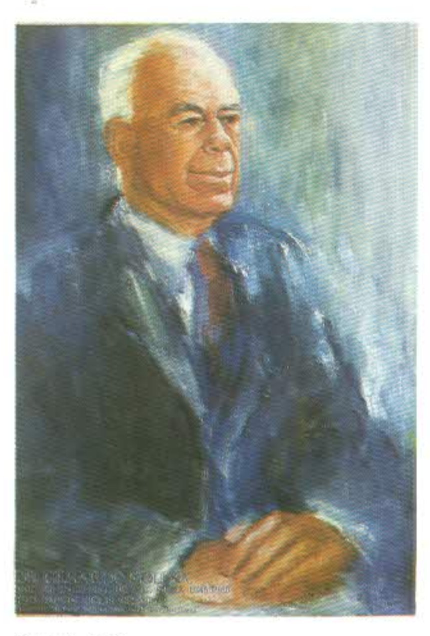
des de la Sociedad Fabiana en Inglaterra y tomaba nota de la discusión entre Eastman y Nieto Caballero. Pero en su análisis de los problemas del campo, López buscó orientación en las reformas agrarias y fiscales que el oidor Juan Antonio Mon y Velarde había adelantado en Antioquia a fines del siglo XVIII, así como en los trabajos de autores del siglo XIX como Tulio Ospina (1857-1921) y Salvador Camacho Roldán.

Ideas socialistas

El debate que motivaba la orientación del liberalismo no se había iniciado con los escritos de Nieto Caballero, mucho menos con los trabajos de Alejandro López. Aunque no lo reconocieran explícitamente, dichas discusiones continuaban en alguna medida el debate que había planteado el mismo Rafael Núñez en el seno del liberalismo durante el siglo XIX. A comienzos del siglo XX, fue Rafael Uribe Uribe quien formuló quizá el programa reformador más radical en su conferencia "Socialismo de Estado", dictada en el Teatro Municipal en 1904, y descrita por Gerardo Molina como «un acontecimiento intelectual de primer orden [...] la apertura del liberalismo hacia la modernidad. Sin embargo, lo que le dio actualidad al debate doctrinario durante la segunda década de este siglo fue la intensificación de los conflictos sociales y, más aún, la aparición de movimientos alternativos que amenazaban con desplazar al liberalismo como



Luis Eduardo Nieto Arteta.



Gerardo Molina.
Oleo de Elvira Celis Cepero, 1984,
Colección particular, Bogotá.

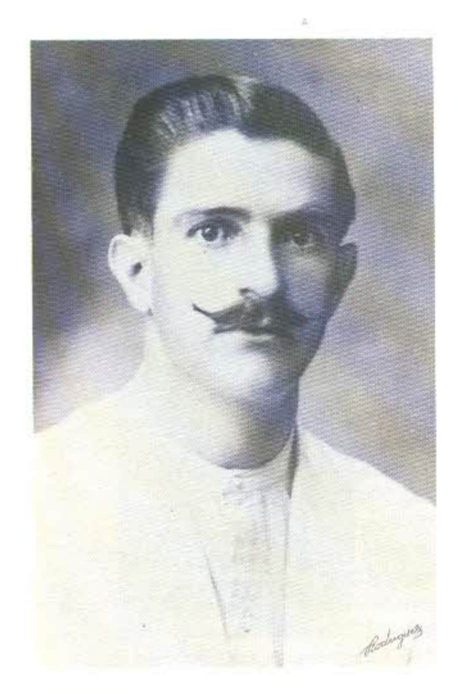
principal vocero de la oposición al régimen conservador.

Las ideas socialistas, en sus diversas manifestaciones, habían venido cobrando cuerpo en la organización esporádica de movimientos voceros de la causa obrera desde comienzos de siglo. Aunque el partido socialista, fundado en 1919, tuvo corta existencia, logró llamar la atención en algunos sectores de opinión, como lo demostró su desempeño electoral en los comicios municipales de Medellín ese mismo año, cuando derrotó al liberalismo. Mayor impacto tuvo el Partido Socialista Revolucionario, PSR, establecido en 1926, cuyo programa se difundía a través de publicaciones periódicas como *La Nueva Era o La Humanidad*. Bajo la secretaría general de Tomás Uribe Márquez (1886-1936), el Partido Socialista Revolucionario tuvo una destacada participación en los conflictos laborales de finales de la década de 1920, en Barrancabermeja y en la zona bananera. La agitación de las ideas socialistas en esta época, por parte del mismo Uribe Márquez y de figuras como Ignacio Torres Giraldo (1892-1965), Eduardo Mahecha y María Cano (1887-1967), estuvo vinculada a la corta historia del PSR, antecedente inmediato del Partido Comunista Colombiano, creado en 1930. Las inquietudes socialistas también se canalizaron en la década de 1930 a través de la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR), fundada en 1933 por Jorge Eliécer Gaitán, quien había manifestado sus simpatías por el socialismo en su tesis de grado en 1924. De manera más sistemática, el pensamiento socialista fue abordado por el Grupo Marxista, que se constituyó en 1933 como respuesta a la falta de rigor doctrinario de la UNIR, y en el que se destacaron, entre otros, Luis Eduardo Nieto Arteta (1913-1956) y Gerardo Molina (1906-1991).

El liberalismo no tardó en reaccionar frente al avance del movimiento socialista, reivindicando como suyas las preocupaciones sobre "las cuestiones sociales". La resolución del liberalismo de lanzarse a las elecciones en 1922, bajo el liderazgo popular del general Benjamín Herrera (1850-1924), y el acento social de la plataforma adoptada por la convención del partido en Ibagué, motivaron en parte la disolución del partido socialista. Ese año, Luis Eduardo Nieto Caballero, tras manifestar que «agitan el espíritu contemporáneo aspiraciones distintas», expresaba que «las cuestiones sociales han subido al primer plano, y en el liberalismo se nota el empeño de tratarlas preferentemente». Un año más tarde, Baldomero Sanín Cano sugería desde Londres que el liberalismo debía adoptar las doctrinas colectivistas frente a la quiebra del individualismo, mientras Armando Solano manifestaba en un discurso en Cartagena que «si el liberalismo [...] no se hiciera socialista en



Luis Cano.
Fotografía de Aristides Ariza,
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.



Luis Tejada.
Fotografía de Melitón Rodríguez.

la forma franca y moderada en que es posible, desaparecería». Las propuestas de Sanín Cano fueron recibidas con simpatía por Luis Cano (1885-1950) en *El Espectador*, donde también colaboraban escritores de formación marxista como Luis Tejada (1898-1924) y José Mar. En 1928, Alfonso López Pumarejo le señalaba a Nemesio Camacho que «María Cano nos ha colocado a usted y a mí, como a los otros liberales de Colombia [...] en una posición muy desairada». Y añadía: «No pierden sus bases de equidad las reivindicaciones de los prosélitos del partido socialista en Colombia, por el hecho de que María Cano o Torres Giraldo, no Ramsay Mac Donald o Leon Blum, sea el portador de su bandera».

En 1930, al lado de la candidatura popular de Olaya Herrera, López Pumarejo conducía al partido liberal a la victoria electoral. Años más tarde, ya en la presidencia, su programa de la Revolución en Marcha lograba captar la simpatía de muchos adeptos al socialismo. El socialismo revolucionario, como lo reconocería Ignacio Torres Giraldo, también había sido «un excitante liberal». Torres Giraldo reconocía así mismo que Colombia era «un país que ha vivido en razón electoral», mientras criticaba las «ambiciones pequeño-burguesas» de sus colegas socialistas, «deseosos de figurar como jefes de multitudes, hacer carrera política y mejorar de posición económica y social». Las quejas de Torres Giraldo, al explicar los fracasos del movimiento socialista del cual fue protagonista, admitían paradójicamente la larga tradición electoral y la fortaleza de las formas representativas de gobierno en Colombia, la mentalidad legalista de los dirigentes sindicales y el arraigo popular del liberalismo en el movimiento obrero de la época.

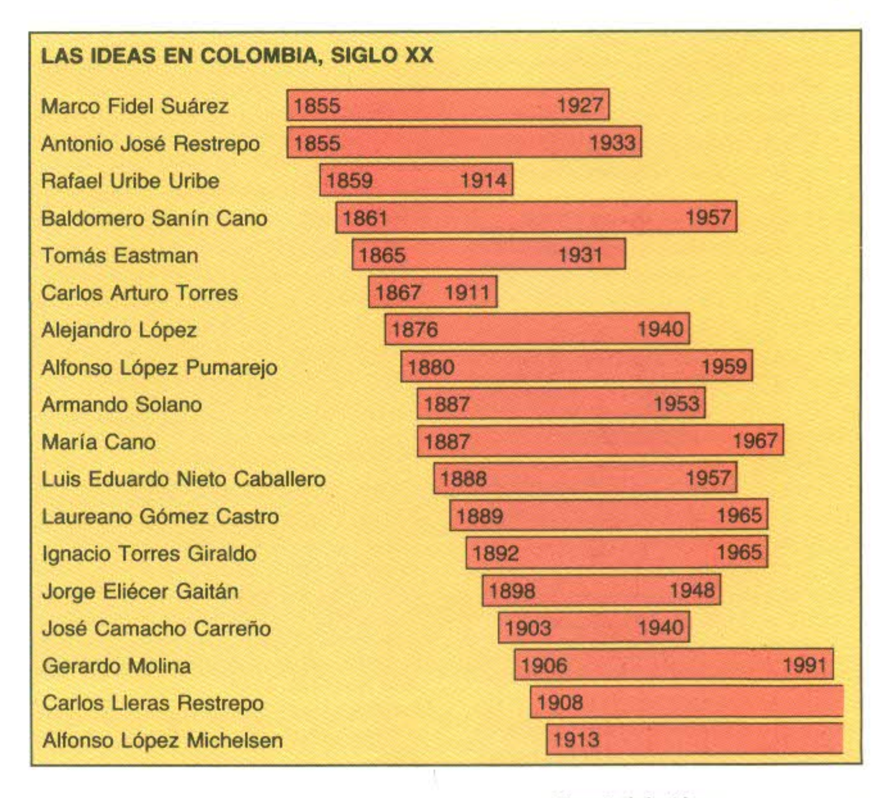
La redefinición del liberalismo frente al avance de las ideas socialistas no estuvo ajena a las contradicciones. Al referirse al choque entre el liberalismo y el marxismo, Juan Lozano y Lozano destacaba «esa atmósfera de confusión ideológica que todavía dura; este insensible pensar de los liberales que las tesis del *Manifiesto comunista* son más o menos las mismas por las cuales se combatió en la Humareda y Palonegro». Para Lozano y Lozano, como para la gran mayoría de sus correligionarios, la redefinición doctrinaria —que no podía superar ciertos límites sin amenazar la esencia misma del liberalismo— se enmarca inevitablemente dentro del contexto histórico de las luchas liberales en el país. En este contexto, el tradicional conflicto entre el liberalismo y el conservatismo estaba aún lejos de resolverse.

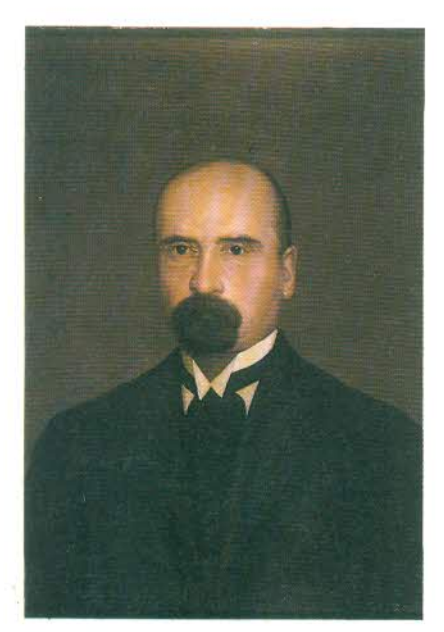


José Mar (José Vicente Combariza Martínez).
Fotografía publicada por "Estampa", Bogotá, diciembre 31 de 1938.

El conservatismo y "la cuestión social"

La reacción del conservatismo frente a la emergencia de "la cuestión social", como frente a otros temas del debate que agitaron los liberales durante las primeras décadas del siglo, estuvo en parte determinada por su condición de partido en el poder. Durante estos años, el Congreso, de mayoría conservadora, aprobó un signi-





Marco Fidel Suárez.
Oleo de A. Aragón a partir de un retrato de Filippo Mastellari.
Palacio de San Carlos, Bogotá.

ficativo paquete de leyes relacionadas con el problema obrero, y el Estado extendió su acción en los campos económico y social. Enemigos tradicionales del individualismo liberal, los conservadores tenían menos dudas que los liberales respecto del papel del Estado en la regulación del orden social. La cuestión social, como insistían conservadores como Suárez, era inseparable de la cuestión religiosa. Suárez advertía sobre los peligros y dificultades que surgían de la distribución de los frutos de trabajo, al tiempo que sugería un programa de acción social basado en la caridad de la Iglesia, la beneficencia del Estado y la benevolencia del rico, todo dirigido por la doctrina cristiana. En "El sueño del obrero", Suárez muestra también inspiración en las Relaciones de los virreyes y en economistas de la Colonia como Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), cuya obra, *Informe sobre la ley agraria*, estaba entre sus lecturas predilectas. Pero la autoridad más inmediata en materia social cristiana la constituía la posición de la Iglesia a través de las encíclicas de León XIII.

La preocupación sobre el problema del orden siguió ocupando un sitio fundamental en el pensamiento conservador, una preocupación que se vinculaba entonces a la creciente agudización del conflicto social pero sin perder de vista las causas del tradicional enfrentamiento con el liberalismo. Para Suárez, la derogación en 1898 de la ley de facultades extraordinarias (ley 61 de 1888, conocida como Ley de los Caballos) había levantado «la esclusa de la guerra más larga y desastrosa de cuantas hemos padecido». Suárez además manifestaba que «aquí jamás está asegurado el orden público». A finales de la década de 1920, el proyecto de legislación «heroica», como se llamó entonces a las medidas que se tomaron en relación con el orden público, causó uno de los más acalorados debates del período en el que también intervinieron voces disidentes dentro del conservatismo. Desde sus columnas editoriales en el *Diario del Comercio*, Abel Carbonell defendía su oposición al "proyecto heroico" con argumentos que consideraba como parte de la tradición conservadora. «Ojalá los conservadores del Congreso», manifestaba Carbonell tras citar las encíclicas de León XIII, «se cuiden de dictar providencias que, so pretexto de ahogar el espíritu revolucionario, lo alimenten dando ocasión a persecuciones e injusticias irritantes». El pensamiento de Carbonell, sin embargo, representaba sólo a una minoría de sus copartidarios. De manera creciente, además, era predominante entre los conservadores la tendencia a explicar los problemas del orden en razón casi exclusiva de la irrupción del comunismo, visión que se exacerbó tras las más serias manifestaciones del resquebrajamiento social: el conflicto en la zona bananera en 1928, y los actos de violencia que vivió Bogotá tras el asesinato de Gaitán en abril de 1948. En octubre de 1949, *El Siglo* denunciaba que el comunismo había infiltrado las filas liberales «hasta sustituir realmente a sus directivos». Un año más tarde, Alfonso López Michelsen (1913) simplificaba la distinción entre los dos partidos: «lo que diferencia al liberalismo y al conservatismo es su actitud frente al llamado comunismo».



Abel Carbonell.
El Libro Azul de Colombia, 1918.

Bibliografía

Antología del pensamiento conservador en Colombia, 2 Vols. Bogotá, Colcultura, 1982.

DEAS, MALCOLM."La influencia inglesa —y otras influencias— en Colombia, 1880-1930". En: *Nueva historia de Colombia*, Vol. III. Bogotá, Planeta, 1989.

HERNÁNDEZ DE ALBA, GUILLERMO. *Aspectos de la cultura colombiana*. Bogotá, Universidad Nacional, 1947.

JARAMILLO URIBE, JAIME. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá, Temis, 1963.

JARAMILLO URIBE, JAIME. *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá, Colcultura, 1977.

LIÉVANO AGUIRRE, INDALECIO. *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, 2 Vols. 7ª ed., Bogotá, Tercer Mundo, 1978.

MARQUÍNEZ ARGOTE, GERMÁN (Ed.). *Filosofía de la Ilustración en Colombia*. Bogotá, Editorial El Búho, 1982.

MARQUÍNEZ ARGOTE, GERMÁN (Ed.). *Benthamismo y antibenthamismo en Colombia*. Bogotá, Editorial El Búho, 1983.

MEDINA, JOSÉ TORIBIO. *La imprenta de Bogotá y la Inquisición de Cartagena de Indias*. Bogotá, Editorial ABC, 1952.

MOLINA, GERARDO. *Las ideas liberales en Colombia*, 2 Vols. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1970.

MOLINA, GERARDO. *Las ideas socialistas en Colombia*. Bogotá, Tercer Mundo, 1987.

OCAMPO LÓPEZ, JAVIER. *El proceso ideológico de la Emancipación en Colombia*. Bogotá, Colcultura, 1980.

SALAZAR RAMOS, ROBERTO. *Filosofía de la conquista en Colombia*. Bogotá, Editorial El Búho, 1983.

SILVA, RENÁN. *Prensa y revolución a finales del siglo XVIII*. Bogotá, Banco de la República, 1988.

TEJADA, FRANCISCO ELÍAS DE. "Trayectoria del pensamiento político colombiano". *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, Vol. 47, N°431 (abril-junio, 1951).

TEJADA, FRANCISCO ELÍAS DE. *El pensamiento político de los fundadores de Nueva Granada*. Sevilla, 1955.

VERGARA Y VERGARA, JOSÉ MARÍA. *Historia de la literatura en Nueva Granada*, 2 Vols. Bogotá, Banco Popular, 1974.

Las ideas políticas de Bolívar

Fernán E. González

Las figuras de Bolívar y Santander han sido generalmente contrapuestas para explicar el origen de los dos partidos tradicionales, que han venido copando hasta hace poco casi la totalidad de la vida política de Colombia. Esta asociación con el bipartidismo ha distorsionado profundamente el análisis de sus ideas, al hacer que Bolívar y Santander aparezcan coloreados según los intereses políticos del autor de turno, para convertirlos en la frontera divisoria entre el liberalismo y el conservatismo. De ahí que podamos encontrarnos en los textos de historia patria con un Bolívar conservador, en los que se destacan sus aspectos autoritarios, generalmente fuera del contexto social y político en el cual se enmarcan, frente a un Santander liberal, respetuoso de la legalidad hasta el extremo y defensor del civilismo neogranadino frente al militarismo venezolano. Por otra parte, la asociación de estos dos "padres fundadores" de nuestra nacionalidad con el bipartidismo ha impedido la conformación de la identidad nacional en torno a un héroe común a toda la nación y contribuido a la formación de los dos partidos como especies de subculturas políticas contrapuestas, mutuamente excluyentes, a la vez que complementarias. Hay que subrayar que la lectura bipartidista de los dos próceres ignora muchos aspectos del origen histórico de nuestros partidos y pasa por alto el hecho de que muchos de los primeros conservadores, como José Ignacio de Márquez y Mariano Ospina Rodríguez fueron antibolivarianos. Es más, Ospina, cofundador del partido conservador, participó en la conjuración septembrina contra Bolívar.

Además, en el caso de Bolívar se presentan sus campañas militares hasta en el detalle más nimio, en cambio se dice muy poco sobre los aspectos conflictivos de su vida política, y mucho menos aún sobre el desarrollo de sus ideas; el único de sus documentos políticos que se cita es la Carta de Jamaica, frecuentemente incompleta, y en ella se subrayan los supuestos aspectos proféticos de Bolívar sobre el futuro del continente y se soslaya el análisis que le servirá



Simón Bolívar. Grabado de los hermanos Thierry, sobre dibujo de Carmelo Fernández, litografiado en París, en el taller de Coimdre. Museo Nacional, Santafé de Bogotá.

207

estorbe sino por falta de lejitimidad de los poderes de los electores.

Art. 5.° Ningun soldado de la union, ni ninguno del ejército de Sta. Fe, conservará ningun sentimiento de enemistad hácia los otros: habrá de una y otra parte un olvido jeneral de los acontecimientos precedentes, y el jeneral en jefe del ejército de la union, ofrece de su parte la mas segura garantía de honor, personas, y propiedades á todos los ciudadanos de Cundinamarca, sin distincion de orijen, en virtud de la noble y valiente conducta con que se ha hecho la guerra recíprocamente.

Art. 6.° Tanto el jeneral en jefe del ejército de la Union como el E. S. presidente de Cundinamarca, se obligan á guardar, y hacer guardar estos arts. de capitulacion: se ofrecen mútuamente la mas sincera y cordial amistad, y se aseguran que habrá de una y otra parte la conducta mas fraternal: á una paz y union sólida y la mejor armonía entre todos los ciudadanos como pertenecientes á una misma familia, estado, y nacion. Y en virtud de esto, una y otra parte contratantes han firmado y sellado este convenio en el cuartel jeneral libertador á 12 de diciembre de 1814. Simon Bolivar, Manuel Bernardo Alvares, José de Seyva, Ignacio Herrera, Pedro Briceño Mendez, Eujenio Martin Melendro, como secretario del presidente.

CONTESTACION

DE UN AMERICANO MERIDIONAL (ES EL JENERAL BOLIVAR) A UN CABALLERO DE ESTA ISLA (JAMAICA.)

Muy señor mio:

Me apresuro á contestar la carta de 29 del mes pasado que V. me hizo el honor de dirijirme, y yo recibí con la mayor satisfaccion.

Sensible como debo, al interes que V. ha querido tomar por la suerte de mi patria, aflijiéndose con ella por los tormentos que pa-

229

cha majestuosa hácia las grandes prosperidades á que está destinada la América Meridional; entónces las ciencias y las artes que nacieron en el Oriente y han ilustrado la Europa, volarán á Colombia libre que las convidará con un asilo.

Tales son, señor, las observaciones y pensamientos que tengo el honor de someter á V. para que los rectifique ó deseche segun su mérito; suplicándole se persuada que me he atrevido á exponerlos, mas por no ser descortés, que porque me crea capaz de ilustrar á V. en la materia,

Soy de V. &c. &c. &c.

Kingston setiembre 6 de 1815.

PROCLAMA

DEL LIBERTADOR A SU LLEGADA A MARGARITA CON LA SEGUNDA EXPEDICION DE LOS CAYOS.

Simon Bolivar, Jefe Supremo de Venezuela, Capitan jeneral de los ejércitos de Venezuela y de la Nueva Granada etc.

VENEZOLANOS:

«Los pueblos, los jenerales y los ejércitos por el órgano del jeneral Arismendi me han llamado. Vedme aquí. Vengo á la cabeza de una cuarta expedicion con el bravo almirante Brion á serviros, no á mandaros.

«Venezolanos: Vosotros me habeis confiado la autoridad en los dos últimos períodos de la república. Vosotros me habeis obligado á subir al tribunal y á combatir en el campo. No he podido llenar á la vez tan opuestos destinos. La patria ha sufrido en la administracion y en la guerra. Vencedor, no he podido alcanzar los frutos de la victoria por atender á los cuidados del gobierno. La justicia, la política y la industria han sufrido cuando me he ocupado en defenderos. Así una necesidad imperiosa exije de vosotros la inmediata instalacion del congreso para que tome cuenta de mi conducta, admita la abdicacion de la autoridad

Inicio y final de la Carta de Jamaica, de Simón Bolívar (septiembre 6 de 1815), y comienzo de la proclama desde la isla Margarita, en la edición de documentos de Francisco Javier Yañez y Cristóbal Mendoza, Caracas, 1833. Biblioteca Nacional, Bogotá.

como base de su programa político. Se leen sus cartas y discursos fuera de contexto, con lo que el personaje histórico se desdibuja y queda rodeado de aspectos míticos. Por esto, el acercamiento directo a las ideas políticas del Libertador puede servirnos para comprender que tanto él como Santander tienen que ver con el origen concreto de nuestros partidos tradicionales, pero de una manera bastante más compleja de lo que comúnmente se piensa. Además, puede también arrojar luces sobre el problema de la relación entre las instituciones políticas y la realidad que tratan de enmarcar. Esta relación está en el fondo de las desvanencias políticas entre Bolívar y Santander, en el momento en que ambos se enfrentaban al reto de crear unas instituciones democráticas en el contexto de una sociedad basada en la desigualdad.

LA LECTURA BIPARTIDISTA DE BOLÍVAR

Antonio García, en su obra *Dialéctica de la democracia*, afirma que el mito liberal del civilismo colombiano fue creado por la generación del Centenario, imbuida de un republicanismo formalista y retórico que quería desempeñar el papel de Bruto, contra la supuesta dictadura cesarista del general Reyes. García sostiene que esta generación acuñó el dogma de que Colombia era un país estéril para las dictaduras, pero olvidando que un verdadero civilismo debería estar ligado a una real democracia en términos socioeconómicos. Este enfoque replanteó los términos de la contienda decimonónica entre santanderistas y bolivaristas, ungiendo a Santander como héroe máximo de nuestra república civilista y creando el mito del santanderismo legalista, opuesto al cesarismo y la arbitrariedad. Por parte del conservatismo, Laureano Gómez se encargó de mostrar las debilidades históricas de este enfoque, retomando aspectos de la mitología antisantanderista del conservatismo del siglo XIX, en su obra *El mito de Santander*.

Más recientemente, la lectura de Bolívar desde el mito bipartidista ha sido retomada por Germán Arciniegas, en sus artículos en *El Tiempo* y *Correo de los Andes*, recogidos posteriormente en su libro *Bolívar y la Revolución*. Arciniegas propone separar el Bolívar guerrero, al que debemos la libertad, del Bolívar político, que propuso la presidencia vitalicia siguiendo el modelo de Haití y sirvió de ejemplo a todos los posteriores dictadores de Hispanoamérica. Siguiendo a López de Mesa, que sostenía que Bolívar había muerto en Lima, Arciniegas afirma que el Libertador, como libertador, murió en Ayacucho. Lo admirable es el discurso civilista de Bolívar en el Congreso de Cúcuta, cuando se consideraba hombre peligroso porque la espada era el azote del genio del mal, por lo que decía preferir el título de ciudadano al de libertador. En cambio, el Bolívar que escribió la Constitución boliviana es decadente y senil.

Lecturas conservadoras

Desde el punto de vista conservador, Mario Laserna respondía que era imposible deslindar en Bolívar al hombre de Estado del libertador: si las ideas bolivarianas de un Estado fuerte y educador de las masas son síntoma de alienación mental, hay que anotar que ellas comienzan bastante antes de Ayacucho (1824), pues están ya presentes en la Carta de Jamaica (1815) y en el discurso de Angostura (1819). Obviamente, Laserna es partidario de las ideas de Bolívar respecto a la necesidad de educar al pueblo, antes de implantar la democracia total y de temperar la democracia absoluta. Por ello, ataca a "los septembrinos" de ayer y de hoy, que produjeron, con su visión racionalista y ahistórica, el Estado débil cuyas consecuencias seguimos padeciendo. El Estado de los septembrinos es incapaz, porque nace del pacto social entre individuos cuya existencia es presocial. De ahí la necesidad de buscarle sustitutos a su ineficacia, tales como las mafias, los señores feudales de nuestro sistema clientelista y los mismos partidos tradicionales; éstos surgen como super-estados ante la ausencia del Estado colombiano. Esto era lo que Bolívar quería evitar, mediante la creación de un Estado fuerte republicano, no uno militarista, como sostienen los "septembrinos". Por esto, concluye Laserna, mientras los liberales, herederos del septembrismo individualista, miran hacia la social-democracia, los conservadores miran hacia el Estado bolivariano.

Por su parte, Alvaro Gómez Hurtado también busca en Bolívar apoyo para sus ideas conservadoras, en su obra *La revolución en América* y en su artículo "Sobre la significación histórica de Bolívar", escrito contra el uso que hacía el gobierno del general Rojas Pinilla del nombre de Bolívar. Gómez se queja de la simplificación a la que se ha sometido al Libertador, en

la cual se ha llegado a calificarlo con los epítetos más insensatos: totalitario, democrático, militarista, civilista, liberal y conservador.

Para Gómez, Bolívar fue «...el primer contrarrevolucionario de nuestra historia», no porque hubiera querido serlo, sino porque su visión realista le impedía embriagarse con los mitos revolucionarios. Según Gómez, Bolívar pronto descubrió que las ideas que habían servido para destruir el imperio español no eran adecuadas para la construcción de la república, ni para la institucionalización de los países recién liberados. Así el Libertador representa una ruptura con la primera etapa de la revolución, que fue muy teórica, inspirada por las valoraciones abstractas e iluministas de la Ilustración. Este neoclasicismo afrancesado quería imponer la adopción precipitada de formas políticas extranjeras, en abierto desafío con la realidad circundante. Por el contrario, Bolívar critica severamente "las repúblicas aéreas" de los ideólogos, basadas en la perfectibilidad del género humano, y se opone a la creencia iluminista de que las fórmulas ideológicas podían hacer buenos a los hombres, prescindiendo de su marco geográfico y de sus tradiciones. Por eso, quiere amoldar la concepción liberal del mundo a la realidad americana, pues su realismo historicista lo hizo escéptico sobre la igualdad de los hombres, pregonada por el pensamiento ahistórico de la Ilustración. Según Gómez, el tradicionalismo antirrevolucionario llevó al Libertador a proponer fórmulas jerarquizadoras de la sociedad.

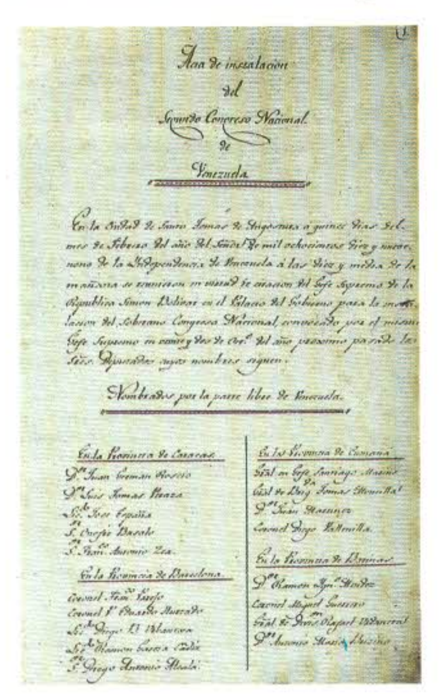
Bolívar y el liberalismo

Es justo reconocer el distanciamiento de Bolívar con varios aspectos del pensamiento liberal ortodoxo, especialmente con respecto al papel del Estado en la sociedad. La concepción clásica del liberalismo supone que la contraposición de los intereses individuales produce, por una suerte de armonía preestablecida, el bien común de la sociedad. Por eso, el papel del Estado se concibe de la manera más débil posible: es sólo un gendarme o policía, encargado de garantizar que nada interfiera el libre juego de los individuos. En cambio, la concepción bolivariana de Estado está a años-luz de esta concepción pasiva: el Estado debe intervenir para crear las condiciones de una real democracia y compensar las desigualdades que surgen naturalmente de la sociedad. De ahí sus críticas a la igualdad formal y al legalismo abstracto, que no hacían sino encubrir las desigualdades heredadas de la Colonia, bajo una fachada supuestamente democrática.

En esta concepción de la sociedad y del Estado, Bolívar es discípulo de Rousseau, que frecuentemente ha sido mal interpretado, al ser colocado como uno de los adalides de la ortodoxia liberal. Todo lo contrario del optimismo liberal, Rousseau es profundamente pesimista con respecto a la evolución de la sociedad de su tiempo. A diferencia de los grandes filósofos de la Ilustración, que eran aristócratas o grandes burgueses que hablaban en nombre del pueblo, Rousseau era un plebeyo rebelde, pequeño burgués, radicalmente opuesto a su sociedad, que lo rechazó siempre. Rousseau preconizaba la vuelta a la naturaleza, como reacción contra una sociedad que conducía a la desigualdad social: su primitivismo es una forma de nostalgia del paraíso perdido. Es más, su tesis principal es un escándalo para el humanismo optimista de la Ilustración: el hombre civilizado es un degenerado y la fe en el progreso es un mito, porque la historia de la humanidad es una traición al hombre. La sociedad injusta corrompe al hombre, que era naturalmente bueno, e introduce la desigualdad entre los hombres, dividiéndolos entre ricos y pobres, fuertes y débiles; por eso, la necesidad de restablecer la solidaridad humana por medio de un "contrato social", por el cual el individuo subordina sus intereses particulares a la voluntad general, expresada en la mayoría. Rousseau no aspira a una sociedad totalmente igualitaria, sino a corregir las desigualdades más notorias, introduciendo límites a la propiedad privada



Simón Bolívar.
Litografía de autor no identificado, del siglo XIX. Museo Nacional, Bogotá.



Acta de instalación
del
Segundo Congreso Nacional
de
Venezuela

En la Ciudad de Santo Tomas de Angostura á quince dias del mes de Febrero del año del Señor de mil ochocientos diez y nueve, nono de la Independencia de Venezuela á las diez y media de la mañana se reunieron en virtud de citacion del Gefe Supremo de la República Simon Bolivar en el Palacio del Gobierno para la instalacion del Soberano Congreso Nacional, convocado por el mismo Gefe Supremo en veinte y dos de Oct.e del año proximo pasado los Sres. Diputados cuyos nombres siguen.

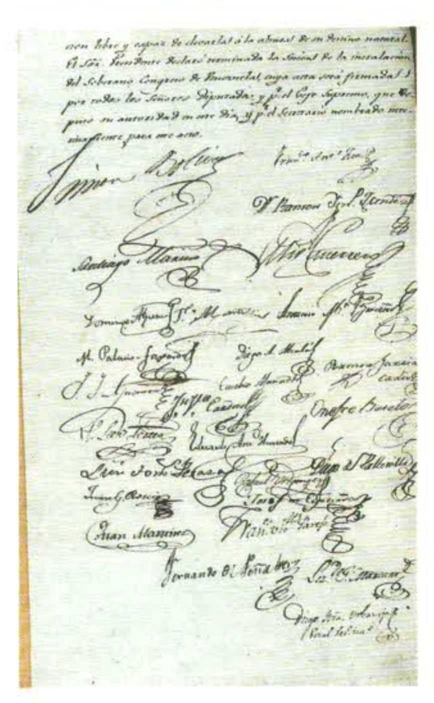
Nombrados por la parte libre de Venezuela.

En la Provincia de Caracas
Dr. Juan German Roscio
Dr. Luis Tomas Peraza
Lic.do José España
Dr. Onofre Basalo
Dr. Fran.co Antonio Zea

En la Provincia de Barcelona
Coronel Fran.co Parejo
Coronel Dr. Eduardo Hurtado
Lic.do Diego B. Urbaneja
Lic.do Ramon García Cádiz
Dr. Diego Antonio Alcalá

En la Provincia de Cumaná
Gral en Gefe Santiago Mariño
Gral de Brig.da Tomas Montilla
Dr. Juan Martinez
Coronel Diego Vallenilla

En la Provincia de Barinas
Dr. Ramon Ygn.o Mendez
Coronel Miguel Guerrero
Gral de Divn. Rafael Urdaneta
Dr. Antonio María Briceño



Encabezamiento y firmas del acta de instalación del segundo congreso nacional de Venezuela en Santo Tomás de Angostura, febrero 15 de 1819. Archivo General de la Nación, Bogotá.

para reducir la distancia entre ricos y pobres. De ahí deduce el papel del gobierno, que es el de luchar contra "la fuerza de las cosas", que tiende a producir la desigualdad entre los hombres.

Esta referencia a Rousseau permite comprender en qué sentido se puede considerar "jacobino" a Bolívar: no en el sentido de ser partidario de una democracia popular *sansculottista*, pero sí en el sentido de querer modificar la sociedad desde el Estado. Esta es la base del pensamiento constitucional de Bolívar, como subraya Hernando Valencia-Villa, en su obra *La Constitución de la Quimera*. En una carta a O'Leary, Bolívar decía que los individuos son físicamente desiguales: por eso, la ley y el Estado son indispensables para corregir de cierto modo esta injusticia de la naturaleza.



Renuncia del vicepresidente Francisco de Paula Santander ante el Congreso de Colombia, mayo 16 de 1827. Archivo del Congreso Nacional, Bogotá.

HACIA LA SUPERACIÓN DE LA LECTURA BIPARTIDISTA

Tesis de Indalecio Liévano

La ruptura con la lectura bipartidista de Bolívar y Santander se inicia con el revisionismo de Indalecio Liévano Aguirre, que supera el mito del santanderismo legalista y el enfoque meramente ideológico, al enmarcar las figuras de Bolívar y Santander dentro de los conflictos sociopolíticos de su momento, lo mismo que en relación con la situación fiscal y financiera de entonces. Al presentar a Santander dispuesto a negociar la aceptación de la Constitución boliviana en el acuerdo de Tocaima y al mostrar que las resistencias de Santander al presidente vitalicio y al vicepresidente con derecho a la sucesión presidencial se debían probablemente a que Bolívar prefería a Sucre para este cargo, se supera el mito del Santander republicano y demócrata, para dar paso al Santander jefe de facción o clientela política. Es posible que el enfoque clientelista y el estudio de las sociabilidades políticas sean más útiles para explicar los conflictos entre Bolívar y Santander, que las meras diferencias de ideas políticas.

Sin embargo, Liévano no hace más que sustituir el enfoque bipartidista por el del enfrentamiento del líder popular o populista contra las oligarquías tradicionales, tal vez buscando justificar retrospectivamente la lucha del Movimiento Revolucionario Liberal contra el oficialismo liberal. La historia colombiana se convierte así en el enfrentamiento de Venero de Leiva contra Jiménez de Quesada, representante de los encomenderos; Nariño frente a Camilo Torres; Bolívar contra Santander; Mosquera y Núñez contra el liberalismo radical.

Al referirse al tema de Bolívar, Liévano afirma que sus ideas no fueron comprendidas por la *intelligentsia* criolla por su actitud subalterna frente a las ideas europeas: la moda era identificar el espíritu liberal con el desmantelamiento del Estado. Se consideraba que, con transplantar a Montesquieu y el federalismo norteamericano, bastaba para hacer felices a los pueblos y fuertes a las naciones. La propuesta de Bolívar era más compleja: un Ejecutivo estable, eficaz, reformador y educador de los pueblos, porque consideraba que la superposición de "una fachada jacobina" encima de una organización feudal sólo mostraba la debilidad intrínseca del Estado liberal, que se convertía así en el mejor instrumento para prolongar la estructura colonial.

Tesis de Anatoli Shulgovski y Francisco Pividal

El revisionismo de Liévano es continuado por los marxistas Shulgovsqui y Pividal, sobre todo con respecto a la política internacional. Liévano había contrapuesto los ideales bolivarianos de integración hispanoamericana al panamericanismo de los Estados Unidos (en *Bolivarismo y Monroísmo*. Bogotá, 1969). Shulgovsqui es más apologético, al presentar a Bolívar como jefe popular republicano, que se proclama dictador para defender la revolución libertadora y las reformas sociales. El influjo de su maestro, Simón Rodríguez, lo transformó de "mantuano" en jacobino y lo acercó a su socialismo utópico, hasta hacerlo representar una suerte de jacobinismo latinoamericano, en oposición a la revolución de las oligarquías criollas, que sólo buscaban el fin del vínculo colonial (Anatoli Shulgovsqui, *Cátedra bolivariana. El proyecto político del Libertador*, Bogotá, 1983). Para Shulgovsqui, Bolívar no es anglófilo ni precursor del cesarismo democrático de Vallenilla Lanz; las alusiones de Bolívar sobre la amenaza de "pardocracia" se justifican al interpretarlas —contra toda evidencia— como los alzamientos de los caudillos enriquecidos, salidos de las masas pero separados de ellas. Según Shulgovsqui, Bolívar buscaba la igualdad social sin un igualitarismo nivelador y preconizaba el freno de la libertad absoluta por medio de un Estado fuerte ilustrado. Frente al modelo de Montesquieu, proponía un "Estado reformador" por medio de una cuarta rama del poder: el poder moral educador. Y luego, el poder electoral, para que existiera un control popular sobre el Estado.

Shulgovski insiste poco en los problemas de política interna que obstaculizan los proyectos bolivarianos, aunque coloca a Santander y a sus seguidores como representantes de la oligarquía: Santander se quejaba de que los partidarios de Bolívar iban a desencadenar una guerra civil en la cual ganarían los que nada tienen, que son muchos, y perderían «...los que tenemos, que somos pocos». Luis Vargas Tejada presentaba a Bolívar como jefe de una facción jacobina que buscaba implantar un despotismo oclocrático (dominio de las masas); Francisco Soto afirmaba que Bolívar jugaba con "el populacho" y desataba «...la revolución contra los propietarios». En contraposición, Shulgovsqui presenta a Bolívar con base en el ejército, «...que es el pueblo» y opuesto tanto a la esclavitud como a la aristocracia de rango, empleo y riquezas, que domina a la mayoría de la población.

En lo internacional, Shulgovsqui denuncia la ofensiva de los diplomáticos norteamericanos contra los proyectos integracionistas de Bolívar: William Tudor, cónsul en el Perú, atacaba a Bolívar porque supuestamente pretendía imitar a Napoleón y porque sus ideas abolicionistas representaban problemas para los esclavistas de

los Estados Unidos. Henry Clay aconsejaba a Bolívar disolver su ejército y deponer la dictadura. El embajador en Bogotá, general Harrison, apoya a los enemigos de Bolívar y exige el regreso a la Constitución de Cúcuta: se dice que tuvo que ver con la rebelión de José María Córdoba.

El cubano Francisco Pividal presenta a Bolívar como precursor del antiimperialismo: Bolívar se transforma de aristócrata mantuano en caudillo revolucionario de masas cuando analiza las causas del fracaso de la primera y segunda revoluciones en Venezuela (*Bolívar: pensamiento precursor del antiimperialismo*, La Habana, 1977). Lo más novedoso de Pividal es presentar a Bolívar dentro de la correlación de fuerzas en el nivel internacional, frente a la amenaza contrarrevolucionaria de la Santa Alianza y a la política "balcanizadora" de los Estados Unidos. Esta política es evidenciada por Pividal en la campaña diplomática para desprestigiar a Bolívar y boicotear su proyecto de integración. Pividal muestra cómo se consideraba nuestra guerra de independencia en el medio norteamericano: el presidente Monroe no la veía como una insurrección contra España, sino como una guerra civil en la que no convenía entrometerse. Pividal denuncia la neutralidad hostil de Estados Unidos en esa guerra, debida al interés de mantener buenas relaciones con España, con la que estaba negociando la compra de Florida. Señala también los intereses estadounidenses en la anexión de Cuba y Puerto Rico, que se consideraba debían seguir gravitando en torno a Estados Unidos, si se separaban de España. Por esto no se veía con buenos ojos la integración hispanoamericana bajo la égida de Bolívar, ya que uno de sus posibles objetivos era la liberación de Cuba y Puerto Rico. Pero Pividal prescinde de considerar los problemas internos de cada una de nuestras incipientes naciones y la conciencia nacionalista que estaba surgiendo en ellas en torno a las respectivas élites. Tampoco tiene en cuenta las complejas relaciones con Inglaterra, que tenderían a matizar su pretendido antiimperialismo con una alineación realista en el ámbito internacional, muy sensible a la correlación de fuerzas en ese nivel.

Tesis de Antonio García

Otra posición que rompe con la lectura bipartidista de Bolívar es la de Antonio García en *La dialéctica de la democracia* (Bogotá, 1971), que presenta la etapa inicial de la independencia como una guerra de las aristocracias criollas letradas, que solamente pretendían reemplazar la corona española por una república señorial. La obra de Bolívar fue convertir esa lucha en una revolución social de negros, mulatos, mestizos e indios. Pero, una vez finalizada la lucha, Bolívar supera el republicanismo demagógico: ante el contraste entre la presencia inteligente de las élites y la borrosa presencia del pueblo, Bolívar buscar conciliar ...el principio de la representación política con el hecho social de unos pueblos sin voz ni conciencia». En otras palabras, trató de crear una república sin bases republicanas.

Pero la independencia como revolución nacional y social se frustró: una nueva aristocracia territorial de los beneméritos de la independencia reemplazó a la antigua de hacendados y encomenderos; esta casta militar adquirió méritos pero no ideas políticas en la gesta emancipadora. A esto se añadió la necesidad de restablecer el orden colonial en la hacienda pública, apenas se comprueba la tremenda verdad de que no era fácil crear rápidamente un sustituto del aparato de gobierno español. Todo esto produjo la reconstitución del orden colonial bajo una apariencia republicana, que encontró respaldo jurídico en el santanderismo con su respeto al derecho adquirido.



Simón Bolívar.
Oleo de Pedro José Figueroa,
Museo Nacional, Bogotá.

Según García, incluso el mismo Bolívar se ve empujado por esta regresión, pues se ve obligado a restaurar el sistema fiscal español, ya que no se encontró otro medio de financiar la guerra y el nuevo Estado. Por eso, la "República de emergencia" de Bolívar nació con el destino de la dictadura, que no negaba —para García— el espíritu de la lucha libertadora. El problema no fue entonces la dictadura en sí misma sino su uso para fines regresivos, como prohibir la lectura de Jeremy a Bentham y reforzar el poder de la Iglesia. La dictadura hubiera sido buena si se hubiera utilizado como régimen de transición entre la legalidad colonial y la republicana. El carácter regresivo de ella se debió a la reacción de los militares bolivaristas frente a la nueva generación racionalista que les disputaba el poder: el error de Bolívar fue haberse dejado llevar por ellos. En ese sentido, la conjuración septembrina fue exitosa: allí comienza la muerte del Bolívar revolucionario. Pero lo que no vieron los septembrinos fue que el pueblo no era la flor y nata de los clubes políticos sino la masa levantisca de los cuarteles.

El problema de los análisis de García, Shulgosqui y Pividal es que hacen abstracción de las concretas fuerzas políticas en conflicto en medio de las cuales se movía Bolívar. La contraposición de los diversos intereses políticos en los niveles de las regiones y naciones en formación, el contexto internacional, la situación fiscal, la desintegración física y el aislamiento económico y administrativo de las diversas partes del imperio español (que las conduciría a convertirse en diversas naciones), e incluso de las regiones internas de esas unidades administrativas, son el marco necesario para entender el fracaso político de las ideas de Bolívar.

HACIA UNA VISIÓN ALTERNATIVA

Lectura de los documentos bolivarianos

La única manera de superar las lecturas de Bolívar desde el bipartidismo y desde la izquierda, que buscan respaldo en el Libertador, es a través de una lectura lo más contextuada posible de sus principales documentos. Los más importantes son el Manifiesto de Cartagena, la Carta de Jamaica, su mensaje al Congreso de Angos-

tura y su discurso al Congreso de Bolivia, lo mismo que sus cartas sobre la integración hispanoamericana y la política internacional. Para superar la visión individualista y heroica, hay que situarlo en medio de sus conflictos personales y políticos, en el marco de la situación económica y de la situación internacional. Para ello, puede ser útil la lectura de José Busaniche, *Bolívar visto por sus contemporáneos* (México, 1960), lo mismo que las narraciones de Santander y Florentino González sobre sus conflictos con el Libertador. La biografía de Gerhard Masur, *Simón Bolívar* (Bogotá, 1980) y la citada de Liévano pueden ser útiles para contextuar al personaje.

Dos proyectos políticos diferentes

A manera de hipótesis provisional, las siguientes ideas pueden servir de ayuda para esta lectura. En resumen, la causa fundamental de las diferencias de Bolívar con Santander y sus seguidores, con la "cosiata" de los mantuanos venezolanos y con los ricos señores de Lima, reside en que su proyecto político era profundamente distinto del de ellos. Las élites de cada unidad administrativa del imperio español sólo estaban interesadas en sustituir el dominio español con el suyo propio y carecían de todo interés en modificar el equilibrio existente, tanto en el ámbito de lo que iban a ser sus espacios nacionales como en el nivel de las relaciones internacionales. Por eso, eran partidarios de la adopción de una fachada republicana con las formas externas de una democracia formal y legalista, sin preocuparse de las desigualdades sociales que impedían el funcionamiento de una democracia real. Tampoco pensaban en fortalecer la posición del bloque de las naciones hispanoamericanas en el ámbito internacional sino que se limitaban a aceptar la igualdad formal entre las supuestas naciones soberanas, base teórica de las relaciones internacionales, que muchas veces no hace más que disfrazar la dominación de los más fuertes. Por eso, sólo aceptaron una especie de integración continental mientras necesitaron la ayuda militar de Bolívar para derrotar a los españoles y conseguir la independencia del territorio que consideraban propio.

En cambio, Bolívar se oponía rotundamente a la concepción de la ortodoxia liberal sobre el Estado, cuyo papel se limita a supervigilar el libre

Mensaje del Libertador Presidente Simón Bolívar en la instalación del Congreso Constituyente, enero 20 de 1830. Archivo del Congreso Nacional.

juego de los intereses individuales que se contraponen mutuamente para producir automáticamente el bien de la sociedad. Su concepción del Estado es mucho más activa, más cercana al pesimismo de Rousseau que al optimismo de la Ilustración, aunque se aparta también del primero. Rousseau consideraba que la sociedad hacía desiguales a los hombres y el Estado debía corregir esas desigualdades; para Bolívar, es la naturaleza la que crea las desigualdades y la sociedad y el Estado son los encargados de producir la igualdad.

El pesimismo de Bolívar y su experiencia política concreta lo hacen desconfiar de las formas de la democracia representativa entonces en boga: no cree ni en la representatividad ni en el supuesto interés patriótico de los legisladores electos, que son la clase política en formación, en unas naciones igualmente en formación. Y teme que la apelación frecuente a las masas populares termine por producir el caos social y racial, la pardocracia, el dominio de la sociedad por negros, mulatos y mestizos, que no se contentarán con la igualdad legal sino que buscarán luego el exterminio de las clases privilegiadas. La influencia de la civilización produce indigestión en nuestros espíritus, que no tienen suficiente fuerza «...para masticar el alimento nutritivo de la libertad» (carta de Bolívar a sir Robert White, de 7 de febrero de 1828). En esto influye la sensibilidad extrema de Bolívar frente al problema de la desigualdad racial, que requiere «...un pulso infinitamente firme y un tacto infinitamente delicado» para evitar que «...esta sociedad heterogénea» se disloque «...con la más ligera alteración» (discurso de instalación del Congreso de Angostura, 15 de febrero de 1819). Esta sensibilidad frente al problema racial y su desconfianza frente a la implantación plena de las ideas liberales en nuestra sociedad, están ligadas con la conciencia de desarraigo y la crisis de identidad del criollo americano que era Bolívar. El se percibía en medio de dos mundos, a ninguno de los cuales se siente totalmente perteneciente. Para él, la situación de la América independiente se podía comparar con la de la desmembración del Imperio Romano, cuando se formaron sistemas políticos conformes a los intereses de cada región, o según la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones. Pero con una diferencia: en Europa, la caída de Roma produjo el restablecimiento de las "antiguas naciones" (que Bolívar consideraba preexistentes), aunque se hubieran introducido algunos cambios. En cambio, en nuestro caso «...apenas conservamos vestigios de lo que antes éramos: no somos ni indios ni europeos sino una especie intermedia entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles». Por eso, nos encontramos «...en el caso más extraño y complicado: somos americanos por nacimiento pero nuestros derechos son los de Europa. Por lo tanto, tene-

General Bolivar's Letter *to a* Friend, *on the Subject of* South-American Independence.—*(Translated from the Spanish.)*

Kingston, Jamaica, September —, 1815.

I have now the honour of replying to your letter, forwarded to me through our mutual friend Mr. ———, which I received with the greatest satisfaction, and feel most gratefully impressed by the lively interest you have been kind enough to take in the cause of my country, evidenced by the concern you express for the misfortunes with which she has been oppressed by the Spaniards from the period of her discovery even to the present day. I am also alive to the solicitude with which you propound questions relative to the most important events that can occur in the history of my nation.—But the want of necessary documents and books, added to the slender knowledge I possess of such an immense, varied, and unknown country as the great South-American Continent, render it, in my opinion, impossible to answer your questions. Even Baron Humboldt himself, with his versatility of talent, could scarcely reply to them with exactness; for although it may be admitted that some portion of the statistical account, and certain occurrences of the revolution, are known; yet I can confidently declare that the most important events are obscured, as it were, in darkness, and consequently none but the most vague and imperfect conjectures can be formed of them. It would be idle to fix what may be the future fate and real intentions of the Americans, whose nation, on account of its physical possessions, the vicissitudes of war, and the line of its own and European policy, affords, in a double degree, the prospect of these combinations which history records of nations in general.

Considering myself bound to give every attention to your much esteemed favour, on account of the very particular and philanthropic views which it contemplates, I have been encouraged to write this letter, in which, although you will not find any illustration of that luminous enquiry into which you are desirous of entering, yet you will receive an exposition of my most ingenuous thoughts and wishes.

"Three ages are elapsed," you observe, "since the commencement of those barbarities which were committed by the Spaniards in the great hemisphere of Columbia;" barbarities to which the present age had refused its belief, considering them as fabulous, from their appearing so far below the depravity of human nature, which indeed would never have been credited in these days, had they not been confirmed by documents which establish their unhappy truths. The philanthropic bishop of Chiapa, apostle of the Indies, has left to posterity a brief narrative of them, extracted from the law process instituted against the conquerors in Seville, attested by all the people of consideration and eminence, and even by the secret proceedings of the tyrants themselves; and the archbishop, Davila Padilla, chronicler of Philip the Second, assures us, that the celebrated Spanish writers Herrera, Munoz, Tor-

because the empire of custom generally produces obedience to constituted authorities; the last are always less in number, but more arduous and enthusiastic. Thus it happens that physical power is kept on an equilibrium with moral force, and the contest is prolonged while the result is uncertain: fortunately for us, the body of the people have followed their understanding.

I will tell you what will enable us to expel the Spaniards and to found a free government.—Unity to be sure; but that unity is not to be effected by supernatural prodigies, but by energetic measures and well directed efforts. America is left to herself, abandoned by all nations, placed in the centre of the universe, without any deplomatic intercourse, or military auxiliaries, and combatted by Spain, which possesses more implements of warfare than we can possibly obtain.

When successes are doubtful, when the state is weak, and when hopes are remote, all men vacillate, opinions divide, the passions become inflamed, and all this is encouraged by our enemies, that they may succeed with greater ease. As soon as we become strong, and under the auspices of a liberal nation that will afford us protection, we shall be united.

We shall then follow that majestic march towards the grand state of prosperity which is destined for America. Then the sciences and arts, which had birth in the east, and have edified Europe, will fly to free Columbia, and there be received as in an asylum.

Such, Sir, are the observations and thoughts which I have the honour of submitting to you, that you may correct and improve them according to their merit: And I beg you will give credit to my assurance, that I have been influenced to make this exposition of my sentiments more from a desire not to be considered uncourteous, than from any opinion of my own capacity to give you any illustration on the subject. I am, &c. &c.

SIMON BOLIVAR.

We cannot but admire the ingenuousness which is so conspicuous in the preceding letter, and we are of opinion, that the writer will suffer no diminution in the estimation of the world by its publication.

The causee he has embarked in, is, indeed, of a gigantic nature, of which he seems to be fully aware, nor is he, by any means insensible to the obstacles he has to contend against, in attempting to liberate his country from the yoke of Spain.

(To be Continued.)

Carta de Jamaica, de Simón Bolívar, impresa en el "The Jamaica Quarterly Journal", Kingston, julio de 1818. Biblioteca Nacional, Bogotá.

mos que disputarles estos derechos a los naturales del país y mantenernos en él contra la invasión de los invasores españoles» (Carta de Jamaica).

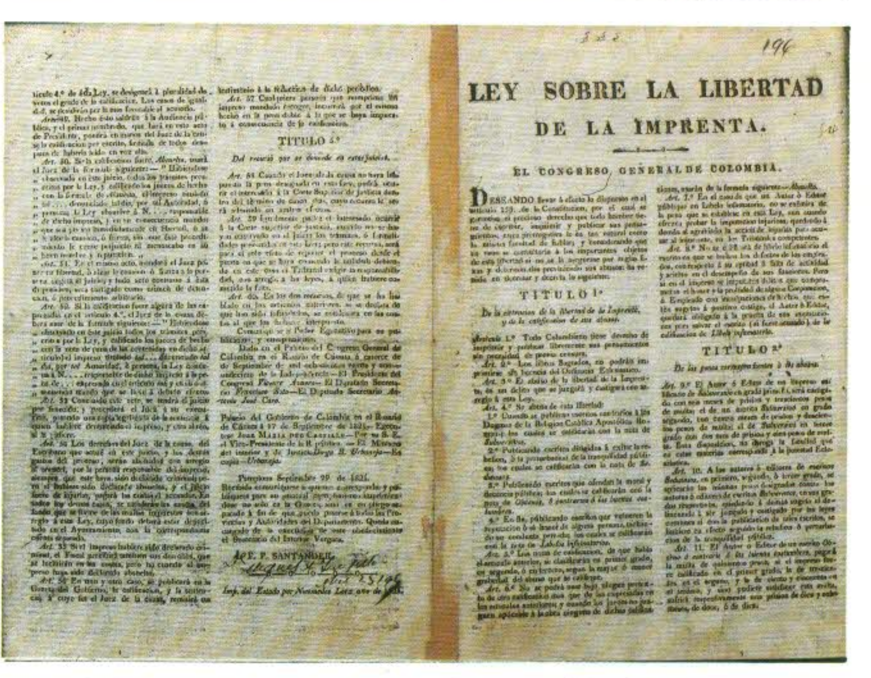
Realidad y práctica de la propuesta bolivariana

Por todo esto, Bolívar propone un Estado fuerte que cree una nación inexistente sobre la base social de los caudillos populares surgidos del ejército libertador junto con la aristocracia sobreviviente de la revolución, de modo que se produzca un equilibrio entre las fuerzas nuevas y las antiguas. Así, el prestigio popular de los caudillos sopesaría la presencia de las élites tradicionales que tendían lógicamente a dominar los cuerpos legislativos en las democracias censitarias de la época, gracias a su peso en la sociedad. Además, permitiría expresar de algún modo al pueblo que era el ejército.

Pero Bolívar no se hacía muchas ilusiones sobre el *fair play* de la vida política concreta: no la concibe como el libre juego de individuos autónomos sino como el resultado de lazos anteriores de dependencia, que sujetan al pueblo a la manipulación de los poderosos. Esto explica el éxito electoral de los políticos inescrupulosos: Bolívar descubre pronto que los congresos no siempre representan a los pueblos, sino que responden a la hábil manipulación de una maquinaria política montada sobre la dependencia de la mayoría con respecto al gamonal de turno. Por eso, concluye que el autocratismo de los militares no es el único despotismo posible: hay también "un despotismo deliberante" que conduce primero a la anarquía y luego al despotismo militar. La experiencia política le enseña a Bolívar que también puede existir la tiranía del mandatario civil que impone su voluntad a través del hábil manejo de marionetas "elegidas" popularmente. Esto hace innecesaria cualquier violación de la legalidad republicana, con lo cual el mandatario puede aparecer respetuoso de la majestad de la ley al tiempo que impone su voluntad personal. Esta es la manera como Bolívar visualiza su fracaso político, casi de manera trágica.

Pero precisamente la existencia de estos lazos personales de dependencia, propios de una sociedad tradicional, impide que se cumplan las profecías apocalípticas de Bolívar, sobre el caos social y político que producirían las instituciones totalmente representativas en el marco de una sociedad tan desigual como la nuestra. Como señala François-Xavier Guerra en su texto mecanografiado *Le peuple souverain: fondaments et logiques de fiction*, la intensidad de los lazos de solidaridad tradicional, no contractuales, evitaba todo peligro de anarquía social en los albores de la vida republicana en Hispanoamérica porque las élites modernizantes continuaban siendo las autoridades reconocidas en la sociedad tradicional. Estas élites modernizantes e ilustradas se imponían en las elecciones modernas, gracias al voto de los pueblos, actores colectivos basados en los lazos primarios de la sociedad tradicional, dominada por parentescos, clientelas y relaciones de lealtad y dependencia.

También en el nivel internacional, Bolívar se separa de las concepciones imperantes en su medio, pues pretendía crear un nuevo equilibrio en el



LEY SOBRE LA LIBERTAD

DE LA IMPRENTA.

EL CONGRESO GENERAL DE COLOMBIA.

TITULO 1°

TITULO 2°

TITULO 4°

Ley sobre la libertad de imprenta, 1821. Publicada en la Imprenta del Estado, por Nicomedes Lora. Casa Museo 20 de Julio, Bogotá.

cual Hispanoamérica pudiera jugar un papel importante al lado de su aliada natural, Inglaterra. Para ello, busca preservar de algún modo la unidad del antiguo imperio español pero bajo el signo republicano. Frente a la doble amenaza de la reaccionaria Santa Alianza, que parecía querer reconstruir el poder de los Borbones y de los Estados Unidos, que intentaban extenderse sobre Florida, México, Puerto Rico y Cuba, Bolívar quiere crear un bloque hispanoamericano que sea una réplica republicana de la Santa Alianza.

Incluso, llega a solicitar pragmáticamente la alianza del Brasil, una vez concluye que este país no le hace el juego a la Santa Alianza sino que más bien gira en torno a la órbita inglesa de poder. Con un análisis realista de la correlación internacional de fuerzas, Bolívar concluye que necesita el apoyo de Inglaterra para neutralizar un eventual ataque de las naciones europeas continentales: para conseguirlo, trata de explotar el interés comercial de la Gran Bretaña en los mercados hispanoamericanos, basándose en un análisis muy pragmático de nuestras posibilidades en la división internacional del trabajo. Sin embargo, tampoco se hace ilusiones sobre el supuesto altruismo de su eventual aliado, cuyo carácter imperialista identifica claramente. Por eso, su meta final es la independencia total, «...cuando crezcamos».

En resumen, tanto en lo nacional como en lo internacional, Bolívar se mueve en el mundo de las contradicciones concretas de la vida política, no en el mundo ideal de los principios abstractos. Pero su problema fue que no es suficiente diagnosticar los problemas sino que hace falta también encontrar soluciones prácticas para ellos y organizar fuerzas políticas que las apoyen. No basta la voluntad de un hombre, por genial que sea, para imponer soluciones en contra de las concepciones ideológicas en boga y de las tendencias normales de los grupos socioeconómicos y políticos que predominan en la sociedad. Además, el mundo de las ideas abstractas suele a veces encubrir intereses muy concretos para preservar el *status quo* imperante, incluso bajo la apariencia de concepciones progresistas.

REIMPRESO
EN LA IMPRENTA DEL ESTADO DE CUDINAMARCA POR D. JOSE MARIA RIOS.
AÑO DE 1813.

"Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada" o Manifiesto de Cartagena, por Simón Bolívar, a diciembre 15 de 1812, Reimpreso de 1813. Biblioteca Nacional, Bogotá.

La revolución social

Otro aporte fundamental de Bolívar a la independencia hispanoamericana, señalado por los historiadores revisionistas, fue su convencimiento de la imposibilidad de una revolución aristocrática, sin participación alguna de las masas, como la querían llevar a cabo los mantuanos caraqueños. Bolívar triunfa porque transforma esa revolución en un movimiento popular de llaneros, mestizos y mulatos, al menos en Venezuela. En la Nueva Granada y el Ecuador la estructura social permanece casi intacta, ya que no se produjo la guerra social y racial que caracterizó a Venezuela; además, en la Nueva Granada la población campesina, suelta de los lazos tradicionales, existía en menor proporción que en Venezuela. Por eso, Bolívar se sorprende al encontrarse con la sociedad de Popayán, jerárquica y patriarcal, bajo la hegemonía de los Mosquera y Arboleda, en los que buscará apoyo para sus proyectos políticos. La generalización de esta experiencia llevó probablemente a que Bolívar subestimara los cambios introducidos por la independencia en la sociedad neogranadina, haciéndolo pensar que la estructura colonial seguía casi intacta. Tal vez no percibió cuán diferentes eran los pobladores de Popayán de los del centro-oriente de la Nueva Granada (Bogotá, Tunja, Pamplona y las poblaciones urbanas del actual Santander), a los que Bolívar criticaba por desconocer el resto del país.

En cambio, en Venezuela la independencia sirvió de canal de ascenso social, lo que permite la movilización social de la población campesina independiente de las haciendas a través del influjo de los caudillos que surgen en la guerra. Es importante señalar, para entender la actitud de Bolívar frente a Páez, que el Libertador no movilizó directamente a esas poblaciones sino que lo hizo a través de los canales de poder de los caudillos. El éxito militar de Bolívar en Boyacá se logra cuando él logra coligar bajo su mando a los diversos caudillos venezolanos, junto con un contingente neogranadino organizado por Santander y un pequeño cuerpo de ejército más profesional formado con base en los veteranos ingleses. Esto permite a Bolívar obligar a estos jefes a superar sus ámbitos regionales de poder y a combatir más allá de ellos. El triunfo de Boyacá fortalece aún más su poder y consolida su influencia sobre el Congreso de Angostura (que ha aprovechado su ausencia para rebelarse contra el vicepresidente Zea), porque le permite contar con un ejército veterano victorioso, reforzado ahora con un fuerte contingente de tropas neogranadinas y por el apoyo económico de las regiones recién liberadas. Era difícil que los caudillos venezolanos pudieran resistirle con sus pequeños contingentes y su reducido ámbito regional o local de poder.

EL DESARROLLO DE LAS IDEAS CONSTITUCIONALES DE BOLÍVAR

El seguimiento de la trayectoria política y militar del Libertador ayuda a comprender cómo fue llegando a asumir esas posiciones. Hay una experiencia que impacta y marca de modo fundamental su pensamiento político: el fracaso de la primera revolución venezolana, que lo lleva al profundo convencimiento de que es imposible aplicar literalmente las ideas del liberalismo europeo a la realidad americana y de que es necesario el apoyo de las masas y de sus caudillos para triunfar en la lucha emancipadora. Además, la experiencia del exilio en Haití y el influjo personal de Pétion le ayudarán a descubrir el problema de la esclavitud negra, del cual no era consciente hasta entonces. Incluso en Jamaica, Bolívar todavía defendía la institución de la esclavitud pintando un cuadro idealizado de las buenas relaciones entre amos y esclavos, que supuestamente reinaban en Venezuela.

El Manifiesto de Cartagena y la Carta de Jamaica

Pero incluso antes de Jamaica y Haití, aparece ya el desencanto de Bolívar frente al liberalismo ortodoxo: en el Manifiesto de Cartagena (1812) aparece una crítica feroz contra el federalismo venezolano, que produjo la guerra civil entre facciones y ciudades, el caos burocrático y monetario, las elecciones manipuladas, la debilidad del Ejecutivo y la total ineficiencia militar, todo lo cual dio por resultado el triunfo realista. Bolívar concluye de esa experiencia que, aunque el sistema federal sea en sí el más perfecto, para nuestros nacientes Estados es el más dañino ya que sus ciudadanos carecen de las necesarias virtudes republicanas. De ahí saca uno de los principios básicos de su vida política: el gobierno debe adaptarse a las circunstancias de tiempos y naciones y al carácter de los hombres que debe gobernar. Los códigos adoptados en Venezuela no enseñaban la ciencia práctica del gobierno sino que reflejaban los principios de «...visionarios de repúblicas aéreas» que procuraban alcanzar la perfección política presuponiendo la perfectibilidad del género humano.

En la Carta de Jamaica (1815), Bolívar culpa de la incapacidad política de los hispanoamericanos a la tradición española, severamente enjuiciada por él: era difícil elevarnos del «...grado más bajo de servidumbre» al goce pleno de la libertad. España excluyó a los americanos de cualquier participación en el gobierno y en la administración pública, con lo cual la independencia nos tomó sin preparación alguna: por esto, los nuevos gobernantes carecían tanto de experiencia administrativa como de legitimidad o prestigio personal a los ojos del pueblo. Todo esto repercutió en el fracaso del federalismo en Venezuela y Nueva Granada, que lleva a Bolívar a concluir que «Las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales». Como remedio, propone la unión de Venezuela y Nueva Granada bajo un gobierno semejante al inglés: pero en vez de rey, habría «...un poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio y jamás hereditario, si se quiere república»; además, un senado hereditario, intermediario entre el pueblo y el gobierno, al estilo de la Cámara de los Lores, y una cámara electiva de representantes, al estilo de la cámara de los Comunes.



Simón Bolívar. Miniatura al óleo de José María Espinosa. Quinta de Bolívar, Bogotá.

El discurso en el Congreso de Angostura

Esto demuestra que las ideas centrales de Bolívar están definidas desde 1815, estando lejos de ser producto de una decadencia senil después de Ayacucho (1824). En su discurso de instalación del Congreso de Angostura (1819), Bolívar retoma muchas de las ideas anteriores, profundizando en algunas propuestas: insiste siempre en nuestra incapacidad política y administrativa por falta de experiencia. De ahí deduce la ignorancia de las masas que las hace fácilmente manipulables, con lo que se convierten en instrumento de su propia destrucción.

En ese discurso de Angostura, Bolívar repite que es imposible aplicar en nuestra situación un sistema de gobierno «...tan débil y complicado» como el federal: en vez de consultar la experiencia norteamericana, se deberían tener en cuenta la situación física del país, su población, riquezas, género de vida de sus habitantes, su religión, inclinaciones y costumbres. La primera Constitución venezolana respondió al afán autonomista de las provincias y ciudades; los constituyentes se dejaron deslumbrar por la felicidad del pueblo norteamericano y pensaron que ella se debía a la Constitución federal y no al carácter de sus ciudadanos. Esta es otra idea central del pensamiento político bolivariano: las leyes por sí mismas no producen la felicidad humana si no cambia el carácter de las personas regidas por ella.

Esta conclusión es reforzada por el análisis de la historia de Atenas, Esparta, Tebas y Roma: Atenas ofrece el ejemplo más melancólico del fracaso de la democracia absoluta, lo que demuestra «...cuán difícil es regir por simples leyes a los hombres». Su caso contrasta cón la estabilidad conseguida por Esparta con una constitución aparentemente quimérica. El éxito de Tebas, sólo cuando estuvo bajo el mando de Pelópidas y Epaminondas, permite a Bolívar reafirmar una de sus ideas favoritas: «A veces son los hombres, no los principios, los que forman los Gobiernos. Los códigos, los sistemas, los estatutos por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen en las sociedades: ¡hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las repúblicas!».

Lo mismo deduce de los ejemplos de Roma e Inglaterra: por ello, vuelve a proponer el modelo inglés de Constitución, adaptándola a la situación republicana. Los sucesores de los próceres en el senado hereditario deberán recibir una educación especial, que los hará mejores que los representantes elegidos ("naturaleza perfeccionada por el arte"). Este senado debe ser independiente tanto del gobierno como del pueblo: su selección no debe dejarse «...al azar de las elecciones».



Simón Bolívar. Miniatura de autor del siglo XIX no identificado. Quinta de Bolívar, Bogotá.

El papel del monarca constitucional, cuya autoridad está sujeta al triple control de su propio gabinete y de las cámaras de Lores y Comunes, es adaptada al mundo republicano mediante la creación de un Ejecutivo fuerte, pero de carácter electivo. Con ese Ejecutivo fuerte, no desea Bolívar autorizar la tiranía de un déspota sino precisamente «...impedir que el despotismo deliberante» produzca una serie de vicisitudes despóticas en que la anarquía resultante sea reemplazada alternativamente por la oligarquía y la monocracia. Sin ese Ejecutivo, habría que contar «...con una sociedad díscola, tumultuaria y anárquica».

Frente a las teorías abstractas que pregonan «...la perniciosa idea de una libertad ilimitada», Bolívar propone «...la libertad social» como término medio entre libertad absoluta y poder absoluto: la fuerza pública debe mantenerse dentro de los límites de la razón y la voluntad general dentro de los límites señalados por un poder justo. Para él, es claro que «La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos adonde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas»: la agitación electoral y partidista de ideólogos abstractos conduce a la anarquía y ésta a la tiranía. No importaría, dice Bolívar, que el sistema político se relajara por debilidad si esto no arrastrara consigo «...la disolución del cuerpo social y la ruina de los asociados».

El papel del Estado es concebido por Bolívar como instrumento corrector de las desigualdades existentes de hecho en la sociedad más libremente establecida: al revés de Rousseau, Bolívar opina que la naturaleza hizo desiguales a los hombres y que la sociedad por medio del Estado les da «...una igualdad ficticia» (o sea, creada por el hombre), que es la igualdad política y social, por medio de la educación, la industria, los servicios y las virtudes.

Según Bolívar, debe mantenerse el equilibrio no sólo entre las diferentes partes del gobierno y de la administración, sino también «...entre las diferentes fracciones que componen nuestra sociedad». De esta concepción del Estado se sigue la principal innovación constitucional propuesta por Bolívar en Angostura: la creación de una cuarta rama del poder, el poder moral, necesaria para dar bases de luz y de virtud a la república. En Venezuela, leyes y magistrados carecen de legitimidad, aceptación y respeto público, lo que hace que la sociedad sea «...una confusión, un caos», «...un conflicto singular de hombre a hombre». Para librarla del caos, hay que unificar en un todo la masa del pueblo, la composición del gobierno, la legislación y el espíritu nacional, que debe inclinarse hacia dos puntos capitales: «Moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública». De ahí la importancia de la educación popular y de la vigilancia de la moral pública: el poder moral, a imitación del Areópago de Atenas y de los censores de Roma, debería encargarse de la educación infantil, de las buenas costumbres y de la moral republicana,

para purificar a la nación de la corrupción pública. El poder moral se encargaría así de censurar públicamente las faltas contra la patria (ingratitud, egoísmo, ocio, negligencia) y la administración pública, lo mismo que de premiar las virtudes.

La propuesta electoral de Bolívar en Angostura se inscribe en la democracia censitaria, usual en ese tiempo, que restringía el voto limitándolo sólo a los propietarios, profesionales y quienes supieran leer y escribir: con estas restricciones, afirma Bolívar, se pone «...el primer dique a la licencia popular, evitando la concurrencia tumultuaria y ciega que en todos los tiempos ha imprimido el desacierto en las elecciones». Y, consiguientemente, el desacierto de los magistrados y del gobierno.

En muchos apartes del discurso en Angostura, el Libertador hace un llamado al realismo de los congresistas pidiéndoles moderar sus pretensiones y no aspirar presuntuosamente a lo imposible. Considera muy laudable aspirar a instituciones perfectas, pero teniendo en cuenta nuestras posibilidades concretas: «¿Quién ha dicho a los hombres que poseen ya toda la sabiduría, que ya practican toda la virtud, que exigen imperiosamente la liga del poder con la justicia? ¡Angeles, no hombres pueden únicamente existir libres, tranquilos y dichosos, ejerciendo todos la potestad soberana!». Según Bolívar, los gritos de los hombres en las batallas y tumultos políticos claman al cielo contra los legisladores «...inconsiderados y ciegos», que han pensado que es posible «...hacer impunemente ensayos de quiméricas instituciones». Por ello, pide no aspirar a lo imposible, «...no sea que por elevarnos sobre la región de la libertad, descendamos a la región de la tiranía», pues «...de la libertad absoluta se desciende siempre al poder absoluto».

Diferencias entre Bolívar y los congresistas

Por supuesto, las innovaciones propuestas por el Libertador no fueron acogidas por los congresistas: se criticó severamente su propuesta de Senado hereditario como intento de crear una nueva nobleza y se consideró impracticable su idea del poder moral. Tal vez por esta poca acogida, Bolívar no presentó ninguna propuesta al Congreso de Cúcuta (1821), que aprobó una Constitución unitaria y centralista, con la clásica división de tres poderes y dos cámaras legislativas igualmente electivas. El Ejecutivo, ejercido por un presidente con un período de cuatro años, reelegible sólo una vez, quedaba debilitado al quedar sujetos los nombramientos de sus funcionarios a la aprobación del Legislativo.

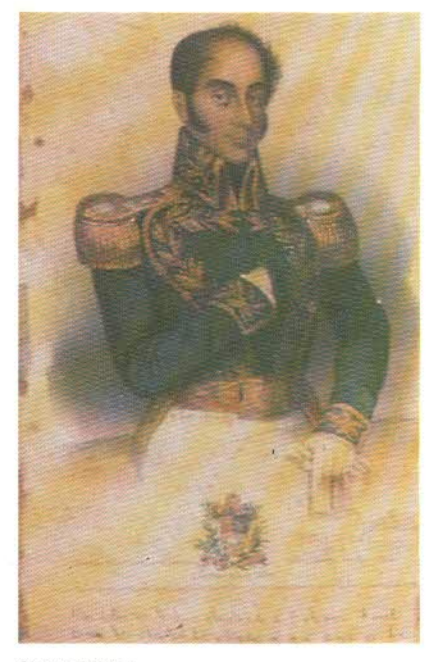
Sin embargo, fue notorio el divorcio moral y político de Bolívar con respecto a esa Constitución, lo mismo que su amarga decepción frente a la clase política reunida en el Congreso de Cúcuta. Así lo manifiesta a Santander, desde el cuartel general de San Carlos, el 13 de junio de 1821: «Esos señores piensan que la voluntad del pueblo es la de ellos, sin saber que el pueblo está en el ejército, porque realmente está, y porque ha conquistado este pueblo de mano de los tiranos; porque además es el pueblo que quiere, el pueblo que obra y el pueblo que puede; todo lo demás es gente que vegeta con más o menos malignidad o con más o menos patriotismo, pero sin ningún derecho a ser otra cosa que ciudadanos pasivos».

El recuerdo del fracaso de la primera república de Venezuela hace decir a Bolívar que es necesario desarrollar «Esta política [...] que ciertamente no es la de Rousseau, [...] para que no nos vuelvan a perder esos señores». Ellos desconocen el país: piensan que toda Colombia es como el Nuevo Reino de Granada (centro-oriente de la actual Colombia), que todo el país «...está cubierto de lanudos, arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona», sin mirar al resto del país, cuya organización social es diferente, lo que muestra otra vez el peligro de la guerra racial y social, que puede producir la población suelta, no sujeta a los controles tradicionales de la sociedad colonial ni inserta en los lazos tradicionales de cohesión social: «No han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los bogas del Magdalena, sobre los bandidos del Patía, sobre los indómitos pastusos, sobre los guajibos del Casanare y sobre todas las hordas salvajes de Africa y América que, como gamos, recorren las soledades de Colombia».

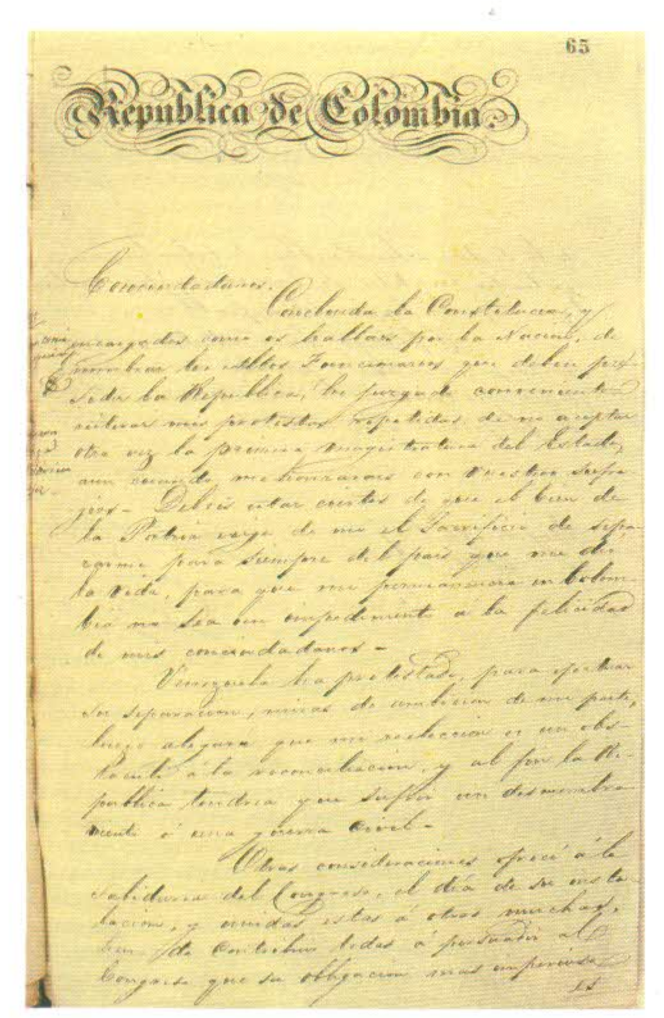
En forma interrogativa, expone Bolívar sus inquietudes sobre el resultado de las ideas de estos legisladores en el marco de la sociedad de entonces: «¿No le parece a usted, mi querido Santander, que esos legisladores, más ignorantes que malos, y más presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la anarquía, y después a la tiranía, y siempre a la ruina? Yo lo creo así, y estoy cierto de ello. De suerte, que si no son los llaneros los que completan nuestro exterminio, serán los suaves filósofos de la legitimada Colombia. Los que se creen Licurgos, Numas, Franklines, y Camilos Torres y Roscios, y Uztaris y Robiras, y otros númenes que el cielo envió a la tierra para que acelerasen su marcha hacia la eternidad, no para darles repúblicas como las griegas, romanas y americana, sino para amontonar escombros de fábricas monstruosas y para edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter» (carta a Santander ya citada).

La tensión con Venezuela

El carácter centralista de la Constitución de Cúcuta despierta muchas resistencias en Caracas, desde muy poco después de su aprobación, que se van acentuando paulatinamente durante estos años. Culmina con la rebelión de Páez, que Bolívar intenta aprovechar para imponer sus ideas constitucionales, recogidas en la Constitución boliviana. Esto llevará a la ruptura definitiva entre Bolívar y Santander, pues Bolívar consideraba necesario apoyarse en los caudillos venezolanos para conservar la unidad colombiana a cualquier costo, acos-



Simón Bolívar.
Pintura de autor anónimo del siglo XIX.
Quinta de Bolívar, Bogotá.



65

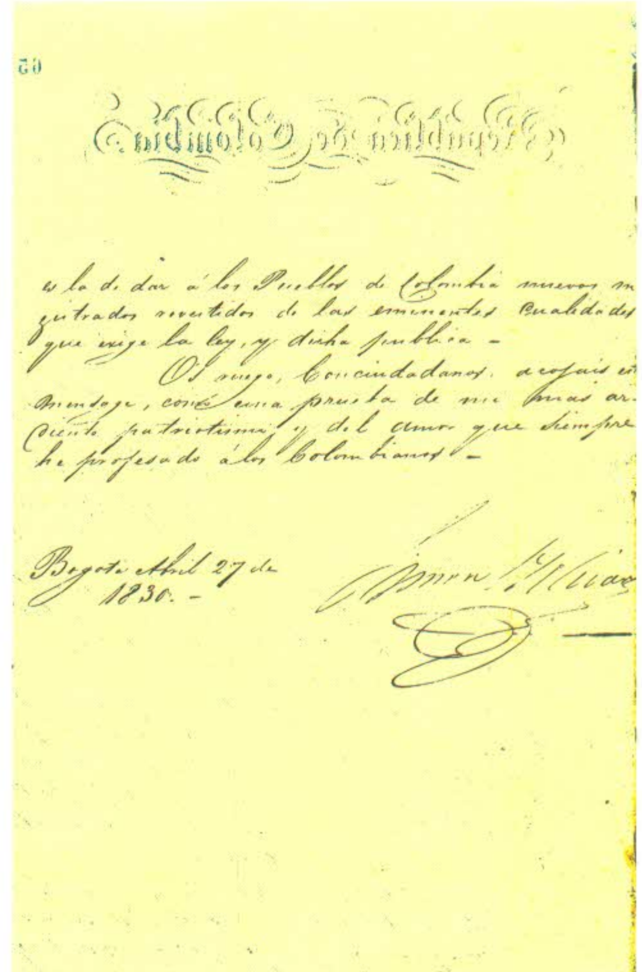
República de Colombia

Conciudadanos.

Concluida la Constitucion, y encargados como os hallais por la Nacion, de nombrar los altos Funcionarios que deben presidir la República, he juzgado conveniente reiterar mis protestas repetidas de no aceptar otra vez la primera magistratura del Estado, aun cuando me nombrarais con vuestros sufragios. – Debeis estar ciertos de que el bien de la Patria exige de mí el sacrificio de separarme para siempre del pais que me dio la vida, para que mi permanencia en Colombia no sea un impedimento á la felicidad de mis conciudadanos. –

Venezuela ha pretextado, para efectuar su separacion, miras de ambicion de mi parte, luego alegara que mi reeleccion es un obstaculo á la reconciliacion, y al fin la República tendria que sufrir un desmembramiento ó una guerra civil. –

Otras consideraciones ofrecí á la sabiduria del Congreso, el dia de su instalacion, y unidas estas á otras muchas, ... todas á persuadir al Congreso que su obligacion mas imperiosa



República de Colombia

y la de dar á los Pueblos de Colombia nuevos magistrados revestidos de las eminentes cualidades que exige la ley, y dicha publica –

Os ruego, Conciudadanos, acojais un mensaje, como una prueba de mi mas ardiente patriotismo y del amor que siempre he profesado á los Colombianos. –

Bogotá Abril 27 de 1830. –

Simon Bolívar

Protesta de Simón Bolívar a su nombramiento como presidente de Colombia, una vez más, por el Congreso de Colombia, abril 27 de 1830. Archivo del Congreso Nacional, Bogotá.

tumbrado a considerarlos como su base natural de poder. En cambio, subestima la fuerza de los abogados, burócratas y políticos civiles que rodean a Santander: en el fondo, no parece captar las diferencias entre la sociedad del centro-oriente neogranadino y la de su nativa Venezuela. No parece captar la importancia de esa clase media de abogados y funcionarios urbanos, heredada de la burocracia virreinal y de la Real Audiencia, que se mostrará capaz de entenderse con los caudillos de la guerra con tal de imponer su proyecto político, de raigambre más liberal que el de Bolívar. Por su parte, el poco tacto político de este grupo frente al poder personalista de un caudillo como Páez, cuyo sentido político era incapaz de percibir, dada la formación legalista y formal de esta burocracia, fue la ocasión del enfrentamiento. Este conflicto convirtió a Páez en el símbolo de la unidad nacional de Venezuela, oprimida por el supuesto despotismo de la burocracia neogranadina.

Por otro lado, Bolívar era considerado por militares y civiles de Venezuela como el intermediario natural de sus quejas e intereses frente al gobierno de Bogotá. Incluso, los opositores neogranadinos a la administración de Santander también esperaban que Bolívar, una vez asumiera de veras el mando, rectificara las políticas con las que ellos estaban en desacuerdo. Los antisantanderistas tendían normalmente a apoyarse en Bolívar, aunque no compartieran tampoco todas sus ideas. Por su parte, Bolívar alentaba estas esperanzas de la oposición a Santander, pero sin romper con él, convirtiéndose en gobierno y oposición al mismo tiempo. Pero tampoco la posición de Santander frente a Bolívar era menos ambigua, como señala Mario Acevedo Díaz: «Como vicepresidente mostraba lealtad al Libertador y lo invitaba a asumir el mando; y como publicista, aunque sin su firma, pero en un estilo que todos reconocían como suyo, combatía cualquier forma de gobierno autoritario, como el que se rumoraba era recomendado por Bolívar» ("Bolívar y la Convención de Ocaña", publicado como apéndice del *Diario de Bucaramanga,* de Luis Peru de Lacroix, Bogotá, 1978). Esto se hacía en la *Gaceta* oficial y en los periódicos de los amigos de Santander, que se encargaban de echarle más leña al fuego.

La ambivalencia de Bolívar es notoria en el caso de la rebelión de Páez, que trata de aprovechar para imponer en Colombia su proyecto de Constitución boliviana, pues creía que este caso evidenciaba a las claras que el sistema político de la Constitución de Cúcuta había hecho crisis. Bolívar no aprobaba la rebelión del caudillo ve-

nezolano pero simpatizaba personalmente con él, al que consideraba una víctima del exceso de liberalismo y de la ingratitud de los civiles respecto de sus libertadores. Consideraba que la facción de Santander creaba resentimientos innecesarios entre militares y gobierno civil.

La Constitución boliviana

El pensamiento constitucional de Bolívar alcanza su presentación más acabada en la Constitución boliviana (1825), en la que culmina la evolución gradual que hemos venido siguiendo desde 1812. En su discurso inaugural, Bolívar empieza pidiendo a los legisladores resistir al choque de «...dos monstruosos enemigos», que se combaten entre sí pero que atacan a la vez a la «...pequeña isla de libertad» de la naciente república: «...la tiranía y la anarquía», que juntos forman «...un océano de opresión». Para solucionar este dilema, propone su proyecto de Constitución, en el cual añade un cuarto poder, el electoral, a la clásica división tripartita. Este poder constituiría un aumento de participación popular, que acerca su Constitución al sistema federal y democrático, a la vez que introduciría un contrapeso popular al Ejecutivo. Este poder electoral representa un gran avance en la democratización de las elecciones con respecto a la Constitución de Cúcuta: aunque se conserva el sistema indirecto de elecciones, se aumenta el número de electores y se eliminan las restricciones socioeconómicas para el voto; no hace falta poseer bienes sino sólo saber leer y escribir y conocer un arte o ciencia que le asegure un alimento honesto.

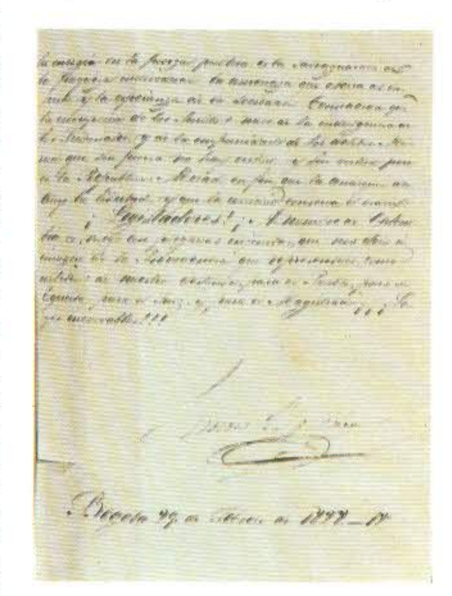
El poder legislativo tendría tres cámaras: dos electivas, las de tribunos y senadores, pero la otra vitalicia, la de los censores. Esta cámara de los censores retomaba, aunque con funciones más restringidas, las atribuciones del poder moral propuesto en Angostura. Se encargaba así de la educación, lo mismo que de supervigilar el cumplimiento de las leyes. La cámara de los tribunos se encargaba de la hacienda, la paz, la guerra, las obras públicas y las relaciones internacionales. Los senadores tenían a su cargo lo relacionado con la justicia, los códigos, el culto y las relaciones con la Iglesia.

Desde los tiempos de Bolívar hasta hoy, se ha generado mucha discusión en lo referente al poder ejecutivo, pues a él se redujeron las ideas centrales de la Constitución boliviana. Bolívar consideraba la presidencia vitalicia como el sol que da vida a todo el universo: en los sistemas sin jerarquía hace falta un punto fijo alrededor del cual giren magistrados y ciudadanos. Ese presidente vitalicio, tomado de la república de Haití, considerada la más democrática del mundo, participa de las funciones del presidente de los Estados Unidos, pero «...con restricciones más favorables al pueblo». Pero con una diferencia: para evitar los problemas que en Haití generaba la sucesión presidencial, que la ponían en situación de «insurrección permanente», Bolívar propone un medio más seguro de sucesión: el presidente nombraría al vicepresidente como jefe de gobierno y sucesor, con lo cual «...se evitan las elecciones, que producen el grande azote de las repúblicas, la anarquía, que es el lujo de la tiranía y el peligro más inmediato y más terrible de los gobiernos populares».

Según Bolívar, el presidente boliviano sería menos peligroso que el de Haití pues su poder sería más limitado: no nombraba jueces, ni magistrados, ni dignidades eclesiásticas, sino sólo los empleados de la hacienda. Tendría el mando del ejército y nombraría su sucesor, pero esta designación estaría sujeta a la aprobación del Congreso. Designaría también a los funcionarios regionales y locales pero de una terna propuesta por los correspondientes colegios electorales, quedando sujeta la designación a la aprobación del Congreso. El presidente sería irresponsable pero el gabinete ministerial, al que pertenecería toda la administración, sería responsable ante la cámara de censores y quedaría sujeto a la vigilancia de legisladores, magistrados, jueces y ciudadanos. Así que el vicepresidente dependería tanto del presidente como del Legislativo. Bolívar cree que es preferible gobernar con todas esas trabas y controles, en vez de hacerlo con "imperio absoluto": «Las barreras constitucionales ensanchan una conciencia política» y sirven de apoyo «...contra los empujes de nuestras pasiones, concertadas con los intereses ajenos». El vicepresidente con derecho a la sucesión presidencial convierte en norma la saludable práctica de los Estados Unidos de elegir al primer ministro como sucesor del presidente, que tiene la ventaja de que el nuevo gobernante tiene ya experiencia y popularidad.

Bolívar insiste en que su proyecto constitucional busca establecer las garantías más perfectas para la libertad civil, la seguridad personal, la propiedad y la igualdad. A esta última, "la ley de leyes", debemos hacer toda clase de sacrificios: el primero es el de la propiedad de los esclavos, porque la esclavitud «...es la infracción de todas las leyes». La ley que la conservara sería sacrílega: no puede haber alguien «...tan depravado que pretenda legitimar la más insigne violación de la dignidad humana: ¡un hombre poseído por otro! ¡Una imagen de Dios puesta al yugo como el bruto! Dígasenos: ¿dónde están los títulos de los usurpadores del hombre? [...] Fundar un principio de posesión sobre la más feroz delincuencia no podría concebirse sin el trastorno de los elementos del derecho y sin la perversión más absoluta de las nociones del deber. Nadie puede romper el santo dogma de la igualdad. Y, ¿habrá esclavitud donde reina la igualdad?».

No deja de llamar la atención el hecho de que la discusión sobre la Constitución boliviana se haya centrado, hasta hoy, en los aspectos del presidente vitalicio con derecho a nombrar sucesor, pasando por alto los aspectos sobre la emancipación de los esclavos, sobre la mayor participación electoral y los controles institucionales a que estaba sujeto el Ejecutivo. En ese sentido, es interesante el concepto del mariscal Sucre, único presi-



Mensaje del Libertador Presidente a la Convención Nacional reunida en Ocaña, febrero 29 de 1828. Archivo del Congreso Nacional, Bogotá.

JUAN DE FRANCISCO MARTIN,
PREFECTO DEL DEPARTAMENTO etc.

PUEBLOS DEL MAGDALENA!

Penetrado del mas acerbo dolor, lleno hoy el mas triste *deber*—¡El Padre de la Patria ya no existe...! Las calamidades públicas, y la horrible ingratitud de sus enemigos le han conducido al sepulcro el 17 del corriente à la una de la tarde. El ha muerto victima de su consagracion á la Patria; un fin prematuro ha sido el premio de sus heroicos sacrificios; y las lágrimas de sus fieles amigos, y el tardío arrepentimiento de sus gratuitos enemigos no podrán ya volver la vida al que tantas veces la dió à Colombia—La lápida que cubre sus restos venerables lo separa para siempre de nosotros. En los momentos que el grito nacional lo vindicaba, llamandolo como la única esperanza de la Patria, la muerte nos lo arrebata, y el Cielo ha recibido ya al bienhechor de un mundo!

Ciudadanos: El LIBERTADOR os ha consagrado hasta los últimos instantes de su preciosa existencia—Oíd su voz, y respetemos con santo recogimiento sus postreros deseos; estos deseos que deben ser una ley sagrada para nosotros, y desgraciados si llegamos à violarla: la ruina nacional seria el mas infalible resultado, y Colombia terminaria su existencia con la de su ilustre fundador.

Ciudadanos: El LIBERTADOR al dejarnos para siempre, nos encarga que nos unamos: que trabajemos todos por el bien inestimable de la union, y obedezcamos al actual Gobierno para libertarnos de la anarquía—Correspondamos pues à su encargo, marchemos unidos, y juremos sobre su tumba ser fieles á los deseos que le inspiraron sus últimos votos por la felicidad de la Patria—Asi honraremos su memoria y satisfaremos una inmensa deuda de gratitud—Cartagena Diciembre 21 de 1830.

Juan de Francisco Martin

EL LIBERTADOR
A LOS PUEBLOS DE COLOMBIA.

COLOMBIANOS: Habeis presenciado mis esfuersos para plantear la libertad donde reinaba antes la tirania. He trabajado con desinteres, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadi que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad, y hollaron lo que me es mas sagrado - mi reputacion y mi amor à la Libertad. He sido victima de mis perseguidores que me han conducido à las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestacion de mis últimos deseos. No aspiro à otra gloria que á la consolidacion de Colombia. Todos debeis trabajar por el bien inestimable de la union: los pueblos obedeciendo al actual Gobierno para libertarse de la anarquia: los Ministros del santuario dirijiendo sus oraciones al Cielo; y los Militares empleando su espada en defender las garantias sociales.

COLOMBIANOS! Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria - si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Union, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

SIMON BOLIVAR.

Firmado en la Hacienda de campo llamada san Pedro, una legua distante de Santa Marta, à 10 de Diciembre de 1830.

CARTAGENA 1830: IMPRENTA DE MANUEL M. GUERRERO.

Ultima proclama del Libertador publicada por el prefecto Juan de Francisco Martín e impresa por Manuel M. Guerrero en Cartagena, a diciembre 21 de 1830.

dente que gobernó con esa institución durante dos años: el principal defecto que le encontraba era precisamente la debilidad del Ejecutivo, por lo cual no era partidario de ella. Para Sucre, la Constitución boliviana daba estabilidad al gobierno, pero «sólo en el papel», pues de hecho «...le quita los medios para hacerse respetar y no teniendo vigor ni fuerza el presidente para mantenerse, son nada sus derechos y los trastornos son frecuentes».

El constitucionalista Leopoldo Uprimny sostenía que el presidente vitalicio de Bolivia tenía menos facultades que cualquier jefe de Estado de la Colombia actual: el no haber comprendido la real naturaleza de la Constitución boliviana constituyó —para Uprimny— la tragedia del Libertador y de las naciones bolivarianas. Pero según este autor en su obra *El pensamiento filosófico y político en el Congreso de Cúcuta* (Bogotá, 1971), esta mala intelección se debió a la manera excesivamente autoritaria con que Bolívar y sus seguidores militares trataban de imponer sus ideas, que despertaba sospechas de planes dictatoriales. Este estilo político se debía a la mentalidad militar, que tendía a considerar cualquier oposición como insubordinación. Esto empeoraba por el hecho de que casi todos los seguidores de Bolívar eran de origen venezolano, con lo que la resistencia civilista al militarismo se combinaba con el naciente nacionalismo. Por otra parte, los amigos y aduladores de Bolívar y Santander agravaban los enfrentamientos.

Sin embargo, hay un punto de vista fundamental que suele pasarse por alto: la lucha política por la sucesión presidencial de Bolívar. Es muy diciente el hecho, narrado por Liévano Aguirre, que Santander esté dispuesto a transigir con la Constitución boliviana excepto en un punto: el vicepresidente con derecho a la sucesión presidencial. También es diciente que Santander no se mostró del todo opuesto al proyecto boliviano sino desde que supo que Bolívar prefería a Sucre como su sucesor.

La decepción de Bolívar frente a la clase política se fue profundizando con los años, cuando se va haciendo evidente la derrota de sus ideas. Al comentar el triunfo de los santanderistas en las elecciones para la Convención de Ocaña, Bolívar señalaba que esos hechos servían «...para probar el estado de esclavitud en que se hallaba el pueblo». Demostraban que no sólo estaba «...bajo el yugo de los alcaldes y curas de las parroquias, sino también bajo el de los tres o cuatro magnates» que hay en ellas. En las ciudades era lo mismo, «...con la diferencia de que los amos son más numerosos porque se aumentan con muchos clérigos y doctores». La desigualdad social y económica hace imposible el ejercicio de la igualdad legal: «La libertad y las garantías son sólo para aquellos hombres y para los ricos, y nunca para los pueblos, cuya esclavitud es peor que la de los mismos indios; que esclavos eran bajo la Constitución de Cúcuta y esclavos quedarán bajo la Constitución más liberal; que en Colombia hay una aristocracia de rango, de empleos y de riqueza, equivalente por su influjo,

por sus pretensiones y peso sobre el pueblo; que en aquella aristocracia entran también los clérigos, los doctores, los abogados, los militares y los demagogos; pues cuando hablan de libertad y de garantías es para ellos [...] y no para el pueblo que según ellos debe continuar bajo su opresión; quieren la igualdad para elevarse y ser iguales con los más caracterizados, pero no para nivelarse ellos con los individuos de las clases inferiores de la sociedad; a éstos los quieren considerar siempre como sus siervos, a pesar de sus alardes de demagogia y liberalismo».

Estos planteamientos apuntan, más allá de los naturales resquemores de derrotado en la lid electoral, al hecho de que la igualdad formal entre los ciudadanos modernos otorgada por la república ocultaba toda una serie de dependencias y solidaridades propias de una sociedad tradicional. También señalan que los partidarios de Santander tenían una concepción más pragmática del juego político real, por lo que se apoyaban en las fuerzas políticas existentes de hecho, aprovechando los lazos de sociabilidad política creados por la burocracia del primer gobierno santanderista y en cierta movilización incipiente del pueblo urbano. O sea, se movía dentro de una mezcla bastante adecuada de la política más "moderna" con la tradicional.

Esta creciente decepción de Bolívar puede explicar por qué termina por abandonar su proyecto de Constitución. Sin embargo, en su mensaje a la Convención de Ocaña, fechado el 29 de febrero, presenta un cuadro desolador de Colombia y un análisis de las causas de su decadencia. Según él, el gobierno ha estado mal constituido entre nosotros por el predominio de la rama legislativa: «Hemos hecho del Legislativo solo el Cuerpo Soberano [...] que no debía ser más que un miembro de este soberano; le hemos sometido el Ejecutivo y dado mucha parte en la administración general [...] El Ejecutivo de Colombia no es el igual del Legislativo, ni el jefe del Judicial: viene a ser un brazo débil del poder supremo, del que no participa en la totalidad que le corresponde porque el Congreso se injiere en sus funciones naturales sobre la administración judicial, eclesiástica y militar».

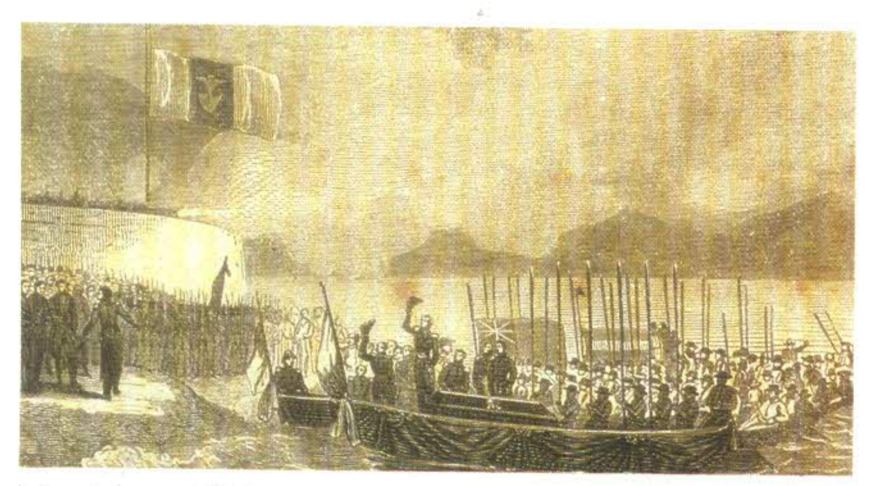
CONCLUSIÓN

En resumen, todo lo visto hasta aquí puede apuntar a la conclusión de que el proyecto político de Bolívar estaba condenado al fracaso, desde su concepción inicial. Ya que ésta suponía modificar la evolución natural de las circunscripciones administrativas de las antiguas colonias españolas, cuyas fuerzas tanto socioeconómicas como políticas tendían a configurar nuevas naciones bajo la hegemonía de las élites criollas, especialmente de las que tenían su sede en las antiguas capitales de las divisiones territoriales del antiguo imperio español. Es más, existía incluso la tendencia a fragmentarse en unidades todavía menores, dada la fragmentación regional y local de las élites y la casi total falta de integración económica entre las diversas regiones. De ahí la congénita tendencia hacia el federalismo y las luchas interregionales que caracterizaron los primeros años de casi todas las nuevas naciones hispanoamericanas.

Por otra parte, Bolívar carecía del apoyo de grupos políticos interesados en contrarrestar esas tendencias, lo que hubiera implicado modificar el equilibrio que se estaba produciendo tanto en el orden interno como en el externo. Sólo el ejército continental, que había luchado más allá de sus fronteras regionales y nacionales, estaba interesado en la integración hispanoamericana. Sin embargo, entre sus jefes no faltaban tampoco algunos que pensaban en un eventual reparto de la herencia bolivariana, al estilo de



Quinta de la hacienda de San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta, donde murió Simón Bolívar el 17 de diciembre de 1830. Oleo de autor anónimo. Casa Museo 20 de julio, Bogotá.



Embarco de los restos del Libertador en la bahía de Santa Marta. Grabado de Carmelo Fernández, 1842-1843. Museo Nacional, Bogotá.

los diadocos, generales de Alejandro Magno. Además, sólo algunas élites regionales, marginadas de la participación en el poder central que se estaba formando y de alguna vinculación al comercio mundial, podían pensar en apoyar a Bolívar por considerarlo un necesario garante del orden social y una esperanza de mejoría de su situación. Pero esto no implicaba necesariamente que compartieran todas sus ideas sobre la organización del Estado y la integración suprarregional.

En cambio, los adversarios de Bolívar tenían una tarea más fácil: no tenían más que seguir la tendencia a la disgregación de Hispanoamérica en naciones y regiones, que era inherente a la lógica organizativa del imperio español. Para ello, bastaba no intervenir en el proceso dejando obrar al libre juego de las fuerzas económicas y políticas, con la seguridad de que así estaban asegurándose su futuro poder político, así fuera en un ámbito más reducido. En el terreno constitucional, bastaba seguir transcribiendo mecánicamente los textos constitucionales norteamericanos y la filosofía liberal de corte europeo, haciendo abstracción de las condiciones reales de la sociedad que pretendían enmarcar.

Sólo una voluntad y un poder sobrehumanos habrían podido contrarrestar las tendencias normales de este proceso: Bolívar lo intentó con los únicos instrumentos políticos e ideológicos de que disponía. De ahí el eclecticismo de su pensamiento constitucional y político, tan poco comprendido entonces y ahora. El recuento que hemos hecho de sus ideas muestra el fracaso de su proyecto, que no tuvo suficiente apoyo ni comprensión. Al ir a contracorriente de las tendencias normales del desarrollo histórico de nuestras naciones, Bolívar, de acuerdo con sus propias palabras, aró en el mar y edificó en el viento.

Bibliografía

ACEVEDO DÍAZ, MARIO. "Bolívar y la Convención de Ocaña". En: Luis Peru de Lacroix. *Diario de Bucaramanga*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1978.

ACOSTA SAIGNES, MIGUEL. *Bolívar, acción y utopía del hombre de las dificultades*. La Habana, Casa de las Américas, 1977.

ARCINIEGAS, GERMÁN. "Bolívar, ¿jacobino?" *Correo de los Andes*. Bogotá, noviembre-diciembre de 1982.

ARCINIEGAS, GERMÁN. *Bolívar y la revolución*. Bogotá, Planeta, 1984.

BOLÍVAR, SIMÓN. *Doctrina del Libertador*. Caracas, Ayacucho, 1979.

BOLÍVAR, SIMÓN. *Documentos. Los orígenes de la dependencia neocolonial*. Bogotá, Frente de Estudios Sociales, 1970.

BOLÍVAR, SIMÓN. *Escritos políticos*. 5a. ed. Selección e introducción de Graciela Soriano. El Libro de Bolsillo No. 175. Madrid, Alianza, 1981.

BUSANICHE, JOSÉ. *Bolívar visto por sus contemporáneos*. 1a. reimp. México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

CARRERA DAMAS, GERMÁN. *El culto a Bolívar*. Bogotá, Universidad Nacional.

CORTÁZAR, ROBERTO. *Cartas y mensajes del general Francisco de Paula Santander*. 10 vols. Bogotá, Voluntad, 1953.

GALVIS MADERO, LUIS. *La Gran Colombia (1819-1930). Historia Extensa de Colombia*, vol. VII. Academia Colombiana de Historia. Bogotá, Lerner, 1970.

GARCÍA, ANTONIO. *La dialéctica de la democracia*. Bogotá, Cruz del Sur, 1971.

GARCÍA ORTIZ, LAUREANO. *Algunos estudios sobre el general Santander*. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 80. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1946.

GÓMEZ HURTADO, ALVARO. *La revolución en América*. 2o. Festival del Libro Colombiano. Lima, Editora Latinoamericana, s.f.

GÓMEZ HURTADO, ALVARO. *Sobre su significación histórica de Bolívar*. Bogotá, Colección Fénix, 1957.

GÓMEZ, LAUREANO. *El mito de Santander*. Bogotá, Italgraf, 1971.

GUZMÁN, IGNACIO DE. *El pensamiento del Libertador*. Bogotá, Biblioteca de Autores Colombianos, 1953.

JARAMILLO, JUAN DIEGO. *Bolívar y Canning*. Bogotá, Banco de la República, 1983.

LASERNA, MARIO. *Bolívar. Un euroamericano frente a la Ilustración*. Bogotá, Tercer Mundo, 1986.

LECUNA, VICENTE. *Cartas del Libertador*. 12 vols. Caracas, Litografía y Tipografía del Comercio, Italgráfica C.A., 1929, 1948, 1959.

LIÉVANO AGUIRRE, INDALECIO. *Bolívar*. Bogotá, Oveja Negra, 1987.

LIÉVANO AGUIRRE, INDALECIO. *Bolivarismo y monroísmo*. 2a. ed. Bogotá, Tercer Mundo, 1988.

LIÉVANO AGUIRRRE INDALECIO. *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*. Bogotá, Tercer Mundo, 1968.

MADARIAGA, SALVADOR DE. *Bolívar*. 2a. ed., 2 vols. Madrid, Espasa-Calpe, 1979.

MASUR, GERHARD. *Simón Bolívar*. Trad. de Pedro Martín de la Cámara. Ed. actualizada. Caracas, Grijalbo, 1987.

PIVIDAL, FRANCISCO. *Bolívar: pensamiento precursor del antiimperialismo*. La Habana, Casa de las Américas, 1977.

PUYO VASCO, FABIO; EUGENIO GUTIÉRREZ CELY. *Bolívar, día a día*. 3 vols. Bogotá, Procultura, 1983.

SANTANDER, FRANCISCO DE PAULA. *Mis desavenencias con el Libertador Simón Bolívar*. Bogotá, Editorial Incunables, 1982.

SAÑUDO, JOSÉ RAFAEL. *Estudios sobre la vida de Bolívar*. 3a. ed. Pasto, Editorial Cervantes, 1949.

SHULGOVSKI, ANATOLI. *Cátedra Bolivariana. El proyecto político del Libertador*. Bogotá, CEIS, 1983.

UPRIMNY, LEOPOLDO. *El pensamiento filosófico y político en el Congreso de Cúcuta*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1971.

VALENCIA VILLA, HERNANDO. *La Constitución de la Quimera*. Bogotá, La Caja de Herramientas, 1982.

VIDAL, FRANCISCO. *Bolívar, pensamiento precursor del imperialismo*. La Habana, Casa de las Américas.

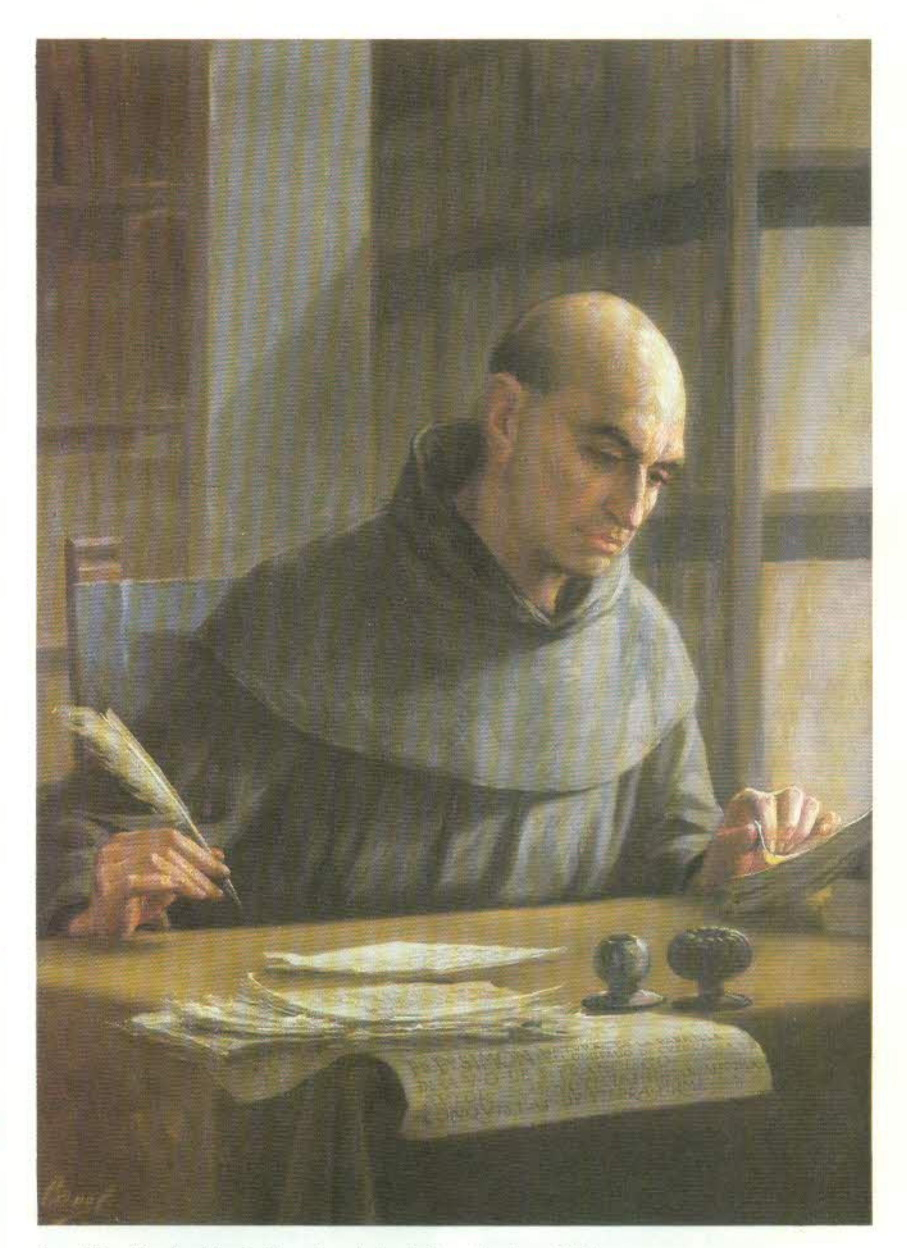
La historia de la Historia en Colombia

Jorge Orlando Melo

LOS CRONISTAS

Aunque los cronistas no eran historiadores en sentido estricto, constituyen la prehistoria de un género que sólo se configura realmente con la independencia, cuando la presentación ingenua, cronológica, crédula y sin perspectiva unificadora del pasado se reemplaza por una historia que pretende explicar el origen de la nueva nación colombiana.

Los primeros cronistas fueron casi siempre clérigos españoles que acompañaron las gestas de la conquista, escucharon las versiones de los primeros colonos o se apoyaron en algunos documentos conventuales para narrar la historia de su propia orden religiosa. El primero a quien vale la pena recordar es fray Pedro de Aguado (1503-1590), quien escribió, hacia 1560-70, la *Recopilación historial*, un extenso recuento de la conquista de las principales regiones del territorio neogranadino. La obra, aunque sólo vino a editarse por primera vez a finales del siglo pasado, fue utilizada por los demás cronistas y conocida por los historiadores del siglo XIX. Sometida a la censura en España, el capítulo en el que describía detalladamente la cultura chibcha parece haberse perdido definitivamente: de haberse conservado, sería sin duda la mejor fuente para el conocimiento de estos indígenas, pues la primera narración global que nos quedó sobre ellos es de comienzos del siglo XVII, cuando ya habían muerto todos los testigos del proceso de conquista, y es obra de un autor mucho más sesgado y hostil a las culturas nativas que Aguado.



Fray Pedro Simón. Oleo de Francisco Antonio Cano Cardona, 1927. Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

A fines del siglo XVI, otro clérigo español, Juan de Castellanos (1522-1606), quien había llegado a Tunja en 1562, escribió un extenso poema histórico, las *Elegías de varones ilustres de Indias*(1589), en el que narra, en más de 110000 versos, la conquista de la Costa, Antioquia, Popayán y el oriente de la Nueva Granada. Es una obra que mezcla las convenciones de la literatura y la historia, y aunque pretende limitarse a narrar hechos reales, se deja llevar de la invención y la imaginación.

La siguiente obra de envergadura es la de fray Pedro Simón (1574-1630), autor de las *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme*, escritas a comienzos del siglo XVII. Simón no sólo quería narrar las grandezas de los españoles sino mostrar la conveniencia de la evangelización, lo que le da un aire apologético a su trabajo, y lo lleva a una visión muy limitada e inexacta de las culturas indígenas. Alejado ya de los días de la conquista, parece haberse apoyado ante todo en los manuscritos de Aguado y Castellanos para armar su narración.

El primer cronista nacido en territorio neogranadino fue Juan Rodríguez Freyle (1566-ca.1642), quien escribió



Fray Pedro de Aguado.
Oleo de Enrique Grau Araújo, 1947,
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

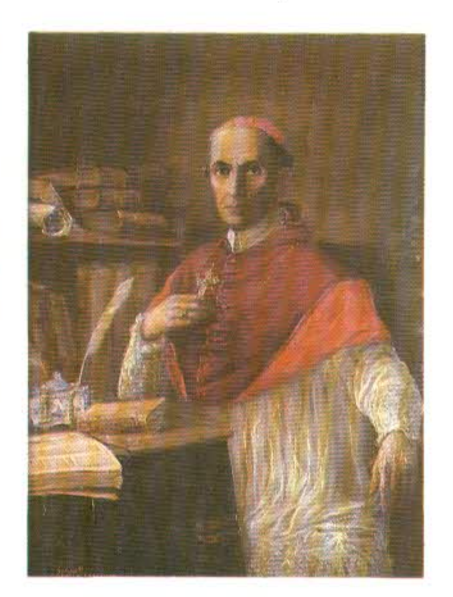
el libro conocido como *El carnero* (publicado en 1859) hacia 1636-38: era una historia de enredos amorosos y aventuras de varias clases ocurridas en Tunja y Bogotá, acompañada de una narración escueta de los principales acontecimientos en la historia local. Como Castellanos, mezcla elementos literarios e históricos, pero en vez de seguir las convenciones poéticas, son los modelos narrativos los que lo guían. La anécdota pintoresca y la historia menuda le dan la oportunidad de ofrecer una imagen menos heroica y estereotipada de la sociedad colonial, mientras que su estilo más vivo y pintoresco permite todavía una lectura placentera de este antecedente de la novela colombiana.

El obispo Lucas Fernández de Piedrahita (1624-1688) cierra, con su *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada* (1688), este ciclo de cronistas tempranos. Después de ellos se pierde el interés en los hechos de la Conquista, y sólo algunos escritores menores tratarán, durante los dos últimos siglos de la Colonia, de recoger los principales incidentes en la historia de una orden religiosa o de narrar las condiciones de la evangelización en zonas como los llanos Orientales. El pensamiento ilustrado, volcado hacia lo contemporáneo, mientras que se interesa por la geografía, la economía o la ciencia natural, no se siente atraído por la historia y la ignora en términos generales.

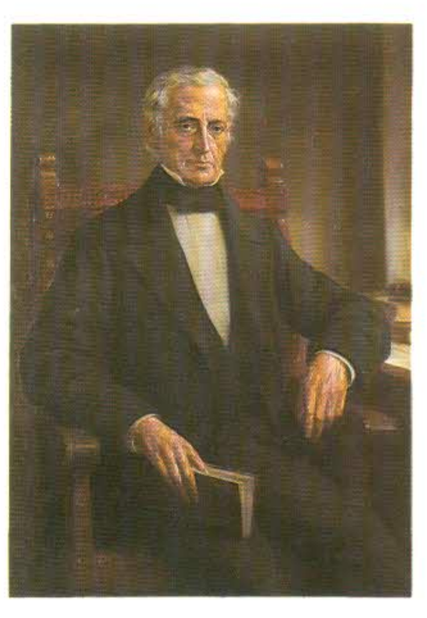
La historia y la constitución de una nación independiente

La preocupación por justificar los procesos de independencia y el afán de estimular la identificación de los nuevos ciudadanos con los valores republicanos estimularon el surgimiento de un nuevo interés por la historia, primero de los hechos mismos de la Independencia y luego de los antecedentes indígenas y coloniales de la nueva nación.

El más notable de los historiadores de la Independencia fue José Manuel Restrepo (1781-1863), un antioqueño formado en la cultura de la Ilustración, conocedor de algunos historiadores europeos de su época y que tuvo una amplia participación en los primeros gobiernos criollos. Con base en materiales recogidos mientras desempeñaba importantes cargos, publicó en 1827 la *Historia de la revolución de Colombia*, que ofrecía una descripción de la Nueva Granada y una historia de la lucha política y militar por la independencia hasta 1819. Una segunda edición, publicada en 1858, continuó la narración hasta 1831, época de la disolución de la llamada Gran Colombia. Restrepo tiene una visión muy exigente de la tarea del historiador, que debe construir a partir de la revisión crítica de testimonios y documentos una imagen precisa de los acontecimientos. Este conocimiento de los hechos permite comprender las causas de las transformaciones políticas y sociales, y sirve de enseñanza para el futuro.



Lucas Fernández de Piedrahita.
Oleo de Pedro A. Quijano Montero, 1930.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.



José Manuel Restrepo y Vélez.
Oleo de Ricardo Acevedo Bernal.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

Restrepo, centrado en la conformación de la república mediante la guerra y la política, pone todo el énfasis en estos temas, dejando de lado casi por completo los conflictos sociales o étnicos o las condiciones económicas o fiscales. Los verdaderos agentes históricos son los militares y políticos, y son ellos los responsables, al actuar con virtud o dejarse arrastrar por las pasiones, de los éxitos o fracasos de Colombia. Su visión de la época es favorable a la acción histórica de Bolívar y crítica de los santanderistas. En general, revela una mentalidad moderada y patricia, enemiga de la participación de los grupos sociales o étnicos "inferiores" en la vida política, partidaria del orden y la autoridad: es, años antes de que surja el partido con este nombre, nuestro primer historiador conservador.

Dejó Restrepo dos trabajos inéditos, publicados a mediados del siglo XX, que resultan de gran importancia histórica: la *Historia de la Nueva Granada* (Bogotá, 1954-56), que continuaba la narración de la historia nacional hasta 1854, y el *Diario político y militar*, cuatro extensos volúmenes que recogen sus anotaciones entre 1819 y 1854.

Memorias

Las acciones de la Independencia, y su inherente aparición de formas de

representación y simbolismos heroicos, con su mimesis de las virtudes cívicas o militares de Roma o Francia, desataron el afán de muchos de sus participantes por escribir sus propias versiones de los acontecimientos, usualmente para colocar su acción en una luz más favorable o responder a apreciaciones ajenas que consideraban injustas.

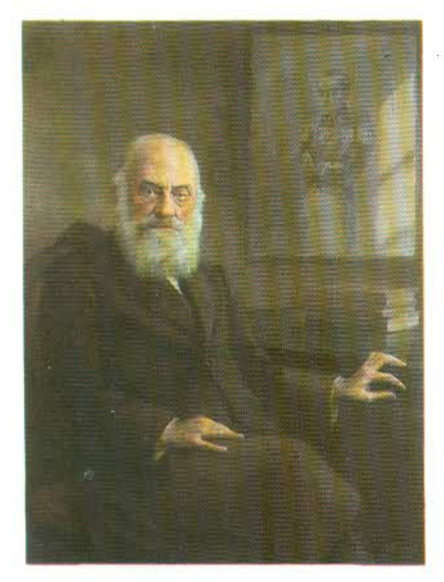
Entre los principales autores de este tipo de escritos, o memorias, puede mencionarse a Francisco de Paula Santander (1792-1840) (*Apuntamientos para las memorias sobre Colombia y la Nueva Granada*, 1837), José María Obando (1795-1861) (*Apuntaciones para la historia*, 1842), Florentino González (1805-1874) (*Memorias*, 1933), Francisco Soto (1789-1846), (*Mis padecimientos y mi conducta pública desde 1810 hasta hoy*, 1841) y José Hilario López (1798-1869), (*Memorias*, 1857). Pero la obra más destacable de este género es sin duda del general Joaquín Posada Gutiérrez (1797-1881): las *Memorias histórico-políticas*. Este cartagenero, que participó activamente en la vida política, escribía desde la perspectiva de quienes empezaban a sentir que la evolución política de Colombia contradecía los principios y esperanzas que habían animado las luchas de independencia. El triunfo, en 1861-63, de una revolución armada del liberalismo contra el régimen constitucional, era la etapa final de un proceso de desmoralización y decadencia de la república, que era necesario mostrar a las nuevas generaciones. A pesar de su conservatismo, Posada trataba, como Restrepo, de someter su estudio a criterios de objetividad e imparcialidad. Pero el estilo narrativo de Posada Gutiérrez es más dramático, más atento a la psicología de sus personajes, y esto da un principio de organización más efectivo a su recuento, que la yuxtaposición cronológica que sirve a Restrepo para ordenar su texto. Además, enmarca mejor su narración en el contexto social de su época, con descripciones detenidas de aspectos de vida cotidiana, fiestas y celebraciones, epidemias, como la de Cartagena en tiempos del cólera, y otros temas similares que le hacen dirigir la mirada a aspectos de la realidad que los historiadores de la época tendían a ver como indignos de su atención.



José Antonio de Plaza.
Oleo de Francisco Antonio Cano, 1931,
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.



Joaquín Acosta.
Oleo de Coriolano Leudo,
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.



Joaquín Posada Gutiérrez.
Oleo de Francisco Antonio Cano, 1932,
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

Joaquín Acosta y José Antonio de Plaza

Mientras que Restrepo y Posada Gutiérrez se preocuparon ante todo por el proceso mismo de la independencia, otros historiadores empezaron a buscar los orígenes de la nación en los tiempos más remotos de la Conquista y la Colonia. Joaquín Acosta trató de reconstruir la historia del choque entre indígenas y conquistadores, mientras que José Antonio de Plaza escribió el primer texto que trataba de cubrir la totalidad de la historia colonial.

Acosta (1800-1852), casi contemporáneo de Posada Gutiérrez, publicó en 1848 el *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto*. Esta obra ofrece una narración completa y exacta del encuentro entre indios y españoles desde la llegada de los primeros descubridores hasta la muerte de Gonzalo Jiménez de Quesada en 1579. El libro refleja la actitud científica del autor, el cual se esfuerza en recurrir a toda la documentación publicada, además de recuentos inéditos como las crónicas de Freyle y Aguado, ofreciendo una imagen rigurosa y factualmente segura de las culturas indígenas y de la Conquista. Resulta notable el tratamiento muy poco racista o eurocentrista de las culturas indígenas.

En 1849, poco después de la publicación del *Compendio*, salieron las *Memorias para la historia de la Nueva Granada desde su descubrimiento hasta el 20 de julio de 1810*, de José Antonio de Plaza (1807-1854). Este extenso libro cubría, a diferencia del de Acosta, la totalidad del período colonial. Plaza creía que el conocimiento del pasado permitiría comprender las influencias de indígenas y españoles sobre la constitución del país, sobre su carácter y su marcha hacia el progreso. En su narración predominan los conflictos entre los funcionarios civiles y el clero, y muestra su acuerdo con quienes no flaqueaban en la defensa de

los privilegios del Estado. Sin embargo, su posición es muy moderada y no comparte el anticlericalismo que empezaba a caracterizar a los liberales de su tiempo. Con una formación menos sólida que la de Restrepo y Acosta, su obra se sujeta menos a las exigencias de la crítica documental rigurosa, no señala las bases documentales sobre las que se apoya, y muestra mucha más credulidad que ellos.

Restrepo, Acosta y Plaza se encontraban bastante cerca del centro del espectro político neogranadino: miembros del partido conservador, partidarios irrestrictos de la independencia y de un Estado republicano pero capaz de ejercer la autoridad. Sus tres libros fundamentales son narraciones ordenadas cronológicamente. Ninguno de los tres es un escritor muy notable, pero tampoco muy débil. Restrepo escribe en frases extensas y complejas, que le permiten agregar detalles o calificar en diversas formas la idea principal. No se detiene en descripciones y acumula los hechos en rápida sucesión: «Viendo decididas las opiniones de la provincia, envió secretamente a llamar las tropas que mandaba en Pasto don Gregorio Angulo; ganó al cabildo, a varias familias de Popayán y a muchos clérigos y frailes. Cuando ya se sintió apoyado, disolvió la junta de seguridad; y unas veces cediendo oportunamente, otras intrigando, y al fin valiéndose de Angulo y de sus fuerzas, resistió varias tentativas que hicieron los patriotas de establecer una junta de gobierno». No hay metáforas ni comparaciones sino muy raras veces; los recursos estilísticos se centran en el manejo de los tiempos verbales y en la reiteración de sujetos. La prosa de Joaquín Acosta es más elaborada, pero sin excesiva ornamentación; la frase es usualmente compleja. Con frecuencia describe paisajes o costumbres e introduce hechos anecdóticos. El uso de los adjetivos calificativos es reiterado y manejado con dominio: «Pocas horas después rompió por entre las tropas una mujer desgreñada y llorosa, que sin temor ni asombro de tan extraños huéspedes y animales desconocidos, llegó al grupo de los prisioneros». La debilidad de su libro, en cuanto a la forma, está en la rígida sujeción a la secuencia cronológica, que lo lleva a romper la unidad en el relato de los incidentes.

Plaza es un escritor más pretensioso, pero en la realidad más pobre estilísticamente: una retórica convencional, apoyada en metáforas excesivas, confusas y rutinarias, le sirve para dramatizar los hechos o encomiar determinada acción; hablando de la creación del Colegio del Rosario, dice: «Día solemne y fausto fue aquel para las letras y para las ciencias y para los amigos de la humanidad. En medio de las espesas tinieblas de las preocupaciones y de la ignorancia se columbra una luz no muy clara todavía, pero que ya era un punto luminoso en pos del cual se podía marchar para divisar una época más venturosa, un horizonte despejado y radiante».

La historia como apología: Groot y Samper

A mediados de siglo la agudización de los conflictos políticos llevó a subordinar la historia a la polémica ideológica. Uno de los primeros esfuerzos en este sentido lo realizó don José María Samper (1828-1888). Afiliado a los liberales, condujo en 1848 y 1849 una campaña periodística en favor de la expulsión de los jesuitas, fue miembro de la fracción gólgota del liberalismo e hizo parte de las logias masónicas.

Su obra *Apuntamientos para la historia de la Nueva Granada* (1853) relata la historia nacional entre 1810 y 1850 como un conflicto entre las fuerzas del progreso y las de la reacción, entre quienes se apoyan en el pueblo y quienes se sostienen en las oligarquías, que conduce finalmente, en 1849, al triunfo de una «verdadera revolución», cuya consecuencia fue el «advenimiento de las multitudes al poder, la aparición de todas las clases sociales en el gran movimiento común». Su criterio de valoración del proceso histórico parece ser el desarrollo de las instituciones republicanas y democráticas, y la emancipación de los hombres de las instituciones despóticas o feudales.



José María Samper Agudelo. Oleo de autor no identificado del siglo XIX, Museo Nacional, Bogotá.

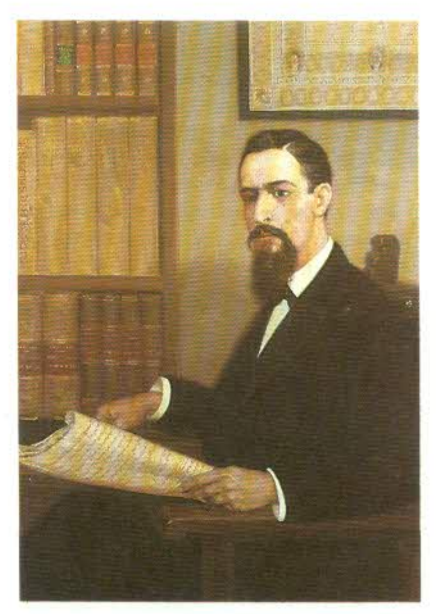
Puede advertirse en Samper un esfuerzo por encontrar razones para el desarrollo histórico que no sean ajenas al actuar de los hombres, pero que no se reduzcan a las acciones voluntarias de éstos, pues los acontecimientos históricos se encuentran inscritos en contextos modificados por la producción, las costumbres y las mentalidades. De esta manera, apela a la acción del medio y el clima, a sujetos colectivos como «la oligarquía» o «el proletariado» y a principios generales como el espíritu del pueblo. A su esfuerzo por captar las grandes tendencias, más bien que la complejidad de procesos concretos, corresponde su estilo retórico y relativamente abstracto. La adjetivación es dramática aunque pobre; su vocabulario es estrecho e impreciso: «¡Esta amnistía general y completa, fue la simbolización del heroísmo de la clemencia!».

En 1861 publicó Samper el *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*; mantuvo en esta obra las ideas centrales de la anterior: defiende la democracia latinoamericana a la luz de sus condiciones ambientales, étnicas y económicas (la «democracia es el producto natural de las repúblicas mestizas», afirma) y critica el caudillismo, el fanatismo clerical, el autoritarismo y el centralismo. Sin embargo, en 1883 se acogió a la visión conservadora de la evolución colombiana, abandonando, como resultado de un proceso de desilusión política que lo llevó en 1875 a afiliarse al partido conservador, el optimismo democrático que había marcado su juventud.

La obra de José Manuel Groot (1800-1878) resulta en realidad más interesante que la de Samper, aunque esté inspirada en similar espíritu apologético. Aunque su formación inicial lo llevó al escepticismo religioso y se afilió a la masonería, en 1832 volvió a la Iglesia, y desde entonces se convirtió en uno de sus principales defensores. En 1869 comenzó la publicación de la *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, en la cual defiende a España y su acción colonial. Groot escribió en un momento en el que el



José Manuel Groot Urquinaona.
Oleo de Delio Ramírez Beltrán, 1927.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.



José María Quijano Otero.
Oleo de Domingo Moreno Otero,
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

pesimismo por los resultados de la independencia comenzaba a cambiar la visión del período hispánico. En su opinión, la herencia española era la única que podía definir la cultura nacional; rechazaba, por lo tanto, cualquier valoración positiva de las culturas indígenas. Su obra está lejos de ser imparcial, aunque comparada con los estudios de Acosta o Samper, la sostiene un estilo más apropiado y agradable. Para escribirla, el historiador se apoyó en autores como Acosta, Restrepo y Piedrahíta y estudió varios archivos, sobre todo el archivo eclesiástico de Santafé. Con dicha documentación, construyó Groot una historia abigarrada y secuencial, muy desordenada, que cubre el período de la Conquista a 1830, centrada en la historia eclesiástica, pero atenta a la historia civil y a los procesos culturales de hispanización. En las páginas finales de su obra intenta mostrar cómo se destruyó el plan de Bolívar, la República de Colombia, y cómo se perdió la oportunidad de formar una gran nación.

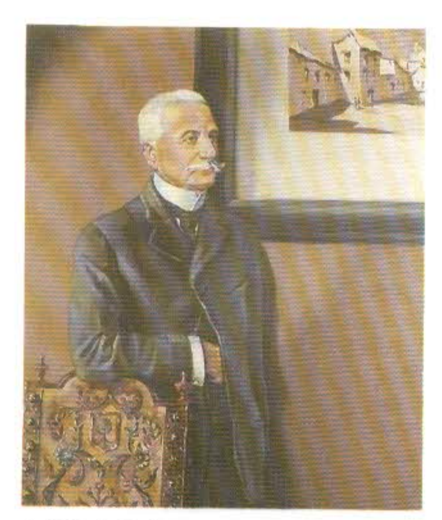
Quijano Otero y la polémica de la Independencia

Menos pesimista que Groot, aunque conservador como él, fue José María Quijano Otero (1836-1883), quien llegó a la vida adulta cuando cesaba el utopismo liberal de medio siglo. Republicano convencido, en 1872 se enzarzó en una polémica con Miguel Antonio Caro, quien afirmaba que el acta firmada el 20 de julio de 1810 reconocía la dependencia al monarca español, y que los patriotas habían luchado más que por la independencia, por «la libertad civil dentro del Estado cristiano». Quijano respondió a Caro afirmando que el objetivo de los dirigentes criollos había sido la independencia, la que encontraba plenamente justificada. La exaltación de la tradición de los héroes de la Independencia se convirtió desde entonces en una preocupación central de Quijano. Su primer trabajo de conjunto fue el *Compendio de historia patria* (1874), una obra de síntesis apretada y ágil, escrita con cuidado, pero que hizo mucho por imponer lo que sería la prosa típica veintejuliera; hablando de la muerte de Ricaurte, dice: «... y antes de caer el sol, el grito de victoria llenó los valles de San Mateo y voló al infinito, como el epitafio que mil trescientos valientes ponían sobre la inmensa tumba que en el espacio y en la inmortalidad se preparó Ricaurte». El libro de Quijano fue el más popular texto para la enseñanza primaria, y una versión resumida se siguió editando hasta bien entrado el siglo XX. El carácter republicano de su ideología y su defensa radical de la Independencia, hacían más aceptables sus interpretaciones, y el culto a los héroes por encima de sesgos partidistas ofrecía una visión aceptable para todos los sectores del país, muchos de los cuales no compartían el conservatismo extremo de Caro.

FINALES DEL SIGLO XIX: ERUDICIÓN Y COSTUMBRISMO

La consolidación de la historia como disciplina se apoyó en la crítica de las fuentes y el auge de la investigación erudita, apoyada en documentos originales que el historiador debe someter a una cuidadosa evaluación. Estas tendencias adquirieron fuerza en Colombia a finales del siglo XIX: desde 1880 es evidente el interés por organizar el Archivo Nacional y por publicar la obra de los cronistas, así como amplias colecciones documentales. Esta actitud, que los acercaba a la historiografía europea de la época, no estuvo, sin embargo, acompañada de ningún interés real por los aspectos teóricos y metodológicos de su oficio. En particular, el positivismo, con su insistencia en la formulación de leyes generales del devenir histórico, a la manera de las ciencias naturales, no tuvo mucho eco en Colombia. La creciente conciencia de que existía un grupo amplio de historiadores, identificados por unas metodologías más exigentes, llevó a la conformación de la Academia Colombiana de la Historia, creada en 1902.

Por otro lado, surgió una historia anecdótica y costumbrista, generalmente como expresión de una visión conservadora de la sociedad. Además, se desarrollaron ampliamente dos géneros: la biografía y la historia regional. Entre los historiadores de costumbres, el más conocido es José María Cordovez Moure (1835-1918), quien comenzó a los 60 años a escribir las *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* (1893), acumulación de crónicas y memorias personales, y que sigue el modelo y las convenciones de los escritores costumbristas españoles y colombianos. Son textos en los que se busca satisfacer la curiosidad por lo pintoresco, lo agitado o lo violento. Sus primeras publicaciones tuvieron como temas los espectáculos públicos, las costumbres de los colegios, las fiestas privadas o populares y los crímenes célebres. En los años siguientes reconstruyó algunos procesos políticos y escribió una detallada historia de la conspiración de 1828. Hay algo de candidez y sinceridad en Cordovez, de realismo más crudo, que le permitió



José María Cordovez Moure.
Oleo de Santiago Martínez Delgado, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

superar las limitaciones de un memorialista convencional. Por otro lado, su visión más anecdótica lo llevó a considerar válido referirse a personajes sin trascendencia política o militar, como las clases populares bogotanas, los artesanos, los indígenas o los negros. La obra de Cordovez puede ser menos científica que la de muchos de sus contemporáneos eruditos, pero sin duda es mejor literatura.

Similar orientación, pero con una parafernalia histórica más abundante, tuvieron algunas obras de historiadores como Pedro María Ibáñez (1854-1919), autor de *Crónicas de Bogotá* (1891), y Eduardo Posada (1862-1942), quien hace uso de los archivos para relatar en sus *Narraciones* (1906) la historia de Bogotá. En cuanto a la historia regional, se destacan Manuel Uribe Angel (1822-1904), autor de una voluminosa *Geografía de Antioquia* (1885), Alvaro Restrepo Eusse (1844-1910), con su *Historia de Antioquia* (1903) y Luis Orjuela (1849-1930), quien presenta una minuciosa y rica *Minuta histórica zipaquireña*. La biografía como género había sido practicada desde temprano en Colombia por Tomás Cipriano de Mosquera, Mariano Ospina Rodríguez y otros; pero en las últimas dos décadas floreció el género, apto para consolidar la visión heroica e individualista de la historia. Entre las primeras obras con pretensiones serias estuvieron el *Ensayo biográfico de Gonzalo Jiménez de Quesada* (1892), escrito por Pedro María Ibáñez; y el escrito más sobresaliente del género, la *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época* (1892), de Angel (1838-1896) y Rufino José Cuervo (1844-1911). En el género de biografía novelada, Soledad Acosta de Samper (1833-1913), hija del historiador Joaquín Acosta, publicó una biografía dramática de José Antonio Galán, reconstruyó imaginativamente la vida colonial de Cartagena y dio a conocer artículos de historia social.

Estudios sobre los indígenas precolombinos

A finales del siglo XIX, se advierte también un interés por las culturas indígenas prehispánicas. Un antecedente temprano y muy notable había sido el libro de Ezequiel Uricoechea (1834-1880), *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas* (1854), en el que describió las costumbres de los chibchas, analizó los tunjos de aleaciones auríferas y discutió los orígenes del hombre americano. Es una obra de gran sobriedad estilística y discursiva. Liborio Zerda (1833-1919) publicó durante tres años (1881-84) artículos en el *Papel Periódico Ilustrado* sobre El Dorado, en los que estudió detalladamente la civilización chibcha, sus actividades económicas y los restos arqueológicos que dejó. Pero el estudio más sistemático sobre los chibchas es el de Vicente Restrepo (1837-1889), quien publicó, en 1895, *Los chibchas antes de la conquista española*, apoyado tanto en los testimonios de los cronistas como en las evidencias artísticas y arqueológicas. Con todo, sus prejuicios ideológicos, que lo hacen despreciar las culturas que estudia, son evidentes, y hacen parte del clima hispanista de la Regeneración. Enfoques e intereses similares tuvo su hijo Ernesto Restrepo Tirado (1862-1948), autor del *Estudio sobre los aborígenes de Colombia* (1892) y del *Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los quimbayas en el Nuevo Reino de Granada* (1929).

ACADEMICISMO Y AMENIDAD

Henao y Arrubla

Como ya se señaló, en 1902 comenzó a funcionar la Academia Colombiana de Historia, cuya obra inicial contribuyó a generar un consenso interpretativo que superaba las contradicciones entre los historiadores liberales y conservadores. Hacia 1910, cuando tuvieron lugar las celebraciones del centenario de la Independencia, el liberalismo había comenzado a abandonar sus posiciones más radicales, y el clima político creado por el republicanismo favorecía la moderación. Síntoma de esto fue el resultado del concurso abierto por la Academia para un texto de historia de Colombia. Los triunfadores fueron Gerardo Arrubla (1873-1946) y Jesús María Henao (1869-1944), y su obra se convirtió desde entonces en la matriz de todos los textos de estudio posteriores, hasta la década de 1970. Contenido y enfoque representan bien lo que constituyó el cuerpo dominante metodológico e ideológico de la historia académica durante todo este siglo. La obra buscaba avivar el patriotismo y contribuir a formar el carácter de los estudiantes, pero a pesar de las pretensiones de imparcialidad, los elementos apologéticos dominan el texto y el análisis de los hechos queda en segundo lugar frente a la exaltación de los héroes. Además, el libro está estrechamente centrado en la historia



Pedro María Ibáñez.
Oleo de Ricardo Acevedo Bernal, 1920, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.



Eduardo Posada.
Oleo de Luis Alberto Acuña Tapias, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.



Vicente Restrepo.
Oleo de Francisco Antonio Cano, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.



José María Henao y Gerardo Arrubla.
Oleo de Delio Ramírez Beltrán.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

administrativa y militar. La historia cultural, económica y social, casi no se trata, lo que también ocurre con las consideraciones sobre las culturas indígenas y sobre los esclavos. La organización del trabajo era cronológica, y sólo hacía explícitos los objetivos de imparcialidad y honestidad; sin embargo, no evitaba un número excesivamente alto de errores factuales.

Gustavo Arboleda y otros historiadores académicos

Un buen ejemplo de los historiadores académicos es Gustavo Arboleda (1881-1938). Llevó una vida activa como periodista y escritor histórico; sus primeros estudios fueron *Apuntes sobre la imprenta y el periodismo en Popayán* (1905) y el *Diccionario biográfico general del antiguo departamento del Cauca* (1910). Pero su trabajo central es la *Historia contemporánea de Colombia* (1918-1935), seis voluminosos tomos que cubren el período entre 1829 y 1860. El tratamiento del tema es cronológico, y lo novedoso de Arboleda es que incluye información sobre los gobiernos locales y provinciales y datos sobre la actividad editorial y la historia de la prensa. El estilo es convencional y rutinario, y buena parte del texto consiste en transcripciones de documentos y textos periodísticos. Otros académicos destacados fueron Eduardo Posada, Ernesto Restrepo Tirado y Raimundo Rivas (1889-1946), quienes aportaron nuevos elementos al conocimiento de la historia nacional, sobre todo mediante estudios biográficos o de historia regional o local. Pero el carácter aficionado de la práctica histórica en la mayoría de ellos, la visión limitada de los aspectos de interés histórico, hizo que pocos trabajos escaparan a una decorosa medianía. Tampoco desde el punto de vista literario fueron muy notables, pues en la mayoría de los casos se redujeron a parafrasear documentos o a construir narraciones sosas y convencionales.

En busca de la amenidad

Mientras que la mayoría de los historiadores académicos, con su prosa sin mayores atractivos literarios, se mantuvieron alejados del público no especializado, algunos autores buscaron, sobre todo a partir de la década de 1930, llegar a un público más amplio, escribiendo textos amenos y bien escritos. Joaquín Tamayo (1902- 1941), periodista santafereño y prolífico historiador, divulgó en sus artículos la historia social: otra vez el cuadro costumbrista ejerció influencia sobre los escritores empeñados en lograr un texto ameno. Fue autor de tres estudios biográficos: sobre José María Plata, sobre Tomás Cipriano de Mosquera, y sobre Rafael Núñez. Se esforzó por animar la narración entrando en la psicología de los personajes y resaltando los momentos dramáticos de triunfos o derrotas. Predomina en sus obras un estilo amable y anecdótico, y mediante la ambientación imita las descripciones novelescas. Luis Ospina Vásquez, investigador serio, afirmó que Tamayo hacía parte de la «escuela lírico-imaginativa». Una visión similar de la historia fue la de Tomás Rueda Vargas (1879-1943), acendrado cultivador de la nostalgia histórica. En una serie de cuadros de costumbres, trató de mostrar la influencia de la Sabana de Bogotá en la historia nacional. El autor rehúye conscientemente todo esfuerzo erudito y entremezcla información libresca con tradiciones orales. El lenguaje pretende ser conversacional y con frecuencia interpela al auditorio. Aunque Rueda Vargas es liberal, el conservatismo social es visible.

Todos estos autores, con sus virtudes limitadas, promovían una visión paternalista del pasado nacional, que ignoraba sus conflictos y realidades.

La obra de Germán Arciniegas (1900) se ha movido entre la historia y el periodismo. Más que un historiador, ha sido periodista centrado en temas históricos. Tomando en cuenta que la historia es una disciplina ambigua, en la que los elementos literarios y retóricos no pueden separarse, es inevitable considerar a Arciniegas como el escritor colombiano de asuntos históricos con mayor habilidad literaria. La mayoría de sus obras son recopilaciones o reorganizaciones de artículos de prensa, en las que aflora la preocupación por temas de historia cultural. En 1938 publicó *Los comuneros*, libro que no aporta nueva información, pero sí una interpretación liberal, que subraya los elementos po-

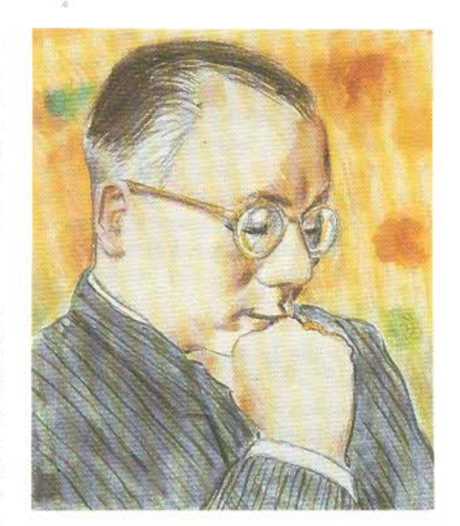


Gustavo Arboleda.
Oleo de Delio Ramírez Beltrán.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.



Germán Arciniegas Angueira.
Oleo de León Cano Sanín, 1939.
Biblioteca Nacional, Bogotá.

pulares y presenta al arzobispo Antonio Caballero y Góngora en forma muy negativa. Sus conocimientos de historia española e hispanoamericana le dan un carácter menos provinciano que lo usual a su libro. Escribe también sobre Jiménez de Quesada, sobre los conquistadores alemanes, Bolívar y la *Biografía del Caribe* (1946). Sus narraciones dan vida a los incidentes y se desarrollan en medio de una ambientación detallada, las convenciones de la novela penetran el texto histórico. Arciniegas tiene ideas brillantes, y las juzga probadas con poca cosa, con incidentes ocasionales. Las expresiones son excesivas y retóricas. En sus juegos literarios retrata los personajes, el detalle pintoresco abunda, pero es casi siempre imaginario. Arciniegas mantiene en sus libros la ambigüedad entre novela e historia hasta llegar a veces a una secuencia de prosa poética: «Alegres mujeres que un día, empujando hijos y maridos, empujando al pueblo, érais un viento fecundo, como el que madura los trigos, como el que dora las naranjas, como el que desmenuza la espuma en las quebradas permanentes [...]. ¡El soplo helado que apagó la luz en el ojo de Galán dejó sin un pétalo la rosa de vuestros vientos! ¡Oh ardientes mujeres de la plebe!». Siendo una literatura con mayores recursos, es quizás menos historia que la de Cordovez Moure o la de Rueda Vargas. Arciniegas se convirtió, tal vez por sus mismas limitaciones, en uno de los historiadores centrales de la república ideológica del liberalismo.



Luis Eduardo Nieto Arteta.
Aguada de Juan David Giraldo,
Colección particular, Bogotá.

HACIA UNA NUEVA HISTORIA

Nieto Arteta y el auge de la interpretación económica

En el medio cultural de los años treinta comenzaba un proceso de incorporación de nuevos elementos ideológicos en la cultura nacional, impulsados por el cambio social, económico y político que transformó entre 1920 y 1950 la sociedad colombiana. Un buen ejemplo de ello es la obra de Luis Eduardo Nieto Arteta (1913-1956), quien muestra un nuevo tipo intelectual, cosmopolita, lleno de exigencias de rigor e influido por las corrientes contemporáneas de la sociología y la filosofía. En 1942 publicó *Economía y cultura en la historia de Colombia*; allí, con una orientación marxista pero poco ortodoxa, explica las supraestructuras políticas y jurídicas a partir de las estructuras económicas. El libro se apoya en las poco utilizadas memorias de Hacienda y aporta información novedosa sobre el comercio exterior, los principales productos comerciales, la situación fiscal, etc. La idea central, que contrapone la economía colonial a la economía liberal de tipo capitalista, permite desarrollar una visión que reorganiza la interpretación de la historia nacional: la Independencia pierde importancia frente a la transformación de las instituciones sociales y económicas que tuvo lugar a mediados del siglo XIX. Por otro lado, los partidos políticos son relacionados con los grupos sociales: Nieto volvió canónica la identificación del conservatismo con la clase terrateniente y la Iglesia y del liberalismo con los comerciantes y profesionales independientes. El libro era muy apresurado y defectuoso; el estudio de la economía era superficial y buscaba más bien dar bases para entender los procesos políticos e ideológicos. Sin embargo, incorporaba por primera vez la economía dentro de la historia global del país. Por muchos años fue la interpretación marxista más coherente de la historia nacional.

Otro trabajo similar fue el de Guillermo Hernández Rodríguez (1906), antiguo secretario del partido comunista. Vuelto ya liberal, publicó *De los chibchas a la Colonia y a la República* (1949). Desde una visión marxista estudiaba las relaciones entre los indios y los españoles, y con base en los cronistas ya conocidos y en la legislación de Indias descubría y creaba la historia de la encomienda, el concierto agrario, la mita, el resguardo. Sin embargo, muchas de sus interpretaciones se hicieron insostenibles a la luz de los nuevos estudios sistemáticos de las culturas indígenas precolombinas realizados a mediados de la década de 1960.

En 1954 se publicó la obra minuciosa y esforzada de Luis Ospina Vásquez (1904-1977), *Industria y protección en Colombia*. Era un trabajo de paciencia y disciplina investigativa sin antecedentes, y ofrecía un análisis inteligente de los procesos de desarrollo de la industria nacional, apoyado en un examen casi exhaustivo de la literatura histórica publicada. Por su amplitud, que desbordaba los límites del título, por el dominio de la información y la seguridad de los análisis, se convirtió merecidamente en uno de los clásicos de la historia colombiana..

Ideología, etnohistoria e historia social

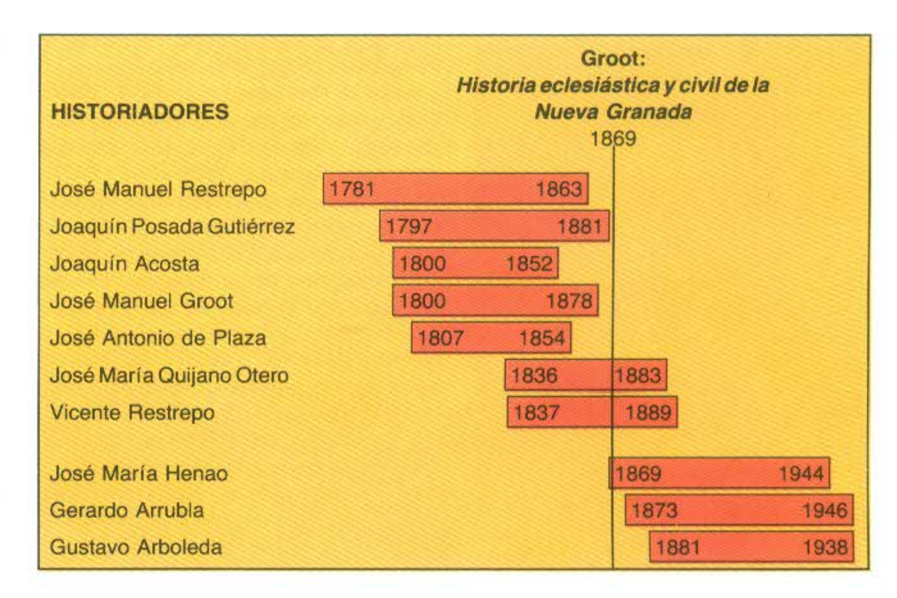
La caída de la dictadura militar en 1958 abrió el camino para que las tensiones que habían producido la Violencia buscaran una expresión diferente, y el país entró en un proceso modernizador con el Frente Nacional. Algunos intelectuales buscaron la transformación del país vinculándose a ideologías o a los partidos de izquierda, y el conflicto social, expresado en luchas campesinas y sindicales, se hizo más visible.



Indalecio Liévano Aguirre.
Oleo de Inés Acevedo Biester,
Casa de Nariño, Bogotá.

En este contexto apareció en 1961 *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, de Indalecio Liévano Aguirre (1917-1982), quien había mostrado su talento de escritor y de historiador con las biografías, en algunos aspectos muy novedosas, de Bolívar y Núñez. Su nueva obra fue vista como una interpretación revolucionaria de la historia, y tuvo una acogida multitudinaria. En realidad, creaba la genealogía intelectual de un populismo de clase media, que veía el pasado nacional como una lucha entre el pueblo y las oligarquías, centrada en los conflictos económicos y sociales. Además, retomaba una visión de la Colonia muy cercana a la que se identificaba tradicionalmente con el conservatismo: hispanista, opuesta al liberalismo ilustrado, con una imagen muy positiva de la política colonial española. Desde el punto de vista de las convenciones eruditas, la obra de Liévano era desesperante: nunca daba sus fuentes, forzaba el sentido de los textos, se despreocupaba de las secuencias cronológicas. Pero con todo, era capaz en muchos casos de ofrecer una perspectiva novedosa, expuesta en una prosa vigorosa y eficaz.

Una gran contribución a la transformación de la investigación histórica fue la de Juan Friede (1901-1990), historiador de origen europeo, al que se puede considerar como el primer practicante asiduo de la etnohistoria en el país. Desde su trabajo inicial, *Los indios del Alto Magdalena. Vida, luchas y exterminio (1609- 1931)*, publicado en 1943, hasta *Los quimbayas* (1963) e *Invasión al país de los chibchas* (1966), su enfoque resulta desafiante en la medida en que atiende al punto de vista de las comunidades indígenas y trata de abandonar el eurocentrismo. Friede destacó también el papel de algunos misioneros, como Bartolomé de Las Casas, lo cual lo llevó a centrar varios estudios en el indigenismo del siglo XVI. Los temas tratados reforzaron la reorientación de la historiografía estimulada simultáneamente por Jaime Jaramillo Uribe y Luis Ospina Vásquez, e influyeron sobre las opciones temáticas, ideológicas y políticas de los historiadores más jóvenes.



Muy influyente en la aparición de la historiografía moderna, fue Jaime Jaramillo Uribe (1918), fundador del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* en 1963. El siguiente año publicó *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, libro que constituía el primer intento por estudiar en forma seria y sistemática las formas del pensamiento colombiano durante un período amplio: desde los años que precedieron la Independencia hasta finales de siglo. Este trabajo se movía en un nivel de elaboración conceptual más riguroso que cualquier trabajo publicado hasta entonces y estaba escrito en una prosa compleja, capaz de manejar los difíciles matices de una argumentación sobria y alejada de cualquier esfuerzo retórico. Otros trabajos posteriores presentaron los primeros estudios serios sobre la vida de los esclavos, los procesos de manumisión y otros temas más o menos inéditos. Nieto Arteta y Ospina Vásquez habían abierto el campo de la vida económica en los estudios históricos del país, mientras Jaramillo revelaba el mundo de la historia cultural y social.

HISTORIADORES SIGLO XX — **Liévano Aguirre: *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*** 1960

HISTORIADORES SIGLO XX		
Germán Arciniegas	1900	
Juan Friede	1901	1990
Luis Ospina Vásquez	1904	1977
Luis Eduardo Nieto Arteta	1913	1956
Horacio Rodríguez Plata	1915	1987
Indalecio Liévano Aguirre	1917	1982
Jaime Jaramillo Uribe	1918	
Germán Colmenares	1938	1990

A mediados de la década de 1960 se inicia un período de creciente interés social por la literatura histórica. Esto se originó en parte por la búsqueda de alternativas políticas al frentenacionalismo y produjo una oleada de esquematismos marxistas. Pero en su forma más elaborada condujo al esfuerzo de construir un pasado que mostrara la complejidad del proceso histórico colombiano, sobre la base de un manejo cuidadoso de las fuentes y la apertura de nuevos enfoques y temáticas.

El trabajo histórico posterior a 1970 está dominado por historiadores de formación universitaria, con un amplio dominio de las metodologías históricas contemporáneas y familiarizados con corrientes como las de *Annales*, el marxismo, la teoría de la dependencia o la historia económica cuantitativa. Aunque algunos historiadores académicos continuaron produciendo trabajos serios de erudición, como Pilar Moreno de Angel (1929), Horacio Rodríguez Plata (1915-1987) o Luis

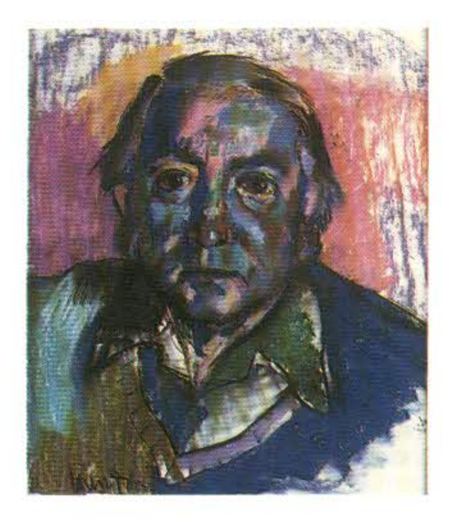


Germán Colmenares.
Acuarela de Juan David Giraldo,
Colección particular, Bogotá.

Duque Gómez (1918), el eje del trabajo histórico pasó a los llamados nuevos historiadores. El *Manual de historia de Colombia* (1978), dirigido por Jaime Jaramillo Uribe, se convirtió en la presentación colectiva de este grupo: en esta obra participaron Jorge Villegas, Germán Colmenares (1938-1990), Miguel Urrutia (1939), Jorge Orlando Melo (1942), Salomón Kalmanovitz (1943), Jorge Palacios (1940) y otros. A ellos se añadieron autores como Alvaro Tirado Mejía (1940), Gonzalo Sánchez (1945), Hermes Tovar (1941), Marco Palacios (1944), José Antonio Ocampo (1952), Medófilo Medina (1944) o Mauricio Archila (1951). Otros trabajos colectivos, como la *Nueva historia de Colombia*, dirigida por Alvaro Tirado Mejía, la *Historia de Antioquia*, dirigida por Jorge Orlando Melo, o la *Historia económica de Colombia*, dirigida por José Antonio Ocampo, contribuyeron a consolidar la influencia de este grupo sobre el sistema educativo y el público de la historia.

De todos estos investigadores merece mención especial Germán Colmenares, sin duda el más productivo y creador de los historiadores de su generación. Su formación moderna pero relativamente ecléctica estuvo muy marcada inicialmente por el grupo francés de *Annales*; a esta época corresponden trabajos como *Encomienda y población en la provincia de Pamplona* (1969); la *Historia económica y social de Colombia, 1537-1719* (1973); *Cali, terratenientes, mineros y comerciantes: siglo* XVIII (1976); y *Una sociedad esclavista: Popayán, 1680-1800* (1979). Estas obras, modelo de nueva historia social, representan en su conjunto una reconstrucción radical de la visión histórica de la Colonia, en las que se hace énfasis en los procesos mensurables, como la demografía o la economía del oro, la propiedad agrícola o el mundo de las encomiendas. Colmenares volvió a la historia de las ideas y las mentalidades, a la que había dedicado su primer libro, con trabajos como *Rendón: una fuente para la historia de la opinión pública* (1984), y sobre todo *Las convenciones contra la cultura: ensayo sobre la historiografía hispanoamericana del siglo* XIX (1987). Estos trabajos, influidos por nuevas corrientes europeas en la antropología, la crítica literaria y la historia del arte, son también ejemplo de análisis y una contribución central a la literatura histórica de Colombia.

Los últimos años, finalmente, han estado caracterizados por la multiplicidad de temas investigados. Uno de los aspectos más visibles ha sido el desarrollo de nuevas formas de historia social, que se preocupan por las minorías, los indígenas, la familia y la mujer, la vida cotidiana, la formación de las clases subordinadas, las regiones y las localidades, la violencia y la criminalidad, el desarrollo de los empresarios, etc. A esta multiplicidad de temas ha correspondido la coexistencia de distintos paradigmas teóricos y metodológicos. A diferencia de otras ramas de la ciencia social, en la disciplina histórica las polémicas ideológicas no han conducido a la consolidación de una perspectiva que sirva para desvirtuar a las demás. Más bien ha producido una interesante variedad, que ha permitido el florecimiento de trabajos de divulgación y ha llevado a que la misma enseñanza histórica en escuelas y colegios esté influida cada vez más por esa historia universitaria que rechaza las ingenuidades de la llamada "historia patria", pero no pretende reemplazarlas por alguna nueva forma de dogmatismo.



Jaime Jaramillo Uribe.
Pintura al pastel de su hijo Lorenzo Jaramillo, 1985. Colección particular, Bogotá.

Bibliografía

BEJARANO, JESÚS ANTONIO. "Campesinado, luchas agrarias e historia social". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Nº 11 (1983).

MEDINA, MEDÓFILO. "Sesquicentenario: ideología e interpretación histórica". *Estudios marxistas*, Nº 2 (1969).

MELO, JORGE ORLANDO. "Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes". *Universidad Nacional, Revista de la Dirección de Divulgación Cultural*, Nº 2 (1969).

MELO, JORGE ORLANDO. "La literatura histórica en la República". En: *Manual de literatura colombiana*, tomo II. Bogotá, Planeta, 1988.

OCAMPO LÓPEZ, JAVIER. *Historiografía y bibliografía de la emancipación del Nuevo Reino de Granada*. Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1969.

OCAMPO LÓPEZ, JAVIER. "De la historiografía romántica y académica a la Nueva Historia de Colombia". *Gaceta de Colcultura*, Nº 12-13 (Bogotá, julio-agosto 1977).

TOVAR ZAMBRANO, BERNARDO. *La Colonia en la historiografía colombiana*. Bogotá, La Carreta, 1984.

TOVAR ZAMBRANO, BERNARDO. "La historiografía colombiana". En: *Nueva historia de Colombia*, tomo IV. Bogotá, Planeta, 1989.

La educación en la historia de Colombia

Martha Cecilia Herrera

Cultura y educación en la Colonia

La educación es parte esencial de las redes que tejen la historia de la cultura en una sociedad; ella constituye uno de los vehículos de transmisión y conservación del bagaje cultural de los pueblos, que se asimila a través de complejos procesos de socialización y educación.

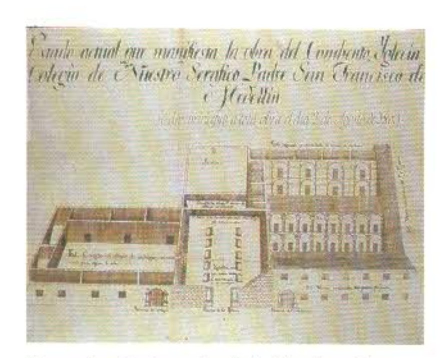
En los territorios americanos conquistados y colonizados por España, se conformó una cultura marcada por la cosmovisión que regía la sociedad española. Fue la Iglesia la encargada de elaborar el cuerpo doctrinario que sirvió de fundamento para su difusión. Las primeras formas de transmisión cultural se dieron a través de la evangelización; una vez repartidos los indígenas en las encomiendas que la Corona otorgó a los conquistadores, se procedió a designar "curas doctrineros" que impartieran a los aborígenes los principios de la religión cristiana y, con ellos, la inculcación de patrones culturales que abarcaron desde creencias, normas, pautas de comportamiento, hasta usos y costumbres, además de la imposición de la lengua española.

El surgimiento de estrategias de difusión cultural diferentes de la evangelización, obedeció en un primer momento a la urgencia de formar sacerdotes que irradiaran al conjunto de la sociedad los principios del cristianismo. Es así como entre 1509 y 1610 se asentaron en el Nuevo Reino de Granada cuatro comunidades religiosas: los franciscanos (1509), los dominicos (1529), los agustinos (1575) y los jesuitas (1610). Inicialmente estas comunidades sólo admitían a personas de origen español, pero la escasez de clérigos europeos y la necesidad de unificar la sociedad granadina, llevaron a que los conventos se abrieran a criollos y mestizos, lo cual condujo a la fundación de seminarios y colegios. De este modo, los conventos, seminarios y colegios constituyen los espacios en donde se sistematizó y adecuó el saber transmitido a las élites. Los burócratas, los clérigos y sus discípulos conformaron los primeros núcleos intelectuales portadores del saber difundido por la cultura española en América.



Estatua de Camilo Torres, del escultor Raúl Carlos Verlet, en el antiguo claustro del Colegio Mayor de San Bartolomé, en Bogotá. Fotografía de Ernesto Monsalve.

Los establecimientos de educación superior aparecieron como tales a principios del siglo XVII. En el año 1605 se creó el Colegio de San Bartolomé, bajo la dirección de los jesuitas, quienes además establecieron en 1623 la Academia Xaveriana. En 1654 se fundó el Colegio Mayor del Rosario, confiado a los dominicos, quienes crearon en 1665 el Colegio de Santo Tomás y una universidad que empezó a funcionar en 1636. Después de muchas disputas sobre a quién



Convento, iglesia y colegio de San Francisco, de Medellín, plano de 1803. Mapoteca del Archivo General de la Nación, Bogotá.

competía expedir títulos universitarios, se otorgó dicha facultad a los dominicos y a los jesuitas. Los estudios tenían tres ciclos: Artes, Teología y Cánones. La formación en Artes y Filosofía constituyó el eje de la enseñanza, y la Teología Moral alimentó su principal fuente de conocimiento. Los problemas que constituían el contenido de la actividad académica eran los típicos de la filosofía medieval, abstractos, metafísicos y tratados a la luz de Aristóteles. Aunque la Escolástica fue el orden del saber a través del cual se pretendió explicar las relaciones de la sociedad colonial, sus elaboraciones no tenían mucha relación con los problemas que enfrentaba el asentamiento español en el continente americano. El escaso desarrollo de la economía y la cerrada estructura social no requirieron de mayores niveles de especialización, motivo por el cual la educación tuvo fundamentalmente una función de legitimación ideológica de la sociedad granadina y sus privilegios de casta. Ni la experiencia en el campo de la ciencia natural, ni la razón en las disciplinas puramente teóricas, tuvieron cabida en la enseñanza colonial hasta mediados del siglo XVIII.

Transformaciones en la segunda mitad del siglo XVIII

Durante la segunda mitad del siglo XVIII se presentó una serie de reordenamientos en diversas esferas; el mundo entero experimentó cambios importantes. Países como Inglaterra y Francia entraron en la fase de capitalismo industrial, disputándose la hegemonía en ultramar y el dominio de los mercados coloniales, mientras que España sufría una grave crisis económica y fiscal. A principios del siglo se entronizó en España la casa de los Borbones y con ella penetraron las ideas del Despotismo Ilustrado francés, que propugnaban por el dominio absoluto del Estado y la separación de las órbitas de los poderes civil y eclesiástico. Los intentos de reforma emprendidos por los Borbones, en especial bajo el reinado de Carlos III (1759-1788) y Carlos IV (1788-1808), buscaron readecuar la organización económica y administrativa de la península y las colonias, para afrontar los retos del momento.

Por su parte, en el Nuevo Reino de Granada ocurrieron cambios a nivel demográfico, económico y social que incidieron en la transformación de la sociedad, regida hasta ese momento por estrechos marcos de estratificación social. A medida que transcurrió el proceso de colonización, la población indígena sufrió un decrecimiento debido a la sobreexplotación de su fuerza de trabajo, a la vez que se incrementó de manera acelerada la población mestiza. Esta situación se evidencia con claridad en la segunda mitad del siglo XVIII, según lo indica el censo de 1770, el cual contabilizó 806 209 habitantes y determinó que el 80% de ellos correspondía a población mestiza y blanca, mientras la indígena era del 15% y la negra del 5%. Este fenómeno propició una dinámica cultural que permitió agilizar, según Jaime Jaramillo Uribe, el proceso de integración ideológica de la sociedad neogranadina, con base en los valores y patrones culturales hispánicos. También en el terreno del saber emergieron nuevas ideas, debido al impulso modernizador de las reformas borbónicas y a las críticas formuladas en América. Se habló de introducir las llamadas ciencias útiles para dar respuesta a las necesidades de explotación racional de la economía. Las ciencias se valoraron en relación con su utilidad y fueron consideradas como instrumentos que permitían el conocimiento del medio y su adecuación a los requerimientos económicos y sociales. En estos planteamientos participó la última generación de funcionarios españoles y la intelectualidad criolla, generaciones que, a pesar de haber sido educadas en instituciones permeadas por el escolasticismo medieval, lograron entrever el momento histórico y la necesidad de introducir cambios en el terreno educativo y cultural.

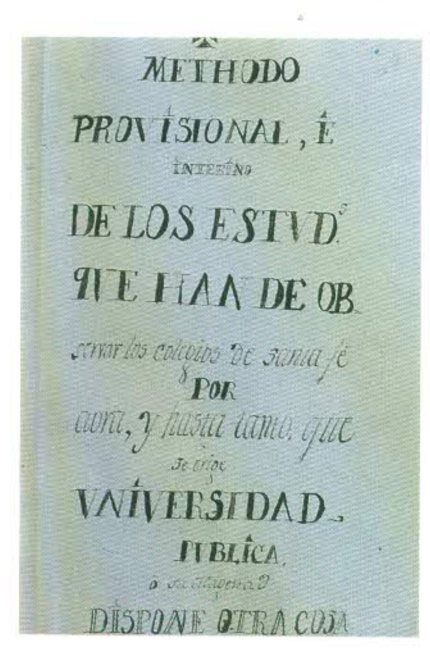
Estas ideas tuvieron como telón de fondo el movimiento de la Ilustración, en algunos casos, y en otros, las ideas humanistas anteriores a él (protoilustradas). Son tres los acontecimientos que pueden identificarse como significativos dentro de las transformaciones operadas en el ámbito de la educación y la cultura en este período: la expulsión de los jesuitas en 1767, los proyectos de reforma de los estudios superiores presentados entre 1774 y 1779, y la Expedición Botánica en 1783.

La expulsión de los jesuitas

Los jesuitas fueron expulsados en 1767, cuando Carlos III decretó su extrañamiento de todos los territorios que estaban bajo el dominio español y creó una Junta de Temporalidades



Encuentro de dos navíos en altamar (moros y jesuitas). Oleo de autor anónimo, Museo Nacional, Bogotá.


METHODO
PROVISIONAL, É
INTERINO
DE LOS ESTVD.
QVE HAN DE OB-
servar los colegios de Santa fé
POR
aora, y hasta tanto que
se erige
VNIVERSIDAD
PVBLICA
DISPONE OTRA COSA

"Método provisional e interno de los estudios que han de observar los colegios de Santafé", redactado en 1774 por Francisco Antonio Moreno y Escandón. Biblioteca Nacional, Bogotá.

para administrar los bienes que les confiscaran. Esta determinación respondía a la política de secularización del despotismo ilustrado, que reguló las actividades de las comunidades religiosas en América y en especial las de los jesuitas. Estos últimos tenían influencia no sólo en el campo educativo, sino también en el económico, a la vez que difundían concepciones, como las de Francisco Suárez (1548-1617), en las que se ponía en cuestión la autoridad del poder soberano; motivos por los cuales la Corona consideró de mayor conveniencia su expulsión. A lo largo del siglo XIX los jesuitas ingresan y salen del territorio americano según el giro que toman las relaciones Iglesia-Estado en diferentes regiones.

La ausencia de los jesuitas creó un vacío importante en materia educativa, pues eran numerosos los colegios que dirigían en el momento de su expulsión; esta situación propició la aparición de particulares no pertenecientes a órdenes religiosas, que se dedicaron a la enseñanza de manera espontánea y sin vinculación con el Estado. Paralelamente, la Corona trazó una serie de medidas tendientes a la regulación de la educación, en las que se formularon las primeras nociones referentes a la instrucción pública y a la enseñanza de las primeras letras.

Escuelas de primeras letras

En 1767 la Real Provisión introdujo mecanismos de control sobre la enseñanza y estableció criterios para la sustitución de los religiosos expulsados, permitiendo un movimiento de secularización de los maestros de primeras letras. Las escuelas públicas quedaron bajo la tutela de los cabildos en villas y ciudades, los cuales tenían un exiguo presupuesto para cubrir los gastos que demandaba la educación. Es por esto que en el período abundan los testimonios en torno a peticiones sobre la fundación o mantenimiento de escuelas, así como el requerimiento de los sueldos de los maestros, quienes recibían entre 200 y 300 pesos anuales y pasaban buena parte de sus vidas tratando de que dicho pago se hiciera efectivo, como lo confirman las peticiones elevadas ante las autoridades virreinales por maestros de Medellín, Santafé de Antioquia, Pamplona, Bogotá y otras ciudades. Su formación era escasa, a duras penas sabían leer y escribir, y dedicaban buena parte de la enseñanza a la educación moral y religiosa de los escolares.

Educación superior

La expulsión de los jesuitas hizo resurgir la idea de fundar una universidad pública con carácter secular, sostenida con parte de los bienes que se les habían confiscado. Fue Francisco Antonio Moreno y Escandón (1736-1792) el encargado de presentar en el año 1774 una propuesta en tal sentido. En ella se señalaban las múltiples fallas de la enseñanza y el atraso en el que se encontraba la ciencia, además de las pocas oportunidades con las que contaban los criollos para obtener educación y desempeñar cargos públicos. Este proyecto fracasó debido a la oposición de las comunidades religiosas, en especial de los dominicos, y a la actitud ambivalente de la Corona frente a los estudios superiores en el Nuevo Reino.

En 1774 el virrey Manuel Guirior (1708-1788) encomendó a Moreno y Escandón la redacción de un plan de estudios aplicable a las instituciones de educación superior de la ciudad de Santafé. Este plan fue un intento moderado por introducir elementos modernos y de carácter secular en el campo del conocimiento. Aunque la base de los estudios eran las disciplinas tradicionales, la novedad estaba en las nuevas cátedras, en los temas tratados y en los autores que se recomendaban como guía para los catedráticos. Se introdujeron autores que estaban prohibidos en el *Indice* por la iglesia católica, al considerarlos poco ortodoxos en materia religiosa, tales como Christian von Wolff, Alejando Natal, Claudio Fleury. Su aspecto más novedoso radicó en el cuestionamiento al método escolástico, que permitió la creación del ambiente propicio para que se formularan ideas y conceptos vedados por el discurso religioso dominante. Pero el plan sólo tuvo existencia pasajera, las comunidades religiosas adujeron para su inaplicación la falta de preparación de los maestros, así como la ruptura que había en él con la tradición católica; no obstante, en los cinco años en que el plan se puso en marcha, se alcanzó a educar una generación que planteó acerbas críticas al escolasticismo y abrió fisuras a la enseñanza colonial.



Francisco Antonio Moreno y Escandón. Miniatura de Manuel J. Paredes, 1975. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

En el año 1777 el virrey Antonio Caballero y Góngora llevó a cabo otro intento reformador y trazó un plan en el que hizo propuestas más renovadoras que las de Moreno, pero dicho plan no se puso en marcha. Finalmente, en 1779, la Junta derogó el plan de 1774 y aprobó otro en el que se mantenían algunos de sus planteamientos, pero se retomaban, en lo fundamental, los autores y tópicos de los planes escolásticos anteriores. En el año 1787, Caballero y Góngora presentó una nueva propuesta que no fue acogida.

En general, todas las iniciativas de reforma que florecieron en este pe-

ríodo representaron, a pesar de su timidez, un intento notable por reacomodar los contenidos del saber y los métodos de enseñanza a las necesidades económicas, sociales y culturales del Nuevo Reino de Granada. Dicho fenómeno abrió paso a la formulación de nuevos paradigmas en el campo del saber y la cultura, al tiempo que permitió la gestación del movimiento independentista, puesto que fue bajo su influjo que se formó la élite intelectual que elaboró y difundió las ideas que contribuyeron a socavar el régimen colonial.

La Expedición Botánica

El sabio José Celestino Mutis (1732-1808) llegó al Nuevo Reino de Granada en 1760 e inauguró al año siguiente una cátedra de matemáticas modernas, en donde se expusieron por primera vez las teorías newtonianas y los principios del sistema heliocéntrico de Copérnico. Estas formulaciones provocaron recias confrontaciones con las órdenes religiosas y en especial con los dominicos. Unos años más tarde, de acuerdo con los propósitos reformistas de Carlos III, el virrey Antonio Caballero y Góngora (1723-1796) puso en marcha en el año 1783 la Expedición Botánica y nombró a Mutis al frente de ella. Con este proyecto se pretendió hacer un inventario de los recursos naturales existentes en el Nuevo Reino, con el fin de colocarlos al servicio del avance científico y económico. Esta expedición reunió y formó un importante núcleo de intelectuales, que se encargó de difundir, a través de cátedras y escritos, postulados en los que se daba privilegio a lo científico. Algunos de los integrantes de este núcleo eran: Francisco Antonio Zea, Pedro Fermín de Vargas, Francisco Zabraín, Bruno Landete y José Camblor.



Francisco Margallo y Duquesne, Frutos Joaquín Gutiérrez de Caviedes, Juan de Dios Aranzazu y González de Aparicio, Francisco José García Hevia, Antonio Nariño y Alvarez, Emigdio Benítez Plata, José Manuel Restrepo y Vélez, Francisco de Paula Santander y Omaña, Custodio García Rovira, Liborio Mejía Gutiérrez de Lara, Félix de Restrepo, José Miguel Pey de Andrade, Antonio Ricaurte y Lozano, José Ignacio de Márquez Barreto y Francisco Antonio Zea Díaz. Panel de la Independencia (1810-1830) en el mural histórico de Ignacio Castillo Cervantes (1978-1985), Colegio de San Bartolomé, Bogotá.

La República

Una vez establecida la independencia política de España, se produjo una crisis social y económica que cubrió el período de 1820 a 1840, consecuencia del legado colonial y de las guerras que se libraron para lograr la emancipación. La independencia fue una revolución política que sólo entró a cortar el nexo colonial, sin proponer inicialmente ningún cambio en la esencia de las formas del Estado. Unicamente cambiaron los principios de legitimidad, ya que la conformación del Estado republicano no retomó los principios tradicionales del Imperio español, sino que trató de conformar un Estado inspirado en el mandato del pueblo. La diversidad de opiniones sobre aspectos políticos e ideológicos, así como el grado de fragmentación de la sociedad —debido a la accidentada geografía—, creó una situación de fragilidad tanto del Estado como de los grupos que pretendían su control, sin que se lograra la hegemonía por parte de ninguno de ellos. Estos fenómenos llevaron a que los grupos dominantes, a pesar de tener acuerdos sobre aspectos económicos básicos, se comprometieran en pasionales disputas políticas, que desencadenaron numerosas guerras civiles. Los aspectos políticos sobre los que hubo mayor enfrentamiento tuvieron que ver con la definición de un sistema institucional que representara los intereses de las élites, los aspectos relativos al centralismo o federalismo, la definición de las relaciones entre Iglesia y Estado y la consecuente orientación de la educación.

Gérmenes de una educación nacional

Durante las primeras décadas del siglo XIX la situación de la educación dejó mucho que desear pues todas las energías fueron orientadas hacia la solución de los múltiples problemas internos. El proceso de independencia creó un vacío cultural, debido al exterminio por parte del ejército español de buena parte de la intelectualidad criolla: se asegura que cerca de 7000 personas perdieron la vida, hecho que incidió en la ausencia de catedráticos y personal preparado para desempeñar los diferentes cargos públicos. Este apagón intelectual representó un corte en los lazos establecidos con el movimiento de la Ilustración europea y con los esfuerzos renovadores de finales del siglo XVIII. Las universidades prácticamente sucumbieron, los colegios fueron clausurados y apenas se puede hablar de escuelas públicas.

A pesar de que Santander decretó en 1821 el establecimiento de las escuelas públicas, éstas fueron escasas en el período; en ellas se utilizaba el método de enseñanza mutua, del inglés Joseph Lancaster, desarrollado en Inglaterra para dar respuesta a la escasez de maestros, ya que a través de él los alumnos más aventajados hacían las veces de instructores. En el año 1825 existían en Bogotá 43 escuelas de primeras letras, 11 de ellas lancasterianas. La enseñanza era memorística, se limitaba a impartir rudimentos de lectura y escritura y, ante todo, se interesaba de modo vivo en inculcar valores morales y religiosos.

El gobierno republicano dio continuidad a la iniciativa de finales de siglo de introducir la enseñanza de las ciencias útiles y ordenó incluir en los planes de estudio materias como matemáticas, química, física y botánica. También se prestó atención a los colegios y casas de estudio en las que se daba enseñanza primaria y secundaria. A partir de 1826 se inició un proceso de reformas en el que los gobernantes trataron de construir las bases de una educación nacional. Se empezó a consolidar un discurso estatal educativo, que dejó entrever la expresión de diversas fuerzas sociales que quisieron imprimir su sello en la orientación de la educación. Las pugnas entre estas fuerzas generaron dos tipos de estrategias, como lo afirma Alberto Echeverry, la del poder político y la del poder moral, que no deben entenderse como opuestas, ya que en ocasiones se complementaron. La estrategia del poder político hizo énfasis en una educación al servicio del Estado desde una óptica secular, mientras que la estrategia del poder moral acentuó la inculcación de los valores morales y religiosos y colocó a la iglesia católica como el nervio central de la empresa educativa.

El plan de estudios de Santander, de 1826, ordenó el establecimiento de la educación pública gratuita pero no obligatoria. Se crearon institutos superiores, como la Escuela de Minas, la de Medicina y la Academia Militar. En los colegios del Rosario y San Bartolomé se fundaron cátedras de anatomía, cirugía y filosofía. Por primera vez se exigió el título de doctor para ejercer la profesión médica. En 1826 se crearon universidades públicas en Quito, Bogotá y Caracas, a las cuales se integraron las facultades de filosofía, jurisprudencia, medicina, teología y ciencias naturales. En ellas se dio énfasis a la jurisprudencia y se introdujeron textos que exponían las doctrinas utilitaristas de Jeremías Bentham, lo que atrajo el rechazo de los sectores tradicionales, quienes consideraron que dichas ideas reñían con la ortodoxia de las doctrinas católicas. Con motivo de la conspiración septembrina, Bolívar llegó a señalar la influencia malsana de las ideas de Bentham en los círculos comprometidos en ella y procedió a prohibir el estudio de sus textos en 1828, pero en 1832 Santander los vuelve a introducir. Además de la fundación en Bogotá de la Universidad Central, en las regiones surgieron algunas universidades como la Universidad de Antioquia (1822), la Universidad del Cauca (1827) y la Universidad de Cartagena (1827).



Estudiante de Bellas Artes en el antiguo Colegio de la Enseñanza, Bogotá. Oleo de Ricardo Moros Urbina, 1899. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Reforma de Ospina Rodríguez

En 1844, bajo la presidencia del conservador Pedro Alcántara Herrán (1800-1872), se llevó a cabo una reforma educativa impulsada por Mariano Ospina Rodríguez (1805-1885) como ministro del Interior —ministerio del que dependía la educación en la época—. En ésta se dio mayor organización a la enseñanza y se reforzaron los fundamentos cristianos de su orientación, al tiempo que se impuso una férrea disciplina; se autorizó el regreso de los jesuitas al país y su participación en las actividades educativas; se insistió en la importancia de la educación práctica y se crearon talleres y huertas en las escuelas. En ese año existían 1203 escuelas, de las cuales 491 eran públicas y contaban en conjunto con 26924 estudiantes.

Otro aspecto relevante se relaciona con la creación de instituciones propias para la formación del magisterio, al sustraerse ésta de los establecimientos de educación primaria e impulsar en su lugar el surgimiento de las escuelas normales. De este modo, lo que el maestro debe y puede hacer le es prescrito y reconocido, como lo indica Olga Zuluaga, por la institución que lo forma: la escuela normal.

Liberales radicales y reformas de medio siglo

A mediados del siglo se llevó a cabo lo que se conoció como la revolución anticolonial, la cual no fue una revolución social sino política. Este movimiento pretendió cambiar aspectos de la estructura social que habían sido heredados de la Colonia y entorpecían el desarrollo de las estructuras económicas de la nueva república.



Colegio Pestalozziano de Bogotá. Grabado de Alfredo Greñas. "Colombia Ilustrada", 1891.

Los abanderados de estos cambios fueron los liberales radicales, quienes plasmaron en la Constitución de Rionegro, de 1863, los principios de una sociedad regida por el librecambio, la libertad individual y la tolerancia religiosa. Se consagró la descentralización fiscal y administrativa; el país se dividió en ocho estados a los cuales se les dotó de amplias facultades legislativas; se decretó la separación de órbitas de poder entre el Estado y la Iglesia, ciertos privilegios eclesiásticos fueron suprimidos, los diezmos fueron abolidos y, con el fin de presionar la comercialización de las propiedades eclesiásticas, se dispuso la desamortización de los bienes de manos muertas, medida que permitiría que aquéllas fueran gravadas con impuestos. Se decretó la libertad a los esclavos y se redujeron los resguardos, con lo cual se buscaba dar movilidad a la mano de obra; se dio importancia al desarrollo de la enseñanza primaria y se buscó ampliar su cobertura; se abogó por la difusión de nuevas teorías pedagógicas y la modernización de los contenidos de enseñanza. El campo de la educación superior tuvo algunos reveses, pues al decretarse la libertad de enseñanza y del ejercicio profesional, se le restó importancia al título universitario como requisito para el ejercicio de las profesiones, e incluso las universidades llegaron a ser eliminadas de manera temporal, al ser sustituidas por colegios nacionales.

Con el objeto de dar continuidad a las labores iniciadas por la Expedición Botánica, en el año 1851 se llevó a cabo la Comisión Corográfica, que estuvo a cargo de Agustín Codazzi (1792-1859). Dos años más tarde se realizó la Peregrinación Alfa, a la cabeza de Manuel Ancízar (1812-1882). Estas empresas científicas y culturales dieron frutos valiosos, pues ade-

más de la elaboración del mapa geográfico del país, se hicieron avances en los campos de la arqueología y la antropología.

Posteriormente, en 1867, se fundó en Bogotá la Universidad Nacional, que inició actividades con las facultades de jurisprudencia, medicina, filosofía y letras, ingeniería y la escuela de ciencias naturales. En 1870 estaban inscritos 132 alumnos, de los cuales el 38% estudiaba medicina, 33% ciencias naturales, 22% ingeniería y 6% derecho. A partir de esta década, la ingeniería cobró fuerza en tres instituciones: la Universidad Nacional de Bogotá, la Universidad de Antioquia y la Escuela de Minas de Medellín (creada en 1887). Allí se impulsó la formación de una clase empresarial moderna, capacitada para asumir el mando de los procesos productivos, de acuerdo con las normas de racionalidad capitalista.

Reforma educativa de 1870

En 1870, bajo el gobierno de Eustorgio Salgar (1831-1885), se llevó a cabo una reforma educativa de grandes proporciones, que concibió de manera global el problema educativo y trató de dar solución a sus distintas dimensiones. A través del decreto orgánico de 1870, se formuló un punto de vista sobre los fines políticos de la educación, y se postuló una concepción pedagógica que permitía favorecer la enseñanza de las ciencias. Se creó la Dirección General de Instrucción Pública, dependiente de la Secretaría General del Interior y Relaciones Exteriores. La educación se orientó bajo los parámetros de la tolerancia ideológica y se apoyó en las teorías pedagógicas de los precursores de la Escuela Activa europea, Johann Heinrich Pestalozzi y Friedrich Fröbel. En estos intentos renovadores participaron educadores y políticos como Dámaso Zapata, Enrique Cortés, José María Vargas y Nicolás Barragán.

En el año 1872 llegaron al país nuevos pedagogos alemanes, con el objeto de dirigir institutos normalistas en cada uno de los estados federales. Su labor fue de gran renovación, en 1873 ya se hallaban a cargo de algunos establecimientos y para 1875 existían 20 escuelas normales. Los reveses económicos y políticos del período, las constantes guerras civiles, el bloqueo que se hizo a los pedagogos, pretextando la pertenencia de la mayoría de ellos a la religión protestante, y en general a todo el proyecto de reforma, llevó al descalabro de estos impulsos modernizantes. La mayor oposición se localizó en los estados federales de Cauca, Antioquia y Boyacá, en donde se emprendieron ardientes campañas en defensa de la orientación religiosa en las escuelas. En 1876 existían 1464 escuelas, con un total de 79123 estudiantes, lo que representaba 327 escuelas y 27177 estudiantes más, en comparación con 1872. Según Jaime Jaramillo Uribe, la guerra civil de 1876 «que según testimonios de la época se hizo en defensa de la religión y como protesta contra la tiranía docente del Estado, interrumpió el proceso de la reforma».

La Regeneración

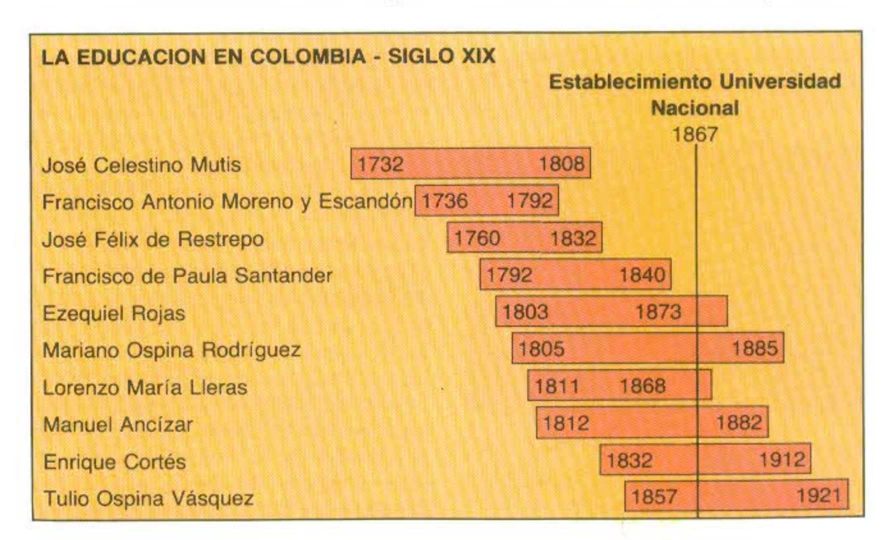
El movimiento de la Regeneración, abanderado por Rafael Núñez (1825-1894) y un grupo de conservadores y liberales independientes, que luego evolucionarían hacia el partido conservador, cuestionó la acción ejercida por el proyecto político liberal. La Regeneración planteó la unificación en torno a un Estado fuerte y centralizado, el respeto a la tradición española y, con ello, el reconocimiento de la religión católica como la religión de la nación e instrumento central de unificación ideológica, principios que quedaron consagrados en la Constitución de 1886.

A partir de 1880 se inició el desmonte de la reforma y se dio un desplazamiento de la estrategia de poder político, que había dominado la orientación educativa en el período radical, hacia la estrategia del poder moral, apoyada en la religión. Además de la Constitución, el Concordato con la Santa Sede, celebrado en 1887, reafirmó la influencia de la iglesia católica y determinó, en sus artículos 12 y 13, que la educación debía ser organizada bajo los principios religiosos y que todo conocimiento tenía que pasar por este tamiz para ser aceptado como legítimo. Para que estas disposiciones fueran acatadas, el artículo 14 dispuso la destitución de los maestros que no orientaran su labor con base en estos criterios.

Las políticas concordatarias, establecidas no sólo en Colombia, sino también en varios países de América Latina, propiciaron la entrada de congregaciones que provenían de países europeos, en especial de Francia, las cuales ayudaron a la consolidación y hegemonía de la Pedagogía Católica. Estas comunidades religiosas fortalecieron la educación privada a través de la fundación de establecimientos propios, a la vez que el gobierno las puso al frente de numerosas instituciones públicas. Su acción se desplegó en el nivel de enseñanza técnica y la educación secundaria. El fortalecimiento de las comunidades religiosas se inició, según Aline Helg, antes de la firma del Concordato; entre 1870 y 1900 se establecieron en el país 20 comunidades religiosas: 12 femeninas y 8 masculinas, entre las que pueden mencionarse los hermanos Maristas, los hermanos de las Escuelas Cristianas, los padres Salesianos y las hermanas de la Presentación.

Educación superior en la Regeneración

El modelo de universidad difundido durante la Regeneración se inspiró en el autoritario y confesional del período colonial, anterior a las propuestas de Moreno y Escandón. A mediados de la década del ochenta, existían



en el país cinco universidades: el Colegio Mayor del Rosario y la Universidad Nacional con sede en Bogotá, y tres universidades oficiales de índole regional. Posteriormente, se crearon dos instituciones de carácter liberal: en 1886, el Externado Nacional de Derecho, y en 1895, la Universidad Republicana.

A finales del siglo, la Universidad Nacional se encontraba prácticamente atomizada y su actividad intelectual era escasa. Los debates en torno a los textos de Bentham continuaron en estas décadas, pero el influjo de los románticos franceses empezó a ser desplazado por las concepciones positivistas del momento —apoyadas en Herbert Spencer y John Suart Mill—, desplazamiento ocasionado por la influencia cultural y comercial inglesa.

El plan Zerda y la organización de la educación

La ley 89 de 1892, conocida como el plan Zerda, y el decreto 429 de 1893, que la reglamentó, reorganizaron a nivel jurídico y normativo la educación y dejaron señalado el camino a las políticas de las próximas décadas. La educación se dividió en primaria, secundaria y profesional. Siguiendo en parte elementos de la tradición colonial, los costos de la educación pública fueron distribuidos entre el gobierno central y las regiones; a la nación correspondió la dotación de los materiales escolares, a los departamentos, el pago de los maestros, y a los municipios, la dotación de locales y mobiliario escolar. Esta distribución asignaba las menores obligaciones a la nación y el mayor peso a las regiones, circunstancia que provocó la desigualdad educativa según los recursos con los que se dispusiera a nivel regional. Los planes de las escuelas normales fueron reformados a mediados de 1893 y se les asignó una duración de cinco años de estudios, no obstante, su grado de institucionalización es débil y no constituye todavía la piedra angular que le debe dar identidad profesional al maestro.

Final del siglo XIX

Las últimas décadas del siglo XIX se caracterizan por la agudización de las pugnas partidistas y las guerras civiles: las guerras de 1876, 1885, 1895 y, finalmente, 1899, conocida como de los Mil Días, derrumbaron los esfuerzos hechos a lo largo de la centuria por estructurar una educación nacional. La mayoría de los maestros formados en las normales perecieron, las escuelas se convirtieron en cuarteles. La población disminuyó, los odios partidistas se intensificaron, la economía sufrió algunos reveses. Y así, entre una confrontación y otra, el país vio nacer los albores de un nuevo siglo y con él una serie de transformaciones que tuvieron repercusiones directas en la educación.



Instituto de Artes y Oficios de los Hermanos Cristianos, Bogotá, 1913.

PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Período de transformaciones

A comienzos del siglo XX emergieron nuevas corrientes pedagógicas que, bajo el nombre de Escuela Nueva o Activa, trataron de dar respuesta a las inquietudes relacionadas con la formación de un tipo de hombre que se adecuara al ideal de las nuevas sociedades, marcadas ahora por el crecimiento industrial y el desarrollo capitalista. A las modificaciones en la estructura económica del país y a los sucesos internacionales, se agregaron cambios políticos y sociales internos. A la Regeneración le sucedió la Hegemonía Conservadora, que aunque en muchos aspectos tuvo continuidad con aquélla y significó la prolongación en el poder del partido conservador, no puede asimilarse esquemáticamente. Nuevos grupos hicieron su aparición en el escenario de la lucha social y surgieron las primeras organizaciones políticas independientes de los partidos tradicionales. En lo que se refiere al aspecto cultural, algunos grupos empezaron a ser receptivos a nuevas formas de pensamiento y propiciaron la renovación en los campos científico, literario, artístico y educativo.

En cuanto a la educación, las disposiciones legislativas que rigieron las primeras décadas están expresas en la ley 39 de 1903 y el decreto que la reglamentó al año siguiente. En su espíritu existe continuidad con los aspectos expuestos por el plan Zerda. Se reafirmó el control religioso sobre la enseñanza, la separación entre educación urbana y rural y la existencia de las escuelas divididas en razón del sexo; se creó el Ministerio de Instrucción y Salud Pública; se dividió la enseñanza en primaria, secundaria, industrial y profesional, y se recomendó la introducción de asignaturas que propiciaran la formación técnica y práctica de los escolares.

La Pedagogía Católica continuó el proceso de fortalecimiento; entre 1900 y 1930 llegaron 24 congregaciones religiosas, 17 de ellas femeninas; los hermanos Cristianos fueron encargados del Instituto Técnico Central y de la Escuela Normal Central de Institutores, establecimientos oficiales creados en 1904 y 1905 en la ciudad de Bogotá.

Las sumas que la nación invirtió en educación entre 1918 y 1927 no pasaron, en promedio, de un millón de pesos, cifra que representaba entre el 3 y el 5% de los gastos totales de la nación. Entre 1928 y 1929, ascendieron a más de dos millones, en un momento en que los gastos totales también se incrementaron. Para 1930, el presupuesto para educación descendió a un millón y medio, debido a la recesión económica internacional. Según el censo de 1918, la tasa de alfabetización llegaba al 32.5% a nivel nacional. Para 1928 la población en edad escolar era de 7121000 habitantes, de los cuales el 5.68% recibía educación; de esta población, el 30% estaba inscrita en el nivel de educación primaria. El número de establecimientos de secundaria ascendía en 1923 a 360 y cubría la educación de 30349 estudiantes, que eran el 5.4% de la población en edad escolar. La enseñanza era memorística y monótona; en las escuelas oficiales los recursos pedagógicos eran precarios y los locales, oscuros y escasos de ventilación. En 1919 las escuelas normales eran 28 y contaban con 1228 estudiantes. La preparación pedagógica del magisterio era escasa, en el sector rural cerca del 90% de los maestros carecía de formación adecuada y en el sector urbano el 50% no era egresado de las escuelas normales y tenía un nivel educativo mínimo. Además de las instituciones reseñadas a finales del siglo pasado, la educación superior contaba con la Universidad Libre, fundada en 1913, y con el Externado

de Derecho, clausurado en 1895 y reabierto en 1918.

Por otra parte, la modernización iniciada a principios de siglo introdujo las nociones de incorporación del territorio y de la población y, con ellas, estrategias que buscaron "la normalización" de la población y la regulación de los comportamientos individuales. Bajo la influencia de un profundo determinismo geográfico y racial, que se apoyaba en postulados provenientes de la historia natural, se afirmaba que el clima y los recursos naturales de las regiones tropicales imponían características adversas al hombre en su constitución física, comportamiento y personalidad, trayendo como consecuencia la degeneración de la raza, diagnóstico que se desprendía de la comparación del hombre americano con el modelo del hombre europeo. Para hacer frente al peligro de degeneración racial, se trazaron diversas medidas, con el fin de «conservar y fortalecer la especie»; incluso personalidades como Luis López de Mesa (1884-1967) llegaron a afirmar que se requería de una inmigración europea que permitiera «renovar el fondo sanguíneo» y así poder «fijar un mejor producto» a través de la educación. La idea de la inmigración europea como solución a los problemas de construcción de la nacionalidad, también fue expuesta de diversas maneras en otros países de América Latina por parte de políticos y pensadores, como el argentino José Ingenieros (1877-1925) y Carlos Octavio Bunge. Entre tales disposiciones, se crearon institutos de beneficencia y hospitales, se adoptaron medidas para la erradicación de los vicios —como el alcoholismo, la chicha, el tabaco—, se fortaleció la figura del médico escolar como compañero inseparable del maestro, se dieron mejores cuidados a la madre, al niño y a la población en general. La escuela se ubicó como un espacio importante para la inculcación de nuevos valores y el aprendizaje de hábitos relacionados con la higiene y la adopción de usos y costumbres que se consideraron inherentes al hombre civilizado. Igualmente, se habló de la necesidad de lograr cambios en los hábitos de consumo de la población, con el fin de absorber la oferta de nuevos productos generados por la naciente industria nacional.

El Congreso Pedagógico

En 1917 se llevó a cabo el Primer Congreso Pedagógico Nacional, según lo contemplado por la ley 62 de 1916, que disponía que cada cuatro años se reuniera en Bogotá un congreso pedagógico. El evento giró más en torno a los aspectos normativos de la educación, que en relación con las nuevas concepciones pedagógicas; no obstante, éste fue un antecedente importante en la participación del cuerpo magisterial en el debate educativo y sus posibles soluciones. A él asistieron 190 delegados, pertenecientes en su mayoría a comunidades religiosas. Se presentaron trabajos referentes a los problemas de la enseñanza y se habló sobre la necesidad de reorganizar las escuelas normales, de dar paso a la educación universitaria del magisterio y de crear el escalafón docente a nivel nacional.

Renovación educativa

El movimiento en pro de una reforma educativa fue emprendido por un grupo de médicos, pedagogos y políticos, pertenecientes tanto al partido conservador como al liberal, pero con actitudes moderadas, como es el caso de Rafael Bernal Jiménez (1898-1974), Agustín Nieto Caballero (1889-1975), Tomás Cadavid Restrepo (1892), Tomás Rueda Vargas (1879-1943), Arcadio Dulcey (seudónimo de Adolfo Gil Hernández, 1903-1978), Luis López de Mesa y otros más. Este núcleo impulsó la idea de transformar las estructuras educativas y abogó por una educación ligada a la realidad nacional, que preparara para el trabajo y el ejercicio de la ciudadanía. Es preciso resaltar el papel de liderazgo desempeñado por Nieto Caballero en la difusión de las teorías de la Escuela Nueva o Activa en Colombia, a través del Gimnasio Moderno, fundado en 1914, lugar en el que se formó un grupo de pedagogos con mentalidad moderna.



Agustín Nieto Caballero.
Oleo de Inés Acevedo Biester,
Cruz Roja Colombiana, Bogotá.

Así mismo, por estas décadas el estudiantado universitario empezó a ser receptivo a las grandes transformaciones nacionales y en su interior resonaban los ecos del movimiento estudiantil, iniciado en 1918 en Córdoba (Argentina), y el deseo de emprender una reforma que introdujera en los claustros universitarios la autonomía, la libertad de cátedra, la tolerancia religiosa y el acceso a las corrientes modernas de pensamiento. Jóvenes como Germán Arciniegas (1900), Diego Luis Córdoba (1907-1964), Diego Montaña Cuéllar (1910-1991), Gerardo Molina (1906-1991) y Francisco Socarrás (1907), formaron parte de este movimiento de renovación y modernización de la educación universitaria. Las demandas por una reforma de la enseñanza encontraron resonancia a nivel oficial en la década del veinte, cuando, bajo la presidencia del conservador Pedro Nel Ospina (1858- 1927), se contrató a la segunda misión pedagógica alemana, la cual elaboró, entre 1924 y 1926, dos proyectos para poner en marcha la reforma de la educación colombiana, pero estos proyectos fracasaron por el bloqueo del parlamento y de sectores del clero.

A finales del veinte llegaron al país los pedagogos alemanes Julius Sieber y Francisca Radke, con el objeto de modificar la educación impartida en la Normal de Varones de Tunja y en el Instituto Pedagógico Femenino de Bogotá. Estos pedagogos, de orientación católica y rígida, crearon bases sólidas en la formación de un importante grupo de maestros, que sabrá combinar en su práctica pedagógica el interés por renovar la enseñanza, aplicando los principios de la psicología experimental, con el cultivo de recios valores religiosos y de raigambre conservadora. El compromiso de estos pedagogos alemanes con el partido conservador y sus simpatías con el nacionalsocialismo alemán, hicieron que en la década del treinta la República Liberal les creara un ambiente hostil que motivó su regreso a Alemania, para retornar en el período de los gobiernos conservadores, cuando se les encargó de la dirección de universidades pedagógicas en Tunja y Bogotá.

En 1927 el gobierno expidió la ley 56, en donde quedaron consignadas las primeras disposiciones encaminadas a emprender una reforma educativa de alcance nacional. Se declaró el carácter obligatorio de la educación primaria y la libertad de escuela. Se reorganizó el Ministerio de Instrucción y se le cambió de nombre al separar las funciones referentes a educación y salud: en adelante se llamaría Ministerio de Educación y no tendría que compartir el presupuesto con gastos de beneficencia y leprosería. No obstante, estas modificaciones tuvieron que esperar unos años más para ser introducidas en el campo educativo nacional.

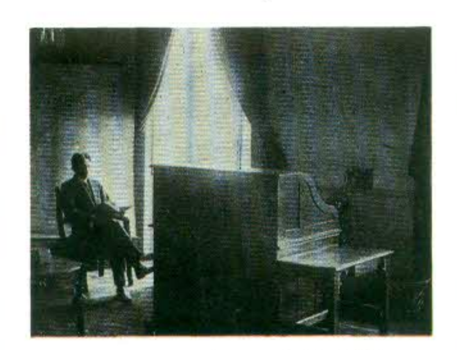
República Liberal (1930-1946)

Bajo los gobiernos liberales iniciados en 1930, se trató de imprimir a la nación un curso más acorde con el proceso de transformaciones que registraba el naciente siglo. La llegada al poder del partido liberal coincidió con el debilitamiento de la hegemonía de los sectores agrarios y exportadores tradicionales y el desplazamiento del poder hacia los grupos urbanos —industriales, comerciantes, exportadores—. Este desplazamiento y la crisis económica de 1929 conllevaron el incremento de las funciones estatales y el impulso del modelo de desarrollo industrial, cuyas limitaciones estructurales se habrían de revelar tempranamente.

El primer presidente liberal después de más de cuarenta años de dominio conservador fue Enrique Olaya Herrera (1880-1937), quien subió al poder en 1930 a nombre del movimiento de Concentración Nacional. Las reformas siguieron un ritmo lento, debido a la recesión económica y al carácter de transición de dicho gobierno. Los ministros de educación fueron en su totalidad conservadores. Se reglamentaron distintos aspectos de la ley 56 de 1927; se cerraron las escuelas normales con el fin de reorganizarlas e imprimirles una nueva orientación y, además, se crearon las facultades de educación; se unificó la educación primaria rural y urbana. Durante el cuatrienio conocido como la Revolución en Marcha (1934-1938), bajo la presidencia de Alfonso López Pumarejo (1886-1959), las reformas educativas se ligaron más claramente al propósito de integración nacional. El acto legislativo 1 de 1936 dio curso a una reforma constitucional y buscó precisar en ella la injerencia estatal en la educación, pero de igual modo dejó expresas las estrechas dimensiones de este intento. No se declaró la educación primaria gratuita y obligatoria, aunque sí se prohibió la discriminación educativa por orden de raza, sexo, religión, o nacimiento ilegítimo. No se redefinieron las relaciones Estado-Iglesia con las consecuentes modificaciones del Concordato, aunque sí se abolieron los incisos en los que se daban privilegios explícitos a la iglesia católica. Paulatinamente se retiró a las comunidades religiosas la administración de los establecimientos educativos oficiales, que se les había confiado desde finales del siglo, y se inició cierto proceso de secularización. Entre 1938 y 1942, el gobierno de Eduardo Santos (1888-1974), conocido como "la pausa" a la Revolución en Marcha, no trajo mayores modificaciones; las políticas se limitaron a reglamentaciones sobre la legislación existente y a la consolidación de los procesos de crecimiento cuantitativo. Después de "la pausa", la segunda administración de López Pumarejo (1942-1946), culminada en su último año por Alberto Lleras Camargo (1906-1990), evidenció con claridad las inconsistencias de la Revolución en Marcha, al fracasar el modelo de desarrollo industrial que la alimentaba. Esta situación llevó a la consolidación, en último término, de un esquema de desarrollo "liberal-dependiente", en el que el papel del Estado se vería muy limitado y en el que se hicieron alianzas con los sectores tradicionales.

Ministerio de Educación Nacional

A través del Ministerio de Educación, el Estado trató de imprimir a la educación una dirección oficial y se empezó a conformar un discurso pedagógico desligado del religioso. Ello no significa que el papel del Estado fuera tan vigoroso como para asumir las funciones que le competían en correspondencia con un Estado moderno, su débil naturaleza, no sólo en la educación, sino en buena parte de la sociedad, situó los esfuerzos en el nivel de las reglamentaciones y las materializaciones parciales. La Inspección Escolar Nacional, creada en 1931, cumplió la función de vigilancia y control de los establecimientos, aunque su radio de acción dejó mucho que desear. El porcentaje de los gastos educativos empezó a ascender a partir de 1934, y aunque no se logró el propósito establecido por la ley 12 de ese año, que aspiraba asignar a la educación el 10% del presupuesto nacional, llegó a alcanzar entre 1936 y 1938 niveles entre el 7 y el 8%. En el campo de la difusión cultural y educativa, se desarrollaron actividades de extensión, se propició la edición de libros y publicaciones periódicas, se dio estímulo a la creación de bibliotecas y se llevaron a cabo espectáculos como danzas, teatro y conciertos.



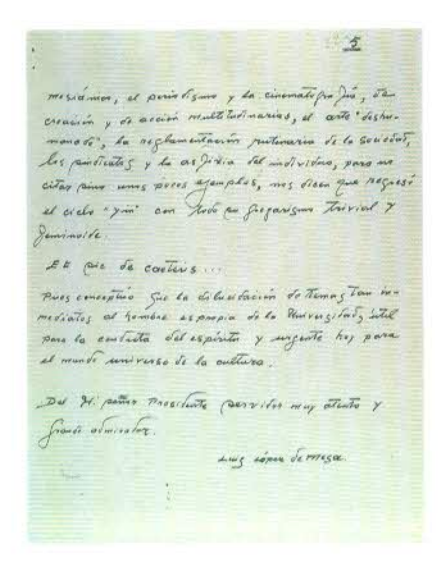
Oficina del Ministro de Instrucción Pública en 1918. "El libro azul de Colombia", Nueva York, J.J. Little & Ives. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.



Luis López de Mesa. Oleo de Inés Acevedo Biester, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

Alfabetización y educación primaria

A pesar de los avances cualitativos a los que llevaron los ideales propagados en el período, y de su posible incidencia en el cambio de mentalidad de algunos sectores de la sociedad, los aspectos cuantitativos fueron realmente modestos. En lo que atañe


5

mesianismo, el periodismo y la cinematografía, de creación y de acción multitudinarias, el arte "deshumanizado", la reglamentación perentoria de la sociedad, los sindicatos y la asfixia del individuo, para no citar sino unos pocos ejemplos, nos dicen que regresó el ciclo "yin" con todo su gregarismo trivial y feminoide.

Et sic de caeteris...

Pues conceptúo que la dilucidación de temas tan inmediatos al hombre es propia de la Universidad, útil para la conquista del espíritu y urgente hoy para el mundo universo de la cultura.

Del H. señor Presidente servidor muy atento y grande admirador.

Luis López de Mesa.

Carta autógrafa de Luis López de Mesa al presidente Dwight Eisenhower, sobre la formación universitaria, agosto 30, 1950. Biblioteca Nacional, Bogotá.

a la alfabetización, ésta no logró colocarse a la par con el crecimiento de la población, lo que sólo permitió una expansión relativa, hasta el punto de que en 1947 la tasa de analfabetismo era mayor que la de 1937 (37 y 35%, respectivamente). La campaña de Cultura Aldeana, iniciada en 1934 bajo el ministerio de Luis López de Mesa, representó un esfuerzo por dar atención a la educación de los sectores populares y específicamente a los ubicados en la zona rural. Allí se recogieron las experiencias mexicana y española sobre educación popular y se dio impulso a los restaurantes y roperos escolares, a la dotación de bibliotecas, a los maestros ambulantes y a las misiones culturales. En el campo de la educación primaria, los programas elaborados por el Ministerio trataron de adecuarse a las teorías de la Escuela Activa y especialmente a los postulados del pedagogo belga Ovidio Decroly (1871-1932), quien visitó al país en 1925 y dictó charlas sobre una pedagogía basada en los intereses infantiles y en el cultivo de valores ciudadanos desde una óptica secular. La pedagogía de los centros de interés y su método de enseñanza globalizada se experimentó en el departamento de Cundinamarca en el año 1932 y se generalizó al resto del país en 1935, pero su aplicación no fue exitosa, pues el Ministerio no creó condiciones para ello. En 1930 el número de escuelas oficiales ascendía a 7201 y para 1945 llegaba a 10460.

Situación del magisterio y Conferencia Nacional

En junio de 1934 se celebró la Conferencia Nacional del Magisterio, a la que asistieron delegados de las distintas federaciones correspondientes a 14 departamentos. Este evento tuvo por objeto estudiar el problema de la educación en Colombia y sentar las bases para la constitución de una Confederación Nacional del Magisterio. Se proclamó la defensa de la «escuela primaria, gratuita y obligatoria», que consultara las peculiaridades de la sociedad colombiana. En este evento, celebrado unos meses antes de la posesión de López, se expresaron puntos de vista que fueron retomados por esta administración, lo que indica algún grado de influencia de ciertos sectores del magisterio en el proceso de reforma educativa o, por lo menos, su coincidencia con parte de las modificaciones que se introdujeron.

Las condiciones profesionales del magisterio presentaron un notable avance en estas décadas: se fortalecieron las escuelas normales; se crearon tres facultades de educación entre 1932 y 1934 en las ciudades de Tunja y Bogotá; se establecieron escalafones nacionales que posibilitaron la clasificación para el ejercicio profesional con base en los estudios y experiencia pedagógica —el de primaria se creó en 1936 y el de secundaria en 1945—. A lo anterior hay que agregar la conformación de organizaciones en las que el magisterio inició la defensa de sus intereses gremiales. Dentro del contexto de las teorías de la Escuela Nueva, la definición de la pedagogía y con ella del conocimiento que debía apropiarse el maestro, van a estar ligados a los aportes de la psicología experimental y su énfasis en la clasificación y cuantificación como elementos determinantes del estatuto científico de la pedagogía. Se difundieron las teorías de Decroly, María Montessori (1870-1952), John Dewey (1859-1952), Edouard Claparède (1873-1940), Buysé, Henri Piéron (1881-1964), entre otras. En el año 1945 existían 24 escuelas en donde se formaban 5765 normalistas, el 61% de los cuales estaba becado por el Estado; anualmente se graduaban entre 450 y 600 estudiantes, número insuficiente para las necesidades educativas.

Enseñanza técnica

Desde principios de siglo los ideólogos de la educación hablaron de la enseñanza técnica como palanca para potenciar la capacidad productiva del país. Este tipo de enseñanza osciló entre las opciones que se brindaron a sectores bajos y medios de la población y las ofrecidas a las élites a través de la educación superior. La enseñanza para las clases populares se impartía en las escuelas complementarias, nocturnas, de artes y oficios e industriales. Existían además establecimientos de enseñanza comercial y agrícola, que en ocasiones ofrecían títulos de bachiller, o en otras representaban alternativas intermedias entre el nivel de educación primaria y secundaria. A principios del siglo, gran parte de las escuelas de artes y oficios estaban regentadas por comunidades religiosas y el control era escaso. A medida que avanzan las décadas se da una mayor reglamentación y se incrementa la participación estatal. En 1946 existían 62 escuelas de artes y oficios con 4253 estudiantes, de los cuales 2493 eran mujeres; además había 209 escuelas complementarias con 10617 alumnos, 157 de ellas de propiedad estatal.

La enseñanza comercial estaba casi en su totalidad en manos de las instituciones particulares, aunque el gobierno legisló algunos de sus aspectos, especialmente en lo referente a la Escuela Nacional de Comercio, único establecimiento de carácter nacional. En 1937 se determinó que esta enseñanza tendría un nivel elemental de tres años y otro superior con calidad de bachillerato. En 1946 existían 188 establecimientos con un total de 6527 alumnos, y el 82% de éstos eran privados. La educación comercial tomó fuerza en estas décadas debido al crecimiento de las actividades comerciales y del sector servicios, que requirieron de personal con nociones



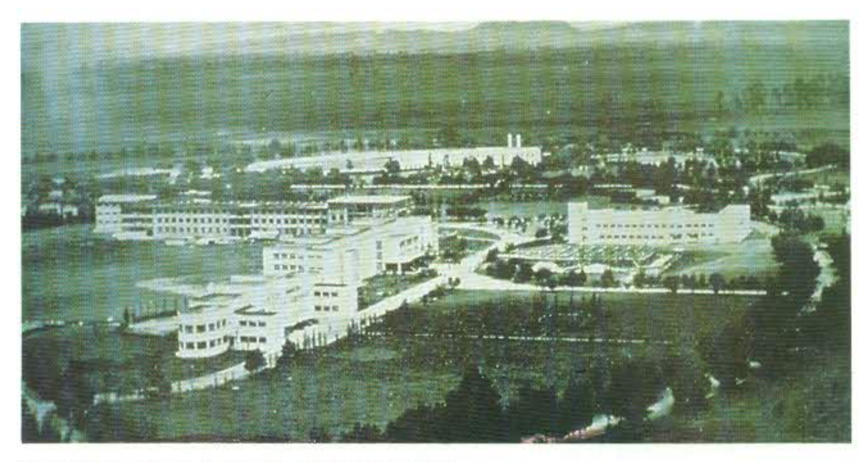
Siembra. Escuela de Agricultura en Antioquia. Fotografía de Benjamín de la Calle, 1918. Fundación Antioqueña de Estudios Sociales, FAES, Medellín.

en contabilidad, correspondencia comercial, mecanografía, taquigrafía, etc. A ella acudían sectores de la naciente clase media, que veían oportunidades de ascenso social a través de una formación no muy costosa y de corta duración, que les permitía emplearse como oficinistas, secretarias, empleados de banco, y devengar un salario aceptable.

A pesar de los numerosos discursos que insistían en la importancia de la educación agrícola en un país eminentemente agrario, ésta continuó con un funcionamiento irregular. A nivel de educación media se fundaron las escuelas agrícolas y a partir de 1946 la escuela normal de Buga formó los primeros pedagogos en este ramo. En 1949 existían 23 escuelas agrícolas con un total de 800 estudiantes. En general puede decirse que, si bien la educación técnica obtuvo progresos en el período, a nivel cuantitativo todavía constituía una franja marginal y carecía de la infraestructura básica para impartir educación especializada, lo que llevó a que su formación se situara en el plano general y desempeñara funciones más ideológicas que de capitación de mano de obra.

Educación secundaria

En el nivel de enseñanza secundaria, el Ministerio trató de ampliar la injerencia estatal, intención que quedó expresa en distintas reglamentaciones referentes a programas, exámenes de revisión, certificación de diplomas, año preparatorio, y en la creación de la Inspección Nacional de Educación Secundaria en 1938. A estas disposiciones se opusieron intereses privados y especialmente religiosos, los cuales se escudaron en la norma constitucional que declaraba la libertad de enseñanza, argumento con el que se defendía la autonomía de los establecimientos frente al Estado. Respecto a la orientación que debía tener la educación secundaria se presentaron infinidad de opiniones que pueden ser resumidas en la disyuntiva en torno a los contenidos del bachillerato, al considerarse si deberían ser de carácter humanista o pragmático y si su única finalidad era preparar para la universidad o debía constituir en sí mismo un nivel de formación que capacitara para la vida; ello se reflejó en una multitud de modificaciones en los planes de estudio, que sólo trajo el caos y la sobrecarga de asignaturas, sin dar solución al problema nodal.



Ciudad Universitaria de Bogotá. Fotografía ca. 1940.

La Universidad Nacional y la reforma universitaria

La Universidad Nacional se concibió como el punto neurálgico de la reforma de la educación superior, cuyos resultados deberían propagarse posteriormente a otras universidades. La ley 68 de 1935 decretó la reforma orgánica de la Universidad Nacional y agrupó en un solo centro las facultades, escuelas profesionales e institutos de investigación que se hallaban dispersos. Igualmente se le otorgó autonomía académica y administrativa y la posibilidad de allegar recursos propios. Se construyó una gran ciudad universitaria destinada a albergar la totalidad del estudiantado, la cual entró en funcionamiento en 1940.

Bajo la asesoría del pedagogo alemán Fritz Karsen se inició la revisión de los distintos planes de estudio, con el fin de adecuarlos al espíritu de la reforma. Para ello se tomó como base el sistema que contemplaba ciencias sociales, ciencias naturales, artes y educación física; además se planeó la unificación total de las actividades universitarias en cuanto a matrículas, control de profesores, estudiantes, y una reglamentación uniforme. La reforma permitió la elaboración de un escalafón docente de carácter interno, que sentó las bases para la conformación de un cuerpo profesoral especializado en la docencia y dedicado a ella de tiempo completo. Para 1946 la Universidad Nacional contaba con 3673 alumnos, que representaban el 65% de los registrados en las universidades oficiales y el 50% del total de los estudiantes universitarios. Los aportes de la nación al proyecto de reforma universitaria absorbieron gran parte del rubro destinado al Ministerio de Educación durante el período.

La Escuela Normal Superior

La Escuela Normal Superior proporcionó a partir de 1936 la formación universitaria para el profesorado de enseñanza secundaria y para el desempeño de cargos de dirección en toda la esfera educativa.

La Normal se alimentó académica e intelectualmente con personal nacional de gran calidad, y en especial de un grupo de exiliados que llegaron a Colombia debido a los regímenes autoritarios impuestos en varios países europeos. Algunos de los profesores extranjeros son: el etnólogo francés Paul Rivet, el arqueólogo alemán Wolfram Shottelius, el lingüista catalán Urbano González de la Calle, los historiadores sociales Gerhard Masur, Rudolf Hommes y el catalán Ots Capdequí; los pedagogos catalanes Luis de Zuleta y Mercedes Rodrigo; los geógrafos Raymond Crish (norteamericano), José Royo Gómez (catalán) y Ernesto Gulh (alemán).

La concepción pedagógica y la metodología de la enseñanza que circuló en la Normal Superior se inspiró en su homónima de París, en los planteamientos de la Escuela Activa y, de manera particular, en el método de proyectos del norteamericano John Dewey.

Diversificación profesional y surgimiento de nuevas universidades

La diversificación y reglamentación de las profesiones inició su consolidación en estas décadas, al tiempo que se difundieron teorías modernas en las diversas ramas del conocimiento y se intentó unificar los planes de es-

tudio. Surgieron las profesiones de odontología, farmacia, veterinaria, sicología, arquitectura, estadística y ciencias económicas. A pesar del nacimiento de nuevas carreras, la inclinación vocacional del estudiantado se orientó hacia las carreras clásicas, como medicina, derecho e ingeniería. En 1943, de los 5113 estudiantes universitarios, el 88% se inclinaba hacia dichas profesiones.

El fortalecimiento de la Universidad Nacional y su inspiración netamente liberal, condujeron a la reapertura en Bogotá, en 1931, de la Universidad Javeriana y, en 1936, a la creación de la Universidad Bolivariana en Medellín, bajo el auspicio del clero diocesano. Como universidades independientes y de carácter laico, continuaron funcionando en Bogotá el Externado de Derecho y la Universidad Libre. Hacia finales de los años cuarenta, un lento proceso de expedición de normas da cuenta del surgimiento de universidades en distintas zonas del país, las cuales cobraron existencia más clara en la década posterior, tales como la Universidad del Atlántico, la de Caldas y la del Valle.

Institutos y academias de investigación

El propósito de formar una élite intelectual encontró expresión no sólo a nivel de las carreras universitarias, sino también en la creación y consolidación de institutos y academias de investigación. Algunas de las entidades que surgieron en este período, y que en parte dieron respuesta a esta necesidad, fueron la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (1933), el Instituto Geográfico Militar (1934), el Instituto de Psicología Experimental (1937), El Ateneo Nacional de Altos Estudios (1940), el Instituto Etnológico Nacional (1941), el Instituto Caro y Cuervo (1942) y el Instituto de Ciencias Económicas (1944). Las nuevas investigaciones dieron inicio a estudios sistemáticos sobre las características del país, con base en conceptos proporcionados por las ciencias humanas, obteniéndose resultados en el campo de la antropología, etnología, arqueología, sociología, lingüística, geografía y psicología.



Liceo Nacional Femenino, Bogotá, 1940. Revista "Pan", Biblioteca Nacional, Bogotá.

Educación femenina

Durante los gobiernos liberales vale la pena destacar el avance en los planes de educación para la mujer. En 1933, el decreto 227 hizo extensiva la reforma de la enseñanza primaria y secundaria a los establecimientos de educación femenina y posibilitó el acceso de las mujeres a los estudios universitarios. Buena parte de la educación para la mujer se dirigió a inculcar conocimientos relacionados con su condición de madre y esposa. En la enseñanza normalista se multiplicaron instituciones femeninas, que proporcionaron el personal docente para las escuelas primarias femeninas; en 1935 se fundaron las normales rurales, que inicialmente acogieron sólo personal femenino. La Escuela Normal Superior dio cabida a la educación mixta y la Universidad Nacional admitió mujeres a partir de 1936, en carreras como bellas artes, farmacia, enfermería, arquitectura y odontología, profesiones que fueron identificadas como compatibles con la función de servicio social que debía desempeñar el sexo femenino. En 1937 se profesionalizó la carrera de servicio o trabajo social. En 1946, el Congreso autorizó la creación de Colegios Mayores, concebidos como colegios universitarios para mujeres; en ellos se ofrecieron estudios de filosofía y letras, secretariado, bacteriología, servicio social, periodismo, bibliotecología y cerámica.

Al finalizar el año 1946, cerca de 400000 mujeres recibían educación, la mayoría se encontraba en primaria y su participación disminuía en los niveles medio y superior, alcanzando en este último un escaso 2%.

Reacción conservadora y desmonte de la reforma educativa (1946-1958)

A partir de 1951 el crecimiento poblacional fue de 3.5%, lo cual representa un aumento sensible en comparación con el 2.2% registrado entre 1918-1938. Paralelo a esta expansión poblacional, crecieron las demandas por educación y fueron mayores las dificultades para darles solución. La economía tuvo un comportamiento favorable, se dio un relativo desarrollo industrial, se repuso parte del equipo productivo y el país aumentó su capacidad importadora. Sin embargo, durante los gobiernos de Mariano Ospina Pérez (1946-1950) y Laureano Gómez (1950-1953), los intereses de liberales y conservadores se alejaron cada vez más, desatándose un período de violencia que enfrentó a poblaciones enteras a nombre del conservatismo o liberalismo.

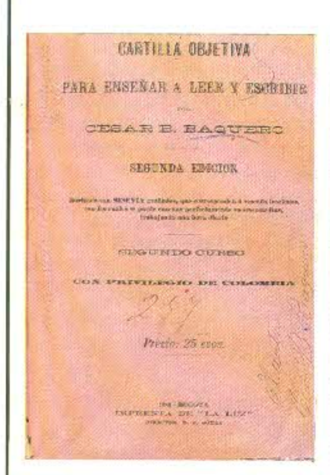


Aula del Colegio San Façon, Bogotá, 1935.

La violencia política se expresó también en el sector educativo. Mientras el rechazo a las reformas se acentuó, la educación fue colocada al servicio del restablecimiento del orden social y se habló de difundir a través de ella los principios de la religión católica. Se implantaron de nuevo las diferencias entre educación urbana y rural. La educación pública fue intervenida y la universidad perdió autonomía, al tiempo que se acrecentó la privatización en todos los niveles de enseñanza.

Los gastos educativos hechos por la nación entre 1946 y 1957, oscilaron entre el 5.3 y 6.0% del presupuesto global. En 1951 la tasa de analfabetismo cubría al 44% de los habitantes del país y presentaba grados mayores en las zonas rurales y en la población femenina. El análisis de la tasa de alfabetización, según el nivel educativo, deja al descubierto la existencia de una pirámide que se estrecha significativamente a medida que se asciende: de la población que en 1951 alcanzó algún grado de educación, el 1.3% co-

UN SIGLO DE PRIMERAS LETRAS



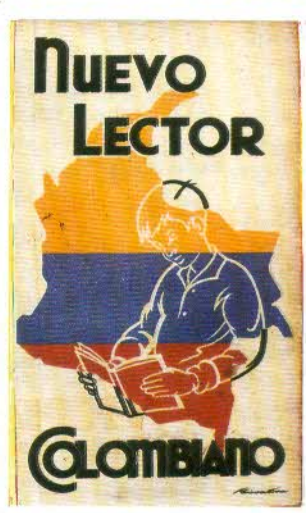




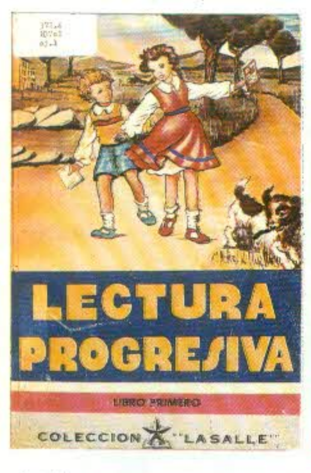




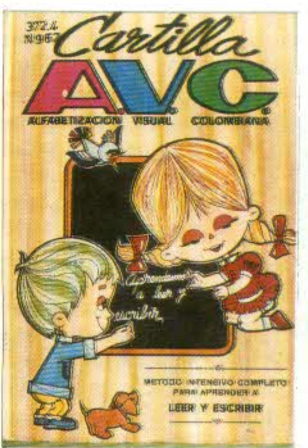














Cartillas para aprendizaje de la lectura y escritura utilizadas en Colombia: "Cartilla objetiva", de César B. Baquero, con autógrafo del autor (Bogotá: Imprenta de La Luz, 1889). Grabado de la Cartilla de Baquero, 2a. edición. "La escuela colombiana", de Martín Restrepo Mejía, con grabados de Januario Nariño (Bogotá: Arboleda y Valencia, 1912). "Enseñanza simultánea de lectura y escritura", de Justo V. Charry (Bogotá: Litografía Colombia, 1917). "Alegría de leer", de Evangelista Quintana R. y Susana de Quintana (Cali: Librería Quintana Hermanos, 1938). "Cartilla y libro primero", de la Colección G.M. Bruño (Medellín, Procuraduría de los Hermanos Cristianos, 1949). "Nuevo lector colombiano", de Roberto Cortázar, Francisco M. Rengifo y Antonio Otero Herrán (Bogotá: Librería Voluntad, 1949). "Cartilla Charry", de Justo V. Charry (Bogotá: Librería Voluntad, 1951). "Lectura Progresiva" de la Colección La Salle (Bogotá: Librería Stella, 1964). "ABC coquito colombiano" (Medellín: Ediciones Susaeta, sin fecha ni autor). "Mi primera cartilla motilona", de la hermana María Magdalena González C. (Bogotá: Ediciones Paulinas, 1968). "Cartilla AVC (Bogotá: Editorial Alfabetización Visual, 1970). Colección Biblioteca Nacional, Bogotá.

rresponde a estudios universitarios, 12.2% al bachillerato y 84.5% a educación primaria; la categoría "otros estudios" registraba el 2% e incluía la educación denominada técnica y profesional. El período en su conjunto muestra un ascenso en el número de alumnos inscritos en las escuelas primarias urbanas, al registrar un crecimiento entre 1946 y 1957 del 158%, porcentaje que fue sólo del 60% en el caso de las escuelas rurales. Para la educación secundaria, el crecimiento relativo de las matrículas fue de 179%, y señala grandes discrepancias entre el crecimiento del sector privado y el oficial. La educación superior creció en un 161%, aumento que también fue mayor en el sector privado.

En este período visitaron el país dos misiones extranjeras con el fin de trazar planes para elevar el desarrollo económico y mejorar el nivel de vida de la población. La primera, la del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, llegó en 1949 bajo la dirección del norteamericano Lauchlin Currie, y señaló el escaso nivel de vida que tenían los colombianos frente a elementos básicos como salud, educación, vivienda, alimentación y el acceso en general a bienes de servicios. En 1954, la Misión de Economía y Humanismo, a cargo del sacerdote católico Joseph Lebret, hizo también un balance negativo sobre la situación económica y social que registraba el grueso de la población, y alertaba a las clases dirigentes sobre el peligro potencial generado por dichas tensiones y la urgencia de darles solución. Estas misiones redactaron diversas propuestas para superar el analfabetismo y, en general, hacer más racional y eficiente la educación colombiana, al tiempo que señalaron la función de pacificación social que ella debería cumplir.

Deterioro de las condiciones del magisterio

La calidad del cuerpo docente todavía constituía una de las principales fallas en todos los niveles de enseñanza, pero en especial en el de educación primaria. En 1954 cerca del 65% de los maestros de este nivel ejercían sin título. Los salarios diferían por departamentos y el sueldo asignado como básico por el gobierno no constituía un aliciente que permitiera a los educadores permanecer en su oficio. Entre 1951 y 1952 se suprimieron las juntas seccionales del escalafón, creadas en 1945, y se introdujo un nuevo escalafón de primaria, medidas que ahondaron la dependencia del gremio de los profesores de la Iglesia y los poderes locales. Simultáneamente se registró la pérdida de prestigio de la profesión y la disminución de los salarios en términos reales. Dentro del proceso de "recristianización", las escuelas normales se reestructuraron y parte del personal que ejercía la enseñanza fue reemplazado.

Disolución de la Escuela Normal Superior

La Escuela Normal Superior fue objeto de numerosas hostilidades pues, al igual que la Universidad Nacional, había sido concebida como la cúpula del sistema educativo durante la República Liberal. A esto hay que adicionar el rechazo hacia el profesorado extranjero que enseñaba en la Normal, rechazo debido no sólo a su condición de exiliados, sino también a que sus posiciones en el terreno ideológico y científico no se ceñían a la ortodoxia católica, por el contrario, propugnaban por la pluralidad y la tolerancia en ambos terrenos. Fue así como en 1951, aduciendo argumentos de tipo moral, que censuraban la educación mixta, se decretó el traslado de los hombres a la Normal de Varones de Tunja y se dejó en Bogotá a las mujeres, en las instalaciones del Instituto Pedagógico Femenino. La disolución de esta institución segó una de las creaciones intelectuales más importantes del país, comparada con empresas como la Expedición Botánica o la Comisión Corográfica.

El proyecto de la Escuela Normal Superior encuentra correspondencia con otros de índole similar en varios países de América Latina, pero en especial guarda semejanza con la Casa de España en México, institución que se nutrió de un núcleo de exiliados de la talla de los de la Normal, e incluso en ocasiones ambas entidades compartieron los aportes de los mismos intelectuales. La Casa de España floreció en un ambiente cultural más propicio, que le permitiría tener continuidad como proyecto intelectual y desembocar posteriormente en el Colegio de México. De la segmentación hecha a la Normal Superior, surgirán la Universidad Pedagógica Femenina de Bogotá y la Universidad Pedagógica de Tunja, de composición masculina, entidades que recuperaron su carácter mixto en 1955, adoptando el nombre de Universidad Pedagógica Nacional y Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, respectivamente. Estas universidades se regirán en sus inicios por el modelo de formación inspirado en la Pedagogía Católica, para pasar una década más tarde a propagar el modelo de la Tecnología Educativa.

Educación superior

La autonomía lograda por la universidad pública en la década del treinta, fue recortada; se modificaron la mayoría de las disposiciones consagradas en el decreto orgánico de 1935 y se hostilizó a algunos núcleos universitarios.

A pesar de ello, la educación superior continuó en proceso de expansión, en 1955 se encontraban registrados 13284 estudiantes, cifra que representa un aumento del 65% en comparación con el año 1946; éstos estaban distribuidos en 24 universidades, tres de ellas pedagógicas. El número de estudiantes mujeres pasó del 2% que ocupaba a finales del cuarenta al 16% en 1955. A lo largo de este lapso surgieron cerca de trece establecimientos, con una mayor participación del sector privado. Universidades privadas, como la Universidad de los Andes (1948), y públicas, como la Universidad Industrial de Santander (1947) y la Universidad del Valle (1958), se distinguieron por una orientación tecnológica, que propendió a la modernización académica y el impulso de carreras con mayor énfasis en la formación técnica. La creación del Fondo Universitario Nacional (FUN) en 1954, buscó estimular y controlar la educación universitaria, transformándose en 1957 en la Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN). De otro lado, la creación en 1952 del Instituto Colombiano de Estudios Técnicos en el Exterior (ICETEX), permitió la especialización de muchos profesionales, particularmente en Estados Unidos.



Sello de correos conmemorativo de los primeros veinte años del ICETEX (Instituto Colombiano de Crédito Educativo y Estudios Técnicos en el Exterior "Mariano Ospina Pérez"), 1972.

EL FRENTE NACIONAL (1958-1974)

El Frente Nacional se estructuró bajo la mecánica de la paridad burocrática en los cargos públicos y el relevo presidencial cada cuatro años. Esta concertación trajo un compás que permitió la consolidación de procesos que se encontraban en construcción desde décadas anteriores; la economía registró una revitalización, el sector manufacturero logró desarrollos relativos, el proceso de concentración de la población en las ciudades tomó fuerza. En el campo de la educación desaparecieron los enfrentamientos sobre su orientación ideológica, al tiempo que las disputas por el acceso a los puestos burocráticos encontraron respiro en la fórmula de alternación del Frente Nacional. Los grandes debates en torno al problema educativo perdieron coloración y dejaron de interesar a la opinión nacional. A partir de la década del cincuenta, el sector industrial manufacturero desplazó al comercio del segundo lugar en el Producto Interno Bruto (PIB) y alcanzó un porcentaje del 19%. Los cambios en la estructura del PIB otorgaron mejor situación a la industria, la construcción y los servicios productivos, lo cual presionó por cambios en la oferta de formación profesional. Se puso en juego un discurso tecnocrático preocupado por la racionalidad económica del sector educativo, marcado por la influencia creciente de Estados Unidos en el rumbo de la educación latinoamericana. En 1968, el cuerpo docente de los sectores público y privado representaba casi 200 000 educadores en todos los niveles de enseñanza, cifra que equivalía a más del 3% de la población económicamente activa y más del 10% del total de la población que trabajaba en el sector de los servicios, lo cual es un indicador de la importancia creciente de las actividades educativas dentro del campo económico. El personal docente de los establecimientos públicos constituía más de un tercio de los empleados del Estado, fenómeno que pronto revelaría serios obstáculos para el desarrollo y autonomía de este gremio profesional.

Política y gastos educativos

Durante el Frente Nacional, la política educativa se rigió por las orientaciones emanadas en 1961 de la Comisión Económica para el Desarrollo de América Latina (CEPAL), que recomendaban mayor intervención por parte de los gobiernos latinoamericanos. La educación se consideró condición indispensable para el desarrollo económico, al partirse del supuesto de que la formación y capacitación de la mano de obra redundaba en mayores niveles de producción, en mayores ingresos y por ende en condiciones sociales más elevadas. Se implementaron diseños de planificación y administración que trasplantaron a la educación los modelos económicos y se refirieron a la población en términos de capital humano. En 1956 se creó la oficina de Planeamiento Educativo del Ministerio de Educación Nacional y se elaboró el primer «plan quinquenal para ser aplicado entre 1957 y 1962», cuyas realizaciones no fueron muy satisfactorias. La reforma constitucional emprendida en 1968, bajo la presidencia de Carlos Lleras Restrepo (1908), introdujo modificaciones con el propósito de incrementar la racionalización y eficiencia del ahora llamado sector educativo. Con el fin de emprender estudios sistemáticos de la problemática educativa, se creó el Instituto Colombiano de Investigación Educativa (ICOLPE), el cual debería aportar al Ministerio pautas para orientar el planeamiento y desarrollo de la educación. El Frente Nacional creó un espacio favorable para la acción de agencias financieras internacionales, las cuales pusieron en marcha proyectos de reforma educativa para ser aplicados posteriormente en toda América Latina. La magnitud de las partidas invertidas entre 1960 y 1967 por organismos como la Agencia Internacional de Desarrollo (AID), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Kellogs, la Fundación Rockefeller, entre otras, ascendió a 48 050 millones de dólares y trajo consigo la intromisión directa de estas entidades en las modificaciones que se imprimieron a la educación durante el período.

La reforma constitucional de 1958 asignó a la educación el 10% de los gastos de la nación, de este modo entre 1957 y 1958 las partidas del Ministerio se duplicaron, pasando de 37 800 000 a casi 70 millones de pesos; en 1960, el promedio de la inversión fue de 77.5 millones. El rubro que por estos años destinaron los departamentos representó el 60% del total de los gastos educativos, al tiempo que los municipios invirtieron un 33%, lo que demuestra que los primeros continúan soportando la mayor parte de los gastos demandados por la educación pública. En 1960, en un intento por aliviar a los departamentos de la agobiadora obligación financiera, el gobierno expidió la ley 111 en la que la nación se comprometía a asumir paulatinamente los sueldos de los maestros de primaria. Pero la ley dejó a los departamentos la libertad de nombrar personal, lo cual trajo la vinculación de docentes sin respaldo financiero, a la vez que muchos dineros girados por la nación fueron desviados hacia otros gastos del sector; en respuesta a este problema, la reforma constitucional de 1968 retiró a los departamentos la facultad de administrar los recursos y creó los Fondos Educativos Regionales (FER), como entidades encargadas de manejar los dineros destinados a la educación primaria en todo el país.



Instructora y alumnos de Acción Cultural Popular, de las escuelas radiofónicas de Sutatenza, en los años 50. Archivo ACPO.

Crecimiento de la población y analfabetismo

Para 1964 la población llegó a multiplicarse por cuatro, en comparación con la que existía a principios de siglo, y llegó a un total de 17 484 500 habitantes. Esta expansión tuvo direcciones específicas hacia la población joven y urbana; la juventud llegó a significar la mitad de los habitantes del país, a la vez que la población urbana registró uno de los índices de crecimiento más elevados, al pasar del 38.7%, que representaba en 1951, a 52.8%, trece años más tarde. La población mayor de quince años carente de educación llegaba a 2 526 590 habitantes y abarcaba al 27.1% de la población de esa misma edad. El analfabetismo de las zonas rurales era mayor. La relación entre analfabetas y sexo arrojaba tasas más elevadas para las mujeres, al re-

presentar en 1964 el 55.33% de la cifra global de analfabetas.

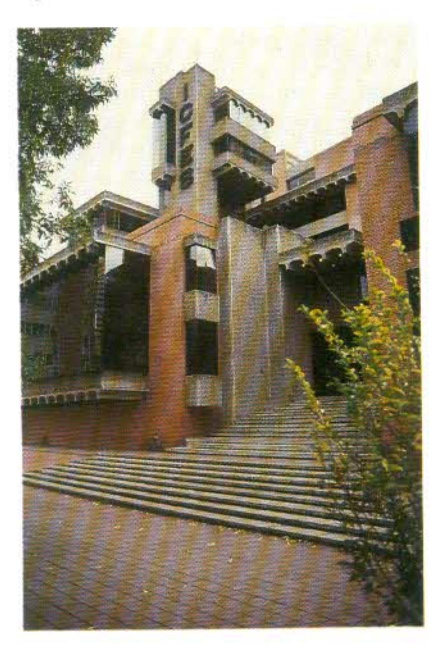
Educación secundaria

El crecimiento desordenado que registró la educación creó cuellos de botella en los últimos niveles, al expandirse la educación universitaria y secundaria en grandes proporciones en detrimento de la educación primaria y la técnica. Entre 1964 y 1974 el número de estudiantes de secundaria registró un incremento del 314%, al pasar de 390300 estudiantes a 1616100, crecimiento que superó en más de tres veces el de la educación primaria. Al monopolio que a principios de siglo tenía la Iglesia, se unió un grupo de particulares que ayudaron a satisfacer las demandas de una clase media siempre sedienta de educación y movilidad social. Surgieron grupos de presión destinados a defender los intereses de los establecimientos privados, representados por la Confederación Nacional de Centros Docentes (CONACED), que agrupaba establecimientos religiosos y por la Asociación Nacional de Rectores de Colegios Privados (ANDERCOP), que reunía los establecimientos particulares. La ausencia de una forma de control adecuada por parte del gobierno favoreció la acción de estos grupos contra la regulación estatal, a la vez que demandaron al gobierno aumentar el presupuesto que el Ministerio de Educación asignaba al sector privado.

Crecimiento de la educación superior

La desproporcionada expansión de la educación secundaria respecto a otras modalidades de enseñanza media, desencadenó a su vez la ampliación de la educación universitaria. En 1955 estaban matriculados 13284 estudiantes en este nivel, en 1961, 24500, y en 1974, 138361. En este último año los establecimientos universitarios eran 58, en contraste con los 24 existentes en la década anterior. La proporción que hasta mediados del siglo otorgaba al sector oficial la más alta participación en los establecimientos de educación superior se había invertido y asignaba para 1974 el mayor volumen al sector privado. Entre 1935 y 1950 la presencia del sector privado había sido del 28.7%, en 1960 ya representaba el 40.7%, para ascender en 1974 al 60.3%.

En las décadas del sesenta y setenta se fortalecieron las profesiones de ciencias humanas, como economía, sociología, psicología, antropología, filosofía y letras. Las facultades de educación iniciaron un proceso de expansión significativo y acentuaron su feminización, a la vez que se orientaron por un modelo de formación que privilegió un currículo único y desconoció las diferencias regionales y culturales. El surgimiento de un núcleo importante de profesionales en el campo de las ciencias humanas incidió en los análisis y diagnósticos que se hicieron sobre el fenómeno educativo, al proporcionar nuevas herramientas teóricas que permitieron interpretar los procesos de expansión, diversificación y transformación educativa del siglo XX.



Sede del Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES), en Bogotá, diseño del arquitecto Aníbal Moreno, 1971. Fotografía de Ernesto Monsalve.

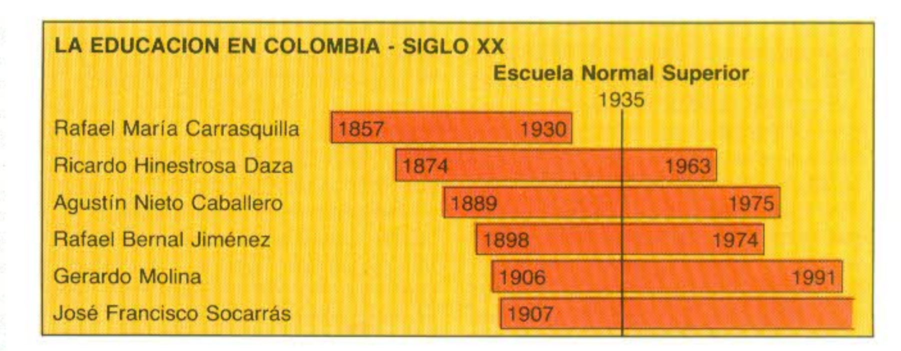
Dentro del marco de la reforma de 1968, el decreto 3156 creó el Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES), con el objeto de ejercer el control y la vigilancia de la educación superior. Su competencia, funciones y verdadera incidencia dentro de este nivel de formación, son hoy día motivo de polémica, pues su actuación ha sido en ocasiones anárquica y sin metas claras. De otro lado, para incentivar la investigación se creó en 1969 un fondo de investigaciones especiales, Colciencias, entidad que a pesar de muchos inconvenientes ha propiciado el estímulo y la financiación de la investigación. La magnitud de las labores de investigación dentro de las universidades aumentó en estos años; en términos de recursos financieros, en 1964 representaba el 17.9% de la investigación total del país y en 1974 cubría entre el 20 y el 25% de la investigación nacional. Esta actividad estaba concentrada en pocas universidades y continuaba siendo marginal dentro de los procesos de formación del estudiantado universitario.

Movimiento estudiantil

Durante el Frente Nacional el movimiento estudiantil tuvo momentos memorables. Surgido desde principios de siglo, sus manifestaciones habían sido esporádicas y ligadas en buena medida a la lógica de los partidos tradicionales. Tuvo actuaciones importantes como su participación en la presión ejercida sobre el régimen de Miguel Abadía Méndez, cuya caída puso término a la Hegemonía Conservadora; también se puede destacar su presencia en el debate sobre la reforma educativa y en la defensa de la autonomía universitaria durante la República Liberal; por último, puede señalarse su papel en el hostigamiento a la dictadura de Rojas Pinilla. Unas décadas más adelante, el crecimiento del sistema educativo, el fortalecimiento de agrupaciones políticas diferentes de los partidos tradicionales, el auge de las luchas sociales, revoluciones como la china y la cubana, así como la creciente influencia norteamericana en América Latina, fortalecieron el movimiento y lo independizaron de los cauces de la política tradicional. La conflictiva situación que se llegó a presentar entre el gobierno y el estudiantado durante el Frente Nacional, llevó a aquél a considerar los beneficios de la privatización de la universidad, política que encontró respaldo en los intereses norteamericanos.

Desde la década del sesenta, con motivo de la reunión de Punta del Este y de la Alianza para el Progreso, se evidenció la preocupación norteamericana por la influencia de la revolución cubana en América Latina y en especial en el estudiantado universitario, motivo por el que distintas agencias internacionales fijaron su mira en la reforma de la educación superior. En Colombia se diseñó entre 1966 y 1967 el denominado Plan Básico para la Educación Superior, bajo la asesoría de la Universidad de California, proyecto en el que las agencias invirtieron 28 millones de

dólares. Al lado de consideraciones válidas, como la crítica a la proliferación de establecimientos universitarios y al aislamiento de las facultades, el Plan Básico respiraba por todos sus poros un aire tecnocrático y empresarial, que insistía en abrir la universidad a los grupos económicos particulares y planteaba como condiciones disminuir la acción estatal y sofocar la agitación estudiantil. El plan básico no obtuvo aprobación formal; a pesar de ello, la educación superior entró en proceso de privatización y la universidad pública inició un camino crítico. Puede decirse que el movimiento estudiantil que presenció el Frente Nacional, no logró desprenderse de contradicciones que lo mantuvieron dividido entre las reivindicaciones puramente académicas y las tentativas por aliarse a los movimientos populares; además, fue víctima de recios enfrentamientos con la fuerza pública, aspectos que no le permitieron conservar sus triunfos por largo tiempo. No obstante, este movimiento constituyó un instrumento importante de difusión de las reivindicaciones y luchas populares registradas en el período y fue indudablemente uno de los movimientos estudiantiles más beligerantes de nuestro país.



Enseñanza técnica

A fines del sesenta se crearon los institutos de enseñanza media diversificada (INEM), proyecto en el que el Banco Mundial invirtió 10 millones de dólares. Su concepción se inspiró en las escuelas comprensivas norteamericanas, como opción educativa para los sectores medios y bajos de la población. Las modalidades ofrecidas eran formación industrial, comercial, académica, promoción social y agropecuaria. En 1972 y 1973 las presiones ejercidas por el movimiento estudiantil y profesoral lograron que estos institutos otorgaran títulos equiparables al diploma de bachiller, medida que permitió a sus egresados el acceso a la educación superior; esta modificación condujo a que gran proporción del estudiantado que ingresaba a los INEM, viera en esta opción un trampolín a la universidad, más que una alternativa de educación terminal.

Con el fin de dar atención a la formación y capacitación de obreros y técnicos surgió en 1957 el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), como instituto descentralizado y adscrito al Ministerio de Trabajo. Su financiación se alimentó de cierto porcentaje proveniente de los salarios devengados por los trabajadores de las empresas públicas y privadas. En 1970 el SENA ofrecía programas de aprendizaje, complementación para trabajadores adultos, capacitación para soldados, formación profesional para desempleados o subempleados y asesoría a la mediana y pequeña empresa.

Creación de la Federación de Educadores

En la década del sesenta, el número de egresados de las escuelas normales aumentó notablemente, al pasar del 27.5% en 1960 al 44.2% ocho años después. La demanda de maestros, en respuesta al crecimiento de la educación, obligó a la incorporación de personal carente de formación y experiencia pedagógica, lo que unido a otros elementos propició el descenso de la calidad en la educación. De los 56 763 maestros existentes en 1968, sólo el 40% cumplía con los requisitos mínimos de formación. El nivel salarial, a pesar de los intentos de unificación de la década del treinta, no estaba establecido con precisión y presentaba desequilibrios según los recursos departamentales.

Las precarias condiciones del magisterio abonaron el terreno para que se cristalizara el sueño acariciado desde las primeras décadas del siglo: la constitución de una agrupación gremial de carácter nacional, surgida finalmente en 1969, bajo el nombre de Federación Colombiana de Educadores (FECODE). Esta organización reunió en un comienzo a todos los maestros de primaria, pero a partir de 1979 representó los intereses de todos los niveles de enseñanza. Se constituyó en una importante fuerza en el escenario de la educación colombiana, al desarrollar una persistente lucha en pro de reivindicaciones salariales, elevación y dignificación de la profesión docente y defensa de la educación pública. En 1979 se creó un nuevo estatuto docente que agrupó a los maestros de primaria y secundaria y en cuya elaboración tuvo incidencia FECODE.

En suma, el Frente Nacional se caracterizó por la expansión cuantitativa de la educación, la introducción de la planeación, el acentuamiento de la injerencia norteamericana en las políticas educativas, el fortalecimiento del sector privado y el afianzamiento de los desequilibrios y desigualdades educativas. Aunque el aumento cuantitativo parece a todas luces positivo, las desigualdades de los años cincuenta aún persisten, pues la expansión educativa afianzó a su vez las tendencias registradas en décadas anteriores.

De 1974 a 1990

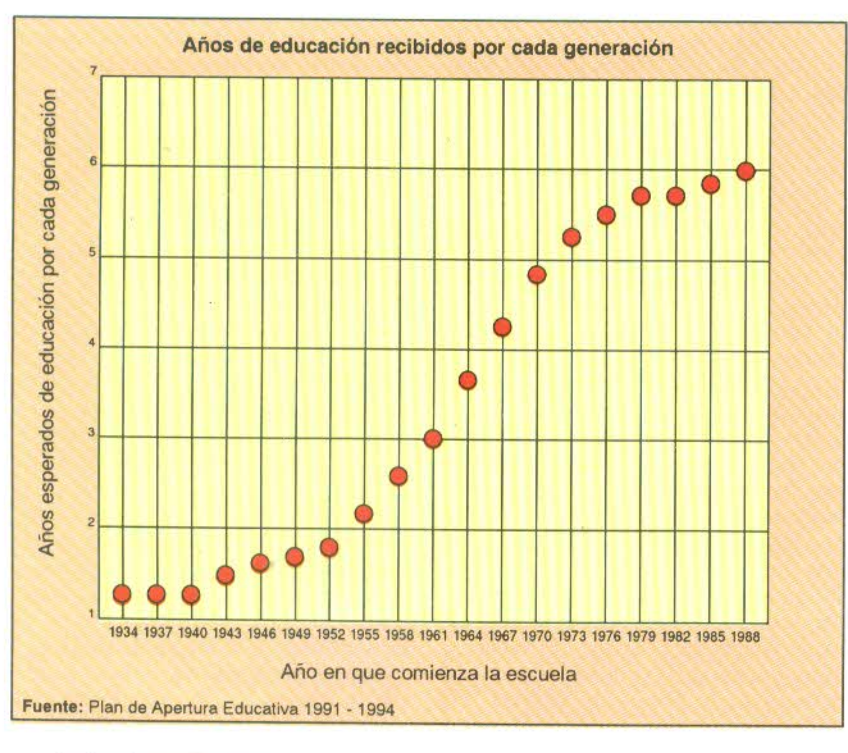
A partir de las décadas que sucedieron al Frente Nacional se adoptó un modelo de desarrollo neoclásico o neoliberal, abandonándose el modelo cepalino que asignaba al Estado mayor participación en la economía y en la sociedad. Este cambio obedeció a la recesión económica internacional, a la agudización de los conflictos sociales y políticos del país, y al acentuamiento en las tendencias de internacionalización de la economía mundial, que privilegian la libre iniciativa y el auge de los grupos económicos privados. La introducción de este modelo ha tenido graves repercusiones para la educación, al ocasionar la reducción progresiva de los aportes estatales y la adopción de políticas de autofinanciación. Estas medidas precipitaron la crisis de la educación pública y el fortalecimiento del sector privado, al tiempo que aplazaron o congelaron la solución a los problemas generados por el crecimiento de la educación a lo largo del siglo.

Con el propósito de mejorar la calidad y eficiencia, se expidió en 1976 el decreto 088 que organizó el sistema

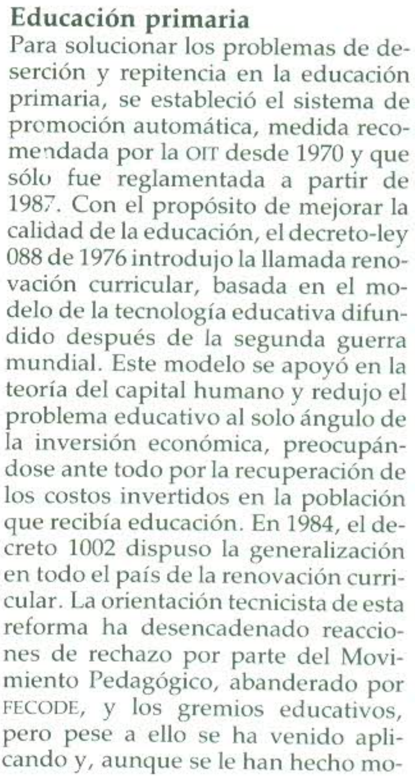
educativo en cuatro niveles: educación preescolar, educación básica —primaria y secundaria—, educación media e intermedia y educación superior. La introducción del concepto de educación básica retomó la recomendación hecha en 1970 por la Organización Internacional del Trabajo (OIT), que establecía un núcleo de nueve años que abarcaba cinco de enseñanza primaria y cuatro de educación media vocacional. En 1970 el gasto educativo representó el 13.6% de los gastos totales de la nación, en 1974, el 18.4%, y en 1978, el 20.1%. Aunque los recursos departamentales y municipales destinados a la educación ascendieron, hay mayor presencia de la nación, ya que sus asignaciones representaron en 1970 el 65% de los gastos totales y, en 1978, el 80%. Este hecho se debió a políticas que dispusieron la nacionalización de los costos de la educación pública, inicialmente del nivel de enseñanza primaria, a través de la ley 111 de 1960, y unos años más tarde los de secundaria, por medio de la ley 43 de 1975. El carácter vago y contradictorio de estas normas creó más confusiones de las existentes en cuanto a las atribuciones y responsabilidades correspondientes a la nación, los departamentos y municipios en la educación pública. Además de esto, el gobierno no contempló mecanismos para ampliar las fuentes de financiación del gasto educativo, requisito indispensable para asumir las obligaciones que se planteaban. Si a esta situación sumamos la crisis fiscal que en la actualidad registra el Estado y el paulatino desinterés en las inversiones sociales como la salud, los servicios públicos y la educación, el panorama de la educación pública no augura perspectivas optimistas para las décadas siguientes. En 1983 el Ministerio registraba un déficit de 39 millones de pesos, cifra equivalente al 30% de los gastos e inversiones previstas para ese año. El salario del magisterio se situó 25% por debajo del de los trabajadores oficiales; la suma que el Estado adeudaba a los maestros por incumplimiento en el pago de sueldos y prestaciones sociales ascendía a más de 40000 millones de pesos. Dando palos de ciego frente a un problema de extrema magnitud, los dos últimos gobiernos, de Virgilio Barco (1986-1990) y César Gaviria (1990-1994), han planteado la descentralización de la educación, medida que trasladará los gastos del sector a entidades diferentes de la nación, pero no dará soluciones plausibles a la crisis financiera.

Alfabetización y cobertura educativa

Para 1982 Colombia contaba con 28 479 000 habitantes, el 65.4% de los cuales se ubicaba en el área urbana. De esta población sólo 7 millones tenían acceso a la educación formal, mientras los analfabetas adultos llegaban a 5 millones. Entre 1951 y 1985, la tasa de analfabetismo para la población mayor de diez años había descendido del 38.5 al 12.2%. En el sector rural la tasa era del 23.4% y en el urbano, del 7.3%. El 88% de la población comprendida entre los tres y cinco años no había sido atendida por los programas de preescolar. En 1982 existían 45674 centros educativos, que cubrían los diferentes niveles de educación formal, especial y de adultos, en donde cursaban estudios 6 665 895 personas. Según afirma el Plan de Apertura Educativa (PAE) del gobierno de César Gaviria (1990-1994), en la actualidad el 88.4% de la población en edad para ingresar a la primaria está siendo atendida, pero la retención durante todo el ciclo sólo es del 40%. Los servicios de educación secundaria y media vocacional cubren al 46% de los jóvenes comprendidos entre los 13 y 19 años; el 69.8% de los egresados del bachillerato tiene acceso al primer semestre de educación superior, pero la retención es inferior al 40%. La educación primaria y secundaria está atendida por 22000 empleados administrativos y 280 mil docentes, de los cuales 200 000 dependen del sector oficial.

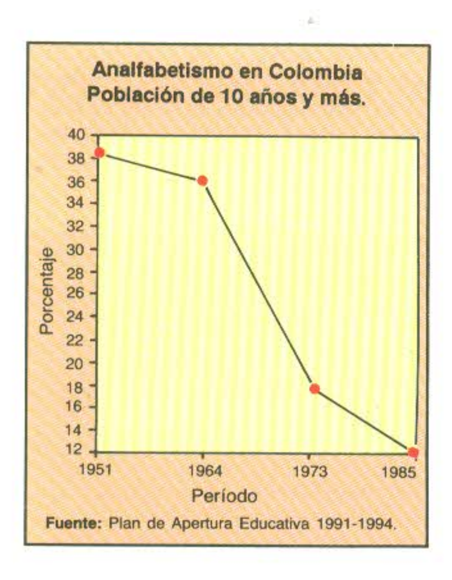


Fuente: Plan de Apertura Educativa 1991 - 1994



Educación primaria

Para solucionar los problemas de deserción y repitencia en la educación primaria, se estableció el sistema de promoción automática, medida recomendada por la OIT desde 1970 y que sólo fue reglamentada a partir de 1987. Con el propósito de mejorar la calidad de la educación, el decreto-ley 088 de 1976 introdujo la llamada renovación curricular, basada en el modelo de la tecnología educativa difundido después de la segunda guerra mundial. Este modelo se apoyó en la teoría del capital humano y redujo el problema educativo al solo ángulo de la inversión económica, preocupándose ante todo por la recuperación de los costos invertidos en la población que recibía educación. En 1984, el decreto 1002 dispuso la generalización en todo el país de la renovación curricular. La orientación tecnicista de esta reforma ha desencadenado reacciones de rechazo por parte del Movimiento Pedagógico, abanderado por FECODE, y los gremios educativos, pero pese a ello se ha venido aplicando y, aunque se le han hecho mo-



dificaciones, todavía conserva la concepción tecnicista que le dio origen.

En 1982 existían 33 890 establecimientos en donde se impartía educación primaria a 4 086 200 estudiantes, el 35% de los cuales residía en el área rural. Había 111 803 maestros y representaba el 84.9% del total de los maestros de primaria. En 1988, bajo la presidencia de Virgilio Barco, entró en vigor la promoción automática y resulta significativo que esta disposición tarde una década para ser puesta en marcha. El PAE dispone además la creación de un año cero, preescolar, con el fin de disminuir la repitencia en el nivel primaria, pues se considera que es una de las mayores pérdidas en la inversión educativa. Para ampliar la cobertura en las zonas rurales y solucionar en parte la deserción escolar, se planea generalizar el programa de Escuela Nueva, que adecúa los horarios escolares a las características de las zonas rurales, al permitir que los niños campesinos se ausenten en las épocas de cosechas.

Educación media y vocacional

La tasa de escolaridad de la educación media y vocacional llegó en 1982 a un 44% y registraba una tasa de deserción del 54% entre 1975 y 1980. En 1980, el 46% de los maestros en este nivel carecía de formación académica adecuada. En la actualidad, las modalidades vocacionales agropecuaria o industrial no se han consolidado como ciclos terminales en el nivel de enseñanza media. Las ocupaciones que desempeñan los egresados de los INEM no se diferencian sustancialmente de las de los bachilleres clásicos, en cuanto al nivel de participación laboral, experiencia ocupacional, ni estructura salarial. Puede decirse que muchos de los objetivos de los INEM, y en general de los institutos de enseñanza técnica, no se han cumplido, porque no se previó la recesión económica experimentada en las décadas actuales, ni se alcanzó a presentir el incremento acelerado y anárquico de la educación media y superior, al tiempo que se ignoraba la estructura ocupacional de las décadas posteriores al sesenta. Estos hechos desencadenaron fenómenos de desempleo y sobreeducación, no sólo en Colombia, sino también en la mayoría de los países de América Latina.

Educación de adultos

En la actualidad la educación no formal carece de una estructura definida, probablemente por ser una de las modalidades surgidas más tardíamente. Según lo afirma el Ministerio, no se conoce la cobertura ni el impacto de los programas de educación no formal destinados a la capacitación de adultos, alfabetización, nutrición, salud, etc. En el país, cerca de cinco millones de adultos son analfabetas; algunas de las entidades que adelantan programas para cubrir este problema son el SENA, Acción Cultural Popular (ACPO), Fondo de Capacitación Popular, Educación Fundamental de Adultos y otros. A pesar de los intentos por expandir la educación a distancia, ésta aún es débil y se halla concentrada en el nivel de educación superior, cubriendo más que todo necesidades de actualización y perfeccionamiento de los docentes. Las campañas de alfabetización Simón Bolívar y Camina, emprendidas bajo los gobiernos de Julio César Turbay (1978-1982) y Belisario Betancur (1982-1986), trazaron ambiciosos planes de atención integral que cubrían todas las franjas de edad, pero los recursos financieros fueron escasos y prevalecieron intereses distintos de los educativos.

Educación superior

A las tradicionales carreras universitarias han venido a sumarse otras opciones de formación que ampliaron el rango de las profesiones hacia las especializaciones tecnológicas. En 1976 el Ministerio de Educación estableció cuatro modalidades de educación superior: formación intermedia profesional, formación tecnológica, formación universitaria y formación avanzada o de postgrado. La matrícula de educación superior mantuvo un crecimiento sostenido entre 1964 y 1977 registrando un aumento del 527% en este lapso; en ella sobresale la irrupción acelerada de la mujer y el aumento de los de alumnos en los establecimientos privados. Por áreas académicas se observan cambios, ya que hacia 1964 las preferencias se orientaban hacia carreras como ingeniería, ciencias de la salud y derecho, mientras que para 1977 profesiones como administración, economía y educación, absorbieron cerca del 50% del estudiantado. A finales del setenta, los profesores universitarios, pertenecientes al sector oficial, tenían en su mayoría una dedicación a la docencia de tiempo completo, mientras que en el sector privado prevalecía la vinculación temporal. No obstante, esta situación viene sufriendo variaciones debido a la crisis fiscal del sector público, que acarreó la congelación de las plantas de personal y la adopción de contrataciones temporales.

Entre 1972 y 1977 se duplicó el número de universidades y creció de manera desmedida la intervención del sector privado, representando más de las dos terceras partes de los establecimientos de formación superior. Según la modalidad académica, en 1980 el 1.6% de los estudiantes estaba matriculado en postgrado, 83.2% en la universitaria, 6.9% en la tecnológica y 8.3% en la intermedia profesional, proporciones de las que se deduce el predominio de la formación



Colegialas. Acrílico de la serie "Las escuelas", de Elsa Zambrano, 1979. Colección particular, Bogotá.

universitaria clásica frente a las modalidades intermedias, así como el escaso desarrollo de los estudios de postgrado. En 1988, el crecimiento de la educación superior era resumido por Augusto Franco en los siguientes términos: «Hemos pasado de 20534 estudiantes universitarios en 1959 a más de 600000 en la actualidad, de 25 universidades a más de 250 instituciones de educación superior, de 2425 egresados a más de 55000, de 3854 plazas docentes a más de 45000, de 886 profesores de tiempo completo a 13000». Y agrega que aunque se han presentado cambios cuantitativos y cualitativos importantes, «la universidad colombiana no puede aún calificarse de universidad desarrollada, de universidad de excelencia, pues sigue siendo, ante todo, una universidad docente, poco investigativa y poco comprometida con el desarrollo del país».

En materia de financiación, el PAE señala la necesidad de modificar la dependencia que tienen las universidades públicas respecto a las asignaciones de la nación, las cuales representan el 77% de sus ingresos. Se plantea la introducción de programas de autofinanciación y el aumento sostenido de las matrículas, a la vez que no se contempla la ampliación de su cobertura. Se recomienda la reestructuración del ICFES, retirándole las funciones de control académico, administrativo y financiero, con el fin de dejar prosperar libremente la iniciativa privada. En la actualidad, Colciencias ha sufrido una reestructuración en la perspectiva de situarse como entidad de lo que se ha denominado el Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología, el cual se propone orientar el desarrollo científico y tecnológico a través de las relaciones dinámicas entre el sector público, la sociedad y los creadores de conocimiento. Se reconoce la importancia de las ciencias básicas y de las ciencias sociales para la modernización del país y, por ende, la necesidad de promover su desarrollo y cualificación.

La Asamblea Nacional Constituyente y la orientación educativa

Las profundas transformaciones que registran la nación y el planeta entero en las postrimerías del siglo XX, han llevado a que todos los estamentos sociales reclamen la definición de nuevos rumbos en los destinos históricos del país. El gobierno de César Gaviria ha hablado del «revolcón institucional», para referirse al grado de profundidad que debe tener la redefinición de las estructuras sociales, en correspondencia con una sociedad moderna, tal como la concibe la mentalidad de finales de siglo.



Sello de correos conmemorativo del Año Nacional de la Educación y campaña de alfabetización Camina. Diseño de Marta Granados Villarreal, 1985.

En el año 1989 se abrió paso como una bola de nieve la propuesta de un referéndum nacional que aprobara la creación de una Asamblea Nacional Constituyente, elegida por votación popular en 1990 y en la cual participó la mayoría de los grupos políticos existentes en el país. La nueva Constitución, aprobada el 4 de julio de 1991, quiso dar respuesta a la tarea inaplazable de renovar las estructuras políticas, jurídicas y administrativas de la nación, al tiempo que expresó en su composición interna la presión ejercida por nuevas fuerzas sociales y políticas para obtener representación en el aparato estatal. Allí se consagró el acceso a la educación, la ciencia y la cultura, como uno de los derechos inherentes al ser humano y como un servicio público que tiene una función social. La Constitución ya no vincula de manera directa la orientación educativa con la religión católica, desplazándose el peso hacia una concepción secular. Se declaró la educación básica como obligatoria y con una duración escolar de diez años, así como gratuita en los establecimientos públicos. Se asignó al Estado la suprema inspección y vigilancia de la educación, pero no el peso de los gastos financieros, insistiéndose en la libertad de enseñanza y en la descentralización educativa.

Bibliografía

ARNOVE, ROBERT. "Políticas educativas durante el Frente Nacional 1958-1974". *Revista Colombiana de Educación*, Nº 1 (Bogotá, 1978), pp. 13- 44.

CURRIE, LAUCHLIN. *Bases para un programa de fomento para Colombia*. 2 Vols. Informe de la Misión del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. Bogotá, Banco de la República, 1951.

DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (DANE). *50 años de estadísticas educativas*. Bogotá, 1985.

ECHEVERRY, ALBERTO. *Santander y la instrucción pública, 1819-1840*. Foro Nacional por Colombia-Universidad de Antioquia. Bogotá, 1989.

GONZÁLEZ, FERNÁN. *Educación y Estado en la historia de Colombia. Controversia*, Nº 77-78 (Bogotá, 1978).

HERNÁNDEZ DE ALBA, GUILLERMO. *Aspectos de la cultura en Colombia*. Bogotá, Colcultura, 1978.

INSTITUTO COLOMBIANO PARA EL FOMENTO DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR (ICFES). *Compilación de normas sobre educación superior*. 5 Vols. Bogotá, 1974.

JARAMILLO URIBE, JAIME. "El proceso de la educación del virreinato a la época contemporánea". En: *Manual de Historia de Colombia*, tomo III. Bogotá, Colcultura, 1980, pp. 247-339.

LEBOT, IVÓN. *Educación e ideología en Colombia*. Medellín, La Carreta, 1979.

LOY MAYER, JANE. "La educación primaria durante el federalismo. La reforma escolar de 1870". *Revista Colombiana de Educación*, Nº 3 (Bogotá, 1979), pp. 45-61.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL. *Memorias de los ministros de Educación 1930-1946*. Bogotá.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL. *Disposiciones orgánicas y reglamentarias de la educación colombiana, 1903-1959*. Bogotá.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL. *La planeación educativa en Colombia. 1950-1986*. 2 Vols. Bogotá, 1986.

RAMA, GERMÁN. *Desarrollo y educación en América Latina y el Caribe*. 2 Vols. Buenos Aires, Kapelusz, 1988.

SALAZAR, JOSÉ ABEL. *Los estudios eclesiásticos superiores en el Nuevo Reino de Granada (1563- 1810)*. Madrid, Instituto Santo Toribio, 1946.

URIBE CELIS, CARLOS. *Los años veinte en Colombia. Ideología y cultura*. Bogotá, Alborada, 1991.

WEINBERG, GREGORIO. *Modelos educativos en la historia de América Latina*. Argentina, Kapelusz, 1984.

La medicina en Colombia

Néstor Miranda Canal



Mural de Luis Alberto Acuña para la sede de la Cruz Roja Colombiana, Bogotá, 1979-1980.

Antes de la llegada de los europeos, los dueños originales de lo que hoy es el territorio colombiano desarrollaron saberes y prácticas para enfrentarse a la enfermedad y a la muerte, en el marco de una cosmovisión propia y en armonía con su entorno natural. Los españoles, por su parte, llegaron a estas tierras con un bagaje médico constituido por las doctrinas hipocrático-galénicas, medievalizadas y pasadas por el tamiz de la esplendorosa civilización árabe de los siglos XI y XII, de un lado, y por las concepciones y métodos curativos creados por la sabiduría popular, mezclados con una buena dosis de elementos religiosos y mágicos, del otro. Los grupos africanos, violentamente arrancados de su suelo natal, también aportaron su medicina a esta compleja mezcla de razas y de culturas que hoy llamamos Colombia.

El panorama actual de estas medicinas reproduce la situación global de nuestra cultura: una medicina científica-institucional —llamada así por razones prácticas—, que hunde sus raíces en la racionalidad que a partir de la Grecia clásica conforma el hilo central de la cultura occidental, y que se expresa paradigmáticamente en la ciencia y la tecnología modernas; retazos de saberes y prácticas médicas de los grupos indígenas sobrevivientes; y la medicina de origen africano, que tiene su arraigo en las costas atlántica y pacífica y en las ciudades y campos cercanos a estas costas. La mezcla de estas medicinas presenta una diversidad sorprendente, a la cual contribuyen nuevas formas de medicina popular —sin descartar el charlatanismo en sus diversas variantes—, así como doctrinas médicas "paralelas" o "suaves", originarias de Oriente, como es el caso de la acupuntura, y de Europa, como la homeopatía.

En medio de este panorama, la medicina científica aparece como hegemónica, hecho que puede ser explicado por nuestra "afiliación" a la cultura occidental, a sus esquemas de pensamiento y a sus formas de organización económica, social y política. Sobre esta medicina, en lo fundamental, se centra este trabajo.

LA MEDICINA ANTES DE LOS ESPAÑOLES

Según el profesor Gerardo Reichel-Dolmatoff, parte del actual territorio de Colombia fue el centro de las culturas indígenas más avanzadas de América. Hace alrededor de 4000 años se habrían desarrollado en la selva amazónica algunos núcleos de población con agricultura extensiva y modalidades de vida centradas en la aldea, las cuales se proyectaron posteriormente a la costa atlántica colombiana y a la costa pacífica ecuatoriana, en donde desarrollaron la horticultura, la vida sedentaria y algunas tecnologías complejas. Desde estos sitios, habrían dado origen al *continuum* Olmeca-Maya y al *continuum* Chavín-Inca; es decir, que una parte del territorio nacional sería el centro originario de las civilizaciones maya e inca.

De este proceso de migraciones-asentamientos-migraciones fueron quedando los grupos indígenas que poblaban estas tierras cuando llegaron los españoles: los muiscas, asentados básicamente en el altiplano cundiboyacense; los taironas, en la Sierra Nevada de Santa Marta; los quimbayas, en los costados de la cordillera Central; y otra gran cantidad de grupos con rasgos culturales particulares, que habitaban las selvas amazónicas, la llanura del río Magdalena, el territorio del actual Chocó, la península de la Guajira y, en general, una buena porción de la geografía nacional.

De estos grupos, que constituían en 1650 el 80% de la población de la Nueva Granada, y que en 1950 sólo representaban el 1.34% de la población colombiana, actualmente sobreviven, y en muy precarias condiciones, aproximadamente 448 700 personas, según estadísticas del Departamento Nacional de Planeación (1989).

En todos estos grupos, con algunas variantes, existían concepciones sobre la enfermedad y sus causas, conocimientos sobre los agentes terapéuticos, sobre las diversas partes del cuerpo y sobre el funcionamiento de éste en su estado normal y alterado. La visión mágico-religiosa de la enfermedad tenía una aceptación generalizada. Se consideraba que la mayoría de los procesos morbosos tenían causas sobrenaturales, como la acción de divinidades y espíritus, o que se originaban a raíz de transgresiones de normas religiosas o sociales. Algunas enfermedades se atribuían a la presencia dentro del cuerpo de un espíritu, generalmente maligno. Actualmente, en algunas tribus amazónicas, existe una costumbre que ilustra sobre esta creencia: el hombre, en el momento en que su compañera da a luz, se acuesta en una hamaca a simular los dolores del parto, mientras la mujer se dirige al río para parir; de esta manera, el hombre atrae hacia él a los espíritus de la enfermedad, evitando que ataquen a la parturienta o al recién nacido.

Dentro de esta misma visión, se creía que mediante la utilización de la magia podía producirse la enfermedad en una persona o grupo de personas, como una familia o comunidad, y en los cultivos y animales domésticos. Para este procedimiento se hacía indispensable recurrir al ritual y utilizar figuras que representaran al agredido, así como objetos de su propiedad. Los muiscas, por ejemplo, acostumbraban enterrar o colocar objetos mágicos en sitios aledaños a las viviendas o lugares frecuentados por la persona o grupos de personas a quienes se quería "enfermar". Para superar esta situación era necesario recurrir, a su vez, a procedimientos mágicos.

El estado morboso generalizado o localizado en una parte específica del cuerpo, debido a la "pérdida" o "robo" del *alma* (espíritu vital), era ampliamente aceptado por las culturas precolombinas. Para recuperar el alma y superar el estado de enfermedad, recurrían a encantamientos, hechizos y rituales, en medio de los cuales el sanador sostenía con las potencias malignas titánicos combates. En estas situaciones, como en muchas otras, empleaban procedimientos terapéuticos de base religiosa o apoyada en procesos psíquicos: invocaciones, conjuros, extracciones figuradas, etc. También utilizaban cantos ceremoniales, como éste de la mitología guahíba, contra el dolor de cabeza, que denota, además, una delicadísima sensibilidad poética: «*Frío hacha / frío de gotas de agua. / Que se produzca mejoría. / Sal dolor, no molestes más. / Pececito, mueve la boca, / pececito, canta para que salgas*» (Museo del Oro).



Honras fúnebres de la nación Saliva. Grabado de la "Historia natural, civil y geográfica de las naciones situadas en el Orinoco", de Joseph Gumilla, edición de 1971. Biblioteca Nacional.

Aunque la frontera entre la visión mágico-religiosa y la empírica no es muy precisa, puede afirmarse que también existían concepciones y conocimientos médicos basados en la observación de la naturaleza, de la enfermedad y de la acción medicamentosa de ciertas sustancias. En diverso grado, había un conocimiento —y un cultivo— de la herbolaria medicinal, de los animales y de los minerales que tenían virtudes terapéuticas. Era frecuente que las heridas de guerra y las originadas en accidentes se trataran e interpretaran con el arsenal médico proveniente de esta perspectiva "naturalista". Pero, en general, en la práctica se mezclaban las dos visiones. La separación de planos —natural/sobrenatural—, característica del pensamiento occidental, no existía en las culturas precolombinas; para ellas, estos dos planos tenían nexos e interacciones permanentes. El siguiente texto sobre un ritual de la cultura calima ilustra esta concepción: «En el principio no había diferencia entre hombres y animales, los animales vivían como hombres. Cuando vino la muerte aparecieron el tiempo y los hombres, pero los hombres quedaron por fuera del mundo primordial que es la fuente de poder. El contacto involuntario con ese mundo significa desorden y enfermedad, mientras que el contacto voluntario por medio del ritual (baile, cantos, máscaras) permite al hombre regresar a ese estado de hombre-animal para obtener el poder sobrenatural y el control del cosmos» (Museo del Oro).

A partir del estudio de los idiomas indígenas, algunos estudiosos de la medicina de los grupos prehispánicos afirman la existencia en ellos de conocimientos anatómicos, fisiológicos, farmacológicos, etc. En cuanto a la anatomía, los muiscas tenían términos para nombrar la cabeza (*Zysqui*), la quijada (*Quynhua*), la oreja (*Cuhuca*), el cuello (*Gy Gyquin*), la glándula mamaria (*Chue*), el ombligo (*Mue, Tomsa*), el pene del adulto (*Nacua, Nea*), el pene infantil (*Nieta, Nie*), los genitales femeninos adultos (*Si*), los infantiles (*Siji*), el muslo (*Quihique*), el tobillo (*Coquine*), el cerebro (*Zote*), las meninges (*Zotugue*), el corazón (*Puyqui*), el hígado (*Chichiba*), la vejiga (*Jisugue*) y muchas otras partes y órganos, sin dejar de lado fenómenos como la saliva (*Quihyza*), el semen (*Ion*), las lágrimas (*Upcuaxiu*) y hasta la caspa (*Sinua*).

Los chibchas también tenían terminología para designar ciertos procesos y funciones, como por ejemplo, la menstruación (*Timi*). Esta tenía una importancia fundamental en la sociedad muisca y Roberto de Zubiría ha señalado el hecho de que el mismo término (*Timi*) se utilizaba para designar la mugre. El advenimiento de la menstruación, que daba paso a la posibilidad del embarazo (*Guasa*), era ocasión para un rito de paso; en ese momento se iniciaba para la mujer el período de la vida en el que ya no podía (*—Sa*, partícula negativa) ir al monte (*Gua—*).

Para nombrar la enfermedad existían varios términos: uno de ellos era *Choza* (*Cho—* bueno, y *—Za*, no), lo no bueno. A su vez tenían un repertorio

terminológico para diversas enfermedades: úlcera (*Gacha, Bimi*); úlcera, sarna, viruela (*Iza*); forúnculo, acné (*Sujusua*); diarrea (*Iu*); fiebre (*Chigu*); resfriado (*Jichucue*) y otros. Los enfermos tenían su dios sanador, *Cuchavira*, representado por el arco iris, el cual era objeto de ricas ofrendas.

Entre los procedimientos quirúrgicos de los muiscas sobresale, al igual que en muchos otros grupos indígenas —en particular los más desarrollados—, la trepanación de cráneos, efectuada con fines terapéuticos o ceremoniales. El antropólogo y arqueólogo Gonzalo Correal y el neurólogo Jaime Gómez González, quienes realizaron estudios sobre tres cráneos chibchas encontrados en diversos sitios del altiplano cundiboyacense (Sopo y Nemocón, en Cundinamarca y Belén, en Boyacá), constataron la práctica de este procedimiento entre los muiscas.

En todas las culturas indígenas precolombinas el sanador (brujo, chamán, sacerdote) gozaba de un gran poder. A menudo sus funciones "médicas" se confundían con funciones políticas y religiosas. Según Roberto de Zubiría, entre los muiscas existían dos clases de médicos: la primera era la de los jeques (deformación castellana del término chibcha *Chyquy* o sacerdote), quienes gozaban de una elevada posición; después estaba la de los hechiceros (*Zachua* o *Zachoa*), brujas (*Supcuaquin*) y demás curanderos, de nivel inferior. En su mayor parte, todos ellos obtenían el reconocimiento de sus comunidades luego de largos períodos de iniciación. En algunos casos, el cargo era de carácter hereditario.

A pesar de la hostilidad, mezclada con indiferencia y a veces con interés, que mostraron los colonizadores españoles hacia estas medicinas, y a pesar de los procesos generales de arrasamiento y mezcla cultural, algunas de las concepciones y prácticas curativas indígenas aún sobreviven, tanto en las comunidades indígenas actuales, como en las poblaciones colombianas mestizas asentadas en campos y ciudades. El antropólogo Carlos Pinzón ha realizado estudios sobre la medicina tradicional, que demuestran la vigencia y amplitud de esta larga sobrevivencia. En el país existen cerca de 15 000 curanderos, originarios en su mayoría del altiplano cundiboyacense, pero también provenientes del Amazonas, Tierradentro, la Sierra Nevada de Santa Marta y otros sitios. A su consulta, según cálculo de los investigadores, podría acudir el 70% de la población colombiana. Dentro de este conjunto, las mujeres, las brujas, en sus diversas modalidades (cósmicas, espiritistas y con poder de transformarse en animales), ocupan un lugar destacado. Ellas mezclan en su práctica, como los indígenas precolombinos, el uso de alucinógenos (plantas maestras), la adivinación por sueños, la lucha con espíritus, y procedimientos de tipo natural (manipulaciones manuales y "quirúrgicas", brebajes, bebedizos, ungüentos, etc.), sin que dejen de incluir también elementos de origen hispánico y hasta de la medicina científica.



Sepultura de un "piay" (médico), grabado de Riouxen "Voyages dans l'Amérique du Sud", del doctor J. Crévaux. París, Hachette, 1883. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

La medicina en la Colonia

Los cronistas españoles que recorrieron las tierras de lo que sería el Nuevo Reino de Granada dejaron en sus relatos testimonios —no siempre desprovistos de fantasía— sobre las medicinas indígenas y sobre las enfermedades de los aborígenes y las que sufrieron los propios españoles. En cuanto a éstas, puede decirse que entre estos dos grupos humanos se produjo un verdadero intercambio de "culturas patológicas", mucho más profundo y duradero que el que habría de producirse en términos de los saberes y las prácticas médicas.

Los indígenas carecían de las defensas naturales para enfrentar las enfermedades de los españoles, como la viruela y la lepra, por ejemplo. A esta vulnerabilidad contribuía el estado nutricional de los pobladores de estas tierras, pues su dieta, baja en proteínas de origen animal, estaba basada en carbohidratos. La yuca era el alimento fundamental de los indígenas de las tierras bajas, mientras el maíz lo era para los de las tierras altas.



José Celestino Mutis. Oleo de Pablo Antonio García del Campo, 1801. Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Además consumían otros frutos de origen vegetal (tubérculos, raíces, frutas) y, en escasas ocasiones, pescado y carne de diversos animales. Las prácticas alimenticias de algunos indígenas actuales permiten pensar que otra fuente de proteínas estaba constituida por diferentes clases de reptiles e insectos.

A la viruela y la lepra se añadieron otras enfermedades americanas y europeas, como la malaria, la fiebre amarilla, la disentería, el tifo exantemático, la fiebre tifoidea, y muchas otras más. Estas enfermedades se sumaron a la acción violenta de los conquistadores para arrasar las poblaciones indígenas, y en la Colonia siguieron ejerciendo su labor devastadora. La sífilis, cuya paternidad se disputan europeos y americanos, atacó con especial fuerza a los españoles de ultramar y también a los habitantes del Viejo Continente.

Entre las enfermedades no traídas por los españoles se han citado la tiña imbricada o *tokelao*, que atacaba a los indígenas del Chocó, el carate y la sarna, las bubas, la malaria y, tal vez, la fiebre amarilla. Las lesiones causadas por artrópodos, como el gusano de monte o nuche, eran muy frecuentes.

Los episodios epidémicos debidos a la viruela fueron repetidos y significativos durante todo el período colonial. Según el cronista Pedro de Aguado, la primera ola de esta enfermedad se produjo en 1558, dejando

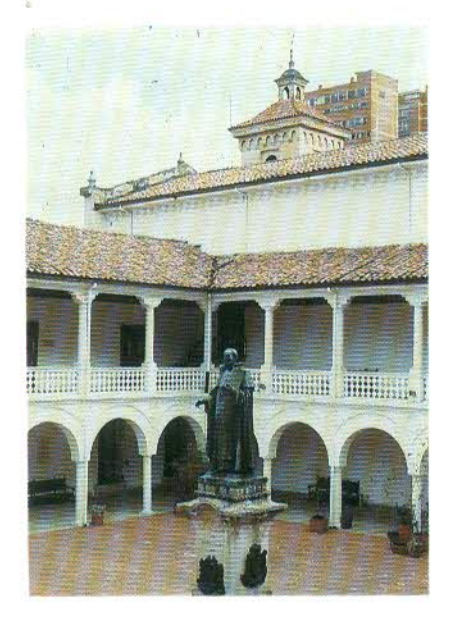
40 000 muertos: «A los que daba, se hinchaban y paraban adamascados y se henchían de gusanos». Esta epidemia habría tenido su foco inicial en La Española y habría sido traída por negros esclavos llegados al interior por el río Magdalena. El cronista Juan de Castellanos, residenciado en Tunja desde 1562, dice al respecto en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*:

Esta plaga vino de la costa
y pues sabían ya la furia de ella
facilísimamente se pudiera
cerrar la puerta por adonde vino
con impedir la boga por entonces
y poner guardias en el río grande...
Ansí una negra que venía
tocada de este mal contagioso
de la costa del mar a Mariquita
según común decir ha sido causa
de esta calamidad y desventura...

La segunda epidemia de viruela se produjo entre 1564 y 1573 y la siguiente entre 1587 y 1590, con un balance de mortalidad, entre las dos, de cerca del 90% de la población aborigen. Luego vendría un interregno aproximadamente de un siglo, hasta que entre 1693 y 1701 volvió a golpear la viruela en Santafé, con un saldo de 7000 muertos.

El tifo exantemático (tabardillo) era una de las enfermedades que se presentaban epidémicamente. El más célebre de los brotes epidémicos de esta enfermedad durante la Colonia, llamado la "peste de Santos Gil" por el notario de Santafé, que se hizo rico mediante la manipulación de los testamentos de los fallecidos durante la epidemia, se produjo en 1630. Un cronista afirma: «Entraba en las familias y luego de llevarse la mayor parte, las demás las dejaba tal que ni estaban para servirse, sino para llorarse, unos caían, otros convalecientes, y todos impedidos para socorrerse unos a otros [...], dudo que haya quien pueda declarar el número de muertos, pues eran tantos que no había lugar en las parroquias para sepultarlos». Otros episodios epidémicos de tabardillo tuvieron lugar en 1639 y 1688.

Una de las enfermedades americanas que merece la pena destacarse es la fiebre amarilla, que causó significativos estragos entre los españoles. De las "selvas" se trasladó a los asentamientos urbanos, gracias al mosquito *Aedes aegyptii*, que vino en los barcos negreros de los traficantes europeos. Otras enfermedades endémicas americanas, como la disentería y el paludismo, también contribuyeron a diezmar la población española, sin descartar a los mestizos, indígenas, mulatos y negros.



Claustro y monumento al arzobispo fundador fray Cristóbal de Torres, escultura de Dionisio Renart y García, 1909. Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá.

Médicos, curanderos y hospitales

Con los conquistadores españoles vinieron algunos médicos, muy pocos con estudios universitarios, un buen número de empíricos y también algunos charlatanes. En no pocas ocasiones algunos de los recién llegados debieron actuar improvisadamente como médicos. A la medicina practicada por los españoles se sumó la que practicaban los pobladores «de este Reyno». Por razones culturales y religiosas, los españoles se mostraron hostiles a la medicina americana, pero en muchas ocasiones debieron recurrir a los servicios de sobanderos, curanderos, brujos y toda clase de sanadores. Muchas de las prácticas indígenas eran calificadas como "supersticiones", "idolatría", "tratos con el demonio", etc. Los sacerdotes españoles indagaban en la confesión sobre este tipo de prácticas: «¿Has recurrido a un brujo?», era pregunta habitual en este sacramento.

El curandero de la época colonial se apoyaba en la materia médica indígena, en especial en la de origen vegetal, por razones de economía y prestigio mágico-religioso. También utilizaba plantas de origen europeo, como el romero, la salvia, la ruda, el beleño, la mandrágora y el muérdago. Pero la materia médica indígena dominó ampliamente sobre la europea y africana. Su importancia se expresa en el inmenso interés que ella suscitó en los botánicos y médicos del Viejo Continente y en los aportes efectivos al arsenal terapéutico de la medicina científica. Baste señalar a este respecto el caso de la quina.

Aunque este proceso no ha sido bien estudiado para Colombia, puede señalarse que de todas maneras se produjo un mestizaje de substancias terapéuticas, de ingredientes psicoreligiosos y, en alguna medida, de doctrinas y prácticas curativas. Junto a los curanderos trabajaron algunos miembros de las distintas comunidades religiosas que vinieron a evangelizar a los recién descubiertos, continuando una larga tradición medieval de lo que se llamó la "medicina conventual".

La función desarrollada por la medicina científica, al menos durante los siglos XVI y XVII, fue escasa. Los médicos con estudios universitarios eran muy pocos y los que había estaban al servicio de las autoridades coloniales, los ricos españoles y la élite criolla. Durante cerca de siglo y medio después del Descubrimiento, no hubo educación médica en el Nuevo Reino. Según algunos investigadores, la primera cátedra fue dictada por Rodrigo Enríquez de Andrade, médico del obispo fray Cristóbal de Torres, en 1636 en el Colegio Mayor de San Bartolomé; pero debió cerrarse en 1641 por falta de estudiantes. En el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario se hicieron otros intentos para introducir la enseñanza de la medicina. En 1673 se nombró como catedrático de esta materia a Juan Francisco de Páramo y en 1715 a José de la Cruz; pero ninguno de ellos ejerció la enseñanza, al parecer por falta de inscripciones. Otro tanto se sucedió a Francisco Fontes en 1732, quien venía de graduarse en Palermo. La cátedra comenzó finalmente en 1753 con José Vicente Román Cancino, en la Universidad Tomística, hasta el momento de la muerte de su titular en 1765. Para esta época ya estaba en la Nueva Granada José Celestino Mutis, quien habría de contribuir a cambiar la situación.

Sin embargo, de haber venido muchos médicos españoles durante los siglos XVI y XVII, la situación no hubiese sido muy distinta, pues durante el reinado de Felipe II, en especial después de la prohibición de 1558, que

impedía a profesores y estudiantes españoles visitar centros universitarios de otros países europeos y viceversa, España se cerró y entró en un período de relativa depresión cultural, que alcanzó a la medicina. Fue necesario esperar hasta el relevo de los Austrias por los Borbones, a comienzos del siglo XVIII, para que la situación cambiara y la medicina española restableciera el contacto con los centros del desarrollo médico y científico de los Países Bajos, Alemania, Francia e Inglaterra.

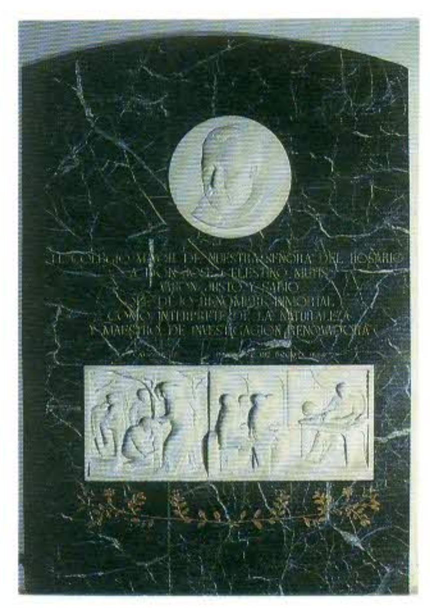
Otra institución de origen español, y en general europeo, fue el hospital. Ya en 1539 Gonzalo Jiménez de Quesada, junto con otros españoles, había elevado al rey de España una infructuosa petición para la construcción de un hospital. A comienzos de la Colonia, en 1564, fray Juan de los Barrios, quien había sido trasladado desde Santafé al arzobispado de Santa Marta, donó algunas casas de su propiedad en Santafé, para instalar en ellas «un hospital en el cual vivan y se recojan y curen los pobres que a esta ciudad ocurrieren y en ella hubiere así españoles como naturales». Así nació el hospital de San Pedro, ubicado en la esquina de la actual calle once con carrera sexta, el cual sólo empezó a funcionar a partir de 1569. Según Pedro María Ibáñez, primer historiador de la medicina y cronista de Bogotá, éste «se levantó sobre los planos del hospital de Granada, en España». En 1635, la administración y el manejo médico fueron entregados a la orden de San Juan de Dios.

Durante el resto de los siglos XVI y XVII y las primeras décadas del siglo XVIII, el hospital de San Pedro funcionó en las casas donadas por fray Juan de los Barrios, a espaldas de la catedral. En 1723 el prior del hospital, fray Pablo de Villamor, adquirió unos terrenos en la parte occidental de los límites de la zona urbana (calle de San Miguel) para trasladar el hospital, que ya por esta época quedaba estrecho en los edificios que ocupaba y constituía un problema de salud pública por su ubicación en el corazón de Santafé. El hospital se trasladó al nuevo sitio con el nombre de Jesús, María y José, y su inauguración tuvo lugar el 1º de enero de 1739. Desde antes de esta fecha, el hospital era más conocido con el nombre de San Juan de Dios y fue el centro de la actividad hospitalaria en Santafé durante el resto de la Colonia y todo el siglo XIX. En 1927 fue reubicado en los terrenos de los molinos de la Hortúa, en donde todavía funciona.

Cartagena ocupó durante toda la Colonia un lugar de importancia como centro administrativo, comercial y militar, por su ubicación estratégica como puerta de entrada al Nuevo Reino. Por esta razón, allí se crearon varias instituciones hospitalarias; la más destacada fue el hospital de San Lázaro, fundado en los primeros años del siglo XVII. El hospital de San Sebastián, luego de Santa Clara, llamado también de Caridad, habría sido erigido al poco tiempo de la fundación de la ciudad. Otras instituciones de reclusión de enfermos fueron los hospitales del Espíritu Santo, el Militar y la Obra Pía, para mujeres. El primer hospital de Popayán también data de los primeros años del siglo XVII.

La Ilustración y José Celestino Mutis

El advenimiento de los Borbones al trono de España marca nuevamente la vinculación de la cultura española al ámbito europeo, en particular a las corrientes ilustradas francesas. Con los Borbones se realizaron reformas económicas, sociales y políticas que alcanzaron los dominios de ultramar. Con ellas se pretendía transformar las estructuras creadas por los Austrias para poder competir con las potencias rivales —en especial Inglaterra—, que amenazaban seriamente el dominio español en las tierras americanas. El campo de la salud pública no fue ajeno a los intentos reformistas de los Borbones, apoyados por un amplio movimiento intelectual y político generado por los abanderados de esa "Ilustración incompleta" que fue la española.

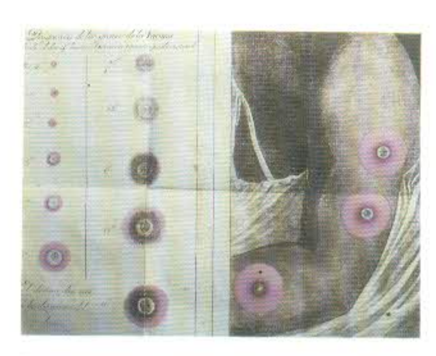


Monumento funerario a José Celestino Mutis, obra de Giulio Corsini, ca. 1963. Capilla de la Bordadita, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá.

La figura de José Celestino Mutis (1732-1808), quien llegó a la Nueva Granada en 1760, como médico del virrey Pedro Messía de la Cerda (1700-1783), ha sido vinculada por diversos estudiosos al proceso de difusión de las ideas ilustradas y a la introducción de la ciencia y la medicina modernas. Su obra en este sentido, al igual que su trabajo al frente de la Expedición Botánica, ha sido ampliamente estudiada. Sin embargo, a su labor como salubrista, en lo relacionado con la introducción y difusión de la vacuna contra la viruela, se le ha prestado poca atención. La revisión de dicha labor permite, por otra parte, establecer los nexos entre los



Hospital de San Juan de Dios, Bogotá. Diseño de los arquitectos Ramón J. Cardona y Pablo de la Cruz (1914). Fotografía de Ernesto Monsalve.



Progresión de los granos de la vacuna. Lámina del "Tratado histórico y práctico de la vacuna" de J.L. Moreau, traducción de Francisco Javier de Balmis. Madrid, Imprenta Real, 1803. Biblioteca Nacional, Bogotá.

procesos político-culturales y de salud pública que se daban en España y los que se producían —más o menos simultáneamente— en la Nueva Granada.

Los asuntos relacionados con la salud y la enfermedad preocuparon a los Estados, a los pensadores ilustrados y, como era apenas obvio, a los médicos del siglo XVIII, empapados de "el espíritu del tiempo". Algunos historiadores de la medicina han señalado como creaciones de la medicina ilustrada a: la pediatría y la ortopedia, "descubrimiento" del niño y del concepto de rehabilitación; la moderna siquiatría, que surge con el acto emblemático de la supresión de las cadenas en los alienados mentales; la medicina laboral; la medicina veterinaria, ligada a la penetración del capitalismo en el campo y al desarrollo de las técnicas agropecuarias; la estadística y la geografía médicas; la reforma de los pénsumes y métodos pedagógicos para la formación de médicos; y la propaganda médica.

Habría que señalar de manera particular dos problemas que fueron preocupación de los Estados y de los médicos ilustrados: la vacuna de la viruela, «el logro más importante» de la medicina de la Ilustración, y la lucha por la construcción de los cementerios en lugares periféricos de las ciudades. Como es sabido, la difusión de la variolización (inoculación del virus variólico como medio profiláctico para inmunizar contra la viruela) y la idea de enterrar a los muertos fuera de la iglesia, enfrentaron una fuerte resistencia que revela el peso de la tradición como factor opuesto al cambio. En ambos casos, las razones fueron de índole religiosa, lo cual no fue obstáculo para que en la lucha por lo nuevo coincidieran ateos y cristianos ilustrados.

Los encargados de impulsar las reformas borbónicas en lo que hoy es el territorio de Colombia fueron los virreyes que acompañaron los reinados de Carlos III (1759-1788) y de Fernando VII (1788-1808). En la difusión de las ideas de la Ilustración en el Nuevo Reino se destacó la figura indiscutible de José Celestino Mutis, quien además, en tanto médico, manifestó un gran interés por diversos aspectos de la salud pública, dentro de los cuales están los relacionados con la vacuna de la viruela y los cementerios.

Indudablemente, Mutis fue un médico ilustrado, formado dentro de la tradición de los llamados *novatores* españoles. Sin competidores dentro de los escasos colegas existentes en la Nueva Granada, Mutis se convirtió desde su llegada a estas tierras en el consultor de los virreyes en asuntos de salud pública. Siempre conservó, hasta su muerte, este carácter de funcionario oficial, a pesar de sus fallidas incursiones en las empresas privadas. La literatura médica que dejó abarca temas que van desde las reformas de los pénsumes médicos y el estado de la medicina y de la cirugía en el Nuevo Reino, pasando por la fisiología y la terapéutica, hasta la higiene y la salud públicas. Sus dos primeros escritos sobre la vacuna de la viruela datan de 1782. El primero de ellos es el titulado *Instrucciones sobre las precauciones que deben observarse en la práctica de la inoculación de las viruelas, formada del superior gobierno*, que aparece en medio de una dura epidemia de viruela y obedece a políticas emanadas del gobierno español.

Las *Instrucciones* previenen sobre la necesidad de que quien practique la inoculación posea unos conocimientos básicos sobre la misma. El escrito incluye dieciocho puntos que tratan sobre la técnica de la vacuna en general, las edades propicias y no propicias para su aplicación, las precauciones que hay que tomar en caso de que el candidato a la inoculación padezca alguna dolencia, el régimen que debe seguir el inoculado, etc., sin dejar de polemizar con quienes se oponían a la variolización con diversos argumentos, de los cuales el principal era el que afirmaba que los individuos al vacunarse estaban introduciendo en su cuerpo enfermedades que no tenían, lo cual configuraba un intento de suicidio. Dice Mutis: «Sería grande inhumanidad querer inocular a las mujeres embarazadas y a los sujetos habitualmente enfermos de ciertas disposiciones y achaques, que se resisten a una preparación capaz de poner al cuerpo en estado de mediana sanidad: estos son los casos exceptuados y en que tiene su debido lugar aquel principio moral de no deberse introducir una enfermedad que no hay, por la probabilidad de exponer en tales circunstancias voluntariamente al sujeto a peligro conocido de la vida. Pero no vemos que los observadores de tan religiosa máxima insistan por el contrario en enseñar y persuadir con el mismo empeño la obligación de conciencia, en que se hallan tales pacientes, de huir y evitar eficazmente todas las ocasiones y causas del contagio. Se ha creído generalmente que inocularse es el único medio de recibir a voluntad el mal, pero mantenerse dentro del fuego para recibirlo inevitablemente, es sólo en el concepto de tales gentes porque Dios lo envía».

La pasividad, montada sobre la aceptación fatalista de la enfermedad







Tres grabados del "Origen y descubrimiento de la vacuna", traducido del francés por el doctor Pedro Hernández y reimpreso en Santafé de Bogotá en la Imprenta Patriótica, 1802 (el primero con autógrafo de Manuel del Socorro Rodríguez). Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

«enviada por Dios», marcha paralela al rechazo del moderno método preventivo de la inoculación. Una actitud piadosa tradicional y volcada hacia el pasado puede ser, pues, más peligrosa que una práctica médica nueva, que si bien para el siglo XVIII no había sido esclarecida en sus mecanismos inmunológicos, si tendía a comprobarse idónea por sus resultados prácticos. Más adelante Mutis opondría el cálculo a la teología.

El otro escrito de 1782 es una adaptación de un método «probado bien en la ciudad de México en la epidemia de viruelas que allí se experimentó el año de 1779» y que también tuvo buenos efectos en Cartagena de Indias. Al año siguiente, Mutis envió una comunicación privada a una de las figuras de la administración colonial ilustrada, el marqués de Sonora, en la cual le informa de la epidemia que todavía aflige a Santafé y que ya ha realizado sus funestos estragos en Santa Marta, Cartagena, Mompós, Honda y en los alrededores de esas ciudades. Además de los aspectos propiamente médicos, se revela en esta comunicación la ambigüedad que vivió Mutis en cuanto fue, al mismo tiempo, "el oráculo de este reino" y un funcionario de la administración colonial.

Pero el escrito en que Mutis se revela más a fondo como director del "partido de la vacuna" se titula *Defensa del uso científico de la vacuna de Jenner*, fechado en noviembre de 1796 en Santafé. Allí habla de la amplitud de la polémica que se ha suscitado alrededor de la variolización y que ha comprometido no sólo a médicos, sino también a «físicos, matemáticos, juristas y teólogos», quienes han combatido «por los derechos de la humanidad, de la religión y del Estado».

Este episodio de la variolización sintetiza en buena medida el papel jugado por Mutis en la salud pública y en la medicina. Paralelamente, Mutis desarrolló una profunda actividad como educador médico, la cual se concretó en los planes de estudio de 1802 y 1805, elaborados en colaboración con Miguel de Isla, que respondían a orientaciones que dejaban atrás las ideas galénicas y la medicina escolástica, para vincularse a las corrientes de la nueva medicina que habrían de plasmarse en la "medicina triunfante" del siglo XIX. Esta actividad también se concretó en el grupo de discípulos que le sobrevivieron, entre los que se encontraban figuras



Miguel de la Isla ("Fundador de la primera escuela de medicina, octubre 1 de 1802"). Oleo del Taller de los Figueroa, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá.



Vicente Gil de Tejada, catedrático de medicina. Oleo de autor anónimo de la primera mitad del siglo XIX. Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá.

como Miguel de Isla, Vicente Gil Tejada y otros, los pocos médicos que hicieron el tránsito de la Colonia a la República en condiciones ciertamente difíciles.

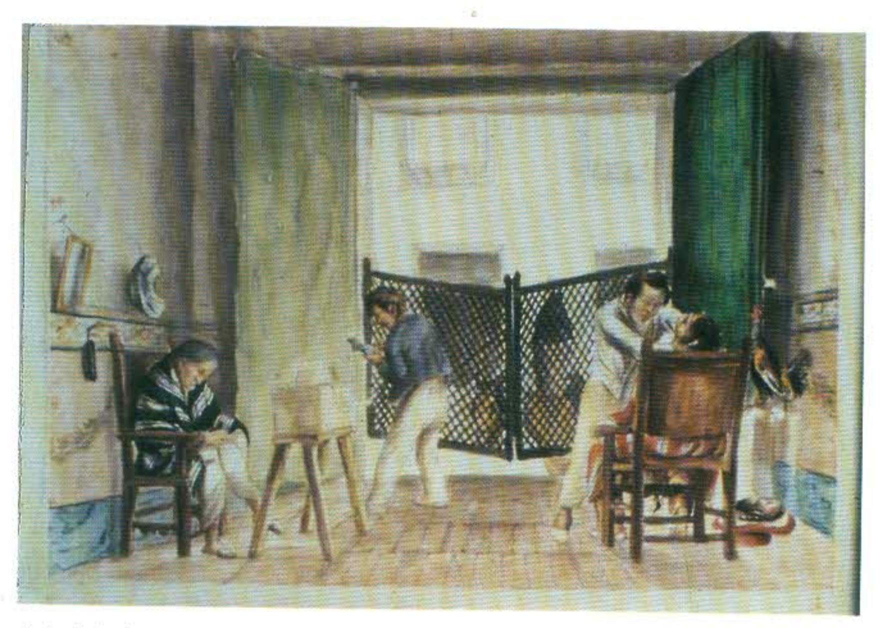
Las epidemias de Santafé (1795-1796)

En los números 176-177, de 1795, y 259, de 1796, del *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, apareció una serie de artículos bajo el título "Reflexiones sobre el origen de las comunes enfermedades que despueblan este Reyno". Según Ernesto Andrade Valderrama, los dos primeros artículos parecen escritos por Manuel del Socorro Rodríguez (1756-1819), o al menos por una persona ajena a la profesión médica. El tercer artículo, según el mismo comentarista, sí se debe a un médico y deja entrever la posible autoría de Mutis o de Gil Tejada. Los dos primeros escritos constituyen una unidad, en la cual se configura una larga admonición contra aquellos individuos que descuidan su salud y que practican formas de vida nocivas. Pero la mayor parte está dedicada a atacar el chichismo, como habría de suceder durante todo el siglo XIX y parte del XX: «¿Quién creyera, que cuando la Humanidad y la Religión han hecho desaparecer del Reyno de Cundinamarca aquellos sacrificios sangrientos, aquellos ritos abominables y aquellas costumbres torpes, tan odiosas a la Naturaleza, había de quedarse triunfando la Embriaguez?».

El último artículo describe la situación de salud existente en Santafé. Afirma que la mayor parte de las enfermedades que se observan no son debidas al "temperamento"; dentro de las más comunes, cita el tabardillo (tifo exantemático), que ataca en especial a las gentes más pobres; si el origen de las enfermedades fuese el temperamento —añade el articulista— «serían acometidos igualmente todos los habitantes». En cambio, señala que las malas condiciones higiénicas de las viviendas están en el origen de esta «fiebre pútrida». El autor establece, además, causas para otras enfermedades frecuentes: las pleuresías inflamatorias y falsas y el reumatismo se deben al «dormir desabrigados, y exponerse estando acalorados a un viento frío, y desnudo el pecho»; la hidropesía es debida al abuso de alimentos y bebidas y a una defectuosa evacuación; «las flucciones de muelas regularmente las padecen los literatos, o personas dedicadas a leer, y escribir, y no las gentes del bajo pueblo», la constipación, la pesadez de la cabeza y la ineptitud para los movimientos se deben a la falta de ejercicio y son propias de las clases «acomodadas». El escrito termina con unas breves consideraciones ambientales, históricas y turístico-religiosas.

SIGLO XIX: "MEDICINA PROPIAMENTE MODERNA" Y RUPTURA

El historiador alemán Charles Lichtenthaler llama a la medicina del siglo



La barbería dentistería. Acuarela de José Manuel Groot, ca. 1830. Colección Rivas Sacconi, Bogotá.

XIX «medicina propiamente moderna», para significar que ella está en la base de las actuales doctrinas y prácticas médicas, y para diferenciarla de la "medicina moderna", que corresponde al período histórico que parte del Renacimiento y se proyecta en la actualidad. La medicina «propiamente moderna» se conforma en los años finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, y está integrada por tres maneras de concebir la enfermedad: la anatomoclínica (que considera a la enfermedad como una alteración en la estructura y forma de un órgano o parte del cuerpo), creada en el espacio del hospital —llamada por ello también medicina hospitalaria—, y apoyada en la semiología y en la anatomía patológica; la fisiopatológica (la enfermedad como alteración de las funciones orgánicas), fundamentada en la fisiología y en la fisiopatología; y la etiopatológica (la enfermedad producida por un agente externo), que se desarrolló sobre la base de disciplinas tales como la microbiología, la toxicología y la bacteriología. Estas dos últimas formas de concebir la enfermedad se gestaron en el espacio del laboratorio, razón por la cual se engloban en el concepto de medicina de laboratorio. A partir de la creación de estas dos, toda la medicina anterior se convirtió, en sentido estricto, en historia de la medicina.

En la década de los sesenta del siglo pasado se produjeron algunos hechos que configuran lo que podría llamarse una "ruptura" con la medicina colonial y que permitieron la entronización definitiva en Colombia de la medicina hospitalaria. Algunas décadas después penetró la medicina de laboratorio. Desde estas épocas, con los desfases debidos a la distancia y a las condiciones de nuestro proceso de desarrollo dependiente, la medicina colombiana quedó vinculada orgánicamente a la medicina internacional. Pero para llegar a esa ruptura se produjeron algunos procesos que vale la pena reseñar.

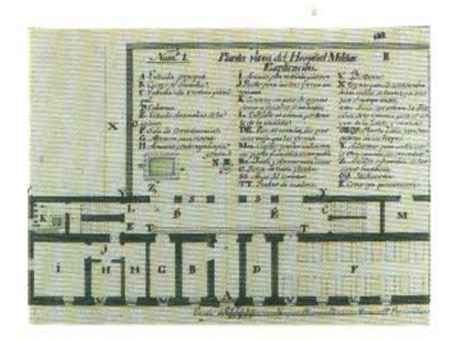
La Gran Colombia y la medicina

Los trastornos generados por la Independencia impidieron aplicar los planes de estudios diseñados por Mutis y Miguel de Isla. Algunos de los discípulos de Mutis se vincularon a la lucha independentista, incursionando de vez en cuando en el terreno de la medicina. En el lapso que va de 1810 a 1821, a los tradicionales problemas de salud se sumaron los que, en todos los terrenos, generaron las guerras de independencia y reconquista. La Gran Colombia, que se disolvió en 1830, tampoco aseguró una estabilidad que permitiera el funcionamiento de las nuevas instituciones republicanas. Pero en lo que tiene que ver con la medicina, se produjo un hecho importante: la creación de la Universidad Central de Santafé, junto a sus homólogas de Quito y Caracas, por ley del 18 de marzo de 1826.

La creación de la nueva universidad se puede vincular a un programa educativo global impulsado, en buena medida, por el general Francisco de Paula Santander. Este plan, que arranca desde 1820, pretendía organizar la educación en todos los niveles, con el objeto de preparar el recurso humano que el nuevo país necesitaba para superar las secuelas dejadas por el colonialismo español. No eran ajenas a este propósito educativo las intenciones patrióticas de un pueblo que salía de la guerra y se consideraba en guerra. En el marco de estas intenciones puede ubicarse un decreto emitido por el vicepresidente de Colombia, general Santander, mediante el cual se imponía en las escuelas la enseñanza de ejercicios militares los días de fiesta y los jueves por la tarde, estableciéndose que para ello «los niños tendrán fusiles de palo y se les arreglará por compañías nombrándose por el maestro los sargentos y cabos entre los que tuvieren mayor disposición. El maestro será el comandante».

La Universidad Central abrió sus puertas en 1827, con las escuelas de filosofía, ciencias naturales, jurisprudencia, teología, literatura y bellas artes y medicina. Las cátedras que conformaban el plan de estudios médicos eran las siguientes: anatomía general, particular o descriptiva y anatomía patológica, fisiología e higiene, nosología y patología, terapéutica y farmacia, clínica médica y quirúrgica y medicina legal. La cátedra de anatomía patológica se dictó a partir de 1844, bajo el magisterio del médico francés Eugène Rampon, quien había llegado al país en 1838.

La Escuela de Medicina de la Universidad Central debía contar, según el reglamento, con biblioteca, anfiteatro anatómico, laboratorio de química y farmacia, colección de instrumentos quirúrgicos y jardín de plantas medicinales. Debía, además, cumplir en buena parte las funciones que durante la Colonia habían desempeñado los tribunales del protomedicato: someter a examen a «sangradores, parteras y farmaceutas», inspeccionar boticas, estimular y vigilar la creación de juntas de sanidad y, en general, asesorar al gobierno en materias de salud. Para estos efectos, integró una "corporación", en la cual aparecían como "ministros del tribunal" las figuras más sobresalientes de la medicina colombiana de la primera mitad del siglo XIX: Juan María Pardo, primer director (decano) de la Escuela de Medicina, Benito Osorio y José Félix Merizalde. A este grupo se unió el francés Bernard Daste.



Planta del hospital militar de Santafé de Bogotá, 1805. Mapoteca del Archivo General de la Nación, Bogotá.

Por estos años, el país médico vivió, como sucedió en Europa y en los demás países americanos, la polémica entre las doctrinas médicas del escocés John Brown (1735-1788) y las del francés François Joseph-Victor Broussais (1772-1838). Las primeras fueron introducidas por los médicos ingleses Ninian Ricardo Cheyne, Lucio Davoren, el doctor Dudley y otros que vinieron con la Legión Británica. Las segundas fueron difundidas por los médicos franceses Pedro Pablo Broc, Bernard Daste, Desiderio Roulin e Hipólito Villaret. Cuando arribaron al país los médicos franceses Eugène Rampon y Antoine de Laloubie, la polémica se había extinguido y ya nadie defendía las doctrinas de Broussais y de Brown. Estas habían sido ampliamente superadas por la medicina hospitalaria, que penetraba poco a poco en la Universidad Central y dentro de los profesionales de la medicina, a través de los espacios dejados por las concepciones de Broussais.

La acentuada inestabilidad política e institucional de la primera mitad del siglo pasado no permitió la consolidación de la Universidad Central ni de su Escuela de Medicina. Su funcionamiento fue irregular. Desde los años cuarenta, ante la quiebra de la educación médica formal empezaron a imponerse dos sistemas de formación de médicos. El primero era el de la enseñanza libre, adelantado mediante la modalidad de tutoría privada. El aspirante recibía las orientaciones de un médico de reconocida trayectoria, generalmente en la casa de éste, lo acompañaba en sus visitas a los pacientes, de vez en cuando al hospital, y leía por su cuenta la literatura médica existente. El segundo sistema —que constituyó una vía mayor de elitización de la profesión médica, pero que al mismo tiempo significaba un avance en el terreno académico— consistía en salir al exterior para recibirse como médico. Francia fue el país de las preferencias y en especial París.

La ley del 15 de mayo de 1850 sobre la libertad de enseñanza y de ejercicio profesional, promulgada durante el gobierno de José Hilario López, y en el marco de las reformas ultraliberales de esta época, reforzó estos dos sistemas de estudios médicos. La única variación que introdujo fue que los colegios nacionales deberían refrendar los títulos. Pero para ejercer no se necesitaba licencia, pues cualquiera, así no hubiese realizado estudios médicos, tenía el derecho de curar o matar, y cobrar por ello. Algunos se hicieron médicos, como diría tiempo después Manuel Uribe Angel, «por el mismo sistema por el cual se hacen hoy nuestros generales, es decir, por asalto y sin las gradaciones de ordenanza».

A esta ley tan dañina, en particular para la medicina, se opusieron los médicos desde un comienzo. En un artículo enviado desde Cali por Emeterio Cajiao a *La Lanceta,* en junio de 1852, luego de una retórica introducción en la cual se dirigía a los redactores del periódico diciéndoles que «alguna vez habría de lucir la aurora; y a vosotros os ha tocado en suerte descorrer el denso velo de la noche», se afirmaba: «El ejercicio de la medicina está absolutamente envilecido entre nosotros, y ahora toca su último grado de postración, desde que la ley permitió al empirismo y al ciego charlatanismo lanzarse a la mano salva en el seno de la sociedad en busca de medios y estimación, que sólo debieran alcanzar los que han consumido un capital y los mejores días de su juventud en los anfiteatros y hospitales». En este terreno de la restitución de los estudios médicos —y en otros campos de la medicina—, jugó un papel central Antonio Vargas Reyes, la figura más destacada de la medicina colombiana de mediados del siglo XIX.



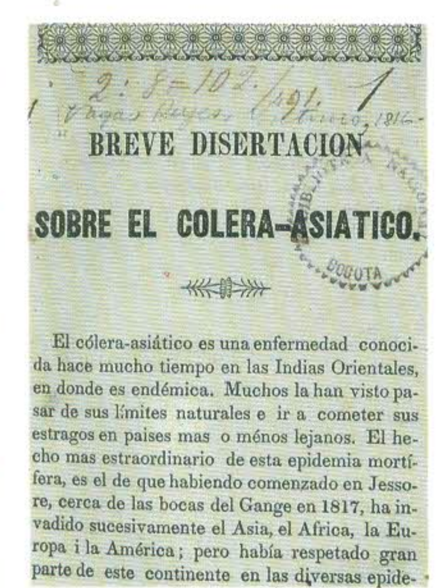
José Félix Merizalde. Fotografía de la Colección J.J. Herrera, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.



Antonio Vargas Reyes. Fotografía de la Colección J.J. Herrera, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

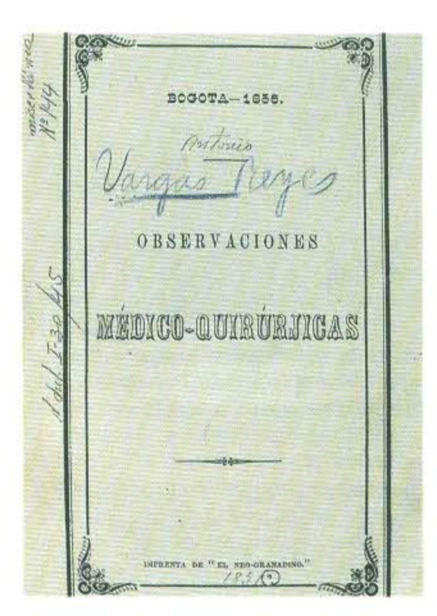
Antonio Vargas Reyes

Antonio Vargas Reyes nació en Charalá, en 1816, en una familia caída en desgracia a causa de sus simpatías realistas. Dentro de sus parientes se encontraban varios médicos. Luego de una infancia y una adolescencia desdichadas, se graduó de médico, en Bogotá en 1838, de la Universidad Central. En 1842 viajó a París, en donde repitió prácticamente todos sus estudios. Interesa su formación en esa ciudad, por cuanto su influencia en la medicina colombiana entre 1850 y 1870 será definitiva para aclimatar la medicina anatomoclínica, y en general la medicina francesa, y para abrirle paso a la medicina hospitalaria. Allí recibió durante el invierno de 1842-1843 un curso de anatomía de Sappey, destacado anatomopatólogo que se distinguió por sus investigaciones en cirrosis, y de Jules-Germain Cloquet (1790-1883), quien describió el ganglio linfático que lleva su nombre, se preocupó por apoyar la cirugía en la anatomía, realizó estudios sobre osteología y escribió el *Manual de anatomía descriptiva del cuerpo humano,* entre


BREVE DISERTACION

SOBRE EL COLERA-ASIATICO.

El cólera-asiático es una enfermedad conocida hace mucho tiempo en las Indias Orientales, en donde es endémica. Muchos la han visto pasar de sus límites naturales e ir a cometer sus estragos en paises mas o ménos lejanos. El hecho mas estraordinario de esta epidemia mortífera, es el de que habiendo comenzado en Jessore, cerca de las bocas del Gange en 1817, ha invadido sucesivamente el Asia, el Africa, la Europa i la América; pero habia respetado gran parte de este continente en las diversas epide-


BOGOTA—1856.

Antonio Vargas Reyes

OBSERVACIONES

MÉDICO-QUIRÚRJICAS

IMPRENTA DE "EL NEO-GRANADINO."

Dos obras del médico Antonio Vargas Reyes: "Breve disertación sobre el cólera asiático" (Bogotá, Imprenta de Antonio M. Pradilla, 1849) y "Observaciones médico-quirúrgicas" (Bogotá, Imprenta de El Neo-Granadino, 1856). Biblioteca Nacional, Bogotá.

1825 y 1835. Por esta misma época, Vargas Reyes siguió las clases de medicina interna de François Chomel (1788-1858), quien dentro de la más ortodoxa visión anatomoclínica —más propiamente semiológica tradicional— afirmaba, reivindicando la palpación y la percusión: «Es cierto que con el termómetro puede saberse exactamente el grado de la temperatura corporal, pero resulta totalmente inadecuado para comprender las otras cualidades del calor patológico. El mejor instrumento que el médico puede utilizar sigue siendo, por tanto, su propia mano».

Vargas Reyes también asistió a la clínica quirúrgica de Philibet Joseph Roux, amigo íntimo de Bichat y decidido partidario de la cirugía inglesa, y del gran Louis Marie del Velpeau (1795-1868), compañero del célebre internista Armand Trousseau (muy conocido también en nuestro país). Velpeau representó a cabalidad la corriente "empirista" de la cirugía romántica francesa, opuesta a la "científica" de Dupuytren y Roux. Fue también un connotado maestro y escribió en 1823 un texto de anatomía quirúrgica y el *Tratado de las enfermedades del seno*, cuando ya Vargas Reyes estaba en Colombia. Según los discípulos del colombiano, éste era un experto en tales enfermedades.

Velpeau se opuso a la utilización del éter en la supresión del dolor operatorio, pero reconoció su error cuando en 1846 se introdujo en Francia este tipo de anestesia por vía inhalatoria. Es indudable que esta tendencia "empírica", representada por el maestro francés, fue asimilada por Vargas Reyes y transmitida a sus discípulos y a los colegas que lo seguían. Como Velpeau, el médico santandereano era ducho en extirpar tumores cancerosos del seno. Mucho debió aprender en el Hôtel Dieu de París, al lado de Velpeau y Roux. En el hospital de maternidad, fue discípulo de Louis Dominique Alfred Richet; cuando Vargas Reyes asistió a sus intervenciones, Richet tenía sólo 27 años. Un año después, en 1844, Vargas Reyes asistió al curso de cirugía práctica de Charles Marie Edouard Chassaignac (1805-1879), del cual muy seguramente aprendió la técnica del drenaje y de la aspiración de los abscesos, que registró en el *Traité pratique de la suppuration et du drainage chirurgical* (1859).

En campos no estrictamente quirúrgicos, Vargas Reyes fue discípulo del descriptor del reblandecimiento del cerebro, Leon Rostan (1790-1866), quien además fue un célebre internista. Y como gran orgullo, Vargas Reyes señala el haber asistido a los cursos de uno de los fundadores de la toxicología moderna, el exiliado español Mateo Buenaventura Orfila. Estos fueron sus profesores más destacados, quienes, además del ambiente médico parisino de mediados del siglo XIX, debieron dejar honda huella en el médico de Charalá. «La escuela de medicina de París representa el movimiento científico del mundo entero», dice en 1856 el biógrafo y discípulo de Vargas Reyes, Emilio Gamba Pereira.

En 1847 Vargas Reyes regresó al país. Venía preparado dentro de las más ortodoxas líneas de la medicina hospitalaria, de la clínica francesa, con «sus profundos conocimientos sobre las enfermedades del pecho y su práctica en la auscultación y percusión, preciosos medios sin los cuales no se puede conseguir el diagnóstico diferencial de un número infinito de afecciones», y con sus habilidades de cirujano fundamentadas en un amplio conocimiento anatómico, al que dedicó tal vez la mayor parte de su tiempo en Francia. Los más destacados ciudadanos de la capital le pidieron que se quedara. Vargas Reyes se quedó y empezó a ejercer su magisterio y su pontificado, al lado de otros médicos formados en Colombia y de los cada vez más numerosos que llegaban de París y traían la finura y agudeza de la clínica francesa. A su alrededor, esos médicos se nuclearon con el objeto de crear *La Lanceta*—homónima de la célebre publicación inglesa— en 1852, para combatir la ley del 15 de mayo de 1850 y pedir la reglamentación del ejercicio de la medicina. Cerrada *La Lanceta*, después de su sexto número, Vargas Reyes impulsó con éxito una nueva publicación, *Gaceta Médica de Colombia*, en 1864, y logró reiniciar la enseñanza de la medicina en la Escuela de Medicina (privada), fundada también por él en 1864. Todos estos pasos se concretarían en la Universidad Nacional de Colombia, en 1867, donde Vargas Reyes sería el primer decano de medicina.


N.° 1.° Bogotá 17 de Abril de 1852. Año 1.°

La Lanceta.

PERIODICO DE MEDICINA, CIRUJIA, HISTORIA NATURAL, QUIMICA I FARMACIA.

La Lanceta.

Primera plana del primer número de "La Lanceta, Periódico de medicina, cirugía, historia natural, química y farmacia", creado por Antonio Vargas Reyes. Abril 17 de 1852. Biblioteca Nacional, Bogotá.

El médico santandereano también realizó una exitosa carrera desde el punto de vista financiero. Abrió su propia botica, en la «segunda calle del comercio, frente al altozano de Santo Domingo», en donde despachaba sus fórmulas «con mucha exactitud», daba «consultas todos los días, menos los de fiesta, de las diez y media a la una de la tarde» y practicaba «la extracción de muelas, postura de cedales, cauterización de la matriz, vegija o uretra, etc. en un gabinete reservado, para las personas que no quieren ser vistas [...] cada consulta vale un peso fuerte, que se pagará en el momento. Para los pobres da recetas gratis los viernes a la misma hora». También importaba libros de medicina, que eran vendidos en la misma botica. Los autores eran, obviamente, franceses en su mayoría: Chomel, Trousseau y Pidoux, Cruveilhier, Magendie, Nelaton, Laennec, Richerand, Souverain, etc., según anuncios publicados en la *Gaceta Médica de Colombia*, en 1864.

Vargas Reyes se preocupó por toda clase de temas médicos: clínica, medicina legal, educación médica, salud pública, entre otros. Incursionó también en el terreno de los problemas sociales y políticos. Más aún, reivindicaba para los médicos el derecho a intervenir en estas problemáticas y tenía sus propias ideas sobre las desigualdades sociales y sobre la forma de resolverlas.

Vargas Reyes realizó una labor que tuvo repercusiones muy profundas en la medicina nacional en el siglo pasado. Cuando se creó la Universidad Nacional, sostuvo una dura polémica con los que impulsaron este proyecto, pues pensaba que todo lo que viniera de ese Estado «descuadernado» de la década de los sesenta del siglo XIX no tenía futuro. Sin embargo, fue el primer decano de la Escuela de Medicina.

La década de los sesenta: la ruptura

Cuando el doctor Vargas Reyes y otros de sus colegas inician la publicación de *La Lanceta* («Periódico de medicina, cirugía, historia natural, química y farmacia»), en 1852, ya la influencia de Broussais había finalizado, pero su dominio fue amplio. Manuel Uribe Angel, en un interesante estudio sobre la medicina en Antioquia, escrito hacia 1881, cuenta que desde la llegada del doctor Hugo Blair a Medellín —médico de la Legión Bri-



Manuel Uribe Angel.
Dibujo de Alberto Urdaneta, febrero 15 de 1881.
Album Urdaneta, Biblioteca Nacional, Bogotá.

tánica—, hasta 1850, «todo lo que por acá venía, estaba calificado con el tipo de medicina de Broussais». Señala que el reinado de esta medicina finalizó hacia 1852-1853 y que fue prácticamente la única medicina existente, junto a su "correctivo" minoritario, «la doctrina inglesa» (Brown), que era profesada por los doctores Jervis y Williamson, en Antioquia.

Uribe Angel hace un juicio severo sobre el *broussismo*. Dice: «El sistema dominante [el de Broussais] consistía en ver inflamaciones en la mayor parte de las dolencias y en ver comburentes en la mayor parte de los agentes medicinales. De estas dos circunstancias debía resultar, y resultó, que los primeros pasos dados por nuestros doctores fueron marcados con el sello de una timidez lamentable. Esta medicina esencialmente negativa y miserable, encerró el espíritu de los sabios en un círculo tan estrecho, que comprimido el pensamiento no encontraba expansión ni salida posibles. Temerosos del incendio que podían producir los tónicos francos, los purgantes, los vomitivos y los estimulantes de todo género, cayeron forzosamente en el empleo de cataplasmas y fomentaciones emolientes; en el uso y en el abuso de mucilaginosos y refrescantes; en la aplicación funesta de sangrías generales y locales, y en lo más desgraciado todavía, de someter a los pacientes a una tristísima y mezquina dieta que rayaba en un sistema de inanición. Creo que matamos no pocos infelices con esa precaria y deplorable medicina. Dios nos perdone el mal por el intento (!)».

Una vez superadas las teorías de Broussais, el campo estaba libre para la entronización de la medicina hospitalaria, concebida y desarrollada básicamente en Francia. Los médicos colombianos que estudiaron en París, y en otros sitios de Francia y Europa, regresaron armados de las concepciones de esta medicina. Dentro de este grupo de médicos, la figura central fue Vargas Reyes; pero para abrir el campo efectivamente a la nueva mentalidad, fueron necesarios tres hechos que se produjeron en la década del sesenta.

El primero fue la creación de la *Gaceta Médica de Colombia*, cuyo primer número apareció en Bogotá el 6 de julio de 1864. Antes de esta publicación, Vargas Reyes y su grupo habían editado, en 1852, *La Lanceta*, de la cual sólo se imprimieron seis números; a este respecto se decía en el primer número de la *Gaceta*: «Hubimos de suspender nuestras tareas, porque comprendimos que nuestra labor no estaba al alcance de las exigencias del país». La *Gaceta*, que se publicó durante tres años consecutivos, dio inicio a la literatura médica periódica en Colombia. A partir de esta publicación los médicos del país han contado con órganos de información y difusión, de actualización en relación con la medicina internacional, de publicación de sus trabajos, de discusión sobre las políticas de salud pública y de enseñanza médica y, en fin, de mecanismos de aglutinación profesional y defensa de sus intereses gremiales.

El segundo hecho fue la fundación de la Universidad Nacional de Colombia, en 1867, a la cual antecedió en el terreno de los estudios médicos la Escuela de Medicina, impulsada por Vargas Reyes en 1864. Desde entonces, el país ha contado con una Facultad de Medicina estatal central, cuyos planes de enseñanza fueron durante mucho tiempo el modelo para las otras facultades existentes en el siglo XIX (Antioquia, Popayán y


GACETA MÉDICA DE COLOMBIA.

MEDICINA, CIRUJIA, CIENCIAS FISICAS I NATURALES, etc, etc.

AÑO I. BOGOTÁ, 6 DE JULIO DE 1864. N.º 1.º

ADVERTENCIA.

"GACETA MÉDICA."

Primer número de "Gaceta Médica de Colombia", dirigida por Antonio Vargas Reyes. Julio 6 de 1864. Biblioteca Nacional, Bogotá.

Cartagena). A esta facultad confluyeron estudiantes de todas las regiones de Colombia, lo cual la configuró como un verdadero núcleo de unidad nacional. A su vez, sus planes de estudio fueron el instrumento mediante el cual la medicina "propiamente moderna" se naturalizó en el aprendizaje y ejercicio de la medicina.

El último proceso tiene que ver con la conformación de un cuerpo médico, organizado inicialmente alrededor de la *Gaceta Médica de Colombia* y de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, el cual se concretaría en la creación de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá, en 1873, organización que habría de convertirse en la Academia Nacional de Medicina. Este proceso tuvo expresiones regionales, dentro de las cuales se destaca la de Antioquia, en donde en 1887, por iniciativa de Manuel Uribe Angel y José Ignacio Quevedo, se fundó la Academia de Medicina de Medellín. Esta Academia empezó en ese mismo año a publicar los *Anales de la Academia de Medicina de Medellín*.

La homeopatía

Una de las primeras medicinas "paralelas" que apareció, fue la homeopatía, la cual había sido concebida por Samuel Hahnemann (1755-1843). La historia de esta doctrina en Colombia ha dado sus primeros pasos, llenándose un vacío que todavía existe para otras medicinas "suaves".

La primera publicación partidaria de estas teorías apareció en Bogotá en 1866 y se titulaba *La Homeopatía*. Según se afirma en el primer número de esta publicación, quien introdujo estas doctrinas fue Víctor Sanmiguel, después de leer, en 1853, *El Organón*, «primera obra de homeopatía que vino a esta ciudad». Sanmiguel adoptó las ideas expuestas en esa obra y las transmitió a su hijo José

LA HOMEOPATIA

Similia similibus curantur

PERIODICO MENSUAL DEL INSTITUTO HOMEOPATICO DE COLOMBIA

Año 9 | Bogotá (Colombia), Agosto de 1893 | ENTREGA 25

INSTITUTO HOMEOPATICO DE COLOMBIA

SESION DEL 2 DE AGOSTO

En la ciudad de Bogotá, á 2 de Agosto de 1893, se reunió el Instituto Homeopático con el *quorum* regla-

Entrega No. 25 de "La Homeopatía", periódico mensual del Instituto Homeopático de Colombia, agosto de 1893. Biblioteca Luis Angel Arango.

Peregrino, así como a los europeos Robert H. Bunch y David Castello. También fue discípulo suyo el cubano Salvador Riera, quien se encargó de difundir esta medicina en el Socorro, Zipaquirá, Bogotá y Antioquia. Otro de los nuevos adeptos a la homeopatía es "el científico" Higgins. Como sucedió en todos los países en donde se introdujo la homeopatía (curación por lo similar: *Similia similibus curantur*), aquí también se suscitó una abierta polémica entre ésta y la medicina científica o alopática (curación por el contrario: *Contraria contrarius curantur*).

Los médicos homeópatas, a diferencia de los alópatas, recibieron con beneplácito la ley de libertad de enseñanza y ejercicio de las profesiones del 15 de mayo de 1850, frente a la cual se exclama en el primer número de *La Homeopatía*: «Bendita sea mil veces esta disposición». Las doctrinas de Hahnemann tuvieron una relativamente amplia difusión en Colombia durante el siglo XIX, según dicen sus órganos de difusión. En 1869 el Instituto Homeopático, que agrupaba a los partidarios de esta tendencia, tenía miembros —médicos y no médicos— en Bogotá, Cartagena, Barranquilla, Popayán, Cali, Ocaña, Zipaquirá, Funza, Ambalema, La Mesa, Sogamoso, Calamar, Socorro, Chiquinquirá, Vélez, Neiva, Anolaima, Norosí, Palcahita y Nóvita. También contaba con afiliados en Madrid, París y Estados Unidos. En Bogotá, además de *La Homeopatía*, se publicó *La Sociedad Hahnemanniana*, y en Cartagena, *El Correo de Bolívar*.

La influencia en esta última ciudad posiblemente se debió a Rafael Núñez, quien fue un decidido partidario de las doctrinas homeopáticas. Otro célebre personaje simpatizante, y que además terció en la polémica contra los médicos alopáticos, fue el poeta Rafael Pombo, quien escribió cerca de medio centenar de poemas al respecto. En el último terceto de su soneto "Bacteriología" expresa:

Y si a Pasteur vetasteis, porque no era /doctor;
y si hoy su ignorancia es vuestra ciencia
¿¡qué érais ayer!? ¿¡qué son vuestros /diplomas!?

Para 1874 existían en Bogotá cinco boticas homeopáticas y los médicos partidarios de estas doctrinas luchaban porque se les concediera una sala especial en el hospital de Caridad, en donde sanar sus enfermos y poder confrontar sus resultados con los de la medicina alopática. A través del Instituto Homeopático, trataron de reglamentar internamente su práctica, comprometiéndose a no asistir enfermos en número superior al que fuera posible atender «en razón de sus horas disponibles del día natural, y del tiempo necesario para el estudio que reclaman la ciencia y los enfermos mismos». También establecieron una tabla de tarifas:

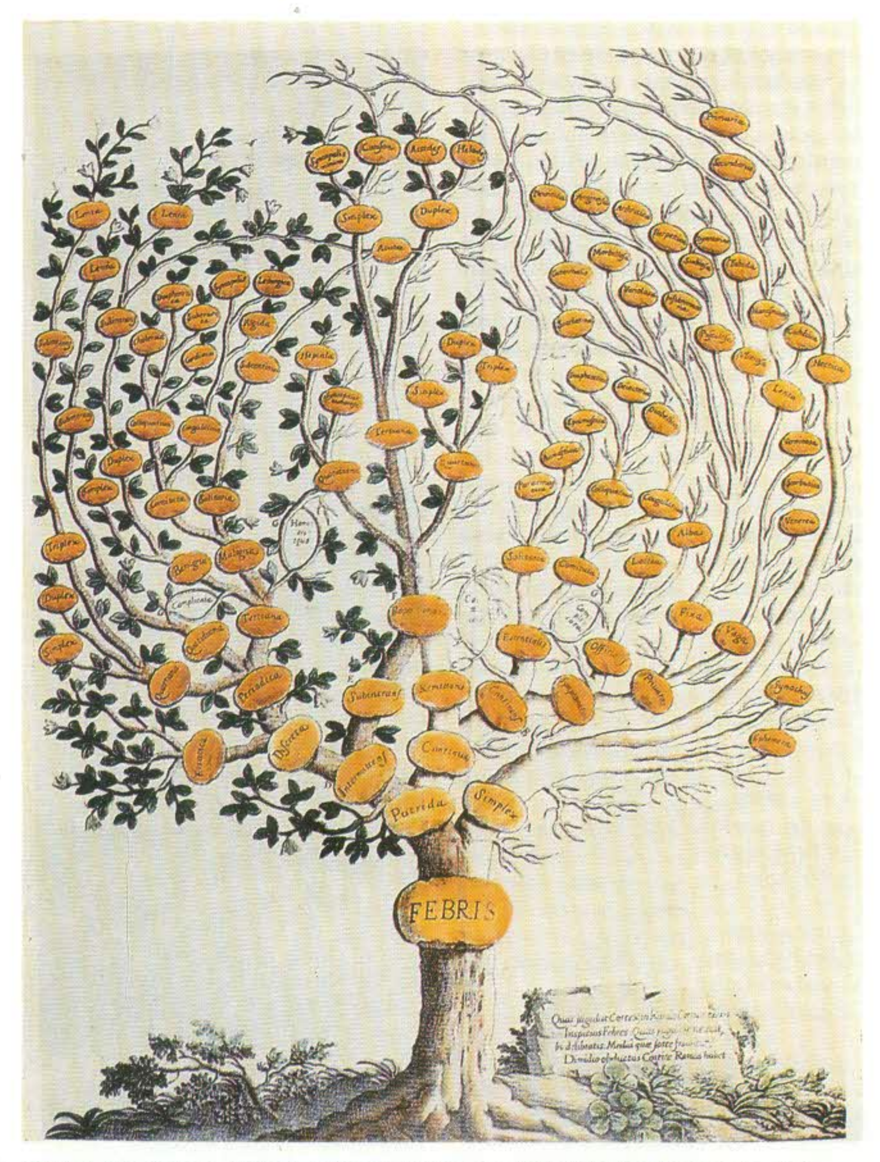
«Examen del enfermo (en casa de éste) para mal agudo	$ 2.00
Las siguientes visitas para mal agudo, cada una . .	$ 1.00
Visitas en la noche hasta las 11	$ 2.00
Visitas en la noche después de las 11	$ 4.00
Examen del enfermo (en su casa o en la del médico) por males crónicos no excediendo de media hora .	$ 2.00
Excediendo de media hora	$ 4.00»

Se estipulaba, además, que en caso de tratamiento de un mal crónico debía suscribirse un contrato entre el médico y el enfermo, cancelando este último la mitad del valor total al iniciarse el tratamiento. Como se ve, no dejaban de ser meticulosos los homeópatas de aquella época en el asunto de las tarifas.

Durante la Regeneración, se les concedió oficialmente la licencia para ejercer la medicina, incluso a aquellos homeópatas que no habían cursado estudios médicos regulares. Después de esta época de relativa figuración, durante la segunda mitad del siglo XIX, la homeopatía pasa a ocupar un lugar secundario en relación con la medicina alopática.

Enfermedades y problemas de salud

Las enfermedades que azotaron a la población colombiana durante la Colonia, continuaron su acción devastadora durante el siglo XIX, como en el caso del paludismo, fiebre amarilla, viruela —a pesar de las campañas de vacunación—, tifo exantemático y otras. Las diarreas, debidas a diversas causas, fueron culpables de los altos índices de morbi-mortalidad en la población infantil. La situación de salud se veía agravada por la desnutrición y la ausencia de servicios básicos y de medidas de saneamiento ambien-



"El árbol de las fiebres". Grabado de Francesco Torti para el libro "Therapeutice specialis ad febres quasdam perniciosas", publicado por la Universidad de París. Biblioteca Nacional, Bogotá.

tal. En medio de esta situación, el cólera se convirtió, durante todo el siglo pasado, como en el presente, en una amenaza real para los habitantes de Colombia.

En los círculos médicos y no médicos empezó a hablarse con profusión sobre esta enfermedad especialmente a partir de 1832, cuando su forma epidémica alcanzó la parte norte del continente americano, luego de haber barrido a Europa proveniente de la India. Desde allí pasó a México y a otros países de Centroamérica, para alcanzar Panamá en abril de 1849. Ante la amenaza, por decreto de la Gobernación de Cundinamarca, se le encomendaron a la Sociedad Filantrópica, de la cual era presidente José Hilario López, «las funciones y deberes de Junta de Sanidad Provincial», para que «pueda obrar para evitar la terrible enfermedad del cólera morbo». La Sociedad, entre otras acciones, publicó un periódico llamado *El Filántropo*, cuyo primer número vio la luz el 17 de agosto de 1849. Esta publicación contiene datos interesantes sobre la epidemia de 1849, que tuvo como puerta de entrada a la ciudad de Cartagena.

El primer número de *El Filántropo* incluyó, entre otros artículos y documentos, un "Opúsculo sobre el cólera" debido al doctor Bernardo Espinosa, el cual se continuó en los números 2 y 3. La pregunta que se hace el autor, luego de reseñar el recorrido de la epidemia desde la India hasta Panamá, es: «¿Y seguirá propagándose al interior, dirigirá su marcha al sur? He aquí la cuestión del día; mas en esta capital se circunscribe mucho, se pregunta ¿llegará a Bogotá?». A pesar de algunas opiniones que creen posible que la enfermedad llegue a la capital, Espinosa guarda la esperanza de que ello no suceda, basándose en tres argumentos: no ha aparecido en ningún punto geográfico «de igual latitud que Bogotá»; teniendo en cuenta la altitud, el sitio más elevado al que ha llegado ha sido la ciudad de México, que está 363 metros más abajo que la capital colombiana; y, finalmente, en Bogotá existen algunas circunstancias que la defienden del cólera, como «su latitud, su elevación, su clima y las peculiares a cada individuo, porque no está por lo menos la clase indigente, que es la más expuesta, en peor situación que la semejante de las grandes ciudades del hemisferio austral».

El articulista no descarta de plano que el cólera pueda atacar a Bogotá, pero señala que si esto sucede la enfermedad adquirirá características más benignas, ya que se ha visto que a medida que se aleja de su lugar de origen va disminuyendo su fuerza morbífica y letal, «esto, porque un miasma venenoso como creo que es la causa de esta enfermedad, no hay duda de que al pasar por diferentes temperaturas, por diferentes influencias, y estar bajo las leyes naturales del tiempo, debe modificarse y por fin destruirse [...]. Así es que fundado en tales razones y en las expresadas anteriormente deduzco que si acaso llega el cólera a Bogotá será benigno».

La parte del "Opúsculo..." de Espinosa incluida en el número 2 de *El Filántropo*, está dedicada a enumerar y explicar las medidas que deben tomarse para prevenir la enfermedad, bajo el título de "Higiene". Convencido como estaba el autor del origen miasmático del cólera (contagio por contacto con una atmósfera impregnada de "miasmas" emanados de las materias orgánicas en descomposición) —la teoría miasmática sólo sería derrotada por la teoría microbiana de Pasteur a finales del siglo XIX—, daba mucha importancia a las medidas tendientes a purificar y renovar el aire. Señalaba las siguientes medidas: «1. Un aseo general para que no se cargue

El Filántropo.

Primer número de "El Filántropo", agosto 17 de 1849. Biblioteca Nacional, Bogotá.

de sustancias nocivas; 2. Hacerlo renovar con frecuencia; 3. Dispersar en él materias propias para purificarlo, de las sustancias deletéreas que contenga; y 4. No exponerse a un aire demasiado frío, ni permanecer por mucho tiempo en aquellos parajes donde se pueda aumentar su temperatura».

Espinosa señala otras medidas: recomienda tomar preferiblemente el agua corriente, cuya conservación debe hacerse en vasijas limpias, en las cuales se depositarán trozos de azufre con miras a purificarla; en cuanto a los alimentos, previene sobre las carnes de cerdo y de res saladas que presenten algún signo de putrefacción, sobre «las legumbres que no estén en sazón», sobre los alimentos crudos, sobre los lácteos y todo lo que produzca indigestiones. Dice que el ají ha curado el cólera. Recomienda «abrigo y buen régimen de vida», «la templanza y un régimen moral», «el paseo», evitando las reuniones donde haya mucha gente (el calor «promueve» el cólera), y, a continuación, el autor penetra en las sutilezas de la influencia del psiquismo sobre el nivel orgánico: «Los que estén inclinados a creer que no llega el cólera y persuadidos de que no es contagioso, es casi seguro que no les dé; pero deben tomarse siempre precauciones, y como la imaginación obra en gran parte, y la conciencia ayuda, debe arreglarse ésta para que desaparezcan los temores». Esta segunda parte se cierra con un análisis de las posibles causas y síntomas y con la descripción de los períodos de la enfermedad: «Primer período, incubación, incipiente, y colerina [...] Segundo período, Período de incremento, Cólera [...] Tercer período del cólera, Ciánico. Estado, Cólera álgido, azul, asfítico [...] El cuarto y último período, reacción o estado febril».

La reseña de los dos últimos períodos inician el número 3 de *El Filántropo*, en donde además señala los métodos empleados para el tratamiento del cólera y describe los hallazgos anatómicos *post mortem* en las víctimas de esta enfermedad. Además del "Opúsculo" de Espinosa, la publicación incluye diversos documentos y notas, las instrucciones en relación con el cólera morbo emanadas de la Academia de Ciencias de París, una comunicación de la *Presse de Paris* sobre procedimientos terapéuticos y una "Receta preservativa para el cólera" en verso. En algunos de sus apartes dice:

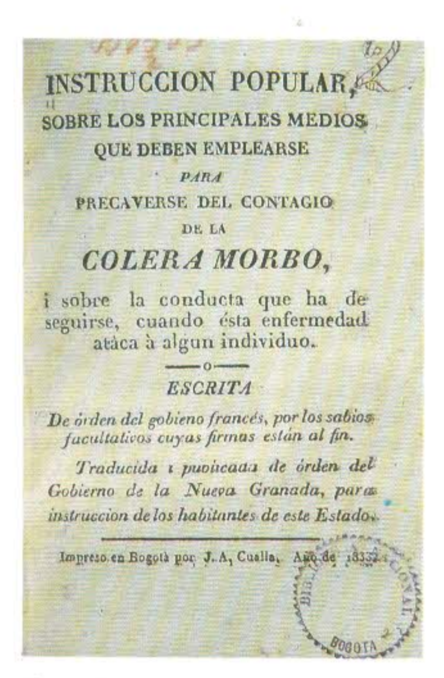
Vivir sin miedo,
Comer asado,
Verduras pocas,
Licor escaso,
Tertulias fuera,
Nada de teatro,
De noche en casa,
Andar al campo,
Pescados frescos,
Y no salados:
...
Heces y orina
Lejos del cuarto
Con buen vinagre
Recibir vahos
...
Corteje a Venus
El Dios Vulcano,
Ni una manzana
De árbol vedado...

La Sociedad Filantrópica organizó, además, una colecta para atender los gastos necesarios en caso de epidemia de cólera. La encabezaba el «ciudadano presidente José Hilario López». Figuraban también entre los donantes José Asunción Silva, Manuel Ancízar, primer rector de la Universidad Nacional, Lino de Pombo, Manuel Murillo, los destacados médicos José Félix Merizalde y Bernardino Medina, entre una larga lista que en su conjunto había aportado la suma de $ 11 175. También figuraban como donantes algunos súbditos británicos y franceses residentes en Bogotá, la Compañía de Jesús y muchos sacerdotes. No faltaban algunos aportes coyunturales, como los del doctor Angulo y el doctor Vicente Lombana, gobernador de la provincia de Cundinamarca, quienes donaban sus sueldos por el tiempo que durara la epidemia en caso de presentarse.

El cólera constituyó una amenaza permanente durante el siglo XIX, pero al parecer sólo se presentó epidémicamente en 1849. El doctor Pablo García Medina afirmaba en 1922, en la VI Conferencia Panamericana de Montevideo, que a partir de 1851 no se había observado ningún caso de esta enfermedad en el país. También señalaba que la epidemia de mediados de siglo había atacado sólo a la costa atlántica. Sobre esta amenaza informan las noticias de los periódicos de la segunda mitad del siglo XIX: "La cólera amenaza sobre Bogotá. Alarma en la población" (*La Reforma*, Bogotá, marzo 22 de 1844); "Se anuncia que el cólera apareció en Colombia" (*La Reforma*, Bogotá, julio 13 de 1884). En 1892 el doctor Nicolás Osorio advertía en la *Revista de Higiene*, órgano de la Junta Central de Higiene, sobre el peligro que representaba la llegada a los puertos colombianos de la temida enfermedad, bajo el título "Medidas preventivas contra el cólera". Incluía en este texto los primeros cuidados que se debían dar al enfermo, las medidas preventivas en cuanto al agua



Las obras de beneficencia. Fresco de Dolcey Vergara Delgado, 1957. Instituto Colombiano de Seguros Sociales, Buga (Valle del Cauca).


INSTRUCCION POPULAR,

SOBRE LOS PRINCIPALES MEDIOS

QUE DEBEN EMPLEARSE

PARA

PRECAVERSE DEL CONTAGIO

DE LA

COLERA MORBO,

i sobre la conducta que ha de seguirse, cuando ésta enfermedad atáca à algun individuo.

—o—

ESCRITA

De órden del gobieno francés, por los sabios facultativos cuyas firmas están al fin.

Traducida i publicada de órden del Gobierno de la Nueva Granada, para instruccion de los habitantes de este Estado.

Impreso en Bogotà por J. A. Cualla, Año de 1833.

"Instrucción popular" para prevención del cólera morbo, impreso por J. A. Cualla en Bogotá, 1833.

y algunos hábitos higiénicos y la actitud que debía tomarse en caso de que se presentara la «diarrea coleriforme». En la actualidad, el cólera ha vuelto a ser una realidad en el país, con sus secuelas de muerte y temor.

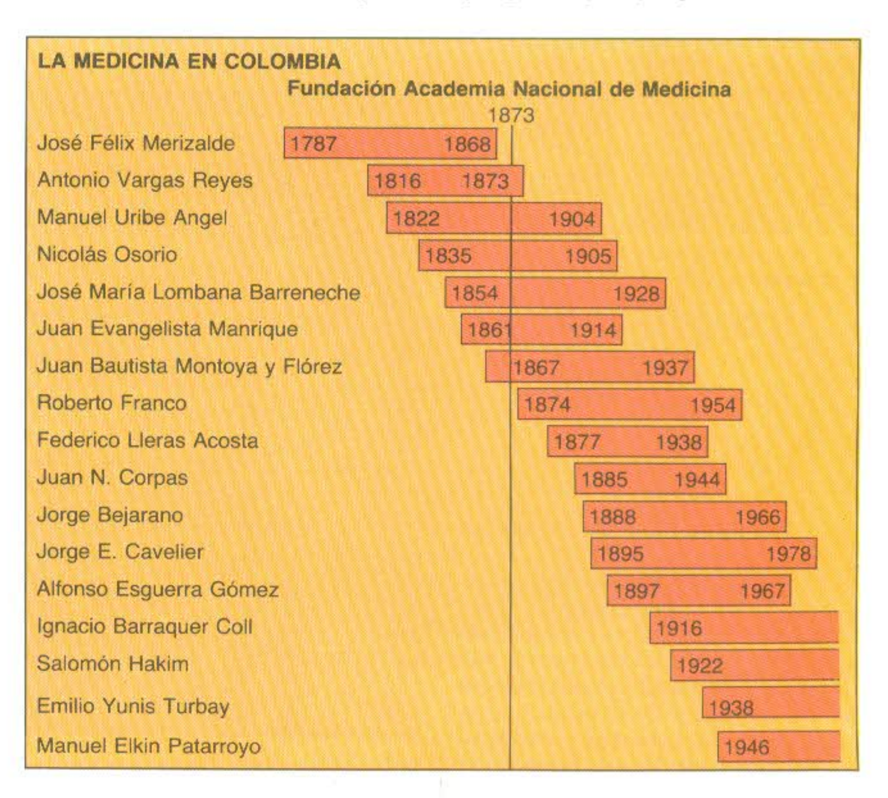
El informe del doctor García Medina ilustra sobre la situación de salud al comenzar el siglo XX: el cólera sólo había atacado una vez y en la región de la costa atlántica; la peste bubónica no se presentó en ninguna oportunidad; la fiebre amarilla, por su parte, sí tiene una larga historia. La primera epidemia data de 1494, en la región de la costa atlántica; con la navegación por el río Magdalena se trasladó al interior del país, presentándose brotes en distintas regiones en 1830, 1857, 1885, 1900 y 1915, esta vez en la costa pacífica. Ningún lugar situado por encima de los 1400 metros sobre el nivel del mar había sido ganado por la enfermedad. Desde 1915 se organizó el saneamiento de los puertos en lo relativo al *stegomyia calopus*, con buenos resultados. En 1905 murió a causa de esta enfermedad, en Anapoima, el destacado médico Nicolás Osorio, junto con su esposa María Teresa Umaña.

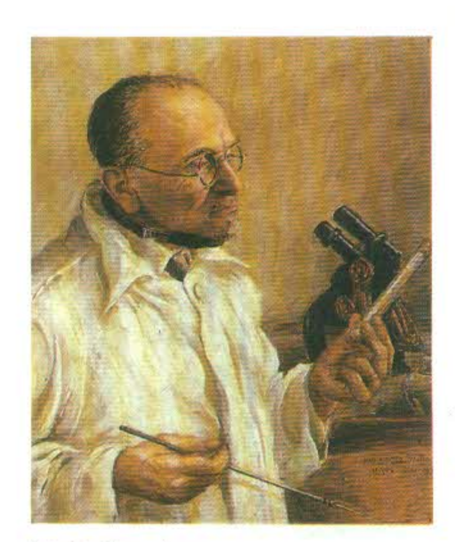
La viruela ha tenido una presencia significativa en el país. García Medina reseña como especialmente grave la epidemia de 1883, cuando se presentaron más de 25 000 casos, con una mortalidad del 33% en los climas fríos. La vacunación obligatoria habría dado buenos resultados en la prevención de esta enfermedad. En relación con esta obligatoriedad, los médicos y responsables de la salud insistieron permanentemente, tanto a nivel nacional como a nivel regional. El tifo exantemático hizo presencia repetida durante la segunda mitad del siglo XIX y a comienzos del XX, aunque García Medina afirma que «es raro en Colombia». Algunos médicos sostuvieron polémicas sobre las diferencias entre esta enfermedad y la fiebre tifoidea, patologías que solían confundirse. La fiebre tifoidea se presentaba «en forma de epidemia extensa». Solamente en Bogotá, se llegó a presentar «un promedio anual de 900 enfermos de tifoidea». Como en el caso de otras enfermedades, su presencia se vinculaba con el deficiente servicio de agua. Otras enfermedades reseñadas son la tuberculosis, las fiebres eruptivas, las fiebres recurrentes y la uncinariasis, así como la gripe, que en 1918 produjo más de 70 000 enfermos.


Nicolás Osorio.
Oleo de Felipe Santiago Gutiérrez, 1892.
Decanatura de la Facultad de Medicina,
Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

El paludismo fue uno de los principales problemas de salud de aquella época sobre todo el territorio nacional, con excepción de los lugares fríos. La lucha contra el mosquito se impulsó notablemente en las primeras décadas del presente siglo, bajo la guía de los expertos internacionales, doctores Gorgas, Guiteras y Carter. Otra enfermedad importante fue la disentería, que se presentaba en su forma amibiana en los lugares calientes y templados, y bacilar en los demás sitios, aun cuando las dos formas se conjugaban con frecuencia.

La lepra tuvo importancia nacional y regional, por ejemplo en los Santan-





Federico Lleras Acosta.
Oleo de Inés Acevedo Biester, 1938, Academia Nacional de Medicina, Bogotá.

deres. Entre 1905 y 1907, se hablaba de 20 000 leprosos en el país, pero en 1913-15 la cifra se rectificó, quedando en 6560 el número de aquejados de esta enfermedad.

Todavía hoy en día se ven las secuelas de algunos problemas de salud originarios del siglo XIX. En el municipio de Suárez (Cauca) existen unos doscientos niños, dentro de una comunidad que no supera las cinco mil personas, que presentan deformaciones en las extremidades inferiores debidas a trastornos genéticos que se produjeron a finales del siglo pasado y que se han evidenciado en la sexta generación. Se trata de casos de raquitismo atribuidos a una elevada consanguinidad entre las parejas de esa localidad. Para enfrentar el problema se han unido los esfuerzos del Instituto Nacional de Salud, el Hospital Universitario del Valle del Cauca y la Fundación Healing the Children. El tratamiento es básicamente de cirugía y ortopedia.

EL SIGLO XX: HACIA LA ENCRUCIJADA

El siglo XX presencia el ascenso de los Estados Unidos a los primeros lugares del desarrollo económico, científico y tecnológico, así como del dominio político. En el terreno de la medicina, Francia es desplazada por la medicina norteamericana, que integra las concepciones de la medicina de laboratorio (fisiopatología y etiopatología) con las doctrinas de la medicina anatomoclínica, apoyándose en un intenso trabajo de investigación en ciencia y tecnología y en una profunda reforma de la enseñanza médica, a partir de los informes de Abraham Flexner sobre la educación médica norteamericana, el primero de los cuales apareció en 1910.

La influencia de la medicina norteamericana sobre la medicina colombiana marcha pareja con el proceso de influencia económica y política de los Estados Unidos sobre Colombia. Los acontecimientos que se dan en el campo de las políticas de salud permiten apreciar este paralelismo. Un trabajo reciente sobre esta temática ha establecido cuatro períodos para su análisis: el modelo higienista (1886-1947), la salud pública importada (1948-1957), la salud y el desarrollo (1958-1974) y el desarrollo local y los nuevos modelos de atención en el contexto del Sistema Nacional de Salud (1976-1988).

El primer período arranca con la Constitución de 1886, que crea una organización centralista que posibilita el establecimiento de políticas de cubrimiento nacional, aun cuando su alcance efectivo siempre se quede corto frente a las exigencias y los problemas que deben enfrentarse, y se cierra con la fundación del Ministerio de Higiene en 1947. Durante este período predomina la idea de que la enfermedad está determinada por la existencia de condiciones ambientales adversas, las cuales pueden ser contrarrestadas con medidas de higiene pública y privada. Dentro de esta concepción se promulga la ley 30 de 1886, con la que se crea la Junta Central de Higiene.

A esta junta le correspondió enfrentar las epidemias, producir medidas y acciones de saneamiento ambiental y, muy especialmente, la aplicación de las políticas de las Convenciones Sanitarias Internacionales, en el marco de un mercado hemisférico controlado por los Estados Unidos. En este contexto, las medidas relacionadas con el control portuario tenían una importancia de primer orden. El organismo director de la salud tuvo, en los años que van desde su fundación hasta la creación del Ministerio de Higiene, cambios de nombre así como de dependencia; por ejemplo, pasó por el Ministerio de Gobierno, por el de Instrucción Pública y por el de Agricultura y Comercio, para citar sólo algunos de estos cambios.

Los instrumentos para influir en la política de salud en el país utilizados por los Estados Unidos, fueron las organizaciones sanitarias internacionales, como la Oficina Sanitaria Panamericana, y las fundaciones filantrópicas, como la Rockefeller. El control de las primeras organizaciones sanitarias facilitaba el comercio y en general las comunicaciones internacionales, en el marco de relaciones económicas y políticas desiguales. La ac-



La lección de anatomía. Fotografía de Melitón Rodríguez, Medellín, 1892.

MEDICOS COLOMBIANOS


Luis Acevedo.
Oleo de Inés Acevedo Biester


Abraham Aparicio.
Oleo de Ariel Durán S., 1949


Julio Aparicio.
Oleo de Inés Acevedo Biester


Leoncio Barreto.
Oleo de Gladys Pinedo L.


Jorge Bejarano.
Oleo de Inés Acevedo Biester


Jorge E. Cavelier.
Oleo de Guillermo Camacho


Juan N. Corpas.
Oleo de Inés Acevedo Biester


Carlos Esguerra.
Oleo de Inés Acevedo Biester


Roberto Franco.
Oleo de Ariel Durán S.


Marco A. Iriarte.
Oleo de Delio Ramírez


José María Lombana.
Oleo de Ricardo Gómez C.


Hipólito Machado.
Oleo de Epifanio Garay


Francisco Montoya.
Oleo de Ricardo Acevedo


Adriano Perdomo.
Oleo de Marcos Salas


Manuel Plata Azuero.
Oleo de Gladys Pinedo L.


Manuel Antonio Rueda.
Oleo de Inés Acevedo Biester


Santiago Samper Brush.
Oleo de Inés Acevedo Biester


Calixto Torres Umaña.
Oleo de Inés Acevedo Biester

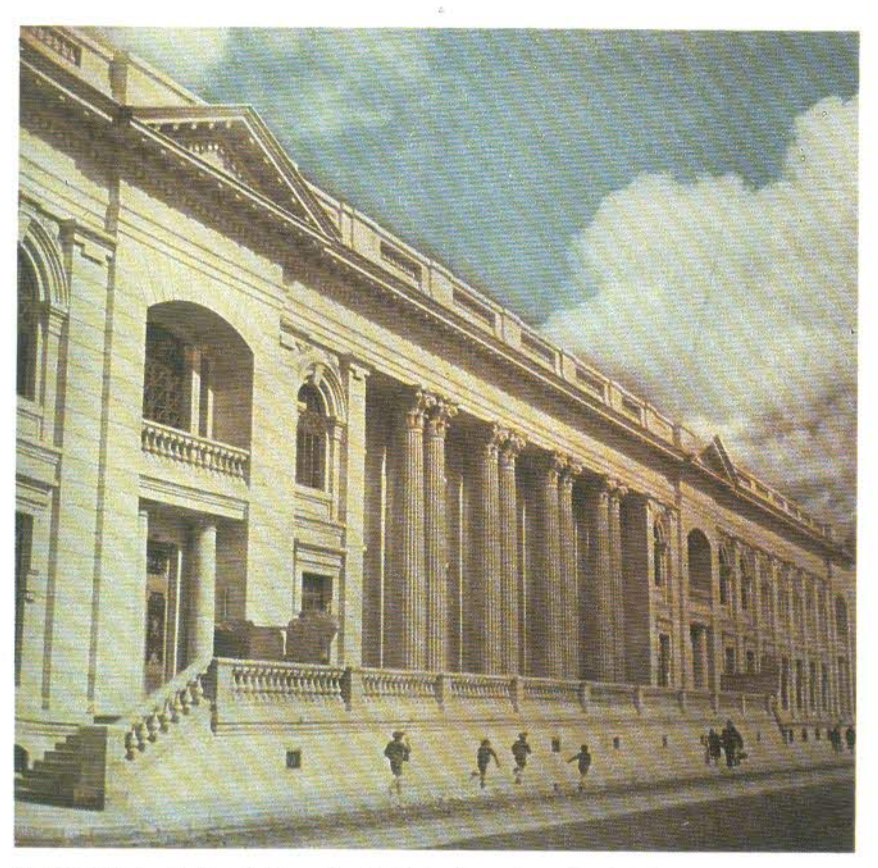

Luis Zea Uribe.
Oleo de León Cano, 1935


Liborio Zerda.
Oleo de Gladys Pinedo L.

Retratos en colecciones de: Academia Nacional de Medicina, Facultad de Medicina de la Universidad Nacional y Cruz Roja Colombiana, Bogotá.

se entiende «por Sistema Nacional de Salud, el conjunto de organismos, instituciones, agencias y entidades que tengan como finalidad específica procurar la salud de la comunidad en los aspectos de promoción, protección, recuperación y rehabilitación».

En 1976 se inicia un cuarto período impulsado por concepciones neoliberales cada vez más radicales, que pone énfasis en el desarrollo local, sobre la base del estímulo a la participación comunitaria. Juega un papel importante el concepto de atención primaria en salud y la consigna "Salud para todos en el año 2000", lanzada por la Organización Mundial de la Salud. La atención primaria se entendió inicialmente como el suministro de servicios básicos a las comunidades, a partir de los cuales se podrían prevenir enfermedades ligadas a la carencia de agua potable, de servicio de alcantarillado, de eliminación de desechos y excretas, y a condiciones deficientes en materia de vivienda, nutrición, educación, etc.



Fachada de la Facultad de Medicina, Bogotá, diseño del arquitecto Gastón Lelarge (1916). Fotografía de "Cromos", septiembre de 1936.

ción de las segundas permitía adelantar convenios bilaterales en materia de salud, actuando directamente en territorio de los países dependientes. Sobra decir que, para el caso de algunas enfermedades tropicales (fiebre amarilla, malaria, etc.), la medicina nacional se nutrió de los avances que se producían en las escuelas de salud pública y enfermedades tropicales de los Estados Unidos.

El segundo período, el de la salud pública importada, está signado por el dominio que el Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública ejerció en tanto orientador técnico del Ministerio de Higiene. El Segundo Seminario de Educación Médica, celebrado en Medellín en 1957, cierra este ciclo, convirtiéndose en el instrumento adecuado para introducir en la enseñanza médica las recomendaciones de las misiones norteamericanas (Humphreys y Lapham), que consolidan la influencia estadounidense en la formación de los médicos colombianos. Por estos años se fundan las facultades de Popayán, Cali (Universidad del Valle) y Manizales, y se impulsan las reformas de los currículos en las universidades de Antioquia, Nacional y Javeriana, en medio de discusiones entre los partidarios de las orientaciones francesas y de las norteamericanas. En todo este proceso jugó un papel central la Asociación Colombiana de Facultades de Medicina, ASCOFAME, fundada en 1955.

La etapa de la salud y el desarrollo se define a partir de la vinculación de la salud al desarrollo socio-económico. Los presupuestos destinados para salud son considerados a partir de este momento como inversión y no como gasto, razón por la cual tales presupuestos se someten a la planificación, al igual que otros sectores económicos y sociales. Este proceso, iniciado en 1958 y potenciado por las discusiones que se generan alrededor de la revolución cubana y de la Alianza para el Progreso, se cierra con la creación del Sistema Nacional de Salud en la década de los setenta, dentro del marco de una legislación que culmina con el decreto 056 del 15 de enero de 1975, que establece que

Bibliografía

GUTIÉRREZ DE PINEDA, VIRGINIA. *Medicina tradicional de Colombia. El triple legado*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1985.

GUZMÁN, MARÍA DEL PILAR. "La medicina colombiana en la segunda mitad del siglo XIX". Tesis de grado en Sociología. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1991.

INSTITUTO COLOMBIANO DE CULTURA HISPÁNICA. *Escritos científicos de don José Celestino Mutis*. Bogotá, 1983.

MIRANDA CANAL, NÉSTOR. "Apuntes para la historia de la medicina en Colombia". *Ciencia, Tecnología y Desarrollo*, Vol. 8, Nº- 1-4 (Bogotá, enero-diciembre, 1984).

MIRANDA CANAL, NÉSTOR. "Aspectos destacados de la medicina". En: *Historia de Antioquia*. Medellín, Suramericana de Seguros, 1988.

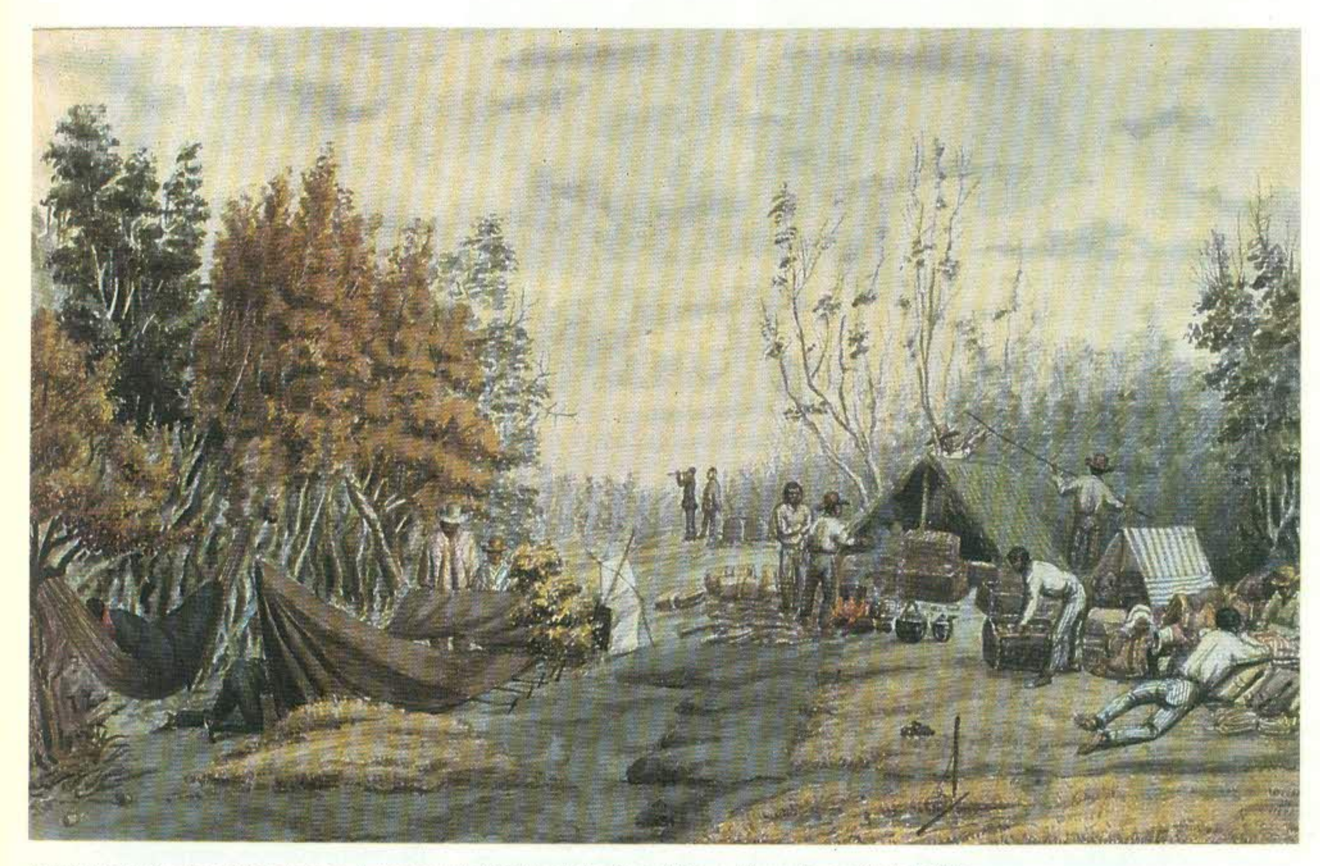
QUEVEDO, EMILIO y AMARILLYS ZALDÚA. *Antecedentes y prolegómenos del proceso de institucionalización de la medicina en Colombia*. Proyecto Historia Social de las Ciencias en Colombia. Bogotá, Colciencias-OEA, 1985.

VARIOS. "La salud en Colombia. Análisis socio-histórico". En: *Estudio sectorial de salud*. Bogotá, Ministerio de Salud-Departamento Nacional de Planeación, 1990.

ZUBIRÍA, ROBERTO DE. *La medicina de la cultura Muisca*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1986.

Las ciencias en Colombia

Diego Becerra Ardila
Olga Restrepo Forero



Agustín Codazzi y sus colaboradores en el campamento de la Comisión Corográfica en Yarumito, provincia de Soto (Santander). Acuarela de Carmelo Fernández Páez, ca. 1850. Biblioteca Nacional, Bogotá.

Período colonial

En el contexto general de la política de un imperio pre-industrial, sin una clara división del trabajo con sus colonias o una tajante superioridad económica, España encontró en la botánica la disciplina científica por excelencia, que se adecuaba a sus fines de comprometer a los sectores tradicionales en el esfuerzo de promover un saber que permitiría recuperar el esplendor del Siglo de Oro y, a su vez, controlar y dirigir la explotación de los recursos florísticos de sus posesiones ultramarinas.

Desde el Jardín Botánico de Madrid, uno de los centros científicos españoles más importantes surgidos durante la segunda mitad del siglo XVIII, se organizaron tres grandes expediciones para el estudio intensivo de las producciones naturales americanas: la Expedición Botánica a los Reinos del Perú y Chile (1777), la Expedición Botánica al Nuevo Reino de Granada (1783) y la Expedición Botánica a Nueva España (1786).

La Expedición Botánica: Historia natural y pensamiento social

La Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada tuvo dos momentos. Entre 1782 y 1790, sus sedes fueron La Mesa de Juan Díaz y Mariquita. Lejos de la capital del Virreinato, la Expedición permaneció ajena a cualquier control sobre la orientación y los resultados de sus trabajos. Los colaboradores de José Celestino Mutis, por voluntad de éste, fueron escasos: Eloy Valenzuela y Bruno Landete, durante el primer año; Salvador Rizo, mayordomo y pintor de la Expedición hasta la liquidación de ésta, en 1816; Francisco Javier Matis, «pintor de flores», como otros que se integraron esporádicamente; Sinforoso Mutis y Pedro Fermín de Vargas. La observación y descripción no sistemática de la flora de las regiones circunvecinas y la delicada elaboración de alrededor de quinientas láminas de la colección iconográfica caracterizaron esta etapa de recolección y exploración, con escasos resultados acabados.

A partir de 1790, la Expedición se instaló en Santafé, por orden de los virreyes que comenzaban a demandar resultados y temían por el aislamiento y los quebrantos de salud de Mutis. En estos años se vincularon Jorge Tadeo Lozano, dedicado a los estudios de zoología; Francisco Anto-





José Celestino Mutis, óleo de autor anónimo (Instituto de Ciencias Naturales, Universidad Nacional); Eloy Valenzuela, óleo de Darío García Botero, 1974, sobre el original que se encuentra en la Casa Cural de Girón (Instituto de Ciencias Naturales); Francisco José de Caldas, óleo de J. Rodríguez Cubillos, 1966 (Sociedad Colombiana de Ingenieros, Bogotá).

nio Zea, agregado para la botánica, y Francisco José de Caldas. La historia natural, en el sentido de Carl von Linné, continuó como eje de las investigaciones de la Expedición; sin embargo, por decisión de Mutis, la tarea central no fue de sistemática, sino de iconografía botánica. En Santafé llegaron a trabajar hasta diecinueve pintores simultáneamente y se organizó un taller de pintura, dirigido por Salvador Rizo. Como resultado de la mayor productividad de los colaboradores surgieron contradicciones con la dirección vertical de Mutis. Caldas, Zea, Lozano y Valenzuela criticaron la orientación iconográfica de la *Flora de Bogotá*. La Expedición siempre perteneció a Mutis: aun después de su muerte (1808), designó en su testamento a su sobrino Sinforoso, como director.

Francisco José de Caldas fue el primer director del Observatorio Astronómico Nacional, construido a solicitud de Mutis por Fray Domingo de Petrés. Terminado el edificio en 1803, Caldas hizo su descripción y determinó su latitud. El servicio de la hora era una de las funciones centrales del Observatorio. Caldas realizó, además, observaciones meteorológicas que publicó en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* y proyectó un programa de investigaciones astronómicas, geográficas, cartográficas y botánicas que tendría por centro este instituto, pero que no llegó a cristalizar. A partir del año de 1813, cuando Caldas se alejó de Santafé, el Observatorio prácticamente quedó abandonado hasta 1846.

Caldas reunió condiciones que revelan dominio y compenetración con el oficio del investigador: su condición de permanente autodidacta que supo procurarse los textos necesarios para su formación; su habilidad operativa y práctica para fabricar instrumentos; la capacidad de especificar problemas de investigación estratégicos para el desarrollo de sus actividades científicas. Los pequeños trabajos de rutina que permiten adquirir habilidad en el manejo del instrumental material y mental, lo llevaron a plantearse problemas que exigían mayor creatividad. Entre los primeros, las determinaciones de longitud y latitud, los levantamientos cartográficos, la exploración geográfica, la elaboración de tablas meteorológicas y de almanaques. Sus mediciones de la elevación de las montañas culminaron con una obra de mayor originalidad: su conocido *Ensayo de una memoria sobre un nuevo método de medir la altura de las montañas por medio del termómetro y el agua hirviendo.*

Caldas intentó contribuir al mejoramiento de las producciones agrícolas del país, con artículos sobre meteorología, geografía vegetal y métodos de cultivo de diferentes plantas, y pensó que una correcta determinación de las variaciones geográficas y climáticas traería beneficios para la agricultura. En su *Discurso sobre el calendario rural del Nuevo Reino* (1801), anticipó muchos de los problemas de la geografía botánica desarrollados por Alexander von Humboldt. Independientemente de si la idea de la fitografía era originalmente suya o no, Caldas estuvo en posición de asimilar creativamente el nuevo enfoque, porque, como mínimo, estaba a punto de inventarlo. La geografía fue el hilo conductor de su actividad científica.

Pero el mayor impacto social de Caldas, Lozano y Zea, coincidió con los esfuerzos de estos criollos por aplicar el método de las ciencias naturales a los problemas morales, políticos o sociales, como lo hicieran, poco antes, Pedro Fermín de Vargas en sus *Pensamientos políticos sobre la agricultura, comercio y minas de este Reino* y en la *Memoria sobre la población del Nuevo Reino de Granada*; y Antonio Nariño, en el *Ensayo sobre un nuevo plan de administración en el Nuevo Reino de Granada*, obras escritas en la última década del setecientos. Liderados por Caldas, quien buscó dirigir el pensamiento de sus compatriotas hacia el estudio de la geografía, «base de toda especulación política», intentaron la incipiente articulación de una comunidad de individuos orientados hacia el estudio de las condiciones físicas, sociales y políticas del país. Tal fue la meta del *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, que apareció semanalmente durante dos años, y se reanudó a principios de 1810, con el nombre de *Continuación del Semanario*. Una publicación que debería servir, mejor que la cátedra, para la tarea de difundir las "luces" y de propiciar estudios sobre las materias relacionadas con la correcta administración de los asuntos del Virreinato.

Como miembros destacados de las élites criollas y, en principio, leales súbditos del monarca español, los colaboradores del *Semanario* pretendían formar grupos de individuos que, dispersos en el Nuevo Reino, realizaran indagaciones sobre geografía, meteorología, mineralogía, botánica y zoología. En las páginas del *Semanario*, Caldas ("Del influjo del clima sobre los seres organizados"), Diego Martín Tanco ("Discurso sobre la educación") y Francisco Antonio de Ulloa, ("Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre del Nuevo Reino de Granada"), se preguntaron si la geografía determinaba el carácter del hombre y de las sociedades. Jorge Tadeo Lo-



Descubrimiento de la hipsometría por Francisco José de Caldas en 1799. Sello de correos para el Año Geofísico Mundial 1957-1958.

zano enseñó, en su "Memoria sobre las serpientes", los métodos para la correcta descripción y determinación de las especies del país, y difundió, en "Fauna cundinamarquesa", sus concepciones sobre la distribución geográfica de los animales. Otros colaboradores quisieron conocer la situación política, económica y social de las provincias y publicaron: "Relación territorial de la provincia de Pamplona", por Joaquín Camacho; "Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada", por José Manuel Restrepo; "Memoria descriptiva del país de Santafé de Bogotá", por José María Salazar. Miguel de Pombo tradujo y publicó la Constitución política de los Estados Unidos de América. Como otros criollos, Caldas, en su obra titulada *Estado de la geografía de Santafé con relación a la economía y el comercio*, intentó identificar las razones del atraso del Virreinato.

La historia natural, eje de la obra de Mutis, estaba entre los conocimientos más altamente valorados e impulsados por la Corona. Los naturalistas habían sido fácilmente aceptados en España: las cátedras de botánica se abrieron paso en las universidades, al abrigo de la profesión y los estudios de medicina y con la frecuente protección de sacerdotes y clérigos. El estudio de la historia natural se justificaba en términos teológicos, como demostración de la existencia de Dios a través del conocimiento de sus obras, sus metáforas sociales favorecían la idea de una sociedad estática, ahistórica y rígidamente jerarquizada. Imágenes que ciertamente agradaban a los sectores tradicionales de la sociedad.

Al finalizar el Siglo de las Luces (XVIII), el surgimiento de nuevas disciplinas, como la biología y la geografía, fue producto de cambios importantes en la manera de ver y concebir ciertos objetos: la preeminencia que adquirieron los estudios acerca del hombre y la sociedad fue acompañada por la idea de integrar la historia, el devenir, como condición para comprender el tipo de fenómenos que se consideran "en proceso". El tiempo apareció como una dimensión fundamental. Los enciclopedistas e ilustrados mostraban el lento y progresivo influjo de las leyes y de las condiciones geográficas sobre la organización social de los pueblos; los uniformistas sostenían que la faz de la tierra había cambiado gradualmente debido a la lenta acción de las mareas, vientos, lluvias, volcanes y catástrofes locales; en biología, Jean-Baptiste de Lamarck defendía una concepción transformista de los seres vivos. La historia natural, con su visión estática de la naturaleza, cedía el paso, con la biología, la geografía y el pensamiento social, a la imagen de un mundo cambiante y en permanente movimiento; sociedad y naturaleza compartían una ley: el cambio.





Orquideaceas en láminas de la Flora de la Real Expedición Botánica: Panthieva maculata, Pogonia rosea y Maripa panamensis (dibujo de Salvador Rizo, 1785).

Pero el tipo de saber que intentaban fomentar hombres como Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano, Francisco Antonio Zea o Pedro Fermín de Vargas, con todas sus inconsistencias, su cándido cientificismo, su estrecho determinismo, los tanteos propios de los orígenes y el típico diletantismo, estaba, por su mismo origen francés, irremediablemente condenado en España y en sus dominios de ultramar.

La Independencia

El Museo de Ciencias Naturales

Durante los primeros años de la Independencia, el entusiasmo reinaba por doquier; las élites políticas se consideraban partícipes de un movimiento de cambios profundos, que ubicaría al país en el primerísimo lugar que le correspondía. La empresa de la construcción y la organización del Estado absorbió todas las energías y los talentos. Los proyectos ambiciosos estaban a la orden del día. En cuanto se refiere a las instituciones culturales, la educación, la ciencia y la técnica, se abrigaba la esperanza de producir grandes transformaciones. Francisco Antonio Zea, uno de los criollos de la Expedición Botánica, había elaborado a comienzos de siglo, en París, un "Proyecto de reorganización de la Expedición Botánica"; nombrado director del Jardín Botánico de Madrid, intentó realizar desde la metrópoli los planes concebidos para las colonias. Su experiencia como naturalista, su actividad política y su cargo como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, con sede en París, le facilitaron la tarea de contratar un grupo de científicos europeos, que se encargaría de establecer en el país un Museo de Ciencias Naturales y una Escuela de Minería.

La situación crítica que atravesaba la minería de la Nueva Granada parecía demandar y justificar la creación de una institución de este tipo. Desde Europa, Zea concibió una utopía que se justificaba al amparo de los movimientos cientificistas del siglo. Su modelo era el Museo Nacional de Historia Natural de París (1794). Zea contrató un equipo de investigadores que deberían echar a andar la rueda del "progreso" en la Nueva Granada. Mariano Rivero, ingeniero de minas y químico graduado en la Escuela Real de Minas de París, como director; Jean-Baptiste Boussingault, químico graduado en la Escuela de Minas de Saint-Etienne, sería profesor de mineralogía y química e ingeniero de minas; para las cátedras de fisiología y anatomía comparada, el médico y naturalista François-Desiré Roulin; Jacques Bourdon y Joustine-Marie Goudot, del Museo de París, los preparadores. El único colombiano del grupo fue José María Céspedes, un sacerdote, bachiller en derecho civil y doctor en teología, que se había ini-



Francisco Antonio Zea.
Miniatura de Víctor Moscoso,
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

ciado "por accidente" en los estudios de botánica, al encontrar en una posada el *Systema Naturae,* de Linné.

En la antigua casa de la Expedición Botánica, en 1824, se abrió el Museo de Historia Natural, con la asistencia del vicepresidente Francisco de Paula Santander y los secretarios del Interior y de Guerra. Un año después, Rivero se marchaba del país y el Museo gradualmente se convirtió en un depósito de reliquias y curiosidades. Las penurias económicas no permitían sostener utopías de este tipo; los planes pronto se ajustaron a las dimensiones mínimas del Estado que los patrocinaba. Igualmente pobres fueron los resultados: Céspedes intentó editar tres volúmenes de un "Tratado elemental de botánica", pero inútilmente buscó reunir suscriptores que cancelaran por adelantado tres pesos por cada volumen. Sus gestiones fueron tan infructuosas como escasos eran «los amigos de las luces» que debían financiar la publicación. Sus manuscritos quedaron en poder del entonces presidente de la Nueva Granada, Tomás Cipriano de Mosquera, quien parcialmente los utilizó en su *Memoria sobre la geografía física y política de la Nueva Granada* de 1852.

Los trabajos prácticos de Boussingault contribuyeron al desarrollo tecnológico de la explotación de las minas de veta en el país. Introdujo nuevas técnicas en la explotación y estudió la composición química de los minerales que halló en la Nueva Granada. Como superintendente de minas, intervino en las negociaciones con la Colombian Mining Company. Viajó por Antioquia y el Chocó con el encargo de rendir informe sobre las explotaciones auríferas. A lo largo de su recorrido, realizó cálculos de la posición geográfica, altura, características geológicas y condiciones meteorológicas de las diferentes localidades. Con la comisión de «organizar y de dar más extensión a la explotación de minas de oro», permaneció varios años en Antioquia y en el Chocó, en donde conoció los aluviones auroplatiníferos. Ahí su estancia fue aprovechada por empresarios y mineros. Después de recorrer las regiones mineras de Colombia, volvió a Europa en 1832. Joaquín Acosta recopiló y tradujo (1849) los artículos que Boussingault y Roulin publicaron sobre Colombia en los *Anales de Física y de Química* y en las *Memorias de sabios extranjeros,* de la Academia de Ciencias de Francia. Simultáneamente, publicó en París una reedición condensada del *Semanario* de Caldas.

El Museo de Ciencias Naturales fue dirigido por abogados, médicos, ingenieros y bibliotecarios, que se sucedieron infructuosamente. Jerónimo Torres (1825-1827), Manuel María Quijano (1827-1831), Benedicto Domínguez (1832, 1837-1839) y Joaquín Acosta. Con la reforma de estudios de Mariano Ospina Rodríguez (1842), el Museo quedó bajo la responsabilidad del rector de la universidad y al cuidado directo del bibliotecario. El Museo conoció sus mejores años a mediados del siglo, cuando bajo la supervisión de Eugène Rampon, profesor de patología traído a la Nueva Granada durante la administración de Tomás Cipriano de Mosquera, se organizaron dos salas, una de mineralogía y otra de historia natural.

La ley que creó la Universidad Nacional en 1867, integró el Museo a la Escuela de Ciencias Naturales que se estableció entonces. Se unieron dos entidades con existencia meramente jurídico-administrativa. El Museo no contó con local propio ni dotación adecuada a sus fines, en una clara demostración de la importancia objetiva que se le daba a la hora de apropiar los recursos y definir las prioridades del gasto público. De un lugar a otro se perdieron colecciones, instrumentos y propósitos. Esporádicamente se dictaron lecciones de química y mineralogía. Joaquín Acosta (1800-1852), quien además de las compilaciones mencionadas publicó *Lecciones de geología* (1850), utilizó con algún provecho el laboratorio del Museo. En contadas oportunidades se ampliaron las colecciones reunidas por los franceses. A mediados del siglo se impartieron instrucciones a los gobernadores seccionales para que enviaran muestras de maderas y rocas, recurso exótico en la Nueva Granada. Pero los alcaldes no acataron una orden tan absurda como esa de mandar piedras comunes a Bogotá.

La República

La Comisión Corográfica

Dentro del ambiente de cambios que caracterizó el medio siglo, se organizó la Comisión Corográfica (1850-1859), con el objetivo de hacer una descripción del territorio nacional que revelara las condiciones físicas, morales y políticas de la nación colombiana.

Si en un mapa se condensa la soberanía y el dominio sobre un territorio, la situación de la Nueva Granada a mediados del siglo diecinueve era lamentable: pocas provincias tenían mapas y descripciones geográficas. La mayor parte del territorio estaba por recorrer. Con la nueva política se hizo evidente que se requería identificar nuevos productos naturales comercializables; que el Estado no podía mediar y resolver las tensiones surgidas entre los poderes locales —hacendados y autoridades civiles—, por la ausencia de una delimitación clara de las fronteras; se vio la necesidad de demarcar los límites internaciona-



Agustín Codazzi.
Sello de correos conmemorativo del primer centenario de la Comisión Corográfica.






Acuarelas del venezolano Carmelo Fernández Páez para la Comisión Corográfica, realizadas en Santander en 1850 y 1851: "Arriero y tejedora de Vélez", "Habitantes de Pamplona", "Notables del Socorro" y "Tipo de notables de la capital". Sección de Libros Raros y Curiosos, Biblioteca Nacional, Bogotá.

les en un período de relaciones difíciles con los países vecinos; los poderes regionales demandaron una descripción de sus provincias y, en una escala más pequeña, solicitaron la medición y división de resguardos y baldíos, al tiempo que los hacendados contrataron levantamientos topográficos de sus propiedades; unos y otros, buscaban nuevas vías de comunicación que permitieran valorizar las tierras, comercializar y exportar los productos.

La Comisión Corográfica, primera empresa de investigación creada y patrocinada por el Estado, integró un equipo de investigadores con objetivos diferenciados:

Agustín Codazzi (1793-1859), el director, era un ingeniero geógrafo italiano que durante diez años había elaborado la geografía y cartografía de Venezuela y dirigido su publicación en París. A la Nueva Granada llegó traído por Mosquera para trabajar en el Colegio Militar. A los 57 años aceptó el encargo de emprender el largo viaje por el territorio nacional —casi dos veces más extenso que el actual— y lo hizo en las condiciones del siglo diecinueve: pésimos caminos, medios de transporte como el "lomo de indio", la mula y los champanes, precarios alojamientos y dificultades de aprovisionamiento; en suma, un panorama que hoy asustaría al más denodado explorador. Su última salida, hacia la costa atlántica, la hizo en las peores condiciones económicas y de salud. A los 66 años murió, en plena expedición, con la esperanza de recorrer la Sierra Nevada de Santa Marta. Codazzi publicó la *Geografía física política de las provincias de la Nueva Granada*, y escribió numerosos informes dirigidos a los jefes provinciales y al gobierno nacional, algunos de los cuales se editaron en los diarios de la época. Con posterioridad a su muerte, dos ingenieros, antiguos alumnos del Colegio Militar, Indalecio Liévano y Manuel Ponce, y el dibujante Manuel María Paz, trabajaron en la complementación y la revisión final de la obra cartográfica de la cual se publicaron el *Atlas de los Estados Unidos de Colombia* (1864) y el *Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia* (1889).

Felipe Pérez (1836-1891) redactó el texto de la geografía física con base en los cuadernos de campo de Codazzi. La geografía política, en cambio, salió enteramente de su pluma, con el típico balance negativo que hicieron los radicales de la obra de España en América. Las obras publicadas por Pérez fueron: *Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia* (1862-1863) y *Geografía general de los Estados Unidos de Colombia* (1865). La agitada política de esos años, los conflictos entre los Estados federales y de éstos con el pequeño gobierno central, las animadversiones personales y los enfrentamientos de distintos sectores de la élite, generaron una serie de controversias en torno a esta geografía oficial. En obras similares y contemporáneas, como el *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, de José María Samper (1861), y *La república en la América Española* (1869), de Sergio Arboleda, se presentaron explicaciones alternativas al desarrollo social del país.

Las indagaciones sociales de la Comisión se iniciaron con Manuel Ancízar (1812-1882), un bogotano, funcionario y publicista liberal. Su obra con la Comisión, *Peregrinación de Alpha por las provincias del Norte de la Nueva Granada en 1850 y 1851*, publicada originalmente en los periódicos y editada poco después como libro, fue el primer éxito editorial en la historia del país. Ancízar fue el pionero de la sociología empírica en Colombia, con Salvador Camacho Roldán, quien supo aprovechar las indagaciones de la Comisión. Codazzi realizó una valiosa descripción de la zona arqueológica de San Agustín; simultáneamente se publicaba el libro de Ezequiel Uricoechea sobre *Antigüedades neogranadinas* (Berlín, 1854).

Santiago Pérez (1830-1900) reemplazó a Ancízar y escribió una obra en el mismo estilo, pero con menor éxito y difusión, descriptiva de la vida social, usos y costumbres de la región occidental, titulada: *Apuntes de viaje*. Como tantos políticos, Santiago Pérez se dedicó posteriormente al periodismo y a la docencia universitaria; y ejerció la presidencia de la República, durante el período 1874-1876. Este radical convencido fue uno de los opositores más fuertes a la Regeneración, que lo condenó al ostracismo y al exilio.

Los trabajos descriptivos de Ancízar y Pérez ofrecieron los derroteros que seguirían las obras literarias e históricas de la época. Comenzaron a aparecer los cuadros de costumbres y los relatos de viajes, hasta cuando la publicación de *El Mosaico. Misceiá-*

nea de literatura, ciencias y música (1858-1865), dio existencia oficial al género. Conservadores y liberales, publicistas y literatos, se unieron en el fervor por los cuadros de costumbres, la descripción del paisaje y el detalle de los lugares más pintorescos. Se narraban las aventuras de un viaje o las peripecias de la navegación a lo largo del Magdalena; se describían las formas de trabajo de los campesinos, como en *Manuela*, de Eugenio Díaz Castro, o en *Los trabajadores de tierra caliente*, de Medardo Rivas; se delineaban los diversos tipos raciales, los atuendos regionales y las modas, las tertulias, los chocolates santafereños y las fiestas, los mercados, las formas del discurso del pueblo; en fin, no quedó tema que los jocosos citadinos no escudriñaran. Ellos intentaron resaltar lo autóctono en su búsqueda de los rasgos característicos de la región.

Las ilustraciones de la Comisión fueron realizadas por el pintor venezolano Carmelo Fernández, el inglés Enrique Price y el cartógrafo Manuel María Paz, último compañero y secretario de Codazzi. Estos pintores, en su recorrido por la Nueva Granada, dibujaron los tipos humanos, los atuendos, las herramientas y el paisaje. Como había ocurrido con la literatura, a partir de entonces las estampas religiosas y los acartonados retratos cedieron el paso a las acuarelas que llevaron la aldea y la provincia, la "tierra caliente" y la selva, a la conciencia de los hombres "cultos" de las ciudades, que tanto se esforzaban por ignorarlos. Los cuadros de costumbres granadinas de Ramón Torres Méndez, que en vano intentó formar parte de la Comisión, fueron la expresión más acabada de este espíritu compenetrado con el paisaje de la región.

De la botánica se encargó José Jerónimo Triana (1828-1890), hijo del conocido pedagogo José María Triana y alumno de Francisco Bayón en los Colegios del Rosario y San Bartolomé, donde se graduó en medicina. Las primeras publicaciones de Triana fueron: *Plantas útiles de la Nueva Granada* (1852) y *Nuevos géneros y especies de plantas para la flora neogranadina* (1854), escrita en colaboración con Hermann Karsten. En 1856, Triana entregó un herbario de 38 volúmenes, que en total contenían cerca de cuatro mil especies, y éste fue depositado en el Museo de Historia Natural, donde una tercera parte se perdió en los continuos traslados de local. Enviado por el gobierno con el fin de publicar una obra sobre las plantas útiles, se quedó definitivamente en Francia, donde cambió sus planes y desarrolló trabajos de sistemática botánica, a pesar de la oposición del gobierno colombiano. Una monografía sobre las gutíferas (1862) le proporcionó los medios para continuar con sus planes. En el mismo año escribió, en colaboración con J. E. Planchon, el primer volumen del *Prodomus Florae Novo-Granatensis*. El segundo, dedicado por entero a la familia de las criptógamas, salió en 1867. Después de consultar los archivos de la Expedición Botánica, publicó *Nuevos estudios sobre las quinas*, obra en la que intentaba clarificar las propiedades y los caracteres de las distintas variedades y especies de cinchona. Esta fue la obra de Triana más difundida en Colombia, el principal productor mundial de quina hasta 1885. Otras publicaciones suyas fueron superficialmente conocidas; citadas sólo por los botánicos Francisco Bayón y Santiago Cortés. Como sucedía con los trabajos de los extranjeros que visitaron el país, las investigaciones de Triana, el mayor botánico colombiano, llegaron tardíamente o pasaron ignoradas en el medio cultural nacional, y su obra no fue asimilada como parte de la tradición científica del país.



José Jerónimo Triana.
Oleo de Epifanio Garay, 1897.
Instituto de Ciencias Naturales,
Universidad Nacional, Bogotá.

La Comisión Corográfica afrontó las vicisitudes comunes a todo esfuerzo intelectual en la Nueva Granada: débil apoyo económico y político, y falta de incentivos que hicieran atractivo el trabajo y aseguraran el respaldo social no limitado a las demandas inmediatas. Finalmente, la investigación corográfica perdió proyección histórica con el triunfo político de la Regeneración.

La Comisión Científica Permanente

Un último esfuerzo de investigación naturalística realizado durante el siglo fue la Comisión Científica Permanente (1881-1883), creada con el objetivo de estudiar en el territorio nacional «lo concerniente a la botánica, a la geología, a la mineralogía, a la zoología, a la geografía y a la arqueología».

La Comisión debía coleccionar y clasificar dos grupos de muestras: una para la Exposición de Nueva York y otra para enriquecer las colecciones del Museo y la Universidad. El director, José Carlos Manó, hizo trabajos botánicos y mineralógicos en la costa norte y al cabo de dos años presentó







Los hermanos Felipe y Santiago Pérez Manosalbas y Manuel Ancízar. Miniaturas de Manuel J. Paredes y Víctor Moscoso. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

su informe al gobierno. Jorge Isaacs, secretario de esta Comisión, se encargó de la descripción etnográfica. Recorrió los actuales departamentos de la Guajira, Magdalena y parte del Cesar y publicó un "Estudio sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena", que apareció en los *Anales de Instrucción Pública* (1884) y contenía relatos mitológicos, apuntes lingüísticos y datos etnográficos y arqueológicos. El escrito de Isaacs fue atacado por Miguel Antonio Caro, por las referencias que se hacían al *Origen del hombre* de Charles Darwin. La obra de Manó fue evaluada negativamente por la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales, que, con cierto espíritu gremialista, recomendó someter las futuras comisiones a la vigilancia de los naturalistas colombianos. El "Informe sobre los trabajos del señor Manó presentado por la Comisión a la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales" señalaba que había incontables errores de clasificación botánica; los apuntes mineralógicos eran elementales y algunos completamente equívocos; se acusaban faltas en las remisiones, hechas sin orden, ni método, y sin estar acompañadas de las descripciones correspondientes.

El Observatorio Astronómico y la Oficina de Longitudes

Cuando en 1847 el Observatorio Astronómico se anexó al Colegio Militar, una institución que formó los primeros ingenieros colombianos y que dejó de funcionar en 1855, se inició la que sería su tarea central: la elaboración de la cartografía del territorio nacional. Las observaciones meteorológicas se realizaron de manera más continua y sistemática. Paralelamente, se intentó perfilar en la institución un programa de investigación básica.

Los directores de estos años heroicos del Observatorio fueron Cornelio Borda (1829-1866); Indalecio Liévano (1834-1913), un ingeniero y matemático, maestro de Julio Garavito, que elaboró trabajos originales sobre los números reales y publicó un *Tratado de Aritmética* (1856) y un *Tratado de Algebra* (1871) y dejó trabajos inéditos de trigonometría plana y esférica y geometría; José María González Benito; Luis Lleras Triana, quien lo reemplazó durante los viajes de aquél a Europa; y Julio Garavito Armero, a lo largo de más de un cuarto de siglo. Sin embargo, las actividades del Observatorio no se desarrollaron de manera continua. Durante la segunda mitad del siglo, el Observatorio fue increíblemente abandonado, al punto de ser utilizado como heladería, tienda de sorbetes, taller de fotografía, fortaleza y punto de ataque a San Agustín, en la guerra de 1860, y prisión de Estado, donde irónicamente fue recluido el general Mosquera en 1867, un año después de que ordenara la colocación de la cinta meridiana de cobre y estableciera la Oficina Central del Cuerpo de Ingenieros, a la cual se había anexado el Observatorio. Después de la muerte de Garavito, ocurrida en 1920, las tareas astronómicas del observatorio fueron olvidadas durante diez años.



José Cornelio Borda.
Oleo de Inés Acevedo Biester,
Sociedad Colombiana de Ingenieros, Bogotá.

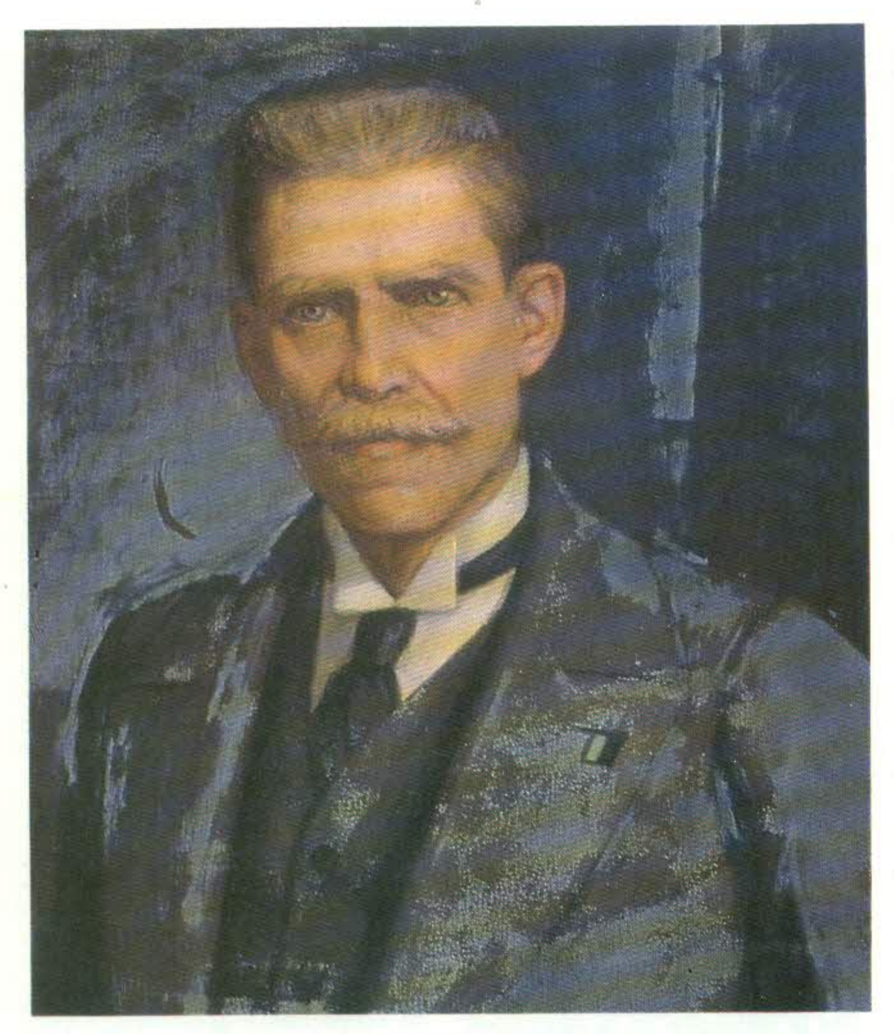
Julio Garavito Armero (1865-1920) afirmaba acertadamente, refiriéndose al Observatorio: «La historia de un establecimiento de esta naturaleza debe ser la de los trabajos en él ejecutados». Sin embargo, el recuento de las actividades del Observatorio a lo largo del siglo XIX muestra que sólo en contadas ocasiones fue ésta una institución donde se elaborara una obra con carácter público. Sin duda, sus mejores años coinciden con la dirección de Garavito y se definen por la confluencia de dos factores: el liderazgo y la productividad de Garavito, su capacidad de definir un programa de investigación viable para el Observatorio y la creación de la Oficina de Longitudes, como expresión institucional de este programa.

En una demostración de su capacidad de adaptarse y sacar el máximo provecho de los limitados medios y condiciones a disposición del país, Garavito justificó el levantamiento astronómico de la carta así: «Fijadas las poblaciones astronómicamente es muy fácil relacionarlas entre sí tomando datos topográficos sobre los caminos que las unen, es decir, recorriendo la única porción fácilmente accesible del terreno y que precisamente es la que debe quedar fijada en la carta, puesto que lo que más interesa al público es hallar en los mapas las distancias de los caminos, ferrocarriles, ríos navegables, puentes, construcciones especiales, etc., etc., es decir, de todos los puntos del terreno donde el hombre ha dado valor a la superficie del globo terrestre [...] Por ahora contentémonos con extender una red astronómica completa por sobre todo el territorio, relacionándola después con datos puramente topográficos, y así tendremos una carta del país suficientemente precisa, y dentro de un lapso de tiempo razonable».

La Oficina de Longitudes fue creada por el decreto 930 de 1902, con sede en el Observatorio, y con el propósito de corregir la carta geográfica del país, de acuerdo con el método adaptado y propuesto por Garavito y publicado en los *Anales de Ingeniería* con el título "Determinación astronómica de coordenadas geográficas". Con éste, el meridiano del Observatorio serviría como punto de referencia para las longitudes de los mapas. En



Indalecio Liévano.
Oleo de Luis Felipe Uscátegui (1944) a partir de una fotografía realizada en París, 1864.
Observatorio Astronómico Nacional, Bogotá.



Julio Garavito Armero. Oleo de León Cano, 1931, Observatorio Astronómico Nacional, Bogotá.

los años finales del siglo, Garavito había trabajado en esta determinación de latitud y longitud y superado los datos obtenidos por Caldas, vigentes hasta el momento; la determinación de la posición del Observatorio de Bogotá fue finalmente precisada en 1935 por Jorge Alvarez Lleras.

La dirección de la Oficina estuvo a cargo de Delio Cifuentes Porras y en la obra tomaron parte alumnos y profesores de la Escuela de Ingeniería, que se congregaron en el Observatorio alrededor de Garavito, mientras se reabría la universidad. La Oficina de Longitudes, tuvo también la misión de demarcar los límites internacionales, objeto de delicados acuerdos. A las diversas comisiones envió ingenieros de la Universidad Nacional, entre quienes figuran Darío Rozo, Julio Garzón Nieto y Daniel Ortega Ricaurte. La Oficina de Longitudes inició en 1903 la publicación del *Boletín del Observatorio Nacional*. Las coordenadas y demás resultados se difundieron en 1918 con el título "Coordenadas geográficas determinadas por la Oficina de Longitudes".

Por decreto de 1903 se abrieron en la Oficina de Longitudes las secciones de Astronomía, Geodesia, Topografía y Nivelación, y una Oficina de Historia Natural. Esta fue dirigida por Santiago Cortés y contó con una sección de mineralogía bajo la jefatura de Ricardo Lleras Codazzi, y una sección de biología a cargo del mismo Cortés, quienes ya habían trabajado juntos en la Comisión Mixta de Límites entre Colombia y Venezuela (1899-1901) que había organizado una Sección Segunda, con el fin de aprovechar las exploraciones para realizar estudios naturalísticos. El ingeniero Ricardo Lleras Codazzi (1869-1940), mineralogista, geólogo y químico por vocación, realizó para la Universidad Republicana una tesis sobre la región de El Zancudo, escribió sobre los trabajos de la Oficina de Historia Natural (1904) y en relación con éstos publicó "Restauración de la petrografía" (1910), "Lecciones de petrografía" (1914) y reseñas geológicas de Cundinamarca, Tolima y Guajira. Producto botánico de las excursiones de la Comisión Mixta y de los trabajos efectuados en la Oficina fueron: "Monografía de las leguminosas" y "Flora de Colombia", de Santiago Cortés, uno de los pocos egresados de la Escuela de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional.

Con la culminación de los trabajos de la Oficina de Longitudes comenzó a verse la necesidad de definir nuevos proyectos de investigación para el Observatorio. Dos de sus tradicionales tareas serían desarrolladas en adelante por nuevas instituciones. La ley 47 de 1916 ordenó la organización del Servicio Meteorológico Nacional, una iniciativa que se había propuesto en el Segundo Congreso Científico Panamericano, celebrado en Washington, en el que «se excitó a los gobiernos suramericanos para que procedieran a determinar el clima y demás condiciones físicas propias de sus respectivas zonas». Con posterioridad a la muerte de Garavito, el gobierno designó al padre Simón Sarasola S. J. para dirigir el Observatorio, pero ante las protestas de la Sociedad Colombiana de Ingenieros se le asignó solamente el servicio meteorológico, que se estableció en el Colegio de San Bartolomé con el nombre de Servicio Meteorológico Nacional.

Alvarez Lleras y Belisario Ruiz Wilches, sucesivos directores del Observatorio, promovieron, y en los años treinta, la creación de un instituto que se encargara de las tareas topográficas que permitirían complementar la red astronómica ya determinada por aquella Oficina y elaborar de manera precisa la cartografía de Colombia. En el Instituto Geográfico Militar (1935), la estereogrametría y la topografía fotográfica aérea servirían de apoyo para continuar el programa de investigación aplicada a la elaboración de la carta de Colombia ya realizado en el Observatorio.

EL SIGLO XX

La Comisión Científica Nacional

La Comisión Científica Nacional, creada por la ley 83 de 1916, tuvo mayores alcances que su antecesora, la



EL ESPECTADOR

DIARIO DE LA MAÑANA

Año LXXXIII — Nº 22.637

EL ESPECTADOR trabajará en bien de la Patria con criterio liberal, y en bien de los principios liberales con criterio patriótico. - FIDEL CANO

28 PAGINAS · 3 SECCIONES · $ 1.00

Bogotá, D. E. Sábado 3 de Octubre de 1970

...fico Pro ...n Nariño

Nuevas Tasas en Impuesto a las Ventas

Cráter "Garavito" en Nuevo Mapa Lunar

La Jornada Continua se Extenderá



...avicencio por los Derrumbes



Primera plana de "El Espectador" con la noticia de la asignación del nombre de Julio Garavito a un cráter de la cara oculta de la Luna. Octubre 3 de 1970.

Comisión Científica Permanente gracias al cuidado que se puso en la contratación de los sucesivos directores, todos ellos geólogos con formación especializada: Robert Scheibe (1917-1923); Otto Stuzer y Ernest Scheibe (1924-1926); Emil Grosse (1927-1931); y Enrique Hubach (1931-1934). En la Comisión colaboró Ricardo Lleras Codazzi, quien continuó así su obra y publicó *Notas geográficas y geológicas* (1926), *Los minerales de Colombia* (1927) y *Las rocas de Colombia* (1928). Los trabajos de los directores de la Comisión se publicaron en los primeros cuatro volúmenes de un órgano oficial de difusión, la *Compilación de los estudios geológicos oficiales de Colombia* (1933-1960), que completó los diez volúmenes.

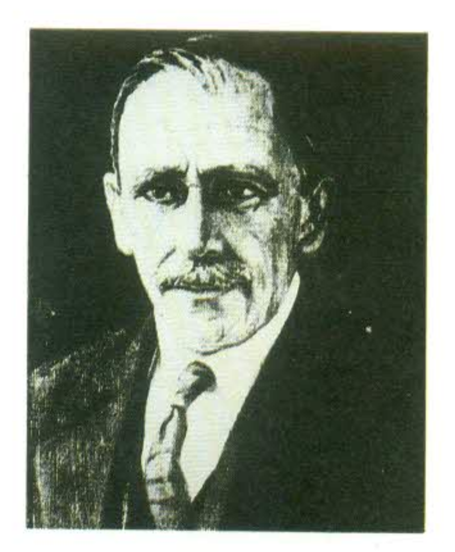
La Comisión Científica Nacional tenía la finalidad de estudiar la geología de las regiones de Colombia, complementar la cartografía del país con mapas geológicos, dar a conocer nuevos recursos mineros y estudiar las minas existentes. Simultáneamente, el Observatorio Astronómico coordinaba los trabajos de la Oficina de Longitudes, y la comunidad de hermanos cristianos de La Salle establecía su red de herborizadores que contribuirían a conocer la fauna y la flora del país. Los directores de la Comisión pertenecieron a la Sociedad de Naturalistas Colombianos, presidieron las comisiones de geología y mineralogía y de geología de petróleos y, como los naturalistas, tomaron parte en el proyecto de realizar el inventario de los recursos del país.

Otras dependencias estatales de investigación científica

En el sector agropecuario era evidente la decadencia de la agricultura para el consumo interno, al tiempo que la producción cafetera crecía aceleradamente. La industria, desarrollada lentamente desde comienzos del siglo, sacaría provecho de la crisis de 1930, se diversificaría y crecería rápidamente a partir de esa fecha. Así, para apoyar las ciencias que podían servir de base a la industria y a la agricultura, en el Ministerio de Industrias se fundaron: el Laboratorio Químico Nacional (1928); en el servicio científico, las secciones de botánica, fitopatología y entomología, que dieron origen al Herbario Nacional (1931) y, por último, en el entonces llamado Ministerio de la Economía Nacional, se creó la Sección de Biología Vegetal (1938).

El primer director, promotor y organizador del Herbario, la Sección de Biología Vegetal y el Jardín Botánico "José Celestino Mutis" (1955), Enrique Pérez Arbeláez, había regresado de Alemania después de concluir en Munich (1928) su carrera de biología, y encontró que en Colombia no había condiciones adecuadas para la producción científica. Buscó crear una conciencia pública favorable a la actividad científica, y presionó para que se formulara un política científica nacional que se expresara en instituciones estatales duraderas. Sus publicaciones destacaban las múltiples utilidades que derivarían de apoyar las ciencias biológicas; entre sus obras encontramos: su contribución para el *Manual del cafetero colombiano* (1932), titulada: "Botánica del cafeto; clasificación de las plantas de sombrío y de las malezas"; *Frutas de Cundinamarca* (1933); *Las plantas, su vida y su clasificación* (1934); tres ediciones de las *Plantas útiles de Colombia* (1935, 1942, 1956); *Plantas medicinales y venenosas de Colombia* (1937); *Estudio botánico y étnico, farmacéutico y forense* (1937); y *Quinas de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada*.

El Laboratorio Químico Nacional, dirigido por Jorge Ancízar Sordo entre 1936 y 1957, prestaba servicios para las diferentes dependencias del Ministerio, es decir, para las variadas demandas de la estructura productiva del país: agricultura, minería, industria. Fueron precisamente éstos sus



Ricardo Lleras Codazzi.



Enrique Pérez Arbeláez.
Oleo de Vica Marotti, Jardín Botánico, Bogotá.

años más prósperos, porque concentró múltiples funciones y áreas de investigación. Sin embargo, aunque su director siempre esperó que se pudieran iniciar allí líneas de investigación básica, este proyecto se vio pospuesto ante las demandas del trabajo de rutina, que provenían del análisis de minerales y prospección geológica, los estudios de suelos y la adaptación de las técnicas de control de calidad exigidas por la empresa privada.

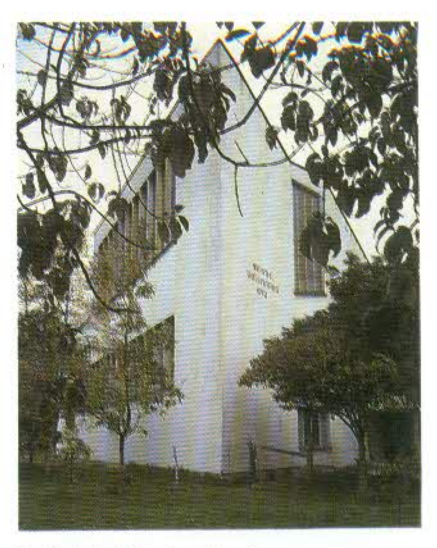
Con la diferenciación y ramificación de las actividades del Estado durante los años cincuenta, algunas tareas iniciadas en el Laboratorio, que entonces pertenecía al Ministerio de la Economía, pasaron a nuevas entidades: los estudios geológicos y de apoyo a la industria petrolera, al Servicio Geológico Nacional (1940), llamado por un tiempo Instituto Geológico Nacional (1953-1957), del nuevo Ministerio de Minas y Petróleos, fundado con el objetivo de levantar el mapa geológico del país y participar en la evaluación del potencial minero y la exploración de nuevos yacimientos. Los trabajos de química agrícola se desplazaron al Laboratorio de Suelos (1957) del Instituto Geográfico "Agustín Codazzi"; los que se iniciaron sobre energía nuclear, al Instituto de Asuntos Nucleares (1959). Finalmente, el Laboratorio, que había pasado a depender del Ministerio de Minas y Energía, se fusionó en 1968 con el Servicio Geológico Nacional y el Inventario Minero (1963), que constituyeron entonces el Instituto de Investigaciones Geológico-Mineras (INGEOMINAS), de suerte que de todas sus actividades anteriores sólo continuó adelantando de manera sistemática los trabajos relacionados con proyectos geológico-mineros.

El Herbario Nacional se inició en el laboratorio de César Uribe Piedrahíta y de ahí pasó, por un tiempo, al Laboratorio Químico Nacional. Hernando García Barriga sucedió a Pérez Arbeláez en la dirección y recolectó alrededor de 23 000 plantas. El Herbario creció a lo largo de los años, gracias al trabajo de generaciones de botánicos: en 1956 llegó a los 50 000 ejemplares, en 1976 alcanzó los 150 000; y en la actualidad cuenta con 300 000 ejemplares de plantas preservadas y procesadas con técnicas y normas internacionales. Entre sus colecciones históricas están algunos duplicados del herbario de la Expedición Botánica, y la copia del herbario que reunió José Jerónimo Triana con la Comisión Corográfica.

La Sección de Biología Vegetal del Departamento de Agricultura del Ministerio de la Economía Nacional, o Instituto de Biología (a partir de 1945), se orientó hacia la investigación de problemas directamente relacionados con la ampliación y mejor aprovechamiento de los recursos para la agricultura comercial; colaboró en trabajos de recolección, determinación taxonómica, y estudios aplicados a las demandas del sector agropecuario. En 1951, el Ministerio cedió a la Universidad los instrumentos y la parte del herbario formado allí.



César Uribe Piedrahita.
Dibujo de Ricardo Rendón, 1917.
Revista "Pan", febrero de 1939.



Instituto de Ciencias Naturales.
Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá. Fotografía de Ernesto Monsalve.

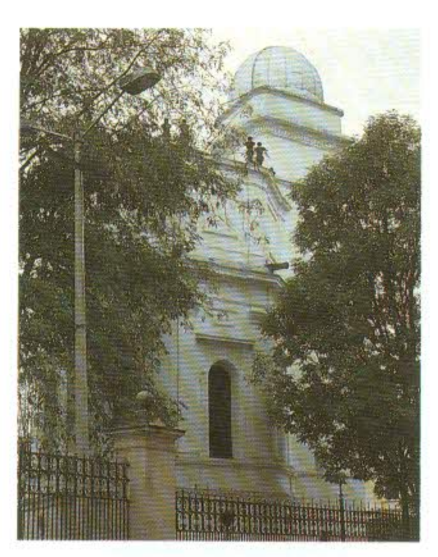
El impulso que tomaron estas instituciones llevó a que se crearan en la Universidad Nacional, cuando ésta se reestructuró en 1936, los departamentos correspondientes: el de Botánica o Instituto de Botánica (1939), posterior Instituto de Ciencias Naturales (1940), que constituía la cristalización institucional del programa de investigaciones inaugurado por Mutis, y el Departamento de Química, dirigido por el químico catalán Antonio García Banús. El proceso se repitió una y otra vez, para todas las ciencias básicas, comoquiera que nuevas entidades estatales y privadas, establecidas en los años sesenta y setenta por fuera de la universidad, como el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA), el Instituto de Recursos Naturales Renovables (INDERENA), el Instituto Nacional para Programas Especiales de Salud (INAS), el Laboratorio de Investigaciones en la Química del Café, el Laboratorio de la Superintendencia de Industria y Comercio y el Instituto Colombiano del Petróleo, contaron con recursos para prestar servicios científicos y tecnológicos, y hacer investigación aplicada y transferencia de tecnología.

Proyectos de investigación

Con la creación del Servicio Meteorológico y el desplazamiento de los trabajos cartográficos al Instituto Geográfico, quedaba para el Observatorio Astronómico Nacional el programa

de investigación fundamental, que requería, para recibir apoyo institucional, la diferenciación de disciplinas como la física y las matemáticas, de menor desarrollo en el país, y la voluntad de sostener la investigación con independencia de los resultados útiles. Pasos en esta dirección se dieron durante las décadas de los años cincuenta y sesenta, con la aparición de departamentos, institutos y facultades de ciencias en las mayores universidades del país.

Durante este último período, a partir de 1958, Jorge Arias de Greiff y Eduardo Brieva se han alternado en la dirección del Observatorio; se han mantenido relaciones con la Unión Astronómica Internacional y se han recibido visitas de astrónomos de Estados Unidos y Alemania. En el Observatorio se han dictado cursos para los estudiantes de la carrera de física. Con la colaboración de un equipo de investigadores con formación avanzada en astronomía se definieron, ya en los años setenta y ochenta, proyectos de investigación en los distintos subcampos de la astronomía. El reducido equipo de investigadores del Observatorio también trabajó en la definición del sitio para la ubicación de la "Estación de Montaña", proyecto de construcción y dotación de un moderno observatorio óptico —aprobado en 1985, pero suspendido por no coincidir con las sucesivas políticas gubernamentales—, con el cual se buscaba tener condiciones para formar nuevos investigadores, llevar adelante los proyectos iniciados sin tener que realizar el trabajo observacional por fuera del país, y definir nuevas líneas de investigación para el desarrollo de la astronomía en Colombia.



Observatorio Astronómico Nacional, Bogotá, obra arquitectónica de fray Domingo de Petrés (1802-1803). Fotografía de Ernesto Monsalve.



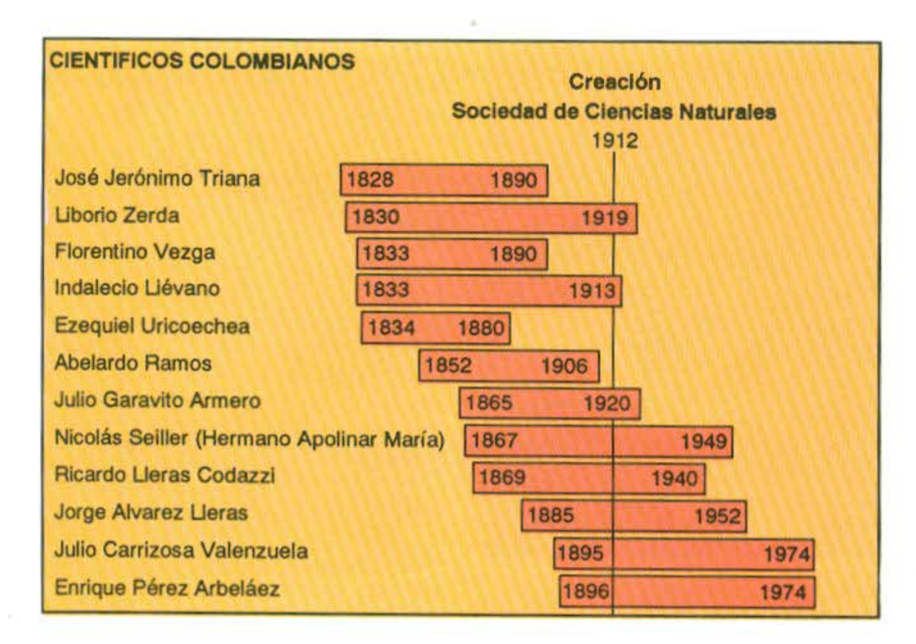
La vida natural. Mural cerámico de Leopold Richter en el Instituto de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

La biología organísmica en botánica y zoología es el área de la biología que concentra el mayor número de proyectos de investigación, con énfasis en los aspectos descriptivos y de recursos humanos y financieros. Estos también son los trabajos más difundidos en el país —en parte por la menor infraestructura que requieren—, a través de los jardines botánicos, los departamentos de biología y las facultades de agronomía. La institución líder en este campo es el Instituto de Ciencias Naturales-Museo de Historia Natural (ICN-MHN), compuesto por las Secciones de Antropología, Botánica, Geología y Zoología. Los subproyectos de las Secciones de Botánica y Zoología son: Flora de Colombia, Ecoandes, Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada y Fauna de Colombia. Con grandes esfuerzos continúa la idea, patrocinada hace 200 años por la corona española, de darle prioridad a los inventarios de flora y fauna y a la clasificación taxonómica. Hay grupos de investigación de excelencia, aunque escasos y marginales, concentrados en las universidades Nacional, Valle, Antioquia, Andes y Javeriana, en el INAS y la Federación Nacional de Cafeteros, que trabajan en diferentes proyectos de las áreas de biología molecular, celular y bioquímica. Sin embargo, en estas áreas falta mucho apoyo para ampliar la cobertura e intensidad de los programas de investigación y para promover el trabajo interinstitucional, que permita superar oposiciones ya seculares entre facultades de ciencias y facultades de medicina, institutos especializados y departamentos universitarios, entidades del gobierno y universidades, sector público y privado.

En el caso de la química se da gran dispersión temática, de suerte que prácticamente están cubiertos todos los campos. Las carencias mayores están en las áreas de agrícola, alimentos, química ambiental, combustibles y síntesis química. Los grupos de mayor desarrollo nacional, en su mayoría con investigaciones de carácter aplicado, son la bioquímica, biología molecular y productos naturales. En su mayoría, las investigaciones se realizan en las universidades. El Instituto de Asuntos Nucleares también se ha convertido en un centro de desarrollo para la radiofísica y algunos trabajos teóricos. El Centro Internacional de Física ha desempeñado un papel de apoyo para la investigación, a través de la organización de eventos y su política de establecer laboratorios. Los departamentos de matemáticas de las Universidades Nacional de Bogotá y Medellín, Andes y Valle, han evolucionado positivamente, por la conformación progresiva de grupos estables de investigación matemática con áreas de trabajo claramente espe-



Jorge Arias de Greiff. Fotografía de Ernesto Monsalve.



cificadas y con algún grado de identificación.

Colciencias

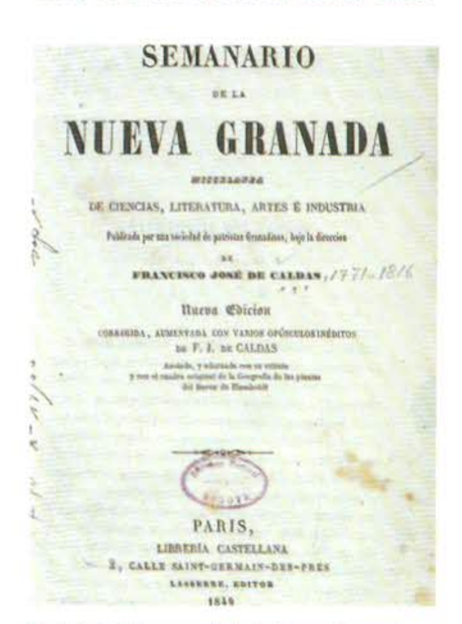
En 1967 se realizó en Fusagasugá el Primer Seminario sobre Ciencia, Tecnología y Desarrollo, que recomendó al presidente Carlos Lleras Restrepo crear un fondo especial con personería jurídica para apoyar financieramente las investigaciones científicas y un organismo ejecutivo del más alto nivel. Por decreto 2869 se creó el Fondo Colombiano de Investigaciones Científicas "Francisco José de Caldas" (COLCIENCIAS) y el Consejo Nacional para el Fomento de la Ciencia y la Tecnología. Su estructura organizativa, con el carácter de fondo dependiente de una instancia superior que no llegó a funcionar, el CONCYT, limitaría posteriormente su capacidad de planificación de las actividades científicas y tecnológicas, porque COLCIENCIAS quedó huérfana de voluntad política y poder real para movilizar, coordinar y canalizar recursos que le permitieran alcanzar las metas expresadas en su propia organización interna, y evaluarlas de acuerdo con el control efectivo de los instrumentos de política necesarios para su ejecución.

Los primeros años de su actividad estuvieron dedicados a establecer las características de los recursos y la infraestructura institucional en ciencia y tecnología existentes, y a crear vínculos con las universidades y los investigadores individuales. En 1972 se realizó el primer Inventario del Sistema Científico y Tecnológico de Colombia. Los resultados de estas encuestas demostraron que la infraestructura científica era escasa y desempeñaba papel marginal dentro del sistema institucional; de otro lado, se identificaron limitaciones normativas para la asignación de recursos.

Con el objetivo de legitimar su actividad planificadora ante las instituciones políticas centrales, COLCIENCIAS articuló la política científico-tecnológica con la política económica y social, siguiendo los cambiantes ritmos de los planes de desarrollo elaborados en el Departamento Nacional de Planeación. En 1975 se definieron los criterios para formular la política nacional de ciencia y tecnología, expuestos con detalle en los "Lineamientos del desarrollo científico y tecnológico en Colombia" (1975), donde se decía: «La política científica y tecnológica no es un fin en sí misma, sino un instrumento para lograr el desarrollo del país; por lo tanto, la política de la ciencia y la tecnología debe estar integrada al proceso de desarrollo económico y social». Este no fue un sesgo de la política en un período determinado: en los "Lineamientos" se condensaron las orientaciones centrales de política que han guiado la estructura de actividades de COLCIENCIAS y que permanecen hasta el día de hoy. Una vez más, aparecía el utilitarismo como esquema ideológico de legitimación y como orientación valorativa, que define los criterios de asignación de recursos y muestra la débil valoración de la ciencia aun dentro del organismo central encargado de la tarea de planificación. Por encima de las diferencias de «estilo» propias de cada nueva administración, y más allá de las cambiantes orientaciones producidas por su esfuerzo para adecuarse a los Planes de Desarrollo, COLCIENCIAS siempre ha concedido el primer lugar a la política tecnológica de importación, transferencia o innovación; la política científica ha sido subsidiaria.

Comunidades científicas

Durante los primeros años de su existencia, de los miembros de la Expedición Botánica apenas se conocía a Mutis; con posterioridad al traslado a Santafé, el grupo ya era reputado irónicamente como "la compañía de los sabios". Alexander von Humboldt mencionó que a su llegada a la capital del Virreinato pudo comprobar que existía un partido opuesto a Mutis y a su compañía, y que éste utilizó el viaje de los científicos europeos como medio para dar a sus actividades una visibilidad que por primera vez desbordó los círculos intelectuales. La incipiente comunidad de sabios que se formó en la Expedición Botánica tuvo por influencia de Mutis una organización vertical, en la cual no existieron relaciones de cooperación sino de subordinación. El estilo artesanal de la obra, el carácter secreto de los traba-


SEMANARIO
DE LA
NUEVA GRANADA
DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES E INDUSTRIA
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS
Nueva Edicion
PARIS,
LIBRERIA CASTELLANA
2, CALLE SAINT-GERMAIN-DES-PRES
1849

Portada del "Semanario de la Nueva Granada, Miscelánea de Ciencias, Literatura, Arte e Industria", publicado por Francisco José de Caldas (1808-1811). Reedición de Laserre, Paris, 1849. Biblioteca Nacional, Bogotá.



Liborio Zerda.
Dibujo del album de Alberto Urdaneta.
Biblioteca Nacional, Bogotá.

jos y la renuencia a publicar resultados parciales, contribuyeron a mantener estos patrones. De tantos años de funcionamiento de la Expedición Botánica no quedó una organización estable, un instituto que trascendiera las personas que habían intervenido en los procesos de investigación.

Sin embargo, alrededor del *Semanario del Nuevo Reino de Granada* se articuló informalmente una comunidad de pares con mayor proyección social. Caldas, Lozano, Restrepo y otros asiduos colaboradores, dictaron las pautas para las monografías de sus corresponsales. Ellos se convirtieron en los árbitros de la "producción literaria útil" del Nuevo Reino; se encargaron de recompensar a aquellos patriotas que hicieron alguna contribución para el *Semanario*; a quienes enviaron datos, muestras, colecciones o dibujos. En las páginas del *Semanario* se editaron aquellos trabajos que merecían la atención del público, de acuerdo con el criterio de los directores. Como compatriotas ilustrados se exaltó a los individuos que formaron parte de una pequeña élite del saber.

Los primeros ensayos republicanos de aglutinar a las élites colombianas se propusieron tres objetivos complementarios: el primero, «establecer, fomentar y propugnar en toda Colombia el conocimiento y perfección de las artes, de las letras, de las ciencias naturales y exactas, de la moral y de la política»: Academia Nacional de Colombia (1826; 1832), Academia Nacional (1855) y Liceo Granadino (1856). El segundo, velar por la «enseñanza, la propagación y la aplicación» de las ciencias en el país: Instituto de Ciencias Naturales, Físicas y Matemáticas (1847) y Conservatorio Nacional de Ciencias y Artes (1855). El tercero, «la propagación y el adelanto de las ciencias naturales en general»: Sociedad de Naturalistas Neogranadinos (1859-1861), la primera de este tipo en el país; Sociedad de Naturalistas Colombianos (1869-1870), adscrita a la Universidad Nacional, y Academia de Ciencias Naturales (1871-1873).

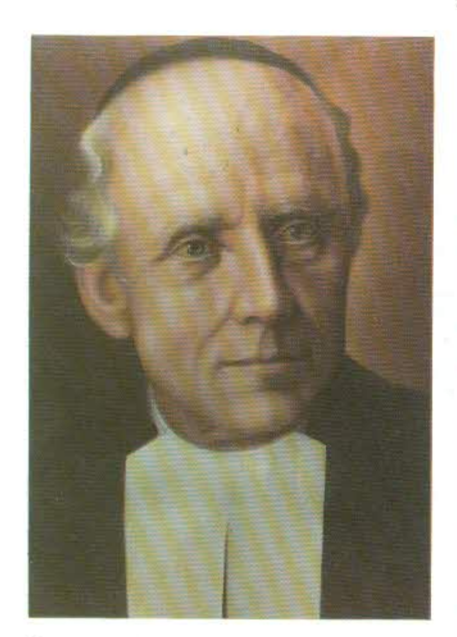
Estas asociaciones de letrados y naturalistas revelan los límites de la actividad científica en Colombia durante el siglo diecinueve. En su mayoría fueron sólo ficciones de la legislación, o nombres vacíos producto de la tendencia nacional a formalizar los grupos antes de que funcionen. Las prematuras comisiones o secciones internas cumplían la función simbólica de distribuir honores entre los socios más entusiastas. Las prioridades de los tiempos que corrían y las múltiples ocupaciones de sus miembros no permitían dedicar atención a tareas científicas o intelectuales. Tamaño reducido, limitados poder y autonomía para alcanzar sus fines y dependencia de un líder para la continuidad, constituyen algunas de sus características. En promedio, funcionaron por períodos menores de dos años, por carecer de recursos económicos o a causa de las contiendas políticas, pero primordialmente, debido a las débiles vocaciones y orientaciones hacia las ciencias y el trabajo intelectual. La SNN publicó un boletín: *Contribuciones de Colombia a las Ciencias y a las Artes*, del cual salieron dos entregas. El pequeño número de lectores y suscriptores no permitía financiar este tipo de publicaciones. En el boletín se editó la "Memoria sobre la historia del estudio de la Botánica en la Nueva Granada", de Florentino Vezga, obra que convierte a este médico y abogado santandereano en el pionero de la historia de las ciencias en Colombia.

Conformadas por «los hombres de letras que más brillaban a la sazón en Bogotá y en sus alrededores», como eran calificados los miembros de la Academia Nacional, estas asociaciones de abogados, médicos, publicistas y literatos, que eran secretarios de Estado, ministros de la alta corte, gobernadores, senadores y catedráticos,



Ezequiel Uricoechea.
Oleo de autor no identificado del siglo XIX.
Museo Nacional, Bogotá.

no tenían patrones de sociabilidad propios, no controlaban efectivamente las actividades de los miembros y tampoco tenían criterios diferenciados de evaluación del desempeño y el logro. Con pocas excepciones, los notables, profesores y estudiantes que integraban las asociaciones mencionadas no se distinguieron por sus realizaciones intelectuales. Entre los que dejaron alguna producción se pueden mencionar: el historiador José Manuel Restrepo; José Félix de Restrepo, que escribió y publicó en 1825 las *Lecciones de Física para el Colegio de San Bartolomé*, primer libro de texto de esta materia producido en el país; Benedicto Domínguez, varias veces director del Observatorio Astronómico; el ingeniero, geólogo e historiador Joaquín Acosta; el ingeniero y matemático Lino de Pombo, que publicó un libro para la enseñanza titulado *Lecciones de aritmética y álgebra*; el botánico José María Céspedes; el educador José María Triana; el ingeniero y geógrafo Agustín Codazzi; el abogado y analista social, Manuel Ancízar. Los médicos y naturalistas Antonio Vargas Reyes, Francisco Bayón, Genaro Valderrama, Florentino Vezga, Nicolás Osorio y Antonio Vargas Vega. Los profesores de ciencias naturales, Francisco Montoya, Luis María Herrera, Carlos Michelsen Uribe y Nicolás Sáenz. Liborio Zerda (1830-1919), médico y químico por afición, ensayador de la



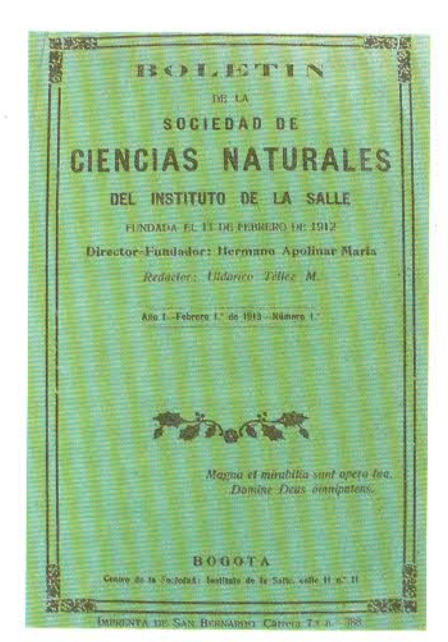
Hermano Apolinar María (Nicolás Seiller). Oleo de autor no identificado, Museo de Ciencias Naturales, Universidad de La Salle, Bogotá.

Casa de Moneda de Bogotá, hizo análisis químicos del agua, la sal de Cundinamarca y Antioquia y estudios químico-patológicos de la chicha; y publicó numerosos artículos en revistas del país como los *Anales de la Universidad*, los *Anales de Instrucción Pública de los Estados Unidos de Colombia*, el *Papel Periódico Ilustrado* y el *Repertorio de Medicina y Cirugía*. Ezequiel Uricoechea (1834-1880), un bogotano polifacético como el que más, estudió medicina en Estados Unidos, química y mineralogía en Gotinga, donde obtuvo el título de Doctor en Filosofía y Maestro de Artes Liberales; astronomía y meteorología en Bruselas. En el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario dictó por diez años la cátedra de química, que dejó como producto inédito sus "Elementos de Mineralogía". Estudioso de la lingüística, fundó en París la Biblioteca Lingüística Americana que publicó veinticinco volúmenes entre 1871 y 1903. En Berlín se editó en 1854 su libro *Antigüedades Neogranadinas*, estudio arqueológico pionero en el país. Fue el primer orientalista colombiano y catedrático honorario de árabe de la Universidad Libre de Bruselas.

Asociaciones profesionales y academias

Las primeras asociaciones profesionales y academias se constituyeron en el período de institucionalización de la profesión médica y la ingeniería en Colombia, es decir, durante el último tercio del siglo XIX y primeros años del XX. Comparten algunas características que se pueden sintetizar así: todas han subsistido hasta la fecha; se han propuesto alcanzar y defender unas condiciones adecuadas para el desempeño científico o profesional de sus socios y han gestionado, de cara al Estado, apoyo para el tipo de actividades de sus miembros; el mayor éxito, desde el punto de vista de los recursos, de la consecución de sus metas y del reconocimiento social, ha correspondido a las asociaciones profesionales; los logros se reducen para aquellas más afines a las disciplinas científicas. A diferencia de las asociaciones profesionales, las academias han sido integradas por individuos que provienen tanto de las profesiones como de las disciplinas científicas y las humanidades.

En 1871 se constituyó la Academia Colombiana de la Lengua como correspondiente de la española. Entre sus integrantes se destacan figuras prominentes de la política, las letras y las humanidades: Miguel Antonio Caro, José María Vergara y Vergara, José Manuel Marroquín, Pedro Fernández Madrid, Felipe Zapata, José de Caicedo y Rojas, Santiago Pérez, Manuel María Mallarino, Venancio González Manrique, José Joaquín



BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD DE

CIENCIAS NATURALES

DEL INSTITUTO DE LA SALLE

FUNDADA EL 11 DE FEBRERO DE 1912

Director-Fundador: Hermano Apolinar María

Redactor: Uldarico Téllez M.

Año I.–Febrero 1.° de 1913.–Número 1.°

Magna et mirabilia sunt opera tua, Domine Deus omnipotens.

BOGOTA

Centro de la Sociedad: Instituto de la Salle, calle 11 n.° 11

IMPRENTA DE SAN BERNARDO. Carrera 7.ª n.° 388

Primer número del "Boletín de la Sociedad de Ciencias Naturales del Instituto de La Salle", Bogotá, febrero 1 de 1913. Biblioteca Nacional, Bogotá.

Cuervo y Rufino José Cuervo. Este último, al lado de Caldas, Triana, Uricoechea y Garavito, fue uno de los modelos del investigador decimonónico en Colombia. Con genuina vocación intelectual, Cuervo fue también autodidacta; no alcanzó títulos universitarios; se apartó, conscientemente, de la docencia y los cargos públicos y, por fin, se alejó del país, en un exilio obligado por la necesidad de estar en contacto con la comunidad internacional de gramáticos y filólogos. Su obra, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (1867-1872), que alcanzó seis ediciones en vida de su autor, ha sido libro de cabecera de políticos y literatos. Inscrita en los prejuicios de las élites, no fue ajena al ámbito social colombiano.

La Sociedad Colombiana de Ingenieros (1887) fue fundada por iniciativa de profesores y estudiantes de la Facultad de Matemáticas e Ingeniería: Abelardo Ramos, su primer presidente; Diódoro Sánchez, Miguel Triana y Andrés Arroyo. La Sociedad, de marcada orientación liberal y defensora a ultranza del gremio de los ingenieros nacionales, en no pocas ocasiones se enfrentó con los presidentes conservadores, como cuando en 1920 se opuso a que una comisión de expertos extranjeros quedara a cargo de la dirección del Observatorio Astronómico Nacional. Entre sus deberes estimaba como uno de los primeros «velar por el prestigio, prerrogativas y garantías de la carrera de Ingeniería y Matemáticas en Colombia» y las alcanzadas por la ingeniería colombiana. Publicó *Anales de Ingeniería*, que acogió y difundió estudios matemáticos, pasatiempos de aficionados y lecciones para los estudiantes de la Facultad; artículos de divulgación y de historia de las ciencias y la ingeniería en Colombia; trabajos de astronomía, geodesia e ingeniería. La revista orientó las actividades de los ingenieros y definió objetivos y metas para la comunidad profesional y el gobierno.

En 1891 la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales (1873), se convirtió en la Academia Nacional de Medicina. Esta sociedad editó la *Revista Médica*, órgano de comunicación de médicos y naturalistas: se difundieron trabajos originales sobre cuestiones médicas, control de epidemias, campañas de vacunación, tratamiento de enfermedades, botánica terapéutica, veterinaria y agronomía. La Sociedad reunió colecciones mine-



Sede de la Academia Colombiana de la Lengua, en Bogotá, diseño del arquitecto español Alfredo Rodríguez Orgaz (1960). Fotografía de Ernesto Monsalve.

ralógicas y botánicas y formó un Museo Anatómico, primero de su clase en el país, que sirvió de apoyo para las cátedras universitarias.

En 1896 se estableció la Academia Colombiana de Jurisprudencia, seguida pocos años después por la Academia Colombiana de Historia (1902), integrada por médicos, abogados, ingenieros, clérigos y militares aficionados a la historia. La Academia promovió desde sus orígenes la publicación de documentos de archivo y algunos trabajos de valor historiográfico; no obstante, ha sido parsimoniosa y renuente en aceptar innovaciones en los enfoques metodológicos y en los problemas que tradicionalmente ha definido como importantes. Ha creado relaciones distantes con la comunidad universitaria y ha mantenido el control de los libros escolares de texto. El *Boletín de Historia y Antigüedades*, ha sido el órgano de difusión de los trabajos de sus miembros.

La Sociedad Geográfica de Colombia (Academia de Ciencias Geográficas) se fundó en 1903 y su revista, el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia*, ha publicado importantes trabajos de geología, paleontología, geografía, cartografía, astronomía y geodesia. Sus socios se reclutaron inicialmente entre los naturalistas y los que podríamos llamar ingenieros geógrafos, esto es, quienes realizaban levantamientos topográficos y de fronteras, de localización de vías de comunicación y de obras públicas, o hacían diagnósticos sobre los recursos y potencialidades de una región y evaluaban proyectos de colonización. Entre los socios y colaboradores más connotados de los primeros años estaban: Ricardo Lleras Codazzi, Eduardo Posada, Santiago Cortés, Jorge Alvarez Lleras, Daniel Ortega Ricaurte, Alberto Borda Tanco.

La Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales fue creada por la ley 34 de 1933 y reglamentada de manera definitiva mediante el decreto 1218 de 1936. Después de tres años de funcionamiento "a prueba" fue instalada por Jorge Alvarez Lleras, el 12 de junio de 1937. Para ese momento la Academia ya había publicado el primer número de su órgano de difusión, la *Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*. Esta se editó inicialmente como «revista enciclopédica, especialmente dirigida a la propaganda cultural que se ha propuesto el Ministerio [de Educación] con miras exclusivamente colombianistas»; en ella no se pretendía «presentar siempre escritos originalísimos y sobresalientes de investigación pura, cosa imposible en un país, como el nuestro, en donde todo está por hacer en el campo de la Ciencia"; el lujo en la presentación de la revista obedecía, de acuerdo con los editores, al propósito «de interesar con ella al gran público en una obra de divulgación que, de otra suerte, pasaría desapercibida». Entre los miembros de la Academia se han contado ingenieros, médicos, botánicos y biólogos, matemáticos, químicos, un antropólogo y un psicólogo y sociólogo.

Asociaciones disciplinarias

Al promediar el siglo XX, empezaron a constituirse las primeras asociaciones disciplinarias: la primera fue la Sociedad Colombiana de Químicos, establecida en 1941. Se trataba de una sociedad en parte gremial-profesional y en parte disciplinaria. Sus objetivos

REVISTA DE LA

ACADEMIA COLOMBIANA

de ciencias Exactas, Físicas y Naturales

(Organo de la Academia del mismo nombre)



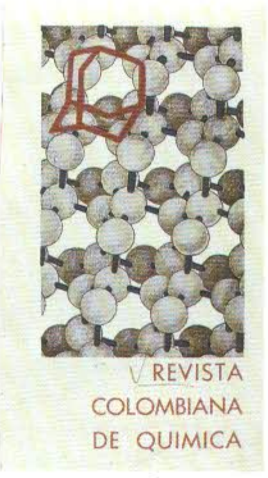
La mejor publicación científica, en su género (según la opinión nacional y extranjera, profesional y periodística), de Colombia y de Sur América.

Se distribuye gratuitamente a los profesionales y hombres de ciencia, a las Instituciones y entidades culturales y científicas del País y del Extranjero, y se canjea entre aquéllos y éstas con publicaciones análogas.

Aviso publicitario de la Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas. Revista "Pan", julio de 1938.

de orden científico serían compartidos por similares asociaciones en el futuro: «Velar por el adelanto de las ciencias químicas y ampliar las perspectivas de la investigación relacionadas con ellas, en los ramos académico e industrial»; otros, de orden social, tenían, a la vez, carácter disciplinario y gremial: «Crear y mantener un ambiente favorable y de interés por las actividades químicas, y colaborar con las entidades oficiales y particulares en el desarrollo y sostenimiento de instituciones de planificación, control, fomento y crédito para propiciar el adelanto industrial del país»; y, por último, de carácter estrictamente gremial: «Estimular la solidaridad de las relaciones y el agrupamiento de los profesionales de la Química, residentes en Colombia, y trabajar por el reconocimiento de las prerrogativas de los mismos». Esta tensión inicial entre los objetivos disciplinares y los gremiales ha permanecido en la comunidad de los químicos a lo largo de los años; está estrechamente relacionada con la vocación industrial del químico, su competencia en el plano profesional con el ingeniero químico y las difíciles condiciones para el desarrollo de un núcleo disciplinar sin la sobredeterminación del mercado de trabajo. La Sociedad inició la publicación de la *Revista Colombiana de Química*, que ha sido sostenida posteriormente por el Departamento de Química de la Universidad Nacional, y también edita la revista *Química e Industria*. En 1951 impulsó la realización del primer Congreso Nacional de Química. El carácter doble de esta Sociedad se ha reproducido de algún modo, en la Asociación Sindical de Químicos Colombianos (ASQUIMCO), creada en 1966, que pronto cambió su carácter sindical por el gremial y posteriormente se interesó también por el desarrollo del núcleo disciplinar. Esta Asociación de Químicos Colombianos publica un informativo, *Noticias Químicas*, y ha promovido la celebración de eventos como el Primer Congreso Nacional de Química Pura y Aplicada. El mercado de trabajo determina algunas de las características más centrales de los químicos en el país: de los aproximadamente 1 500 químicos egresados, el 7% sigue estudios de postgrado, el 5% trabaja en institutos de investigación, el 25% en la docencia universitaria, y más del 60% en la industria, donde el químico rara vez produce investigaciones que contribuyan al desarrollo de la disciplina.







Portadas de las revistas colombianas de Física, de Química y de Matemáticas Elementales
Biblioteca Nacional, Bogotá.

La Sociedad Colombiana de Física, que cuenta en la actualidad con más de trescientos socios, se constituyó en 1955, promovida por varios profesores de ciencias de las universidades Nacional, Andes y Javeriana, como David Mehl, Hernando Franco Sánchez, Sven Zethelius, Jesús Emilio Ramírez S.J., Alejandro Sandino, Guillermo Castillo, Carlo Federicci, Gustavo Maldonado, Darío Rozo. Las actividades de la Sociedad se han orientado fundamentalmente a promover el estudio de la física y la comunicación e integración de una comunidad de los físicos, mediante la realización de conferencias y seminarios, y el auspicio de los Congresos Nacionales de Física realizados en Bogotá (1964, 1967), Medellín (1970), Cali (1973). La Sociedad publica, desde 1965, la *Revista Colombiana de Física*, que ha alcanzado los 21 volúmenes; sus editores han procurado que ésta tenga nivel internacional aceptable. En el país hay alrededor de 550 físicos, que trabajan en un 90% en las universidades, de los cuales la absoluta minoría en investigación; un 7% en institutos y un 3% son independientes.

En el mismo año que la anterior se creó la Sociedad Colombiana de Matemáticas, presidida por Julio Carrizosa Valenzuela, que en la actualidad cuenta con cerca de mil socios. Esta primera asociación de matemáticos estuvo precedida por varias agrupaciones informales de aficionados a las matemáticas, como el Círculo de los Nueve Puntos, quizá la más famosa de todas, que tuvo entre sus integrantes a Julio Garavito, Alberto Borda Tanco, Pedro de Francisco, Pedro M. Silva, Luis José Fonseca, Delio Cifuentes Porras y Ricardo Lleras Codazzi y que se reunió durante las dos primeras décadas del siglo, hasta cuando murió Garavito «punto absolutamente indispensable para la existencia de los demás». La Sociedad inició la difusión de la *Revista Matemáticas Elementales*, llamada hoy *Revista Colombiana de Matemáticas*, una publicación de nivel internacional sostenida por las universidades Nacional y de los Andes, con cuatro números anuales. Adicionalmente, la Sociedad publica *Monografías Matemáticas*, *Lecturas Matemáticas* y *Suplemento de Lecturas Matemáticas*. De conformidad con sus objetivos de integrar una comunidad de matemáticos, la Sociedad ha promovido la celebración del Congreso Nacional de Matemáticas, reunido en trece ocasiones desde 1956, y del Coloquio Colombiano de Matemáticas, que se inició en 1979 y se congregó anualmente hasta 1981. La Sociedad ha organizado simposios especializados, coloquios regionales y jornadas matemáticas; ha propiciado igualmente acercamientos con las comunidades internacionales de matemáticos. En síntesis, por el número de socios, la cantidad de eventos y publicaciones y por los patrones universalistas de evaluación, se puede considerar que ésta es la asociación científica más activa del país. A pesar de todo, en una evaluación interna, se señala el reducido tamaño de la comunidad matemática, estimado en cuarenta individuos, si se toma el criterio de la producción y la capacidad de orientar trabajos de investigación, o en

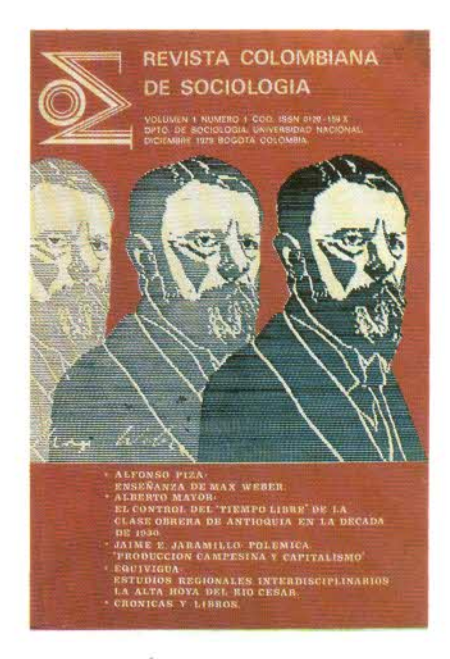
veinte, si se atiende solamente a la producción sostenida de artículos de nivel internacional. Una característica inquietante que revela la todavía frágil condición del grupo disciplinario.

Fundada en 1959, la Sociedad Colombiana de Geólogos y Geofísicos del Petróleo es una asociación semidisciplinaria que agrupa a diferentes especialistas vinculados a la industria del petróleo. Ha patrocinado la edición de libros y textos importantes para las geociencias. Un año después se conformó la Sociedad Colombiana de Geología, con el propósito de contribuir al desarrollo de la disciplina, especialmente con la organización de congresos, simposios y otros eventos que estimularan el desarrollo de investigaciones y la comunicación de los resultados. La Sociedad publica la revista *Geología Norandina*, de circulación internacional y el informativo *Geonotas*. Otras sociedades más recientes que agrupan investigadores y profesionales de las geociencias son la Sociedad Colombiana de Geotecnia y la Academia Colombiana de Ciencias Geofísicas.

En las áreas de biología molecular y genética, el tamaño de la comunidad es muy reducido si se considera la peculiar diversificación de líneas de investigación. La Asociación Colombiana de Genética cuenta con poco más de cien afiliados, número que sobrepasa el de los genetistas; entre sus miembros se incluyen biólogos y licenciados, médicos, ingenieros y otros especialistas sin competencia específica en el campo y que, en consecuencia, no pueden servir como individuos de referencia, control y recompensas que articulen un grupo efectivo de motivación, evaluación y comunicación. Posiblemente por esto, la Asociación no ha funcionado en los últimos dos años. Los vínculos más específicos entre los laboratorios de investigación en genética y biología molecular son escasos, como es reducido el número de investigadores y diferente su nivel de desarrollo, competitividad y áreas de interés. No obstante, aun en los casos de convergencia, no se sostienen relaciones con otros laboratorios del país; los vínculos con laboratorios internacionales están restringidos a los pocos grupos en condiciones de realizar investigación de calidad. En Colombia no existen canales específicos de comunicación para el campo de la genética y la biología molecular: revistas institucionales ni otro tipo de publicaciones periódicas. De otro lado, no hay facilidades para la participación en eventos nacionales e internacionales que sirvan para articular los grupos, estimular la crítica y la colaboración, abrir nuevos programas y actualizar la información. La escasa ayuda económica que se ofrece para eventos se reduce a la financiación de los costos de transporte, y alcanza sólo al personal vinculado a las instituciones y con posición en el escalafón; así se cierran oportunidades para futuros investigadores.

El tamaño de la comunidad de historiadores depende de los criterios para identificar a alguien como historiador. Si el criterio es la producción sostenida y la madurez que se expresa en capacidad de orientar trabajos monográficos, se trata de una comunidad pequeña de medio centenar de miembros. Si se incluye a todos los practicantes de la historia, a quienes han elaborado un trabajo monográfico de algún valor o a quienes se publicitan como historiadores, la lista podría extenderse indefinidamente. Los vínculos de los historiadores profesionales con las universidades han condicionado sus nexos académicos y su identidad gremial. Así, los congresos de historiadores se han realizado cada dos años, con una universidad pública como sede. Como resultado de estos procesos colectivos de identificación, reconocimiento y comunicación, se fundó, durante el congreso celebrado en la Universidad del Tolima en 1987, la Asociación de Historiadores, cuya sede funciona en Bogotá, con capítulos en varias ciudades del país. Los vínculos con la comunidad académica regional e internacional son posibles gracias al interés de investigadores extranjeros por algunos temas y problemas de la historia colombiana y a la asimilación crítica de estos enfoques por parte de la comunidad nacional. En Estados Unidos hay un buen número de historiadores con trabajos sobre el país, que han sido divulgados y han ejercido positiva influencia sobre historiadores colombianos. Las numerosas publicaciones periódicas nacionales, que constituyen uno de los principales canales de comunicación de los historiadores, tienen su origen principal, en su orden, en universidades, asociaciones y bibliotecas.

La Asociación Colombiana de Sociología agrupa a los sociólogos desde su fundación, en 1962. Un año después de esta fecha, la Asociación contaba con 28 socios activos (con título en sociología), entre ellos varios extranjeros; los miembros asociados (con investigaciones meritorias en las ciencias sociales) llegaban a 32; los miembros estudiantes llegaban a 16. Se trataba de una pequeña comunidad congregada en torno a la única escuela formadora de sociólogos en el país, la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional. Este hecho se mostró decisivo, después de los procesos de reforma del Departamento de Sociología, en 1969-1970, ya que durante los siguientes diez años no fue posible integrar a los sociólogos de diversas escuelas y tendencias de pensamiento e investigación en sociología. Entre tanto, el número de miembros potenciales había crecido desde los primeros 22 egresados, en 1962, a un acumulado cercano a los 2500, para 1979, cuando se reorganizó la Asociación. Durante su primera época, la Asociación realizó dos congresos: el Primer Congreso Nacional de Sociología se reunió en Bogotá en 1963; presidido por Camilo Torres Restrepo, concentró su atención principalmente en los problemas que surgían de la enseñanza reciente de la sociología en el país y sobre la necesidad de investigar los grandes problemas nacionales. El Segundo Congreso se celebró cuatro años más tar-



Portada del primer número de la "Revista Colombiana de Sociología". Diciembre, 1979. Biblioteca Nacional, Bogotá.

de, en 1967, bajo la presidencia de Orlando Fals Borda; giró alrededor de los problemas del compromiso del sociólogo, sus nexos con la realidad nacional y la urgencia de generar perspectivas propias de análisis social y de participar en los procesos de transformación y cambio social. Durante la segunda época de la Asociación se han reunido cinco congresos nacionales. El Tercer Congreso debió esperar hasta el año 1980; presidido por Germán Guzmán Campos, contó con la asistencia de unos seiscientos sociólogos de diferentes regiones del país. Los siguientes congresos se han realizado en las facultades de Sociología de Cali, Medellín, Bucaramanga y Barranquilla. El Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle ha organizado en tres ocasiones (1981, 1985, 1987) los Coloquios de Sociología, para tratar problemas específicos del desarrollo de la sociología, el análisis de las coyunturas nacionales y los problemas de la violencia y la democracia. En estos coloquios han participado sociólogos de los programas de la Universidad del Valle, la Nacional y la Universidad de Antioquia, junto a otros grupos de trabajo de la Universidad de los Andes y la Javeriana.

Las entidades oficiales y la docencia universitaria constituyen las principales fuentes de empleo para antropólogos y sociólogos; en la empresa privada sólo unos pocos centros de investigación ofrecen alternativas de desempeño; un pequeño porcentaje, casi siempre concentrado en las universidades, se dedica a la investigación. Hacia 1982 la población de antropólogos se estimaba en poco más de cuatrocientos; la tendencia de la matrícula universitaria, como ocurre en casi todas las ciencias humanas, era decreciente, situación que ha continuado acentuándose. La Sociedad Antropológica de Colombia se fundó en 1967 y ha sostenido irregularmente el informativo *Noticias Antropológicas*, que se acerca a los cien números. La Sociedad ha promovido encuentros entre los antropólogos y otros científicos sociales en una serie de eventos para discutir temas de actualidad e interés nacional.

La Sociedad Colombiana de Economistas (1957) ha tenido un componente político importante y poco ha contribuido al desarrollo de la disciplina o a promover la comunicación de los economistas. No ha sido fácil integrar una comunidad por encima de las múltiples diferencias de paradigmas de la disciplina. La Academia de Ciencias Económicas, creada en 1984, no tiene legitimidad para constituir un foro académico. Los economistas han encontrado a lo largo de los años oportunidades de investigación en entidades de planificación y control del Estado y de la empresa privada. Durante los años 30 y 40 se abrieron: la oficina de estadística, después llamada Departamento de Investigaciones Económicas, del Banco de la República; la oficina de estadísticas y censos permanentes de la Contraloría General de la República y la oficina de investigaciones de la Federación Nacional de Cafeteros. En los años 50: el Departamento Nacional de Estadística (DANE) y el Departamento de Planeación Nacional. En los años 60 y 70: el Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico (CEDE), de la Universidad de los Andes, el Centro de Investigaciones Económicas (CIE), de la Universidad de Antioquia, el Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CID), de la Universidad Nacional, FEDESARROLLO y el CIDSE, de la Universidad del Valle. Estas entidades han sostenido publicaciones que han servido para difundir los trabajos de investigación y el debate acerca de las teorías económicas y el análisis de la situación económica nacional. A diferencia de lo que sucede en sociología y antropología, la matrícula universitaria en el área de las ciencias económicas ha crecido de un 2.5% en 1955, hasta ocupar el primer lugar por áreas académicas en 1985, con el 26.7%.

La Federación Colombiana de Psicología (1954) se ha interesado por definir el papel de los psicólogos, y promover y gestionar la reglamentación legal de la profesión, lo cual se logró en 1983. La Federación, que es fundamentalmente una asociación gremial, creó el premio Psicología Colombiana y ha patrocinado la realización de varias convenciones nacionales. Existen en la actualidad varias pequeñas asociaciones que cumplen la función de integrar y ser un medio de comunicación a quienes comparten los diferentes enfoques y paradigmas, como la Sociedad Psicoanalítica Colombiana, la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis, la Asociación Psicoanalítica Colombiana, el Círculo Colombiano de Psicología Profunda, la Asociación Colombiana de Psicología y Tecnología Educativa y la Asociación Colombiana de Análisis y Terapia del Comportamiento. La *Revista Latinoamericana de Psicología*, dirigida por el psicólogo Rubén Ardila, es la única publicación periódica que ha salido regularmente. El desarrollo de la investigación en la disciplina es precario. Se destacan las líneas de investigación en neuropsicología, en el Instituto Neurológico de Colombia; sobre el desarrollo cognitivo de niños, y sobre la mujer y la relación entre los sexos, en la Universidad del Valle.

Bibliografía

ARIAS DE GREIFF, JORGE. "Historia de la astronomía en Colombia". *Ciencia, Tecnología y Desarrollo*, 11 (1/2) (enero-junio, 1987).

CUBILLOS, GERMÁN, FLOR MARINA POVEDA Y JOSÉ LUIS VILLAVECES. "Notas para una historia social de la química en Colombia". *Ciencia, Tecnología y Desarrollo*, 13 (1/4) (enero-diciembre, 1989).

DÍAZ-PIEDRAHÍTA, SANTIAGO Y ALICIA LOURTEIG. *Génesis de una Flora*. Colección Enrique Pérez Arbeláez, 2. Bogotá, Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 1989.

HERNÁNDEZ DE ALBA, GONZALO. *Las quinas amargas*. Bogotá, Tercer Mundo, 1991.

KALMANOVITZ, SALOMÓN. "Nota para una historia de las teorías económicas". *Ciencia, Tecnología y Desarrollo*, 10 (3/4) (julio-diciembre, 1986).

MISIÓN DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA. *La conformación de comunidades científicas en Colombia*, 2 Vols. Bogotá, 1990.

PEÑA, TELMO. "La psicología en Colombia: historia de una disciplina y una profesión". *Ciencia, Tecnología y Desarrollo*, 10 (3/4) (julio-diciembre, 1986).

RESTREPO, OLGA. "El tránsito de la historia natural a la biología en Colombia". *Ciencia, Tecnología y Desarrollo*, 10 (3/4) (julio-diciembre, 1986).

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA. *Documentos de diagnóstico académico. Biología, Física y Química*. Bogotá, 1988.

VEZGA, FLORENTINO. *La Expedición Botánica*. Cali, Carvajal, 1971.

Academias científicas

Diana Obregón

En la segunda mitad del siglo XIX, se fundaron varias academias y sociedades científicas en Colombia. La primera de ellas, la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos, fundada en 1859 por Ezequiel Uricoechea en (1834-1880), tuvo una efímera existencia y dejó como único testimonio una publicación: *Contribuciones de Colombia a las ciencias i a las artes*. Por otra parte, la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá, fundada en 1873, se convirtió en 1891 en la Academia Nacional de Medicina y contribuyó en forma significativa al proceso de profesionalización de la medicina.



Sociedad de Naturalistas Neogranadinos: Liborio Zerda, Florentino Vezga, Alejandro Lindig, Ezequiel Uricoechea, Francisco Bayón. Fotografía de Demetrio Paredes, junio 9 de 1858. Colección G. Hernández.

Sociedad Colombiana de Ingenieros

El 29 de mayo de 1887, treinta "señores" fueron citados a la casa de Diódoro Sánchez, con el fin de organizar una asociación de ingenieros, ya que la fundada en el año 1873, por profesores y alumnos de la Escuela de Ingeniería de la Universidad Nacional, no había funcionado. Ese mismo día quedó instalada la Sociedad Colombiana de Ingenieros, como un cuerpo científico que reuniría, además de ingenieros, a agrimensores, arquitectos, mecánicos, profesores de matemáticas y naturalistas. La nueva entidad se dedicaría a la difusión de «la ciencia del ingeniero» y a la investigación científica en matemáticas puras y aplicadas, y en ciencias naturales. El objetivo a largo plazo era establecer en el país una «manera positivista de juzgar». Tres meses más tarde, ya circulaba entre los socios el órgano oficial de la Sociedad: la revista *Anales de Ingeniería*, «periódico científico e industrial». La publicación, considerada «eco del patriotismo», tenía objetivos científicos y técnicos, y por lo tanto, excluía cuestiones políticas, religiosas y morales.

Para cumplir sus objetivos, los ingenieros elaboraron un programa de trabajo que contemplaba la geología, la astronomía, la geografía, la meteorología y las matemáticas, además de todas las aplicaciones que tenía la ciencia del ingeniero. El programa se cumpliría poniendo en práctica, en forma original, los principios científicos y adaptando la ingeniería a las necesidades del país, con el fin de evitar el empleo de métodos extranjeros. Se afirmaba que no se necesitaban genios, sino «hombres de estudio» dispuestos a construir una ciencia propia.

La Sociedad fue parte importante del proceso de profesionalización de la ingeniería, se enfrentó a aquellos que ejercían el oficio sin la calificación necesaria y luchó contra ingenieros y empresas extranjeras que monopolizaban la construcción de las obras públicas. Desde su fundación, mantuvo cordiales relaciones con el Estado, fue reconocida, en 1893, como cuerpo oficial consultivo en cuestiones técnicas, y se le asignó un local para sus sesiones en la facultad de Matemáticas. Los miembros de la asociación empezaron a ser consultados por los Ministerios de Hacienda y de Fomento, con el fin de estudiar problemas urgentes para la construcción de la nación: las líneas férreas más convenientes, el ancho de las ferrovías, el estado del tranvía en Bogotá, el diseño de puentes, la explotación de minas y la adopción de principios de ingeniería sanitaria. En 1896, los ingenieros Manuel Ponce León y Ruperto Ferreira fueron nombrados en altos cargos: el primero, ministro del Tesoro, y el segundo, ministro de Hacienda. Estos hechos significaban que







Estampillas conmemorativas del VI Congreso Nacional de Ingenieros, 1961, con el Escudo de la Sociedad Colombiana de Ingenieros y las efigies de Aberlardo Ramos, Miguel Triana, Andrés A. Arroyo, Diodoro Sánchez y la casa donde sesionó por primera vez la Sociedad, el 29 de mayo de 1887.

la lucha librada por los ingenieros en busca de su reconocimiento como gremio y de la ingeniería como profesión, obtenía frutos importantes.

En el seno de la Sociedad se dieron varios debates sobre la adecuada formación de los ingenieros. Miguel Triana consideraba que era preciso diferenciar entre ingenieros y eruditos en matemáticas y, según Abelardo Ramos, la ingeniería debía convertirse en «el alma de la industria». Manuel Antonio Rueda, por el contrario, afirmaba que la capacidad práctica del ingeniero dependía de su asimilación de las matemáticas. De hecho, la afición a esta ciencia fue notable entre los ingenieros bogotanos. Indalecio Liévano elaboró una teoría original acerca de los números reales, y Enrique Morales, Rafael Nieto París y Ruperto Ferreira, polemizaron con quienes pretendían haber resuelto los tres problemas clásicos de la geometría griega: la trisección del ángulo, la cuadratura del círculo y la duplicación del cubo.

De otra parte, Abelardo Ramos aseguraba que la topografía era insuficiente para un país que aún no había levantado sus cartas geográficas. Esta tarea era tan importante que sólo la definición de la Constitución podría precederle. Por tanto, la enseñanza de la astronomía y de la geodesia debía ser intensiva. Para Ruperto Ferreira, en cambio, estas ciencias debían enseñarse en un nivel elemental, puesto que la nación entonces necesitaba también ingenieros prácticos en otros ramos, si se quería avanzar en la vía del progreso.

En efecto, los mapas eran indispensables para construir los ferrocarriles, para establecer las fronteras de la nación, para realizar la división política y administrativa del país, y para adjudicar las tierras baldías, labores de cuya utilidad nadie dudaba. En los *Anales de Ingeniería* comenzaron a aparecer anualmente las efemérides del sol, de la luna y de las principales estrellas ecuatoriales, tomando el dato de las efemérides publicadas por el Observatorio de Washington. También se incluían, como un aporte a los agricultores, observaciones meteorológicas y estudios sobre climatología y técnicas agrícolas.

En un informe de 1895, Diódoro Sánchez, secretario permanente, hacía un balance de las actividades de la Sociedad. Las más importantes estaban relacionadas con los ferrocarriles, pero también se mencionaban un trabajo sobre ingeniería legal, hecho por Ramón Guerra Azuola; el *Código de minas de Antioquia*, elaborado por Francisco de Paula Muñoz; estudios referentes a ingeniería municipal y la instalación de luz eléctrica en Bogotá, en 1890, y del servicio telefónico, en 1885; además de trabajos sobre geología, mineralogía e ingeniería de minas.

El siglo XIX terminó con la guerra de los Mil Días (1899-1902). Las universidades se cerraron, las publicaciones científicas se suspendieron, muchos estudiantes y profesionales marcharon a la guerra, y los locales de las sociedades científicas y las aulas universitarias fueron usados como cuarteles. Sin embargo, durante la confrontación, la Sociedad continuó con sus labores. Julio Garavito Armero, ingeniero-matemático, reunió a un grupo de discípulos en el Observatorio Astronómico, del cual era director, les enseñó ingeniería y matemáticas, y determinó la órbita del cometa de 1901, con un teodolito de topografía y un cronómetro de bolsillo. Fortunato Pereira Gamba realizó estudios sobre las zonas metalíferas del norte y centro del departamento del Tolima, y en 1901 publicó su trabajo *Riqueza mineral de la República de Colombia*.

Después de la guerra, los ingenieros insistían en la importancia de avanzar en la construcción de las vías férreas. De esta manera, argumentaban, se acabarían los conflictos civiles, se afianzaría la paz al desarrollar las riquezas nacionales y se eliminarían las posibilidades de desmembraciones territoriales. Los desastres causados por la contienda y la pérdida de Panamá en 1903, hicieron comprender a algunos miembros de la élite que los conocimientos científicos y técnicos eran indispensables para el manejo de las cuestiones públicas. En 1904 se expidió la ley 46, que declaraba a la Sociedad Colombiana de Ingenieros, una vez más, cuerpo consultivo del gobierno para resolver cuestiones técnicas «relacionadas con las mejoras materiales»; se le asignó un nuevo local, se aumentó la subvención y se estableció que toda obra pública sería encomendada a ingenieros nacionales con título o con diez años de experiencia.

En un acto solemne, el 15 de mayo de 1904, fueron restablecidas la Universidad Nacional y las corporaciones científicas que habían sido cerradas por la guerra. En el discurso de instalación, después de un tradicional



Diodoro Sánchez. Oleo de Luis Felipe Uscátegui, 1937. Sociedad Colombiana de Ingenieros, Bogotá.



Miguel Triana. Oleo de Coriolano Leudo Obando, Sociedad Colombiana de Ingenieros, Bogotá.



Abelardo Ramos. Oleo de Luis Felipe Uscátegui, 1937, Sociedad Colombiana de Ingenieros, Bogotá.



Abelardo Ramos



Juan Nepomuceno González V.



Manuel Ponce de León



Ramón Guerra Azuola



Enrique Morales R.



Alejo Morales

Primeros presidentes de la Sociedad Colombiana de Ingenieros. Carboncillos de Soledad Ramos.

Te Deum, con el cual se celebraban todos los actos oficiales, el ministro de Instrucción Pública, Antonio José Uribe, indicaba que las academias y sociedades científicas deberían dedicarse «de preferencia al estudio de los problemas a que están vinculados los grandes intereses patrios». Las sociedades científicas quedaron instaladas oficialmente en la sede de la Escuela de Música, e integradas en un organismo denominado Academias Colombianas. Para ese entonces existían la recientemente fundada Academia de Historia, la Oficina de Longitudes, la Sociedad Geográfica, la Academia Nacional de Medicina, la Sociedad Colombiana de Ingenieros y la Sociedad Colombiana de Jurisprudencia, cuyo presidente, Antonio José Iregui, lo fue también del nuevo centro científico. Por medio del decreto 491, el Estado reconoció como oficiales a estas asociaciones, además de las academias y sociedades de Medicina de Medellín, Barranquilla, Cartagena y Cali, la Sociedad de Jurisprudencia de Medellín y la Academia de Historia de Antioquia.

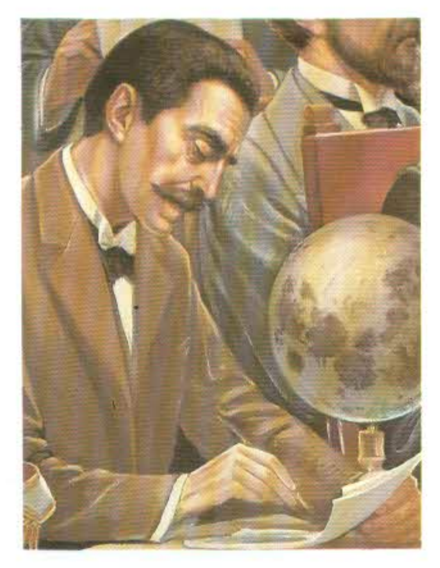
Los ministerios de Guerra y Relaciones Exteriores empezaron a consultar a la Sociedad Colombiana de Ingenieros, y el Ministerio de Obras Públicas fue creado en 1905, gracias a la labor de los asociados, siendo su primer jefe el ingeniero Modesto Garcés. El Ministerio de Instrucción Pública, a su vez, empezó a organizar, de acuerdo con los gobernadores de los departamentos, centros científicos análogos a los que funcionaban en Bogotá. El deseo de los gobernantes de diversificar las asociaciones científicas, sólo se haría realidad en Medellín, donde la importancia de las minas de oro y de la naciente industria antioqueña habían hecho posible la conformación de un cuerpo regional de ingenieros. La Sociedad Antioqueña de Ingenieros fue fundada en 1913 y tenía como objetivos contribuir al desarrollo regional y nacional a través de la ciencia y de la industria, así como elevar el nivel de la profesión. Esta élite de ingenieros-administradores provenía de la Escuela de Minas de Medellín, fundada en 1887, y tenía una orientación pragmática: a diferencia de la comunidad bogotana de ingenieros, se interesaba más por la aplicación del conocimiento a la prosperidad de los negocios, que por la "ciencia pura".

Sin embargo, en la existencia de dos escuelas enfrentadas, una más interesada en la profesionalización de la ingeniería y otra decididamente inclinada por el estudio y la práctica de las matemáticas, consistió la riqueza de esta comunidad. En ella se generó y mantuvo un ambiente favorable para el desarrollo de las inquietudes teóricas y científicas, sin que esta tendencia ahogara el ideal de lo práctico.

Sociedad Geografica de Colombia

En 1902, por medio del decreto 930, fue fundada y se puso en marcha la Oficina de Longitudes. Garavito Armero fue uno de sus principales impulsores y Delio Cifuentes Porras fue su primer director. Este centro científico tenía como objetivos levantar la carta geográfica del país, mediante la fijación astronómica, y delimitar las fronteras de Colombia con los países vecinos. Entre los ingenieros que participaron en esta tarea se destacaron activos miembros de la Sociedad: Darío Rozo, Francisco Andrade, Ruperto Ferreira, Modesto Garcés, Francisco J. Casas, Ricardo Lleras Codazzi y Rafael Alvarez, entre otros. De allí nació la Sociedad Geográfica de Colombia, creada en 1903, como una conmemoración del centenario de la fundación del Observatorio Astronómico Nacional. Sus objetivos eran la descripción del territorio, el estudio de los productos naturales y de las costumbres de los habitantes, y la formación del censo de la república. Resulta irónico que menos de tres meses después de fundada la Sociedad Geográfica (20 de agosto de 1903), a Colombia le fuese arrebatada una parte significativa de su territorio, el istmo de Panamá, hecho que ocurrió el 4 de noviembre del mismo año.

La asociación funcionó en forma «intermitente y precaria» hasta 1907, cuando se publicó un número del boletín, dedicado a conmemorar los tra-



Julio Garavito Armero.
Detalle del mural de Ignacio Castillo Cervantes, Colegio Mayor de San Bartolomé, Bogotá.



Ruperto Ferreira. Dibujo al carboncillo de Soledad Ramos, Sociedad Colombiana de Ingenieros, Bogotá.



Francisco José Casas Carrillo. Sociedad Colombiana de Ingenieros, Bogotá.



Rafael Alvarez Salas. Fotografía de Augusto Schimmer, 1920. Sociedad Colombiana de Ingenieros, Bogotá.

bajos geográficos realizados en el siglo anterior por los hermanos Reyes —Rafael, Elías, Néstor y Enrique—, quienes entonces se dedicaban al comercio de quina. A pesar del aparente interés de Rafael Reyes por la geografía, la Oficina de Longitudes estuvo en receso durante su período de gobierno (1905-1909). Al ser derrocado, el Congreso restableció las actividades de la Sociedad Geográfica y la anexó al Ministerio de Relaciones Exteriores. Sus miembros consideraron que la publicación de 1907 había sido «políticamente tendenciosa y sólo aconsejada por el deseo de adular al dictador».

En 1924, por iniciativa propia, se reagruparon los aficionados a los estudios geográficos, publicaron otro número de la revista, y reanudaron las sesiones durante un año, cuando tuvieron que abandonar la sede del Observatorio Astronómico, donde se reunían. En 1927, la Comisión de Instrucción Pública del Senado de la República consideró importante dar un impulso a la Sociedad Geográfica. Al año siguiente debía reunirse, en La Habana, la Sexta Conferencia Internacional Americana y se planteaba la necesidad de establecer un Instituto Geográfico Panamericano, que sirviera de «centro de coordinación, distribución y divulgación de los estudios geográficos de los estados americanos», con el fin de facilitar el estudio de los problemas de fronteras entre las diferentes naciones del continente. Estados Unidos ya se planteaba como árbritro en las disputas de los países latinoamericanos. De otra parte, para la explotación científica de los recursos naturales del país era indispensable el estudio del suelo, el subsuelo y la red fluvial.

Finalmente, la Sociedad Geográfica se reactivó en 1934, teniendo como presidente a José Miguel Rosales y como secretario perpetuo al ingeniero Jorge Alvarez Lleras. Bajo la dirección de este último, se reinició la publicación del boletín, que serviría para orientar la enseñanza de la geografía. En su primer número, Rosales explicaba que los fracasos de tipo económico en el país se debían al «desconocimiento del territorio colombiano, de su clima y potencialidad económica». Afirmaba que no podía existir sentimiento de nacionalidad donde no había noción exacta de la topografía y, con una visión determinista de la cultura, aseguraba que la existencia de un pueblo estaba completamente vinculada a la forma de su territorio: «En la historia del mundo, la corriente civilizadora sigue siempre la dirección de sus montañas y el curso de los ríos navegables». El conocimiento de la geografía, según Rosales, no solamente llevaría a la contemplación directa de la naturaleza, sino que proporcionaría las soluciones acertadas a los problemas del progreso y contribuiría al «engrandecimiento de la patria».

Para estimular la realización de investigaciones sobre el territorio, se crearon en 1936 filiales de la Sociedad en todos los departamentos y se establecieron premios a los mejores trabajos sobre «geografía patria». El trabajo más importante de este período fue el *Diccionario Geográfico*, preparado por el ingeniero Alfredo Bateman y publicado por entregas en el boletín. Para su elaboración se pidió información a los alcaldes, a los maestros, a los curas párrocos y a los miembros de los concejos municipales.

En 1938, el informe anual indicaba que en los últimos siete años, la asociación se había organizado sólidamente, contaba con local propio, biblioteca y «mapoteca de alto valor histórico» y había aumentado a 181 el número de sus miembros. Además, había «extendido su radio de acción por todo el país», ya que las sociedades filiales funcionaban en Antioquia, Atlántico, Bolívar, Cauca y Nariño. Para entonces, la agrupación tenía también intercambio con la Sociedad Geográfica de Lima y con la *Revista Atlántida* de Buenos Aires, y reforzaba sus lazos con los Estados Unidos. La conciencia nacional y regional que se generó en el decenio del treinta produjo interés por el estudio del territorio. Sin embargo, los geógrafos no consiguieron constituir una profesión como la del médico o la del ingeniero; su identidad no logró consolidarse, quedando aún más difusa que la de los naturalistas. La Sociedad Geográfica no significó la profesionalización de la disciplina, ni su transformación en ciencia social; los estudios de geografía siguieron siendo un saber de aficionado, en manos de los ingenieros civiles o militares, y con un fuerte acento naturalista.

Sociedad de Ciencias Naturales

A finales del siglo XIX, Colombia abrió sus puertas a diversas órdenes reli-



Rafael Reyes y sus hermanos. Grabado de Lavall y Salieti para la edición de "A través de la América del Sur. Exploraciones de los hermanos Reyes", publicada en Barcelona, Ramón de S.N. Araluce, 1902. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.



Alfredo Bateman.
Sociedad Colombiana de Ingenieros, Bogotá.

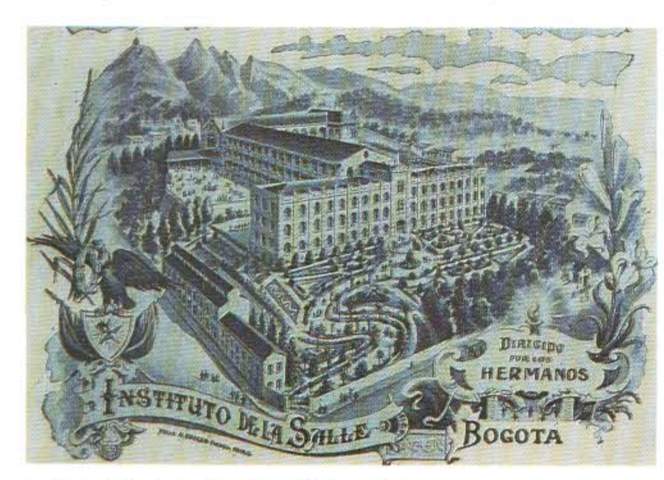
giosas que estaban siendo expulsadas de Europa por el movimiento de separación de la Iglesia y el Estado. Entre las más cultas y tolerantes de las comunidades que entonces vinieron, estaban los Hermanos Cristianos de la Congregación de Juan Bautista de la Salle, quienes se dedicaban básicamente a la enseñanza primaria y secundaria.

Varios grupos de lasallistas llegaron entre 1890 y 1904, y fundaron numerosas instituciones educativas. En 1903, una ley reformó la instrucción pública, orientándola hacia la ciencia y la técnica. A partir de entonces, los Hermanos Cristianos introdujeron cátedras de ciencias en la educación secundaria y emplearon nuevos métodos pedagógicos basados en la observación de la naturaleza y en el estudio de las matemáticas. Igualmente, fortalecieron y renovaron la enseñanza de las ciencias en las facultades universitarias.

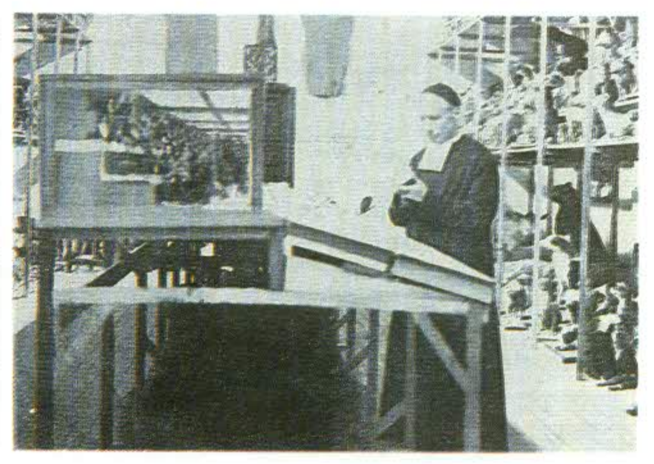
Uno de los religiosos que más se destacó en esta labor fue el hermano Apolinar María, naturalista alsaciano que llegó al país en 1904; su nombre era Nicolás Seiler y fue profesor de ciencias naturales en la facultad de Medicina y rector del Instituto de la Salle de Bogotá. Desde su arribo, se dedicó a la recolección de plantas, animales, minerales, fósiles y objetos precolombinos, con los cuales creó un museo en 1910. El carismático hermano Apolinar logró interesar en las ciencias naturales a varias generaciones de estudiantes. Poco a poco se formó, alrededor del museo, un núcleo de aficionados que se reunía regularmente para escuchar las conferencias del maestro, realizar excursiones, presentar sus hallazgos y obtener explicaciones sobre los ejemplares encontrados. Este grupo quiso mantener las sesiones periódicas dedicadas a la ciencia, más allá de los estudios escolares, y entonces surgió la idea de fundar una asociación permanente para el estudio de la naturaleza. Así nació en 1912 la Sociedad de Ciencias Naturales del Instituto de la Salle de Bogotá, cuyo objetivo era «fomentar el estudio y acopio de la riqueza natural del suelo patrio, en especial de los minerales, fósiles, plantas e insectos y aplicar dicho estudio a la industria, agricultura y medicina». El reconocimiento del Congreso y el apoyo del Estado Mayor del Ejército, le permitieron a la nueva entidad publicar un boletín desde 1913 y formar una biblioteca científica.

De esta manera, la Sociedad —que se dividió inicialmente en tres secciones: entomología, botánica y mineralogía— se convirtió en el espacio de encuentro de los pocos naturalistas que había entonces en el país. La agrupación de carácter juvenil y aficionado pronto desapareció, para dar paso a una asociación de carácter más formal y riguroso. En efecto, en 1919 había crecido tanto y adquirido tanto prestigio, que abandonó definitivamente su carácter local y se convirtió en Sociedad Colombiana de Ciencias Naturales. Se había demostrado que era posible y necesario mantener una organización para el estudio de la naturaleza. Al reorganizarse, aumentó el número de secciones que quedaron convertidas en: antropología prehistórica, zoología general, entomología, botánica pura, botánica aplicada, paleontología, mineralogía y petrología, geología, química, y parasitología.

A comienzos de siglo, imperaba en Colombia una atmósfera de religiosidad extrema que se expresaba en el uso de un lenguaje piadoso en todas las esferas de la vida social. En este contexto, no es extraño que la ciencia también se expresara en lenguaje religioso. La agrupación era una especie de militancia religiosa apoyada en los valores del patriotismo y de la ciencia; adoptó el lema «*Magna et mirabillia sunt opera tua, Domine Deus omnipotens*» y «*labor improbus omnia vincit*», para significar que la ciencia era un camino para llegar a Dios y que sus postulados, antes que contradecir los dogmas religiosos, los apoyaban. Los Hermanos Cristianos participaban en misiones de evangelización en las regiones periféricas del país y los resultados de algunas de ellas, presentadas como «expediciones científicas», se publicaban en la sección de antropología del boletín. Los gobiernos carecían de funcionarios preparados



Instituto de La Salle, Bogotá. Grabado en París por Helio A. Breger Hermanos, 1919.



Hermano Apolinar María (Nicolás Seiler)
Fotografía publicada en el "Boletín del Instituto de La Salle", agosto de 1919.

para administrar, impartir justicia y controlar las regiones periféricas del país. Mientras que los alcaldes eran analfabetas, la Iglesia contaba con clérigos educados. Por ello, los gobiernos fomentaban las actividades de las comunidades religiosas en las vastas zonas habitadas por indígenas.

En el decenio del veinte, al mismo tiempo que la Sociedad se afianzaba como una entidad con fuerte vocación nacional, ampliaba sus relaciones a nivel internacional. En esta época multiplicó sus lazos con sociedades, academias, museos y jardines botánicos en todo el mundo, desde el Smithsonian Institution hasta el Museo de Historia Natural de París, pasando por el Jardín Botánico de Nueva York, el Museo Nacional de Río de Janeiro, la Sociedad Mexicana de Biología, el Museo de la Plata, el Institute of Physical and Chemical Research del Japón, la Universidad de Uppsala, y otros más. El país era visitado cada vez con mayor frecuencia por científicos europeos y norteamericanos que, en una típica relación colonial, buscaban adelantar sus investigaciones y enriquecer sus colecciones. En forma similar a como había ocurrido con la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos en 1859, los científicos colombianos actuaban como hábiles recolectores de muestras naturales, pero su clasificación y estudio científico se realizaban en el extranjero.

De otra parte, en los años veinte, el país entró en la órbita económica, cultural y política de los Estados Unidos. La Fundación Rockefeller comenzó a enviar científicos para realizar investigaciones sobre las enfermedades del trópico y se interesó por las colecciones de lepidópteros del hermano Apolinar. La destrucción de los insectos aseguraría la extinción del paludismo, la fiebre amarilla y la anemia tropical, que hacían imposible la exploración del territorio. Además, las necesidades de la búsqueda de petróleo y de la expansión del cultivo del café exigían realizar exploraciones geológicas, acabar con las plagas y mosquitos, y luchar contra las endemias tropicales para mejorar la mano de obra. De ahí que las ciencias que se cultivaran fuesen la geología, la mineralogía, la entomología, la meteorología, la medicina tropical y la bacteriología.

En el plano nacional, también se vincularon nuevos socios por esta época: médicos, ingenieros, abogados, aficionados a las ciencias naturales, miembros de comunidades religiosas —en particular eudistas y jesuitas— y funcionarios del Estado. El impulso económico de los años veinte produjo un incremento en el interés por la ciencia. De una parte, la ampliación de las funciones del Estado colombiano, significaba que éste requería información cada vez mayor y más sofisticada, que solamente la podían proporcionar quienes tenían una formación técnica o científica. De otra parte, la integración de las élites en una burguesía a escala nacional solucionó el problema de los conflictos regionales del siglo XIX. Con la estabilidad política, las clases dominantes dejaron de fomentar entre la población las actitudes clericales de los años anteriores y comenzaron a interesarse por la utilización de los conocimientos científicos para el desarrollo económico del país. En los años veinte, como lo habían hecho las élites desde el siglo XVIII, se propagó la idea de que las inmensas riquezas naturales de la patria estaban inexploradas: Colombia era un territorio virgen y todo invitaba a descubrir sus grandes tesoros. Además, la crisis económica mundial produjo un sentimiento nacionalista: se empezó a tomar conciencia acerca de la explotación de los recursos del país por parte de los extranjeros. Tales ideas y sentimientos se convirtieron en argumentos importantes a favor del desarrollo de la ciencia. De esta manera, la investigación científica empezó a formar parte de la tarea de algunos organismos estatales. En el Ministerio de Industrias, creado en 1924, se realizaban conferencias sobre temas científicos, y en 1928, Luis María Murillo, miembro destacado de la Sociedad, fue nombrado dibujante naturalista y jefe de la sección de entomología del Departamento Nacional de Agricultura, entidad que formaba parte de ese ministerio.

Sin embargo, súbitamente, la Sociedad dejó de recibir el auxilio estatal y el boletín dejó de aparecer en mayo de 1931. Cinco años más tarde, el gobierno mediante el decreto 1218, dispuso que la Sociedad Colombiana de Ciencias Naturales pasara a formar parte de la recientemente creada Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, entidad que además quedaría gozando de la subvención estatal establecida por la ley 39 de 1913. Aunque los Hermanos Cristianos tenían buenas relaciones con el régimen liberal, que se encontraba en el poder, esta disposición formaba parte de la estrategia de separación de la Iglesia y el Estado en el plano educativo. La norma disgustó al hermano Apolinar María, quien la consideró arbitraria. No obstante, este religioso fue miembro honorario de la Academia de Ciencias y muchos de sus artículos fueron publicados en la revista de esta asociación. El museo, sin embargo, continuó formando parte del Instituto de la Salle, hasta el 9 de abril de 1948, cuando multitudes enfurecidas por la muerte del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, saquearon el colegio e incendiaron el museo, creyendo que allí se guardaban armas que serían usadas en contra del pueblo. En realidad, se trataba de una colección de armas de la primera guerra mundial, que había donado el gobierno francés. El Museo de Ciencias Naturales, con sus colecciones de minerales, insectos, plantas, conchas, pieles y pájaros, ardió completamente. También se quemaron el archivo y la biblioteca, y el hermano Apolinar quedó tan golpeado por este hecho, que murió poco tiempo después. El museo fue reconstruido posteriormente con el trabajo de sus discípulos y con donaciones nacionales y extranjeras.

De esta manera, la Sociedad de Ciencias Naturales, fundada con estudiantes en 1912, había cumplido su ciclo. Aunque en ella predominó la curiosidad por la naturaleza, su labor de difusión y vulgarización científica fue muy valiosa. La ciencia se puso al alcance del público a través del museo, expresión de la voluntad de divulgación de la agrupación. En Colombia, donde la ciencia contaba con muy escaso reconocimiento social, los miembros de esta asociación ayudaron a legitimarla como una actividad valiosa y necesaria por sí misma. También contribuyó a desarrollar una conciencia de grupo entre los naturalistas y, aunque no constituyó un núcleo de investigación científica, fue un lugar de reunión de aficionados a la ciencia, al lado de científicos profesionales. En estos períodos, la curiosidad, unida a la preocupación profesional, suele jugar un papel destacado en el proceso de convertir la ciencia en una institución social.

Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales

Desde 1929 se concibió la idea de crear una Academia Nacional de Ciencias,



José Joaquín Casas.
Oleo de Inés Acevedo Biester,
Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.



Julio Carrizosa Valenzuela.
Sociedad Colombiana de Ingenieros, Bogotá.

pero tal proyecto no se materializó en forma inmediata. Habría que esperar hasta que el poeta José Joaquín Casas —embajador de Colombia en España y quien había cerrado la facultad de Medicina y Ciencias Naturales en 1902 por motivos de orden público— y el ingeniero Julio Carrizosa Valenzuela, ministro de educación, realizaran gestiones en 1932 para crear una Academia correspondiente de la Academia de Ciencias de Madrid. Un proceso similiar se había cumplido con las Academias de la Lengua, de Historia y de Bellas Artes, todas ellas vinculadas a las instituciones españolas. En efecto, la Academia de Ciencias se inauguró el día 5 de agosto de 1932, en el local del Observatorio Astronómico, convertido en «templo del saber, en cuyo altar oficiaron Caldas y Garavito», según palabras de Daniel Ortega Ricaurte, secretario perpetuo de la Academia desde 1938.

El objeto de la Academia era «cultivar el estudio y propagar el conocimiento de las ciencias exactas, físicas y naturales, en su esencia y en sus principales aplicaciones». Con este fin daría a conocer sus trabajos y estimularía la investigación científica y la observación, a través de publicaciones, conferencias, y concursos sobre asuntos de interés científico nacional. La ley 34 de 1933 declaró a la Academia cuerpo consultivo para organizar y fomentar el estudio de las ciencias y para difundirlas entre las clases populares. La ley también determinó que la corporación colaboraría con el gobierno en la publicación de las obras de José Celestino Mutis, existentes en la Biblioteca del Jardín Botánico de Madrid, y en la creación de un Museo de Ciencias Naturales, un Jardín Botánico y otro Zoológico.

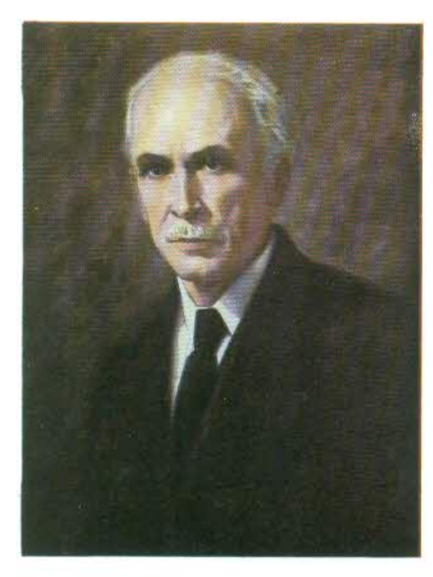
La Academia —que se dividió en tres secciones: ciencias exactas, ciencias físicas y ciencias naturales— estableció relaciones con centros científicos en Europa y América. Entre ellos estaban: el Museo Zoológico Universitario de Berlín, la Unión Internacional de Química de París, el Massachusetts Institute of Technology de los Estados Unidos y la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Buenos Aires.

La actividad más importante de la institución fue la divulgación científica. Por ello se organizaban, en el Teatro Colón de Bogotá y junto con el Ministerio de Educación, ciclos de conferencias «dictadas en forma didáctica y con fines de divulgación popular [para] educar al público en un ambiente más o menos científico». El apoyo del gobierno a las academias y sociedades científicas, en este período, se enmarcaba dentro del proyecto liberal de la llamada Revolución en Marcha, iniciada con el ascenso al poder de Alfonso López Pumarejo en 1934. Los dirigentes se basaban en la premisa de que la realidad nacional, incluido su territorio, sus recursos, su población y su cultura, eran completamente desconocidos. El nuevo gobierno propuso una serie de reformas que tenían como objetivo modernizar al país, aunque algunas de ellas ya venían gestándose desde el decenio anterior.

En los años treinta el país experimentó una notable expansión económica. Se ampliaron las clases medias y mejoraron los ingresos de las élites; aumentó la competencia por los puestos profesionales y la educación superior se convirtió en una posibilidad de ascenso social. Según el programa liberal, la formación de profesionales aceleraría el progreso del país, aumentando la productividad del trabajo. En consecuencia, se impulsó la educación universitaria. La ley 63 de 1935 concedió cierta autonomía administrativa y académica a la Universidad Nacional; integró las escuelas que se encontraban dispersas, convirtiéndolas en facultades; y aprobó la construcción de una ciudad universitaria en Bogotá, idea que ya estaba presente en la ley 11 de 1927, por la cual se autorizaba al gobierno a comprar terrenos y construir edificios para la universidad. Esta medida fue justificada por López con el mismo argumento que habían esgrimido los liberales radicales desde el siglo anterior, al fundar la Universidad Nacional: estimular el intercambio entre los estudiantes de las diversas regiones del país con el fin de formar una cultura nacional. No obstante los esfuerzos, la enseñanza de la ciencia era todavía muy débil en la universidad. En el pénsum de las carreras tradicionales, el estudio de las ciencias estaba reducido «a términos ridículos», informaba la Academia en 1939, y todavía no se vislumbraba la posibilidad de crear carreras de ciencias.

Por esta época, el sentimiento nacionalista de las élites se expresaba en la necesidad de crear una cultura propia y, por consiguiente, una ciencia nacional. La prensa afirmaba que en Colombia la literatura monopolizaba la atención del público, pero que era preciso volver «a hablar con orgullo de una ciencia colombiana». Se señalaba que la carencia de un movimiento científico era cobrada cara «por los países empeñados en negar el adelanto cultural de otros pueblos». Jorge Alvarez Lleras, presidente de la Academia, indicaba que la única manera de librarse del "tropicalismo", una de sus grandes obsesiones, era por medio de una «preparación científica seria».

Gracias al estímulo estatal, la Academia publicó una revista cuyo primer número comenzó a circular en 1936 y se ha mantenido, con algunas



Jorge Alvarez Lleras.
Oleo de Rafael Salas Vega, 1954,
Sociedad Colombiana de Ingenieros, Bogotá.

interrupciones, hasta hoy. Los redactores intentaban establecer un nuevo lenguaje, una nueva ética y una perspectiva distinta de los caminos tradicionales de la abogacía o del ejercicio de la política, para la juventud colombiana. La publicación cumplía una labor de divulgación en el interior del país —ya que se distribuía en colegios, institutos técnicos y universidades de las diversas regiones— y una tarea de comunicación con centros científicos, observatorios y universidades de América y de Europa, con los cuales mantenía correspondencia permanente. Los académicos manifestaban su voluntad de vincularse a la comunidad internacional. Por esta razón, tres de ellos participaron en 1939 en congresos científicos: Enrique Pérez Arbeláez estuvo en el Congreso Botánico de Río de Janeiro; Simón Sarasola asistió al Congreso Internacional de Meteorología de Montevideo; y Luis Patiño Camargo representó a la Academia en el VI Congreso Científico Internacional del Pacífico en San Francisco, California.

En el seno de la asociación, se presentaba una cierta tensión entre dos tendencias que lograron convivir sin intentar prevalecer la una sobre la otra. Para algunos, como Pérez Arbeláez, la investigación científica tenía que ser útil y debía vincularse a la producción. Mientras que otros, como Alvarez Lleras, estaban empeñados en el cultivo de «la ciencia por la ciencia». Alberto Borda Tanco pensaba, al igual que Alvarez Lleras, que «el interés práctico [era] más bien un freno que un estímulo» al desarrollo de la ciencia. En realidad, cuando Alvarez hablaba de "ciencia pura" hacía una defensa de la autonomía de la ciencia respecto de la esfera económica o de la conveniencia política. Y cuando Pérez insistía en la utilidad de la ciencia, exponía argumentos que fuesen convincentes para justificar el trabajo del científico. Las dos estrategias eran complementarias y actuaban en el mismo sentido: lograr el reconocimiento y la aceptación social de la ciencia, una actividad prácticamente inédita en Colombia.

De otra parte, Alvarez definía el papel de la Academia como "conservador" y defensor de la ciencia clásica. Consideraba una tragedia la aparición, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, de nuevas teorías científicas —la relatividad, la mecánica cuántica y las geometrías no-euclídeas—, que implicaban el derrumbe de los principios de la mecánica clásica. Juzgaba que la física moderna no era más que un espejismo de «teorías precipitadas y relumbrantes», impuestas por la moda y por el esnobismo del mundo contemporáneo. Por ello se dedicó a publicar, en la revista de la Academia, los artículos escritos por su maestro Garavito, antes de 1920, donde se hacía la defensa del paradigma newtoniano. De otra parte, Alvarez acogía cuanto artículo apoyara su posición, sin cerciorarse de que sus autores fueran personas con suficiente formación científica. Por ejemplo, los escritos del ingeniero italiano Gaetano Ivaldi tuvieron amplia difusión en la revista y las conclusiones emitidas por un congreso científico celebrado en Roma, en 1932, encontraron gran receptividad en la Academia por ser contrarios a la teoría de la relatividad.

La oposición de Alvarez a la nueva ciencia era parte de su repudio a la sociedad moderna; su actitud frente a la técnica era totalmente negativa. Este ingeniero-matemático rechazaba la revolución industrial, las máquinas y el capitalismo, en nombre de una visión aristocrática y pre-moderna del mundo; estaba influenciado por un sentimiento anti-cientificista, que fue frecuente en la cultura occidental desde el comienzo del presente siglo. No obstante, la rebelión contra la ciencia resultaba completamente inadecuada en un país predominantemente agrario. La "civilización mecánica" y la investigacion científica, que le sirve de base, eran indispensables entonces, como ahora. Sin embargo, el cultivo del conocimiento científico practicado por la Academia, aun dentro de categorías cercanas a la erudición clásica, tuvo un valor indiscutible: mantener vigente en Colombia el interés por el saber.

Con todo, los científicos reunidos en estas academias y sociedades lucharon por demostrar que la ciencia y la técnica eran imprescindibles para el adecuado desenvolvimiento del país. De esta manera, iniciaron un proceso de legitimación de la práctica científica en Colombia que aún no se ha cumplido cabalmente.

Bibliografía

ABEL, CHRISTOPHER. *Política, Iglesia y Partidos en Colombia: 1866-1953*. Bogotá, FAES, Universidad Nacional de Colombia, 1987.

ACADEMIA COLOMBIANA DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES. *Estatutos*. Bogotá, 1971.

Anales de Ingeniería. Sociedad Colombiana de Ingenieros. Bogotá, 1887-1936.

ARIAS DE GREIFF, JORGE. "Historia de la astronomía en Colombia". *Ciencia, Tecnología y Desarrollo*, Vol. 11, Nº 1-2 (Bogotá, 1987).

BATEMAN, ALFREDO D. *Páginas para la historia de la ingeniería colombiana*. Biblioteca de Historia Nacional, Vol. CXIV. Bogotá, Editorial Kelly, 1972.

Boletín de la Sociedad Colombiana de Ciencias Naturales. Bogotá, 1919-1931.

Boletín de la Sociedad de Ciencias Naturales del Instituto de la Salle. Bogotá, Imprenta de San Bernardo, 1912- 1919.

Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia, (Segunda época). Bogotá, 1934-1937 y 1948-1951.

HELG, ALINE. *La educación en Colombia 1918-1957*. Bogotá, Fondo Editorial CEREC, 1987.

LÓPEZ LÓPEZ, HÉCTOR. *Contribución de los lasallistas a las ciencias naturales en Colombia*, Bogotá, Fondo FEN, 1989.

MAYOR MORA, ALBERTO. *Etica, trabajo y productividad en Antioquia*, 2a. ed. Bogotá, Tercer Mundo, 1985.

RESTREPO, OLGA. "El tránsito de la historia natural a la biología en Colombia, 1784-1936". *Ciencia, Tecnología y Desarrollo*, Vol. 10, Nº 3-4 (Bogotá, 1986).

Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Bogotá, Ministerio de Educación, 1936- 1944.

SAFFORD, FRANK. *The Ideal of the Practical. Colombia's Struggle to Form a Technical Elite*. Austin, University of Texas Press, 1976.

Academias de historia y letras



Escudo de la Academia Colombiana de Historia. (Estampilla de correos de 1954).

Academia Colombiana de Historia

Dos elementos fueron motivo de que se empezara a escribir la historia en América: información y asombro. Desde Fernando e Isabel la Católica hasta Felipe II, descubridores y conquistadores españoles tuvieron mandato real de hacer relación de sus actos en tierra nueva, al tiempo que describían lo que aparecía ante sus ojos. Por otra parte, ese maravilloso panorama y el conjunto de las peripecias a las cuales se vieron obligados, forjaron en su mente la necesidad de consignar por extenso sus vivencias. Así, se hicieron cronistas, para no dejar en el olvido la difícil labor que emprendieron. Tal es el origen remoto —un abundante legado y un mundo nuevo, pero también transplantado— de la conciencia histórica en nuestras tierras.

Antecedentes

Varios antecedentes y algunos intentos fallidos dieron la base para que un día Colombia se preocupara por rescatar su historia, como fundamento para afirmar su nacionalidad. La creación de la Expedición Botánica (1783) dio existencia a instituciones científicas y académicas, literarias y de historia, que vinieron a refrescar el movimiento de ideas en el país. En 1801, por influencia de Jorge Tadeo Lozano y José Celestino Mutis, se decretó el establecimaiento de la Sociedad Patriótica del Nuevo Reino de Granada, que pretendía fomentar desde la agricultura y cría de ganado, hasta la industria, el comercio y la policía, además de las ciencias útiles y las artes liberales. La constituían miembros de número, académicos, alumnos, meritorios y corresponsales, como aún se nombran en las academias.

En 1826, ya en la Gran Colombia, el congreso y el vicepresidente de la República, general Francisco de Paula Santander, en la ley sobre Instrucción Pública, fundaron la Academia Nacional, cuyo objeto sería «establecer, fomentar y propagar en toda Colombia el conocimiento y la perfección de las artes, de las letras, de las ciencias naturales y exactas, de la moral y de la política». Constaría de veintiún miembros de número y los corresponsales en diferentes ciudades que ellos eligieran. Para el primer nombramiento, el gobierno hizo las designaciones, entre quienes figuraron José Manuel Restrepo, Vicente Azuero, José Félix Restrepo, José María del Castillo, Jerónimo Torres, Andrés Bello y otros, en su mayor parte altos funcionarios públicos que nunca encontraron el tiempo necesario para cumplir esta misión. La Academia Nacional fracasó y no dejó obra alguna. Seis años después, Santander, ahora presidente, intentó revivir el proyecto. Remitió el nuevo decreto al de 1826, y nombró a los veintiún miembros de la Academia Nacional de la Nueva Granada. En la primera reunión, fue elegido director José Manuel Restrepo.

Hasta la fecha, ninguna institución se había propuesto el estudio de la historia nacional como objetivo preciso. En 1856, José Joaquín Ortiz fundó el Liceo Granadino, iniciativa privada para el cultivo de las ciencias, la literatura y las bellas artes. Agrupó a importantes figuras de la vida nacional quienes, con su interés, llamaron la atención del presidente de la República, Manuel María Mallarino. Al año siguiente se convirtieron en Academia Nacional y se propusieron, además de lo ya mencionado, «la creación de nuestra historia y estudio de la lengua nacional». Fue presidente José Manuel Restrepo. Otros miembros con silla fueron: Agustín Codazzi, Antonio Vargas Reyes, Manuel Murillo Toro y José Joaquín Ortiz. Su obra fue breve, pues dificultades de política exterior desviaron el apoyo del Congreso, organismo que, por otra parte, les había asignado un exceso de funciones (por ejemplo: el Museo Mine-





Sede de la Academia Colombiana de Historia, Calle 10 con Carrera 9ª, en Bogotá. Fotografías de Ernesto Monsalve.



Salón de Sesiones de la Academia de Historia.

ralógico, las bibliotecas públicas, el Gabinete de Historia Natural y «los demás establecimientos nacionales de semejante naturaleza que existan o se funden luego en la República»).

José María Vergara y Vergara, instaurador de la Academia Colombiana de la Lengua (1871), correspondiente de la Real Española, pretendió hacer lo mismo con la de Historia, pero murió antes de concretarla. Miguel Antonio Caro propuso al gobierno, en 1881, fundar una Academia de Historia, pero nada se hizo. Luego, Jorge Holguín pidió crear un organismo similar, lo hizo dos veces con espacio de nueve años entre uno y otro, sin resultados.

Fundación

En un grave momento de la guerra de los Mil Días, nació la Academia Colombiana de Historia. En 1901, el ministro de Instrucción Pública, José Joaquín Casas, recibió un memorial de Eduardo Posada y Pedro María Ibáñez, en el cual se proponía al gobierno la publicación de una Biblioteca de Historia Nacional. El ministro los acogió de inmediato y puso a su cargo la preparación del primer tomo. Meses después, el vicepresidente José Manuel Marroquín autorizó la resolución 115 (mayo 9 de 1902), «por la cual se establece la Comisión de Historia y Antigüedades Patrias». Decía:

CONSIDERANDO: Que por incuria y por la triste situación del país, día por día se van perdiendo irreparablemente multitud de documentos preciosos, de monumentos y datos de todo género, que constituyen material histórico de grande importancia para Colombia,

RESUELVE: El Ministro procederá a organizar, como núcleo y principio de Academia de Historia y Antigüedades Colombianas, una Comisión de hombres doctos y diligentes, a cuya solicitud confiará: el estudio de las antigüedades americanas y de la historia patria en todas sus épocas; el allegamiento y análisis de los materiales propios de tales estudios; la fundación de museos y el aumento del que existe en Bogotá; el arreglo, la conservación y formación de índices de los archivos públicos y de los de propiedad particular, cuyos dueños quieran generosamente ponerlos a disposición del Gobierno para los estuddios antedichos; la dirección de la Biblioteca de Historia de Colombia, cuyo primer volúmen está ya en prensa y que ha sido fundada para sacar a luz los manuscritos valiosos; el cuidado y conservación en monumentos históricos y artísticos, en cuanto ello corresponda al Ramo de Instrucción Pública; y el estudio de los idiomas, tradiciones, usos y costumbres de las tribus indígenas del territorio colombiano, para lo cual se solicitará, previos los permisos del caso, la cooperación de los misioneros religiosos.

A continuación, se llamaba a diecinueve miembros fundadores, que acudieron sin falta: Eduardo Posada (luego elegido presidente), Pedro María Ibáñez (secretario), José María Cordovez Moure, general Bernardo Caicedo, general Ernesto Restrepo Tirado (vicepresidente), Enrique Alvarez Bonilla, Carlos Cuervo Márquez, Carlos Pardo, Santiago Cortés, Andrés Vargas Muñoz, Eduardo Restrepo Sáenz, Luis Fonnegra, Ricardo Moros, Manuel Antonio de Pombo, Francisco de Paula Barrera, José Joaquín Guerra, Adolfo León Gómez, Antonio Mejía Restrepo y Anselmo Pineda. Previa consulta con el Ministerio, se permitía el aumento de este número. La resolución también ordenó la publicación mensual del *Boletín de Historia y Antigüedades Colombianas*, que aún circula.



Patio central de la Academia de Historia.

Por último, quedó abierta la posibilidad de instalar comisiones similares en otros departamentos del país.

En diciembre de 1902, se decretó que la Comisión pasase a ser Academia de Historia y Antigüedades, con carácter oficial de cuerpo consultivo del gobierno. Eran ya veintiseis los miembros numerarios. En 1908 se llegó a cuarenta sillas, las que son hasta hoy día.

Establecimiento

Durante veinticuatro años la Academia itineró en más de quince sedes diferentes, sin que ninguna fuese propia. En 1926 se le concedió el segundo piso de la casa donde funcionaba la Imprenta Nacional, en el centro de Bogotá, calle 10 con carrera 9a. Dos años más tarde recibió la totalidad de la casa, pero sólo en 1958 tuvo derecho pleno sobre el inmueble, y se le declaró libre de impuestos. La construcción se hizo a mediados del siglo XIX. Cuando la Academia la tomó, necesitaba restauración. Sobre la portada ostenta el escudo de la institución: tres bustos semisobrepuestos, el de un indígena americano, el de un guerrero español del siglo XVI, y el de la Libertad (simbolizan las grandes épocas de la historia nacional) y ésta es su divisa: *Veritas ante omnia*.

En la Academia funciona la Biblioteca Eduardo Santos, la sala de lectura Otero D'Costa, el archivo histórico y la librería, con salida a la calle.

La obra

El legado más importante que la Academia ha ido elaborando a lo largo de su existencia es el de sus publicaciones. Se destaca, sobre todo, el *Boletín de Historia y Antigüedades*, que a partir del año de fundación de la Academia se ha publicado con regularidad, logrando un inmenso compendio de temas. Otras colecciones son la Biblioteca de Historia Nacional, y la importante *Historia Extensa de Colombia*. Además, cuenta la Academia con valiosos archivos, documentos y bibliotecas sobre temas particulares.

La academia también imparte cursos de historia de Colombia. Empezó en 1939 dictando ciclos de conferencias, y hoy cuenta con la Fundación Instituto Universitario de Historia de Colombia, que otorga el título de Licenciado en la materia.



Escudo de la Academia Colombiana de la Lengua.

ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA

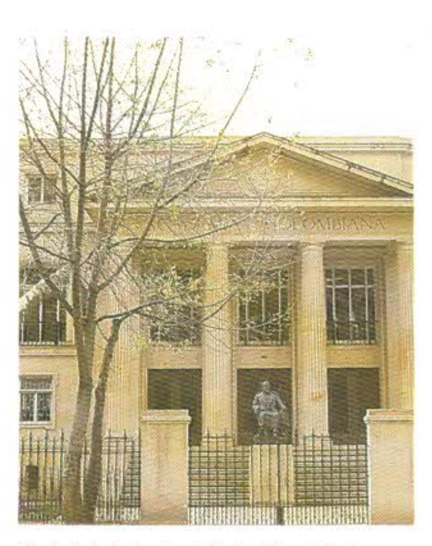
En 1713, Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena, presidió en Madrid la fundación de la Academia Española de la Lengua. Fueron ocho los miembros reunidos con el propósito de instituir la vigilancia de la pureza y la conservación del idioma. Un año después, Felipe V emitió la real cédula que les daba aprobación oficial. Como emblema, fue adoptada la imagen de un crisol puesto sobre fuego, y la inscripción: «*Limpia, fija y da esplendor*». La primera obra de la Real Academia fue el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739), en el cual cada voz se apoya en la cita de un escritor clásico. Así, desde el principio, quedó claro que la misión en favor de la lengua está íntimamente relacionada con la literatura.

Fundación

Por iniciativa de José María Vergara y Vergara, junto con el ecuatoriano Julio Castro, la Real Academia autorizó la creación de academias correspondientes en los países hispanoamericanos (1870). De vuelta en Bogotá, Vergara y Vergara se reunió con Miguel Antonio Caro y José Manuel Marroquín para sentar las bases de la Academia Colombiana; se desempeñó como secretario el filólogo Venancio González Manrique. Acordaron que la Academia se formara con doce miembros, elegidos entre personas destacadas de la vida intelectual nacional y que, por supuesto, pudieran distinguirse por el buen manejo del castellano. Para completar doce fueron llamados: José Joaquín Ortiz, Rufino José Cuervo, Felipe Zapata, Pedro Fernández Madrid, Joaquín Pardo Vergara, Santiago Pérez, Manuel María Mallarino y José Caicedo Rojas.

En 1872 murió Vergara y Vergara, antes de recibir el comunicado de aprobación por parte de la Academia Española. Fue presidente provisional Miguel Antonio Caro, hasta 1874, cuando llegó la noticia, y fue elegido José Caicedo Rojas en la dirección.

La Academia funcionó durante largo tiempo en salones prestados por el gobierno o en casa de sus presidentes. En esos años consecutivos a la fundación se reunieron en sesión solemne los días 6 de agosto, señalado intencionalmente para coincidir con el aniversario de Bogotá. También hicieron sentir su presencia en fechas importantes, como el 19 de noviembre de 1881, cuando conmemoraron el centenario del nacimiento de Andrés Bello. En tales ocasiones, los académicos leían sus trabajos sobre cuestiones de lenguaje o sus composiciones literarias, siempre labores independientes, pues aún era difícil consolidar un organismo intelectual en un país de constantes luchas civiles. En 1885, Santiago Pérez renunció a su silla por no poder cumplir el compromiso académico. Una ruptura política y personal entre Caro y Marroquín, en 1899, y la guerra civil, trajeron una época de sopor para la Academia.



Portada de la Academia Colombiana de la Lengua con la estatua sedente de Miguel Antonio Caro.



José María Vergara y Vergara. Oleo de Epifanio Garay, 1894.

Resurgimiento y composición

En el año del primer centenario de la Independencia, los miembros sobrevivientes se reagruparon para abrir de nuevo la institución. Otros, que ya eran correspondientes de la Real, vinieron a unirse: Antonio Gómez Restrepo, Eduardo Zuleta, Emiliano Isaza y Santiago Pérez Triana.

El gobierno de Carlos E. Restrepo les entregó un edificio en la Carrera 7ª con Calle 19. Pero en los años siguientes fue cedido como sede a la Escuela de Bellas Artes; luego pasó a manos de la Sociedad de Ingenieros, y sólo hasta 1956 fue devuelto, con plenos derechos, a la Academia. Sin embargo, en 1957, para abrir la actual avenida, se propuso un cambio por el terreno de la Carrera 3ª con Avenida Jiménez, donde funciona en la actualidad.

Desde los primeros tiempos del resurgimiento, se le concedió por ley la personería jurídica de derecho privado, sin ser dependencia oficial ni establecimiento público. Se ocupa de la defensa del idioma y de la protección y fomento de la literatura nacional.

Está constituida por veintinueve miembros de número, cuyas sillas se denominan por las letras del alfabeto. Usualmente deben ser miembros correspondientes antes de ser elegidos como numerarios. Tienen voz y voto en todas las actividades acadé-





Hemiciclo o salón de actos públicos de la Academia Colombiana de la Lengua, con mural sobre la literatura hispanoamericana del pintor Luis Alberto Acuña.

micas. Cada ocupante de una silla es consciente de la genealogía que le precede en ella. La silla *A*, por ejemplo, es la que ocupó José María Vergara y Vergara, fundador y primer presidente; le sucedieron Sergio Arboleda, monseñor Rafael María Carrasquilla, Daniel Samper Ortega (quien hizo su discurso de posesión sobre la obra y figura de su antecesor en la silla), Antonio Alvarez Lleras, Bernardo Caycedo y Ramón de Zubiría. La silla *H* tuvo como primer titular a Rufino José Cuervo, quien por sí solo dejó una de las obras más valiosas sobre el idioma español, unida a la de Andrés Bello y la de Miguel Antonio Caro, también miembro fundador de la Academia Colombiana y primero en la silla *C*. El sucesor de Cuervo, Enrique Alvarez Bonilla, se instaló haciendo su elogio. La silla *Y* (la única letra "griega") es la primera en ser ocupada por una mujer. Fue creada en 1941, y se eligió a Julio César García, quien no se posesionó; le sucedieron Ignacio Escobar López, Carlos Restrepo Canal y Elisa Mújica, su actual titular (en 1980 las mujeres fueron admitidas en la Academia; la primera nombrada fue Dora Castellanos, como miembro correspondiente elegida y luego como numeraria; posteriormente han sido elegidas Maruja Vieira, Cecilia Hernández de Mendoza, Judith Porto de González, Rocío Vélez de Piedrahita y Meira del Mar).

La Academia está compuesta también por miembros correspondientes: asiduos e inasistentes. Son los que no viven en la capital, pertenecen a otra nacionalidad, o sencillamente no pueden ocupar una silla porque no hay vacantes. Existen también los miembros honorarios, nombrados por sus méritos en el campo del lenguaje.

Obras

En su labor de vigilancia del idioma, la Academia abrió desde 1958 la Oficina de Información; se atienden allí las inquietudes idiomáticas y sobre literatura nacional de todo tipo de público personalmente o por teléfono. También se realizan programas de radio y televisión sobre el idioma y sobre la vida académica.

En colaboración con miembros de otras academias y sociedades, existen una Comisión de Vocabulario Técnico, que pretende unificar y adecuar las palabras que circulan continuamente en el mundo del trabajo y del progreso técnico. La Comisión de Lexicografía observa cuidadosamente la aparición y el desarrollo de las palabras peculiares de Colombia, en tanto completa el *Diccionario de Colombianismos*.

Entre sus publicaciones, son de citar el *Anuario*, que conserva los primeros trabajos importantes de la Academia desde 1874 hasta 1957, en doce tomos. El *Boletín*, creado en 1963 y con aparición bimestral desde 1966; en él se publican los avances de la institución y el movimiento en las demás academias hispánicas.

Por último, generalmente cada cuatro años, se realiza el Congreso de Academias, al que asisten todas las de idioma español. El primero se reunió en México, 1951, por ser su presidente Miguel Alemán el gestor de la idea. Luego se han venido convocando en Madrid (1956), Bogotá (1960), Buenos Aires (1964), Quito (1968), Caracas (1972), Santiago de Chile (1976), Lima (1980), Madrid (1985) y San José de Costa Rica (1990).

El próximo congreso se realizará probablemente en Panamá (1994), por renuncia de la sede inicialmente designada (Guatemala).

En Buenos Aires se consolidó la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, con sede en Madrid y formada por dos representantes de la Real Española y tres de las academias hispanoamericanas. Su función es organizar y vigilar el producto de los congresos.

GINO LUQUE CAVALLAZZI



Vestíbulo de la Academia de la Lengua. Estatua de Miguel de Cervantes por Juan de Avalos y mural de Luis Alberto Acuña.

Las bibliotecas en Colombia

Lina Espitaleta de Villegas



Edificio de la Biblioteca Nacional, en Bogotá, construido por el arquitecto Alberto Wills (1937-1939). Fotografía de Ernesto Monsalve.

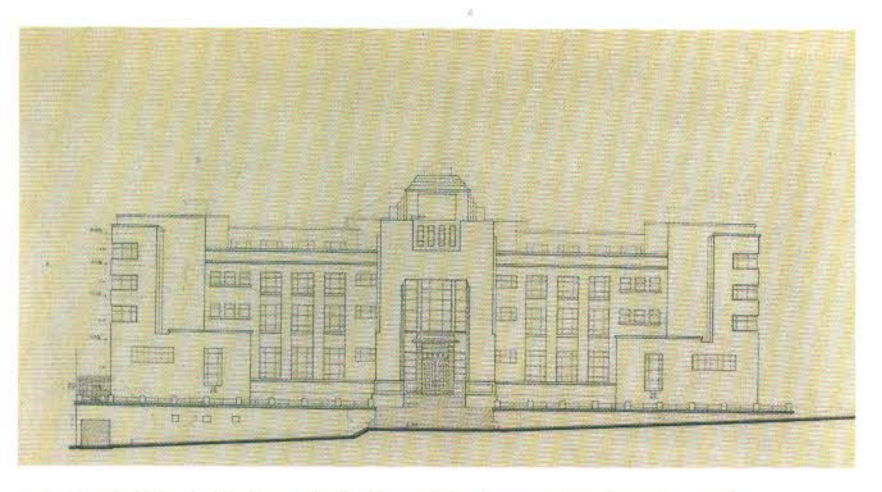
LAS BIBLIOTECAS COLOMBIANAS HASTA EL SIGLO XIX

El Nuevo Mundo comienza a abrirse al pensamiento europeo con las obras que a su llegada traen los españoles, en su mayoría gobernantes, funcionarios y misioneros pertenecientes a órdenes religiosas, conformando pequeñas colecciones particulares de gran valor y bibliotecas para sus conventos y casas de estudio.

En 1604 los jesuitas fundan el Colegio de San Bartolomé y posteriormente, en 1622, la Universidad de San Francisco Javier. Los inventarios que existen dan testimonio de esas colecciones y su importancia en la época colonial. En su mayoría, éstas se componían de obras representativas de la filosofía y teología de la época, matemáticas e historia, signos manifiestos del barroco y de los tesoros del Renacimiento que llegaban hasta el Nuevo Reino.

Entre las colecciones particulares que conformaron el patrimonio cultural de Santafé, está la biblioteca del canónigo don Fernando de Castro y Vargas, nacido en Turmequé (Boyacá) y muerto en 1664; cura rector de la catedral de Santafé, fue elevado posteriormente a canónigo. Fue la suya una de las más selectas colecciones privadas formadas por criollos hispanoamericanos del siglo XVII, cuyo inventario existe en el Archivo Nacional, con el registro de 1060 volúmenes. La colección se dispersó después de su muerte. Otras bibliotecas destacadas en ese mismo siglo fueron las del licenciado Alvarez de Velasco y la del genealogista Juan Flórez de Ocáriz (1612-1692).

En el siglo XVIII son notables las colecciones de José Antonio Ricaurte, librero y director de la Real Biblioteca entre 1789 y 1790, y de quien Manuel del Socorro Rodríguez afirma que «tiene obras tan raras que no se encuentran en la Biblioteca Pública y dudamos las posea otro individuo del Reino»; la de Juan Esteban Ricaurte; la de Camilo Gutiérrez y la del botánico José Celestino Mutis (1732-1808), importantísima desde el punto de vista científico, con más de 3000 títulos, que luego pasaron a la Biblioteca Nacional. También son importantes las de José María Castillo y Rada, José Miguel Pey y Antonio Nariño, librero y apasionado de los libros, cuya colección contaba con 6000 volúmenes, iniciada con libros de la colección también importante de su abuelo materno Manuel Bernardo Alvarez.



Fachada de la Biblioteca Nacional, dibujo del arquitecto Jacques Mosseri para los trabajos de remodelación efectuados en 1975. Archivo de la Biblioteca Nacional, Bogotá.

La Biblioteca Nacional

La idea de fundar la Biblioteca Pública en Santafé forma parte del plan presentado por Francisco Antonio Moreno y Escandón (1736-1792), fiscal de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada, a la Junta Superior de Aplicaciones, el 22 de noviembre de 1771. Al ser expulsados los jesuitas del imperio español en 1767, la administración de sus bienes se confía a una junta llamada de Temporalidades. Junto a ésta, surge otra que se denomina Junta Superior de Aplicaciones, encargada de disponer la destinación de tales bienes. El proyecto de la biblioteca en particular, se basa en los libros que los jesuitas habían dejado en Bogotá, Tunja, Honda y Pamplona. En el mismo año de la expulsión se realiza un inventario que consta de 4182 volúmenes, distribuidos así: Santos Padres, 272; Expositores, 432; Teología, 438; Filosofía, 146; Predicadores, 573; Canonistas, 564; Matemáticos, 83; Gramáticos, 229; Históricos, 597; Espirituales, 424; Médicos, 39 y Moralistas, 285, lo cual constituye el primer núcleo de lo que hoy es la Biblioteca Nacional.

Siete años después de realizado este inventario, corresponde al virrey Manuel de Guirior (1708-1788)), en su carácter de presidente de la Junta Superior de Aplicaciones, dar la orden de fundar la biblioteca, y la Real Academia dicta su reglamento el 22 de septiembre de 1774, fija el sueldo del bibliotecario y señala el edificio que debe ocupar, que era el actual Palacio de San Carlos.

La complejidad de la administración colonial demora la apertura hasta el 9 de enero de 1777, fecha en la que se abren sus puertas como Real Biblioteca Pública de Santafé de Bogotá. El primer bibliotecario fue el presbítero Anselmo Alvarez. Lo sucedieron Joaquín Esguerra, Ramón de la Infiesta y José Antonio Ricaurte, hasta que asumió el cargo Manuel del Socorro Rodríguez en 1790, a quien se señala como el verdadero organizador de la Biblioteca. Nacido en Bayamo, Cuba, fue traído por el virrey José de Ezpeleta (1740-1823) para el puesto de bibliotecario, el cual desempeñó hasta su muerte, en 1819, dejando a ésta su colección particular. Rodríguez, además de haber hecho de esta biblioteca un espacio para la cultura, un depósito de sabiduría, con un acertado concepto de los servicios y espíritu público, dirigió el *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, fundado en 1791, y posteriormente *El Redactor Americano*. El sucesor de Manuel del Socorro Rodríguez fue Manuel Santacruz, durante un breve tiempo, a quien siguió Vicente Nariño hasta su fallecimiento en 1854.

Un decreto del gobierno, de 1822, ordenó agregar los libros de la Expedición Botánica y trasladar la Biblioteca al edificio de las Aulas, hoy Museo de Arte Colonial, al cuidado del Colegio de San Bartolomé. En diciembre de 1823 se da al servicio la nueva biblioteca, y de la antigua Real Biblioteca Pública de Santafé nace la Biblioteca Nacional de Colombia. En este mismo año, se incorporó parte de la biblioteca de los capuchinos según la ley del 28 de junio de 1823, que establece la fundación de un colegio de ordenados. En 1828, después de la noche septembrina, al ser condenado a muerte Francisco de Paula Santander, se le dio por cárcel la Biblioteca. Santander se entretuvo contando los libros que formaban sus fondos, cuya colección ascendía a 14 847 libros, según su testimonio.

En 1831, convocada por el general Domingo Caycedo, se reúne la Convención Nacional en la Capilla Castrense, sede el año anterior del llamado por antonomasia Congreso Admirable. En el mismo edificio se al-







Ex-libris de la Biblioteca Nacional utilizados durante el siglo XIX: escudos de la Nueva Granada y de la Confederación Granadina, y sello del Museo Nacional, que se empleó antes de que los fondos bibliográficos de éste pasaran a la Biblioteca Nacional y que distingue especialmente los volúmenes que pertenecieron a José Celestino Mutis.

berga la Biblioteca Nacional, que continúa al cuidado de don Vicente Nariño.

En 1832, ocupando transitoriamente la presidencia José María Obando, dispone que se ponga la Biblioteca Nacional en manos de la Universidad y que el bibliotecario se escoja de una terna presentada por ese instituto. En 1834, se dicta la ley del 16 de mayo sobre depósito y conservación de impresos en la Biblioteca Nacional; si ella se hubiera cumplido tendríamos una inmensa riqueza en nuestro principal centro de información; por desgracia, esta ley, que hacía obligatorio el envío a la Biblioteca de todo texto impreso (salvo tarjetas, billetes, avisos, etc.), se cumplió parcialmente.

Donaciones y fondos

En 1851 y 1852 se reciben las donaciones del general Joaquín Acosta, del coronel Anselmo Pineda y de Manuel Ancízar. Estas colecciones han ocupado sitio de honor en la Biblioteca Nacional. La del general Acosta, compuesta de los 181 volúmenes con los cuales trabajó su *Historia del descubrimiento y conquista de la Nueva Granada*. Al final del catálogo de los libros donados, se lee esta nota: «Destino esta colección que, aunque bien incompleta, es la mejor que existe en la Nueva Granada, para la Biblioteca de Bogotá, siempre que se acepte el don con las condiciones siguientes:

«1. Que se mantengan estos libros y manuscritos con separación en el armario en que los entregase, asegurando con doble cerradura.

«2. Que las personas que quieran consultar o leer estos libros o manuscritos lo hagan precisamente en la Biblioteca, sin que, por ningún pretexto, ni a sujeto alguno, por caracterizado que sea, puedan dárseles los libros para sacarlos del Salón de lectura.

«3. Que de este catálogo impreso se remitan ejemplares a la Universidad y a la Dirección de la Instrucción Pública, con el recibo del bibliotecario, y se fijare dentro y fuera del armario, de una manera permanente, para que en todo caso sea responsable el bibliotecario de las faltas que se noten, y a fin de que pueda, sin trabajo, entregarlos a su sucesor íntegramente. Esta pequeña colección de libros sobre América podrá sumar de núcleo para la formación de una buena librería americana, la cual corresponde a nuestra Biblioteca Pública».

LEI

SOBRE DEPÓSITO I CONSERVACION DE IMPRESOS EN LA BIBLIOTECA NACIONAL.

El senado i càmara de representantes del Estado de la Nueva Granada, reunidos en congreso.

CONSIDERANDO:

1.° Que los adelantamientos intelectuales i morales de un pueblo pueden distinguirse i apreciarse en su marcha progresiva, hasta cierto punto, por el exámen é inspeccion de los escritos i publicaciones de cada época, cuya conservacion debe procurarse con tal objeto.

2.° Que todo pueblo que quiera aprovecharse en lo futuro de las lecciones de su propia esperiencia debe consignar en anales ó crónicas ordenados los diferentes acaecimientos que han afectado su suerte de

Suelto con la Ley de depósito y conservación de impresos en la Biblioteca Nacional, expedida el 24 de marzo de 1834 y origen de muchos de los fondos de esta institución. Biblioteca Nacional.



Joaquín Acosta.
Oleo de autor anónimo del siglo XIX,
Museo Nacional, Bogotá.

Las donaciones del coronel Anselmo Pineda comienzan en 1851, cuando hace la primera entrega de 425 volúmenes empastados, muchos impresos sueltos y un índice pormenorizado, impreso también. El coronel Pineda, un coleccionista nato, se había dedicado desde muy joven a reunir una rica colección de libros, folletos, periódicos y hojas sueltas, publicadas desde 1774 hasta 1850.

El historiador Eduardo Posada expresa lo siguiente en su libro *Narraciones:* «La Biblioteca Pineda es preciosísima para quien estudia nuestra historia. No se ha hecho en el país otra igual, y quizás en Sur América no haya una tan completa. Todo cuanto produjo la prensa durante el virreinato de Santafé, la Gran Colombia y la Nueva Granada, estaba allí cuidadosamente coleccionado. Era raro el folleto o el periódico que faltaba entre aquellos volúmenes de miscelánea. Allí, desde las reales cédulas de las Monarcas de España y las relaciones de mando de los virreyes hasta los más insignificantes periódicos políticos y los folletos de asunto privado». En 1868 el coronel Pineda hace una nueva donación, que solamente en 1935 estuvo técnicamente clasificada. El bibliotecario José Daniel Samper Ortega, en un informe que rinde al Ministro de Educación en junio de ese año, dice: «Es el más interesante de la Biblioteca desde el punto de vista colombiano y clasificado ya íntegramente en forma cómoda para los estudiosos [...] su catálogo se está imprimiendo, así como el de prensa».

Manuel Ancízar (1812-1882) es otro personaje ilustre que entregó su biblioteca, antes de irse a recorrer el territorio como miembro de la Comisión Corográfica.

Principales directores

A Vicente Nariño lo sucede en la dirección de la Biblioteca Leopoldo Arias Vargas (1833-1884), en 1858, quien, en compañía de Manuel María Medina, contrata el arreglo de la Biblioteca y la formación de catálogos. De esta organización resultan los siguientes seis catálogos impresos, citados en la *Bibliografía colombiana* de



Anselmo Pineda.
Oleo de Pantaleón Mendoza.
Dirección de la Biblioteca Nacional, Bogotá.





José María Quijano Otero, Leopoldo Arias Vargas (fotografía de Julio Racines y Cia.) y Gerardo Arrubla (fotografía de Antonio Esperon), Colección J.J. Herrera, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Ezequiel Uricoechea, la cual se comienza a publicar en la *Revista Latinoamericana*, editada en París en 1874: 1. Catálogo de las obras en francés. Imprenta del Neogranadino. 1855. 66 pp.; 2. Catálogo de las obras en inglés. Imprenta del Estado. 1856. 22 pp.; 3. Catálogo de las obras en español. Imprenta del Estado. 1856. 88 pp.; 4. Catálogo de las obras en latín. Imprenta del Estado. 1856. 117 pp.; 5. Catálogos de las obras en italiano, portugués, alemán, sueco, griego, holandés, catalán, dinamarqués y ruso. Imprenta del Estado. 1857. 42 pp.; 6. Catálogo de las obras nacionales. Biblioteca Pineda. Imprenta del Estado. 1857. 20 pp.

En 1861, con el triunfo del general Mosquera y la extinción de las comunidades religiosas, se entregan a la Biblioteca las colecciones de los conventos donde había obras antiquísimas, según consta en los catálogos de la biblioteca del convento de San Agustín, de 1789 y de 1819. En 1867, durante la administración de José María Quijano Otero (1836-1883), se registraron 22 457 volúmenes y 962 duplicados. A la muerte del historiador, la Biblioteca adquirió su colección particular, compuesta por numerosos libros y manuscritos rarísimos, entre ellos un tomo sobre la *Guerra de los Pijaos*.

El presidente Santos Acosta dicta, en 1868, dos importantes decretos: uno, «arreglando la Biblioteca y el Museo Nacional» y el otro estableciendo en la Biblioteca Nacional una oficina de canjes, lo cual le da a la Biblioteca preponderancia nacional. Poco después se adquirió la biblioteca de José María Vergara y Vergara (1831-1872), rica en obras de historia, y la de Manuel María Madiedo (1815-1888), rica en obras de literatura y derecho. De 1876 a 1880, fue director Gonzalo Tavera, a quien sucedió Miguel Antonio Caro (1843-1909), quien realizó notables innovaciones en el edificio. Caro también inicia la catalogación metódica y numérica de libros por medio de tarjetas movibles mediante registros alfabéticos, y establece un reglamento con funciones de personal, actividades de la Biblioteca y normas para los usuarios.

Después de un período de graves acontecimientos políticos y sociales, que culmina con la guerra de los Mil Días, se encarga de la Biblioteca el general Francisco Javier Vergara y Velasco (1860- 1914), en 1903, quien es el primer bibliotecario que propone adoptar el sistema de clasificación decimal, que hacía años era utilizado en el extranjero, alegando que es el «único que permite formar catálogos correctos sin preocuparse por el formato del libro, su pie de imprenta o el lugar en que se catalogue, y mantiene agrupadas o reunidas sistemáticamente las obras de la misma especie».

En 1910 es nombrado Gerardo Arrubla (1873-1946), quien durante sus siete años de administración se preocupa por la organización de los libros y la elaboración de catálogos e índices de los fondos existentes. En 1918, siendo director Graciliano Acevedo, se informa sobre las donaciones de los señores Marco Fidel Suárez (1855-1927), Antonio Gómez Calvo, Luis Enrique Osorio, Miguel Triana (1859-1931) y Adolfo León Gómez (1857-1927).
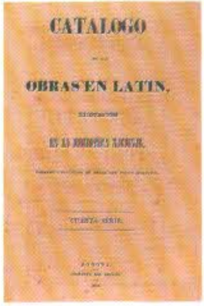
Aunque todos los bibliotecarios se han preocupado por la catalogación y siempre se refleja este problema en sus informes, fue Luis Enrique Forero quien, siendo oficial mayor de la Biblioteca, llevó a la práctica el sistema decimal de clasificación, propuesto por el general Vergara y Velasco, labor que fue continuada por su hermano menor, Manuel José Forero (1902-1990), quien a edad temprana se vincula a la Biblioteca.

En enero de 1923 se publica el primer número de la revista de la Biblioteca con un valioso material, un viejo sueño del director Rudesindo López Lleras (1894-1961), quien deja huella perdurable, ya que su preocupación constante es la necesidad de mejorar los servicios y las colecciones e insiste en solicitar con urgencia un edificio especial para la Biblioteca, solicitud que retoma Daniel Samper Ortega en 1932 hasta conseguir que se construya el nuevo edificio, el cual se inaugura en 1938 y constituye la magna obra de Samper como director. Si Moreno y Escandón ostenta el título de fundador de la Biblioteca y Manuel del Socorro Rodríguez el de organizador, a Daniel Samper Ortega se le debe llamar el restaurador, ya que su constancia logra la construcción del nuevo









Catálogos de las obras en francés, inglés, español y latín existentes en la Biblioteca Nacional. Bogotá, Imprentas de El Neo-Granadino y del Estado, 1855 y 1856.



Sala de conservación de la Biblioteca Nacional en el edificio de las Aulas, donde funcionó hasta el mes de julio de 1938.

edificio, hoy sede de la Biblioteca, y le imprime una fisonomía moderna y de función social con obras como: la utilización de la radiodifusión para programación cultural y divulgación de las colecciones por conducto de la estación HJN de propiedad del gobierno nacional; el plan de bibliotecas ambulantes, con el objeto de hacer circular por todos los pueblos de la República colecciones escogidas y el objetivo de ayudar al individuo en el perfeccionamiento de su criterio moral y de su profesión o afición; la publicación de la revista *Senderos*, que circuló de febrero de 1934 a diciembre de 1935, fecha en que el Ministerio de Educación resuelve hacerse cargo de la misma; la capacitación de bibliotecarios mediante cursos dictados por expertos internacionales; la catalogación de todos los fondos y la impresión de catálogos.

Samper Ortega realiza lo que puede llamarse la revitalización de la Academia Colombiana, denominada de la Lengua. Esta y la de Historia lo hacen miembro numerario. En literatura produce varias novelas, pero su obra más importante en relación con la Biblioteca Nacional es la selección de cien volúmenes que lleva su nombre, y que constituye una acertada antología de nuestra producción literaria en todos sus géneros. Igual importancia tienen las célebres bibliotecas aldeanas, aunque de corta vida. Vale resaltar el esfuerzo de ser destinadas a los campesinos, compuestas de cartillas en temas como la agricultura, la ganadería, la higiene, las ciencias naturales, etc. A fines de los años 30, la Biblioteca tiene una colección de 99 984 libros, más de 19 000 sin encuadernar. En 1939 se recibe la donación, hecha por parte de sus hijos, de la biblioteca de Miguel Antonio Caro.

A partir de esta época se inicia una nueva etapa de desarrollo. A Samper lo sucede Tomás Rueda Vargas hasta 1941. En 1951 se constituye, mediante el decreto 62, el departamento de Bibliotecas y Archivos Nacionales, dependiente de la Sección de Extensión Cultural y Bellas Artes del Ministerio de Educación. En 1959, la Biblioteca se separa de la rama de Extensión Cultural y queda, junto con el Archivo Nacional, vinculada directamente al Ministerio.

Por decreto número 3154 de 1968 se crea el Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura) para el fomento de las bellas artes, las letras y la cultura humanística, al cual se adscriben la Biblioteca y el Archivo. Actualmente la Biblioteca cuenta con 700 000 volúmenes, al servicio de investigadores, ya que el acceso a un público general es restringido. Uno de sus principales objetivos es la divulgación de sus fondos mediante la publicación de catálogos bibliográficos.

BIBLIOTECA LUIS ANGEL ARANGO DEL BANCO DE LA REPÚBLICA

La Biblioteca Luis Angel Arango comenzó por ser una pequeña biblioteca de uso interno: un local reducido en el edificio del Banco de la República, que albergaba algunas obras relacionadas con economía y finanzas, y que fue despertando el interés de directivos alentados por los resultados que empezaban a mostrarse. Esto ocurría en los años 30. En 1948, la Biblioteca





Rudesindo López Lleras y la "Revista de la Biblioteca Nacional", fundada por él en 1923.

había logrado una notable expansión, sus fondos bibliográficos se diversificaban con la adquisición de importantes bibliotecas particulares y sus beneficios no se limitaban al grupo de funcionarios del Instituto, sino que se extendían al público en general. En 1958 inaugura su propia sede, en un edificio independiente, en el barrio La Candelaria, y toma el nombre de Luis Angel Arango, en homenaje al gerente del Banco de la República que impulsó la actividad cultural de la Institución durante su administración.

Con un área construida de 11 000 metros cuadrados, su inauguración constituyó un acontecimiento de primera importancia en la vida cultural de Colombia, por cuanto esta biblioteca, financiada por el Banco de la República, era una de las más ricas y organizadas del país. El edificio, el primero que se construía bajo la concepción de centro cultural integrado,



Daniel Samper Ortega. Oleo de Delio Ramírez Beltrán. Dirección de la Biblioteca Nacional, Bogotá.



Cartel conmemorativo de la inauguración de las ampliaciones de la Biblioteca Luis Angel Arango, mayo de 1990, con fotografía de Luis Cruz sobre la cubierta del nuevo edificio.

contaba con una sala de lectura para 250 personas, depósitos de almacenamiento para 250 000 volúmenes, sala de exposiciones y de audición musical, sala infantil, y sala de conferencias. La colección de libros y revistas era de unos 100 000 volúmenes e iniciaba la formación de otras colecciones especiales, como libros valiosos, obras de arte, diapositivas, discos, etc., confirmando su carácter de Biblioteca Pública. En su primera época se atendía un promedio de 1 000 usuarios por día.

En 1965 se llevaron a cabo algunas ampliaciones locativas: se construyó la sala de conciertos, con capacidad para 360 personas, dos nuevas salas de lectura, una para libros colombianos y otra para mapas, y se aumentaron los puestos de lectura a 500; se abrieron nuevas salas de exposiciones y se mejoraron las áreas correspondientes a los servicios técnicos y administrativos.

En 1979 las colecciones de seriadas se instalaron en un edificio anexo con el nombre de Hemeroteca Luis López de Mesa, con el fin de ampliar los espacios para depósitos de libros y lectura y darle una mayor utilización a estas colecciones, asegurar su crecimiento y facilitar la consulta a un número más amplio de usuarios.

En 1982 se iniciaron los estudios para un nuevo proyecto de remodelación de los espacios y su ampliación de acuerdo con las necesidades existentes. Por esta época la Biblioteca atendía un promedio diario de 2500 usuarios y sus colecciones ascendían a 300000 volúmenes de libros y 200000 de seriadas. Con un área proyectada de 40000 metros cuadrados de construcción, el nuevo edificio se concibe como un espacio abierto a la cultura, sitio de encuentro de sus múltiples manifestaciones: la investigación, la literatura, la plástica y la música. Un espacio donde se pueda disfrutar y aprender, disponible para todos sin importar su edad, profesión o condición social. El proyecto arquitectónico fue realizado por el arquitecto Alvaro Rivera Realpe y la construcción por la firma Cuéllar Serrano Gómez.

En su nueva sede y con una capacidad tres veces mayor, la Biblioteca ofrece los siguientes servicios:

1. Areas de lectura: doce salas de lectura conformadas así: Sala General, Sala de Referencia, Hemeroteca, Mapoteca y las salas especializadas de Artes y Humanidades, Ciencia y Tecnología, Ciencias Sociales, Economía, Ciencias Agropecuarias, Audiovisuales, Libros Valiosos y Música.

Esta capacidad permite la atención de 2500 lectores simultáneos, atendidos mediante la diferenciación de públicos a través del manejo temático de sus consultas. De igual manera, su organización facilita el establecimiento de niveles de profundidad y especialización en la atención.

2. Areas de investigación: la Biblioteca cuenta con treinta cabinas de investigación, tanto individuales como para grupos, que dan la posibilidad a investigadores de trabajar en forma independiente, con facilidades de consulta durante determinado tiempo.

3. Areas de almacenamiento: la capacidad de almacenamiento de la Biblioteca es de un millón y medio de volúmenes; el área de almacenamiento es de fácil acceso y está debidamente intercomunicada con otras dependencias relacionadas.

4. Colecciones: actualmente la Biblioteca cuenta aproximadamente con unos 400000 volúmenes de libros, tanto generales como especializados. De manera sistemática, la Biblioteca ingresa a sus fondos las últimas obras publicadas, seleccionadas por grupos de especialistas y usuarios en particular.

El fondo de revistas está constituido por un número aproximado de 10 000 títulos, tanto nacionales como extranjeros, destacándose la colección colombiana, ya que ha sido política de la Biblioteca la recuperación y conservación de todas las revistas publicadas en el país.

La colección de periódicos está conformada por más de 1000 títulos colombianos, publicados desde la iniciación del periodismo en Colombia durante los siglos XVIII y XIX, además de los que se editan actualmente tanto en el país como en el exterior. La prensa del siglo pasado se encuentra microfilmada, lo que contribuye a la conservación de los ejemplares y facilita su consulta.

A pesar de los cortos años que lleva de vida, la institución posee entre sus libros raros y curiosos una importante colección de incunables y centenares de ediciones de los siglos XVI y XVII, algunas de ellas "príncipes" y la mayor parte completamente desconocidas hoy en muchos establecimientos del género. Además, posee manuscritos que datan de varios siglos y que se refieren a la historia del país desde la Conquista hasta finales del siglo pasado. También se encuentran en esta sección los impresos más importantes de Santafé en el siglo XVIII, co-





Luis Angel Arango, óleo de Eugenio de la Zerda, y ex-libris de la Biblioteca del Banco de la República, origen de la actual Biblioteca Luis Angel Arango.



Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá. A la izquierda, entrada diseñada por Alvaro Rivera Realpe. Fotografía de Ernesto Monsalve.

lección que se inicia con las obras publicadas en 1738, cuando se establece la primera imprenta en Colombia. Además conserva colecciones especiales de fotos, mapas, discos, partituras y videos.

La Biblioteca Luis Angel Arango ejerce funciones de coordinadora de una red de bibliotecas públicas y centros de documentación regionales en las siguientes ciudades: Riohacha, Cartagena, Girardot, Ibagué, Pereira, Manizales, Pasto, Ipiales, Armenia, San Andrés, Montería, Santa Marta, Leticia, Quibdó, Cúcuta y Tunja. Estas bibliotecas se complementan, a semejanza de la Luis Angel Arango, con otros tipos de documentos regionales (archivos, fotos, mapas, etc.) que permiten ir conformando verdaderos centros regionales de documentación, integrados a un sistema interregional de circulación de la información. A su vez, estas dependencias se desempeñan como áreas culturales integradas donde la música, el fomento de las artes y demás manifestaciones culturales, son también actividades prioritarias.

Con la apertura de la Biblioteca Luis Angel Arango en 1957, se inició la formación de la colección fonográfica y el servicio de audiciones didácticas de la sala de música; actualmente la colección comprende unos 12 000 discos y más de 1000 cintas magnetofónicas. Posteriormente, con la ampliación de la Biblioteca, en 1966, se inauguró la Sala de Conciertos, con una capacidad de 370 puestos, y se inició una programación permanente de conciertos que incluía una presentación semanal, tanto de artistas nacionales como internacionales. En 1982, el Banco recibió en donación el archivo musical y la colección de instrumentos musicales de Ignacio Perdomo, un ilustre musicólogo, con la cual conformó una exposición permanente. Actualmente la Biblioteca realiza además de las audiciones diarias en las Salas de Música, tres conciertos semanales, y enfatiza su función didáctica a través de programas como el Lunes de los Jóvenes Intérpretes y el domingo de Música para la Juventud.

Al igual que la actividad musical, las de artes plásticas se iniciaron en 1957, con el fin de cumplir con uno de sus objetivos como es el análisis y la difusión de las manifestaciones artísticas de carácter nacional e internacional, y hacerlos accesibles a toda la población. Actualmente la colección de artes incluye unas 3000 obras de diferentes técnicas y modalidades, con énfasis en arte colombiano. La Biblioteca realiza exposiciones con artistas nacionales e internacionales durante todo el año, complementando esta programación con actividades didácticas, mediante el apoyo a proyectos como el de "Nuevos nombres", que tratan de promover artistas jóvenes de gran calidad.

BIBLIOTECA PÚBLICA PILOTO DE MEDELLÍN

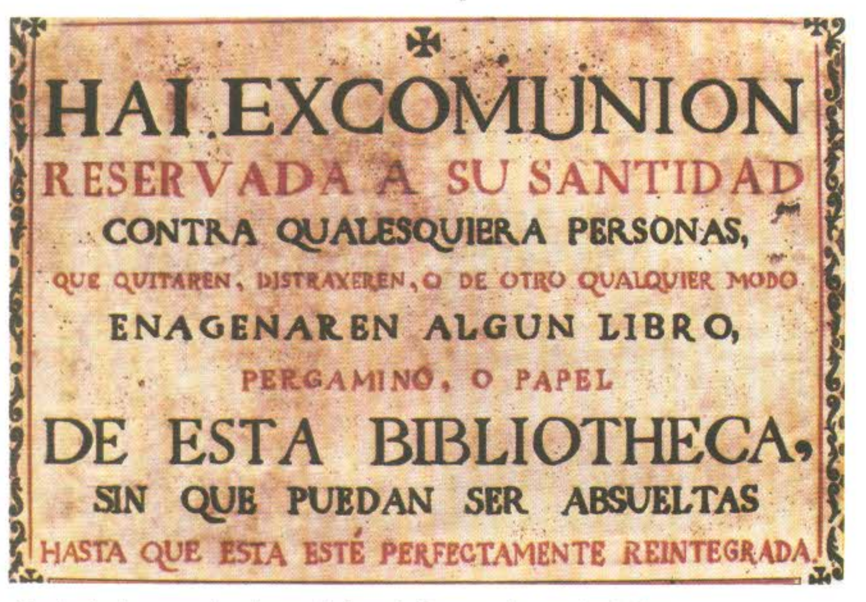
Dentro de un proyecto de la Unesco para el desarrollo de las bibliotecas públicas, se decide, después de estudiar condiciones en diferentes países de América Latina, escoger la ciudad de Medellín para establecer la Biblioteca Pública Piloto, que serviría de modelo a otras ciudades para la creación de más bibliotecas.

Esta biblioteca abrió sus puertas el 24 de octubre de 1954, en una casa situada en la calle 52 (La Playa) N° 42-37, donde funcionó por siete años. En 1955, el Instituto de Crédito Territorial le cedió el lote donde se construyó el edificio que actualmente ocupa.

Desde sus inicios la Biblioteca desarrolla una completa programación de actividades culturales como concier-



Sala de lectura de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina, del arquitecto norteamericano Charles Mohrhardt (1956-1961). Fotografía de Guillermo Melo.


HAI EXCOMUNION
RESERVADA A SU SANTIDAD
CONTRA QUALESQUIERA PERSONAS,
QUE QUITAREN, DISTRAXEREN, O DE OTRO QUALQUIER MODO
ENAGENAREN ALGUN LIBRO,
PERGAMINO, O PAPEL
DE ESTA BIBLIOTHECA,
SIN QUE PUEDAN SER ABSUELTAS
HASTA QUE ESTA ESTÉ PERFECTAMENTE REINTEGRADA.

Advertencia de excomunión a los expoliadores de libros, que fue usual en bibliotecas de España y América. Universidad de Salamanca.

tos, conferencias, recitales y talleres, y ha sido pionera de los programas de descentralización, con la utilización de la unidad móvil, que visitaba distintos lugares de la ciudad. Estos programas lograron que se crearan sucursales de la Biblioteca en muchos barrios y bibliotecas infantiles en algunas escuelas, contribuyendo al mejoramiento de la educación. También creó la necesidad de bibliotecas en fábricas, escuelas y parroquias.

Razones presupuestales y problemas de distinta índole ocasionaron el cierre de los servicios móviles durante un tiempo. Sin embargo, la Biblioteca siguió su curso y actualmente, aunque no dispone de biblio-buses, atiende programas a distancia, como puestos de lectura, cajas viajeras y sucursales, con colecciones actualizadas y una programación permanente de capacitación y actividades culturales.

En su sede, alberga unos 50 000 volúmenes, atiende unos 3000 usuarios diarios, cuenta con varias salas de lectura para adultos y sala infantil, sala de prensa, hemeroteca y centro de documentación sobre Antioquia, auditorio y salas de exposiciones. Realiza talleres de literatura y poesía para adultos y niños y tiene un programa completo de publicaciones.

OTRAS BIBLIOTECAS

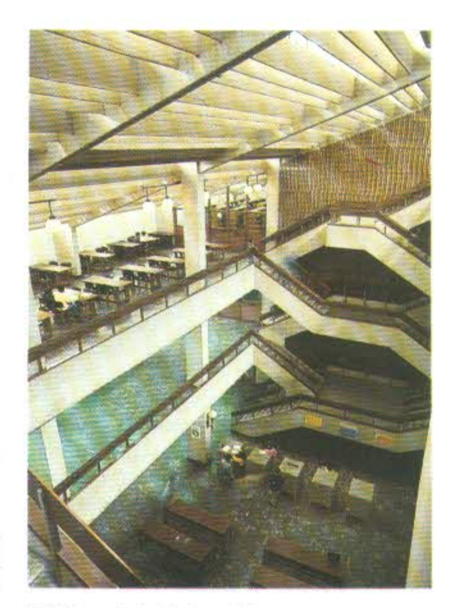
Bibliotecas universitarias

En las universidades de Indias, como en las europeas, todas las clases de artes y facultades mayores se dictaban en latín. Los textos, por consiguiente, eran latinos y no se trataba de libros impresos, sino de notas tomadas bajo el dictado del catedrático, debido, por una parte, a la dificultad material de conseguir libros en número suficiente para todos los alumnos, y por otra al deseo de los profesores de escribir su propio curso. Cada colegio tenía su biblioteca provista con las principales obras de las materias de que tenía facultades.

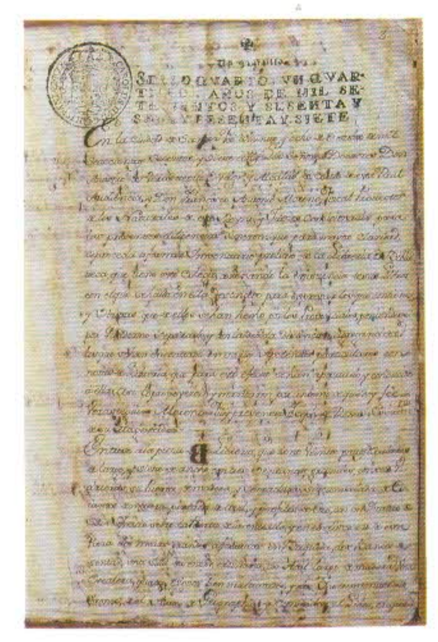
Las reseñas que existen de las bibliotecas y de las colecciones dan idea de las lecturas que prevalecían entre los estudiantes y hombres de letras del Nuevo Reino. A pesar de las dificultades de adquisición y transporte, los particulares se esforzaban por poseer libros, que en razón de lo costoso, eran por lo general, selectos y de gran mérito. Entre las bibliotecas privadas más importantes están: la de Gonzalo Jiménez de Quesada (1509-1579), la más antigua de todas, quien la donó al Convento de Santo Domingo; la de Juan de Castellanos (1522-1607); la del arzobispo-virrey Antonio Caballero y Góngora (1723-1796); la del naturalista José Celestino Mutis (1732-1808); la de Antonio Nariño (1765- 1823); la del sabio Caldas (1771-1816). Además, los conventos, las casas religiosas de estudio, los colegios y universidades, tenían excelentes colecciones y se abastecían por medio de los procuradores de las órdenes, que iban periódicamente a Europa y hacían las compras en los emporios libreros de París, Madrid o Sevilla.

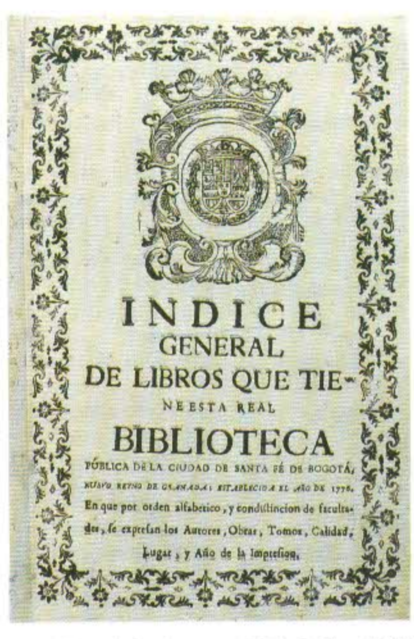
Las bibliotecas de los jesuitas de Santafé, Honda, Tunja y Pamplona constituyeron la Real Biblioteca Pública de Santafé y a ella, convertida en Biblioteca Nacional, ingresaron posteriormente los depósitos de los conventos de dominicos, franciscanos y agustinos.

El Nuevo Reino de Granada no fue ciertamente de los primeros en albergar la cultura europea, pero una vez trasplantada al territorio granadino las instituciones culturales se arraigaron y desarrollaron firmemente. En el siglo XVII comienza en verdad la vida intelectual en la Nueva Granada; los hijos del país presentan sus primeros ensayos y los esfuerzos se polarizan alrededor de los centros de instrucción que empiezan a dar frutos apreciables, al aglutinar en torno suyo el movimiento científico y preparar las generaciones que fundarían la nueva república. Aunque durante la Nueva Granada no hubo verdadera universidad pública, existieron dos instituciones que tuvieron épocas de bastante florecimiento y fueron, a pesar de su carácter de universidades particulares, meta de estudiantes de apartadas regiones: la Universidad de Santo Tomás de Santafé, fundada en 1580, y la Universidad de San Francisco Javier, en 1623. Por obra del ilustre arzobispo fray Cristóbal de Torres, surgió el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en 1653; a fines del siglo, en 1690, abrieron los agus-

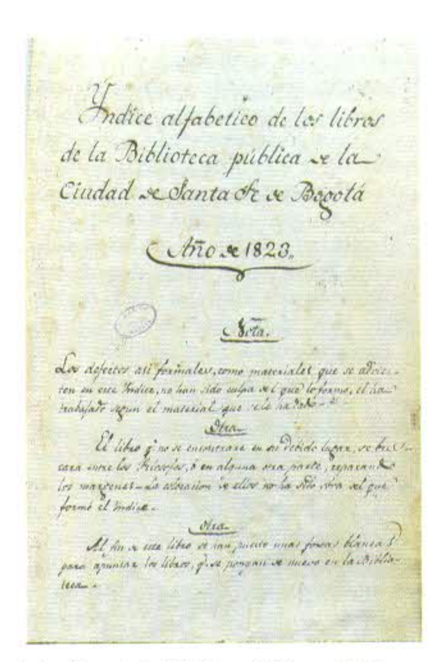


Biblioteca de la Universidad Nacional Fotografía de Ernesto Monsalve.





INDICE
GENERAL
DE LIBROS QUE TIE-
NE ESTA REAL
BIBLIOTECA
PÚBLICA DE LA CIUDAD DE SANTA FÉ DE BOGOTÁ,
NUEVO REYNO DE GRANADA; ESTABLECIDA EL AÑO DE 1777.
En que por orden alfabético, y condistincion de facultades, se expresan los Autores, Obras, Tomos, Calidad, Lugar, y Año de la Impresion.



Indice alfabetico de los libros
de la Biblioteca pública de la
Ciudad de Santa Fe de Bogotá
Año de 1823.
Nota.

Inventario de la Real Biblioteca en 1767, Indice general de libros de la misma en 1790 e Indice alfabético de los libros de la Biblioteca Pública en 1823. Biblioteca Nacional, Bogotá.

tinos recoletos el Colegio de San Nicolás, y en 1715, los franciscanos abrieron el de San Buenaventura. La enseñanza era rigurosamente escolástica y religiosa, impuesta por la dominación española. Los ciclos de estudio, el *studium generale*, el *dictatio* y el *disputatio*, provenientes de la universidad medieval, se conservaron en España y en sus colonias hasta el siglo XIX.

Es después de la guerra de independencia cuando se reorganiza en buena parte el sistema educativo, pues la Gran Colombia necesita capacitar a la clase dirigente para la administración del Estado. Se acometen reformas y es así como en 1822 se crean colegios en Cali, Pamplona, San Gil, Santa Marta, Cartagena, Ibagué, Tunja y Medellín, algunos de éstos génesis de universidades. Por esta época son creadas las universidades públicas de Bogotá, Caracas y Quito. Se reglamenta el funcionamiento de la universidad pública y «harían parte en ella la antigua Biblioteca Pública y un Museo de Ciencias Naturales».

Las universidades y sus bibliotecas se vieron sometidas en las décadas siguientes a los rigores de las tempestades sociales, surgidas por la disolución de la Gran Colombia en 1830 y por los problemas políticos y conflictos armados que se desarrollaron en la Nueva Granada, sufriendo ocupaciones militares que acarrearon destrucción y saqueos en las colecciones. En 1867 se crea la Universidad Nacional y la Biblioteca Pública se integra a ella. En 1871 se integra la Universidad de Antioquia, mediante la fusión del Colegio del Estado, la Escuela de Artes y Oficios, el Jardín Botánico y la Biblioteca del Estado.

Pero fue a partir de 1935 cuando acontecimientos tales como la fundación de nuevas universidades y planteles de educación secundaria, la aceptación de nuevos conceptos sobre educación, la aparición de una nueva clase laboral y otros cambios ocurridos en la estructura social del país, motivaron un cambio de actitud mental y crearon un clima propicio para el desarrollo de las bibliotecas académicas.

En la actualidad existen aproximadamente 240 bibliotecas universitarias que varían en tamaño, calidad y servicios, adscritas a universidades públicas y privadas, siendo sus usuarios reales 600000 estudiantes y profesores. La explosión del conocimiento con el consecuente crecimiento en el número de libros, revistas y otras formas de publicaciones y el uso de la metodología de la "enseñanza con libros" en la educación superior, ha generado nuevas demandas a las bibliotecas universitarias.

El desarrollo de las bibliotecas recibió un fuerte impulso en 1969 con la creación del Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES). Esta institución asumió entre sus responsabilidades «la inspección y vigilancia de la educación superior» la «provisión de asistencia técnica, económica y administrativa a las universidades sin menoscabo de su autonomía legal» y el fomento de la educación superior. En cumplimiento de esta función, el Instituto organiza una división de recursos bibliográficos, a la cual encarga de la administración de diferentes proyectos para el desarrollo de las bibliotecas, y de la definición de lineamientos para evaluar no sólo la efectividad de las bibliotecas sino también los esfuerzos institucionales para el mejoramiento de sus sistemas de información. También supervisa la red colombiana de bibliotecas universitarias, la cual coordina tanto los servicios ofrecidos como los aspectos técnicos de estas bibliotecas a nivel nacional. En cumplimiento de esta labor, prepara un número representativo de importantes herramientas de información, como el catálogo colectivo de publicaciones periódicas colombianas, el catálogo nacional de tesis y la lista de encabezamientos de materia en español.

Bibliotecas públicas

La Real Biblioteca Pública de Santafé, fundada en 1777, se constituye en la primera biblioteca pública en Colombia, aunque su uso fuese restringido, siendo casi prohibido para los criollos, lo cual contribuyó a que las bi-

bliotecas y la educación en general estuvieran relegadas y que sólo empezaran a desarrollarse durante la época de la Independencia y especialmente de la República, sin que fuera muy halagador el panorama durante el siglo XIX y comienzos del XX.

El concepto de biblioteca ha pasado por muchas etapas. Considerada antiguamente por algunos como un depósito para conservar libros, hoy día se concibe como una institución al servicio de la educación y la cultura con la utilización de toda clase de recursos adecuados a los intereses y necesidades de información y recreación de la comunidad. En 1881, el decreto 533 trata de la creación y fomento de bibliotecas populares en todas las ciudades donde la nación posea instituciones docentes superiores, controladas por la Secretaría de Instrucción Pública, abastecidas con la documentación producida por las diferentes secretarías, hoy ministerios, y con duplicados o compras que debía efectuar la Biblioteca Nacional, destinando la suma de 2000 pesos, en el año 1881-1882, para gastos extraordinarios en el fomento de las bibliotecas populares.

Es durante el presente siglo cuando realmente se empieza a fortalecer el concepto de bibliotecas públicas, hecho que puede medirse por la legislación que existe al respecto, lo cual no significa que su desarrollo haya sido paralelo a ésta. La ley 56 de 1944 estipula y auxilia el establecimiento y desarrollo de las bibliotecas departamentales, concediendo la suma de 500 pesos mensuales a las que reunieran los siguientes requisitos: colección mínima de 10 000 volúmenes, funcionamiento en edificios adecuados de propiedad departamental, clasificación y catalogación técnica de los libros por el sistema decimal Dewey. Mediante la resolución 35 de 1948, el Ministerio de Educación crea bibliotecas circulantes en todos los municipios del país, por intermedio de las Juntas de Alfabetización, las cuales deben servir como apoyo al programa de lucha contra el analfabetismo y como estímulo a la cultura en las clases populares, siendo obligación suministrar el material para la lectura, no sólo en el recinto de ellas sino también en forma circulante a quien lo solicite.

El decreto 1776 de 1951 dispone la creación por parte del Instituto Caro y Cuervo, en ciudades no capitales de departamento, de bibliotecas con el nombre "Caro y Cuervo" para uso público, teniendo en cuenta las necesidades generales de la cultura, el volumen de la población que pueda aprovechar el nuevo servicio y las facilidades que otorguen las entidades públicas o privadas para su instalación. Esta fue reglamentada por el decreto 2504 del mismo año, en el cual se manifiesta que tales bibliotecas estarán a cargo del departamento de Biblioteca y Archivo Nacionales, Extensión Cultural y Bellas Artes del Ministerio de Educación, y que el director de tal dependencia obrará completamente de acuerdo con el director del Instituto Caro y Cuervo en lo relacionado a tal misiva. En 1952, con la resolución 3448, el Ministerio de Educación establece los estatutos de las bibliotecas seccionales, creadas según las dos normas anteriores. Es el primer reglamento sobre los servicios y procedimientos de tales unidades, las funciones de los bibliotecarios y el establecimiento del préstamo a domicilio mediante un depósito de 20 pesos por ocho días para un solo ejemplar a la vez.

Con la creación del Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura) en 1968, se abre una nueva perspectiva de desarrollo: el impulso de un programa nacional de bibliotecas públicas para el país. Esta misión se le encargó a la División de Bibliotecas y Centros Culturales de Colcultura, que emprendió numerosas acciones encaminadas a conocer la situación de las bibliotecas públicas en el país y a definir estrategias que permitieran la formulación de políticas de desarrollo. Al mismo tiempo inició una campaña de promoción de los servi-

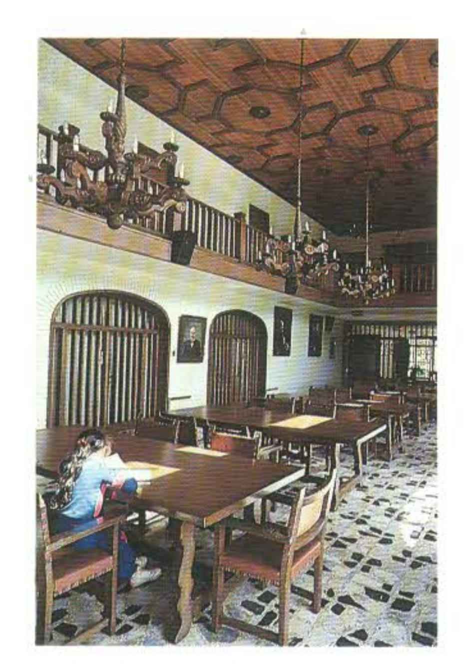
El Instituto Caro y Cuervo

En 1940 el ministro de Educación Nacional, Jorge Eliécer Gaitán, fundó en Bogotá el Ateneo Nacional de Altos Estudios, con la intención de que ese organismo continuara algunos proyectos científicos de gran aliento iniciados por colombianos, entre ellos el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, de Cuervo. Más tarde, con ocasión de la cercana celebración de los centenarios del nacimiento de Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, el Congreso de Colombia creó el Instituto Caro y Cuervo mediante la ley 5 de 1942, cuyo artículo 4 dice: «Créase bajo la dependencia del Ateneo de Altos Estudios un instituto denominado Instituto Caro y Cuervo, cuyo fin será continuar el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* y preparar la reedición crítica de las *Disquisiciones filológicas* de Cuervo, y cultivar y difundir los estudios filológicos. El funcionamiento de este instituto será reglamentado por el Ministerio de Educación Nacional». Los decretos por los cuales se reglamentó la ley 5 de 1942, fueron el 786 de marzo 31 de 1944, el 1291 de mayo 29 y el 973 de abril 24 del mismo año.

Desde entonces el Instituto Caro y Cuervo viene adelantando una tarea ejemplar en pro de la cultura nacional. Ha llevado a cabo, con el nivel científico requerido y una intachable calidad tipográfica, la continuación del *Diccionario* de Cuervo. El tomo III fue publicado por el Instituto en Bogotá, Imprenta Patriótica, 1987, y abarca en 1505 páginas la letra E (desde "ea" hasta "extremo"). Ha editado críticamente las restantes obras de Cuervo y su epistolario, y lo mismo ha hecho con las obras y la correspondencia de Miguel Antonio Caro. Además, el Instituto ha realizado excelentemente otras tareas, propias de su fines legales, como la investigación del español en Colombia, uno de cuyos resultados ha sido la publicación del magno *Atlas lingüístico y etnográfico de Colombia* en seis tomos (Bogotá, 1981-1983), y como la compilación de la bibliografía nacional, publicada periódicamente desde 1952 en el *Anuario Bibliográfico Colombiano*. La Biblioteca de Publicaciones del Instituto pasa ya de los doscientos títulos, que abarcan especialmente los campos de la lingüística (del español y de nuestras lenguas indígenas), la filología, la bibliografía y la literatura colombianas, y su revista, *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, rebautizada *Thesaurus* en 1952, ha logrado ser editada ininterrumpidamente cada cuatro meses desde 1945, lo que en cualquier lugar del mundo constituye un auténtico récord de perseverancia y buena conducta.

Si es cierto que en sus días Caro y Cuervo no tuvieron discípulos ni continuadores de su obra, no es menos cierto que el Instituto Caro y Cuervo se ha constituido en su digno heredero. Gracias a él el rico filón de nuestra tradición científica y humanística ha seguido cristalizando en obras ejemplares y en paradigma de civilización y cultura.

JORGE PARAMO POMAREDA



Biblioteca del Instituto Caro y Cuervo en la Hacienda la Yerbabuena, cerca a Bogotá. Fotografía de Ernesto Monsalve.

cios bibliotecarios entre las autoridades de las ciudades intermedias y cabeceras municipales.

Uno de los mayores aportes al desarrollo de las bibliotecas públicas ha sido el realizado por las cajas de compensación familiar dentro de la prestación de los servicios sociales que por mandato de la ley deben realizar al pagar a sus beneficiarios el subsidio en servicios a través de obras y programas claramente definidos y entre los cuales están los servicios bibliotecarios. Estas cajas iniciaron sus servicios bibliotecarios en 1974 en Medellín, expandiéndose luego por varias ciudades del país con programas de diversa índole, desde bibliotecas centrales con modernas instalaciones e infraestructuras adecuadas, incluyendo programas de cajas viajeras y apoyos a entidades de carácter cívico y públicas para el servicio de barrios y localidades de la periferia, hasta programas móviles y salas de lectura infantiles. Con la vigencia de la ley 21 de 1982, normativa de un nuevo régimen del subsidio familiar, que consagró entre sus programas los servicios bibliotecarios, se continuó por parte de muchas cajas la organización y el desarrollo de éstos, constituyéndose la red nacional de bibliotecas de cajas de compensación familiar, fundamental para el desarrollo cultural y educativo del país. De igual manera, en el campo de la promoción de la lectura, debe destacarse la Asociación Colombiana del Libro Infantil y Juvenil (ACLIJ), entidad sin ánimo de lucro que funcionó durante los años 1983 a 1990, con el objetivo de fomentar la lectura y la creación de bibliotecas para el público infantil y juvenil. Entre las actividades cumplidas por esta Asociación se encuentran: la realización de talleres de capacitación relacionados con el libro y la lectura dirigidos a maestros bibliotecarios, padres de familia y niños; la asesoría en la organización de bibliotecas y salas infantiles; la creación del premio al mejor libro infantil; la elaboración de una lista de libros recomendados para niños y la formación de un club de lectura infantil a nivel nacional. Este fue un esfuerzo de carácter privado, liderado por un grupo de expertos en literatura infantil, que se enfrentó a problemas relacionados con la falta de recursos para poder llevar a cabo sus proyectos y programas con la intensidad y demanda que exige el país.

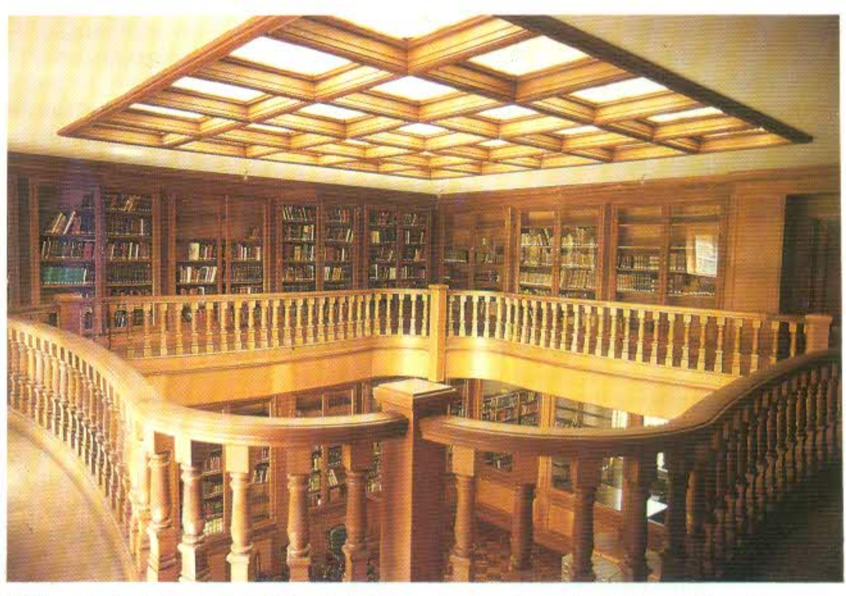
Basándose en este esfuerzo y aprovechando la experiencia de ACLIJ, la Cámara Colombiana de Libro, con la colaboración de la industria papelera y gráfica del país, creó en 1990 Fundalectura, la cual actualmente lidera programas de lectura a nivel nacional, basados en el principio que sobre la biblioteca pública y los niños expresa el Manifiesto de la Unesco en el siguiente aparte: «La afición a los libros y el hábito de utilizar las bibliotecas se adquieren más fácilmente durante la infancia. Por ello, la biblioteca pública tiene la obligación especial de ofrecer a los niños la posibilidad de escoger libre e individualmente libros y otros materiales. Se les debe ofrecer colecciones especiales y, si es posible, locales independientes».

Además del premio al mejor libro infantil, Fundalectura estableció por primera vez, para 1993, el premio a la mejor biblioteca comunitaria y al mejor programa de lectura, creando así un mecanismo más para el fomento y desarrollo de los servicios bibliotecarios.

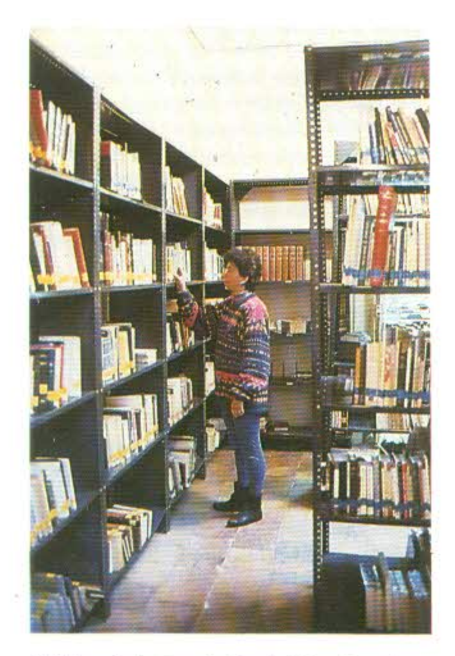
Bibliotecas especializadas

Las bibliotecas especializadas son unidades de información que funcionan en institutos de investigación, agencias gubernamentales, asociaciones profesionales, sociedades científicas, empresas industriales, etc. Se distinguen por la calidad de los servicios que ofrecen y el tipo de información especializada que manejan, basados en dos políticas principales: el grado de oportunidad y la actualización de los servicios. Ejemplo de éstas son las bibliotecas del Instituto Caro y Cuervo, la de la Asociación Nacional de Industriales, el Instituto Colombiano de Antropología y la Academia Colombiana de Historia.

En la década del 70 se pasa de la bibliotecología al dominio del concepto de documentación. Este hecho produjo un vuelco definitivo en la información y documentación económica, social, científica y tecnológica en Colombia, con la creación, mediante decreto 2433 de 1973, del Sis-



Biblioteca de la Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá. Fotografía de Ernesto Monsalve.



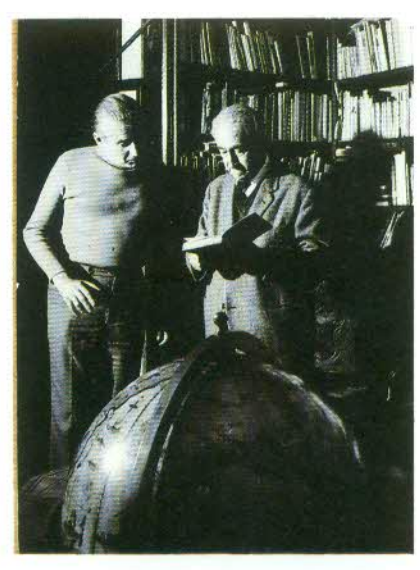
Biblioteca de la Casa de Poesía Silva, Bogotá. Fotografía de Ernesto Monsalve.

tema Nacional de Información (SNI), el cual se plantea como «un programa nacional que tiene por objetivo poner a disposición de la comunidad los recursos de información, bibliografía y documentación existentes en el país, para lo cual deberá promover un uso racional y eficiente, facilitar la adopción de políticas generales, coordinar las acciones y recursos necesarios y estructurar una red nacional de bibliotecas y centros de información y documentación».

El Sistema Nacional de Información se apoyó en tres componentes organizacionales: una agencia nacional coordinadora, desarrollada por Colciencias; las redes de bibliotecas universitarias, públicas, escolares y el sistema nacional de archivos; y los servicios sectoriales. En 1974 se seleccionaron cuatro sectores para el establecimiento de servicios de información: agricultura, salud, educación y economía. En 1976 se estableció un sistema de información para la industria, seguida en 1978 por tres subsistemas adicionales: ciencias del mar, medio ambiente y ecología. La forma básica de organización de estos subsistemas de información es el de un consorcio libre de bibliotecas que intentan desarrollar programas para realizar planes cooperativos, compartir recursos y establecer comunicación a través de redes nacionales y mundiales de doble vía. De ellos vale la pena destacar, por su organización, modernización y grado de control de la información producida en el país, los de ciencias agrícolas, ciencias médicas y de la salud, ciencias económicas y ciencia y tecnología.

Además de las unidades de información mencionadas, existen en el país colecciones privadas o particulares que por su representatividad y valor como patrimonio documental, son descollantes. Entre ellas, las bibliotecas religiosas —cuyo número excede las veinte— se encuentran localizadas en los seminarios católicos y en algunas facultades eclesiásticas. Las universidades Javeriana y de San Buenaventura son destacadas poseedoras de valiosos fondos de esta índole. De igual manera, organismos culturales creados para afianzar las relaciones entre los pueblos y el conocimiento de diversas culturas han organizado unidades de información, cuya acción se reconoce en los medios académicos. De ellos, el Centro Colombo Americano, la Alianza Francesa, el Consejo Británico, el Instituto Cultural Colombo-Alemán y el Instituto Italiano de Cultura, ofrecen valiosos recursos de información para estudiosos de los países que representan. Por otra parte, las asociaciones académicas existentes en el país también se han esforzado por la organización de fondos bibliográficos especializados en su área de cubrimiento. Entre ellas, el Instituto Caro y Cuervo, compilador de la *Bibliografía nacional* o *Anuario bibliográfico colombiano*, las academias de Historia y la Academia de la Lengua, han logrado grandes avances en la recuperación y organización de los documentos de su área.

Así mismo, prestantes familias colombianas han conformado verdaderas bibliotecas de investigación. Entre éstas, la familia Restrepo ha conservado invaluables documentos de los siglos XVII al XX (1683-1916) en un archivo que inició José Manuel Restrepo (1781-1863) y el cual puso la familia a disposición del país. Para hacerlo, autorizó su microfilmación y distribución de los rollos producidos entre las principales bibliotecas del país. Alfonso Palacio Rudas (1912), connotado economista y político, Carlos Lleras Restrepo (1908) y Juan Lozano y Lozano (1902-1979), cuya biblioteca reposa en las salas de la Biblioteca del Congreso, son claros ejemplos de la inclinación bibliofílica de nuestros hombres públicos.



Juan Lozano y Lozano y su hijo Fabio Lozano Simonelli en su biblioteca de Bogotá.

Por último, cabe destacar, como un esfuerzo nacional de recuperación informativa, la organización del Archivo Constitucional Colombiano. Este se inició con la recuperación histórico-bibliográfica promovida en la celebración de los primeros cien años de la Constitución de 1886 y se complementó con toda la producción documental —escrita, visual y sonora— generada durante la expedición de la Constitución colombiana de 1991. Este archivo reposa en la Sala Constitucional organizada en la Biblioteca Luis Angel Arango y su consulta se apoya en las bases de datos especializadas, creadas con este fin.

Bibliografía

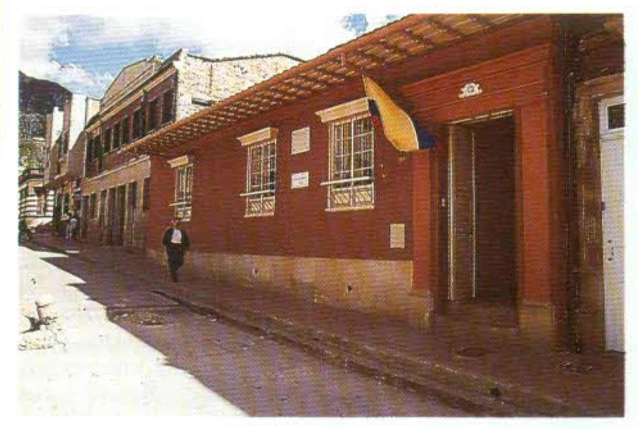
HERNÁNDEZ DE ALBA, GUILLERMO Y JUAN CARLOS CARRASQUILLA BOTERO. *Historia de la Biblioteca Nacional de Colombia*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977.

HERNÁNDEZ DE CALDAS, ANGELA. *Historia de las bibliotecas agrícolas, pecuarias y forestales de Colombia*. Bogotá, Editorial Técnicas de Colombia-Colciencias, 1980.

CONGRESO DE BIBLIOTECÓLOGOS JAVERIANOS. "Aproximación al problema de las bibliotecas públicas en Colombia". En: *Memorias. Congreso de Bibliotecólogos Javerianos 1*. Bogotá, 1989.

REVEIZ ROLDÁN, EDGAR, EDUARDO ALDANA Y VLADIMIR SLAMECKA. *La información para el desarrollo colombiano. Sistema Nacional de Información*. Bogotá, Colciencias, 1984.

Casa de Poesía Silva





Fachada y patio central de la Casa de Poesía Silva, en la Calle 14 con Carrera 3ª barrio de La Candelaria, en Bogotá. Fotografías de Ernesto Monsalve Pino.

La Casa de Poesía Silva es una entidad cultural especializada en el tema de la poesía. Presta distintos servicios y organiza eventos y programas a nivel distrital y también con proyección nacional. Fue fundada en 1986 y es la primera Casa de Poesía que se abrió en el ámbito de la lengua española; tomándola como modelo se instituyeron posteriormente la Casa de Poesía Fernando Mejía en Manizales, la Casa de Poesía Pérez Bonalde en Caracas y la Casa del Poeta López Velarde en Ciudad de México; en Quito está en proceso de organización la Casa de Poesía Carrera Andrade.

La sede de la Casa Silva funciona en el barrio bogotano de La Candelaria, centro histórico de la ciudad. Se trata de una vieja casa colonial, en la cual vivió los últimos años de su vida y murió el poeta José Asunción Silva. Salvarla del olvido y de la destrucción había sido una preocupación expresada por varias generaciones de artistas e intelectuales del país.

Los arquitectos que la restauraron en 1984 calculan, a partir de las huellas técnicas que el tiempo dejó en sus muros, que fue levantada en la época de la Colonia, aproximadamente en la segunda década del siglo XVIII, es decir, hacia 1715. En 1983 la Corporación La Candelaria, entidad distrital encargada del mantenimiento y restauración de la zona, adquirió la casa, que en ese momento era un inquilinato, y emprendió los trabajos de restauración. Esta no se hizo teniendo sólo en cuenta la estructura colonial y adusta de la casa del siglo XVIII, sino también elementos de la reforma que se le hizo en una anterior restauración en 1880, de corte republicano, llena de adornos y de yesería de influencia francesa. El restaurador mexicano Rodolfo Vallín se encargó de la yesería de los cielos rasos y de las crestas de las puertas. Raspando con una paciencia infinita y con instrumentos de madera como los que se usan para ensartar la carne de los populares "pinchos" callejeros, se llegó a los dorados originales y al color genuino del yeso, que estaban recubiertos por capas de pintura. Aparecieron, así, en su esplendor, los mascarones y viñas en el comedor de la última cena de Silva; los diablos sonrientes en los rincones de la sala, contrastando con interminables guirnaldas de flores; las crestas suntuosas que coronan las puertas y los rosetones del patio que entrelazan conchas de nácar con delfines y tridentes de tritones.

Los colores de las paredes, azul cobalto, verde pálido, son en su mayoría los originales de cada habitación, cuando la raspadura técnica o cala reveló este detalle. Cuando esto no fue posible, se escogió un color que concordara con el ambiente y con la usanza de la época republicana. La cubierta fue desarmada como un gran rompecabezas para reemplazar y reforzar los anclajes de los cielos rasos. Se conservaron las tejas de barro originales en el techo. Se levantaron las losas de cemento que cubrían los pisos de ladrillo tablón y las nuevas baldosas se hicieron fabricar artesanalmente en un chircal de Tunja.

Donde antes existían los tres cuartos de habitación en el costado oriental del primer patio, fue acondicionado un gran salón, suprimiendo las paredes divisorias, para habilitar allí la sala de lectura. Se introdujeron dos puertas que no existían en la estructura original. Una que comunica el antiguo comedor con la que fue la habitación del suicidio de Silva. Hoy funcionan allí las oficinas de la Casa de Poesía. Y la otra, al costado oriental del zaguán de entrada, que permite acceder directamente a la antigua sala, hoy convertida, junto con el salón de piano, en un auditorio para conferencias y lecturas de poemas. La introducción de estas dos puertas tuvo un carácter simplemente funcional.

En las habitaciones principales y en los corredores se colocaron lámparas antiguas y arañas decimonónicas que, por supuesto, no pertenecían a la dotación de la casa en tiempo de Silva. Del lugar de donde varias de ellas cuelgan, se desprende todavía un gancho, que antiguamente servía para colgar las briseras. Las lámparas del salón de lectura de la biblioteca son modernas y obede-

cen a la necesidad de facilitar la labor específica del recinto actual. Las puertas y las ventanas con sus respectivos herrajes y cerraduras, son las originales, que se encontraban en buen estado, con excepción de algunas chapas y cogederas que tuvieron que ser reemplazadas y buscadas en anticuarios. Los bastidores conservan la apariencia de la época republicana con los vidrios de colores hechos artesanalmente. El bastidor norte del patio central tuvo que ser reconstruido en su parte inferior, porque la madera había sido reemplazada por una barda de cemento. El bastidor divisorio entre la sala y el salón del piano sufrió una ligera modificación en el orden de sus alas plegables, que le dio más equilibrio.

La transformación en el patio del fondo fue total. El estado en que se hallaba esta parte de la casa era lamentable. La antigua caballeriza estaba sembrada de lavaderos de concreto que ocultaban completamente la hermosa pila de piedra, hoy rescatada entre los escombros del inquilinato. El segundo patio se reconstruyó completamente con una mayor libertad imaginativa, y al extremo sur se construyó la librería en un estilo moderno que intencionalmente no tiene nada que ver con el estilo del resto de la casa. Frente a la librería se organizó la fonoteca. En los patios volvieron a colgarse vasijas de azaleas, sostenidas por percheros del mismo color gris del barandal metálico. La fachada conserva, por supuesto, el número 13 de identificación y la placa conmemorativa. Las paredes hoy se visten con las fotos antiguas y grandes de los poetas colombianos y con reproducciones facsimilares ampliadas de sus manuscritos.

Dentro de esta vieja y renovada arquitectura, la Casa presta sus servicios permanentes, abiertos al público en forma gratuita: la biblioteca tiene alrededor de cuatro mil volúmenes, de los cuales una tercera parte perteneció a la biblioteca del poeta Eduardo Carranza y fue donada por su familia. Esos fondos contienen libros de poesía, biografías, historias y textos críticos relacionados con el tema, especialmente de escritores colombianos, latinoamericanos y españoles.

La fonoteca, conformada con la colaboración de la Emisora HJCK, cuenta con cerca de 1200 horas de grabación de voces de poetas, interpretaciones de los clásicos hechas por profesionales y conferencias sobre el tema. Organizado este material en ficheros, el usuario puede consultarlos y escuchar mediante audífonos la cinta que desee.



Cartel-invitación a una de las conferencias de Casa de Poesía Silva, conmemorativa en este caso del centenario de Ciro Mendía.

Se ofrecen visitas guiadas a grupos escolares y universitarios, en las cuales se programan audiciones colectivas de las voces de los poetas que interesan al grupo, se organiza trabajo de biblioteca y se da una charla sobre la historia de la Casa y la importancia de la obra de José Asunción Silva.

La Casa organiza y financia varios talleres de poesía: uno para profesores de literatura, otro para niños, otro para adolescentes y cuatro abiertos al público en general. Estos talleres trabajan durante seis meses, con una intensidad de dos horas semanales. Están dirigidos por poetas, quienes, con los talleristas, deciden libremente el programa y forma de trabajo.

Con el fin de facilitar el conocimiento de las obras de los poetas jóvenes y en general de la poesía de todos los tiempos, la Casa ha abierto una librería, especializada en el tema, para la venta al público de libros, revistas, casetes, postales y folletos.

Se ha comenzado en forma reciente la creación de una videoteca para preservar la memoria visual de los poetas colombianos y para allegar material de poetas de otras latitudes. Estos videos son prestados a centros docentes y culturales de todo el país, como colaboración en eventos especiales. Cuando, en un futuro próximo, se tenga formado un archivo visual más extenso, se planea organizar proyecciones colectivas para centros educativos.

La Casa desarrolla también una intensa actividad en su auditorio, el cual tiene capacidad para 160 personas. Con una frecuencia casi semanal, se realizan lecturas de poemas, presentaciones de libros, conferencias y mesas redondas. A los asistentes se les ofrece un "canelazo", bebida caliente buena para el frío.

En materia de publicaciones, la Casa edita anualmente una revista, de excelente calidad editorial y con un volumen aproximado de 250 páginas, en la cual se publica una selección del material más interesante que se ha programado en el auditorio durante el año anterior. Esta se envía a las principales bibliotecas y centros culturales del país y se distribuye para la venta a un precio subsidiado. Se ha iniciado una colección de publicaciones, entre las cuales se destaca la *Historia de la poesía colombiana* (1991).

Uno de los programas más interesantes que ha organizado la Casa Silva es "La poesía tiene la palabra". Mediante una campaña publicitaria se invita a asistir a un acto poético, en el que participan cinco de los más importantes poetas colombianos. Al primer evento, efectuado en Bogotá, en 1987, concurrieron 5000 personas; al segundo, realizado en Medellín, en 1989, asistieron alrededor de 9000 y al de Cartagena, en 1991, asistieron 4000 personas. Simultáneamente se promueve un concurso (el primero fue sobre "el mejor verso de amor de la poesía colombiana" y el tercero sobre "el mejor verso de la poesía colombiana", el segundo sobre "el mejor verso a la mujer"), en el cual puede votar por escrito todo el que lo desee. La votación fue copiosa y provino de todas las regiones del país.

La gran capacidad de convocatoria que ha logrado suscitar la Casa en torno a la poesía y la respuesta tan positiva a sus programas y servicios por parte de personas de todas las edades y clases sociales, la han convertido en uno de los fenómenos culturales más notables del país en los últimos años.

Ensayistas y pensadores

Oscar Torres Duque

La literatura de pensamiento en Colombia



Alegoría de la Sabiduría. Detalle del mural de Ignacio Castillo Cervantes. Colegio Mayor de San Bartolomé, Bogotá.

Lo que designamos aquí con la expresión "literatura de pensamiento" equivale de hecho a nuestro actual género ensayístico, para el cual se viene reclamando desde hace tiempo, no sin teorizaciones polémicas, el carácter de género literario, comparable en este sentido con la novela, el cuento, la poesía, el teatro. Lejos de toda discusión, lo que debe dejarse en claro es que el ensayo como género literario es un fenómeno del siglo XX. Fieles a esta consideración, podemos estudiar a los escritores de ideas bajo el más amplio rótulo de "literatura de pensamiento" y buscar, más bien, los antecedentes del género ensayístico en otros subgéneros que sirvieran de medio de transmisión de esta literatura antes de su configuración como tal.

Por otra parte, es necesario hacer una breve alusión a los *Ensayos* de Michel de Montaigne (1533-1592), a quien podemos tomar por padre del género, en busca de algunos elementos que nos permitan especificarlo. El pensador francés, definiendo el carácter de sus textos y hablando de la imposibilidad de sistematizar el pensamiento, dice que el alma humana siempre está en prueba, en busca de la verdad duda aquí y allá, encuentra pequeñas certezas y luego las confronta con certezas opuestas. «Un libro de buena fe», es como califica Montaigne a sus *Ensayos*. Ese signo asistemático, aparentemente desprevenido y, por supuesto, antidogmático, es lo esencial del género, a lo que se añade hoy el requerimiento de la elegancia y la conciencia de que toda verdad parcial se revela en la expresión bella.

Pero si bien Montaigne estaba creando además de una filosofía original, un género literario, el ensayo no permanece fiel a sus ideas. Filósofos como John Locke, Alexander Pope o Thomas Malthus la convierten en una pieza extensa, sistemática y monográfica (lo que hoy por hoy llamaríamos tratado), fundamento de todo un cuerpo de doctrina o científico. Con esa significación lo hallamos en el siglo XIX colombiano y puede verificarse en obras sobre temas disímiles escritas, por ejemplo, por Antonio Nariño (economía política), Francisco José de Caldas (ciencias) o José María Samper (sociología histórica).

Pero al lado de este tipo de obras, tituladas como "ensayos", el género asistemático, breve y de opinión subsiste, con mayores o menores logros estilísticos y con mayor o menor conciencia literaria, en artículos periodísticos, discursos, correspondencia, conferencias, documentos públicos, autobiografías o lecciones de filosofía. En todos estos subgéneros es que hemos rastreado la literatura de pensamiento del siglo XIX en Colombia, lo que supone hasta cierto punto una invasión, inevitable por lo demás, a los campos de la historiografía en general, de la historia política, el periodismo, la filosofía, la educación y aun de las ciencias. Al fin y al cabo, el auténtico ensayismo no permite la especialización y aunque existe, por ejemplo, el ensayista literario, éste jamás pierde de vista los otros campos del saber humano. De otra manera, estaríamos en el campo exclusivo de la crítica literaria.

José Celestino Mutis

Uno de los factores decisivos que inauguran el movimiento intelectual en Colombia es la Expedición Botánica, creada en noviembre de 1783 por iniciativa de José Celestino Mutis y con el auspicio del virrey Antonio Caballero y Góngora. Mutis (Cádiz, 1732-Santafé, 1808) había llegado a la Nueva Granada como médico del virrey Pedro Messía de la Cerda, en 1761, pero guiado ante todo por su



José Celestino Mutis.
Miniatura de Víctor Moscoso,
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

curiosidad científica hacia el mundo que aún estaba por descubrir. Egresado de la Universidad de Sevilla, el gaditano viene armado con la filosofía de Isaac Newton, como sistema, con los conocimientos de ciencia natural que aquélla lleva de la mano y con un espíritu ilustrado pero cristiano (se hará sacerdote en la Nueva Granada, en 1772). Su formación también estará marcada por su biblioteca, que el propio Mutis consideraba excelente.

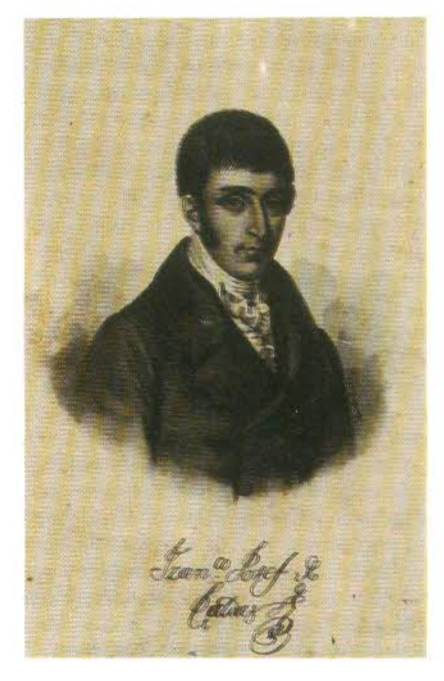
El director de la Expedición Botánica no llegó a producir una obra escrita digna de sus luces. Trabajó durante mucho tiempo en una *Historia natural*, comentada a su amigo y corresponsal Carl von Linneo y prometida a varios virreyes, pero no llegó a terminarla. Se conserva su *Diario de observaciones*, en el que se reflejan las preocupaciones del pensador abierto y el estilo de un escritor elegante, formado, antes que en la retórica neoclásica española, en el rigorismo científico del Renacimiento (algunos de sus textos están escritos en latín, como sus cartas a Linneo). Su pensamiento también se manifiesta en la correspondencia y en los discursos y documentos que tuvieron como marco su actividad de catedrático en el Colegio del Rosario, en donde regentó los cursos de matemáticas y filosofía natural. Una obra bastante dispersa, pero no por ello descuidada como producto literario.

Mutis es lo que podemos llamar un crítico imparcial, si lo consideramos a la luz de su contexto histórico. Libre de los forcejeos por los cargos públicos, es ajeno a la contienda —que ya se vive intensamente en su época— entre peninsulares y criollos, aunque apoyará particularmente a éstos en la medida en que los ve surgir como discípulos aventajados. En todo caso, en sus textos, difusores y explicativos de la filosofía natural, no siempre es tan velada la crítica a la «atrasada España» como su pudor nacionalista debiera suponer. Defiende el sistema copernicano (casi que lo oficializa, aunque cronológicamente ello suene ridículo a fines del siglo XVIII) y ataca la inutilidad de la enseñanza escolástica. En lo anterior es el primer vocero en la Nueva Granada de la concepción del "conocimiento útil" que en España tuvo como máximos representantes a fray Benito Jerónimo Feijoo y a Gaspar Melchor de Jovellanos, que será la piedra angular del pensamiento de los Precursores y que acaso brilló por su ausencia en las doctrinas independentista y republicana. Pero lo que tal vez define con mayor precisión el carácter de su pensamiento es lo que algunos han llamado eclecticismo —en todo, menos en asuntos religiosos— y que no es más que su fidelidad a Newton.

Francisco José de Caldas

El otro escritor de importancia perteneciente a las filas de la Expedición Botánica, es Francisco José de Caldas (Popayán, 1771-Santafé, 1816), quien no solamente escribió prosa científica sino que incursionó también en los temas políticos y educativos. De cualquier manera, cuando aquí hablamos de prosa científica (y es el caso de Mutis y de Vargas) no debemos pensar en lo que se entiende por tal: tratándose de un verdadero despertar —tanto de la escritura de pensamiento como de la ciencia—, esta prosa va acompañada de prolijas reflexiones filosóficas y de comentarios a la situación histórica que enmarca esos conocimientos, lo que le da un carácter menos especializado y más, podríamos decir, ensayístico. La obra literaria de Caldas está enmarcada en el ámbito del periodismo científico y patriótico que creó con el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, que se mantuvo desde enero de 1808 hasta enero de 1811. Caldas es el primero de nuestros pensadores en entender que la realidad americana exigía nuevas formas y métodos de acercamiento científico y teórico, un tanto consecuencia del experimentalismo aprendido de su maestro Mutis: «Deponiendo todo espíritu de partido y toda autoridad, examinaremos con la sonda en la mano y siempre guiados por la antorcha de la observación, cuál es el poder del clima, y hasta dónde llega su imperio sobre los seres organizados. La autoridad, la simple autoridad, desnuda de apoyos, no tiene ninguna fuerza en esta materia. Mis rodillas no se doblan delante de ningún filósofo. Que hable Newton o el Caribe; que Saint Pierre halle armonías en todas las producciones de la naturaleza; que Buffon saque a la Tierra de la masa del Sol; que Montesquieu no vea sino el clima en las virtudes» ("El influjo del clima sobre los seres organizados", publicado en el *Semanario*).

El *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, del cual Caldas fue director, es el reflejo de ese pensamiento americanista, y en él podemos encontrar un listado de escritores "científicos", dedicados a descubrir nuestro país y nuestras características como pueblo. La ilustración de Caldas, manifiesta en los autores que cita, también se refleja en una voluntad de estilo que dice todo de lo que el sabio ponderaba el acto de la escritura, como educación y como arte.



Francisco José de Caldas.
Aguada de Roberto Páramo,
Museo del Siglo XIX, Bogotá.

LITERATURA Y PENSAMIENTO DE LOS PRECURSORES DE LA INDEPENDENCIA

Dos personalidades aparentemente antagónicas —y ese antagonismo nos dice mucho del desarrollo histórico posterior de nuestra patria— dominan el período histórico y literario llamado de los precursores de la independencia. Son ellos Antonio Nariño y Alvarez y Camilo Torres Tenorio. Su antagonismo ha pasado a la historia como el del enfrentamiento político y civil del centralismo y el federalismo, que, desde nuestra primera independencia, en 1810, y probablemente con secuelas políticas e ideológicas durante todo el siglo XIX, fue una de las muchas plagas de discordia que azotaron nuestro país.

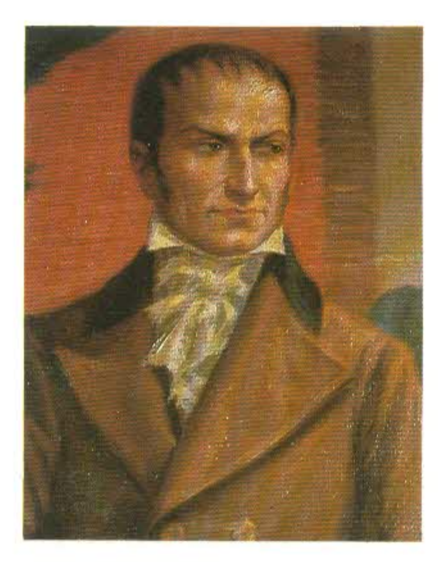
Antonio Nariño

Antonio Nariño (Santafé, 1765-Villa de Leiva, 1823) es autor de un *Ensayo sobre un nuevo plan de administración en el Nuevo Reino de Granada*, publicado en 1797, de discursos, manifiestos, cartas y artículos periodísticos de índole política. Como Pedro Fermín de Vargas, Nariño busca en su *Ensayo* mostrar a las autoridades coloniales las equivocaciones de sus políticas administrativas y económicas, y aventura un «plan» de nueva administración, con lo cual se pone de presente el interés criollo por la participación en los asuntos públicos. En el *Ensayo* Nariño se muestra poseedor de una vasta cultura histórica y económica y en cambio muy lejano de arduas teorizaciones. Hace un análisis minucioso y hasta matemático de las cuentas del Virreinato, sugiere la abolición de unos impuestos y la creación de otros más productivos y de menor sacrificio social. Realismo económico, sin retóricas y sin teorías. Ese es Nariño, un espíritu realista, en lo cual le corresponde un doble mérito, puesto que, al tiempo que es un gran conocedor de los problemas neogranadinos, sabemos de sus actividades de tertulia, de su gran biblioteca y de sus lecturas de autores de moda en Europa: lejos de dejarse avasallar por ese liberalismo incipiente que surte de los enciclopedistas, Nariño tiene, como Caldas, los pies bien puestos en la tierra americana, aunque, a diferencia del sabio payanés, con explícitos intereses creados en la emancipación, dada su certeza de que España no marchaba hacia las grandes y nuevas transformaciones y que ese retardatarismo era el causante de muchas de las taras e incomodidades del ambiente colonial.



Antonio Nariño y Alvarez.
Oleo de Escuela Francesa, siglo XIX.
Museo Nacional, Bogotá.

El Nariño político se define después de su regreso a la Nueva Granada, luego de los muchos años de prisión que pagó por la traducción y publicación, en 1794, de los *Derechos del hombre y del ciudadano.* Llega justo para asumir la dirección de nuestra primera independencia y tratar de orientar el destino de una nación autónoma, en medio de la no resuelta y cada vez más encarnizada lucha contra España y de las acres polémicas civiles entre los criollos acerca del tipo de gobierno más conveniente. En este contexto, será presidente del Estado de Cundinamarca en 1811, difundirá el sistema centralista de gobierno, pronunciará numerosos discursos y redactará varios manifiestos públicos, en los cuales será invariable su tono realista y antidoctrinario. Después de lograda la independencia definitiva, en 1819, nuevamente será protagonista de los primeros enfrentamientos civiles, al verse acusado por los santanderistas de desfalcos y "colaboracionismo" con los realistas. Su pluma se pone al servicio de estas veleidades y es por ello que no podemos encontrar en él la actitud del escritor que ejerce su oficio como *otra* actividad cultural. Su discurso de instalación del Congreso de Cúcuta (1821) parece ser su única declaración



Camilo Torres y Tenorio.
Oleo de Coriolano Leudo (detalle).
Concejo de Santafé de Bogotá.

de principios y reconocimiento de fuentes, pero limitada a un texto informativo que había de servir de caja de herramientas a nuestros primeros congresistas, los encargados de inventarse un país político y ponerlo a andar. Como elemento adicional a su discurso escueto, en sus textos periodísticos de *La Bagatela* (1811-1812) y *Los Toros de Fucha*(1823) ensaya la sátira alegórica y la ironía propia de un ciudadano para quien el ejercicio público no tuvo más que asperezas y amargura.

Camilo Torres

Camilo Torres (Popayán, 1766-Santafé, 1816) es uno de los primeros abogados criollos del Colegio del Rosario que produjo la reforma educativa de los Borbones. Su "literatura" debe ser considerada en ese marco de su actividad y concepciones de jurista asomado a la administración pública y, por lo tanto, no indiferente al problema de la discriminación burocrática. Bajo esa luz puede leerse la célebre *Representación del Cabildo de Bogotá a la Suprema Junta Central de España* (1809), más conocida como *Memorial de agravios*, el texto más conocido que sale de la pluma de Torres, como miembro de dicho cabildo. En el *Memorial*, redactado como tal, es decir, con todos los requerimientos de un documento oficial petitorio (exordio, proposición, argumentación, conclusión y peroración), las en apariencia osadas ideas de la igualdad entre españoles y americanos «hijos de españo-

les», de la autonomía administrativa, del supuesto de si España fuera gobernada desde América, que sugería los inconvenientes legales y judiciales de la distancia, y la de la advertencia, casi amenaza, de que sin igualdad cualquier reacción explosiva es posible por parte de los americanos, esas ideas, todas, responden básicamente a un prontuario de criollos distinguidos que reclaman el acceso a los cargos públicos. La cuestión indígena, por ejemplo, que ya Pedro Fermín de Vargas había despachado proponiendo la españolización de los indios, está excluida de su acepción de "americanos", que también implica una cierta españolización, como si ese fuera el patrón de la igualdad. De cualquier modo, el *Memorial* no fue enviado a España y años después Torres sería fusilado por su participación, más que abierta ineludible, en las acciones emancipadoras y la redacción de nuevos documentos oficiales comprometedores.



Simón Bolívar.
Oleo de Delio Ramírez Beltrán.
Biblioteca Nacional, Bogotá.

Independencia y República: consolidación del pensamiento político

Simón Bolívar

Escritor de textos obviamente independentistas desde los inicios del siglo XIX, debe figurar aquí, como precursor, Simón Bolívar (Caracas, 1783-Santa Marta, 1830), por sus proclamas como caudillo, militar en Venezuela, y político en la Nueva Granada, y por su *Carta de Jamaica*, del 6 de septiembre de 1815. Lo que admira en los escritos del Libertador es su unidad de estilo desde los primeros hasta los últimos. Estilo reprobado muchas veces, y elogiado sin criterio, otras. Lógicamente, debe entenderse que Bolívar, consagrado por entero a su obsesión, libertadora primero y después política, no pudo asumirse nunca como escritor y que su labor con la pluma está signada por el inmediatismo de su lucha vital. No obstante, podemos encontrar un estilo, mucho más cuidado —extraña paradoja— que el de su par en la historia colombiana, Francisco de Paula Santander. Mal se ha dicho que Bolívar es un rudo militar, más entendido en asuntos de batallas que de cultura. Lo que revela un texto reposado como la *Carta de Jamaica* es todo lo contrario, y en él se advierte, por otra parte, la unidad de pensamiento que prefigura su actuación posterior al 19, su actuación política. Ese pensamiento nuclear podría calificarse de utopismo progresivo, es decir, no revolucionario, no liberal, sino enteramente histórico, consciente de que los grandes cambios políticos deben serlo también sociales y que ello requiere tiempo para la habituación y la domesticación, es decir, la creación de un hogar y una nación propios. Su única revolución, que jamás consideró definitiva, fue la de la emancipación, que le resultaba inaplazable, justamente porque España no posibilitaría la utopía: «Ellos han aniquilado la raza de los primeros habitadores para sustituir la suya y dominarla... Ahora hacen perecer hasta lo inanimado, porque en la impotencia de conquistar, ejercen su maleficencia innata de destruir. Pretenden convertir la América en desierto y soledad; se han propuesto nuestro exterminio, pero sin exponer su salud, porque sus armas son las viles pasiones, que nos han transmitido por herencia, la cruel ambición, la miserable codicia, las preocupaciones religiosas y los errores políticos. De este modo, sin aventurar ellos su suerte, deciden de la nuestra» (discurso a las Provincias Unidas de la Nueva Granada, enero 23 de 1815). También sorprende, desde sus primeros escritos precursores, el discurso egocentrista (¿acaso no lo percibieron quienes hablaron y hablan de un cambio de actitud en el Libertador posterior a Ayacucho?). Bolívar tampoco adoctrina, sino que afirma lo que cree que se ha de hacer, pero afirma que *él* lo cree y por ello, honestamente, habla también de su posición en esos proyectos, posición eminente, por supuesto. Era él mismo quien acuñaba esas expresiones que otros usaban con ironía o servilismo: «Yo soy el hijo de la guerra», «yo soy el hombre de las dificultades». Incluso en el Congreso de Cúcuta, de octubre de 1821, decía: «Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular; es una amenaza inmediata para la soberanía nacional».

En todo caso, si Bolívar no es un escritor ilustrado, no es que no lo sea por carencia, sino porque puso la ilustración al margen de su lucha. Curiosa premonición.

Santander

Francisco de Paula Santander (Cúcuta, 1792-Bogotá, 1840) comienza su carrera de escritor después de la independencia con una narración un tanto sosa cuyo propósito es elogiar a Bolívar: *El general Simón Bolívar en la campaña de la Nueva Granada de 1819: relación escrita por un granadino que en calidad de aventurero y unido al Estado Mayor del Ejército Libertador, tuvo el honor de presenciarla hasta su conclusión*. El texto fue impreso por Nicomedes Lora en 1820 y parece más un diario de campaña escrito por un soldado lleno de admiración por su líder que las memorias de un civilista ilustrado. Santander irá madurando política e ideológicamente con el ejercicio de la alta magistratura que ocupó hasta 1826 (con algunos historiadores se puede decir que ella fue la presidencia



Francisco de Paula Santander.
Miniatura sobre marfil de Isaza, 1844.
Museo Nacional, Bogotá.



Ezequiel Rojas.
Fotografía de la Colección J.J. Herrera, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

de la Gran Colombia, dada la ausencia de Bolívar, ocupado en las campañas libertadoras de Venezuela, Ecuador y Perú). Ese afianzamiento se refleja en sus artículos de prensa (*El Patriota*, *El Correo de Bogotá*, *La Bandera Nacional*, la *Gaceta de Colombia*), en sus proclamas y discursos, y en su correspondencia, dentro de la cual resulta de particular interés la que sostuvo con sus copartidarios —los ya "santanderistas"— desde su exilio europeo después de la Conspiración Septembrina de 1828. El afianzamiento ocurre dentro de lo que podríamos llamar el movimiento constitucionalista, cada vez más tendiente al modelo liberal, que se fortalece en la oposición a la Constitución boliviana (que el Libertador pretendía hacer aprobar en todos los países por los que pasó su espada) y que se define doctrinariamente en su época de exilio como observador de la situación política de los distintos países europeos hasta su regreso a Colombia en 1831 para hacerse cargo de la presidencia de la República.

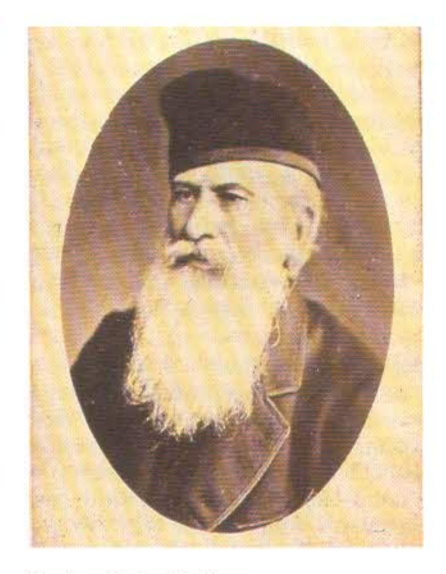
La oposición entre Bolívar y Santander, es bien sabido, nace de la derogación de la Constitución grancolombiana de 1821, que el cucuteño había apoyado, derogación que se da en circunstancias bien desfavorables para éste, a causa del militarismo venezolano y la admiración americana que acompañaba a la figura de Bolívar para 1826. Es cuando se crea un partido minorista, el santanderista, paulatinamente concebido como liberal, como opositor a lo que consideraba el autoritarismo, monarquismo y «godismo» del que, casi simultáneamente, surgirá como partido bolivariano. El pensamiento del caraqueño, hemos visto, no es un pensamiento de partido y, aunque dato discutido y discutible, es más bien una concepción personalista y coherente desde sus primeros planteamientos, en los cuales no se defiende una teoría política sino la necesidad de un gobierno firme, ceñido a las circunstancias propias de América. Bolívar no tiene seguidores en ese sentido y sólo políticos afines, más por la visión pragmática que por la personalidad, pueden comparársele como pensadores. Santander crea, en cambio, en sus seguidores un partido de orientación liberal, cuyas primeras disidencias —la elección de su sucesor en la presidencia del Estado de Nueva Granada, José Ignacio de Márquez— quizá sean más explicativas de la aparición del partido conservador que la misma oposición Bolívar-Santander.

El pensamiento político y los partidos

Para algunos historiadores de las ideas políticas en Colombia, el origen de los partidos está ubicado en dos fechas simbólicas que, pese a lo discutible de su verdad histórica, nos interesan porque coinciden con la publicación de dos textos y, por tanto, nos hablan de una literatura política fundacional: en 1848, *El Aviso* publicó el artículo "La razón de mi voto", de Ezequiel Rojas, considerado el origen ideológico del partido liberal; en 1849, el primer número del periódico *La Civilización* publica una "Declaratoria política", cuyos autores, los directores de dicha publicación, José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez, son tenidos hoy en día como fundadores del partido conservador. La verdad es que un análisis de los dos textos permite concluir, como lo han hecho diferentes historiadores, que el punto básico de desacuerdo entre los dos programas, el punto fundante, es la idea de la posición que deben ocupar y ocupan la Iglesia y la religión católica en los ámbitos político, social y económico. El artículo de Rojas incluía, como parte argumental de su inclinación a favor del liberalismo progresista, las propuestas de libertad de culto, la expulsión de los jesuitas y la no injerencia del poder eclesiástico en los asuntos públicos, con su proyección hacia una separación entre Iglesia y Estado. No obstante, es un escrito más circunstancial e histórico que ideológico, y se entiende todavía en el contexto de la teoría liberal que predominaba desde los escritores políticos de la Independencia; tampoco es básicamente un texto de partido. El artículo de Caro y Ospina, en cambio, advierte ya sobre la creación de un nuevo grupo social y político, el conservador, cuya necesidad se explica por la oposición al gobierno de José Hilario López, y en general para enfrentar al para ellos irresponsable y desmedido liberalismo progresista, excesivamente militarista, anticlerical y partidario de la autonomía de las provincias, con el fortalecimiento del caudillismo regional.

Ospina Rodríguez

Mariano Ospina Rodríguez (Guasca, Cundinamarca, 1805- Medellín, 1885), quien fue presidente de la Confederación Granadina entre 1857 y 1861, es autor de algunos textos no políticos en los que, sin embargo, se muestra como un escritor conservador. Destacamos "La civilización", artículo publicado en el periódico del mismo nombre en 1849; "Los israelitas y los antioqueños", publicado en *La Sociedad*, en 1875, y su obra *José Félix de Restrepo y su época*. En el primero de ellos enfatiza, previsiblemente, la relación que hay entre civilización y catolicismo, proponiendo a éste como soporte de aquélla: «Los Estados Unidos aparecen, pues,



Mariano Ospina Rodríguez.
Fotografía de autor no identificado, Museo Nacional, Bogotá.

como el arca destinada a salvar la civilización cristiana, con sus leyes, sus ciencias, su literatura, sus artes, su industria y su cultura, del cataclismo que la amenaza en Europa». Resulta natural que un enemigo del liberalismo doctrinario proscribiera a Europa como causante de los males de América.

En el ensayo sociológico "Los israelitas y los antioqueños", Ospina luce más florido en lo verbal y más esquemático en el pensamiento. No puede esconder sus argumentos de raza contra el indio y el negro, y lleva la discusión, porque finalmente el ensayo lo es, a que los antioqueños no son judíos, pero que esa imputación, no necesariamente vergonzosa, equivale a la de ser utilitarista: el judío es codicioso y el utilitarista ambiciona también su bienestar particular, conduciendo el problema al terreno de las implicaciones políticas: si alguien merece por sobre todos el calificativo de judío es el liberal. *José Félix de Restrepo y su época* es un estudio biográfico-histórico. En lo biográfico, sucinto y exaltatorio; en lo histórico, procero y rayano con lo costumbrista, sin el vuelo anecdótico de José Manuel Groot ni la capacidad de análisis de José Manuel Restrepo. Lo importante que hay que observar en dicho estudio es su ponderación del mundo colonial, la estimación de la vida rural y de los valores provincianos, con lo que muestra otra tendencia del espíritu conservador, paralela a la de la afirmación religiosa. En su trabajo sobre el profesor de la generación precursora, Ospina escribe: «Los matrimonios, arreglados entre las familias como en los tiempos patriarcales y contraídos en la flor de la juventud, eran más felices de lo que hoy pueden pensar los jóvenes de nuestra época. Según las relaciones de las familias, los niños desde la más tierna infancia conocían o sospechaban el enlace que los aguardaba, y empezaban desde entonces a contemplar con interés y con cariño a su futura consorte».

José Eusebio Caro

José Eusebio Caro (Ocaña, 1817-Santa Marta, 1853) tuvo una agitada "vida relámpago", aleación de la acción pública y la soledad del estudio y la lectura. Su nombre se asocia casi siempre a la historia de la poesía romántica colombiana, en la cual es, sin duda, uno de los más singulares y valiosos de nuestros poetas decimonónicos. Pero, como la de José Asunción Silva, su obra poética es también breve como su vida. Caro era, en cambio, un dinámico prosista y un auténtico ensayista de temas públicos, en el género del artículo periodístico. El autor de "Despedida de la patria" es un buen ejemplo de ideólogo de partido, voluntariamente separado del ejercicio del poder público. Es Caro, más que cualquier escritor, quien sienta las bases teóricas y filosóficas de la doctrina conservadora en Colombia. Bandera de esta actividad intelectual es la fundación y dirección de *La Civilización* y *El Granadino*. Igualmente fue colaborador habitual de uno de los primeros periódicos literarios y culturales de Colombia, *La Estrella Nacional*.



José Eusebio Caro. Grabado de B. Maura, 1885. Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.

En cierto sentido, José Eusebio Caro es nuestro primer ensayista, esto es, el primer articulista que desarrolla sus temas —casi siempre políticos o de interés nacional— dentro de la órbita de un saber humanístico. Hemos dicho que del grado de no especialización temática, además de la intención estética, depende la existencia o no existencia de la actitud ensayística. Estos requerimientos se verifican ya plenamente en Caro. Su discurso particular es la argumentación filosófica, siempre dentro de un contexto histórico y de relativa erudición. En un artículo eminentemente práctico, como el titulado "Sobre los principios generales de organización social que conviene adoptar en la nueva Constitución de la República", publicado en *El Granadino* en 1842, escribe: «¿Qué es educarse? ¿Será aprender a leer? ¿Será devorar muchos libros? ¡No! Educarse es engrandecer y perfeccionar todas nuestras facultades, ejercitándolas todas. Así educarse es vivir para vivir cada vez más.

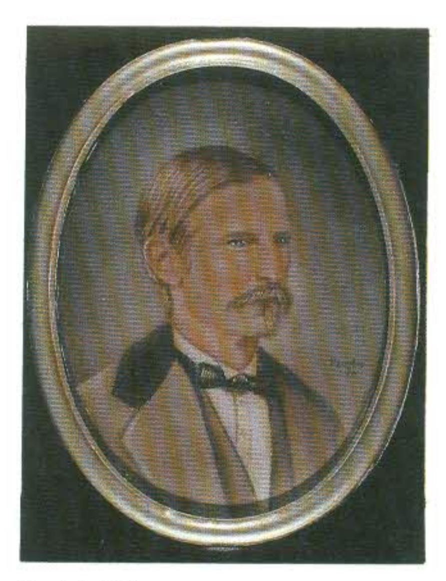
«¿Qué es una Constitución? La ley fundamental que determina la vida política de un pueblo. Es decir, es el sistema de educación política que a ese pueblo da su legislador».

Este es apenas un ejemplo mínimo de ese proceso discursivo, en el que combina las ideas generales y «tentativas» —para seguir la expresión de Montaigne— con las ideas particulares de la situación real que analiza.

Por otra parte, Caro inicia la tradición del pensador historiador, es decir, el pensador que aborda la realidad nacional e hispanoamericana desde una filosofía de la historia, que será uno de los rumbos fundamentales de nuestro ensayismo desde finales del siglo XIX. Dentro de este panorama, es comprensible también su actitud política, centrada, como lo asegura Jaramillo Uribe en su obra mencionada, en la significación histórica del cristianismo: «El cristianismo, o en todo caso el elemento religioso, es considerado como el factor cohesivo y ordenador en la sociedad moderna, sociedad dotada de un dinamismo extremado en el orden político, y sobre todo en el económico y técnico, de manera que el problema del mundo moderno, especialmente después de la revolución francesa, consistía en unir las dos grandes fuerzas de la historia europea, integradora la una, transformadora la otra, o, como formalmente se enunciaba la contraposición en la obra de Comte, la una estática y la otra dinámica. Esta preocupación de Caro no era solamente teórica, sino que tenía el propósito deliberado de referirse a la situación de Colombia en el siglo XIX. Porque, *mutatis mutandis*, ese era a sus ojos el problema de las jóvenes repúblicas suramericanas. Su salvación estaba en la técnica, en la ciencia y en el dominio de la naturaleza, pero sin un fondo religioso y moral era imposible mantener la cohesión social, sometida en ellas a fuertes influjos disolventes».

Finalmente, hay que entender al Caro político como lector de Joseph de Maistre y de Charles Fourier. El no es el creador de un partido, tanto como lo es de una ideología que se

presenta como urgencia para un país que hasta ese momento no se entendía como entidad histórica y que pretendía aplicar panaceas históricas sobre unas llagas no comprendidas. En su artículo "El partido conservador y su nombre", escribe: «... el partido conservador no quiere la *libertad* en cuanto es libertad, sino en cuanto es un derecho: cuando deja de ser un derecho la abomina y la rechaza. La libertad de robar, la libertad de asesinar, la libertad de hacer el mal, la libertad de atacar a los demás en su propiedad, en su honor, en su persona, en todo lo más respetable, libertades son, pero execrables libertades. ¿Por qué? Porque esas libertades, siendo la violación del derecho ajeno, no son, no pueden ser jamás, un derecho en aquel que las ejerce».



Sergio Arboleda.
Miniatura de Manuel J. Paredes, 1976.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Sergio Arboleda

Sergio Arboleda (Popayán, 1822-1888) es autor del primer ensayo, o grupo de ensayos con carácter sistemático, que, sin ser un texto de rigurosa historiografía, aborda el problema histórico de las naciones hispanoamericanas, es decir, un verdadero ensayo histórico: *La República en la América española*. Se trata de un conjunto de doce artículos, diez de ellos publicados inicialmente en *La República* y que son recogidos en libro en 1869. Allí estudia y muestra la importancia del carácter de la raza, los hábitos antiguos, el idioma, las creencias religiosas y la influencia de los grandes hombres en Hispanoamérica. Lo que en el fondo está tratando es el problema de la identidad, que en él se debate entre la noción de una identidad cultural y la de una identidad nacional. Es, pues, el primero en sistematizar un *corpus* de pensamiento sobre el particular, tema que, como hemos dicho, será recurrente en la mayoría de los grandes ensayistas de finales del siglo XIX y comienzos del XX. En lo político, Arboleda resulta un serio émulo de Bolívar, cuando prevé las disyunciones falseadoras entre la teoría política y su praxis; así escribe contra la idea del sufragio universal propuesta por algunos radicales: «Pedir el voto de la parte ignorante, de la porción semisalvaje de las repúblicas americanas, equivale a confiar la elección a aquellos que las dirigen, ora por medio de un prestigio, ora por medio de otro. Si es religiosa y moral, dispondrá el respectivo cura de tantos votos como electores haya en su parroquia; y si no es religiosa, si se halla dominada por un caudillo que la tiraniza y oprime, será éste privilegiado con mayor participación en el gobierno que el resto de sus conciudadanos». Por otro lado, y al igual que José Eusebio Caro, Arboleda reconoce, sin fanatismos, la importancia del papel histórico de la religión y de la Iglesia en nuestros pueblos (se destaca, entre los ensayos de *La república en la América española*, el titulado "El clero y sólo el clero puede salvarnos"). Es un escritor de una lucidez excepcional y de estilo elegante y pulido. El vicio que algunos le han endilgado, esto es, el de hacendado, es más bien un punto a su favor si se toma como preferencia respecto de la vida pública, de la cual siempre procuró apartarse, pese a los requerimientos de sus copartidarios activos. Al lado de los dos Caros, es uno de los puntales de los que parte una historia del pensamiento reaccionario en Colombia.

Rafael Núñez

Rafael Núñez (Cartagena, 1825-1894) es otro de nuestros (tantos) presidentes escritores. Bien sabemos —la crítica es unánime hoy en día— que es un poeta muy poco afortunado. No obstante, como escritor político y social llega a la plasticidad, e incluso a la brillantez. Núñez no es un ensayista y, al igual que Mariano Ospina Rodríguez, tiene su mayor mérito en la concisión y el pragmatismo de sus razonamientos, y en el profundo conocimiento de los temas que desarrolla. Conocedor inteligente, como Uribe Uribe, de las realidades mundiales contemporáneas, pone todo su empeño en divulgar su experiencia a través de la prosa. Es un empírico, siempre y cuando a este vocablo no se le dé una connotación peyorativa. Un empírico, al modo de Nicolás de Maquiavelo, y luego al modo de Francesco Sforza. Es decir, es un escritor que escribe para preparar la acción, para proyectarse hacia ella. Salido de las filas del partido liberal, deserta cansado de las obsesiones teóricas y los errores tácticos de éste. Es así como se hace abanderado de un grupo moderado o independiente de liberales de provincia (que después serán también traicionados) y del mismo partido conservador, que ve llegada la hora de una provechosa coalición para las elecciones de 1880. Núñez es otro de los pensadores que escriben como hombres públicos, pero, a diferencia de ese lote tan reconocible en nuestra historia, jamás le rinde tributo a la retórica o al tono oratorial; en agosto de 1881, en un artículo titulado "La reorganización", escribe: «Hay escritores que obran en el concepto, muy equivocado, de que el pueblo colombiano se encuentra aún en el incipiente período de la imaginación. No; el pueblo colombiano ha entrado ya en la época viril del criterio; y no hay forma de extraviarlo hoy con falaces palabras».

Miguel Antonio Caro

Miguel Antonio Caro (Bogotá, 1843-1909) es, por el volumen de su producción, por la variedad y profundidad de sus temas, por la vastedad de sus conocimientos y el conocimiento mismo de la lengua, el escritor pensador más importante de Colombia en el siglo pasado. Filólogo, político, filósofo, historiador, sociólogo, crítico literario, periodista, traductor, políglota, teórico de la ciencia..., lo que en él hay que dilucidar es qué significación tiene, dentro de la tradición ensayística, su humanismo, que no otra cosa es la unidad en la variedad de su literatura. Por ahora, baste una breve alusión a su importancia como pensador político.

Caro es también, en el sentido de partido, un conservador por religión. Buena parte de su obra de pensamiento está dedicada a la significación histórica, teológica y filosófica del cristianismo, como baluarte de la cultura en Occidente. Y, por supues-

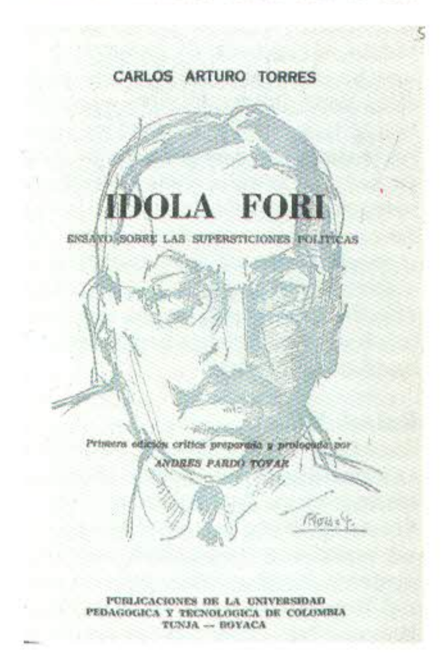


Miguel Antonio Caro.
Fotografía de Arístides Ariza
en su Galería de Notabilidades Colombianas,
1910. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

to, todo ello referido a las circunstancias hispanoamericanas y colombianas. Destinado desde su niñez al estudio y las letras, interrumpe abruptamente su consagración primera para ocuparse también de la política a raíz de la deposición de Mariano Ospina Rodríguez por Tomás Cipriano de Mosquera en 1861, lo cual dice mucho de su vocación política. La reexpulsión de los jesuitas por Mosquera será la piedra de toque para que su pluma encuentre el camino de la combatividad política, combatividad que no abandonará ya nunca, ni siquiera después de haber pasado por la silla presidencial. Lo que admira en el Caro político es la contundencia de su pensamiento, su seguridad afincada en la coherencia y solidez de su posición, y la inmensa erudición, siempre pertinente, inserta en las discusiones más arduas de los problemas nacionales. En síntesis, la posición conservadora de Caro se resume en la necesidad de definir, consolidar y *conservar* una tradición. Para ello luchó —y hasta cierto punto consiguió— por un Estado centralizado y fundado en el reconocimiento de los valores cristianos; como presagio de esa gran obra que será la Constitución de 1886, escribe sobre la anterior en 1882: «Dos graves y trascendentales defectos presenta la Constitución vigente: el primero consiste en ciertos rasgos de intolerancia y saña contra el catolicismo, que la privan de la hermosa aureola de equidad de que debe estar adornada una *ley para todos*; el segundo es la contradicción que resulta de tres soberanías —individual, provincial y nacional— que el legislador reconoció como absolutas, sin cuidarse de conciliarlas». Como su padre, Miguel Antonio desarrolla en lo general un discurso filosófico, pero sin urgencias y con la fluidez que le otorga el profundo conocimiento de la lengua; no es vehemente ni poético: ante todo es un escritor correcto, un estudioso de las "buenas letras" en la tradición del humanismo renacentista.

José María Samper

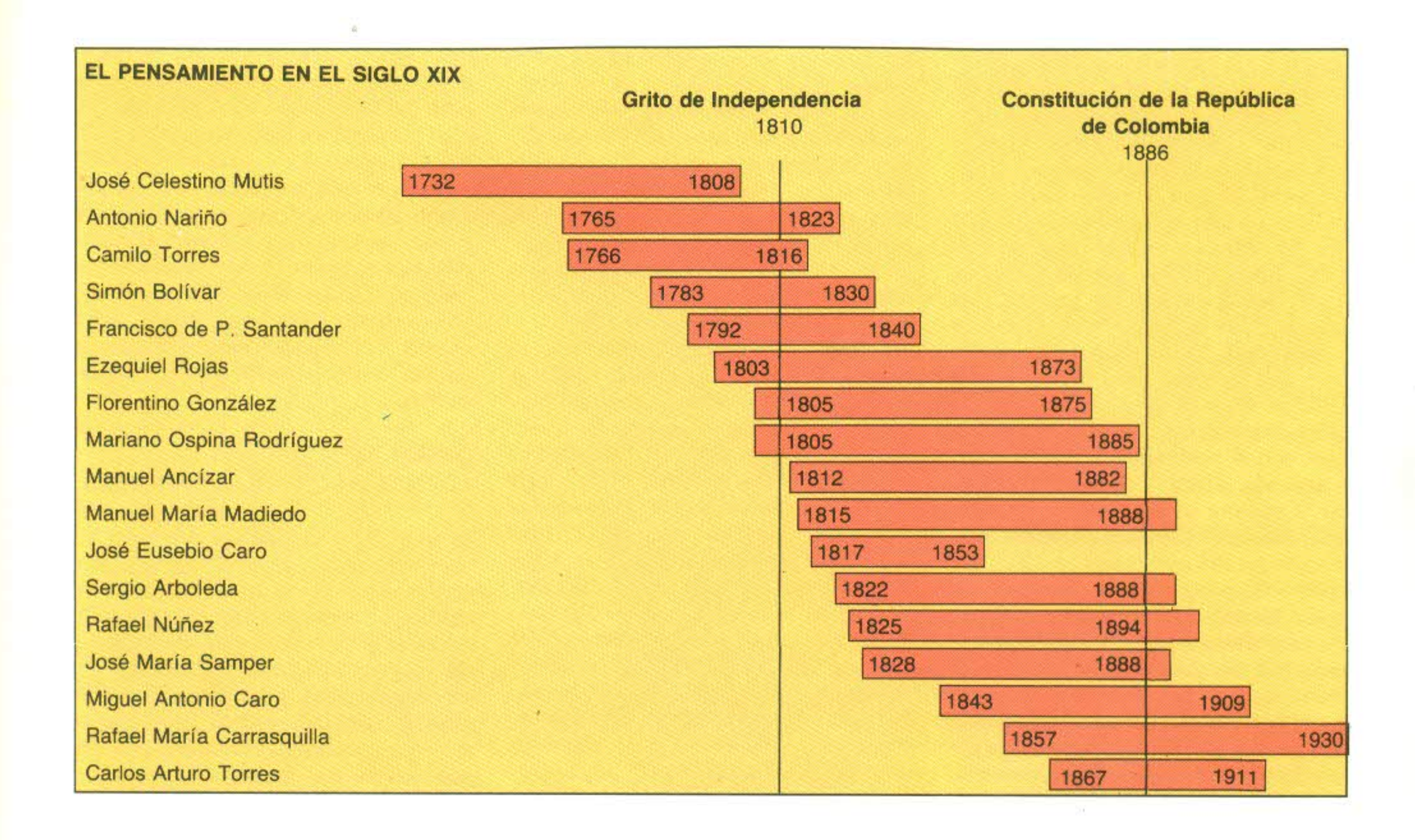
De los escritores liberales, habría que empezar por el nombre de José María Samper (Honda, 1828-Anapoima, 1888). Samper es el teórico más importante del liberalismo, esto es, su pensador más sistemático, en el siglo XIX. Hombre de dotes intelectuales indiscutibles, también pensador de la historia, no podía permanecer indiferente a las enseñanzas de la experiencia política hispanoamericana, siempre tan contraventora de los modelos ideales de gobierno; por ello pasa, sobre todo a partir de 1875, del radicalismo de sus primeras obras a un liberalismo moderado, cercano o coincidente en muchos casos con la doctrina conservadora. Las dos obras más importantes de Samper son de carácter histórico, en el género del ensayo extenso de análisis y propuestas, cuyo modelo bien puede ser Alexis de Tocqueville; se trata de *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*, publicado por primera vez en París en 1861, y *Derecho público interno de Colombia. Historia crítica del derecho institucional colombiano desde 1810 hasta 1886*, su obra de madurez, si por ello se entiende la que recoge sistemáticamente la revisión de su propio pensamiento. En el trasfondo de las dos obras puede esquematizarse el cambio de un liberalismo utopista, que Samper consideraba necesario para que Hispanoamérica (lo que él llamaba Colombia) rompiera definitivamente con el yugo de la Colonia, causa de todos sus males, a un realismo político no exento de amargura y que permite compararlo con Núñez: «Esclavos de la lógica y de las teorías de una especie de mecánica social, hemos querido hacer de la República una armazón con todas sus piezas arregladas a un plan preconcebido de movimiento; sin acordarnos de que en el engranaje político y social las piezas no han de funcionar como se quiere, sino como se puede» (*Derecho público interno de Colombia*).



Portada de la edición crítica de "Idola fori"
con retrato de su autor, Carlos Arturo Torres,
dibujo de Augusto Rivera Garcés, 1969.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Carlos Arturo Torres

Carlos Arturo Torres (Santa Rosa de Viterbo, Boyacá, 1867-Caracas, 1911), en cambio, no debiera considerarse un escritor de partido; por supuesto, es un pensador de largos alcances, pero de lo global de su pensamiento nos ocuparemos más adelante. Su relación con el partido liberal es bastante tangencial, pero algunas de las publicaciones periódicas que fundó (*El Nuevo Tiempo, La Crónica, La Opinión Pública*), unos cuantos artículos y unos pocos estudios histórico-políticos (como el de Manuel Murillo Toro) lo ubican nacionalmente dentro de los escritores de oposición a la larga administración conservadora que se inicia con Núñez y que concluirá en 1930, con el triunfo electoral de Enrique Olaya Herrera. Parte de su actitud crítica, de su desenmascaramiento de las taras de la vida pública, corresponde a una visión personal de la «defensa de la tradición» que, aunque en Caro o Arboleda tiene una connotación bien distinta, es ya para Torres sinónimo de una vulgarización de la retórica política, una masifica-



ción, con poder electoral y soberano, de las hueras costumbres políticas que son parte de lo que él llamó los *idola fori*, los ídolos del foro, como se verá más adelante. Pero si Torres es un antitradicionalista en política, y sobre todo pensando en la circunstancia colombiana, como pensador no sólo no lo es; sino que reclama una cierta reivindicación de la tradición.

HISTORIA Y CULTURA EN EL PENSAMIENTO COLOMBIANO DECIMONÓNICO

La mayoría de los escritores de pensamiento del siglo XIX dedicó su actividad intelectual a la ideología política o a la glosa de actuaciones públicas propias o ajenas. De ahí que el principal medio de difusión de esta literatura fuera el periodismo. Las obras sistemáticas y extensas —ensayos monográficos— son más bien excepcionales (José María Samper, Sergio Arboleda). Pero ya hacia fines del siglo, algunos escritores consagrados a las letras como vocación exclusiva dedican buena parte de su producción a temas diferentes, acaso más amplios, más, podríamos decir, ensayísticos y, sobre todo, más orientados a la cultura universal. Ello no quiere decir que se dejara de lado la realidad nacional o hispanoamericana; todo lo contrario, se trataba de localizar la realidad nacional en esos mapas culturales trazados por estos pensadores, unas veces en el sentido de erudición y otras, en el de adherirse a movimientos científicos y humanísticos universales. De la primera tendencia, la erudita, podemos mencionar a Sergio Arboleda, Miguel Antonio Caro o Carlos Arturo Torres; de la segunda, la científica o genérica, a historiadores como José Manuel Groot, José Manuel Restrepo o Joaquín Posada, o sociólogos como Ancízar o Medardo Rivas. Un autor intermedio entre la erudición y el cientismo contemporáneo es Manuel María Madiedo.

Pensamiento reaccionario: Arboleda y Caro

Otra actitud de búsqueda o afirmación culturales dentro de contextos históricos —y reflexiones históricas—, pero sin método historiográfico, es decir, más cercana a la mirada ensayística, es la que tiene por modelo el reaccionarismo europeo posterior a las revoluciones liberales que se fundamenta en una filosofía de la tradición y casi siempre se ejercita mediante la erudición y el culto a las "bellas letras", entendidas como dominio y plasticidad de la lengua (originalmente el latín y el griego). En medio de las arduas lides políticas, José Eusebio Caro es un intuitivo reaccionario, erudito en embrión y áspero prosista; pero ya él, como hemos visto, contempla la necesidad de una definición histórica de la nacionalidad que tuviese en cuenta los cimientos *culturales* de la sociedad colombiana. Sergio Arboleda, con *La República en la América española*, define el interés histórico de esta tendencia, no histórico en el sentido de "hacer historia" sino en el de presentar la evolución de nuestro país a la luz de unas constantes y valores universales: la historia nacional como reflejo de la historia del mundo. Autor no sistemático, pero de erudición y profundidad pasmosas, y de la misma tendencia reaccionaria, es Miguel Antonio Caro. El humanismo de Caro se confirma, dentro de la tradición renacentista de este concepto, en su dominio y ejercicio del latín y el griego, el conocimiento de los llamados "clásicos" antiguos (Homero, Virgilio, etc.) y su interés por la vida pública y por una tradición hispanoamericana, que lo

conduce a la formulación de dos basamentos sobre los que construye su pensamiento: el catolicismo y el hispanismo. Combinados estos elementos, podemos entender que el humanismo en Miguel Antonio Caro es sinónimo de un nacionalismo histórico, sin fanatismos y exclusivamente cultural: como cultura, piensa Caro, es decir, semejantes a los griegos, los latinos o los judíos, somos católicos y españoles. No es un panegirista de esos dos factores, esto es, no es un teólogo dogmático ni un hispanófilo incondicional; Caro entiende que una cosa son el problema de la fe y el de la historia, y otra el de nuestro carácter y nuestra identidad. En un artículo llamado "El atraso español", publicado en *El Conservador* en 1882, escribe: «Supongamos que el hecho fuese cierto, que en efecto pudiese hacerse mesa limpia de la literatura española sin perjuicio de la civilización; ¿contra quién iba el tiro? Contra la raza española, herida, según esa afirmación, de radical impotencia intelectual; y siendo nosotros raza española, no vemos por qué tal descubrimiento hubiera de ser motivo de plácemes».

Definido como un escritor humanista, la característica flagrante de Miguel Antonio Caro es su unidad de pensamiento y estilo; sus textos son a un tiempo eruditos, filológicos, políticos, religiosos e históricos. Salvo la *Gramática de la lengua latina*, escrita en colaboración con Rufino José Cuervo entre 1865 y 1867, obra de juventud, sus escritos son fragmentarios y de relativa corta extensión, es decir, son ya el ensayo como género que conocemos hoy en día.

Idola fori

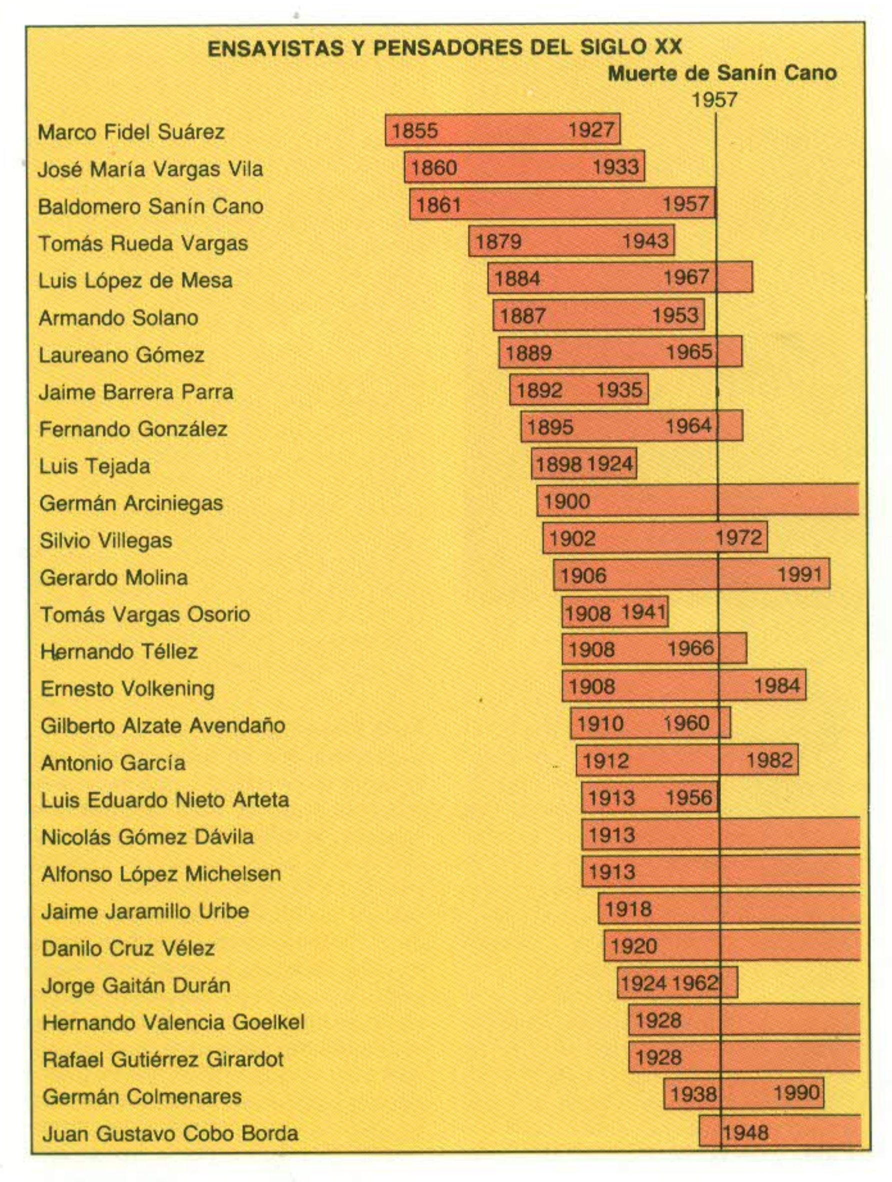
Pero quien lleva a su máxima elaboración el pensamiento histórico-cultural en el contexto literario es sin duda Carlos Arturo Torres, especialmente en su obra *Idola fori*, publicada en 1910. Torres, al lado de Baldomero Sanín Cano —quien con su madurez de escritor y su longevidad vital debe dar inicio a una historia del pensamiento colombiano en el siglo XX— es nuestro primer gran ensayista moderno. Ensayista y grande es también Miguel Antonio Caro, pero ciertamente, y a juzgar por su formación y sus objetivos, es un escritor más selectivo, menos abierto, diríamos, a las producciones mundiales contemporáneas, debido a que toda su obra gira en torno al núcleo de la "cultura cristiana", que él consideraba la osamenta de la civilización occidental. Torres es un escritor libre de compromisos religiosos y de amplísima cultura contemporánea, especialmente en materia literaria. Pero en lo que más se destaca su personalidad de pensador es en el ensayo de interpretación histórico- cultural. En este género se enmarca su *Idola fori*, libro prologado por José Enrique Rodó, y en el que hace una crítica de las instituciones desde su peculiar filosofía de la historia positivista. De esta manera explica la expresión que da título a su obra: «Bien sabido es que Bacon llamaba "Idolos del foro" (*Idola fori*) aquellas fórmulas o ideas —verdaderas supersticiones políticas— que continúan imperando en el espíritu después de que una crítica racional ha demostrado su falsedad. Un concepto que pudo ser verdadero en su época y que por eso se afirmó vigorosamente en la conciencia humana, perdura, con letal fuerza cataléptica, con acción de presencia superior a las demoliciones del tiempo y a la imposición rectificadora de nuevas ideas, cuando ya han variado por modo definitivo las perspectivas que lo hicieron posible y desaparecido las circunstancias que lo impusieron como necesario y legítimo».

Algunos han criticado, sin embargo, la indiferencia de Torres para con la realidad nacional. En verdad, es un pensador, por formación y expectativas, más preocupado y enterado de la cultura europea que de la nuestra, y es desde la experiencia europea que formula sus tesis optimistas, casi utopistas, de evolución y progreso históricos. Pone demasiado énfasis en las realidades de raza y entiende los procesos políticos nacionales como gradación de etapas necesarias hacia la consolidación de una cultura que entienda qué es lo que más le conviene. Torres no considera, por tanto, el proceso de decadencia histórica que incubaba la Europa decimonónica del simbolismo, el parnasianismo y *l'art pour l'art*; pero, por supuesto, no era un apologista de la modernidad por oposición a la tradición: si admira la producción intelectual y crítica europea es porque ella tiene ese sedimento de siglos que hace que cuajen los estilos y que se requieran nuevas fórmulas. En su *Idola fori* escribió: «El emblema del espíritu de rectificación es un cincel, no una piqueta; su mensaje es de perfeccionamiento, no de aniquilación», idea que manifiesta su concepción de una historia rectificadora. En ese contexto entiende el proceso del liberalismo en Colombia, del cual presagia un futuro menos teórico y más plegado a las circunstancias del país. Pero esas creencias en lo colombiano resultan dudosas por el poco espacio que su obra le dedica al tema. Algunas notas no muy extensas sobre Manuel Murillo Toro, Jorge Isaacs, Diego Uribe, Santiago Pérez, Julio Flórez e Ismael Enrique Arciniegas, es todo su repertorio de "colombianística".

SIGLO XX: EL ENSAYO GÉNERO LITERARIO

Es en el siglo XX cuando el ensayo se convierte en un género, es decir, en un fin estético, ya no solamente un medio, un instrumento de expresión de ideas y de reflexiones. Se trata de un regreso al género de Michel de Montaigne, esa pequeña pieza, de gran intensidad poética, que transmite pensamiento en la medida en que revela un lenguaje elaborado, una manera peculiar y sutil de ver el mundo, incluso el más cotidiano e íntimo. No el concepto universal y sistematizado, lo que expresa el ensayo es algo más personal, sin que ello implique desmedro en la existencia de un pensamiento profundo. Ya en 1910, Georg Lukács, en su texto "Sobre la esencia y forma del ensayo", escribía: «Hay, pues, vivencias que no podrían ser expresadas por ningún gesto y que, sin embargo, ansían expresión. Por todo lo dicho sabes a cuáles me refiero y de qué clase son: la intelectualidad, la conceptualidad como vivencia sentimental, como realidad inmediata, como principio espontáneo de existencia; la concepción del mundo en su desnuda pureza, como acontecimiento anímico, como fuerza motriz de la vida». Y es considerándolo un género vivencial, definitivamente no académico, que puede entenderse la afirmación de Theodor Adorno de que «escribe ensayísticamente el que compone experimentando, el que vuelve, interroga, palpa, examina y atraviesa el objeto con su reflexión.

Pero, no obstante esos intentos por definir el género, o mejor, por explicar de qué manera el ensayo es una *forma*, hoy en día, y a lo largo de todo el siglo XX, sigue manifestándose en las más variadas apariencias, desde el tratado extenso y monográfico, incluso investigativo, hasta el artículo periodístico o la difusa crónica de te-



mas frívolos, cotidianos o domésticos. Su forma, pues, es inaprensible, y resulta quizá más viable hablar de *lo ensayístico*, como un espíritu, cuyas dos claves pueden ser, provisionalmente, la no especialización del conocimiento y el saber humanístico. La primera nos permitirá hablar, entonces, del ensayo sociológico que no es sociología, el ensayo histórico que no es historia o el ensayo literario que no es crítica literaria propiamente dicha. La segunda clave, el saber humanístico, que no significa erudición, nos habla de la interdisciplinariedad del género, su facultad —y casi condición— de establecer múltiples relaciones entre los diferentes campos del conocimiento humano, por ejemplo cuando se busca el significado histórico o sociológico de un poema. Es decir, un saber que tiende a la unidad, al que no hay que reprocharle sus vacíos sino sus incoherencias. Un testimonio elocuente de esta caracterización de lo ensayístico lo tenemos en Colombia en estas palabras de Rafael Maya: «Yo no soy un "ensayista" ni mucho menos un profesional de las humanidades, pues carezco de las disciplinas mentales necesarias para que mis escritos alcancen categoría. Soy apenas un literato, en la acepción más simple de la palabra, y mis estudios son comentarios y, a veces, apologías, de las cuales están ausentes reflexiones de orden histórico, político o filosófico, circunstancias que estructuran intelectualmente al verdadero ensayista».

En Colombia, durante el siglo XX, casi todos los escritores han pretendido ser ensayistas y han publicado artículos, reseñas e investigaciones al amparo de tal designación, que quedan al criterio de la crítica expresada por Maya. De cualquier modo, es ya significativa esa tendencia inocultable de nuestros escritores, que por otra parte es la tendencia universal de nuestro tiempo. El escritor prestante, con imagen, de hoy, adquiere su plena credibilidad en el ensayo: el pensamiento es el signo de la modernidad en literatura.

La querella de «antiguos y modernos»

El siglo XX literario en Colombia se abre con la desprovincianización de las polémicas, tan parroquianas y costumbristas durante el siglo pasado, o por lo menos con el afán de darles cimiento en los grandes problemas de la literatura universal. Motor decisivo de esa desprovincianización es la presencia inquietante y fecundísima del más importante ensayista de la presente centuria: Baldomero Sanín Cano. Sanín (Rionegro, Antioquia, 1861-Bogotá, 1957) venía publicando desde el siglo pasado textos sueltos en diferentes periódicos colombianos, pero es a partir de este siglo, y en plena posesión de una madurez ganada en formación autodidacta y en la constancia de su pluma, que su obra se concreta en la publicación de libros. Motor, decimos, de una apertura al mundo en literatura, y símbolo y pedestal, con el correr de los años, de la actitud moderna e independiente del escritor. Ya en 1888 había sorprendido a los amigos y enemigos de la Regeneración con su artículo "Núñez, poeta", en el que ataca al gran Regenerador por su mediocre poesía de ideas. «Utensilio político», la llama, y de paso denuncia las taras del inauténtico romanticismo colombiano, contribuyendo decisivamente a su clausura. Pero la querella que suscita no va a ser la de los románticos tardíos, la de un Julio Flórez, por ejemplo, sino la de los defensores de "lo clásico" y opositores del modernismo. Sin defender una escuela (en Colombia nunca lo fue el modernismo), Sanín Cano había saludado, como poesía renovadora y aireante, las obras de José Asunción Silva y Guillermo Valencia; en especial la obra del payanés satisfacía su gusto por un exo-

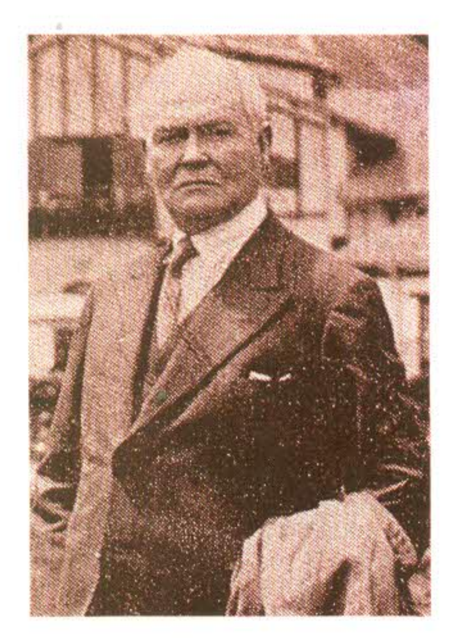
tismo cosmopolita, amante del arte por el arte, que ejemplificaba su reclamo de una literatura que fuese un fin en sí misma y no un instrumento de ideas o intereses de cualquier otra índole no estética. Con argumentos más nacionalistas y religiosos que estéticos, lo contradirán públicamente Luis María Mora y Tomás Carrasquilla.

Sanín Cano y sus opositores

Luis María Mora (Bogotá, 1869-Fontibón, 1936) es, con Marco Fidel Suárez, el representante más acucioso de la defensa de los "ideales clásicos" y de la oposición al decadentismo esteticista, para él abanderado por Guillermo Valencia en poesía. Polemizando con Sanín Cano, en *Los contertulios de la Gruta Simbólica* (1936), sostiene que, si bien hay un nuevo espíritu entre los escritores colombianos de principios de siglo, éste no parte del contacto con la poesía de Rubén Darío —a quien desprecia— sino de la amarga experiencia de la guerra de los Mil Días. Aunque valora la formación del escritor en la antigüedad clásica (modelos griegos y latinos), entiende, un poco siguiendo a Miguel Antonio Caro, lo clásico en relación con una tradición de la lengua: «... entendemos por literatura clásica, no la prosa gerundiana, ni los duros, fríos y amanerados versos antiguos, llenos de nombres mitológicos, sino las brillantes y perfectas formas de la literatura castellana». Pero su querella con Baldomero Sanín Cano no se limita a una discrepancia de gusto frente al modernismo: es toda una concepción de lo nacional y cristiano (su tesis es sobre Jaime Balmes), la que subyace a su postura literaria.

Tomás Carrasquilla (Santo Domingo, Antioquia, 1858-Medellín, 1940), en cambio, refuta a Sanín en términos de valoración de lo autóctono, regional y nacional, contra lo exótico y cosmopolita del arte defendido por Sanín, en sus "Homilías" publicadas en 1906 en la revista medellinense *Alpha*. Carrasquilla, sin ser un ensayista, hacía valer sus realizaciones en la tradición, todavía fuerte, del costumbrismo colombiano.

Pero, volviendo a Sanín Cano, hay que reiterar que la polémica no consistía para él en defender los principios estéticos del modernismo, sino en desenmascarar la huera institución cultural colombiana y afirmarse en la necesidad de una cultura universal, entendiendo por tal, no sólo y ni siquiera principalmente la formación en los clásicos, sino sobre todo el conocimiento de las últimas producciones literarias y de pensamiento. En "La conciencia de una raza", ensayo incluido en *Crítica y arte* (1932), escribe: «La historia y la vida nos han hecho occidentales, y nosotros, cualquiera que sea la raza o el conjunto de razas a que pertenezcamos, hacemos parte de una civilización que arranca de Egipto y Grecia». Esas palabras definen su posición ante la literatura colombiana (en la que, por supuesto, no puede encontrar una tradición) y, en general, ante el nacionalismo. Ello no le impidió ocuparse también de Colombia, política y literariamente (*Letras colombianas* (1944)) y atender, tanto a la oposición a la hegemonía conservadora como a la fundamentación del partido liberal de gobierno, y justipreciar las obras de Silva, Jorge Isaacs, Valencia o Luis Carlos López. Pero no es desdén hacia lo colombiano lo que lo hace preferir las lecturas de August Strindberg, Friedrich Nietzsche, Henrik Ibsen o Georg Brandes; es, sobre todo, un sano ademán de evitar incurrir en los vicios nacionales intelectuales, a saber: el ingenio, la polémica vana y el academicismo. En 1946, en carta dirigida a uno de sus grandes herederos, Hernando Téllez, escribe: «Entre nosotros no hay tradición, no hay conocimiento y no tendremos las dos cosas en mucho tiempo porque apenas ahora se ha comenzado a enseñar en forma. Pero una tradición no se forma súbitamente; hay que obrar sobre generaciones. Entre los escritores que han cultivado entre nosotros la crítica literaria, entre los más nobles, quiero decir, la tendencia a la polémica jaspea desgraciadamente su obra. La polémica es el ejercicio deformado de la crítica». Así, su figura señera no se deja involucrar plenamente en la querella de «antiguos y modernos», en la cual es sólo un encendedor involuntario y desdeñoso. Sanín muere a los 96 años de edad, habiendo producido intelectualmente hasta el final de sus días; entre sus obras, que apenas empiezan a publicarse como libros después de sus cincuenta años, cuatro títulos pueden darnos una idea de la cobertura de sus intereses: *La civilización manual y otros ensayos* (1925), *Crítica y arte* (1932), *Divagaciones filológicas y apólogos literarios* (1935) y *El humanismo y el progreso del hombre* (1955).



Baldomero Sanín Cano.

Luis López de Mesa

Capítulo aparte en la querella de «antiguos y modernos» merece la censura que, por parte de las jerarquías eclesiásticas, se infligió sobre las conferencias que se proponía ofrecer Luis López de Mesa en la Universidad Nacional, en marzo de 1946. Monseñor Ismael Perdomo envió al entonces ministro de Educación, Germán Arciniegas, carta de protesta por las ideas evolucionistas expuestas por López de Mesa en la primera conferencia, que versaba sobre los crosopterigios, peces que al parecer podrían servir de eslabón entre los vertebrados marinos y los terrestres. Si pensamos que la Iglesia condena el evolucionismo darwiniano del siglo XX, la fórmula parecería reducir la querella a la bajo-medieval de ciencia y fe. En este caso, la fe, el retrogradismo y la postura "antigua" resultan más una actitud institucional que ideológica, pero en cambio la anécdota confirma la "modernidad" de López de Mesa (Don Matías, Antioquia, 1884-Bogotá, 1967), no tanto una modernidad producto de su clara recepción de las corrientes de pensamiento contemporáneas, sino relativa al medio intelectual colombiano, todavía demasiado casero y oficialista. Ciertamente, López de Mesa no es un pensador moderno (incluso podría pensarse que lo poco claro de su pensamiento está vaciado sobre la horma de corrientes científicas y sociológicas de mediados del siglo XIX), pero en todo caso, es otro ejemplo de

formación universalista y abierta. Ese universalismo, que el antioqueño persigue como objetivo de una ciencia humanística de extraña concepción, determina su prosa densa, no exenta de ornamento, y de fácil y profusa asociación de ideas, propias y ajenas. Demasiado servil respecto del positivismo sociológico, buena parte de su obra se afana en definir los perfiles de una cultura colombiana, casi de una raza colombiana, siempre fundada en principios científicos que, discutibles o no, se oscurecen y desvirtúan entre la maraña de un estilo barroquista (más que barroco original) innecesario: «A la manera que la luz zodiacal, al llegar la noche irradia levemente a los espacios infinitos el pálido reflejo de la fulguración solar que la tierra recibe, de cuando en cuando el recuerdo de la Gran Colombia reaparece como un celaje de su espíritu» (*Escrutinio sociológico de la nación colombiana*). Dentro de esa tendencia al pensamiento de una cultura colombiana, se destacan, aparte de la obra mencionada, la más ambiciosa en ese sentido, *De cómo se ha formado la nación colombiana* (1934) e *Introducción a la historia de la cultura en Colombia* (1930).



Marco Fidel Suárez. Caricatura de Coriolano Leudo (Moncrayon), 1916.

Otras querellas de «antiguos y modernos»

Siguiendo esa vieja tradición de intolerancia recíproca entre pensamiento institucional y pensamiento teórico, como tercer y cuarto asaltos de la querella de «antiguos y modernos», habría que mencionar los enfrentamientos entre el liberal Armando Solano y el conservador José Joaquín Casas, por la cuestión de la participación del clero en política; crítico social, el boyacense Solano, prestante ensayista, y académico y humanista su coterráneo Casas, la controversia deriva, aparte de sus implicaciones políticas, hacia dos tendencias literarias bien definidas de la historia del pensamiento colombiano; y, como cuarto asalto de las polémicas de principios de siglo, la fugaz pugnacidad del grupo político-periodístico-literario de Los Nuevos, contra la inercia de los *idem* centenaristas.

Marco Fidel Suárez y el humanismo cristiano

No obstante la existencia de las polémicas, éstas se produjeron casi siempre como reacción del grupo representante de una intelectualidad oficial contra la figura solitaria del crítico que las jalonaba. Detrás de quienes atacaron a Sanín Cano, López de Mesa o Armando Solano, hay todo un grupo de escritores —"antiguos"— que pretenden identificarse con el humanismo, la filología clásica y los valores cristianos. Entre ellos, los más importantes son Marco Fidel Suárez, Guillermo Valencia, José Joaquín Casas, José María Restrepo Millán, José Manuel Rivas Sacconi, Antonio Gómez Restrepo y Julián Motta Salas.

Marco Fidel Suárez (Hatoviejo, Antioquia, 1855-Bogotá, 1927) es, esencialmente y en el sentido simple del término, un escritor católico. Defensor de un ideal castellano que tiene sus fuentes en la Castilla de los Reyes Católicos como centro de una cruzada religiosa universal, Suárez se acerca a la filología y la gramática intuitivamente, sin el rigor ni la constancia de Rufino José Cuervo y sin el bagaje erudito de Miguel Antonio Caro. Es conocida la anécdota por la cual hoy su pueblo natal se llama Bello, en homenaje a su hijo ilustre que surge, como escritor y bien pronto para la vida pública, gracias al triunfo conseguido en un concurso sobre la obra de Andrés Bello en 1881. Este texto, académico y arduamente investigativo, se convertirá más tarde en sus *Estudios gramaticales*, en los que la presencia de Bello sigue siendo avasalladora. Por lo demás, sus ensayos y discursos, no muy distantes por su tono, son de un dogmatismo de abrumadora incapacidad para la argumenta-

ción, que cede siempre la palabra al juicio previo contenido en la doctrina cristiana. Los doce volúmenes de sus *Sueños de Luciano Pulgar* ofrecen en abundancia un desolado paisaje literario: diálogos interminables y no justificados (el diálogo platónico establece una gradación hacia el esclarecimiento de unos postulados; los diálogos pulgarinos parten del postulado y no van a ninguna parte), diálogos que esconden —y dificultan— una ironía que su autor no se decidía a ejercer públicamente, y por tanto carentes de amenidad.

El caso de Vargas Vila

Otro autor, de compleja encuadración, que hace el tránsito del siglo XIX al XX con búsquedas desgarradas de una nueva sensibilidad, es José María Vargas Vila (Bogotá, 1860-Barcelona, 1933). Aunque toda su obra, sin salvedad de géneros literarios, puede ser fácilmente identificada por su estilo inconfundible, es posible determinar cuáles de sus textos poseen algún valor e interés ensayístico. Casi toda su obra, aparte sus líricas novelas, se compone de diatribas o exaltaciones (más las primeras que las segundas) de personajes, países y otros por él convertidos en símbolos de alguna ignominia o algún heroísmo. Así, por ejemplo, *Los divinos y los humanos*, publicado en París en 1903, se divide, según su título, en: "Los divinos", que son los tiranos (Agustín de Iturbide, José María Melo, Juan Manuel de Rosas) y "Los humanos", que son los héroes (Jorge Isaacs, Manuel Murillo Toro). No hay puntos medios ni en sus juicios ni en su lenguaje, que, en medio de la más absoluta confusión sintáctica, apela al patetismo más incontinente y barroco: entre los «divinos» encontramos personajes marcados por el signo de su verbo: «epileptoide», «cerdos epilépticos», «gorila trágico», «antropoide en orgasmo», «tirano esfinge» y muchos otros. Pero ese engolosinamiento de la palabra no se manifiesta sólo en la diatriba o la exaltación. Sus obras de "pensamiento" son igualmente apocalípticas y alardeantes. *Ars verba* (1910), que pretende ser su justificación tardía de un estilo y un método de activismo histórico, arrastra la misma frondosidad y las mismas aseveraciones superficiales que el resto de su obra; pero la inanidad y candidez de su postura tienden a compensarse por la voluntad explícita de reincidir en un estilo caótico, que libera, en ocasiones, ideas fulgurantes que poco o ningún desarrollo tienen a la postre. Es por eso que su militancia anti-imperialista, su radicalismo liberal o su decadentismo literario se desvirtúan y pierden validez (la han perdido hoy en día) como posiciones serias y comprometidas. Más fácil es rescatar de él pensamientos sueltos que en su embriaguez entrevió como crítica social o literaria. En *Huerto agnóstico* (1911), un libro que en el previsible y vanidoso autoprefacio se califica de filosófico, escribe, con su puntuación: «Sin la poesía la filosofía, sería intolerable, aun en Platón; y con la filosofía, la poesía, sería insoportable, aun en Goethe».



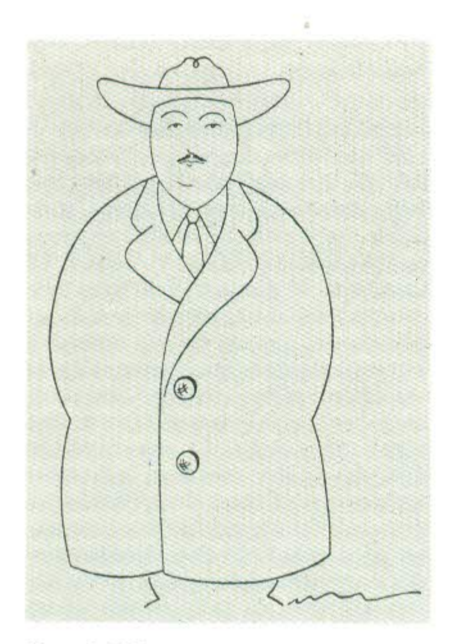
José María Vargas Vila.
Libro azul de Colombia, 1918.
Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.

También intenta Vargas Vila el ensayo histórico, acaso con más datos que objetiva interpretación de los hechos históricos (*La Regeneración*, *Historia de una revolución*, *Ante los bárbaros*). Toda su obra está atravesada, fastidiosamente, por una egolatría sin recato que desvanece el tema tratado y lo anula sin remedio.

Los grandes ensayistas del siglo XX

Hernando Téllez

Téllez (Bogotá, 1908-1966) es un ensayista en toda la acepción moderna del término: escribe corto, aborda el tema de turno con un bagaje variado de conocimientos útiles (es decir, que maneja con seguridad), trata muy diversos temas —culturales, históricos, sociales, políticos— y busca la conformación de un estilo literario. Colaborador, siendo un adolescente, de la revista *Universidad* que dirigía el joven Germán Arciniegas y bien pronto del diario *El Tiempo*, su pluma se consagra desde entonces y por el resto de su vida a esas publicaciones, indiferente a la tentación del libro como obra unitaria, acabada o monotemática; sus libros surgieron, si seguimos el testimonio de Alberto Lleras Camargo, de pensar hondamente, leer sin cansancio y estar solo. La mayor parte de su obra la constituyen textos publicados en *El Liberal*, *Semana*, *Sábado*, *Revista de las Indias*, *Mito* y *El Tiempo*, textos que fueron conformando lentamente sus libros, volúmenes de ensayos varios, breves, de lucidez y plasticidad admirables: *Inquietud del mundo* (1943), en el que ya se combinan, como en toda su obra, los temas teóricos con los cotidianos, autobiográficos, de semblanzas y bibliográficos, la crítica literaria y la psicología de la historia, y en el cual se destaca el ensayo de fondo "El ideal burgués y el ideal heroico", en el que refuta la vieja oposición para plantear que esos dos ideales pueden coincidir. Ya desde entonces, Téllez deja saber que sus libros bien pueden ser *obras*, que la unidad no depende ya de los temas o del pensamiento sistemático; la unidad es el estilo, y Téllez muestra en *Inquietud del mundo* que también el ensayo puede —y debe— ser un género estilístico, artístico como expresión. En ello ha ido un poco más allá de Baldomero Sanín Cano, en quien el estilo se veía suplido generalmente por el rigor del pensamiento. Sanín no es un poeta del ensayo, es básicamente un pensador; Téllez sí lo es, aunque no por ello resulta menos profundo. Sigue en la obra del bogotano *Bagatelas* (1944), en el que el tono irónico se hace presente desde el mismo título. En ellas Téllez les da profundidad y sonoridad a las reflexiones ocasionales de cualquier persona, sobre las inevitables circunstancias de la vida: "Bagatela sobre la infancia", "Bagatela sobre el amor", "Bagatela sobre la vejez", "Bagatela sobre la muerte". *Luces en el bosque* (1946), acaso su más hermoso libro, ofrece una significativa división en "Teorías", "Pecados" y "Bagatelas" que es un modelo del tipo de libro de prosa literaria que se impone hoy por hoy en el mundo.



Hernando Téllez.
Caricatura de Jorge Moreno Clavijo, 1946.

En el prólogo escribe: «Este libro ha sido escrito bajo el estímulo de una idea esencial aun cuando el desarrollo de sus temas obedeció a impulsos aislados, distantes unos de otros, en el tiempo. La idea directriz a que me refiero puede expresarse así: la vida humana en sus diversas formas, en todas sus manifestaciones, es un enigma maravilloso». Pero ese quedarse en el tono menor, en la mirada sutil, leve, para emplear el cuño de Italo Calvino, es también una manera de decir el papel marginal, en que lo ético se confunde con lo estético, del escritor en nuestro tiempo. No es la creación de grandes sistemas ideológicos o de teorías aplicables lo que podrá llevar el mensaje intelectual al mundo o darle un puesto en él; sólo la persistencia en esos placeres solitarios del espíritu podría justificar la existencia misma de la actividad literaria. Esa constatación pasa a un primer plano temático en sus libros *Literatura* (1951) y *Literatura y sociedad* (1956). Antes, en 1946, ha publicado un *Diario*, que no lo es en el sentido de registro de hechos o pensamientos en unos días determinados, sino en el de introspección de unos recuerdos autobiográficos, bien pronto convertidos en ensayísticos.

Tomás Vargas Osorio

Caso semejante al de Téllez, Vargas Osorio es un ensayista que incursiona en la cuentística (*Vidas menores* (1937) y la serie de "Cuentos santandereanos"), con la diferencia de que también escribe poesía, con gran rigor crítico, y esperaba acaso crear una importante obra poética cuando le sobrevino la muerte. Tomás Vargas Osorio (Oiba, Santander, 1908-Bucaramanga, 1941) deja, en su escasa obra, una de las visiones más coherentes del hombre colombiano, latinoamericano y contemporáneo que haya dado nuestra ensayística. Salvo su ensayo *La familia de la angustia* (1941), esa obra se encuentra dispersa, también, en artículos y notas en periódicos y revistas, y fue recogida, parcialmente y en vida de su autor, en *Huella en el barro* (1938). Póstumamente, fueron publicadas sus *Obras*, en dos tomos (1944 y 1946) por la Imprenta Departamental de Santander. No son ellas, sin embargo, sus obras completas y éstas están a la espera de una edición definitiva, que muestre su verdadero e importante rostro literario, tan desconocido por obra y gracia de su corta vida y de las fatalidades del género que cultivó con mayor fecundidad.

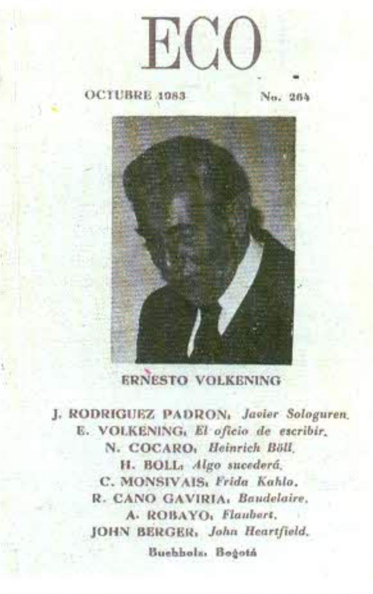
Al igual que Téllez, pero más desde una actividad periodística permanente, Vargas Osorio le otorga categoría literaria al texto periodístico, incluso a textos breves sobre temas que se prestarían a tratamientos externos y especializados (la novela hispanoamericana, el sentimiento del paisaje, la esencia de la poesía). Como Téllez, también Vargas Osorio escribe un ensayo literario, altamente poético y vigilante de sus propias palabras.

Los temas centrales de la ensayística de Tomás Vargas Osorio son: el ser del hombre colombiano y del santandereano en particular, la crítica literaria (nacional y universal) y una filosofía de la historia (que se sintetiza en su noción de cultura, enteramente idealista y hegeliana). Temas indisolublemente unidos en sus ensayos, y en especial gracias a su sentido y análisis del concepto de paisaje, concepto a la vez concreto (el paisaje colombiano), literario (el paisaje en los escritores universales y nacionales) y metafísico, en el sentido de que su concepción ideal de la historia lo lleva a plantear la tesis del «hombre sin paisaje» (y su opuesto) como arquetipo definidor de un modo de ser en la historia. El ensayo que sintetiza y sistematiza todo ese "pensamiento del paisaje" es *La familia de la angustia*, un sereno análisis de las posibilidades y proyecciones del hombre contemporáneo («hombre sin paisaje»), pero vistas del todo desde la óptica de lo que él entiende por cultura, esto es, la actividad espiritual del hombre, por contraposición al universo de la naturaleza.

Dentro del tema del paisaje y la identidad colombianos son particularmente importantes sus ensayos "Nuevo sentido de la violencia", "El paisaje y el hombre" o "Estos pueblos"; en crítica literaria se destacan sus textos "Naturaleza y dirección de la poesía 'moderna'", "D'Annunzio, poeta de la agonía" o sus ensayos sobre Guillermo Valencia, León de Greiff o poesía colombiana en general. Su vertiente filosófica o de teoría idealista de la cultura la encontramos, aparte de en *La familia de la angustia*, en "Nietzshe y Marx", "Unamuno" o "Notas sobre el Obermann".

Ernesto Volkening

Volkening (Amberes, 1908-Bogotá, 1984), es el tercero, después de Téllez y Vargas Osorio, de los escritores colombianos consagrados al género ensayístico y con una vocación claramente estética. En el caso de Volkening, esa consagración es exclusiva del género y sus tres únicos libros publicados así lo atestiguan: *Los paseos de Ludovico* (1974), publicado en México; *Ensayos I* y *Ensayos II*, publicados por Colcultura en 1975 y 1976, respectivamente. Como la de Téllez y Vargas, la de Volkening es una obra que se va gestando poco a poco con publicaciones en diarios, revistas y publi-



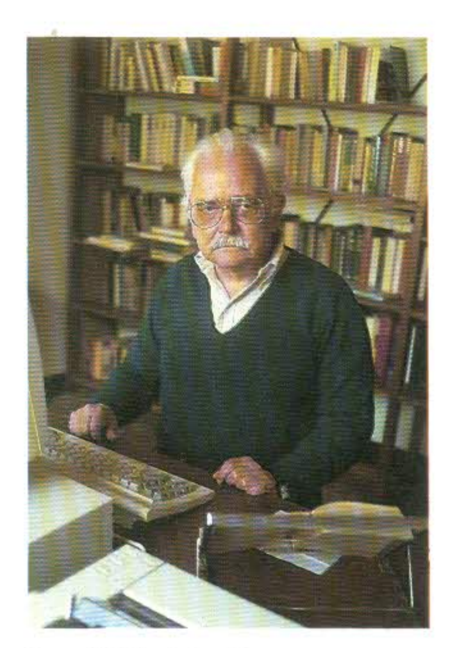
Ernesto Volkening en portada de "Eco", 1983.

caciones periódicas (*Vida*, *Crítica*, *Testimonios* y, sobre todo, en la revista *Eco*, la cual dirigió entre 1971 y 1972). Curioso —en Colombia— caso de maduración de una obra en la cual la lectura hace un cincuenta por ciento: su primer texto publicado es "Retrato de Hermann Hesse", que, por intervención de su joven amigo Alvaro Mutis, publicó en la revista *Vida*, dirigida por éste, en 1947. Desde entonces, lentamente va publicando artículos, entre bibliográficos y de semblanzas, sobre escritores nacionales y extranjeros hasta llegar a la colaboración, en los primeros años sesenta, en la revista *Eco*, en la que publica ensayos de mayor envergadura y que apuntan a la interpretación de la historia, tanto occidental como particularmente latinoamericana.

Esas notas literarias, que publicó durante toda su vida, sobre escritores nacionales y extranjeros (García Márquez, Elisa Mújica, Manuel Mejía Vallejo, Franz Kafka o Marcel Proust), no son, ciertamente, crítica literaria, ni era ese su propósito. Volkening es un escritor de gusto y opinión, respaldado por una amplia cultura humanística, ya no entendida como vasallaje respecto de las letras griegas y latinas sino como cabal posesión de una cultura (unos conocimientos y una ética) europea que se instala a gusto en el medio americano. Volkening no escribe —como tampoco Téllez ni Vargas— para destruir o invalidar la obra de un autor; si objeta, lo hace dentro de un contexto de valoración de la obra o el escritor comentado. Por ello, no hace uso —y menos alarde— de vanos recursos de disección analítica de la obra o de prejuicios extraliterarios que la encasillen. No la crítica, sino el gusto, como una visión de mundo, se impone en esas notas, de cualquier modo coherentes y lúcidas, castizas y a veces sorprendentemente colombianas, si bien caracterizadas, como todos sus ensayos, por un *horror vacui* a lo inexplicado y por tanto llenas de expresiones marginales, colaterales, entre paréntesis, eternamente explicativas. Pero el gusto y la postura personal dan el tono.

Hernando Valencia Goelkel

Conocido en el medio cultural colombiano más por su vinculación a las revistas *Mito* y *Eco* que por sus libros, Valencia Goelkel (Bogotá, 1928) es un ensayista repartido entre la crítica literaria, de cine y de arte, pero sin



Hernando Valencia Goelkel.
Fotografía de Ernesto Monsalve.

establecer parcelas especializadas, más bien en aproximaciones subjetivas, respaldadas, más que en teorías preconcebidas o prestadas, en lecturas afectivas de las obras estudiadas. Es quizá por ello que su autor ha preferido llamarlas «crónicas»: el comentario tendencioso, interesado, de un espectador de sucesos literarios, artísticos, cinematográficos, que busca enriquecer tales sucesos con su punto de vista. Valencia no es, pues, un ensayista teórico o de temas abstractos y rara vez se aventura en los estudios panorámicos o de interpretación histórica (una ilustre excepción la constituye el ensayo "La mayoría de edad", sobre la evolución literaria latinoamericana; o también podemos encontrar reseñas bibliográficas que permiten el explayamiento histórico e interpretativo, como "Evolución de la novela en Colombia", sobre el libro de Antonio Curcio Altamar). Su característica es, pues, la de tener el objeto de su ensayo a la vista, claramente definido y, también como en Téllez, Vargas, Volkening —y sin duda Cobo—, comentado porque se lo valora, y el texto es el desarrollo argumentativo de esa valoración objetiva. De ello son ejemplos *Crónicas de cine* (1974) y *Crónicas de libros* (1976). Sus «crónicas de arte» aún aguardan la publicación. Ensayos literarios de más aliento son los que reunió bajo el título de *El arte viejo de hacer novelas* (1982), publicado en Caracas, su tercer y último libro hasta la fecha.

Juan Gustavo Cobo Borda

Más que entre los críticos literarios hay que incluir a Cobo Borda (Bogotá, 1948) entre los ensayistas, pues, aunque la mejor parte de su obra en prosa está dedicada a obras y autores de literatura, su discurso y su tono descomplicado, antiacadémico y sólo tributario del sistema de sus múltiples lecturas, siempre muy personales, lo sitúan en ese pensamiento que Montaigne concebía como un tanteo, una constante prueba. La preocupación de Cobo ha sido más bien la de crear unos textos amenos, sin pretensiones de agotar los temas pero penetrantes, un poco en la línea de todos los grandes ensayistas del siglo XX, si excluimos a Tomás Vargas, que es más un teórico y un hombre comprometido con la función social del intelecto. Negándose, como sus antecesores, a hacer una crítica abarcadora y minuciosa de la literatura nacional, ha optado, o bien por la escogencia de los autores para él excepcionales (Silva, Sanín Cano, Germán Arciniegas, Aurelio Arturo, García Márquez), o bien por el ensayo de interpretación de esa historia, que en su concepto es «pobre». A modo de justificación, en el texto "Sobre poesía colombiana", incluido en *La alegría de leer* (1976), escribe: «La respuesta corresponde a la crítica literaria. Como es bien sabido, ésta no existe en el país, y quizá la razón fundamental para ello resida en que aquí se publican, precisamente, muchos libros de poesía. Muchos malos libros de poesía. Algo que atenta no sólo contra la salud física sino también contra la salud psíquica del hipotético lector».

Su labor ensayística ha coincidido también — como la de su admirado Arciniegas— con una infatigable actividad divulgativa, actividad que ejerció oficialmente desde Colcultura y privadamente como prologuista y compilador de numerosas obras de autores nacionales. Ello, es claro, determina un tono y un lenguaje que pasa de lo coloquial a lo ingenioso, sin que por ello deje de transmitirnos, como Volkening o Valencia Goelkel, su «alegría de leer» y la alegría de compartir con sus lectores ese acto gozoso y privado. Aparte de *La alegría de leer*, ha publicado *La tradición de la pobreza* (1980), conjunto de ensayos, quizás el único suyo, que tiende a la unidad de una visión de la historia

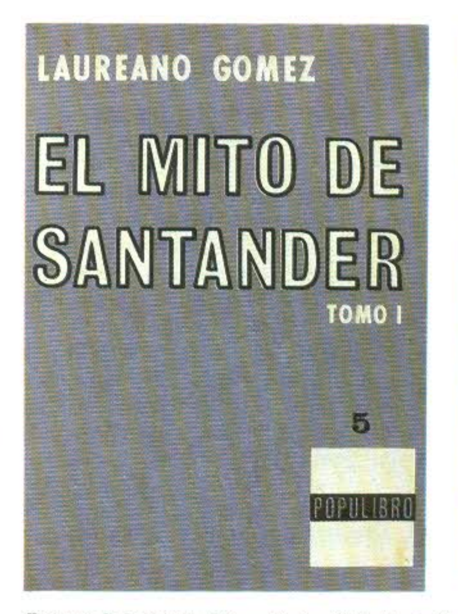
cultural e intelectual colombiana; *La otra literatura latinoamericana* (1982), *Letras de esta América* (1986), *Poesía colombiana, 1880-1980* (1987), *La narrativa colombiana después de García Márquez* (1989) y *Alvaro Mutis* (1989).

EL PENSAMIENTO POLÍTICO

Laureano Gómez

Laureano Gómez (Bogotá, 1889-1965) es un escritor ya casi olvidado, pues su nombre se asocia frecuentemente con la historia del partido conservador en el siglo XX y en especial con el fanatismo partidista que caracterizó el período de nuestra historia conocido como la Violencia. A esas dos evocaciones está unida también su imagen como director de *El Siglo* desde 1936 hasta su muerte, diario en el cual promovió la oposición al liberalismo y al comunismo y en el que nunca dio descanso a su pluma, dejando una voluminosa colección de textos periodísticos de variada índole. Es inevitable leer todo ese fárrago como literatura política, a pesar de la amplia gama temática que él cubre: política, sociología, historia, literatura, filosofía, religión, geografía y hasta geología. No parece exagerado decir que escribió ensayos de sociología conservadora, de geografía conservadora, de religión conservadora o geología conservadora.

Pero dos ensayos revelan, apartándose de su dogmatismo característico y de los juegos políticos del momento, la altura del pensador con formación universal, incluso un pensador no reaccionario sino más bien el historiador crítico e informado: *El mito de Santander* y *El cuadrilátero*, ambos publicados en vida de Gómez. El primero, originado en un grupo de artículos polémicos publicados en *El Siglo*, pretende demostrar, sobre la base de documentos santandereanos y apoyado en un gran conocimiento de la historia colombiana de las épocas de la Independencia, la Gran Colombia y el Estado de Nueva Granada, la inexistencia de la relación doctrinaria entre Santander y el liberalismo actual. Muestra cómo el liberalismo teórico bien puede hallarse en los textos de Florentino González, Francisco Soto o Vicente Azuero, mas no en los de Santander ni en sus actuaciones, en quien no halla doctrina coherente con la acción. El ensayo no deja de resentirse de ese tono irónico e injurioso —nos recuerda a Martín Lutero— que caracteriza toda su obra; si bien no se trata de un texto antiliberal, lo es antisantanderista, y podemos leer expresiones como ésta: «Vengan los panegiristas de Santander y digan que es conducta recomendable poner en balanza la suerte de la patria y los intereses privados del mandatario, sin proveer a la primera mientras no estén firmes los segundos. Vengan y digan que Santander es digno de imitación y que por lo tanto los magistrados pueden, si tropiezan con sujeto que posea bienes apetecibles, confiscarlos y engullirlos con un decreto contrahecho. Propónganle a la admiración de la juventud y verán cómo se multiplica el execrable tipo del político que limpia lo de fuera de la taza y del plato y por dentro está lleno de inmundicia e iniquidad».





Ensayos de Laureano Gómez Castro: "El mito de Santander" (Bogotá, Revista Colombiana, 1966) y "El cuadrilátero" (4ª edición: Bogotá, Editorial Centro, 1935). Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

El cuadrilátero es un ensayo de interpretación histórica sobre cuatro personajes que para los años treinta representan para Laureano las mayores fuerzas definidoras del mundo moderno: Adolf Hitler, Benito Mussolini, Josip Stalin y el Mahatma Gandhi. Aunque la crítica general para los tres primeros es la de que han abusado de la razón de Estado, en el tercero, convertido ese abuso en totalitarismo ateo, se echa de ver que en los textos dedicados a los dos primeros no predomina su prosa injuriosa o anatemática y condena el crimen de Estado con serenidad, sin el acaloramiento que le era inherente. No, por supuesto, porque justifique el crimen de Estado, pero sin duda —el hecho mismo de que escribiera sobre esos personajes ya lo delata— porque le interesa teorizar y sustentar la idea de la razón de Estado, que, unida a un ultramontanismo resurrecto, fue el bastión de sus tesis políticas conservadoras. La no-violencia que elogió en Gandhi, era una realidad que poco tenía que ver con el mundo de la preguerra y menos con la Colombia que lo vio surgir, actuar, escribir y gobernar.

Socialismo, liberalismo y reaccionarismo

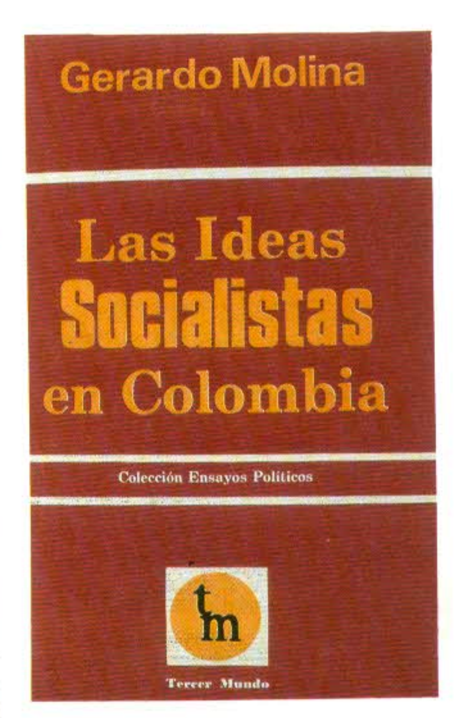
Aparte de los presidentes pensadores, el pensamiento político en el siglo XX ha tenido otros cultores importantes, relativamente ligados a la opción de los dos partidos tradicionales y de un tercero disidente o de orientación socialista. Sin embargo, todos ellos pertenecen a corrientes universales de pensamiento: el liberalismo, el pensamiento histórico-reaccionario, el marxismo, el populismo nacionalista, etc. El pensador político, menos influyente como tal que como caudillo popular, que primero recoge el mensaje de Rafael Uribe Uribe y que primero hace contrapeso a las ideas liberales y conservadoras de la primera mitad del siglo, es Jorge Eliécer Gaitán (Bogotá, 1898-1948). Sin que haya definido nunca una filiación ni una interpretación sólida del marxismo político, sus comienzos como pensa-



"Las ideas socialistas en Colombia" (1924), de Jorge Eliécer Gaitán. Edición del Centro Gaitán, Bogotá, 1988.

dor político los tiene con estudios y análisis del pensamiento socialista. Su tesis de grado, *Las ideas socialistas en Colombia* (1924) es, más que una obra histórica, un texto de opinión sobre las posibilidades de establecer un gobierno socialista en el país. Por la misma época, recogiendo un poco las ideas de Uribe Uribe, escribe una carta al comunista Luis Tejada sobre "Socialismo liberal", en procura de fundir las dos doctrinas. No obstante, desde 1929, a raíz de su investigación sobre la matanza de las bananeras, sus escritos políticos buscan enfrentar, conceptual y pragmáticamente, el país nacional con el país político, nociones que define hiperbólicamente como dos polos necesariamente contrapuestos, entre los cuales el país político constituye el verdadero obstáculo para el progreso del país; entonces escribe: «Para ellos la política se expresa en el sentido de que hay una "chusma sin clase", una "plebe irresponsable e incapaz", unos "demagogos inconscientes", unos "ambiciosos personales" que deben ser puestos al margen de la vida pública para que no intranquilicen a los estadistas; a los que tienen la concepción de que la política y los cambios de gobierno son ferrocarriles que pueden tener estaciones pero que deben ser siempre máquinas que van hacia adelante y a sus objetivos propios". Esa actitud de beligerancia populista se mantendrá con intermitencias por sus colaboraciones y pactos con sectores liberales en los que ve provisionalmente la posibilidad de emprender la obra de transformación social y económica en la que cree; en especial, esas intermitencias se dan durante la primera época del gobierno de Enrique Olaya Herrera (en 1931 es presidente de la Cámara y director del partido liberal), con el cual rompe en 1933 para lanzarse a la aventura socialista de UNIR, partido de importante resonancia popular, particularmente en sectores rurales campesinos, que pronto comienzan a ser víctimas de la represión social latifundista. En 1935 Gaitán declara disuelto su partido y se vincula a la "revolución en marcha" de López Pumarejo. Para 1946 es candidato disidente del liberalismo a la presidencia de la República, y en las elecciones de ese año conquista un importante número de votos, que no le alcanza, sin embargo, para vencer al candidato conservador Mariano Ospina Pérez. Asociados con su trayectoria y sus intervenciones de hombre público, aparecen ensayos como "El país político y el país nacional" (1945) o "Los partidos políticos en Colombia" (1946), textos que apuntan a una definición de la nacionalidad en un tono de arenga y de interpelación al pueblo inconforme.

Otros autores políticos no encasillados en los dos partidos tradicionales son, desde el ala socialista Gerardo Molina (Bogotá, 1906-1991), con *Las ideas liberales en Colombia*, que es más una obra de carácter histórico, pero de pensamiento político en la medida en que hace un análisis novedoso de los principales lineamientos del pensamiento liberal hasta el momento del Frente Nacional y su encrucijada ideológica frente al paritarismo político que caracteriza ese momento de nuestra historia; también desde el socialismo, acaso más desde una ortodoxia marxista, confrontada inteligentemente con las circunstancias históricas del siglo XX, Antonio García (Bogotá, 1912-1982) escribe *Gaitán y el problema de la revolución colombiana* (1955), donde analiza los problemas del populismo y los movimientos populares colombianos también con una perspectiva histórica y un análisis penetrante de la figura del caudillo a cuya generación ve como una generación frustrada. Aunque la posición



"Las ideas socialistas en Colombia", de Gerardo Molina. Bogotá, Tercer Mundo, 1987. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

anticapitalista y anticonservadora de García termina conduciéndolo a las filas de la Tercera Fuerza, partido gobiernista de la administración militar de Gustavo Rojas Pinilla, su militancia por una economía socialista es una constante a través de obras como *Colombia S.A.* (1934), *Geografía económica de Caldas* (1937), *Bases de economía contemporánea* y *La democracia en la teoría y la práctica* (1951). También escribió sobre importantes temas de la realidad nacional como el indigenismo (*Pasado y presente del indio* (1939) e *Introducción crítica a la legislación indigenista de Colombia* (1953)) o como el problema religioso en Colombia en *El cristianismo en la teoría y la práctica* (1952).

Otra propuesta extrapartidista, si bien de origen socialista, más arraigada en un espíritu burgués neoliberal, la encontramos en el brillante ensayo *La revolución invisible* (1959), de Jorge Gaitán Durán (Pamplona, 1924-isla de Guadalupe, 1962). En él, a partir de una interpretación crítica de la historia reciente de Colombia (desde el inicio de la República Liberal en 1930), el intelectual pamplonés plantea sus desacuerdos con el entonces impuesto gobierno del Frente Nacional, en el cual encuentra todas las taras que reflejan el fracaso de los par-

tidos políticos en Colombia, y la necesidad de su revisión y de la participación de una clase intelectual consolidada en ese proceso. Gaitán Durán es el modelo del intelectual comprometido, que, a partir de un quehacer literario amplio y permanente (poesía, ensayo, teatro, traducción, diarismo, periodismo) busca los canales de proyección social que validen ese trabajo.

Dentro de una ideología de partido, se destacan, entre los liberales, Carlos Lozano y Lozano (Fusagasugá, 1904-Bogotá, 1952), autor de *Ideario del liberalismo actual* y *Trayectoria y doctrina del liberalismo colombiano*, claramente confesionales, y Jorge Child, ensayista combativo de mucha presencia en las publicaciones culturales de los años sesenta, cuando hizo parte del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) dirigido por Alfonso López Michelsen; clausurado el MRL, al incorporarse López al oficialismo liberal en 1967, Child siguió de cerca la carrera del eminente político hasta su llegada a la presidencia en 1974. En ese año publicó *López y el pensamiento liberal*, sintetizando en el lopismo las más grandes conquistas doctrinarias del liberalismo colombiano.

Entre los ideólogos conservadores, ocupan los dos primeros puestos, por su prosa literaria y su significación en la vida intelectual del país en el presente siglo, Silvio Villegas y Gilberto Alzate Avendaño. Villegas (Manizales, 1902-Bogotá, 1972) es, al lado del propio Alzate, Eliseo Arango, Otto Morales Benítez y Edgar Salazar Santacoloma, un vástago del «renacimiento grecocaldense» del que fue centro la ciudad de Manizales en las primeras décadas del siglo XX. El propio Villegas ha relatado las características de esa generación en un hermoso texto titulado "Mi vocación literaria", en el que también hace un revelador cuadro de su formación en las letras, bastante universal (sorprende descubrir los nombres, entre un listado que va de Homero a Paul Valéry, de Miguel de Molinos, Karl Vossler o Eugenio d'Ors). En el marco de ese humanismo, un tanto idealista y romántico, puede entenderse la postura política —casi estética— de Silvio Villegas. Ella está consignada de manera especial en su libro *No hay enemigos a la derecha*, publicado en Manizales en 1937, en el que explica y sustenta su defensa de un partido de derecha, autoritario y culto, como conveniencia histórica del país en ese momento. Allí escribe: «Llamo movimientos de derecha a todos los que aceptan una base idealista, espiritual o religiosa, a los que creen en un orden moral que recupera y gobierna el orden político». Ese idealismo a ultranza se manifiesta en sus restantes ensayos, buena parte de los cuales fueron recogidos en *La canción del caminante* (1944), título también de uno de sus ensayos típicos sobre psicología del amor. Su propuesta política hay que entenderla más como una propuesta cultural, el campo desde el cual —para él y para todos Los Leopardos, grupo pro-fascista al que pertenecieron también Augusto Ramírez Moreno, José Camacho Carreño y Eliseo Arango— debía comenzar la transformación nacional.

Gilberto Alzate Avendaño (Manizales, 1910-Bogotá, 1960), también conservador pro-fascista, y así mismo de formación «grecocaldense», es, sin embargo, un pensador político más sólido, más realista, que Villegas. Alzate es un hombre de acción y no deja una obra central en materia política, aunque sus múltiples ensayos publicados en *La Patria*, *Eco Nacional* y *Diario de Colombia* lo señalan como uno de los escritores políticos más importantes del país. Al lado de ensayos de "psicología social" como "Memoria y letanía de las campanas" (1937), escribe textos de fundamentación histórica de principios conservadores, como "Los oficios en la edad antigua" (1937), en el que expone las leyes del corporativismo, o bien pragmáticos análisis de la situación actual de la nación y del partido, como en "La lucha por el poder" (1937), en el cual escribe: «Nuestro designio es que las masas recuperen la rutina heroica de votar bajo los rigores del régimen. Que desfilen impávidamente por la plaza pública. No hay que exacerbar su complejo de inferioridad con testimonios desesperados sino nutrirlas con esa rauda voluntad de poderío, que es el *pathos* de la política. Spengler la definía como un anhelo de ser historia para los demás, en vez de padecer la historia ajena». Su realismo, respecto de Villegas y Los Leopardos, se extendía a denunciar las injusticias de los totalitarismos fascistas y las falsas y poco tácticas polémicas de Laureano Gómez, respecto del cual fue independiente y crítico, aunque, en conjunto, su pensamiento político se nutre de las mismas veleidades estético-filosóficas: salud mental de la raza, voluntad de poder, iluminismo de los grandes hombres providenciales, entre los cuales no dejó de loar y engrandecer la figura de Simón Bolívar, por oposición a un representante de «minorías letradas», como Francisco de Paula Santander, que hace más daño que bien a la patria porque «la verdad es que mientras las minorías letradas conspiran contra los hombres providenciales, parapetadas en pretextos ideológicos o repugnancias éticas, el pueblo los sigue y los comprende por una feraz evidencia del corazón».

FORMAS ALTERNAS Y ESPECIALIZADAS DEL ENSAYO

La crónica

La palabra "crónica", para referirse a un tipo particular de texto ensayístico breve, de tono ligero, o mejor, ameno, y de temas ocasionales, es acaso una expresión incorrecta en la medida en que la crónica posee entre nosotros toda una tradición como género, desde las crónicas de Indias escritas por conquistadores y aventureros españoles en el siglo XVI (Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Pedro Cieza de León), rescatadas luego, ya con el ingrediente de la intriga y el chismorreo propio de las ciudades coloniales, soporíferas y puritanas (Juan Rodríguez Freyle), para llegar,



Pedro María Ibáñez en su biblioteca. Fotografía de "El Gráfico", abril de 1915.



Jaime Barrera Parra.
Dibujo en la edición de sus "Notas de week-end" Bucaramanga, Biblioteca Santander, 1933. Biblioteca Nacional, Bogotá.

pasando por el costumbrismo y el documento sociológico, a sus dos más altos nombres en Pedro María Ibáñez y José María Cordovez Moure.

Sin embargo, la palabra se ha venido aplicando en nuestro siglo a ciertos textos de escritores informales (no por ello menos dominadores del idioma), quizás estableciendo la relación de amenidad y ligereza, sin compromisos con grandes temas, del género tradicional. La mayor parte de estos cronistas se han expresado a través del periodismo (en muy excepcionales casos el autor escribe un *libro* de crónicas) y esos artículos periodísticos constituyen a la postre importantes volúmenes de páginas publicadas.

Los dos más grandes representantes de la crónica ensayística, por el dominio de una prosa de nivel literario y por la lucidez, son Jaime Barrera Parra (San Gil, 1892-Medellín, 1935) y Luis Tejada Cano (Barbosa, Antioquia, 1898-Girardot, Cundinamarca, 1924). Barrera Parra publicó en vida *Notas del week-end* y *Gentes y tierras.* Dejó inconcluso un *Panorama antioqueño.* De esos tres títulos, más el epistolario, Ecopetrol realizó una selección bajo el título de *Prosas* (1969), que constituye la historia editorial del santandereano. Por su formación, por su estilo y por su influencia política y literaria, Jaime Barrera Parra es, a pesar de las restricciones impuestas sin razón al género al cual se consagró, uno de nuestros mayores ensayistas, capaz de abordar, lacónica pero agudamente, desde el tema filosófico o literario universal, hasta los temas "frívolos" como el cigarrillo, el turmequé o la línea recta. Por otra parte, es, al lado de Tomás Rueda Vargas, nuestro primer ensayista en concebir ese género menor como ejercicio (y práctica) literario. En este sentido, pulió un estilo y creó toda una manera de decir las cosas que suelen decir los "periodistas culturales" con cierto desgreño o con afán informativo. En nota introductoria a la primera selección de sus *Notas del week-end* escribió acerca de su oficio: «Este libro no tiene ideas porque yo tampoco las tengo. Desde muy niño he querido someterme a la terapéutica de la imaginación, y la imaginación no da otra cosa que relámpagos, luces, botafuegos. He vivido bajo el galope de la luz y ella me ha encandilado los ojos». Antecediendo e influyendo a Tomás Vargas Osorio en la consideración de una cultura, una identidad, arraigada en la tierra, en el *paisaje,* Barrera Parra deja un mapa incompleto del hombre colombiano: Santander y Antioquia, como geografías humanas. En conferencia pronunciada en el Centro Unión Liberal de Bucaramanga, dijo de su departamento: «Yo, que he sentido como nadie el orgullo del lar nativo, que he llevado dentro de los ojos el desfile innúmero de sus próceres, siento que ha llegado para Santander el instante de la reflexión y de la medida. Después de haber desbocado todos los caballos de la patética, comprendo que el mayor deber de todos nosotros es darle a la tierra una gran conciencia.

«El canto se hizo pedazos y la vida comienza. Comienza con los rigores de una economía desafecta, que nos impuso rigor y frugalidad en el traje y en el vestuario, que nos reintegró a la disciplina aragonesa de la mesura. Desde que el ferrocarril trajo su penacho de hollines a la Estación de Las Bocas, hasta el día de hoy, muchas fiestas se han liquidado». Fue director del suplemento literario de *El Tiempo.*

Luis Tejada alcanzó a publicar, en 1924, año de su muerte, un *Libro de crónicas.* Aunque, al igual que Barrera Parra, buscó un estilo y una expresión literarios, su discurso es más coloquial y sobrio, menos adornado, que el intenso del santandereano. Su trabajo literario todo proviene de su colaboración en las páginas del diario *El Espectador*, en el que mantenía su columna "Gotas de tinta". Tejada no abandona el tono ligero y ameno ni siquiera como escritor político, crítico mordaz de los gobiernos conservadores que le tocó vivir, pero sin llegar al panfletarismo o la diatriba. Un humor fino y sincero atraviesa todos sus artículos, más anarquistas que vanguardistas en lo literario, y desapasionadamente comunistas en lo político. Su postura literaria es, en todo caso, la primera postura moderna en la historia de nuestro pensamiento, puesto que Sanín Cano, si bien moderno en su formación y sus ideas, no define todavía esa modernidad en la literatura que él mismo produce, es decir, no concibe ante todo sus ensayos como literatura. Pero, sobre todo, Tejada Cano es un gran crítico (en ese sentido, y a pesar de nunca perder el sentido del humor, un crítico *serio*). Opinando que la ironía (esa mueca permanente) es más un facilismo que un logro literario, escribe en una de sus crónicas: «La ironía no es, como suele decirse, demasiado irónicamente, un símbolo de agilidad intelectual; es más bien una rigidez, una inercia, un estancamiento de la mente dentro del círculo reducido que afecta a la apariencia de las cosas, a su forma externa, a su superficie».



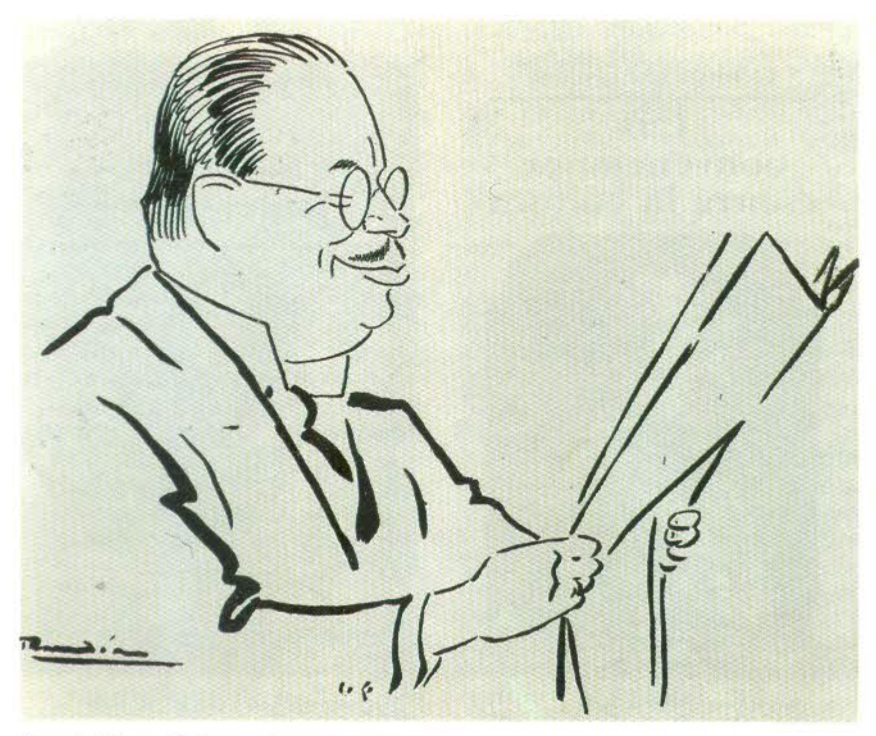
Luis Tejada.
Dibujo de Ricardo Rendón.

La tradición de la crónica ensayística es abundante en Colombia (estamos llenos de escritores ligeros, periodistas ingeniosos y eruditos amenos). No obstante, pocos escritores han logrado la altura intelectual y estilística de Barrera Parra o Tejada Cano. Cronista de viajes fue Eduardo Mendoza Varela (Guateque, Boyacá, 1919-Bogotá, 1986), cronista de las intimidades (morbosas) de la lengua castellana fue Eduardo Guzmán Esponda (Bogotá, 1893-1987), cronistas más graves y de intención política más trascendental, pero igualmente amenos y a veces ligeros, fueron los periodistas Luis Eduardo Nieto Caballero (Bogotá, 1888-1957) y Juan Lozano y Lozano (Ibagué, 1902-Bogotá, 1979), este último sobresaliente por sus "Retratos" de contemporáneos, igualmente cronísticos. Lugar destacado ocupa entre los cronistas Armando Solano (Paipa, Boyacá, 1887-Bogotá, 1953), también periodista y autor de un ensayo no ligero de interpretación sociológica: *La melancolía de la raza indígena* (1929). Pero como cronista hay que aludir a sus prosas de *Glosario sencillo* (1922), procedentes de la columna del mismo nombre que tenía en *El Espectador*, y a sus *Prosas* (1937). Con un notable dominio del idioma, Solano, liberal de izquierda, se consagró a los temas de actualidad nacional, con una manera sutil de interpretarlos, casi siempre con un tono irónico —en la mejor tradición de Emiro Kastos— y definiendo el tipo del crítico social en nuestro medio.

La historia como ensayo

La historiografía contemporánea presenta, cada vez con mayor énfasis, una tendencia al ensayismo, es decir, a abandonar provisionalmente los trabajos investigativos sobre épocas determinadas de nuestra historia o los trabajos monográficos muy especializados; una doble tendencia perfila esa línea ensayística: la historia informal y amena, con alta dosis de subjetivismo y de gran valor literario, y los ensayos de interpretación histórica interdisciplinarios, siempre con un enfoque predominante, sociológico, económico, filosófico, literario, político, etc.

La orientación informalista, con tendencia a una historia privada, está representada por dos nombres: Tomás Rueda Vargas y Germán Arciniegas. Rueda Vargas (Bogotá, 1879-1943) también puede considerarse como cronista por sus viñetas literarias de la Sabana de Bogotá y sus artículos sobre la vida capitalina en la primera mitad del siglo. Pero esas viñetas y esos casi cuadros de costumbres santafereñas son ya la historia pintoresca de que es autor Rueda Vargas, de manera explícita, en *Visiones de historia*. Dándole un manejo original y antiacadémico al conjunto ingente de sus fuentes, Rueda Vargas elabora vívidos y entretenidos relatos, absolutamente anecdóticos, de momentos diversos y decisivos de nuestra historia. Esos relatos se complementan con las descripciones del paisaje, las minucias instrumentales del vestuario de personajes, la construcción de las edificaciones ocasionales, los rasgos del carácter de los personajes secundarios, los rasgos fisonómicos y la gesticulación de los principales, etc. Todo ello mezclado con datos inamovibles e incuestionables —menos, interpretables— de los sucesos que han marcado la historia de Colombia. Rueda demuestra en esos textos su aprecio por un oficio literario, pero en cambio, en cuanto al valor histórico, sólo pretende —él mismo lo dice— instruir medianamente a las señoras amas de casa de buenas familias.



Armando Solano. Caricatura de Ricardo Rendón.

Germán Arciniegas (Bogotá, 1900) no se aparta en mucho de las «nostalgias», más que memorias, de Tomás Rueda Vargas, salvo que amplía su campo temático y su especialidad a la historia de América. América ha sido su obsesión desde sus primeras publicaciones, de los años veinte, hasta nuestros días; y esa obsesión ha dejado una abundante bibliografía, con reiterados préstamos de un libro a otro, pero con un pensamiento histórico coherente y consolidado, fundado en el reclamo de nuestra autonomía, originalidad creadora e importancia histórica. Algunos hitos de esa extensa bibliografía americanista son: *El estudiante de la mesa redonda* (1932), *Los comuneros* (1938), *Los alemanes en la conquista de América* (1941), *Biografía del Caribe* (1946), *Entre la libertad y el miedo* (1952), *América mágica* (1959), *El caballero de El Dorado* (1960), *El pensamiento vivo de Andrés Bello* (1965), *Bolívar y la revolución* (1984). En todo caso, a Arciniegas hay que leerlo, no como historiador, sino como cronista y divulgador. Su prosa es amena y recursiva y si su mirada y sus juicios sobre personajes y épocas de la historia americana no son precisos o sustentables desde el rigor historiográfico, en cambio ellos aparecen siempre justificados como creaciones de la imaginación del escritor, que mezcla historia y ficción para tratar de expresar, según él, una realidad de por sí inapresable como es la americana.

La orientación de exégesis histórica está representada por "historiadores



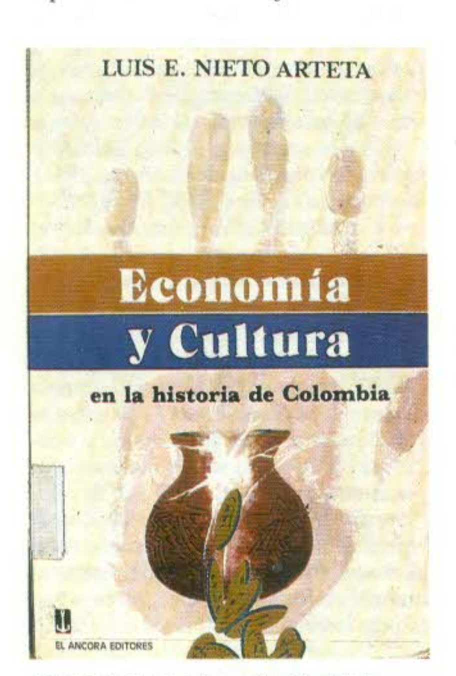
Germán Arciniegas Angueira.

profesionales", quienes, al lado de trabajos más especializados, han escrito también ensayos relativamente breves, apoyados en una formación humanística e ingresando en los terrenos del análisis literario, sociológico, económico o filosófico de sus temas. El modelo lo constituye la obra multifacética de Luis Eduardo Nieto Arteta (Barranquilla, 1913-1956), en especial con *Economía y cultura en la historia de Colombia* (1941) y con los ensayos que fue publicando en revistas y periódicos sobre muy diversos temas, recogidos en *Ensayos históricos y sociológicos*, en los que predomina la voz del filósofo que se aplica a los más importantes tópicos del mundo moderno, internacional y nacional: "La bomba atómica y sus consecuencias políticas", "Ontología de lo social", "Significado histórico de la Independencia", "Breve historia social de Bogotá". Su profusión de ideas y su perspectiva filosófica nos recuerdan la prosa de Luis López de Mesa, aunque su voluntad de rigor es innegable y sus interpretaciones históricas hoy muy apreciadas. En la misma línea, pero ya desde una historiografía moderna y que ha rescatado, no ya como fuentes de información sino como documentos histórico-lingüísticos, toda la historiografía colombiana hispanoamericana del siglo XIX, hallamos a Jaime Jaramillo Uribe y Germán Colmenares. Jaramillo Uribe (Abejorral, Antioquia, 1918) es el gran pionero de la nueva historia en Colombia, pero además un auténtico ensayista que plantea, a partir de la historia, la problemática teórica de la cultura, la pedagogía o la ideología en Colombia. En este ámbito se destaca con *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (1963), *Ensayos de historia social colombiana* (1969), *Historia de la pedagogía como historia de la cultura* (1970) y *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos* (1977). Colmenares (Bogotá, 1938-1990) es ante todo un historiador, pero se destaca en el ensayismo con la obra *Las convenciones contra la cultura* (1988), excelente análisis de la historiografía latinoamericana del siglo XIX.

Otros escritores que han cultivado el ensayo histórico son Juan Friede (Wlava, frontera ruso-alemana, 1901-Bogotá, 1990), Otto Morales Benítez (Riosucio, Caldas, 1920), Indalecio Liévano Aguirre (Bogotá, 1917-1982) y Jorge Mario Eastman (Pereira, 1932). Desde el ámbito de la sociología, se destacan los trabajos ensayísticos de Orlando Fals Borda (Barranquilla, 1925), especialmente con *Ciencia propia y colonialismo cultural* (1970).

El ensayo filosófico

La filosofía en Colombia no tiene un rostro definido pues la figura capital del productor de filosofía, aquel que plantea un sistema coherente, ordenado y novedoso, debidamente ubicado respecto de la historia universal de la filosofía, no existe. La excepción, todavía elaborando esa obra que nos permita remitirlo a un sistema de pensamiento, es tal vez, Rafael Gutiérrez Girardot (Sogamoso, 1928). La novedad y el sistema de Gutiérrez provienen sin duda de su particular y riguroso trabajo en diversos campos de la historia social: historia social de



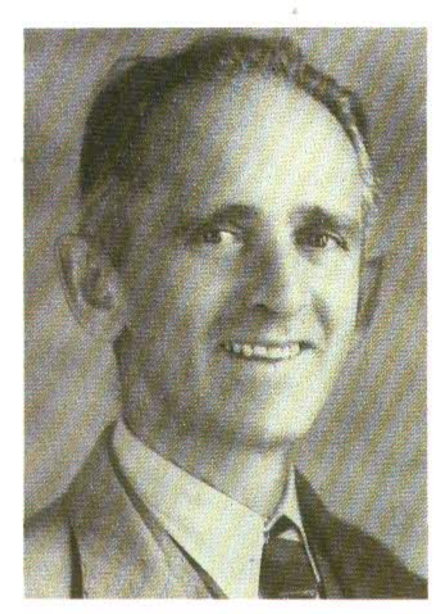
Portada de "Economía y cultura", de Luis Eduardo Nieto Arteta, con diseño de Diego Tenorio (7ª edición: Bogotá, El Áncora, 1983).



"Las convenciones contra la cultura", de Germán Colmenares, portada de Felipe Valencia. Bogotá, Tercer Mundo, 1987.



"Machado: reflexión y poesía", de Rafael Gutiérrez Girardot, portada de Felipe Valencia. Bogotá, Tercer Mundo, 1989.



Fernando González.
Fotografía de Melitón Rodríguez, 1934.

la literatura, historia social de la filosofía, historia social de la historiografía. Es una historia social originalmente elaborada y crítica respecto del marco filosófico que le imponía un marxismo ortodoxo; una filosofía de la historia y de la función histórica de la propia filosofía, es el sustrato de todas sus obras. Aparte de sus obras de largo aliento (*Nietzsche y la filología clásica, Modernismo, Poesía y prosa en Antonio Machado, Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*), Gutiérrez ha publicado numerosos ensayos en revistas, suplementos y volúmenes colectivos, algunos de ellos recogidos en *Horas de estudio* (1976) y *Aproximaciones* (1985).

Fernando González (Envigado, 1895-1964) es autor de una prolija obra de títulos que no encubren una selección de textos, sino que constituyen obras independientes, absolutamente informales, guiadas por el solo capricho reflexivo de su autor. González no define un método y sus libros no son monotemáticos, sino de reflexiones a propósito de. En los aforismos nietzscheanos halla el envigadeño su antecedente y, como ellos, aborda los más diversos temas, siempre analizados desde la historia, contemporánea o pasada. Su concepción de la filosofía queda explicada en estas aseveraciones de su libro temprano *Pensamientos de un viejo* (1916): «Toda interpretación de la vida es verdadera porque indica la forma y modo que la vida toma en el ser que interpreta. Es como el viento, que al penetrar en una caverna produce distinto sonido que al insinuarse en un bosque». También escribió *Viaje a pie* (1929), *El hermafrodita dormido* (1933), *Mi compadre* (1934) —sobre el dictador venezolano Juan Vicente Gómez—, *Mi Simón Bolívar* (1930), y *Santander* (1940).

Desde la óptica de la filosofía del derecho o la teoría del Estado y sus implicaciones, se destacan tres nombres: Rafael Carrillo (Valledupar, 1907), autor de *Ambiente axiológico de la teoría pura del derecho* (1947), Cayetano Betancur (Copacabana, Antioquia, 1910-Bogotá, 1982), con *Ensayo de una filosofía del derecho* (1960) y Abel Naranjo Villegas (Abejorral, Antioquia, 1910 - Bogotá, 1992), con *Filosofía del derecho*, estos dos últimos autores de tendencia reaccionaria.

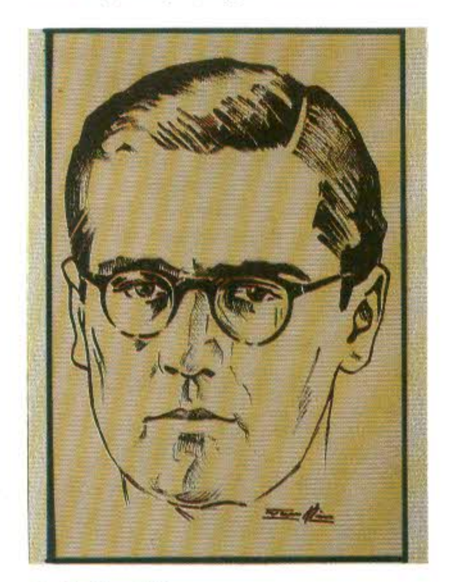
Danilo Cruz Vélez (Filadelfia, Caldas, 1920) es el más importante ensayista entre los filósofos de última hora en Colombia. Es autor, tanto de trabajos monotemáticos (*¿Para qué ha servido la filosofía?* (1967), *Filosofía sin supuestos* (1970), *El mito del rey filósofo* (1989)), como de colecciones de ensayos filosóficos (*Aproximaciones a la filosofía* (1977), *Tabula rasa* (1990)). Como ensayista es un intérprete original del pensamiento de los más grandes filósofos de Occidente, preocupado por el sentido del quehacer filosófico en el mundo contemporáneo.

Estanislao Zuleta (Medellín, 1935-Cali, 1990) es más un conferencista que un escritor; buena parte de sus textos son transcripciones de charlas e intervenciones en diferentes eventos, especialmente universitarios; es por eso que resultan densos y a veces un poco deshilvanados. Sin embargo, Zuleta es uno de los más importantes intérpretes y críticos del pensamiento de Marx en nuestro tiempo y, como Gutiérrez Girardot, un indagador de la historia en obras concretas, particularmente de literatura (Dostoievski, Kafka, Thomas Mann). De no ser por su apatía con la escritura y su espíritu desordenado, sin duda su pensamiento, que, recogido en textos que conforman un libro, apunta a una cierta unidad, habría llegado a grandes desarrollos. Sus principales ensayos, transcritos y no transcritos, se encuentran en el volumen titulado *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva y otros ensayos* (1985).

Otros ensayistas filósofos son Guillermo Hoyos Vásquez (Medellín, 1935) y Rubén Sierra Mejía (Salamina, Caldas, 1937), quienes se destacan en la exégesis y la glosa del pensamiento contemporáneo, y de la filosofía colombiana, en el caso de Sierra; en una orientación historicista, descuellan Rubén Jaramillo y Luis Antonio Restrepo, autor de un valioso volumen de ensayos titulado *Pensar la historia* (1987).

El ensayo y la crítica literaria

Es usual encontrarnos con la afirmación de que no existe la crítica literaria en Colombia; a tal aseveración se adjuntan un par de nombres, y queda esbozado el panorama de nuestra tradición crítica. Pero si el crítico literario especializado no existe en nuestro país, en cambio sí se ha ejercido una crítica literaria ensayística, a veces extraliteraria y a veces viciada de ideología, pero en todo caso lo suficientemente abundante como para que reseñemos los nombres de sus principales representantes: Jorge Zalamea (Bogotá, 1905-1969) es más bien un autor de grandes panoramas de la historia literaria (así lo muestran sus ensayos de *La vida maravillosa de los libros* (1941) y *Minerva en la rueca* (1949), pero el trabajo más importante en este campo es sin duda *La poesía ignorada y olvidada* (1965); Eduardo Caballero Calderón (Bogotá, 1910), con sus *Prólogos y conferencias*; Alfonso López Michelsen (Bogotá, 1913), con *El quehacer literario* (1989); Carlos Martín (Bogotá, 1914), con *América en Rubén Darío* (1972) e *Hispanoamérica, mito y surrealismo* (1986); Jorge Gaitán Durán



Danilo Cruz Vélez.
Dibujo de Jorge Franklin, 1944.
Colección particular, Bogotá.



Jorge Zalamea.
Dibujo de Ignacio Gómez Jaramillo, 1936.
Revista "Pan".

(Pamplona, 1924-isla de Guadalupe, 1962), en general con su obra reseñística en la revista *Mito* y en especial por "El libertino y la revolución", ensayo que antecede a su selección de textos del Marqués de Sade (1960); Hernando Valencia Goelkel (Bogotá, 1928), con sus *Crónicas de libros* (1976); Eduardo Gómez (Miraflores, Boyacá, 1932), con *Kafka, Proust, Mann* (1986); Jaime Mejía Duque (Aguadas, Caldas, 1933), con *Literatura y realidad;* Eduardo Camacho Guizado (Tunja, 1937), con *Estudios de literatura española e hispanoamericana* (1978); Germán Espinosa (Cartagena, 1938), con *La liebre en la luna* (1990); Rafael Humberto Moreno-Durán (Tunja, 1946), con *De la barbarie a la imaginación* (1976); y el ya referido Juan Gustavo Cobo (Bogotá, 1948), especialmente con *La tradición de la pobreza* (1980), que es el ejemplo más consumado de esta crítica literaria no especializada y de carácter ensayístico.

El caso de Nicolás Gómez Dávila

Nicolás Gómez Dávila (Cajicá, Cundinamarca, 1913) constituye un caso singular dentro del pensamiento colombiano y también dentro de su literatura, pues de alguna manera se incluye en esos dos frentes. Gómez Dávila es autor de una sola gran obra, *Escolios para un texto implícito* (1977), que ha tenido varias ediciones aumentadas. Como obra de pensamiento, si bien resulta fragmentaria, los brevísimos y fulgurantes textos revelan un fondo (el «texto implícito») perfectamente coherente y una orientación que, pese a su anacronismo radical, es suficientemente clara y sostenida sin ambages. Como obra literaria, es evidente la intención estilística del gran pensador reaccionario, que busca la plasticidad, sonoridad y casticismo de esos pequeños aforismos.

Desde una perspectiva católica perfectamente ahistórica, Gómez Dávila dialoga con una tradición cultural que ha recibido de sus propias fuentes (es lector en lenguas originales, especialmente de literaturas francesa y alemana), volcado enteramente hacia ese pasado y sin propuesta alguna de carácter social o histórico, en una apatía que lo emparenta con Émile Michel Cioran, incluso en el aspecto de la fragmentariedad y rotundez del pensamiento.

Sus escolios (glosas o comentarios libres a propósito de una fuente) expresan, ya un desprecio por el mundo moderno y social («Todo tema que circule por los periódicos sale envilecido»; «El socialismo se vale de la codicia y la miseria; el capitalismo se vale de la codicia y de los vicios»), ya un pensamiento afirmativo («El mito es un estrato de significado allende la realidad y la ficción»; «La colocación jerárquica de las verdades no nos exime de los conflictos trágicos, pero nos salva de atribuir las confusiones de la conciencia individual a incoherencia del orden objetivo de las cosas»), o ya a reflexiones sobre historia, que niegan toda modernidad («La nación —fenómeno reciente sin bases geográficas o étnicas, pura construcción legal y política— suprime tanto la comunidad real del *Kleinstaat* como la comunidad ideal del Sacro Imperio»; «Que la revolución francesa fuese esencialmente un fenómeno religioso sólo lo vieron con claridad Joseph de Maistre y Michelet»).

Por su reaccionarismo, por la existencia de un texto implícito —y unas ideas implícitas— que el autor se niega a mostrarnos y porque se corre el riesgo de leer un escolio separado de su significación dentro de un sistema, Gómez Dávila es un escritor altamente impopular. Pero si su postura puede ser atacada con argumentos históricos (lo cual es un desfase), en cambio la lucidez de su pensamiento (incluso como ejercicio mental) y la diafanidad de su prosa lacónica, le hacen un sitio de honor en la historia de nuestra literatura.



Nicolás Gómez Dávila
Fotografía "El Espectador", 1956.

Bibliografía

Antología del pensamiento conservador en Colombia, dos tomos. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1982.

Eco, 1960-1975. Ensayistas colombianos. Selección de Alvaro Rodríguez. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, s.f.

Jaramillo Uribe, Jaime. *Antología del pensamiento político colombiano,* 2 Vols. Bogotá, Banco de la República, 1970.

Jaramillo Uribe, Jaime. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX.* 2ª ed. Bogotá, Temis, 1982.

Melo, Jorge Orlando. *Los orígenes de los partidos políticos en Colombia.* Bogotá, Colcultura, 1978.

Molina, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia,* dos tomos. Bogotá, Universidad Nacional, 1970.

Ocampo López, Javier. *El proceso ideológico de la emancipación.* Bogotá, Colcultura, 1980.

Oviedo, José Miguel. *Breve historia del ensayo hispanoamericano.* Madrid, Alianza, 1990.

Rama, Angel. *La crítica de la cultura en Hispanoamérica.* Caracas, Ayacucho, 1985.

Revista de las Indias (1936-1950). Selección de Alvaro Miranda. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975.

Ripoll, Carlos (ed). *Conciencia intelectual de América. Antología del ensayo hispanoamericano (1836- 1959).* 2ª ed. Nueva York, Las Américas, 1971.

Ruiz, Jorge Eliécer y Juan Gustavo Cobo Borda (Comps.). *Ensayistas colombianos del siglo XX.* Bogotá, Colcultura, 1980.

Sierra, Rubén. *La filosofía en Colombia. Siglo XX.* Bogotá, Procultura, 1985.

Vélez Correa, Jaime. "Proceso de la filosofía en Colombia". *Universidad de Antioquia,* Nº 143 (Medellín, 1960).

La crítica literaria

David Jiménez

Inexistencia del género y géneros alternos en el siglo XIX

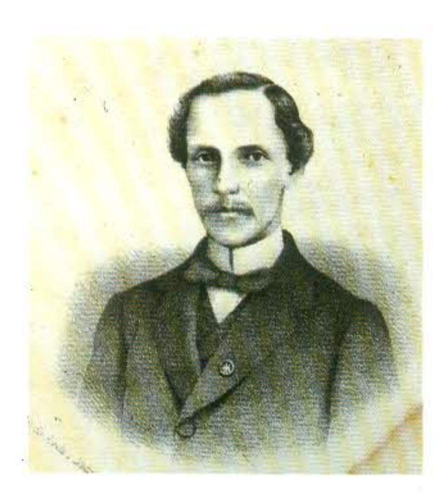
En el siglo XIX, la crítica literaria no se desarrolló en Colombia como una actividad de profesionales del género sino como un subproducto de las controversias religiosas y políticas o como una aplicación de ciertos presupuestos histórico-sociales llevados al campo del estudio literario. Los principales trabajos críticos producidos en el país antes del modernismo vinieron enmarcados en el ensayo sociológico, como en el caso de los escritos sobre *Manuela* y sobre Gregorio Gutiérrez González, piezas maestras de la crítica literaria del siglo pasado, cuyo autor fue el sociólogo y economista Salvador Camacho Roldán; o en el formato de la historia literaria, como la obra de José María Vergara y Vergara (*Historia de la literatura en Nueva Granada*), cuyas metas trascienden las cuestiones propiamente literarias para plantear asuntos más generales relativos a la identidad cultural de la nación; o bien en forma de periodismo polémico, a medio camino entre la lucha partidista y la literatura, con ejemplos que podrían tomarse de José María Samper, Juan de Dios Uribe, Rafael Núñez o Miguel Antonio Caro, o casi de cualquier hombre de letras de la época; en semblanzas biográficas, subgénero característico del momento, mezcla de retrato moral, panegírico y valoración literaria, cultivado, entre otros, por José María Torres Caicedo (*Ensayos biográficos y de crítica literaria*), Soledad Acosta (*Biografías de hombres ilustres o notables*), José María Samper (*Galería nacional de hombres ilustres y notables*), Isidoro Laverde Amaya (*Fisonomías literarias de colombianos*); y finalmente, no hay que olvidar el discurso académico o político, e incluso el sermón, género al cual pertenecen algunas de las más interesantes páginas de la crítica en nuestra literatura, por ejemplo, los elogios fúnebres y oraciones conmemorativas, pronunciados en ocasiones diversas por Marco Fidel Suárez, Antonio Gómez Restrepo o monseñor Rafael María Carrasquilla.



José María Vergara y Vergara. Oleo de Inés Acevedo Biester. Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.

La crítica literaria del siglo XIX se encuentra dispersa en múltiples géneros. Quien no conozca, valga por caso, algunos de los epistolarios de la época, difícilmente sabrá de ciertos problemas que entonces se debatían por carta pública o privada, como puede verse en las que dirigió Miguel Antonio Caro contra Baldomero Sanín Cano y en las respuestas de éste, en interesante y agria polémica sobre las traducciones literarias. El mismo Caro reunió una gran cantidad de información y enjuiciamiento crítico en su intercambio epistolar con Marcelino Menéndez y Pelayo. Dígase lo mismo de las cartas de Rufino José Cuervo, o de las de José Asunción Silva a Sanín Cano, o las de Rafael Pombo a Henry W. Longfellow.

Durante la centuria pasada no hubo en Colombia ningún crítico literario profesional ni cosa que se le parezca. La actividad periodística diaria daba muy amplia cabida al comentario literario, pero éste no constituía una función especializada sino sólo un aspecto dentro de una abigarrada y a veces confusa variedad de intereses. Antonio Gómez Restrepo, quizá la figura más cercana al crítico de profesión, situado a medias entre los siglos XIX y XX, se mantuvo lejos de una concepción autónoma del oficio y perse-



José María Torres Caicedo.
Litografía de Daniel Ayala e Ignacio Medrano publicada en "El Iris", agosto de 1866.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

veró en la fórmula crítica heterónoma en la que lo religioso, lo político y lo estético forman un todo inseparable y a veces inverosímil, como cuando elogia a un poeta porque sus versos «se derraman al pie del altar», «con aroma de incienso y olor de nardo evangélico». También el imperio de la gramática se prolongó durante mucho tiempo como criterio de evaluación literaria y se mantuvo imperturbable como fuente de juicios supuestamente estéticos hasta bien entrado el siglo XX. Podría decirse que las pugnas por la gramática o contra ésta hicieron parte de nuestras luchas banderizas. «El que altera perversamente la sintaxis no sólo es prevaricador del habla sino de su raza y de su patria», escribió Marco Fidel Suárez en 1910, en discurso conmemorativo del primer centenario de la Independencia. Gramática, religión y patria formaban una trinidad indisoluble para las mentes conservadoras. En el contexto de ciertas polémicas, Miguel Antonio Caro dejaba entrever que, para él, liberalismo significaba, en el campo literario, el intento malsano de emanciparse de las normas clásicas, de los estudios humanísticos como el latín y el derecho romano, y la pretensión de fundar la cultura en la ciencia positiva y en la experiencia, prescindiendo de las verdades trascendentes y del magisterio eclesiástico.

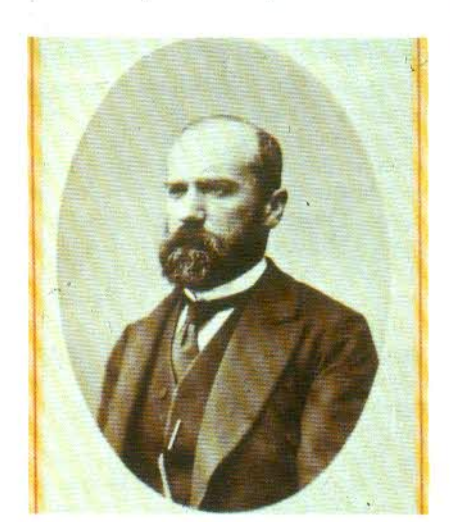
CRÍTICA SOCIOLÓGICA: CAMACHO ROLDÁN

Algunas de las tareas de la crítica en el siglo XIX consistieron, para ciertos sectores, en independizar el juicio con respecto a la autoridad de la tradición y de los modelos antiguos. Se trataba de fundamentar el criterio y el gusto literarios en premisas derivadas de la razón y del análisis científico, con la intención de desatar los vínculos de la literatura y de la crítica con los dogmas religiosos y los principios considerados incontrovertibles, para fundar una cultura moderna, autónoma y secular. Sanín Cano sostenía que el sello principal que distinguió a la época romántica fue el intento por «libertar la conciencia del escritor». El romanticismo, según él, se apoyó en la naturaleza de las cosas, no en las reglas, y «desconoció en literatura y en filosofía el principio de autoridad». La verdad no depende de la veneración de los siglos sino de los resultados del conocimiento experimental. El realzamiento del individuo y de la personalidad como bases de la creación literaria y del juicio crítico hizo reventar las riendas de una actividad que hasta entonces se reducía a la salvaguardia de preceptos abstractos, desligados de la historia.

Estudio de Gutiérrez González

A mediados del siglo, Salvador Camacho Roldán (1827-1900) afirmaba, en un estudio sobre la obra poética de Gregorio Gutiérrez González, que «como todas las ciencias, la poesía tiene por base la observación y la experiencia». Sociólogo positivista y mentalidad ilustrada, Camacho Roldán veía las tareas del poeta en íntima relación con las de la ciencia y la técnica. Estas ya han conquistado buena parte de la naturaleza para servicio del hombre, han logrado una alianza con el viento y el fuego, para decirlo con su poética expresión, y han ocupado los territorios que fueron privilegio de la fantasía: cumbres y abismos, firmamento y océanos. La función del poeta en la sociedad moderna consistiría en descubrir una belleza correspondiente a la verdad real de los hechos. La poesía debe acompañar al trabajador y ennoblecer su faena, asociar el espíritu y la imaginación con las fuerzas materiales que operan en la historia y hacer que las penas y sudores del obrero obtengan el reconocimiento y la estimación de la sociedad. Tales son los presupuestos para encomiar el valor poético de la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia* (1866), de Gutiérrez González. Es el más elevado de los poemas en la literatura colombiana por ser el más «civilizador», el canto «republicano» por excelencia. Describir la vida real y ser expresión de lo verdadero, tal parece lo esencial para enjuiciar una obra literaria, sea ella novela o poema.

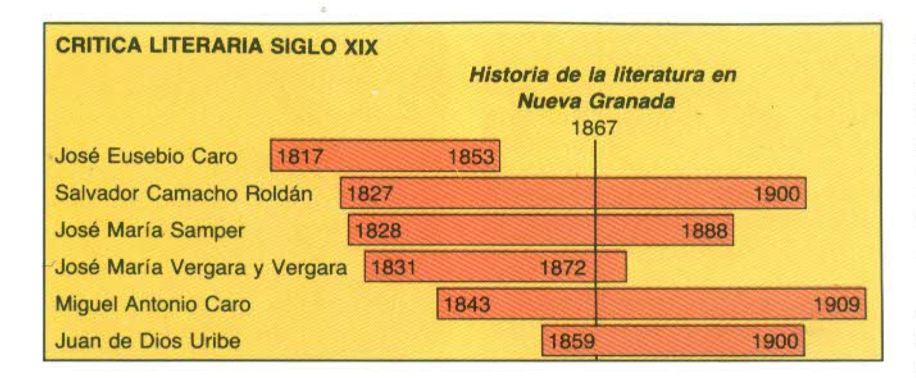
Frente a semejantes reducciones de lo poético a simple embellecimiento o adorno de lo ya sabido, algunos románticos resaltaron el valor de lo misterioso, lo desconocido, como esencia de la poesía. Rafael Núñez fue uno de los que más decididamente reclamaron para la poesía una virtud de conocimiento más allá de la ciencia positiva. La misión del poeta en la civilización contemporánea, burguesa y materialista, era para él, lo mismo que para Rafael Pombo y José María Samper, salvaguardar lo religioso en el hombre y conducirlo por los caminos de «lo inescrutable». Pero ninguno de ellos piensa en trascender las fronteras del saber racional a la manera del gran visionario romántico, estilo William Blake o Percy B. Shelley. Todos piensan en la identidad entre religión y poesía, sin mayores concesiones a la aventura individual en el "arcano", palabra ésta tan del gusto de la época. Revelación significaba para ellos, poco más o menos, ortodoxia católica.



Salvador Camacho Roldán.
Fotografía de autor anónimo, ca. 1875.
Colección Félix Tisnés, Bogotá.

Estudio de *Manuela*

El otro estudio crítico literario de Camacho Roldán, el consagrado a la novela de Eugenio Díaz, *Manuela* (1858), enfatiza el aspecto documental de la obra. La gran tradición de la novela es, para él, la de la novela «de costumbres» y allí clasifica las obras de Charles Dickens, Honoré de Balzac, Nico-



lai Gogol, León Tolstoi. No son obras de imaginación, en el sentido en que lo fueron las epopeyas, sino documentos sociales, «casi una provincia de la historia y un documento de estudio y análisis para las ciencias sociales». *Manuela* pertenece a ese tipo de literatura y el crítico la elogia por ser la primera voz que se levanta en la literatura colombiana para denunciar la situación del pueblo y las injusticias de que es víctima. El servicio público de la novela consiste en despertar la conciencia social y advertir sobre los males de la sociedad. De ahí la absoluta necesidad de que sea realista en la pintura de las costumbres y contemporánea en sus temas.

BÚSQUEDA DE UNA LITERATURA NACIONAL

Vergara y Vergara

Otro punto que resalta Camacho Roldán, tanto en el poema de Gutiérrez González como en la novela de Eugenio Díaz, es el ingrediente regional, germen de una futura literatura nacional, todavía lejana por las dificultades de integración, pero en todo caso deseable y, más aún, necesaria. El tema de la literatura nacional fue uno de los fundamentales en los debates críticos de la época. La historia literaria, tal como la concibió José María Vergara y Vergara (1831-1872), no tuvo otro propósito sino el de buscar en el pasado las raíces de la identidad nacional. La cuestión del legado colonial se convirtió en una fuente de controversias al mismo tiempo culturales y partidistas. La opinión de Vergara y Vergara es que el rostro verdadero de la literatura patria sólo puede comprenderse si se aprende a distinguir sus rasgos principales en el de la madre España. El concibe la literatura de la Nueva Granada como «una sección de la literatura castellana aclimatada entre las selvas de los Andes granadinos». Sin embargo, aseguraba que las diferencias con España en lo que respecta a la topografía, las costumbres, los climas, el lenguaje alterado por los dialectos, hacían imposible seguir el mismo camino de la literatura española y obligaban a buscar una expresión propia. Defendió, en especial, la conveniencia de romper con la rigidez de las normas retóricas impuestas por la imitación clásica. Ni los versos eruditos ni los temas de la tradición literaria europea resultaban oportunos para un nuevo mundo, recién descubierto y fresco para la imaginación. Vergara se muestra partidario de la originalidad en contra no sólo de la imitación de modelos clásicos sino también de cualquier restricción al sentimiento y a la espontaneidad, criterios para él decisivos en la valoración de las obras literarias.

La búsqueda de lo nacional y el acatamiento del principio de la espontaneidad lo conducen a la exploración de la poesía popular, pues la nacionalización de la cultura es un proyecto que difícilmente puede cumplirse en el marco de una literatura de élite. Todas estas inquietudes, y las valoraciones a ellas correspondientes, provienen sin duda de la ideología romántica, de la cual Vergara fue adepto, pese a todas sus objeciones contra la influencia francesa. De allí procede su interés por captar la autenticidad nacional en la vivencia inmediata de lo cotidiano expresada por el canto popular. Pero Vergara se encuentra, igual que Camacho Roldán y Samper, con la diversidad racial, con tradiciones culturales distintas y con una cantidad de regiones aisladas sin otra unidad que la del idioma y la de ciertos patrones expresivos que provienen de aquél. Esa diversidad sólo podrá encontrar el camino de su unidad en una historia común. Sólo una historia propia, en la que se sientan identificados los diversos grupos raciales y culturales, proporcionará el sentimiento de una sola patria y el piso común para una cultura nacional unificada. Esta, sin embargo, tiene un canal privilegiado, antes que en lo popular, en la novela de costumbres, afirma Vergara. Es allí donde se alcanza a vislumbrar una expresión propia, una escuela nacional.

José María Samper

José María Samper (1828-1888) compartía las mismas inquietudes nacionalistas de Vergara y Vergara, que eran para entonces un patrimonio de Hispanoamérica. La novela aparecía como una solución sociológica, el género más apropiado para educar al pueblo y adoctrinarlo en términos políticos. La novela debe ser histórica o, al menos, muy próxima a la leyenda popular, sostenía en México Ignacio Manuel Altamirano, por esta misma época. Los jóvenes narradores no deberían perder de vista que escriben para un público que comienza apenas a ilustrarse y por ello el estilo debiera ser sencillo y poético, fácil de comprender para todos, y en especial para las mujeres, pues —se pensaba entonces— ellas son las destinatarias por excelencia de las obras novelescas. En Colombia, Soledad Acosta de Samper difundió activamente el género entre el público femenino, a través de publicaciones seriadas; y privilegió, como lo pedía Altamirano, el tema histórico americano. Pero la colombiana buscaba efectos piadosos y conservadores, mientras que el mexicano pretendía una educación laica, ilustrada y moderna.



José María Samper.
Grabado impreso en París por Lemercier.
Colección Santiago Samper Trainer, Bogotá.

En un comentario a la novela *Tránsito* (1886), de Luis Segundo de Silvestre, José María Samper enumera las ventajas de la narrativa de costumbres: describe y analiza el carácter y los hábitos cotidianos de los pueblos y de los individuos, entretiene y alivia el espíritu agobiado en las faenas y preocupaciones de la existencia diaria y, al mismo tiempo, educa y moraliza. Como «múltiple espejo de la verdad», el género novelesco estaba llamado a convertirse en un instrumento indispensable de conocimiento del hombre y del medio geográfico, de la sociedad y de la historia. Pero, para ello, debía permanecer «fiel a la verdad de los hechos». Igual que Camacho Roldán, Samper veía en la literatura realista, ante todo, un documento sociológico y un vehículo civilizador.

Contra lo romántico y novelesco: los Caro

Argumentos morales y pedagógicos esgrimieron José Eusebio y Miguel Antonio Caro en contra de la novela y de su difusión «peligrosa» entre las gentes de la Nueva Granada. Una de las objeciones principales se dirigía, exactamente, al exceso de realismo y a su consiguiente «falta de idealidad», grave defecto pues el «ideal» es la esencia misma del arte y de la verdad, según Miguel Antonio Caro. La ficción literaria y la inundación de novelas han contribuido a hacer frívolos a los hombres modernos, asegura José Eusebio Caro (1817-1853) en una carta de 1852, dirigida a Julio Arboleda. El gusto se ha ido viciando por las «lecturas excitantes»; las obras serias han cedido su lugar en el favor del público y los resultados son perceptibles en la vida moral y religiosa. El fervor romántico por las narraciones novelescas de Walter Scott, Victor Hugo, Alexandre Dumas, George Sand y Eugène Sue, le merece a Caro un solo calificativo: «detestable». «Ellos son —afirma— los que han plagado a la España y a la América del Sur de ficción y de mentira».



Miguel Antonio Caro.
Grabado de Antonio Rodríguez,
Colombia Ilustrada, marzo de 1892.

Miguel Antonio Caro (1843-1909) consideraba los términos «romántico», «novelesco» y «moderno» como equivalentes y por igual perniciosos. En su artículo sobre *El Quijote* se esfuerza por clasificar esta obra al lado de las grandes epopeyas, para absolverla por la misma vía de todos los pecados de la novela. Combatió cuanto pudo contra la influencia romántica en la literatura de lengua castellana, pues advirtió en el romanticismo, lo mismo que en la novela, una puerta abierta para el exceso de fantasía, la mera diversión literaria sin responsabilidad moral y la derrota definitiva de los principios clásicos. Frente a la polémica que sostuvo Andrés Bello con los jóvenes románticos argentinos exiliados en Chile, tomó partido a favor del primero y calificó la posición de Domingo Faustino Sarmiento como «un género de liberalismo, mitad francés y revolucionario, mitad llanero y feroz». Veía muy clara la alianza entre liberalismo y romanticismo en América. La batalla por el clasicismo debía constituir, en su opinión, un baluarte contra el avance de la barbarie. Los adversarios de Bello desconocían, según él, la gramática castellana, se burlaban de los modelos eternos del arte literario, condenaban el estudio del latín y de las humanidades, y creían que en literatura, lo mismo que en política, el único principio válido era la libertad y apoyarse en las propias fuerzas. Con la defensa de Bello, Caro entendía asumir todo un programa de fidelidad a las fuentes clásicas del arte y a la tradición católica española. Sus eruditos estudios sobre Virgilio y sobre Andrés Bello formaban parte de ese ambicioso programa.

Por otra parte, Miguel Antonio Caro replanteó la cuestión de la literatura nacional, en términos muy diferentes a los románticos. Estos, según él, favorecían el neologismo lingüístico y el afrancesamiento mental. Disgregaban en múltiples dialectos y en



Juan de Dios "El Indio" Uribe.
Fotografía de la Colección J.J. Herrera,
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

ficticias diversidades regionales la verdadera identidad cultural hispanoamericana. La unidad religiosa en una sola Iglesia, la católica, la unidad lingüística y el espíritu de la raza española: éstos eran los únicos y verdaderos fundamentos de una identidad nacional en toda Hispanoamérica, según Caro.

Crítica liberal: "El Indio" Uribe

Un crítico liberal como Juan de Dios "el Indio" Uribe (1859-1900) —en los antípodas de Caro— no podía menos que enfatizar la alianza de la literatura con el pensamiento moderno, «ilustrado» y «científico», para arremeter a su vez contra la poesía religiosa que «arraiga en extravagantes esperanzas». Así planteaba un antagonismo histórico entre librepensamiento y autoridad, representada esta última en la tradición colonial, católica y española. A la poesía hispánica, de fondo dogmático, había que responder, en su concepto, con una «poesía liberal», estilo Victor Hugo. Una poesía que atendiese a la nueva concepción del hombre, no ya religiosa sino científica, esto es, racional, evolucionista y determinista. Ser moderno implicaba, para Uribe, todo un programa antihispanista y anticatólico, ideario que trasladó directamente a la poesía. Los nuevos asuntos de ésta habían de ser los progresos de la democracia, las conquistas de la ciencia y del trabajo humano, las guerras contra el despotismo, los héroes y mártires de la libertad. «Todo inspira al poeta liberal y lo entusiasma; hasta el cielo —ese

sueño pernicioso—, para arrojar de él a los dioses; hasta el alma —ese capricho del miedo—, para hundirla en la nada». Entre los poetas liberales de Colombia destacaba tres nombres: Diógenes Arrieta, Antonio José Restrepo y Candelario Obeso.

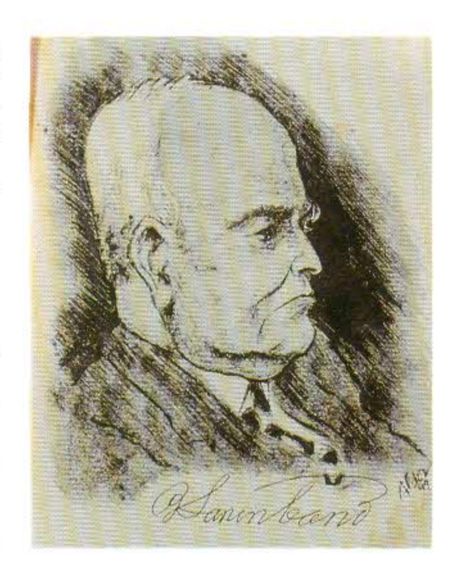
Hacia una valoración estética

La crítica literaria del siglo XIX mantuvo así una alta temperatura polémica, entrecruzando los argumentos políticos y religiosos con los literarios. En ese punto, Baldomero Sanín Cano vendría a proclamar la importancia de separar lo estético de los otros valores en la obra literaria y proceder a una crítica valorativa en los límites exclusivos del logro artístico. Por un tiempo el modernismo, Silva y Sanín Cano a la cabeza, contribuiría a despolitizar la literatura. Pero la línea que traza los límites entre la crítica estética y la crítica moral y social nunca es suficientemente clara. Ni su necesidad, u oportunidad, igual de evidente en todas las épocas.

Crítica literaria del siglo XX

Sanín Cano

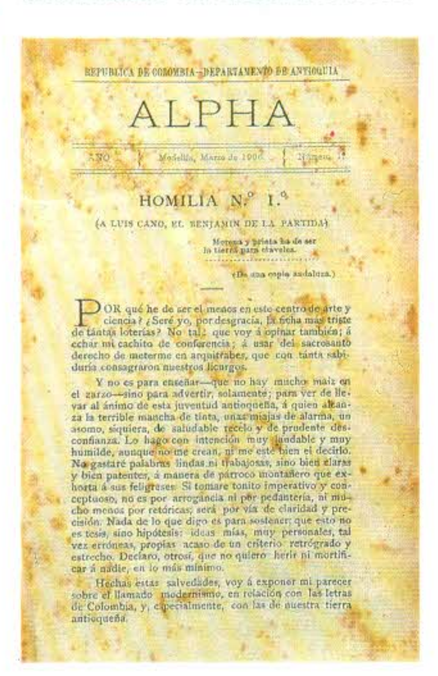
Entre el romanticismo, el positivismo y un clasicismo de tradición latina e hispánica, la crítica del siglo XIX se movió casi sin excepción en la idea utilitaria de la literatura, ya fuese como guardiana del orden moral o del sentir religioso, ya como fuerza civilizadora, de ilustración y modernización. Al finalizar el siglo, el modernismo trajo consigo una nueva concepción fundada en la autonomía del valor estético. Baldomero Sanín Cano (1861-1957) fue el primero en plantearla. Su artículo sobre "Núñez, poeta" (1888) subraya el contraste de los pocos y escogidos, «que adoran el arte por el arte», y los que hacen de la poesía un «utensilio político», entre los cuales coloca a Rafael Núñez. Anteponer el sentido de lo bello a toda otra clase de consideraciones sonaba no solamente inusitado sino disolvente. Sanín Cano lo proponía con plena advertencia de lo que ello significaba para una tan larga tradición de literatura instrumental, o *ancilar*, como fue denominada por Alfonso Reyes. El esteticismo fue visto como producto de una influencia malsana de los decadentes franceses. Para Sanín fue



Baldomero Sanín Cano. Dibujo de Peter Aldor, 1949.

ante todo una oportunidad de demostrar que el arte no debe ser subyugado por el poder de los Estados, las iglesias o los partidos. Es un fin en sí mismo y no un medio para otros fines, escribió en su magnífico ensayo "De lo exótico". No debería volverse arma de un pueblo, de una raza o de una secta, contra otros; ni ser un «recurso de dominación o de exterminio». Era otra manera de presentar la vieja cuestión de las relaciones entre arte y sociedad, pero esta vez con un enfoque moderno, desde presupuestos nuevos: la distancia entre el poeta y la civilización moderna no es un vacío o una torre de marfil sino que se llena con una actitud crítica, de cuestionamiento y, a veces, de rechazo. Así, por ejemplo, José Asunción Silva no fue un poeta militante de facción política o de secta religiosa, pero su oposición como artista fue crítica por independiente y distanciada.

Más subversivo aún resultaba en esa época postular un arte fundado exclusivamente en la experiencia, no ya en la obtenida por métodos científicos, como querían los críticos positivistas anteriores, sino en la del individuo autónomo. Declarar que no existen verdades universales capaces de legitimar la poesía y que ésta ha de validarse, en consecuencia, por la fuerza exclusiva de la verdad subjetiva era ya demasiado, no sólo para los defensores de una literatura dogmática al servicio de la Iglesia, sino también para los partidarios de la ciencia y de la ilustración. «El arte se basta a sí mismo», afirmó Sanín Cano. De igual modo, frente a la cuestión de la literatura nacional y de la cultura como identidad, sostuvo que el único deber del escritor era apropiarse del pensamiento moderno, sin distingos raciales o regionales. «El arte es universal», según él, y para respaldarlo hizo suya la sentencia de Johann W. Goethe: «que bajo un mismo cielo todos los pueblos se regocijen buenamente de tener una misma hacienda». Sanín Cano se atrevió a defender un «exotismo de las ideas, de los estados del alma, de los sentimientos inexplorados», en contraposición al exotismo romántico del paisaje y del color local. Lejos de intentar una literatura de identificación nacional, el escritor moderno andaba, según él, en busca del espíritu humano en su complejidad universal. Reducirse a los límites de lo hispánico, por ejemplo, sería «miseria intelectual». «Las gentes nuevas del Nuevo Mundo tienen derecho a toda la vida del pensamiento», proclamó. Proscribir lo extranjero para enaltecer lo propio le parecía mezquino; mucho más humano y más elegante resultaba ensanchar los gustos y la curiosidad intelectual hasta abarcar el mundo, sin detenerse en España o en Francia. Por su parte, se interesó en las literaturas alemana e inglesa, en la rusa y en la escandinava, tanto como en la hispanoamericana. Su intención fue rom-



REPÚBLICA DE COLOMBIA—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

ALPHA

AÑO | Medellín, Marzo de 1906 | Número

HOMILÍA N.° 1.°

(A LUIS CANO, EL BENJAMÍN DE LA PARTIDA)

Morena y prieta ha de ser
la tierra para claveles.
....

(De una copla andaluza.)

POR qué he de ser el menos en este centro de arte y ciencia? ¿Seré yo, por desgracia, la ficha más triste de tantas loterías? No tal; que voy á opinar también; á echar mi cachito de conferencia; á usar del sacrosanto derecho de meterme en arquitrabes, que con tánta sabiduría consagraron nuestros licurgos.

Y no es para enseñar—que no hay mucho maíz en el zarzo—sino para advertir, solamente; para ver de llevar al ánimo de esta juventud antioqueña, á quien alcanza la terrible mancha de tinta, unas miajas de alarma, un asomo, siquiera, de saludable recelo y de prudente desconfianza. Lo hago con intención muy laudable y muy humilde, aunque no me crean, ni me esté bien el decirlo. No gastaré palabras lindas ni trabajosas, sino bien claras y bien patentes, á manera de párroco montañero que exhorta á sus feligreses. Si tomare tonito imperativo y conceptuoso, no es por arrogancia ni por pedantería, ni mucho menos por retóricas; será por vía de claridad y precisión. Nada de lo que digo es para sostener; que esto no es tesis, sino hipótesis: ideas mías, muy personales, tal vez erróneas, propias acaso de un criterio retrógrado y estrecho. Declaro, otrosí, que no quiero herir ni mortificar á nadie, en lo más mínimo.

Hechas estas salvedades, voy á exponer mi parecer sobre el llamado modernismo, en relación con las letras de Colombia, y, especialmente, con las de nuestra tierra antioqueña.

Primer número de la revista "Alpha", editada por Mariano Ospina Vásquez, Antonio J. Cano y Jorge de la Cruz. Medellín, marzo de 1906. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

afirma. Despertar la solidaridad entre los hombres y estrechar los vínculos ideológicos y emotivos entre ellos es parte esencial de la función social del arte. Por ello la poesía no debe ser hermética ni esotérica como la quieren los modernistas. Debe ser reflejo de la vida, expresión de lo verdadero en lo bello. Carrasquilla celebra, en su papel de crítico, la aparición de obras como *Tierra virgen*, de Eduardo Zuleta, y sostiene que sólo el realismo literario, la literatura que refleja la vida como es, con su falta de sentido y de orden, con sus determinaciones regionales y temporales, puede contribuir a la creación de una cultura nacional. De Guillermo Valencia, por ejemplo, dice que en su manía de imitación europea, por los temas y las formas elegidos, parece «un extraño en su casa». Silva, en cambio, le parece un poeta más natural y sincero.



Antonio Gómez Restrepo. Oleo de Inés Acevedo Biester, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

per esos cordones sanitarios que aíslan las provincias literarias como si se tratase de protegerlas contra el contagio de lo extraño.

Ideas como las anteriores recibieron el respaldo de un grupo de jóvenes escritores que las difundieron a través de publicaciones seriadas como la *Revista Gris* (1892-1896), la *Revista Contemporánea* (1904-1905) y *Trofeos* (1906-1908), dirigidas y animadas, la primera por Max Grillo, Ricardo Tirado Macías y Salomón Ponce Aguilera, la segunda por Sanín Cano y la tercera por Víctor Manuel Londoño. Se trataba, por entonces, de ser modernos, y eso fue lo que se propusieron los colaboradores de esas publicaciones. Lo que significaba ser moderno tenía mucho que ver con mentalidad cosmopolita, anhelo de universalidad y de contemporaneidad, amplitud temática más allá de lo autóctono y libertad formal sin las ataduras del modelo clásico. Es, precisamente, la adopción de nuevos maestros literarios lo que definirá con más claridad las fronteras de la modernidad en aquel momento: Charles Baudelaire, Paul Bourget, Anatole France, Friedrich Nietzsche, Oscar Wilde, Gabriele d'Annunzio, proporcionan los nuevos patrones de sensibilidad, pensamiento y estilo.

Reacción nacionalista: Tomás Carrasquilla

La réplica más aguda y de contenido doctrinario más consistente vino en las páginas de una revista de Antioquia, *Alpha*(1906-1912), con la firma de Tomás Carrasquilla (1858-1940). El novelista salió por los fueros del nacionalismo literario y en defensa del arte utilitario. Los fines pedagógicos y humanitarios son inherentes a la literatura,

Antonio Gómez Restrepo

Desde el lado de la tradición hispánica y preceptista, Antonio Gómez Restrepo (1869-1947) ensayó argumentos menos contundentes, no sólo contra el modernismo sino contra toda manifestación de modernidad en la literatura colombiana. El "espíritu nacional" se resumía para él en la tradición clásica latina, «sobre fondo romántico», la herencia histórica y cultural española, y la religión católica. Los modelos dignos de imitación para los jóvenes escritores de los años veinte —en un siglo ya trastornado por la primera guerra mundial y por los estallidos de las vanguardias artísticas— seguían siendo Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo. La vaguedad y la sugerencia, las inciertas penumbras de los simbolistas, no se habían hecho, según él, para la poesía de lengua castellana. Los modernistas, apropiándose de esa influencia extraña al ser propio de la cultura hispánica, adulteraron el sentido estético y moral de nuestras letras.

Fue un «doctrinario» —escribe de él Rafael Maya— convencido de la identidad entre religión y poesía. «Educado en los cánones de la filosofía tradicional, creía en el sentido absoluto de la belleza, como consecuencia de sus ideas metafísicas», continúa Maya en *Letras y letrados*. Llevó esas convicciones a la crítica literaria y juzgó con criterio apriorístico las bondades de la poesía religiosa, la escrita por poetas católicos. Pobló, en consecuencia, sus páginas de historia literaria con nombres de sacerdotes y

CRITICA LITERARIA, SIGLO XX

Maya: *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana* 1944

Baldomero Sanín Cano	1861	1957
Carlos Arturo Torres	1867	1911
Antonio Gómez Restrepo	1869	1946
Eduardo Castillo	1889	1938
Rafael Maya	1898	1980
Luis Tejada	1898	1924
Jorge Zalamea	1905	1969
Hernando Téllez	1908	1966
Jorge Gaitán Durán	1924	1962
Hernando Valencia Goelkel	1928	



Eduardo Castillo.
Caricatura de Ricardo Rendón.

religiosos, y abundó en valoraciones motivadas por consideraciones piadosas.

Crítica antiacadémica y personal

Algunos escritores colombianos de comienzos de siglo se enfrentaron al problema histórico de la modernidad en cuanto privación de todo fundamento metafísico y ausencia de verdades trascendentales que legitimasen *a priori* las obras de arte. El hundimiento simultáneo de la preceptiva y, por consiguiente, de valoraciones críticas basadas en normas de universal aceptación, puso al crítico frente al dilema de apoyarse en el gusto y las impresiones subjetivas o sustentarse en alguna de las vertientes filosóficas o científicas del pensamiento moderno. Eduardo Castillo (1889-1938), por ejemplo, opta por la primera alternativa. La valoración crítica en literatura deriva, según él, ante todo de la sensibilidad, del temperamento y de los gustos artísticos del crítico, así como de la influencia de sus lecturas habituales y de otros factores psicológicos que, al entrar en juego, convierten el juicio en algo esencialmente subjetivo. Sus maestros fueron en esto Anatole France y Oscar Wilde. Y el arquetipo ideal del crítico —para él, como para Silva y los modernistas en general— encarnaba en el así llamado «lector artista». Si la finalidad del arte consistía, según su concepción, en la belleza misma y su puro deleite, la relación crítica mal podía derivar de otra fuente que no fuese la sensibilidad. Su esteticismo se enfrentó desarmado a las novedades de la vanguardia. Sus preferencias se mantuvieron firmes en el simbolismo, en Silva y Valencia, en el "buen gusto" modernista.

Saturnino Restrepo descargó, desde las revistas *El Montañés* y *Alpha* de Medellín, toda una salva de conceptos revaluadores, afincados en la filosofía de Nietzsche. Exigió una revisión del canon de obras y autores consagrados en la literatura colombiana y declaró que ninguna clasificación puede tomarse por definitiva ni existen valoraciones críticas que no requieran cuestionamiento periódico. Puso de presente la ambigüedad de la fama literaria en Colombia, donde los nombres que pueblan el Parnaso vienen a ser, en su gran mayoría, personajes de la vida pública, sin que sea fácil discernir su valía literaria de su importancia política. La consagración poética de un Julio Arboleda o de un Rafael Núñez, por ejemplo, podría no ser otra cosa que reflejo de las pasiones banderizas que aún determinan las jerarquías en la historia literaria del país. Descreyó de todos los dogmas y desconfió de los juicios absolutos. En 1899 escribió sobre Silva, Valencia y el modernismo uno de los más inteligentes análisis que se hayan hecho hasta hoy sobre el tema. Tuvo a su cargo las "Notas editoriales" de *Alpha*, sección de comentarios breves sobre actualidad literaria; allí se ocupó de nombres como Marcel Schwob, Nietzsche, Herbert Spencer, Baudelaire, Jean-Jacques Rousseau. Tomó posición en contra del nacionalismo literario y favoreció la idea de una cultura y un criterio de amplitud universal. La función de la crítica —escribió— consiste en «emancipar el entendimiento de la limitación de los sistemas y prestarle armas al individuo contra la disciplina de las reglas sin excepción y de las exigencias gregarias de la certidumbre».

Modernidad y formación universal

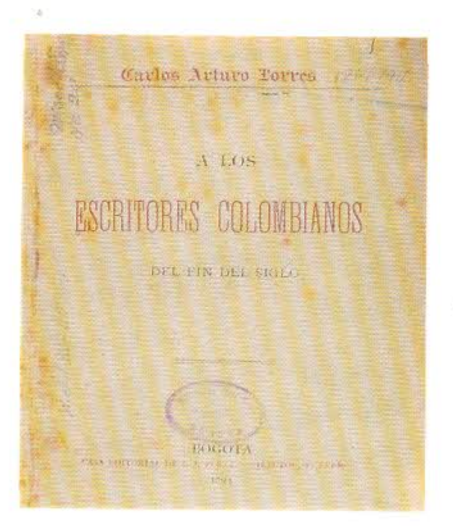
Desde sus primeros fervores esteticistas, Baldomero Sanín Cano se había apropiado de algunas ideas de Nietzsche, que utilizaba muy provocadoramente, con todo el poder de escándalo que contenían; como cuando sostuvo en 1904, en el contexto de una polémica sobre el impresionismo desarrollada en las páginas de la *Revista Contemporánea*, que si bien los pintores de aquella corriente no representaban la realidad tal cual era e incluso la distorsionaban y falseaban, «nosotros sabemos que el ser una cosa falsa no quiere decir que carezca de aptitudes para realzar los valores vitales». Valorar el arte por su aptitud para exaltar la vida, aun en contra de la verdad, era una aproximación estética muy poco ortodoxa, de hecho inaceptable para sus contemporáneos, incluidos los de criterio más avanzado como Grillo y Ricardo Hinestrosa Daza, sus contrincantes en aquella ocasión. También el ensayo "De lo exótico" termina nietzscheanamente, con una conclusión muy poco tranquilizadora para sus lectores: «Las letras no pueden vivir seguidamente de unos mismos valores. Si cambia por causa de la experiencia acumulada, o en razón de hipótesis científicas más o menos plausibles, la manera de entender el universo, la de apreciarlo, deben modifi-

carse también las perspectivas morales. Los valores éticos se van alterando. Es preciso ir haciendo una revisión de ellos a medida que las ideas cambian. Parte del malestar que se siente hoy por dondequiera, nace de que ciertas conclusiones de la ciencia se han impuesto brutalmente en la vida, al paso que el código de los valores morales sigue siendo el mismo, el que corresponde a otra visión del mundo y a otra etapa de los conocimientos. Hay necesidad, como dijo el filósofo inmisericorde, de revaluar todos los valores. Prepararnos para tamaña empresa es uno de los oficios que ha de llenar, sin precipitación, el estudio de las literaturas extranjeras».

Fue, sin embargo, el encuentro con la obra del escritor danés Georg Brandes lo que más definitivamente contribuyó a precisar las líneas de orientación metodológica de Sanín Cano. Las tareas de la crítica se delimitan en el sentido de dilucidar las relaciones del arte y la literatura con la vida espiritual de la época. Y para ello, el crítico tiene que sumergirse en el saber de su tiempo, comprenderlo, captarlo en sus variantes y disidencias a través de las obras; debe además asignar a cada autor y a cada texto su posición en la historia de las ideas y de las formas artísticas. Así lo hizo él, por ejemplo, en el caso de Silva y Valencia, señalando, como pocos podían hacerlo en ese momento, las conexiones del modernismo hispanoamericano con las corrientes modernas del pensamiento y del arte europeos. Eso también explica el porqué de la amplia lista de autores extranjeros que leyó y a los que dedicó ensayos de ánimo divulgativo o polémico: Hyppolite Taine, John Ruskin, Spencer, Nietzsche, Georg Brandes, Giosue Carducci, Rémy de Gourmont.

Carlos Arturo Torres

A Carlos Arturo Torres (1867-1911), igual que a Sanín Cano, lo preocupó la modernización de la literatura colombiana. Y, al contrario de Gómez Restrepo, vio la necesidad de entroncarla en la cultura europea moderna y no en una supuesta tradición clásica o hispana. Para definir lo que entendía por cultura moderna no encontró un término más adecuado que el de «espíritu crítico». La adhesión del escritor no había de dirigirse tanto a las verdades de la ciencia positiva, asumidas como dogmas inconmovibles, sino a la actitud de revisarlas y cuestionarlas permanentemente para evitar que se convirtiesen en supersticiones. Frente al modernismo y a la poesía "exclusivamente artística", Torres se mostró partidario de la «literatura de ideas» y de servicio público. Su criterio para juzgar las obras literarias se resume en una palabra que tomó de la estética de Jean-Marie Guyau: «seriedad». Es el artista mismo quien contribuye a la depreciación de su arte cuando lo reduce a mero juego de colores o sonidos, a simple cuestión de procedimientos y de habilidad técnica. Torres contrastó repetidas veces la «seriedad» y «trascendencia» de los poetas que prefería —Gaspar Núñez de Arce, Victor Hugo, Alfred de Vigny— con el «dilettantismo» de los modernistas para los cuales la belleza era un efecto de impresión y refinamiento sensorial. Una literatura penetrada de fines sociales y de ideas filosóficas y científicas era lo que proponía como paradigma para el escritor de Hispanoamérica; un tipo ideal que reuniese en síntesis al artista, al pensador y al pedagogo. Nombres como el de José Enrique Rodó, el de Enrique José Varona, el de Manuel González Prada, se aproximaron —en su opinión— a ese modelo.



Portada de "A los escritores colombianos del fin del siglo", de Carlos Arturo Torres. Bogotá, J.J. Pérez, 1894, Biblioteca Nacional, Bogotá.

Vanguardia y revolución: Luis Tejada

Hacia 1924, Luis Tejada (1898-1924) cree llegado el momento de enterrar la estética del modernismo y adherir a las nuevas corrientes de la vanguardia, como el futurismo, y del pensamiento social, como el marxismo. «Ya es tiempo de torcerle el cuello a la música», escribe. Y endereza su embate contra el vocabulario convencionalmente poético, contra los metros musicales, contra el tono cantado de la lírica. El poeta nuevo del momento era, según esos patrones críticos, Luis Vidales. *Suenan timbres* aparecía como un compendio de lo que Tejada entendía por poesía moderna: humor, temas cotidianos y vulgares pero asumidos desde un punto de vista insólito, alianza de la novedad estética con la revolución social.

Tejada habría suscrito la afirmación de Rafael Maya: «el primer verso descoyuntado indicaba que algo se había roto, igualmente, en la conciencia humana». Pero la habría interpretado y sentido al revés. Maya lamenta el desequilibrio espiritual que se anuncia tras la quiebra del ritmo silábico y «el tiempo sin escrúpulos, sin piedad y sin belleza» que presagian las rupturas del arte nuevo. Tejada ve con preocupación que en Colombia no suceda nada de eso que su contemporáneo tanto teme. Por «falta de inquietud» y por «incapacidad mental», la juventud colombiana seguía rindiendo culto a los viejos ídolos: la gramática y los dogmas católicos. «No puede eliminar la gramática una generación que no tiene ideas nuevas, ni experimenta sensaciones nuevas», escribió en una crónica titulada "La gramática y la revolución", cuya tesis central se dirige a demostrar la inevitable caída de las supersticiones gramaticales, a la par con otras venerables instituciones, en los períodos de conmoción revolucionaria.

Maya: una crítica conservadora

Rafael Maya (1898-1980) representa, en medida, la prolongación de ciertos criterios y de ciertos valores de raigambre clásica en la literatura colombiana del presente siglo. Criticó duramente la estética de las vanguardias como expresión de una conciencia histórica despedazada y anárquica. Miró con inquietud un arte y una época que, según él, prefirieron buscar su materia de inspiración en las monstruosidades del inconsciente, en lo anormal y en la locura, abandonando las fuentes sagradas de la tradición: la reflexión metafísica, los anhelos sobrenaturales del alma, los espectáculos sublimes del universo. Incluso contra el modernismo tiene Maya cargos fundamentales, pues es precisamente entonces cuando comienza a destruirse «la unidad del pensamiento poético», preludio de la



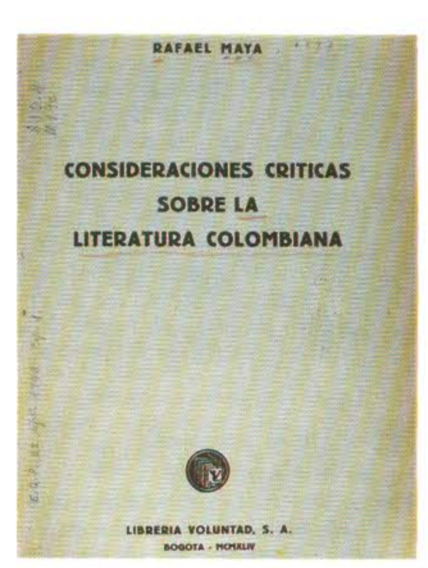
Rafael Maya.
Dibujo de Ricardo Rendón.

posterior descomposición y anarquía. El individualismo exacerbado de los modernistas y su rebelión contra las normas clásicas del arte, la postulación de la libertad como principio absoluto y de la subjetividad como fuente de la experiencia poética, todo eso abrió las puertas a la decadencia del humanismo y de los principios clásicos del arte. Para Maya hay ciertas ideas básicas y ciertas normas que son eternas, no sujetas al devenir de tendencias y escuelas literarias. Por ejemplo: el contenido metafísico, y en últimas religioso, del arte; el orden discursivo, lógico, norma constructiva irrenunciable de la poesía; la disposición armoniosa y simétrica de las partes para configurar una forma artística unitaria. En Colombia, escritores como Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo y Marco Fidel Suárez intentaron dar solidez a una tradición humanista que el desarrollo literario posterior desconoció equivocadamente. José Eusebio Caro, Rafael Pombo, Jorge Isaacs, representan un momento de excepcional equilibrio entre el clasicismo auténtico y un romanticismo de raigambre americana, que traduce poéticamente el alma colectiva e interpreta el paisaje nacional. Es allí, en el siglo XIX, donde está nuestra mayor riqueza literaria y la raíz de una auténtica cultura nacional, según Maya.

En los años veinte, la estructura social y económica del país sufrió un cambio radical: procesos de urbanización, de crecimiento de las clases media y proletaria, una viva agitación social en el campo y la aceleración en el ritmo de producción económica fueron rasgos característicos del período. Para Maya fueron éstos los síntomas de un nuevo tipo de cultura, técnica e industrial, que comenzaba a imponerse en el país. Se pasó de la república letrada a la república financiera y con ello salieron perdiendo los valores del espíritu y en ventaja los del materialismo económico y el utilitarismo mercantil. Un nuevo ideal del hombre, cortado sobre el modelo del financista y del tecnócrata, avanzó sobre las ruinas del humanismo.

Jorge Zalamea

Esta interpretación de Maya contrasta con la manera como Jorge Zalamea (1905-1969) abordó por esos años los problemas de la cultura nacional y de la función social del intelectual. Para éste, las cuestiones fundamentales de la cultura no pertenecen a ese orden ideal y superior del espíritu: son de índole social y están íntimamente ligadas con asuntos materiales como la tenencia de la tierra, la explotación del trabajo y la propiedad privada del capital y del suelo. Las categorías económicas se transforman en culturales con sólo agregarles una perspectiva moral, según Zalamea. «Un pueblo económicamente enfermo no puede producir cultura; si ya la tenía, la pierde; si carecía de ella, jamás estuvo tan lejos de alcanzarla». La cultura no consiste en especulaciones filosóficas traducidas del alemán, afirma, ni en primores literarios copiados del francés, sino ante todo en garantizar autonomía económica a los ciudadanos, hacerlos responsables de su vida y propiedad y darles ocasión de que se gobiernen a sí mismos como hombres libres.



Primera edición de "Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana", de Rafael Maya. Bogotá, Librería Voluntad, 1944. Biblioteca Nacional, Bogotá.



Jorge Zalamea, 1964.
Archivo "El Tiempo", Bogotá.

Zalamea cambia el enfoque de Maya. El humanismo no es, para él, apego a los valores de la tradición clásica y teológica sino a los de la democracia laica y moderna, presididos por el ideal de autonomía individual. La república letrada y su espectáculo de seudocultura erudita en medio de un pueblo ignorante y necesitado le parecía una farsa. Consideró indispensable rescatar el contacto perdido entre el escritor y el pueblo. Y para ello, hacer una literatura más afín, con los gustos de las masas, en tono de proclama, con vistas a un público de oyentes mejor que de lectores solitarios. Soñó con una nueva retórica, a la vez culta y popular, y la vio realizada en la obra poética de Federico García Lorca y Rafael Alberti en España. En Colombia, celebró como el más genuino producto de la literatura nacional las obras narrativas de Tomás Carrasquilla, con su mezcla de humorismo y mitología hondamente arraigados en su región y su raza. Luis Carlos López y León de Greiff lograron también, en su concepto, significación universal en la expresión de lo nacional.

A mediados de siglo, Zalamea manifestó serios reparos a la crítica literaria tal como se ejercía en Colombia. Juzgó a los críticos, en su conjunto, como «funcionarios de una censura clandestina encargados de rechazar

todo lo que pudiese oler a inconformismo». En lugar de ejercer su función de analistas y orientadores de la cultura, se dejaron absorber, según él, por los poderes del Estado y la empresa privada, convirtiéndose en publicistas y relacionistas públicos.

Función social de la crítica: Téllez y Gaitán Durán

Hernando Téllez (1908-1966) también abordó repetidas veces la cuestión de la crítica en Colombia. Para él, se trataba de una actividad atrapada dentro de un marco social demasiado estrecho y provinciano. Las repercusiones del juicio crítico, en el país de mediados del siglo XX, todavía se circunscribían a las relaciones de tertulia o de salón y afectaban a lo sumo los sentimientos de envidia o de vanidad. Pero su efecto no trascendía al plano de una institución literaria con sus leyes propias, sus categorías y valores, sus jerarquías y tradiciones, pues tal institución era aún inexistente en Colombia. Hacía falta, según él, una tradición cultural urbana, público lector amplio y con hábitos firmes de consumo intelectual, empresas editoriales, estabilización social y económica de la literatura.

Jorge Gaitán Durán (1924-1962) parece darle un vuelco a las afirmaciones de Téllez, al enfocar la cuestión de la crítica y de la función del intelectual en Colombia desde la perspectiva de una sociedad en proceso rápido de modernización. En la década del sesenta, el problema que se presenta es ya el de una estructura social excesivamente compleja, dominada por una racionalidad tecnocrática, incomprensible desde los esquemas del letrado clásico y con los instrumentos críticos de éste. La formación del nuevo intelectual, dentro de los patrones propuestos desde la revista *Mito*, supone la integración del saber moderno, económico y sociológico, al



Hernando Téllez.
Fotografía de Germán Téllez Castañeda.



Jorge Gaitán Durán.
Foto Hermi.

tesoro tradicional de la erudición literaria. Al lado de James Joyce y Marcel Proust, Karl Marx y Sigmund Freud; junto a Jorge Luis Borges y el cine, los problemas de la reforma agraria. La idea de cultura como reino ideal y abstracto de valores espirituales va cediendo frente a un nuevo tipo de humanismo que se propone hacer de la experiencia literaria una confrontación con la actualidad viva y concreta; y no exclusivamente por la vía de la inmediatez vivencial sino también por la del conocimiento filosófico y científico. Un compromiso ético, no partidista, y una identidad asumida de intelectual burgués, apartaron a Gaitán Durán de las tentaciones dogmáticas, tanto de las marxistas como de las católicas. Aprendió de Jean-Paul Sartre que la misión del intelectual no es predicar verdades eternas sino asumir en forma crítica los riesgos de su situación histórica. Ejerció eventualmente como crítico de cine, como crítico de la política, como crítico de la cultura, pero no fue un crítico literario profesional, figura de la cual estuvieron más cerca Hernando Téllez y Rafael Maya.

Expectativas actuales de la crítica literaria

El ejercicio de la crítica literaria no parece haber ganado en importancia durante las últimas décadas en Colombia. La industria editorial ha crecido y el consumo de libros, revistas y periódicos tiene asegurado un público en los sectores medios de las ciudades. Pero no es seguro que los hábitos de lectura se afiancen en preferencias literarias en el sentido estricto del término. Hernando Téllez afirmó en una ocasión que los funerales de la literatura se estaban ya celebrando en alguna parte. Treinta años después, la literatura sobrevive al pronóstico, pero las enfermedades diagnosticadas siguen ahí. La crítica, por su parte, no ha avanzado un paso en cuanto a sus condiciones prácticas: ni revistas especializadas, ni espacio en la prensa diaria, ni audiencia en los medios de comunicación. Un escritor como Hernando Valencia Goelkel (1928), quizá la opinión crítica más respetada del país, ha preferido silenciarse en lo años recientes. El lugar donde hoy se produce, se difunde y se desvanece en su eficacia la crítica literaria es la universidad. Limitada, también desde dentro, por ciertos lenguajes técnicos y cierta proyección a problemas formales insignificantes para el lector no académico. Los aportes más notables de los últimos años al análisis literario y a la historia de la literatura nacional provienen del ámbito profesoral: Rafael Gutiérrez Girardot (1928) y Eduardo Camacho Guizado (1937), sobre todo. Junto a ellos, habría que mencionar los trabajos de Jaime Mejía Duque (1933), los de Helena Araújo (1934) y los excelentes estudios sobre poesía de Fernando Charry Lara (1920).

Bibliografía

GÓMEZ RESTREPO, ANTONIO. *Crítica literaria*. Bogotá, Minerva, 1965.

JARAMILLO URIBE, JAIME. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá, Temis, 1964.

MAYA, RAFAEL. *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana*. Bogotá, Voluntad, 1944.

MAYA, RAFAEL. *Letras y letrados*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1975.

MEJÍA DUQUE, JAIME. *Nueve ensayos literarios*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986.

SANÍN CANO, BALDOMERO. *Letras colombianas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

TÉLLEZ, HERNANDO. *Literatura*. Bogotá, Ed. Argra, 1951.

TORRES, CARLOS ARTURO. *Literatura de ideas*. Caracas, El Cojo, 1911.

ZALAMEA, JORGE. *Literatura, política y arte*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

Periódicos y revistas: la cultura y los medios

Oscar Torres Duque

AVISO DEL TERREMOTO sucedido en la Ciudad de Santa Fè de Bogotá el dia 12. de Julio del año de 1785.

ESTE dia se vió esta Capital en la mayor consternacion, dimanada del espantoso Terremoto, que esperimentó como á las siete y tres quartos de la mañana, perciviendose el terrible movimiento del Sur al Norte en los primeros baibenes, quedando tan fuerte el movimiento de trepidacion vertical, que parecía deshacerse los Edificios: y aunque el conflicto en que nos vimos no permitiò observar su duracion, se concèptua el de dos minutos, haviendo sido mayor al concluír, que al comenzar; pasado el primer continuo movimiento, se sintiò otro menor como á las diez y media del dia, que casi no hizo nueva impresion en las gentes: porque todavia estaban sobre cogidas de la primera, que sin duda durará mucho tiempo, tanto en los corazones piadosos, que se compadecen de las desgracias del proximo, como en los que immediatamente han sufrido los daños padecidos, que à juicio prudencial se regulan de 600. mil pesos, haviendo tocado la mayor parte de estas desgracias la Religion de Predicadores, cuya magnifica Yglesia se halla en el dia desmantelada desde el Coro, al Arco toral, no haviendo quedado en pie mas que una Nave de las tres que tenìa, y esa muy maltratada, la Capilla mayor, y la parte contigua de la Capilla del Rosario. Como este acaecimiento sucedió à una hora en que por lo regular las gentes christianas de este devoto vecindario concurrían con mucha frecuencia á oir Misa á esta Yglesia: colocada casi en el centro de la Ciudad, cogieron debajo las ruinas algunas personas, de las quales se sacaron brevemente una Muger preñada, y dos hombres, que se salvaron en el hueco de un Confesionario; pero otra muger, que conducida de su devocion á la Virgen de la Salud, haviendo Confesado, y Comulgado, asistía á la Misa, que en el Altar de esta Señora se comenzaba á decir por ella, pereció; y acaso fue llevada allì por la Divina Providencia para ser trasladada al Cielo: tàmbien se han sacado otras cinco Muge-

res

(✠)

CONTINUACION AL AVISO del Terremoto succedido en la Ciudad de Santa Fè, hasta 15 de Agosto de 1785.

PARa remedíar los daños, que padecieron los Edificios de esta Capital con el Terremoto que acaheció en ella el dia 12 de Julio proximo pasado trabajan con indecìble teson las Comunidades Religiosas, y Sugetos particulares, que tienen facultades para repararlos, á exceccion de la de Santo Domingo, que para verificarlo necesita impender crecidas cantidades, por haver sido el extrago en su Yglesia, y Convento mayor que otro alguno; y por lo mismo será mas dificil y costosa su reedificacion, que sin duda no se verá egecutada en muchos años; á que contribuye por una parte lo menoscabados que estan al presente sus fondos y rentas primitivas, y por otra lo deteriorado, y falto de medios que se reconoce este Vecindario con los funestos acaecimientos que subcesivamente ha tolerado en los años antecedentes. Aunque fuè grande la perdida que experimentò esta Religiosa Comunidad en el año de 1761 por efecto del incendio que entonces consumió gran parte de la misma Yglesia y Convento, no huvo intervalo entre apagar las llamas, y comenzar la nueva obra, prosiguiendo sin levantar de mano, hasta dejar dorado el Retablo, y adornada magnificamente toda la Capilla mayor; ya fuese que en aquel tiempo no eran tantos los atrasos de la Religion, ó que sus Devotos estaban en mejor estado de ayudarla con sus limosnas; pero al presente no hay con que contar, sino con lo que escasamente pueda ahorrar la Religion, sugetandose sus Yndividuos á vivir con la mayor estrechéz, y con la magnanima piedad del Soberano, á quien como á Padre benigno ocurrirá la Religion Dominicana en su mayor desconsuelo, muy confiada que no la negarà su poderoso Patrocinio, porque está acostumbrada á disfrutarlo á medida de sus necesidades; y haviendo sido la que á impulsos del Rey Catolico, plantò en estos bastos dominios (poseidos antes de la Ydolatría) las primeras semillas del Evangelio, no es dudable que

S.

Primera publicación periódica de la Nueva Granada: "Aviso del Terremoto" y "Continuación al Aviso del Terremoto", julio 12 y agosto 15 de 1785, Imprenta Real de Antonio Espinosa de los Monteros en Santafé de Bogotá. Sección de Libros Raros y Curiosos, Biblioteca Nacional, Bogotá.

PERIODISMO OFICIAL Y PARTICIPACIÓN POPULAR

La historia de nuestro periodismo se inicia con la aparición, el 9 de febrero de 1791, del *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá,* publicación que saldría semanalmente hasta 1797, dirigida por el cubano Manuel del Socorro Rodríguez. Ya seis años antes de la aparición del *Papel Periódico*, la imprenta, que había llegado a Santafé en 1737, había difundido por primera vez una hoja informativa conocida como *Aviso del Terremoto,* cuyo propósito era el de informar a la ciudadanía santafereña sobre los desastres humanos y materiales causados por el terremoto del 11 de julio de 1785, y la situación general de la ciudad. Un mes más tarde, y como una propuesta y un vaticinio que debían aguardar seis años, un redactor anónimo —como lo eran los del *Aviso*—, por intermedio de la misma y única imprenta —el mismo y único impresor—, publicó tres entregas de una *Gaceta de Santafé de Bogotá,* de cuatro páginas, en las que, aparte de comentar los hechos del terremoto y difundir otras noticias, casi diríamos que con ese pretexto, pondera los beneficios de la imprenta, especialmente en su función informativa y de solidaridad social. Reveladoras y precoces declaraciones que, repetimos, tardarán seis años para dar su fruto.

El *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá* nace bajo el auspicio y los buenos oficios de tres personajes de los últimos tiempos de la Colonia granadina: el virrey José de Ezpeleta, el impresor Antonio Espinosa de los Monteros y el carpintero, artesano y humanista Manuel del Socorro Rodríguez. El sevillano Espinosa de los Monteros se había radicado en Santafé desde 1776, procedente de Cartagena, y en la capital del virreinato había sido encargado de la imprenta confiscada a los jesuitas tras su expulsión de todos los dominios españoles: es en una imprenta real que habrá de



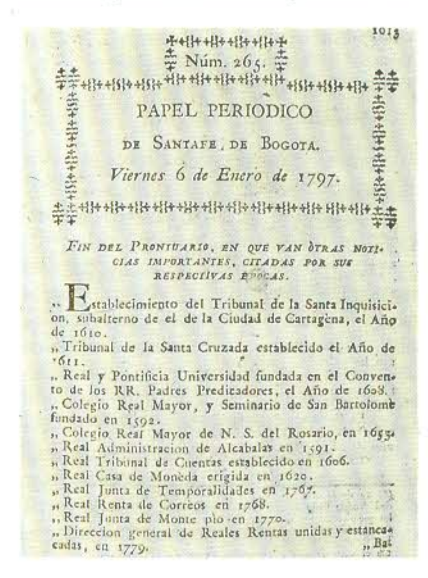
José Manuel de Ezpeleta y Veire de Galeano. Miniatura de Manuel José Paredes. Biblioteca Luis Angel Arango. Bogotá.

producirse técnicamente el primer periódico colombiano. El virrey Ezpeleta llega a la Nueva Granada en 1789, procedente de Cuba, en donde se desempeñaba como gobernador, trayendo a su protegido Manuel del Socorro Rodríguez. El cubano será primero bibliotecario y después director del *Papel Periódico*, que desaparecerá coincidiendo con la finalización del virreinato de Ezpeleta.

Tres intereses se cruzan en la aparición del periódico: la necesidad de crear un nuevo objeto de consumo social, la política cultural y educativa de los Borbones, que buscaba trasladar el Despotismo Ilustrado a las colonias, y el afán de consolidar un ambiente intelectual en la Nueva Granada. El proyecto del periodismo en la la Nueva Granada hacía parte, pues, de una política oficial de la corona española —que ya se había manifestado en la creación de la Expedición Botánica y la Biblioteca Nacional, así como en la reforma educativa—, y coincidía con la búsqueda de un espacio público donde, por lo pronto, se recibieran —antes que discutieran— las nuevas ideas y los nuevos acontecimientos, todos relacionados con la marcha histórica de España y sus dominios.

Pero, no importa que se tratase de una publicación "oficial", el *Papel Periódico* posibilitará una conciencia colectiva, patente en el discurso periodístico, en torno, ya no de los sucesos más cotidianos y utilitarios, sino de asuntos más trascendentales, como filosofía, literatura, historia universal. Al respecto, Germán Colmenares ha escrito: «Dirigirse a un público para promover la discusión de "intereses generales" era una invitación a trascender el egoísmo y los localismos en un *espacio público* que los cautos discursos del semanario tanteaban para fijar el ámbito y las dimensiones. La novedad de este paso puede medirse al contrastar el tipo de asuntos que se ventilaban en el semanario con aquéllos que hasta entonces habían sido objeto de una atención rutinaria en los cabildos de ciudades y villas. Los temas del semanario iban siendo sugeridos por la *razón* y por la *filosofía*, en tanto que el foro tradicional de los cabildos apenas aceptaba aquellos debates en que se negociaban aranceles, abastos y rentas de los propios municipales». Tampoco importa que el periódico creara un cierto elitismo, el de los dilectos suscriptores cultos, criollos y peninsulares con intereses intelectuales, entre los cuales encontramos a casi todos los precursores de la Independencia: el pueblo llano, incluso analfabeto, podía saber de la existencia de un ámbito cultural en su propia ciudad y enterarse, por lo menos, de aquello que le era dado poder comentar; esa sola posibilidad constituye el primer paso de una socialización del periodismo en Colombia.

El carácter oficial monárquico en la orientación del *Papel Periódico* generaría, paradójica y a la vez lógicamente, la reacción criolla hacia la autonomía, reclamo primero cultural y social, antes que económico o político. El *Papel Periódico* había conciliado en sus páginas las noticias españolas y coloniales con la reflexión filosófica y, sobre todo, con el estudio y la divulgación de nuestros valores literarios (fue Rodríguez el primer escoliasta de Domínguez Camargo y Rodríguez Freyle), religiosos, económicos y científicos. Con la desaparición del primer periódico, ese legado de conciliación se diversifica, vaticinadoramente, de nuevo en sus elementos constitutivos: ya en el siglo XIX encontraremos un periodismo oficial, por un lado, uno de reflexión científica y filosófica un tanto aséptico, por otro, y finalmente el periodismo de debate de nuestros propios asuntos, crítico y polémico.



1013

Núm. 265.

PAPEL PERIODICO

DE SANTAFE, DE BOGOTA.

Viernes 6 de Enero de 1797.

FIN DEL PRONTUARIO, EN QUE VAN OTRAS NOTICIAS IMPORTANTES, CITADAS POR SUS RESPECTIVAS EPOCAS.

„ Establecimiento del Tribunal de la Santa Inquisicion, subalterno de el de la Ciudad de Cartagèna, el Año de 1610.

„ Tribunal de la Santa Cruzada establecido el Año de 1611.

„ Real y Pontificia Universidad fundada en el Convento de los RR. Padres Predicadores, el Año de 1608.

„ Colegio Real Mayor, y Seminario de San Bartolomè fundado en 1592.

„ Colegio Real Mayor de N. S. del Rosario, en 1653.

„ Real Administracion de Alcabalas en 1591.

„ Real Tribunal de Cuentas establecido en 1606.

„ Real Casa de Monèda erigida en 1620.

„ Real Junta de Temporalidades en 1767.

„ Real Renta de Correos en 1768.

„ Real Junta de Monte pìo en 1770.

„ Direccion general de Reales Rentas unidas y estancadas, en 1779.

„ Bal

Ultima entrega del "Papel Periódico de Santafé de Bogotá", número 265 de enero 6 de 1797.



Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria. Grabado de Antonio Rodríguez, 1883. Papel Periódico Ilustrado.

Como periódico oficial, el semanario de Manuel del Socorro Rodríguez inaugura la tradición del texto útil (oficial) y divertido (de varias lecturas), explicando su contenido literario, científico o filosófico, apenas como textos al margen para dar variedad y amenidad al periódico. Obviamente, esos textos amenos cobrarán una mayor o menor importancia con los años, según sea la orientación de la publicación. Ya en su "Preliminar" el *Papel Periódico* decía al respecto: «Jamás se verá precisada la sabia vigilancia del gobierno a suprimirlos porque en ninguno de sus números se encontrará la más mínima expresión que dé



N. I.

El Redactór Americáno.
Periodico
del Nuevo Reyno de Granada
Hoy 6. de Diciembre de 1806.

Prospecto.



Enero 27. 1807.
El Alternativo del Redactor Americano.
Numero I.°

N. I.
DIARIO POLITICO
DE SANTAFÉ DE BOGOTÁ.
Agosto 27 de 1810.
PROSPECTO.

Primer número y prospecto de "El Redactor Americano", periódico oficial del virreinato, dirigido por Manuel del Socorro Rodríguez; primera entrega de "El Alternativo del Redactor Americano", enero 27 de 1807, suplemento del anterior; primer número y prospecto del "Diario Político de Santafé de Bogotá", agosto 27 de 1810, de Francisco José de Caldas, José Joaquín Camacho y José María Gutiérrez. Academia Colombiana y Biblioteca Nacional, Bogotá.

motivo a semejante providencia. Sus asuntos no saldrán del plan que se ha propuesto, cual es ir dando a la luz alternativamente varias reflexiones en que se reúnan la diversión y la utilidad, con la mira de que no resulte una gaceta llena sólo de noticias, que quizá no serían interesantes a un gran número de personas». De lo cual se infiere que todo periódico oficial es necesariamente un periódico censurado.

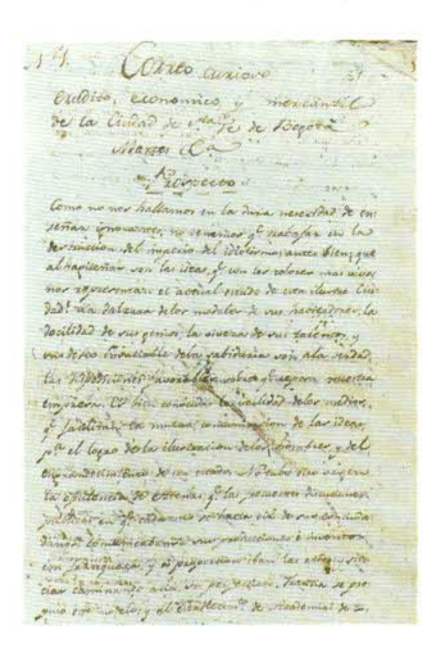
Oficial habrá de ser también *El Redactor Americano*, iniciado en 1806 y encargado igualmente a Manuel del Socorro Rodríguez por el entonces virrey de la Nueva Granada, Antonio Amar y Borbón. En él se advierte de qué manera se había separado lo puramente oficial del "relleno" cultural. En el "Prospecto" leemos: «Como el fin principal es que circulen por el reino recíprocamente las noticias que se consideren de mayor importancia, propenderá muy poco el plan de este papel a los objetos científicos y literarios». Sin embargo, el año siguiente Rodríguez percibe la urgencia de satisfacer una demanda de «lecturas amenas» y emprende la redacción de *El Alternativo del Redactor Americano*, que fue, por tanto, el periódico más cercano a su inspiración, ya un periódico privado.

Desatendiendo a esa innegable vocación del cubano, la de "hacer cultura" a través del periodismo, los granadinos independientes, después del 20 de julio de 1810, lo discriminarían (alcanzó a dirigir un número de *La Constitución Feliz* en agosto de 1810, que fue reemplazado displicentemente por el *Diario Político de Santafé de Bogotá*, al cuidado de Francisco José de Caldas) hasta el punto de morir en la miseria en Santafé en 1819. La República lo vería siempre como un agente del realismo oficial. Lo cierto es que, para el periodismo colombiano, no cambiaría mucho el carácter impreso por Manuel del Socorro a su prensa, después de 1810. La República creó y financió sus propios periódicos oficiales, todos más efímeros y acaso menos públicos que el *Papel Periódico*; ellos fueron: *La Constitución Feliz*, *Diario Político de Santafé de Bogotá*, *Gaceta Ministerial de Cundinamarca*, *Semanario Ministerial del Gobierno de la Capital de Santafé en el Nuevo Reino de Granada*, *La Gaceta de Colombia* (creado en el Congreso de Cúcuta en 1821), el *Correo de Bogotá* (de los santanderistas, cuando todavía no eran oposición) y varias *Gacetas* de provincias, también financiadas por la República (de la Nueva Granada, de Cartagena, de Panamá, entre otras).

Primeros periódicos privados

Financiar con recursos propios una incierta empresa periodística a comienzos del siglo XIX era una quijotada apenas dable a los criollos distinguidos de la sociedad, a la propia administración colonial o a instituciones con apoyo de la misma. Aun algunos periódicos oficiales, como el *Diario Político*, que no se publicó con la frecuencia que su nombre indicaba, se pagaron en ocasiones con dinero del bolsillo de los redactores, editores o patrocinadores.

Criollos distinguidos y acaudalados como Antonio Nariño (antes de sus peripecias por los *Derechos del hombre*), Jorge Tadeo Lozano o el presbítero Luis de Azuola, todos en contacto con el movimiento cultural europeo, destinaron sus fondos a actividades culturales de proyección social o, al menos, colectiva: compra y venta de libros, bibliotecas, gabinetes de lectura, tertulias, investigaciones científicas. Finalmente, esos criollos, de manera desinteresada o en todo caso con intereses culturales, emprenden actividades periodísticas, no siempre indiferentes a los propósitos informativos oficiales, pero con un primordial interés de divulgación cultural, en el que destacaron los temas científicos, económicos y literarios. El más modélico ejemplo de este periodismo cultural privado, asediado por la escasez de papel y los altos costos de edición, lo constituye el *Correo Curioso* (erudito, económico y mercantil), aparecido en 1801 y dirigido por los primos Jorge Tadeo Lozano y Luis de Azuola. En la misma línea y atenuadas las circunstancias adversas por el apoyo de la Expedición Botánica, aparecerá en 1808 el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, dirigido inicialmente por Diego Martín Tanco y luego por Francisco José de Caldas. El "Prospecto" del *Correo Curioso* define la orientación de los dos: «... el objeto a que se dirige [...] es el de estimular a todos a que se comuni-



Prospecto del "Correo curioso, erudito, económico y mercantil", por José Luis de Azuola y Jorge Tadeo Lozano, 1801. Biblioteca Nacional, Bogotá.



Antonio Nariño y Francisco Antonio Zea en la imprenta. Grabado del siglo XIX. Museo Nacional, Bogotá.

quen sus conocimientos, luces, contribuyendo cada uno por su parte a la instrucción general para perfeccionarse, cuanto sea posible, en las artes, y ciencias». Aunque este tipo de periodismo define, desde el comienzo mismo de su historia, el elitismo de todo "interés cultural" —acentuado en la época por el elevado nivel de analfabetismo en la población—, marca ya uno de los parámetros distintivos del periodista colombiano en el siglo XIX, a saber, su grado de instrucción y su eminente formación cultural.

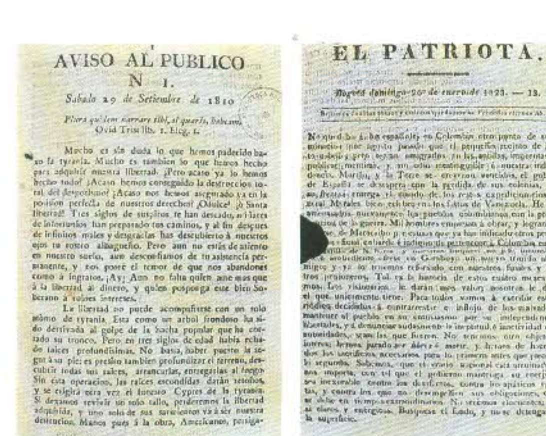
PERIODISMO POLÍTICO E INDEPENDENCIA

El concepto de comunicación social, término tan moderno como universal, puede aplicarse retrospectivamente en nuestro país al surgimiento del periodismo político, simultáneo, y casi diríamos inherente, al proceso de independencia. Lo reducido de las tiradas, la infrecuencia o irregularidad de las ediciones, el aislamiento de las ciudades, el analfabetismo y la miseria, parecerían desdecir de la dimensión de comunicación social del periodismo independentista; pero aquí, más que el interés noticioso e instructivo, lo que cuenta es el interés político, al que no es ajena la totalidad de la población granadina, dados los principales sucesos independentistas en las ciudades más importantes de la Nueva Granada y, más que los sucesos independentistas, los post-independentistas, con los cuales aparece verdaderamente el periodismo político en Colombia, tal como se manifiesta hasta nuestros días.

Si la mayoría de la población granadina, como han sostenido numerosos historiadores, permaneció indiferente a las luchas independentistas, no sucede lo mismo con la urgencia de reorganización, política, económica y social, que implicó la conquista, parcial o total, de la independencia. El pueblo necesita enterarse de cuál va a ser su nuevo destino, al tiempo que se ve envuelto en las pálidas transformaciones que la emancipación traía consigo. Esa expectativa y esa participación no son más que un reflejo de las expectativas y participaciones de los grandes forjadores de la Independencia y ahora protagonistas de la tarea de construir, casi inventarse, una nación que, si bien ya constituida social y religiosamente, ofrecía ahora un vacío político —y graves desequilibrios económicos— que era necesario llenar con decisiones igualmente políticas. Hemos visto cómo, desde el momento mismo del grito de Independencia, el gobierno granadino busca su órgano de difusión patriótica en publicaciones oficiales, que ante todo tratan de acentuar y arraigar el sentimiento autonomista y antiespañol de los criollos. Pero, paralelamente a ese periodismo oficial y tanteante que se crea, surge un periodismo, básicamente privado, pero esta vez preocupado por los asuntos de gobierno, que imprimirá su carácter político y comprometido a la historia del periodismo nacional.

Como antecedente pre-independentista, y más como un caso de "juicio de impresión", habría que mencionar el proceso seguido contra Antonio Nariño y sus colaboradores por la impresión, pero sobre todo por la discutida circulación, de los *Derechos del hombre* en la capital neogranadina en 1794. Pese a las declaraciones de Nariño, es evidente, y así se ha considerado en nuestra historiografía, el claro interés político que tuvo esa publicación: como texto de interés general, como hoja circulante, si bien en reducidos sectores, y como juicio que cuestionó la libertad de imprenta, la publicación de los *Derechos del hombre* adquiere una especial connotación social, caracterizada por la tendencia a una toma de partido, a una opinión, bien pronto polarizada, entre la autoridad y la libertad. Y es en ese sentido, el de la polarización de las opiniones, que los *Derechos del hombre*, como publicación y no como ideología, constituyen el primer antecedente de la socialización que acompañaría años más tarde al periodismo político. En aquella oportunidad sería condenado el traductor y divulgador, Antonio Nariño, pero también el impresor, hijo del antiguo impresor real, Diego Espinosa de los Monteros, e incluso algunos abogados que participaron en el encausamiento.

Reconocida la influencia social de la imprenta desde aquel célebre juicio, la nación independiente heredará, pero dentro de un relativo ambiente democrático, el mismo tratamiento esquemático a los impresos públicos: gobiernismo y oposición. Ese esquema, sin embargo, no se manifestará en la existencia de periódicos oficiales y periódicos no oficiales e inconformes, sino en la exclusiva existencia de periódicos ideológicos que utilizan sus páginas para defender una doctrina o una política y, sobre todo, para atacar la contraria, se tratara de un gobierno, un personaje, un partido u otro periódico. Ese carácter de plataforma de combate y de tribuna crítica lo hallamos, por ejemplo, en 1811, en *La Bagatela*, el periódico fundado por Nariño a su regreso del destierro español. Su discurso es


AVISO AL PUBLICO

N 1.

Sabado 29 de Setiembre de 1810

EL PATRIOTA.

SEGUNDA CORRIDA.

Primeras entregas de "Aviso al Público", editado por fray Diego Francisco Padilla, agustino (septiembre 29 de 1810), "El Patriota", dirigido anónimamente por Francisco de Paula Santander (enero 26 de 1823), y "Segunda Corrida" de "Los Toros de Fucha", editado por Antonio Nariño (marzo, 1823). Bibliotecas Nacional y Luis Angel Arango, Bogotá.

satírico y descalificador, sobre todo en la defensa de las ideas centralistas contra los intereses federalistas del gobierno de Cundinamarca que ejercía para entonces Jorge Tadeo Lozano. En este caso la polarización, indiscutiblemente política, se corresponde con la social (de "interés nacional") entre centralistas y federalistas. En la misma línea, pero matizada por la oposición entre ciudades y provincias, cabría mencionar la acre polémica, el mismo año de publicación de *La Bagatela*, sostenida por *El Argos Americano*, de Cartagena, y dirigido por José Fernández Madrid y Manuel Rodríguez Torices, contra el excesivo centralismo santafereño del que se hacía difusor el *Aviso al Público*, fugaz periódico de la capital neogranadina. Más acentuada aparece esa actitud periodística después de la batalla de Boyacá y con la aparición de las grandes orientaciones políticas de la República. Como infatigables opositores se nos presentan Francisco de Paula Santander (quien atacó a Nariño en *El Patriota*, al cual respondió el Precursor con *Los Toros de Fucha*) y sus copartidarios Florentino González, Francisco Soto y Vicente Azuero, quienes redactaron numerosos y efímeros libelos anónimos, especialmente contra Simón Bolívar a partir de 1826. El pueblo era tan cercano a esas luchas políticas, encarnadas en los héroes de la patria, que no faltaba el heraldo privilegiado con el don de la lectura que reuniera un corro de pasmados granadinos en una calle de la ciudad para leer en voz alta las invectivas, reflexiones y a veces injurias que esos impresos sueltos contenían. No era rara la ocasión en que esas lecturas o comentarios públicos terminaran en gresca, cuando no la protagonizaban los mismos próceres, por ejemplo Bolívar agrediendo a Vicente Azuero, según testimonio de este último, por sus constantes ataques escritos.

El periodismo como escuela de escritores

Casi sin excepción, los escritores colombianos en el siglo XIX, poetas, ensayistas, novelistas, dramaturgos, neoclásicos, románticos, costumbristas o modernistas, hicieron sus armas, militaron y maduraron en la prensa escrita. Ello también determinó que se convirtieran en hombres públicos, que permanecieran tan cerca de los avatares políticos y que, en muchos casos, lograran una indiscutible popularidad. El escritor, antes que autor de libros, objeto que, respecto del periódico, no sólo tuvo una escasa difusión sino que llamó menos la atención de editores e impresores, era fundador, director o colaborador asiduo de uno o varios periódicos. La creación y dirección de éstos se la repartieron, durante el siglo XIX, divulgadores toderos —lo más cercano al periodista de hoy— y escritores cuyo interés primordial era la difusión literaria; entre éstos destacamos a José Fernández Madrid, José Joaquín Ortiz, José Eusebio Caro, José María Vergara y Vergara, Rafael Pombo, Miguel Antonio Caro, Felipe Pérez y José María Samper. Como colaboradores, todos reconocieron la importancia del periódico en la difusión y valoración de sus trabajos y ello implicó, como consecuencia que puede analizarse en el contexto de nuestra historia literaria, cierta uniformidad de criterios y de gustos y una marcada indiferencia por la renovación estética. Vivir de la literatura, por fuera del periodismo, hubiera sido imposible para ellos, como también lo era participar en él en calidad de colaborador. Recordemos que la colaboración pagada es un fenómeno que sólo se produce a finales del siglo XIX, gracias a la solvencia y el prestigio del periódico *El Telegrama* (1886-1904).

Búsqueda de lo popular

La comunicación social, decíamos, la había conseguido el periodismo político de la Independencia a causa de


EL TELEGRAMA

DEL DOMINGO

PARTE LITERARIA

Série 1.ª } Bogotá, domingo 31 de Júlio de 1887. } Número 1.º

Director, J. Argáez.

ADVERTENCIA.

Se admiten suscripciones á *El Telegrama del domingo* á razón de $ 2 al año, que deben pagarse anticipadamente. Para los suscriptores á la edición diaria no se establece novedad alguna en el precio. Agencias en Bogotá: Papelería de Sam-

Me he tenido que hacer violencia para no abrir la ventana é intervenir en el diálogo á fin de preguntar al narrador: *al tiempo de qué?*, que es lo que me siento tentado á preguntar á todos los sandios que dicen *al tiempo*, en los casos en que deberían decir *á un tiempo* ó *á un mismo tiempo*. A reconvenirlo por lo del *estrellido* no me habría aventurado, porque habría sido fácil me contestase que así dicen hasta los *dotores*, de los cuales hay verdaderamente muchos que nunca han sospechado que los caballos *dispa-*

Primer número de "El Telegrama del Domingo", suplemento literario dirigido por Jerónimo Argáez, julio 31 de 1887. Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.



"El último pago", caricatura de Alfredo Greñas en portada de su periódico "El Zancudo", número 40 de agosto 23 de 1891. Biblioteca Nacional, Bogotá.

su carácter polémico, que apelaba a la opinión pública para fortalecer su posición frente a los contrarios. El espíritu sectario nacional, a veces tan nocivo a nuestro desarrollo, está muy relacionado con el origen de nuestro periodismo político. Pero al serio —a veces demasiado serio, patético— compromiso del periodismo con unos principios políticos, religiosos o económicos, se agrega bien pronto una urgencia de penetración popular, ya no al nivel de las ideas sino de los gustos y las pasiones del pueblo.

El periódico para el pueblo no es sólo conseguible en el corro de la esquina, leído por otro; ya ha empezado a situarse en diferentes lugares de la ciudad, que son centros de expendio y discusión, como librerías, droguerías, consultorios médicos, tiendas de abarrotes, las mismas imprentas y a veces en casas particulares. El poder de reclamo popular de la caricatura, al igual que el heraldo de los corros callejeros, el heraldo de los corros callejeros, tiene la particularidad de obviar la limitación del analfabetismo, y hacer innecesaria la lectura de un chiste que cualquiera podía entender y memorizar fácilmente. Así aparecen —y ganan reputación entre un público— la caricatura verbal y la caricatura gráfica que han hecho carrera hasta nuestros días, poniendo un poco de ingenio y cierta destreza para la elaboración de ambas. Y ese género popular, diversificado en multitud de subgéneros (la reproducción de dibujos, poemas y versos ingeniosos y mordaces, creación de personajes mentecatos y divertidos que padecen las desgracias públicas, sainetes, preguntas y respuestas insólitas, «sueños», dramatizaciones), es buscado *periódicamente* por todos en los sitios ya predeterminados. Sólo a finales del siglo XIX, también con *El Telegrama*, hallamos la figura del voceador, frecuente causa de censuras oficiales, que ahorra a este tipo de público —el pueblo— el esfuerzo de abrir las páginas, destacando a su manera —caricaturizando— lo más llamativo del contenido del periódico.

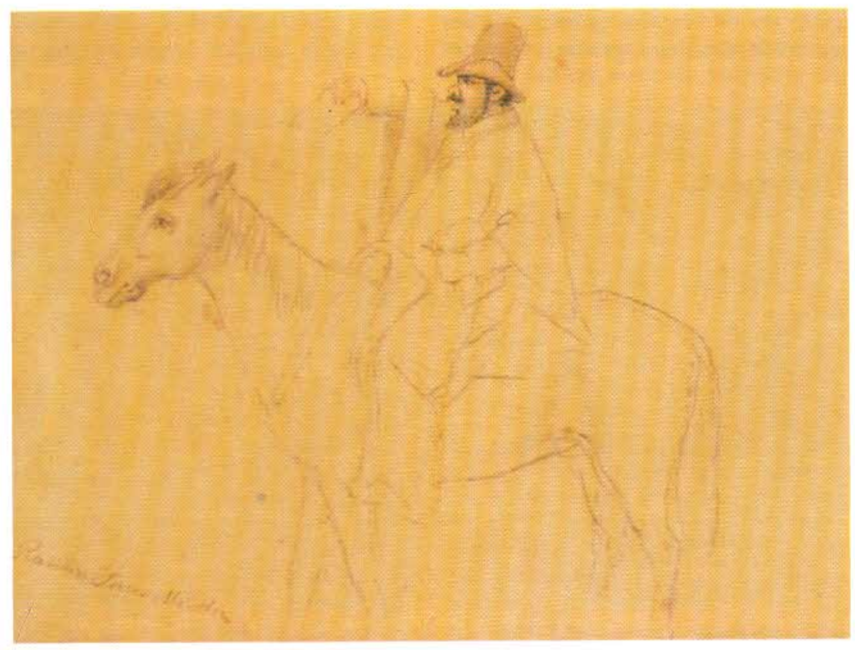
Sin tener todavía un público masivo que le aplaudiera sus ingeniosidades, Antonio Nariño había echado mano ya de este recurso efectista, el último año de su vida, con *Los Toros de Fucha*, al presentar la "noticia" bajo la alegoría de tres corridas de toros, que simbolizaban su debate con Santander. Pero esa forma eufemística de presentar una realidad degradada —por tanto, digna de ridiculización— entroniza y sobrevalora el verso satírico por encima de cualquier otro recurso (entre los cuales también hay que destacar el nombre mismo de algunas publicaciones: *El Cachaco Acarroñado, El Cojo Ilustrado, El Gallo Antimasón, El Nazareno Negociante*). Como un ejemplo de ese subgénero, cuya antología de malos versos y mala leche abarcaría casi toda la historia de nuestro periodismo, leamos el siguiente poema, publicado en *El Zancudo*, periódico radical y humorístico, referente al virrey Antonio Caballero Y Góngora:

¿Cómo, con esa cara de pastel
rubicundo de vinos y jamón
donde vidria el ojo remolón
y arrastra la lujuria el arambel,

pudieras tú, parlamentario infiel,
no ser como un emblema de traición,
o de pérfidos crímenes padrón
clavado de esta iglesia en el dintel?

Los manes de Molina y de Galán,
de Berbeo, de Ortiz y de Alcantuz,
vengados ya, su maldición te dan.

Hoy son los comuneros gloria y luz.
Mal Caballero y Góngora: El Jordán
no lavará el oprobio de tu cruz.



Vendedor de periódicos. Dibujo de Ramón Torres Méndez. Museo Nacional, Bogotá.

El espacio femenino de la literatura

Mantener una publicación literaria en la primera mitad del siglo XIX había resultado más arduo y difícil, hasta cierto punto más infructuoso, que mantener una publicación política o de variedades «políticas, económicas y literarias». Ello se anuncia ya desde el *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, cuando Manuel del Socorro Rodríguez advierte sobre la necesi-



Soledad Acosta de Samper. Miniatura de Víctor Moscoso, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.



Josefa Acevedo de Gómez. Miniatura de Manuel J. Paredes, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.



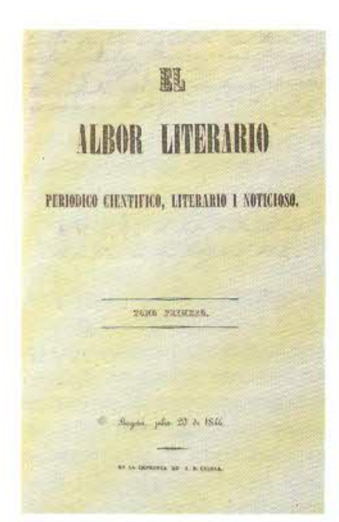
Agripina Montes del Valle. Miniatura de Manuel J. Paredes, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

dad de más suscriptores para poder dedicar espacio, o más espacio, a textos «tanto de elocuencia como de poesía». Ello también deja entrever, sintomáticamente, que la literatura venía a ocupar un lugar marginal en la publicación periodística, aunque también que había una demanda de ese tipo de lectura.

El problema, pues, parecía ser de suscriptores, esto es, un problema económico relacionado con la existencia de un público exclusivamente lector de literatura. El texto literario, que aparece invariablemente en todas las primeras publicaciones periódicas colombianas, se leía como "variedad", en el mejor de los casos como "lectura amena" y de ahí que no se entendiera fuera del contexto divulgativo del periódico. Las dos primeras aventuras literarias, exclusivamente literarias, de nuestro periodismo, a saber, *La Estrella Nacional* (1836) y *El Albor Literario* (1846) alcanzaron, respectivamente, doce y seis ediciones, suficientes para situarlos en una historia de las publicaciones literarias nacionales pero no para hablar de un público lector de literatura (la observación sería más radical si hablásemos de libros).

Para la segunda mitad del siglo XIX, algo cambia en la orientación de las publicaciones literarias, y es la convicción de que el único público lector capaz de sostener una publicación literaria es el femenino, lo cual supone casi una especulación de mercadeo de una empresa editorial. Ese público, virgen hasta el momento, menospreciado y por lo mismo desocupado desde un punto de vista utilitario, fue el nuevo objetivo del aún naciente periodismo cultural. La explicación de que había la necesidad de educar a las mujeres para poder exhibir en la casa otro objeto de lujo, capaz de conversar de los más altos e intrincados temas, no se aviene con que ellas sean las receptoras exclusivas de un género (la literatura) que no habían podido digerir los hombres sino como variedad y que como oficio, salvo contadas excepciones, tenía que combinarse con la escritura política por parte de los mismos, protagonistas de la vida pública y de las "actividades útiles". Cabe más bien la explicación de que ellas tenían más tiempo para leer, precisamente por su alejamiento de las "actividades útiles", y porque la literatura propiamente dicha, entendida en géneros como la poesía, las novelas o los cuadros de costumbres, carecía por completo, para el colombiano del siglo XIX, de todo sentido histórico y, por tanto, de toda "utilidad".

La publicación literaria más importante del siglo XIX, *El Mosaico* (1858-1872), si bien aspirando a un público general, no pierde de vista la recepción femenina de su trabajo; los cuadros de costumbres, que son su plato fuerte, son concebidos como un género de lectura festiva y hogareña, transmisores de valores cristianos y domésticos. Por ello, no resulta extraño que los redactores de *El Mosaico* sean los mismos de *El Museo Literario*, «periódico semanal dedicado al bello sexo», que no quiere decir otra cosa que es una colección de «lecturas



EL
ALBOR LITERARIO
PERIODICO CIENTIFICO, LITERARIO I NOTICIOSO.



BIBLIOTECA
DE
SEÑORITAS.
TOMO PRIMERO.
BOGOTA.



LA CARIDAD,
LECTURAS DEL HOGAR.



La Mujer
LECTURAS PARA LAS FAMILIAS
REVISTA QUINCENAL
SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER
CONTENIDO DEL NUMERO 13.
BOGOTÁ

Revistas del siglo XIX dirigidas a la mujer: "El Albor Literario" (Bogotá, Imprenta de José Antonio Cualla, 1846); "Biblioteca de Señoritas" (Bogotá, Imprenta de Ovalles y Compañía, 1858); "La Caridad, Lecturas del Hogar", dirigida por José Joaquín Ortiz (Bogotá, 1864); y "La Mujer, Lecturas para las Familias", dirigida por Soledad Acosta de Samper (Bogotá, Eustacio A. Escovar 1879). Academia Colombiana de la Lengua y Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

amenas», sobre el esquema del *Museo de Cuadros de Costumbres*, publicado por *El Mosaico*, y que, el mismo año de aparición de *El Mosaico*, colaboradores de éste (en especial Eugenio Díaz Castro) y con materiales de la misma especie, hayan publicado *Biblioteca de Señoritas*, también literaria. En su primer editorial, se lee: «Nosotros hemos dicho: confiemos a la solicitud y al patrocinio de las damas la tarea que siempre ha fracasado aquí en manos de los hombres. Y ciertamente, una obra como la *Biblioteca de Señoritas*, consagrada enteramente a las bellas letras y a las bellas artes, a esparcir a toda nuestra República los conocimientos necesarios a toda educación elegante, no puede encomendarse más que a las señoras, como las más interesadas en el progreso moral de la sociedad». Como puede apreciarse, la educación literaria se hace equivaler a una educación moral, esencialmente pacifista y casera, que ya para entonces contrastaba con el ejercicio bélico y público de la educación política, propia de los hombres, que sólo podían acudir a la literatura como variedad. El nuevo público posibilitaba, pues, el milagro. En 1865 los redactores de *El Mosaico* escribían: «Parece increíble que un periódico literario, en el cual no encuentran los lectores la embriaguez del brandy político y religioso-político, ni las emociones producidas por la mostaza y el ají de los artículos personales, se haya sostenido sin más aliento que esa sopa de pan que se llama literatura».

La literatura pasó luego, de ser un objeto de consumo femenino, a ser producida por mujeres, quienes aparecen ahora como colaboradoras e incluso directoras de importantes publicaciones literarias y culturales. Desde el solitario caso de Josefa Acevedo de Gómez en la primera mitad del siglo XIX, hasta Agripina Montes del Valle y Soledad Acosta de Samper, la mujer va ganando presencia en el periodismo colombiano decimonónico, primero a través de la puerta de la literatura, hasta llegar a la crítica social, la historia e incluso la política. Ya en *El Iris*, «periódico literario dedicado al bello sexo» (1866-1868), *El Hogar*, «periódico literario dedicado al bello sexo» (1868-1870) o *La Caridad. Lecturas para el Hogar* (1864-1882), el periódico conservador de José Joaquín Ortiz que se orienta hacia el hogar más por razones religiosas que literarias, encontramos la presencia


NUEVA GRANADA. BOGOTA 23 DE ENERO DE 1848.

EL AVISO.

AÑO I. NUMERO 1.° TRIMESTRE I.

LA CIVILIZACION.

Primeros números de "El Aviso", dirigido por José María Vergara Tenorio (enero 23 de 1848), y de "La Civilización", fundado por José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez (agosto 9 de 1849). Biblioteca Nacional, Bogotá.

de numerosas colaboradoras. Pero es con *La Mujer* (1878-1881), dirigido por Soledad Acosta de Samper, que esa mujer objeto de la literatura se convierte en sujeto de la misma, en abierta posición feminista que redefine, tanto la función social de la literatura como la función social de la mujer.

EL PERIODISMO Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN EL SIGLO XIX

Hemos visto que el periodismo político nace de una postura polémica que tiende a crear polarizaciones, a alinearse en una doctrina, una secta, por oposición a otra. Ese proceso pasa por varias etapas, desde la lucha entre centralistas y federalistas, entre las provincias y el centro y entre bolivarianos y santanderistas. Hasta la década del treinta esos alineamientos, esas oposiciones, no definen un cariz partidista claro en relación con los dos partidos políticos que ocuparán la escena de nuestra historia política durante el resto del siglo XIX y hasta nuestros días. Una ideología liberal se advertía como tal, esto es, como cuerpo de doctrina, en casi todos los precursores y próceres de la Independencia. Pero con la emancipación la actitud respecto de esa doctrina comienza a diversificarse entre los incondicionalmente fieles a ella y los que consideran necesario hacerle algunos retoques y adaptaciones al medio de la nueva República. Así, resulta indudable que Bolívar se muestra escéptico respecto del modelo liberal, mientras que Santander —pero más sus seguidores Francisco Soto, Vicente Azuero y Florentino González— declara su lealtad incondicional a la teoría política —entiéndase, liberal—.

Dentro del contexto de la historia periodística, esos movimientos, propios de la incertidumbre y confusión de un Estado que nace, tienen su reflejo en las publicaciones, convirtiendo al periódico en un instrumento de socialización de las ideas, y por tanto de la posibilidad de éxito político de las mismas.

Tradicionalmente se han establecido fechas, como hitos para precisar el origen histórico de los partidos liberal y conservador, a saber: 1848, con el artículo "La razón de mi voto", de Ezequiel Rojas, publicado en *El Aviso* de Bogotá y considerado el primer programa orgánico del partido liberal; y 1849, con el editorial del primer número de *La Civilización*, de Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro, como programa del partido conservador. Los dos hitos, ambos artículos, de corte filosófico, publicados en periódicos, si bien aluden a una plena consolidación doctrinal, no dejan de ser símbolos dentro de un proceso histórico. Ya para 1837, tras la finalización del gobierno de Santander y el advenimiento de José Ignacio de Márquez, fueron habituales las controversias y disputas sostenidas entre *El Argos*, que respaldaba al moderado Márquez, y *La Bandera Nacional*, de los santanderistas o, ya entonces, liberales progresistas. En la coyuntura del gobierno de Márquez y la tenaz oposición, tanto santanderista como de las provincias, podemos encontrar bien dibujados los perfiles de un partido liberal que ha pasado por sucesivas transformaciones y divisiones y, fruto de éstas, un partido moderado y tradicionalista en el que militan los que serán años después los máximos representantes del partido conservador. Obviamente, el liberalismo, con todo y transformaciones, había tenido desde 1821 numerosos periódicos de partido, desde los antibolivarianos hasta *La Bandera Nacional* (1837), *La Noche* (1845-1846), dirigido por Juan Nepomuceno Var-

EL ARGOS.

TRIM. 1.º] Bogotá 26 de Noviembre de 1837 [NUM. 1.º

PROSPECTO.

Si arrojamos una mirada observadora sobre todos los Estados de la América española, no verémos en casi todos ellos sino dictaduras militares que se suceden las unas á las otras, i donde el caudillo que se avanza á tomar el baston, cuando no lo hace por sobre el cadáver de su predecesor, condena á este por lo menos al destierro. Si á la inesperiencia política, á la falta de virtudes cívicas i morales, i al poco conocimiento que poséen las masas de sus derechos i de sus intereses, agregamos la natural inquietud de los ánimos, i las pasiones fogosas de la raza moro-hispana de que se poblaron estas rejiones, tendrémos quizá la causa principal de estas ajitaciones sin término que fermentan en toda la América, i que tantos escándalos han dado ante el mundo civilizado que nos observa. Pero si grandes han sido los tropiezos, i costoso el aprendizaje, para el establecimiento de gobier-

de otra especie, i ser fecundas en fatales consecuencias para el actual órden de cosas.

Ya percibirán nuestros lectores que aludimos al periódico que se publica en esta ciudad bajo el título de *Bandera nacional*. Al principio creimos que podria contarse con alguna imparcialidad de su parte; pero su número 4.º del domingo 12 del corriente, ha hecho abrir los ojos á muchos patriotas i ciudadanos previsivos i honrados, que no habian antes sospechado que hubiese, como ya parece indudable que hai, un plan decidido i concertado para desacreditar la administracion i hacerla perder la confianza de la Nacion.

En los estados i gobiernos nacientes, como el nuestro, tienen frecuentemente los hombres mas poder que las leyes, i la subsistencia del órden i del reposo público dependen muchas veces del buen querer de algunos personajes influyentes que podrian, á su placer, turbarlo todo, cuando asi fuese su voluntad. No es por fortuna esta la posicion en que hoi nos encon-


EL DIA

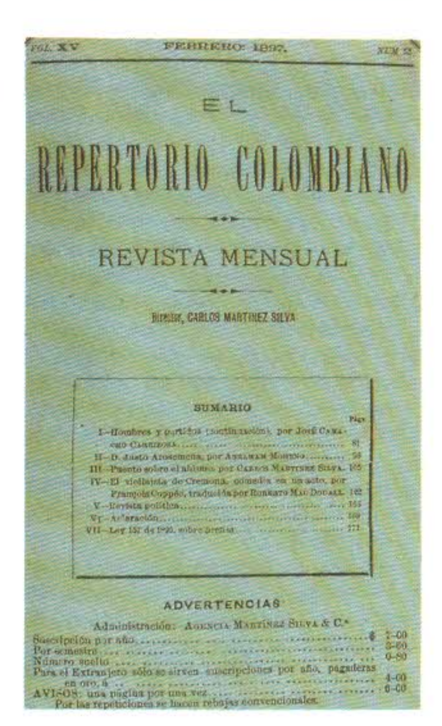
Trim. 11 — Vale 10 rs. — BOGOTA, DOMINGO 28 DE MAYO DE 1843. — Año ii. Núm. 173.

Primera entrega de "El Argos", periódico redactado por Juan de Dios Aranzazu, Lino de Pombo, Rufino Cuervo e Ignacio Gutiérrez Vergara, noviembre 26 de 1837, y cabezote de "El Día", fundado por José Antonio Cualla el 21 de enero de 1841, con la imagen de los cerros de Monserrate, Guadalupe y el río San Francisco. Biblioteca Luis Angel Arango y Biblioteca Nacional, Bogotá.

gas, y *La Gaceta Mercantil*, (1847-1848), editada en Santa Marta y dirigida por Manuel Murillo Toro. Los periódicos declaradamente conservadores, previsiblemente son más tardíos, y están asociados con la evolución política del futuro presidente de la Confederación Granadina Mariano Ospina Rodríguez. Quizás el primero, con editoriales abiertamente antiliberales e inusualmente sobreviviente durante varios años es *El Día* (1841-1851). Pero también un año antes del manifiesto conservador de *La Civilización*, en 1848, el mismo Ospina había hecho circular *El Nacional*, en cuyo "Prospecto" escribió: «El presente periódico tiene por objeto defender los intereses, los derechos, los principios y las doctrinas del partido conservador de la Nueva Granada. Debemos desde ahora hacer una declaración general de esas doctrinas y de esos principios; caracterizar bien tanto este periódico como el partido conservador del cual es órgano; distinguir bien ese partido político del que se llama liberal progresista». Ese tipo de anuncios y declaraciones de principios, ese crear periódicos con el exclusivo propósito de defender unas ideas y atacar otras, caracterizará todo el periodismo político de la segunda mitad del siglo XIX —y casi todo el periodismo de entonces lo es— y planteará los lineamientos del siglo XX.

Esa segunda mitad del siglo XIX ve dominar el ambiente político, en el contexto liberal, al radicalismo, posición extrema del antiguo liberalismo progresista, y en el contexto conservador, todas las fuerzas políticas que habrán de hacer realidad la Regeneración, de la cual el partido saldrá también dividido. Organos —utensilios— de difusión pública del radicalismo fueron *El Diario de Cundinamarca* (1869-1874), fundado por José Benito Gaitán; *El Neogranadino* (1848-1857), que si bien había constituido una tentativa de suprapartidismo realmente admirable, durante la dirección de su fundador, el polígrafo Manuel Ancízar, sirvió luego a los intereses liberales con José María Samper, Florentino González, Manuel Murillo Toro y Lorenzo María Lleras; *El Relator* (1877-1893), de Felipe Pérez; *El Mensajero* (1866-1867), de Santiago Pérez. Periódicos conservadores, católicos, ultramontanos y regeneradores fueron: *El Tradicionista* (1871-1876), padre de los periódicos conservadores en Colombia, fundado por Miguel Antonio Caro; *La Caridad* (1864-1882) y *El Porvenir* (1855-1859), del católico y patriotero poeta romántico José Joaquín Ortiz; *La Ilustración* (1870-1880), de Manuel María Madiedo; *El Correo Nacional* (1890-1898) y *El Repertorio Colombiano* (1878-1899), este último importante divulgador literario, ambos del eminente político conservador Carlos Martínez Rivas; *La Luz* (1881-1886), de propiedad de Rafael Núñez.

Mención aparte merece el periódico *El Nuevo Tiempo* (1902-1932), fundado por los liberales Carlos Arturo Torres y José Camacho Carrizosa, quienes tuvieron que venderlo, en 1905, a agentes gobiernistas de la dictadura de Rafael Reyes, y desde entonces pasó a dirigirlo el conservador Ismael Enrique Arciniegas. Variante sutil de la censura, esto de la compra o el remate de los negocios editoriales en bancarrota, negocios que arruinaban las mismas presiones del régimen. Ya desde la época del *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, aunque Manuel del Socorro Rodríguez hacía constantes muestras de adhesión a la administración borbónica (lo cual le costó su bienestar en épocas independentistas), tuvo que reconocer en repetidas ocasiones, y luego como causa del cierre de su semanario, la indiferencia del público suscriptor y, sobre todo, las acerbas críticas que recibía por parte de otros intelectuales, acaso más dados a la discusión


VOL. XV — FEBRERO 1897. — NUM. 32

EL

REPERTORIO COLOMBIANO

REVISTA MENSUAL

Director, CARLOS MARTÍNEZ SILVA

SUMARIO

	Págs.
I.—Hombres y partidos (continuación), por José Camacho Carrizosa	81
II.—D. Justo Arosemena, por Abraham Moreno	96
III.—Puesto sobre el abismo, por Carlos Martínez Silva	105
IV.—El violinista de Cremona, comedia en un acto, por François Coppée, traducida por Roberto Mac Douall	162
V.—Revista política	165
VI.—Aclaración	169
VII.—Ley 157 de 1896, sobre prensa	171

ADVERTENCIAS

Administración: Agencia Martínez Silva & C.ª

Suscripción por año	$ 7-00
Por semestre	3-60
Número suelto	0-80
Para el Extranjero sólo se sirven suscripciones por año, pagaderas en oro, á	4-00
AVISOS: una página por una vez	6-00

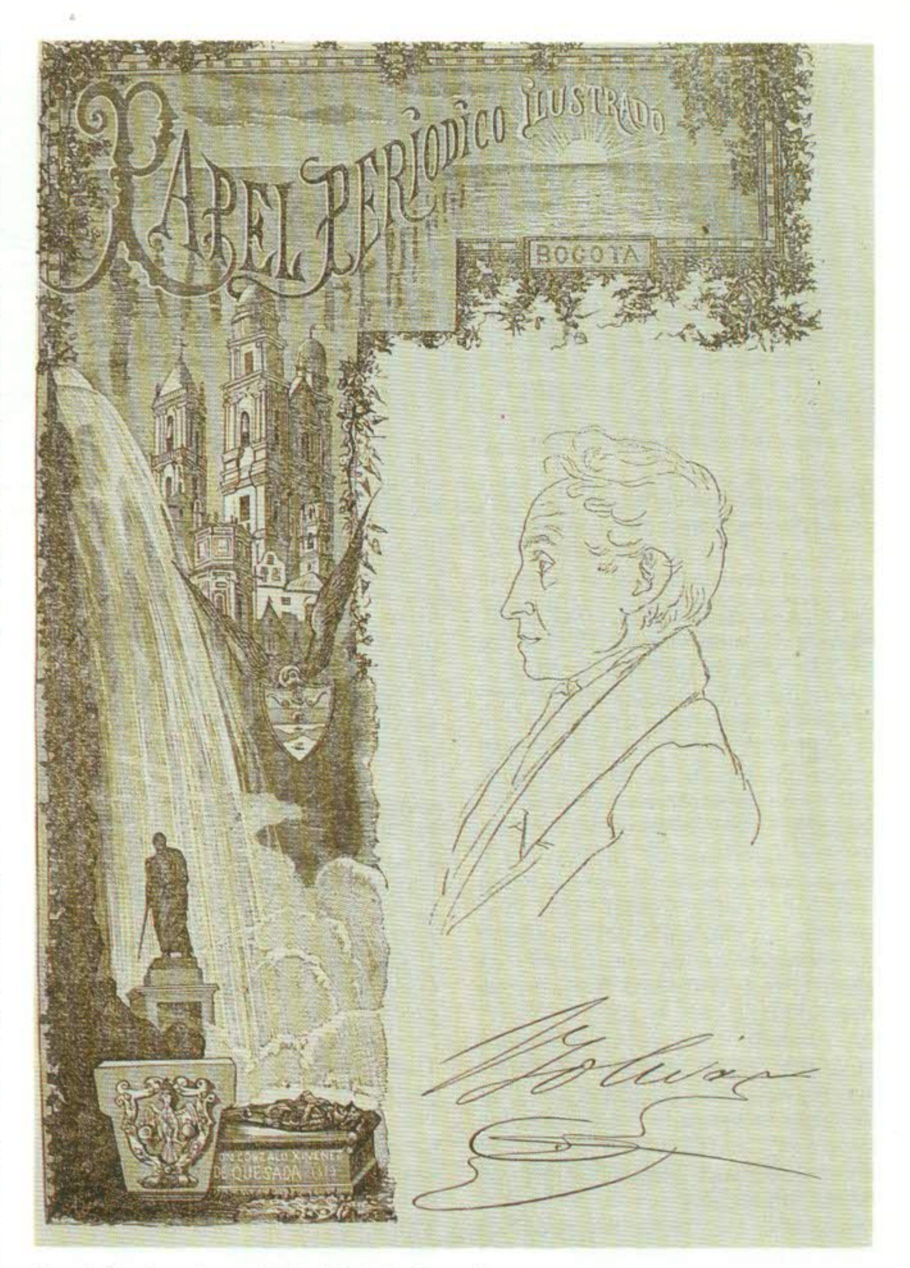
Por las repeticiones se hacen rebajas convencionales.

Portada de "El Repertorio Colombiano", fundado por Carlos Martínez Silva el 20 de julio de 1878, Biblioteca Nacional, Bogotá.

de negocios concretos que a la lectura de frívolos versitos. Primera manifestación de la censura. Pero el oficialismo periodístico era, desde el principio, una aceptación tácita de la censura, ya manifiesta en los juicios de imprenta. En relación con los partidos políticos, basta con reseñar (todos sabemos que la censura de prensa recorre toda la historia del periodismo hasta nuestros días) la persecución a editores e impresores en la década de los cuarenta por parte de los liberales mosqueristas; la clausura de *El Tradicionista* por parte del gobierno radical; todas las suspensiones de periódicos liberales durante la Regeneración (*El Relator, El Debate, El Autonomista*, el primer *El Espectador*, de Fidel Cano) y hasta la clausura de prensa del mismo partido, como las publicaciones de Martínez Silva suspendidas por Miguel Antonio Caro y Carlos Holguín.

El Papel Periódico Ilustrado

Un concepto novedoso en el empleo de las artes gráficas y la publicación periódica de la época es el que impone el eximio dibujante Alberto Urdaneta, fundador y director del *Papel Periódico Ilustrado* (1881-1887), que desaparece con la muerte de su creador. La novedad de dicha concepción reside en la exigencia de calidad técnica y óptima presentación del periódico, en una época en que la improvisación y las mismas circunstancias económicas e industriales imponían una absoluta indiferencia por esas cuestiones. Implica, por tanto, la introducción del arte en el periodismo, alianza raras veces lograda en nuestra historia, y con el distintivo central de la inclusión de grabados —obra del español Antonio Rodríguez— en todos los números. Pero lo que da más valor a la colección —hoy joya de hemeroteca— del *Papel Periódico Ilustrado* es que su concepción artística no suponía un distanciamiento o ignorancia de la realidad nacional, por tanto de su función social. Aparte de los grabados y de las excelencias técnicas, el *Papel* tenía una clara orientación hacia la búsqueda de una identidad nacional, esta vez exitosamente suprapartidista y hasta cierto punto apolítica, no importan las vinculaciones de Urdaneta con el régimen de la Regeneración. Urdaneta avisaba en el 81 que se trataba de una publicación de «Bellas artes, literatura, biografías, ciencias, cuadros de costumbres, historia, etc.». En ese sentido, era una auténtica publicación cultural en el mejor sentido de la palabra: intelectual y folklórica, artística y filosófica, elitista y popular a un mismo tiempo.

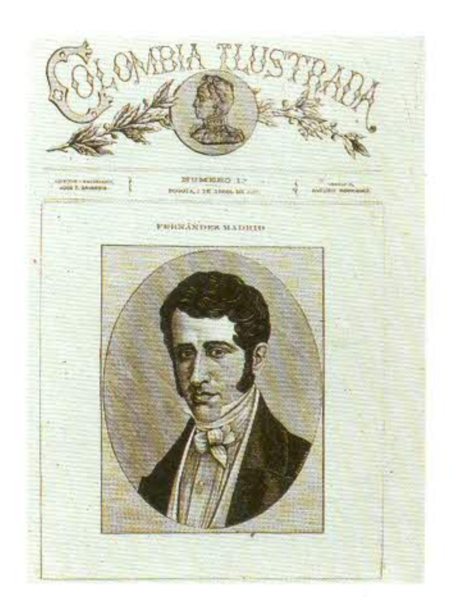


Portada del primer número del "Papel Periódico Ilustrado", dirigido por Alberto Urdaneta Urdaneta. Apareció en Bogotá, el 6 de agosto de 1881. Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.

Arte, tecnología e industrialización

A la muerte de Urdaneta, su discípulo José T. Gaibrois, deja definitivamente consolidada una tradición con *Colombia Ilustrada* (1889-1892), en la que participó el mismo grabador español. Numerosos artistas, pintores, dibujantes, grabadores y caricaturistas comienzan a colaborar en la "animación" de los periódicos, luego a vender su colaboración e incluso a vivir del trabajo artístico en el periódico. Otro tanto podría decirse de la búsqueda de calidad técnica, en un proceso que va desde la adquisición de papeles finos e incluso el aprovisionamiento a gran escala buscando la pu-

blicación diaria (ya en 1849 se había logrado por unos meses con *Plus-Café*, y, de nuevo, es *El Telegrama* el que lo consigue, interrumpiéndose tan sólo los lunes y feriados); la utilización de los primeros cables —también por *El Telegrama*— para el mejoramiento y la aceleración de la comunicación con el extranjero y la difusión de noticias internacionales; la suscripción a periódicos y revistas internacionales para la traducción y reproducción de artículos (en lo cual fueron pioneros José María Samper, Miguel Antonio Caro y Baldomero Sanín Cano); la contratación de servicios de agencias internacionales en eventos extraordinarios (el precursor es *El Colombiano*, con su cadena de informaciones internacionales para el cubrimiento de la primera guerra mundial, 1914-1918); la utilización de la fotografía como medio informativo (se recuerdan las fotografías, en *El Mercurio*, de los hechos de Barrocolorado, en 1906, atentado al presidente Reyes); la introducción de los linotipos, en 1911; la introducción de las primeras rotativas (1915); la producción industrial de papel y la circulación nacional de los principales diarios; y una verdadera perspectiva internacional, sólo conseguida acaso a partir de los hechos de la segunda guerra mundial. Esa evolución tecnológica le ha dado una especial relevancia al periodismo dentro de la industria editorial colombiana, y eso era ya patente en el medio editorial decimonónico (en 1866 *El Iris* ofrecía sus servicios de litografía e imprenta y, por supuesto, varios periódicos crearon y se apoyaron recíprocamente en su propia editorial).



Primer número de "Colombia Ilustrada", con retrato de José Fernández Madrid grabado por Antonio Rodríguez. Dirigido por José T. Gaibrois, apareció en abril 2 de 1889.

Papel de la provincia

Es innegable que desde 1791 la capital del entonces Virreinato de la Nueva Granada centralizó la producción y recepción —suscripción— de las publicaciones periódicas. Razones de papel, de imprenta, de centros educativos y de editores autorizados, así lo determinaban. Con la instauración de la Primera República y la autonomía de casi todas las provincias del antiguo virreinato, aparecen las publicaciones en otras ciudades del país, generalmente relacionadas con intereses políticos de la misma provincia —carácter que en buena parte sigue marcando hoy nuestro periodismo regional— y como testimonio de las clases cultas e intelectuales, esos pequeños círculos que monopolizaban la política, la economía y las letras de las más importantes provincias. Cartagena es la primera y más importante de esas ciudades —y provincias— en crearse una tradición periodística en la época de la Independencia. Posteriormente habría que mencionar a Popayán, Medellín y Cali. Para la segunda mitad del siglo XIX, y signando el periodismo del presente, todas las provincias y ciudades capitales tienen su órgano de representación periodística. Esas publicaciones, a lo largo de nuestra historia, han tenido un mayor o menor peso en el contexto nacional, según las circunstancias políticas, económicas y sociales. Recordemos que uno de los más importantes diarios de nuestra historia, *El Espectador* (que sólo fue diario matinal en 1955), fue fundado como vocero del radicalismo en Medellín, pero bien pronto estorboso al gobierno de Núñez.

El modernismo y las revistas literarias

En el seno de la Gran Colombia había surgido la primera revista nacional, *La Miscelánea* (1825), entre cuyos redactores se destaca el nombre de Rufino Cuervo, padre del gran filólogo. Eco de una inquietud de Manuel del Socorro Rodríguez, *La Miscelánea* varió la presentación tradicional de los periódicos (en especial el octavo por dieciseisavo) para presentar una información que no era básicamente política, sino de "lecturas". Para esa época, buscaba lectores y no corrillos, lo cual explica también lo efímero de su aventura. Anticipaba un destino para las revistas literarias, pero sentaba un precedente de variación en la publicación periódica, no asimilada sino excepcionalmente durante su siglo y retomada a finales del mismo con la proliferación de inquietudes estéticas y publicitarias del modernismo literario.

Lo que distingue a estas revistas, aparte de cada vez más acentuadas especificaciones técnicas, es la búsqueda de un espacio para artículos de fondo, las más de las veces extensos, que por supuesto carecían de un público lector entre los ya habituales de los periódicos políticos, es decir, «políticos, literarios, industriales y de variedades», como muchos de ellos se subtitulaban. En este aspecto, es precursora la *Revista de Colombia* (1868-1874), fundada por Medardo Rivas, cuyas secciones cubrían un amplio espectro temático cultural, y tenían el claro propósito de divulgar estudios e investigaciones. Sin embargo, bien pronto la necesidad de un espacio, sin limitaciones de público y formato, para el estudio y el ensayo, se aúna a la aparición de una nueva literatura —más en ideas renovadoras que en producción de obras— y por tanto al afán de dar a conocer esas nuevas tendencias (lo cual implicaba una discusión que el lector común estaba muy lejos de permitirse abordar) y de difundir la creación de los nuevos nombres. Se trata de la época —más que movimiento— del modernismo, con toda su importación de estéticas, gustos y modas de Europa (dentro de los cuales cabe incluir el propio gusto por las revistas). Discusión de ideas propugnadas por autores de la hora, polémica entre «antiguos y modernos», publicación de poemas decadentes, parnasianos, simbolistas y bohemios, son el menú a la orden en estas publicaciones que caracterizan el cambio de siglo. Son tres las más importantes, heraldos de un modernismo *sui generis* y distorsionado, que entraba ya en el terreno de lo ilegible y de la impopularidad: *Revista Gris* (1892-1896), dirigida por Maximiliano Grillo; *Revista Contemporánea* (1904-1905), dirigida por Baldo-


Biblioteca de

ROBERTO SUAR

BOGOTA

La Miscelanea.

No. 1.] BOGOTA, DOMINGO, SETIEMBRE 18, DE 1825. [Trim. 1.

PROSPECTO.

Al presentarnos al publico como escritores, creemos de nuestro deber manifestar el objeto de este periodico, y hacer una lijera enunciacion de los principios que profesamos. Su titulo indica bastantemente la diversidad de materias que nos proponemos tomar en consideracion. La politica, la lejislacion, el comercio, la literatura, y las noticias es-

en el modo y terminos que ella misma previene; pero nunca con el de provocar a la desobediencia. Nuestra opinion particular se plegara siempre a la espresion de la voluntad jeneral, y nada de subversivo al orden publico se encontrara en nuestras columnas. Como tampoco nos hemos propuesto fomentar la discordia entre los ciudadanos, declaramos: que nuestra patria es

Primera entrega de "La Miscelánea", primera revista publicada en Colombia, redactada por Pedro Acevedo Tejada, Juan de Dios Aranzazu, Rufino Cuervo, José Angel Lastra y Alejandro Vélez. Bogotá, septiembre 18 de 1825. Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.

mero Sanín Cano; y *Trofeos* (1906-1908), dirigida por Víctor M. Londoño. Antecediendo a las tres, con mayor repercusión popular y signo reaccionario, había aparecido en 1890 la *Revista Literaria*, de Isidoro Laverde Amaya, empeñada en el género biográfico y la crítica exaltatoria; desapareció en 1894.

Difusión de la literatura a principios del siglo XX

Con un espíritu más abierto y una más arraigada conciencia de la función social de la literatura (entendiendo por tal todo lo escrito publicable), la tradición de la revista literaria entra en el siglo XX regida por el sino de la aventura quijotesca y el afán de nuclear unos movimientos o unas generaciones. Respecto de la *Contemporánea*, de Sanín Cano, o *Trofeos*, de Londoño, estas publicaciones partirán del supuesto de la inoperancia de los criterios estéticos exclusivos, especialmente en materia de divulgación. Sin embargo, no lograrán deshacerse del lastre de la marginalidad, que ha de ser el rasgo distintivo de la casi totalidad de las publicaciones culturales en el siglo XX. En el siglo XIX, redactores y editores habían conseguido *posicionar* su producto literario, ya fuera entre el público femenino o a través del hábito de la "lectura variada" de la semana, creado con la publicación generalizada de *Semanas Literarias*, suplementos que hicieron circular los principales periódicos del país. No marginales sino de circulación restringida han de considerarse esos ensayos literarios decimonónicos. El proyecto de la revista, en cambio, implicaba la admisión de un público literario, libresco o, simplemente, con alguna formación, ya no apetencia o gusto, en materia literaria. Y esa formación carecía por completo de una aplicación inmediata o "útil" en la vida social de la época. La más duradera de estas publicaciones, quizá por su vinculación a un diario, y en la cual colaboraron los más importantes escritores de comienzos del siglo, fue *El Nuevo Tiempo Literario* (1903-1932), que, si bien no era revista, fue creando su propio círculo cerrado de lectores (por sucesivas etapas pasaron también publicaciones de las mismas características como los *Suplementos Literarios* de *El Tiempo* y *El Espectador*, aparecidos en la segunda década del siglo). Por su fugacidad y exclusivismo son los modelos más eminentes de esta publicación literaria las revistas *Panida* (1915), de Medellín, entre cuyos directores figura León de Greiff; *Voces* (1917-1918), de Barranquilla, dirigida por Julio Gómez de Castro, y *Los Nuevos* (1925), de Bogotá, dirigida por Felipe y Alberto Lleras Camargo. Cada una de ellas nucleó un grupo de escritores que pretendieron definirse generacionalmente en la búsqueda de nuevos rumbos para la experiencia literaria y, en el caso de *Los Nuevos*, también para la experiencia política.

Revistas de grandes tiradas

Al lado de la publicación marginal —cada vez más marginal— de carácter literario, surgen en la primera mitad del siglo XX revistas de notoria proyección social. Estas revistas resuelven la búsqueda de popularidad, reemplazando la caricatura y el texto ingenioso —que no desaparecen— por un contenido publicitario, de "interés general", pero no primordialmente literario, apoyado en abundante material gráfico, sobre todo fotográfico, de gran calidad. Estas revistas mantienen algunos colaboradores literatos en sus números, pero les imponen un cierto formato, unos requisitos de amenidad y claridad y, por supuesto, abandonar las intrincadas reflexiones de corte estético-filosófico o histórico-literario propias de las revistas modernistas. Infidencias de la vida privada de los hombres públicos, reportajes a importantes personajes nacionales, semblanzas de grandes hombres de la historia, noticias nacionales e internacionales de la semana, noticias de moda, costumbres y sociales, ocupaban las páginas centrales. La formación de un público promedio que demandaba estas lecturas, les permitió ir aumentando sus tiradas hasta constituir un mercado. La primera revista de este tipo fue *El Gráfico* (1910-1941), revista de «ilustraciones, información, literatura, variedades», semanario dirigido por Alberto Sánchez y Abraham Cortés. La segunda y más importante es *Cromos*, fundada en 1916 por Gustavo Arboleda y Miguel Santiago Valencia y que se ha mantenido hasta nuestros días en entregas semanales. A continuación, *Mundo al Día* (1924-1938), pionera del reporterismo gráfico en nuestro país, dirigida por Arturo Manrique. Finalmente, competidora de *Cromos* y también excelente en la reproducción gráfica, *Estampa* (1938-1970).

Dentro del mismo esquema publicitario pero con circulación restringida, cabría mencionar algunas publicaciones, generalmente mensuales, de empresas públicas y privadas, que sirven de apéndice, comercial o no, a los intereses de dichas empresas; así por ejemplo, las revistas *Diners* y *Creden-*









Primeras revistas de grandes tiradas: "El Gráfico", dirigido por Alberto Sánchez y Abraham Cortés M. (1910-1941); "Cromos", fundada por Gustavo Arboleda y Miguel Santiago Valencia en 1916 (Portada del primer número dibujada por Coriolano Leudo); "Mundo al día", dirigido por Arturo Manrique (1924-1938); y "Estampa", fundada por Fernando Martínez Dorrien (1938-1970). Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

cial, correspondientes a las empresas crediticias del mismo nombre; *Lámpara*, de Esso de Colombia; *Avianca*, de la misma empresa de aviación; *Camacol*, de la Cámara Colombiana de la Construcción, y muchas otras.

EL PERIODISMO Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN EL SIGLO XX

Siguiendo la tradición decimonónica, el periodismo del siglo XX se afianza en el partidismo, si bien ese carácter irá desdibujándose en los grandes diarios nacionales (*El Tiempo* y *El Espectador*) a medida que se imponen en ellos unos intereses menos doctrinariamente políticos y, sobre todo, los intereses comerciales propios del proceso de industrialización.

De cualquier manera, tampoco *El Tiempo* o *El Espectador* escapan al rótulo partidista por sus orígenes, en ambos casos liberal. *El Espectador*, el diario más antiguo que circula en la actualidad, fue fundado por Fidel Cano en 1887 en Medellín. La proverbial obstinación de Cano, su inverosímil insistencia en una empresa que para entonces parecía utópica, lo hizo sobreponerse a numerosos encarcelamientos y censuras que padeció durante la hegemonía conservadora, y a partir de un tabloide de provincia, editado en condiciones precarias y con el agravante de ser un abierto defensor de las ideas radicales en tiempos de la Regeneración. *El Tiempo*, fundado en 1911 por Alfonso Villegas, también diario de oposición moderada a la hegemonía conservadora, comienza en cambio una carrera vertiginosa de prosperidad e industrialización a partir de su adquisición por parte del futuro presidente Eduardo Santos en 1913.

Al cubrimiento nacional de *El Espectador* y *El Tiempo* se superpone, y a veces se opone, un periodismo regional y local de marcado acento partidista, acaso más influyente, en este aspecto, que los propios diarios nacionales: *El Siglo*, de limitada circulación bogotana, órgano combativo del partido conservador, fundado por Laureano Gómez y José de la Vega en 1936 y que también permanece hasta nuestros días con el nombre de *El Nuevo Siglo*; *El Colombiano*, fundado en Medellín en 1912 por Francisco de Paula Pérez, se convirtió, sobre todo a partir de su adquisición por parte de Fernando Gómez Martínez en 1930, en defensor de las ideas conservadoras en Antioquia; *La Patria*, de Manizales, fundado en 1921, con notable influencia nacional en las décadas del treinta y el cuarenta, por la gravitación de sus principales colaboradores, ha descrito también la evolución del pensamiento conservador a nivel nacional y de provincia; por contra, el periodismo liberal de provincia ha tenido su máximo representante en *Vanguardia Liberal*, fundado en Bucaramanga en 1919 por Alejandro Galvis Galvis. Estos, para nombrar sólo los cuatro periódicos de partido más importantes de circulación local y regional que atraviesan el siglo XX hasta nuestros días; pero la provincia siempre ha tenido una importante actividad en lo tocante al periodismo partidista de la presente centuria.

Dentro del periodismo de partido del siglo XX, subrayamos los diarios más importantes: liberales, aparte de *El Espectador* y *El Tiempo*, ambos nacidos bajo el signo de la censura conservadora, cabría destacar dos: *El Liberal* (1938-1951), fundado y dirigido por Alberto Lleras Camargo, que acompañará y llevará a la segunda presidencia a Alfonso López Pumarejo; y *La Razón* (1936-1948), dirigido por Juan Lozano y Lozano. Entre los conservadores hay los nacidos como apéndices gobiernistas durante la hegemonía conservadora y en defensa de los principios católicos: *La Unidad*, fundado en 1909 por Laureano Gómez bajo la tutela de los jesuitas (lo reabriría, en segunda época, Belisario Betancur para luchar contra el régimen de Rojas Pinilla); *La Defensa*, de circulación antioqueña (1919-1948), verdadera resurrección del ultramontanismo decimonónico; *La Patria* y *El Colombiano*. Nacido durante la República Liberal y con objetivos claramente presidenciales, aparece *El Siglo*, que cumple un papel particularmente decisivo en la dimisión de López Pumarejo en 1945. Durante el gobierno militar de Gustavo Rojas Pinilla, pueden identificarse tres tendencias conservadoras, representadas cada una por su diario respectivo: el laureanismo, cuyo órgano, *El Siglo*, había sido clausurado por Rojas, mantiene su línea beligerante y antigobiernista con *Diario Gráfico* y el ya mencionado *La Unidad*; el alzatismo, de derecha falangista, pero disidente y crítico frente a Laureano, con *El Eco Nacional*, fundado por Gilberto Alzate Avendaño en 1947 y que es cerrado

en 1954; y el ospinismo, relativamente aliado con el régimen, con *La República*, fundado por Mariano Ospina Pérez en 1954. Caso curioso lo constituye el semanario liberal (y cultural) *Sábado*, fundado en 1943 por Plinio Mendoza Neira y Armando Solano y que, aun pasando por las direcciones de otros dos liberales, Abelardo Forero Benavides y Darío Samper, atraviesa todo el gobierno militar, si bien censurado, como mero propagandista del régimen.

Al margen de los partidos tradicionales, diversos grupos políticos, especialmente de izquierda, han intentado llegar a las masas a través de publicaciones periódicas, casi siempre irregulares, perseguidas, técnicamente precarias y efímeras. El "gran" periodismo político colombiano ha sido siempre tradicional, entre liberal y conservador; las "terceras propuestas" han corrido, más o menos, el mismo albur que los partidos proponentes. Destacamos, entre las publicaciones comunistas: *Tierra* (1932-1939), de Luis Vidales y Jorge Regueros Peralta; *Unirismo* y *Jornada*, periódicos gaitanistas, el primero asociado con el Movimiento Nacional Izquierdista Revolucionario, que, de manera ejemplar dentro de este tipo de publicaciones, tuvo una apreciable acogida en zonas rurales y allí mismo saboteado con violencia hasta su desaparición y la del grupo, cancelado por el propio Jorge Eliécer; *El Soviet* (1933-1939), de Gilberto Vieira; y *Bandera Roja* (1935-1948), fundado en Bucaramanga por el infatigable Regueros Peralta.

Así mismo habría que mencionar periódicos disidentes, como *La Calle* (1957-1966), orientado por Alfonso López Michelsen y Alvaro Uribe Rueda, órgano del MRL; y periódicos-revistas definitivamente suprapartidistas aunque políticos como *La Nueva Prensa* (1960-1966), de Alberto Zalamea o *El Mercurio*, que sostuvieron por tres meses, en 1955, el liberal Pedro Gómez Valderrama y el conservador Mario Laserna.

El común denominador, al lado de su carácter oposicionista —de polémica, controversia y polarización— de la prensa política y de partido, es la censura, desde la oficial hasta la social y la autocensura, según la cual cada diario define para sí y para sus colaboradores un conjunto de restricciones sobre lo que se puede decir o no y cómo se puede decir. La Constitución insiste, desde el siglo pasado, en que la prensa es libre, «pero...». Ese «pero», llámese «honra de las personas», «tranquilidad pública» u «orden social», ha sido interpretado a su amaño por sistemas gubernamentales diferentes a lo largo del siglo XX. El manejo de esa norma constitucional atañe a la censura oficial, particularmente represiva durante el gobierno militar de Rojas Pinilla (clausuró *El Siglo*, *El Tiempo* y *El Espectador* e impuso la censura de redacción, a través de la ODIPE —Oficina de Información y Propaganda del Estado— a los restantes o sustitutos); la censura de redacción, adoptada desde la segunda mitad de la administración de Ospina Pérez (48-50) tiende finalmente a la creación de un periodismo oficial —como era realista, y con prevenciones, el *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*—, como lo fueron *La Luz* y *El Porvenir*, de Núñez, durante la Regeneración, o el *Diario Nacional* (1912-1938) al llegar a la presidencia Enrique Olaya Herrera.

LAS GRANDES PUBLICACIONES LITERARIAS DEL SIGLO XX

Nos referimos aquí a las revistas culturales cuya base intelectual es el trabajo literario y se destacan por su tirada, permanencia, recepción y calidad de contenido. Esas revistas, no sin dificultades, han tentado los caminos de la socialización, desafiando la tradición casi clandestina de las publicaciones literarias, y buscando darles a sus textos una función social diferente de la aspiración política o del laurel podrido de la bohemia.

Cronológicamente habría que empezar por *Pan*, una curiosa revista aparecida en 1935, fundada y dirigida por Enrique Uribe White, que logró mantenerse, irregularmente, hasta 1940, pero con un notable paginaje y descollantes presentación y calidad técnica. Audaz en sus propósitos pero retrogradante por la orientación de su director, en especial en materia de crítica literaria y de arte, políticamente liberal pero sin compromisos. La *Revista de las Indias* también resulta un proyecto singular por tratarse de una publicación financiada por el Estado, a través del Ministerio de Educación, nacida durante el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo en 1936 y encargada inicialmente a Arcadio Dulcey. Sin embargo, con todo y ser una publicación ministerial, la *Revista de las Indias* —en ello reside su singularidad— no se convirtió en una revista oficial, censurada —digámoslo así— dentro de un proyecto cultural del gobierno o de partido, como lo serán, más adelante, su reemplazo la *Revista Bolívar* o las *Hojas de Cultura Popular Colombiana*; un director como Germán Arciniegas, quien asume en 1938, logra deslindar lo oficial de lo liberal y la revista no ofrece entonces más criterio que el de su director y sus colaboradores; igual podría decirse de los sucesores conservadores de Arciniegas, Abel Naranjo Villegas y Jaime Vélez Sáenz, hasta que la "política cultural" de Laureano Gómez decide darle un nuevo rumbo y la sustituye por la *Revista Bolívar* en 1951, ésta dirigida por ese apologista de la "conservación literaria" que fue Rafael Maya. Con un cierto carácter más oficial y también dirigida por Germán Arciniegas, circuló entre 1945 y 1950 la *Revista de América*, apoyada por Eduardo Santos y *El Tiempo*. Entre 1947 y 1957, y como manifestación de un objetivo cultural estatal, estrechamente ligado con el afán populista de los gobiernos conservadores de Ospina Pérez, Laureano Gómez y el militar de Rojas Pinilla, se publica *Hojas de Cultura Popular Colombiana*, que como obra tipificante reproduce los dibujos y pinturas de la Comisión Corográfica; la valoración del folklor, al lado de una presunta tradición literaria que procura reconstruirse, son las coordenadas que definen el programa cultural nacionalista propio de los gobiernos conservadores y derechistas previos al Frente Nacional. Dentro de la tradición decimonónica, las revistas —en este caso tabloides periódicos, semanario y quincenario— político-literarias tienen sus más eminentes representantes en *Sábado* (1943-1957), nacido como programa cultural-liberal, y *Crítica* (1948-1951), quincenario liberal dirigido por Jorge Zalamea, que se origina en los sucesos del 9 de abril de 1948 y pasa también por la experiencia de la censura, además de cumplir una excelente labor de difusión cultural, con textos de calidad internacional y promoción de los nuevos valores nacionales.

En la segunda mitad del siglo, dos revistas dominan el panorama cultural y literario, por la apertura —ya entrevista en la "parte cultural" de *Crítica*— hacia una literatura y un pensamiento universales: *Mito* (1955-1962) y *Eco* (1960-1984). La primera, fundada por Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel, por sus colaboradores, colombianos, hispa-

LAS REVISTAS Y LA CULTURA



"Universidad"
Julio 2 de 1927.



"Pan"
Nº 13, marzo-abril 1937.



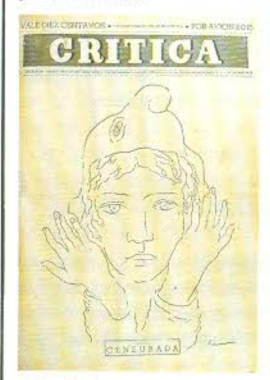
"Revista de las Indias"
Nº 8, enero de 1938.



"Sábado"
Nº 2, julio 24 de 1943.



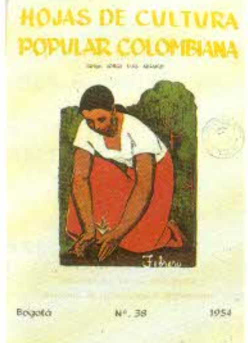
"Revista de América"
Nº 1, enero de 1945.



"Crítica"
Nº 27, diciembre 1949.



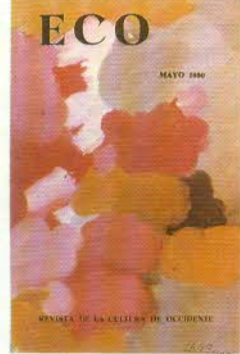
"Bolívar"
Nº 1, julio de 1951.



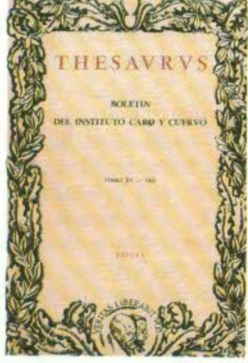
"Hojas de Cultura
Popular", febrero 1954.



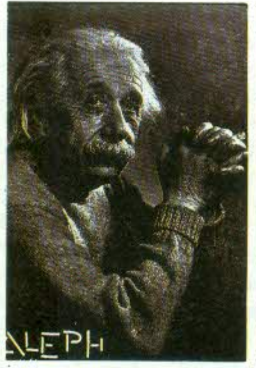
"Mito"
Nº 15, agosto de 1957.



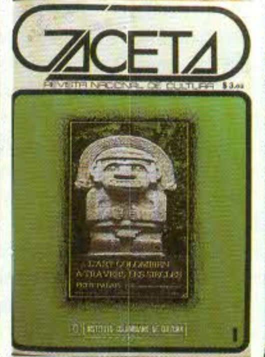
"Eco"
Nº 1, mayo de 1960.



"Thesaurus"
Tomo XV, 1960.



"Aleph"
Nº 1, octubre de 1966.



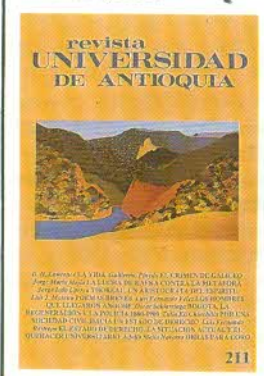
"Gaceta"
Nº 1, 1975.



"Correo de los Andes"
Vol. 2 Nº 1, enero 1980.



"Revista de la Universidad
Nacional", junio de 1986.

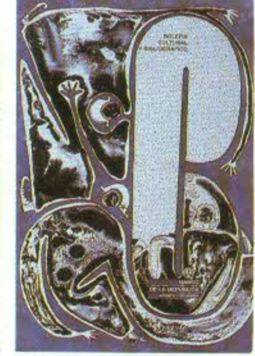


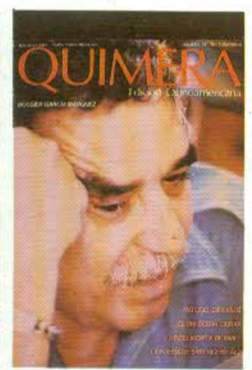
"Revista Universidad de
Antioquia", Nº 211, 1988.



"Gradiva"
Nº 6, septiembre de 1988.


"Gaceta"
Nº 12, diciembre 1991.


"Boletín Cultural y
Bibliográfico", Nº 27, 1991.



"Quimera"
Nº 14-15, abril de 1992.

noamericanos y europeos, por las traducciones de textos contemporáneos y de ruptura, desconocidos entonces en nuestro país, y por su independencia y desprejuicio respecto de nuestra historia, se constituye en una publicación modélica para las nuevas generaciones, aparte de iniciadora de un movimiento generacional, lejos de todo criterio cronológico, cuyos herederos construyen la literatura colombiana de hoy. *Eco*, «revista de la cultura de Occidente», financiada desde el emporio cultural de las librerías de Karl Buchholz, parecería anunciar, desde su lema hasta su patrocinador, una publicación extranjerizante o exótica. Lejos de ello, *Eco* significó, siguiendo de cerca el ejemplo de *Mito*, un diálogo abierto de Latinoamérica con una cultura universal y moderna; *Eco* reflejó las tendencias ensayísticas de sus redactores, entre los que se cuentan los más connotados representantes del género en este siglo: Hernando Valencia Goelkel, Ernesto Volkening y Juan Gustavo Cobo Borda.

Las publicaciones culturales y literarias de las últimas décadas, incluso las financiadas por empresas públicas o privadas sólidas, enfrentan constantemente el fantasma de la desaparición, la suspensión indefinida, el «circula cuando puede», la clandestinidad, las bajas ventas y la distribución limitada. Las revistas de financiación y dirección privadas exigen de sus editores una dedicación casi exclusiva en la consecución de dinero y artículos de colaboradores, así como en el control de los procesos de composición, corrección, armada, fotolitos e impresión, cuando no son ellos los propios diagramadores, diseñadores e ilustradores. Editores y directores "toderos" de revistas literarias independientes y que han logrado mantener, quijotescamente, sus publicaciones dentro de un círculo reducido, pero existente, de lectores: Mario Rivero, con *Golpe de Dados;* Rafael del Castillo, con *Ulrica;* Eutiquio Leal, con *Gato Encerrado;* Santiago Mutis, con *Gradiva.* Al lado de éstas, pero menos sufrientes, están las publicaciones culturales financiadas por organismos del Estado o por empresas privadas. Cabría mencionar, como las más importantes: el *Boletín Cultural y Bibliográfico*, del Banco de la República, de lucida presentación y especializada en reseñas bibliográficas —un género vital para el desarrollo de una crítica literaria en Colombia—, pero de circulación inexplicablemente restringida; *Gaceta*, de Colcultura, que ha pasado por sucesivas etapas, la última marcada por un criterio más comercial y la preocupación por editar una revista de calidad y de amplia difusión; *Quimera*, editada por Tercer Mundo Editores, es la correspondiente latinoamericana de la *Quimera* española, con la cual mantiene su vínculo editorial a través de Montesinos Editores; *Thesaurus* es la revista, informativa y ensayística, del Instituto Caro y Cuervo, también de circulación restringida y contenido usualmente especializado. Atención especial merecen también las publicaciones literarias de provincia, cada vez más abiertas al medio cultural nacional: *La Cábala*, de Cali; *Gaceta* y *Universidad de Antioquia*, de Medellín; *Aleph*, de Manizales; *El Túnel*, de Montería; *Kanora*, de Armenia; *Pretextos*, de Neiva; *Astrolabio*, de Ibagué, entre otras.

PERIODISMO Y CULTURA UNIVERSITARIOS

La universidad ha cumplido en el presente siglo una importante labor de difusión de ideas, doctrina y creación literaria a través de publicaciones, ya de carácter informativo y de opinión, ya de carácter cultural. Básicamente dos variantes presenta este periodismo universitario, que reseñamos aquí sucintamente: un periodismo independiente, orientado por los estudiantes y las más de las veces financiado por ellos mismos (la universidad se limita a ser escenario, telón de fondo y posible censor), y un periodismo de corte oficial, financiado y orientado por la institución.

En lo que respecta al periodismo estudiantil, su antecedente más destacado es la revista *Universidad*, dirigida por Germán Arciniegas en dos épocas, 1921-1922 y 1927-1929. La fugacidad e insistencia de la revista de Arciniegas, que se hizo eco de reivindicaciones estudiantiles latinoamericanas y con circulación interuniversitaria, auguran el carácter de este tipo de publicaciones, no siempre vistas con buenos ojos por la institución universitaria. Otro ejemplo interesante, notable por su circulación, también interuniversitaria —con una tirada excepcional de 5000 ejemplares— y por la toma de posición ante problemas no sólo universitarios sino nacionales, es el periódico *Insomnio*, dirigido por Francisco José González y editado por un grupo de estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad Externado de Colombia; la actitud crítica y las dificultades económicas, determinan su cierre.

Pero al lado de las casi siempre clandestinas o intrascendentales publicaciones estudiantiles, las universidades han patrocinado revistas y periódicos de calidad, transmisores de un pensamiento doctrinario o simplemente promotores de la actividad literaria nacional, regional y universitaria. Destacamos: la *Revista Javeriana* y *Universitas* (*Humanística, Jurídica, Philosophica*, etc.), de la Universidad Javeriana; *Revista Universidad de los Andes* y *Correo de los Andes* (dirigida por Germán Arciniegas), de la Universidad de los Andes; *Revista de la Universidad Nacional; La Tadeo*, de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano; *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; Universidad de Antioquia*, entre otras.

Bibliografía

ANZOLA, PATRICIA. *Hacia un diagnóstico de la comunicación social en Colombia*. Bogotá, UNICEF-Departamento de Planeación Nacional-Mincomunicaciones, 1988.

ARTUNDUAGA, EDGAR. *Cómo escriben los mejores de Colombia*. Bogotá, Oveja Negra, 1986.

CACUA PRADA, ANTONIO. *La libertad de prensa en Colombia*. Bogotá, Prensa Católica, 1958.

CACUA PRADA, ANTONIO. *Historia del periodismo colombiano*. 2ª ed. Bogotá, Ediciones Sua, 1983.

FONNEGRA, GABRIEL. *La prensa en Colombia*. Bogotá, El Áncora Editores, 1984.

LONDOÑO, PATRICIA. "Las publicaciones periódicas dirigidas a la mujer, 1858-1930". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXVII, Nº 23 (1990), pp. 2-23.

MANGA, GERMÁN. *Daniel Samper y José Salgar enseñan periodismo*. Bogotá, Oveja Negra, 1986.

MEDINA, JOSÉ TORIBIO. *La imprenta en Bogotá y la Inquisición de Cartagena de Indias*. Bogotá, Editorial ABC, 1952.

MORALES BENÍTEZ, OTTO. *Reflexiones sobre el periodismo colombiano*. Bogotá, Editorial Avance, 1982.

OTERO MUÑOZ, GUSTAVO. *Historia del periodismo en Colombia*. Bogotá, Biblioteca Aldeana de Colombia, 1936.

RODRÍGUEZ, MARCO TULIO. *La gran prensa en Colombia*. Bogotá, Minerva, 1963.

SANTOS CALDERÓN, ENRIQUE. "El periodismo en Colombia. 1886-1986". En: *Nueva historia de Colombia*, Vol. VI. Bogotá, Planeta, 1989, pp. 109-136.

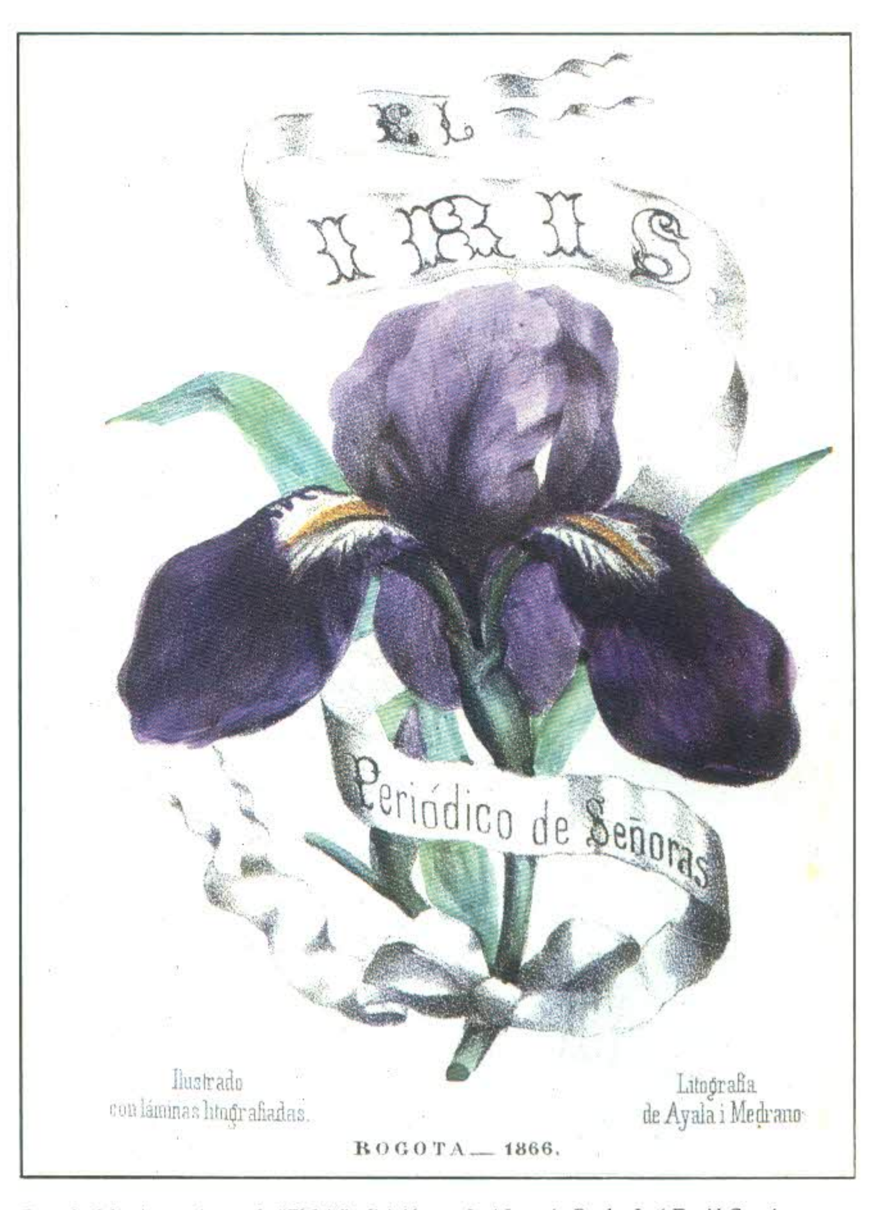
SILVA, RENÁN. *Prensa y revolución a finales del siglo XVIII*. Bogotá, Banco de la República, 1988.

La prensa literaria en el siglo XIX

Myriam Díaz M.

La prensa es quizás el más importante y conocido medio de difusión literaria, pues por su naturaleza misma, a la vez que facilita el acceso de escritores y lectores a sus páginas, es el campo propicio para la controversia y la crítica literaria, y al llegar regularmente a un gran número de personas pone al alcance de todos los diversos géneros; sin embargo, la importancia de la prensa en el siglo XIX está limitada por tres circunstancias: una, el reducido número de ejemplares que se imprimen debido a la escasez de papel y el alto costo de edición; la segunda, que la inmensa mayoría de la población es completamente analfabeta; y la tercera, la censura, que al llegar incluso a clausurar los periódicos impide la libre expresión del pensamiento. Pero a pesar de todas las dificultades, gracias a la prensa la mayoría de los escritores, quienes a sí mismos se llaman publicistas o literatos, alcanzan prestigio y popularidad, puesto que de no haberse dado a conocer por este medio, muchos de sus escritos hubieran permanecido inéditos y sus autores desconocidos.

Ser redactor de una publicación periódica en el siglo XIX es una labor que se realiza por amor a las letras y por cuenta y riesgo propios. Durante casi todo el siglo el redactor es a la vez director, ocasionalmente editor, y generalmente esta función la desempeña un literato reconocido, quien siendo el principal colaborador, al igual que los demás colaboradores, habitualmente no obtiene remuneración, salvo los redactores de los periódicos oficiales; sólo hacia final de siglo, siguiendo la costumbre de los periódicos europeos, los escritores reciben un pago por su trabajo; por ello casi todos tienen otra ocupación que les permite subsistir; algunos, exponiendo su patrimonio en esta empresa, se arruinan tratando de sostener la publicación. Pero el riesgo no es sólo económico: temerosos de la censura y de los ataques contra su persona, celosamente buscan mantener el anonimato cuando las circunstancias lo exigen; en consecuencia, muchos de los artículos son anónimos y en los firmados a menudo el autor se oculta tras un seudónimo; la identidad de redactores o colaboradores sólo se conoce años después.



Portada del primer número de "El Iris", dirigido por José Joaquín Borda, José David Guarín y Carlos Posada, y editado por Nicolás Pontón en su Imprenta Nacional, en Bogotá. La portada de esta entrega es de los litógrafos Daniel Ayala e Ignacio Medrano. Febrero 11 de 1866. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

El recurso al cual se acude para costear la edición de un libro o periódico lo constituye la apertura de suscripciones, las cuales se pagan anticipadamente en la imprenta o al agente respectivos por todo aquel interesado en apoyar y recibir la publicación. Por tanto es costumbre dar con anticipación o en el primer número un prospecto de las materias que trata el periódico, de los propósitos que lo animan y de las condiciones de venta, para que los interesados tomen su suscripción. Cuando no consiguen suficientes suscriptores, muchos periódicos sólo logran publicar uno o pocos números.

En la presentación los periódicos tienen como modelo la prensa europea y evolucionan a la par de ella en su disposición, tamaño, tipo de información, nombres y clases: noticioso, político, satírico, literario.

Los albores de la prensa literaria

Muchos de los periódicos publicados en la primera mitad del siglo pueden ser considerados prensa literaria dado el interés de los redactores en impulsar y difundir la literatura. Es así como, con la aparición a finales del siglo XVIII del primer periódico, el *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, redactado por Manuel del Socorro Rodríguez, empieza a la vez la prensa literaria, pues en él se publican sonetos, odas, silvas, elogios, controversias con criticastros, "canciones reales", discursos a la juventud sobre educación y literatura, advertencias sobre figuras poéticas.

A través de 265 números, publicados semanalmente en un lapso de seis años, se difunden las artes, las ciencias, la literatura; se dan a conocer noticias varias ocurridas tanto en la Península como en sus colonias y ocasionalmente se incluyen disposiciones gubernamentales de la corona española.

Según el tema tratado en las ocho páginas de cada edición, el autor utiliza un lenguaje sencillo, conciso, variado y adecuado a las materias, tal como lo expresa la nota de la última página del primer número: «También se advierte, que en lo que mira el estilo no se deberá extrañar la desigualdad, porque uno de los primeros objetos ha sido amenizar la obra con la variedad posible; y así, conforme a la dignidad de las materias, se le irá dando a la locución los diferentes modos de que es susceptible». Estos propósitos y características señalan el derrotero de la prensa del siglo XIX, especialmente de la literaria, en la cual, tanto en versos líricos o épicos, como en composiciones dramáticas, en prosa oratoria, histórica o novelesca, y también en artículos epistolares, críticos o didácticos, la elegancia del estilo, la concisión, la pureza de la redacción, la claridad y contundencia de los argumentos, la gracia y el ingenio, afloran por doquier.

La prensa instructiva

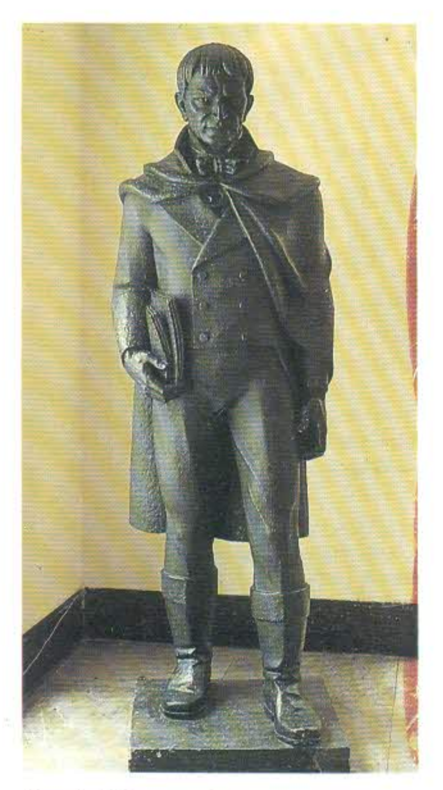
En la primera década la prensa tiene un propósito instructivo, pues mediante la publicación de discursos o memorias y la convocatoria a concursos se quiere promover el estudio de temas científicos y literarios entre los granadinos. En estos certámenes, que al igual que las sustentaciones académicas, jurídicas, botánicas, médicas o religiosas, son considerados actos literarios, participan, entre otros, como jurados Manuel del Socorro Rodríguez y Diego Martín Tanco y, como concursantes, Francisco José de Caldas y Joaquín Camacho.

No bien acaba de despuntar el siglo XIX cuando ve la luz el primer periódico de la centuria, el *Correo Curioso*, el cual proporciona noticias de la incipiente actividad intelectual. Entre los artículos científicos se destacan: "Método para curar la viruela", de José Celestino Mutis, y "La altura real de Guadalupe", de Francisco José de Caldas; y entre las piezas literarias, "Oda a la escritura", una carta sobre la necesidad de unificar la ortografía española y el apólogo "Conversación de Monserrate y Guadalupe". Además, buscando la colaboración de los ilustrados de la época en la tarea de fomentar la cultura, se convoca un concurso de discursos científicos, cuyo resultado es desesperanzador: el premio lo gana el único artículo participante.

Años después de haber desaparecido el *Papel Periódico*, el ingenio de Manuel del Socorro Rodríguez entrega a los granadinos *El Redactor Americano*, en 1806. En el prospecto del primer número el autor manifiesta que el fin principal de este quincenario es dar a conocer en lenguaje sencillo las noticias más importantes, y advierte que en consecuencia se ocupará muy poco de temas científicos y literarios.

Casi dos meses después de la aparición de *El Redactor Americano*, Manuel del Socorro Rodríguez ve la necesidad de publicar un papel literario y noticioso que lo complemente. Bajo el epígrafe «*Hoc unum scio, quod nihil scio.* Sólo sé que nada sé, y esto siempre escribiré», llega al público el primer número de *El Alternativo del Redactor Americano*, cuyo principal propósito es instruir. Sus contenidos versan sobre las guerras napoleónicas y en lo literario reflexiones sobre poética, discursos de tono patriótico y poesías.

El primer periódico sobre temas especializados es el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*. En sus dos primeros años, de 1808 a 1810, aparece regularmente, y a partir de 1810 no es sema-



Manuel del Socorro Rodríguez. Obra del escultor Llamosa, Biblioteca Nacional, Bogotá.



1018

Núm. 1.

CORREO CURIOSO,

ERUDITO, ECONOMICO,

Y MERCANTIL.

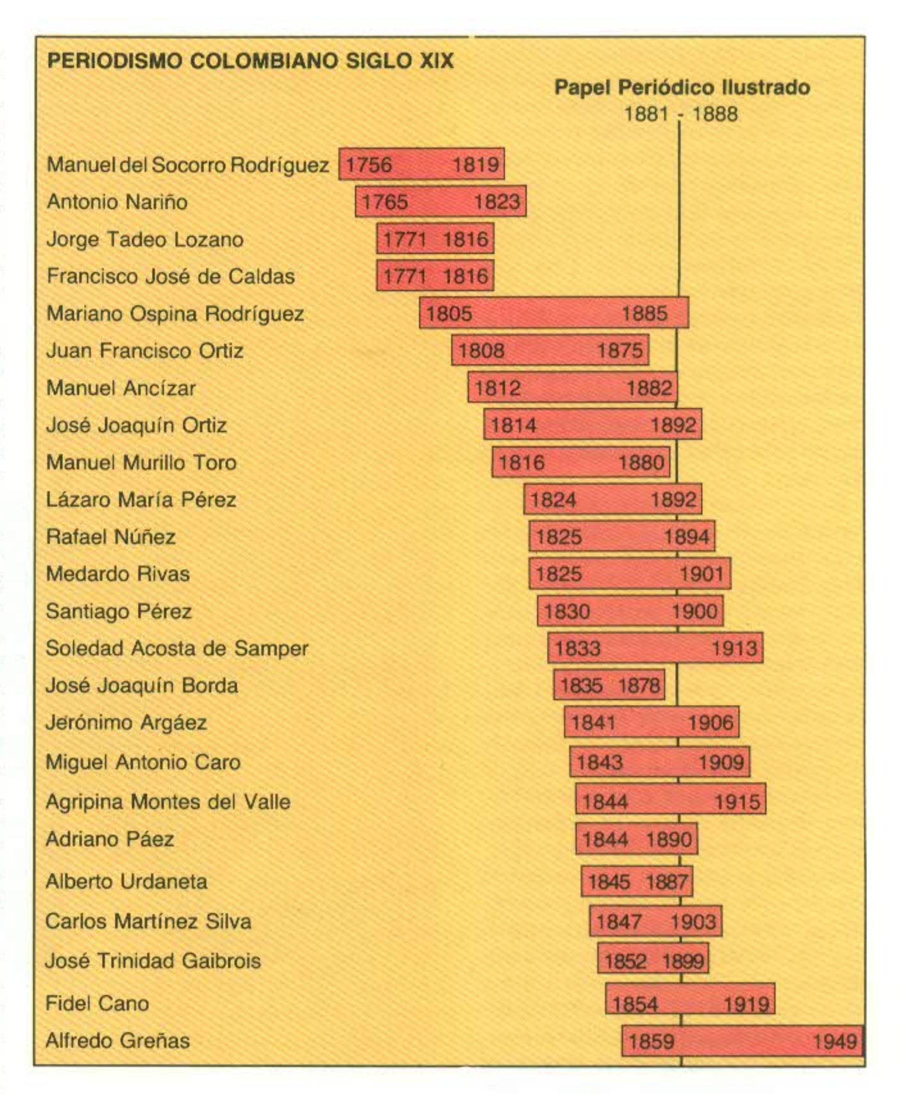
DE LA CIUDAD DE SANTAFE DE BOGOTA.

Martes 17 de Febrero de 1801.

PROSPECTO.

Como no nos hallamos en la dura necesidad de enseñar ignorantes, no tenemos que trabajar en la destruccion del imperio del idiotismo; antes bien ¡ que alagüeñas son las ideas, que con los colores mas vivos nos representan el actual aspecto de esta ilustre Ciudad! La dulzura de los modales de sus habitadores, la docilidad de sus genios, la viveza de sus talentos, y su deseo insaciable de la sabiduria son, à la verdad, las disposiciones favorables, sobre que reposa nuestra empresa. Es bien conocida la utilidad de los medios, que facilitan la mutua comunicacion de las ideas para la consecucion de la ilustracion de los hombres, y del engrandecimiento de un estado. No tubo otro origen la opulencia de Athenas, que las freqüentes discuciones públicas, en que cada uno se hacia oir por sus conciudadanos: comunicabanse sus producciones con franqueza; y à ese grado iban las artes, y ciencias caminando acia su pers-

Primer número del "Correo Curioso, Erudito, Económico y Mercantil", dirigido por Jorge Tadeo Lozano y su primo José Luis de Azuola y Lozano, editado en la Imprenta Patriótica. Febrero 17 de 1801. Biblioteca Nacional, Bogotá.



nal, sólo aparece cuando se ha completado una Memoria. Publica tratados o memorias científicas, económicas o literarias, cuyo contenido claro y conciso, pero en prosa científica y didáctica con tecnicismos pertinentes, según la materia, no está al alcance del común de las gentes y, como lo aclara su redactor, causará disgusto a quienes no tengan suficientes luces para entenderlos.

Estos esfuerzos iniciales de la prensa instructiva se ven truncados por los sucesos revolucionarios de la Independencia, en los cuales toman parte activa los más ilustrados granadinos, quienes ofrendan su vida por la libertad.

Desde el comienzo de la República se suscitan debates en el campo educativo, principalmente el enfrentamiento se presenta entre los seguidores de la instrucción laica y los inflexibles católicos, que combaten cualquier alternativa instructiva que consideren contraria a su doctrina; sucesivamente atacan la influencia de los nuevos filósofos como Voltaire, Denis Diderot, Jean-Jacques Rousseau, Jean le Rond d'Alembert; la enseñanza de la teoría de Jeremy Bentham; la introducción del método de Juan Enrique Pestalozzi y aun la apertura de escuelas públicas.

Inspirados por un sentimiento patriótico y guiados por una idea política, los periódicos con fines instructivos buscan un crecimiento intelectual de la sociedad, despertando en los jóvenes el gusto por las letras y propiciando la formación de sociedades literarias. En *El Fósforo* de Popayán se propone establecer una sociedad económica y literaria cuyo fin es suplir la falta de imprenta con un gabinete de lecturas. En *La Miscelánea* de Bogotá, antimasónica, también hay interés por los temas literarios e instructivos; en su número 5, el artículo "Sobre el idioma" es una reflexión acerca del legado de la lengua y la necesidad de una Federación Literaria Americana para preservar su unidad: en el número 13 se propone la creación de la Academia de la Lengua Americana, «cuyo objeto único y exclusivo fuese trabajar en la conservación y perfección de la lengua».

La Crónica Semanal (1835), importante por suministrar datos biográficos, intenta evitar los enfrentamientos y para ello trata de «observar la posible exactitud, y limitándose a la simple narración de los hechos, dejará al criterio de sus lectores el análisis de éstos». Aunque es básicamente noticioso, en su sección "Galería de hombres ilustres de Nueva Granada" incluye bocetos biográficos de José María García de Toledo, Antonio Villavicencio, José Joaquín Camacho, Jorge Tadeo Lozano, José María Arrubla, Francisco Morales y Pedro Felipe Valencia. Después de una suspensión de dos años, continúa la "Galería de hombres ilustres" con Camilo Torres, José Celestino Mutis y Lucas Fernández de Piedrahíta. También publica la traducción hecha por uno de los editores de *Los viajes a Tierra Santa*, de José María Gerar, "Escenas de la vida de Napoleón", "Prefacio del testamento de Chateaubriand" y un artículo de Charles Maurice de Talleyrand, que son clara muestra de la influencia del pensamiento francés en las letras granadinas.

Dedicado a la educación, Lorenzo María Lleras funda el Colegio del Espíritu Santo en 1847, y como novedad pedagógica quiere hacer público el resultado de los progresos de sus discípulos; así nace *La Crónica Mensual* (1847-1851). Este periódico, concebido como educativo, difunde las producciones literarias no sólo de su redactor Lorenzo María Lleras, sino


LA CRÓNICA SEMANAL.

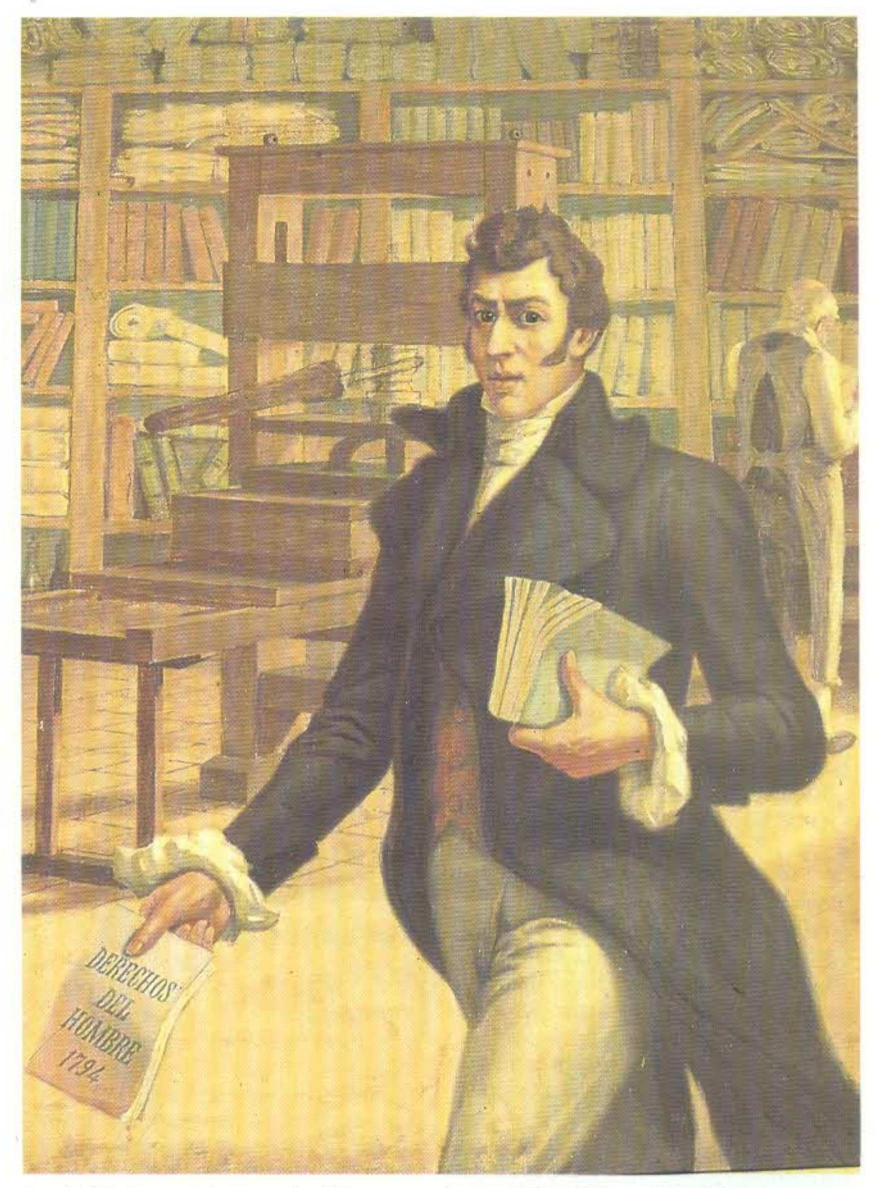
PROSPECTO.

Primera entrega de "La Crónica Semanal", publicada por Nicolás Gómez en la Imprenta de la Universidad, Bogotá, septiembre 4 de 1835. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

también las de los jóvenes estudiantes de su plantel. Con asistencia de público, el director organiza actos literarios que suscitan agudas críticas, y el periódico posteriormente da cuenta exacta de estas actividades y reproduce algunos discursos pronunciados, poesías declamadas y dramas y comedias representados en dichos actos, algunos de los cuales son traducciones de las obras de autores franceses o ingleses; en su último número publica *Jacobo Molay*, drama histórico en cinco actos y en verso de Santiago Pérez, que constituye el primer esfuerzo por difundir el teatro en la prensa.

Todo este entusiasmo no sólo se plasma en *La Crónica*; estos jóvenes estudiantes, entre los cuales está Jorge Isaacs, forman sociedades literarias cuyos frutos serán *El Cachifo*, medio para difundir las luces y combatir la ignorancia, y *El Ensayo Literario*, periódico que no se ha conservado, pero que alcanza más de cinco números de cuyo contenido habla *La Crónica Mensual*. Como resultado de sus producciones en estas publicaciones, Santiago Pérez es aclamado como hombre de letras en Bogotá.

En 1852, «dedicada a la juventud estudiosa de ambos sexos» y concebida como una recopilación de artículos importantes publicados en otros periódicos, a más de anotaciones e información adicional, se edita *La Bagatela*, editado por Estanislao Vergara. Reproduce entre otros textos los "Derechos del hombre", algunas poesías de José María Salazar y su traducción de la *Poética* de Nicolas Boileau, documentos de Simón Bolívar como ejemplos de elocuencia, relaciones de viajes y artículos de geografía. Es importante por el número de documentos y datos históricos que contiene.



Antonio Nariño en su Imprenta Patriótica, con su impresor Diego Espinosa de los Monteros. Oleo en la Casa Republicana de la Presidencia de la República, Bogotá.

LITERATURA POLÍTICA

El siglo XIX se caracteriza por el apasionamiento y la vehemencia con que se debaten las ideas políticas y aunque las pasiones frecuentemente se desbordan y los argumentos del verbo y de la pluma sucumben ante los más contundentes de las armas, dando lugar a las contiendas que asolan el país, la literatura se enriquece con memorables piezas oratorias. El siglo ve desfilar al "Tribuno del pueblo", al "Verbo de la revolución", al "Precursor de la Independencia"; la elocuencia de Simón Bolívar, la fogosidad de José María Rojas Garrido y la sencilla y tajante contundencia de Juan de Dios Uribe.

La prensa, al ser el único medio de comunicación masiva existente, es la tribuna por excelencia para argumentar en favor de un credo o para atacar una posición que le sea contraria, para polemizar, para persuadir voluntades en favor de una u otra causa. Es el medio obligado de los propagandistas, pues los impresos circulan de mano en mano permitiendo mayor divulgación de las ideas debatidas. El debate ideológico normalmente termina en los ataques personales sin reserva y en discusiones sobre la libertad de imprenta, uno de los temas más controvertidos, tratado según las conveniencias del partido o facción gobernante.

Antes de la Independencia, ante los acontecimientos que se desarrollan en España, los periódicos realistas llaman a los americanos a defender la monarquía mediante admoniciones contra Francia, especialmente contra jacobinos y masones. Una vez proclamada la Independencia, para desarrollar la controversia se recurre a cartas, diálogos, reflexiones y discursos, los cuales suelen ser ilustrados con fábulas de Tomás de Iriarte o Félix Samaniego.

Entre los periódicos políticos, por su estilo vivaz y seductor se destaca como una pieza de elocuencia política *La Bagatela*, redactada por el Precursor de la Independencia y traductor de los *Derechos del hombre y del ciudadano*, en 1811. El título es una alegoría, porque, como lo dice el autor, cuando los críticos tratan de bagatelas a su contenido lo único que hacen es elogiarlo. Una preocupación mueve a Antonio Nariño en esta empresa: hace un año los granadinos tienen un nuevo gobierno pero las cosas no han cambiado y su fidelidad al rey y sometimiento a la Corona se mantienen; pero él quiere mostrar que lo más justo y razonable es la independencia absoluta, así en sus artículos "Cartas del Filósofo Sensible a una Dama su amiga" con fina ironía aprovecha la intimidad seductora al dirigirse a la bella hechicera, que no es otra que la patria, para exponer sus ideas republicanas. El ardor combativo de Antonio Nariño trueca su tono confidencial en abierta oposición al gobierno y lo revela como gran conocedor de la condición humana; en las cartas de respuesta "De la Dama al Filósofo" el tono es ligero y jocoso.

En los años siguientes el batallar constante por la libertad hace desaparecer la prensa no oficial. Ya en 1822, consolidada la independencia, el ardor patriótico aún se palpa en cada uno de los periódicos, pues sus principales propósitos son la propagación de ideas políticas, el debate de la Constitución y la reproducción de documentos oficiales. Las producciones literarias insertas en sus páginas son ilustración o repercusión de sus intereses: abundan, por tanto, los discursos, las proclamas, las arengas; la carta como medio persuasivo, los diálogos como burla o reflexión, los sueños políticos o morales; la poesía laudatoria o heroica cuya fuente de inspiración es Simón Bolívar. Como objeto de crítica o de alabanza, la prensa difunde las ideas, proclamas, discursos, decretos y noticias relativos al Libertador.

Después de la muerte del Libertador todos esperan que los ánimos se apacigüen, mas no es así, la lucha encarnizada continúa. Algunos de los periódicos son conciliadores y con cierto interés instructivo publican algunas producciones literarias. *El Silfo* contiene notas cortas sobre avances científicos, y publica, como ejemplo del género de los "sueños políticos", el "Diálogo muy interesante entre dos personajes que se hallaban en la negra habitación de Plutón": tras una caminata huyendo de Bogotá, el personaje llega al cementerio; allí, meditando sobre la vida, lo invade un sopor y lo domina el sueño, en medio del cual tiene la visión de que una enfermedad lo arrastra al Campo de la Verdad; allí es juzgado y condenado por Eaco y Minos a sufrir los peores tormentos en el Tártaro, ya que no ayudó a aliviar los males de la patria; en el Tártaro presencia la disputa entre las personificaciones de Egoísmo y Espíritu de Partido, verdadera alegoría de la situación política granadina; la disputa la gana Egoísmo; después de volver en sí el personaje decide publicar el sueño para escarmiento de sus conciudadanos.

Con el tiempo se agudiza la persecución a toda publicación que sea considerada sediciosa y la historia se refiere a ella como la época de la caza de editores y de los juicios de imprenta. Los escritores recurren a las cartas, los diálogos y la poesía para atacar o adular a Francisco de Paula Santander, José Ignacio de Márquez, José María Obando, Vicente Azuero o Tomás Cipriano de Mosquera; el discurso político es incisivo y desahogado en el ataque personal.

A mediados de siglo, en los periódicos políticos y oficiales el discurso se presenta en editoriales o alocuciones, atacando siempre directamente a los adversarios, pues se vive un período de libertad de prensa acorde con las ideas radicales por entonces en auge, hasta cuando, con la Regeneración, se instauran la censura oficial y la clausura de los periódicos, y la proscripción de los redactores se hace común.

Periódicos satíricos

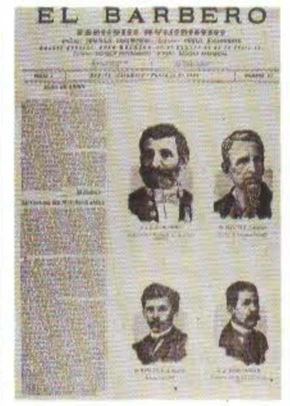
Como variante de la prensa política aparecen los periódicos satíricos. Redactados en prosa y/o en verso, a veces jocosos, a veces punzantes, a veces mordaces, se convierten en el arma de ataque de la oposición al gobierno, por lo cual sus redactores tratan de permanecer anónimos, o en un medio correctivo de costumbres sociales que sus autores consideran inconvenientes o desagradables. En muchos de estos periódicos se dan muestras de gran ingenio para describir situaciones o para retratar personajes. Generalmente son de tamaño pequeño, tienen corta duración y aparecen irregularmente.

Entre estas publicaciones, es muy curioso *Los viajes aerostáticos del Capitán Chinchilla a las regiones polares*: este personaje, un viajero observador, desciende en su globo en Barbaraca, Nueva Granada, en plenas sesiones del Congreso y no deja de admirar las múltiples necedades de sus habitantes. Su estilo es jocoso.

Uno de los periódicos más controvertidos y atacados es *El Alacrán* (1849) y aunque sus autores sólo quieren divertir y decir la verdad, esto les vale ir a prisión. Está escrito en prosa y verso muy mordaces.

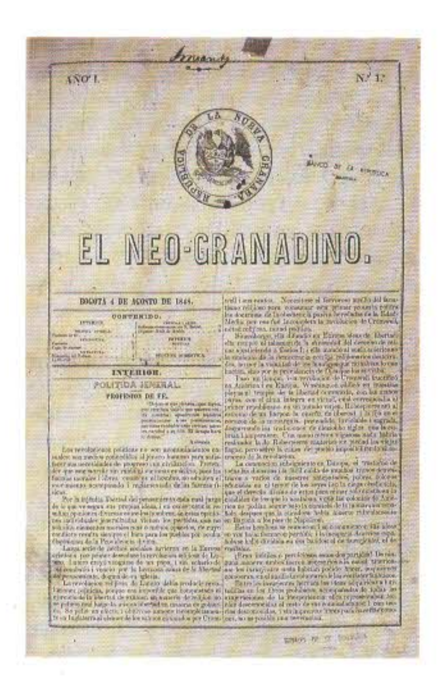
La burla de las costumbres sociales y políticas tiene cabida en *La Jeringa*, anticonservador, y *Los Matachines Ilustrados*. Este último incluye caricaturas ingeniosas que acompañan a algunos de los cuadros de costumbres que reproduce, y como otros periódicos usa poesías en versos agudos o esdrújulos para enfatizar la burla.

Hacia finales de siglo aparecen numerosos periódicos satíricos que se oponen a la Regeneración. Entre és-


EL BARBERO


MEFISTÓFELES

Prensa satírica: Autocaricatura de Alfredo Greñas en "El Zancudo" (Nº 44, septiembre 6 de 1891); retratos de Marcelino Gilibert, Ignacio Caicedo, Wenceslao Jiménez y Antonio Pardo en "El Barbero" (Nº 21, enero 16 de 1893); y caricatura de Rafael Reyes en el primer número de "Mefistófeles", dirigido por Alfredo A. Borda (mayo 23 de 1897). Biblioteca Nacional y Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.


AÑO I. Nº 1º
EL NEO-GRANADINO.
BOGOTÁ 4 DE AGOSTO DE 1848.

Primera plana del número inaugural de "El Neo-Granadino", agosto 4 de 1848, primero dirigido por Manuel Ancízar y después por Manuel Murillo Toro. Biblioteca Luis Angel Arango.

tos, *El Zancudo* (1890-1891) ilustra mediante caricaturas la deplorable situación en que el gobierno ha sumido al país, y con estilo irónico ridiculiza a Miguel Antonio Caro y Rafael Núñez.

PERIODISMO LITERARIO

Difusión literaria en los periódicos noticiosos

Si bien su fin no es la literatura, algunos periódicos noticiosos llegan a convertirse en importantes difusores de ella. Los redactores tratan de ofrecer variedad para conservar los suscriptores, y puesto que los temas políticos no son los únicos que interesan, ni bastan para mantener la publicación, amenizan sus páginas recurriendo a una sección llamada "Variedades" o "Literatura". En esta sección insertan poesías, relatos cortos, novelas, cuadros de costumbres y noticias literarias, cuyos autores casi siempre son simpatizantes políticos o religiosos de los redactores. Entre estos periódicos se destacan, por el acopio literario logrado: de Bogotá, *El Día* (1840-1851), *El Neogranadino* (1848-1857), *El Tiempo* (1855-1872), *Diario de Cundinamarca* (1869-1893), *Las Noticias* (1884-1891), *El Heraldo* (1889-1899), *Los Hechos* (1894-1897) y *El Autonomista* (1898-1899); de Cali, *El Ferrocarril* (1879-1899); de Medellín, *El Amigo del País* (1845-1846) y *El Espectador* (1887-1913, en su primera época).

La evolución comercial de la prensa europea determina que en el país se usen medios similares para incrementar las ventas y las suscripciones; por ello, además de la sección de variedades o literatura, o en reemplazo de ella, el periódico introduce el llamado folletín. Esta sección generalmente ocupa la parte inferior de la página y está separada de las otras secciones por filetes, para facilitar al lector recortarla y coleccionarla.

El folletín, cuyo modelo está en las publicaciones francesas, principalmente reproduce traducciones de las novelas folletinescas, es decir, las escritas con el fin de ser publicadas en esta sección, y de obras como *Historia de la revolución de 1848*, de Alexandre Dumas, *Historia de los girondinos*, de Alphonse de Lamartine, *La favorita de la aldea*, de Washington Irving; o copian obras de autores españoles como *Los animales al gusto del siglo*, de Fray Gerundio, *El reloj de las monjas de San Plácido*, de García Doncel; sin embargo, cada vez y con mayor frecuencia insertan las producciones locales, alternando cuadros de costumbres, cuentos, poesías, crítica literaria, leyendas históricas y relaciones de viajes.

Este deseo de mantener vivo el interés de los suscriptores lleva a los redactores a realizar publicaciones anexas al periódico como primas o premios para los abonados; éstas reciben el nombre de "Semanas Literarias", "Literatura de", "Album de", "Folletines de", o simplemente parte literaria del periódico. El material recopilado puede ser el mismo ya publicado en el periódico, y ahora seleccionado, o bien traducciones de novelas en boga.

EL ESPECTADOR
PERIODICO POLITICO, LITERARIO, NOTICIOSO E INDUSTRIAL.
DIRECTOR RESPONSABLE, FIDEL CANO.

Primera plana de "El Espectador", fundado en Medellín por Fidel Cano, marzo 22 de 1887. Archivo "El Espectador", Bogotá.

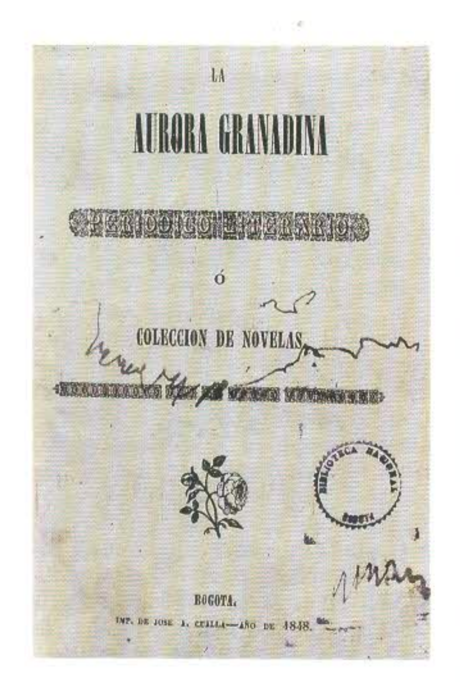
LA ESTRELLA NACIONAL.

Primer número de "La Estrella Nacional", editado por Juan Francisco Ortiz desde el 1º de enero de 1836, en Bogotá. Biblioteca Nacional, Bogotá.

Así son editados entre otros la *Semana Literaria* de *El Neogranadino* (1849), con obras locales y mundiales; la *Semana Literaria* de *El Porvenir* (1858), con obras de Alexandre Dumas y Eugène de Mirecourt; los *Folletines* de *El Relator* (1878), los cuales transcriben cuentos y novelas de su redactor Felipe Pérez; los *Folletines* de *La Luz* (de 1882 a 1884), que reproducen traducciones de obras de Victor Hugo, Émile Zola y Camille Flammarion, además de artículos de crítica literaria, poesías, cuentos y relatos históricos de autores locales; y *El Telegrama del Domingo* (1887-1889), parte literaria de *El Telegrama*, que publica más o menos los mismos temas.

Periódicos literarios

En el desarrollo de la prensa del siglo XIX intervienen, por una parte, la evolución de los periódicos y de la literatura europeas, y por la otra la política local. La influencia de la prensa europea, en especial francesa, determina tanto los cambios en la presentación de la publicación, nombre del perió-



"La Aurora Granadina, Periódico Literario", editado por Pedro D. Neira Acevedo en la imprenta de José Antonio Cualla, 1848. Biblioteca Nacional, Bogotá.

dico y de las secciones, como la aparición del periódico literario y su evolución a revista. El gusto por los diversos géneros literarios cambia igualmente bajo el influjo francés: sueños, apólogos, cartas, diálogos, discursos políticos y religiosos usados como medios ideológicos, en muchos casos satíricos; uso de nombres griegos o latinos para sus personajes, sentencias latinas, epígrafes de los periódicos generalmente en latín; y en poesía el predominio de canciones, sonetos, décimas y epigramas; posteriormente los cuadros de costumbres, las leyes históricas y las descripciones de viajes despiertan vivo interés entre los literatos, como también la crítica literaria y la biografía. La influencia política local se hace patente en los contenidos y en la separación de los géneros literarios: la oratoria aparece en periódicos políticos, oficiales o religiosos; mientras que la poesía, el teatro, la novela y demás formas narrativas, encuentran acogida en los periódicos literarios o noticiosos.

Sin embargo, la aparición de los periódicos literarios no se debe únicamente al ímpetu imitativo, sino a la necesidad de contar con un medio de expresión ante el auge de nuevos escritores, la proliferación de producciones literarias y el deseo de publicarlas.

Los periódicos propiamente literarios surgen hacia la mitad del siglo con el fin de divulgar, cultivar y desarrollar la literatura. Ya en el primer periódico literario se manifiesta el propósito de permanecer alejados de los asuntos políticos y religiosos, anhelo presente en casi todas las publicaciones literarias, puesto que ellos se convierten en obstáculos insuperables para el mantenimiento de la publicación.

Al finalizar 1835 circula un nuevo prospecto: «Seis amantes de la literatura anuncian al público un nuevo periódico, destinado a difundir por la Nueva Granada el amor a las bellas letras, el conocimiento de los deberes morales, las esperanzas de un mundo mejor». A los pocos días aparece *La Estrella Nacional*, redactada por Antonio y José Eusebio Caro, Gregorio Tanco y José Joaquín Ortiz, los tres primeros hasta el octavo número y a partir de éste por sus otros colaboradores. Este destello literario pronto termina, pues sus redactores, defendiendo la religión católica, no se sustraen a la controversia sobre educación y atacan la teoría de Bentham. En su último número informan sobre la Sociedad Filotémica establecida ya hace un año y dividida en tres secciones, legislación, medicina y literatura.

Florecimiento de los cuadros de costumbres

Los cuadros de costumbres y los diarios o recuerdos de viajes reciben su impulso inicial en 1845 al ser reproducidas este tipo de obras tomadas de autores españoles. Incluso hay comentaristas de la época que suponen que algunos de estos cuadros de costumbres, como "El sacristán Vicente de la Fuente" o "El clérigo de misa y olla", de Fernán Caballero, son aplicables a las costumbres bogotanas.



Cabezote de "El Trovador", de José Caicedo Rojas, José María Samper y Rafael Eliseo Santander, que apareció en mayo 12 de 1850. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá

Los autores que tienen mayor acogida son Antonio Gil de Zárate, Ramón de Navarrete, Bonifacio Gómez, Manuel Bretón de los Herreros y Juan Eugenio Hartzenbusch. A la par, se insertan en los periódicos artículos críticos sobre costumbres, especialmente en *El Día* y en *El Neogranadino*.

En 1846 funciona en Bogotá la Sociedad Literaria y merced a su empeño es editado por Alfonso Acevedo *El Albor Literario*, periódico científico, literario y noticioso. Sin partidismo político y con exclusivo propósito literario, algunos de los más importantes escritores del país se reúnen para sostener la publicación. Los contenidos de *El Albor Literario* muestran el ímpetu de sus autores, los cuales escriben discursos, poesías, cuadros de costumbres o crítica en tono serio o jocoso. Esta no es la aparición fugaz y dispersa de producciones literarias como testimonio de simpatía o amistad y con fines instructivos; es la búsqueda de una expresión estética libre y universal que coloque al pensamiento granadino a la par del más avanzado del mundo. Este deseo de expresión será en otros periódicos literarios del siglo la clave para asegurar su perdurabilidad.

En 1848 Pedro Neira Acevedo edita *La Aurora Granadina*, colección de novelas traducidas por un joven granadino: *Nísida 1825, El perro rabioso, El esclavo, Las dos divisas, El tesoro*. En 1849 aparece *El Museo*, de corta duración como los anteriores; está dedicado a la crítica de la lectura de novelas insulsas entre las señoritas, a la historia de las bellas artes, a la crónica de teatro y a la publicación de poesías. Este periódico incluye grabados, como ya también *La Crónica Mensual* incluía uno de Santiago Pérez, y una partitura de una canción de Joaquín Guarín.

Casi un año después aparece *El Trovador*, periódico de literatura y costumbres. De tendencia política liberal, sus redactores polemizan con José Eusebio Caro, defienden en sus artículos la expulsión de los jesuitas y despiden con burla la desaparición de *La Civilización* y *El Día*, periódicos conservadores.

Con el fin de instruir y deleitar se edita *La Siesta* (1852). Sus artículos instructivos están encaminados a la educación de la mujer y los literarios destinados a la divulgación del romanticismo; entre estos últimos publica una "Biografía de Byron" sacada de los textos de Bolwe, Galt y Thomas


EL MOSAICO. 203

ANUNCIOS.

"EL MOSAICO."

LITERATURA, CIENCIAS, HISTORIA I VIAJES.

Este periódico sale los sábados por la tarde.

El ajente jeneral en Bogotá es David Guarín (Bazar Veracruz, Pasaje Lombana), con quien deben entenderse los suscritores i los ajentes.

No se venden los números sueltos.

Los precios serán los siguientes:

Por un trimestre (adelantado) .... $ 1 20

Por un año (id) .... $ ..

AJENCIAS.

Una página de anuncios de "El Mosaico", fundado por Eugenio Díaz Castro y José María Vergara y Vergara el 24 de diciembre de 1858. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Moore, y el artículo "El romanticismo y el clasicismo", de Juan Donoso Cortés.

En 1856 circula *El Album*, periódico literario, científico y noticioso. Se ocupa de los temas ya habituales en estas publicaciones, y especialmente trae gran variedad de cuadros de costumbres. En la "Crónica local", una de las secciones del periódico, se habla de la instalación del Liceo Granadino, sociedad literaria que promueve los estudios de las bellas letras.

Años más tarde, en 1866, José María Vergara y Vergara inicia la edición, hecha por entregas, de una colección de cuadros de costumbres llamada *Museo de Cuadros de Costumbres*, la cual recopila gran número de estas producciones aparecidas en la prensa.

En búsqueda de una expresión literaria propia

Con el anhelo de apartar de sus páginas los marasmos de la política y los ataques personales, se publica *Biblioteca de Señoritas*, en los primeros días de 1858. Su intención no será otra que el entretenimiento y el impulso de una literatura propia bajo los auspicios de las señoritas, quienes, mediante la suscripción, sostendrán la publicación. Para ellas se crea una sección llamada "Mosaico", en la cual se dan consejos domésticos, recetas útiles y avisos de moda. Esto mismo determina que las críticas se dirijan a la supuesta ligereza del periódico. No obstante estos obstáculos, sus colaboradores son algunos de los más ilustres literatos.

Coetáneo de la *Biblioteca* es *El Mosaico*, uno de los más conocidos periódicos literarios decimonónicos. En él participan casi todos los escritores granadinos; en su primer año anexa una serie de retratos de algunos de ellos y una separata musical a cargo de Santos Quijano. En su número 39 se funde en una sola publicación con *Biblioteca de Señoritas*, llamándose *El Mosaico al cual está unida la Biblioteca de Señoritas*; esto acaece por el incumplimiento del pago y el bajo número de suscriptores. Hacia la mitad de su segundo año tiene una particularidad: la edición de cada número es encomendada a alguno de sus colaboradores: José María Vergara y Vergara, Ricardo Carrasquilla, José Caicedo Rojas, José David Guarín, José Manuel Marroquín, Felipe Pérez, Manuel María Madiedo, José Joaquín Borda, Angel María Galán, Eugenio Díaz, Lorenzo María Lleras, Mariano G. Manrique y Ricardo Silva redactan cada uno un número que contiene algunas de sus más representativas producciones. A causa de la guerra de 1860 concluye su primera época, en la cual sus publicaciones más destacadas son fragmentos de *Manuela*, de Eugenio Díaz Castro, y variados cuadros de costumbres. Reaparece el 13 de enero de 1864 más o menos con las mismas características y se aúnan a engalanar sus páginas Diego Fallon, Temístocles Tejada, Miguel Antonio Caro, César Conto y Jorge Isaacs, el cual es ovacionado después de la lectura poética en junio de 1864 en una reunión cuyos concurrentes costean la edición de un tomo con sus poesías. Termina su segunda época el 16 de noviembre de 1865. En su tercera época, 28 de enero de 1871 al 17 de diciembre de 1872, su redactor es José Joaquín Borda; en esta fase *El Mosaico* está dedicado a la traducción de novelas —de Lamartine, de Dubois— y a la publicación de novelas cortas.

El bello sexo como apoyo de la literatura

Con *Biblioteca de Señoritas* empieza una serie de publicaciones dedicadas al bello sexo, es decir, a las señoritas granadinas, con las cuales los editores cuentan para poder sostener las publicaciones. Estos periódicos tienen el propósito de educar a la mujer en lo literario y en lo religioso, por tanto se mantendrán alejados de los asuntos políticos y la mayoría solicitará la colaboración de los literatos para deleitar a sus lectoras con escritos amenos.

En Bogotá estas publicaciones tienen por editor a Nicolás Pontón, su impresión es esmerada y cuentan con ilustraciones litografiadas que son retratos de algunos de sus colaboradores o reproducciones de cuadros. La primera de ellas es *El Iris*, que cada semestre obsequia seis láminas litografiadas, e incluye una revista de consejos útiles y posteriormente una *Semana Literaria* que reproduce algunas novelas. Se suceden en la redacción José Joaquín Borda, José David Guarín y Carlos Posada, quienes no sólo aportan artículos críticos y bibliográficos sino también algunas de sus obras. En general, en éste y en los periódicos siguientes se publican cuadros de costumbres, artículos de viajes, relaciones históricas, poesías, leyendas históricas, apuntes y consejos morales, y traducciones de novelas y de poesías.

Conocedor Nicolás Pontón del apoyo que brindan las jóvenes granadinas como suscriptoras a estas publicaciones, reemplaza *El Iris* por *El Hogar*. Según cuenta José J. Borda, el periódico nació en una de las reuniones literarias efectuadas en casa de José María Samper. Sus colaboradores y sus contenidos son básicamente los mismos de *El Iris*.

La tercera de estas publicaciones es *El Museo Literario*, cuya redacción está a cargo de una comisión encabezada por Manuel María Madiedo. Su temática varía visiblemente de lo literario a lo religioso-literario; hay gran




José David Guarín y José Joaquín Borda. Litografías de Daniel Ayala e Ignacio Medrano publicadas en "El Iris", 1867 y 1866. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.



SERIE I. BOGOTÁ, 20 DE JULIO DE 1887. NÚM. 1.°

Correo de las Aldeas

POR MI DIOS, POR MI PATRIA Y MI DERECHO

OTRA VEZ EN LA PRENSA.

DESPUÉS de algunos años de ausencia, comparecemos de nuevo en la arena tipográfica. Enfermedades y revoluciones apagaron nuestra voz; pero hoy, convalecidos de aquéllas y pacificado el país, continuamos la publicación de *La Caridad*, periódico el más popular y el más querido, y el más antiguo también de los que se publican en Colombia, excepción hecha del oficial del Gobierno. Nuestro Administrador, que es hombre por demás imperioso, ha dispuesto adoptar el segundo título de *La Caridad, Correo de las Aldeas*, cambiar de forma y agregar primas para los suscriptores; y esto por razones que á su parecer

contra las fuerzas de un poder omnipotente. Sus palabras son cubiertas por los bravos estrepitosos y los hurras frenéticos de una barra entusiasmada; y cuando baja de la tribuna, cae en brazos de sus copartidarios, que lo estrechan admirados de su valor y de su patriotismo. Tal nos imaginamos la imponente figura del magnánimo O'Connell abogando por la libertad de Irlanda, en medio de una llanura, á cielo abierto, alzado en medio de innumerable muchedumbre, que ora rugía como león irritado, ó se aplacaba ora como lago tranquilo, según vibraban los acentos del tribuno, de execración á la tiranía ó de esperanza de libertad; y comprendemos también el placer que produce esta especie de luchas.



EL ALBUM.

PERIODICO LITERARIO, CIENTIFICO I NOTICIOSO.

NUM. 1.° *Bogotà, 26 de mayo de 1856.* TRI. 1.°

Nos fuimos a Ubaque.

Cuando una familia está en vísperas de viaje, en esta tierra que se llama Bogotá, toda la casa se pone en movimiento. Las mujeres se afanan: los muchachos se alegran: los hombres disponen, i las

zumbando para fuera, dàndome un raspon en la rodilla contra la pared.

Con el alboroto mi tia empezó a dar gritos arriba: las criadas salieron corriendo para abajo i mi tio lo mismo; pero ya yo entraba desmontado, i aunque descolorido, le dije que no era nada sino que los mu-

Primeros números de "Correo de las Aldeas" (antes "La Caridad"), editado por Joaquín Ortiz (Julio 20 de 1887) y de "El Álbum", publicado por José Joaquín Borda en la imprenta de Francisco Torres Amaya (Mayo 26 de 1856). Academia Colombiana de la Lengua y Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

número de artículos dedicados a la educación de la mujer.

La cuarta es *El Rocío*, redactada también por una comisión. Su carácter religioso y literario se matiza con una correspondencia galante entre Nicolás Pontón y Emma y Paulina, dos de sus más productivas colaboradoras. Cuenta con la participación de Isidoro Laverde Amaya, con extractos de biografías y bibliografías; incluye además traducciones de artículos didáctico-religiosos como "Ciencia y fe", de Henri Conscience.

La quinta de esta serie es *El Vergel Colombiano*, cuya novedad consiste en la inserción, como un anexo, de las obras de su redactor Lázaro María Pérez.

MUSEO LITERARIO.

PERIODICO SEMANAL, DEDICADO AL BELLO SEXO.

Primera plana de "Museo Literario", dirigido por Manuel María Madiedo e impreso por Nicolás Pontón. Enero 1º de 1871. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Lecturas para el hogar

En la década del sesenta surge una serie de periódicos y revistas propuestos como literarios, pero encaminados a llevar esparcimiento o instrucción religiosa a la familia, y puesto que están dirigidos a un grupo heterogéneo de lectores, tratan temas literarios, noticiosos, industriales y religiosos. Los editores y redactores quieren proporcionar un material de lectura que permita a las familias tener un rato en común, pero siempre bajo la guía de la religión.

Entre las publicaciones para la familia, con un fin puramente religioso y didáctico, se publica en 1864 *La Caridad, Lecturas del Hogar*, dirigida a las señoras. En su larga vida cambia de título en varias ocasiones: *La Caridad o Correo de las Aldeas*, en julio de 1868; *La Caridad, Correo de las Aldeas, Libro de la Familia Cristiana*, en julio de 1869; y sólo *Correo de las Aldeas* en julio de 1887, al reaparecer después de varios años de suspensión. A través de sus páginas conserva su unidad temática religiosa; su fin adoctrinador y su carácter dogmático católico le valen agudos ataques de otros periódicos con los cuales sostiene fuertes controversias.

Soledad Acosta de Samper dirige en 1879 *La Mujer*, en 1884 *La Familia* y en 1889 *El Domingo de la Familia Cristiana*, publicaciones dedicadas a la educación religiosa de la mujer y de la familia.

Filemón Buitrago redacta, como periódico literario, *El Zipa*, que se caracteriza por su marcado moralismo y por la defensa que hace de la religión católica. *La Velada* aparece bajo la dirección de José María Garavito. Su subtítulo la define así: «Colección de lecturas para el hogar"; reúne cuentos e historias morales dedicados a la educación de los jóvenes, casi todos traducciones, aunque también inserta algunos extractos de obras de Severo Catalina, autor español muy estimado entre las publicaciones de tendencia religiosa.

Auge de los periódicos literarios

Aunque hasta el momento casi todos los periódicos literarios han visto la luz en Bogotá, en otras ciudades también han empezado a publicarse; en ellos participan principalmente escritores regionales, se recurre a otros ya consagrados en el ámbito nacional y se reproducen obras de autores europeos o hispanoamericanos; así, por ejemplo, en 1855 en Popayán y como resultado de una asociación de jóvenes caucanos se edita *La Matricaria*, si bien algunos de sus colaboradores son los mismos ya consagrados en periódicos de Bogotá.

La explosión literaria que se registra a partir de la década del sesenta no se da únicamente en Bogotá, sino que su destello se propaga por todo el país, aunque por las dificultades de imprenta y del sostenimiento de la publicación muchas verán su ocaso en breve. Así figuran en Barranquilla *El Juicio*(1869); en Bogotá, *El Pensamiento* (1869), *La Juventud* (1869) y *La Tarde* (1874); en Cali, *El Caucano* (1863-1865) y *El Alba* (1868-1869); en Cartagena, *La Brisa* (1865); en Medellín, *Antioquia Literaria* (1878); en Panamá, *La Tertulia* (1871); y en Popayán, *El Aura* (1869) y *El Pensil* (1870).

En Cartagena, con orientación religiosa y con el «fin de instruir y abrir la puerta de la literatura, lejos de la política», *La Aurora* difunde cuadros de costumbres costeños y poesías de autores regionales.

En Medellín aparecen sucesivamente cuatro periódicos. Con un fin exclusivamente literario y recreativo, *El Oasis* engalana sus páginas con las poesías "El cultivo del maíz en Antioquia" y "Aures", de Gregorio Gutiérrez González, y con fragmentos de *Amelia*, de Epifanio Mejía. Luego se edita *La Aurora*, periódico dedicado al bello sexo; contiene artículos de orientación religiosa consagrados a la educación de la mujer; también publica reseñas de libros. A continuación, *El Cóndor* es un llamado a los jóvenes antioqueños a vincularse con sus producciones al desarrollo literario del país sin amilanarse ante otros poetas laureados: la tendencia en la selección de sus temas es romántica. Finalmente, *El Album*, cuya redacción está a cargo de una junta, publica producciones de autores antioqueños y reproduce obras de Julio Verne y relatos de obras de William Shakespeare.

En Cúcuta, gracias al denodado esfuerzo de Adriano Páez, se publica *El Valle*, como parte literaria de *La Empresa*. Es esta publicación, como lo expresa su redactor, una búsqueda de la idea de lo bello en la poesía y su objeto es dar a conocer al mundo los literatos colombianos. Cuenta entre sus colaboradores con escritores de todo el país; contiene artículos de crítica literaria y reseñas de Adriano Páez, y gran variedad de poesías y cuadros de costumbres.

En Popayán se sostiene durante varios años *El Cauca*. Pretende educar tanto a los jóvenes como a la mujer en lo religioso y literario; sus redactores insertan composiciones de autores locales e hispanoamericanos, y un gran número de poesías religiosas.

En Bogotá, *El Eco Literario*, considerado por sus redactores como la continuación de *El Mosaico*, incluye numerosas cartas informativas de la actualidad literaria y política europea y reseñas de personajes hechas en forma de reminiscencias.

Un nuevo intento de fomentar la literatura nacional ante el incremento de la publicación de obras extranjeras, mueve a Nicolás Pontón a editar *La Pluma*. Si bien su propósito primero es promover la literatura patria, poco a poco se recurre a autores hispanoamericanos y europeos en los artículos de crítica literaria o de historia de la literatura.

Este entusiasmo literario lleva también a los jóvenes a editar sus periódicos, los cuales modestamente intentan sostenerse ante colegas tan vigorosos. Los estudiantes universitarios mantienen pequeñas asociaciones, las cuales publican sus producciones en forma de ensayos literarios: *La Aurora* (1882) y *El Estudio* (1882-1883), órgano de la sociedad científico-literaria del Colegio del Rosario, el cual evoluciona al liberalismo doctrinario.

La esperanza de contribuir al adelanto del país impulsa a Alberto Urdaneta a publicar el *Papel Periódico Ilustrado* (1881- 1887), como un campo neutral en el cual se aúnen los esfuerzos de los escritores nacionales. Su nombre, cuidadosamente escogido, pretende rendir homenaje al *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, y además resaltar su característica esencial cual es ilustrar los textos con bellas imágenes. La parte pictórica corresponde a los contenidos y sirve adecuadamente a su fin ilustrativo; hay retratos, vistas, medallones y figuras varias; pero su innovación no radica en ello, sino en que usa por vez primera en Colombia la técnica del grabado en madera: teniendo como base los dibujos de Alberto Urdaneta o las fotografías de Juan Racines, el artista Antonio Rodríguez ejecuta estos grabados. En sus artículos sobre bellas artes, bibliografía, biografía, ciencias, cuadros de costumbres, historia y poesías se recurre a gran parte de lo producido en el país. Puesto que su director quiere que sirva de álbum nacional, inserta biografías y retratos de los héroes de la patria; por tanto abundan las producciones patrióticas o encomiásticas. En esta publicación se exalta en especial la figura de Simón Bolívar. En 1883, año del centenario de su nacimiento, la efervescencia patriótica eleva una aclamación común al Libertador mediante innumerables producciones literarias.

Después de la guerra civil de 1885, el odio y el resentimiento se adueñan del país, produciéndose la separación de los escritores. El auge de los periódicos literarios languidece, se hacen escasos y los pocos que subsisten siguen mostrando una actitud reacia a participar en el debate político y religioso; sin embargo, en el fondo se observa la influencia política o religiosa que determina la selección de los colaboradores y de las materias tratadas.

Ante el descontento y la imposibilidad de expresar libremente su opinión, Juan de Dios Uribe y Antonio José Restrepo redactan *La Siesta*, como un periódico literario, pero a través de la literatura hacen oposición a Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro. Muy sutilmente, tanto en prosa como en verso, los escritores lanzan sus ataques haciendo gala de ironía e ingenio. En general sus artículos son polémicos, especialmente en contra de la crítica literaria imperante, la cual se ha convertido en campo de alabanzas mutuas o de rechazo total a las producciones de aquellos que no profesan las mismas ideas del crítico; en *La Siesta* se resalta la necesidad de un enjuiciamiento razonable y justo, no sujeto a opiniones obsequiosas y aduladoras. El periódico concluye porque el número dedicado a Gregorio Gutiérrez González es sometido a la censura, lo cual resulta inadmisible para sus redactores.

Poco tiempo después, José T. Gaibrois, siguiendo los pasos de Alberto Urdaneta, funda *Colombia Ilustrada*; esta publicación, que se caracteriza por cierta tendencia a exaltar lo religioso, es la digna continuadora del *Papel Periódico Ilustrado*. En estas dos publicaciones se conjugan lo pictórico, lo tipográfico y lo literario admirablemente.

Las revistas como medio de difusión literaria

Medardo Rivas dirige en 1868 la *Revista de Colombia* como un periódico cultural y con ánimo didáctico, por lo cual cada una de sus secciones está claramente definida: política, filosófica, sociológica, económica y literaria. Sus artículos son en un comienzo extensos ensayos; después de su interrupción, de febrero de 1872 a febrero de 1873, reaparece como noticioso dando cabida a otro tipo de artículos. Los estudios que publica son tanto de autores colombianos como europeos, pues su intención es llevar lo más sobresaliente en estas materias a toda la población para elevar su nivel cultural mediante una educación laica que evite la influencia religiosa en el ámbito educativo. Incluye, además, algunos cuadros de costumbres de su director.

Con la *Revista de Colombia*, aunque ésta puede considerarse como una publicación intermedia entre perió-



Alberto Urdaneta.
Fotografía de la Colección J.J. Herrera, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.



José Trinidad Gaibrois.
Fotografía de la Colección J.J. Herrera, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

dico y revista, empiezan las revistas literarias, culturales o científicas. Por su forma y tamaño se asemejan a los libros y los artículos se publican completos o por capítulos; al finalizar cada tomo se incluye un índice de autores o de contenido, tal como desde mucho antes lo vienen haciendo los periódicos literarios. Según su interés, los temas varían, pero cuentan por lo general con una sección filológica, bibliográfica, biográfica, literaria, histórica, geográfica, sociológica y una sección de crónica o noticias, las cuales tendrán mayor o menor importancia según lo determinen sus redactores. Todas propenden a educar literariamente, de allí la importancia que se da a los artículos sobre literatura o sobre crítica literaria. Su aparición es mensual a diferencia de los periódicos literarios, que generalmente son semanarios.

El deseo de realizar una revista que permita la divulgación literaria y al mismo tiempo allanar los impedimentos propios de los periódicos, cuales son la prisa en su edición y el limitado espacio disponible, llevan a José María Vergara y Vergara a editar la *Revista de Bogotá*, en 1871. Al apartarla del debate político y religioso, su redactor espera que sirva de vocero literario y de órgano de la recién establecida Academia de la Lengua. Contiene biografías de héroes de la Independencia, documentos históricos, biografías de escritores, poesías y novelas.

En 1877 aparece una de las más importantes publicaciones literarias del siglo: *La Patria, Pequeña Revista de Colombia*, cuyo director y redactor es Adriano Páez. El escritor despliega en ella toda su vitalidad y con un propósito puramente literario acoge producciones tanto de escritores noveles como de los más destacados literatos. Esta revista despierta en su época una gran admiración, además del público reconocimiento a la labor de su director. Contiene artículos sobre literatura y crítica literaria, muchos de ellos realizados por Adriano Páez; además acompaña cada producción con un bosquejo biográfico de su autor. Paralela a la publicación literaria circula una *Revista Política y de Instrucción Pública*. Ya antes, en 1874, Adriano Páez había redactado en París la *Revista Latinoamericana*, que según él mismo «es un recuerdo doloroso».

Desde julio de 1878 hasta octubre de 1899, y con largas interrupciones de enero a septiembre de 1883 y de septiembre de 1887 a julio de 1896, es publicado por Carlos Martínez Silva *El Repertorio Colombiano*. La revista inicialmente tiene un propósitc literario e histórico pero evoluciona al partidismo conservador intransigente. Sus materias también variarán de lo literario a lo jurídico. Se ocupa de literatura, política, economía, historia y jurisprudencia, de algunos temas científicos y de transcribir informes y discursos pronunciados en la Academia de la Lengua. Sus colaboradores son afamados escritores del mundo hispanoamericano.

En la última década del siglo casi todas las publicaciones literarias son revistas y guardan las características ya anotadas para estas publicaciones. Su esencia es la divulgación literaria, alejándose de las luchas políticas y algunas también de las religiosas. Abundan los artículos de crítica literaria y se polemiza acerca de las nuevas tendencias en literatura —realismo, naturalismo, parnasianismo, decadentismo—, recurriendo por igual a escritores nacionales y extranjeros.

En Bogotá la *Revista Literaria* está «consagrada, preferentemente, a dar a conocer en el exterior las producciones de los literatos colombianos», sin renunciar a la inserción de algunas traducciones. Sus artículos plasman la ya habitual tendencia a la reminiscencia y a la retrospección en hechos históricos del país; incluye estudios sobre aborígenes, en especial de los chibchas, y una amplia crónica y bi-



REPERTORIO COLOMBIANO

Vol. XVI | Bogotá, Junio : 1897 | Núm. 8.°

UN LIBRO ORIGINAL

El Moro es el título del último libro salido de la discreta y amena pluma de D. José Manuel Marroquín, impreso en Nueva York por la Casa editorial de Appleton y Compañía, y del cual apenas han llegado á Bogotá unos pocos ejemplares.

No es una novela, ni un cuento, ni mucho menos una verdadera historia; sino las memorias íntimas de un caballo, nacido, criado y educado en una hacienda de la Sabana de Bogotá, y contadas por el mismo cuadrúpedo.

Esto es lo que da al libro que anunciamos sello de originalidad, á lo menos en nuestra tierra; y ahí estaba también, precisamente, el grave escollo que tenía que salvar el autor. Un caballo que cuenta su vida y sus aventuras, no podía ser patético, ni sentimental, ni romántico, ni clásico, ni filósofo, ni erudito, ni picaresco ó maleante; no le era permitido profesar religión alguna, ni tener opiniones políticas ó literarias de ninguna especie. Debía hablar como hablaría un caballo, en lenguaje llano y pedestre; pero también, como caballo que perteneció á D. José Manuel Marroquín, y que por fuerza debía de haber aprendido algo, y aún mucho, en su diario comercio con amo tan observador y tan diserto como el que la suerte le deparó.

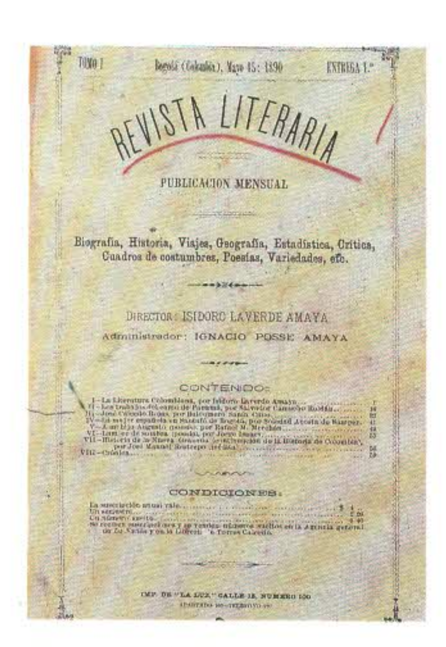
Y apresurémonos á decirlo: *El Moro* ha salido airoso de la prueba, dándonos una historia de su vida que, aunque no muy abundante en singulares peripecias y extrañas aventuras, es interesante y enseña mucho respecto de hombres y cosas.

El caballo y el hombre son seres inseparables, que recíprocamente se complementan, y entre los cuales no caben secretos, engaños ni disimulos. Por poco que se traten y vivan juntos, han de conocerse sus mañas, sus debilidades y aun sus virtudes.

Esta profunda verdad, que no deja de serlo por no estar consignada en ningún tratado de filosofía ó de zoología, es la que ha explotado tan hábilmente el señor Marroquín, y antes que él una célebre escritora inglesa, Miss Ana Sewell, en su novela *Black Beauty: His Grooms and*

REPERTORIO COLOMBIANO — TOMO XVI—6

Página de "El Repertorio Colombiano", dirigido por Carlos Martínez Silva, con una reseña de "El Moro", de José Manuel Marroquín, junio 1897. Biblioteca Nacional, Bogotá.



TOMO I Bogotá (Colombia), Mayo 15: 1890 ENTREGA 1.ª

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

Biografía, Historia, Viajes, Geografía, Estadística, Crítica, Cuadros de costumbres, Poesías, Variedades, etc.

DIRECTOR: ISIDORO LAVERDE AMAYA

Administrador: IGNACIO POSSE AMAYA

CONTENIDO:

I.—La Literatura Colombiana, por Isidoro Laverde Amaya

CONDICIONES:

IMP. DE "LA LUZ," CALLE 12, NUMERO 100

Primera entrega de "Revista Literaria", dirigida por Isidoro Laverde Amaya, mayo 15 de 1890. Biblioteca Nacional, Bogotá.

bliografía del acontecer literario, realizada por su director Isidoro Laverde Amaya.

La *Revista Gris* pide a los jóvenes que venzan la apatía y participen en el esfuerzo que otros jóvenes hacen por difundir el amor a la literatura. Su redactor es Maximiliano Grillo, ayudado primero por Salomón Ponce Aguilera y después por Ricardo Tirado. Transcribe gran cantidad de artículos sobre literatura y crítica literaria.

Lorenzo Marroquín dirige la *Revista Nacional*, con la intención de difundir estudios de historia patria. De orientación religiosa católica, pide a sus colaboradores que se ajusten a ella. Reproduce principalmente cuentos de José Manuel Marroquín, poesías de Antonio Gómez Restrepo y artículos críticos de Lorenzo Marroquín.

En 1898 aparece la *Revista Ilustrada*; se interesa, como casi todas estas publicaciones, por el arte, la ciencia y la literatura.

En Medellín se acrecienta la producción literaria; este hecho desencadena la publicación casi simultánea de tres de las últimas revistas literarias del siglo, las cuales tendrán contenidos similares, y en las ilustraciones pasan a usar la técnica fotográfica. La primera es *La Miscelánea*, dirigida por Carlos A. Molina, que difunde en especial artículos sobre las nuevas tendencias literarias tales como la literatura de la impresión, y el llamado decadentismo; en estos últimos se ataca a Guillermo Valencia como su principal representante, con su poema "Anarkos".

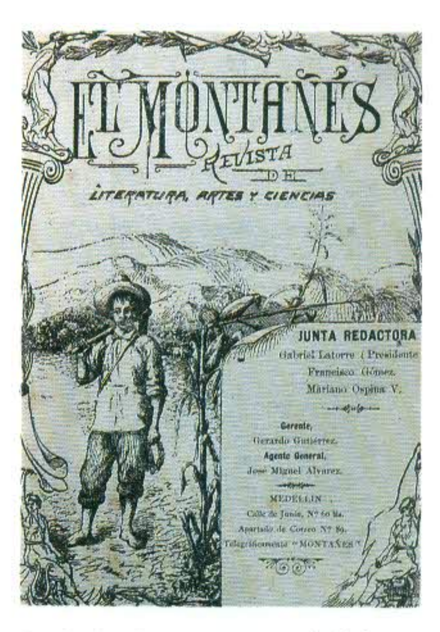
Después surge *El Repertorio*, cuyos directores son Luis de Greiff y Horacio Rodríguez. Contiene artículos biográficos, reseñas de libros, artículos sobre bellas artes y música, poesías y cuentos.

La tercera es *El Montañés, Revista Ilustrada de Literatura, Artes y Ciencias*; reseña la aparición de *Frutos de mi tierra*, de Tomás Carrasquilla, y de *Blas Gil* y *El Moro*, de José Manuel Marroquín. Difunde en especial, como sus antecesoras, la literatura antioqueña; también hay crítica literaria, eventos, artículos científicos y traducciones. Su director es Gabriel Latorre. Esta revista, al igual que *La Miscelánea*, termina a causa de la guerra de los Mil Días.

En los últimos quince años del siglo el destierro y la prisión son el destino forzoso para muchos de los literatos del país, y no sólo de los radicales sino de cualquier opositor. Por decreto son expatriados todos aquellos que son considerados peligrosos, y algunos de ellos jamás regresarán: César Conto muere en Guatemala, Diógenes Arrieta en Venezuela, Juan de Dios Uribe en Quito y Santiago Pérez en París.

El prestigio de que gozan muchos de los escritores colombianos los favorece permitiéndoles vincularse a los periódicos del país que los acoge. De estos ilustres proscritos algunos periódicos colombianos reproducen artículos literarios y escritos políticos; tal es el caso de *El Mercurio* de Panamá (1889-1895) que publica algunos artículos y fragmentos de obras de José María Vargas Vila, quien había sido desterrado de las páginas de los periódicos literarios colombianos.

En medio de este desolador panorama, resultado de la estrecha relación entre literatos y política, culmina el siglo literario, en cuyo transcurso algunos llegan a ejercer el poder, los otros se les oponen tenazmente y casi todos toman parte activa en las pugnas que se desarrollan; la lucha política enfrenta a los escritores en bandos irreconciliables que representan concepciones políticas, económicas y religiosas diametralmente opuestas y sólo el amor a la patria y a las letras los une.



Portada de "El Montañés", con grabado de Rodríguez y Mesa, y con Gabriel Latorre, Francisco Gómez y Mariano Ospina Vásquez como redactores. Tipografía El Comercio, Medellín, septiembre de 1897.

Bibliografía

ARCINIEGAS, GERMÁN. *El Zancudo. La caricatura política en Colombia (siglo XIX)*. Bogotá, Arco, 1975.

CACUA PRADA, ANTONIO. *Historia del periodismo colombiano*. 2ª ed., Bogotá, Editorial Sua, 1983.

GÓMEZ GÓMEZ, IGNACIO. "Antología de la prensa de humor [político] en Colombia". *El Siglo* (13 entregas a partir de junio 23, 1985).

GUTIÉRREZ GIRARDOT, RAFAEL. "Tres revistas colombianas de fin de siglo". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol XXVIII, Nº 27 (1991).

Hemeroteca Luis López de Mesa. Catálogo general, Vol I. Bogotá, Banco de la República, [1978].

LONDONO, PATRICIA. "Las publicaciones periódicas femeninas en Colombia, 1858-1930". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXVII, Nº 23 (1990).

MARTÍNEZ DELGADO, LUIS Y SERGIO ELÍAS ORTIZ. *El periodismo en la Nueva Granada, 1810-1811*. Academia Colombiana de Historia. Biblioteca Eduardo Santos, Vol. XXII. Bogotá, Kelly, 1960.

ORTEGA TORRES, JOSÉ J. *Indice del "Papel Periódico Ilustrado" y de "Colombia Ilustrada"*. Estudio preliminar, Héctor H. Orjuela. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1961.

OTERO MUÑOZ, GUSTAVO. *Historia del periodismo en Colombia*. Bogotá, Editorial Minerva, 1936.

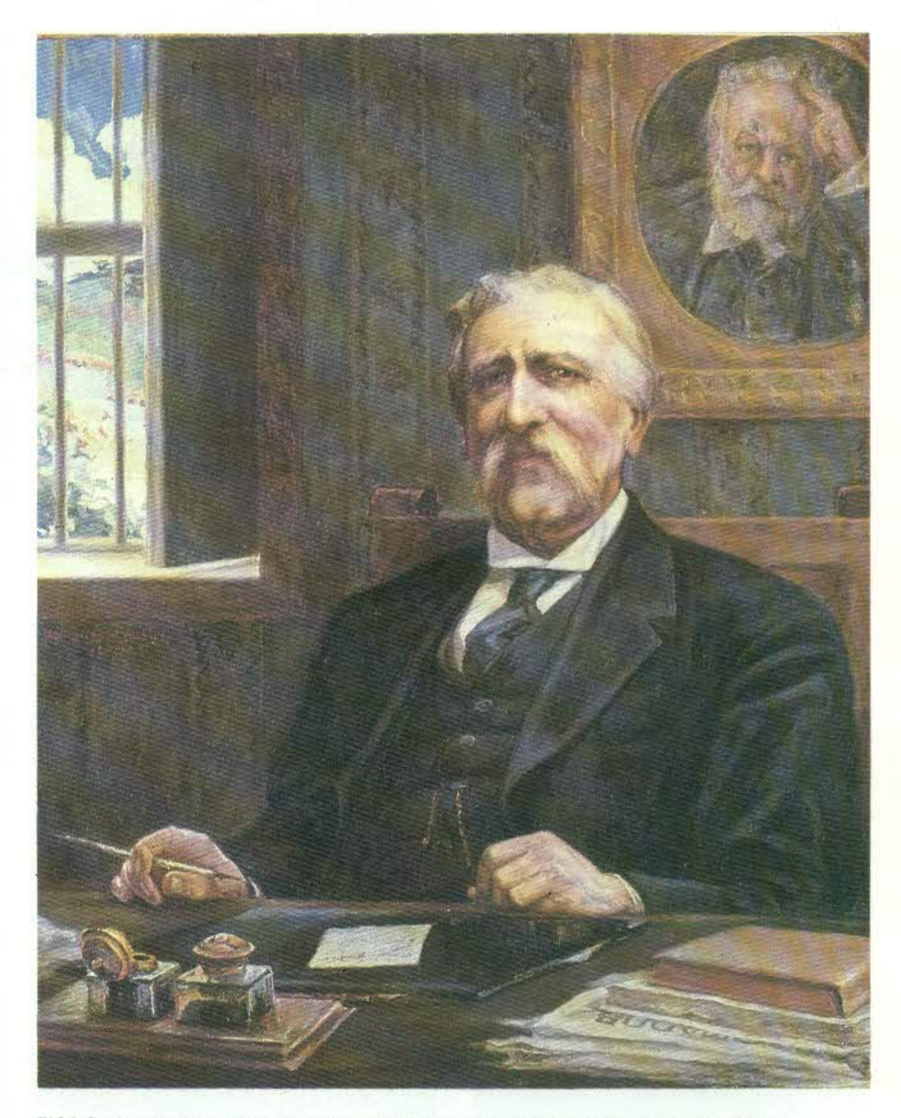
SILVA, RENÁN. *Prensa y revolución a finales del siglo XVIII*. Bogotá, Banco de la República, 1988.

El periodismo en el siglo XX

Alberto Donadío

La publicación de *El Espectador* como diario matutino en la capital del país; la fundación de diarios nacionales y regionales como *El Tiempo*, *El Colombiano*, *Vanguardia Liberal* y *La Patria*, así como el nacimiento de la revista *Cromos*, constituyen la lista de acontecimientos que marcaron las dos primeras décadas del siglo XX, en lo que se refiere al periodismo colombiano.

Si bien los orígenes del periodismo en Colombia se remontan al año 1791, cuando apareció la primera publicación periódica, el *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, es en el siglo XX cuando aparecen los periódicos de circulación masiva y los diarios dejan de ser de corta vida como sucedía en el siglo XIX.



Fidel Cano ante el retrato de Victor Hugo. Oleo de Inés Acevedo Biester sobre un original destruido de Francisco A. Cano. Colección El Espectador, Bogotá.

PERIODISMO, POLÍTICA Y LITERATURA

El periodismo en el siglo XX siguió siendo eminentemente político y literario, dos aspectos que lo marcaron en sus comienzos y que continuaron caracterizándolo hasta la primera mitad del siglo XX.

Virtualmente todos los diarios que nacieron en el siglo XX tienen una matriz política. Fueron creados por dirigentes para batallar por sus ideas y defender candidatos; en general, han servido como instrumentos de primer orden de la agitación política, a tal punto que durante la hegemonía conservadora, y aun en otras épocas, los periódicos liberales sustituyeron casí por completo la actividad partidista.

Esto explica por qué inicialmente la información en los diarios estaba relegada a un segundo plano y siempre subordinada a las necesidades políticas, o matizada u opacada con un vocabulario literario cargado de metáforas. Los periódicos eran considerados medios idóneos para la divulgación del quehacer literario y los periodistas eran poetas y novelistas. En América Latina el periodismo y la literatura fueron prácticamente sinónimos, tradición que derivó en una inclinación más literaria que informativa en el contenido de los diarios.

Los presidentes y sus periódicos

Muchos presidentes de este siglo han ejercido el periodismo en alguna etapa de su vida. Algunos han sido periodistas y políticos con la misma intensidad, como en el caso de Laureano Gómez y Eduardo Santos.

Enrique Olaya Herrera fundó el *Diario Nacional*; Santos fue propietario de *El Tiempo* desde 1913 hasta su muerte en 1974; Mariano Ospina Pérez fundó *La República* en 1954; Laureano Gómez fundó y dirigió *El Siglo*, un diario indisolublemente ligado a su carrera política; Alberto Lleras Camargo fue director de *El Liberal* y de *El Independiente*; Carlos Lleras Restrepo fundó y aún dirige el semanario *Nueva Frontera* y fue también director de *El Tiempo*; Belisario Betancur dirigió *El Siglo*. Otros presidentes han tenido estrechas relaciones con el periodismo, como Alfonso López Michelsen, Julio César Turbay Ayala (revistas *Consigna* y *Hoy por Hoy*), Misael Pastrana Borrero (*La Prensa*) y César Gaviria (editorialista y socio de *La Tarde* de Pereira).

En las primeras tres décadas del siglo XX casi todos los presidentes tuvieron su propio periódico o dirigieron un diario, como en los casos de Carlos E. Restrepo, José Vicente Concha, Marco Fidel Suárez, Pedro Nel Ospina y Miguel Abadía Méndez.

De la acción política a la información

El apogeo de la acción política de los periódicos ocurrió durante el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957). Su enfrentamiento con los partidos liberal y conservador era otra cara de la moneda de su enfrentamiento con la prensa que él persiguió y censuró. Los periódicos, aliados con los partidos, contribuyeron al derrocamiento de Rojas el 10 de mayo de 1957.

Ese apogeo de la ecuación prensa-política, dio paso poco después a otra época significativa en el desarrollo del periodismo. Con el Frente Nacional y con la aparición de nuevas tendencias periodísticas y sociales, empieza a debilitarse la alianza entre prensa y partidos. No obstante, no se puede hablar de una transformación radical en esa materia, porque han subsistido desde mediados del siglo nexos más o menos estrechos con la política.

La información ha asumido un papel más importante y el desarrollo técnico de las empresas periodísticas ha sido la característica más notable de la segunda mitad del siglo.

La introducción del color, el ingreso de periodistas profesionales a los medios de comunicación, el nacimiento de la Unidad Investigativa de *El Tiempo*, que dio paso a otros intentos en este campo, la creación de nuevos diarios y semanarios (*El Periódico*, *El Mundo*, *La Prensa*, *Semana*), así como las modificaciones en la presentación de los diarios, haciéndolos cada vez más llamativos para los lectores, marcan la década del setenta en la historia del periodismo colombiano.

De otra parte, la pauta publicitaria asumió una importancia que no tenía en épocas de absoluta politización.

Eduardo Santos y *El Tiempo*

Eduardo Santos, presidente de la República entre 1938 y 1942, compró *El Tiempo*, en 1913, a Alfonso Villegas Restrepo.

Santos expuso su modo de pensar cuando *El Tiempo* cumplió tres años de vida en 1914: «Si el público supiera todos los esfuerzos, la lucha ruda y



Eduardo Santos Montejo.
Oleo del pintor ecuatoriano J. Yepes, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

dolorosa contra los hombres y las cosas, la energía y constancia que se necesitan para fundar entre nosotros un diario político, se daría cuenta cabal de lo que para uno de ellos significa haber vivido tres años. Para nosotros un periódico es, ante todo, un medio de luchar por un conjunto de ideas políticas, morales, literarias, científicas. Es un órgano de cultura que aspira a conocer el mundo y la vida [...] El republicanismo, ante todo, es una idea fuerte y hermosa que no está sujeta a los golpes de la fortuna y que lejos del poder adquirirá nuevo vigor y más robusta vida. A esa causa nobilísima servirá siempre *El Tiempo* como hasta ahora la ha servido, con independencia absoluta y con ardoroso entusiasmo» (editorial de *El Tiempo* del 30 de enero de 1914).

El periódico *El Tiempo* circuló por primera vez el 30 de enero de 1911, en tamaño tabloide, cuatro páginas, cinco columnas y con un precio al público de 3 centavos. El director propietario decía que él no era accionista de ninguna otra empresa para mantenerse libre e independiente. Como lo dijera Santos alguna vez, el crecimiento de su periódico coincidía con el del país. En 1943, Santos afirmó que la circulación de *El Tiempo* había aumentado 50 veces en sus primeros 40 años.

Al ser nombrado ministro de Relaciones Exteriores de la administración Olaya Herrera, en 1930, Santos se retiró temporalmente de la dirección del periódico y en la carta de su renuncia, publicada en *El Tiempo*, el ex presidente manifestó que debían ser censurados, si se cometían, los actos erróneos de su ministerio y del gobierno, y reiteró las ideas de independencia del diario.

No obstante, en la mayoría de los editoriales que escribió Santos antes de su retiro, había dejado explícitas sus simpatías hacia el partido liberal, así como la afinidad de *El Tiempo* con este ideario: «Hemos querido hacer un gran periódico nacional, independiente, servidor de las doctrinas liberales pero ajeno a las influencias de jefaturas y camarillas. *El Tiempo* predica una política de paz, sostiene la solidaridad nacional como la condición necesaria del progreso patrio y considera el *idearium* liberal como el más propicio a las necesidades colombianas, como el más capaz de resolver los problemas sociales, que la fuerza bruta de la extrema derecha o de la extrema izquierda sólo pueden envenenar», dijo en su editorial del 23 de febrero de 1927.

De otra parte, *El Tiempo*, en sus 80 años de vida, es un claro ejemplo de lo que ha sido el desarrollo técnico de los medios de comunicación en Colombia en el siglo XX.

De la primera máquina Duplex, adquirida por Eduardo Santos en 1919, se pasó a la primera máquina semirrotativa Duplex que llegó a Bogotá en 1926 y luego a una maquinaria Goss en 1950, que editaba 32 páginas. A partir de 1976 se pasó de la



Edificio de "El Tiempo", en Bogotá, 1938.



Enrique Santos Castillo y su hijo Enrique Santos Calderón. Fotografía de Mauricio Anjel, 1991. Archivo Revista Diners, Bogotá.

composición de textos en linotipo a los métodos electrónicos y de la impresión directa al *offset*.

Al igual que otros diarios, *El Tiempo* fue blanco de persecución y censura durante la dictadura militar de Rojas Pinilla. Desde agosto de 1955 hasta junio de 1957 no se volvió a vocear el diario y en su reemplazo apareció *Intermedio*, que circuló por primera vez el 21 de febrero de 1956 y hasta la edición 458.

En las *Obras selectas* de Eduardo Santos, Alfonso López Michelsen escribió: «Eduardo Santos, desde las columnas de *El Tiempo*, orientó de mano maestra la opinión pública. Para obtener, primero la victoria electoral y, luego, la pacífica transmisión del mando [...] El periódico *El Tiempo*, que era uno de los instrumentos claves de la supremacía liberal, como vehículo de información, fue sometido a la censura bajo el gobierno conservador de Laureano Gómez y a la clausura bajo la dictadura del general Rojas Pinilla».

Alberto Lleras, refiriéndose a Eduardo Santos en un homenaje con ocasión del cierre de *El Tiempo* durante la dictadura de Rojas Pinilla, dijo: «Se desata una tempestad oficial, y hay ruido de armas, voces marciales, despliegues de fuerza, aprestos de batallas para libertarnos a los colombianos de la inerme dictadura de vuestra influencia». Se refería Lleras simultáneamente a la influencia política y periodística de Santos, sobre la cual era difícil establecer distinciones.

No existe una biografía sobre Santos ni hay un estudio serio sobre *El Tiempo*. Por lo tanto, casi todas las referencias publicadas son elogios hechos en discursos, en prólogos o en artículos cortos. En esa línea se enmarcan la frase de Lleras Camargo, según la cual «en la historia de Colombia *El Tiempo* no tiene sustituto posible» y las siguientes anotaciones del ex ministro y periodista Abelardo Forero Benavides: «Durante los últimos 10 años de la oposición al régimen conservador, Santos mantuvo a su periódico en la línea de batalla. En la campaña contra Suárez. En la candidatura del general Benjamín Herrera. En el estímulo a Laureano Gómez en su embestida contra Ospina y Abadía; finalmente en el apoyo a la candidatura de Olaya Herrera».

En los años veinte *El Tiempo* asumió posiciones antiimperialistas y simpatizó con el guerrillero nicaragüense Augusto César Sandino; en los treinta defendió a los republicanos en la guerra civil española y acogió a algunos exiliados en su redacción; en los cuarenta fue antifascista durante la segunda guerra mundial y posteriormente combatió al gobierno de Mariano Ospina, al cual acusaba de fomentar la violencia oficial.

Desde la creación del Frente Nacional, algunos observadores han señalado que *El Tiempo* se convirtió en defensor de gobiernos y presidentes y su política editorial en la mayoría de los casos hace eco a los pronunciamientos oficiales. Su posición editorial, marcadamente conservadora, coincide con el período en que Hernando y Enrique Santos Castillo, sobrinos de Eduardo Santos, asumieron completamente las riendas de la Casa Editorial El Tiempo Ltda.

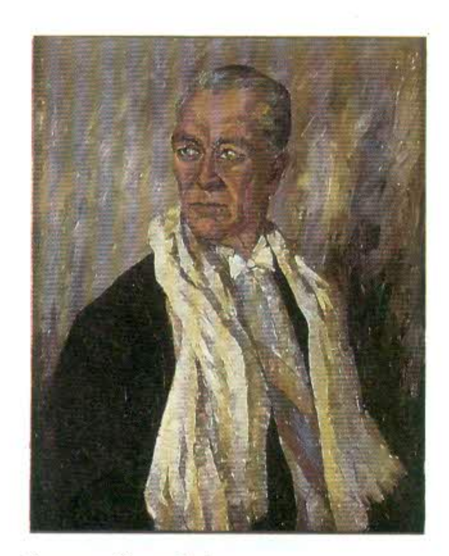
El Siglo

«*El Siglo* se fundó porque entonces atravesaba o se iniciaba en el país un período de violencia y por tanto era indispensable crear un diario para defender la vida y bienes de los copartidarios. Es una historia breve y clara; la división entre [Guillermo] Valencia y [Alfredo] Vázquez Cobo determinó la caída del partido conservador. La jefatura del Estado, por tanto, pasó a manos liberales», dijo Laureano Gómez con motivo de la celebración de los 25 años del periódico *El Siglo*.

El 1º de febrero de 1936 aparece por primera vez el diario capitalino *El Siglo*, que, fundado por Laureano Gómez y José de la Vega, llegó a ser durante los años cuarenta el segundo periódico más importante del país. *El Siglo* era el complemento periodístico a la oratoria de Laureano Gómez en el Congreso Nacional y los conservadores lo consideraban de lectura obligatoria. Editorialmente, Laureano Gómez se declaró partidario del caudillo español Francisco Franco.

Desde *El Siglo*, Gómez adelantó parte de su enconada campaña política contra el segundo gobierno de Alfonso López Pumarejo (1942-1945), con base en la publicación descomedida de acusaciones reales e imaginarias sobre escándalos oficiales e indelicadezas de la familia presidencial.

Una de esas campañas fue la publicación diaria, durante mucho tiempo,



Laureano Gómez Castro. Oleo de Blanca Sinisterra de Carreño Mallarino, Museo Nacional, Bogotá.

de la pregunta «¿Por qué mataron a Mamatoco?». El exboxeador Francisco A. Pérez (alias "Mamatoco") fue asesinado en 1943, aparentemente por la policía, por orden, según algunos, dictada desde el palacio de gobierno.

Las instalaciones de *El Siglo* fueron incendiadas el 9 de abril de 1948; no obstante, el 21 de abril circuló *El Siglito*, de tamaño tabloide y con paginaje reducido.

En 1953, el periódico fue clausurado por Rojas Pinilla y en su reemplazo circularon *Diario Gráfico* e *Información*, hasta mayo de 1957, mes en que reaparece *El Siglo*. El periódico nunca recuperó la popularidad de sus primeros años. Alvaro Gómez Hurtado, hijo del fundador, alternó en varios períodos la dirección de *El Siglo* y sus candidaturas presidenciales.

Sobre la actividad periodística del ex presidente Gómez y su aporte a la causa conservadora, Antonio Cacua Prada escribió en su libro *Historia del periodismo colombiano*: «Desde las páginas de su periódico adelantó la campaña de la reconquista del poder. Su actividad política, social, parlamentaria, la alternaba con la dirección del diario. El centro de irradiación siempre estuvo en su oficina de periodista».

En 1989 aparece *El Nuevo Siglo*, en el que la presentación de la información, la diagramación y el tamaño de *El Siglo* original cambiaron.

El Espectador

De bisemanal a diario, de periódico antioqueño a nacional, de vespertino



"El Siglo", caricatura de Naide (Jairo Barragán), con Laureano Gómez, Alvaro y Enrique Gómez Hurtado, Mauricio Gómez Escobar y Alvaro J. Gómez. Archivo Revista Diners, Bogotá.



"El Espectador", caricatura de Naide (Jairo Barragán): Fidel Cano Isaza, Alfonso, Gabriel, Guillermo y Luis Gabriel Cano. Archivo Revista Diners, Bogotá.

a matutino, de tabloide a universal, *El Espectador* es el diario colombiano que más cambios ha sufrido desde el 22 de marzo de 1887 cuando fue fundado en Medellín por Fidel Cano.

La primera suspensión oficial de *El Espectador* fue decretada por el presidente Rafael Núñez, el 8 de julio de 1887, cuatro meses después de su fundación, cuando circulaba el número 30; y, desde ese momento, pasando por los acontecimientos del 9 de abril de 1948, hasta la dictadura militar de 1953, dejó de circular en más de cinco oportunidades. Sin embargo, *El Espectador* es el medio que ha sobrevivido al mayor número de cierres y censuras en la historia del periodismo nacional del siglo XX.

A causa del cierre forzoso de *El Espectador*, entre febrero de 1956 y junio de 1958 circuló *El Independiente*, que, dirigido por Alberto Lleras Camargo, sirvió para lanzar los primeros ataques del Frente Civil liberal-conservador contra Rojas Pinilla.

El Espectador sólo ha tenido seis directores, todos de la familia Cano: Fidel, Luis, Gabriel, Guillermo, Fernando y Juan Guillermo. Luis Eduardo Nieto Caballero, también conocido como LENC, fue nombrado codirector en 1919.

La época moderna de *El Espectador* coincide con la dirección de Gabriel Cano. Nacido en Medellín en 1892, en 1919 asumió la dirección de *El Espectador* en Medellín y en 1949, cuando ejercía las funciones de gerente, pasó a ser director después de la renuncia de Luis Cano.

Sobre las tendencias políticas del periodismo colombiano, Gabriel Cano dijo el 22 de marzo de 1964, con motivo de la inauguración de las instalaciones de *El Espectador*, en la avenida 68 de Bogotá: «Pero si *El Espectador* ha tenido un pasado y tiene un presente, quiere también tener un futuro en lo que se refiere a su estructuración como un periódico moderno. Se propone —y creo que ya ha empezado a realizarlo— hacer una clase de periodismo un poco distinto del que se ha practicado hasta ahora en el país: un periodismo más universal, más imparcial, más objetivo, más serio, más ágil y más útil. El periodismo ha solido ser en Colombia exclusiva o principalmente político, fundado y sostenido con el propósito, a menudo pasajero, de servir los intereses de un partido, de una facción o de una persona y de esta suerte la función informativa, que debiera ser la esencial, ha venido entre nosotros a convertirse en secundaria y aun algo peor, a deformar la realidad objetiva de los hechos para acomodarnos a las conveniencias o a los caprichos de los directores o inspiradores de la publicación. *El Espectador*, sin dejar de ser un órgano de orientación política, con la misión de servir a las ideas liberales y a los intereses colombianos, se ha propuesto —y sin duda lo ha conseguido— ponerse al margen de los menesteres simplemente electorales o burocráticos de la llamada mecánica política; y aunque respetuoso de la autoridad y de las prerrogativas de los órganos rectores de la colectividad

liberal, a la cual ha pertenecido y sigue y seguirá perteneciendo con sinceridad y lealtad indeclinables, se reserva celosamente el derecho de apartarse de las normas estatutarias cuando quiera que las considere equivocadas, y el de expresar en cada caso propias opiniones cuando estime que ellas están en mejor acuerdo con las conveniencias del país y del partido mismo. Dentro de este propósito, el periódico aspira a que su personal de redactores quiera renunciar definitivamente, al entrar a su servicio, a toda clase de posiciones oficiales y de actividades partidarias o proselitistas».

Gabriel Cano se retiró de la dirección de *El Espectador* el 31 de diciembre de 1973 y en 1976 recibió el Premio Nacional de Periodismo, reconocimiento que sumó a los premios Cabot y Mergenthaler que le fueron otorgados en 1954 y 1958, respectivamente.

El 22 de marzo de 1967, fecha en que el diario llegó a los 80 años de funcionamiento, Gabriel Cano escribió en su editorial: «Quiero repetir que no festejamos esta efeméridеs con otra cosa que con la renovación de nuestro voto de fidelidad perpetua a los ideales que inspiraron su nacimiento: servir a los intereses de Colombia, en primer término, y en segundo lugar a los del liberalismo; y, mejor aún, servirlos a ambos simultánea y permanentemente, ya que los dos no se excluyen entre sí, y antes bien, se complementan [...] No creo incurrir en pecado de impertinencia —aun sabiendo, como lo sé, que un apreciable número de los lectores de nuestro diario pertenece al partido conservador— al repetir algo tan sabido a todos: que *El Espectador* ha sido, es y será un diario de ideas liberales, para cuyo servicio se fundó y a cuya defensa y propaganda ha contribuido legal y desinteresadamente durante 80 años».

En mayo de 1958, Gabriel Cano había escrito sobre *El Espectador* y *El Tiempo*: «Entre *El Tiempo* y *El Espectador* ha existido siempre una perfecta identidad de propósitos espirituales y políticos, porque ambos periódicos han tenido como norma y como meta el servicio de los ideales liberales y la defensa de los intereses colombianos».

El Espectador denunció reiteradamente a los narcotraficantes en la década del ochenta y Guillermo Cano, su director desde 1973, fue asesinado frente a las instalaciones del periódico en diciembre de 1986. En 1989 estalló un carro-bomba frente al edificio, destruyéndolo parcialmente, en otro de los actos de una campaña terrorista de los narcotraficantes.

Al día siguiente del atentado, *El Espectador* circuló en una edición reducida.

El Colombiano

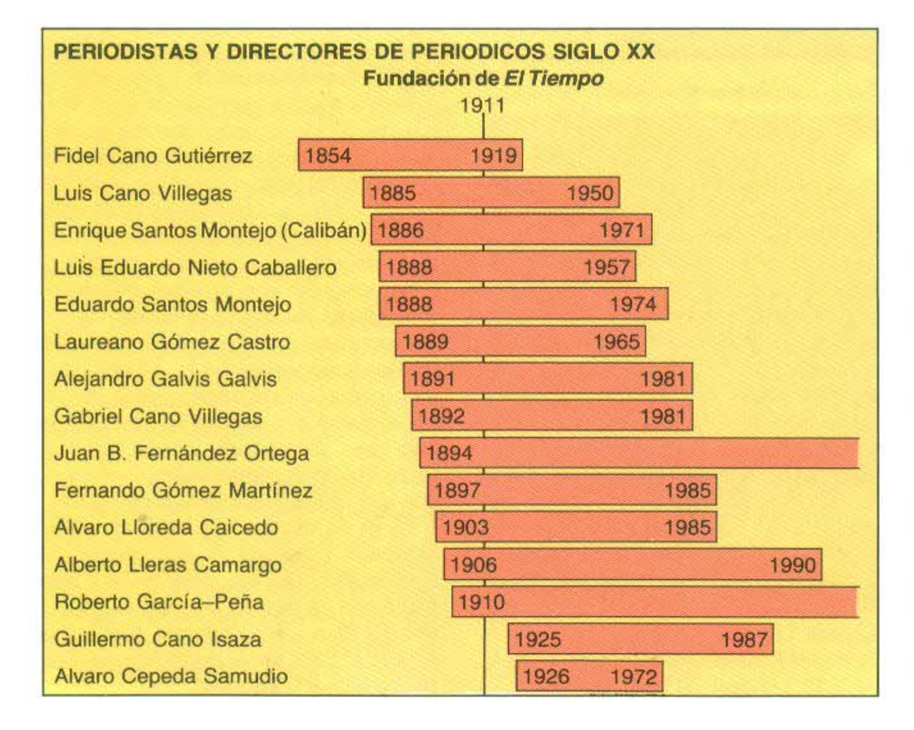
Fernando Gómez Martínez consignó en su libro *Recuerdos* las razones por las cuales él y un grupo de antioqueños partidarios de la candidatura presidencial del poeta Guillermo Valencia compraron en 1930 la mayoría de las acciones de *El Colombiano* de Medellín, periódico que apareció como bisemanario en 1912 bajo la dirección de Francisco de Paula Pérez.

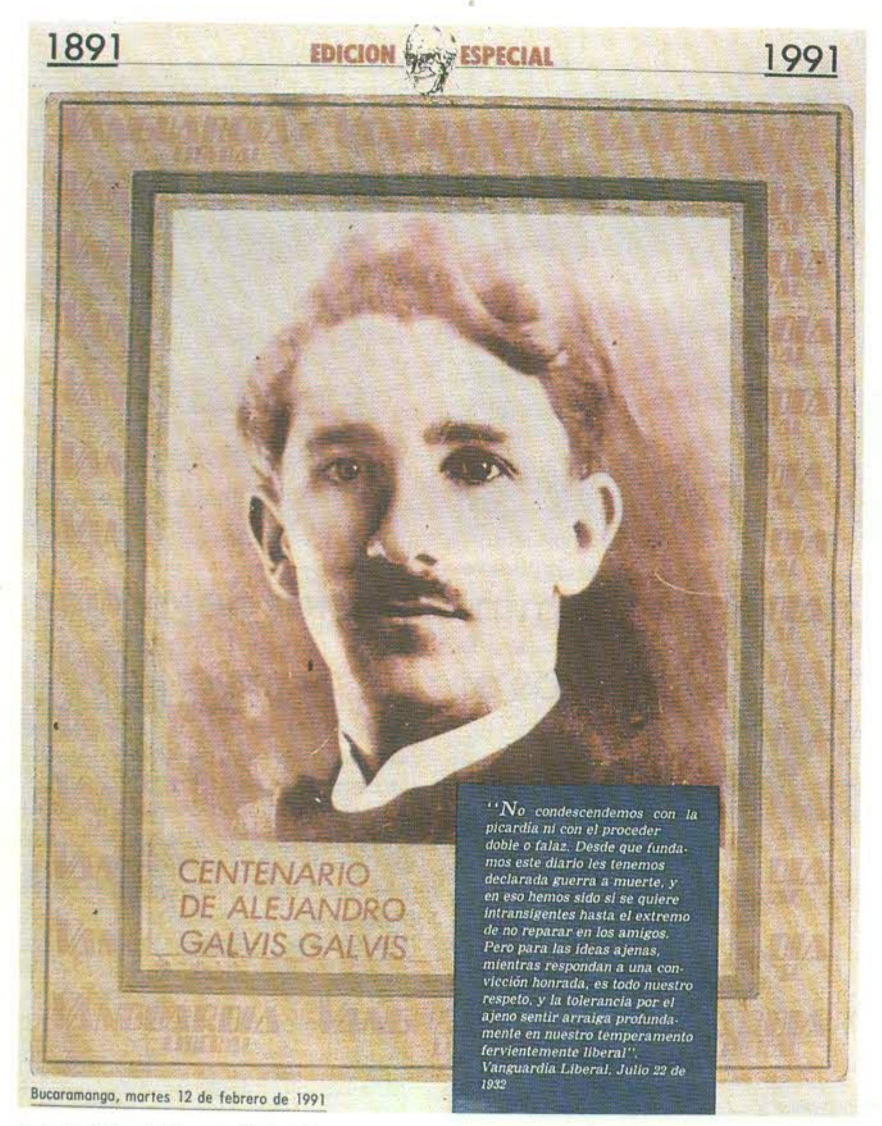
Fernando Gómez Martínez.
Oleo de Manuel J. Paredes Alvarado en un sello de correos de 1986.

Según Gómez, «la política estaba harto agitada en 1929 [...] sobre todo la política conservadora, por la pugna de las candidaturas para presidente. Los amigos de Valencia necesitábamos de un periódico porque el principal diario de Medellín, *El Colombiano*, estaba en manos de vazquistas (candidato Alfredo Vázquez Cobo), y el otro, *La Defensa*, no contaba con una circulación suficiente para la campaña. O por ser de la juventud católica no se metía muy de lleno. Entonces, un grupo de conservadores, del que yo hacía parte, pensó en la necesidad de tener un periódico y se movió para realizar la idea. Yo fui escogido para director y don Julio Hernández —el más decidido para la empresa— para administrador». El binomio Hernández-Gómez Martínez continuó a la cabeza del diario durante medio siglo.

Gómez Martínez nació en Santafé de Antioquia en 1897 y entre 1930 y 1962 fue director de *El Colombiano*, el periódico no editado en Bogotá más importante del país.

Escribió Gómez Martínez: «Pero poco a poco se fue imponiendo *El Colombiano*. Nos habíamos propuesto hacer un periódico moderno, muy noticioso, político sí pero no sectario; en el que todas las cosas se trataran





Portada de la edición especial de "Vanguardia Liberal" en el centenario de su fundador, Alejandro Galvis Galvis, febrero 12 de 1991.

por lo alto, y verdaderamente independiente».

Como los demás medios, *El Colombiano* también fue blanco de censura y persecución por parte de algunos gobiernos. Fernando Gómez dice: «Bajo el gobierno del doctor Urdaneta (1951-1953) se nos mantuvo sometidos a una rígida censura hasta el punto de que no podíamos mencionar el nombre del doctor Ospina Pérez, y cuando Rojas Pinilla, ni para qué contar. No sólo se me hizo ir a Bogotá sino que se me impuso una multa de medio millón de pesos. Era tan grande la sanción que ni susto me dio».

El Colombiano se identificó tradicionalmente con el ex presidente Mariano Ospina Pérez y con la jerarquía eclesiástica. En gobiernos conservadores, Fernando Gómez Martínez fue embajador ante Holanda y la Santa Sede y ministro de Relaciones Exteriores. Su hijo Juan Gómez ha alternado la dirección de *El Colombiano* con la alcaldía de Medellín y la gobernación de Antioquia.

Vanguardia Liberal

En su editorial del 4 de julio de 1968, Alejandro Galvis Galvis, fundador del diario *Vanguardia Liberal* de Bucaramanga, escribió sobre la actividad periodística: «La prensa tiene un compromiso diario y sagrado con sus lectores y con la patria. Para cumplirlo debe ser escuchada en sus voces, rectificada cuando haya captado ondas de equivocación o desvío, respaldada cuando busque el bien común y el progreso colectivo. La opinión y sus directivos, la sociedad y sus vertientes deben, a través de la información, decirle al pueblo su mensaje o entablar el diálogo para elaborar programas de desarrollo de la comunidad».

La Vanguardia Liberal, como se llamó hasta 1928, apareció por primera vez el 1º de septiembre de 1919. Sus primeras ediciones eran de cuatro páginas, a cinco columnas y no circulaba los domingos.

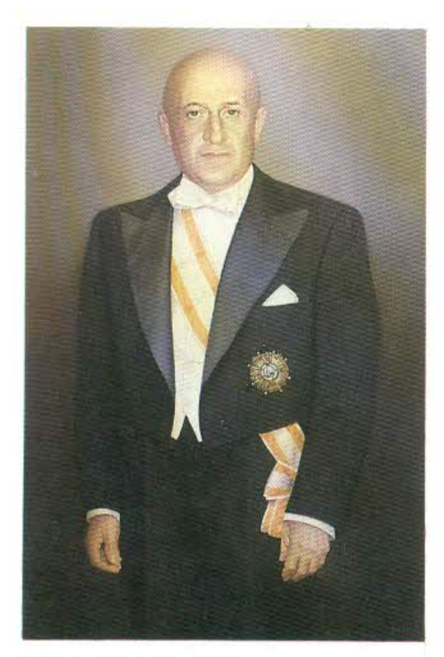
Su fundador nació en 1891 en Curití (Santander). En Bogotá fundó, junto con Jorge Eliécer Gaitán y otros, el periódico *Juventud Liberal*. En Bucaramanga creó *El Debate*, de corta vida. «Fundar y sostener un diario con divisa política no ha sido en Colombia empresa perdurable. Menos aún en provincia, donde la intransigencia política es más acentuada, y más ásperas las controversias de partido a partido», escribió Galvis Galvis en su libro *Memorias de un político centenarista*.

Alejandro Galvis Galvis fue un claro ejemplo de la fusión entre prensa y política. *Vanguardia* estaba identificada totalmente con las luchas políticas de su orientador y el diario sufrió tantos daños como persecuciones su director.

En abril de 1948, el diario liberal tuvo que circular como vespertino a consecuencia de los acontecimientos del 9 de abril y en enero de 1953, durante la administración de Pedro Nel Rueda Uribe, como gobernador de Santander, y la presidencia de Roberto Urdaneta Arbeláez, la prensa Duplex en la que se imprimía el periódico fue dinamitada.

Galvis Galvis escribió en su editorial del 12 de enero del mismo año: «Aquí estamos nuevamente tan firmes como el primer día. Hoy más que nunca estamos convencidos de que los ideales del liberalismo merecen estos y otros dolorosos sacrificios. Infortunadamente, con nuestro más franco rechazo, la patria es el blanco de las vergonzosas tragedias armadas por los irresponsables [...] Aquí estamos con el mismo valor de hace 34 años, listos a defender lo que nos es más caro. *Vanguardia Liberal*, aunque no lo quieran, seguirá siendo el corazón del liberalismo santandereano».

El 16 de octubre de 1989, en plena campaña terrorista de los grupos de narcotraficantes, un carro-bomba destruyó casi en su totalidad las instalaciones del diario. No obstante, la rotativa no sufrió daños y el periódico no interrumpió sus ediciones.



Gilberto Alzate Avendaño.
Oleo de Camacho M., 1972.
Fundación Alzate Avendaño, Bogotá.

PERIODISTAS INSIGNES

Gilberto Alzate Avendaño

Dionisio Elejalde, Iñigo de Altamira y Altazor, fueron, entre otros, algunos de los nombres con los que firmó sus artículos Gilberto Alzate Avendaño, conservador manizalita y editorialista político.

Nacido en 1910, a los 26 años fue nombrado secretario general del Directorio Nacional Conservador. Escribió en *El Eco Nacional* y dirigió *Diario de Colombia*.

«Como articulista político de fondo, Alzate escribió en todos los grandes diarios nacionales. Después de las derrotas, la prensa libre solía abrirle sus tribunas para que escribiera, para que gritara sus verdades estremecidas y clamorosas», señala Héctor Ocampo Marín en su libro *Gilberto Alzate Avendaño*. Y añade: «El consenso nacional reconoce en Alzate Avendaño al primer escritor público y editorialista político del partido conservador en mitad de centuria».

Alberto Lleras Camargo

La carrera periodística de Alberto Lleras Camargo es diferente de la de Eduardo Santos, Laureano Gómez, Fernando Gómez y Alejandro Galvis Galvis. Lleras Camargo se inició como periodista raso y escribió también en la prensa argentina cuando vivió en Buenos Aires y sólo en una segunda etapa de su vida se dedicó a la política. Escribió profusamente en los periódicos, pero fue su paso por la dirección de *El Independiente* el de mayor significación en su carrera política. Antes de la creación de ese diario, Lleras lanzó desde *El Espectador* su campaña para derrocar a Rojas Pinilla. Sobre su columna escribió Gabriel Cano: «El dictador no resistió más allá de cuatro meses escasos ese terrible fuego graneado de plomo de linotipo y decidió, como ya se ha visto, silenciar el valeroso reducto con las armas vedadas de la censura y la exacción; pero el bizarro capitán, momentáneamente acallado, retornó pronto a la lucha y en febrero de 1956 levantó sobre las ruinas de la heroica barricada de *El Espectador* el intrépido fortín de *El Independiente*».

En 1938, Lleras dirigió el periódico *El Liberal*, que fue clausurado por razones económicas en 1951. Lanzó la revista *Semana*, que circuló entre 1946 y 1961, y que es considerada una de sus principales contribuciones al periodismo colombiano. En su última etapa periodística Alberto Lleras escribió en la revista *Visión*, de la cual fue orientador.

Roberto García-Peña

El nombre de Roberto García-Peña está asociado a la historia del periodismo desde 1929, cuando fue llamado por Eduardo Santos para trabajar en *El Tiempo*. En 1981 se retiró de su cargo como director de ese diario.

«Sería innecesario definir la orientación que haya de tener *El Tiempo* de ahora en adelante, porque no he de interrumpir con el solo hecho de mi presencia una tradición liberal y democrática de antigua data, cuya inalterable conducta le ha ganado a este periódico la constante fidelidad de un público cada vez más generoso en su favorable acogida», expresó Roberto García-Peña en su carta dirigida a Eduardo Santos, en abril de 1939, cuando asumió la dirección del diario.



Alberto Lleras Camargo.
Oleo de Marco Ospina Restrepo, 1950,
Museo Nacional, Bogotá.



Roberto García-Peña, 1980.
Archivo El Tiempo, Bogotá.

Santos depositó su confianza en García-Peña como orientador editorial de *El Tiempo*; también como director era quien mejor lo representaba durante sus ausencias y sus viajes. Esta identificación fue manifiesta en agosto de 1955: durante una visita de Rojas Pinilla a Quito, García-Peña desmintió, en un famoso telegrama al director de *El Comercio* de Quito, unas declaraciones en que el general negaba la existencia de la censura de prensa en Colombia. García-Peña se negó a publicar una rectificación redactada por el gobierno, y en consecuencia, el gobierno decretó por resolución la clausura del periódico.

El 4 de agosto de 1971 García-Peña escribió en un editorial que defendía la neutralidad de *El Tiempo*: «... queremos seguir siendo un diario liberal, al servicio de la patria y de la justicia, especialmente hoy de la justicia social, un diario que trabaje ardorosamente por el imperio de los derechos humanos en cuyo texto nos inspiramos fervientemente. Un periódico liberal, auténtica y genuinamente libe-

ral, ajeno a todo movimiento grupista y colocado por encima de las pasiones subalternas que han determinado la división del partido. En esta posición de intransigente neutralidad y de clara e íntegra independencia nos colocamos una vez más, seguros de estar así en mejor oportunidad de servir a los intereses del partido liberal colombiano, que es como entendemos servir mejor y más eficazmente a los propios intereses de la patria».



Gabriel García Márquez en Barcelona, hacia 1970.

Gabriel García Márquez

Antes de ser reconocido como novelista, Gabriel García Márquez fue columnista de *El Universal* de Cartagena, de *El Heraldo* de Barranquilla, y redactor de *El Espectador*. Además de escribir las columnas conocidas como "Punto y aparte" (*El Universal*) y "La jirafa" (*El Heraldo*), fue jefe de redacción de *El Nacional* (diario barranquillero) y participó en experimentos como *Crónica* y *Comprimido*, diarios costeños de corta duración.

Durante el período en que García Márquez colaboró con *El Universal* (entre mayo de 1948 y diciembre de 1949) ocurre su encuentro con los intelectuales del Grupo de Barranquilla (Germán Vargas, Ramón Vinyes, Alvaro Cepeda y Alfonso Fuenmayor). A *El Heraldo* se vinculó a partir de enero de 1950; además de "La jirafa" escribió algunos editoriales y notas anónimas.



EL ESPECTADOR

CUARTA EDICION

Modificaciones sobre Seguro de Transporte Prepara el Gobierno

Cómo y por qué se Salvó el Marino

La Carretera de Medellín a Bogotá Será Terminada a Mediados del 56

Primera plana de "El Espectador", con una de las crónicas de Gabriel García Márquez sobre "Relato de un náufrago". Marzo 30 de 1955.

Sobre la columna de García Márquez en *El Heraldo* escribió Jacques Gilard en el prólogo del libro *Textos costeños*: «"La jirafa" tiene la ventaja de informar mucho mejor sobre el aspecto creativo de las actividades de García Márquez. Da las pistas de un proceso literario que había de llevar hasta *Cien años de soledad* y *El otoño del patriarca*».

El 29 de abril de 1950 apareció el primer número del semanario *Crónica* que combinaba la literatura y el deporte; Alfonso Fuenmayor era el director y García Márquez el jefe de redacción. En este experimento participaron los miembros del Grupo de Barranquilla hasta junio de 1951, fecha en que desapareció.

A principios de julio de 1951, Gabo suspendió la colaboración con *El Heraldo* y regresó a Cartagena, en donde dirigió *Comprimido*, un pequeño periódico que circuló entre el 18 y el 23 de septiembre de ese año.

Jacques Gilard escribió sobre la actividad periodística de García Márquez: «El periodismo de García Márquez, con todo y haber logrado inigualables éxitos, fue principalmente una escuela de estilo, y constituyó el aprendizaje de una retórica original. La época costeña de García Márquez forma un todo porque, independientemente de que es un período decisivo de formación y definición de opciones ..., su actividad periodística se desarrolla dentro de un género específico que es el del comentario, en su modalidad humorística».

«El compromiso político de García Márquez se haría más evidente, y alcanzaría incluso un grado espectacular, con sus reportajes de *El Espectador*, pero existía en los tiempos de Cartagena y tuvo que irse fortaleciendo en Barranquilla, pese a no haber dejado entonces huellas abundantes e identificables en su producción periodística», escribió Gilard.

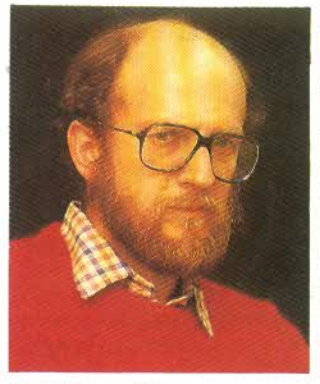
Lucas Caballero Calderón

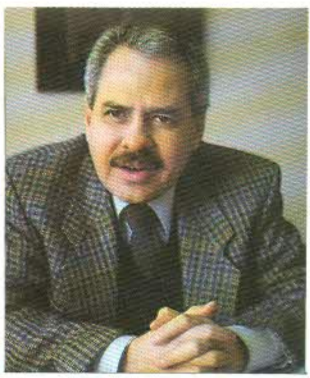
Lucas Caballero Calderón, más conocido como Klim, ha sido el periodista colombiano más leído y popular del siglo XX. Nadie lo iguala como columnista de humor y pocos superan su pluma sarcástica.

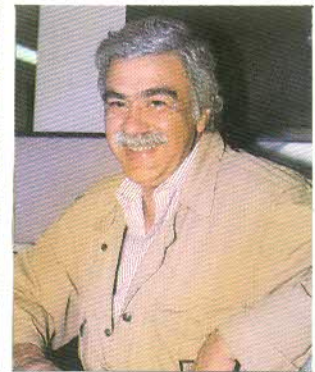
«Aun en los tiempos más duros de la censura de prensa, cuando era casi imposible escribir en los periódicos pues se tenía la bota en la nuca y un esbirro en la oreja, Lucas se las ingeniaba para decir, sin decirlo, lo que tenía que decir. Con un ramalazo de ortigas vapuleaba la epidermis de los acaparadores y usufructuarios del Estado, sin que éstos encontraran por dónde agarrarlo». Así se expresaba Eduardo Caballero Calderón, de su hermano Lucas.

Klim escribió durante más de 40 años sus opiniones, críticas y análisis, sobre diversos asuntos de la vida nacional. Después de 35 años como columnista de *El Tiempo*, renunció en

NUEVO PERIODISMO COLOMBIANO


Daniel Samper Pizano


Darío Arizmendi Posada

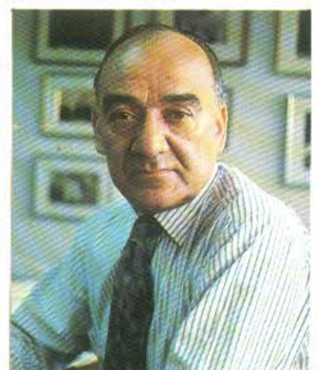

Germán Castro Caycedo


Germán Santamaría


Juan Gossaín


María Elvira Samper


María Isabel Rueda


Yamid Amat

PERIODISTAS DEL SIGLO XX

Luis Eduardo Nieto Caballero (1888-1957). Autor de artículos, columnas y sueltos. Codirector de *El Espectador* (1919-21).

Luis Tejada (1898-1924). Escribió apenas cinco años en la prensa. Dejó semilla de ideas sociales revolucionarias. Ingresó a *El Espectador* en 1917.

Alvaro Pachón de la Torre (1906-1953). Trabajó en *El Liberal* de Bogotá y fue director del *Magazín Dominical* de *El Espectador*.

Juan Lozano y Lozano (1902-1979). Diplomático y político. Director de *Semana*. Fundó *La Razón* en 1936.

Plinio Mendoza Neira (1902-1971). Fundador y director del semanario *Sábado* (1943-1957).

Emilia Pardo Umaña (n. 1907). Primera reportera del país. Escribió en *El Siglo*, *Sucesos* y *El Tiempo*.

Felipe González Toledo (n. 1911). Uno de los primeros periodistas radiales. Reportero de *La Razón*, *El Liberal* y *El Espectador*. Cofundador de *Sucesos*.

Arturo Abella (n. 1915). Jefe de redacción de *Revista Javeriana*, jefe de redacción de *El Siglo*, director de *El Siglo* (1961-67).

Belisario Betancur Cuartas (1923). Director de *La Defensa*, *El Siglo* y *La Unidad* (segunda época).

Alvaro Cepeda Samudio (1926-1972). Editor y director de *Diario del Caribe* en Barranquilla.

José Salgar Escobar (n. 1921). Director de *El Vespertino* (1965-1980). Codirector de *El Espectador*.

Alberto Zalamea Costa (1929). Director de *La Nueva Prensa*, semanario inconforme; director de *Cromos* (1992).

Elvira Mendoza (1929). Directora de *Diners* y *Cromos*.

Plinio Apuleyo Mendoza (n. 1932). Reportero de *El Tiempo* y *El Espectador*. Ha sido periodista en Venezuela.

Soledad Mendoza (1936). Periodista de *El Nacional* de Caracas; directora de *Pandora*, de Caracas.

Consuelo Mendoza de Riaño (1939). Directora de la revista *Diners*.

Gloria Pachón Castro (n. 1937). Periodista de *El Tiempo*, *Intermedio*, *Cromos*, *El Espectador*.

José Pardo Llada Periodista del diario caleño *Occidente*.

Germán Castro Caycedo (n. 1940). Reportero de *El Tiempo* (1968-76).

Luis Carlos Galán (1943-1989). Fundó la revista *Vértice* en la Universidad Javeriana. Redactor de *El Tiempo* (1965-70). Codirector del semanario *Nueva Frontera*.

Daniel Samper Pizano (n. 1945). Redactor y columnista de *El Tiempo* durante más de 20 años. Subdirector de *El Pueblo* de Cali.

Enrique Santos Calderón (n. 1945). Columnista de *El Tiempo*. Fundador de la revista *Alternativa*.

Darío Arizmendi Posada (n. 1945). Director de *El Mundo*, de Medellín; Director Nacional de Noticias de Caracol.

María Elvira Samper (n. 1948). Directora de *Semana*. Directora *QAP*.

María Isabel Rueda (n. 1955). Periodista de la revista *Semana*. Directora *QAP*.

Roberto Posada García-Peña (n. 1954). Director de *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo* y de *Credencial*. Columnista de *El Tiempo* (D'Artagnan).

COLECCIONES DE ARTICULOS PERIODISTICOS DEL SIGLO XX

BARRERA PARRA, JAIME. *Prosas* Bogotá, Continente, 1969.

CABALLERO CALDERÓN, LUCAS. *Joven Caballero, 10 en historia, 0 en imaginación.* Bogotá, Biblioteca del Centenario del Banco de Colombia, 1974.

CABALLERO CALDERÓN, LUCAS. *Yo, Lucas*. Bogotá, Pluma, 1979.

CABALLERO CALDERÓN, LUCAS. *Klim: 45 años de humor*. Bogotá, Oveja Negra, 1983.

CANO, GABRIEL. *Apuntes de un Espectador*. Medellín, Colección Biblioteca Pública Piloto, 4, 1979.

CEPEDA SAMUDIO, ALVARO. *En el margen de la ruta (Periodismo juvenil 1944-1955)*. Recopilación y prólogo, Jacques Gilard. Bogotá, Oveja Negra, 1985.

GALVIS GALVIS, ALEJANDRO. *Memorias de un político centenarista*, 2 Vols. Bucaramanga, 1976.

GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL. *Relato de un náufrago*. Barcelona, Tusquets, 1970.

GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL. *Obra periodística*. Vols. I y II, *Textos costeños;* Vols. III y IV, *Entre cachacos;* Vols. V y VI, *De Europa y América*. Selección, Jacques Gilard. Bogotá, Oveja Negra, 1983.

GARCÍA-PEÑA, ROBERTO. *Rastro de los hechos*. Selección, Rafael Gómez Hoyos Bogotá, Ediciones de la Revista Ximénez de Quesada, 1970.

GARCÍA-PEÑA, ROBERTO. *Medio siglo sobre* El Tiempo. Colección Biblioteca Pública Piloto, Vol. II. Medellín, Ed. Letras, 1978.

GIRALDO, IADER. *Escritos*. Biblioteca de Literatura Colombiana, Nº 97. Bogotá, Oveja Negra, 1986.

GÓMEZ MARTÍNEZ, FERNANDO. *Los que son y los que se fueron*. Medellín, Biblioteca Pública Piloto, 1980.

GÓMEZ, LAUREANO. *Obras completas*, 6 Vols. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1989.

HOLGUÍN, ANDRÉS. *Temas inesperados*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1990.

LOZANO Y LOZANO, JUAN. *Obras selectas*. Medellín, Ediciones Horizontes, 1965.

LLERAS CAMARGO, ALBERTO. *Obras selectas*, 10 Vols. Selección y notas, Aníbal Noguera Mendoza. Bogotá, Presidencia de la República, 1987.

NIETO CABALLERO, LUIS EDUARDO. *Entrevistas del cronista Espejo*. Bogotá, ABC, 1946.

PACHÓN DE LA TORRE, ÁLVARO. *Selección de textos*. Compiladora, Ximena Pachón (en preparación).

PARDO UMAÑA, EMILIA. *La letra con sangre entra*. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1984.

Periodismo: Los Santos: Eduardo, Enrique y Gustavo. Bogotá, Selección Samper Ortega, 1936.

SANTAMARÍA, GERMÁN. *Colombia y otras sangres*. Bogotá, Planeta, 1987.

SANTOS, EDUARDO. *Obras selectas*. Colección Pensadores Políticos Colombianos, 13. Bogotá, Cámara de Representantes, 1981.

SANTOS CALDERÓN, ENRIQUE. *La guerra por la paz*. Bogotá, CEREC, 1985.

SANTOS MONTEJO, ENRIQUE. *Danza de las horas*. Bogotá, Colcultura, 1972.

SOLANO, ARMANDO. *Glosas y ensayos, 1923-1945*. Bogotá, Colcultura, 1981.

TEJADA, LUIS. *Gotas de tinta*. Bogotá, Colcultura, 1977.

TÉLLEZ, HERNANDO. *Textos no recogidos en libro*, 2 Vols. Bogotá, Colcultura, 1979.

ZULETA FERRER, JUAN. *La historia contra la pared. Selección de ensayos y editoriales, El Colombiano 1930-1978*. Medellín, Biblioteca Pública Piloto, 1978.



"El hijo pródigo". Caricatura de Héctor Osuna sobre la salida de Lucas Caballero (Klim) de "El Tiempo" y su regreso a "El Espectador", publicada en este diario el 16 de abril de 1977.

1977 cuando sus columnas sobre el gobierno irritaron al presidente Alfonso López Michelsen y el director Hernando Santos se solidarizó con López.

«La columna que serví durante 35 años es de ustedes y al retirarme de ella me queda la satisfacción de que empleé siempre limpia y honestamente mi pluma, de acuerdo, por lo menos, con la leyenda impresionante que el doctor Santos me dijo alguna vez que llevaban impresa en los gavilanes las viejas armas toledanas: "No las saques sin razón ni las guardes sin honor". Espero que no se produzca el golpe militar que ustedes temen, aunque a mi juicio, a esas soluciones de fuerza sólo se llega cuando los gobiernos se corrompen y la prensa, por interés o cobardía, se hace su cómplice ...», escribió Klim en su carta de renuncia.

Luego de su retiro de *El Tiempo* se incorporó a *El Espectador*, en el que escribió hasta dos días antes de su muerte, el 15 de julio de 1981.

Klim escribía en forma directa y lanzaba sus críticas contra los políticos, gobernantes, ex presidentes y personalidades nacionales, a quienes bautizaba con apodos específicos. Así, por ejemplo, el presidente López Michelsen era conocido como "Compañero Primo"; "Hermano Gulito" era Julio César Turbay Ayala; "Hersan", Hernando Santos; "Fonsi", Alfonso López Caballero; "Hermana Berthica", Bertha de Ospina; "Misael", Misael Pastrana Borrero; y "Brigadier Cardenal Aníbal Contra Muñoz Viceprimero Duque", el cardenal Aníbal Muñoz Duque.

Este artículo fue realizado con la colaboración de Gloria Uribe.

Bibliografía

CACUA PRADA, ANTONIO. *Historia del periodismo colombiano*. 2ª ed. Bogotá, Ediciones Sua, 1983.

FONNEGRA, GABRIEL. *La prensa en Colombia*. Bogotá, El Áncora, 1984.

GÓMEZ OLACIREGUI, AURELIANO. *Prensa y periodismo en Barranquilla, siglo XX*. Barranquilla, Lallemand Abramuck, 1979.

OTERO MUÑOZ, GUSTAVO. *Historia del periodismo en Colombia*. Bogotá, Biblioteca Aldeana de Colombia, 1936.

RODRÍGUEZ, MARCO TULIO. *La gran prensa en Colombia*. Bogotá, Minerva, 1963.

SANTOS CALDERÓN, ENRIQUE. "El periodismo en Colombia. 1886-1986". En: *Nueva historia de Colombia*, tomo VI. Bogotá, Planeta, 1989, pp. 109-136.

Diarios, memorias y autobiografías

Mario Jursich Durán

GÉNEROS TARDÍOS

El diario, las memorias y la autobiografía nacen como *géneros* al finalizar el siglo XVIII. Más o menos por unanimidad se reconoce entre especialistas que la fecha miliar es 1782, cuando Marc-Michel Rey, impresor holandés, publica de modo póstumo las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau. Sin embargo, conviene advertir que ese año más que una fecha inamovible es una convención simbólica. En los siglos inmediatamente anteriores e incluso antes abundan las obras que no sólo merecen la denominación de "diario", "memorias" o "autobiografía", sino también el cuño y la paternidad del nuevo género. Para dar un ejemplo, el origen de esta última puede localizarse, dependiendo de la idea que nos hagamos de ella, en el siglo I con Flavio Josefo, en el IV con san Agustín, en el XII con Pedro Abelardo, en el XIV con Carlos IV, en el XVI con Benvenuto Cellini o en el XVII con John Bunyan. Si la historiografía moderna soslaya esos nombres y se inclina por el siglo XVIII y por las *Confesiones* de Rousseau, como la época, el libro y el autor fundadores de la autobiografía, no es porque advierta en aquéllos una incompatibilidad con la definición del género (que, por otra parte, no existe), sino porque el éxito de las *Confesiones* suscita, en el mundo europeo del siglo XVIII, la primera reflexión sobre la existencia literaria de la autobiografía y, en un sentido más amplio, sobre la de los demás géneros ectoplasmáticos (diarios, memorias o cartas). Dicho de otra forma, antes de la publicación de las *Confesiones* ni los autores tenían conciencia de cultivar, ni el público de leer, un género establecido, como sí la tuvieron en cambio los descendientes espirituales de Rousseau. Además, antes de 1782 las obras que merecen la denominación de "autobiografía" no sólo son relativamente escasas; también están excesivamente separadas por el tiempo, el espacio y la cultura; entre Flavio Josefo y san Agustín, por ejemplo, median casi 225 años, y entre Benvenuto Cellini y John Bunyan la distancia que va del Renacimiento en Italia al puritanismo en Inglaterra. Por lo tanto, la única razón por la que no conformaron en su época una categoría literaria independiente obedece a que ésta exige para consolidarse un elevado número de obras que le otorgue coherencia y visibilidad.

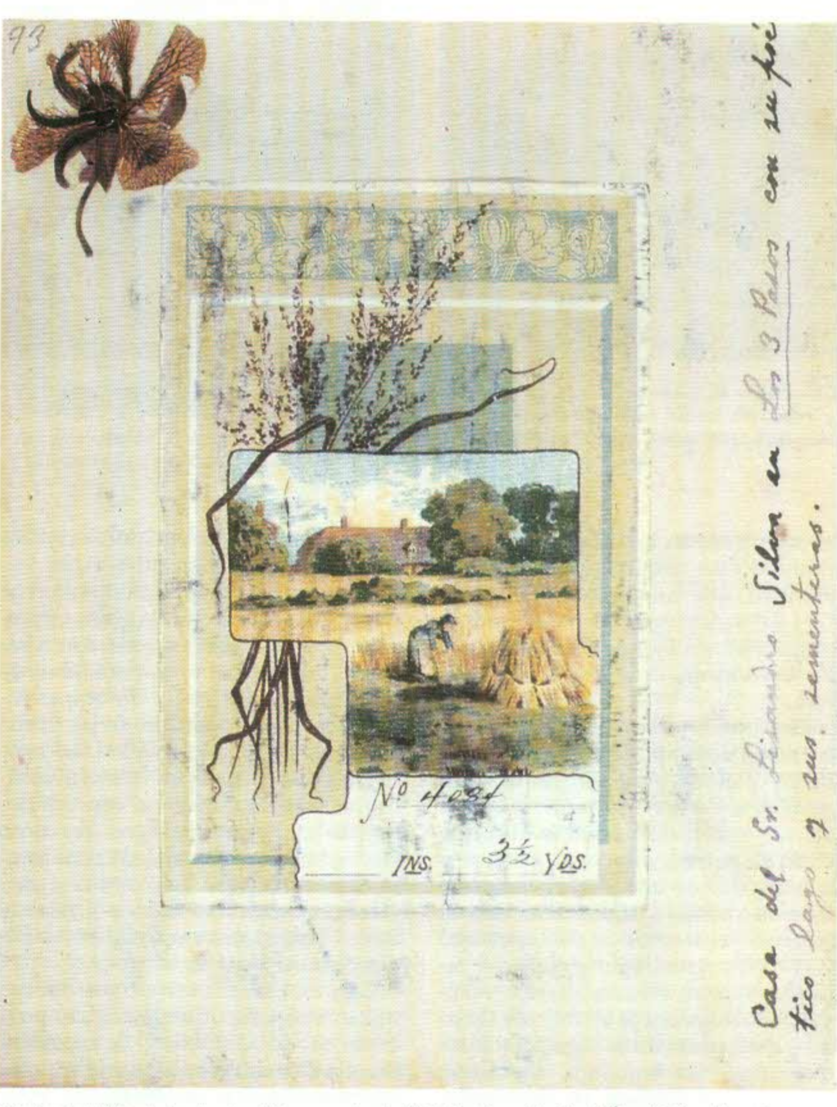
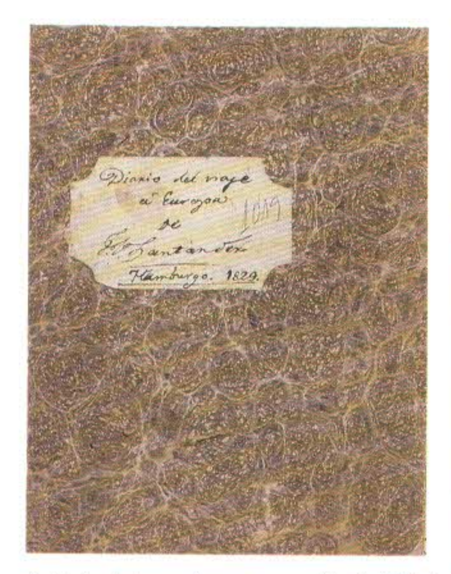
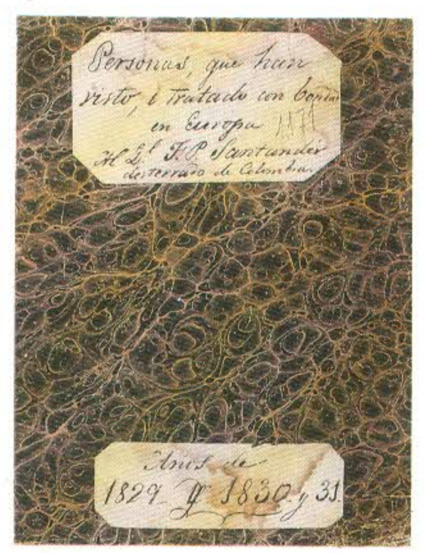


Lámina del "Diario de ciencias físicas y naturales" de Santiago Cortés: "Casa del Sr. Lisandro Silva en Los Tres Pasos", Cachipay, 1919. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Al finalizar el siglo XVIII se invierte el fenómeno. Luego de la publicación de las *Confesiones*, empiezan a surgir por toda Europa —con excepción de España y Portugal— las obras de marcado espíritu egotista. En Inglaterra, Edward Gibbon empieza su autobiografía en 1788; en Italia, Giacomo Casanova y Vittorio Alfieri comienzan las suyas en 1789, mientras Novalis en Alemania concluye su diario hacia 1790. En cuanto a los primeros émulos de Rousseau en Francia, se puede mencionar a Nicolas Restif de la Bretonne, que pone en marcha su *Monsieur Nicolas* desde 1783, Jean-François Marmontel, que comienza sus *Memorias* en 1792 y Madame Roland, que escribe las suyas en 1793. Incluso





Cubiertas de los cuadernos manuscritos de "Diario del viaje a Europa" y "Personas que han visto y tratado con bondad en Europa al general Francisco de Paula Santander, desterrado de Colombia, años 1829, 1830 y 31". Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

se podría añadir la cultura norteamericana a esta lista, ya que Benjamin Franklin, que comenzó a escribir en 1771 su autobiografía, no la retoma hasta 1784, en Passy, para finalizarla un año después de la revolución francesa.

Esta proliferación de obras egotistas luego de la aparición de las *Confesiones*, y el auge de las mismas durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, hacen más notable aún que entre su nacimiento como géneros y la formación de una teoría al respecto medien casi dos siglos. De hecho, sólo hasta el decenio de 1950 comenzó en varios países de Europa y en Estados Unidos un esfuerzo para investigar los fundamentos históricos, sociales y estilísticos de la literatura autobiográfica. Sin embargo, sería una equivocación deducir de este tardío comienzo de la exégesis del género un desconocimiento de la materia en las décadas anteriores a 1950 y en los siglos XVIII y XIX. Valga decir que ya en 1796, una fecha no muy alejada de las *Confesiones*, el crítico inglés David Christian Seybold reunió y prologó algunos «diarios y memorias de hombres famosos», y que noventa años más tarde, en 1866, Pierre Larousse incluyó en la enciclopedia que lleva su nombre un artículo sobre la autobiografía. Es posible mencionar algunas obras más. Sin embargo, pese a su importancia, la mayoría de ellas son monumentos aislados. La investigación sistemática y la que por consiguiente ha producido mayores beneficios para la crítica, sólo comienza en los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial. Se podría decir, haciendo un balance, que así como la visibilidad de la autobiografía en la *literatura* empieza con la publicación de las *Confesiones* en 1782, la visibilidad del egotismo en la *crítica* arranca con el estudio sistemático, pero no concertado, que un grupo de investigadores como Georg Misch y más tarde Wayne Shumaker, Pascal Roy, Philippe Lejeune, George Gusdorf, Beatrice Didier y Bernd Neumann, emprende en la segunda mitad del siglo XX.

Con este horizonte no resulta extraño, entonces, que la crítica, y en cierto modo el público, se acostumbrasen a considerar al diario íntimo, las memorias y la autobiografía como *géneros parafernales*. La expresión "parafernalia", que viene del griego, se utiliza en inglés con la acepción de cosas accesorias, pero en francés y en español conserva su significado primitivo: es el patrimonio que le corresponde a una mujer casada fuera de la dote. La obra propiamente dicha, según José Bianco, sería la dote; los bienes parafernales serían los diarios íntimos, las memorias y las cartas. (Aunque estas obras accesorias, estas obras alrededor de una obra, pueden llegar a ser la única o, para algunos, la casi principal ocupación de un escritor —piénsese, por ejemplo, en las *Memorias* del duque de Saint-Simon o, para no ir tan lejos, en *Life and habit* de Samuel Butler—, lo común es que sean formas menores, auxiliares y subalternas.

DESARROLLO EN ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

En España se escribió un puñado de obras maestras de la autobiografía antes de que fuera establecida como un prestigioso género literario por Rousseau y aceptada como una manifestación típica de la burguesía. Narraciones como *El libro de la vida* (1562), de santa Teresa de Jesús, o la *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras* (1743), de Diego de Torres Villarroel, precisamente por haber sido un monumento de la voluntad, por no haber contado con modelos establecidos en que apoyarse y por coincidir del todo con el paradigma europeo, han sido dejadas de lado sin tener en cuenta la paradoja que plantean: ¿por qué, habiendo alcanzado la literatura ectoplasmática un temprano y sorprendente desarrollo en España, se sofoca precisamente cuando empieza a florecer en el resto de Europa?

Consignada esta salvedad, resulta válido extender a la península española y a toda América Latina lo que decía al comienzo de sus *Memorias* (1976) el mexicano Daniel Cosío Villegas: «[La reflexión autobiográfica] no ha sido propiamente un género literario nacional. De excepcionales pueden calificarse los casos, digamos, de José María Iglesias y de Porfirio Díaz, dos grandes personajes de nuestra vida pública que lo practicaron. Aún así, la autobiografía del primero es una simple ficha biográfica y las *Memorias* del segundo se contraen a su carrera militar, la menos interesante de su larga vida. Igual ha ocurrido con nuestros artistas, nuestros hombres de letras o los militares y eclesiásticos que se pasearon por las candilejas del escenario nacional. Yo mismo he tenido la experiencia de haber instado sin éxito a algunos políticos a que dejaran un recuerdo escrito de sus vidas, y así he podido palpar el desapego absoluto, por no decir el desprecio, con que miraron mi acalorada conminación».

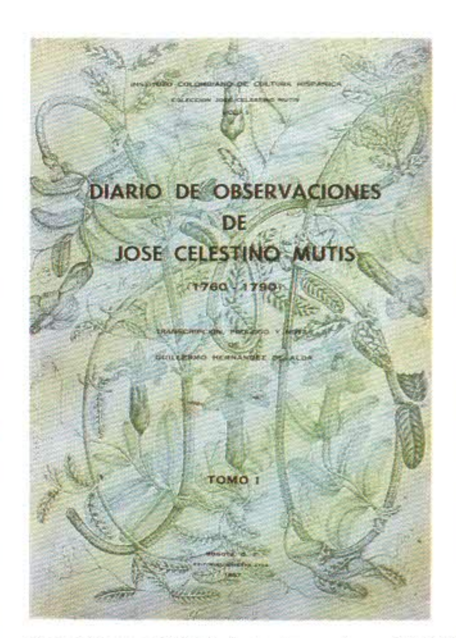
Tradición secular y tradición católica

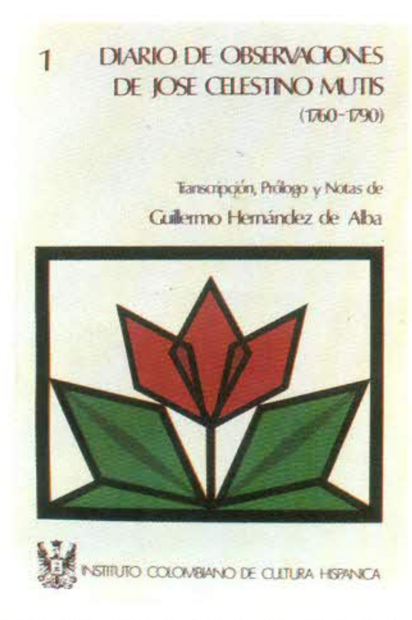
Las causas de un fenómeno así son variadas y complejas, y no se han investigado a fondo; pero conviene des-

tacar en su génesis la influencia de una concepción católica de la vida. En efecto, sabemos que ni España ni América Latina han podido cumplir a cabalidad lo que la historia moderna llama «proceso de secularización», es decir, el distanciamiento entre la vida cívica y la autoridad eclesiástica. En Europa la secularización empieza alrededor de 1505 y se propaga por Flandes, Alemania e Inglaterra. Su efecto más decisivo en la cultura fue la formación y el desarrollo de una mentalidad caracterizada por la intepretación del mundo y las cosas desde fines puramente humanos y temporales, prescindiendo de toda perspectiva teologal.

Este hecho es definitivo. Primero, porque es en el ámbito eclesiástico donde el diario íntimo, la autobiografía y en menor medida las memorias se forman y, segundo, porque la adopción de una mentalidad secular en un espacio místico es la que posibilita la aparición de los géneros autobiográficos, del capitalismo y de la individualidad en Occidente (de hecho, la historia de la autobiografía es, también, la historia del poder económico y la individuación en Occidente). Según cálculos, se estima que un 75% de la producción tipográfica de 1461 a 1530 correspondió a obras como el *Dies Irae*, el *Ars Moriendi* o la *Vita Cristi* de Rodolfo el Cartujo, lo mismo que a salterios, devocionarios, misales y biblias. Aunque varias de estas obras respondían al clima apocalíptico y milenarista del siglo XVI, su objetivo fundamental en muchos casos era estimular, mediante las vidas santas, un patrón de comportamiento. No es casual que una de las obras más difundidas en ese entonces haya sido la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis.

La aparición del movimiento reformador, la filología bíblica y la invención de la imprenta modifican por completo ese panorama. Al condenar los abusos de los sacerdotes y abogar por una separación del Estado y la Iglesia, Martín Lutero contribuyó, como ningún pensador de la época, a secularizar el mundo europeo del siglo XVI; al predicar que la salvación se consigue mediante la fe, no por el ayuno, el flagelo o las indulgencias, fomentó, a la par de Juan Calvino y Ulrico Zwinglio, la creación de una ética intramundana, despojada de toda finalidad metafísica; y al incitar al libre examen de conciencia y a la lectura de la Biblia al margen de la





Dos ediciones del "Diario de observaciones (1760-1790)", de José Celestino Mutis (Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1957 y 1983). Biblioteca Nacional, Bogotá.

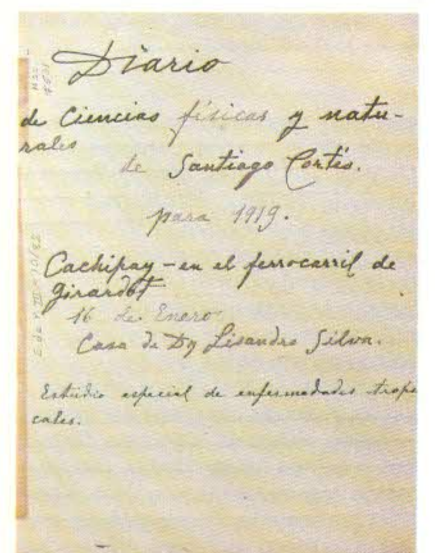
autoridad eclesiástica, no sólo animó a los intelectuales y al público a indagar por sí mismos en el sentido del verbo divino, sino que contribuyó a la formación de un público lector amplio en los países protestantes. A su vez, para los que sabían leer, pero desconocían el latín, las Escrituras traducidas a lenguas vulgares fueron más accesibles que nunca (baste recordar que entre 1466 y 1520 aparecieron, sólo en Flandes y el Palatinado, ventidós versiones alemanas de la Biblia). Además, la invención de la imprenta permitió que cada familia tuviera su Biblia (con lo cual se fomentaba la exégesis libre de la misma), y a ésta se agregaron libros sacramentales, morales y piadosos, que se adquirían por recomendación expresa de los pastores o de las mismas iglesias, y en los cuales se coloca la salvación del hombre en manos de la gracia y de la fe, quitando por consiguiente el significado de salvación a las buenas obras.

En el mundo católico, a causa de la Contrarreforma, se estrecharon aún más los vínculos entre la Iglesia y el Estado; se condenó el sacerdocio universal de Lutero, se limitó el uso de la imprenta y se prohibió la interpretación voluntaria de la Biblia, retrasando de esa manera la formación de un público lector amplio en la península y posteriormente en América Latina.

Ahora bien, la nueva libertad en materia religiosa fomentó, entre flamencos y alemanes, un intenso desarrollo de la mística. Autores como Dionisio el Cartujo, Meister Eckart y Johannes Tauler comenzaron a escribir obras que seguían siendo religiosas, pues su tema era el conocimiento de la divinidad, pero en las que ya se notaba la presencia de un marcado individualismo. En ellas el autor no sólo se aparta de los caminos convencionales de la teología y se niega a seguir viviendo conforme a la imagen religiosa ordinaria, sino que descalifica y supera los medios sacramentales de comunicación con Dios. Comparadas con la mística española, esas obras exhiben notables diferencias: mientras que en ellas podemos distinguir un menor apego al dogma y varias clases de satisfacción como el orgullo del poder socioeconómico, el placer de la individualidad en un mundo cada vez más perfilado y homogéneo y el goce de una autocontemplación nerviosa, en las obras católicas se advierte, por el contrario, un descrédito de la vida mundana, una voluntad de encubrimiento y recato y un claro afán pedagógico. Esta polaridad, como es natural, repercute en la autopercepción que tiene cada autor de su vida. La más notoria de esas diferencias es que la autobiografía secular se distingue por una presentación laica de los hechos; en ellas la vida del sujeto está desvinculada de toda injerencia divina y reducida a una dimensión intramundana e individualista, mientras que en la cató-











Vistas sobre el río Bahamón, lago y sementeras de don Lisandro Silva; rama de bixácea, "especie de hermosas espinas ornamentales"; y pez alcalde del río Cachimbulo, en Tocaima. Láminas y portadilla del "Diario de ciencias físicas y naturales" de Santiago Cortés, 1919. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

lica siguen pesando la autoridad del dogma, la finalidad escatológica y la dependencia de las formas codificadas de la salvación. Valga como ejemplo decir que Benvenuto Cellini narra en su autobiografía circunstancias que patentizan una brutalidad lacerante en el comercio; o que Girolamo Cardano ejerce con soltura y despreocupación el robo de propiedad intelectual. La santa de Avila, en cambio, o san Ignacio de Loyola, sólo enumeran aquellos acontecimientos en que se advierte la acción de Dios en sus vidas y que por lo tanto resultan aprovechables en la educación del creyente.

Desconocimiento e imprecisión en el estudio del género

En España sólo hasta la pasada década comenzaron las tareas de rescate y clasificación del material autobiográfico. Baste decir que el primer catálogo de autobiografías españolas se publicó apenas en 1991. En el orden crítico, o de análisis, después de *La autobiografía española hasta Torres Villarroel* (1974), de Randolph Pope, un estudio pionero en muchos sentidos, merecen destacarse las obras de Guy Mercadier, con seguridad el más aplicado estudioso del tema en lengua española, Ana Caballé, Angel Loureiro, James Fernández y Nora Castelli.

En América, en cambio, todavía no se emprende ni un catálogo de los diarios íntimos, memorias y autobiografías publicados o inéditos a partir del siglo XVI, ni una lista de las principales investigaciones. Autores como Adolfo Prieto en *La literatura autobiográfica argentina* (1966), Félix Denegri Luna en *Memorias, diarios y crónicas* (1971) y sobre todo José Bianco y Silvia Molloy, en varios ensayos dispersos, han hecho exploraciones parciales, limitadas, como en el primer caso, a una literatura específica, o a los aspectos más generales de la teoría autobiográfica. Sin embargo, cabe anotar que ese rezago no obedece tan



La madre Francisca Josefa de Castillo y Guevara (óleo sobre tabla de Luis Alberto Acuña, 1965) y manuscrito de sus "Sentimientos espirituales", iniciado en 1690. Academia Colombiana de la Lengua y Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

sólo a la falta de tradición autobiográfica en América Latina, sino también a la escasez de la bibliografía, limitada a unos cuantos prólogos, a ciertos libros y a la referencia, extraña y desinformada, en las enciclopedias. A eso debe añadirse la deficiencia de las bibliotecas en nuestros países, la poquedad de fuentes adecuadas de referencia y la dificultad para conseguir bibliografía inédita (monografías, manuscritos, tesis de grado, mimeos, etc.) Por lo tanto, no siempre es posible evaluar el estado de las fuentes secundarias de investigación.

Mención aparte merece el impulso dado a la investigación autobiográfica por la crítica feminista. Resulta notable que frente al escaso cultivo de los "grandes" géneros como la novela y el drama por parte de las mujeres, un buen número de ellas se ha replegado —no siempre por elección personal— en los géneros periféricos o "menores" como la poesía, el diario íntimo y la correspondencia. La intersección de ambos ha llevado a la crítica feminista a reconsiderar su objeto de estudio y desplazarlo hacia los suburbios de la literatura, en donde, como es natural, ha hecho contacto con la investigación autobiográfica.

La literatura autobiográfica en Colombia

El caso de Colombia no es diferente al de Espana ni al de América Latina. Como en ellos, la literatura autobiográfica se conoce desde fechas muy antiguas, pero la crítica ha tardado en registrar esa aparición casi dos siglos. Sor Francisca Josefa de Castillo, por ejemplo, redactó una historia de su vida cincuenta años antes de las *Confesiones* y los siglos XIX y XX abundan más o menos en diarios de viaje, memorias de la independencia y libros de recuerdo. ¿A qué puede atribuirse, entonces, su ubicación periférica, su marginamiento en la literatura colombiana? Las causas son múltiples, pero cabe anotar el influjo de tres factores.

El primero es cultural. Desde el comienzo del período republicano, diversos observadores han comentado el significativo papel que ha desempeñado la religión en Colombia. De hecho, si en Hispanoamérica la Iglesia ha ejercido una influencia cultural diferenciadora, es en nuestro país donde mejor pueden comprobarse los efectos de ese dominio. Casi todas las cuestiones públicas, sean políticas, sociales o económicas, así como toda manifestación de importancia en la escena nacional, repercute en los intereses de la iglesia católica.

Aunque hasta la fecha no se han censurado obras autobiográficas, ha sido un denominador común en la historia nacional que la Iglesia imponga unos rígidos controles eclesiásticos sobre la conducta, así como un veto no disimulado para con las obras de arte ajenas a la tradición católica. Ahora bien, siendo el diario íntimo, las memorias y la autobiografía géneros que, por su origen y finalidad, fomentan la independencia de criterio y la autoexposición pública, es de prever que el veto impuesto a la literatura recaiga, de modo indirecto, sobre la producción autobiográfica, especialmente cuando las confesiones de su autor afectan la moral y el dogma católicos. Por otra parte, en la vida religiosa colombiana, no muy distante de la española, el sentido de la confesión es auricular, ante el sacerdote. Por consiguiente, cuando el objetivo de ésta no es trazar un itinerario espiritual, encuentra en el catolicismo un principio hostil, ya que lo que se recomienda al cristiano no es el conocimiento de sí mismo, sino el conocimiento de Dios.

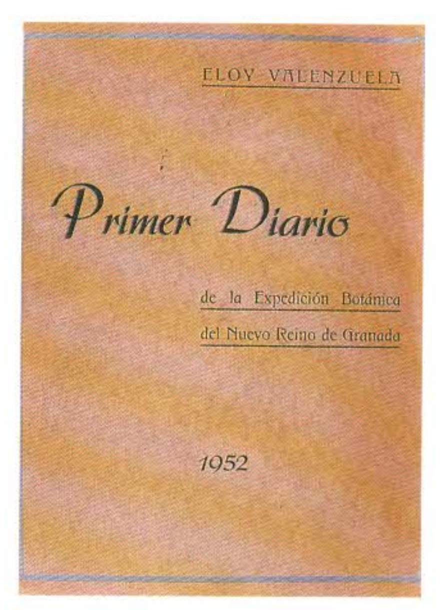
El segundo factor del marginamiento del género autobiográfico en Colombia es social. A diferencia de países como México y Argentina, la mayor parte de la literatura del yo se debe a militares, políticos, comerciantes, industriales, sindicalistas y misioneros, es decir, a lo que podría definirse, utilizando una denominación cualitativa, como "hombres de acción". Poco o nada frecuentes resultan los casos de "humanistas" que hayan dejado una huella documental de su vida. Este hecho se explica por el valor testimonial que se concede a las obras de marcada presencia autobiográfica, olvidando o relegando sus valores estéticos y psi-

cológicos. Por eso, no es extraño que sean los historiadores, no los literatos, quienes se hayan interesado por el tema en Colombia y que se haya acuñado para ese conjunto de libros la denominación de literatura histórica.

El tercer factor es técnico. Salvo excepciones, el diario, las memorias y la autobiografía son géneros de publicación póstuma. Rara vez un autor publica esas obras en vida, bien sea porque las emprende en la vejez (como la autobiografía), o bien porque las considera documentos de uso personal (como los diarios íntimos).

Para la historia literaria la combinación de estos factores conduce a unas dificultades particulares que, si bien suelen presentarse en cualquier proceso de conocimiento, tiñen al género y a su doctrina con un matiz específico. Esos problemas no se han estudiado a fondo y, en la medida en que arrojan luz sobre la forma como se ha clasificado aquí la bibliografía, es indispensable referirse a ellos.





Eloy Valenzuela (óleo de autor anónimo del siglo XVIII, Colección Oma, Bogotá) y portada de su "Primer diario de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada" (Bucaramanga, Imprenta del Departamento, 1952), Biblioteca Nacional, Bogotá.

Diarios íntimos

En un libro de los años cincuenta, Wayne Shumaker destacaba, por una parte, que difícilmente podría concebirse la historia de un género si antes no se contaba con una definición básica que permitiera incluir o excluir este o aquel texto y, por la otra, que la carencia de tal historia implicaba que la delimitación del campo sólo podría llevarse a cabo de manera conjetural y, por lo tanto, discutible.

Sabemos que no existe en América Latina y Colombia una recopilación bibliográfica de las obras ectoplasmáticas, ni una historia social de su formación y desarrollo. Por lo tanto, la única forma de sustentar una definición es recurriendo a las principales características históricas y estilísticas del género en Europa.

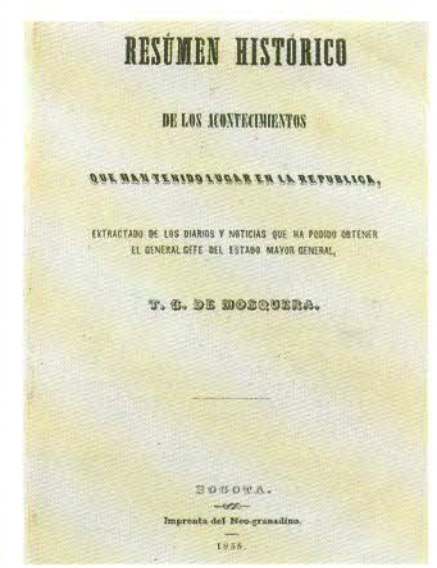
Si el diario, bajo la forma de registro de acontecimientos, se remonta a épocas muy anteriores —los primeros ejemplos, como el *Journal d'un bourgeois de Paris*, datan del siglo XV—, el diario íntimo como medio de expresión y autoanálisis no surge sino a finales del siglo XVIII, junto con las demás formas de escritura autobiográfica. El siglo XIX y la primera mitad del XX van a conocer un gran auge del diario íntimo (Stendhal, Jules Michelet, Charles Baudelaire, María Bashkirtseff, Jules Renard, André Gide, Paul Létaud, Julien Green, Virginia Woolf, Franz Kafka, Ernst Jünger o Cesare Pavese, son algunos de sus más destacados representantes); sin embargo, la manera como se presenta el diario íntimo puede variar al infinito, no sólo desde un punto de vista cuantitativo (algunas páginas para Charles Baudelaire y 17000 para Frederic Amiel), sino cualitativo: desde crónica de acontecimientos a escritura íntimamente autobiográfica, desde diario de lecturas hasta una serie de reflexiones políticas y morales o desde notas o bosquejos rápidamente redactados hasta la obra central del autor. Por lo demás, el calificativo de "íntimo" bastaría para definir este tipo de escritura (¿es posible definir como diario íntimo el *Journal* de los Goncourt o las crónicas mundanas de un Jean Cocteau?); y si el adjetivo parece implicar que no se trata de un texto destinado a la publicación, ¿no se podría revertir el juicio y afirmar que toda tentativa de escritura está destinada necesariamente a otro?

Obra abierta, sin límites ni reglas definidas, el diario ofrece numerosas posibilidades a su autor: reflexión,



Rafael Pombo y primera página ae su "Diario de Nueva York", iniciado el 3 de agosto de 1855. Biblioteca Luis Angel Arango y Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.





RESÚMEN HISTÓRICO

DE LOS ACONTECIMIENTOS

QUE HAN TENIDO LUGAR EN LA REPUBLICA,

EXTRACTADO DE LOS DIARIOS Y NOTICIAS QUE HA PODIDO OBTENER EL GENERAL GEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL,

T. C. DE MOSQUERA.

BOGOTA.

Imprenta del Neo-granadino.

1855.

Tomás Cipriano de Mosquera y portada de la primera edición de su "Resumen histórico de los acontecimientos que han tenido lugar en la República" (Bogotá, Imprenta del Neo-granadino, 1855) Museo Nacional y Biblioteca Nacional, Bogotá.

examen de conciencia, escape de la familia, de las censuras del Estado, vertedero escatológico, etc. Numerosos escritores han hecho de esta forma de escritura un laboratorio, en donde experimentan nuevas formas. Si el diario íntimo no ha sido muy estudiado, se explica no sólo por su aspecto proteiforme sino porque representa una de las formas de escritura más accesible que existen. Utilizado tanto por los adolescentes como por el gran escritor, es una literatura que se rechaza a sí misma en la medida en que la intención estética no es una exigencia del género, pero al mismo tiempo es un camino real de acceso a la literatura.

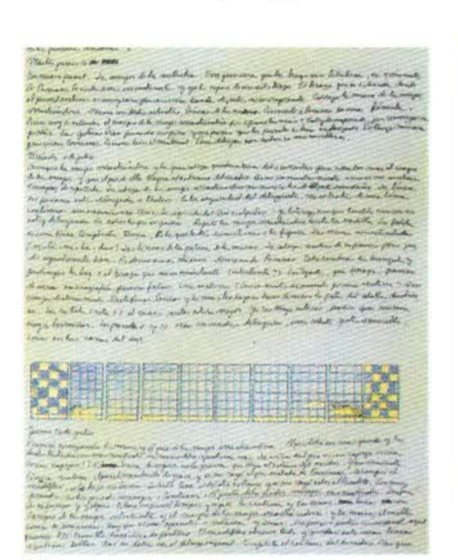
De un modo general, varias de estas categorías son visibles en los diarios colombianos. Como registro de acontecimientos, en los cuales la óptica personal es mínima, se pueden mencionar el *Primer diario de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada* (1952), de Eloy Valenzuela (1756-1834), y un número elevado de las crónicas de viaje llevadas por los misioneros colombianos en sus peregrinaciones catequísticas al Chocó, la Guajira o los llanos Orientales. En esa misma categoría pueden incluirse algunas bitácoras militares y navales como *El diario de una expedición reservada al capitán de fragata* (1891), de Luis Arguedas, o el *Resumen histórico de los acontecimientos que han tenido lugar en la República* (1855), del general Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1878). Se podría sostener, por lo demás, que la mayoría de los diarios en Colombia son de viaje. Los motivos para que ello sea así no son muy complejos: por una parte, en el ejército y la marina es obligatorio llevar un control minucioso de las actividades realizadas y, por la otra, el diario se utiliza a menudo como agenda de anotaciones o ayuda mnemotécnica.

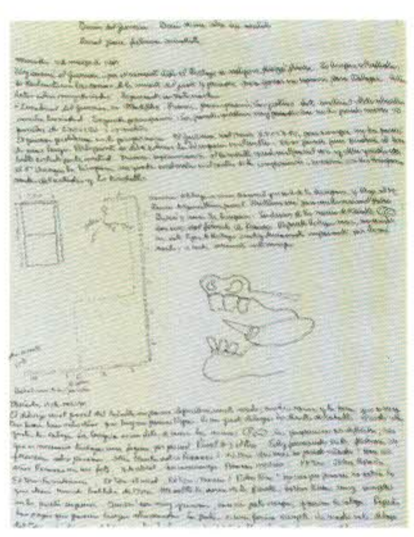
Como diario de artista, semejantes a los que llevaron Delacroix y Paul Klee en Europa, vale mencionar el *Diario del Guernica* (1988), de la pintora Beatriz González (1938) y el *Diario del Barón de Humboldt*, de Enrique Grau (1920), a su modo una reminiscencia de los diarios de Alexander von Humboldt y de la Expedición Botánica. Y como diario íntimo, en el sentido de ser una mezcla de viajes, lecturas, reflexiones morales y políticas, tal vez sólo quepa mencionar los de Ernesto Volkening (1908-1984), Hernando Téllez (1908-1966), Jorge Gaitán Durán (1924-1962) y Harold Alvarado Tenorio (1945).

Memorias y autobiografías

En la bibliografía secundaria la diferencia entre la autobiografía y las memorias, aunque no se ha definido en ninguna parte, es un lugar común en boga. Bernd Neumann cita, para comprobar lo paradójico de la situación, las bases de un concurso organizado en 1900 por la Academia Prusiana de las Ciencias. El tema convocado era una historia de la autobiografía, de la cual se exigía, como único requisito y sin otra explicación, «excluir por principio [...] la literatura de memorias». Sin embargo, no por eso es posible decir que, en la actualidad, se distingan netamente los dos campos. Los autores de historias de su vida hablan, indistintamente, de autobiografías, recuerdos o memorias. Por eso es indispensable hacer un deslinde histórico de ambos conceptos.

La palabra "autobiografía" no es muy antigua. Aparece a finales del siglo XVIII, primero en alemán y luego en inglés. Fue utilizada inicialmente en una colección suscitada por





Primera y tercera páginas de "Diario del Guernica. Diario de una obra sin sentido. Mural para fábrica socialista", de la pintora Beatriz González, iniciado el 4 de marzo de 1981. Colección de la artista, Bogotá.





"El antiguo y viejo sapo del Amazonas" e ingredientes de la "Añathuya para las tercianas". Lámina y apuntes para el diario "El pequeño viaje del barón Von Humboldt", de Enrique Grau (1974). Colección del artista, Bogotá.

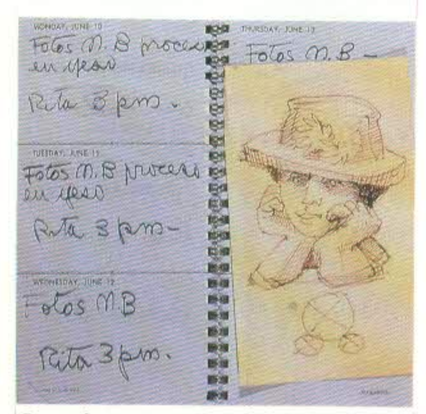
Johann Herder y publicada por David Christian Seybold en 1796 con el título de *Autobiografías de hombres famosos*. Pierre Larousse le atribuyó en el *Grand Dictionnaire* de 1864 un origen inglés, sin mencionar más detalles. El *Great Oxford Dictionary* señala como aparición príncipe del vocablo una frase de Robert Southey en un artículo de la *Quaterly Review*, publicado en 1809.

La expresión "memorias" viene, a través del latín *commentarii*, del griego *mnemata* (memoria recuerdo, signo que permite el recuerdo) y sirve indistintamente para informes de naturaleza oficial como para escritos de carácter autobiográfico. En el primer sentido se hablaba y se habla todavía hoy en la lengua española de memorias, difiriendo de la acepción del vocablo en inglés, en que la expresión tiene un sentido más íntimo.

De ello resulta, como primera diferencia general de los dos tipos, la siguiente: las memorias describen los acontecimientos de un individuo como *portador de un rol social*, mientras la autobiografía narra la vida de un *hombre no socializado*, la historia de su devenir y de su formación, de su crecimiento en la sociedad. Las memorias comienzan, en la mayoría de los casos, con el logro de la identidad o, lo que es lo mismo, con la aceptación de un rol definido, en tanto la autobiografía termina con la adolescencia o el principio de la madurez. En las memorias el autor queda tan indeleblemente sellado por el carácter de la vida pública que con frecuencia no se advierte ninguna fisura entre la peculiaridad psíquica del individuo y su trabajo. Esto explica por qué las autobiografías de los hombres de Estado, de los políticos y de los comerciantes son por lo general memorias y de paso permite esbozar una diferencia sustancial de los recursos estructurales utilizados en cada género.

Grosso modo, las memorias se distinguen por el uso de pruebas documentales —citas de diarios, correspondencia, actas de gobierno, periódicos, obras del autor, entre otras—; la autobiografía, en cambio, se caracteriza porque da margen al recuerdo y a la fantasía; en ella los contenidos de la conciencia no se recuperan mecánicamente, sino que se reviven configurados de acuerdo con el humor o con el estado de ánimo de la situación presente. El memorialista teme que el recuerdo pueda recuperar falsamente lo vivido; el autobiógrafo acepta y afirma ese hecho. De allí se sigue que en el esfuerzo de recuperar el tiempo perdido, el autobiógrafo se guía por el principio del placer, mientras que el memorialista obedece al principio de realidad. En este sentido, el autor de memorias no pretende recordar, sino reconstruir, documentar cómo ocurrió su vida. Escribe sintiéndose portador de un rol claramente definido, ya sea el de militar, el de político o el de comerciante. Las memorias son realistas, las autobiografías utópicas.

Donde más se advierte esta oposición es, sin duda, en la forma de narrar. En la autobiografía el privilegio

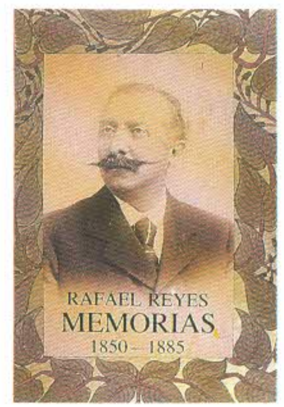


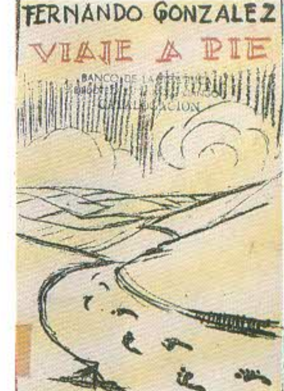


Boceto de mesa para "La echadora de cartas" y para la escultura "Rita 3 pm", de Enrique Grau. Páginas de sus "Diarios de trabajo" N.ºS 1 y 2. Bogotá 1985 y Nueva York 1986. Colección del artista, Bogotá.

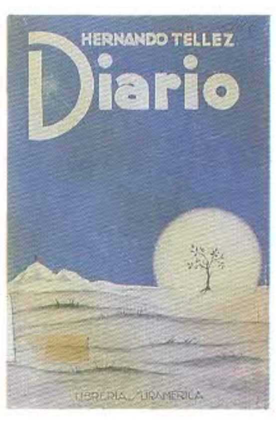
recae sobre la fantasía; en la memoria, en cambio, sobre lo documentable. Al autobiógrafo no le interesa la verdad de los acontecimientos; lo que él desea es perseguir, como lo dijo Rousseau, «la cadena de las sensaciones que caracterizan el desarrollo de mi ser y, gracias a ella, la cadena de los acontecimientos». En cambio, el memorialista se orienta exclusivamente por la «cadena de los acontecimientos». A él lo domina una fe en los hechos y cierto agnosticismo psicológico.

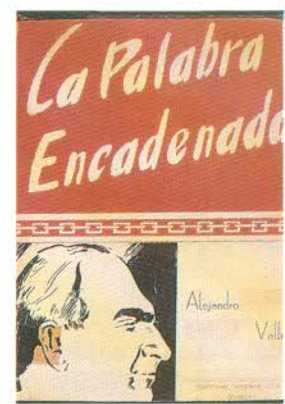
En la literatura colombiana existen dos obras que ilustran de manera ejemplar esta oposición. La primera es la autobiografía de José María Samper, *Historia de un alma* (1881), y la segunda *Crónica de mi vida*, del ex presidente Carlos Lleras Restrepo (1908). Desde el título se advierte que si la finalidad de Samper es en esencia lúdica y lírica, la de Lleras, por el contrario, es inapelable. En la historia de su vida, Samper le concede una importancia mayúscula al influjo de la naturaleza; para él, que se autoconsidera un mal versificador, su alma es naturalmente poética por las enseñanzas de los ríos, las montañas y los valles de su infancia. Lleras, en cambio, desde el comienzo de sus memorias adopta un punto de vista histórico; trata de referirse a su vida como si fuera un biógrafo. Por eso intercala, en apoyo de sus afirmaciones, citas de periódicos, discursos, correspondencia personal y privada, y una multitud similar de documentos, cuya función dentro del relato es investirlo de objetividad. Ambas posiciones quedan de manifiesto en la focalización: Samper narra en primera persona; Lleras en plural mayestático (esta, por lo demás, es una ley formal inherente a casi todas las memorias).













"Memorias 1850-1885", de Rafael Reyes (diseño de Marta Granados, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1986); "Viaje a pie", de Fernando González (portada de Alberto Arango Uribe, París, Le Livre Libre, 1929); "Diario de un peatón", de Germán Arciniegas (Bogotá, Revista de las Indias, 1936); "Diario", de Hernando Téllez (Bogotá, Suramérica, 1946); "La palabra encadenada", de Alejandro Vallejo (Bogotá, Minerva, 1949); y "Mi gente", de Alberto Lleras Camargo (edición de El Áncora, Bogotá, 1991). Biblioteca Nacional y Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

EXISTENCIA PROBLEMÁTICA DEL GÉNERO AUTOBIOGRÁFICO

A la definición tipológica se agrega una serie de dificultades periféricas, la mayoría de ellas resultado de las extravagantes formas de producción e inserción del género autobiográfico en la cadena editorial, y en la investigación académica. Debido a la importancia que tienen para establecer con propiedad una bibliografía, resulta necesario mencionarlas.

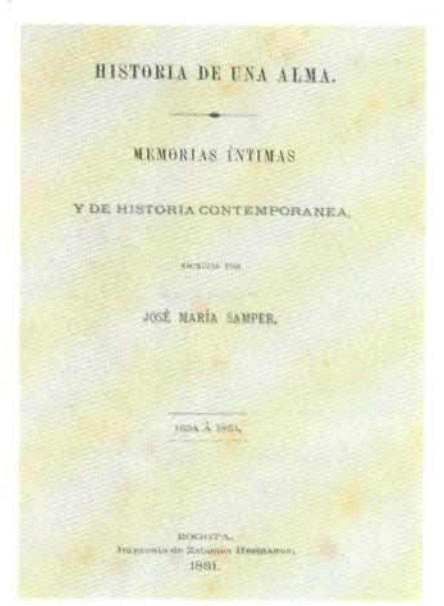
Los inéditos

En la historia de los géneros autobiográficos se ha repetido, con frecuencia, que un documento de gran valor histórico y lingüístico haya permanecido en la sombra durante uno o más siglos. Tal es el caso del *Diario* del inglés Samuel Pepys; redactado entre 1660 y 1669, sólo fue publicado en 1825, y en igual sentido se podría mencionar el caso del gaditano Juan Antonio de Valencia, cuyo *Diario de noticias*, escrito entre 1677 y 1678, también se editó doscientos años más tarde.

En Colombia, no la mayoría pero sí un número significativo de diarios íntimos, memorias y autobiografías se ha publicado de manera póstuma. Tal vez el ejemplo más célebre sea el de José María Vargas Vila (1860-1933), cuyo diario padeció, antes de ser publicado fragmentariamente en 1989, una historia tan curiosa como legendaria. El caso, por lo demás, no es único. Igual sucedió con los "Recuerdos" de Tomás Rueda Vargas (impresos treinta y cinco años después de su muerte) o con la bitácora del padre Manuel José Calasanz Vela.

Esta postergación no siempre responde al azar de una guerra, de la muerte o la pérdida de los originales. A veces la familia de un escritor impide que se publiquen sus documentos íntimos. Vale la pena recordar que uno de los monumentos autobiográficos del siglo XVIII, el *Diario* de James Boswell (1740-1795), sólo fue publicado en 1951, entre otras razones por el carácter a menudo escabroso de las revelaciones que el escritor inglés hacía sobre sí mismo. Revirtiendo el caso a Colombia, ¿cuántas obras ectoplasmáticas no habrán padecido la misma censura familiar, o cuántas sólo esperan cumplir disposiciones funerales, como se acostumbra con el material inédito, para ver la luz pública? Es indispensable insistir en ello porque el principal obstáculo para evaluar la literatura autobiográfica en Colombia radica en no disponer de




HISTORIA DE UNA ALMA.

MEMORIAS ÍNTIMAS

Y DE HISTORIA CONTEMPORANEA,

JOSÉ MARÍA SAMPER.

1881.

José María Samper (litografía de Froilán Gómez y Prudencio Bultrón, 1857) y portada de su "Historia de un alma" (Bogotá, Zalamea Hermanos, 1881). Biblioteca Nacional y Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.

una bibliografía confiable. Dicho en otras palabras, si la investigación en este campo no ha comenzado es porque se ignora hasta qué punto el material disponible y conocido es lo suficientemente representativo como para englobar a todo el *corpus* y fundar las categorías críticas indispensables. En el mismo orden de ideas, también es un obstáculo no disponer de una bibliografía secundaria mínima. Por lo tanto, las dos tareas inaplazables que enfrenta un investigador colombiano de literatura autobiográfica son establecer un catálogo de fuentes primarias y una lista más o menos concienzuda de las secundarias.

La fragmentación

Como se trata de géneros póstumos, la publicación del manuscrito suele quedar en manos de familiares, albaceas o editores sin experiencia. No resulta extraño, entonces, que un mismo libro sea conocido con varios títulos o que la copia original sufra considerables mutilaciones. En la literatura colombiana son ejemplares al respecto los casos de José María Caballero y Louis Peru de Lacroix. El diario del primero se ha publicado indistintamente como *Diario de la patria boba*, *Diario de la independencia*, *Particularidades de Santafé* o *Libro de noticias particulares;* mientras que el del segundo se ha editado con omisiones que pueden llegar a un 15% del total de la obra.

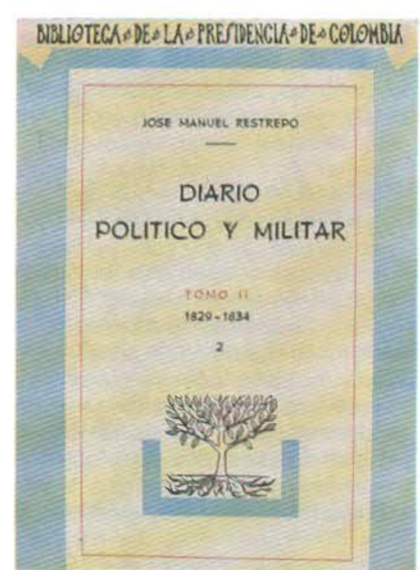
Al margen del trabajo filológico, este hecho evidencia una de las mayores dificultades en la consideración de los géneros egotistas: la carencia de un texto fijo. No se trata sólo de las posibles omisiones que voluntaria o involuntariamente se hayan cometido en la transcripción del documento, sino del carácter a menudo fragmentario y provisional de las obras autobiográficas. Rafael Humberto Moreno-Durán (1946), por ejemplo, ha venido publicando en diferentes lugares fragmentos de *La augusta sílaba*, su autobibliografía literaria. Concebida como un *work in progress*, le adiciona (o le sustrae) constantemente párrafos, oraciones e incluso capítulos enteros. Una obra como ésa no puede juzgarse en cuanto libro porque es imposible saber cuál será su forma definitiva. Por lo tanto, si los fragmentos pueden ser juzgados como unidades autónomas, no lo pueden ser como el compendio de una vida.

Por lo demás, estas anomalías de publicación, título y contenido afectan básicamente a los datos bibliográficos. De no pocas obras del género se conocen cinco o más ediciones, pero se ignoran datos elementales como la ciudad, el editor y la fecha de la impresión. Así las cosas, resulta obvio, como ya se dijo, que la principal tarea por el momento en este campo es la recolección y clasificación del material.

Circulación restringida

Algunos autores han escrito piezas autobiográficas y las han publicado, pero en ediciones de cien o doscientos ejemplares. Aunque su destino es familiar, nada autoriza a suponer que entre esa miscelánea no se encuentre una obra de enorme valor histórico-literario. Valga mencionar la autobiografía de Carlos E. Restrepo, hijo del presidente homónimo, que fue redactada por el autor a la edad de 81 años y distribuida en copias multigrafiadas entre sus familiares.




BIBLIOTECA DE LA PRESIDENCIA DE COLOMBIA

JOSE MANUEL RESTREPO

DIARIO

POLITICO Y MILITAR

TOMO II

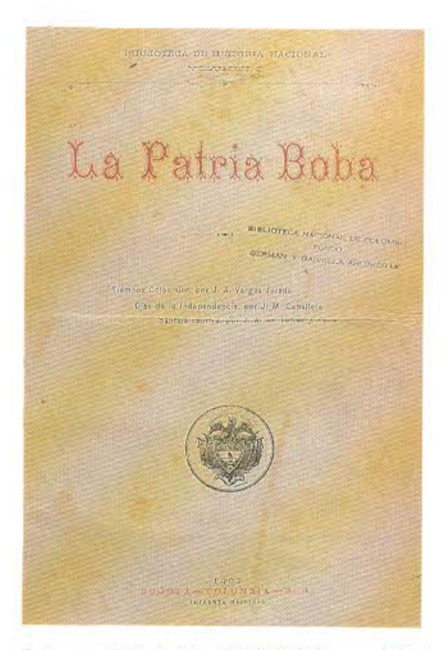
1829 - 1834

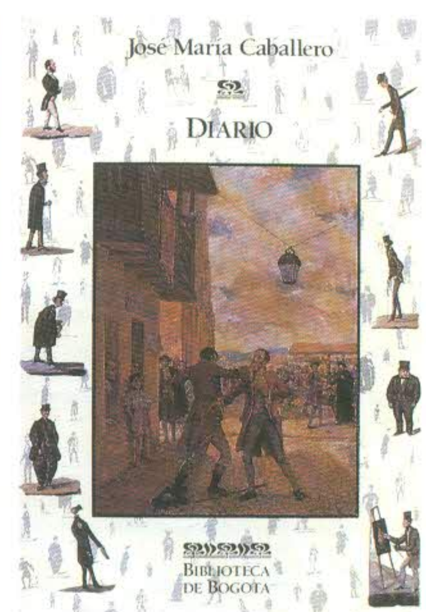
2

José Manuel Restrepo (óleo de Constancio Franco, Julián Rubiano y Eugenio Montoya) y portada de su "Diario político y militar", edición de 1952. Museo Nacional y Biblioteca Nacional, Bogotá.

Géneros vecinos

De modo variable, el diario, las memorias y la autobiografía mantienen relaciones privilegiadas con otras formas de escritura como la genealogía, el folklor, la etnología, el diálogo, el reportaje, las cartas, el cuadro histórico, la entrevista y la narración de viajes. A menudo el autor incluye en ellos noticias que pueden considerarse como parte de la historia de su vida, pero que en un sentido estricto no se ajustan a la especificidad del género. Este caso es particularmente visible en la literatura colombiana, en la qué al exiguo número de autobiografías se contrapone un abundante y desordenado material ectoplasmático. A él pertenecen, por ejemplo, textos como la biografía curricular, escrita en tercera persona pero redactada por el propio autor, de Luis López de Mesa, en la *Historia de la Cancillería de San Carlos*, o cartas en las que se incluye una breve historia de la vida. Por más afinidades que se adviertan entre unos y otras, no debe incluirse nada de ese material en una historia de los géneros que nos ocupan.





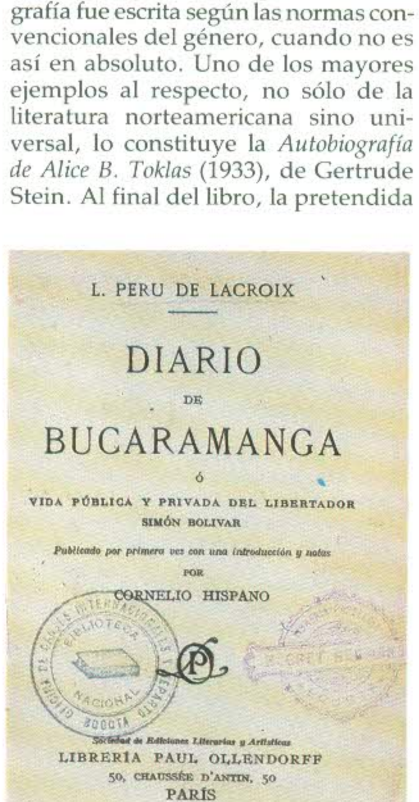
Primera edición de "La Patria Boba", con el diario del prócer José María Caballero, y edición reciente del mismo (Academia de Historia de Bogotá, 1988).

Autobiografía por interpósita persona

Philippe Lejeune, uno de los principales teóricos de la materia, ha insistido en que no se deben «confundir los problemas gramaticales de la persona con los problemas de la identidad». Y es que, en efecto, se dan casos en los que el empleo de la primera persona del singular da la impresión, durante la lectura, de que la autobiografía fue escrita según las normas convencionales del género, cuando no es así en absoluto. Uno de los mayores ejemplos al respecto, no sólo de la literatura norteamericana sino universal, lo constituye la *Autobiografía de Alice B. Toklas* (1933), de Gertrude Stein. Al final del libro, la pretendida Alice Toklas cuenta cómo su compañera y amiga Gertrude Stein, incapaz de escribir su propia autobiografía, le sugiere que escriba la suya: «Tengo la impresión de que jamás escribirá esa famosa autobiografía. En ese caso seré yo quien la escriba».

Este excurso va dirigido a explicar que por lo menos dos memorias colombianas, la del empresario Jorge Barón (1949) y la del compositor Cresencio Salcedo, son autobiografías por interpósita persona. Es decir, no fueron ellos quienes redactaron la historia de su vida, sino profesionales contratados para ese fin (como en el caso de Barón) o antropólogos interesados en la música costeña (como en el caso de Salcedo). Obras como éstas, en la medida en que no pretenden ilustrar deliberadamente, como sí lo hace la obra de Stein, la ambigüedad que existe entre la persona en el sentido gramatical, psicológico y ontológico del vocablo, no debería figurar en una historia de la autobiografía. Sin embargo, siendo sus protagonistas parte de un conjunto social no muy dado a las confesiones (recuérdese que la de Jorge Barón es la primera y única autobiografía de un animador de televisión, mientras que la de Salcedo, junto con la de Guillermo Uribe Holguín (1880-1971), son las únicas autobiografías de músicos en Colombia), se incluyen como ejemplos extremos.





L. PERU DE LACROIX

DIARIO

DE

BUCARAMANGA

Ó

VIDA PÚBLICA Y PRIVADA DEL LIBERTADOR

SIMÓN BOLIVAR

Publicado por primera vez con una introducción y notas

POR

CORNELIO HISPANO

Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas

LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF

50, CHAUSSÉE D'ANTIN, 50

PARÍS

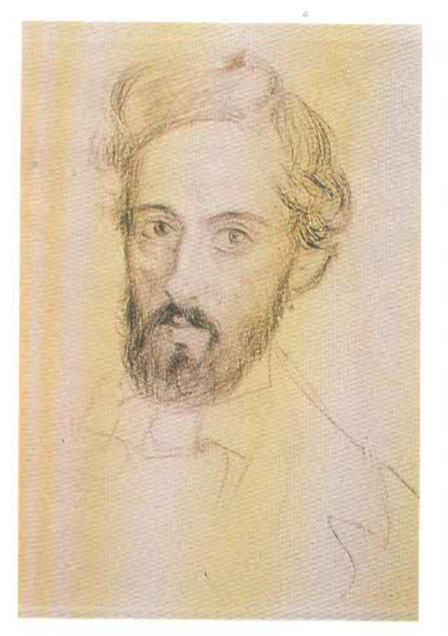
Louis Peru de Lacroix y portada de la primera edición de su "Diario de Bucaramanga" (París, Paul Olendorff, 1912), Biblioteca Nacional, Bogotá.

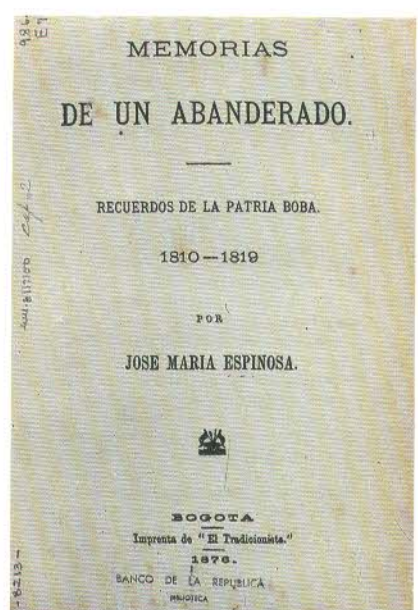
DIARIOS

Harold Alvarado Tenorio. *Diario*. Pasto, Ediciones Testimonio, 1984.
Manuel Ancízar. *Peregrinación de Alpha*. Bogotá, Imprenta de Echeverría Hnos., 1853.
Luis Arguedas. *Diario de una expedición reservada al capitán de fragata*. Bogotá, Imprenta de Zalamea Hnos., 1891.
José Benjamín Arteaga. *Del Urabá. Diario de un misionero. Revista de Misiones*. Vol. VIII, Bogotá, 1927.
Miguel Angel Builes. *Cuarenta días en el Vaupés*. Yarumal. Seminario de Misiones, 1957.
José María Caballero. *Diario de la Patria Boba*. Bogotá, Editorial Incunables, 1986.
Fray José de Calasanz Vela. *Memoria de un viaje por los ríos Guaviare y Orinoco hecho en 1889*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1987.
Agustín Codazzi. *Resumen del diario histórico del Ejército del Atlántico*. Bogotá, Echeverría Hnos., 1854.
Eduardo Cote Lamus. *Diario del Alto Atrato y del San Juan*. Bogotá, Fundación Guberek, 1990.
Fernando Gómez Martínez. *Diario secreto de un escritor público 1955-1957*. Medellín, Editorial Granamericana, s.f.
Jorge Gaitán Durán. *Diario 1950-1960*. Bogotá, Carlos Valencia, 1988.
Beatriz González. *Diario del Guernica* (en: *Beatriz González, una pintora de provincia*) Bogotá, Carlos Valencia, 1988.
Fernando González. *Viaje a pie*. París, Le Livre Libre, 1929.
Rafael Jaramillo M. *Fragmento de un diario íntimo*. Bogotá, s.e., 1963.
Carlos López Narváez. *Putumayo 1933 (Diario de Guerra)*. Bogotá, Editorial Iqueima, 1951.
Fernando Lorenzana. *Recuerdos de su vida. Diario de su viaje a Bogotá en 1832 y su correspondencia*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1978.
Manuel Lucena Samoral (Comp.). *Los diarios anónimos sobre el ataque de Vernon a Cartagena*. Sevilla, G.E.H.A., 1973.
José Fernando Machado. *Himalaya*. Bogotá, Carlos Valencia, 1986.
María Martínez de Nisser. *Diario de los sucesos de la revolución en la Provincia de Antioquia 1840-1841*. Bogotá, Editorial Incunables, 1983.
Belisario Matus-Hurtado (Comp.). *Perfiles de Santander y un diario inédito de su enfermedad y muerte*. Cúcuta, Imprenta Departamental, s.f.
Alfredo Molano. *Aguas abajo. Memorias de un viaje por los ríos Guaviare y Vichada en 1988 en honor del padre José de Calasanz O.P.* (en: *Dos viajes por la Orinoquia colombiana*). Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1987.
Tomás Cipriano de Mosquera. *Resumen histórico de los acontecimientos que han tenido lugar en la República*. Bogotá, Imprenta de El Neogranadino, 1855.
José Celestino Mutis. *Observaciones sobre las vigilias y sueños de algunas plantas* (en: *Mutis y la Expedición Botánica. Documentos*). Bogotá, El Áncora, 1983.
Mariano Ospina Rodríguez. *Diario de un viaje. El Día*, Nº 276 y ss. (Bogotá, 1845).
Palacio, Julio H. *Historia de mi vida*.
Humberto Palza S. *La noche roja de Bogotá: páginas de un diario*. Buenos Aires, Imprenta López, 1949.
Louis Peru de Lacroix. *Diario de Bucaramanga*. Caracas, Tipografía Americana, 1935.
Mario H. Perico Ramírez. *Diario de un recluta*. Bogotá, Ponce de León Hermanos, 1969.
Gabriel H. Pineda. *Bolívar frente a la muerte: diario íntimo de su agonía*. Cochabamba, Canelas, 1972.
José Manuel Restrepo. *Diario político y militar*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1954.
Pedro Antonio Restrepo Escovar. *Diario del visitador fiscal de Antioquia en 1862. Estudios Sociales*, Nº 2 (marzo, 1988).
Rafael Reyes. *Memorias 1850-1885*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1986.
Darío Rozo Martínez. *Diario del Pacífico al Atlántico, por la región ecuatorial de América*. Bogotá, Editorial Pax, s.f.
Francisco de Paula Santander. *Diario del general Francisco de Paula Santander en Europa y EE.UU.*. Bogotá, Banco de la República, 1963.
Hernando Téllez. *Diario*. Bogotá, Librería Suramericana, 1946.
Eloy Valenzuela. *Primer diario (de la Expedición Botánica del Nuevo Reyno de Granada)*. Bucaramanga, Academia de Historia de Santander, 1952.
José María Vargas Vila. *Diario secreto*. Bogotá, Arango Editores - El Áncora, 1989.
Alberto Zalamea. *Diario de un constituyente*. Bogotá, Temis y Zalamea Fajardo Editores, 1991.

MEMORIAS Y AUTOBIOGRAFIAS

Pedro Antonio Almario Floriano. *Un colono caqueteño: sus memorias*. Bogotá, Editora Guadalupe, 1989.
Jaime Angulo Bossa. *Mi encuentro con la Constitución*. Bogotá, Plaza y Janés, 1986.
Arturo Arango Uribe. *180 días en el frente*. Manizales, Tipografía Cervantes, 1933.
Carlos Arango Vélez. *Lo que yo sé de la guerra*. Bogotá, Cromos, 1933.
José María Baraya. *Recuerdos de un viaje: campaña de Santa Marta*. Bogotá, Imp. del Estado de Cundinamarca, 1861.
Jorge Barón. *Mis primeros cuarenta años*. Bogotá, 1989.
Lucas Caballero. *Memoria de la guerra de los Mil Días*. Bogotá, Aguila Negra, 1939.
Salvador Camacho Roldán. *Memorias*. Bogotá, Cromos, 1923.
Luis A. Cárdenas Gutiérrez. *Memorias de un maestro*. Bogotá, Editorial Magisterio, 1989.
Agustín Codazzi. *Memorias*. Bogotá, Banco de la República, 1973-74.
Jorge Arturo Delgado. *Memorias de un peregrino. Recuerdos de la peregrinación a Santuario de las Lajas*. Pasto, Imp. de la Diócesis, 1913.
Antolín Díaz. *Lo que nadie sabe de la guerra*. Bogotá, Editorial Manrique, 1933.
Justo L. Durán. *Narración histórica del general Justo L. Durán*. s.d., Imprenta Liberty, 1904.
José María Espinosa. *Memorias de un abanderado: recuerdos de la Patria Boba, 1810-1819*. Bogotá, *El Tradicionista*, 1876.
Andrés Gómez. *Recuerdos de la guerra: 1899-1902*. Bucaramanga, Taller Gráfico, 1917.
Estanislao Gómez Barrientos. *Reminiscencias de familia*. Medellín, 1919.
Ester Gónima. *Una maestra, una vida, un destino*. Medellín, 1969.
Florentino González. *Memorias*. Medellín, Bedout.
Max Grillo. *Emociones de la guerra: apuntes tomados durante la campaña del Norte en la guerra civil de tres años*. Bogotá, La Luz, 1903.
Agustín Jaramillo Londoño. *Memorias de un niño paisa*. Medellín, 1990.
Ramón Lamus G. *Sinceridades: recuerdo histórico de la guerra de 1899 a 1902 y porvenir del partido*. Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1911.
Benjamín Latorre. *Recuerdos de campaña*. Usaquén, Ed. San Juan de Eudes, 1938.
Alberto Lleras Camargo. *Mi gente*. Bogotá, Banco de la República, 1976.
Carlos Lleras Restrepo. *Memorias* (9 Vols.). Bogotá, Círculo de Lectores (1983-1992).
Valentín Macías. *Memorias que se relacionan con la fundación de Armenia y sus progresos*. Armenia, 1921.
Aurelio Mazuera y Mazuera. *Memorias de un revolucionario*. Bogotá, Minerva, 1938.
Gilberto Mejía V. *El comunismo en Antioquia*. Medellín, 1945.
Jaime Mejía y Mejía. *Historias médicas de una vida y de una región*. Medellín, 1960.
Luis Molina Mendoza. *En la línea del fuego (por un periodista-soldado en la campaña del sur)*. Bogotá, Renacimiento, 1934.
Soledad Román de Núñez. *Recuerdos*. Cartagena, Mogollón, 1927.
Eduardo Páez R. *Manifiesto de Eduardo Páez R. sobre su conducta en la guerra de 1895*. Bogotá, Medardo Rivas, 1896.
Camilo Pardo Umaña. *Tiempos viejos*. Bogotá, Editorial Santafé, 1949.
Marco A. Peláez. *Memorias de Marco A. Peláez o Mi vida semipública*. Medellín, 1988.
Joaquín Posada Gutiérrez. *Memorias histórico-políticas del general Joaquín Posada Gutiérrez*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1929.
Bernardo Rodríguez. *Mis campañas, 1885-1902*. Bucaramanga, 1934.
José María Samper. *Historia de un alma*. Bogotá, Zalamea Hnos., 1881.
Eduardo Santa. *Recuerdos de mi aldea (perfiles de un pueblo y de una época)*. Bogotá, Kelly, 1990.
Fernando Serpa Flórez. *El camino: recuerdos de un médico* (1982).
Foción Soto. *Memorias sobre el movimiento de resistencia a la dictadura de Rafael Núñez*. Bucaramanga, Imp. Departamental, 1990.
Francisco Soto. *Memorias*. Bogotá, 1827.
Francisco Soto. *Mis padecimientos i mi conducta pública desde 1810 hasta hoi*. Bogotá, 1841.
Jorge Tobón Restrepo. *Sur. Memorias de un suboficial sobre el conflicto colombo-peruano*. Medellín, Ed. Salesiana, 1965.
José Antonio De Torres y Peña. *Memorias sobre los orígenes de la independencia nacional*. Bogotá, Kelly, 1960.
Guillermo Uribe Holguín. *Vida de un músico colombiano*. Bogotá, Voluntad, 1991.
Martiniano Valbuena Ordóñez. *Memorias de Barrancabermeja*. Bucaramanga, El Frente, 1947.
José María Vargas Vila. *Mi viaje a la Argentina (odisea romántica)*. Buenos Aires, Biblioteca de Grandes Obras, 1924.





MEMORIAS

DE UN ABANDERADO.

RECUERDOS DE LA PATRIA BOBA.

1810—1819

POR

JOSE MARIA ESPINOSA.

BOGOTA

Imprenta de "El Tradicionista."

1876.

José María Espinosa (autorretrato en el Museo Nacional) y portada de la edición príncipe de sus "Memorias de un abanderado" (Bogotá, imprenta de "El Tradicionista", 1876), Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

El diario, las memorias y la autobiografía en la literatura

Varios autores han utilizado el formato de estos géneros para escribir novelas o crónicas de viaje. En la literatura colombiana existen por lo menos tres casos, todos referidos indirectamente a la diarística: el de José Asunción Silva (1865-1896), cuya novela *De sobremesa* (1925) es, casi por completo, la transcripción del diario de José Fernández; el de Eduardo Zalamea Borda (1907-1963), quien subtituló a su novela *Cuatro años a bordo de mí mismo* (1932), "Diario de los cinco sentidos", y el de Alvaro Mutis (1923), autor del famoso *Diario de Lecumberri* (1960). Se sabe que en los tres casos la obra fue inspirada por una experiencia autobiográfica del autor, pero aun así se trata de un tipo de literatura que por más vínculos que tenga con los géneros mencionados y por más que permita reconstruir la vida de un autor, cae en un terreno diferente. Por esa razón, como en el párrafo anterior, tampoco debe incluirse nada de ese material en una historia del diario, las memorias y la autobiografía.

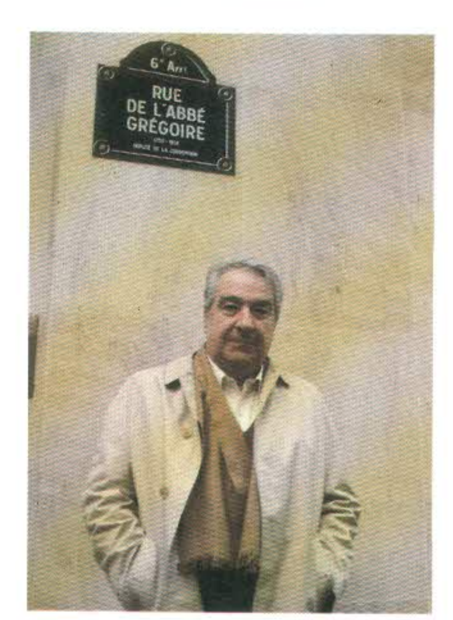
Memorias como informe oficial

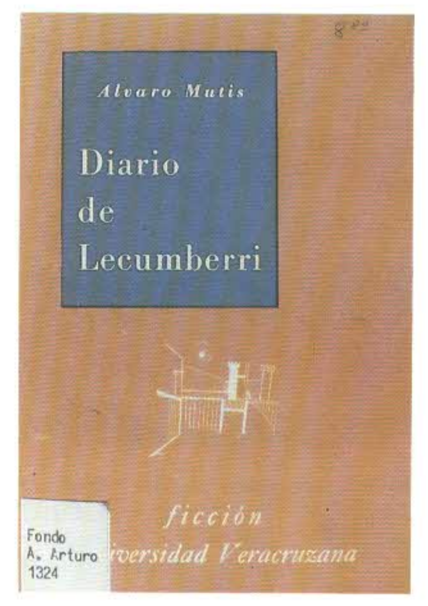
Por último, cabe mencionar uno de los significados *ad latere* del vocablo "memorias". Por su etimología, la palabra está relacionada con los hábitos diplomáticos y en general con informes de naturaleza administrativa. En Colombia, el desempeño de cargos públicos y privados exige, en algunas ocasiones, la presentación de un cartapacio de actividades al finalizar el período de gobierno. A esos informes se les llama "memorias" y, por supuesto, dado que su finalidad no es autobiográfica, tampoco debe figurar en una historia del género.

Fuentes secundarias en Colombia

Ya se dijo que, analizada en un horizonte específicamente autobiográfico, la literatura crítica acerca de diarios, memorias y autobiografías es básicamente documental. Si el lector, por ejemplo, repasa la de memorias, advierte en seguida que ha sido escrita por historiadores y considerando exclusivamente lo que hay de útil para la investigación de esa disciplina. Así, un ensayo como "La literatura histórica en la República", de Jorge Orlando Melo, incluido en el *Manual de literatura colombiana* (1988), aunque examina con inteligencia la ideología, el tipo de narrador y las figuras verbales de doce memorias del siglo XIX, no atiende a su relación con los modelos clásicos del género y la historia de la psicología. No es un caso aislado. Consuelo Triviño, al prologar la edición del *Diario secreto* (1989) de José María Vargas Vila (1860-1933), también pasa por alto, no sólo que es uno de los poquísimos diarios de escritor en Colombia, sino que el género mismo es una rareza en lengua española.

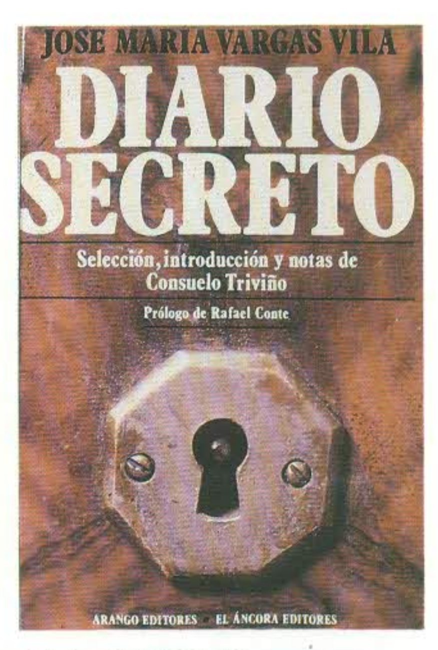
En el caso de la autobiografía los inventarios se reducen a uno: el de Vicente Pérez Silva. Se trata de un conjunto de notas y fragmentos de autobiografías que el autor publicó durante 45 entregas en la revista *Noticias Culturales* del Instituto Caro y Cuervo. Es, con seguridad, la primera bibliografía





Alvaro Mutis en la Rue de l'Abbé Grégoire, París, y portada de su obra "Diario de Lecumberri" (Xalapa, Universidad Veracruzana, 1960), Biblioteca Nacional, Bogotá.



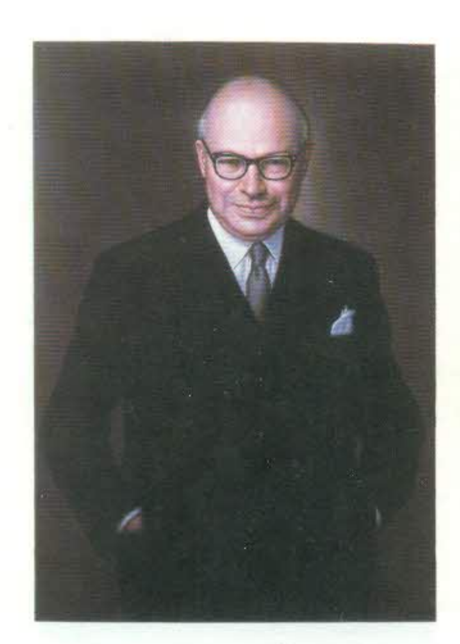


José María Vargas Vila (plumilla de Del Valle) y portada de su "Diario secreto" (Bogotá, Arango/El Áncora, 1989).

sobre el género elaborada en Colombia.

No existe una bibliografía específica de diarios, pero se conocen recopilaciones parciales incluidas en una categoría distinta, la de los viajeros. En la bibliografía (inédita) recopilada por Jorge Orlando Melo, Patricia Londoño y el Banco de la República sobre viajeros por el territorio nacional, es posible encontrar referencia a varias bitácoras pero en este caso, como en los anteriores, la mención no está enfocada a considerar esas obras como un género específico sino como parte de un conjunto o categoría mayor. También existen algunas menciones en varias minutas comerciales, pero, como en el caso anterior, se trata de obras con una finalidad diferente.

Al margen de lo dicho, resulta curioso que Baldomero Sanín Cano (1861-1957), Hernando Téllez (1908-1966) o Carlos Lleras Restrepo no se preguntaron por los géneros íntimos en Colombia. Los dos primeros fueron —y el tercero continúa siendo— autores de libros fundamentales en ese campo: Sanín Cano, de una autobiografía llamada *De mi vida y otras vidas* (1949), Téllez, de un *Diario* (1946) y Lleras Restrepo de unas *Memorias*, que hasta la fecha suman nueve tomos publicados. El caso de Hernando Téllez es aún más llamativo porque la educación, el gusto, el amor por la literatura reminiscente, lo predisponían hacia los géneros íntimos. Sin embargo, aunque escribió algunas notas sobre la correspondencia, un género que también le atraía, y algunos artículos dedicados a las autobiografías y memorias de algunos autores de su predilección, nunca hizo lo mismo con autores colombianos. También resulta curioso que críticos literarios como Hernando Valencia Goelkel (1928), autor de un agudo ensayo sobre el *Diario* de Cesare Pavese, o novelistas como Pedro Gómez Valderrama (1923-1992), quien a menudo utilizó para sus cuentos y novelas la llamada literatura histórica, no hayan manifestado interés por el tema en Colombia (no obstante, cabe decir que una de las poquísimas, si no la única recensión dedicada a un libro teórico sobre autobiografía en Colombia, se debe a Gómez Valderrama, quien escribió en la revista *Nueva Frontera* un comentario sobre *La autobiografía*, de George May.



Carlos Lleras Restrepo
Crónica de
mi propia vida
Tomo IX
intermedio editores
CIRCULO DE LECTORES

Carlos Lleras Restrepo (fotografía de Hernán Díaz, 1966) y portada de "Crónica de mi propia vida" (Bogotá, Círculo de Lectores, 9 Vols., 1983-1992).

Bibliografía

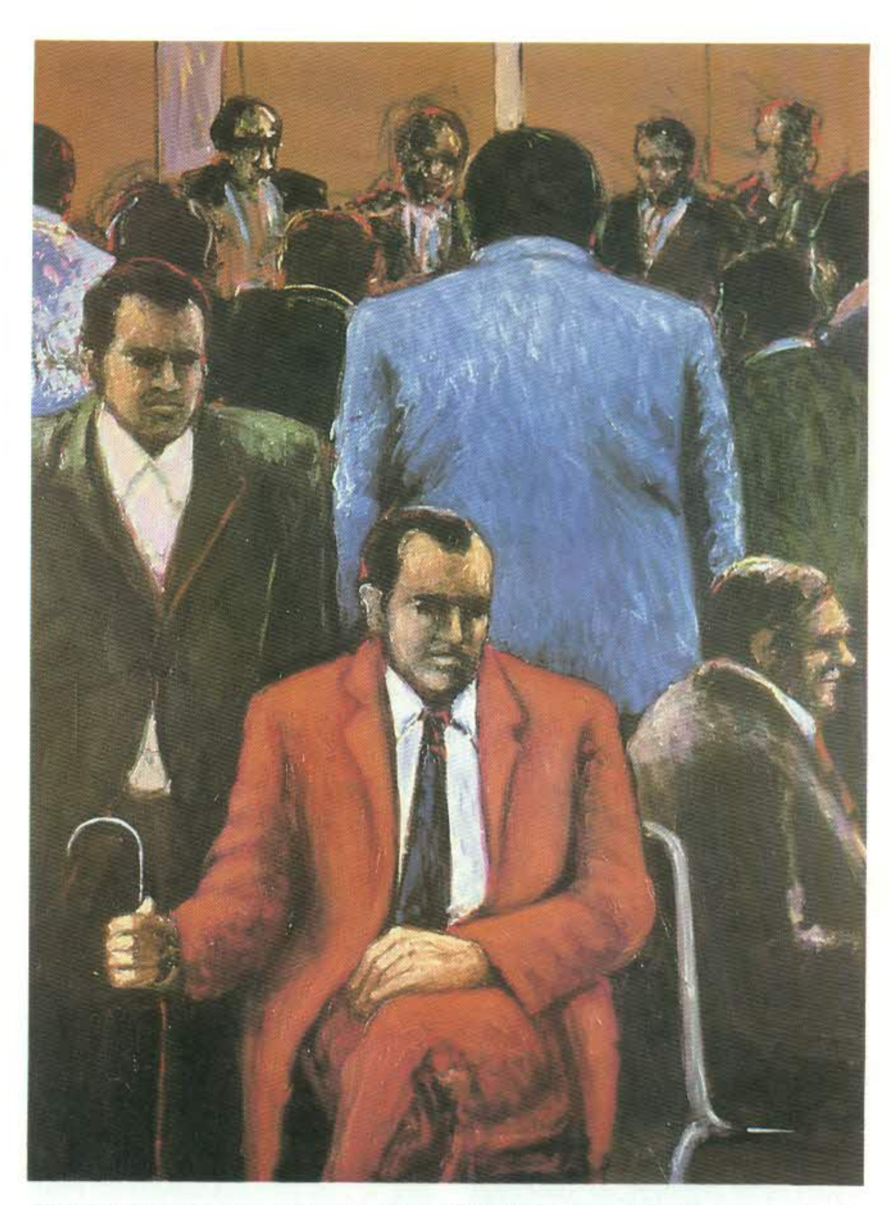
MAY, GEORGE. *La autobiografía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

PÉREZ SILVA, VICENTE. "La autobiografía en la literatura colombiana". *Noticias Culturales*. 45 entregas desde el Nº 133 (enero, 1972) hasta el Nº 179 (diciembre, 1975).

Cafés y tertulias literarias

Ricardo Rodríguez Morales

El escritor bogotano José Antonio Osorio Lizarazo afirmaba que la historia de Santafé de Bogotá termina con la invasión del café a Colombia y que lo que sigue de ahí en adelante es la historia de Bogotá y la del país en vía de modernización. Refiriéndose a la aventura de la planta exótica originaria de la africana Abisinia, que había invadido a Europa en el siglo XIX, introducida por los árabes, dice Osorio Lizarazo que la estrategia utilizada por el café para la conquista de América, y en particular de Colombia, fue contraria a la empleada en Europa: en el Viejo Continente la popularidad del café empezó conquistando paladares y sensibilidades, «ofreciendo sus paliativos y sus goces hasta asegurar la afición de todas las clases sociales y convertirse en una necesidad personal, para asaltar luego los sectores de la economía y de las finanzas y llegar a constituirse en factor decisivo en el equilibrio fiscal y en la política colonial, que se dedicó a buscar tierras para su aclimatación y su cultivo. Pero en Colombia diríase que despreció la conquista del público y prefirió lanzarse sobre la tierra antes que sobre las costumbres». Por esta razón sorprende no encontrar al café en medio de las luchas de independencia americana, como lo encontramos a lo largo del Siglo de las Luces, animando la polémica filosófica y literaria, el debate político y la creación artística, que se daban cita diaria en los distintos cafés franceses y parisinos.



En el café colombiano. Acrílico sobre tela de Saturnino Ramírez, 1991. Colección particular, Bogotá.

TERTULIAS Y GRUPOS LITERARIOS EN EL SIGLO XIX

En nuestra tradición literaria existe un relato costumbrista muchas veces citado que ilustra la situación de las "bebidas sociales" en el siglo XIX. Se trata de "Las tres tazas", del polígrafo José María Vergara y Vergara. Así sintetizaba la evolución, o más bien la decadencia, de las costumbres y los gustos sociales en Colombia: «En 1813, se convidaba a tomar una taza de chocolate, en taza de plata, y había baile, alegrías, elegancia y decoro. En 1848, se convidaba a tomar una taza de café en taza de loza, y había bochinche, cordialidad y decoro. En 1866, se convida a tomar una taza de té y hay silencio, equívocos indecentes, bailes de parva, ninguna alegría y mucho tono». La verdad es que todavía le quedaba mucho por hacer al café para acreditarse entre nosotros. Una de las razones más evidentes de su rechazo era la preparación deficiente que impedía su verdadera degustación. Con las máquinas italianas que empezaron a llegar al país a comienzos del siglo XX se hicieron famosos algunos cafés, como el Windsor y el Rivière de los años veinte y treinta en Bogotá, el café El Globo de Medellín, el café Colombia de Barranquilla y tantos otros que se han hecho célebres por reunir las tertulias literarias que impulsaron la actividad intelectual en el país en lo que va corrido del siglo.



Merienda con chocolate en Colombia. Acuarela de José Ignacio Castillo o Joseph Brown, ca. 1835. Royal Geographical Society, Londres.

Nuestro itinerario por los cenáculos literarios que han florecido en Colombia empieza por la actividad de las tertulias que tuvieron lugar en Santafé de Bogotá en los últimos tiempos coloniales, a cuya culminación contribuyeron con sus labores científicas, literarias y políticas.

Tertulia del Buen Gusto

Como «tomadero de chocolate» se ha querido presentar el fénomeno de los salones literarios en la Nueva Granada. La verdad es que eso fueron, pero, de seguro, mucho más que eso; había, según el relato de Vergara y Vergara, «baile, alegría, elegancia y decoro», como afirman varios comentaristas que asistían a la tertulia del Buen Gusto, que se reunía en casa de Manuela Sanz de Santamaría. Según Antonio Gómez Restrepo, «en las reuniones de este aristocrático círculo se hablaba de literatura, de cuestiones científicas, se improvisaban versos según una costumbre bogotana [...] y se trataban temas de elegante frivolidad». Otro testimonio, de Vergara y Vergara, dice que «allí se estudiaban la historia y otros ramos de literatura, se componían discursos y poemas, estimulados por premios de honor propuestos por los protectores de esa virtuosa sociedad». Entre las personas que frecuentaban la tertulia del Buen Gusto se encuentran muchos de los intelectuales y políticos que serán sacrificados durante la Pacificación. Acaso pueda ser la más abierta de las asambleas de la inteligencia que erigió la Ilustración en Santafé a comienzos del siglo XIX y acaso la más frívola, pero como todas incitadora de una identidad nacional y cosmopolita. Camilo Torres se cuenta entre sus asiduos asistentes, lo mismo que los hermanos Frutos y José María Gutiérrez, el médico y poeta cartagenero José Fernández Madrid, el poeta antioqueño José María Salazar, colaborador del *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, de Francisco José de Caldas, y autor de piezas dramáticas representadas en el Coliseo Ramírez de la ciudad. El payanés Francisco Antonio Ulloa es otro de los contertulios y de él podemos citar el "Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre del Nuevo Reino de Granada", publicado en el *Semanario*. Los mismos hijos de la anfitriona, Tomasa y José Angel Manrique, participaban en las veladas literarias con composiciones propias. De Tomasa se dice que era poetisa y de José Angel se conserva la pieza dramática titulada *La tocaimada*. Juan Montalvo, otro asistente, también dejó algunos dramas.

La tertulia del Buen Gusto se fundó en Santafé en 1801 a imitación de la famosa Academia del mismo nombre que reunía en su palacio la condesa de Lemos hacia mediados del siglo XVIII en Madrid, con una marcada tendencia francesa. En la santafereña, algunos jóvenes contertulios conocen bien varios idiomas. De Custodio García Rovira se conservan obras musicales como también se sabe de sus dotes para la pintura y sus conocimientos del francés y el italiano. Esta tertulia expresa un cambio de actitud frente al asunto de la educación de la mujer, pues, además de ser dirigida por una dama, habla de la participación de la mujer en la vida activa. Finalmente, Pedro María Ibáñez nos dice: «... las sabrosas veladas del Buen Gusto, donde al lado de serios estudios científicos y literarios se cultivaba con exquisito esmero el legendario chiste bogotano, lleno de sutileza y de donaire, terminaban siempre con el uso de la vajilla de plata. No faltaba allí la aloja, bebida con base de arroz, cuya preparación ha sido especialidad de los conventos de monjas; el rojo vino de Castilla la Vieja, traído en grandes botijas de loza vidriada, ni las coloreadas mistelas en elegantes botellas, cuyo tapón se reemplazaba por una flor de clavel. Pero el alma de la cena era, en esa casa señorial, como en todas las de Santafé, en ese tiempo, el aromoso chocolate».



Caballero tomando onces. Acuarela de José Manuel Groot, ca. 1830. Centro Documental, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Círculo de Antonio Nariño

Otra cosa es lo que se propone Antonio Nariño con la fundación de un Círculo Literario en su domicilio del Parque de San Francisco, en el mismo sitio donde funciona actualmente el Jockey Club de Bogotá. Desde 1789 hay alusiones al funcionamiento de esta tertulia, para la cual había acondicionado Nariño un salón del segundo piso de su casa con una peculiar decoración que llamó El Santuario. Santuario en el sentido laico de rendir un homenaje simbólico al saber humano y a quienes habían realizado la aventura de la ciencia, el arte y la convivencia de los hombres y los pueblos. De carácter semiclandestino, sesionaba con invitación cursada o con pase de socio. El grupo se designaba como un Club de Lectores y, para el efecto de estar bien informados, como diríamos hoy, estaba suscrito a varias de las publicaciones más famosas de su época. A esto se sumaba la afortunada circunstancia de ser el mismo Nariño librero e impresor.

En su condición de exportador Nariño tenía ventajas para comprar en el exterior y decidir qué bienes introducir al país. El hecho de escoger los libros entre los bienes importados da muestras de que, además de ser un

buen comerciante, estaba interesado en difundir las ideas de la Ilustración entre nosotros. Otro animador del Círculo Literario es Pedro Fermín de Vargas, uno de los primeros economistas y escritores de su época.

En un papel incautado el día de su detención en 1794, que fue prueba acusatoria en el proceso celebrado en su contra por la publicación de los *Derechos del hombre*, se habla del carácter del Círculo Literario: «Me ocurre el pensamiento de establecer en esta ciudad una suscripción de literatos, a ejemplo de las que hay en algunos casinos de Venecia; ésta se reduce a que los suscriptores se juntan en una pieza cómoda y sacados los gastos de luces, etc., lo restante se emplea en pedir un ejemplar de los mejores diarios, gacetas extranjeras, los diarios enciclopédicos y demás papeles de esta naturaleza, según la cantidad de la suscripción. A determinadas horas se juntan, se leen los papeles, se critica y se conversa sobre algunos asuntos, de modo que se pueden pasar un par de horas divertidas y con utilidad. Pueden entrar don José María Lozano, don José Antonio Ricaurte, don José Luis Azuola, don Juan Esteban Ricaurte, don Francisco Zea, don Francisco Tovar, don Joaquín Camacho, el doctor Iriarte». La leyenda que hay en torno a esta tertulia la hace aparecer como club revolucionario, logia masónica o club literario según los intereses, pero la verdad es que funcionó por lo menos durante cinco años hasta el momento mismo de la detención de Nariño, dedicada a discutir de los más variados tópicos de ciencia, política, filosofía y literatura. Los temas: «... la independencia de los Estados Unidos, la revolución francesa, la Enciclopedia, los derechos del hombre, los privilegios y fueros del derecho tradicional español y en general todos los pensamientos relativos a la independencia» (Guillermo Hernández de Alba y Fernando Restrepo Uribe: *Iconografía de don Antonio Nariño y recuerdos de su vida*). De este grupo surgió parte del espíritu que hizo posible la independencia aunque en su camino cayeron muchos de sus mejores hombres.



Juego y tertulia. Grabado de Alfredo Greñas sobre un dibujo de José Manuel Groot. Papel Periódico Ilustrado, mayo de 1884.

La Tertulia Eutropélica y el *Papel Periódico*

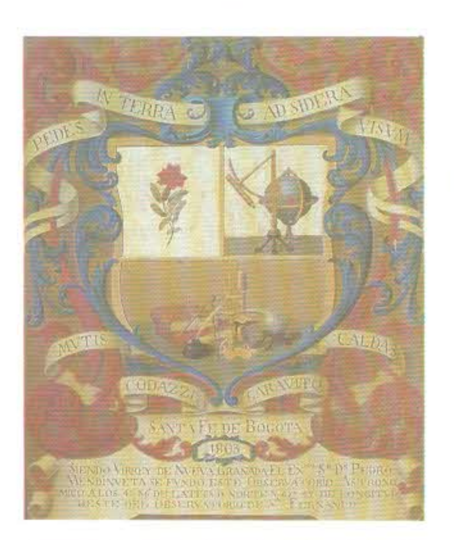
Otra tertulia que funciona por esta misma época es la que anima Manuel del Socorro Rodríguez en la sede de la Real Biblioteca Pública de Santafé, en el Palacio de San Carlos. Don Manuel era el bibliotecario desde 1790 y había llegado con el virrey José de Ezpeleta de su Cuba natal. En su labor de difusión de las ideas de la Ilustración organiza la Tertulia Eutropélica y desde 1791 hasta 1797 dirige con pocas interrupciones el *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, un papel muy importante en la creación de una «corriente de lectura», generadora en buena medida de una conciencia de independencia nacional, como lo ha puesto de relieve recientemente Renán Silva en su libro *Prensa y revolución a finales del siglo XVIII*. El periódico fomentaba desde sus páginas las actividades de la tertulia Eutropélica y de los demás centros de discusión de los temas que a todos interesaban. Recordemos que por la última década del siglo XVIII y la primera del XIX existió en Santafé un movimiento estudiantil de amplia resonancia que abrió paso a reformas importantes del sistema educativo. Las asambleas estudiantiles que se reunían por las noches en Santafé a partir de 1790 se constituyeron en un problema social y hacían manifiesta una voluntad de saber que ponía en entredicho el saber oficial caracterizado por la censura. A estas manifestaciones, por lo menos a las legales, el *Papel Periódico* les ofreció abiertamente la posibilidad de expresarse, toda vez que lo hicieran «en beneficio del interés común», ya que el mismo periódico se imponía cierta autocensura si tomamos en consideración que el propio virrey era el primer suscriptor del *Papel*. Si bien es cierto que el periódico se benefició de las expectativas de saber que crearon tanto las tertulias literarias legales y clandestinas como el inconformismo de los estudiantes de los principales establecimientos de la capital, también lo es que dichas expectativas se vieron estimuladas desde las páginas del *Papel Periódico*, transformando, según Renán Silva, «su lectura en un acto colectivo, con todo lo que ello significa, generando una relación activa entre el periódico y su público». Esta afortunada asociación operó como un multiplicador y existen testimonios recogidos en las mismas páginas del *Papel* que indican que su lectura era compartida y de buen tono, y que hasta las personas que no sabían leer llevaban a las visitas el periódico.

Tertulia del Observatorio Astronómico

Otra de las tertulias destacadas de esta época, vinculada a la Expedición Botánica y por su carácter mismo más inclinada a los aspectos científicos, industriales, políticos y comerciales, es la mejor conocida como del Obser-

vatorio Astronómico, circunstancia que ya revela que es posterior a las mencionadas anteriormente, con excepción de la del Buen Gusto que funcionó en los primeros años del siglo XIX. No obstante estar funcionando la Expedición Botánica desde 1783, la construcción del Observatorio es de 1803 y es allí donde se dan cita Francisco José de Caldas, director del Observatorio, Camilo Torres, José Acevedo y Gómez, Luis Caicedo y Flórez, Antonio Baraya, Joaquín Camacho, el canónigo socorrano Andrés Rosillo y Joaquín Ricaurte y Torrijos, entre otros. Las reuniones tenían lugar en las noches y de su carácter clandestino se puede dar fe, pues según el consenso allí fue donde se fraguó el escándalo que dio pie al levantamiento del 20 de julio de 1810. La labor de este cenáculo se expresó en la publicación del *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, que dirigían Caldas y Camacho y que empezó a aparecer en 1808. Su interés principal está explícito en el pórtico de presentación: «El *Semanario del Nuevo Reino de Granada* va a comenzar por el estado en que se halla su geografía. Los conocimientos geográficos son el termómetro con que se miden la ilustración, el comercio, la agricultura, y la prosperidad de un pueblo. Su estupidez y su barbarie siempre son proporcionadas a su ignorancia en este punto. La geografía es la base fundamental de toda especulación política; ella da la extensión del país sobre el que se quiere obrar, enseña las relaciones que tiene con los demás pueblos de la tierra, la bondad de sus costas, los ríos navegables, las montañas que la atraviesan, los valles que forman, las distancias recíprocas de las poblaciones, los caminos establecidos, los que se pueden establecer, el clima, la temperatura, la elevación sobre el mar de todos los puntos, el genio, las costumbres de sus habitantes, sus producciones espontáneas, y las que pueden domiciliar con el arte». Así expuesto el credo del *Semanario* vemos cómo el concepto de geografía económica globaliza la acción de este grupo humano que puntualiza estar «consagrado principalmente a la felicidad de esta colonia». Y esta es en verdad la ideología que guía los trabajos que en varios frentes realiza la Expedición Botánica.


Mesa de juego. Dibujo de Ramón Torres Méndez. Museo Nacional, Bogotá.



Escudo del Observatorio Astronómico Nacional. Oleo de Miguel Díaz Vargas.

El Mosaico

La tarea planteada por Caldas sólo podía echarla a andar un gran proyecto de nacionalidad. Para lograr este propósito eran acaso necesarios unos recuerdos y símbolos comunes que hermanaran a esta nación mestiza. «Algo de esto se consiguió con la guerra de independencia —dice Vergara y Vergara—, que dio recuerdos de desgracias comunes y de glorias hermanas». El interés literario fue dirigiéndose cada vez más hacia la descripción y observación del mundo exterior y las costumbres, y así fue también conformándose la corriente literaria costumbrista que tuvo un decisivo impulso con la revista *El Mosaico*. Esta apareció el 24 de diciembre de 1858, el mismo año en que naciera la Confederación Granadina, de corta vida, aunque la suerte de *El Mosaico* fue otra. Fue fundada por José María Vergara y Vergara y Eugenio Díaz Castro, quien empezó allí a publicar por entregas su novela *Manuela* desde los primeros números. A la empresa se sumaron otros jóvenes literatos venidos de todo el país como Ricardo Carrasquilla, Ricardo Silva, José David Guarín, José Caicedo Rojas, José Manuel Marroquín, Felipe Pérez, Manuel María Madiedo, Lorenzo María Lleras y José María Samper, entre otros. Las reuniones entorpecían las ventas en los almacenes de comercio, como el de Ricardo Silva sobre la Calle Real, las pocas librerías de la ciudad, las boticas y el altozano de la Catedral, sobre la Plaza Mayor, donde al mediodía y al atardecer confluían los ilustrados a disfrutar del comentario cotidiano como lo seguían haciendo en 1882, año de la visita al país del argentino Miguel Cané. Los escritores que suscribían *El Mosaico* tenían múltiples y variadas actividades e intereses, que podían ir de la agricultura y la política al comercio, la milicia, la enseñanza o los negocios con el exterior. Sus aportes literarios se caracterizaron por un realismo cada vez mayor. Un acierto de Vergara y Vergara fue publicar en la Biblioteca de El Mosaico la serie titulada *Museo*



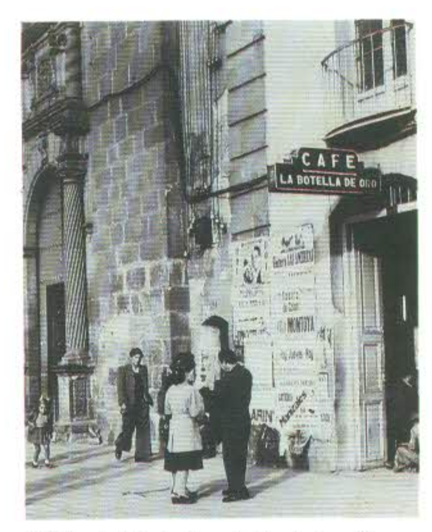
Miembros de la Gruta Simbólica. Fotografía de Arístides Ariza, ca. 1910. Colección Martha Fajardo de Rueda, Bogotá.

de cuadros de costumbres, variedades y viajes, obra que recoge buena parte de la producción costumbrista nacional y que ayudó a consolidar el medio en el que podía ya darse un fruto maduro como *María*, de Jorge Isaacs, quien fuera presentado literariamente en Bogotá por el mismo grupo de El Mosaico a raíz de la publicación de sus *Poesías* en 1864. Las tertulias de El Mosaico se realizan en el teatro o en las casas de algunos de sus miembros, como la de José María Samper y su esposa Soledad Acosta, cerca del Coliseo, o en el gabinete de su director, porque sólo hasta finales del siglo XIX empiezan a aparecer en las ciudades sitios de reunión y tertulia.

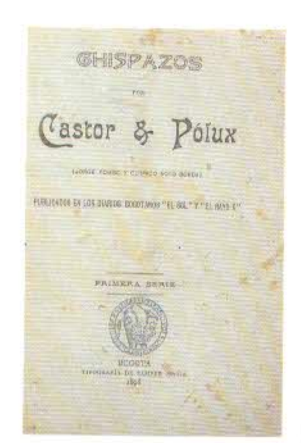
La Gruta Simbólica

Serán la bohemia finisecular de la Gruta Simbólica, la charla erudita e iniciática de la Gruta de Zarathustra o la actividad cultural de la Sociedad Arboleda, las que conozcan el esplendor de los paseos al Salto de Tequendama o los piquetes a las afueras de la ciudad con músicos y todo. Aparecen los primeros establecimientos públicos que llamamos cafés y que con las cantinas, los bares y los burdeles configuran el itinerario de una bohemia que busca sacarle el cuerpo a la cruda realidad política que vive el país en la guerra del cambio del siglo conocida como de los Mil Días. Para ese entonces ya existe el café La Botella de Oro en el altozano de la Catedral, que era, como lo viera Cané, «una bolsa, un círculo literario, un areópago, una *coterie*, un salón de solterones, una *coulisse* de teatro, un *forum*, toda la actividad de Bogotá en un centenar de metros cuadrados; tal es el altozano [...] el bogotano tiene apego a su altozano, por la atmósfera intelectual que allí se respira, porque allí encuentra mil oídos capaces de saborear una ocurrencia espiritual y darle curso a los cuatro vientos». Estos encuentros "casuales" son los que posteriormente tomaron como escenario de la tertulia etílica a las cantinas, bares, cafés, fondas y piqueteaderos, que había por los cuatro costados de la ciudad. Sobre el marco de la Plaza de Bolívar, además de La Botella de Oro, tenían los cachacos el local de Los Portales, donde luego del toque de queda, se atendía a los clientes pero con servicio corrido hasta la madrugada. Este último establecimiento quedaba sobre la arcada de las galerías situadas al frente de la Catedral, que se incendiaron en mayo de 1900.

Sobre la fundación de la tertulia de la Gruta Simbólica existen varias versiones; una de ellas la hace derivar precisamente de los azares a que estaban abocados los ciudadanos que violaban el toque de queda. La descripción del suceso la consigna Luis María Mora en *Los contertulios de la Gruta Simbólica*, en donde relata que por sacarle el quite a la ronda nocturna simularon llevar de urgencias al médico a un compañero que a decir verdad se estaba cayendo pero de la borrachera. Pararon frente a la residencia de Rafael Espinosa Guzmán, en la vecindad del Parque de Santander; Espinosa, haciendo eco a la farsa, los hizo pasar. Para entretener el tiempo en tanto llegaba la mañana se dieron a improvisar sainetes satíricos al gobierno, al cual la mayoría de los miembros de la tertulia era desafecta y de las alegrías arrancadas al tedio de la guerra les quedó el gusto de reunirse, ya en la misma casa de Rafael Espinosa, el célebre REG, principal mecenas de la Gruta y secretario de las sesiones regulares de la tertulia bohemia, ya en el domicilio de Federico Rivas Frade, en las cercanías del Colegio Mayor del Rosario, cuando no en los establecimientos públicos. Las sesiones regulares de la Gruta Simbólica reunían a un numeroso grupo de escritores, poetas, periodistas y declamadores, entre los que sobresalen Clímaco Soto Borda, Jorge Pombo, Carlos Tamayo, Roberto MacDouall, Luis María Mora, Miguel Peñarredonda, Federico Rivas Frade, Diego Uribe, Víctor M. Londoño, Emilio Murillo y Julio Flórez, entre muchos otros que asistían esporádicamente. Como invitados especiales participaron en sus veladas Rafael Pombo, Guillermo Valencia y Miguel Antonio Caro, quienes hacían lectura de sus escritos. Las producciones de



Café La Botella de Oro, al lado de la capilla del Sagrario, en la Plaza de Bolívar, Bogotá.







Primera edición de "Chispazos" por Cástor y Pólux (Jorge Pombo y Clímaco Soto Borda, Bogotá, Imprenta Samper Matiz, 1898). Primera entrega de la revista "La Gruta", dirigida por Rafael Espinosa Guzmán y Federico Rivas Frade (Julio 13 de 1903). "La Gruta Simbólica", por Luis María Mora, edición especial de "Cromos" para el IV Centenario de Bogotá, 1938.

la tertulia se publicaban en la prensa local, como los "chispazos" de Cástor y Pólux, seudónimos de Soto Borda y Jorge Pombo, o "Las exequias de Tirolés", verdadera acta de nacimiento de la Gruta Simbólica, en la que su editor, Espinosa Guzmán, pondera la importancia de los piqueteaderos en el desarrollo de las letras nacionales en el curso del siglo XIX. Se cuenta que para estimular el ingenio bogotano, el periodista Federico Rivas Frade estableció en un café de su propiedad el sistema de pagar con un tinto o una copa de licor los chispazos que le llevaran, los que cumplidamente publicaba en *El Rayo X*.

Otros sitios que gozaron de cierta fama en Bogotá por albergar a los miembros de la Gruta fueron La Gran Vía, que aún subsiste como cigarrería sobre la carrera séptima; La Gata Golosa (llamado primero La Gaieté Gauloise, o alegría galesa, en recuerdo de un célebre bar parisino y que el ingenio o la ignorancia de los bogotanos terminaron llamando así), sobre el camino a Monserrate; La Rosa Blanca, sobre la calle 12 llegando a la Calle Real; y las cantinas de Pacho Angarita y Pacho Jiménez, también en el centro de la ciudad, donde se expendía el ajenjo «de azules reflejos», al que era tan adicto Julio Flórez-negras, como llamaba Gonzalo Arango al poeta de "La araña".

La Gruta de Zarathustra

Sobre la denominación que se dio la Gruta Simbólica mucho se ha dicho, pero lo curioso es que muchos de sus adeptos eran ajenos a la corriente simbolista que estaba en boga por ese entonces, no obstante que algunos de sus miembros frecuentaban la literatura francesa en su lengua original. La verdad es que le dieron ese nombre por oposición al círculo de Baldomero Sanín Cano y José Asunción Silva, llamado por algunos la Gruta de Zarathustra, en razón a que en su seno se conocieron los escritos de Friedrich Nietzsche en revistas francesas que recibían sus miembros. Si hemos de considerar este último grupo de intelectuales y escritores como una tertulia actuante e influyente en la ciudad, habría que imaginarla sesionando a la manera de las reuniones exquisitas e íntimas que describe Silva en su novela *De sobremesa*. Aunque sabemos que Sanín Cano y Silva solían encontrarse en establecimientos públicos en la proximidad del negocio que este último tenía sobre la calle 13, cerca de la Calle Real del Comercio, la actual carrera séptima.

CAMBIO DE SIGLO Y VIDA LITERARIA

Clubes sociales

Puede afirmarse que el café y el club son frutos de la modernidad en la vida de las ciudades, así como también que eran sitios exclusivos para varones y como tales se dieron en nuestras ciudades colombianas. La frecuentación de estos sitios marcó a la generación que vivió su juventud y madurez en los tiempos en que la República celebraba su primer centenario de existencia. Como hemos dicho, la existencia del café como sitio de reunión fue posterior a la invasión de la aromática bebida en la economía nacional y su aparición en la urbes colombianas se da con el ingreso al siglo XX. Por esta época aparece en las ciudades latinoamericanas un nuevo tipo de intelectual, llamado «de café» por oposición al formado en la Academia. Como lo afirma Angel Rama, «ya sea por razones económicas o intelectuales, la universidad deja de ser la vía forzosa del letrado como lo fuera omnímodamente en el siglo XIX y aun en la modernización. Con inédita dignidad aparece la categoría autodidacta». El comercio de libros, periódicos y revistas que disfruta de cierto auge en las ciudades, propicia que un grupo social en ascenso que no puede o no quiere formarse universitariamente pueda prepararse intelectualmente. Antes, el "doctor" era el tipo por excelencia del intelectual, pero al entrar el siglo XX, la palabra "doctor" sólo designa al tipo de intelectual político, en tanto que los escritores más notables, en adelante, son autodidactas, con pocos o ningunos estudios universitarios. No obstante, en la tradición latinoamericana es común encontrar al intelectual del lado del poder, ya sea conservador o revolucionario.

Si la situación que vivía la mayoría de los integrantes de la Gruta Simbólica era de marginamiento de la política, por ser los más de ellos liberales, otra es la situación de los llamados "centenaristas", que gozan de condiciones económicas más holgadas. Las reuniones de estos grupos se hacían en el ámbito de los clubes sociales, en las redacciones de los diarios de los que eran propietarios o accionistas o en las residencias de algunos de sus miembros. Desde finales del siglo pasado los hombres de negocios habían fundado clubes sociales en las principales ciudades del país, buscando para ello grandes y cómodas construcciones estratégicamente ubicadas para el encuentro cotidiano, la charla



Miembros del Club Unión, de Medellín. Fotografía de Melitón Rodríguez, 1897.



Aviso del Café Windsor, de Bogotá, publicado en "Ruy Blas", julio de 1927.

política y de negocios y para celebrar los ritos sociales que acercaban los intereses. En un comienzo su entrada era restringida a los socios y a sus invitados; más tarde fueron abriendo en forma paulatina sus puertas a las mujeres y mucho más recientemente a las familias de sus socios. En 1874 se funda el Club del Comercio en Bucaramanga; en 1882, el Gun Club en Bogotá, en los altos de las galerías de los Arrublas, sobre el costado occidental de la Plaza de Bolívar; en 1888 se funda el Jockey Club con el nombre de Círculo de Comercio, sobre el costado oriental de la Plaza de Bolívar, en el edificio de La Botella de Oro. De la misma época datan el Club Barranquilla y el Club Unión de Medellín. Y a partir de la primera década del presente siglo empiezan a aparecer los clubes de las colonias extranjeras, como el Club Alemán, el Club Italiano, el Club Alhambra y el Centro Español de Barranquilla. El Club La Popa en Cartagena y el Club Colombia en Cali. Estos serán los escenarios de las más sonadas fiestas de la época y de todo tipo de reuniones sociales.

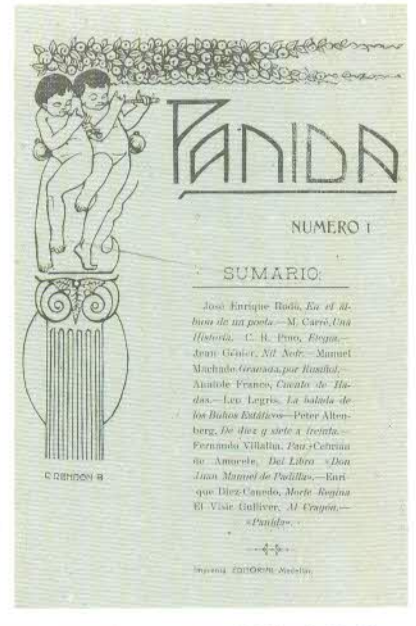
En los salones del Gun Club reúne Luis Eduardo Nieto Caballero, el célebre LENC, a un grupo de sus allegados con el objeto de despedir a José Eustasio Rivera, quien se prepara para salir en larga peregrinación al Casanare y de donde retornará con buena parte del material de *La vorágine*. Para los años veinte todas las capitales ya tienen su Country Club o su Club Campestre en las afueras de la ciudad, donde se hace un tipo de vida social más cosmopolita y se le da impulso al deporte y a los atuendos más descomplicados.

Los Nuevos y su punto de encuentro

La segunda década del siglo XX es la época de los cafés más famosos, a donde concurren los integrantes de diversas generaciones, como es el caso del café Windsor, en el que coinciden los supérstites de la Gruta Simbólica con los centenaristas, al lado de la nueva generación de las letras colombianas, conocida como Los Nuevos por el nombre de la revista donde publican sus escritos. Aída Martínez, en su libro *Mesa y cocina en el siglo XIX*, escribe: «El café Windsor, comenta un testigo, era un sitio agradable y bien decorado, de propiedad de los hermanos Agustín y Luis Eduardo Nieto Caballero; una pequeña orquesta, la misma que animaba las funciones de cine en el Teatro Caldas, tocaba por las tardes para un público "heterogéneo pero fino", principalmente de intelectuales». Ubicado en la calle 13 Nº 7-14, se encontraba a mitad de camino de la redacción de los principales diarios y los directorios políticos, y en su órbita se encontraban los principales centros de enseñanza superior y las librerías mejor surtidas de la ciudad. Hacia 1925, año en el que aparece la revista *Los Nuevos*, acuden a las mesas del Windsor, aunque compartiendo sus predilecciones con el Rivière, el Astor y el Pensilvania: León de Greiff, Luis Vidales, Rafael Maya, Luis Tejada, José Mar, Camilo Pardo Umaña, Jorge Zalamea, Germán Arciniegas, José Umaña Bernal y Hernando Téllez. La revista la editaban los hermanos Felipe y Alberto Lleras Camargo con el producto de una herencia familiar. "Los alegres compadres del Windsor", como también se les llamaba, se tomaban el local al caer la tarde y como el lugar carecía de percheros era usual ver a los contertulios con sus sombreros calados: los paisas con sus sombreros alones y los cachacos con los más discretos borsalinos. También abundaban las pipas enormes y las pitilleras como las de Luis Vidales y su compadre Luis Tejada, o la pipa de León de Greiff, que al decir de Alberto Lleras «echaba humo perfumado sobre las ondas humanas como la chimenea de un barco fantasmagórico». A la fructífera labor periodística de algunos de sus miembros se le abona en parte la caída de la hegemonía conservadora; en especial Ricardo Rendón, quien solía trabajar sus ácidas caricaturas en cualquiera de sus mesas. Su muerte, de mano propia, también tuvo como escenario un café famoso, La Gran Vía, que ya hemos mencionado.

Si la actividad de Los Nuevos se caracterizó por realizarse en el espacio público y neutral de los cafés, lo usual en el caso de sus antecesores los grutenses, cuando sesionaban, y los centenaristas, fue moverse en espacios cerrados, fueran clubes, logias o salas de redacción; o en la vivienda de algunos de sus miembros. Fenómeno que habla a las claras del cambio de ámbito de la actividad intelectual. En todo caso es muy importante





PANIDA

NUMERO 1

SUMARIO:

José Enrique Rodó, *En el album de un poeta*.—M. Carré, *Una Historia*. C. H. Pino, *Elegía*.—Jean Génier, *Nil Nok*.—Manuel Machado, *Granada, por Rusiñol*.—Anatole France, *Cuento de Hadas*.—Leo Legris, *La balada de los Buhos Extáticos*.—Peter Altenberg, *De diez y siete a treinta*.—Fernando Villalba, *Paz*.—Ceferino de Amorele, *Del Libro «Don Juan Manuel de Padilla»*.—Enrique Diez-Canedo, *Morte Regina*. El Visir Gulliver, *Al Crayón*.—«Panida».

R RENDON B

Imprenta EDITORIAL Medellín

León de Greiff y sumario del primer número de la revista "Panida", con viñeta de Ricardo Rendón. Medellín, 1915.

realzar el papel de los cafés en la formación de la opinión pública por esos años de modernización que vivía el país, cuando la actividad periodística en diarios y revistas desempeñaba un papel sobresaliente en la conformación de la conciencia colectiva. Y así como existía el café de los intelectuales, había el de los comerciantes, el de los estudiantes y el de los abogados.

Vida literaria en Medellín

Poco antes de trasladarse a Bogotá, León de Greiff, junto con un grupo de escritores que escogieron el café El Globo del Parque de Berrío de Medellín como centro de operaciones, publica la ya legendaria revista *Panida,* que viene a consolidar una tradición de la cultura bohemia en Antioquia. En 1915 aparecen los diez números de la publicación bajo la dirección del mismo De Greiff y Félix Mejía. Un cuarto de siglo antes había aparecido el movimiento cultural, afín al desarrollo industrial y comercial de que ya gozaba Medellín como epicentro del occidente colombiano, conocido como El Casino Literario. Sus miembros intercambian manuscritos y crean una «corriente de lectura» que posibilita la aparición de revistas literarias. Es el caso de *El Montañés,* que aparece a fines del siglo XIX bajo la dirección de Gabriel Latorre y en torno al cual se reúnen los más conspicuos intelectuales de la región: Carlos E. Restrepo, Abel Farina y Tomás Carrasquilla, quien ya había sorprendido a sus coterráneos con la novela *Frutos de mi tierra,* editada en Bogotá por la librería de Jorge Roa.

Posterior a *El Montañés* es *La Miscelánea,* primera revista ilustrada de la región y en la cual colaboran, además de los de *El Montañés,* el pintor Francisco A. Cano y Gabriel Montañés en la parte gráfica. Mucha de la actividad literaria de Medellín giró por esta época alrededor de las librerías. Famosas fueron la del escritor Carlos E. Restrepo y la de Antonio J. Cano. De su tertulia y del espíritu que le animaba es fiel testimonio la revista *Alpha,* que vio la luz en 1907 y gozó de larga y fructífera vida. En sus páginas tuvo lugar la polémica alrededor del modernismo en la que participaron Max Grillo y Tomás Carrasquilla. Así que cuando aparece *Panida,* abanderada por la nueva generación de escritores antioqueños, ya era considerable la resonancia de sus ideas. A más de los dos directores de la revista, en la redacción de la misma figuran Teodomiro Isaza, Rafael Jaramillo, Bernardo Martínez, Libardo Parra, J. Restrepo Olarte, Eduardo Vasco, Jorge Villa y Ricardo Rendón, quien además de ser el autor de las viñetas y las caricaturas, que dejan ver ya su gran talento, presenta poemas de su cosecha bajo el seudónimo de Daniel Zegri. Allí comienza el gran juego de máscaras de León de Greiff, que lo llevará a ser sucesivamente Leo le Gris, Sergio Stepansky, Matías Aldecoa y Gaspar, entre muchos otros. De los Panidas y de su legado a la vida de las letras colombianas, amén de sus fiestas escandalosas, han quedado, León de Greiff para la poesía, Fernando González para el ensayo y Ricardo Rendón para la caricatura,



Aviso publicitario del Café Riviere, en la Calle 14 de Bogotá. "Ruy Blas", junio de 1927.

Grupos y tertulias bogotanos en la década del veinte

Una vez en Bogotá, León de Greiff se suma al grupo de Los Nuevos, que, como decíamos antes, se reunía en el café Windsor. A sus miembros los animaban las ideas socialistas, como en el caso de Vidales y Tejada, o las anarquistas, como en León de Greiff, aunque a la postre el grueso del grupo avaló ideales liberales; también comparecieron a su tertulia Los Leopardos: Silvio Villegas, Augusto Ramírez Moreno y José Camacho Carreño, de tendencias fascistas. Si bien es cierto que Los Nuevos no lograron demoler la sociedad que les tocó vivir, por lo menos la pusieron «en tela de juicio», como lo sugiere Rafael Gutiérrez Girardot. Esta vanguardia literaria enfrentó el anacronismo de la sociedad señorial y centralista y abrió nuevos rumbos a la actividad literaria e intelectual colombiana.

Una prueba manifiesta de esto fue la batalla campal que tuvo por escenario el café Rivière a raíz de la aparición del libro de poemas de Luis Vidales en 1926. Los contrincantes no podían ponerse de acuerdo por qué era malo *Suenan timbres.* Es ésta una de las contadas ocasiones, en nuestro medio, en las que se han podido ver colas a las puertas de las librerías.

Por esta misma época, continuando con el espíritu centenarista de las tertulias privadas, se reúne el grupo Cultura, capitaneado por Luis López de Mesa en Bogotá. Su objetivo, según el testimonio de Roberto Liévano, era el de revivir en nuestro medio frívolo la tradición de la tertulia literaria. Se reunían unas veces en la casa de Luis Eduardo Nieto Caballero o en la de su hermano Agustín, o en las de Luis Cano, Raimundo Rivas o Carlos Arturo Torres, un selecto grupo de hombres y mujeres convidados a «la fiesta del intelecto y la emoción». Unas veces era Luis López de Mesa el que leía los capítulos de su libro *Poemas de Lola,* otras era Alberto Sánchez de Iriarte, el Doctor Mirabel, quien leía las páginas que le inspiraba la Villa de Leiva. Allí presentaba Eduardo Castillo sus sutiles estrofas y Miguel Rasch Isla declamaba sus sonetos de orfebre. Y allí José Eustasio Rivera, cuya aspiración en los primeros años del siglo XX era el teatro, leyó su drama en verso *Juan Gil.*

Porfirio Barba-Jacob en Bogotá

En su tercera reencarnación literaria, Miguel Angel Osorio vuelve a Bogotá en 1927, luego de larga ausencia. Viene de Cali de fundar el periódico *La Vanguardia,* de efímera vida porque, según sus palabras, «lo aplastaron los oligarcas». Llega solo y se hospeda en el Hotel San Victorino. A comienzos de octubre de ese año los diarios liberales *El Tiempo* y *El Espectador* reseñan su llegada. Un día de esos se presenta en el café Rivière de la calle 14 arriba de la séptima y se acerca a la mesa donde se encuentra un grupo de escritores entre los que se hallaban Eduardo Castillo y Alberto Angel Montoya. Porfirio le agradece a Castillo su artículo de *El Tiempo* y los convida a beber por su cuenta. Ese mismo mes se vincula a la redacción de *El Espectador,* escribiendo las páginas editoriales de la columna "Día a día". Aprovechando la ausencia de Luis Cano, hace Porfirio gala de su vena amarillista que tanto éxito le había dado en Guate-



Contertulios del Café Victoria, en Bogotá: Eduardo Zalamea Borda, León de Greiff, José Vicente Combariza ("José Mar"), Alberto Lleras Camargo, Felipe Lleras Camargo, Moisés Prieto, Abelardo Forero Benavides y Luis Vidales. Caricaturas de Adolfo Samper, 1933.

mala y México a propósito de la noticia de "El duende de la casa embrujada", que aparecía firmada por Juan sin Miedo. Su manejo de la noticia, durante varios días, reporta una considerable demanda del diario vespertino por parte de curiosos lectores, pero a su regreso intempestivo Luis Cano pone en cintura a Porfirio. Así se esfuma el fantasma y el puesto para el poeta periodista.

Antes de partir con Rafael, su «hijo adoptivo», que se le había unido en Bogotá, rumbo a Antioquia, su tierra natal, Porfirio pasa la noche en el café Pensilvania (carrera 9ª Nº 12-65) en compañía de Silvio Villegas, Ricardo Rendón, Ramón Barba y Jaime Barrera Parra, entre otros. A pedido de este último declama "Los desposados de la muerte". Poco después desaparece sin despedirse como era su costumbre.

El siglo XX: Generaciones literarias y cafés

Nuevos, post-nuevos y piedracielistas

La década que transcurre a partir de 1920 tiene una particular significación en la vida nacional, pues el país agrario que viene del siglo XIX va a sufrir una importante transformación dentro de un proceso de modernización de sectores fundamentales de su estructura económica y de las comunicaciones, y de un mayor crecimiento urbano; también con el desarrollo de la industria, el comercio, la banca y el transporte, merced al uso generalizado del automóvil, la instauración de la aviación comercial y la extensión de la cobertura de las líneas férreas; y, en fin, con la introducción de medios de comunicación tan influyentes como el cine y la radio.

La generación centenarista había dedicado esfuerzos a la enseñanza y al periodismo, afincados, eso sí, en la política, de la cual sus miembros más prominentes eran fieles representantes. En esto eran seguidores de las ideas positivistas y en particular del ideario spenceriano que propendía a un pragmatismo en el cual veían el camino a seguir. Jaime Jaramillo Uribe ubica las raíces del positivismo de corte inglés entre nosotros en las obras de Rafael Núñez y Salvador Camacho Roldán. López de Mesa y el mismo Carlos Arturo Torres delatan su influencia en la concepción sociológica que manejan.

Ante el panorama centenarista, la actitud de Los Nuevos es de protesta y de un cambio de terreno para la expresión artística y literaria. Están influenciados por las corrientes estéticas del llamado vitalismo, con sus dudas sobre la preeminencia de la razón sobre la intuición, el instinto y la inconsciencia; y con la afirmación de la vida como tal, lo que a veces se traduce en actitudes apáticas, o en todo caso ambiguas. Pero algo bien



Tres miembros del grupo Los Nuevos: Luis Buenahora, Jorge Zalamea Borda y Rafael Maya. Fotografía de "Cromos", 1925.



Contertulios del grupo Piedra y Cielo: Arturo Camacho Ramírez, Luis Eduardo Nieto Caballero, Gerardo Valencia y Jorge Rojas. Fotografía de "Estampa", octubre de 1939.

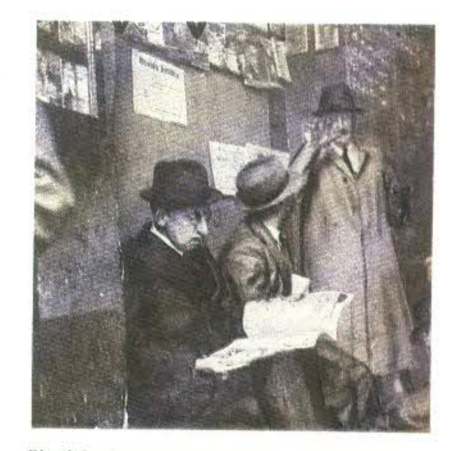
importante es que hay un afán por independizarse del coloniaje cultural de cuño español que aún pesaba en el ambiente espiritual de la época. Lo que viene después es una nueva reacción pero esta vez mirando hacia dentro y hacia el pasado americano. La que podría denominarse como generación "post-nueva" corresponde a la tendencia nacionalista e indigenista de Los Bachués, influenciada por la revolución mexicana y el reformismo que le era anejo. Sus miembros más destacados eran los escritores Darío Achury Valenzuela, Rafael Azula Barrera y Darío Samper, y los artistas Luis Alberto Acuña, Pedro Nel Gómez y Gonzalo Ariza, entre otros. El grupo Albatros, de pretensiones más universales y cosmopolitas, estaba integrado por Antonio García, Jorge Padilla, Eduardo Umaña Bernal y Clímaco Sepúlveda, para citar a unos pocos de los escritores de fines de la década de los veinte, que, imbuidos de la estética española de los escritores de la Generación del 27, vuelven por los fueros de antes e instauran una tradición que va a continuar el grupo Piedra y Cielo, que toma su nombre de los cuadernos de poemas que edita Jorge Rojas entre 1939 y 1940 y que se inspiran en el título de uno de los libros de Juan Ramón Jiménez.

En el caso de los jóvenes poetas de Piedra y Cielo también fue el ambiente del café el que les permitió consolidar su movimiento literario. A la salida de la universidad, donde eran compañeros en la carrera de derecho Carlos Martín y Jorge Rojas, se encaminaban al café Victoria (calle 14 Nº 7-71), a donde concurrían periodistas, políticos y escritores. Allí estrecharon amistad con el joven maestro de escuela llanero Eduardo Carranza, con Gerardo Valencia, y bien pronto con el santandereano Tomás Vargas Osorio, tempranamente desaparecido para desgracia de las letras colombianas. Después se les unió Arturo Camacho Ramírez, llegado de su estancia en La Guajira, quien ya había publicado su primer libro, *Espejo de naufragios*. Las veladas del café Victoria se prolongaban en casa de Jorge Rojas, quien fuera el mecenas y editor del grupo. Allí, entre libros y sueños, se iba gestando la labor poética y las lecturas se sucedían sin cansancio. Un acontecimiento de estas lecturas fue el hallazgo de la *Antología de la nueva poesía española*, publicada por Gerardo Diego en 1932, clave para conocer los rumbos que siguieron los miembros del cenáculo. En palabras de Carlos Martín, «Abundaron las discusiones sobre Góngora, Garcilaso, Lope de Vega, Darío, Neruda, los romances de García Lorca, los sonetos de Alberti, las *Galerías* y *Soledades* de Machado. Valéry nos daba su lección de rigor y Rilke su misterio».

El poeta nariñense Aurelio Arturo también estuvo muy cerca de la aventura de los piedracielistas aunque no publicó en sus cuadernos. Darío Samper fue invitado a integrar la nómina del grupo, lo mismo que Antonio Llanos, quienes ya habían publicado algunos cuadernos y libros de poesía.

El café Asturias (calle 14 Nº 6-92) era también cuartel general del grupo, aunque es más conocido como tertuliadero de los simpatizantes del franquismo. A sus mesas concurrían los miembros de la llamada Lonja Caro, a saber, Carlos Arturo Caparroso, Alvaro Gómez Hurtado y Guillermo Camacho Montoya, con quienes tuvieron algunos roces los de Piedra y Cielo. Al recinto del Asturias también eran adictos Andrés Holguín, Daniel Arango y el poeta dandi Alberto Angel Montoya, acostumbrado a tomarse sus rones calientes, disimulados discretamente en pocillo de tinto. Pues, como lo dice Jaime Barrera Parra, «el hombre moderno, verdadero sabueso de la emoción, gusta de mezclar los licores y los conceptos. Es, desde este punto de vista, un *barman*».

El otro punto de encuentro importante para esta época es el café La Cigarra, situado en la esquina de la carrera séptima con la calle 14, costado oriental, frecuentado por todo aquel interesado en "saber la última", ya que en sus altos funcionaba la redacción de *El Espectador*, que daba sus primicias en una pizarra escrita con tiza. Esta esquina, como otros puntos claves de la ciudad, recibió bien pronto el apelativo de "arrancaplumas", en gracia al repetido ejercicio de despotricar contra todo, que ya es habitual en la ciudad.



El café La Cigarra en un reportaje de "Estampa" ("La Cigarra, nueva Gruta Simbólica"), 1939.



Alvaro Cepeda Samudio, Cecilia Porras, Germán Vargas y Alejandro Obregón en el café La Cueva, ante una pintura con personajes del Grupo de Barranquilla realizada por Juan Antonio Roda, ca. 1957.

Los Cuadernícolas y La Perrilla

Pocos años después de la aparición de los cuadernos de Piedra y Cielo, Jaime Ibáñez inicia en Bogotá la publicación de los cuadernos *Cántico*. En 1944 comienzan a salir en sus páginas las producciones poéticas de los jóvenes Fernando Charry Lara, Andrés Holguín y el mismo Ibáñez, al lado de traducciones de Rilke y homenajes a los poetas españoles de la Generación del 27. El mismo nombre de los cuadernos es tomado del poemario de Jorge Guillén. Acaso las diferencias entre los grupos de Piedra y Cielo y Cántico, que no llegan a ser movimientos generacionales, pertenezcan a lo que denomina Sigmund Freud «el narcisismo de las pequeñas diferencias»; la verdad es que son muy similares en sus nortes estéticos. Pero también es cierto que algunos miembros de Cántico se van a vincular más adelante al movimiento literario que más horizonte le ha dado al trabajo intelectual en el país, como lo hizo una pléyade de escritores de primer orden en la aventura de *Mito*. Jaime Ibáñez tenía por ese entonces un bar en las proximidades de la Radiodifusora Nacional de Colombia, en cercanías del Cementerio Central. Su nombre era La Perrilla y fue el metedero de los muchos intelectuales que se fueron vinculando a la labor de la radio en la década de los cuarenta. Según algunos testimonios apócrifos, en La Perrilla se fraguó la toma de la emisora el 9 de abril de 1948, jornada en la que se hicieron sentir solitarias en medio de la confusión, la lucidez y cordura de Jorge Zalamea. Rafael Gutiérrez Girardot cree encontrar el común denominador de Piedra y Cielo y Cántico en el mimetismo, designando por tal la expresión de «una voluntad de renovación y a la vez de dependencia. Esa contradicción revela una nostalgia colonial disfrazada de fervor independentista, un afán de progreso que no adelanta, una manifestación de la nacionalidad solamente verbal». No obstante esta ambigüedad, los integrantes de Cántico estuvieron vinculados de distintas formas a la modernización de la literatura colombiana.

El Grupo de Barranquilla

El origen del Grupo de Barranquilla data de los años cuarenta, con las cabezas cimeras de Ramón Vinyes —«el sabio catalán»— y José Félix Fuenmayor, escritores veteranos alrededor de quienes se agrupa un colectivo de escritores jóvenes de la Costa. El nombre con el que se conoce este grupo se debe a Próspero Morales Pradilla, quien lo sugirió en su columna de *El Espectador*. Nacidos ambos en 1885, Vinyes en Barcelona y Fuenmayor en Barranquilla, los dos fueron poetas tempranos. Don Ramón había llegado de 25 años a Colombia, harto del ambiente barcelonés que lo había hecho desertar también de la literatura. Allí había publicado su primer libro de versos, *La ardiente cabalgata*, y se había representado su drama *Peter's Bar*. Instalado en Barranquilla, abre algún tiempo después, en compañía de Javier Auqué, una librería muy frecuentada por sus clientes.

Empezó a escribir notas editoriales en *La Nación*, diario de su amigo Pedro Pastor Consuegra. Allí se trenzó en ardientes polémicas con Los Leopardos, que bebían a raudales la ideología de derechas que profesaban los franceses Charles Maurras y Léon Daudet. Poco antes de 1920, bajo su dirección empezó a publicarse *Voces*, revista literaria de gran categoría en la que se dan a conocer las grandes figuras de las letras europeas: Gilbert Chesterton, Guillaume Apollinaire, Paul Claudel. Allí publicó Julio Enrique Blanco su traducción de los *Prolegómenos de la metafísica*, de Immanuel Kant. También aparecieron en *Voces* los versos de León de Greiff firmados con el seudónimo Leo le Gris.

José Félix Fuenmayor fue también un poeta precoz. A los 25 publicó *Musa del trópico*. Fundó, en compañía de Pedro Juan Navarro y "el Suso" Gutiérrez el periódico *El Liberal*, que dirigiría por muchos años. También animó las revistas *Mundial* y *La Semana Ilustrada*. En 1928 publicó la novela *Cosme*, elogiada por Armando Solano, Porfirio Barba-Jacob y Eduardo Castillo. De 1967 es la aparición de su libro de cuentos *La muerte en la calle*, los cuales habían aparecido publicados en la revista *Crónica*, el semanario que en cierta forma fue el órgano de expresión del Grupo de Barranquilla; esos cuentos influyeron notablemente sobre los integrantes del mismo desde el punto de vista literario.

El profesor Juan Pérez Domenech, periodista español que frecuentaba la Lonchería Americana, debatía como el que más en la tertulia que allí se formaba. A través suyo el Grupo fue conociendo la literatura y la poesía de la Generación del 27. La Librería Mundo fue otro lugar de reunión del Grupo y era propiedad de Jorge Rondón Hederich. Una vez consolidado el negocio, funcionó en los bajos del edificio del Teatro Colombia. Allí confluían Germán Vargas Cantillo, Alfonso y su padre José Félix Fuenmayor, Ramón Vinyes, Alvaro Cepeda Samudio, Alejandro Obregón, Gabriel García Márquez, Bernardo Restrepo Maya, Roberto Prieto, Orlando Rivera ("Figurita"), Rafael Marriaga, Alfredo Delgado, Néstor Madrid-Malo y Adalberto Reyes. Se leía a Ju-



En el Café Automático: Juan Lozano y Lozano, León de Greiff, Ignacio Gómez Jaramillo, Jorge Zalamea Borda; atrás: Omar Rayo, Hernán Merino, Marco Ospina, Arturo Camacho Ramírez y Hernando Téllez Blanco. Dibujo de Mardoqueo Montaña, 1966.

lio Cortázar, Felisberto Hernández, Jorge Luis Borges, Franz Kafka, James Joyce, Virginia Woolf, Pablo Neruda, Jean-Paul Sartre, Albert Camus, Ernest Hemingway, William Saroyan, Erskine Caldwell, entre otros.

El café Colombia quedaba a dos puertas de la Librería Mundo y hacia allí se desplazaba la tertulia cuando la librería cerraba. El café Roma también recibía a los trasnochadores del Grupo. Este establecimiento nunca cerraba, ya que carecía de puertas. Allí intentó suicidarse una vez Eduardo Zalamea; el poeta cartagenero Gregorio Castañeda Aragón lo llevó luego a su casa. En el café Roma se reunían los periodistas luego de cerrar la edición de *La Nación*, *La Prensa*, *El Diario del Comercio*, etc. De repente la tertulia se trasladó al Bar Americano, que atendía Javier Auqué, copropietario de la Librería Viñas.

En 1950 apareció el primer número de *Crónica*. En el comité editorial estaban, además de Vinyes y José Félix Fuenmayor, Julio Mario Santodomingo, Meira Delmar, Benjamín Sarta, Adalberto Reyes, Alfonso Carbonell, Rafael Marriaga, Germán Vargas, Juan B. Fernández, Alvaro Cepeda Samudio, Gonzalo González y Roberto Prieto. El jefe de redacción era Gabriel García Márquez, el gerente Mario Silva y el director Alfonso Fuenmayor.

"La Cueva", era el nombre que todos ellos le daban a la tienda El Vaivén, que en sus ires y venires terminó convertida en bar. Por esa época Alvaro Cepeda entró a trabajar en la Cervecería Aguila y a instancias suyas se empezó a vender "sifón" (cerveza de sifón) en "La Cueva". El día que nació la primogénita de Cepeda Samudio, estuvo a punto de desaparecer "La Cueva" por la locura colectiva que se apoderó del Grupo, un día de fin de año, para completar. Tan sólo el siquiatra José Francisco Socarrás y el padre responsable que era Alvaro Cepeda no perdieron la cabeza, según el testimonio de Alfonso Fuenmayor.

La tertulia del Automático

Por los días del aciago 9 de abril del 48, el café más concurrido de la capital era La Fortaleza, emplazado sobre la Avenida Jiménez entre las carreras 4ª y 5ª. En sus altos funcionaban a la sazón las dependencias del Ministerio de Educación regentadas en ese entonces por Jorge Zalamea y Germán Arciniegas. El establecimiento sucumbió a los estragos del «día del odio» y de sus cenizas surgió el café Automático, primero en la ciudad con la modalidad del autoservicio, que no tuvo mucha aceptación, razón por la cual sus propietarios, unos europeos, decidieron venderlo; de ahí su nombre. El Automático, sin ser el mentidero favorito de ningún grupo en particular, se convirtió en la meca de los intelectuales, periodistas, escritores y artistas. En su ámbito ejercía un magisterio sin sombra el poeta León de Greiff y en su mesa siempre servida era usual encontrar a Fernando Arbeláez, Eduardo y Alberto Zalamea, Andrés Holguín, Alejandro Obregón, Omar Rayo y Marco Ospina, compartiendo con las primeras mujeres que penetraron en un café: Maruja Vieira y Emilia Pardo Umaña. En el recinto del café exponían sus trabajos, aparte de Obregón, Rayo y Ospina, otros artistas y caricaturistas como Chapete, Aldor y Merino.

El Automático continuó manteniendo su prestigio luego de su traslado, muy cerca de allí, al pasaje comercial a espaldas del edificio que ocupa el Banco de la República en el marco del Parque de Santander, donde el profeta Gonzalo Arango dictó una conferencia sobre el movimiento nadaísta ante la veterana tertulia.

Mito y el Excelsior

Tendría que pasar más de la mitad del siglo XX para que el país conociera un movimiento intelectual de verdadera independencia y madurez política como el que se forjó en torno a la revista *Mito*, que empezó a circular en 1955, en plena dictadura militar. Sus mentores fueron los escritores Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel, quienes supieron

agrupar a una pléyade de escritores alrededor de la «revista bimestral de cultura» y de las Ediciones Mito. La edición de la revista, que alcanzó legendarios 42 números, se vio interrumpida intempestivamente por la accidentada muerte de Gaitán Durán en 1962, alcanzando resonancia continental, tanto por sus propias producciones como por las de sus colaboradores: Borges, Cortázar, Octavio Paz, Alfonso Reyes, Luis Cardoza y Aragón, Vicente Aleixandre. En la revista, en sus separatas o en su colección bibliográfica aparecieron *El coronel no tiene quien le escriba*, de García Márquez; *Literatura y sociedad*, de Hernando Téllez; la ópera *Los hampones*, de Jorge Gaitán Durán, «el libro más atacado del año» (1961); *El museo vacío*, de Marta Traba, y *Pesadumbre de la belleza*, de Baldomero Sanín Cano, entre otros títulos que se destacan dentro del amplio repertorio de esta empresa compartida de «riesgo intelectual», al decir de Octavio Paz.



Una reunión de intelectuales en la Librería Gran Colombia, en Bogotá: Guillermo Puyana, Javier Rosero, Alberto Hoyos, Julio Martín Uribe, Jorge Mora padre, Jorge Mora hijo, y Delmiro Moreno. Fotograma del documental "Cafés y tertulias de Bogotá", de Lisandro Duque Naranjo, 1985.

Con todo y destacar Gaitán Durán el ambiente bogotano, como lo hace patente en una carta suya a Eduardo Cote Lamus, escrita en Cúcuta en 1954, el primero sienta sus reales en la capital para aceptar el desafío que formula en sus palabras cuando dice: «La selva es Bogotá. Acabo de regresar de allí. Vengo deprimido. Sólo ahora comprendo la tontería que hice al regresar de Europa. En Cúcuta se está dentro de una atmósfera nacional: el país con todos sus defectos y cualidades. Bogotá es una atmósfera asfixiante, donde el chisme, el chiste y el trago impiden toda actividad humana verdaderamente digna. Tú recuerdas cuántas críticas hice al ambiente cultural de España; pues bien, el de Bogotá es aún inferior: conformismo, ignorancia, petulancia que se cree talento. Naturalmente hay dos o tres personas con las que se puede conversar provechosamente. Conclusión: si no tienes condiciones de explorador, quédate allá lo más posible. Ante tal situación, sólo hay dos cosas a hacer: trabajar silenciosa y encarnizadamente en obras, y amar —per de verdad—, comprometiéndose enteramente, sin escapatorias». Y a esas tareas se consagró Gaitán Durán durante su estancia bogotana. Pero no tan silenciosa fue su labor, ya que escaldó las malas conciencias y su empresa encontró verdaderas enemistades en su camino, pues la lucidez y el talento no podían menos que producir alergias en "Envidiópolis", como llamara José María Vargas Vila a la capital colombiana.

Los sitios escogidos para reunirse por los colaboradores de *Mito*, es decir, por Fernando Arbeláez, Pedro Gómez Valderrama, Alvaro Mutis, García Márquez, Fernando Charry Lara, Rogelio Echavarría, Danilo Cruz Vélez, Gutiérrez Girardot, Jorge Eliécer Ruiz, Cote Lamus, además de los ya citados directores de la revista, eran el café Excelsior, en el centro de la ciudad, sobre la calle 18 abajo de la carrera séptima, cerca de donde viviera Ricardo Rendón con sus padres, y la cafetería del Hotel Granada. En Chapinero, donde vivían Gaitán y Cote, frecuentaban el café Colonial, que sobrevivió hasta no hace muchos años, en la carrera trece a la altura de la calle 56, donde también solía reunirse Aurelio Arturo con los jóvenes poetas. Las oficinas de *Mito* funcionaban en el décimo piso del edificio Antares, en la vecindad de la plaza de toros de Santamaría. Allí, en la redacción de la revista se discutían los arduos problemas de la creación artística y la acción política, la ética y la estética y, en fin, todos aquellos temas caros a los intelectuales que, como los de Mito, se esforzaban por desmitificar la simulada cultura del país, contra la cual rompían lanzas.







Exterior del Café Automático en la Avenida Jiménez, de Bogotá, y fotografía de Hubert Ariza y de Benavides con los contertulios habituales en los años 50 y 60.



Contertulios nadaístas de El Cisne: Dina Merlini, Jotamario Arbeláez, Gonzalo Arango, Elmo Valencia. Fotografía de Nereo López, ca. 1960.

El Cisne de los nadaístas

A escasos tres años de la aparición del primer número de *Mito* en Bogotá, en 1958, sale de las prensas de la Editorial Amistad de Medellín el primer *Manifiesto nadaísta*, firmado por Gonzalo Arango, el profeta del movimiento. Hasta ese entonces casi toda la cultura colombiana irradiaba al país desde Bogotá, casi siempre por núcleos de escritores y artistas provenientes de todas las regiones de la nación. El nadaísmo hizo la trayectoria inversa. Desde Medellín, primero, y luego desde Cali, el movimiento se desplazó hacia el centro para instalarse en Bogotá, desde donde su mensaje ganó resonancia no sólo nacional sino internacional. Su principal medio de contagio fue el escándalo, arma eficaz en sociedades tan pacatas como las que los vieron actuar. En Medellín se dieron a la prosaica tarea de comulgar para meter luego las hostias en libros con el esperado desmayo de beatas. Redactado en el exilio caleño, tras la participación de Gonzalo Arango en el movimiento político del dictador Rojas Pinilla, el primer *Manifiesto nadaísta* fue testigo de uno de sus tantos virajes ideológicos, o autocríticas: en el curso de uno de sus repetidos gestos iconoclastas, Gonzalo Arango reúne a sus amigos en el Parque Berrío de Medellín, y luego de leer su discurso escrito en un rollo de papel higiénico, procede a quemar su biblioteca personal y algunos manuscritos suyos. En la base del proyecto nadaísta, por lo menos en el caso de Gonzalo Arango, están el existencialismo de Sartre y Camus y el movimiento surrealista. Los bares y cafés eran la tierra natural del espíritu rebelde de tantos jóvenes que se sintieron reconocidos y atraídos por el germen nadaísta. El Metropol, La Bastilla, la Clínica Soma, y desde luego la errancia peripatética, fueron la academia de estos inconformes que iban ganándose a codazos su puesto en el mundo de las letras colombianas.

Los periódicos y revistas les abrieron gustosamente las puertas, ya que sus aires renovadores mejoraban las ventas y daban que hablar al aburrido ciudadano colombiano. Así, *El Tiempo* de Bogotá publica el *Manifiesto nadaísta* y la convocatoria para colaborar en la proyectada revista *Nada*, que sólo se concretará años después con la aparición de *Nadaísmo 70*. Un saboteo al congreso de escritores que inaugura con pompa y circunstancia Eduardo Carranza, motivó el recluimiento del profeta en la cárcel de La Ladera de Medellín, en el patio de los «más peligrosos». Después de su salida, los nadaístas organizaron una gira por Manizales, Pereira, Cali y Bogotá, entre 1960 y 1961. En Cali, el colectivo nadaísta, encabezado por Jotamario Arbeláez y Elmo Valencia, amenazó hacer explotar el monumento a Jorge Isaacs si no era reemplazado por uno de Brigitte Bardot..., desnuda. Producto de la gira fue la nómina ampliada del nadaísmo: a más del profeta, estaban los poetas antioqueños Jaime Jaramillo Escobar (alias "X-504"), Eduardo Escobar, Alberto Escobar, Darío Lemos, el novelista Humberto Navarro, más conocido como "Cachifo", los cuentistas Amílcar Osorio (seudónimo: Amílkar U.) y Jaime Espinel, el poeta Mario Rivero, que se unió luego al grupo, lo mismo que Diego León Giraldo, cineasta, y los historiadores Jorge Orlando y Moisés Melo. Un poco más tarde la nómina nacional del nadaísmo se incrementa con los nombres de Fanny Buitrago, David Bonells, Armando Romero y Elkin Restrepo. El contagio era tan grande que Jaime Jaramillo Escobar podía decir que «el nadaísmo era el segundo movimiento importante del país después de la Violencia, que tenía 400 000 afiliados». Y es que es detectable el vínculo entre el momento que vivía el país con el nacimiento y auge del nadaísmo, hasta el punto de que el mismo profeta dijo en alguna ocasión que «Si Gaitán no hubiera muerto, yo no sería hoy Gonzalo Arango». Así, con sus actitudes irreverentes y sus gestos anárquicos, los nadaístas se convirtieron en «el pistolero que no dejaban entrar a los cafés».

Una vez instalados en la capital del mal, o más exactamente del bien, ya que los nadaístas se consideraban la encarnación del mal, empiezan a frecuentar algunos sitios públicos que se convertirían con el tiempo en bastiones del movimiento en Bogotá. El café Carusso, en los altos de *El Espectador*, sobre la Avenida Jiménez, y la cafetería del Hotel Continental, al frente del anterior, son el refugio del nadaísmo en el centro de la ciudad. También frecuentan el café Automático de la vieja guardia, pero sobre todo la fuente de soda y pizzería El Cisne, sobre la carrera séptima a la altura de la calle 26, sitio frecuentado por los artistas de la televisión. Por esta época colaboraban en los suplementos literarios de los diarios capitalinos de circulación nacional y en revistas como *Cromos*, donde Gonzalo Arango realizó algunos estupendos

reportajes y divulgó el ideario ecléctico que caracterizaba al nadaísmo.

Desde las páginas de la revista *Nadaísmo 70* se lanzaron los manifiestos que mantuvieron cohesionado al grupo hasta cuando los arrebatos místicos del profeta dispersaron los rumbos de los compañeros de ruta, resultando de ello enemistades que terminaron por minar el movimiento. La muerte accidental de Gonzalo Arango puso punto final al estremecimiento de tierra de este «nihilismo al rojo vivo» que no podía durar por mucho tiempo. Sin embargo, a la hora de los balances, el desenfreno y la vitalidad puestos en escena abonaron el terreno a una actividad literaria y artística más libre y más puesta en situación.

La Romana

Como la Generación sin Nombre se ha querido designar al colectivo de escritores y poetas nacidos entre 1940 y 1950 con producciones tan disímiles como las de Juan Gustavo Cobo Borda, Darío Jaramillo Agudelo, Juan Manuel Roca, Antonio Caballero, Luis Fayad, María Mercedes Carranza, Oscar Collazos, Rafael Humberto Moreno-Durán, Ricardo Cano Gaviria, Albalucía Angel, Márvel Moreno y algunos más; en buena parte formados en el extranjero como diciendo que las condiciones del país no son las mejores para el desarrollo de las letras. Y es que, en realidad, hasta la concesión del Premio Nobel a Gabriel García Márquez al país le eran indiferentes el destino y la condición de sus escritores. Que tal situación no ha cambiado mucho es algo que testifica el exilio forzoso de algunos de los más conspicuos periodistas y escritores nacionales. Algunos de estos escritores hicieron sus pinitos literarios en las páginas de la revista *Eco* y por azares del destino se vieron vinculados a la Librería Buchholz del centro de la ciudad, hoy desaparecida, como su gestor. La cafetería La Romana, ubicada en el marco de la plazoleta de la Universidad del Rosario era para algunos, como Moreno-Durán, Policarpo Varón, Luis Fayad o Ricardo Cano Gaviria, el punto de encuentro para la tertulia literaria. Para ellos El Cisne todavía brindaba su cálida acogida, lo mismo que los predios de la Universidad Nacional, donde algunos de ellos cursaban estudios. Los años sesenta fueron para esta generación de escritores «la década prodigiosa», como la denomina Moreno-Durán en su novela *Juego de damas*. Es la época en que mueren Marilyn Monroe y Albert Camus, Jorge Gaitán Durán y el padre Camilo Torres. Existe una gran actividad política, teatral y cultural en la primera universidad pública del país. Carlos Duplat, Carlos Perozzo y Silvia Moscovitch tienen a su cargo la dirección de grupos de teatro que ponen en escena obras contemporáneas que abordan la condición humana y social. Joel Otero dirige el montaje de *Los justos*, de Camus. El poeta ruso Eugenij Evtuschenko hace una lectura de textos en la Facultad de Derecho con la traducción de Otto de Greiff. El cine es también atendido por los miembros de esta generación, quienes encuentran en *Mito* las reseñas y comentarios autorizados de Hernando Salcedo Silva, Hernando Valencia Goelkel y el mismo Gaitán Durán. El Teatro Coliseo permite conocer, junto a los cineclubes, la obra de Federico Fellini, Jean-Luc Godard e Igmar Bergman. La Orquesta Sinfónica se encuentra en su época gloriosa con la dirección del maestro estoniano Olav Roots. En fin, «la nostalgia ya no es lo que era», como dice Simone Signoret en alguno de sus filmes y la opción es amplia para el mundo del intelecto. Tal vez por eso mismo hayan decaído las ter-

El café Asturias y el Automático

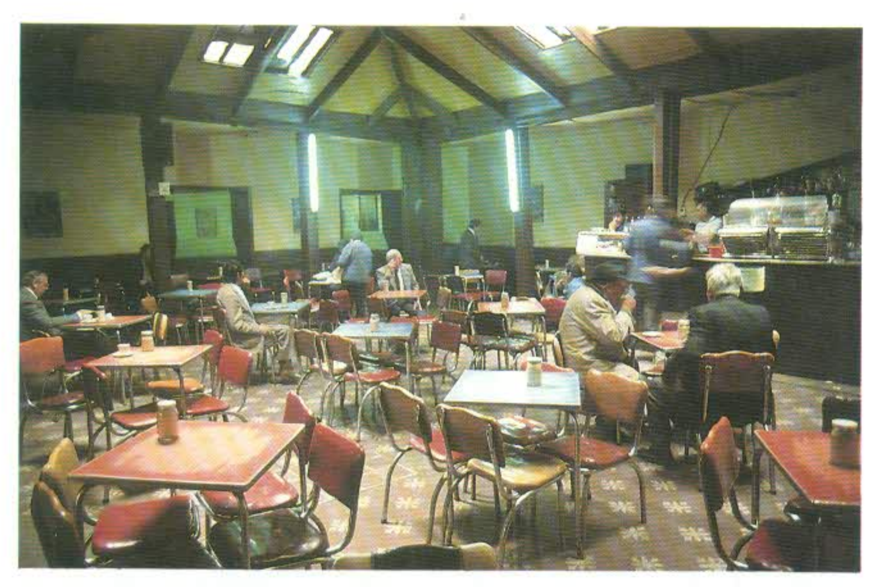
Trasladado a Bogotá para mis estudios universitarios fue en el café Asturias —extrañamente olvidado en las reminiscencias de la década de 1940— en donde encontré por primera vez algunos de los personajes de ese olimpo literario que se me antojaba inalcanzable. En una esquina del fondo del café, León de Greiff con *«su alta pipa y su taheña barba»* pergeñaba solitario sus *Mamotretos* entre copa y copa de aguardiente. Alberto Ángel Montoya, un poeta cuya obra completa recitaba de memoria en mis nocturnas navegaciones, y a quien imité en mi adolescencia, asistía allí medio ciego, a una tertulia de fieles amigos que celebraban, como expresiones de la mayor genialidad, sus paradojas muy a lo Wilde y sus *boutades* sobre la ordinariez de la vida bogotana. Por ahí desfilaban Eduardo Carranza, Jorge Rojas, Arturo Camacho Ramírez y Carlos Martín, los adalides del movimiento de Piedra y Cielo, a veces en la mesa de Ángel Montoya o rodeados de sus propios amigos y admiradores.

El recuerdo de ese tiempo lo hace borroso mi extrema timidez de entonces. En alguna forma me fui acercando a los más jóvenes. La dificultad era mayor porque entre ellos se hablaba de escritores desconocidos, de pintores nuevos, de los ismos. En realidad, de la efervescencia del mundo contemporáneo, que producía una especial excitación en las mentes y al que yo me aproximaba con difíciles y lentos pasos asombrados. Así, oí discutir a Jaime Tello de Joyce y de Eliot, a Vidal Echavarría del Surrealismo y a Luis Vidales de la praxis marxista. Lo cierto era que mis visitas al Asturias se convertían en un reto pleno de signos, de imágenes, de poderes significativos, que resultaban de los comentarios que allí se hacían sobre los libros más recientes y las revistas extranjeras que nunca habían estado al alcance de mis manos. De todas maneras el café era para mí un aula mucho más importante que aquéllas en las que pretendía estudiar el Derecho Civil o las Leyes Indianas [...]

La tertulia del café Automático, que siguió a la desaparición del Asturias, fue aún más interesante. Lo administraba un matrimonio belga. La mujer era muy hermosa y de ella estábamos todos enamorados. En realidad no existía allí nada automático sino que como en una vitrina una gran variedad de sandwiches estaba al alcance de la mano, el dueño decía que éstos se podían tomar «automáticamente». El nombre, que nunca apareció en los exteriores del café, perduró debido a nuestro mental automatismo. Se había convertido en el nuevo punto de reunión de intelectuales y poetas. Allí también llegaban los jóvenes pintores que empezaban a trastornar el arte de ver los cuadros. Irrumpían contra el pacato academicismo reinante en la Escuela de Bellas Artes, al tiempo que sentaban las bases de una fructífera revolución de las artes plásticas que colocó a Colombia en una línea de avanzada.

Jorge Zalamea, recién llegado de México y de Italia, con sus traducciones de Saint-John Perse, era un asiduo contertulio en una mesa muy exclusiva a la que solamente concurrían León de Greiff y el pintor Ignacio Gómez Jaramillo. Zalamea era una especie de pontífice de las letras, muy exigente y desdeñoso. Sus apreciaciones de nuestras manifestaciones artísticas fueron siempre despiadadas y sarcásticas. La simple aceptación de una persona en su mesa resultaba una especie de reconocimiento nacional. Como era proverbial su desdén, los jóvenes nos situábamos a muy prudente distancia para evitar situaciones que podían llegar a ser sencillamente bochornosas.

FERNANDO ARBELÁEZ



Un sobreviviente de los cafés bogotanos: el "San Moritz", de la Calle 16 con 7ª. Fotografía de Ernesto Monsalve.

tulias en sitios públicos, ya que es muy variada la actividad en las grandes ciudades.

Del café a la librería

Pero bien sea por el desmesurado crecimiento de las ciudades, que ha dispersado las actividades de quienes antes se encontraban sin apenas buscarse, o porque las universidades concentran buena parte de la actividad y el interés cultural, el hecho es que los cafés empezaron a dejar de ser rentables frente a otros negocios y en los otrora escenarios de la tertulia etílica han aparecido salas de cine o aparcaderos públicos. Tertuliaderos cercanos en la memoria como La Sultana, el Salón Mejía, el Florida, el Menorca e incluso El Cisne, en Bogotá, han desaparecido o, en el mejor de los casos, han perdido su tertulia. Sin embargo, el café ha buscado refugio en las librerías que lo reconocen como su gran aliado. Tenemos, entonces, lugares gratos como los que ofrecen en la capital Oma Libros, la Librería Nacional, la Lerner, la Gran Colombia y otras más recientes, al lado de los llamados café-libros.

El hecho de que nuestra economia dependa en buena medida de un producto de sobremesa bien puede ser un peligro social pero, desde luego, más peligroso es el fenómeno de la pérdida del hábito de la conversación que fomenta la tolerancia y ésta, en buena medida, era propiciada por el café y por el turbio ambiente de los establecimientos que vieron forjarse a tantos valores de las letras nacionales. Ahora, para exteriorizarnos necesitamos de tragos más fuertes, pero esto es otra historia.

Bibliografía

FUENMAYOR, ALFONSO. *Crónicas del Grupo de Barranquilla*. Bogotá, Colcultura, 1981.

LONDOÑO, PATRICIA y SANTIAGO LONDOÑO. "Vida diaria en las ciudades colombianas". En: *Nueva historia de Colombia*, Vol. IV. Bogotá, Planeta, 1989.

OSORIO LIZARAZO, JOSÉ ANTONIO. *El árbol turbulento*. Bogotá, Imprenta del Banco de la República, 1954.

Panida. Edición facsimilar. Bogotá, Colcultura, s.f.

RUIZ MARTÍNEZ, EDUARDO. *La librería de Nariño y los derechos del hombre*. Bogotá, Planeta, 1990.

SERPA FLÓREZ, GLORIA. "La Gruta Simbólica". En: *Manual de literatura colombiana*, Vol. I. Bogotá, Procultura-Planeta, 1988.

SILVA, RENÁN. *Prensa y revolución a finales del siglo XVIII*. Bogotá, Banco de la República, 1988.

URIBE CELIS, CARLOS. *Los años veinte en Colombia*. Bogotá, Ediciones Aurora, 185.

El movimiento teatral en Colombia

Marina Lamus Obregón



Escena del tercer acto de "El misionero", drama tradicional. Grabado impreso por G. Morales y Cía., Bogotá, 1850. Biblioteca Nacional, Bogotá.

PERÍODO COLONIAL

Durante los siglos XVI, XVII y XVIII, el teatro en la América hispana se dio como una manifestación artística relacionada directamente con la importancia política y económica de los asentamientos poblacionales, y ligada a la vida social y religiosa. En su desarrollo, influyeron tanto los acontecimientos de las cortes virreinales, como las celebraciones por la coronación de los reyes españoles, la llegada de los virreyes y gobernadores, los triunfos del ejército español en ultramar o en las mismas colonias, al igual que las fiestas religiosas y las reuniones de obispos. Sin importar el grado de pompa y boato que desplegaron las celebraciones, éstas siempre se regían por las pragmáticas reales, prolijas en estas materias, redactadas y promulgadas con el objetivo de guardar y preservar el *decorum* de las instituciones. Todo esto era reflejo de la supervivencia del medioevo, que cabalgaba con los conquistadores y con los ideales evangelizadores de los monjes misioneros, y del cual no se escapaba el teatro, aunque las "comedias" sirvieron con frecuencia para mediar momentáneamente en las complejas relaciones que se establecían en la nueva sociedad.

En la América colonial, a pesar de la diversidad cultural entre conquistadores y criollos, existió una unidad en la implantación de ciertas formas de la denominada "cultura superior", de la cual participaba el teatro. El desarrollo de las prácticas teatrales, que se fueron consolidando hasta arraigarse en mayor o menor grado en los virreinatos y núcleos de población, dependió de muchos factores no sólo culturales y religiosos, sino también de los eventos intrínsecos de la conquista, los cuales marcaron ciertas características que individualizaron desde el principio a estos procesos.

Para el caso específico de lo que hoy se llama Colombia, dividiremos el período colonial en tres categorías: teatro evangelizador, teatro escolar y teatro criollo, resaltando dentro de esta última división, algunas características que ilustran la forma como el teatro hacía parte integral de la vida colonial.

Teatro evangelizador

El teatro evangelizador surgió, ante todo, de la necesidad de allanar las dificultades impuestas por las diferencias lingüísticas y hacer comprender a los nativos, en forma didáctica y fácil, la doctrina cristiana. Por esto, los monjes franciscanos, dominicos y jesuitas, echaron mano de los misterios y milagros medievales, que consistían en la narración dialogada de pasajes de la historia sagrada. Con el

mismo objetivo didáctico, acudieron a la tramoya medieval, rica en sofisticados trucos, que con sus escenarios múltiples les permitían acciones que se desarrollaban casi simultáneamente en el cielo, la tierra y el infierno, dando a la narración teatral aires de vívido realismo, necesarios para implantar los nuevos conceptos cristianos de cielo, infierno, ángel, demonio, sagrada eucaristía, etc.

La representación religiosa se desarrolló dentro de las iglesias y en espacios abiertos, como las plazas de los poblados, con la participación de todos: curas, autoridades civiles, indios y españoles, y convirtió al acto teatral en un acto totalizador, en donde de manera conjunta actores y público le rendían honor al Dios de los conquistadores.

El teatro evangelizador no fue un trasplante mecánico de Europa, también se alimentó de los bailes y cantos nativos, se decoró con los colores, flores y animales de las nuevas tierras, dio libertad a la creatividad y, en fin, abonó el terreno para la creación de textos. Así, llegó a formar un verdadero sincretismo artístico, que sería la base del entendimiento y la recepción de la nueva doctrina y de la estructura teatral en sí.

El teatro evangelizador tuvo su máximo y más interesante desarrollo en Nueva España (México), posiblemente desde 1525 hasta la década del cuarenta. Allí, los franciscanos, después de verdaderas jornadas teatrales, bautizaban a miles de indígenas por aspersión, práctica que fue tema de serias discusiones doctrinales entre franciscanos y dominicos, no sólo por los bautizos múltiples, sino porque se hacían inmediatamente después de las representaciones. Esta polémica, sumada a otros motivos de



Carro alegórico del oficio de pescador, realizado en Valencia para los festejos de canonización de santo Tomás de Villanueva, 1658. Madrid, Biblioteca Nacional de España.

discusión y celo entre las comunidades, hizo que los jerarcas dominicos, entre 1550 y 1555, prohibieran a sus clérigos estas prácticas, lo cual repercutió en las otras colonias. Dicha prohibición continuaría vigente hasta bien entrado el siglo XVIII.

Los primeros religiosos llegaron a Colombia en 1510 y se instalaron en Santa María de Antigua del Darién. Según el historiador Fernán González, al comienzo los misioneros se desempeñaron casi exclusivamente como capellanes de los conquistadores; por eso, el verdadero auge de la evangelización sólo comenzó hasta el año 1549, con la llegada de un grupo de dominicos y franciscanos que iban evangelizando de encomienda en encomienda. Estos misioneros, en especial los dominicos, llegaron al país en el momento álgido de las discusiones doctrinales en la Nueva España; por tanto, venían sometidos a normas puntuales en materia evangelizadora, y casi inmediatamente recibieron la prohibición de las representaciones teatrales.

Además de esta prohibición, otros factores que impidieron un vigoroso desarrollo del teatro evangelizador, tanto escrito como representado, fueron: la ausencia entre las comunidades indígenas de Colombia de una unidad política cohesionada por un régimen imperial, como en México, y su diversidad lingüística (todavía subsisten aproximadamente 60 lenguas), que impedía la evangelización, por otra parte, los clérigos demostraron muy poco interés en aprender las lenguas indígenas, las autoridades eclesiásticas se negaron, al comienzo, a ordenar sacerdotes criollos, y algunas etnias presentaron una beligerante oposición a los españoles.

Por lo anterior, y a falta de testimonios documentales nuevos que puedan arrojar mayor precisión sobre este aspecto, para la investigación sobre el teatro evangelizador debemos acudir a las pocas noticias existentes hasta el momento y al estudio de las representaciones teatrales religiosas que todavía a mediados del siglo XX se continuaban realizando en varias poblaciones de los actuales departamentos de Cauca, Nariño, Boyacá, Cundinamarca, Santanderes y otros, y que son verdaderos testimonios de la época colonial.

Además de los *misterios* y *milagros*, también se realizaron *pasos*, que consistían en representaciones mímicas, o con escaso diálogo, de escenas que



Tarasca (sierpe monstruosa procesional) diseñada por J.M. Bernáldez O.C. en España, 1667. Publicada por José Antonio Maravall en su obra "Teatro, fiesta e ideología en el Barroco", Barcelona, Ediciones del Serval, 1985. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

ejemplificaban la Pasión de Cristo. Estos *pasos* tuvieron variaciones, según la región; la más común fue aquella en forma de procesión, en la que los actores iban caminando rodeados por el público, y en ciertos sitios, acordados de antemano, se detenían para recitar un corto parlamento.

A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, algunos autores anónimos escribieron autos navideños. Los municipios del Cauca fueron los más fecundos y crearon una tradición; de esta región es el auto titulado *Herodes el Grande o los Reyes Magos*. Estos autos escenificaban la peregrinación de los Reyes siguiendo la estrella, el encuentro con Herodes y, finalmente, la reunión con el Niño Jesús y su adoración.

Teatro escolar

Podría decirse que el teatro escolar también fue de carácter religioso y catequizador, pero aquí el énfasis estaba sobre la intención didáctica escolar, para facilitar al alumno el aprendizaje del latín y brindar una ocasión para el ejercicio de la retórica. El teatro escolar estaba circunscrito a las festividades religiosas y académicas, de igual forma a como se había desarrollado en las universidades españolas durante el siglo XVI. En el Nuevo Reino de Granada, el teatro de los jesuitas fue el más importante. La fundación de colegios trajo consigo la expansión de este teatro, pero no logró mayor arraigo en la población porque sus presentaciones se realizaban en el ámbito de los colegios y a ellas sólo tenían acceso aquellas per-



"De los deleites se sigue el dolor y la miseria". Grabado del "Theatro moral" de Henryco y Cornelio Ventussen, Amberes, 1701. Biblioteca Nacional.

sonas que pertenecían a una determinada capa de la sociedad.

Precisamente un alumno del colegio-seminario de San Bartolomé, Fernando Fernández de Valenzuela (1616-ca. 1677) escribió, alrededor de 1629, la *Laurea crítica*, considerada como «la primera pieza dramática escrita en el Nuevo Reino de Granada por autor nacido en estas tierras, cuyo texto se ha conservado», según la investigación realizada por Juan José Arrom y José Manuel Rivas Sacconi. A propósito de esta misma obra, Fernando González Cajiao considera que su importancia radica en que «es la primera prueba de arraigo que tuvo entre nosotros la *commedia dell'arte* desde la primera mitad del siglo XVIII». En virtud de esta interpretación, podríamos agregar que los jesuitas, además del teatro clásico, permitieron a sus alumnos incluir en los ejercicios formas teatrales y personajes del teatro que deambulaba por las plazas de los poblados.

Más tarde, en el siglo XIX, el teatro dejó de ser para los alumnos un mero texto literario, para pasar a ser representado en el escenario escolar, durante las llamadas "repúblicas bartolinas", época que se volvió propicia para estrenar obras de alumnos y exalumnos. Las repúblicas bartolinas tuvieron gran importancia dentro de la nueva sociedad criolla, entre 1820 y 1830; a partir del 16 de diciembre, los estudiantes declaraban su propia república, con reglamentos y autoridades, y por las noches representaban comedias y entremeses, a los que asistían altos funcionarios del gobierno, entre ellos Francisco de Paula Santander y Simón Bolívar, al igual que numerosos padres de familia e intelectuales. La obra de José Fernández Madrid, *Guatimocín*, fue estrenada por los colegiales.

Teatro criollo

Las primeras informaciones sobre teatro secular, que han sido reunidas por José Vicente Ortega Ricaurte en su libro *Historia crítica del teatro en Bogotá*, son: en 1580, la representación de la obra *Los Alarcos*, primera representación en el Nuevo Reino de Granada, con motivo del concilio convocado por el arzobispo Zapata celebrado en Santafé de Bogotá. La segunda información se refiere, en 1594, a la creación de una compañía de teatro integrada por chapetones, cuyas presentaciones se efectuaban bajo toldas a dos cuadras de distancia de la plazuela de San Francisco, con un escenario tan pobre, que un actor, antes de la función, debía hacer imaginar por medio de la palabra un decorado que no existía.

El teatro del siglo XVII continuó ligado a las festividades religiosas y civiles, pero en algunas regiones ya las representaciones comienzan a desligarse de aquellas y a adquirir una vida propia, con funciones más continuas y en las horas de la noche. Este proceso estuvo acompañado por numerosas controversias y disputas, incluso de orden legal, entre las autoridades eclesiásticas y las civiles, que expresaban la reacción de un sector de los clérigos a un teatro secular que no estaba bajo su control y que ellos calificaban de nocivo para los estamentos sociales.

En el siglo XVII existieron compañías teatrales integradas por aficionados, compañías de actores itinerantes, según se puede deducir de ciertos documentos, como el publicado por el investigador Harvey L. Johnson, que data de 1618 y se refiere al contrato celebrado por varios actores que se constituyen como una compañía de teatro, para representar obras en Santafé y en otros lugares.

También del siglo XVII (1672-1673) es el documento que se refiere a la defensa emprendida por las autoridades civiles de Mompós, con motivo de la pena de excomunión que un juez eclesiástico impuso a unos actores (no profesionales) por la presentación de una comedia en las horas de la noche, en honor de santa Bárbara. El cura vicario de la villa se apoyaba, para su determinación, en la prohibición que él expresamente les había impartido a dichos actores por escrito, en la cual aducía que las comedias, inclusive las "decentes" (la obra se llamaba *La devoción del rosario*), habían sido proscritas por el comisario de la Santa Cruzada. Además, considerando su experiencia como rector espiritual, las comedias de noche propiciaban ofensas a Dios: «Antes de encenderse las luces y que se paren en el tablado, hay promiscuo concurso [...] en deambos sexos, apropiada la oscuridad de la noche en que corren peligro espiritual las almas». Por tanto, se procedía a la excomunión de «Tome Martínez, pardo libre zapatero, y al ayudante Bernabé del Castillo, pardo libre platero, [a los hermanos] Alonso y Baltasar del Castillo, zapateros, [...] Juan del Castillo, sastre, [...] Juan Fernández, pardo libre sastre, un muchacho llamado Marcelo, pardo hijo de Ursula Ramírez, viuda zamba libre, y otro muchacho hijo de Dorotea, negra».

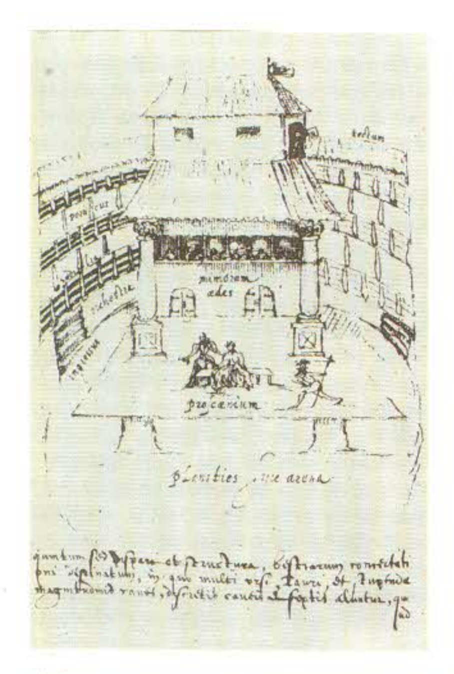
En materia de historia teatral, son más interesantes los argumentos de los testigos de la defensa, porque revelan un consenso al manifestar que era tradicional en Mompós, Cartage-

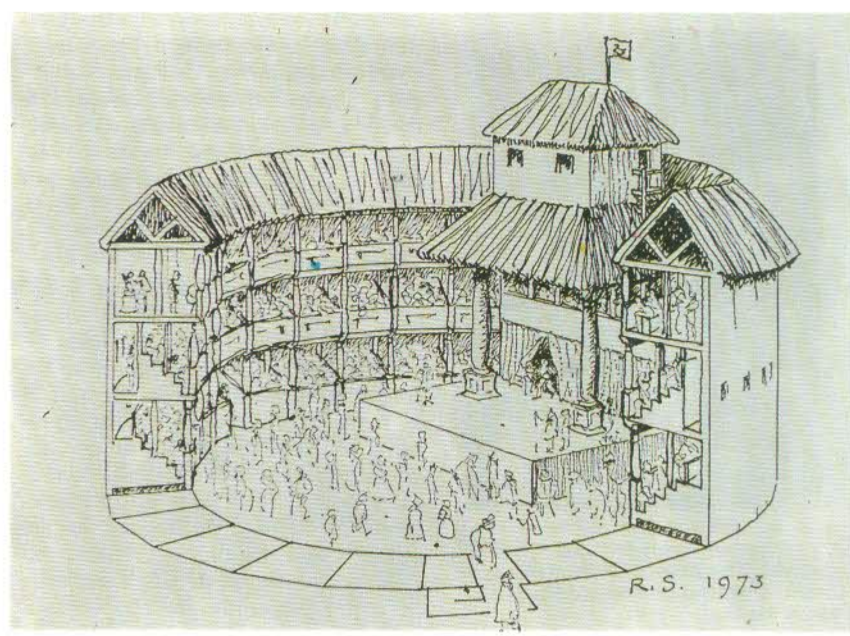






Tres diferentes escenas de calle con rejas altas, ambiente de plaza y torneo y escena de jardín, en un mismo corral de comedias. Ilustraciones del libro de David Castillejo, 1984.





El Cisne, teatro londinense de la época de William Shakespeare, en un dibujo de 1596 y en la interpretación arquitectónica de Richard Southern, 1973. David Castillejo, "El corral de comedias", Madrid, Consejo de Cultura del Ayuntamiento, 1984.

na, Santafé y otras ciudades del reino, la presentación nocturna de comedias. Por ejemplo, el sargento mayor Tomás de Soto Velasco decía: «Todos los sábados del año, exceptuando cuaresma, vido se representaron las obras comedias de noche sin embarazo ni repugnancia de ningún juez». El capitán Miguel de Amórtegui, calificado como el alcalde ordinario más antiguo de la villa de Mompós, precisaba: «Se han representado muchas de noche en esta dicha villa sin que haya habido contradicción ni embarazo por ningún juez secular ni eclesiástico y ha entendido se han representado de muchos años a esta parte y en particular las han visto representar desde el año cincuenta y cuatro y esto es lo que sabe del pedimento y no otra cosa y es la verdad como así mismo lo es haber visto en otras partes de las Indias el representarse dichas comedias de noche a vista de los jueces eclesiásticos y seculares y en la ciudad de Santafé las vido representar de noche a vista de la Real Audiencia».

Como esta documentación se refiere a la declaración de los testigos que se enviaba a la Real Audiencia para que ésta dictara sentencia, no está incluido el fallo e, infortunadamente, nos quedamos sin saber qué pasó con los actores y sus funciones nocturnas; sin embargo, deducimos, por otros documentos posteriores sobre funciones, que el teatro siguió subiendo el telón en Mompós.

En el siglo XVIII, el texto literario o dramatúrgico continuaba siendo una copia de los modelos españoles. Esta influencia se fue afianzando durante todo el siglo, aunque, por iniciativas individuales, se comenzaron a traducir y representar dramas del francés, que circulaban en forma manuscrita entre las personas con mentalidad progresista, entre las cuales crecían los ideales libertarios, aunque de manera general el fenómeno formara parte del afrancesamiento del reino español, que nos llegaba con los virreyes y sus familias.

Circunstancias de la vida cultural española hicieron que definitivamente nuestras élites intelectuales tuvieran como norte, en literatura dramática, el modelo español, y que en el caso del teatro, el texto dramatúrgico se independizara de la puesta en escena y adquiriera mayor importancia. La ausencia de delimitación entre poesía y dramática lo convirtió en un texto de lectura autosuficiente, y aunque la separación se hizo evidente con el teatro burgués en prosa, este cambio no hizo que el texto y la práctica convivieran, sino que el texto siguió teniendo una existencia propia, preferible para la sociedad burguesa. Las reimpresiones de comedias, sainetes y entremeses del Siglo de Oro y de las obras de Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), Agustín Moreto (1618-1669), Luis Vélez de Guevara (1579-1644) y otros, ocuparon el espacio que habían dejado las representaciones en los españolísimos corrales, debido a las prohibiciones y persecuciones a que se sometió al teatro peninsular en el siglo XVII. Estas reimpresiones fueron llegando, desde mediados del siglo, al Virreinato de la Nueva Granada.

Comparados con los del siglo XVII, los tablados colombianos del siglo XVIII empiezan a mostrar algunas modificaciones. El calendario más propicio para las representaciones siguió siendo el de las fiestas patronales y celebraciones, y con la instalación definitiva del Virreinato, las fiestas trataron de parecerse en fastuosidad a las de los otros virreinatos, a pesar de que la Nueva Granada era una región pobre. Las celebraciones religiosas se fueron secularizando. Con la secularización, las fiestas en los poblados de blancos se convirtieron en ferias, abigarradas de actos, donde se articulaban expresiones artísticas con otras de variada índole, para conformar una estructura espectacular, que daba razón de la diversidad cultural y étnica de la sociedad. Las fiestas, por lo general, duraban varios días; cada día comenzaba temprano, con las ceremonias religiosas, y concluía con la función teatral; por las tardes, había corrida de toros. Se autorizaba

la quema de pólvora, el consumo de aguardiente, los juegos de mesa y de azar, y según el motivo de la fiesta, se incluían mojigangas, mímicas, comparsas, y se aumentaban las jornadas festivas.

Para asistir a las comedias, los parroquianos se daban cita entre siete y ocho de la noche en la plaza. Allí, sobre un tablado montado para la ocasión, comenzaba la función, la mayoría de las veces con loas, género arraigado en toda la América hispana. Seguía la obra central de teatro, en cuyos intermedios se ejecutaban contradanzas, música, un entremés o un sainete, y la función concluía hacia la medianoche.

Por la noticia de las fiestas celebradas en Cali con motivo de la jura de Carlos IV en 1788, vemos que, todavía a finales de siglo, los actores seguían utilizando los trucos medievales en escena para causar mayor impacto entre los espectadores: «Se representó una tragedia, la *Raquel*, con entremeses en los entreactos y contradanzas ejecutadas por niños. La representación de la tragedia arrancó frenéticos aplausos: al morir Raquel se vieron salir patentemente las plumadas de sangre de su pecho, a cuyo aspecto (dice el acta) todos los espectadores se deshicieron en llanto».

Fiestas y comedias para buscar el olvido

En diciembre de 1715 se presentaron una serie de acontecimientos políticos entre el presidente Francisco de Meneses y los oidores de Santafé. La situación fue tan grave, que la gente del pueblo empezó a mostrar airadamente su desacuerdo; entonces, los oidores decidieron, a la usanza romana, divertir al pueblo para que se olvidara de los maltratos que ellos le habían infringido al presidente y de las artimañas políticas en las que también se involucró al clero. José Manuel Groot relata así los acontecimientos: «Celebráronse, pues, fiestas, con toros, alardes, máscaras y comedias, pretextando celebrar el triunfo de las armas reales, aunque el verdadero objeto era el que ellos se sabían y podía agregarse otro de verdadero regocijo para los señores ministros, y era la noticia que había venido a la pérdida de los navíos de Charcas en que iban para la Corte pliegos de informaciones sobre su conducta, cuyo envío no habían podido evitar, como habían evitado otros; porque éste era otro de los arbitrios



Tablado de teatro callejero durante la entrada del príncipe de Gales al alcázar de Madrid, en un grabado de 1623. Cf. David Castillejo.



El Teatro Antiguo del Príncipe, en Madrid, hacia 1663. Dibujo de Juan Comba, 1884. Cf. David Castillejo.

usados por los señores de la Audiencia: violar la correspondencia».

Por otra parte, la villa del Socorro, en donde había estallado la insurrección de los Comuneros en 1781, le rindió un homenaje en 1784 al arzobispo virrey Antonio Caballero y Góngora, «con motivo de las distinciones hechas por Su Majestad». Los festejos duraron nueve días, del 7 al 15 de febrero. El primer día, un bando ordenó a los socorranos y demás visitantes divertirse so pena de ser castigados; a partir de este momento hubo música, repique de campanas, mojigangas, comparsas con máscaras, corridas de toros, comedias y mil diversiones más. Los títulos de las comedias fueron: *Caer para levantar*, *Con amor no hay amistad* y *Primero es la honra*; además, un sainete del cual no figura el nombre y la zarzuela *El veneno de la hermosura*. Resulta muy revelador de los contradictorios intereses políticos que estaban en juego, el que la villa comunera gastara tanto boato y desplegara tal variedad de manifestaciones artísticas, para festejar precisamente al arzobispo que había intervenido en las capitulaciones de los Comuneros.

Actores que pueden divertir

Durante el siglo XIX se generalizó la idea de que los actores cómicos coloniales, españoles o criollos, eran mediocres y vulgares. La vida itinerante que llevaban y tal o cual rumor picante acerca de las libertades que se tomaban las actrices, contribuyeron a acrecentar esta fama.

Analizando las noticias y la documentación existente sobre este aspecto, encontramos que en los siglos XVII y XVIII debió haber cómicos de todas las clases y condiciones, y que desde esta época se empieza a afianzar la dicotomía actor profesional-actor aficionado, la cual se reflejó en la distinción entre compañía comercial y compañías de aficionados, que más tarde, a principios del siglo XX, se llamaron grupos escénicos. Lo que sí parece indudable es que se trataba de un teatro muy popular y que los actores no solamente actuaban, sino que cantaban, bailaban, recitaban y conocían los secretos de los escenarios. De otra forma no se entendería que pudieran organizar espectáculos callejeros y obras de teatro, y mantenerse varias horas actuando sobre tablados improvisados, lo cual implicaba conmover al público con la obra central, que era un drama, y hacerlo reír en las comedias y sainetes de los intermedios. Un buen ejemplo de esto es el documento sobre las mencionadas fiestas del Socorro: «A la una de la tarde, los que formaban la contradanza en esta mañana, se volvieron a presentar con otros muchachos en la Plaza, con unas figuras tan extrañas, como vistosas, por tocar en el extremo de la fealdad, y nada ridículas; y en el centro de ella danzaron con primor todas las diferencias, a que dio lugar el corto tiempo de una hora; en cuyo espacio sus compañeros hicieron otros ejercicios graciosos, capaces de desterrar cualquiera parte de humor melancólico».

El dato más interesante que conocemos sobre un actor español, proviene de Ocaña en 1776, según un documento del Archivo Nacional de Colombia, y se refiere a Angel Antonio Bustamante, un actor chapetón casado con ocañera y residente en dicha ciudad, quien para la función teatral contaba con la participación de por lo menos dos negros esclavos, que acompañaban la función con música. El documento es una demanda civil y criminal de Bustamante «natural de los Reinos de España y vecino de esta ciudad de Ocaña [contra] don Antonio Joseph del Rincón». Según la de-

manda, Joseph del Rincón era el cura vicario de la ciudad, quien contraviniendo la norma impuesta por su condición clerical, asistía a la función en la plaza parroquial, en compañía de los padres Lorenzo Lobo y Bartolomé Quirós, primo hermano del primero. La obra titulada *Los encantos de Medea* había sido presentada el 8 de diciembre para manifestar «obsequio y devoción, a la gloriosa virgen y mártir señora santa Bárbara» y había sido repetida el día 9 para celebrar «la festividad de la pura y limpia concepción de María Santísima, patrona universal de todos los dominios y nuestro soberano y católico monarca»; cuando había pasado la primera jornada de la obra, el día 9, el padre Del Rincón hizo salir del tablado al negro tamborilero y al clarinero, esclavos de Bustamante, para que tocaran con gran estrépito y se formara un tumulto, de manera que interrumpiera la función; luego, el cura subió al tablado y golpeó en el rostro a Bustamante. El alegato del actor frente a las autoridades civiles de Ocaña, Pamplona y Santafé, encierra sofisticadas interpretaciones semánticas, aderezadas con citas en latín, de las injurias verbales, y del golpe recibido en el rostro, no sólo encuentra Bustamante que se ha atentado contra su código caballeresco, sino que interpreta teatralmente la injuria, como lo haría un semiólogo del siglo XX.

Como sus otros coterráneos, los actores peninsulares vinieron buscando fortuna en las nuevas tierras y fama con nuevos públicos. Posiblemente también llegaron porque en la metrópoli, en 1714 y por medio de una cédula, Felipe V había autorizado al gremio de representantes de la Corte para crear compañías que representaran en todas las poblaciones de la monarquía, pero posteriormente, en 1725, las compañías autorizadas se habían reducido a ocho, y a las demás se les había dado libertad para que anduvieran itinerantes por todas las ciudades del reino. Como en la práctica los cómicos encontraron oposición de las autoridades eclesiásticas, quienes pidieron prohibiciones expresas en ciudades como Valencia, Valladolid, Pamplona, Málaga, Granada y seis ciudades más, algunos cómicos decidieron buscar nuevos horizontes.

Dichas prohibiciones hicieron que espectáculos de corte circense, volatines, acróbatas y el teatro de guiñol tomaran los espacios públicos dejados por el teatro. Estos maromeros —como se les decía en el Nuevo Reino— también llegaron a las nuevas tierras durante los últimos años del siglo XVIII y primer cuarto del XIX. En Santafé de Bogotá se presentó, en 1797 y en el recientemente construido Coliseo Ramírez, Miguel Cortés, alias "el Florentino", con su compañía de volatines, y así Cortés fue, tal vez, el primer maromero conocido en estas tierras.

Pachito Cuervo

Este personaje era un contador de cuentos e imitador de voces y ruidos, querido en Santafé porque con sus bromas lograba romper la monótona existencia de la ciudad. Debido a su genio histriónico, fue admitido en las fiestas de los notables; su fama llegó incluso a oídos del virrey José de Ezpeleta y de su esposa la virreina María de la Paz Enrile, quienes también gozaron con sus historias y chascarrillos.

Pachito Cuervo vestía de ruana y alpargatas, según José Manuel Groot, «tenía talento para hacer pegaduras, contar cuentos y divertir a la gente. Tenía habilidad para remedar y hacer chascos. Era necesario en las fiestas y paseos», tenía por costumbre irse de la casa a otros pueblos y quedarse en ellos varios días, por lo cual podríamos deducir que aprovechaba las ferias de los pueblos para hacer reír en las plazas.

Pachito Cuervo fue el primer contador de cuentos conocido en Colombia, que pasó circunstancialmente a la historia por su relación un tanto bufonesca con los virreyes. Con Pachito Cuervo se instaura en el país una tradición que adquiere diversas formas al pasar a los escenarios, y que, además, con la recreación de la historia oral, va actualizando las viejas historias de los núcleos rurales.



Tipo popular del "hablador". Xilografía de Ernesto Munévar Molina (Lumort). "El Moscardón", Nº 3, octubre 10 de 1909. Biblioteca Luis Angel Arango.

Prohibiciones mil

El teatro en Colombia fue prohibido en forma expresa por las jerarquías de algunas comunidades religiosas e indirectamente restringido por las autoridades civiles, pues como hacía parte de un conjunto de diversiones compuesto por las corridas de toros, las mascaradas y las fiestas de máscaras, el teatro se veía también afectado por las prohibiciones que pesaban sobre éstas y por las suspensiones. Sin embargo, las restricciones no se generalizaban en forma indiscriminada en todo el país; éstas dependían mucho de la situación económica, de las condiciones de salubridad, de la conformación étnica y de la defensa que hicieran los vecinos de las villas ante las autoridades para no dejar que los festejos fueran suspendidos. Por ejemplo, las corridas de toros fueron prohibidas en los pueblos de indios, pero se autorizaban en aquellos pueblos de blancos donde se consideraban tradicionales o única diversión anual.

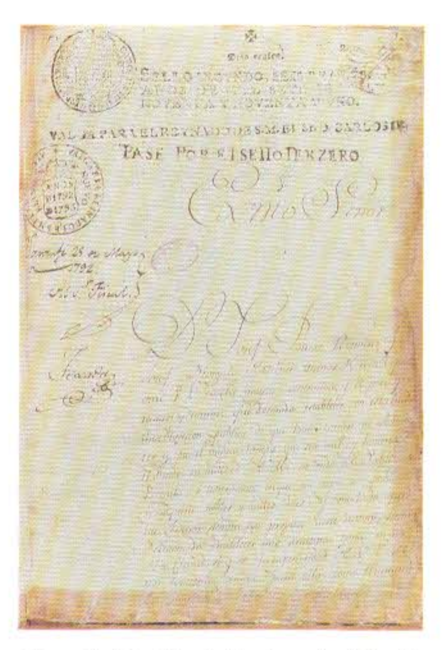
Ya mencionamos la prohibición impuesta sobre los monjes y curas para asistir a las representaciones teatrales profanas. Por su parte, los curas párrocos pedían la suspensión de las comedias, porque según ellos algunos parlamentos y gestos de los actores eran indecentes y porque la función de noche favorecía el acercamiento de las personas de diferente sexo y clase social. Además, la pobreza y las enfermedades del virreinato hacían que algunas fiestas patronales y recibimientos de virreyes fueran suspendidos.

Los motivos económicos eran otra preocupación del clero, puesto que los alféreces encargados se excedían en los gastos. Otras fiestas, como sostenía el cura del Socorro, debían ser suspendidas porque ofendían a Dios por las "bebezones" y excesos, y además, como la celebración era patronal, el dinero recogido se debía invertir no en comedias o juegos, sino en la terminación de la iglesia.

En Cartagena y Mompós se aceptaba que las fiestas eran un desahogo necesario para la población, por ello

no se pedía su suspensión, sino su reglamentación, porque sin normas, la corrupción del pueblo aumentaba, por «el modo y con las amplitudes que se ejecutan, permitiendo todo género de juegos de suerte y envite sin restricción de alguno como es notorio en que entran personas d todas clases, con inclusión de esclavos, y hijos de familia a todas las horas del día y de la noche».

Sobre el uso de las máscaras en las fiestas, se hacía una distinción entre las usadas por los indígenas y las que utilizaban «los blancos a la manera española», como se decía. Se culpaba al batallón de *Saboya* de haberlas introducido desde el «río de la Hacha» hasta el interior, «con mucha satisfacción a las más gentes del país». Sin embargo, a pesar de la distinción, la prohibición de su uso fue hecha por el virrey Manuel Guirior en 1774, y ésta fue acatada e impuesta también a la población indígena.



Memorial de Josef Tomás Ramírez y Josef Dionisio del Villar solicitando permiso para establecer un teâtro de comedia en Santafé de Bogotá (mayo 29 de 1791). Biblioteca Nacional, Bogotá.

SIGLO XIX

El Coliseo Ramírez

La actividad teatral del siglo XIX en Colombia comienza con la construcción del primer teatro en Santafé, edificado por Tomás Ramírez y José Dionisio del Villar en 1792, durante el gobierno del virrey José de Ezpeleta. La edificación del Coliseo Ramírez coincide con la construcción de teatros en los principales centros urbanos del continente: La Habana, 1776; Caracas, 1784; Guayaquil, hacia 1790; Montevideo, 1793; Guatemala, 1794; La Paz, 1796.

Esta primera casa de comedias, llamada primero Coliseo Ramírez, y más tarde, a partir de 1840, Teatro Maldonado, se erige como símbolo de un teatro que se empieza a establecer oficialmente bajo un concepto hegemónico de cultura. En este proceso confluyen varias circunstancias que se desarrollan a lo largo del siglo y culminan en la década del ochenta, cuando el gobierno interviene directamente con la construcción del Teatro Colón de Bogotá.

En efecto, por estos años se comenzaba a sentir la necesidad de tener un edificio para la representación teatral en las ciudades más importantes del país. Así, grupos de notables se asociaron para la construcción de pequeños o grandes teatros. Estos grupos, conformados por humanistas que en mayor o menor grado poseían solvencia económica, no solamente deseaban que sus respectivas ciudades tuvieran una vida cultural similar a la de Madrid o París, sino que también eran el resultado de las ideas de la Ilustración —llegadas a través de España—, las cuales sostenían que si se conseguía ejercer control sobre el teatro, éste serviría de motor para lograr el cambio de mentalidades y costumbres.

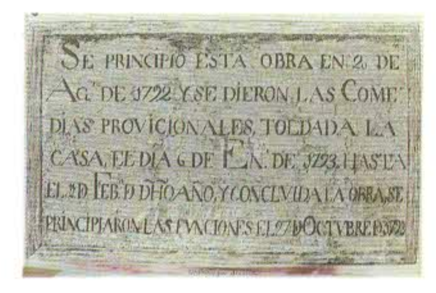
Pero estas ideas solamente sirvieron como tema de amenas discusiones, porque en la práctica, fuera de la construcción del escenario, no hubo un programa de estímulo a las pocas compañías nacionales de profesionales y aficionados y el espacio fue ocupado por las presentaciones de compañías comerciales españolas, que empezaron a crear cierta sensibilidad teatral bastante mediocre. Frente a la baja calidad de los nacionales y extranjeros, los instruidos siguieron considerando suficiente la lectura del texto dramatúrgico.

Por otra parte, los sectores conservadores que desde tiempo atrás consideraban al teatro como peligroso, por atentar contra el alma o contra la sociedad y porque las tablas eran propicias para las críticas directas, continuaron, desde los púlpitos y posiciones de privilegio, esgrimiendo aquellas ideas, de raigambre hispanista, que propugnaban por la censura y la prohibición del teatro. Como resultado, en la práctica funcionó una censura a obras de dramaturgos, al quehacer teatral y a las actrices, bajo la máscara de la moralidad y el rigor en la aplicación y cumplimiento de las leyes y de las elementales normas o reglas de urbanidad.

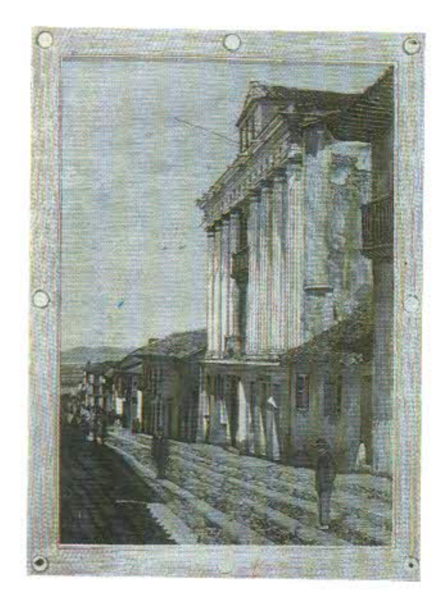
Así, de las animadas y populares presentaciones teatrales de comienzos de siglo, se pasa a la virtual soledad de los ámbitos teatrales, para culminar, en el último cuarto del siglo, con numerosas presentaciones, cuando el gobierno patrocina la contratación de compañías dramáticas españolas y de ópera italianas. Las artes escénicas pasan a formar parte de la vida nocturna —aunque fuera por poco tiempo— de la alta burguesía y de las clases ilustradas. El teatro se convierte en un recinto de moda, costoso, ajeno al concurso popular, difícil de revitalizar y sostener, pero a imagen y semejanza de las metrópolis, como era la pretensión.

Legislación y censura

La historia teatral de comienzos del siglo XIX se refiere a las anécdotas, que ayer como hoy nos hacen reír, sobre el comportamiento de las clases populares en el Coliseo durante las presentaciones, que las élites caricaturizaron con fino humor. Podríamos decir que además de las "faltas de urbanidad y educación", se ejecutaba un teatro dentro del teatro entre los espectadores y los actores, puesto que el público intervenía directamente en el desarrollo de la trama de la obra que se estaba presentando, modificándola, si no estaba de acuerdo, o interviniendo directamente en las acciones que se ejecutaban en el escenario, por medio de gritos, chiflidos y en algunos casos arrojando objetos a los actores que desempeñaban



Placa conmemorativa de la construcción y primeras representaciones del Coliseo Ramírez, en Santafé de Bogotá, según grabado de José Manuel Archila. Papel Periódico Ilustrado, enero de 1887.



Fachada del antiguo Teatro Maldonado, Bogotá. Grabado de Antonio Rodríguez sobre fotografía de Julio Racines. Papel Periódico Ilustrado. 1885.

el papel de truhanes, para "salvar" a aquellos que eran víctimas de las injusticias. Algo similar ocurrió posteriormente, en el siglo XX, cuando hizo su aparición el cinematógrafo; pero la diferencia con el cine radica en que el público del XIX lograba cambiar el libreto precisamente durante el acto teatral.

Para curar estos males "vergonzosos", se pidió que las autoridades hicieran cumplir las leyes que habían observado los abuelos santafereños a finales del siglo XVIII. Esas leyes no eran otras que las pragmáticas, cédulas, órdenes, etc., que habían sancionado los españoles y que la República había ratificado. Estas pretendían evitar que el público fumara, gritara o atacara con palabras y acciones a los actores, mientras se presentaba la obra; y también incluían penas para los transgresores. Pero como las normas no se cumplían y continuaban las discusiones entre el público y los actores, al igual que la atmósfera asfixiante por el humo del cigarrillo y el olor de los alimentos, y los disgustos entre el público porque los sombreros de los de adelante no dejaban ver a los de atrás, el Concejo municipal del cantón de Bogotá, en 1839, expidió un decreto sobre espectáculos públicos: *Decreto del Cocejo municipal sobre espectáculos públicos*, Bogotá, 14 de febrero de 1839. Presidente del Concejo: Francisco de Paula Santander.

El nuevo decreto apuntaba a corregir al público, como lo hacía la legislación anterior, y además incluía una inspección previa sobre las obras y los actores. Bajo pena de prisión y multas económicas, se castigaba a los infractores; de esta manera se lograba ejercer un control sobre el público y sobre las obras mismas. Ya no había forma de que el espectador con su participación pudiera modificar los argumentos o demostrar con gritos que había tomado partido por algún personaje. Igualmente, se evitaba poner en escena obras de fuerte crítica social o que habían sido tachadas de inmorales.

La responsabilidad de la censura y el control recaía sobre el jefe político o sobre un inspector delegado por éste. Era su obligación permanecer en el teatro durante la función; debía supervisar que los actores se vistieran de una manera que no ofendiera el pudor ni la decencia; también vigilaba que no se agregaran o suprimieran versos o palabras al texto original, con excepción de aquellas que de antemano él mismo hubiera cambiado; y, además, hacía cumplir los contratos con los directores de las compañías y con los empresarios.

Por otra parte, la sociedad del siglo XIX, con su carácter patriarcal, estigmatizó a las mujeres que trabajaban como actrices; por eso los escenarios se vieron desiertos de colombianas. Donde más había era en Bogotá, y aun así eran contadísimas; en Medellín y otras ciudades, los hombres jóvenes las sustituyeron en los papeles femeninos, y las únicas mujeres que se veían en las tablas eran españolas y las *prima donnas* italianas. Los rumores sobre amores y escándalos protagonizados por algunas actrices del siglo XVIII y comienzos del XIX, junto con las ideas libertarias que algunas de ellas proclamaron, apoyando a sus maridos o hermanos, sirvieron de justificación para mantener medidas represivas, que convenían a la ideología imperante.

Sin embargo, los grupos de burgueses e intelectuales que querían promover el teatro, crearon por medio de la prensa una imagen femenina ideal, como anzuelo para que las mujeres participaran dentro de la vida cultural en general, y en particular para promocionar las funciones teatrales. Y a ese afán de construcciones y de asociaciones de fomento al teatro se le sumó, dentro del código civil de 1887, la aprobación de la mujer como actriz, entre otras profesiones eminentemente femeninas.

Sociedades y sedes teatrales

Los esfuerzos realizados a lo largo del siglo para la fundación de sociedades teatrales y sociedades de accionistas para la construcción y apertura de pequeños teatros están relacionados con los cambios de la geografía urbana. Así, por ejemplo, no se volvió a hablar de teatro en Mompós, Santa Marta, Socorro y otras poblaciones de Nariño y Cundinamarca; estos centros urbanos fueron reemplazados por otros como Manizales, Medellín y Barranquilla, al tiempo que se consolidaban las funciones en aquellas ciudades ya tradicionales, como Bogotá, Popayán y Cartagena.

En Bogotá, a finales de siglo, se construyó el Teatro Municipal y sobre las ruinas del antiguo Coliseo, el nuevo teatro de Cristóbal Colón. Siguiendo el ejemplo de la Sociedad Filarmónica, se creó en 1849 la Sociedad Protectora de Teatro, a la cual se pertenecía por suscripción de acciones y de la cual dependía una compañía de teatro que se presentaba en el Coliseo. Esta compañía se formó con los actores españoles Villalba y Belaval, sus familias y algunos actores nacionales; pero el experimento sólo duró una temporada y la sociedad se liquidó antes de empezar a perder dinero, al final de ese mismo año.

En Popayán, en 1899, se constituyó una compañía para construir un teatro y se hicieron presentaciones en forma provisional en un local, mientras la construcción terminaba. Igualmente, en Cartagena, se conformó una compañía de accionistas en 1883, con el objetivo de construir un gran teatro; en vista de que el tesoro del estado de Bolívar no contaba con liquidez monetaria, la Asamblea cedió unos terrenos abandonados que lindaban con un convento y la sociedad



Escena de "Luisa o El desagravio", comedia española en dos actos. Grabado en la imprenta de José Torres, Barcelona, 1832. Biblioteca Nacional, Bogotá.

se dio a la labor de vender acciones al público para emprender la construcción. En las primeras décadas del siguiente siglo las ciudades vieron los primeros resultados: los Teatros Municipales de Cali y Popayán ya estaban construidos, al igual que el Teatro Heredia de Cartagena, el Bolívar de Medellín, el Faenza y el Caldas. Antes de que las instalaciones estuvieran terminadas, las sociedades acomodaron locales comerciales o salones para la presentación de obras. También algunas familias con tradición y gusto por el teatro construyeron o "arreglaron" salas, como el pequeño Teatro Lleras, creado por el pedagogo Lorenzo María Lleras (1811-1868) en un colegio de su propiedad, y el de Zenardo, ambos en Bogotá.

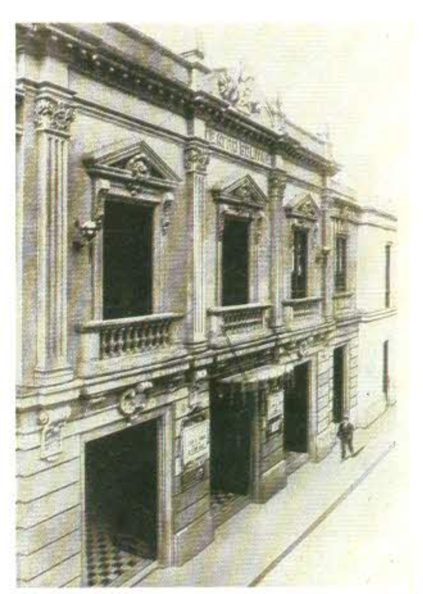
Pero a pesar de las sociedades y sedes teatrales, muchos de nuestros dramaturgos no vieron sus obras en escena, pues encontraron dificultades para que las compañías extranjeras las montaran y las nacionales sólo llevaron algunas a las tablas. Las juntas de censura fueron otro escollo para algunas obras, que fueron reprobadas y aquellos más innovadores chocaron con el gusto de un público que se había aficionado a los románticos dramas franceses de consumo.

En el siglo XIX, los temas y estilos fueron una prolongación del neoclasicismo. Las obras que más se representaron en los primeros cincuenta años fueron melodramas de intrigas y sainetes. En dramaturgia, las mejores obras se orientaron hacia los temas de la conquista y de la emancipación, y hubo también algunos escapistas, con personajes mitológicos griegos y latinos. Los sainetes contenían críticas a la sociedad y a las clases sociales altas, por la importación de costumbres y modales. A propósito, recordemos los nombres de José María Salazar (1785-1828), José Fernández Madrid (1789-1830), Luis Vargas Tejada (1802-1829), José María Domínguez (1788-1858). Además, continuaron apareciendo obras manuscritas tradicionales del francés como *Phèdre* (1677) de Jean Racine (1639-1699), *Zaïre* (1732) de Voltaire, (seudónimo de François-Marie Arouet, 1694-1778), *Merope* de Scipione Maffei (1675-1755), de los cuales todavía se conservan algunos manuscritos en el Archivo Nacional.

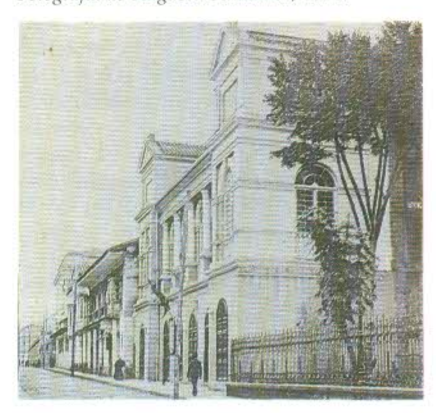
Para la segunda mitad del siglo, se introdujo el teatro romántico, lleno de lágrimas, suicidios y asesinatos, que se inspiraba en el romanticismo



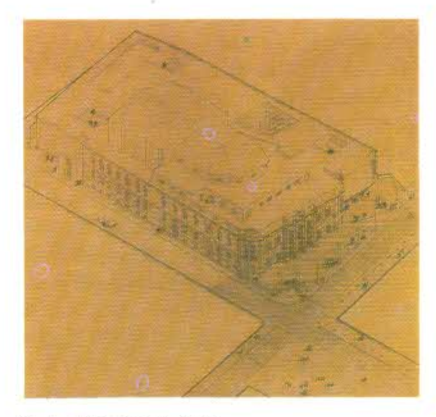
Teatro Colón, Bogotá.
Fotografía de Augusto Schimmer, 1915.



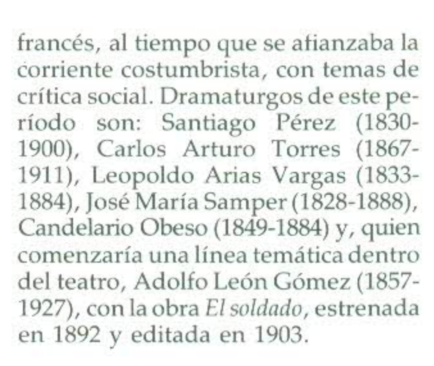
Teatro Bolívar, Medellín.



Teatro Municipal, Bogotá.
Fotografía de Augusto Schimmer, 1915.



Teatro Municipal, Cali.
Dibujo de Manuel Naranjo Lloreda y Cía., 1987.

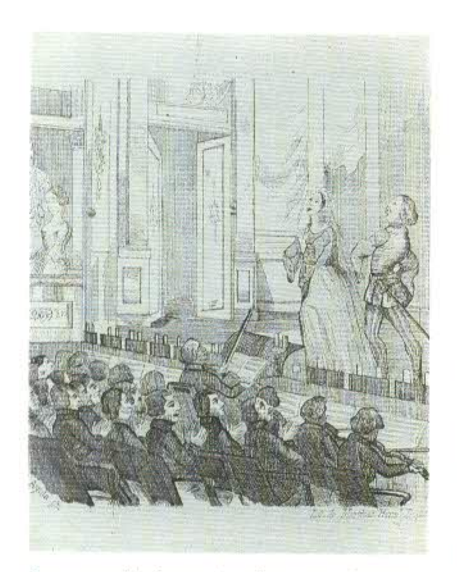


francés, al tiempo que se afianzaba la corriente costumbrista, con temas de crítica social. Dramaturgos de este período son: Santiago Pérez (1830-1900), Carlos Arturo Torres (1867-1911), Leopoldo Arias Vargas (1833-1884), José María Samper (1828-1888), Candelario Obeso (1849-1884) y, quien comenzaría una línea temática dentro del teatro, Adolfo León Gómez (1857-1927), con la obra *El soldado*, estrenada en 1892 y editada en 1903.

Fiestas y tertulias

En los años siguientes a la declaración de la independencia, se conmemoraron con grandes festejos las fiestas patrias. La forma de su realización no difería mucho de las fiestas que en el siglo anterior se hacían en honor de los santos patronos o para celebrar la llegada de los virreyes. Comenzaba el día con un *Te Deum*, por la tarde una corrida de toros, y en la noche un baile, y en contadas ocasiones la presentación de una obra de teatro. El teatro perdía atractivo frente a los alegres bailes de máscaras y disfraces, que en el pasado habían sido prohibidos por los españoles.

En estos primeros años la función de teatro en los pequeños pueblos continuó haciéndose en tablados improvisados levantados en las plazas. La representación comenzaba con loas, se introdujeron cantos patrióticos y, por último, la obra principal, que casi siempre era una tragedia. La loa, que se había arraigado en la vida cultural de los centros urbanos del continente, continuaba teniendo su espacio en la alegría patriótica, a pesar de que las circunstancias sociales y culturales estaban cambiando.



Representación de una ópera francesa en Bogotá. Grabado de Daniel Ayala, 1849. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

José Manuel Groot reseña las fiestas que se celebraron el 23 de julio de 1820 en el cantón de Bogotá, hoy Funza, a las que asistió el vicepresidente Santander para ver la representación del drama *La Pola*, compuesta en honor del general por José María Domínguez Roche. La función, según Groot, fue patética, porque hubo sollozos, lágrimas y maldiciones al antiguo régimen. En el mismo sitio, para el 7 de agosto, una compañía de aficionados presentó la tragedia *La Alsira*.

En las postrimerías del siglo XVIII se habían formado en Santafé de Bogotá los círculos y tertulias literarios. Para el teatro, estos círculos fueron importantes porque propiciaron la traducción y lectura de obras nacionales y extranjeras. Gracias a la tertulia de Antonio Nariño fueron conocidas algunas obras francesas del momento. En 1830, en la casa de Ignacio Gutiérrez Vergara (1806- 1877) se formó el Parnasillo; allí se leyeron preferencialmente los clásicos españoles. A mediados del siglo XIX, con El Mosaico, el espacio se amplió para el teatro colombiano escrito y ya se anuncia el teatro de la Gruta Simbólica, que impulsó el primer grupo nacional del siglo XX: La Escala de Chapinero. El Mosaico, por primera vez dentro de la historia de estos círculos, planteó un fin fundamental que los unía: hacer literatura nacional, no importaban las influencias intelectuales y artísticas de los contertulios. El representante del teatro en El Mosaico fue José Manuel Marroquín (1827-1908).

Actores, compañías y funciones

A finales del siglo XVIII, el Coliseo abrió sus puertas con una compañía compuesta por seis actrices, seis actores y músicos. Del elenco, la más querida fue Nicolasa Villar. La compañía tuvo temporadas entre 1793 y 1795 y en 1798. Por otra parte, en 1797 llegó al país el segundo marqués de San Jorge, con su esposa Rafaela Isazi, llamada "la Jerezana", quien junto con la andaluza María de los Remedios Aguilar "la Cebollino", Andrea Manrique, María del Carmen Ricaurte, José María de la Serna y el inglés Burmani, representaron obras de Lope de Vega (1562-1635), Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) y sainetes de Ramón de la Cruz (1731-1794).

Las compañías extranjeras que nos visitaron en este siglo, fueron en su mayoría españolas. Llegaban al país muy incompletas y por problemas de salud se menguaban todavía más en estas tierras; también encontraban problemas de transporte, por eso les resultaba más fácil contratar actores criollos o españoles, que se venían solos a aventurar. Más que un interés artístico, a estos actores, bastante mediocres según los comentarios de la prensa, los movía el deseo de aventurar y probar fortuna. Muchas de las compañías se disolvían por motivos económicos o peleaban públicamente con los empresarios. Por esto mismo, no es extraño que en los periódicos de mediados de siglo se viera con ojos

se nos ha reconocido por *rebeldes, traydores*, y ella era la señal de muerte. ¡O tiempos! Ya nos parecemos en las escarapelas, ya se habla nuestro mismo idioma, todos somos hombres libres, Ciudadanos. ¿Si serèmos todos tambien Independientes?

FIESTAS NACIONALES.

En las que ha celebrado el Cantón del Bogotá se ha representado la Tràgedia LA-POLA, composion original de un Joven Bogotano, que hace ensayos en su génio. Todos saben, que con el nombre de POLA se conocía à la Joven POLICARPA SALAVARRIETA, que con ocho Compañeros fuè fusilada en esta Capital por orden del Ex-Virrey Sámano: su firmeza, y constancia tocó en heroycidadad, y sentada en un patibulo con sus verdugos por delante excîto al Pueblo à aprender à morir por su PATRIA.– El anagramá de esta heroina Americana es: YACE POR SALVAR LA PATRIA.

(Bogotà=Imprenta del Estado.)

Reseña de la representación de la tragedia "La Pola", de José María Domínguez Roche, en las fiestas del 20 de julio de 1820. "Gaceta de la Ciudad de Bogotá", agosto 6 de 1820. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.



María de los Remedios Aguilar, "La Cebollino" Miniatura que perteneció a la colección de Luis Augusto Cuervo. Revista "Teatro Colón", Nº 3, abril 1952. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

nostálgicos la época de "la Cebollino" y "la Jerezana" y se la calificara como la época dorada del teatro en Bogotá; el recuerdo se idealizaba aún más por las costumbres aristocráticas y el protocolo que acompañaba a las noches de teatro.

Siguiendo la costumbre de la época de emplear hojas sueltas impresas, volantes y libelos, con el fin de informar, atacar a los contrincantes políticos, defender o hacer aclaraciones, algunos actores extranjeros y empresarios acudieron a este medio para desacreditarse mutuamente. Los manifiestos de los actores eran tan vehementes como los de los políticos y ellos también revelan que los móviles de las querellas no eran propiamente artísticos y que el factor económico primaba como motivo de la separación. Un ejemplo de esto es el *Manifiesto por algunos individuos de la compañía dramática existente en esta ciudad, sobre los acontecimientos ocurridos por la separación espontánea de la Rosa Lagunas*, fechado el 25 de junio de 1836, que se encuentra en la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá.

Las compañías dramáticas extranjeras que sobresalieron, fueron: la compañía de Villalba, que permaneció tanto en el país, que su director, Francisco Villalba, al cabo del tiempo terminó radicándose en Bogotá como empleado de la Biblioteca Nacional. En su primer viaje, la compañía de Villalba realizó temporadas entre 1833 y 1837, colaboró en los arreglos locativos del Coliseo y puso en escena

obras de dramaturgos colombianos. Luego salió del país y regresó en 1848, con una compañía de ópera con la cual dio a conocer obras líricas españolas e italianas. En 1833 —otros dan como fecha julio de 1835—, alternó con Villalba la compañía de Romualdo Díaz y su esposa Juliana Lanzarote. El vestuario que trajeron los Díaz para las presentaciones deslumbró al público bogotano. Estos trabajaron seis meses y, al final, se unieron a la compañía nacional de Juan Granados.

En 1838 o 1839 llegó la compañía de Eduardo Torres, que se divide en Bogotá y una de sus secciones permanece en el país como una compañía andante por los pueblos y provincias, bajo la dirección de Francisco Martínez, apodado "el Curro". En 1846 llegó la compañía de Mateo Fournier, que fue muy querida y aplaudida por el público bogotano, por lo cual una parte de la compañía, dirigida por el primer actor, regresó a Bogotá en 1849 y alternó la temporada con dramas y óperas.

En 1869 vino de Venezuela la compañía de Pepa Fernández, que no se presentó en Bogotá, sino en pequeñas ciudades, entre ellas Manizales. Las otras compañías que vinieron durante la segunda mitad del siglo, especialmente las finiseculares, estaban especializadas en ópera y zarzuela. Las de zarzuela incluían en su repertorio comedias que presentaban en los intermedios.

Ya en las postrimerías del siglo, alternaron las compañías españolas de Arcadio Azuaga y la de Luque y José M. Prado. Estas compañías trajeron obras románticas, pero comenzaron a introducir a aquellos dramaturgos que se vieron hasta el cansancio en los primeros cincuenta años del siglo XX: José Echegaray (1832-1916), Benito Pérez Galdós (1843-1920), Joaquín Dicenta (1863-1917) y Angel Guimerà (1845-1924). José M. Prado incluyó la obra de Gerhart Hauptmann (1862-1946), *Los tejedores* (1892). Por último, vinieron los Zimmermann y Uguetti, quienes entre zarzuela y zarzuela presentaron sombras chinescas y sainetes.

Los actores colombianos se agrupaban en compañías llamadas de aficionados, que estaban conformadas casi exclusivamente por hombres y tenían poca vida artística, como humorísticamente lo describía en 1853 el periódico *El Constitucional:* «¿Y el teatro? —Tampoco hay teatro, hombre ma-



Carteles de teatro para los días 20 de julio y 30 de noviembre de 1849, con funciones a cargo de la Compañía de Francisco Martínez "El Curro" y de la Sociedad Dramática de Francisco Villalba. Fondo Pineda, Biblioteca Nacional, Bogotá.

chaca, pues que una u otra funcioncita de aquellas, que Dios nos las perdone, que nos dan nuestros pobres paisanos, además de que son tan largamente periódicas, que se vuelven épocas cometales, hay tanto, tanto miedo de un coscorrón democrático, que los más arrojados son los únicos que se lanzan por esos mundos de Dios en busca de una jota o una polka o un *duetto* y por añadidura una paliza».

Entre 1820 y 1830 se destacaron las siguientes agrupaciones: la compañía de José María Sarmiento, "Chepito", como le decían en Bogotá, quien tuvo tanta fama que fue calificado como "el Talma" santafereño (haciendo referencia al gran actor trágico francés François-Joseph Talma). Unos dicen que era el portero del Palacio Presidencial, y otros, que era el portero del Senado. Sarmiento hacía de director, empresario y actor principal. Algunas actrices de su compañía no sabían leer y él les enseñaba los parlamentos. Poco se conoce sobre las obras que representaba y sobre su vida artística; en cambio, alrededor de su figura surgieron varias anécdotas, especialmente por supuestos errores que cometía al hablar, los cuales pesaron más sobre la memoria, que su vida artística. Además, sobresalieron la compañía de Domitila, la de Casimiro Uscátegui, apodado "el Rey", la compañía de Mariano Ramírez Rincón y la del médico Pedro Vera, que representó las obras *Don Dieguito, el amigo íntimo* y *Otelo*, en la cual Vera se lucía con su actuación.

En 1833 Juan Granados fundó la Compañía de Aficionados al Arte Dramático y puso en escena varias obras nacionales, entre ellas *Aquimín* de Luis Vargas Tejada. En 1842, cuando dirigía el Coliseo, Francisco Ortega formó una compañía de aficionados, que puso en escena obras de Leandro Fernández de Moratín (1760-1828) y Manuel Bretón de los Herreros (1796-1873).

En 1845, Juan José Auza fundó y dirigió una compañía de aficionados, con una pequeña orquesta de cámara para la interpretación de piezas musicales en los intermedios. Tuvo una temporada en 1845 y permaneció en cartelera hasta febrero de 1846. Posteriormente, se asoció con el actor español Francisco Martínez, "el Curro". En 1853 reunió nuevos actores, entre ellos a Margarita y Eloy Izásiga y se presentó durante marzo y abril con las obras *Margarita de York*, drama en cuatro actos y en prosa de Manuel Antonio las Heras, *Bárbara Blomberg*, drama en tres actos y en verso de Patricio de la Escosura, y *El hijo de la loca* drama en cinco actos y en prosa de Federico Soulie.

En 1849, la compañía de la Sociedad Protectora de Teatro presentó durante la temporada obras de Ventura de la Vega (1807-1865) y como complemento de las funciones petipiezas de Bretón de los Herreros. Veamos algunos nombres de las obras: *La Ex-*

SOCIEDAD PROTECTORA DEL TEATRO.

SUSCRITORES QUE HAN CONTRIBUIDO.

	Núm. de acciones.	Capl.		Núm. de acciones.	Capl.
Sres. Manuel Ancízar	1	$ 10	Del frente	43	430
Antonio María Pradilla	1	10	Jacinto Echeverría	1	10
Cárlos Martín	1	10	Elias Uribe	1	10
José M.ª Samper Agud.º	1	10	Rafael Mora	1	10
Eustacio Santamaría	1	10	Francisco A. Uribe	2	20
Salvador Camacho Rold.	1	10	Aparicio Salazar	1	10
José Caicedo Rojas	1	10	Domingo Maldonado	1	10
Juan Vengoechea	1	10	Juan Rubinat	1	10
Gregorio Obregon	1	10	Andres Tian	1	10
Patricio Pardo	1	10	Ignacio Rovira	1	10
Emiliano Escobar	1	10	Diego Suárez	1	10
Fernando Párraga	1	10	Benigno Guarnizo	1	10
Luis María Montoya	1	10	Marco de Urbina	1	10
Anselmo Restrepo	1	10	Valentin Calvo	1	10
Wenceslao Pizano	2	20	C.ªº P.te José H. López	3	30
Miguel Bracho	1	10	Gavino Lévano	1	10
Miguel Broz	1	10	Thomas Reed	1	10
Hilario Novoa	1	10	Fernando Conde	1	10
Tomas Rodríguez	2	20	Ernesto del Villar	1	10
José Baza Cásares	1	10	Proto Rodríguez	1	10
Joaquin Guarín	2	20	Manuel Castro	1	10
Lorenzo M.ª Lléras	1	10	Raimundo Santamaría	3	30
Francisco de P. Restrepo	1	10	Meliton Escobar	2	20
José Belaval	1	10	F. de P. López Aldana	1	10
Francisco Villalba	1	10	Aquilino Quijano	1	10
Francisco González	1	10	Sabas Uricoechea	1	10
José M.ª Peix	1	10	Vicente Lombana	1	10
Bernardino Figueroa	1	10	Antonio Abadie	1	10
Manuel Restrepo Mont.ª	2	20	Francisco M. Valenzuela	1	10
Bernabé Tórres	2	20	Andres Sandino	1	10
Rafael E. Santander	1	10	Victor Tamayo	1	10
Manuel José Pardo	1	10	Francisco Montoya	3	30
Valentin Ferro	1	10	Miguel Várgas	1	10
Rafael Laverde	1	10	Januario Triana	1	10
Juan Alsina	2	20	Bernardo Herrera	1	10
Leon Echeverría	1	10	Juan Gutiérrez	1	10
Cecilio Echeverría	1	10	José María Montoya	1	10
Sigue al frente	43	430	Acciones	87	$870

SUSCRITORES QUE NO HAN PAGADO.

	Núm. de acciones.
Señores. Medardo Rivas	1
Evaristo Escobar	1
Wenceslao U. Anjel	1
Mariano Manrique	1
Bernardo Pardo	1
Pedro Vera	1
José María Hinestrosa	1
Ramon Palau	1

Lista de suscriptores de la Sociedad Protectora del Teatro, publicada por "El NeoGranadino", noviembre 30 de 1849. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

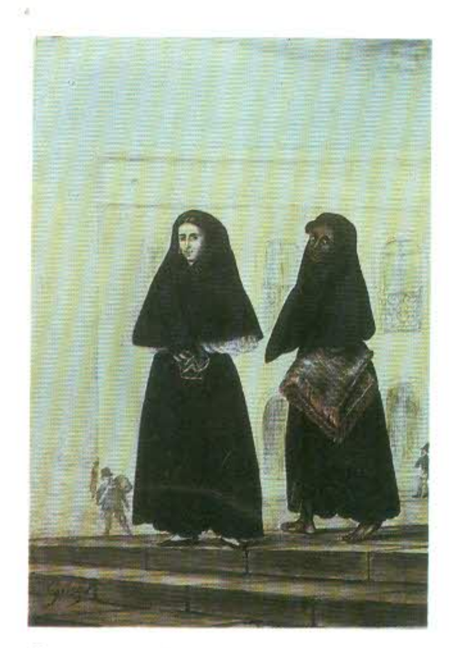
piación, drama en cuatro actos; *Amor y deber*, obra adaptada al teatro español por Antonio Gil y Zárate; *Una de tantas*, juguete picaresco de Bretón de los Herreros; *La huérfana de Bruselas*, drama en tres actos; y *Pedro el emperador*; estas dos últimas se presentaron con modificaciones, debido a la censura. Además, *Perder y cobrar el cetro*, comedia de Ventura de la Vega, *A un cobarde otro mayor*, petipieza, *Amor y nobleza*, drama en tres actos y en verso de Carlos García Doncel y Luis Valladares, *La máscara reconciliadora*, comedia de Ventura de la Vega, y otras.

Posteriormente, Lorenzo María Lleras fundó en 1856 otra compañía de aficionados, que tuvo el acierto de formar actores de alta calidad artística, puso en escena obras del repertorio nacional, y tradujo y adaptó obras extranjeras. Con sus propios recursos, le hizo reformas al Coliseo de Bogotá, colocó barandillas en los palcos, cambió el alumbrado y las decoraciones. El mismo abrió al público un pequeño teatro y allí durante dos años presentó cinco funciones por mes. Entre los actores se encontraban los hermanos Izásiga; Guillermo Eloy, posteriormente, organizó su propia compañía.

En la ciudad de Medellín, a partir de 1855, comenzó actividades la compañía de aficionados dirigida por Froilán Gómez, por un muchacho de apellido Jaramillo, quien desempeñaba los papeles femeninos, y por Ricardo Lleras, quien se encargaba también de la escenografía. Presentaban más que todo obras de Victor Hugo (1802-1885), a las que eran aficionados los antioqueños. La temporada de esta compañía fue reseñada por Emiro Kastos (seudónimo del escritor Juan de Dios Restrepo, 1823-1894), quien registró la separación de la compañía en 1856, lo que perjudicó la calidad de las presentaciones. Las dos agrupaciones trabajaron simultáneamente.

En 1876, también en Medellín, Lino Ospina fundó una compañía de aficionados que trabajó durante el mes de junio en esa ciudad. Las presentaciones se hicieron en homenaje de la emancipación política y en gratitud a los fundadores de la República. Las obras que presentaron fueron: *Las riendas del gobierno, Viva la libertad, Mi honra por su vida*.

En 1877 se conformó la Compañía Nacional de José Camacho. El señor Camacho pretendía con su trabajo abogar por un adelanto de lo nacional, ya que él encontraba que en la sociedad de la época existía un marcado apego a todo lo extranjero.



Dama neogranadina con su acompañante. Acuarela de José Manuel Groot, ca. 1830. Centro Documental, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

En 1885, en Popayán, se conformó otra compañía de aficionados dirigida por José Restrepo, quien más tarde fue general. Domingo Lemos y Bonilla hacía los papeles femeninos. En 1890, en la misma ciudad, apareció una compañía infantil, dirigida por Rubén J. Mosquera. En 1894, se formó pasajeramente una compañía de actores, en su mayoría bogotanos, para presentar la obra *Martirio y redención* de Teodoro Aquilino León. La obra se refería al sabio Francisco José de Caldas, a Policarpa Salavarrieta, "la Pola", y al triunfo de los republicanos. El papel de la Pola lo hizo Conchita Candia y el de Simón Bolívar, Mario Cajiao.

En 1892, después de la inauguración del Teatro Municipal de Bogotá, las directivas del teatro pretendieron crear una compañía anexa a éste. El fracaso de la empresa se atribuyó a que las obras escogidas fueron del repertorio español, cuando el público gustaba más del repertorio francés, y al mal desempeño de los actores.

Mujeres y periodistas

«¡Que las mujeres no van al teatro!, ¡Que algunas sí pero las hijas de los ricos no!, ¡Que el teatro es un lugar para que las mujeres bonitas exhiban su belleza!, ¡Que los precios de los palcos están más baratos para que las señoras asistan al teatro!, ¡Oh mujeres incomprensibles!», todas estas frases y muchas más fueron escritas por varones en los periódicos de las principales ciudades. Eran los reseñistas y comentaristas de teatro, que a mediados del siglo le dedicaban casi más espacio al "bello sexo" que a las obras y su representación.

Sin embargo, ésta no fue una preocupación al comienzo del siglo: las hijas de familia asistían a los palcos familiares, las sirvientas se sentaban en un sitio especial, desde donde podían ver la obra y servir galletas y refrescos a sus patronos, y las mujeres del pueblo llevaban sus propias butacas, para sentarse donde pudieran en el patio (hoy platea), con excepción de aquellas de mala reputación, que dentro del mismo patio ocupaban un lugar especial.

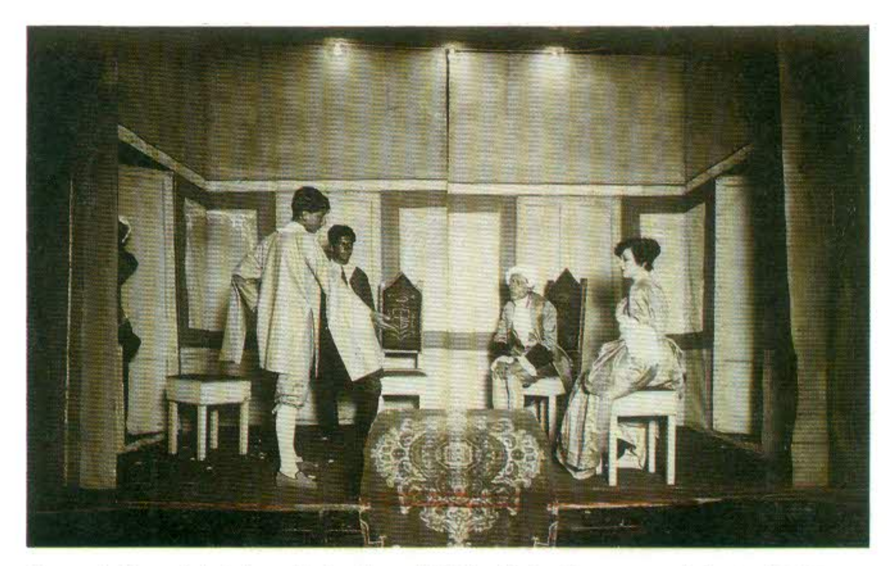
Cuando el público dejó de asistir a los teatros, desde los periódicos se invitaba a las mujeres de la élite para que asistieran a las funciones. Se requería de la presencia de ellas tanto para "adornar" los recintos, como para asegurar una mejor financiación que permitiera la supervivencia del teatro.

Esta manera de invitar había comenzado poco después de que la Sociedad Filarmónica tratara de edificar una sede o comprar un edificio para los conciertos. Entonces, motivaban a las «bellas damas de la sociedad» para que se suscribieran con acciones, porque allí encontrarían un lugar decente y seguro para ir a bailar, que según los caballeros, era la debilidad del momento. Otro tanto se trató de hacer con el teatro, pero aquí el gancho era lucirse y lucir el vestido. Después vendrían los sobresaltos, porque los escotes de los vestidos se volvieron profundos y las exigencias económicas para una noche de ópera iban en aumento.

La gama de los comentarios periodísticos, después de las funciones, era variada en lo que se refería a las mujeres. Decían que Lorenzo María Lleras había colocado las barandillas de los palcos de manera que se vieran los trajes de las señoras y que, a pesar de esto, no asistían. El periódico *El Duende*, refiriéndose a la función del 28 de junio de 1846 de la Compañía Fournier, dice: «Una cosa particular hubo y fue que las señoras no se molestaron con el humo del tabaco, por la sencilla razón de que no había ninguna». En un artículo del periódico

El Pueblo (Medellín), Emiro Kastos se refería a la belleza de dos damas en un palco, que aunque casadas podían quitar el sueño, y de una «joven que aún no ha bajado su altiva frente ante el despotismo conyugal». El mismo escritor en el mismo periódico, en 1856, comentaba que por falta de iluminación, las bonitas de los palcos no se veían y las feas se veían más feas; en otros casos escribía versos a los ojos oscuros y a los ojos claros, que por igual le quitaban el sueño. Otros periodistas criticaban el exceso de polvos, perfumes, afeites, y cuando pusieron la luz eléctrica, parece que la innovación benefició más a los palcos que al escenario mismo.

En cuanto a los comentarios de lo que ocurría en escena, se referían a los olvidos de los actores, a los gritos del apuntador o a una mano mal colocada. Los mejores articulistas hablaban del dramaturgo, daban su concepto sobre la obra y analizaban las actuaciones de acuerdo con la semejanza que mantuvieran con la vida real. En general, como se puede deducir, no hubo comentarios o columnas dedicados al teatro. Una de las razones era —según algunos periódicos— que muy pocos sabían de este arte o que los que debían conocerlo no se arriesgaban a los posteriores "dimes y diretes" con los cómicos. Esta situación se modificó a partir del último cuarto de siglo, cuando comenzaron a aparecer publicaciones dedicadas a las artes escénicas, especialmente la ópera. Los periódicos seguían informando las fechas, horas y obras en cartelera, y en publicaciones especializadas, que tenían el mismo formato que el actual programa de mano, se explicaban los argumentos, autores y actores.



Escena de "La verdad de la mentira", del español Pedro Muñoz Seca, representada por el grupo teatral del Gimnasio Moderno, junio 29 de 1929. Fotografía de Pedro Ostau de Lafont. Centro Documental Daniel Samper Ortega, Gimnasio Moderno, Bogotá.

SIGLO XX

En este siglo confluyen varias tendencias teatrales que se venían desarrollando desde siglos anteriores, al tiempo que surgen nuevas propuestas artísticas bajo nuevas premisas ideológicas. Por épocas, el teatro del siglo XX mira hacia el XVIII o XIX. En otras, marca pautas por sus innovaciones artísticas, que lo ponen entre los primeros del continente, o reinventa fórmulas ya obsoletas con maquillajes de modernidad.

Teatro escolar

El teatro escolar adquiere importancia dentro de un público más amplio al salir a los teatros municipales; si durante la Colonia y primeros años de la República, el teatro de los jesuitas había tenido importancia para el aprendizaje del latín y la retórica, ahora quienes lo promovían eran los sacerdotes salesianos, que buscaban en el teatro ayuda a su labor catequizadora. La comunidad editaba en Barcelona y en Bogotá una colección de obras bajo el título *Galería Dramática Salesiana*; el tema de las obras era la historia de santos, los primeros años de la cristiandad, o historias de misioneros y familias que encontraban en la fe cristiana el sentido de la vida. Este teatro religioso era el mismo que se había generalizado en el siglo XVIII en España y que ahora en Colombia se convertía en el primer contacto con el género teatral que tenían los jóvenes, niños y adultos de la clase media, puesto que la colección se difundió ampliamente, en ocasiones, más allá de las aulas escolares.

Con objetivos diferentes de los anteriores, el Gimnasio Moderno de Bogotá, que educaba a los hijos de las élites dirigentes y profesionales, aunque consideró el teatro como una ayuda didáctica, lo promovió en su aspecto artístico y apoyó a los alumnos y profesores que, tempranamente para el momento por el que atravesaba el teatro del país, quisieron hacer un teatro experimental. Entre sus profesores figuró el actor Ferrucio Benincore, que enseñaba actuación y era director escénico del grupo escolar. Edificó el Teatro Fernández Madrid y allí, Ricardo Lleras, profesor de la institución, estrenó las obras *El remordimiento*, *El fantasma*, *Polos opuestos*, *Las nuevas orientaciones* y otras más. Ya en la década del cuarenta, con la formación del Club Dramático, el encargado del teatro fue el dramaturgo Oswaldo Díaz Díaz, quien con sus alumnos estrenó sus obras *Blondinette* y *Mydas*. El grupo del Gimnasio realizó varias temporadas en el Teatro Municipal para un público más amplio.

El antecedente del teatro escolar del Gimnasio Moderno en el siglo XIX fue el Colegio Espíritu Santo, dirigido por Lorenzo María Lleras, quien también utilizó el teatro como ayuda pedagógica para el aprendizaje del inglés y el francés y por eso los niños representaban obras en esos idiomas. El grupo estudiantil salió del ámbito escolar al Teatro Maldonado, con obras del repertorio clásico español.

Grupos escénicos

El teatro nacional hecho por aficionados que, como ya hemos visto, fue una alternativa para el público del siglo XIX, continuó siéndolo para los espectadores del segundo y tercer cuartos del siglo. Las compañías de aficionados, en ambos siglos, tuvieron la misma estructura que las compañías comerciales españolas, pero en el XX, este tipo de agrupación se extendió a otras ciudades distintas de Bogotá y Medellín. Se autonombraron grupos escénicos para enfatizar su carácter no profesional y diferenciarse de

las compañías comerciales. Estos grupos escénicos fueron muy diversos de aquellos que se llamaron grupos teatrales después de la década del sesenta, cuya formación respondió a un movimiento y, como tal, se afirmaba en premisas ideológicas e intereses artísticos comunes.

Los grupos escénicos de aficionados se presentaban o constituían con el objetivo de recoger dinero para beneficencia. En general, las obras que escogieron eran de dramaturgos españoles y en ocasiones estrenaron obras nacionales que, de otra forma, habrían quedado en los archivos de los mismos escritores. Hubo grupos escénicos en Cartagena, Barranquilla, Bucaramanga, Cúcuta, Pasto, Ipiales, Pereira, Medellín, Cali, Buga, y otras ciudades más pequeñas. La formación de éstos respondía a una tradición histórica, debido a la falta de teatro profesional y a necesidades concretas de la sociedad urbana. Muchas ciudades del país contaron con pequeñas agrupaciones, que en la mayoría de los casos eran producto de la iniciativa femenina y que buscaban en forma tímida la disculpa benéfica, que caracterizaba a las actividades femeninas permitidas y bien vistas. Esta, tal vez, fue la forma que utilizaron las mujeres de las clases altas para encontrar entretenimiento y poder llegar a los escenarios, sin ser confundidas con "cómicas", estigma difícil o imposible de superar en la sociedad del siglo XIX.

Otros grupos escénicos se formaron con un interés artístico, aunque los recursos se destinaban al mismo fin benéfico. Otros se presentaban gratuitamente, por considerar que su carácter de aficionados no les permitía cobrar. Sobresalieron el grupo de contertulios de la Gruta Simbólica, que después se volvió una compañía profesional; el Grupo Escénico de Medellín, que presentó obras españolas, promovió nacionales por medio de un concurso y puso en escena obras de Ciro Mendía (seudónimo de Carlos Edmundo Mejía Angel, 1894-1979), Abel Marín y Salvador Mesa Nichols. Los fondos recogidos fueron destinados en las primeras funciones a obras de beneficencia y posteriormente a pagar los premios del concurso de dramaturgia.

El Orfeón Obrero de Popayán, un grupo diferente de los anteriores porque eran alumnos de música, llevó a las tablas obras de tema indígena, de



Gradería y escenario del Teatro de la Media Torta, en Bogotá. Fotografía de Ernesto Monsalve.

cuya estructura dramática formaba parte integral la música, escritas por el maestro Leonardo Pazos, su director.

Otros grupos de corta vida, como los anteriores, surgieron en respuesta a necesidades gremiales. En poblaciones del sur del país, los jóvenes liberales y conservadores promovieron, como parte de su actividad política, centros culturales, bibliotecas o tal cual grupo escénico. A pesar de que eran grupos políticos con diferencias ideológicas, llama la atención la homogeneidad en los repertorios, conformados por obras españolas del final del siglo XIX o por las de los dramaturgos colombianos del centenario. Los gremios de artesanos en diferentes ciudades del país tuvieron grupos que hicieron presentaciones como parte de sus programas de recreación y capacitación. En este caso, el repertorio era similar al de las compañías comerciales, pero incluían cantos, danzas y recitaciones de los asociados o de sus hijos. En cambio aquellos gremios con influencia marxista, tuvieron un teatro político, del cual quedaron muy escasas referencias.

Así mismo, a finales de la década del treinta y comienzos del cuarenta, se empezaron a formar algunos grupos de afiliados a los sindicatos, que se presentaron en Bogotá en el Teatro Municipal y en el Teatro de la Media Torta, sin que haya evidencias de que los programas respondían a intenciones políticas definidas; más bien respondían a iniciativas de algunos afiliados que eran patrocinadas por el sindicato. Estos grupos estaban conformados por trabajadores y familiares.

Tal vez el teatro más político fue el que se dio a comienzos de siglo en Barranquilla y Ciénaga y que fue utilizado como parte de actividades proselitistas de los anarquistas costeños, el cual «[...] no tenía una existencia autónoma, sino que estaba dentro de una programación que comprendía himnos, conferencias, intervenciones sindicales, piezas teatrales, recitados, baile, tómbola, música. Los escasísimos datos sobre nuestros anarquistas criollos no dan muchas luces sobre sus reuniones; pero la constante invitación a presenciar representaciones teatrales [...] hace pensar que el teatro era un instrumento dentro de su labor proselitista», según Ramón Illán Bacca.

Es muy probable que alguno de estos grupos haya presentado también tres obras escritas por Antonio García, que no fueron editadas: *Lucha contra el despojo*, *El policía rural* y *El resguardo*. Según Ramón Vinyes, estas obras se presentaron al aire libre frente a la multitud: «No tengo mayores noticias de este teatro de contacto político, pero quiero destacar su importancia por haber ido directamente a la multitud, porque comprendo que ese teatro podía hacer entender lo que quedaba oscuro en el discurso y porque puso la piedra de ángulo en Colombia de un teatro que creo que será utilizado ampliamente en el mañana.

Teatro profesional

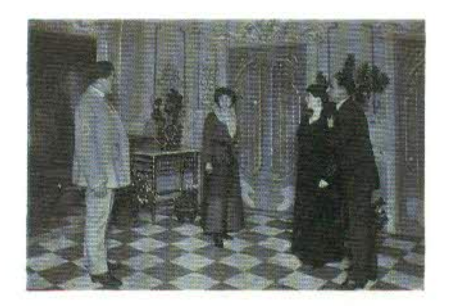
El teatro más profesional comenzó a surgir gracias a la iniciativa de verdaderos apasionados por él y a la conjunción de factores que lo cimentaron. Se radicaron en el país actores que habían venido con las compañías españolas e italianas de finales y comienzos del siglo, quienes, junto con los criollos, fueron los primeros contratados por empresarios para las compañías nacionales. También hubo actores nacionales, aunque si bien muy contados, que viajaron a entrenarse en el exterior y regresaron al país a establecer sus propias compañías. La Sociedad de Autores de Colombia, fundada en 1912, por la misma época en que este tipo de organizaciones aparecían en otros países hispanoamericanos, se encargó de darle impulso a la dramaturgia nacional por medio de concursos, creando crítica teatral en los periódicos y velando porque se cumpliera la exigencia de que las compañías extranjeras montaran por lo menos una obra de autor nacional.

Las compañías nacionales tuvieron una existencia bastante difícil, pues constantemente estaban en problemas económicos, más aún cuando lle-

gaban las compañías extranjeras y ocupaban los escenarios existentes en el país. Dado su carácter comercial, tenían una estrella o un primer actor que era el gancho para asegurar parte del éxito, los otros se especializaban en "roles" específicos de cómico, galán, dama joven, etc. y su salario estaba relacionado directamente con el papel. La primera compañía fundada fue la de Arturo Acevedo Vallarino (1876), en 1904 y desde este momento hasta 1920, aproximadamente, se crearon, hasta donde sabemos, unas diecisiete compañías, que compartían esa vida azarosa. Con excepción de la de Acevedo Vallarino, que incluyó obras de escritores nacionales, las demás acudieron a las obras que habían sido éxito en las temporadas de las compañías españolas. Casi sin excepción, las compañías nacionales fueron itinerantes por las regiones cercanas a su ciudad de origen. Acevedo Vallarino, con su Compañía Dramática Nacional, viajaba por varias poblaciones de Cundinamarca y en Girardot siempre encontraba fieles admiradores; la Compañía Talía de Bucaramanga viajaba por las poblaciones cercanas y llegaba hasta Cúcuta; la Compañía Nacional Arévalo y Vera se movilizaba desde Honda hasta Medellín, incluyendo La Dorada, Manizales y Sonsón; la Compañía Dramática Nacional Juan del Diestro se presentaba en Bogotá, Armenia y Cali, y así otras más.

Algunas compañías más pequeñas realizaron campañas en pro del teatro y de los actores nacionales, como las Compañías Nacional de Teatro Intimo de Bogotá, Dramática Nacional Barbosa y Dramática Nacional del español Luis Martínez Casado, quien había llegado al país con la compañía de su hermana Lucía, se había radicado aquí y había organizado una compañía nacional con actores colombianos.

Aproximadamente entre 1925 y 1940 la presentación de compañías comerciales nacionales y extranjeras disminuyó a tal punto, que parecería que no hubiesen existido. Fueron los grupos escénicos de aficionados, con las características anotadas anteriormente, los que ocuparon los espacios dejados por las compañías profesionales. A pesar de todos los defectos que la generación siguiente de teatristas les atribuyeron y el desconocimiento que se tiene sobre ellos, los grupos de aficionados mantuvieron vivo el deseo de hacer teatro, abrieron



Escena final de "El error", comedia dramática (sic) de Ricardo Rivas, puesta en escena por la Compañía Jacinto Benavente en el Teatro Municipal de Bogotá, enero de 1916. Fotografía de "El Gráfico". Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

los espacios vedados a las mujeres, dieron la oportunidad a algunos dramaturgos de estrenar sus obras y, en fin, convirtieron el montaje de obras en un proceso lúdico y político, así el objetivo no fuera el de crear un gran arte, sino colaborar en la recolección de fondos económicos, o procurar nuevas alternativas en las formas de hacer teatro, diferentes del esquema comercial.

Teatro comercial nacional

A partir de 1940 y hasta 1953, con un descenso bastante notorio en 1948, debido a los acontecimientos políticos suscitados por el asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, se vivió una época de dominio del teatro comercial nacional. El despegue inicial y, posteriormente, el sostenimiento por tanto tiempo, se debió a la utilización de fórmulas que resultaron exitosas y que se repitieron por varios años, hasta la demolición del Teatro Municipal.

Otros factores primigenios de orden nacional e internacional también influyeron directa o indirectamente sobre el desarrollo del teatro de ese momento. Debido a la conflagración europea y a la guerra civil, las compañías españolas no pudieron seguir llegando a este continente, siendo sustituidas por las de otros países latinoamericanos, en especial por las de Argentina, que era el país con mayor desarrollo teatral. Las compañías latinoamericanas traían propuestas artísticas renovadoras y temas nacionalistas. Los programas de impulso al teatro en Venezuela fueron traídos por Luis Enrique Osorio (1896-1966), quien los expuso en conferencias y charlas en varias ciudades del país. La compañía chilena de Alvarez Sierra, radicada en el país, había asegurado ya un público en ciudades como Cali y Bogotá, con el montaje de obras latinoamericanas. Además, la Radiodifusora Nacional con sus transmisiones de obras del teatro universal y nacional había logrado dar la pauta en este tipo de programación cultural a las emisoras comerciales y alcanzó alta sintonía de radioescuchas.

Algunos conceptos sobre la educación del pueblo, venidos de España, tuvieron eco en un grupo de intelectuales que posteriormente entraron a dirigir las secciones de Bellas Artes y Extensión Cultural del Ministerio de Educación Nacional. Estos nuevos conceptos, junto con las ideas gaitanistas sobre la educación de los obreros y el acceso de éstos a la educación y al arte, facilitaron la puesta en marcha de programas que, en su concepción pragmática, beneficiaron al teatro e influyeron sobre algunos teatristas. En Bogotá ya habían surgido algunas iniciativas sobre formación actoral y varias veces se intentaron compañías anexas al Teatro Colón, lo mismo que iniciativas y discusiones sobre el teatro en Colombia, promovidas desde Bellas Artes.

Los actores colombianos contratados por algunos empresarios para trabajar con compañías extranjeras, que en el ínterin formaban pequeñas compañías itinerantes, fueron los primeros en recibir los beneficios del acuerdo 56 de 1943 del Concejo de Bogotá. De las aproximadamente diez compañías que crecieron o comenzaron al amparo del acuerdo, sólo sobrevivió en forma continua la Bogotana de Comedias; las demás vivían o resurgían por temporadas para luego morir.

Las compañías que tuvieron una vida menos efímera por esta época fueron aproximadamente veinte. A la cabeza estaban la Bogotana de Comedias, la Compañía de los Hermanos Hernández y la Compañía de Revistas Musicales "Campitos". Estas tuvieron diferentes formas de trabajo, lo que imposibilita tratarlas de manera indiscriminada, pero sí existieron elementos que las unificaron e imprimieron un sello a los años cuarenta: especialmente, el concepto de que ellos estaban haciendo un teatro nacional y propiciando el nacimiento del verdadero teatro colombiano. Estas compañías utilizaron las formas tea-

trales del sainete, los cuadros de costumbres, las comedias costumbristas y las comedias de enredos; pusieron en escena, por ejemplo, los personajes de las clases medias y bajas que en la vida real emigraban a las capitales de los departamentos buscando nuevos horizontes, con sus preocupaciones, con las situaciones tragicómicas por las que tenían que pasar en la ciudad, con su música, bailes y hablas regionales. Así, a los escenarios subieron alpargatas, ruanas, tiples, sombreros, amores en las plazas de mercado y las voces de la calle. A esto le agregaron en forma caricaturesca la vida y los personajes de la política nacional, al igual que chistes que ya al día siguiente formaban parte de las conversaciones.

Para lograr mayor éxito de taquilla, junto con la obra de teatro se presentaban conjuntos de música del Caribe, corridos mexicanos, danzas y bailes de todas las regiones del país y otras variedades más, según lo permitía la imaginación del director de escena o la habilidad del empresario. Al final de la función no podía faltar la orquesta para "un final de fiesta", fórmula que ya había sido utilizada en el pasado por los teatristas dieciochescos de algunos países europeos, para atraer el favor de las clases populares. Como resultado, la obra de teatro podía ser mediocre, pero se aseguraba la asistencia con el resto del espectáculo.

En las épocas de Semana Santa, el teatro comercial ponía en escena la pasión de Cristo. Se utilizaban recursos escenográficos sofisticados y lujosos, que llegaban a tener en escena hasta cuarenta actores. Las compañías que por motivos económicos no podían competir con estas excentricidades, lograban presentar en prosa o en verso una pasión de Cristo tan real y patética, que todo el público lloraba. Seguramente este resurgimiento del teatro religioso no era gratuito, era una de las tantas formas de defender a las ideologías tradicionales del avance de las ideas de izquierda, que empezaban a extenderse por el país. Recordemos que además de las compañías comerciales, estaba el teatro escolar de los salesianos y en poblaciones pequeñas los grupos escénicos hacían otro tanto.

Fue tan grande la actividad desplegada por estas compañías, que el teatro de ese momento todavía está en el recuerdo de amplias capas de la población de casi todo el país. Ellas lograron con sus esquemas y paso dominante, desplazar a otras compañías que, siendo comerciales, presentaban obras del repertorio universal, español y nacional, de mejor calidad artística y con actores de trayectoria, como la Vega de Vásquez, que montó obras de Alejandro Casona (seudónimo de Alejandro Rodríguez Alvarez, 1903-1965), Arturo Camacho Ramírez (1910-1982) y Víctor Martínez Rivas; la Compañía Renacimiento de Antonio Alvarez Lleras (1892-1956), la de Hernando Vega, con obras francesas, y la de Elvira Travesti y Gnecco Mozzo, entre otras. Los dramaturgos y teatristas que no compartían este tipo de propuestas, naufragaron, pues se generalizó la fórmula de que el teatro no solamente se podía autofinanciar, sino que daba buenos rendimientos económicos, cuando en realidad con los excedentes sólo se enriquecieron tres o cuatro empresarios.



Intérpretes de "Rancho ardiendo", comedia de Luis Enrique Osorio. Bogotá, octubre de 1953. Fotografía de "Cromos".

Uno de los aspectos más positivos del teatro comercial y en general del gran resurgimiento del teatro de la década del cuarenta, fue la posibilidad de hacer públicas la insuficiencia de los edificios teatrales, las trabas burocráticas y la legislación obsoleta que reglamentaba al teatro como un espectáculo público; además de la competencia que representaba el cine en el aspecto económico, pues los distribuidores cinematográficos tenían prelación ante las autoridades municipales en los alquileres de los teatros, porque representaban mayores entradas económicas a los fiscos. Lo más interesante de todo es que el teatro comercial mostró, aunque sin mayor arte, los problemas cotidianos de la gente del común y los cambios culturales que estaban ocurriendo en el país, los cuales no eran tenidos en cuenta por la cultura hegemónica y centralista.

Bibliografía

ARIAS, GLORIA CARMENZA; MARLENY GARCÍA y MARINA LAMUS. *Medio siglo de teatro en Colombia: 1900-1950*. Tesis de grado en la especialidad de Literatura Hispanoamericana. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990.

ARROM, JUAN JOSÉ. *El teatro de Hispanoamérica en la época colonial*. La Habana, Anuario Bibliográfico Cubano, 1956.

ARRONIZ, OTHÓN. *Teatro de evangelización en Nueva España*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.

GÓNIMA, ELADIO. *Apuntes para la historia del teatro de Medellín y vejeces*. Medellín, Tipografía de San Antonio, 1909.

GONZÁLEZ, FERNÁN. "La Iglesia. Organización en la Colonia, acción misional y educativa". En: *Historia de Colombia*, tomo V. Bogotá, Salvat Editores, 1988.

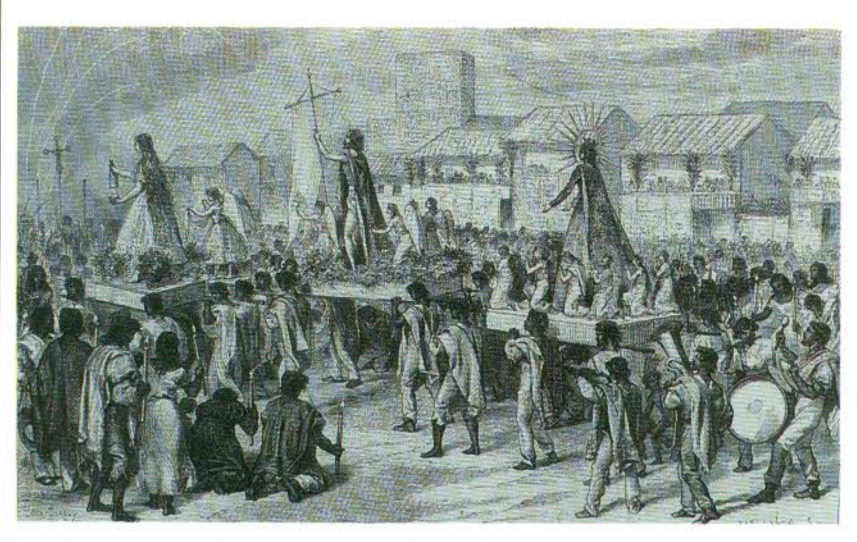
GONZÁLEZ CAJIAO, FERNANDO. *Historia del teatro en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986.

ORTEGA RICAURTE, JOSÉ VICENTE. *Historia crítica del teatro en Bogotá*. Bogotá, Talleres de Ediciones Colombia, 1927.

REYES, CARLOS JOSÉ y MAYDA WATSON. *Materiales para la historia del teatro en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

Autos sacramentales en Popayán

Hortensia Alaix de Valencia



Procesión del domingo de Pascua en Popayán. Grabado de Charles Laplante sobre dibujo de Edouard Riou, en "Le tour du monde" de Edouard Charton. París, Librairie Hachette, 1877. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Cuando se habla o escribe sobre teatro y sus inicios en el entorno nacional, es indispensable remitirnos a las manifestaciones de ritual que celebraban nuestros aborígenes. No se puede ignorar este aspecto, ya que si consideramos a los participantes en los rituales, ellos vienen a convertirse en protagonistas que se sitúan en espacios delimitados por las connotaciones míticas y están ceñidos a los momentos en que para las comunidades se celebraban ritos de iniciación, purificación y elección de jefes, como ocurre en la consagración de Guatavita, según lo narra Juan Rodríguez Freyle, en *El carnero*; también cuando se hacían los rituales para siembra o cosecha como en Yuruparí. Fray Pedro Simón, en sus *Noticias del Nuevo Reino de Granada*, nos lleva a constatar este fenómeno de la teatralidad ritual indígena, cuando habla de la ceremonia del *huan* (consagración de un jefe); narra cómo se caracterizan los personajes, bien como dioses o como animales. En estudios más recientes, el antropólogo Roberto Pineda habla sobre el teatro en la Guajira y destaca el baile de la cabrita, en el cual encontramos otros elementos constitutivos del teatro, que son la música y la danza.

Por otro lado, el teatro denominado por la crítica teatral «cristiano», más que un espectáculo de saltimbanquis es un "auto", "misterio" o "drama", que tiene su raíz en la liturgia de la Iglesia y que en sus comienzos mantiene ciertos cánones, como el escenario, o sea, el sitio que corresponde al altar de las iglesias, o como el actor, que en este caso es el sacerdote. Los retablos del fondo de los altares, los balcones, las tribunas, daban el toque imaginario, mas el sacerdote y los fieles conformaban la parte real. El teatro cristiano participa de otros elementos que le son complementarios y obedecen a la técnica teatral griega o latina, como son el canto, la forma de moverse, o sea el gesto, el vestuario, el decorado, los accesorios y la iluminación, todo ello para dar realce al espectáculo y la fiesta.

El auto sacramental nace necesariamente del teatro antiguo, y de él toma, como se dijo antes, los lineamientos para construir el escenario (plazas, corrales, iglesias); también para caracterizar a los personajes y manejar el tema. Se fija como inicio de esta manifestación teatral cristiana el siglo V; sin embargo, son los siglos XIV, XV y XVI cuando los autos sacramentales o los llamados por los franceses «misterios dramáticos» tuvieron más relevancia, y marcaron una tendencia al sincretismo de lo religioso y lo profano. Abundan en ellos las danzas populares, los juegos histriónicos y en muchas ocasiones aparecen los diálogos ajenos al propio misterio que se quería representar, pues en muchos casos las representaciones dramáticas obedecían a la necesidad de divertir.

En Popayán, son varios los documentos que se encuentran y sirven para atestiguar la celebración de los actos de Navidad, Semana Santa y Corpus Christi, fiesta que desde 1621, cuando se encarga a Francisco de Ayala para que prepare la fiesta del Santísimo Sacramento, se celebra por orden del Cabildo hasta 1794. La *Historia general de Popayán* nos dice que las procesiones existían desde 1558, y según las actas de cabildo de la ciudad de Popayán, desde 1696 ya se celebraban las festividades de Epifanía con la presentación dramática.

Se menciona la celebración de las procesiones porque durante la Semana Mayor, éstas obedecen a una visión apoteósica de la pasión y muerte del Redentor; además, por la manera de celebrarse, por el ritual litúrgico que siguen, por el vestuario de los oficiantes y fieles, por la riqueza de las andas y de las imágenes, por las luces y la música, se enmarcan dentro de lo que hemos denominado auto sacramental, es decir, es una representación propia del teatro cristiano, pero sin parlamento. Sin restar importancia al valor religioso que poseen estos actos, su representación obedece a una estructura teatral. En una de las crónicas escritas por José María Vergara y Vergara, se lee en relación con la fiesta del Domingo de Ramos celebrada en 1858: «Los indios Yanaconas, Puelenje, Julumito, Tambo, Puracé y demás pueblos que rodean la ciudad han buscado en los montes, con anticipación, la palma real, consagrada especialmente al Señor, para adornar su triunfo. Si el alcalde o el gobernador necesitara del mismo número de palmas, que así se llaman enfáticamente los ramos de las palmas; si los necesitara para solemnizar la entrada del mayor de los héroes, y las pidiera a todos los alcaldes y éstos a todo el pueblo, no reuniría un número de palmas igual al que reúnen ese día los indios. La procesión empieza. Recorre la iglesia, sale por el atrio y vuelve a entrar a la iglesia, acompañando la estatua que representa a Jesús, cabalgando en una mansa pollina».

Respecto del ciclo de Navidad, el propio Vergara y Vergara nos cuenta: «El pueblo de Popayán, sus hidalgos y sus pecheros, sus damas y sus ñapangas, duermen todo el año y no se despiertan sino dos veces, una al son de las plegarias que tocan las campanas en Semana Santa y otra al son del pífano que tocan los disfrazados en las fiestas de negritos, en los últimos días de diciembre».

El 6 de enero se celebra la fiesta de Epifanía o Adoración de los Reyes Magos, de especial importancia en Popayán, y en cuya celebración, y con el aporte del trabajo de artesanos y de familias pudientes que prestaban los elementos necesarios para montar el tablado, se representaban

los autos sacramentales. El auto sacramental pasa de su escenificación en la plaza cerrada a las plazas abiertas, y de esta forma las calles, los edificios, los monumentos y el público participan decididamente, como si edificios y personas estuvieran incorporadas a la representación.

Son tres los autos sacramentales escritos en Popayán. El primero, de 1850, pertenece al presbítero Manuel María Alaix (1809-1862). Cura y vicario del Chocó y Popayán, orador de reconocida fama, le correspondió el 17 de diciembre de 1842 decir el discurso en memoria del Libertador; también y por encargo de los jesuitas dijo el panegírico en honor de san Ignacio de Loyola, para finalmente, en 1861, pronunciar el discurso en las honras fúnebres del general Obando; de temperamento ardiente, mezclóse en las luchas políticas; fue inspector de la Universidad del Cauca y rector interino, destacándose por sus clases de literatura; también fue periodista y se le reconoce como un fundador de periódicos: reedita en 1848 *El Patriota* y publica *El Cernícalo*. Fue magistrado del Tribunal de Justicia de Popayán, de 1850 a 1853. Su obra permanece inédita; se conserva el manuscrito de un auto sacramental que tiene por título *El nacimiento del Mesías*, aunque se le ha conocido con el nombre de *Auto de los Reyes Magos*, si bien su tema se centra en la actitud de Herodes.

El segundo auto, *Herodes el Grande y los Magos de Oriente*, es un drama histórico, escrito en verso por Aquilino León (1839-1908), y que fue publicado por la Arquidiócesis de Popayán en 1906, con la debida autorización eclesiástica y registrada ante el gobierno civil. Aquilino León fue abogado, senador y representante al Congreso en 1864. Redactó en Popayán los periódicos *La Soberanía* (1868) y *El Pueblo* (1870). En 1883 recibe un premio por su trabajo sobre la misión de la prensa en Colombia; publicó numerosas poesías, artículos literarios e históricos.

El tercer auto sacramental, *Herodes el Grande y los Reyes Magos*, es un drama en tres actos, escrito por Francisco Eduardo Diago (1870-1943), publicado en Popayán por la Imprenta de El Siglo en 1923, obra revisada y aprobada por el señor arzobispo de Popayán, Manuel Antonio Arboleda. Fue estrenada el 6 de enero de ese mismo año. Diago fue jurisconsulto, juez superior, magistrado del Tribunal Superior de Popayán y magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Gran escritor y músico, interpretaba la lira con maestría.

El tema de estos tres autos sacramentales, como sus títulos lo revelan, se basa en el hecho del nacimiento del Mesías y del viaje que emprenden los Reyes Magos para rendirle adoración. Estructuralmente el comienzo de los tres autos es el Encuentro: son los mayordomos del séquito real quienes, al encontrarse, inician el diálogo. Leamos en Alaix, Acto 1º Escena 1ª:

Mayordomo 1º

¡Hola! ¡Alto, caminante!
Parad allí un instante,
no sea que acaso
haber pueda algún atraso.

Mayordomo 2º

¡Qué hay! ¿Cuál novedad?
¿Quién eres? ¿Qué autoridad?
Yo siempre adelante sigo
aunque te pesare, amigo.

Mayordomo 3º

¡Hola, amigos! Campo abierto
que llega a este paraje
un preferible equipaje.

En el Encuentro hay sorpresa, pero también se indica poder y se alude a la llegada de grandes comitivas. Los tres mayordomos anteceden a los embajadores, encargados de solicitar a los ministros de Herodes el permiso para que los Reyes expresen su cometido. Así, se lee en la primera parte del auto escrito por Francisco Eduardo Diago:

Embajador 1º
(Dirigiéndose al Embajador 2º)

Salve, garrido doncel:
¿podré saber si al hallarnos
en medio de este desierto
que humana planta no ha hollado,
debo bendecir mi suerte
o maldecir de los hados?
¿Será un augurio feliz
en mi camino encontraros?

Embajador 2º
(Dirigiéndose al Embajador 1º)

También a mí el encontraros
me sorprende, en este sitio
que nunca vio el ojo humano
y que tan sólo las fieras
con rudas plantas hollaron.
Y ante todo os agradezco
vuestros modos cortesanos
que si al mílite señalan
muestran también al hidalgo.

Embajador 3º
(Dirigiéndose a ambos embajadores)

¡Salud!, nobles caballeros,
¡salud, valientes soldados!,
perdonad si me interpongo
entre vosotros, y en tanto
que la mente reflexiona
duerma el acero. Hace rato
que escucho vuestro coloquio
y aun no repuesto del pasmo
que en mi ánimo ha producido
en estos sitios hallaros,
os pido que me escuchéis
ya que os adivino hidalgos.

Tanto para Alaix como para Diago, el Acto primero del auto se realiza fuera del proscenio, es decir, se lleva a cabo en las calles, en medio del público, como fue costumbre en el teatro del barroco. Por su parte, en la estructura inicial del auto de de Aquilino León, el drama se inicia en el proscenio o tablado público, que representa la sala privada de Herodes:

Herodes

Ministro, ¿hay conspiradores
en mi Reino todavía?

Ministro

No descansan noche y día
los rebeldes, los traidores:
aseguro como cierto
que tienen gran regocijo
tan sólo porque se dijo:
"El Rey Herodes ha muerto".

La angustia y el temor de Herodes por la conspiración que sobre él se cierne, obliga a sus súbditos a defenderlo; la actitud servil del ministro y del esclavo Cingo lo expresan:

Cingo

Conozco a los que prendieron
las fogatas desde ayer,
me disfracé de mujer,
los vi, pero no me vieron.

Pero no solamente el diálogo de los personajes constituye la base de los autos; el dialogar consigo mismo es clave de la concepción dramática de Pedro Calderón de la Barca y punto de partida del real desdoblamiento y personificación de esas facultades interiores del hombre, que adquieren cuerpo dramático en los autos sacramentales; por ello los monólogos de Herodes, escritos en octosílabos, configuran un romance en el cual el Rey hace gala de su poder y fuerza vengadora. Alaix escribe

Herodes

¡Qué demencia! ¡Qué locura!
¿Creéis vosotros, por ventura,
que otro monarca ha de haber,
cuya grandeza y poder
a mi grandeza le exceda?
¿Creéis acaso que otro pueda
Rey haber tan soberano,
que empuñe cual yo, en su mano
el cetro de los judíos?

Los autos o "dramas" son una metáfora visible, están cargados de símbolos e imágenes de profundo valor poético, que sirven para mover e inducir a la admiración y la penitencia. Son una manifestación del espíritu afectivo y religioso del pueblo; la música no falta en la representación, se escuchan la chirimía, la flauta, el triángulo y las maracas, todo con base en un sincretismo social y cultural.

El teatro en el siglo XIX

Carlos José Reyes



Boceto para el telón de boca del Teatro Colón de Bogotá, pintado en Roma por Annibale Gatti, 1889.

Las producciones culturales que se asocian a un determinado siglo no siempre coinciden mecánicamente con la exactitud matemática del calendario. El siglo XVIII, llamado Siglo de las Luces, por ejemplo, recibe este nombre de trabajos significativos que surgieron en especial con el desarrollo de las artes y las letras que se inició en la Francia de los Borbones, durante el largo mandato de Luis XIV, entre los siglos XVII y XVIII.

En el caso de la historia colombiana, los acontecimientos de la cultura, las artes y el pensamiento que van a caracterizar al siglo XIX, tienen su origen en los últimos años del siglo XVIII: la Expedición Botánica, la Biblioteca Nacional, el primer periódico y el Coliseo para la representación de comedias, hacen parte de estas realizaciones. Sin estos eventos sería imposible explicar los cambios radicales que van a producirse en las primeras dos décadas del siglo siguiente, por lo cual puede decirse que nuestro siglo XIX se inició quince años antes de que sonaran las campanas anunciando el año nuevo de 1801.

LOS ÚLTIMOS TIEMPOS COLONIALES

El Coliseo

La actividad teatral en los últimos tiempos coloniales adquiere una especial importancia en el Nuevo Reino de Granada con la apertura del Coliseo, dejando de ser un hecho aislado y referido tan sólo a conmemoraciones o fiestas (las representaciones de comedias se acostumbraban junto con bailes, fiestas de toros, iluminación nocturna de calles, o con ocasión de fiestas especiales, como la jura de un rey, la llegada de un virrey o un obispo, el año nuevo o la fiesta del Corpus); al abrir el teatro, la presentación de obras cobra una mayor regularidad.

Esta obra se debe a la gestión y al gusto por la comedia de un oficial de milicias y comerciante de la calle real de Santafé, José Tomás Ramírez, quien invirtió una importante suma de dinero de su propio peculio para la construcción del edificio, situado en el mismo lugar en el que hoy se encuentra el Teatro Colón de Bogotá, que adquirió su estructura definitiva cien años más tarde, cuando, durante el gobierno de Rafael Núñez, y con

ocasión de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, el viejo Coliseo fue demolido y levantado el edificio actual, de acuerdo con los planos del ingeniero italiano Pietro Cantini, recibiendo el nombre de Teatro Colón.

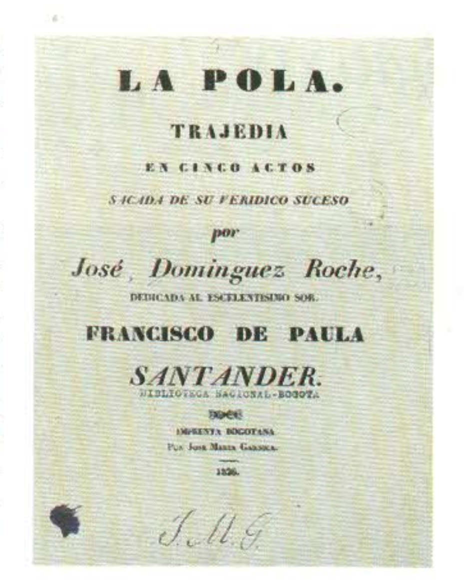
El arquitecto encargado de elaborar los planos y construir el teatro fue el ingeniero italiano Domingo Esquiaqui, oriundo de Nápoles, quien prestaba sus servicios a la marina española. Entre otros trabajos, Esquiaqui levantó en 1791 el plano de la ciudad de Bogotá, construyó el Puente del Común, en el camino real a Zipaquirá, la torre de la iglesia de San Francisco y otras importantes obras arquitectónicas y de ingeniería civil en Santafé.

Antes de la inauguración del Coliseo, las compañías españolas itinerantes actuaban en patios de conventos y cuarteles, colegios mayores y hospitales, así como en plazas públicas, como lo afirma fray Antonio de Zamora, citado por José Caicedo Rojas en sus *Recuerdos y apuntamientos*. La cantidad de representaciones y el gusto por el teatro que existía en la Nueva Granada, en especial entre los españoles que establecían su residencia en el virreinato, hizo que se crearan las condiciones para construir un establecimiento apropiado para la representación de comedias.

Pese a la oposición del arzobispo Baltasar Martínez Compañón, el día 6 de octubre de 1782 se inaugura el Coliseo, presentando obras con actores aficionados, que no siempre recibieron el aplauso del público. Lo cierto es que esta aventura de mecenazgo cultural acabó con la fortuna de Tomás Ramírez, quien murió en la ruina en 1805, en la localidad de Tocaima.

Primeras representaciones nacionales

El Coliseo consiguió sobrevivir a la quiebra de su constructor y primer propietario, contribuyendo de manera decisiva a afianzar la actividad teatral en nuestro medio. De este modo, el teatro comenzó a presentar las primeras propuestas de obras nacionales, como la pieza *El cantar de Fucha*, escrita por el presbítero bogotano Juan Manuel García Tejada en 1803, y presentada en el teatro en función especial que contó con la asistencia del virrey Antonio Amar y Borbón.


LA POLA.

TRAJEDIA

EN CINCO ACTOS

SACADA DE SU VERIDICO SUCESO

por

José Dominguez Roche,

DEDICADA AL ESCELENTISIMO SOR.

FRANCISCO DE PAULA

SANTANDER.

BIBLIOTECA NACIONAL-BOGOTA

BOGOTÁ

IMPRENTA BOGOTANA

Por José Maria Garnica.

1826.

Portada de "La Pola", tragedia de José Domínguez Roche, dedicada a Francisco de Paula Santander. Imprenta Bogotana por José María Garnica, 1826. Biblioteca Nacional, Bogotá.

En los primeros años del siglo XIX se presentaron piezas como *El zagal de Bogotá*, de José Miguel Montalvo, *La ilusión de un enamorado*, *Amor y desdén* y *El fulgor de los escombros*, de Mario Candil, y *El soliloquio de Eneas* y *El sacrificio de Idomeneo*, de José María Salazar.

En estas primeras representaciones se destacaron dos actrices y cantantes: Nicolasa Villar, «primera dama y cantarina» de la rudimentaria compañía que se formó en los primeros tiempos del teatro, y Rafaela Isazi, esposa del marqués de San Jorge, a quien llamaban "la Jerezana" por ser oriunda de Jerez de la Frontera, en España.

Primera República y Pacificación

Después del 20 de julio de 1810, con la declaración de Independencia y el experimento de los primeros gobiernos republicanos para asumir la vida independiente por parte de los criollos, el Coliseo siguió funcionando, aunque con dificultades por la situación política de entonces. En efecto, el estado permanente de zozobra causado por el temor de una reconquista española y por las divergencias y guerras civiles entre centralistas y federalistas, hizo que muchas actividades —entre ellas las artísticas y culturales— se vieran disminuidas o aplazadas para una mejor oportunidad.

Sin embargo, en una ciudad que contaba con tan pocas diversiones y espectáculos, el Coliseo se había convertido en un lugar fundamental en la vida de la ciudad, no sólo para las representaciones teatrales, sino para toda clase de tertulias y reuniones sociales, bailes y actividades políticas. En este último aspecto hay que decir que los actores y simpatizantes de la actividad teatral de ese momento, no siempre estaban a favor de la Independencia.

Después de la llegada del Pacificador Pablo Morillo, en el corto período llamado la Reconquista, surgieron reacciones contradictorias y cambios de posición que influirían sobre los eventos artísticos y culturales de españoles y criollos durante los años previos a la Independencia definitiva. Morillo, que como buen español era aficionado a la comedia, pidió que se hiciesen representaciones en el Coliseo, durante su estadía en Santafé.

Por aquellos días, una de las figuras del canto y la actuación era la señora María de los Remedios Aguilar, dama española casada con un oficial de las tropas virreinales en tiempos de Amar y Borbón, llamado Eleuterio Cebollino, por lo cual a ella se le llamaba "la Cebollino". Su hermano, Francisco Aguilar, apodado "el Curro" y español como ella, se mostraba inclinado a favor de la causa de la Independencia, por lo cual fue condenado a muerte por los pacificadores. De nada valieron los ruegos de madres y hermanas de los sentenciados para que se les conmutase su sentencia. Por esta razón, la Cebollino tuvo que bailar y cantar tonadillas ante el general Morillo, tal vez con la ilusión de que se concediese una gracia y perdonase la vida a su hermano, lo cual no sucedió.

La Independencia

Conseguida la Independencia, después de la batalla de Boyacá, la organización de la nueva República de Colombia creó otras prioridades durante los primeros años, aunque se hicieron algunas escasas representaciones de las cuales hablaremos más adelante. Es así como el teniente sueco Carl August Gosselmann, de visita en Bogotá, transmite en sus notas de viaje sus impresiones sobre la actividad teatral de aquellos días: «Aparte de las riñas de gallos, Bogotá no tiene ningún espectáculo, y aunque existe un teatro grande y bien decorado, desde la salida de los españoles no se hacen representaciones. Las únicas que pueden realizarse están en manos de gru-

pos de estudiantes, los que, aun cuando actúan bien, tratan de reemplazar la falta de elenco en las edades y sexos, por una brillante variedad de trajes».

Entre las pocas representaciones celebradas en los primeros años de la vida republicana, puede mencionarse la obra *La Pola*, escrita por José María Domínguez Roche poco tiempo después del fusilamiento de la heroína. Lo más notable de esta función, aplaudida y apoyada por el general Francisco de Paula Santander, es que su autor, Domínguez Roche, era natural de España, pero había acogido la causa patriota y republicana, mostrándose como un ferviente defensor de la Independencia. La primera representación de esta obra se llevó a cabo en el pueblo de Funza, a comienzos de 1820. El vicepresidente Santander asistió a la función, e invitó a su autor a que presentara la obra en el Coliseo, con el objeto de exaltar los ánimos patrióticos y conmemorar el primer aniversario de la batalla de Boyacá. La función se hizo el propio 7 de agosto. Luego, en 1826, se representó en la Gallera Vieja. Sobre esta última presentación cuenta José María Cordovez Moure, en sus *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, la anécdota de cómo el público santafereño no aceptó la sentencia de muerte contra la Pola, por lo cual el administrador de la gallera, temiendo que se fuera a producir un desorden de graves consecuencias, resolvió salir y decir a los espectadores que el virrey Sámano había decidido conmutar la pena a la heroína, por el destierro a los Llanos. Al final de la función, la actriz que representaba a Policarpa Salavarrieta fue sacada en hombros a la misma plaza en que el personaje real había sido fusilado nueve años antes. Posteriormente se han escrito nuevas obras teatrales sobre la Pola.

Después de la batalla de Ayacucho, en 1824, las opiniones políticas de la nueva nación se dividieron. El proyecto de la gran patria colombiana de Bolívar se desintegró, al separarse Venezuela y Ecuador, y las diferencias entre bolivarianos y santanderistas aparecen como el primer paso en la formación de los partidos políticos tradicionales de Colombia. La situación política va a influir sobre los autores teatrales de este período, quienes estuvieron vinculados de un modo muy directo a la actividad política: José Fernández Madrid y Luis Vargas Tejada. Ambos han sido considerados como los padres del teatro en Colombia.




GUATIMOC

ó

GUATIMOCIN,

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

POR J. F. DE MADRID.

PARIS,

EN LA IMPRENTA Y FUNDICION DE J. PINARD,

M DCCC XXVII.

José Fernández Madrid (miniatura de Víctor Moscoso en la Biblioteca Luis Angel Arango) y portada de su tragedia "Guatimoc o Guatimocín" (París, J. Pinard, 1827), Biblioteca Nacional.

José Fernández Madrid

José Fernández Madrid nació en Cartagena el 19 de febrero de 1789. Hombre formado por el espíritu de la Ilustración, fue al mismo tiempo médico, periodista, parlamentario, político, poeta, escritor científico y dramaturgo. Muy joven viajó a Santafé, donde obtuvo una beca en el Colegio del Rosario; allí estudió humanidades y derecho canónico, a comienzos del siglo XIX. Años más tarde, fue nombrado presidente del Estado de Cundinamarca, en momentos en que avanzaban las tropas del Pacificador Pablo Morillo hacia Bogotá. En medio de diversas disputas con el comandante francés Emmanuel Röergas de Serviez, ordenó la retirada al sur de las fuerzas patriotas ante la inminente llegada de los españoles en 1816.

Viajó a Popayán y por un tiempo se escondió en las montañas, pero ante la promesa de los españoles de perdonarle la vida, resolvió entregarse. Fue remitido por Morillo a Cartagena para ser luego enviado a España, pero por circunstancias complejas, al llegar a Cuba sus amigos le protegieron en La Habana, donde pudo ejercer la medicina con toda libertad. Durante su estadía en La Habana publicó el primer tomo de sus poesías, así como su primera obra teatral: *Atala*, inspirada en la novela homónima de René de Chateaubriand.

Atala

Sin duda, los amores de la india Atala con Chactas tienen para Fernández Madrid una relación directa con la situación de la América española por aquellos días. Era necesario unir a los pueblos, para poder luchar por la causa de la libertad. El argumento, que sigue muy de cerca al de Chateaubriand, concentra la acción en el amor de los dos personajes, que en el texto de Fernández Madrid resultan mestizos y medio hermanos, pues ambos son hijos del español López. En parte indios, en parte españoles, su amor resulta imposible a causa de un juramento hecho por Atala a su madre moribunda: el conservarse siempre virgen. Por esto, al final, ingiere un veneno cuando comprende que su pasión la llevará a entregarse a Chactas. ¿Dónde está la libertad de estos desagraciados amantes? Quizás, en el regreso a su selva nativa, a su propio terruño, donde todo es inocencia, como lo pensaba Jean-Jacques Rousseau al concebir a su "buen salvaje".

Atala es una tragedia de corte neoclásico, de influencia francesa. Sin duda, en su concentrado drama, donde las pasiones se hallan divididas y los protagonistas desgarrados, se adivina la huella de Jean Racine, que construye una pasión semejante en sus personajes de corte clásico, como Andrómaca, Berenice o Fedra.

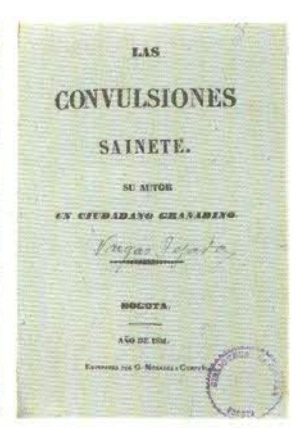
Algunos años más tarde, después de conseguida la independencia de la Gran Colombia, Fernández Madrid es enviado por el gobierno de la nueva





LA MADRE DE PAUSANIAS.

MONÓLOGO



LAS

CONVULSIONES

SAINETE.

SU AUTOR

UN CIUDADANO GRANADINO.

BOGOTA.

AÑO DE 1851.

Luis Vargas Tejada (miniatura de Pío Domínguez del Castillo, Museo Nacional) y portadas del monólogo "La madre de Pausanias" (impreso por N. Lora, 1831) y del sainete "Las convulsiones", (impreso por G. Morales y Cía, 1851). Biblioteca Nacional, Bogotá.

República como su representante, primero a Francia y luego a Londres, donde fallecerá, en la localidad de Barnes, el 28 de junio de 1830.

Guatimoc

Fernández Madrid escribirá en Francia su segunda obra, *Guatimoc*, inspirada sin duda en las luchas de Bolívar para conseguir la independencia. *Guatimoc* refiere el enfrentamiento de este gobernante azteca con las fuerzas españolas comandadas por Hernán Cortés, en 1521. El aspecto más importante de esta tragedia, escrita como *Atala* con un número limitado de personajes, tiempos y espacios, a la manera neoclásica, es su afirmación de América y los americanos, subrayada en los documentos capitales de Bolívar, como la Carta de Jamaica o el discurso ante el Congreso de Angostura, y subrayada de manera radical y patética en el "Decreto de guerra a muerte" emitido en Trujillo en 1813. El espíritu del pensamiento bolivariano se hace patente en las encendidas arengas de Guatimoc contra los españoles:

¡Oh dioses! ¿Dónde estáis? Vuestra /justicia
¿dónde está, dónde está? Mas no, los /dioses
no pueden inventar ¡Raza maldita!
los castigos atroces que merecen
vuestra ferocidad, vuestra avaricia,
vuestra rabiosa sed de oro y de sangre.

Esta pieza de Fernández Madrid, enviada a Bolívar y Santander y presentada en el Coliseo de Bogotá alrededor de 1826, obtuvo elogiosos comentarios de los próceres de la independencia y de figuras como el marqués de La Fayette. Santander dijo de ella: «Nada me encantó y llenó de entusiasmo como la dedicatoria al Libertador Bolívar. ¡Qué hermoso contraste entre el Guatimoc y la situación actual de la América! ¡Qué justo y qué expresivo el elogio hecho al Libertador!».

La Fayette, a su vez, hace un encendido elogio de la obra: «Recibí con sincero agradecimiento la tragedia que usted ha tenido la bondad de enviarme. Con esto me ha suministrado usted la más interesante y agradable ocasión que pudiera presentárseme de estudiar su hermoso idioma; ese idioma destinado a proclamar, constituir y mantener la libertad republicana en una porción tan vasta y admirable del globo».

Otro caso lo constituye el juicio crítico hecho por el propio Libertador Simón Bolívar, que revela una aguda capacidad de análisis y de comprensión del lenguaje del teatro: «He recibido el *Guatimoc* con el mayor gusto, porque veo en él un momento de genio americano. Pero diré a usted lo que siento sin ser poeta: hubiera deseado más movimiento y más acción en la escena. Generalmente hablando, el pueblo no gusta de acciones tan sencillas, que dan tan poco a trabajar al pensamiento que desea divertirse en su propia curiosidad».

Fernández Madrid responde desde Londres al Libertador, diciéndole que «le ha dado en cinco chorros, como dicen los galleros de la capital», pero que su intención era trabajar con el nuevo sistema trágico italiano, que pide que la acción sea simple y que todo el efecto de la tragedia radique en la fuerza del diálogo.

Luis Vargas Tejada

Un caso muy diferente lo constituye la obra teatral del joven político, poeta y conspirador Luis Vargas Tejada. Mientras Fernández Madrid se inspira para escribir su obra en el genio de Bolívar, Vargas Tejada escribe en su contra, en tiempos de la dictadura, defendiendo la causa de la libertad.

Después de 1827, el Libertador y la libertad parecían haberse convertido en figuras antagónicas. Esto llevó a Vargas Tejada a asumir una posición radical, y a participar, con otros copartidarios de sus ideas políticas, nacionales y extranjeros, en la fracasada conspiración contra Bolívar, acaecida en la nefanda noche del 25 de septiembre de 1828.

Luis Vargas Tejada había nacido en Santafé el 23 de noviembre de 1802, por lo tanto apenas contaba con 26 años en tiempos de la conspiración. Después de haberse frustrado el atentado, huyó hacia las montañas, con la intención de dirigirse a los Llanos. Estuvo encerrado durante un año en una cueva, donde escribió su monólogo escénico *La madre de Pausanias* y la tragedia *Doramintа*, ambos textos inspirados en su lucha contra la dictadura. El año de 1828 es muy especial en la vida y obra de Vargas Tejada. En él se concentran los principales eventos de su existencia y el estreno de la mejor y más conocida de sus obras: *Las convulsiones*.

Vargas Tejada escribió otros textos, que hoy se hallan perdidos, como *Aquimín*, que se representó varias veces en el Coliseo, *Saquesagipa*, *Sugamuxi* y *Witikindo*. También escribió el monólogo *Catón en Utica*, para las fiestas nacionales en La Mesa, en 1826.

Las convulsiones

En *Las convulsiones* se observa la influencia de la comedia del Siglo de Oro español, en especial de la obra de Lope de Vega *El acero de Madrid*, así como de la comedia italiana. Su argumento tiene afinidades con *La mandrágora*, de Nicolás Maquiavelo, y con la elaboración de diálogos y personajes de un autor como Carlo Goldoni, de quien el propio Vargas había traducido su pieza *Il vero amico*. La comedia tenía por objeto burlarse de una costumbre muy de moda entre las jóvenes de aquellos días, que consistía en tener accesos de histeria o convulsiones cada vez que eran contrariados sus deseos. Además de esta intención manifiesta, en *Las convulsio-*



Escena de "Las convulsiones", de Luis Vargas Tejada, presentada por la Sociedad de Autores en el Teatro Colón de Bogotá, marzo de 1916. "El Gráfico", Nº 281.

nes existe una pintura muy interesante de la sociedad de la época, de los jóvenes de la sociedad santafereña que resultaban unos «*destapados calaveras*» y querían vivir de su conversación y encanto, sin trabajar. También se aprecian en el texto alusiones al interés por los estudios botánicos y naturalistas, surgidos desde el siglo anterior con la Expedición Botánica, y otras referencias a clérigos, comerciantes, viejas alcahuetas y demás personajes de la vida social en tiempos de la Independencia. Puede decirse, sin ninguna duda, que *Las convulsiones* ha sido la obra colombiana que más se ha publicado y representado, desde 1828 hasta nuestros días.

JOSEFA ACEVEDO DE GÓMEZ Y OTRAS AUTORAS

Al huir tras la fracasada conspiración septembrina, Vargas Tejada tuvo que refugiarse en Pasca, en la hacienda de Josefa Acevedo de Gómez (1803-1861), hija del Tribuno del Pueblo, José Acevedo y Gómez, quien estaba casada con el político santanderista Diego Fernando Gómez. Doña Josefa, tía de Vargas Tejada, escribió varias piezas teatrales como *Mal de novios* y *En busca de las almas* y, sobre todo, la comedia *La coqueta burlada*, que se destaca sobre las otras obras de su producción teatral.

A la obra de Josefa Acevedo de Gómez hay que añadir la de otras escritoras colombianas del siglo XIX, quienes crearon poesía, cuadros de costumbres y teatro. Es el caso de Silveria Espinosa de Rendón, quien escribió *El día de reyes*, y, sobre todo, Soledad Acosta Samper, hija del general, científico e historiador Joaquín Acosta y esposa del escritor y dramaturgo José María Samper, de quien hablaremos más adelante.

Soledad Acosta de Samper nació en Bogotá el 5 de mayo de 1833 y murió en la misma ciudad el 17 de mayo de 1913. En su larga vida tuvo una intensa actividad cultural, como historiadora y ensayista. Escribió las biografías de varios personajes ilustres, así como artículos de costumbres en *El Mosaico*, la *Biblioteca de Señoritas* y *El Eco Literario*. También escribió novelas y teatro; un drama titulado *Las víctimas de la guerra*, en un siglo que se caracterizó por la abundancia de guerras civiles; y las comedias *Las desdichas de Aurora* y *Un viajero*.

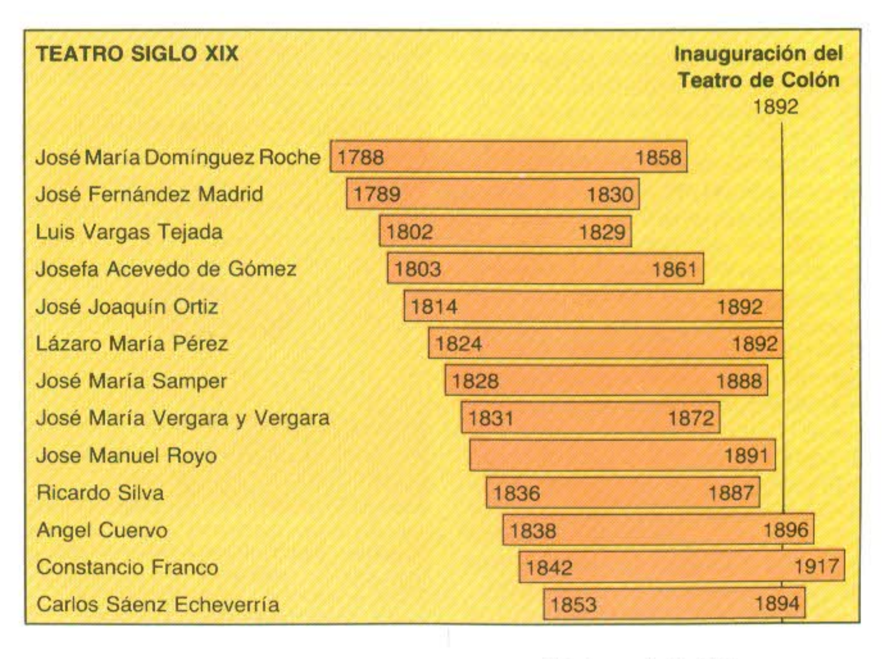
PRIMER PERÍODO REPUBLICANO

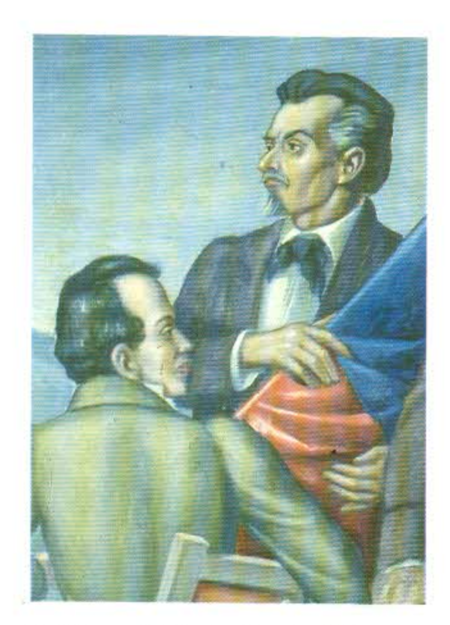
Entre los autores del primer período republicano, hay que citar a José Joaquín Ortiz y al cartagenero José Manuel Royo.

José Joaquín Ortiz

José Joaquín Ortiz nació en Tunja, en 1814 y murió en Bogotá, en 1892. Escribió novela, ensayo, poesía y teatro y fue uno de los fundadores de la Academia Colombiana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, junto con Miguel Antonio Caro y José Caicedo Rojas. Su tragedia *Sulma* fue escrita a los veinte años de edad, lo cual explica algunos de sus errores o defectos, como dice su editor de Cartagena, en 1834. Para la elaboración del argumento de *Sulma*, Ortiz se basó en escritos de Lucas Fernández de Piedrahita, como él mismo sostiene en carta dirigida a Bartolomé Calvo.

Pese a ello, la tragedia es del todo inventada y al respecto el autor sostiene: «Para nuestro vulgo, vale lo mismo una tragedia de invención que una sacada de la historia; porque ambas son para él ficciones, y sus personajes, desconocidos, no tienen la ven-





Luis Vargas Tejada y José Joaquín Ortiz. Detalle del mural de Luis Alberto Acuña, 1965. Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.

taja de interesar al mismo punto de presentarse en las tablas». Como *Doraminta*, de Vargas Tejada, *Sulma* es una tragedia de corte neoclásico, escrita con unidad de acción, tiempo y lugar y muy pocos personajes. Es, en realidad, una de las pocas tragedias del teatro colombiano, más inclinado a la comedia. *Sulma*, escrita con efectos de rayos, truenos y centellas, aborda el tema de la crítica a los excesos del poder, tan del gusto del estilo neoclásico.

José Manuel Royo

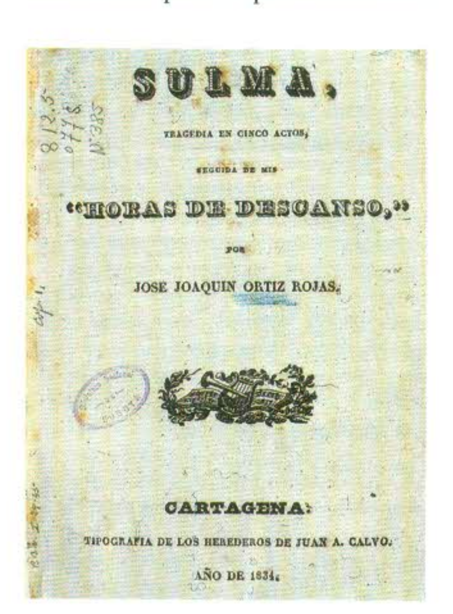
El cartagenero José Manuel Royo, que escribió por los mismos días que Ortiz y murió en 1891, se dedicó a la comedia de equívocos y situaciones jocosas, como es el caso de su pieza en un acto *El médico pedante*, publicada en Cartagena en 1838. Royo también escribió *El drama de Eudoro Cleón, La pirámide de Fabio, Balboa, o el descubridor del Istmo* y *El doncel*, entre otras.

El médico pedante es una comedia picaresca, en verso, con un asunto amoroso característico del teatro del siglo XIX: el bachiller pedante enamorado. Sin duda existen ecos de la comedia clásica, de la farsa italiana inspirada en la *Commedia dell'arte*, pero más próxima se percibe la influencia de *Las convulsiones*, de Luis Vargas Tejada, lo cual va creando una línea de continuidad en nuestro teatro a partir de la comedia. Las excentricidades, pedanterías, palabrejas extrañas al uso común, términos de botica y latinajos de estilo macarrónico, terminan por desbaratar a la postre las intenciones amorosas de don Mauro, quien sólo buscaba divertirse sin definir propósitos serios de matrimonio, tal como se acostumbraba para concertar relaciones de noviazgo y ser admitido un pretendiente en la casa de una joven casamentera.

Teatro Maldonado y Teatro Lleras

Alrededor de 1840, el antiguo Coliseo pasa a manos de un comerciante privado, Bruno Maldonado, quien en adelante lo llama Teatro Maldonado. Este teatro se dedicó a presentar espectáculos de carácter comercial —según Fernando González Cajiao—, frivolidades que pudieran atraer a un público poco exigente. Es el caso de las funciones de maroma y caballitos, citadas por José María Cordovez Moure en sus *Reminiscencias*. Sólo después de 1855 la actividad teatral vuelve a cobrar importancia.

Varios factores influyen para que esto sea posible. En primer lugar, la incansable actividad, como maestro, promotor, mecenas, traductor y director teatral, emprendida por Lorenzo María Lleras (1811-1868). Este insigne pedagogo, al observar las dificultades que existían en el Teatro Maldonado para la presentación de obras nacionales, construyó un escenario en su propia institución educativa, el Colegio del Espíritu Santo. Los propios alumnos del colegio eran los encargados de interpretar los papeles de las obras presentadas, aun los papeles femeninos. Con estos jóvenes, Lleras creó la primera Compañía Dramática Nacional y abrió su propia sala en el colegio, a la cual llamó Teatro Lleras. Esta sala funcionó durante dos años consecutivos, presentando cinco funciones al mes. Muchas de las obras de autores nacionales escritas por aquellos días, varias de las cuales se han perdido, fueron presentadas en el teatro o el colegio de Lorenzo María Lleras.



SULMA,

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

SEGUIDA DE MIS

"HORAS DE DESCANSO,"

POR

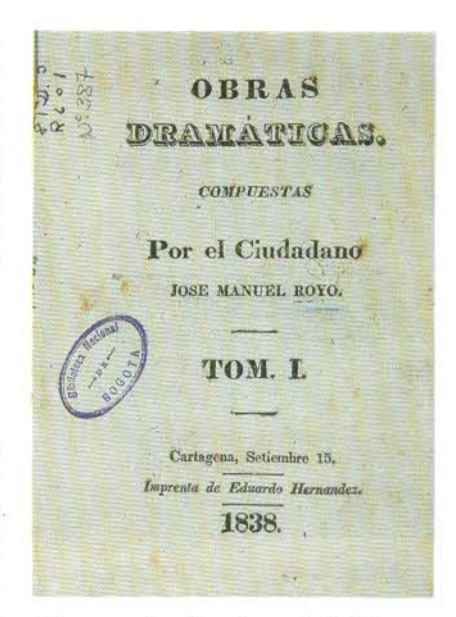
JOSE JOAQUIN ORTIZ ROJAS.

CARTAGENA:

TIPOGRAFIA DE LOS HEREDEROS DE JUAN A. CALVO.

AÑO DE 1834.

Portada de "Sulma", tragedia de José Joaquín Ortiz, editada conjuntamente con su poemario "Horas de descanso". Bogotá, Herederos de Juan A. Calvo, 1834. Biblioteca Nacional.



OBRAS

DRAMÁTICAS.

COMPUESTAS

Por el Ciudadano

JOSE MANUEL ROYO.

TOM. I.

Cartagena, Setiembre 15.

Imprenta de Eduardo Hernandez.

1838.

Primer tomo de "Obras dramáticas", de José Manuel Royo. Cartagena, Eduardo Hernández, 1838. Biblioteca Nacional, Bogotá.

Autores del medio siglo

Entre los autores del medio siglo, cabe mencionar además los que hacían parte del grupo cultural llamado El Mosaico. Fundado por José María Vergara y Vergara y Eugenio Díaz, pronto los intelectuales más importantes de la capital y muchos del país se integraron a El Mosaico. Este grupo realizaba tertulias en forma regular, y además tenía su propia revista, que incluyó entre sus publicaciones muchos artículos y cuadros de costumbres, narraciones de viajes, poesía y alguna que otra obra de teatro. También se acostumbraba en las tertulias leer textos teatrales de los

miembros participantes. Fue así como fueron leídas piezas que nunca llegaron a ser representadas, como es el caso de *Anny y don Jacobo*, de Jorge Isaacs.

José María Samper

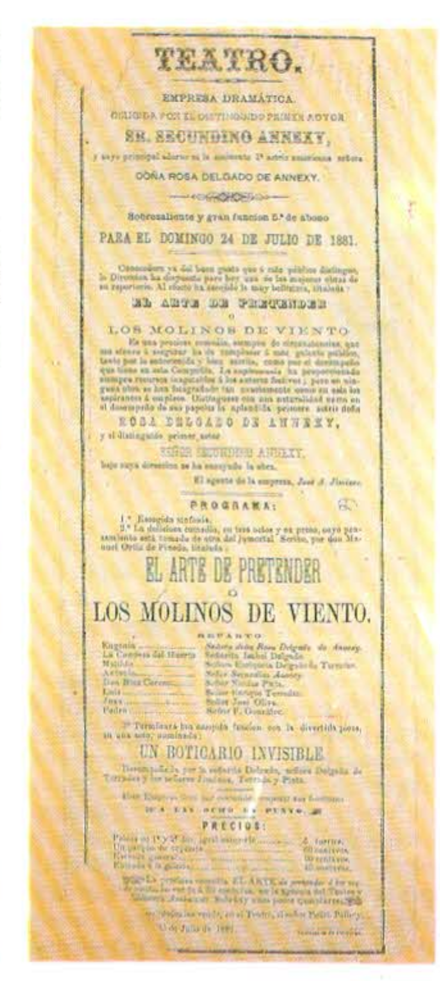
A la iniciativa de Lorenzo María Lleras en procura de la formación de nuevos actores, se sumó el interés y entusiasmo de José María Samper para crear un taller teatral, que puede considerarse como la primera escuela de arte dramático existente en el país. Miembro destacado de El Mosaico, José María Samper escribió varias piezas teatrales, sobre todo comedias, y alguna que otra tragedia de carácter histórico.

Nacido en Honda, Tolima, en 1828 y muerto en Anapoima en 1888, José María Samper es una de las figuras más completas y participativas en la vida cultural del siglo XIX en Colombia. Abogado, periodista, profesor, diplomático, escritor de varios géneros, pues pasó de la poesía a la novela, de la autobiografía al cuento costumbrista y al ensayo filosófico y político, Samper es uno de los principales autores teatrales del siglo XIX.

Sus dramas están inspirados por el espíritu romántico y por una fuerte dosis de moralismo que se va haciendo más evidente en su obra con el paso de los años. En su juventud, Samper hizo parte de los Gólgotas, los liberales más radicales, pero con el tiempo fue cambiando sus ideas hasta integrarse a las filas del partido conservador. Tal vez por este cambio de posición no llegó a ocupar los cargos más altos del Estado, pues los liberales radicales lo consideraban un tránsfuga, y los conservadores nunca llegaron a tener confianza en él, por su pasado gólgota.

Los solos títulos de los dramas y tragedias de Samper dan una clara idea de su contenido: *La conspiración de septiembre*, *El deber cumplido*, *Dios corrige y no mata* y *Amor y abnegación*, son piezas escritas en verso y con un estilo y un tono grandilocuentes y retóricos, que no cabrían en los escenarios contemporáneos.

Otra cosa muy distinta ocurre con sus comedias. En ellas, José María Samper desarrolla un gran sentido del humor, y presenta con gran frescura sus sátiras a las costumbres, vicios políticos y maneras de ser de su tiempo, con notable encanto y verosimilitud. *Un día de pagos*, *Los percances de un empleo* o *Los aguinaldos*, presentan diversos aspectos de la vida en Bogotá a mediados del siglo XIX. Pero su comedia más completa, a nuestro modo de ver, es *Un alcalde a la antigua y dos primos a la moderna*, presentada como comedia de costumbres nacionales y publicada por la Imprenta de El Neogranadino, en 1857.





Carteles del Teatro Maldonado, de Bogotá, para las funciones del día de Navidad de 1879 y para el 24 de julio de 1881. Imprenta de La Ilustración. Teatro Colón, Bogotá.

Esta comedia de carácter aldeano narra la historia de un modesto alcalde de pueblo, manipulado por el gamonal, el gobierno central, el cura y aun su propia mujer. La llegada de un sobrino de la capital y los amores que inicia con su hija Margarita, de diecisiete años, destruyen la tranquilidad de ese hogar, inmerso en una bucólica paz aldeana sólo rota por incidentes sin importancia. Don Pascasio rechaza al sobrino de Bogotá como pretendiente de su hija, considerándolo un inútil y perezoso, pues piensa que así son los señoritos de la capital. Prefiere que la corteje don Pedrito, un sobrino del cura, quien se da ínfulas y aparenta cultura al utilizar palabras y expresiones enredadas. En un baile de disfraces que se lleva a cabo en casa del alcalde, Paulino, el sobrino de la capital, y su prima, fraguan una inventiva, haciendo creer que don Pedrito ha intentado raptarla. El padre, en un gesto teatral en medio de la concurrencia, termina perdonando al sobrino y aceptándolo como novio de su hija, después de haber hecho el ridículo en público al salir a la calle disfrazado como un prócer de la Independencia.

Nos hemos detenido en el argumento de esta comedia, por considerarla representativa del teatro costumbrista del siglo XIX. En ella se muestran los contrastes entre la aldea y la ciudad y las últimas modas de la vida urbana enfrentadas a las tradiciones más arraigadas de la vida campesina.

Aquí muestra Samper —agudo observador de los cambios y prácticas


COLECCION
DE
PIEZAS DRAMÁTICAS,
ORIJINALES I EN VERSO,
ESCRITAS PARA EL TEATRO DE BOGOTA
POR
JOSE MARIA SAMPER.
BOGOTA.




UN ALCALDE A LA ANTIGUA
I
DOS PRIMOS A LA MODERNA,
COMEDIA DE COSTUMBRES NACIONALES,
EN DOS ACTOS.

José María Samper, la primera edición de sus "Piezas dramáticas" y la portadilla de su comedia de costumbres "Un alcalde a la antigua y dos primos a la moderna" (Bogotá, Imprenta de El Neo-granadino, 1857) Biblioteca Nacional, Bogotá.

de la vida política— la relatividad de los cargos del poder municipal, asignados por decreto en forma transitoria, frente al «triunvirato parroquial», como él mismo lo denomina, constituido por el gamonal, el cura y el notario, que son estamentos más estables e independientes de las contingencias del poder político, socavado por revoluciones y guerras civiles. Hay que recordar que esta obra fue escrita y publicada poco tiempo después de haber sido derrocada la dictadura del general José María Melo, en momentos en que las autoridades regionales y municipales eran cambiadas, de acuerdo con los intereses de los vencedores. Aun el presidente titular, José María Obando, encerrado en palacio durante el golpe de Melo, fue juzgado por su posible complicidad en el golpe.

Angel Cuervo

Otra pieza que demuestra el contraste entre el campo y la ciudad y que a la vez incluye una sátira política que aún tiene una evidente vigencia y actualidad, es *El diputado mártir*, escrita por Angel Cuervo (1838-1896). Hijo del político Rufino Cuervo y hermano del filólogo Rufino José Cuervo, Angel escribió memorias y relatos de viajes, experiencias de las guerras civiles, un poema satírico en el que se refiere a los dulces regionales del centro del país y alude a las costumbres y vicios políticos, y algunas obras de teatro.

Aparte de *El diputado mártir* escribió otra comedia llamada *Los dos viejos*, que por un extraño rasgo de generosidad y desprendimiento intelectual había dejado que se atribuyese a Ricardo Ortiz Sáenz; también escribió *Los leguleyos*, *Su excelencia*, comedia escrita en París, y *Los hijos de Apolo*.

El diputado mártir, que tiene ciertas similitudes de ambiente y personajes con *El inspector*, de Nicolai Gogol, muestra las peripecias y desventuras de un joven aldeano con aspiraciones políticas, que llega a la capital con la intención de dar un salto adelante en su carrera y proyectarse en el ámbito nacional. Pronto, sin embargo, será manejado por las fuerzas políticas que quieren utilizarlo de una u otra manera. Sus propios correligionarios lo abandonan, mientras el partido de oposición lo invita a trabajar en sus filas; finalmente, todos lo usan en forma oportunista, de acuerdo con las conveniencias del momento, hasta que el joven se decepciona de la política y de la ciudad, y sólo quiere regresar a su pueblo.

El diputado mártir, de Angel Cuervo, trasciende el estilo, a veces limitado, del teatro costumbrista de la época y se acerca a los planteamientos del realismo crítico de fines del siglo, que inspiró las obras de autores tan distantes como Gogol, en Rusia, John Synge, en Irlanda, o Florencio Sánchez, en Uruguay. Su pieza muestra no sólo las veleidades y vaivenes de la política del momento, sino que al mismo tiempo ahonda en otros aspectos de la personalidad humana, el oportunismo y las vanidades de moda.

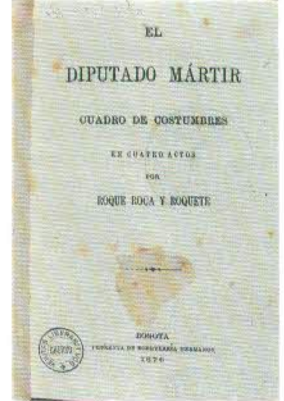
Otros autores

Alrededor del grupo El Mosaico y de los grupos y escuelas de teatro formados por Lorenzo María Lleras, José María Samper y otros, surgen varios autores con piezas teatrales cuyas líneas dominantes son el humor amable, una cierta dosis de crítica social y la pintura de las costumbres.

Los temas de carácter histórico, los mitos y leyendas del período precolombino y otros temas semejantes, aparecerán en obras como *La virgen del sol, o la sacerdotisa peruana*, de Juan Francisco Ortiz, *Miguel de Cervantes*, de José Caicedo Rojas, y otras semejantes. Caicedo Rojas (1816-1898), escritor prolífico y ameno, autor de crónicas y cuadros de costumbres, escribirá dramas como *Celos* y *Gratitud de un artista o los pintores* y una comedia que fue leída en El Mosaico y que se ha perdido, titulada *Amor y ambición*.

Por la vinculación del teatro con los centros educativos, los colegios e institutos de enseñanza media y superior, muchos maestros y pedagogos se interesan en él y escriben obras sobre distintos temas. Entre ellos, cabe mencionar a Lázaro María Pérez (1824-1892), maestro y periodista, director del periódico *El Porvenir*, quien escribió las obras *La cordelera* y *Elvira*.




EL
DIPUTADO MÁRTIR
CUADRO DE COSTUMBRES
EN CUATRO ACTOS
POR
ROQUE ROCA Y ROQUETE
BOGOTA
1876


LOS DOS VIEJOS.
COMEDIA EN TRES ACTOS
POR
RICARDO ORTIZ SAENZ.
(Angel Cuervo)

Angel Cuervo y dos de sus obras dramáticas: "El diputado mártir" (Bogotá, Echeverría Hermanos, 1876) y la comedia "Los dos viejos" (Bogotá, Medardo Rivas, 1880). Biblioteca Nacional, Bogotá.



entre los olvidados se nos quedan muchos, comoquiera que VERGARA Y VERGARA fué incansable derrochador de ingenio y gracia, pero ellos nos bastan hoy para honrar una de las memorias más queridas para el hombre de estudio y de corazón.

EL ESPIRITU DEL SIGLO

DRAMA ESCRITO CON PLUMA Y CORREGIDO CON LÁPIZ

EN UN PROLOGO Y UN ACTO

Posteri, posteri, vestra res agitur!

PERSONAJES

ADÁN, viejo de novecientos treinta años.
EVA, vieja de novecientos años.

(1) Desgraciadamente continúan inéditos estos trabajos. Dios quiera que los manuscritos, si acaso existen todavía por ahí, no corran la misma suerte de muchos otros de nuestros más notables escritores.—(*N. del E.*)

José María Vergara y Vergara y el inicio de su drama "El espíritu del siglo"

Constancio Franco

Constancio Franco (1842-1917) trabaja muchos de los temas en boga, desde la comedia de costumbres y crítica social, hasta el teatro de carácter histórico o el drama social de espíritu aleccionador.

Constancio Franco es uno de los autores más prolíficos del siglo pasado. Su obra tiene notables desniveles de calidad, pero en muchas de sus piezas se descubre una importante intuición de la acción dramática y los conflictos que, más que literatura, son propuestas para la representación. Algunos títulos de sus obras permiten dar una idea de cuáles son sus preocupaciones e intereses: *La expiación de una mujer, Los comuneros, El visitador Montaño, Sámano o la Independencia de la Nueva Granada, Boves, Los próceres del 20 de julio de 1810* y *Granada,* dejan ver su sincera preocupación por hallar una forma dramática para contar los temas de nuestra historia. En este grupo cabe destacar su obra *Los comuneros,* construida desde la perspecticva de José María Lozano y Peralta, marqués de San Jorge, que aunque simpatizaba con el movimiento y estaba dispuesto a ayudarlo, no tuvo una intervención directa en la marcha de los Comuneros hacia Santafé sino, más bien, trabajó en forma clandestina desde su propia casona en la capital, hasta ser descubierto y arrestado por las autoridades peninsulares.

Al enfocar el acontecimiento histórico desde esta perspectiva personal y familiar, Franco consigue concentrar el conflicto, con unidad de acción, tiempo y lugar, en la conciencia ética y política del marqués de San Jorge, a través del cual nos informamos del levantamiento, que queda como un telón de fondo. Esto le evita al autor el quedarse en un terreno descriptivo o de arenga política, para trabajar más la situación del intelectual involucrado en una situación comprometedora, aun a riesgo de su propia libertad, y de la paz y seguridad de su familia.



Constancio Franco Vargas.
Fotografía de Demetrio Paredes, ca. 1860.
Fondo Daniel Samper Ortega,
Gimnasio Moderno, Bogotá.

Otros dramas de Constancio Franco son: *Andrés Cavalcanti, La batalla de la vida, El demonio alcohol, Entre la calumnia y la envidia, Los hijos del presupuesto, El parricidio* y *Tanto vales cuanto tienes,* donde plantea lecciones moralizadoras sobre los problemas sociales y humanos de la época. Franco también escribió comedias, con títulos como: *Don Nicomedes, El paraíso perdido, Los pecados capitales* y *Angelito o las alcaldadas.*

Vergara y Vergara

El principal autor y artífice del grupo de El Mosaico, también escribió teatro. Aunque sólo se trató de una pieza, merece destacarse como uno de los trabajos dramatúrgicos más interesantes del siglo XIX. Me refiero a la obra *El espíritu del siglo,* de José María Vergara y Vergara.

Vergara y Vergara nació en Bogotá en marzo de 1831 y murió en la misma ciudad en marzo de 1872. Profesor, periodista, diplomático, parlamentario, poeta, novelista, crítico literario y dramaturgo, su *Historia de la literatura en Nueva Granada* es un trabajo notable y fuente obligada de cualquier estudio sobre los orígenes de la literatura en nuestro país. Intelectual de sólida formación humanística, fue uno de los fundadores de la Academia Colombiana de la Lengua. Su obra *El espíritu del siglo* fue escrita en



Ricardo Silva Frade, padre de José Asunción Silva. Fotografía de F. Mulnier, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

1855 y publicada en *El Mosaico* en 1863.

El espíritu del siglo

Su estilo libre y burlón ha hecho que *El espíritu del siglo* haya sido considerada como una pieza modernista y anticipadora de tendencias de vanguardia del siglo XX, como es el caso del teatro del absurdo. Pero pensamos más bien que en la pieza de Vergara y Vergara se trata, tal vez, de adoptar las formas expresivas de un tipo de comedia abierta y libre, de carácter aristofánico, en el cual el propio autor participa en las acotaciones. En esta comedia, personajes y tramas mezclan a seres reales de la tierra con personajes del mundo celestial, a la manera del cuento maravilloso popular. El comienzo de la obra, en el prólogo, recuerda el inicio de *Laurea crítica*, de Fernando Fernández de Valenzuela, y de muchas comedias del Siglo de Oro español.

En *Laurea crítica*, considerada como la primera obra teatral colombiana, uno de los actores pregunta al otro, que aparece como animador y director de escena: «¿Qué habéis de dar en este disparate?». En *El espíritu del siglo* se plantea este diálogo: «*Público*. —Voy a silbar tu drama. *Infrascrito*. —¿Por qué? *Público*. —Porque es disparatado. *Infrascrito*. —Pues por esta razón debes aplaudirlo». Encontramos, además, frases cortantes, alusiones políticas directas, como las referidas al general Mosquera, y sátiras de honda crítica social en relación con el *laissez faire* surgido como política económica del liberalismo radical, tras la política proteccionista desmontada con la derrota de la dictadura del general Melo, aliado con los artesanos de Bogotá, y el triunfo de la insurrección del general Mosquera el mismo año en que Vergara y Vergara escribía su pieza.

La política de libre cambio que defendían los Gólgotas (y luego los radicales) suscitó entre las clases pudientes, comerciantes y propietarios, una gran avidez de lucro. Los negocios, la acumulación de dinero y la especulación, se convierten en los principales motores del comportamiento social, como bien lo señala Vergara y Vergara en su obra. En el texto de la misma, por otra parte, hay alusiones burlonas al teatro mismo y a los hábitos de representación: «*Caín*. —Pido la palabra. Abel ha pronunciado un monólogo muy largo, y esto no es bien visto en los dramas. Estoy seguro de que los lectores van a silbar este drama, sólo por Abel». Aunque seguramente fue leída en El Mosaico, no existe el dato de que esta pieza haya sido presentada en su época o en un tiempo posterior, o sea que aún permanece inédita en lo que se refiere al escenario. El mismo Vergara y Vergara escribe notas burlonas al final de su texto, pues no creyó que su obra se llegara a representar nunca, lo cual sigue siendo un reto interesante para el movimiento teatral colombiano.

TEATRO SOBRE EL TEATRO

Otras dos obras de la segunda mitad del siglo XIX van a tocar en cierta forma el tema del teatro, de la realidad y su representación, del acontecimiento veraz y palpable, y de las imágenes, simulaciones o nostalgias de otros tiempos y lugares.

Se trata de las obras *El culto de los recuerdos*, de Ricardo Silva, y *Similia similibus*, de Carlos Sáenz Echeverría.

Ricardo Silva

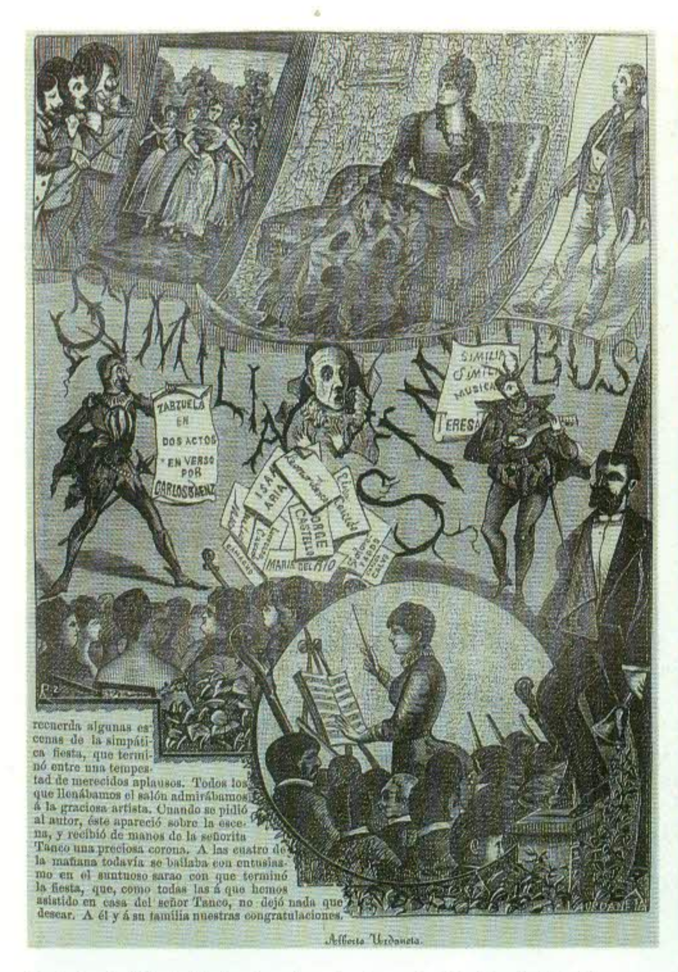
Ricardo Silva, padre del gran poeta colombiano José Asunción Silva, nació en Bogotá en agosto de 1836 y murió en la misma ciudad en junio de 1887. Autor de cuentos y cuadros de costumbres, es un autor amable y de delicada sensibilidad. En su hogar se cultivó el gusto por las letras y las bellas artes. Su obra *El cultivo de los recuerdos* fue publicada por *El Mosaico*. Esta comedia es una obra refinada y sugerente, con una atmósfera dominada por la nostalgia. Está escrita de un modo muy diferente del cuadro de costumbres que se estilaba en su tiempo y el cual él mismo cultivó con acierto. Tan sólo aparecen cuatro personajes —dos de ellos llevan el hilo de la acción—: una actriz que viene del extranjero (una colombiana que regresa después de años de viaje), un pretendido periodista, que luego resulta ser un antiguo enamorado suyo, un amigo y una criada, integran todo el elenco. La situación de la actriz deja entrever la existencia de un cierto movimiento teatral: grupos en gira, entrevistas, noticias de farándula, etc. Al mismo tiempo, se descubre una etapa de sutil romanticismo, de sublimación de los sentimientos, pues más que una pasión voluptosa y carnal, se trata de defender el recuerdo de un hermoso instante en la adolescencia, el momento del primer amor. Prima ante todo la sutileza del autor, su defensa de un recuerdo privilegiado, que se plantea como un tesoro al que es necesario preservar por encima de las contingencias cotidianas y de la vulgaridad y decepciones de la vida diaria.

Carlos Sáenz Echeverría

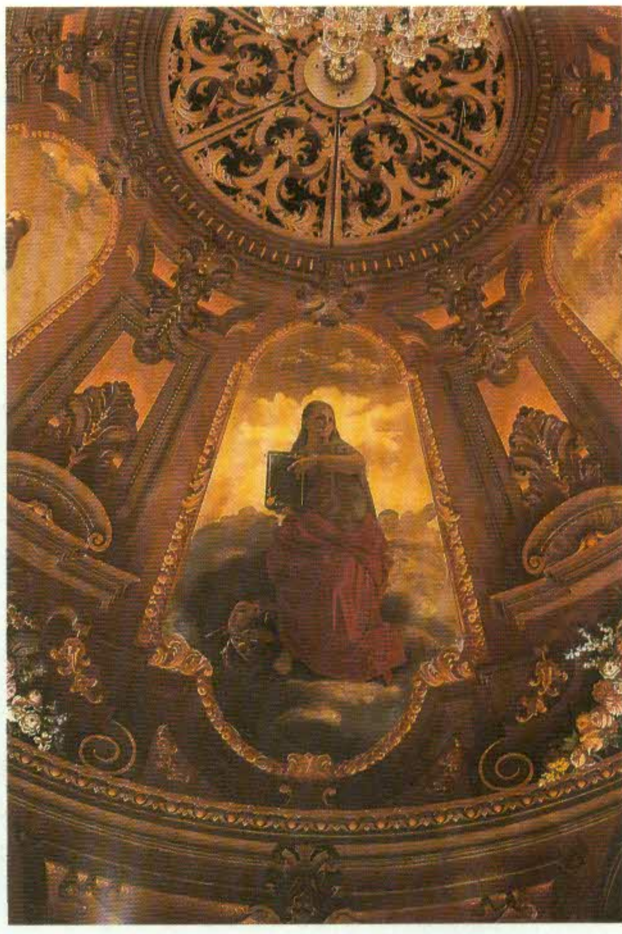
Similia similibus, de Carlos Sáenz Echeverría (1853-1894), fue escrita para ser representada como zarzuela,



Carlos Sáenz Echeverría. Fotografía de la Colección J.J. Herrera, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.



Grabado de Alberto Urdaneta sobre el estreno de "Similia similibus", zarzuela de Carlos Sáenz con música de Teresa Tanco de Herrera, efectuado en la residencia de Mariano Tanco, en Bogotá. Papel Periódico Ilustrado, diciembre de 1883.



Talía, musa de la Comedia. Oleo de Filippo Mastellari. Plafón del Teatro Colón, Bogotá.

con divertidas canciones y música de Teresa Tanco de Herrera. Parte del método utilizado por la homeopatía para sus curaciones: es decir, sanar con el propio mal. La historia tiene un carácter de fábula muy conocida en la comedia clásica: una joven de provincia sueña con la vida en la ciudad. Está recién casada con un hacendado, y se la pasa el día entero leyendo novelas románticas, poesía, noticias sobre las veladas artísticas de la ciudad y todo lo que rodea al mundo de la bohemia y la farándula. Para desengañarla, su esposo la lleva a la ciudad donde pide a un grupo de amigos suyos, antiguos compañeros de estudios, que le "representen" una caricatura del mundo con el que tanto sueña. En efecto, esta "función" que los jóvenes hacen, asusta y desengaña a la ingenua e ilusa aspirante a intelectual, quien a partir de allí resuelve regresar a la hacienda y aceptar la forma de vida campesina.

En esta pieza se vuelve a plantear el contraste entre el campo y la ciudad; la vida bucólica y tranquila del campo (aún vista como una «*vida descansada*» del que huye del «*mundanal ruido*») y la hipocresía, el atafago y el exagerado dramatismo:

¡Qué hombres, Ricardo, qué hombres!
Sobre todo esos románticos
que se dan de puñaladas
por el interés dramático.
¡Volvamos a nuestro pueblo
mañana mismo, Ricardo!.

A esto responde el marido: «Gracias a Dios que curada ya la tengo». Representada en el comedor de la casa de Mariano Tanco, la función se convirtió en una verdadera fiesta, como lo afirma Alberto Urdaneta en las páginas del *Papel Periódico Ilustrado*, donde se publicaron la obra y la partitura de una de las canciones.

EL TEATRO COLÓN

A finales del siglo XIX, el Teatro Maldonado fue expropiado por el gobierno del presidente Rafael Núñez, con el fin de demolerlo y construir en el mismo lugar un teatro más moderno y acorde con las condiciones de la época. Si el primer Coliseo recordaba a aquellos edificios españoles de los siglos XVII y XVIII que habían surgido de los primeros corrales de comedias y que ahora tenían carpa y palcos a los lados y al fondo un amplio patio de butacas, el nuevo edificio adoptó el estilo del "teatro a la italiana" del siglo XVIII. El escenario con toda su dotación de parrilla (o telar, como se llama en España) y los palcos y embocadura realizados en un estilo rococó, lleno de relieves y adornos con molduras de yeso. Este teatro se iba a denominar Teatro Nacional, pero la demora en la construcción de las obras hizo que sólo estuviese ter-



Fachada del teatro Colón (obra del arquitecto italiano Pietro Cantini, 1885-1891). Fotografía de Henri y Ernesto Duperly. "Revista Ilustrada", julio de 1899. Biblioteca Luis Angel Arango.

minado en 1892, coincidiendo con la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, razón por la cual se le llamó Teatro Colón. La obra fue realizada por el ingeniero y arquitecto de Florencia, Pietro Cantini, traído a Colombia en 1880 por el cónsul colombiano en ese país, José María Quijano Wallis.

Marroquín y otros autores de fin del siglo

En los últimos años del siglo, las contiendas políticas y las guerras civiles volvieron a ensombrecer el panorama: ante la lucha de Núñez por modi-

Recuerdo
TEMPORADA HECHA EN EL
TEATRO COLON
BOGOTA
Compañía Dramática Española
FRANCISCO FUENTES
1908

Portada del "Recuento de la temporada de la Compañía de Francisco Fuentes", 1908. Biblioteca Nacional, Bogotá.

ficar la Constitución de Rionegro, surgió la revolución de Ricardo Gaitán Obeso, en 1885; y después de muerto Núñez, a fines del siglo, la llamada guerra de los Mil Días, que cerró con sangre y violencia un siglo caracterizado por las pugnas y conflictos permanentes.

Durante esta guerra, ejercía la presidencia José Manuel Marroquín (1827-1908), en cuya hacienda, Yerbabuena, representaba comedias de teatro familiar, presentando para sus amigos sus propias obras. Entre otros títulos suyos se cuentan: *El entierro de mi compadre*, *El azote de Bogotá*, *La disparidad de cultos*, *El elíxir de la juventud*, *El ministro inglés*, *El amor filial* y otros que aún permanecen inéditos.

Aparte de los autores que hemos mencionado, habría que citar otros nombres de escritores a cuyo haber hay que anotar una abundante lista de títulos teatrales: Manuel María Madiedo, Ricardo Carrasquilla, Candelario Obeso, Santiago Pérez (cuya obra *Jacobo Molay* causó una gran controversia al ser representada), Medardo Rivas y otros.

Es muy interesante el teatro de Adolfo León Gómez, nacido en Pasca, Cundinamarca, en 1857, y muerto en Agua de Dios en 1927. Su obra *El soldado*, un drama en verso, critica las arbitrariedades del reclutamiento militar, en una época en que el fantasma de la guerra flota sobre el imaginario colectivo colombiano. Esta obra fue escrita en 1903, pero este ya es otro siglo y otra historia.

Bibliografía

GONZÁLEZ CAJIAO, FERNANDO. *Historia del teatro en Colombia*, 2 tomos. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1984-1985.

HERNÁNDEZ, CARLOS NICOLÁS. *Antología del teatro colombiano del siglo XIX*. Bogotá, Tres Culturas Editores, 1989.

ORJUELA, HÉCTOR. *Bibliografía del teatro colombiano*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1974.

ORTEGA RICAURTE, JOSÉ VICENTE. *Historia crítica del teatro en Bogotá*. Bogotá, Ediciones Colombia, 1927.

REYES, CARLOS JOSÉ y MAIDA WATSON. *Materiales para una historia del teatro en Colombia*. Biblioteca Básica, Nº 33. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

La dramaturgia en el siglo XX

Jorge Plata Zaray



Diseño de vestuario de Enrique Grau para "El rey Lear", de William Shakespeare, montaje del Teatro Libre de Bogotá, dirigido por Germán Moure y Ricardo Camacho en 1979.

Al lanzar una mirada retrospectiva sobre el teatro que se ha escrito en el país durante los noventa años del siglo que está por terminar, nos encontramos con un cúmulo apreciable de obras de estilo muy diverso y desigual calidad. El desarrollo de la dramaturgia en Colombia ha carecido de un impulso continuado y armónico; se notan períodos en los que el entusiasmo creativo de los autores dramáticos cobra fuerza inusitada y, a continuación, épocas de silencio en las que el público se aleja de los teatros, desaparecen casi totalmente los estrenos de obras nacionales y una lánguida actividad teatral se mantiene alimentada por la representación de obras extranjeras.

CAUSAS DEL DESARROLLO IRREGULAR DE NUESTRO TEATRO

De los géneros literarios el teatro es el que requiere para su existencia y desarrollo una mayor interrelación con el público y ésta se logra por la representación o la edición. Infortunadamente, a nuestro teatro le ha faltado con frecuencia una de estas dos instancias, cuando no las dos a la vez; hay obras notables que nunca han sido montadas por escasez de compañías o por falta de interés de las que existen, y obras que habiendo tenido éxito en el escenario no han encontrado su editor debido a que la edición de teatro no se estima económicamente rentable.

Pero veamos las opiniones que al respecto emitían dos destacados dramaturgos en los años cuarenta. Antonio Alvarez Lleras, en su discurso de recepción a la Academia en 1945, reducía a tres las causas: 1. El predominio de la naturaleza y el paisaje en nuestros países frente a una tradición histórica pobre en dramatismo, «los contrastes humanos apenas se perciben, los conflictos tienden a diluirse, los caracteres carecen de relieve y firmeza». 2. La inmensa distancia cultural que separa a la "élite" de la enorme masa popular. 3. El desdén con que siempre han mirado los gobiernos y los educadores al teatro.

Luis Enrique Osorio, en su prólogo a la edición de *Nudo ciego* (1943), es aún más radical: «La culpa de este fracaso la tiene casi totalmente la indiferencia oficial. Se han botado millares de pesos para subvencionar compañías italianas de ópera, bailes rusos y cómicos hispanoamericanos... Aunque presuma de independiente, la mentalidad de nuestros gobernantes ha venido siendo, en lo que al teatro se refiere, no sólo nula, sino absoluta, servilmente colonial».

EL TEATRO CENTENARISTA (1900-1930)

El siglo se abre con un primer período al que José Vicente Ortega Ricaurte calificó como «renacimiento del teatro colombiano» y que se puede ubicar entre 1900 y 1930. Se conoce como teatro centenarista y fue escrito por autores que maduraron en esos años, algunos de ellos pertenecientes al grupo de la Gruta Simbólica, formado en 1899.

El teatro que se escribió en el último cuarto del siglo XIX mostraba dos vertientes principales: por un lado, un teatro melodramático dedicado a exaltar las figuras de los próceres, escrito en verso, de intenso retoricismo y débil caracterización de personajes; y, por otro lado, el llamado teatro costumbrista, casi siempre de puro esparcimiento, y que representaba sainetes intrascendentales, cuando más con intención de satirizar benévolamente temas parroquiales. Gran parte de estos sainetes eran escritos sólo para ser leídos o representados en tertulias y fiestas familiares en las haciendas de la Sabana de Bogotá.

Contra este tipo de teatro reaccionan los dramaturgos de principios de siglo. Se comienza a escribir en prosa, el lenguaje busca aproximarse a lo cotidiano, los temas tocan la realidad inmediata con una mirada más crítica. La visión rural y señorial va siendo desplazada por un modo de pensar más urbano, más burgués, en el que los intereses económicos y políticos entran a funcionar como fuerzas dramáticas que atentan contra la unidad de la familia. Con mucha razón Fernando González Cajiao, en su imprescindible libro *Historia del teatro en Colombia*, titula el capítulo respectivo como "El florecimiento del teatro burgués".

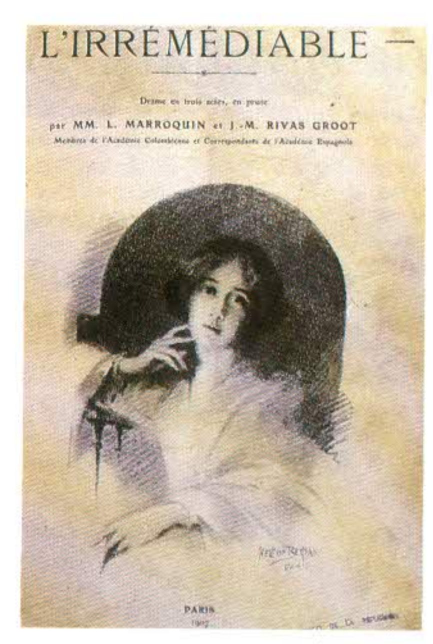
Dos antecedentes importantes

Que el cambio de mentalidad no se dio repentinamente con el cambio de siglo nos lo demuestran algunas obras escritas en las dos últimas décadas. Mencionaremos dos casos. El primero es *El paraíso perdido*, de Constancio Franco (1842-1917), nacido en Santander, quien fue quizás el autor teatral más prolífico de la segunda mitad del siglo XIX. Escribió varias obras de carácter histórico y otras en las que ya se perfila la temática burguesa. De estas últimas *El paraíso* es la más característica; su tema es la imposibilidad de la felicidad en el matrimonio. De ella dice González Cajiao: «... es, quizás, una de las primeras obras de tesis en este país [...] el autor plantea la necesidad del divorcio en los casos en que es imposible un matrimonio tolerable y, en su planteamiento de la situación de la mujer, el autor se adelanta a Alvarez Lleras y a Luis Enrique Osorio».

El segundo caso digno de mención es *El soldado*, de Adolfo León Gómez (1857-1927), obra escrita en 1892 y editada en 1903. Escrita todavía en verso, demuestra una valiente actitud de crítica social al denunciar las injusticias que se cometen en el reclutamiento de los campesinos, carne de cañón de nuestras innumerables guerras civiles. Durante el gobierno del general Reyes la obra fue prohibida.

Obras que inician el siglo (1900-1910)

La primera obra característica del teatro centenarista es *Lo irremediable*. Fue escrita por Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot, autores de teatro costumbrista, que en una actitud de rechazo a ese teatro intrascendente y elitista que practicaban hasta entonces, deciden estrenar en el Teatro Colón en 1905. Esta democratización del teatro, ese deseo de los autores de tener una audiencia más amplia, es otro de los rasgos del período que nos ocupa. La obra, «drama en tres actos y en prosa», nos presenta la situación extrema en que se encuentra una familia de alta burguesía. El hijo, Gonzalo Avila, prestigioso ministro de finanzas y conocido literato, cae en desgracia pública a causa de las infidencias y malos manejos que, con unos bonos del gobierno, comete el hermano de Amalia, su futura esposa. La situación es aprovechada por politiqueros y gacetilleros —tipificados en Francisco Lobo—, enemigos de Gonzalo, quienes lo llevan a juicio. Ante esta situación angustiosa e irremediable (el honor de la familia ha sido manchado) doña Dolores, la madre, enferma y muere. El cuñado, culpable, confiesa la verdad y salva a Gonzalo, pero no pudiendo soportar la ignominia, se suicida. Los temas que nos presenta la obra —la patria, el amor filial, maternal, conyugal; el honor, la envidia, la avaricia y la muerte— se entrelazan con lucidez y agilidad; la trama se desenvuelve con rapidez e interés crecientes. Pero, como es lógico, es una obra de su tiempo y el melodramatismo, a nivel de situaciones y lenguaje, es insoportable para todos los gustos de épocas posteriores. En su prólogo a la edición de la obra, Daniel Samper Ortega apunta: «... para esta clase de sensibilidad 1936, decimos, *Lo irremediable* resulta casi ridículo de puro trágico, o mejor dicho, por la forma en que lo trágico de la vida está expresado allí».



Portada de "L'irrémédiable", drama de Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot, dibujada por Ricardo Acevedo Bernal. París, 1907. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

A pesar de sus defectos, las virtudes que para su época tiene la obra, pesan más y abren un camino a los dramaturgos que seguirán.

La segunda obra que bien merece la atención es *Susana*, «drama en tres actos y en prosa», escrito en 1906 por el antioqueño Gabriel Latorre (1868-1935). La obra fue publicada en 1908 y estrenada sólo ocho años después en Medellín. En palabras de González Cajiao, «*Susana* es un sorprendente logro teatral para la época, el lugar y el propio autor» y esto último porque

es la única pieza teatral que se conoce de su pluma. Se trata de una obra de estructura muy armónica, con personajes bien dibujados que muestran complejidad sicológica y evolución dramática. Maneja con acierto varios temas: el económico, las tortuosas relaciones conyugales, el amor de Susana por su hija, el orgullo, el sacrificio, y, lo que a nuestro juicio es lo más notable dentro del contexto social de la época y la región: la actitud crítica hacia la alienación religiosa.

Como su título lo indica, se trata de una obra centrada en su protagonista: Susana, una mujer madura, rica heredera de minas y fundos en Antioquia. Su marido, con el pretexto de montar una industria cervecera, se ha trasladado a Bogotá y desde allí la agobia con repetidas solicitudes de dinero que despilfarra con una amante italiana, con la que piensa escaparse. Susana, esposa sumisa y amante, incapaz de dudar de la honestidad del esposo, nada le niega. El fuerte conflicto dramático se presenta en el segundo acto, cuando regresa a Medellín el «zángano de marido» en busca de más dinero y le exige a Susana que venda la posesión más antigua y querida de la familia; Susana vacila. Por otra parte, la hija está enamorada de un pobre, honesto y orgulloso joven que la pretende; la madre quiere que la boda se realice pero necesita la aprobación del marido; éste, para presionar a Susana, insulta al pretendiente; el joven, herido en su orgullo, rompe las relaciones con Inés, la hija. El alma de Susana se convierte en el tablado donde se enfrentan el amor conyugal y el maternal. Por una carta inoportuna de la amante, Susana se entera de la infidelidad de su esposo y, en un arranque de valor, se enfrenta a él, lo repudia y lo echa del hogar. Inés, abandonada por su prometido, entra en crisis mística y decide dejar las vanidades del mundo para entregarse al servicio de Dios. Esto significaría la soledad y la muerte para Susana. Lucía, prima de la joven, trata de disuadirla y en respuesta a los argumentos de Inés, teñidos de religiosidad, le dice cosas como ésta: «Te has hartado de libros místicos, que para mí tengo —¡y Dios me perdone!— que hacen mayor estrago en el corazón de las doncellas exaltadas, como tú, que todas esas novelas y todos esos dramas prohibidos que ahora se estilan…» Más adelante: «Decididamente, se te indigestaron los sermones… Déjate de frases



La actriz española María Guerrero en fotografía dedicada a Rafael Pardo. Teatro Colón, Bogotá.

aprendidas de memoria […] Basta de religiosidades postizas: tu misticismo es un misticismo de paso enseñado». Y terminando la escena: «… ¡Oh!, ¡la sacristía!, ¡qué embeleco! ¡La vida de iglesia es tan divertida! Para ciertas mujeres, es lo que el club o la cantina para los hombres». ¡Y todo esto en 1906 y en Medellín!

Susana, decidida a impedir la pérdida de su hija y a salvar su felicidad, va presurosa, despreciando todos los convencionalismos sociales, a hablar con el joven; en una escena de intenso dramatismo que prácticamente cierra la obra, logra convencerlo para que deponga su orgullo y se reconcilie con Inés.

Además de los dos casos notables examinados, son dignos de mención dos autores pertenecientes a la Gruta Simbólica y que estrenaron en la primera década. Son ellos Clímaco Soto Borda (1870-1919) y Maximiliano Grillo (1868-1949). El primero, en colaboración con Jorge Pombo, estrenó en 1902 *Como pasaron las cosas*, obra que el historiador del teatro hispanoamericano, Agustín del Saz, califica como «una gran comedia».

En cuanto a Max Grillo sabemos que estrenó en 1905 una tragedia en verso, *Raza vencida*, sobre el tema del sometimiento y fin de los chibchas; y en 1908, en el Teatro Colón, un drama en tres actos, *Vida nueva*, que trata de manera sencilla los padecimientos del campesino humilde sometido a los gamonales durante las gueras civiles de finales del siglo XIX. Como vemos, es una obra de temática popular que continúa la línea de *El soldado*, de León Gómez, pero que, a diferencia de ésta, y en palabras de González Cajiao, «representa definitivamente un avance hacia el realismo —o naturalismo, si se quiere—, pues es una obra que antecede en muchos años a lo que hoy llamamos teatro comprometido».

Desarrollo del teatro centenarista (1910-1930)

Durante estas dos décadas el renacimiento teatral colombiano alcanza su pleno florecimiento. Es sorprendente el número de autores que producen y de obras que se estrenan. González Cajiao, con apoyo de otros investigadores, entre ellos Héctor H. Orjuela, enumera para el período cerca de setenta estrenos y advierte que no está registrada toda la producción dramática de la época. Varios fueron los factores que hicieron posible este fenómeno: en lo social, el país había llegado a un clima de paz y relativa tolerancia; lenta pero firmemente crecían las ciudades y con ello el público se ampliaba; el ámbito teatral recibía la influencia de nuevos autores europeos, especialmente españoles, con Jacinto Benavente a la cabeza; en varias ciudades del país se crearon compañías de teatro con el fin de montar obras nacionales; la febril actividad de Arturo Acevedo Vallarino, gran promotor del teatro de la época, lo llevó a crear la Sociedad de Autores de Colombia en 1911, entidad que estableció premios para el drama, la comedia y la zarzuela, y logró hacer aprobar una ley que obligaba a las compañías extranjeras a montar autores nacionales.

Sin lugar a dudas la personalidad que descuella durante estas dos décadas, y cuya actividad e influencia se prolonga hasta finales de la primera mitad del siglo, es Antonio Alvarez Lleras. Junto a él, el otro dramaturgo de talla similar, pero que logra su brillo máximo en la década de los años cuarenta, es Luis Enrique Osorio. Lo que nos parece importante resaltar ahora es que los dos fueron, antes que nada, dramaturgos y hombres de



Antonio Alvarez Lleras.
Fotografía de la Colección J.J. Herrera, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

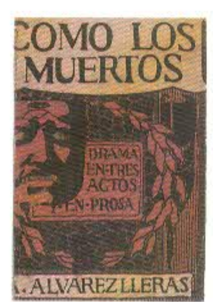
teatro, a diferencia de la mayor parte de sus contemporáneos —poetas, novelistas, ensayistas— que hicieron de vez en cuando sus incursiones en el mundo de la dramaturgia.

Alvarez Lleras

Antonio Alvarez Lleras (1892-1956) nació y murió en Bogotá, estudió odontología, pero desde su época de estudiante manifestó su vocación por el teatro. En 1911, a los 19 años, estrenó con éxito su primera obra, *Víboras sociales*, drama en tres actos y en prosa, en el que ya aparecen algunos de los temas que retomará en obras posteriores: la hipocresía, el mal manejo de influencias, el dinero como factor permanente de corrupción. En el año siguiente estrenó en el Colón *Alma joven*, y en Caracas, *Fuego extraño*, dos obras de muy distinta temática; la primera recuerda el teatro costumbrista, la segunda presenta el tema de la familia en un ámbito de exagerado sentimentalismo. En 1916 estrenó *Como los muertos*, drama que, según palabras del autor, «logró un éxito que me atrevo a calificar de clamoroso, que se representó centenares de veces en todo el país y aun salió al exterior». Nos encontramos aquí con un tema dramático muy frecuente en los dramaturgos del realismo europeo de fin de siglo: la enfermedad incurable del protagonista y sus consecuencias devastadoras en el ámbito familiar. Una obra de tono trágico y pesimista que busca conmover al espectador hasta las lágrimas. Uno de los parlamentos del protagonista nos resume esa oscura visión del mundo: «... La única verdad de la vida es que todo es mentira. Creo que el hombre, como los animales que no tienen culpa ninguna, sufre y sólo a sufrir ha venido». A los quince años de ser estrenada alcanzó su quinta edición, caso realmente sorprendente para una obra teatral latinoamericana; fue, además, llevada al cine.

Alvarez abandonó durante ocho años la dramaturgia; reapareció en 1924 con *Los mercenarios*, estrenada en el Teatro Municipal por la compañía de Gerardo Nieva. La obra desató una extraordinaria polémica. Como *Víboras sociales*, es otro drama de tesis en que ataca al matrimonio hecho por conveniencia; polemiza sobre el divorcio, la educación de los niños, los privilegios sociales; sus personajes están bien delineados, son caracteres fuertes de compleja sicología, de manera especial el protagonista, Esteban, «una de las personalidades más fuertes del teatro de Alvarez Lleras», en opinión de Agustín del Saz.

El primer período de la producción de Alvarez Lleras se cierra con *El zarpazo*, estrenada en 1927; desde ese mismo año fue incorporada al repertorio de la compañía de la argentina Camila Quiroga y con ella se presentó en varios países. Para algunos comentaristas el tema central es el incesto: «el apasionado y físico amor» de José, el protagonista, por su madre. El argumento se desarrolla en una ciudad de provincia y dentro de una familia de burguesía media de escasos recursos. José ha regresado a su hogar después de varios años de arduo trabajo en la selva y, sorprendido, encuentra un ambiente de bienestar económico que no puede explicarse. Linares, un individuo intrigante y rico, domina la casa. Inicialmente José cree que su prometida ha concedido sus favores a Linares por razones económicas; luego descubre que es su propia madre, quien; víctima del chantaje, ha tenido que ceder a las pretensiones del perverso sujeto. El joven mata a Linares y, en el último episodio de la obra, se dispone a ir a la cárcel junto con su madre, que acepta aparecer como cómplice del asesinato: «—Ahora sí es usted mi madre de verdad... Ahora iremos juntos a la cárcel... ¡Juntos, juntos...! ¡Es que alguna vez, madre, teníamos que estar juntos!».





Portadas de "Como los muertos" y "El zarpazo", dramas de Antonio Alvarez Lleras (Bogotá, Imprenta de J. Casis, 1916, y Escuelas Gráficas Salesianas, 1938). Biblioteca Nacional, Bogotá.



Dos escenas de "Como los muertos", de Antonio Alvarez Lleras, de su montaje de estreno en el Teatro Colón, Bogotá, marzo de 1916. Fotografía de "El Gráfico". Biblioteca Luis Angel Arango.

Para otros críticos que se han ocupado de la obra, el tema principal es precisamente "el zarpazo" de Linares, «quien, como una fiera, arrebata, no solamente la dignidad del hombre trabajador que es José, su casa y su hogar, sino hasta a su propia madre» (González Cajiao). Para calibrar la importancia que tuvo la obra en su época es útil transcribir la opinión de dos especialistas extranjeros: León F. Lyday dice: «*El zarpazo* es claramente el mejor de los dramas sicológicos de Alvarez Lleras y merecidamente es catalogado como una de sus mejores obras». Agustín del Saz lo califica como «una de las primeras obras del teatro realista hispanoamericano».

Ese mismo año (1927), Alvarez Lleras viajó a Cádiz como miembro del consulado colombiano y allí permaneció hasta 1931. A su regreso al país se dedicó a su profesión de odontólogo y durante la década del treinta permaneció alejado de la actividad teatral, en una actitud semejante a la de Luis Enrique Osorio. Ese silencio dramatúrgico de los dos autores más importantes de la época coincide con el período de decadencia de la pro-



Luis Enrique Osorio.
Dibujo de Max Henríquez Therán para la portada de "Semana", diciembre 14 de 1953.

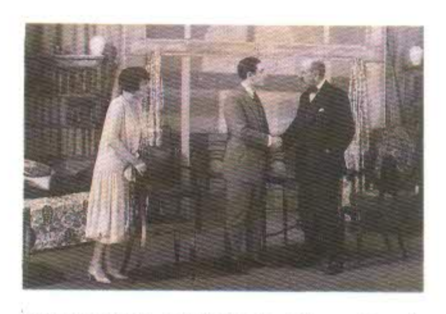
ducción dramática nacional que se dio entre 1930 y 1940, lapso en el que apenas se pueden registrar poquísimos estrenos o publicaciones.

Luis Enrique Osorio

Luis Enrique Osorio (1896-1966) fue una personalidad extraordinariamente inquieta y prolífica —novelista, cuentista, ensayista, se desempeñó en el periodismo y trabajó tesoneramente en el campo de la pedagogía—. Pero en el teatro fue donde desplegó sus mejores capacidades y esfuerzos como actor, autor, director y empresario. Sus obras de teatro alcanzan el número, quizás inigualado en Colombia, de cuarenta títulos, la mayor parte de ellos representados. La gama de sus temas es muy amplia: en sus obras iniciales trata de "sintonizarse" con las inquietudes del teatro europeo del momento, escribe en francés para ser representado en París, pero al mismo tiempo muestra su preocupación por los temas nacionales: las costumbres, la religión, los asuntos históricos, la politiquería y la violencia. Como en el caso de Alvarez Lleras, su producción se divide cronológicamente en dos etapas. A la primera, ubicada entre 1917 y 1929, pertenecen unas doce obras, desde *Flor tardía*, hasta *El iluminado*. La segunda etapa se inicia a principios de los años cuarenta, cuando el autor retorna a la actividad teatral. Por ahora, examinemos la primera.

Flor tardía es una obra de autor primerizo, sin mayores méritos; pero ya en su tercera obra, *Al amor de los escombros*, estrenada en México en 1921, Osorio demuestra madurez en la construcción dramática: la línea argumental está enriquecida por temas secundarios, hay bastante acción que se desarrolla con agilidad. Su defecto más notorio está, como en la mayor parte de la producción de la época, en su recargado sentimentalismo. El mismo año estrena en Buenos Aires *El beso de la muerte* y *Los celos del fantasma*. En 1926 estrena en París *Los creadores*, que trata de la búsqueda de la felicidad en el seno del matrimonio y la imposibilidad del protagonista para lograrla; la atención del autor está centrada en la caracterización sicológica de sus escasos personajes, y en esa actitud se ve la influencia de escritores surrealistas franceses pertenecientes a lo que se llamó la Escuela del Silencio y del dramaturgo Henri R. Lenormand, uno de los primeros escritores que introdujeron el sicoanálisis freudiano en el teatro. *Tragedia íntima*, escrita originalmente en francés y estrenada también en París, toca el mismo tema y con técnica similar: sugeridores silencios, finas sutilezas que subrayan la incomunicación, la soledad, el vacío en la vida de los personajes.

Con *El iluminado*, escrita en París en 1926 y estrenada en Colombia en 1930, el autor cambia de horizonte; él mismo lo hace patente y dice que la obra «entraña una reacción nacionalista en los momentos en que me proponía volverme autor francés». González Cajiao opina de ella: «Una de las mejores obras de Osorio, nos parece, y una de las primeras de toda una infinita serie que había de escribirse no solamente en Colombia, sino en toda Hispanoamérica, con un sentido eminentemente político, amargo, satírico y mordaz, que nos hace pensar sobre todo en el teatro colombiano de los años sesenta y setenta». La obra tiene cuatro actos y numerosos personajes, la acción se desarrolla



"Los creadores", de Luis Enrique Osorio, durante su estreno en el Teatro Michel, de París, bajo la dirección de Fernand-Bastide y con la actuación de Jean Dax, Claire Prémore, Isa Boitel, Maurice Lagrenée y René Worms, junio 12 de 1926.



EL TEATRO
REVISTA MENSUAL
Director: LUIS ENRIQUE OSORIO
Administración: «PUBLICIDAD MINERVA» — Apartado N.° 83 — Calle 18, N.° 5-34 Teléfono 71-84
VOLUMEN I — Bogotá, Julio de 1943 — NUMERO 1

EL TEATRO COLOMBIANO

EL teatro en Colombia, como dijo muy bien hace poco el doctor Carlos Sanz de Santamaría, actual alcalde Bogotá, era tradición torpemente olvidada. Hay en nosotros capacidad para escribirlo, interpretarlo y apreciarlo. Sin embargo, lo habíamos abandonado

Primera entrega de la revista "El Teatro", dirigida por Luis Enrique Osorio. Bogotá, julio de 1943. Biblioteca Luis Angel Arango.

«en la república soberana de Tartuja, antigua colonia española del nuevo mundo, a principios de nuestro siglo». Es quizás la obra que mejor refleja el pensamiento social y político de Osorio: la separación de la Iglesia y el Estado, el derecho legal al divorcio, la educación sobre bases científicas... Cuenta la historia de Marcial, un pensador político, que desde su periódico trata de encauzar al país de acuerdo con las ideas del partido progresista, pero su intención se ve frustrada porque la turba del partido contrario le destruye la imprenta. Luz, su amante, es la única persona que en esos momentos lo comprende y lo alienta. Marcial, a pesar de la indignación de su madre, abandona a su esposa y se va a vivir con Luz. Al comenzar el tercer acto han transcurrido diez años, Marcial es el presidente de Tartuja y está tratando de poner en práctica sus ideas; sin embargo, las intrigas, el fanatismo y la corrupción de sus copartidarios estorban sus propósitos. Intenta entonces gobernar con el partido tradicionalista pero es derrocado por un golpe militar; sintiéndose traicionado por todos, incluso por su amada, se enfrenta a la muerte.

Después de esta obra, Osorio abandona la dramaturgia durante más de diez años y dedica sus esfuerzos a otros campos, especialmente al pedagógico.

Otros autores centenaristas

Adolfo León Gómez, ya mencionado como uno de los dramaturgos notables de finales del siglo XIX por su obra *El soldado*, continúa produciendo. En 1906 edita dos obras en verso: *Sin nombre*, drama sentimental de temática popular y *Un celoso y un miedoso*, farsa de equivocaciones ligera y bien lograda. En 1917 estrena *El título de doctor* y *Corazón de mujer*. Es interesante reproducir aquí un





Adolfo León Gómez. Fotografía de "El Artista", 1907.



Angel María Céspedes. Fotografía de "El Gráfico", 1916.



Víctor Martínez Rivas. Fotografía de "El Gráfico", 1916.



Germán Reyes. Fotografía de "El Gráfico", 1924.

fragmento del prólogo que escribió el autor para la edición de 1906, ya que nos muestra la situación de los autores a principios de siglo. Tomamos la cita del libro de González Cajiao: «Las compañías extranjeras —únicas que explotan los teatros bogotanos—, provistas siempre de abundantes y escogidos repertorios, tienen razón sobrada en no querer gastar tiempo en leer y estudiar obras de autores desconocidos y por añadidura de un país que no descuella por su literatura dramática. Toca y ha tocado, pues, a la autoridad y a las juntas de teatro que ella nombra, hacer representar lo nacional. Pero de eso, como de un delito, han sabido guardarse siempre bien, oponiendo a casi todo autor la fuerza de la inercia».

Alejandro Mesa Nicholls (1892-1920) fue uno de los dramaturgos más promisorios de la segunda década; infortunadamente, su temprana muerte frustró esas esperanzas. Alcanzó a escribir cinco obras, cuatro de ellas estrenadas. *Nubes de ocaso*, en 1917, y *Abandono*, publicada en 1923, desarrollan temas campesinos. Sobre la primera dice Agustín del Saz: «Es un drama rural intenso con una interpretación fiel de las costumbres y el idioma de la región antioqueña». *Lauro candente* (1920), drama en verso premiado por la Sociedad de Autores de Colombia, es la tragedia de la raza indígena sometida por los conquistadores. *Golondrina errante* (1920), y finalmente *Juventud*, estrenada también ese año como homenaje póstumo, completan la producción de Mesa Nicholls. *Juventud*, nos cuenta González Cajiao, «fue elogiada por José Vicente Ortega Ricaurte como una de las tres mejores obras de entonces (las otras dos son *Margot*, de Germán Reyes y *El escollo*, de Daniel Samper Ortega)».

Angel María Céspedes (1892-1956) estrenó cinco obras a partir de 1915. De ellas la que recibió mejores opiniones críticas y buena acogida del público fue *El tesoro*, estrenada en 1916, cuento escénico en verso. Samper Ortega la describe así: «Es un poema exquisito en que compiten la galanura del verso y la delicadeza del argumento».

Daniel Samper Ortega (1895-1943) fue director de la Biblioteca Nacional y de la Selección Samper Ortega, colección de cien pequeños tomos sobre la literatura colombiana; los diez últimos están dedicados al teatro y son de gran utilidad para el examen de la dramaturgia de esas primeras décadas. Se conocen de él dos obras: *El culto de los recuerdos* (1923) y *El escollo* (1925), comedia en tres actos y con tres personajes. El tema principal es la situación de la mujer dentro de la sociedad burguesa de su tiempo, planteado de manera franca y madura y con aguda penetración sicológica.

Víctor Martínez Rivas (1885-1953), autor de varias zarzuelas, nos dejó una obra que González Cajiao califica como «una de las más hermosas piezas escritas en Colombia»: *Sol de diciembre*, comedia dramática en tres actos, estrenada en 1925, que obtuvo el primer premio de la Sociedad de Autores. La delicadeza de una trama casi inexistente nos recuerda a las obras de Antón Chéjov.

Germán Reyes, médico, estrenó varios dramas a partir de 1924 (*Amor manda*, *Uno de tantos*). Algunas de sus obras fueron víctimas de la censura y no se estrenaron. Su principal creación es *Margot*, estrenada en 1924 con éxito total de público y crítica.

Un período de decadencia (1930-1940)

Ya al final de la década de los veinte se evidencia el comienzo de una gran crisis en la producción teatral. Hemos visto cómo Alvarez Lleras y Luis E. Osorio abandonaron la escritura de teatro para dedicarse a otras labores. Esta actitud parece haber sido general, pues entre 1930 y 1940 apenas se puede registrar una que otra publicación o estreno. Es una época en que el escaso movimiento de la actividad teatral está dominado por compañías extranjeras de tipo comercial que no se muestran interesadas en montar obras nacionales. Por otra parte, la nueva generación de escritores se mostró completamente reacia a producir para el teatro comercial. Esta generación, que se cohesionó alrededor del grupo Los Nuevos, surgido en 1925, fue gestando un tipo de teatro literario, alejado de la escena e influido por la poesía española del momento, en especial por Federico García Lorca. Sus obras llegaron al conocimiento del público en la década siguiente y en muchos casos a través del radioteatro. La única obra de mérito detectada en este período es *Chonta*, de Gerardo Valencia, escrita hacia 1936 y publicada poco después. Trata de los infortunios de una joven mulata esclava en los tiempos de la Independencia. González Cajiao dice de ella que es «la más valiosa síntesis lograda hasta entonces entre la fantasía poética de Los Nuevos y el naturalismo de los centenaristas».

Dramaturgia de los años cuarenta

Al comenzar los años cuarenta la actividad teatral y la producción de teatro nacional despiertan de ese largo período de somnolencia y apatía. Alvarez Lleras, de nuevo interesado en el teatro, habla de «la segunda agitación» que se presentó hacia 1943 y se orientó hacia el llamado teatro literario. Gerardo Valencia, historiando el teatro de esa década, hace notar la «influencia que tuvo en el desenvolvi-

miento de la actividad teatral posterior a 1940, el radioteatro de la Radiodifusora Nacional».

En efecto, dicha institución, fundada en 1940 y puesta bajo la orientación de Rafael Guizado, destacado dramaturgo, estableció los espacios de radioteatro que dieron a conocer en nuestro país las más connotadas producciones del teatro mundial, y ayudó al resurgimiento del interés por la creación de textos dramáticos; los escritores encontraron en el radioteatro un medio, ajeno a los intereses comerciales, para difundir sus obras. Estos programas, dirigidos por Hernando Vega Escobar y Bernardo Romero Lozano, estrenaron varias piezas, muchas de ellas pertenecientes a la corriente del teatro literario que producía la generación de Los Nuevos.

Por otra parte, este nuevo renacimiento se manifestó en la fundación de varias compañías nacionales; en 1943 la de Amira de la Rosa en Barranquilla y una en Ibagué; y en Bogotá, la Compañía Renacimiento —nombre significativo—, de Alvarez Lleras, y la Compañía Bogotana de Comedias, de Luis Enrique Osorio.

La producción dramática en estos años es bastante numerosa y las tendencias principales aparecen en franca oposición: el teatro literario, de un lado y, del otro, el teatro comercial de Osorio. Entre estos extremos un buen número de autores buscan en sus obras nuevos rumbos para la dramaturgia y aun para el trabajo escénico.

El teatro literario

Este tipo de teatro, escrito generalmente por poetas y ensayistas, representó una reacción contra la sensiblería romántica y el naturalismo del teatro centenarista, pero como los autores eran personas alejadas de la práctica teatral, sus obras resultaron antiteatrales por el desconocimiento de las leyes del escenario, y no evolucionaron por falta de contacto con el público. Es un teatro de ideas, alejado de la realidad social y con una gran carga de lirismo. Además, su principal medio de difusión fue el radioteatro, hecho que acentuó sus características antiescénicas y retóricas. Veamos algunos de sus principales representantes:

Jorge Zalamea estrenó en 1927 *El regreso de Eva*, obra temprana que ya muestra los principales rasgos de la rebelión de Los Nuevos: simbolismo, irrealismo, personajes arquetípicos,



El poeta Arturo Camacho Ramírez y su esposa Olga Castaño Castillo. Oleo de Jorge Elías Triana, ca. 1954. Colección particular, Bogotá.

ubicación espacial en sitios extraños o de leyenda, desprecio hacia lo nacional o regional, temas nuevos o tratamiento nuevo de temas viejos. En el caso de *El regreso de Eva* el tema es el instinto sexual tratado abiertamente y desde un punto de vista freudiano. En 1941 publicó *El rapto de las sabinas*, subtitulada «farsa romántica», en dos actos, hermoso lenguaje y escasa acción. Tiene como telón de fondo una de las guerras civiles de siglo pasado pero distanciada poéticamente.

Arturo Camacho Ramírez estrena por radio *Luna de arena* en 1942, poema dramático que en versos de muy buena factura narra una historia de amor y celos entre aventureros y contrabandistas en los desiertos y el mar de la Guajira.

Rafael Guizado nació en Corozal (Bolívar) en 1909. Fue el primer director de la Radiodifusora Nacional y desde allí actuó como un gran promotor del teatro. Algunas de sus obras se estrenaron por el medio radiofónico. La más conocida es *Complemento*, que se estrenó, según Gerardo Valencia, en 1943 con la Compañía Nacional de Teatro. Otras piezas de su autoría son *Allegro*, publicada en 1947 y *Scherzo*, al parecer de 1948. Se trata de pequeños juegos dramáticos en un acto con personajes arquetípicos, fino humor, pero poco teatrales. *Sonata en la playa*, «fantasía en un acto», publicada por Colcultura, es una pieza ingeniosa y divertida, de diálogo ágil.

Jorge Rojas, prestigioso poeta, propulsor del movimiento literario Piedra y Cielo, estrenó en 1949 la que parece ser su única obra dramática: *La doncella de agua*, tragedia en dos actos, de la que Agustín del Saz dice: «... obra de un gran poeta más que de un dramaturgo», juicio que califica acertadamente casi toda la producción de lo que se ha llamado teatro literario en nuestro país.

Luis Enrique Osorio y el teatro comercial

Después de un prolongado silencio en la actividad teatral, Osorio vuelve a ella en 1943, año en que funda la Compañía Bogotana de Comedias. A partir de esa fecha escribe la mayor





Antonio Alvarez Lleras.
Caricatura publicada por "El Cráfico" para el estreno de "Fuego extraño", marzo 1913.

parte de sus obras y, sin duda, las más conocidas, pues logró una gran aceptación por parte de amplios sectores populares. Comienza así la segunda etapa de producción en la que se dedica al género costumbrista, pero enfatizando el espíritu crítico y burlesco hacia la realidad sociopolítica del país. En esta línea logra un gran éxito de taquilla «sintonizando mejor la sensibilidad y la mentalidad del público colombiano», como lo señala él mismo. Al respecto es muy iluminador lo que dice Alvarez Lleras en su discurso a la Academia en 1945: «Pero, indudablemente, el espectáculo criollo que en estos últimos tiempos el público de Colombia ha aceptado con mayor interés y regocijo, especialmente en los sectores populares, es el género costumbrista, gracioso y frívolo de Luis Enrique Osorio. Al indagar los motivos de su éxito hay que reconocer en primer término que tal género corresponde con exactitud a la época y a los gustos actuales de nuestro público [...] Si el género de Osorio le ha gustado a la masa, bien puede significar el primer paso en firme de nuestro teatro costumbrista».

En esta última afirmación estaba equivocado Alvarez Lleras, pues en realidad el teatro costumbrista de Osorio significó el agotamiento de esa corriente en nuestro país. Las generaciones posteriores de dramaturgos han esquivado y aun rechazado este género.

La compañía de Osorio debutó en el Teatro Municipal, local que fue su cuartel general hasta su demolición en 1952, con la obra *El doctor Manzanillo* (1943). En virtud del éxito que obtuvo, continuó la historia del personaje con *Manzanillo en el poder* (1944). Estas dos obras prosiguen la vena de denuncia de las causas de la descomposición social y política del país que se había iniciado con *El Iluminado* (1927). A este grupo de obras pertenece también *El rajá de Pasturacha* (1947), comedia musical en verso «estrenada poco después del golpe de Pasto contra el gobierno del doctor Alfonso López».

Otro grupo de obras que también extraen su tema de la realidad nacional y muestran una actitud crítica y desencantada hacia esa realidad, lo forman las que tratan el tema de la Violencia: *Nube de abril* y *Toque de queda*, ambas de 1948, tocan la situación creada a partir del 9 de abril con el asesinato del líder Jorge Eliécer Gaitán; *¡Ahí sos camisón rosado!* (1949), *Sí, mi teniente* (1953), con la que estrenó el Teatro de la Comedia, y *Pájaros grises* (1961), pieza que según Ernesto Barrera, especialista en el autor, «sintetiza mejor dicho fenómeno [el de la Violencia], debido tal vez a la osadía y a la intensidad lírica en que se nos ofrece el relato del argumento, reflejo punzante de una época, y en donde la risa sirve de antídoto al llanto».

Obras claramente costumbristas son *Adentro los de corrosca* (1943) y *El cantar de la tierra* (1950).

Su dramaturgia alcanzó un buen dominio de la estructura y un fácil fluir de la acción. El humor, la ironía, la burla, la ridiculización fueron las armas con las que atacó, aunque al parecer sin mucha esperanza, los males de una sociedad corrupta y convulsionada.

Alvarez Lleras y su teatro histórico

Como ya hemos apuntado, y en forma semejante a Osorio, Alvarez Lleras retornó al teatro después de un prolongado silencio y, como aquél, también fundó una compañía de teatro. Las semejanzas entre los dos dramaturgos terminan ahí, pues la actitud de cada uno respecto al teatro y al ámbito social es muy distinta. Mientras Osorio trataba de «sintonizarse» con el público y reflejar su época, Alvarez Lleras adoptó una posición de rechazo contra los cambios en la dramaturgia —ya fuera la de Los Nuevos o la personificada en Osorio— y en las costumbres sociales. En 1944 estrena *Almas de ahora* y en el prólogo que escribió para su edición se ve clara su actitud: «No nos sentimos contentos con lo actual, pero ninguno sabe a ciencia cierta qué es lo que debe cambiar; así, sobre todo en los jóvenes, priva una tendencia cie-



Representación de "¡Ahí sos camisón rosado!", de Luis Enrique Osorio, en el Teatro Municipal de Bogotá, 1949.

gamente renovadora que se traduce en fiebre iconoclasta, en desprecio a toda jerarquía». Y más adelante: «La irrupción del feminismo moderno, sin preparación ni adaptación, en este medio pacato y hasta cierto punto paradisíaco, tiene que producir hondas perturbaciones de carácter moral que van en detrimento de nuestras costumbres y que amenazan con revolucionar la estructura toda de nuestro ambiente social».

Esta actitud abiertamente reaccionaria da la base para la tesis de *Almas de ahora*: «... Los trágicos efectos que las ideas "modernas" y la educación "moderna" tienen en la vida de una joven colombiana», sintetiza León F. Lyday.

Como consecuencia de ese rechazo de lo que le era contemporáneo, Alvarez Lleras se evade de su tiempo y concentra su talento en obras históricas. Escribe tres de ese tipo: *Alejandría, la pagana*, *La toma de Granada* y *El virrey Solís*, estrenada en 1948. Las dos primeras, que se supone son del mismo año, tratan en forma muy parecida dos épocas diferentes y exponen una misma tesis: la abnegación, el sacrificio y la bondad de los cristianos en contextos sociales que les son adversos.

El virrey Solís es considerada por sus críticos como la mejor obra de toda su producción. Veamos algunas opiniones: Nicolás Bayona Posada, en su *Panorama de la literatura colombiana*, dice: «Sin duda alguna es el mejor drama histórico que se haya escrito en la América española». Agustín del Saz: «La obra tiene todos los recursos románticos —amoríos y odios, intrigas políticas, religiosidad y liviandad—, y la belleza del misterio. El personaje Solís —virrey, fraile, pecador y penitente— tiene todos los prestigios del teatro tradicional en lengua española». León F. Lyday: «La obra está ágilmente escrita y debe ser considerada entre las piezas maestras del teatro colombiano».

Autores de transición

Bajo esta denominación, Carlos José Reyes agrupa a «una nueva generación de escritores y dramaturgos, cuya obra teatral será un reflejo directo de las tendencias y preocupaciones de la literatura hasta el medio siglo, cuando la fuerza de los acontecimientos sociales transformará la lírica y la dramaturgia, así como transformó al país en todos sus aspectos». Citaremos aquí algunos de ellos: Arturo Laguado, cuentista, cuya pieza teatral más importante es *El gran guiñol* (1950), obra de humor que se sitúa en los albores del teatro experimental. José Gnecco Mozo estrenó en Medellín *Manuelita la Libertadora* (1946), drama histórico de gran éxito y que alcanzó a tener el mayor número de funciones que haya logrado una obra hasta esa época, según Reyes: de esta obra existe una edición hecha en Ecuador en 1957, Néstor Madrid-Malo escribió obras de carácter social y patriótico: *La bandera*, pieza dramática en un acto, con siete personajes femeninos y acción durante la guerra de los Mil Días; *Frutos masacrados*, sobre la huelga en la zona bananera; *Fugaz retorno*, inspirada en un soneto de Juan Ramón Jiménez y estrenada en 1957 en Barranquilla. Juan Zapata Olivella, médico, cuya obra más conocida es *La bruja de Pontezuela*, una divertida comedia. Manuel Zapata Olivella, médico como su hermano, ha escrito varias obras de carácter social y centrado su atención en los problemas de las razas india y negra de la costa atlántica; dos de sus más exitosas creaciones son *El retorno de Caín*, premio Festival de Arte de Cali, 1962, y *Caronte liberado*.



Oswaldo Díaz Díaz.
Oleo de Inés Acevedo Biester,
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

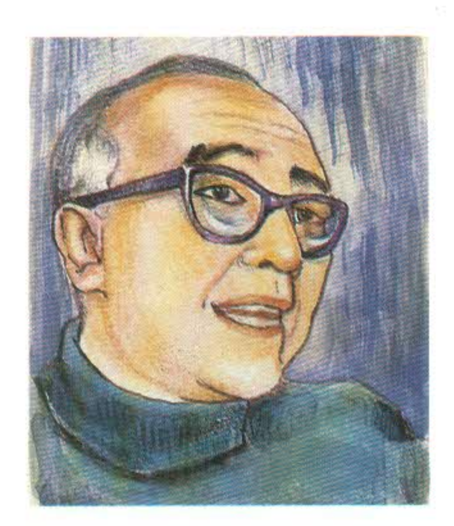
También hay que mencionar a Oswaldo Díaz Díaz (1910-1967), quien fue uno de los dramaturgos más prolíficos del país. Su primera obra, escrita en colaboración con Gerardo Valencia en 1927, es *Vida plena*; desde ese año hasta su muerte produjo cerca de treinta obras. Cronológicamente, y por el estilo de parte de su producción, pertenece al grupo de Los Nuevos, pero los supera, pues varias de sus creaciones se pueden catalogar dentro del teatro experimental, modalidad que predominará después de la mitad del siglo. Sus obras comenzaron a ser conocidas a través de la radio: *La Gaitana*, transmitida en 1940; *Blondinette*, en 1941; *Galán*, una de las mejores de su producción, en 1944; *La comedia famosa de Antonia Quijana*, estrenada radialmente en 1947 y luego presentada en el Teatro Colón por el Teatro Experimental de la Universidad Nacional a principios de los años cincuenta, presentación que la reveló como una de las obras germinales del teatro experimental. *La señal de Caín* (1958), premiada en el Tercer Festival Nacional de Teatro; *Claver* (1961), premio Primer Festival de Arte de Cali; *La sopa del soldado*, estrenada en la Universidad Pedagógica en 1962. Estas noticias son demostrativas del fenómeno que estaba ocurriendo alrededor de los años cincuenta: el surgimiento del teatro universitario y su método experimental.

Como podemos apreciar por los títulos, Díaz Díaz, en su extensa producción, trató temas muy variados y a través de toda su obra podemos apreciar los diversos estilos de nuestro teatro en las primeras seis décadas: el realismo y sentimentalismo del teatro centenarista, el teatro fantástico y poético de Los Nuevos, y los inicios del teatro experimental.

Cambios en la segunda mitad del siglo

Es claro que a partir del comienzo de la segunda mitad del siglo el teatro que se escribe en el país empieza a cambiar radicalmente en formas y contenidos. La gente de teatro —autores, directores, actores— busca afanosamente nuevas formas de expresión más acordes con las nuevas realidades. Hay un deseo patente de conocer, comprender y reflejar una sociedad cada vez más compleja y cambiante. Puede afirmarse que la temática que domina, y con gran ventaja, en el teatro que se ha escrito en el país en los últimos cuarenta años es la de nuestra convulsa realidad social.

Fueron múltiples y de muy diversos órdenes los factores del cambio. Mencionaremos los más relevantes. Por un lado, los factores sociales internos: la Violencia de finales de los



Seki Sano. Acuarela de Juan David Giraldo.

años cuarenta y principios de los cincuenta, la gran migración del campo a las ciudades y el consecuente crecimiento de éstas, la aparición de grandes sectores de miseria, el crecimiento y la organización del proletariado, el paso de lo que se ha llamado la "dictadura civil" a la dictadura militar. Por otro lado, los factores internacionales: la polarización extrema de las fuerzas políticas mundiales y la revolución cubana. Todos estos hechos movieron a muchos intelectuales y artistas a tomar partido.

En el campo de la cultura, se fundó en 1955 la televisión y con ella se inició el teleteatro que creó la necesidad de formar actores y directores de manera más profesional. Por esa época se fundaron varias escuelas especializadas; el gobierno trajo en 1956 al director japonés Seki Sano, quien inició la formación de una nueva generación de gente de teatro aplicando los métodos de actuación del gran maestro ruso Constantin Stanislavski. En 1957, al terminar la dictadura, el gobierno y la clase dirigente demostraron un desacostumbrado interés por la actividad teatral y auspiciaron el establecimiento del Festival Nacional de Teatro, que se realizó desde ese año hasta 1966; tal vez el efecto más notable que tuvieron estos festivales fue acabar, por una parte, con el teatro comercial y, por otra, dar impulso al teatro experimental. A partir de 1959 el Festival instituyó el Concurso Nacional de Dramaturgia, al que se presentaron numerosas obras; fueron premiadas algunas de mérito indudable. En 1961 se inició el Festival de Arte de Cali que también premió varias obras nacionales.

TEATRO EXPERIMENTAL (1950-1965)

Acordes con los cambios que se presentaban, los principales autores adoptaron una actitud de búsqueda y experimentación, tanto en la forma de exponer sus temas como en los temas mismos. Ese nuevo talante coincide y es copartícipe con la nueva forma de concebir y hacer el espectáculo teatral; se trata ahora de un indagar, de un buscar y experimentar con las diversas disciplinas que lo componen. Así, durante estos quince años, se va desarrollando lo que se conoce como teatro experimental, o también, teatro-laboratorio, que sólo se puede dar en el seno de agrupaciones alejadas del afán inmediato de éxito comercial —grupos universitarios, grupos independientes—. Teatro que, además de su anticomercialismo y su actitud de investigación, se caracteriza en nuestro país por su reacción contra el sentimentalismo del teatro centenarista y la marcada tendencia hacia la fantasía de Los Nuevos; por ser un teatro que se dirige, en muchos casos, a grupos reducidos de espectadores —"teatro de cámara"—; y por la asimilación del pensamiento de vanguardia y las nuevas técnicas teatrales europeas.

Autores

Aparte de Oswaldo Díaz Díaz, de quien ya hablamos y que siguió produciendo de manera constante, mencionaremos algunos autores y obras característicos de este período.



Estampilla Pro Teatro Colombiano, diseñada por Enrique Grau, que circuló hacia 1962.



"A la diestra de Dios Padre", adaptación para teatro de Enrique Buenaventura sobre el cuento de Tomás Carrasquilla, en montaje del Teatro Popular de Bogotá (TPB). Dirección de Jorge Alí Triana y actuación de Hernán Bolívar y Luis A. García, 1972.

Joaquín Piñeros Corpas (1915-1982) tiene tres obras interesantes publicadas en 1955: *Lección de la floresta*, juguete dramático para niños con mensaje ecológico que es la primera obra de teatro que trata ese tema en nuestro país; *La muerte sonreída*, ubicada en los páramos adyacentes a la Sabana de Bogotá, en el siglo XVI; el argumento desarrolla una leyenda aborigen que relata la dramática e ingeniosa lucha de los indígenas contra los perros agresivos de los conquistadores; *Caballero descalzo*, situada en Cartagena en 1815 durante el famoso sitio a la ciudad, destaca el valor de las mujeres que participaron en la Independencia.

En Cali, Octavio Marulanda Morales desarrolló una extraordinaria labor de promoción de la actividad teatral y es autor «de por lo menos diez piezas teatrales, hasta ahora inéditas», nos cuenta González Cajiao, pero ganadoras de menciones en los Festivales de Arte de Cali: *Las fauces pintadas*, *Ritual para una máquina*, *La pantomima del miedo*.

Antonio Montaña (1933), cuentista y profesor universitario, estrena en México (1959) *Los trotalotodo*, *Micenas* y *Orestes*. En 1967 publica *Tobías y el ángel*, «drama farsático en un acto». En éste se aprecia con claridad la influencia del teatro europeo de la segunda posguerra mundial como el de Michel de Ghelderode, Samuel Beckett y Harold Pinter.

Marino Lemos (1922) fundó la Compañía Colombiana de Comedias y con ella estrenó en 1952 *Bigamia oficial*. En 1962 recibió el premio del Festival Nacional de Teatro por su obra *Café amargo*, en la que muestra las dolorosas incidencias de la Violencia en una familia campesina, de una manera

un tanto superficial e ingenua. En 1965 estrena *Sangre verde*, sobre el violento mundo de los traficantes de esmeraldas.

Gustavo Andrade Rivera (1921-1974), como Marino Lemos, es un autor que se destaca por tratar de manera abierta el tema de la violencia colombiana. En 1959, su obra *El hombre que vendía talento* obtuvo mención en el Festival Nacional; de 1960 es *Historias para quitar el miedo*. Su obra más notable, *Remington 22*, primer premio en el Festival de 1961, se presentó en el Primer Festival de Teatro Nuevo de Latinoamérica en México, donde obtuvo elogiosas opiniones de la crítica y fue incluida en una antología de *Teatro breve hispanoamericano*, recopilación de Carlos Solórzano (1970). Su tema es la violencia liberal-conservadora tratada de manera novedosa: los actores humanos se mezclan con actores muñecos, títeres sin conciencia que muestran el odio político, el sectarismo y el absurdo de esa etapa trágica de nuestro país. Otra obra destacable es *El camino*, primer premio en el Festival de Arte de Cali y laureada en el Festival de Teatro Hispanoamericano de Madrid.

Fanny Buitrago (1946), conocida novelista y cuentista, obtuvo el primer premio del Festival de Arte de Cali en 1964 por *El hombre de paja*, su primera obra de teatro. También aquí el tema es la Violencia. La reiteración que se evidencia en los autores de este período sobre ese hecho histórico nos demuestra la disposición para encarar la realidad nacional, para hacer un corte de cuentas y enjuiciar un vergonzoso pasado inmediato que caracterizó a la parte más importante de la dramaturgia de esos años, y que preparó la actitud beligerantemente política de los textos teatrales de finales de los sesenta y casi toda la década siguiente. Lo que es nuevo en *El hombre de paja* es la forma de tratar el tema; la Violencia es mostrada en esta pieza de tal manera que adquiere, sin perder en ningún momento su sentido histórico concreto, un significado universal; con una concepción realista, pero con un lirismo profundo, manejado con habilidad y delicadeza, presenta personajes convincentes, desgarrados por la situación que viven y que alternan con elementos simbólicos de gran poder de sugerencia; como tema de fondo, siempre presente, el miedo que todo lo penetra. De esta obra dice Frank Dauster: «Es muy posible que sea una de las mejores obras colombianas en lo que va corrido del siglo». Una segunda obra de Fanny Buitrago, publicada en 1991 por la revista *Gestos* de la Universidad de California, es *El final del Ave María*.

Otra autora que se destaca por aquellos años es Nelly Vivas. Formó parte del grupo El Búho a finales de los años cincuenta; desde 1960 reside en Nueva York y parte de su producción ha sido estrenada por el grupo La Mama en esa ciudad. Allí estrenó en 1967 *Isla en el infinito*, un homenaje a García Lorca con escenografía y vestuario diseñados por Eduardo Ramírez Villamizar. En Colombia le han sido publicadas *El ascensor* (1967) y *El campanero* (1968). Su obra, en general, es un claro ejemplo del teatro experimental. *El ascensor* puede ubicarse dentro del teatro del absurdo con sus temas de la alienación, la incomunicación y el miedo; es el viaje sin sentido de un ascensor que asciende y desciende a través de un edificio de infinitos pisos. Son obras para "teatro de cámara", modalidad típica del teatro experimental de aquel período.

Fernando González Cajiao, autor del libro *Historia del teatro en Colombia*, que hemos mencionado con frecuencia, ha sido, además de juicioso investigador del tema, actor, director y autor de varias obras: *La comadreja* (1960), una farsa infantil inspirada en una fábula de nuestro folklor; *El globo* (1966), teatro de cámara que incursiona en el teatro del absurdo; *Las huellas de un rebelde*, editada en 1970, en la que sigue la vía del teatro documental del alemán Peter Weiss y «plantea la problemática religiosa, económica y política de nuestro continente», dentro de la estructura escénica de un misterio medieval.

La mayor parte de los autores mencionados en esta etapa dejaron de escribir, o por lo menos de publicar, al entrar la década del setenta, probablemente desplazados por la virulencia del teatro político que se tomó la escena y por la técnica de la creación colectiva que imperó en los años siguientes.



El Teatro Libre de Bogotá con el dramaturgo Arthur Miller en 1982: Hernán Pico, Amalia Iriarte, Vilma López, Patricia Méndez, Natasha Osorio, Fernando Uribe, Sonia Arrubla, César Mora, Gabriel Moure, Carlos Martínez, Bruno Díaz, Arturo Mora, Leonardo Zossi, Humberto Dorado, Miguel Borrás. 2ª fila: Inés Elvira Gómez, Costanza Gutiérrez, Olga Lucía Lozano, Libia Ester Jiménez, Jeniffer Steffens, Luz Estela Velásquez, Arthur Miller y su esposa Inge Morath, Orlando Becerra, Arquimedes Gélvez, Cristina Penagos, Beatriz Rosas, Carlota Llano. Atrás: Jorge Plata, Ricardo Camacho, Héctor Bayona, Ricardo de los Ríos, Fernando Cruz, Amparo de Cruz, Germán Jaramillo, Víctor Sánchez, el pintor Juan Antonio Roda, Camilo de la Espriella y Alberto Salom. El teatro Libre había montado "Las Brujas de Salem", de Miller, en 1981.



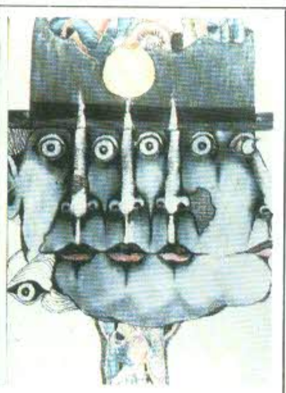
Escena de "I took Panama", de Luis Alberto García, en montaje del TPB dirigido por Jorge Alí Triana, 1983.




Bertolt Brecht en el TPB



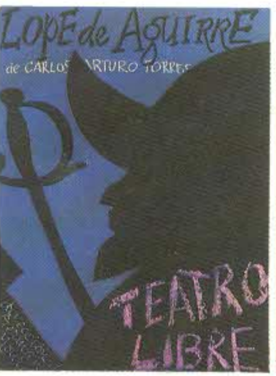
Pirandello en el Teatro Libre



Luis Mantilla en el TPB



García Márquez en Nueva York



Carlos Arturo Torres en el TLB



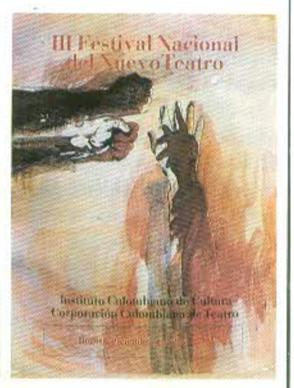
Festival Nuevo Teatro, 1976



Festival de Manizales, 1986



Muestra de Teatro, 1989



Festival Nuevo Teatro, 1977

TEATRO POLÍTICO (1965-1980)

Como se ha podido apreciar, los temas que tocaban abiertamente la política y la situación social de nuestro país no estuvieron ausentes en el teatro que se produjo durante los primeros 65 años, y una muestra de esto es que la censura oficial actuó en repetidas ocasiones. Sin embargo, podemos llamar etapa del teatro político al período que ahora tratamos porque la mayor parte de las obras escritas en esos años, y el movimiento teatral en su conjunto, mostraron clara y decididamente posiciones políticas que, en algunos casos, llegaron a los extremos del sectarismo.

Es en esta época cuando la influencia de acontecimientos mundiales se hace más patente: la revolución cubana se radicaliza, los vientos de la revolución china y la teoría marxista penetran sectores populares e intelectuales, y movimientos contestatarios internacionales, como los de protesta contra la guerra de Vietnam o la gigantesca movilización obrero-estudiantil de 1968 en París, encuentran eco en partidos y grupos de izquierda. Como consecuencias —que se reflejan en el teatro que se produce en esta etapa— se llega a una toma de conciencia, a nivel de amplios sectores, de la existencia del imperialismo y de nuestra dependencia cultural, se desarrolla la reflexión crítica sobre las causas y efectos de la Violencia y se pone en tela de juicio la política de los partidos tradicionales. Los temas más queridos y trajinados en la producción de estos años tienen que ver con las condiciones de vida de los sectores populares; entre esos temas se destaca la lucha de los campesinos pobres por la tierra.

Teatro universitario

Donde primero se experimentó esta radicalización política fue en el teatro hecho por los grupos de las universidades, pues éstos se vincularon estrechamente con el movimiento insurgente universitario y, obligados por la necesidad, dada la escasez de dramaturgos que escribieran para ellos obras que reflejaran ese sentimiento de protesta y rebelión, produjeron piezas creadas colectivamente.

De estas obras colectivas, por su estilo agitacional y panfletario, poco hay que merezca mencionarse. Su importancia radica en que manifestaron las expectativas de amplios grupos sociales y fueron experiencias formativas para algunos de los dramaturgos que están produciendo en la actualidad. A nuestro juicio la obra más representativa de estas creaciones fue *La verdadera historia de Milciades García*, producto de uno de los grupos que trabajaba en la Universidad Nacional, bajo la dirección de Ricardo Camacho, y que sintetiza la historia de la lucha por la tierra desde la década de los años treinta.

Algunos pocos escritores produjeron para estos grupos y sus obras fueron estrenadas en los festivales universitarios de esos años. Carlos José Reyes obtuvo el primer premio en 1968 con *Los viejos baúles que nuestros padres nos prohibieron abrir*, montada por el grupo de la Universidad Externado de Colombia; Eduardo Camacho estrenó en 1969 *La tienda*, con el grupo de la Universidad de los Andes; Gustavo Andrade Rivera pre-

sentó *El camino*, con el grupo de la Universidad Jorge Tadeo Lozano; Carlos Duplat dirigió un grupo en la Universidad Nacional y escribió por esa época dos obras: *Era un hombre llamado Campos* (1966), de estructura brechtiana, sobre la alienación de un hombre del pueblo al que la sociedad transforma en verdugo de sus propios compañeros, y *El basurero* (1967), sobre excombatientes de Corea; los grupos universitarios montaron varias de las obras iniciales de Jairo Aníbal Niño: *Golpe de Estado, Alguien nace cuando muere el alba, Las bodas de lata o el baile de los arzobispos*, ganadora del concurso para autores de teatro de Telecom (1968), y, la más notable, *El Monte Calvo*, una obra ya clásica, presentada con extraordinario éxito por el grupo de la Universidad Libre en el V Festival Mundial de Teatro en Nancy (Francia) y montada numerosas veces en todo el país. Es una dura crítica a la participación de Colombia en la guerra de Corea.

Grupos de teatro

La característica primordial de este período es la fundación de grupos de teatro independientes que le imprimen un sello diferente a la producción dramática nacional. La gran mayoría de las obras que aparecen a partir del final de la década del sesenta ha nacido en el seno de estos grupos, ya sea por el método de la creación colectiva o por la producción de dramaturgos que trabajan en el interior de las agrupaciones. El autor independiente prácticamente ha desaparecido de la escena. Esta producción se caracteriza por un marcado compromiso con la realidad social, por una actitud desafiante contra los valores tradicionales de la burguesía y una exploración crítica del pasado. Al respecto, el escritor Jaime Mejía Duque dice: «Al nacionalizarse el teatro ha descubierto críticamente la historia del país y ha tomado partido por el cambio del sistema en su conjunto».

El TEC y Enrique Buenaventura

Buenaventura es considerado como el gran pionero del nuevo teatro colombiano. Sus obras, su concepción del trabajo teatral, su actitud política, la difusión que hizo de la obra de Bertolt Brecht en el país, han sido puntales para gran parte de la actividad teatral en la segunda mitad del siglo.

Su labor fundamental se inicia en 1956, cuando entra a dirigir el Teatro Escuela de Cali. Con este conjunto estrena una de sus primeras obras: *A la diestra de Dios Padre* (1958), basada en el cuento del mismo nombre de Tomás Carrasquilla. En ella se manifiesta ya una de las principales preocupaciones del autor, quien la expresa así: «El teatro popular deberá caracterizarse por el uso de las fuentes populares». Otras de sus obras iniciales muestran la tendencia hacia los temas históricos, temática que se encuentra en muchas de las producciones de la época: *La tragedia del rey Christophe* (1963), sobre la vida de Henri Christophe, monarca negro de la isla de Santo Domingo, su lucha por la abolición de la esclavitud y la independencia de la isla; *Un réquiem por el padre Las Casas* (1963), que nos muestra la dramática lucha del sacerdote en defensa de los indios. En 1966 estrena *La trampa*, en Cali, dirigida por Santiago García; su tema es la dictadura de Jorge Ubico en Guatemala, «la alienación del pueblo, usado para reprimir al pueblo». Aquí Buenaventura comienza a radicalizar aún más su posición política; la obra produce una encendida polémica, las Fuerzas Armadas se sienten vejadas y el grupo pierde el apoyo económico oficial. El Teatro Escuela de Cali se convierte en un grupo totalmente independiente y comienza a llamarse Teatro Experimental de Cali (TEC). De 1968 son *Los papeles del infierno*, un conjunto de cinco obras cortas sobre la realidad cotidiana impregnada por la violencia. La más notable de ellas es *La orgía*, con su juego de gran tensión dramática entre la realidad y la fantasía. De estas obras dice el autor: «La experiencia de *Los papeles* era, después de *La trampa*, el intento más serio que habíamos hecho en el TEC de meternos, de integrarnos a la vida y a la muerte de nuestro pueblo».

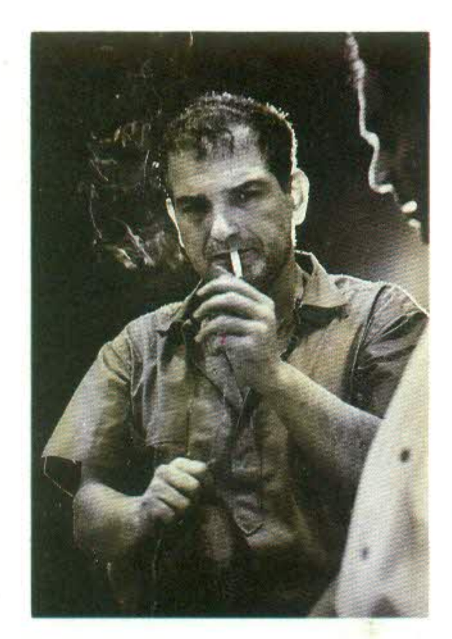
A partir de esa época Buenaventura y su grupo se embarcan en la búsqueda de un nuevo método para crear sus obras. Con bastante propiedad, Mejía Duque afirma que la necesidad de orientar toda la actividad teatral hacia la investigación de la historia nacional los condujo a la metodología de la creación colectiva. Con este sis-



Carlos José Reyes. Fotografía de Ernesto Monsalve.



Grupo de teatro La Candelaria con el poeta Ernesto Cardenal en Managua, 1980. Ignacio Rodríguez, Santiago García, Fernando Mendoza, Nora Ayala, Hernando Forero, Inés Prieto, Alvaro Rodríguez, Patricia Ariza, Fernando Peñuela, César Badillo, Adelaida Nieto, Alfonso Ortiz y Beatriz Camargo.



Enrique Buenaventura.
Fotografía de Nereo López.
Archivo Revista Diners, Bogotá.

tema, en el que, teóricamente, el autor del texto dramático es el grupo, producen varias obras de las cuales se hicieron numerosas presentaciones en el país y en el extranjero: *El convertible rojo* (1969), sobre la prostitución; *Seis horas en la vida de Frank Kulak* (1971), cuyo tema es la experiencia de un soldado norteamericano después de la guerra de Vietnam; *La denuncia*, que se estructura sobre la base de la que hizo Jorge Eliécer Gaitán de la matanza de la zona bananera en 1928. Continuando el estilo esperpéntico que habían utilizado en *La orgía*, producen *El menú*, farsa que busca mostrar la descomposición de la política y las instituciones nacionales. En 1979 estrenan *Historia de una bala de plata*, premio Casa de las Américas de Cuba en 1980, en la que se retoma el tema del rey Christophe y que hace parte de una planeada trilogía sobre el Caribe. Una de las últimas producciones del grupo es *La gran farsa de las equivocaciones* (1985).

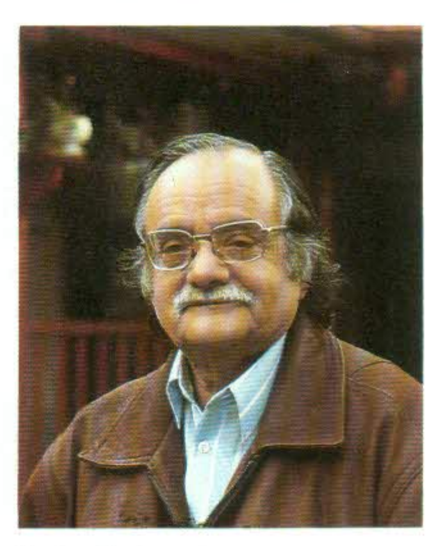
La Candelaria y Santiago García

El segundo grupo que apareció en la década del sesenta fue La Casa de la Cultura, en Bogotá, impulsado por Santiago García y Carlos José Reyes y formado en parte por los miembros del Teatro Estudio de la Universidad Nacional. Se estrenó con *Soldados*, de Reyes, en 1966, pieza basada en algunos capítulos de la novela *La casa grande*, de Alvaro Cepeda Samudio, y en la que encontramos de nuevo el tema de la matanza en la zona bananera. En esa primera etapa del grupo se estrenó otra obra del mismo autor, *Metamorfosis*, sobre textos de Kafka. En 1972 el grupo cambió su nombre por el de Teatro La Candelaria y, acentuando su voluntad de hacer un teatro dirigido a las clases populares, desarrolló la técnica de la creación colectiva. El interés por la historia los llevó a producir *Nosotros los comunes*, con el propósito de actualizar el gran movimiento comunero de 1781 y con ello contribuir a la «concientización de las masas»; la obra, en opinión de la crítica, resultó débil en el conflicto dramático y superficial y unilateral en la visión histórica. En 1972 estrenaron *La ciudad dorada*, en la que se trata el drama de la emigración campesina a las grandes ciudades; obtuvo el premio Casa de las Américas en 1974. Aplicando persistentemente la creación colectiva crearon *Guadalupe años sin cuenta*, con la que obtuvieron de nuevo el mismo premio en 1976; es una de las obras que más presentaciones ha logrado en el país; su tema: las guerrillas liberales de los años cincuenta, comandadas por Guadalupe Salcedo, su entrega y la posterior traición a los acuerdos por parte de la clase dirigente. El trabajo del grupo continuó con *Los diez días que estremecieron al mundo* (1978) y *Golpe de suerte*, premio Ollantay en 1980.

En 1982 Santiago García se aleja del método de creación colectiva que promulgó durante cerca de diez años y aparece como autor de *El diálogo del rebusque*, elaborada sobre textos de Francisco de Quevedo, obra en la que quiso explorar, según dice él mismo, la capacidad que tiene el pueblo colombiano para «poder salir de las condiciones más inhóspitas que plantea la vida». En 1985, de nuevo como autor, estrena *Corre, corre Carigüeta*, en la que aborda el tema del fin del imperio inca desde el punto de vista de los indígenas. Fernando Peñuela, miembro del grupo, escribe *La tras-escena* en 1984. De 1988 es *El paso*, obra que relata una anécdota sencilla en una taberna de camino a donde llega un ramalazo de la actual violencia del país; el miedo y el estancamiento acorralan a los personajes en un ambiente sórdido y sin esperanzas. La más reciente producción del grupo es *La trifulca*, en la que se pretende, apoyados en el espectáculo del gran carnaval de la edad media, «dar una imagen de la realidad que estamos viviendo pero a través de una metáfora, casi de una hipérbole»; la obra se estrenó en julio de 1991, conmemorando los veinticinco años de fundación del grupo.

El Teatro Libre y su taller de dramaturgia

En la década del setenta imperó el método de la creación colectiva en la mayor parte de la producción teatral. El Teatro Libre, fundado en 1973 con personas que provenían del teatro universitario, principalmente del grupo de la Universidad de los Andes, se opuso de manera frontal a esa metodología por considerar que la creación de la obra de arte es un acto de tipo individual, que pretender crear colectivamente un texto dramático válido, orgánico, con un estilo definido y coherente es una aspiración que contradice la realidad de lo que es la creación en el arte. Por otra parte, como lo afirma el director del grupo, Ricardo Camacho, la creación colectiva «sacrifica la posibilidad del florecimiento de autores, verdaderos profesionales de su oficio». Así, desde sus inicios el grupo se puso como una de sus metas desarrollar escritores de teatro y para ello creó un taller de dramaturgia dirigido por Jairo Aníbal Niño, quien se había vinculado al Teatro Libre. El taller funcionó unos cuatro años y produjo ocho obras, entre las que destacamos *El rescate*, *Los inquilinos de la ira*, *El sol subterráneo* y *La madriguera*, de Jairo Aníbal Niño; *La huelga* y *Tiempo vidrio*, de Sebastián Ospina; *La agonía del di-*



Santiago García.
Fotografía de Ernesto Monsalve.

funto, de Esteban Navajas. *Los inquilinos de la ira* (1975) muestra la lucha de las gentes pobres, sin techo, por conseguir un pedazo de tierra en las ciudades para levantar sus humildes viviendas; fue muy bien recibido por el público y la crítica y se presentó numerosas veces en todo el país, así como en Venezuela y Ecuador. En *El sol subterráneo*, Jairo Aníbal retoma el tema de la matanza de las bananeras pero desde una situación teatral de nuestros días. *La huelga* (1976) y *Tiempo vidrio* (1977), de Ospina, investigan y muestran movimientos de protesta y rebelión de las clases populares del campo: obreros agrícolas en la primera y pescadores del río Magdalena, en la segunda. *La agonía del difunto* (1976) obtuvo el premio Casa de las Américas de ese año y ha sido montada en varios países y llevada al cine en Alemania y América. Su tema, manejado con gran agilidad, humor y destreza escénica, es el de la lucha por la tierra de los campesinos pobres en regiones de grandes latifundios. El montaje que estrenó la obra, hecho por el Teatro Libre, ha sobrepasado las mil quinientas funciones y sigue presentándose en la actualidad.

Otros grupos

El Teatro Popular de Bogotá, fundado en 1967, ha dirigido sus mayores esfuerzos a la difusión del teatro extranjero. En 1973 realiza su primer montaje de una obra de creación colectiva, *Toma tu lanza, Sintana*, sobre tradiciones indígenas dramatizadas por Luis Alberto García. En 1974 estrenó *I took Panama*, creación colectiva con texto final del mismo autor, que tuvo un gran éxito de público; el crítico Eduardo Gómez, sintetizando el tema que maneja, dice que se trata de «una ilustración satírico-didáctica de los hechos más importantes que configuran ese doloroso episodio histórico», es decir, la separación de Panamá. En 1977 presentó *La primera independencia*, con texto de Luis Alberto García, obra que recibió una dura crítica por «su caricaturización de la historia».



Ricardo Camacho.
Fotografía de Ernesto Monsalve.

Del grupo El Local, fundado en 1969, tenemos dos obras nacionales: *El túnel que se come por la boca*, de su director Miguel Torres, y *La cándida Eréndira*, montaje colectivo basado en el cuento del mismo nombre de Gabriel García Márquez.

El grupo La Mama, cuya aparición data de 1968, montó en su primera etapa *Y un día el circo vino al pueblo*, de Kepa Amuchastegui. Luego, en su etapa posterior, bajo la dirección de Eddy Armando, produjo por creación colectiva *Mimografías* y *Joselito Carnaval busca su cosa latina* en 1979 y 1980, respectivamente. En 1985 estrena *Los tiempos del ruido*, obra colectiva sobre el caos y el miedo en una gran ciudad. El más reciente estreno del grupo (1991) es *La incertidumbre del amor*, también de creación colectiva. Eddy Armando se mostró como autor en *El abejón mono*, obra que alude a la violencia colombiana, basada en un texto de Arturo Alape.

En 1972 se fundó el Teatro Taller de Colombia, grupo que ha desarrollado sistemáticamente y más que cualquier otro conjunto el teatro callejero. La obra de más éxito fue *La cabeza de Gukup*, escrita por Juan Carlos Moyano sobre textos del *Popol Vuh*. Otras obras estrenadas entre 1974 y 1980, de creación colectiva, son: *La última versión del Génesis, Cuando las marionetas hablaron, Hoy no hay función* y *El profesor Prometeo*.

Otros autores

Para finalizar esta reseña sobre el teatro escrito en la etapa del período que hemos llamado del teatro político, debemos mencionar algunos autores que trabajaron en otras ciudades.

Gilberto Martínez, gran promotor del teatro en Medellín, se inició en el grupo El Duende y ha continuado su labor en el Teatro Escuela de Medellín y otras agrupaciones. Es autor de varias obras: *El grito de los ahorcados*, la más conocida, ganó el Concurso de Obras de Teatro de Medellín en 1965, y trata el tema, muy frecuente, como



Esteban Navajas.
Fotografía de Ernesto Monsalve.

se ha visto, de la insurrección comunera y el trágico fin de José Antonio Galán; *El zarpazo* (1974), *El tren de las cinco no sale a las cinco en punto* (1975), *Dos minutos para dormirse* (1975), *Las torcazas tienen su sepulturero* (1978) y *Marea de ratas*. Es también autor del libro *Hacia un teatro dialéctico*, una de las pocas obras teóricas sobre el teatro moderno en Colombia.

Guillermo Maldonado, natural de Pamplona (1945), inicia su actividad teatral en Cúcuta y allí se estrena, bajo la dirección de Germán Moure, en 1966, *Para cada historia un sombrero*. Otras de sus obras son: *¡Oh! velada, Historia patria* (1972), *Crónicas de Pueblomuerto* (1974), *La perra vida de Minifundio Juan* (1975); en este mismo año obtuvo el premio Casa de las Américas con *Por estos santos latifundios*, hermoso y delicado trabajo sobre un tema muchas veces tratado en la dramaturgia del país: la penosa vida del campesino pobre, pero también de su organización y el progreso de su lucha. La obra mezcla fluidamente, dentro de un tono poético, personajes reales con personajes no humanos —el árbol, el camino, la garza— o alegóricos como la violencia, la enfermedad y la ignorancia.

Gustavo Cote Uribe, nacido en Bucaramanga, poeta y novelista, ha escrito algunas obras de teatro, la más importante de las cuales es *El cuento de las naranjas dulces*, obra finalista en el III Premio Teatral Tirso de Molina,



Cartel de Claire Belloc para "Un muro en el jardín", de Jorge Plata, puesto en escena en París por Ricardo Camacho, octubre de 1986.

de España, en 1970. La pieza, subtitulada "Fantasía en dos actos", muestra la vida de diez personas, las únicas sobrevivientes de una conflagración atómica mundial.

LA DRAMATURGIA DESPUÉS DE 1980

A partir del comienzo de la década de los ochenta la temática abiertamente política en el teatro comienza a diluirse. Los grupos y sus escritores sienten la necesidad de abrirse a las experiencias del teatro extranjero —clásico y moderno— para poder renovarse y avanzar. Se puede apreciar que la producción de obras nacionales desciende en cantidad. Veamos el panorama de estos años.

El Teatro Libre produjo cinco obras más en esta última década. *Episodios comuneros* (1981), de Jorge Plata, una crónica en verso de la insurrección comunera para ser escenificada en la calle; *Un muro en el jardín* (1985), del mismo autor, sobre la violencia, la descomposición, la falta de soluciones y esperanzas en una familia popular de la ciudad (esta obra fue estrenada en Bogotá por el Teatro Libre y poco después en París por un grupo francés; ambos montajes fueron dirigidos por Ricardo Camacho); *Sobre las arenas tristes* (1986), de Eduardo Camacho, una versión lírica y escénicamente audaz de la vida de José Asunción Silva; *Gargantúa*, una adaptación de la obra de François Rabelais hecha por Fernando Cruz Aristizábal, en 1989; finalmente, en 1990, el grupo estrena *Gato por liebre*, de Piedad Bonnet, monólogo para actriz sobre la situación de alineación social de la mujer.

En 1982 el Primer Concurso Icasa del Teatro Nacional premió y publicó dos obras: *La cueva del infiernillo*, de Carlos Perozzo, y *El pequeño dictador*, del cubano Alberto Dow.

En Medellín José Manuel Freidel, director y dramaturgo del grupo La Fanfarria, estrenó su obra más ambiciosa, *Los infortunios de la bella Otero y otras desdichas*. En 1988 publicó varias piezas cortas en verso: *Romance del bacán y la maleva, Romance de la bella Berta y Berto el bandido, Una raya en la vida de Lucrecia, Romance de Juana y el jilguero*. Durante los quince años que estuvo al frente de su grupo estrenó más de quince obras de su autoría. Murió trágicamente en 1990.

Henry Díaz fue miembro del Pequeño Teatro que dirige Rodrigo Saldarriaga en Medellín; con este grupo estrenó *El cumpleaños de Alicia*, trabajo ganador del Concurso de Obras Dramáticas de Medellín (1985). La obra se desarrolla en los tiempos actuales y tiene como escena un inquilinato en donde las relaciones fuertemente conflictivas entre los habitantes de la casa estallan de manera violenta en un final patético. Otras obras suyas son *José Antonio Galán* y *La encerrona del miedo*, publicadas por la Universidad de Antioquia en 1990.

Volviendo a Bogotá, el grupo que más recientemente ha logrado obtener sede propia, estrenada en el presente año (1991), es la Fundación Centro Cultural García Márquez. Está conformado por gente de teatro egresada de la Escuela Nacional de Arte Dramático y fue fundado en 1980. Sus directores, José Assad y Hugo Afanador, son también dramaturgos y han estrenado varias obras. Algunas de las creaciones de Assad son: *Biófilo Panclasta* (1984), basada en la vida de un legendario anarquista colombiano; *Un pecado muy original* (1988); *Ascensor para tres* (1989) y *Cenizas sobre el mar* (1989), inspirada en la odisea del conquistador español Lope de Aguirre. Hugo Afanador es autor de algunas obras experimentales entre las que se destaca *La boda rosa de Rosa Rosas* (1986).



José Manuel Freidel Correa. Fotografía de Carlos Mario Lema, 1989.

EL TEATRO INFANTIL Y LOS TÍTERES

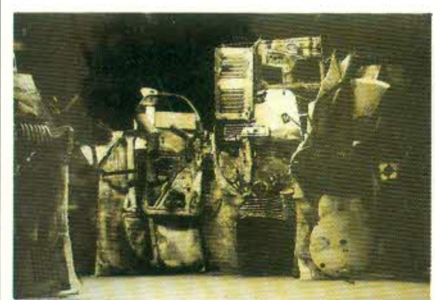
No podemos terminar esta visión panorámica de la dramaturgia nacional sin reseñar el teatro infantil y los títeres que han tenido sus atentos cultivadores, han producido algunos textos valiosos y, en los últimos años, han alcanzado —especialmente los títeres— un respetable nivel de desarrollo.

Fue a partir de los años sesenta cuando estas actividades cobraron brillo gracias al entusiasmo de varias personas dedicadas al teatro. En 1961 Gabriela Samper, acompañada por Germán Moure, Hernando Kosher y otros, fundó el grupo El Burrito y trabajó en el Teatro Cultural del Parque Nacional, del cual fue directora varios años. Allí se estrenaron obras como *El tío tigre cogelotodo*, de Jorge Alí Triana, y *La comadreja*, de Fernando González Cajiao.

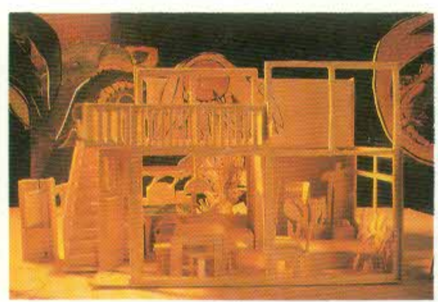
Sofía de Moreno, en su Teatrino Don Eloy, estrenó varias piezas de diversos autores, como Ciro Mendía y González Cajiao, y obras propias: *José Dolorcitos, Brujas modernas, El abuelo Rin Ron*, algunas de ellas con música de la autora.

De Carlos José Reyes tenemos, entre otras: *Dulcinea y el burrito, Amor de chocolate, La piedra de la felicidad*, estrenadas en 1964; *El hombre que escondió el sol y la luna* y *Globito manual*, premio Casa de las Américas en 1974.

ESCENOGRAFIAS Y MONTAJES



"Cementerio de automóviles", de Fernando Arrabal. Escenografía: Feliza Bursztyn, 1971. TPB.



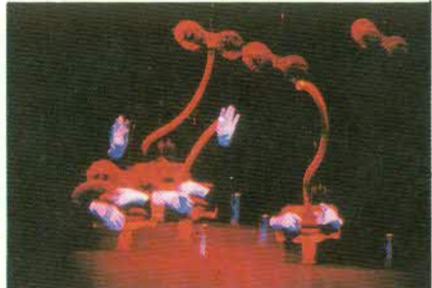
"Un tranvía llamado deseo", de Tennessee Williams. Escenografía: Gustavo Zalamea, 1985. Teatro Libre.



"Tío Vania", de Antón Chéjov. Escenografía: Alvaro Caicedo, 1976. TPB.



"Don Pasquale", ópera de Gaetano Donizetti. Escenografía para títeres de Jaime Manzur.



"Constelaciones", de Jorge Pérez, A. Posada y L. Correa. Títeres La Fanfarria. Medellín, 1980.



"Las brujas de Salem", de Arthur Miller. Diseño: Juan Antonio Roda, 1981. Teatro Libre.



"Seis personajes en busca de autor", L. Pirandello. Vestuario: Pilar Caballero, 1984. Teatro Libre.



"¿Quién le teme a Virginia Woolf?", de E. Albee. Vestuario: Iván Martelo, 1983. Teatro Nacional.



"El rey Lear", de William Shakespeare. Vestuario: Enrique Grau, 1979. Teatro Libre.



"Guadalupe años sin cuenta", de La Candelaria. Dirección: Santiago García, 1975. La Candelaria.



"El diálogo del rebusque", de Santiago García. Dirección: Santiago García, 1981. La Candelaria.



"Sueño de una noche de verano", de W. Shakespeare. Dirección: Kepa Amuchastegui, 1982.

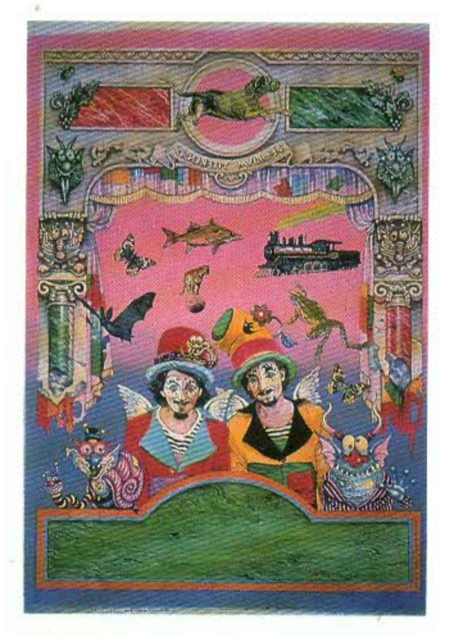
Julia Rodríguez impulsó esta actividad en Cali con su grupo Cocoliche (1964) y recopiló en el libro *Biombo infantil* algunas de sus creaciones.

En la actualidad funcionan en Bogotá varios grupos de títeres; mencionamos algunos que se distinguen por la calidad de sus montajes de piezas originales: Paciencia de Guayaba, grupo fundado por Fabio Correa en 1976, ha estrenado *Los hijos del sol*, *El circo de las ilusiones* y varias más, y participó en el Festival Mundial de Títeres en Francia en 1982. Hilos Mágicos, dirigido por Ciro Gómez, entre cuyos espectáculos figuran *La gallina de los huevos de oro*, *Lo que Caperucita no contó* y *Ladrones a domicilio*.

Finalmente, mencionaremos al más desarrollado de estos grupos: La Libélula Dorada, fundado por César e Iván Darío Alvarez en 1976. Entre sus primeras obras figuran *La rebelión de los títeres* y *Los héroes que vencieron todo menos el miedo*. En 1979 estrenan *El dulce encanto de la isla Acracia*, brillante historia de la búsqueda de un tesoro desconocido, el cual resulta siendo la libertad. En 1980 presentan *Sinfonías inconclusas para desamordazar el silencio*, obra con la que representaron a Colombia en festivales de Francia y Brasil. La sigue *Ese chivo es puro cuento*, adaptación libre de un cuento chileno de tradición oral. La más reciente de sus producciones es *Los espíritus lúdicos*. Con motivo de cumplir sus quince años de actividades han publicado el libro *Delirium titerensis*, en el que recogen las tres últimas obras mencionadas.

CAUSAS DEL ESTANCAMIENTO DE NUESTRO TEATRO

Como se puede apreciar en esta visión panorámica sobre la producción dramatúrgica en lo que va corrido del siglo, el relativo poco desarrollo de nuestro teatro no se debe tanto a la no producción de obras por parte de



Dibujo de Carlos Rojas Neira para conmemorar los 15 años del grupo "La Libélula Dorada", grupo de teatro de títeres de Bogotá, 1991.

los autores, como a la debilidad e inconstancia de la actividad teatral, que no ha hecho posible la amplia difusión del teatro nacional. Esta situación ha impedido el desarrollo de los escritores que producen para el teatro. Las causas, como anotamos al principio, son muchas, pero entre ellas sobresalen la indolencia e incapacidad del Estado para suscitar y apoyar las actividades artísticas.

En cuanto a la situación actual, el último lustro, se aprecia una disminución notable en el número de obras nuevas; hay una crisis cuyas causas no son fáciles de determinar, pero intentando precisarlas podríamos mencionar dos. Por una parte, la crisis de la teoría y práctica de la ideología de izquierda ha quebrado las anteriores certezas y con ello se han perdido instrumentos para el análisis crítico de nuestra realidad social; es como si los escritores estuvieran en un momento de perplejidad, desarmados, ante la conflictiva situación del país.

Por otra parte, en la actividad teatral ha resurgido de nuevo la tendencia hacia el teatro comercial, como en la década de los cuarenta, pero ahora con marcado acento extranjerizante. Esta tendencia trivializa el mundo del teatro y entraba el desarrollo de una dramaturgia vigorosa y profunda que es la que necesitamos para reflejar y dar testimonio de lo que es la vida y la realidad nacional a finales de este sorprendente siglo XX.

Bibliografía

ANTEI, GIORGIO y otros. *Las rutas del teatro*. Bogotá, Centro Editorial Universidad Nacional de Colombia, 1989.

DAUSTER, FRANK. *Historia del teatro hispanoamericano, siglos XIX y XX*. 2ª ed. México, Ediciones Andrea, 1973.

DEL SAZ, AGUSTÍN. *Teatro hispanoamericano*, 2 tomos. Barcelona, Editorial Vergara, 1963.

GONZÁLEZ CAJIAO, FERNANDO. *Historia del teatro en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986.

GONZÁLEZ CAJIAO, FERNANDO. "El proceso del teatro en Colombia". En: *Manual de literatura colombiana*, vol. II. Bogotá, Planeta, Procultura, 1988.

ORJUELA, HÉCTOR H. *Bibliografía del teatro colombiano*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1974.

ORTEGA RICAURTE, JOSÉ VICENTE. *Historia crítica del teatro en Bogotá*. Bogotá, Ediciones Colombia, 1927.

PARDO, JOSÉ MANUEL (Comp.). *Teatro colombiano contemporáneo*. Bogotá, Tres Culturas Editores, 1985.

REYES, CARLOS JOSÉ y MAIDA WATSON ESPENER (Comp.). *Materiales para una historia del teatro en Colombia*. Biblioteca Básica Colombiana, Nº 33. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

REYES, CARLOS JOSÉ. "Cien años de teatro en Colombia". En: *Nueva historia de Colombia*, tomo VI. Bogotá, Planeta, 1989.

VARGAS BUSTAMANTE, MISAEL; CARLOS JOSÉ REYES; GIORGIO ANTEI; y JUAN MONSALVE (Comp.). *El teatro colombiano*. Bogotá, Ediciones del Alba, 1985.

La televisión en Colombia

Carlos Gustavo Alvarez G.

LOS INICIOS

La primera imagen de la televisión nacional la tuvieron un militar y un ingeniero colombianos, a 10 000 kilómetros de su patria, en 1936. El militar se llamaba Gustavo Rojas Pinilla, había sido ascendido al grado de mayor y fue comisionado por el general Jorge Martínez Landínez para recibir en Berlín una máquina destinada a fabricar cartuchos en Bogotá. Joaquín Quijano Caballero era el ingeniero, quien, hijo del cónsul de Colombia en Berlín, vivía desde niño en Alemania, trabajaba como locutor en castellano para la televisión alemana y se había doctorado en telecomunicaciones en la Universidad de Berlín.

Para ese entonces, Alemania estaba de fiesta. Los Juegos Olímpicos de Berlín fueron televisados en directo y llegaron a sitios públicos en media docena de ciudades alemanas. Quijano Caballero llevó a Rojas a observar los ensayos de televisión en color y el mayor Rojas Pinilla no cesó de preguntarle cuándo se podría llevar ese invento a Colombia. Efectivamente, esto fue posible dieciocho años más tarde.



Televisión en colores. Pintura al esmalte sobre un aparato de TV, de Beatriz González, 1980. Colección particular, Bogotá.

El 13 de junio de 1953 los colombianos saludaban eufóricos la llegada al poder del general Rojas Pinilla, «salvador de la patria, segundo Libertador». No era para menos, la violencia partidista había llegado a extremos irracionales. Colombia era entonces un país de ciudades dispersas, que sólo el auge de la economía cafetera comenzaba a integrar. El censo de 1951 había registrado un total de 11 millones de habitantes. El 61.1% vivía en el campo y el resto, en las cabeceras municipales, como habitantes urbanos. La población analfabeta mayor de siete años representaba el 42.5%. Colombia continuaba concentrándose en Bogotá. Los múltiples diarios regionales del siglo XIX habían dado paso a periódicos nacionales, editados en la capital. Estos eran órganos del poder político, alrededor de los cuales se agrupaba también el dinero. Salvo *El Siglo*, todos saludaron a Rojas con cautelosa esperanza.

La radio era tal vez el único factor integrador del país. Esta era la época del radioteatro, de la radio como espectáculo. Tres años antes, la radionovela *El derecho de nacer* —transmitida con éxito en Cuba y llevada a Emisoras Nuevo Mundo por su gerente Fernando Londoño Henao— había puesto a miles de colombianos a llorar por igual, con las penas de su protagonista, Albertico Limonta, como única forma de convivencia nacional.

Rojas Pinilla tenía una clara idea del poder de la televisión, es decir, del poder de los medios y de la propaganda. Por otra parte, la bonanza cafetera había producido mucho dinero. Así, la ODIPE (Oficina de Información y Propaganda del Estado), dirigida por Jorge Luis Arango, comenzó a interesarse en el asunto. Fernando Gómez Agudelo fue nombrado director de la Radiodifusora Nacional y en noviembre recibió la instrucción de montar la Televisora Nacional y tenerla lista para el primer aniversario del gobierno. De este modo, comenzaba una carrera contra el tiempo.

El equipo transmisor sería de la Siemens y estaba listo en Alemania para ser despachado a Líbano, pero cambió de rumbo. El sistema se completó con equipos Dumont, de los Estados Unidos. Quijano Caballero —a quien sus amigos llamaban "Clavelito" y cuyo mérito no fue suficientemente reconocido en vida— desplegó todo su conocimiento técnico. Llevaba 17 años estudiando la topografía del país y la forma de instalar una red eficiente por entre las montañas. Expertos internacionales que habían visitado Colombia no lo creían posible. José Santos Quijano escribió desde Nueva York, para *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo*, en abril de 1954: «En Colombia, la televisión no será una simple novedad. Será un milagro». Mientras tanto, Quijano Caballero instalaba una antena de emisión en el Hospital Militar y montaba un enlace con el nevado del Ruiz. El primero de mayo de 1954 se hicieron las primeras pruebas de señal. Bernardo Romero Pereiro relata que se colocó una cámara en los almacenes J. Glottmann de la calle 24, y que la prueba consistió en registrar a todos los que pasaban por allí.

Pero faltaba algo muy importante: no había quién manejara los equipos. El año de gobierno se cumpliría pronto, así que Gómez Agudelo viajó a

Cuba, cuya calidad de producción televisiva era reconocida en el mundo. Entonces se produjo otro milagro: uno de los canales de televisión dejó cesante a todo un equipo de producción. Goar Mestre, el zar de las comunicaciones en Cuba, puso en contacto a Gómez Agudelo con Gaspar Arias, que fue contratado por un mes. Con él vinieron siete técnicos dispuestos a enseñar y a poner al general Rojas en pantalla, el 13 de junio de 1954. Mientras tanto, el gobierno había comenzado la importación, desde Holanda, de televisores Philips, que se vendían a $ 354.oo en la Caja Agraria y el Banco Popular.

La transmisión comenzó a las 9:00 p.m. Esa noche llovía en Bogotá y se cree que había mil receptores encendidos. Muchos fueron instalados en las calles, en lugares públicos o en restaurantes, que aprovecharon la ocasión para congregar clientela. Los diarios calcularon una sintonía de 10 × 1. Se hizo control remoto desde el Palacio de San Carlos. El general Rojas Pinilla habló, después de que la Orquesta Sinfónica de Colombia interpretara el Himno Nacional. Además se transmitió: un noticiero internacional; un recital desde los estudios —a cargo de Frank Preuss, al violín, e Hilda Adler, al piano—, *El niño del pantano*, teleteatro adaptado por Bernardo Romero Lozano; un filme; un *sketch* cómico adaptado por Alvaro Monroy Guzmán para "Los Tolimenses"; otro filme enviado por las Naciones Unidas, un ballet y un telefinal con el Himno Nacional. Muchos de los que vieron el canal 8 en Bogotá, y el canal 10, en Manizales, pensaron que ese día había comenzado algo nuevo en el país.



Lucila de Medina, Bernardo Romero Lozano y Fanny Mikey en el set de la Televisora Nacional. Fotografía de Gabriel Sevilla, "Cromos", enero de 1959.


Fernando Gómez Agudelo hacia 1954, cuando se inició la televisión en Colombia.

El desarrollo

La televisión es una máquina devoradora, un monstruo insaciable que traga programas, horas y gente. Desde el 13 de junio de 1954, los colombianos se enfrentaron a esa situación, que ya conocían en el continente latinoamericano países como Brasil y México, desde 1950, Argentina, desde 1951, y Venezuela, desde 1952.

Todo tenía que hacerse en directo y quedaban registrados los aciertos y los errores. Las escenografías iban y venían en los sótanos de la Biblioteca Nacional, en un estudio improvisado. La publicidad estaba representada en patrocinios. Quienes salían *al aire*, se inventaban todo tipo de recursos para hacer la mención comercial como parte del cuento, amena y natural. Las cámaras eran unos inamovibles mastodontes. Todo era muy difícil.

Hernán Villa, venido de la radio, recibió las indicaciones de los cubanos, y comenzó a oficiar como productor, una figura nueva en el mundo. El productor se encargaba de manejar los controles y el director, adentro, en el estudio, dirigía. Pero no existía una programación, ni siquiera un plan. «Cuando llegaba la hora de un programa —recuerda Villa— y no teníamos nada, alguien le decía a Luis Bacalov, pianista y compositor: "toque algo folklórico". Y Luis tocaba. Para el próximo programa nos pasaba lo mismo, y entonces Luis se ponía unos bigotes, una peluca y tocaba una sonata de Beethoven». Bacalov se casaría después con Teresita Escobar, la única mujer que anunciaba los programas.

Casi toda la gente venía de la radio: actores, directores, locutores. La televisión buscaba un lenguaje y aquí tomó el de la radio. Es preciso mencionar a Bernardo Romero Lozano, quien venía de la HJCK y de la Radio Nacional; allí desarrolló los mejores radioteatros de entonces, un repertorio de obras "cultas", que prácticamente trasladó a la TV, convirtiéndose en motor de la televisión nacional. Desde entonces, el teleteatro o "dramatizado" se constituyó en la columna vertebral de la programación y el gusto de la audiencia. Una de las actrices que había comenzado con él, Alicia del Carpio, dio vida poco después a *Yo y tú*, que fue durante muchos años el símbolo de la televisión y un intento importante de representación de nuestra idiosincrasia.

Según algunos actores de entonces, muchos se guiaron en su trabajo profesional por la escuela de Romero Lozano, y otros prefirieron los métodos del maestro japonés Seki Sano. Con las ideas del actor, director y teórico ruso Stanislavsky (nombre artístico de Konstantín Serguéievich Alexéiev, 1863 - 1938), Sano organizó, en 1955, la Escuela de Artes Escénicas, dependencia de la Televisora Nacional. Muchos de sus discípulos tomaron después, definitivamente, el camino del teatro creando grupos de planta que transformaron la actividad teatral en nuestro país.

La audiencia crecía. En diciembre de 1956 la televisión se podía sintonizar así: Bogotá, canal 8; Medellín, Cali y Alto Magdalena, canal 7; Quindío, canal 9; Manizales, canal 11; y Tunja, canal 10. «El general montó una red nacional —dice Fernando Londoño Henao—. Fue en su momento la primera red del mundo. Al final de su gobierno, el país estaba cubierto en un 70%». En 1956, una encuesta difundida por la revista *Candilejas* señalaba la existencia de 60 000 receptores en Bogotá, con unas siete personas por receptor. También revelaba que el 50% de la audiencia prefería los teleteatros y el 30% gustaba más de los espectáculos musicales.

La televisión crecía, pero el general Rojas Pinilla comenzaba a tener problemas y, con él, su forma de manejarla. Entre 1954 y 1957, la televisión dejó dos sensaciones: la primera, la de ser excesivamente culta, demasiado alejada de la realidad y la educación del pueblo colombiano. La segunda, la de haber servido como instrumento al general Rojas para inclinar a su favor la balanza de la opinión pública, que los periódicos, a pesar de la censura, amenazaban con poner en su contra.



Alvaro Monroy Guzmán, animador del programa de concurso "Gánele al reloj".







Sellos de correos conmemorativos de los veinte años de Inravisión (1954-1974), instalación de la estación de Chocontá para comunicaciones por satélite (1969) e introducción de la televisión en color (1980).

Algunos recuerdan el comienzo de la televisión como una época feliz, económicamente hablando. «Uno iba a cobrar los sueldos al Palacio de San Carlos», dice Bernardo Romero Pereiro. Fernando Londoño Henao cuenta: «Mi primer contacto con la televisión fue en un coctel de celebración del Día de la Marina en Cartagena. Carlos Villaveces, ministro de Hacienda de Rojas Pinilla, dijo que él no le iba a dar más plata a la televisión porque no tenía presupuesto. Tenía que hacer algo. Venderla». Era el final de 1955 y Londoño Henao, presidente de Caracol Radio, le ofreció comprársela. Su idea era que un medio tan importante tenía que ser libre. En Bogotá, Jorge Luis Arango no se la vendió, pero le alquiló la mitad del tiempo; así nació la televisión comercial.

Lucio Duzán había conseguido el patrocinio de programas. Londoño trabajaría con tres minutos de cuñas. RCN y Caracol crearon la sociedad Televisión Comercial Limitada (TVC). «Autorícenme para perder un millón de pesos el primer año», había pedido Londoño Henao; al año, se los había ganado.

Punch Ltda. entró a la televisión gracias a la iniciativa de su dueño Alberto Peñaranda. En 1956, produjo *Telehipódromo*, el primer programa nacional de televisión comercial, y *Telecirco*. Ese año también comenzó el desarrollo de la televisión educativa, bajo la dirección de Humberto Martínez Salcedo; su uso y efectividad tenían como modelo a Radio Sutatenza.

De los años sesenta a los ochenta

La televisión comenzaba a ubicarse en la sociedad colombiana. Televisión y desarrollo son sinónimos, lo mismo que televisión y capitalismo y televisión y electrónica, pues aquélla hacía necesarias grandes inversiones en el montaje de una sólida y bien distribuida generación de energía eléctrica. En 1950, la capacidad instalada nominal era de 238 megavatios (MW), en 1955 había aumentado a 433 MW y en 1960 ya llegaba a los 670 MW.

Al caer la dictadura de Rojas, sus obras fueron miradas con cierto desprecio por quienes ahora se embarcaban en el Frente Nacional: «Alberto Lleras detestó la televisión de entrada —relata Bernardo Romero Pereiro—. La consideraba un engendro de la dictadura». Las condiciones para la relación entre el capital privado y la televisión se habían afianzado; la inversión oficial fue mermando al caerse los precios del café y el gobierno se vio obligado a atender otros frentes. Por otra parte, la audiencia había crecido y con ella el número de receptores. La urbanización, que es otra condición del crecimiento de la televisión y del capitalismo, permite concentrar en las ciudades grandes audiencias compradoras de productos. La relación entre población urbana y población rural se había invertido, como lo demostraría el censo de 1964: el 47.2% de la población era rural y el 52.8% estaba en las ciudades. Bogotá, a la cabeza, crecía a un ritmo del 7.31% anual.

En 1963, se crea el Instituto Nacional de Radio y Televisión, por decreto 3267 de diciembre 20. La iniciativa fue de César Simmonds Pardo, quien le puso el nombre de Inravisión. Fue bien acogida por Miguel Escobar Méndez, ministro de Comunicaciones del gobierno de Guillermo León Valencia, con quien Simmonds cazaba palomas en la Sabana de Bogotá. Una de sus funciones era la organización de contratos con las empresas comerciales, que explotaban los espacios de televisión. «La organización, en realidad —escribe Hernando Martínez Pardo— se redujo a sistematizar la lucha de intereses políticos y económicos que se venía presentando».

En 1964, el proyecto de abrir un canal local y comercial comenzó a abrirse paso. Consuelo Salgar de Montejo ganó la licitación, y desoyendo las críticas, montó el canal 9, al que llamó Teletigre. El inteligente montaje de la programación, respaldada por las series de la empresa norteamericana ABC, sirvió para que el Teletigre obtuviera un éxito inmediato y causara serios problemas de audiencia e inversión al canal 7, donde permanecieron las otras programadoras. En 1970, el gobierno del presidente Carlos Lleras Restrepo canceló el contrato de concesión. Inravisión se lo encargó, por el tiempo que los separaba de la segunda licitación, a Punch, RTI y Caracol Televisión.

Nuevos sucesos habían marcado a la televisión por esos años: las primeras grabaciones en *video-tape*, en cintas de 2 pulgadas, en 1964; las pruebas de televisión en colores, con la transmisión de la posesión del presidente Carlos Lleras Restrepo, en 1966; la transmisión en colores, vía satélite, de la visita del papa Pablo VI a Bogotá, con ocasión del Congreso Eucarístico, en 1968; y la transmisión, en cooperación con la televisión venezolana y gracias a una verdadera hazaña técnica, de la llegada del hombre a la luna, en 1969. En 1970 se inaugura la estación terrena de Telecom, en Chocontá, incorporando así nuestra televisión a la red mundial de transmisión por satélite.

Los años siguientes permiten la ampliación a nivel nacional de la Segunda Cadena, antiguo canal 9, y el crecimiento de la televisión es relativamente silencioso. Habría que esperar hasta 1981 para que el desarrollo del medio fuera objeto de las mediciones estadísticas del DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadística). Mientras tanto, el país se ocupó del escándalo que significó la implantación del color.

Los estudios Gravi —de Punch, RTI y Caracol Televisión— producían programas en color, para la exportación, desde enero de 1975. En 1978, el ministro de Comunicaciones, José Manuel Arias Carrizosa, divulga la decisión del gobierno de implantar la televisión en colores. Escoge el sistema NTSC como norma. El primero de diciembre de 1979 se inician oficialmente las transmisiones de televisión en colores.

La audiencia de entonces se calculaba en nueve millones de personas en las horas pico. Ahora comenzaba la división entre los que seguían viendo la televisión en blanco y negro y los que tendrían acceso al color; esto sirvió de base para argumentar el costo social del cambio. Pero el milagro se produjo nuevamente: «La penetración de los televisores en color —informó *El Tiempo*, el 24 de junio de 1980— superó todos los parámetros establecidos en otros países. Las fuentes indican que la idiosincrasia de los colombianos, el *snob* y otros factores, han desbordado las previsiones y la gente no quiere quedarse atrás, gasta dinero que no tiene para comprar receptores en color. Resulta inevitable». Se calculaba que en Colombia había en ese momento cerca de 190 000 televisores a color instalados.

Sin embargo, la situación era difícil, había crisis publicitaria, insatisfacción por la adjudicación de programas, una crisis comercial considerada como «la peor de la historia» y la amenaza de los satélites y las antenas parabólicas, que permitirían captar hasta 23 canales. Por otra parte, estaban los problemas técnicos en la distribución de la señal y el color como un factor inflacionario para el país.

El Tiempo realizó, el 10 y el 11 de julio de 1980, bajo la iniciativa de Gustavo Castro Caycedo, el Foro de Televisión. Varias de las conclusiones de este foro se convirtieron en realidades en los años siguientes: el mantenimiento del sistema mixto, que el Estado contemplara y regulara un nuevo organismo autónomo en el cual se delegara el manejo del medio y el estudio de la implantación de canales regionales.

En 1981 se produce uno de los acontecimientos que marcarían a la televi-

DECRETO LEGISLATIVO 3418
(NOVIEMBRE 25 DE 1954)

Por el cual se dictan normas sobre telecomunicaciones en general.

El presidente de la República, en uso de sus facultades legales y en especial de las que le confiere el artículo 121 de la Constitución Nacional, y

CONSIDERANDO:

Que por el decreto 3518 del 9 de noviembre de 1949 se declaró turbado el orden público y en estado de sitio todo el territorio nacional.

DECRETA:

Art. 39--. Se entiende por servicio de televisión, un sistema de telecomunicaciones para la transmisión de imágenes transitorias de objetos fijos o móviles, establecidos simultáneamente con sonido o sin él, y destinado a ser recibido por el público en general.

Art. 40--. El servicio de televisión de que trata el presente capítulo, será prestado por el Estado.

FUENTE: *Diario Oficial*, Nº 28 647 (10 de diciembre de 1954).

DECRETO 3267
(DICIEMBRE 20 DE 1963)

El presidente de la República de Colombia, en ejercicio de sus atribuciones legales, y en especial de las facultades extraordinarias que le confiere el numeral 1 del artículo primero de la ley 21 de 1963, previa consulta con la Comisión Asesora Interparlamentaria creada para la citada ley, con aprobación del Consejo de Ministros y

CONSIDERANDO:

Que es necesario modificar la organización actual del Ministerio de Comunicaciones, en orden a coordinar sus funciones y estructura, a fin de cumplir los objetivos de reducir los gastos de funcionamiento, suprimir duplicaciones de funciones y servicios, y adecuar su organización a las necesidades reales del servicio, previstos en el artículo primero de la ley 21 de 1963,

DECRETA:

Del Instituto Nacional
de Radio y Televisión

Art. 30--. El servicio público de radiodifusión y televisión a cargo del Ministerio de Comunicaciones será prestado a partir del primero de abril de1964, por un establecimiento público con autonomía patrimonial, administrativa y jurídica, que se denominará Instituto Nacional de Radio y Televisión, y que tendrá el carácter y la naturaleza indicados en el artículo primero de la ley 151 de 1959.

Art. 31--. Corresponde al Instituto Nacional de Radio y Televisión desarrollar y ejecutar los planes y proyectos generales que adopte el Ministerio de Comunicaciones sobre la materia, y la prestación de los servicios oficiales de carácter educativo, cultural e informativo por los sistemas de radiodifusión y televisión nacionales, con sujeción a la política y normas generales que establezca el gobierno.

FUENTE: *Diario Oficial*, Nº 31 265 (30 de diciembre de 1963).

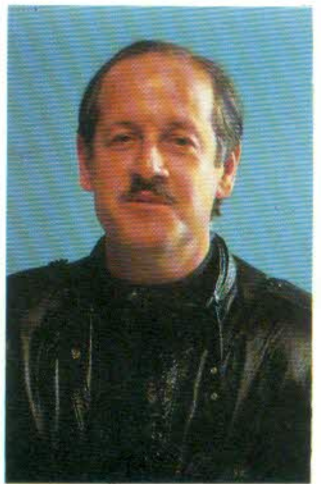




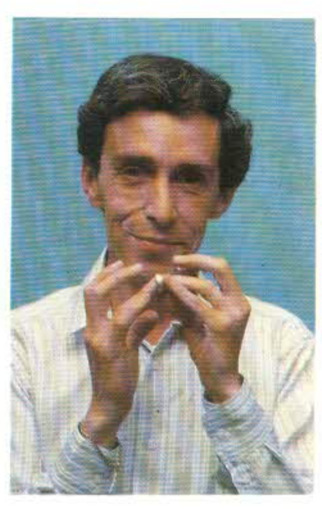
Julio César Luna



David Stivel



Carlos Duplat Sanjuán



Bernardo Romero Pereiro

sión colombiana y la enrumbarían comercialmente: la entrada de la A.C. Nielsen Company a nuestro país. La posterior adopción de sus estudios de sintonía como criterio de distribución de la pauta publicitaria, determinó una instancia decisoria y superior en la vida del producto televisivo: los anunciantes. Siendo un elemento de decisiones comerciales, la encuesta de sintonía instituiría poco a poco a un supremo y anónimo juez: el gusto del público. De este modo, la televisión entró en la pelea del centavo.

La medida más importante de esa década —que transcurrió en medio de licitaciones controvertidas, empresas que entraban y salían (aumentadas generosamente durante la administracion de Julio César Turbay Ayala) y una consolidación del perfil de las realizaciones colombianas para televisión— fue la que permitió el establecimiento de canales regionales y de la televisión por cable. El gobierno del presidente Belisario Betancur, y su ministra de Comunicaciones, Nohemí Sanín, impulsaron la creación de la televisión regional. Inauguraron Teleantioquia, y después entrarían en servicio Telecaribe y Telepacífico. El servicio de TV Cable fue autorizado en varias ciudades colombianas: Bogotá, Cali, Barranquilla, Cartagena, Medellín, Pereira, Bucaramanga. La ley 42, además, entregó el manejo de la televisión a diferentes sectores de la comunidad.

LAS TELENOVELAS

Una historia de simple enumeración cronológica tiene demasiados riesgos, privilegia el ejercicio de la memoria y no del análisis y soslaya la interacción del medio con la sociedad y su respuesta a las raíces culturales de los pueblos, a sus expectativas y a sus mecanismos de incorporación a una sociedad urbana de nuevos e imprevisibles valores. Por eso debemos hablar de la telenovela o "el milagro del amor", como la definen Marta Inés Montoya y Federico Medina Cano en su estudio sobre este género. La telenovela ha creado hábitos, modificado comportamientos y marcado rutinas familiares; ha elevado a sus actores a la categoría de ídolos y ha servido a la televisión nacional para darse a conocer en el exterior y para hacer programas en Colombia. Un horario de telenovela, como columna vertebral de una programadora, permite niveles de recuperación económica que dan para sostener espacios culturales y periodísticos.

Las raíces de la telenovela hay que buscarlas en el pasado, llegando incluso al folletín de los siglos XVIII y XIX, que marcó las características del género. Más tarde, la telenovela fue retomada por la radio con gran éxito; el fenómeno creado por *El derecho de nacer* en los años 40 y 50, primero en Cuba y después en Latinoamérica continental, es un ejemplo de sus alcances.

El teleteatro, con sus actores, directores y, especialmente, con sus obras, adaptaciones de los clásicos en los que prima la voz, expresa con claridad el origen radial de la televisión colombiana, cuyo carácter era demasiado culto. Bernardo Romero Pereiro señala: «Si la televisión no le hubiera tenido miedo al melodrama, hoy tendría un desarrollo sin igual». Pues la telenovela es otra cosa; hay que diferenciarla de los dramatizados, pero no separarla.

Dentro de esta perspectiva, podríamos decir que todo comenzó con *El niño del pantano*, obra de Bernardo Romero Lozano, protagonizada por Bernardo Romero Pereiro, Anuncia de Romero y Gonzalo Vera Quintana, que salió el primer día de la televisión nacional. Rebeca López diría años después: «No se hacía sino gran teatro. No existían los dramonones de las telenovelas».

La telenovela es hija del melodrama. Se la conoce por su emisión permanente, mucho mejor si es diaria; sus características son la lentitud y el efectismo; su materia prima son los sentimientos más elementales: hijos perdidos, mujeres abandonadas, ascensos sociales, el amor, el odio, la amistad, una pareja —amada y amado, madre e hija, madre e hijo—, cuya lucha por encontrarse debe soportar un número infinito de vicisitudes, es decir, aquellas que más capítulos puedan durar.

Para llegar a eso, la televisión colombiana empezó su camino en la década de los 60. Punch Ltda. —que se había destacado en la realización de emisiones deportivas en directo, concursos y programas periodísticos, incluidos *El noticiero suramericana* y *El reporter Esso*— dio su primer paso con *En nombre del amor*, que se transmitía lunes, miércoles y viernes. Su única contrincante llevaba por título *Infame mentira*, que se emitía martes, jueves y sábado. Los libretos eran cubanos.

Bernardo Romero Pereiro recuerda: «Colgate Palmolive distribuía los libretos en todas partes» —no hay que olvidar que la telenovela es una forma agradable de vender jabones—. Pepe Sánchez y Raquel Ercole protagonizaban *En nombre del amor*, bajo la dirección de Eduardo Gutiérrez; Rebeca López y el galán Aldemar García eran las estrellas de *Infame mentira*.

Pero, ¡quién lo creyera!, a la gente no le gustaron estas producciones; ambas, ejemplos claros del melodrama que se manejaba con éxito en otros países latinoamericanos, chocaban con la semilla: el teleteatro culto que los espectadores observaban desde hacía ocho años. Hasta los actores se sentían degradados. Sin embargo, Colgate-Palmolive se sostuvo y su apoyo al género naciente fue saludado por Punch con *La alondra*, una telenovela histórica, que trataba sobre la vida de Policarpa Salavarrieta. Pero a pesar del tema nacional y la búsqueda de una identidad histórica, nada la salvó. Por el contrario, Colgate-Palmolive retiró el patrocinio a Punch y a RTI.

RTI insistió. Eran los años 60 y *Diario de una enfermera* llegó a otra audiencia. El país continuaba su proceso acelerado de urbanización; los recién llegados a la ciudad hallaban nuevos conflictos, que marcaban su educación y su acceso al empleo; el analfabetismo disminuía y la necesidad de que alguien o algo mediara en la adaptación de un país que pasaba de la mula al jet, comenzaba a sentirse con urgencia.

Hoy día, comienza a verse en la televisión el cumplimiento de ese papel, pero serían necesarios muchos esfuerzos para definir el sendero. *Dos rostros, una vida*, *Casi un extraño*, *La sombra de un pecado*, *Mil francos de recompensa*, *Candó*, *Cartas a Beatriz* y *Destino la ciudad*, que fue un verdadero suceso de trascendencia social, son algunos de los títulos de entonces. Julio Jiménez, Efraín Arce Aragón y Bernardo Romero Pereiro impulsan al género hacia su consolidación en el gusto del público.

Según lo revela el DANE, en 1981 el público ya ha definido la posición y el papel de la televisión en el hogar. De acuerdo con las estadísticas sobre equipamiento doméstico, de 4 772 231 hogares encuestados, el 18.6% tiene teléfono; el 33.6%, nevera; el 6.4%, lavadora; el 17.5%, equipo de sonido; y, en cambio, el 51.3% de los hogares tiene televisor en blanco y negro, por-



Rebeca López y Julio César Luna en "Diario de una enfermera", de Corín Tellado. Dirección de Eduardo Gutiérrez, 1966. Archivo RTI, Bogotá.

centaje superado únicamente por la licuadora o la batidora, (52.6% de los hogares la tienen). De esos 4 772 231 hogares, 3 206 804 están en las ciudades. El 67.1% de ese total nacional urbano tiene televisor en blanco y negro, y el 11.3% tiene TV a color. La tenencia de televisores supera a la de lavadoras, neveras, teléfonos, cuya adquisición está regida por otro tipo de variables que no dependen del usuario.

El medio ha crecido y, con él, la audiencia y las necesidades de respuesta a muchas y variadas expectativas. Martha Bossio adapta la novela de Juan Gossaín *La mala hierba* (1981), que Caracol produce en 1982. La respuesta del público es entusiasta y febril, tal vez por su coincidencia temática con la situación nacional coyuntural, o por la definición de personajes, que sería una constante en su trabajo.

Pese a la densidad del tema —la riqueza obtenida con el negocio de la marihuana—, que en un principio hizo pensar en alguna censura, el género triunfó. Bossio aportó el elemento del humor, que suavizó los conflictos y provocó reacciones inesperadas. Llama la atención, especialmente, la forma como el público recibió al Cacique Miranda, el personaje malo de la historia, encarnado por Camilo Medina, a quien se le tributaron multitudinarias y alborozadas manifestaciones en diferentes regiones del país, y a quien nadie llamó jamás por su nombre: todos le decían "Cacique".

La búsqueda de una identidad, de una temática nacional, de una forma de hablar, de unos conflictos propios y de unas raíces, aunque fueran prestadas, provocó el éxito de *Pero sigo siendo El Rey*, otra novela de Caracol y de Martha Bossio, en 1984. Con el elemento musical entremezclado, *Pero sigo siendo El Rey* fue un verdadero fenómeno de sintonía y, de nuevo, cosas como las que le habían pasado al Cacique en *La mala hierba*, le ocurrieron ahora a Carlos Muñoz, don Adán Corona, en la telenovela.

Muchas otras producciones consolidaron la línea trazada: *San Tropel*, *Gallito Ramírez*, *Caballo viejo*. RTI tomó el sendero de la telenovela "seria", con adaptaciones de obras literarias como *Gracias por el fuego* y *La tregua*, de Mario Benedetti, y *La tía Julia y el escribidor*, de Mario Vargas Llosa. Punch produjo *Amándote*, una novela de éxito, hecha expresamente para el gusto del público. Al finalizar la década de los 80, Punch también elaboró una de sus mejores propuestas televisivas: Juan Carlos Gené, sobre un libro de Manuel Mejía Vallejo, escribió *Las muertes ajenas*. Con esta telenovela, se dio un paso que culminaría mucho tiempo después, en un estilo realista de televisión, que ya había manejado Pepe Sánchez. La mejor y más exitosa experiencia de ese estilo sería *Amar y vivir*, de Colombiana de Televisión, que con libreto de Germán Escallón y la dirección de Carlos Duplat, fue otro golpe de audiencia y elevó a los personajes Joaquín e Irene, encarnados por Luis Eduardo Motoa y María Fernanda Martínez, a un altísimo nivel de popularidad.

El presente y estudios actuales

El público colombiano ha sido cultivado con dramatizados, y especialmente con telenovelas. La estructura de la programación que rige desde 1992 así lo reconoce: sin la menor vacilación, define en la mañana dos horas y media de telenovelas, dos extranjeras y una nacional; la generosidad se extiende hasta la posibilidad de que una hora y media de programas recreativos, puedan ser destinados a dramatizados: historias del corazón, de lunes a viernes, como las que hoy han consagrado a la audiencia matinal como una de las más sig-



Escena de "Pero sigo siendo el rey", con libreto de Martha Bossio sobre la novela de David Sánchez Juliao, 1984. Archivo Caracol TV, Bogotá.



Consuelo Luzardo como la Tía Zena de "Caballo viejo", dirigida por David Stivel, 1988. Archivo Caracol TV, Bogotá.

nificativas; a las 12:30 p.m. un noticiero, con una audiencia garantizada y cautiva; la noche privilegia sus mejores espacios para los programas de opinión, las telenovelas diarias y las miniseries especiales —nacionales, afortunadamente—.

Semejante caudal de producción dramatizada tiene muchas consecuencias. Algunos consideran que será una oportunidad para que la televisión nacional —cuyas realizaciones ya se observan en varios países del mundo— dé un paso importante, sobre todo, en la generación de una industria estable y productiva; y que empresas como RTI Televisión, Caracol Televisión, Producciones Punch, RCN Televisión, Producciones JES, Jorge Barón Televisión y Colombiana de Televisión, entre otras, no tengan que perder sus años de trabajo y experiencia, y sus inversiones, al vaivén de una licitación.

Es unánime la apreciación del daño que ha causado a la televisión nacional el sistema de licitaciones. En efecto, el pago de favores, la oportunidad de revancha y el ajuste de cuentas, han sido utilizados por los gobiernos a su antojo. Por su parte, las programadoras han invertido millones de pesos en la elaboración de propuestas que satisfagan los intereses de los funcionarios de turno y no del público. Esa ligereza ha impedido que el Estado trace sólidas políticas de comunicaciones y que utilice el medio para algo distinto de aquella función que lo marcó al nacer: servir de eco y vitrina para el gobernante. Aunque, por supuesto, la televisión colombiana no puede salirse del sistema capitalista que la mantiene.

Además, la televisión ha demostrado a la publicidad su efectividad como medio. En 1986, la televisión captó más de 32 000 millones de pesos en publicidad, que significaba más del 50% de la inversión publicitaria en medios de comunicación. En 1990, la inversión había crecido de una forma sorprendente. La televisión representaba casi el 60% de la inversión publicitaria, con más de 141 000 millones de pesos. A la cabeza de los anunciantes, con una inversión superior a los 5000 millones de pesos en 1990, una empresa de trayectoria ya conocida: Colgate-Palmolive.



Carlos Vives y Margarita Rosa de Francisco en "Gallito Ramírez", dirigida por Julio César Luna, 1986. Caracol TV.

El análisis de la televisión comienza a desplazarse a otros niveles: centros de estudio, profesores, organismos especializados y estudiantes señalan otros rumbos. El monotemático enfoque de la forma como la televisión nos ha convertido en una sociedad terrible y violenta empieza a dejar pasar nuevas visiones. Parte de ello se debe al auge de otro tipo de interpretación histórica, que ha ganado terreno como disciplina; en ella se estudian las interrelaciones entre los fenómenos, no su única y exclusiva dependencia de una situación.

Cabe resaltar el trabajo de María Josefa Domínguez Benítez, que relaciona la observación directa e indirecta de 6 072 niños de 4 a 12 años, de 750 familias y de 735 profesores de escuela primaria y bachillerato. La investigación fue hecha en Bucaramanga y se refiere a la acción de todos los medios de comunicación social, que «irrumpieron en el mundo sin que hubiera estado preparado para recibirlos en forma crítica». Las hipótesis comprobadas de este trabajo son muy concretas: los medios de comunicación social no propician la identidad nacional; los niños tienden a identificarse con los personajes ficticios que les presentan los medios; los medios refuerzan la agresividad y la violencia en los niños; la sociedad de consumo explota la mentalidad infantil, creando en los niños necesidades ficticias; y, finalmente, los medios contribuyen a presentar el dinero como supremo valor del hombre. Sin embargo, muchos de los hallazgos de Domínguez Benítez tienen puntos de discusión. En primer lugar, se parte de un espectador pasivo, cuya mente



Carlos Muñoz en su caracterización del padre Pío Quinto Quintero, de la telenovela "San Tropel", 1987. Archivo Caracol TV, Bogotá.

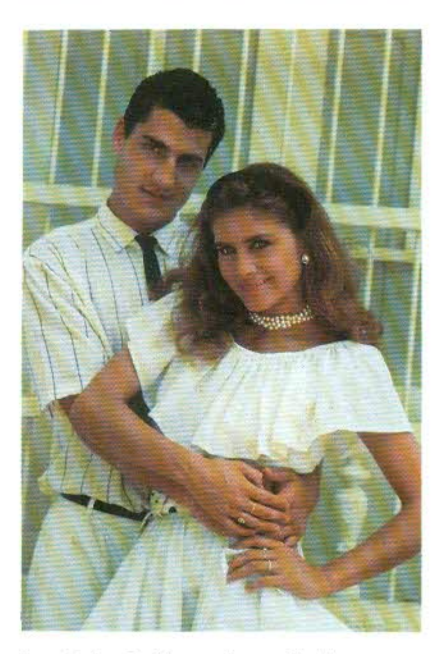
es llenada literalmente con todo lo que le mandan los medios. En segundo lugar, no se profundiza en la existencia de unos "mediadores" —familia, barrio, vecindad, colegio— que determinan, por su proximidad real, los conceptos y actitudes de las personas. Desgraciadamente, estos valiosos estudios han sido utilizados para elaborar un discurso contra la televisión, que parte de análisis simplistas.

Un punto muy claro en los trabajos de Domínguez Benítez es la relación entre escuela y medios de comunicación. Los resultados de su trabajo refuerzan una situación en la que ni el Estado, ni los gobiernos, ni la empresa privada que produce la televisión, han tomado cartas: esa relación debe ser codificada e interpretada y la lectura de los medios de comunicación, especialmente de la televisión, debe ser una materia obligatoria en los centros de educación formal. Esa actividad, ejercida básicamente con los niños, debe ser complementada, según Domínguez Benítez, en la familia.

Un enfoque, más ambicioso y amplio, ha sido liderado por Jesús Martín Barbero y ha encontrado especial atención en investigadores como Hernando Martínez Pardo, Amparo Cadavid, María Patricia Téllez y Clemencia Rodríguez. «Por fortuna —escribe Hernando Martínez Pardo— hoy se levanta otra posición que mira las cosas desde otra perspectiva. Lo primero que hace es cuestionar la concepción de un espectador pasivo. De ahí se siguen, como en una reacción en cadena, otros cuestionamientos: si el espectador no es pasivo, es porque al recibir produce; entonces, el denominado tradicionalmente proceso de producción no termina en el programa que vemos. Ahí, en la proyección y visión del programa, terminaría una producción, y comenzaría otra, la del televidente que lee, interpreta, selecciona, organiza».

Este argumento controvierte lo que ha pasado a ser el único criterio para programar: los estudios cuantitativos de audiencia. Se ha confundido la necesaria función publicitaria con la imprescindible función social y se sabe lo que el público ve, pero jamás se conoce cómo se interpreta y apropia de los contenidos y las formas de esos programas. Para Martínez Pardo, además, la existencia de la familia como fuerte "mediador" entre el mensaje y el sujeto que lo recibe, explica históricamente el auge del melodrama. Este enfoque respalda la existencia de otra interpretación de lo cotidiano, que el espectador de televisión referiría a sus realidades inmediatas.

La televisión es un tema de múltiples puntos de vista y sorprende encontrar cómo se han multiplicado las tesis, los trabajos y las reflexiones sobre medios de comunicación, especialmente sobre la televisión. Es de esperar que esa actividad intelectual encuentre eco en el Estado y permita la formulación de políticas sobre comunicaciones en Colombia, mucho más ahora que la oferta televisiva ha dejado de estar encadenada.



Juan Carlos Gutiérrez y Lucero Cortés, protagonistas de "San Tropel", dirigida por Bernardo Romero Pereiro, 1987-1988. Archivo Caracol TV, Bogotá.



María Fernanda Martínez y Luis Eduardo Motoa, Irene y Joaquín en "Amar y vivir", dirigida por Carlos Duplat (1988-1989). Archivo RTI.

1991: UN AÑO DE CAMBIOS

Dos sucesos bastaban para hacer de 1991 un año importante para la televisión colombiana: la futura licitación para adjudicar espacios por seis años prorrogables y las expectativas frente a la definición del medio en la nueva Constitución colombiana.

El 29 de enero se expidió la ley 14 de 1991, en la que se dictaban normas sobre el servicio de televisión y la radiodifusión oficial. Allí se negaba la privatización, al ratificar a la televisión como servicio público; se prohibían las prácticas monopolísticas; se ratificaba el esquema establecido por la ley 42: Consejo Nacional, Junta Administradora y Comisión de Vigilancia; y se establecía la división de programadoras por cadena, conformando así el concepto de competencia.

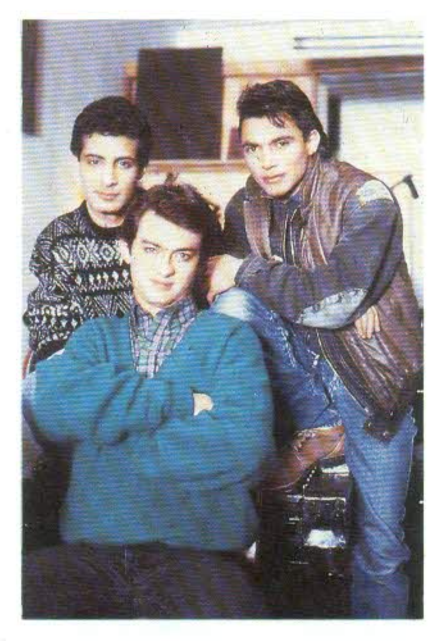
El 20 de mayo, cuando los rumores iban y venían sobre las intenciones

de los constituyentes con respecto a la televisión, se abrió la licitación. El pliego tenía condiciones muy precisas: se adjudicarían un máximo de 18 horas y un mínimo de 8; no más de 14 programadoras por las dos cadenas; se definía un cuadro de programación que estimulaba el enfrentamiento de programas, especialmente de telenovelas y noticieros; y se eliminaba el papeleo en que se había convertido la presentación de propuetas; sólo se requería un video de 30 minutos máximo, en el que se mostrara la capacidad de la programadora. Eso, y los puntajes obtenidos en el Registro de Proponentes, bastaban para definir a quienes harían la televisión desde el primero de enero de 1992.

La licitación amplió su fecha de cierre hasta el 4 de julio. El 28 de junio, la Asamblea Nacional Constituyente determinó sus artículos sobre medios de comunicación: el Estado podrá intervenir por mandato de ley para evitar las prácticas monopolísticas, pero no podrá evitar la concentración en el espectro electromagnético (espacios en radio y televisión). Por otra parte, en una decisión que todo el mundo señaló como un retorno al control del gobierno, terminando con la experiencia del manejo "comunitario" de la ley 42, se creó una entidad autónoma para que manejara la televisión, que estaría compuesta por dos miembros nombrados por el gobierno, uno por los canales regionales y dos como lo disponga la ley.



Carlos Muñoz y Carolina Trujillo en "Caballo viejo", 1988. Caracol TV.



Los tres Victorinos de "Cuando quiero llorar no lloro", de Carlos Duplat: Ramiro Meneses, Ricardo Gómez y David Guerrero. RTI, 1991.

Hubo otros sucesos: se suprimieron los patrocinios en los noticieros; se anunció que Telecafé saldría al aire en 1992 y que su señal sería recibida en tres departamentos; Telecaribe abrió licitación para contratar nueva programación; la Cadena Tres llegaría a todo el país gracias a la ampliación del préstamo del gobierno francés; se adquirió un sistema digital para la edición y emisión de comerciales; una minilicitación adjudicó los horarios de Promec y Jorge Enrique Pulido; y, finalmente, no faltó el escándalo, al suspenderse la serie *Cuando quiero llorar no lloro*, de RTI Televisión. Este dramatizado nacional, que alcanzó un importante índice de sintonía, fue objetado por el director del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, Eduardo Vergara, argumentando en contra de su temática y de la utilización de menores en escenas demasiado fuertes.

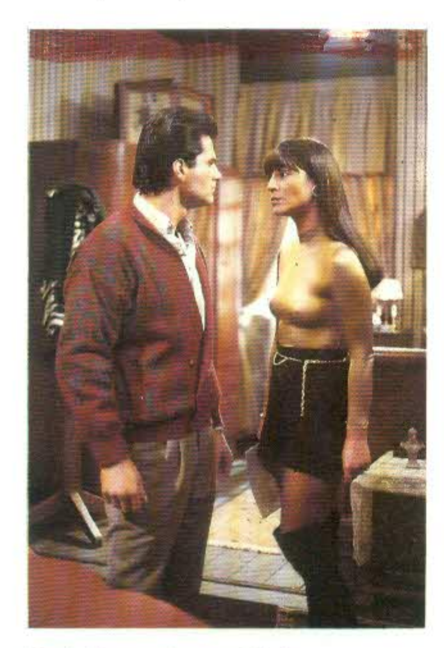
PERSPECTIVAS

La televisión nacional, en sus propuestas y en sus mediciones de sintonía, ha llevado la marca del acontecer nacional, es decir, una concentración en los gustos y posibilidades de los habitantes del centro del país. No en vano, el universo en que la empresa Nielsen realiza sus estudios de sintonía, tiene su base mayoritaria en Bogotá. Sin embargo, en un país de países como es Colombia, obligar a más de 30 millones de colombianos a concentrarse en unas cadenas nacionales manejadas desde Bogotá, es más o menos iluso. En esa medida, no ha habido una decisión más acertada que el establecimiento de canales regionales. Estos crecerán; el anuncio de Telecafé y los rumores sobre Telebogotá —que representaría el mayor avance en este sentido—, así lo demuestran. El aumento de canales regionales estará en proporción a las diferencias entre los habitantes de las regiones de Colombia.

Por otra parte, para varias ciudades del país, fue valiosa la polémica apertura del sistema de TV Cable, pues más allá de sus mecanismos de adjudicación, está su vigencia como sistema, como alternativa a un televidente que sólo podía mover el botón de un canal a otro.

Antes la Cadena Tres no existía, su recepción era solamente local para Bogotá. Hoy se anuncia su ampliación, que es un punto fundamental para respaldar el trabajo de mejora en la programación. Películas, documentales, espectáculos de teatro y ópera, y programas periodísticos, hacen parte de la nueva oferta que le ha ganado audiencia en los últimos meses.

Las cadenas comerciales inician su sistema de competencia, unos por un canal y otros por otro. Para muchos,



Danilo Santos y Amparo Grisales, protagonistas de "En cuerpo ajeno", con libreto de Julio Jiménez. RTI, 1992.

Horas de televisión nacional adjudicadas por licitación pública		
Licitaciones	Empresas participantes	Horas de programación
1968 - 1970	17	96
1971 - 1973	24	112
1974 - 1976	42	134
1976 - 1978	33	131
1979 - 1981	57	152
1982 - 1983	66	194
1983 - 1986	44	160.5
1987 - 1991	33	161
1991 - 1997	32	189

ese sigue siendo un tímido paliativo para evitar el compromiso con una televisión privada, que es una realidad en casi todos los países del mundo. Los enemigos de esta forma de televisión llaman la atención sobre la mediocridad de muchos canales, que hacen parte de ese sistema y llegan a miles de hogares colombianos a través de las antenas parabólicas. Estas, recurso para vender edificios y prioridad de las juntas de vecinos, son una realidad más preocupante. Han aumentado la oferta de televisión, que es característica de una economía libre y de una democracia, pero las condiciones en que se mueven, en el interior de los mecanismos familiares, son un dolor de cabeza para muchos, que también les aplican los rigores del análisis del espectador pasivo y su perniciosa influencia en la mente de los niños, expósitos del control familiar.

El uso del video es otra alternativa para la ampliación de esa oferta. Datos de Colvideo indican una población de 1400000 videograbadoras Beta y VHS en el país. La mitad está concentrada en Bogotá y se calcula un promedio de cuatro personas por videograbadora.

Estas son las cifras de la cultura audiovisual, que tiene en el televisor sólo un terminal mecánico, pero cuyos contenidos pueden provenir de los canales nacionales, regionales, del TV Cable, del betamax, del satélite y las antenas parabólicas o de los emisores alternativos. El mundo del video ha puesto al alcance de muchos lo que antes era el privilegio de pocos. La televisión alternativa está representada por la que se elabora por y para determinados sectores de la sociedad. Televisoras estudiantiles, comunitarias, vecinales, son otro proceso que no se puede atajar. La segmentación de la audiencia también hará parte de la oferta, eso permitirá a diversos grupos determinar y producir sus mensajes de una manera más personal, más cuidadosa y correspondiente con sus necesidades e intereses.

El mundo, que antes era solamente el televisor de la sala, se verá ampliado por la oferta de sofisticados aparatos. La apertura económica, que abrió las puertas, cerradas después del gobierno del general Rojas Pinilla, permitirá que muchos colombianos accedan por otra vía distinta de la del contrabando a una moderna tecnología. Sin los miedos y los celos de otras épocas, los medios de comunicación cumplirán cada uno su función. La televisión también lo hará y necesitará algo más que licitaciones de papel. Como dice Jesús Martín Barbero: «Por más escandaloso que suene, las mayorías latinoamericanas están accediendo a la modernidad no de la mano del libro, no siguiendo el proyecto ilustrado, sino desde los formatos y géneros de las industrias culturales del audiovisual».

Personajes de la televisión nacional

Rafael García-Herreros: toda una vida para un minuto de Dios

«Ahora que te trasladas a Bogotá —le dijo el padre Francisco Jaramillo, en Medellín, el 15 de octubre de 1954—, no olvides aprovechar la televisión». De los consejos que le han dado al padre Rafael García-Herreros, ese puede considerarse el mejor cumplido. Su programa *El Minuto de Dios* es el más antiguo de la televisión colombiana; apareció en enero de 1955, y salvo una suspensión provisional en septiembre de 1963, ha salido desde entonces, todos los días, de lunes a viernes, por la Primera Cadena de la televisión nacional. Son más de 10 000 emisiones, que siempre han terminado con una frase que es a la vez invocación y lema: «Dios mío: en tus manos colocamos este día que ya pasó y la noche que llega».

Tan visionario como Fernando Gómez Agudelo y el mismo general Rojas Pinilla, García-Herreros entendió desde siempre la misión de los medios de comunicación y supo emplearlos en la difusión del evangelio y en una callada y constante transformación social. Nacido en Cúcuta, el 9 de febrero de 1909, el "Telepadre"



Rafael García-Herreros Unda. Dibujo de Juan Antonio Roda, 1977, Museo de Arte Contemporáneo El Minuto de Dios, Bogotá.

—como lo bautizó el humorista Klim (seudónimo de Lucas Caballero Calderón)— es hijo del general Julio César García-Herreros y de doña María Unda de García-Herreros. Fue un estudiante destacado y vivaz, con un ansia voraz de conocimiento. Filosofía, latín, griego, inglés, francés, alemán, ciencias, historia eclesiástica, exégesis de la Biblia, esas son algunas de las materias que dominaba en el Seminario de Usaquén, en 1929 y 1930. «A mí me da grima ahora, de los curas que no saben latín», dice. Ingresó a la comunidad eudista (de origen francés, fundada por san Juan Eudes), el 7 de febrero de 1932.

Su relación con los medios de comunicación electrónicos comenzó en marzo de 1946. En Cartagena, Rafael Fuentes, propietario de Radio Fuentes, le cedió los micrófonos de su emisora; allí comenzó *La hora católica*. Simultáneamente desarrolló un programa más corto que, como él mismo lo señaló, estaba «grabado de modo que no necesito ir a la emisora»; se llamaba *El Minuto de Dios*. En 1955, la radio fue reemplazada por la televisión. Al año de iniciar *El Minuto de Dios*, y luego de ser apoyado por la Lotería de Cundinamarca, Azúcar Manuelita le garantizó el patrocinio. El padre García-Herreros conservó para siempre la frase con que se anunciaba el programa. Su escenografía



Gloria Valencia de Castaño, en el set de "Naturalia", RTI.

varió muy poco con el paso de los años: un "tablero de la caridad" y un Cristo de madera. Sólo cuando Lumen 2000, la programadora de *El Minuto de Dios*, se dedicó de lleno a la realización de televisión, el sacerdote aceptó grabar el programa e incluir otro tipo de iluminación, y de cruz.

García-Herreros creyó en el poder del medio y ganó. Es un comunicador innato. Su estilo es correcto, claro y sencillo; sus frases breves. Ama las metáforas y se apoya frecuentemente en la imagen del mar.

Gloria Valencia de Castaño: para siempre, la primera dama

Dice que ha perdido la memoria, ya no se acuerda bien de las cosas. Por eso apunta todo y tiene la oficina llena de papeles que no la dejan naufragar. Se mueve todo el día, nerviosa, rápida, impaciente. Sabe que sus manos ya no son de ella, la artritis le ha ganado el pulso. Pero tiene la voz suave y acariciadora, como hace cuarenta años. Y sigue siendo una mujer bonita, que desmiente las mil cirugías que le achacan, y sólo acepta los recursos elementales que toda mujer opone al paso de los años.

El periodista Alvaro Monroy Caicedo la llamó "La primera dama de la televisión colombiana". Y así se quedó, con razón. Desde su primera aparición en el programa *Conozca los autores*, en 1955, demostró las cualidades que harían de ella la mejor presentadora de televisión. Bernardo Romero Lozano, que trabajaba con ella en la HJCK y en la Radio Nacional, fue el de la idea. «Yo no conocía ni siquiera los estudios —dice—. No sabía absolutamente nada de televisión». Así que al momento de mirar a la cámara sólo atinó a decir: «Buenas noches; me estoy muriendo de miedo».

Gloria Valencia llegó a Bogotá a los 12 años. Venía con su familia: su hermano y su mamá. Ortega y Gasset la puso en contacto con Alvaro Castaño; ella era secretaria de la Policía Nacional y Alvaro elaboraba la revista de la institución; ambos leían al filósofo español. Si hay amores a primera vista, ese fue uno de ellos. Se casaron en 1947. «Alvaro me inventó», dice.

Su mejor lección de comunicación se la dio un hombre anónimo. Venía del Quindío, donde se utilizaba la pantalla chica para atraer a los recolectores de café. «Nunca recordé su nombre y eso me ha dolido, porque yo sé que ha sido una de las cosas más importantes de mi vida». Le dijo que para los trabajadores humildes, ella era la persona más inteligente que conocían, y le suplicó que siempre que hablara por la televisión, se acordara de los que estaban sentados en el suelo. A Gloria Valencia no se le olvidó.

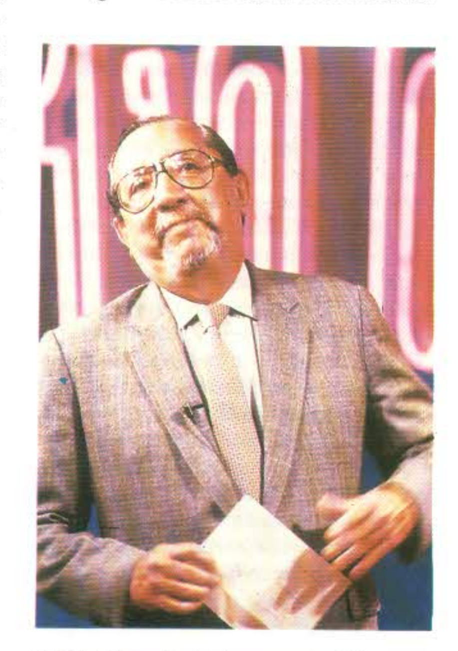
No le gustan los concursos, pero le dan la posibilidad de ver feliz a la gente. *El lápiz mágico, Por los caminos de la Patria, Cumpleaños Ramo, Carrusel, Carta de Colombia, Correo Cultural, Gloria 7:30, El precio es correcto, Los tres a las seis* y el entrañable *Naturalia* son algunos de los muchos programas que ha presentado.

A los catorce años perdió un pulmón. Quería ser maestrica de pueblo, de las que cuenta cuentos. Es tímida. Nació en Ibagué, el 24 de julio; del año no se habla, algo hay que dejar a la imaginación.

Pacheco: el gran personaje

Inimitable, inigualable, irrepetible, incansable. No hay suficientes calificativos para definir a Pacheco. Es el fenómeno de comunicación más extraordinario en la historia de los medios colombianos. Desde mayo de 1957 aparece en la televisión. Es el personaje más popular de su historia, pero es mucho más. Pacheco es una figura nacional y un personaje internacional. En una encuesta le preguntaron a un niño quién mandaba en el país: respondió que a veces el presidente, y a veces, Pacheco...

Fernando González-Pacheco Castro nació en Valencia, España, en la calle Cirilo Amoros Nº 13. Era el 13 de septiembre de 1932. El 13 se le quedó pegado como número-sombra. Su papá era español y su madre colombiana. La guerra civil los obligó al exilio, tarea en que fue decisiva la ayuda de Eduardo Santos. Al poco tiempo de llegar a Colombia, su mamá murió.



Fernando González-Pacheco, en el set de "El programa del millón" (1987-1990), RTI.

Antes de entrar a la televisión, Pacheco —una abreviatura de familia, pues así llamaban a su papá Doroteo y a su hermano Rafael— fue de todo e hizo de todo. Estudió en el Gimnasio Moderno, pero terminó bachillerato en el Colegio Hispanoamericano, en 1950. Después eligió la carrera de su hermano: medicina, pero se trasladó a economía, donde duró 24 horas. Instaló radios; fue vendedor en Almacenes Sears; hizo parte de un trío musical y grabó un disco; y se embarcó como camarero de la Flota Mercante Grancolombiana, en el año de 1954.

Pacheco vio la inauguración de la televisión colombiana en su casa de la calle 18 con carrera 13. Junto a él estaban su hermano y su papá, quien jamás permitió que el aparato se instalara en las alcobas. Era un televisor Philips, con una de esas antenas «que parecía cuernos de metal». Pacheco dice: «Confieso que me entusiasmó mucho la idea de tener todas las tardes esa conexión con un mundo que empezaba a abrirse. Pero sobra decir que en ningún momento alcancé a imaginarme que iba a ser mi mundo».

Lo fue para siempre, gracias a un encuentro feliz y caprichoso, cuando regresaba en buque de Nueva Orleans, a fines de abril de 1957. Alberto Peñaranda, director de la recién creada Punch Ltda., vio a Pacheco tocar el ukelele y contar chistes, y le propuso que se fuera a trabajar como animador de televisión. Un mes después, comenzó a animar *Agencia de artistas* y *Telehipódromo*, con un sueldo de sueño: $ 200.oo por programa.

Pacheco ha realizado más de 21 programas, sin contar los especiales. *Qué pareja más pareja*, *Elija su pareja*, *Yo y tú*, *Telecirco*, *Alcance la estrella*, *Mano a mano musical*, *Animalandia*, *Cita con Pacheco*, *Cabeza y cola*, *Operación ja ja*, *Compre la orquesta*, *El viejo*, *Sabariedades*, *Música, maestro*, *El programa del millón*, son algunos de ellos. Ha cantado, bailado, animado, actuado, peleado, toreado, se ha lanzado en paracaídas, ha jugado fútbol. También ha protagonizado las comedias musicales *Sugar* y *La jaula de las locas*, continuando así una carrera dramática que comenzó bajo la dirección del maestro Bernardo Romero Lozano, con la obra *El cadáver del señor García*, en la que Pacheco fue el señor García.

«Pacheco es un monstruo como no se producirá uno igual en este país —dice Gloria Valencia de Castaño—. Tiene un carisma... un don de comunicación... No habrá nunca nadie que pueda reemplazarlo».



Fernando Gómez Agudelo.
Fotografía de Carlos Linares Pinzón, 1992.

Fernando Gómez Agudelo: el papá de la televisión

Televisión en Colombia es sinónimo de Fernando Gómez Agudelo. El, comisionado por Jorge Luis Arango, se encargó de traerla, instalarla, ponerla a funcionar, extender la red y criarla hasta verla crecer y desarrollarse. Esta última parte la hizo desde RTI, empresa que fundó en marzo de 1963 y que ha sido protagonista de casi todos los sucesos del medio.

Gómez Agudelo nació en Bogotá, el 22 de abril de 1931. Reacio a las hojas de vida y a las entrevistas, toca tejer su historia con documentos dispersos. En 1953, cuando subió al poder el general Rojas Pinilla, Gómez era un estudiante de Derecho en la Universidad Javeriana. Hijo del magistrado José J. Gómez, tenía la goma de la música; le gustaba escucharla y cacharrear con estudios y equipos profesionales de radiodifusión. Tenía una columna en el periódico *El Siglo*, sobre música culta. El jueves 18 de junio de 1953 es nombrado director de la Radiodifusora Nacional. Arrancó a toda máquina; reestructuró la Radio Nacional, que no había renovado equipos desde su inauguración en 1940; cambió la programación, y el 15 de diciembre de 1953, después de viajar a Estados Unidos y Alemania, quedó encargado de producir el milagro de la televisión colombiana. Tenía los días contados, y cumplió. En 1958 se separó del cargo.

Desde RTI Televisión ha impulsado y acompañado los grandes cambios de la televisión nacional: el video, las transmisiones complejas y exigentes, como la inolvidable llegada del hombre a la luna, la producción en color antes de que se instalara en el país, el sistema de grabación en tres cuartos de pulgada, el doblaje de programas...

Fernando Gómez Agudelo ha propugnado por otro sistema de manejo de la televisión en Colombia. Ha hablado de privatización y ha cuestionado el esquema de las licitaciones: «Es indiscutible que el sistema de licitaciones a corto plazo no permite el desarrollo adecuado del medio». En 1991 no entendía cómo su empresa debía demostrar por enésima vez que sabía hacer televisión.

Bibliografía

CASTRO CAYCEDO, GUSTAVO. *La televisión en negro*. Bogotá, Editorial Hispana, 1980.

DOMÍNGUEZ BENÍTEZ, MARÍA JOSEFA. *Activos y creativos en los medios de comunicación social*. Bogotá, Unesco, 1990.

La industria de los medios masivos de comunicación en Colombia. Investigación dirigida por María Teresa Herrán. Bogotá, Fescol, 1991.

LÓPEZ PUMAREJO, TOMÁS. *Aproximación a la telenovela*. Madrid, Cátedra, 1987.

MARTÍN BARBERO, JESÚS. "Medios y procesos de cultura". *Gaceta*, Nº 9 (noviembre-diciembre, 1990/enero, 1991).

MARTÍNEZ PARDO, HERNANDO. "¿Qué es la televisión?". *Controversia*, Nº 67 (Bogotá, Cinep, 1978).

MARTÍNEZ PARDO, HERNANDO. "Lo popular en y ante la televisión". *Controversia*, Nº 112 (Bogotá, Cinep, 1987).

MEDINA CANO, FEDERICO y MARÍA INÉS MONTOYA. *La telenovela: el milagro del amor*. Medellín, Editorial U.P.B., 1989.

RODRÍGUEZ, CLEMENCIA y PATRICIA TÉLLEZ. " La telenovela en Colombia: mucho más que amor y lágrimas". *Controversia*, Nº 155 (Bogotá, Cinep, 1989).

RONDEROS, MARÍA TERESA. *Punch, una experiencia en televisión*. Bogotá, Plaza y Janés, 1991.

TÉLLEZ B., HERNANDO. *Veinticinco años de televisión colombiana*. Bogotá, Edición de RTI, 1979.

TV Cultura: los jóvenes en el proceso de enculturación. Investigación dirigida por Gladys Daza Hernández. Bogotá, Editorial Nueva América, 1989.

VARIOS. *Televisión y violencia*. Bogotá, Colciencias, 1988.

La radiodifusión en Colombia

Jaime Villa Esguerra

ANTECEDENTES

La radio es un moderno adelanto conocido en Colombia en los años veinte del presente siglo, y para implantarla en nuestro medio fue necesario modificar costumbres ancestrales, utilizando previamente tecnologías inventadas en el siglo XIX.

Los nuevos inventos originaron en la joven nación una completa transformación socioeconómica, que se inició cuando en 1823 el comodoro alemán Juan Bernardo Elbers trató de establecer la navegación fluvial a vapor por el río Magdalena; infortunadamente esta empresa fracasó por el enfrentamiento entre Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, frenando el desarrollo material de la Nueva Granada.

Proceso de modernización tecnológica

El 4 de noviembre de 1865, bajo el gobierno de Manuel Murillo Toro, fue inaugurada la primera línea telegráfica entre Bogotá y Mosquera. El desarrollo de este sistema de comunicaciones, inventado por el norteamericano Samuel Morse (1791-1872), hizo posible no sólo el posterior fomento a los ferrocarriles, sino que al mismo tiempo sirvió para dirigir varias guerras fratricidas desde los escritorios gubernamentales de la capital.

Por su parte, los ferrocarriles hicieron su irrupción cautelosa hacia 1850 con el trans-ístmico de Panamá, empezando así la lenta transformación de las regiones donde operaban. Debido al centralismo, las locomotoras y vagones desarmados tuvieron que traerse a lomo de mula hasta la Sabana de Bogotá, para que después de la colosal empresa de traspasar la cordillera que separa el altiplano cundinamarqués del valle del Magdalena, las vías férreas principiaran a construirse desde la capital hacia la arteria fluvial o hacia otros lugares del centro del país.

En 1885, una empresa privada dotó a Bogotá con un servicio telefónico rudimentario manejado por operadoras. La electricidad fue conocida por primera vez en 1892, cuando, mejorando el alumbrado de gas bogotano, fue generada desde el Teatro Colón gracias a un pequeño dinamo movido a vapor para iluminar el coliseo con lámparas de arco. El servicio de la luz eléctrica también se prestaba a las dependencias del Palacio de San Carlos, enfrente del teatro. Después, se organizaron las primeras empresas que ofrecieron públicamente tan moderno servicio en las más importantes ciudades colombianas.



El presidente Eduardo Santos Montejo inaugura la Radiodifusora Nacional, febrero 1 de 1940.

Los primitivos automóviles llegaron a nuestras tierras a principios del siglo y para poderlos hacer funcionar fue necesario importar el combustible en latas y bidones. Su auge obligó al gobierno nacional a construir las primeras carreteras rudimentarias, utilizando picas, palas y explosivos.

En el departamento del Magdalena, en Santa Marta, operó desde 1911 una gran estación de radiotelegrafía sin hilos de propiedad de la United Fruit Company, y aunque Colombia no participó directamente en la primera guerra mundial, se tuvo durante aquellos años el temor fundado de que los submarinos de la Armada Imperial alemana la cañoneasen.

En 1914 vino a Bogotá una máquina grabadora de sonido de propiedad de la RCA Víctor, la cual trasladó a los anticuados discos de 78 revoluciones por minuto, los primeros ejemplos conocidos de música enlatada interpretada en el país.

Durante el gobierno del general Pedro Nel Ospina, el 12 de abril de 1923, se inauguró la Estación Oficial de Morato, situada en las cercanías de Bogotá, para comunicar inalámbricamente a la capital con las más importantes ciudades colombianas y con el resto del orbe. Los primeros mensajes emitidos fueron dirigidos al rey de Inglaterra, a Guillermo Marconi (1874-1937), residente en Londres, y al primer mandatario norteamericano, en los cuales nuestro presidente saludaba en nombre del país a tan famosos personajes. Inmediatamente, Marconi, el padre de la radio, contestó deseándole a Colombia muchos éxitos en esta nueva actividad.

Popularmente se dice que Colombia pasó de la mula al avión, pero, en realidad, lo que aquí se vivió fue un lento pero continuo proceso de modernización tecnológica, cuya culminación fue la implantación en 1919 del entonces audaz transporte aéreo, que permitía vencer a bajo costo y

con notable rapidez los obstáculos naturales de la peculiar geografía del territorio colombiano.

Y así, fue necesario desarrollar previamente todos estos adelantos científicos y mecánicos, para que pudiéramos disfrutar en estas tierras del milagro de la transmisión del sonido por el éter. Por una parte, los equipos y repuestos de las emisoras, así como los receptores, procedían del exterior y fue gracias a los modernos vehículos de transporte que pudieron llegar hasta los remotos lugares donde se instalarían; por otra parte, fueron los radiotécnicos formados en el campo de la telegrafía sin hilos, quienes hicieron posible su correcto funcionamiento. Además, las líneas telefónicas permitieron el envío de sonido procesado en forma electromagnética desde los estudios a los transmisores; el fluido eléctrico hizo factible la operación de instalaciones radiofónicas, transmisores y manipulación de los receptores a todo lo largo y ancho de nuestro territorio; finalmente, el principal elemento de alimentación sonora de la radio giró alrededor de las grabaciones musicales inventadas por Thomas Alva Edison (1847-1931), sobre las cuales recae el mayor peso de la programación de una emisora.

Comienzos de la radiodifusión

Los colombianos que utilizaron por primera vez en forma privada y con fines prácticos el invento de Guillermo Marconi, fueron los radiotelegrafistas de las aeronaves de la incipiente aviación comercial nacional, organizada por un grupo de veteranos pilotos militares alemanes agrupados en la Sociedad Colombo Alemana de Transporte Aéreo, SCADTA. La radio ayudó a controlar los vuelos y transmitir los informes meteorológicos. Italo Amore, un ciudadano italiano, fue el cerebro técnico que en 1928 organizó la red de comunicaciones inalámbricas de esa empresa, que operaba el sistema Morse y cuyos operarios procedían de la estación de Morato o de la Escuela de Radiotelegrafía del Ministerio de Correos y Telégrafos, sirviendo más tarde de soporte humano especializado para hacer funcionar la futura infraestructura técnica de nuestra radio comercial.

La radiodifusión privada colombiana se originó por razones de tipo mercantil, pues la mayoría de sus promotores eran representantes de fabricantes extranjeros de radios o discos. Los primitivos aparatos receptores no permitían escuchar óptimamente las lejanas emisoras de onda larga de otras naciones, pero sí hacían posible sintonizar esos mismos programas en onda corta, ya que hacia 1929 no existían en Colombia las grandes interferencias de la actualidad.

Necesariamente tales comerciantes deberían poseer elementales conocimientos técnicos de electrónica y por lo tanto tuvieron que convertirse en radioaficionados para dominar esa especialidad, ofreciendo de tal manera a sus clientes un servicio de mantenimiento y reparación de los aparatos que vendían. Por tal causa, construyeron rudimentarios equipos de transmisión, engrosando así el vasto núcleo que a través de las ondas hertzianas establece vínculos de amistad y divulgación técnica de tan interesante entretenimiento.

Recordemos que esta clase de radiodifusión experimental tuvo gran auge al finalizar la primera guerra mundial, pues los antiguos combatientes de ambos bandos conocieron en su vida militar las enormes posibilidades que brindaba este campo. Las grandes potencias comprendieron el enorme poder político, propagandístico, económico y cultural que ofrecía tan moderno medio de comunicación. La década comprendida entre 1920 y 1930 vio nacer la industria radial mundial. En mayo de 1920 Guillermo Marconi organizó en Inglaterra la Marconi Wireless Company. El 2 de noviembre siguiente, los norteamericanos emitieron comercialmente un boletín informativo radial sobre las elecciones, programa originado en la ciudad de Pittsburgh.

Las primeras emisiones radiales en territorio europeo continental fueron las de la emisora localizada en el nivel superior de la Torre Eiffel de París, que tenía el mismo nombre de la torre y comenzó a trabajar en 1921 con una potencia de 1 200 vatios. Dos años después, ya funcionaban en la capital francesa la SER o radiola, cuya frecuencia era de 1 565 metros, y otra perteneciente a la Escuela Superior de Correos y Telégrafos, la cual trabajaba en la banda de 450 metros. A su vez, ciertos edificios parisinos contaban con juegos de altoparlantes exteriores para hacer conocer de los transeúntes los programas que se estaban transmitiendo al aire.

La mundialmente famosa estación BBC (British Broadcasting Corporation) de Londres se inauguró el 4 de noviembre de 1922, en tanto que Alemania y Checoslovaquia operaron en 1923 sus propias estaciones, y solamente hasta el siguiente año salió al aire desde Barcelona la primera radioemisora española.

Estos balbuceos de la radiodifusión internacional influyeron en el ánimo de nuestros precursores para decidirlos a explotar prácticamente el nuevo invento, pues ya Colombia contaba con un número suficiente de receptores, algunos de los cuales eran de galena, dotados de audífonos, los cuales podían captar en horas nocturnas lejanas transmisiones, cuyas programaciones no ofrecían ningún interés para los oyentes nacionales.

PIONEROS COLOMBIANOS

Elías Pellet Buitrago inauguró, el 8 de diciembre de 1929, La Voz de Barranquilla, que tiene el honor de haber sido la primera emisora privada del país. Desde el primer momento, su fundador ofreció a la radioaudiencia espacios selectos y culturales, tal como se aprecia en el primer programa emitido:

1. *El espectro de oro*. Obertura interpretada por la orquesta dirigida por Emirto de Lima.
2. Conferencia sobre el deporte, por el grupo de "Los Gavilanes".
3. *Aria*, de Bach. Ejecutada en el violoncelo por Guido Perla, acompañado al piano por Emirto de Lima.
4. *Cuentos de Hoffmann*. Interpretados por la orquesta de Cipriano Guerrero.
5. *Serenata de otros tiempos*. Solo de mandolina, interpretado por Hugo Perla.
6. *Egloga del mar*. Pasillo original de Emirto de Lima, ejecutado en el violoncelo por Guido Perla y acompañado al piano por el autor.



Elías Pellet Buitrago.
Fotografía en el Museo Romántico, Barranquilla.

7. *Procesión nupcial de Cinderella*, original de S. Dicker. Intermezzo interpretado por la orquesta de la estación, dirigida por Emirto de Lima.

8. Crónica de Paco Lince, leída por Eduardo López Cabrales.

9. *Perseverancia*, por la orquesta de Cipriano Guerrero.

10. *Salmo de amor*. Pasillo original de Emirto de Lima, ejecutado al piano por Carlos M. Zagarra.

11. *Himno Nacional de Colombia*. Interpretado al piano por Carlos M. Zagarra, acompañado por la orquesta.

La Voz de Barranquilla inició sus labores en una antigua casa de dos plantas situada en la avenida de la República, entre las calles Siete de Agosto y Caracas de la capital del departamento del Atlántico. Posteriormente se trasladó a una construcción de la familia Pellet, que estaba ubicada frente a la conocida iglesia de San Nicolás.

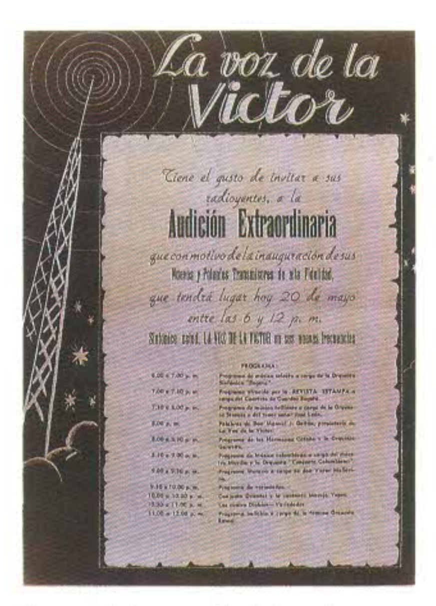
Radiodifusor soñador, Pellet Buitrago mantuvo a la pequeña radioemisora operando durante algunos años sin tener que recurrir a patrocinios comerciales, por lo cual desarrolló su programación cultural independientemente, de acuerdo con su propio criterio, sin temor de sufrir las presiones que hubieran podido ejercer los posibles anunciadores.

Es interesante transcribir una pequeña nota publicada en junio de 1925 por *Mundo al día*, editado en Bogotá, la cual refería: «Esta noche transmitirá la estación de radio que en la casa de los señores Montoya, Patiño y Cía. ha instalado la Compañía Colombiana de Radio, algunos números interesantes que pueden ser oídos por los usadores de radio en ésta. El *broadcasting* que se ha instalado es solamente un ensayo realizado por un técnico americano que acaba de encargarse de la sección radiotelefónica, con el fin de estimular el uso de aparatos y de hacer los experimentos necesarios para la instalación definitiva de la estación que la compañía instalará para dar servicio a todo el país». Ante lo afirmado por este prestigioso órgano escrito, se plantea la inquietud sobre el funcionamiento en la capital colombiana de una emisora privada más antigua que la barranquillera, pero hasta el momento no se han localizado mayores informaciones que aclaren este interrogante. Sin embargo, sabemos que antes de establecerse regularmente la radiodifusión comercial colombiana, habían transmitito algunas emisoras experimentales; este podría ser el caso de la estación a la que se refiere la nota periodística, la cual posteriormente no llegaría a organizarse como una verdadera empresa.

Hacia 1925 César Estévez fabricó un pequeño transmisor de baja potencia, que hacía escuchar en el anticuado radio de su casa del centro de Bogotá y en la residencia de un familiar que vivía en el barrio de Chapinero. Santiago Gaviria, un antioqueño radioaficionado en Medellín, transmitía la misa y desde el Parque de Bolívar llevaba la retreta ofrecida por la Banda Municipal, para que la sintonizaran los pocos receptores de galena que había en la capital de Antioquia. Por su parte, Enrique Gómez Latorre, distribuidor en la capital del departamento de Caldas de la Victor Talking Machine, enviaba, a finales de los años veinte, a Enrique Ramírez Gaviria a la sede de esa empresa situada en Camden, Nueva Jersey; a su regreso al país, Ramírez Gaviria trajo consigo un pequeño aparato transmisor que podía escucharse en los escasos radio-receptores vendidos en Manizales, cuando él emitía al aire algunos actos políticos que amplificaba con altoparlantes. También Bernardo Santacoloma efectuó algunas experiencias de este tipo en Ibagué y posiblemente en algunas otras ciudades y poblaciones del país se efectuarían experimentos similares, pero infortunadamente sobre ellos no se encuentra información en los medios escritos.

La radioemisora comercial más antigua de la ciudad capital, reconocida oficialmente, es La Voz de Bogotá, que es, cronológicamente, la segunda radioemisora comercial de Colombia. Hay una discrepancia sobre la fecha exacta de su inauguración: Hernando Téllez Blanco sostiene que fue el 1 de mayo de 1930; sin embargo, tal radiodifusora presentó un programa gigante al cumplir el cincuentenario, programa que fue emitido el 31 de mayo de 1980. Los archivos del Ministerio de Comunicaciones no guardan ninguna constancia de tal hecho, por lo tanto, debemos aceptar que la emisora salió al aire en el mes de mayo, pero resulta muy aventurado fijar el día exacto.

La Voz de Bogotá pudo conformarse gracias a los esfuerzos de Gustavo Uribe Torschmidt, apoyado por Roberto Jaramillo Ferro, César Estévez León y Rafael Moreno. El gobierno designó su distintivo de llamada con las letras HKF. Un mes más tarde, en Tunja, Pompilio Sánchez inició labores con Radio Boyacá. Entre estos dos veteranos radiodifusores, Uribe y Sánchez, siempre existió una cordialísima discrepancia sobre quién había sido el primero en conseguir el permiso del gobierno para operar su radiodifusora, pero, en realidad, la licencia Nº 1 de radioaficionado se expidió a nombre de Gustavo Uribe.



Programa de inauguración de los equipos de alta fidelidad en La Voz de la Víctor, mayo 20 de 1939.

El pionero de la actividad radial en Antioquia fue Alfredo Daniels, un súbdito inglés que hacia 1930 instaló un pequeño transmisor de cincuenta vatios de potencia, que funcionaba en las bandas de 50 y 60 metros bajo las letras de identificación HKO. Este rudimentario equipo, instalado en la ciudad de Medellín, sirvió de punto de partida para la que años más tarde se popularizaría como La Voz de Antioquia, hoy identificada como Caracol-Medellín. La radiodifusora de propiedad del señor Daniels trabajó en las ondas cortas que garantizaban mejores condiciones de recepción en los lugares muy alejados del transmisor, ya que las frecuencias que cobijan tal amplitud rebotan en la ionosfera propagándose hasta sitios muy alejados.

Manizales fue una ciudad que en el pasado prestó gran atención a la radiodifusión, así, el 29 de septiembre de 1931, Alberto Hoyos Arango dio al servicio la Radio Manizales, que utilizó la frase publicitaria: «El meridiano intelectual de Colombia». Pos-

teriormente, le seguiría la emisora Ecos de Occidente, de propiedad del optómetra Alberto Estrada.

Manuel J. Gaitán era el representante en Bogotá de la RCA Víctor, los fabricantes de los antiguos, pesados y frágiles discos de 78 revoluciones por minuto, que tenían en la etiqueta un perro sentado que escuchaba atentamente la bocina de una victrola con el lema: «La voz del amo».

Este comerciante se había vinculado en 1930 a La Voz de Bogotá, como anunciador de todos los artículos que importaba. Comprendiendo las grandes posibilidades ofrecidas por esta nueva modalidad de comunicación, que tenía la ventaja de requerir solamente la inversión inicial para adquirir un receptor, Gaitán decidió fundar su propia emisora. Inicialmente había escogido como nombre el de La Voz de Colombia, pero al final se decidió a bautizarla como La Voz de la Víctor, y así, cada vez que se identificaba, le hacía publicidad a los discos que vendía. La emisora salió al aire en 1932, desde unos estudios situados en el edificio Liévano de la Plaza de Bolívar de Bogotá (actualmente sede de la Alcaldía Mayor). La principal novedad ofrecida a los habitantes de la ciudad capital por esta joven radioemisora consistió en la instalación de parlantes exteriores orientados hacia la Plaza de Bolívar, para ofrecer a los transeúntes, al estilo parisino, una amplificación pública de su programación.

La idea de mezclar el nombre de un producto o de una prestigiosa empresa con el nombre de la emisora tuvo numerosos ejemplos en los años posteriores; es el caso de La Voz de la Higueronia, de Cali; Radio Arsenipur, Emisora Philco, de Medellín; Emisora General Electric o Emisora Alhucema Carbonell, de Barranquilla. El gobierno nacional, para evitar una competencia desleal, suprimió hacia 1936 esta costumbre.

Paralelamente a la creación de radioemisoras, se iniciaron las operaciones de compraventa de éstas, cambiando con frecuencia los propietarios. Por ejemplo, Alfredo Daniels vendió la HKO de Medellín a Camilo Halaby Arbeláez, quien, a su vez, cedió sus derechos a Arturo Arbeláez Uribe; este último gestionó ante el Ministerio de Correos y Telégrafos el cambio de razón social, y así surgió en 1931 la Compañía Radiodifusora, identificada inicialmente como Emisora HJ4-ABE, la cual posteriormente empleó como distintivo el nombre de La Voz de Medellín HJ4-ABK, adoptando en 1953 la denominación La Voz de Antioquia.

En Bucaramanga, Francisco Bueno fundó la Santander Broadcasting y se lanzó al aire con una pequeña radioemisora que en 1936 recibiría el apelativo de Radio Santander. En vista de los excelentes resultados que obtuvo tal empresa, Gustavo A. Sorzano, desde su magnífica residencia bumanguesa, entró a disputarle la sintonía con Radio Bucaramanga.

Aunque Gustavo Ramírez Gaviria llevó a cabo sus primeros experimentos radiales en Manizales, finalmente decidió trasladarse con sus equipos técnicos a la capital, con los cuales transmitió las ceremonias oficiales realizadas en el Capitolio Nacional el 7 de agosto de 1930, con ocasión de la posesión del presidente Enrique Olaya Herrera, acto al cual muchísimas personas no pudieron ingresar, y, por tanto, debieron conformarse con escuchar todos los detalles a través de sus antiguos radios de galena.

Los hermanos Jorge y Andrés Alford crearon en 1932 la Colombian Broadcasting, que en 1936 debió cambiar su nombre en virtud de una disposición gubernamental que no permitía identificar a nuestras emisoras con vocablos de origen extranjero. Al poco tiempo, Enrique Ramírez Gaviria adquirió tales equipos para reforzar los que ya poseía y mediante un concurso público adoptó el nombre de Emisora Nueva Granada, hoy llamada RCN-Bogotá.

Naturalmente la pujante ciudad de Cali no podía quedar relegada en la utilización de este nuevo medio de comunicación y Antonio Benítez, en asocio de los hermanos Rivas, fundó La Voz del Valle, emisora que luego adquirió Eduardo Córdova.

En 1932 Julio Bernal comenzó a trabajar con una pequeña radiodifusora, que al lograr un mayor prestigio y cubrimiento fue rebautizada, durante las festividades del cuarto centenario de la fundación de Bogotá, como Radio Santa Fe.

Radio estatal

Aunque nuestro país generalmente ha implantado los nuevos adelantos técnicos con algún retraso, en el caso de la radiodifusión el gobierno colombiano estuvo atento para aplicarla rápidamente. En 1924, un año después de haber iniciado sus trabajos la Estación Inalámbrica de Morato, el Ministerio de Correos y Telégrafos contrató con la casa Telefunken de Alemania la instalación de unos equipos radiales. El 5 de septiembre de 1929, el entonces ministro de Comunicaciones, José Jesús García, inauguró la emisora HJN, que funcionó en el Capitolio Nacional utilizando un amplio salón del primer piso. El montaje de los equipos fue realizado por el técnico alemán Roberto Schloesser, quien viajó especialmente a Colombia para efectuar este trabajo; el primer director de la emisora fue Alfonso María de Avila, con quien colaboraba Carlos Gutiérrez Riaño, más conocido como "Aramis", y dependía directamente del Ministerio de Correos y Telégrafos. Respecto a la fecha de inauguración hay una discrepancia: en la *Revista Postal y Telegráfica*, números 86 y 87, de abril y mayo de 1930, en un artículo sobre el origen de la HJN, Luis Ramírez Arana, jefe técnico de la emisora, sostiene que ésta inició labores el 7 de agosto de 1929; de todas maneras, se sabe que salió al aire entre los meses de agosto y septiembre del año citado y transmitió las retretas ofrecidas por las bandas de la Policía Nacional y del Conservatorio en el patio principal del Capitolio Nacional. El horario habitual de transmisión se efectuaba en onda larga de 8 a 10 de la noche, excepto los domingos.

Siendo embajador en Washington, Enrique Olaya Herrera tuvo la oportunidad de apreciar directamente el nacimiento de la radiodifusión norteamericana y así, al asumir la presidencia, en 1930, decidió utilizar ampliamente este sistema de comunicación. La HJN fue adscrita al Ministerio de Educación y el presidente encargó a Daniel Samper Ortega, que por entonces desempeñaba simultáneamente los cargos de director de la Biblioteca Nacional, inspector del Teatro Colón y director de la Escuela de Bellas Artes, para que la reorganizara. El lema identificativo fue: «La cultura del mundo al oído de los colombianos». En la presentación de programas y redacción colaboraba el hermano de "Aramis", el español Fernando Gutiérrez Riaño, quien estaba recién llegado y aún no había perdido el característico ceceo peninsular, lo que atrajo diversas críticas a la HJN, por contratar extranjeros. También colaboraban Fenita Restrepo de Hollmann, Marzia de Lusignan, Elvira Falquez de Lemus, Víctor Mallarino, Antonio Ordóñez Ceballos, futuro

contralor general de la República, quien ofrecía interpretaciones pianísticas, el joven barítono Carlos Julio Ramírez, que percibía unos ínfimos honorarios por actuación, Julio Abadía Morales y algunas otras personalidades.

Al presentarse el conflicto de Leticia, en 1932, dos jóvenes estudiantes, Alvaro García Herrera, quien sería un destacado político y diplomático, y José Joaquín Ordóñez, que llegaría a ser obispo de la iglesia católica, presentaron un programa patriótico para motivar a nuestros conciudadanos a aglutinarse en un movimiento nacional destinado a defender nuestra soberanía. En dicha ocasión, se empleó música patriótica, sobresaliendo dos obras compuestas especialmente para elevar la moral nacional: "Los sucesos de Leticia", original de Jorge Añez, y el joropo "El Voluntario", escrito por Alejandro Wills. Junto con La Voz de Bogotá, la HJN adelantó la campaña destinada a conseguir donaciones por veinte millones de dólares, con los cuales se adquirió moderno armamento y cuyo remanente permitió crear el Instituto de Cancerología de Bogotá.

La emisora oficial fue sancionada por el mismo gobierno en 1934, por haber transmitido un programa considerado inconveniente, y debió suspender labores por algunos días. A causa de la agobiante situación económica, fue clausurada a mediados de los años treinta, aunque su director desempeñaba el cargo en forma *ad honorem* y se reconocían sólo cincuenta centavos por turno de locución.

ETAPA DE DESARROLLO

Hacia 1930, el fundador de la radiodifusión boyacense, Pompilio Sánchez, se desplazó desde Tunja a la capital de Norte de Santander, en donde organizó La Voz de Cúcuta, pues por su vecindad con Venezuela la empresa ofrecía perspectivas muy interesantes de comercialización.

Un empresario bolivarense, Antonio Fuentes, fundó en Cartagena La Voz de los Laboratorios Fuentes, que más tarde se convirtió en Emisoras Fuentes y creó la subsidiaria Discos Fuentes, una de las más antiguas empresas fonográficas del país. En un breve lapso, Radio Lequerica y Radio Colonial empezaron a disputarle la sintonía en esta zona de la costa atlántica.



Daniel Samper Ortega.
Oleo de León Cano, 1944.
Gimnasio Moderno, Bogotá.

En Barranquilla, el ingeniero Elías Pellet Buitrago adquirió a su competidora, La Voz de la Víctor, que tenía idéntico nombre a la que orientaba en Bogotá Manuel J. Gaitán, y que había sido organizada en Barranquilla para conformar la base de lo que serían Emisoras Unidas.

Las directivas políticas pronto comprendieron el efecto multiplicador de la radio, y apreciando el empleo que el gobierno le estaba dando a través de la emisora HJN, comenzaron a organizar radioperiódicos para exponer sus tesis ideológicas. En este campo tomó la delantera el Directorio Conservador, que fundó en Bogotá La Voz de Colombia, aunque tal empresa siguió los lineamientos de las otras radiodifusoras comerciales.

La radiodifusión fue extendiéndose en forma paulatina por toda la geografía colombiana y fue creando estrechos vínculos entre las diferentes zonas que hasta ese momento habían vivido en forma completamente aislada. Gracias a sus mensajes musicales, informativos y culturales, aglutinó en un todo a los habitantes de la nación, integrándolos en un país único, que hasta principios del siglo XX había sido sólo una colcha de retazos regionalistas.

En principio, la radiodifusión colombiana se orientó hacia una programación de entretención, basada principalmente en la difusión cultural, pues la mayoría de sus promotores estaban convencidos de la utilidad comunitaria de tales espacios, que suplían el vacío que el gobierno no podía llenar con sus campañas educativas.

Al analizar las emisoras de entonces, se observa una constante: cada radiodifusora contaba con un radioteatro, en el cual ofrecía programas actuados de carácter dramático, jocoso, musical o de concurso. Además, cada empresa radial disponía de una o dos orquestas, contrataba solistas y cantantes, y encargaba la elaboración de los libretos a los más destacados intelectuales. Al hacer la adecuación locativa para instalar una emisora, se arreglaba un espacio para el "auditorio" destinado a los programas vivos y por lo general se cubrían con marquesinas los patios, lo que acústicamente era muy poco apropiado en caso de ocurrir torrenciales aguaceros. Y como aún en Colombia no existían sistemas eléctricos de grabación de sonido, los programas se emitían directamente al aire; por tal causa, los grupos escénicos poseían una excelente calidad interpretativa, pues era imposible enmendar cualquier falla.

Los programas de principios de los años treinta estaban influenciados por la radio mexicana o cubana, que, a su vez, copiaban la experiencia de los espacios radiofónicos norteamericanos, en donde varias emisoras se "encadenaban" para ofrecer una mayor sintonía de un solo programa. La RCA y la Western Union aunaron sus esfuerzos en estos primeros ensayos, pero en 1926 la empresa radial adquirió la American Telephone and Telegraph, iniciando así la cadena NBC (National Broadcasting Company). Este sistema operó simultáneamente la Cadena Roja y la Cadena Azul, la cual se convertiría en la ABC (American Broadcasting Company), que junto con la CBS (Columbia Broadcasting System), formaron la trilogía de las más importantes cadenas radiales de Estados Unidos.

Primeras cadenas radiales colombianas

En 1939, por iniciativa del industrial Edgar Stubbs, se organizó en el país la Cadena Azul Bayer que, auspiciada por un laboratorio farmacéutico alemán y con la dirección musical del maestro español José María Tena, se originaba en la Emisora Nueva Granada y era retransmitida por unas veinte radiodifusoras de provincia.

Al poco tiempo surgió la competencia de la Cadena Kresto, que funcionaba simultáneamente en Argentina, Brasil, Cuba, México y Perú, cuyo objetivo era imponer una bebida con sabor a chocolate. Esta red radiofónica se caracterizó por presentar excelentes artistas foráneos consagrados internacionalmente, pero sin incluir en su nómina a figuras nacionales. Veintitrés emisoras colombianas de diferentes ciudades conformaban esta cadena.

En Medellín surgió, a principios de los años cuarenta, la Cadena Bolívar, que se originaba desde Radio Nutibara y La Voz de Antioquia, en emisiones de media hora de duración, enlazando a veintiséis radiodifusoras nacionales. Esta cadena tenía la característica de ofrecer un programa diario diferente, basado en un elenco netamente nacional, que divulgaba la música selecta de ópera y zarzuela, matizada con ejemplos de las más populares canciones internacionales. Además, estimuló a nuestros compositores a participar en un concurso para los géneros popular y culto. Entre los diversos artistas que se presentaron en la Cadena Bolívar, sobresalieron las hermanas Domínguez, el tenor Luis Macía, el dueto de Obdulio y Julián, las orquestas dirigidas por Pietro Mascheroni, Alcira Ramírez y la Orquesta Caribe, para no citar sino a unos pocos de los invitados que desfilaron frente a sus micrófonos.

Infortunadamente, estas tres cadenas pioneras desaparecieron hacia 1941 por las restricciones económicas y políticas originadas por la segunda guerra mundial.



Pompilio "Tocayo" Ceballos. Fotografía dedicada a la revista radial "Micro", octubre de 1943. Biblioteca Nacional, Bogotá.

Técnicamente, estas primeras cadenas nacionales dependían de los enlaces por onda corta, los cuales no garantizaban una óptima calidad receptiva debido a las variables condiciones meteorológicas de las regiones colombianas. En el fondo, estas cadenas trataron de imitar a la inolvidable Alfombra Mágica que Enrique Ramírez Gaviria fundó en 1937, cuando en emisiones múltiples enlazó a la Emisora Nueva Granada de Bogotá, La Voz de Antioquia de Medellín, La Voz de Pereira, Radio Santander de Bucaramanga, Emisoras Fuentes de Cartagena, Emisoras Electra de Manizales, La Voz de Armenia, La Voz del Valle de Cali y algunas otras radiodifusoras; pero por los inevitables problemas de una deficiente sintonía y también a causa de la falta de respaldo publicitario adecuado, este primer experimento duró muy poco tiempo en el aire.

Este sistema se copió a un nivel netamente local, como sucedió en Medellín con la Cadena Bedout, que era transmitida por cinco emisoras de la ciudad, y cuyo objeto era promover la venta de radiorreceptores y discos fonográficos.

Programación criolla

El humor ha ocupado un lugar muy destacado en nuestra radiodifusión. Mario Jaramillo Duque, quien puede considerarse como "el padre del humorismo radial colombiano", se inició hacia 1930 en dos empresas radiales caldenses: Ecos de Occidente y Radio Manizales, donde no sólo era un excelente animador de programas vivos, sino también imitador de voces; llegó a adquirir tal popularidad, que debió trasladarse a Medellín, cuyas emisoras le ofrecían mejores condiciones económicas.

En La Voz de Pereira, Raúl Echeverri creó posteriormente su conocido personaje cómico llamado "Jorgito", que actuaba en *La hora sabrosa* y gozó de amplia acogida en todo el país.

El popularísmo "Tocayo Ceballos", seudónimo artístico de Pompilio Ceballos, se inició en la emisora Ecos de la Montaña de Medellín con su *Hora de la escoba*, programa que trasladó a la radio bogotana como *La hora de la simpatía*, transmitido por la Emisora Nueva Granada. Después, en Barranquilla, la transformaría en *La hora simpática*, para retornar años después a la capital, donde subsistió con el antiguo nombre de *La hora de la simpatía* en las ondas de La Voz de la Víctor. Ha quedado el recuerdo del "Tocayo Ceballos" por su gran don de gentes, su humor exento de chistes vulgares o doble sentido, y ante todo por su inigualable sección titulada *Por algo será*, que él mismo cantaba acompañado del piano y la voz de Maruja Yepes, donde comentaban jocosamente en forma musical los más importantes sucesos de la actualidad.



"Tocayo" Ceballos y Lily Alvarez en portada de "Cromos", como protagonistas del filme "Allá en el trapiche". Abril de 1943.

Otro campo propicio para tratar por las ondas radiales fue el deportivo, cuya popularidad sigue vigente hoy en día. Posiblemente donde primero se transmitió en directo un evento deportivo fue en la emisora cartagenera Ondas de la Heroica, hacia 1933, cuando se ofreció la descripción de los partidos de "pelota chica" (béisbol). Lázaro Espinosa inició esta labor, que fue continuada posteriormente con gran competencia por Marcos Pérez, Melanio Porto Ariza, conocido por el apodo de "Meporto", y Juancho Illera Palacio. Muchos de estos comentaristas después se dedicarían a divulgar otro deporte muy popular en el norte de Colombia, el "deporte de las narices chatas", como cariñosamente se llama al boxeo.

Un gran locutor deportivo fue Carlos Arturo Rueda C., conocido como "El Campeón" o "El Mechicolo" por el color rojizo de su cabello, quien

siendo costarricense de nacimiento, inició su larga carrera como narrador deportivo en nuestro país, desde Manizales. Rueda estableció la costumbre, imitada por casi todos los narradores, de aplicarles sobrenombres cariñosos a los deportistas, con los cuales la gente los identifica, tal como aconteció con el famoso ciclista Efraín Forero, "El Zipa". En marzo de 1934 transmitió para La Voz de Bogotá por diez pesos la pelea efectuada en el Salón Olimpia cuando se enfrentaron "Mamatoco" y Bill Scott.

En 1935, La Voz de Antioquia transmitió desde el Hipódromo de los Libertadores, que posteriormente sería reemplazado por uno más moderno, el desarrollo de las competencias hípicas. Esta misma emisora antioqueña también difundiría los partidos de balompié antes de que hiciera su aparición el espectáculo profesional.

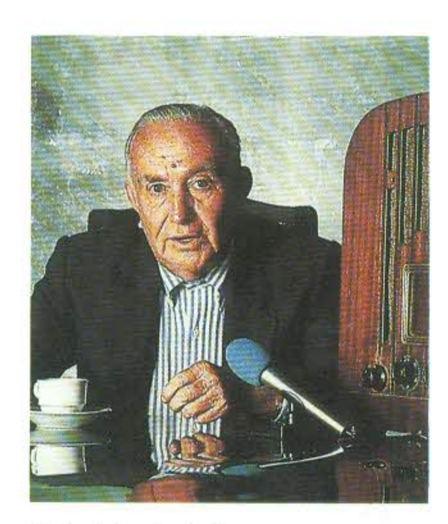
Así mismo, en Bogotá se narraron las carreras de caballos celebradas en el antiguo hipódromo de la calle 53, donde este espectáculo se convirtió en un verdadero acontecimiento de nuestra alta sociedad. También las damas actuaron como comentaristas deportivas radiales y la conocida periodista Emilia Pardo Umaña, que sostenía una columna escrita bajo el pseudónimo de "Doctora Corazón", obtuvo gran éxito narrativo en los partidos de polo.

Para la celebración del cuarto centenario de la fundación de Bogotá, Roberto Ramírez Gaviria trajo a su hermano Enrique de Manizales para que le ayudase en la Emisora Nueva Granada, a coordinar las transmisiones que realizaron Carlos Arturo Rueda C. y Carlos Gutiérrez Riaño, "Aramis", de las competencias y ceremonias de los Juegos Atléticos Bolivarianos, con los cuales se inauguró el estadio El Campín.

El radiomóvil utilizado en esa ocasión era un automotor común y corriente al que se le había adaptado un pequeño transmisor portátil, con el cual se pudo emitir paso a paso el desarrollo del maratón, que era la prueba central del evento. En tal forma, nuestro país trató de emular tímidamente el grandioso despliegue técnico-radial de la Alemania de Hitler durante las Olimpiadas de Berlín de 1936.

Concursos radiales

Desde la iniciación de la radiodifusión comercial, la audiencia colombiana demostró una gran preferencia hacia los programas de concurso que ofrecen premios en artículos o dinero para aquellas personas que triunfen en las competencias organizadas, o que simplemente participen en los sorteos realizados entre quienes se comunican telefónicamente con las emisoras.



Carlos Arturo Rueda C.
Fotografía de Christian Zitzmann, 1990,
Archivo Revista Credencial, Bogotá.

Al principio, tales espacios consistían en campañas promocionales para impulsar nuevos elementos de consumo o aumentar la sintonía de determinada radiodifusora. El verdadero concurso, organizado previamente en forma cuidadosa para lograr determinados resultados de mercadeo, comenzó a emitirse unos diez años después de haber iniciado labores la industria radial privada. El patrón seguido fue adoptar sin ninguna modificación el sistema de preguntas y respuestas, sobre temas de cultura general. Una empresa bogotana de publicidad, propiedad de Mario García Peña, organizó en la Emisora Nueva Granada el programa *Los profesores del aire*, espacio dirigido por el musicólogo Andrés Pardo Tovar. Los expertos consultados eran el ingeniero Enrique Uribe White, el catedrático Oswaldo Díaz Díaz, el historiador Enrique Otero D'Costa y el profesor Otto de Greiff. Los oyentes hacían las preguntas y aquellas que no eran contestadas satisfactoriamente, de acuerdo con las fuentes citadas, que eran verificadas con antelación, tenían un premio en dinero para quien las formulaba. Este espacio tuvo amplia popularidad y se mantuvo en el aire los domingos durante varios años.

En Medellín, el publicista Luis Lalinde Botero organizó en Radio Nutibara, para disputarle sintonía al concurso bogotano, otro concurso, versión de un programa norteamericano, que denominó *Pregunte usted-Conteste usted*, en el que Lalinde hacía preguntas a estudiantes medellinenses de secundaria, estableciendo premios acumulables. Con el transcurso del tiempo, este programa se emitió también en La Voz de Antioquia y se encadenó con Bogotá para enfrentar simultáneamente equipos de futuros bachilleres de ambas ciudades.

Debido a la gran aceptación que recibieron en toda Colombia los dos concursos, Lalinde Botero diseñó también el programa *Los catedráticos informan*, en el que intervenían Antonio Panesso Robledo, Joaquín Pérez Villa, Alonso Restrepo y Juan de Garganta. Las Emisoras Nueva Granada lo retransmitían en Bogotá, pero el espacio se trasladó luego a Emisoras Nuevo Mundo, siguiendo encadenada con La Voz de Antioquia. Después regresó a Radio Cadena Nacional, en forma simultánea con la Emisora HJK, obteniendo en 1956 una mención especial en la única Semana Nacional de la Radio, auspiciada por el gobierno nacional y Anradio.

Estos espacios, dedicados a multiplicar los conocimientos generales, impulsaron a Radio Continental, fundada por iniciativa de Alberto Hoyos Arango, a promover, alrededor de 1947, desde su sede en Bogotá, un concurso con interrogantes sobre temas populares. Animado por el "Tocayo Ceballos", éste fue un espacio efímero.

Para que las personas comunes y corrientes tuvieran acceso a los concursos celebrados en los radioteatros, los empresarios radiofónicos y las incipientes agencias de publicidad se vieron obligadas a desarrollar las llamadas *Horas de aficionados*, en donde a un costo ínfimo se presentaban personas que contaban con aptitudes musicales para llegar al estrellato; pero como muy de vez en cuando aparecía una verdadera promesa, se optó por establecer concursos basados en conocimientos de música popular y dotados de jugosos premios. Entre éstos sobresalieron: *Dígalo con música* en Bogotá, *Cántela si puede* en Medellín, espacio dirigido por Luis Lalinde y Hernando Téllez, y *Qué es la cosa*, de Emisoras Nuevo Mundo.

La mecánica de tales programas fue evolucionando y, finalmente, las emi-



Instalaciones de la Radiodifusora Nacional, en la Carrera 17 de Bogotá, 1940. Fotografía en portada del Boletín de Programas, julio de 1956.

soras sacaron sus micrófonos a la calle para que los ciudadanos también concursaran. El clímax de estas transmisiones fue logrado en 1947 por La Voz de Antioquia, con su espacio titulado *Coltejer toca a su puerta*; en éste, un automóvil dotado de transmisor y cubierto con una funda de tela blanca, recorría las vías de Bogotá o Medellín y en el momento final del espacio se detenía ante la primera puerta que encontraba; el animador tocaba el aldabón y cuando lo atendían hacía una pregunta sobre la contraseña emitida durante el programa, si quien abría respondía acertadamente, obtenía magníficos premios.

A su vez, *El hombre Mejoral* colocaba en la calle una persona vestida de un modo especial, que debería ser localizada por los transeúntes para formularle una pregunta del concurso. Habiendo escondido previamente un equipo móvil, se presentaban situaciones muy jocosas y se distribuían excelentes regalos, pues los vestidos escogidos eran muy comunes.

Por su parte, *El peso Fabricato* estaba organizado alrededor de un animador que detenía en la calle a los peatones para preguntarles si poseían un billete de a peso con determinado número de serie, y aunque parezca increíble muchas personas sí tenían en su poder el billete seleccionado.

Radiodifusora Nacional de Colombia

El gobierno nacional sintió directamente la ausencia de una emisora oficial como la antigua HJN, en aquellos momentos de gran beligerancia política, en los que no sólo la oposición, sino también algunos círculos del partido en el poder, atacaban fuertemente la gestión ejecutiva a través de sus radioperiódicos.

A raíz del gran éxito de la emisora HJN, la Alcaldía de Medellín fundó, a mediados de los años treinta, La Voz Katía, que recordaba en su nombre a una tribu indígena antioqueña. Esta era una empresa muy especial, pues por un lado era portavoz oficial y al mismo tiempo efectuaba transmisiones comerciales, tal como lo hizo en su tiempo la radio estatal de Bogotá, que tenía a su servicio a varios contratistas de propaganda. Emitía desde el Palacio Municipal y su programación era bastante popular, empleando composiciones que ahora podrían clasificarse como "de carrilera". Tuvo mucha oposición de las radiodifusoras privadas, que la consideraban como una competencia desleal, y por tal causa su vida fue corta. La Alcaldía de Medellín cedió los equipos a la Universidad de Antioquia.

Con estos antecedentes, el presidente Eduardo Santos impulsó la creación de la Radiodifusora Nacional de Colombia, que debería ser vocera del gobierno, no emitir ninguna clase de publicidad comercial y divulgar permanentemente todos los aspectos relacionados con la cultura. Para tal efecto, se construyó en la carrera 17 entre calles 25 y 26 de Bogotá un edificio muy moderno, y la emisora salió al aire con el indicativo de llamada HJND, el día 1 de febrero de 1940, bajo la dirección de Rafael Guizado, un importante intelectual. Simbólicamente se interpretó la obertura *La consagración de la casa*, original de Ludwig van Beethoven, y en el discurso de inauguración, el presidente Santos esbozó los principios que seguiría este nuevo ente de comunicación, los cuales se han mantenido incólumes durante más de cincuenta años de labores. También se le conoce como Radio Nacional y hasta 1954, con la creación de la Televisora Nacional, desempeñó un papel trascendental como portavoz gubernamental.

Aunque hasta tal año, los equipos de producción y transmisión de la Radio Nacional la habían colocado a la cabeza de la actividad radiofónica colombiana, el Estado prefirió dar un mayor apoyo institucional y económico al desarrollo de la televisión, que exigía una cuantiosísima inversión. Ultimamente, la Radio Nacional ha sido modernizada, implantando la red de frecuencia modulada con programación diferente; también se siguen utilizando sus potentes transmisores de onda corta; pero ya no prestan el servicio eficaz del pasado, para ofrecer programas emitidos en español e inglés, que llevaban a todo el mundo un mensaje de las actividades nacionales.

Toda persona destacada en la vida cultural y científica de Colombia ha sido colaboradora de la Radio Nacional o ha hablado ante sus micrófonos; sin embargo, hacer una lista sería muy largo. Tampoco es del caso citar a la totalidad de sus ilustres directores; tanto ellos, como los operadores técnicos, personal administrativo y colaboradores, pueden sentirse muy orgullosos de la titánica labor desarrollada para multiplicar los conocimientos culturales de los colombianos y por la tozuda empresa de enseñar a Colombia a disfrutar de la "música clásica".

Ahora bien, debemos referirnos a ciertas personalidades que dejaron impreso su sello propio por la brillante tarea que adelantaron. El teatro



Rafael Guizado, primer director de la Radiodifusora Nacional. "Estampa", 1939.

es uno de los campos donde la Radiodifusora Nacional de Colombia dejó huellas indelebles; Bernardo Romero Lozano fue el nervio y la garra del famosísimo radioteatro dominical, que puso a la audiencia en contacto con las grandes creaciones dramáticas de todas las épocas; Agustín Pulido Téllez orientó el Grupo Escénico Infantil, semillero de futuras grandes estrellas. El maestro Gerhard Rohstein inició la divulgación en "vivo" de las más destacadas obras orquestales de los grandes compositores. Guillermo Abadía Morales ha dedicado su existencia a divulgar nuestro auténtico folclor, para mantenerlo libre de influencias externas que le hagan perder su carácter original. León de Greiff deleitó en el pasado con su brillante pluma y extraordinaria dicción a los asiduos oyentes de *Bajo el signo de Leo* y *Mil noches y una noche*. Andrés Pardo Tovar no sólo divulgó la música seria latinoamericana, sino también los aires típicos colombianos. Manuel Zapata Olivella explicó la herencia africana traída por los esclavos; Efraín Fierro Forero abordó los temas de la economía; Gerardo Valencia, Carlos López Narváez, Jorge Zalamea, Germán Vargas Cantillo, Germán Arciniegas, Amira de la Rosa, Darío Achury y otros más se refirieron a temas literarios; Oswaldo Díaz Díaz presentó su inigualable serie dramatizada *Por aquí pasó Bolívar*; Paulo E. Forero, Germán Arciniegas y Clemencia Guzmán, también han analizado estos temas. Las ondas de la Radio Nacional ayudaron a comprender las artes plásticas explicadas por el crítico Casimiro Eiger; el cine ha contado con excelentes analistas como Ernesto Volkening; el ballet y el jazz fueron abordados de manera magistral por Hernando Salcedo Silva; la música ha sido permanentemente estudiada desde diversas facetas y han sobresalido en esta labor Otto y León de Greiff, Julio Sánchez Reyes, Hjalmar de Greiff, Ricardo de la Espriella y Federico Newman; durante varios años, los *Recitales de la semana* presentaron a los más destacados intérpretes, como Harold Martina, Hilda Adler, Olav Roots, Pablo Arévalo o el coro de la Radiotelevisora Nacional.

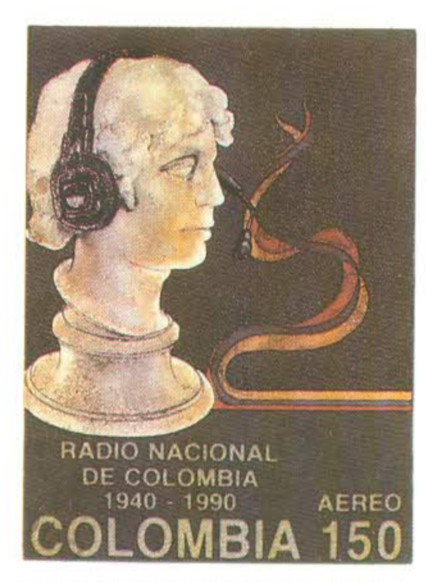
Entre las colaboradoras femeninas de la Radio Nacional dejaron su recuerdo personal por la calidad de sus espacios Helena Mallarino de Miranda, Cecilia Caballero y Cecilia Fonseca de Ibáñez, quien posee la voz más bella de toda la radio colombiana. Pero al mismo tiempo, las ondas de la Radiodifusora Nacional de Colombia han llevado a todos los rincones del país los cursos de primaria y bachillerato emitidos directamente o por transcripciones, que utilizan muchísimas emisoras de provincia y que han permitido obtener una mejor educación a miles de colombianos.

Otro aspecto muy importante de la labor desarrollada en el pasado por la Radio Nacional fue la edición del boletín mensual de programación, en el cual además de explicar detalladamente los espacios del período, incluía excelentes artículos de temas artísticos y musicales. Pero por causa de las restricciones económicas, la publicación, que marcó un hito importantísimo en el campo editorial nacional, tuvo que ser suspendida.

Además, la Radiodifusora Nacional de Colombia generó gran parte del personal técnico y artístico que dio vida propia a la naciente televisión, como Bernardo Romero Lozano, Fernando Gómez Agudelo, Esther Sarmiento de Correa, Anuncia de Romero, Víctor Mallarino, Manuel Medina Mesa, Carlos Muñoz, Fabio Camero, Humberto Martínez Salcedo, Hernán Mejía Vélez y tantos otros. Finalmente, hay que reconocer a la Radio Nacional que abonó el ambiente del país para que fuera posible la posterior creación de la radio comercial especializada en ofrecer cultura y música clásica. Tales empresas se han organizado gracias a la ayuda de antiguos colaboradores de la emisora oficial, quienes con gran criterio y dedicación han continuado aplicando las normas de óptima calidad y serenidad que siempre ha tenido la radiodifusora del Estado colombiano.

Radioperiodismo

El radioperiodismo permitió el acceso de muchas personas ajenas al medio escrito a la divulgación de sus puntos de vista a través de las ondas radiales. Podría decirse que el decano del periodismo radial regional fue el programa *El mensaje*, transmitido por La Voz de Antioquia y fundado el 1 de junio de 1935 por Gustavo Rodas Gaviria, quien gracias a la oportuna comunicación telefónica que le hizo Antonio Henao Gaviria, desde el propio aeropuerto de Las Playas, describió el accidente de aviación ocurrido a las tres de la tarde del 24 de junio de ese año, cuando se estrellaron el avión de SACO en que iba Carlos Gardel y un trimotor de la SCADTA, originándose la que fue entonces la mayor tragedia aérea mundial. Cuando se dejó de transmitir este radionoticiero, surgió *El micrófono*, dirigido por Luis Parra Bolívar, jefe de redacción de *El Colombiano* de Medellín, cuya primera emisión se ofreció en 1936; este programa, aunque defendía las tesis conservadoras, no ejerció beligerancia política. En cambio, el espacio titulado *La República Liberal*, promovido por Antonio Aguirre a través de La Voz de la Víctor de Bogotá, era un defensor apasionado del primer go-



Sello de correos conmemorativo de los 50 años de la Radio Nacional de Colombia, 1940-1990, diseñado por Carlos Granada.

bierno del presidente Alfonso López Pumarejo y de su programa político, la Revolución en Marcha.

Los primeros roces entre los periódicos y la actividad radial se presentaron un poco antes, en lo que se conoció como la "guerra de la prensa", pues la emisora HJN comenzó a transmitir los principales titulares de los diarios bogotanos y a realizar pequeñas sinopsis de las noticias, lo que disgustó bastante a los medios escritos. En 1936 trascendió públicamente que el gobierno, por el comportamiento anárquico de los radioperiódicos, pensaba presentar ante el Congreso un proyecto de ley para nacionalizar la radiodifusión. Inmediatamente, los empresarios radiofónicos antioqueños formaron un Comité de Defensa, en el que aunaron sus intereses comunes, no obstante sus permanentes divergencias. Allí se aglutinaron La Voz Katía, emisora oficial de Medellín; La Voz de Antioquia, orientada por Luis Ramos Henao; Ecos de la Montaña, creada en 1935 por Francisco Cuartas; Radio Medellín, de propiedad de Leonardo Toro Montoya y Emisora Philco, que al año siguiente cambiaría su nombre por Emisora Claridad, cuando el distribuidor de los aparatos que llevaban esa marca prohibió el empleo del nombre. La acción conjunta de todas estas emisoras culminó con la transmisión de una gigantesca velada realizada en el Teatro Junín, en la que se encadenaron todas las emisoras de Medellín. A las pocas semanas, Bogotá se sumó a la protesta, realizando un espectáculo similar en el Teatro Real, en el que la totalidad de las radioemisoras capitalinas mostraron su satisfacción por la decisión gubernamental de no insistir en la nacionalización.

Nuevamente la radio privada del país demostró el gran potencial de que disponía para influir positivamente en la opinión pública, cuando a finales de 1937 se presentó un movimiento en contra del "centralismo", organizándose una gigantesca manifestación de protesta convocada por las emisoras de Medellín, que hicieron confluir hasta la capital antioqueña a millares de campesinos caldenses, antioqueños y vallunos, que llenaron la Plaza de Berrío expresando su rechazo. En esta forma, Colombia apreció el enorme poder persuasivo que ejercía la radiodifusión antioqueña de ese tiempo.

Esta fue una década en la que proliferaron toda clase de radioperiódicos: Víctor Nieto, desde Cartagena, emitió *Síntesis*; en Emisora Atlántico, el ciudadano español Pérez Domenech comentaba los gravísimos sucesos internacionales; en 1936, Antonio Llanos en Cali dirigía *La noche*; en Manizales se presentaba *Crítica*, órgano conservador dirigido por Arturo Arango Uribe; el joven poeta y literato Jorge Gaitán Durán colaboraba con el noticiero de La Voz de Cúcuta; los hermanos Mejía Duque desde Pereira perifoneaban su radioperiódico en La Voz del Pueblo; en Armenia se originó *El universal*; el espacio titulado *La Voz de Bogotá*, transmitido en la emisora del mismo nombre, era dirigido por Gabriel Cano, uno de los propietarios del diario *El Espectador*; Carlos Puyo Delgado sostenía sus puntos de vista desde *Actualidad diaria*, y el *Ultimo instante* se originaba en La Voz de Colombia. Con éstos, sólo hemos citado algunos de los espacios periodísticos que saturaron por entonces las ondas radiales colombianas; muchos de los cuales fueron muy beligerantes en sus posiciones políticas y críticos agresivos e irresponsables, que llegaron incluso a sabotear las transmisiones de la competencia. El gobierno, que en 1936 había tratado infructuosamente de intervenir para poner coto a tal situación, tuvo que insistir nuevamente en 1941, mediante una fuerte advertencia de Alfredo Cadena D'Costa, ministro de Correos y Telégrafos, en la que hacía un llamado para que «cesara el irrespeto a las autoridades, a los hogares, a las personas». Esta intemperancia ocasionó la muerte de un periodista huilense, colaborador de un radioperiódico emitido por Radio Nutibara de Medellín, que perdió la vida en una disputa originada por una controversia que desató radialmente.

Pero no todos los radioperiodistas fueron tan exagerados; recordemos la mesura de Alberto Galindo, Darío Bautista, Juan Roca Lemus, Enrique Santos Montejo ("Calibán"), José Giordanelli, Próspero Morales Pradilla, Cipriano Ríos Hoyos, Guillermo Camacho Montoya, Hernando Téllez Sánchez y Hernando Vega Escobar, para no citar sino algunos ejemplos. Así mismo, dos radioperiodistas llegarían a ser presidentes de la República: Alberto Lleras Camargo, que dirigió en Bogotá *Crítica*, y Julio César Turbay Ayala, fundador de *Democracia*.

De esta primera época, se recuerdan los nombres de varios espacios radioperiodísticos tales como *Amerindia*, de Medellín; *El día*, emitido por Radio Nutibara; *Clarín*; *Ultimas noticias*, tan comprometido en los desórdenes del 9 de abril de 1948; *Calibán habla*; *Las noticias*, transmitido por Radio Claridad de Medellín; *La Mañana*, de Emisora Suramérica de Bogotá; *La hora del pueblo* y *La hora policiva*, de Medellín, o *El meridiano*, de La Voz de Colombia de Bogotá.

Las radiorrevistas también tuvieron su auge, como sucedió en *Onda libre*, orientada por José Mar (seudónimo de José Vicente Combariza), Jorge Za-



Celebración del 7º aniversario de la Radio Nacional: Georg Schidk (pianista), Hernán Mejía Vélez, Carlos López Narváez (director de la emisora), Richard Tanber, Bernardo Romero Lozano, Otto y Nohemí de Greiff, Bernardo Mendel, Gerardo Valencia. Fotografía de Julio Meyer, febrero 1947.

lamea Borda y Alejandro Vallejo, que por causa de la censura aplicada después del 9 de abril de 1948 cesó labores. Jaime Soto creó, unos años después, un espacio crítico de actualidad con comentarios cáusticos y humorísticos, titulado *Contrapunto*, y cuando se retiró de la empresa, Lucas Caballero, "Klim", su creador, modificó el nombre por el de *Cantaclaro*.

También se han distinguido algunos espacios informativos especializados en diferentes temas como la farándula, analizada desde hace más de 35 años por Hernán Restrepo Duque en su programa *Radio lente*, primero desde Caracol en Medellín y posteriormente desde Todelar; el automovilismo, impulsado por Fernando Villa Uribe; los aspectos agrarios, divulgados por *Caracol en la tierra*, *La hacienda* y *Magazín veterinario*, de Radio Super; y la banca y los temas financieros tratados por Carlos Villaveces en su programa *Momento económico*

Voces colombianas

Muchos locutores colombianos han trabajado con gran competencia en las redes radiofónicas del exterior durante todos las épocas y han colaborado en la BBC de Londres, la Voz de América de Washington, la Deutsche Welle de Alemania, Radio Canadá, las Naciones Unidas de Nueva York, La Voz de la OEA en Washington, los servicios internacionales de las cadenas norteamericanas NBC y CBS, y en algunas otras entidades.

Tradicionalmente, la dicción y pronunciación de los locutores colombianos tienen la especial característica de ser neutras y por tal causa no ofrecen ninguna clase de acento que las identifique con el país de procedencia. Por esa razón, siempre han tenido una gran demanda en el exterior, como sucedió con José Santos Quijano, Ernesto Hoffmann, Carlos Gutiérrez Riaño ("Aramis"), "Atalaya", Jaime León Rey, Andrés Salcedo, Miriam Luz, Hernando Téllez B., Juan Clímaco Arbeláez, Jorge Arturo Mora, Alejandro Oramas, Guillermo Beltrán, Luis García, Alvaro González Manrique, Francisco Bueno, Baltazar Botero y otros más. Algunos de ellos han regresado para seguir colaborando en nuestras emisoras, pero otros decidieron radicarse definitivamente en el exterior.

Orden público y radiodifusión

La radio ha desempeñado un papel trascendental en la vida pública colombiana en cuatro ocasiones. El 10 de julio de 1944, el presidente Alfonso López Pumarejo fue apresado en Pasto por unos militares rebeldes; el entonces ministro de Gobierno, Alberto Lleras Camargo, enfrentó la situación y, hablando con su excelente voz desde los estudios de la Radiodifusora Nacional de Colombia, hizo fracasar el golpe y garantizó el imperio de la ley y la democracia. En esta ocasión ocurrió un hecho poco conocido: al llegar Lleras Camargo a la emisora, preguntó qué se estaba transmitiendo en ese momento, se le informó que se trataba de la 5ª sinfonía de Beethoven, cuyo tema musical más conocido se empleaba entonces como emblema sonoro de la victoria de los Aliados; entonces, Lleras comentó: «Sería un irrespeto suspender tan magistral composición» y se sentó pacientemente a esperar a que la ejecución discográfica terminara; luego, alertó en forma tranquila al pueblo colombiano y restableció el orden jurídico.



Alberto Lleras Camargo ante el micrófono de la Radiodifusora Nacional.

El 9 de abril de 1948 fue mucho más sangriento, cuando los amotinados se tomaron la Radio Nacional, la Emisora Nueva Granada, que estaba pasando el radioperiódico *Ultimas noticias*, y La Voz de Bogotá. Esta última estación, a través de su filial Ondas Bogotanas, que transmitía las sesiones del Congreso Nacional, radiodifundió toda la audiencia final en la que Jorge Eliécer Gaitán, en esa fatídica madrugada, había logrado la absolución, en un juicio celebrado en el Palacio de Justicia de la calle 12, para un oficial del Ejército que en un lance de honor había ultimado a un periodista manizalita. Tras la casi destrucción total del centro de Bogotá, el Ejército Nacional logró contener el gigantesco motín. A raíz de estos gravísimos hechos fueron sancionadas fuertemente las emisoras involucradas y los cabecillas que dirigieron la sedición, pero en rigor a la verdad, la radiodifusión no actuó libremente en esta ocasión, sino que las emisoras fueron obligadas por la fuerza a seguir en el aire incitando a la revuelta.

Cuando la rebelión de mayo de 1958, que intentó derrocar a la Junta Militar de Gobierno, la cordura se impuso gracias a la cadena nacional, que encabezada por la Radiodifusora Nacional de Colombia, evitó que el país cayera nuevamente en el caos.

La última intervención radial decisiva tuvo lugar paralelamente en la televisión, pero cuando esta última no llegaba a todo el país. Se trata de la ocasión, en abril de 1970, cuando el presidente Carlos Lleras Restrepo, reloj en mano, puso al país bajo el toque de queda, a raíz de las protestas suscitadas por los resultados parciales de las elecciones que eligieron a su sucesor.

En épocas de turbulencia política se han empleado emisoras clandestinas como la incautada en 1951 en Fusagasugá, operada por la oposición, motivo por el cual fueron condenados varios dirigentes adversos al gobierno de turno, entre ellos Alvaro García Herrera, quien había hecho sus primeras intervenciones radiales en la emisora HJN, a raíz del conflicto de Leticia.

A principios de los años cincuenta operó en Bogotá una radiodifusora clandestina que solamente transmitía música clásica. Fue un vehículo de difusión de las grandes composiciones y no daba los títulos de las obras, presentadas por dos jóvenes estudiantes universitarios, radioaficionados y melómanos de tiempo completo, que transmitían desde su residencia de Chapinero para ofrecer una alternativa musical frente a la Radio Nacional. Uno de ellos, Fernando Gómez Agudelo, sería más tarde director de la emisora del Estado y fundaría la Televisora Nacional.

El salto técnico

Un evento deportivo obligó a la radio colombiana a tecnificarse para llegar a ser la más moderna de América Latina. En 1950, *El Tiempo* organizó la primera vuelta a Colombia en bicicleta. Enrique Ramírez Gaviria, con sólo tres transmóviles reforzados por servicio telefónico durante quince días, transmitió minuto a minuto esta gesta, en la cual los ciclistas, sin ninguna preparación física u operativa, trepa-



Popularidad de la radio: "Ruidos y gestos de la ciudad", caricatura de Adolfo Samper. "Estampa", enero 7 de 1939.

ron como escarabajos las agrestes cordilleras colombianas. El éxito obtenido por Emisoras Nueva Granada y la recién fundada Radio Cadena Nacional (RCN) fue total y recordó la transmisión realizada por Carlos Arturo Rueda C. en 1947, cuando escuchando con audífonos las transmisiones de onda corta desde Managua, reconstruyó cada partido de "pelota chica" en su propia voz, con lo cual casi paralizó a Colombia, al narrar las incidencias de los Juegos Centroamericanos y del Caribe, que escogerían al campeón de béisbol de la serie en Nicaragua.

La precariedad de los sistemas transmisores de enlace hizo palpable la necesidad de organizar una red para interconectar con equipos de frecuencia modulada a las principales ciudades colombianas y para ello se instaló la primera repetidora en el cerro de Monserrate de Bogotá, que enviaba señales radiales a Medellín y Manizales. Caracol, fundada pocas semanas después del 9 de abril, le respondió a RCN con un espacio no deportivo, transmitiendo la radionovela cubana *El derecho de nacer*, original de Félix B. Caignet. Esto marcó un verdadero récord, pues este género, —conocido en Norteamérica como *opera soap*, es decir, la "ópera del jabón", porque sus patrocinadores eran fabricantes de tales artículos—, sí se había utilizado ya en el país, —en *Chan Li-Po*, el genial detective chino, y las series de aventuras en la Guajira, escritas por Luis Serrano Reyes y denominadas *Tananá*, *Tangaré*, *el hijo de Tananá* y *Mapaná*, que tuvieron gran acogida al transmitirlas la Emisora Nueva Granada—, pero no con tanto éxito como el folletín caribeño.

Radio Continental de Bogotá nació en 1940 con un potente transmisor de 50 kilovatios, y aunque contaba con un excelente grupo de colaboradores, su idea de masificar la presentación de radionovelas no cristalizó totalmente.

Emisora Nueva Granada también con bastante acogida había implantado una serie de espacios dramatizados orientados por "Aramis" y Francisco José Restrepo, que se llamaron *Gracias doctor*, *Apague la luz* y *La marcha del tiempo*, emitida esta última en el horario del mediodía. RCN trató de recuperar la sintonía de las radionovelas con *El ángel de la calle*, escrita por Efraín Arce Aragón, que en su momento casi iguala las preferencias de la audiencia por *El derecho de nacer*.

Pero la industria notó que los eventos deportivos que tenían una duración diaria superior a la de cualquier radionovela, como la vuelta a Colombia o el campeonato profesional de fútbol, iniciado en 1950, crearon la necesidad comercial de ofrecer mejores transmisiones. Y aunque en el pasado se le había dado relevancia a las competencias hípicas y a las primeras carreras internacionales de automovilismo, desarrolladas entre Buenos Aires y Caracas, estos eventos no hicieron vibrar totalmente al país. Tales argumentos motivaron la entrada a la actividad radiofónica de importantes compañías manufactureras de Medellín, para "industrializar" la actividad técnica e informativa.

William Gil Sánchez, un odontólogo y empresario antioqueño vinculado a este medio desde 1946, cuando se hizo socio de la Emisora Siglo XX, de Medellín, adquirió al poco tiempo con su grupo inversionista La Voz de Antioquia, iniciándose así el núcleo de la Cadena Radial Colombiana, Caracol. Gil interesó a las directivas de Coltejer para que comprasen la mitad de sus emisoras. Unos empresarios bogotanos, vinculados al periódico *El Liberal*, que promovieron la Radiodifusión Interamericana, cuyos transmisores pusieron a disposición del gobierno a raíz del 9 de abril, cambiando su nombre por Emisoras Nuevo Mundo, se interesaron también por la propuesta que les hizo William Gil a través de la llamada Compañía Colombiana de Radiodifusión de Medellín y le vendieron el 50% de la empresa capitalina.

Emisoras Nuevo Mundo emitió su primera programación comercial el 1 de septiembre de 1948, con la actuación especial del tenor mexicano Néstor Mesta Chayres. Se inició así la estrecha colaboración de La Voz de Antioquia con Emisoras Nuevo Mundo, que aún continúa vigente.

Fabricato, por la exclusividad que le otorgó La Voz de Antioquia a Coltejer, accionista de la misma y gran competidora textil, tuvo que recurrir a la por entonces pequeña Voz de Medellín para poder culminar su campaña de propaganda radial conmemorativa de sus bodas de plata. Lograron un cubrimiento nacional al encadenarse con Emisora Nueva Granada de Bogotá, lo que llevaría a la consolidación definitiva de Radio Cadena Nacional, RCN.

En junio de 1949 fue nombrado como nuevo gerente de las Emisoras Nuevo Mundo Fernando Londoño



Inauguración de la emisora HJCK "El Mundo en Bogotá", diciembre 15 de 1950: Gloria Valencia de Castaño, Gonzalo Rueda Caro, Alfonso Peñaranda R., Roberto Arciniegas, monseñor Emilio de Brigard Ortiz, Eduardo Caballero Calderón y Eduardo Carranza. Fotografía de Sady González.



Ante el micrófono de HJCK, Gloria Valencia de Castaño entrevista al actor y director de teatro Jean-Louis Barrault y a Philippe North, director de la Alianza Colombo Francesa.



Homenaje a la HJCK en sus 25 años: Gonzalo Mallarino, Fernando Charry Lara, Manuel Mejía Vallejo, H. Walter, Alvaro Castaño Castillo (director de la emisora), Rodrigo Castaño Valencia, Gabriel García Márquez, Jorge Rojas, Eduardo Carranza, Alvaro Mutis, Pedro Gómez Valderrama, Otto de Greiff, Rogelio Echavarría.

Henao, quien jamás había tenido ninguna participación en las actividades radiales, pero que llegaría a ser uno de los más importantes dirigentes radiofónicos colombianos. La Voz de Colombia, que había sido destruida durante el 9 de abril, fue reconstruida con la colaboración de Jesús Alvarez Botero, otro gran radiodifusor que en 1955 ingresaría a la RCN.

Emisoras culturales

El primer intento de incorporar totalmente la cultura a la incipiente radio fue llevado a cabo por la emisora HJN. En 1933, la Universidad de Antioquia inició su propio servicio radiofónico, operando una estación experimental que mezclaba programas didácticos de enseñanza de idiomas, espacios musicales e intercambios con radioaficionados nacionales y del exterior. Colocaban altoparlantes en las ventanas del claustro académico para que los estudiantes pudieran escuchar y participar en las conversaciones que se sostenían en el aire. Luego vino la Radiodifusora Nacional de Colombia, seguida en 1948 por la Emisora de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín.

Tales ejemplos interesaron a un grupo de intelectuales y jóvenes profesionales, entre los cuales se contaban Eduardo Caballero Calderón, Gonzalo Rueda Caro, Alvaro Castaño Castillo y Santiago Salazar, entre otros, para fundar la emisora HJCK, El mundo en Bogotá, la cual ha tenido la particularidad de ser conocida por sus letras identificativas, como lo fue en el pasado la HJN. La HJCK recibió el cariñoso epíteto de «La emisora de los intelectuales», y su lema promocional, desde su inauguración, el 15 de septiembre de 1959, ha sido: «La emisora de la inmensa minoría». Comenzó a trabajar con los equipos que el compositor Jorge Añez utilizó en 1940 en su radiodifusora Ecos del Tequendama, la cual se había especializado en divulgar la música típica colombiana del interior, y pese a los vaticinios negativos que se hicieron sobre sus resultados económicos, tras los primeros años, que fueron bastante difíciles, la HJCK llegó a consolidarse como una magnífica empresa cultural, con resonantes resultados financieros y cuya labor de más de 40 años ha sido reconocida varias veces en el exterior.

Al poco tiempo, se vinculó a esta naciente empresa Hernán Mejía Vélez, quien había sido la "voz oficial" de la emisora del Estado y contaba con un excelente timbre vocal. También allí se hizo conocer Gloria Valencia de Castaño, quien posteriormente se dedicaría a trabajar en la televisión. Antiguos colaboradores de la Radio Nacional se vincularon a la HJCK y por lo tanto puede afirmarse que esta nueva emisora fue la hija de aquella, pues su alta calidad es muy similar a la impuesta por la vocera radial gubernamental.

La HJCK ha desarrollado paulatinamente un plan de modernización de sus equipos técnicos, que culminó en 1981 con el cambio al sistema de transmisión de F.M. estéreo, abandonando en forma definitiva la banda de Amplitud Modulada A.M. Adicionalmente a su labor divulgativa, que incluye la publicación de un boletín quincenal de programación, la HJCK tiene una colección discográfica que rescata ejemplos históricos con testimonios en la voz de nuestros escritores y críticos. También ha formado un archivo de la palabra, que guarda las voces de los más eminentes colombianos relacionados con la literatura y el arte, el cual sirvió de base para la formación de la colección de la Casa de Poesía Silva de Bogotá.

La programación culta de la Radio Sutatenza, que se liquidó, llegó a competir seriamente, en la época de su mayor auge, con la Radio Nacional y la emisora HJCK.

Por otra parte, en 1935, con motivo del Congreso Eucarístico Nacional, la entonces llamada Orquesta Sinfónica Nacional ofreció un concierto al aire libre en Medellín, dirigido por Jorge Lalinde, quien sería más tarde un destacado ingeniero químico y compositor de concierto; el concierto fue transmitido por La Voz de Antioquia. Hacia 1944, Hernando Téllez fue el organizador de los Conciertos Glottmann, en los que la Orquesta Sinfónica Nacional, antecesora de la actual Orquesta Sinfónica de Colombia, ofrecía audiciones auspiciadas por una importante empresa comercial, cuyas boletas eran distribuidas gratuitamente para asistir al Teatro Colón, y luego al Teatro Colombia de Bogotá, donde los maestros Otto y León de Greiff explicaban las obras a los asistentes; los conciertos eran transmitidos al aire, en forma simultánea, por la Radiodifusora Nacional de Colombia y La Voz de Colombia.

ETAPA INTERMEDIA

Los más destacados hombres de radio se han consolidado en emisoras de Medellín y Bogotá, aunque muchos comenzaron a surgir en la provincia, como es el caso de Julio Nieto Bernal. Por ser polos de atracción, Bogotá y Medellín han contado siempre con radiodifusoras que establecen innovaciones de programación y muchas de las radios pequeñas han sobresalido por su originalidad.

Radio Santa Fe de Bogotá, cuyo lema es «Aquí y en todas partes», ha sido la cultora de la música popular colombiana del interior, como antes había tratado de hacerlo Jorge Añez con Ondas del Tequendama. Radio Santa Fe fue la impulsora de las obras de Emilio Sierra y de bastantes conjuntos de instrumentos de cuerdas; ha quedado en la memoria de los bogotanos la famosa *Hora de los novios*, animada por el popularísimo "Don Ruby", pseudónimo de Jorge Reyes Corzo. Durante muchos años, el excelente pianista Oriol Rangel, los Hermanos Martínez, Jaime Llano y el conjunto del maestro Hernando Rico Velandia, para no citar sino a tres conocidos grupos musicales, llevaron a través de sus ondas el mensaje sonoro nacional al centro de Colombia.

El radiodifusor costeño Enrique Ariza popularizó en el interior de la nación, hacia 1947, la sabrosa y caliente música popular del litoral atlántico, a través de su escuchada *Hora costeña*, que se emitía en Bogotá. Ariza sería más tarde uno de los propietarios de la Emisora Mil Veinte, junto con Gustavo Uribe Torschmidt y Rafael Moreno. Al retirarse de esa empresa, fundó Radio Kalamary en Barranquilla. En la Emisora Mil Veinte, comenzó a surgir el gran comunicador Carlos Pinzón, quien implantó el sistema de emitir una pareja de discos diferentes bajo la denominación de "los dos pegaditos".

Emisora Suramérica en Bogotá, por intermedio de la voz y libretos de Miguel Angel Díaz, ofreció durante largos años el programa dominical *Pastas Gallo y la Opera*, espacio que enseñó a toda una generación a disfrutar del encanto de este género musical.

La Voz de Medellín, orientada por Roberto Ramírez Gaviria, hermano del propulsor de la Emisora Nueva Granada, llevó como colaborador a Fernando Gutiérrez Riaño. Por sus ondas pasaron, entre otros, "Montecristo", la familia Ughetti, Juan Eugenio Cañavera, el maestro Pietro Mascheroni, Berenice Cháves, Alberto Granados, Luis Dueñas Perilla y Luis Lalinde Botero. Fabricato y un grupo empresarial antioqueño ingresaron luego como socios, con lo cual los más importantes industriales de Medellín entraron de lleno en la actividad radial, unos alrededor de Caracol y otros asociados con RCN.

La programación de La Voz de Medellín era muy variada; allí, el veterano Hernando Téllez presentaba su espacio *Serenata del mediodía*, y en sus micrófonos se inició profesionalmente el conjunto "Los Estudiantes", compuesto por Emeterio, Felipe y Rufino Duque.

En cuanto a la radiodifusión educativa, a raíz de los positivos logros de las emisoras universitarias de Medellín, monseñor José Joaquín Salcedo, radioaficionado desde 1947 y vicario cooperador del pueblo de Sutatenza, fue autorizado en 1948 por el ministerio del ramo para hacer funcionar una estación rural radiofónica de carácter cultural. Al año siguiente, le fue permitido elevar la potencia del transmisor a un kilovatio y así organizó las Escuelas Radiofónicas de Radio Sutatenza y la Acción Cultural Popular. Con la ayuda de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), consolidó sus emisoras, que operaron el grupo de transmisores de carácter privado más potente. Creó dos redes: la básica, dedicada a las escuelas radiofónicas, y otra de carácter competitivo, pero cuando su programación dejó de ser eminentemente culta y adquirió un carácter popular y comercial, perdió los auxilios gubernamentales, por lo que debió clausurarlas. Sus equipos técnicos y parte de las edificaciones de Bogotá, fueron adquiridos por Caracol en 1989, con los cuales la Cadena Radial Colombiana empezó a transmitir en onda corta, para llevar su programación a los compatriotas residentes en el exterior.

EL PRESENTE

Modificaciones de la programación

Los grandes cambios en las costumbres y la cultura, experimentados por el país en estas últimas décadas, se han reflejado en la radio. El adelanto tecnológico ha sido prodigioso; naturalmente la programación radiofónica ha variado y en muchos casos, por desgracia, su calidad intelectual ha desmejorado, pues ha sufrido la influencia creciente de la televisión.

La variada programación radial que antes se desarrollaba en vivo en los radioteatros prácticamente ha desaparecido. Si tomamos, por ejemplo, el humorismo, vemos que recientemente fueron muy populares los programas *Hogar, dulce hogar* de Víctor Mallarino, *Los chaparrines*, *La simpática escuelita de doña Rita*, *El tremendo juez y la tremenda corte*, las apoteósicas presentaciones de Emeterio y Felipe "Los Tolimenses", *El programa de Hebert Castro* y otros muchos espacios que se originaban frente al público.

Pero esta etapa radiofónica pertenece al pasado, y ya no es lo mismo escuchar los programas de "Montecristo" o el *Manicomio de Vargasvil*, donde se aprecia que los aplausos y risas son grabaciones.

En este campo, merece un justo tributo Humberto Martínez Salcedo, un excelente comunicador, abogado de profesión, magnífico locutor, finísimo humorista, quien se distinguió por su extraordinaria versatilidad para la imitación de voces. Durante muchos años mantuvo, contra viento y marea, diferentes programas de crítica, los cuales fueron efímeros por las continuas sanciones impuestas por las autoridades ante los ácidos comentarios que allí hacía sobre el manejo del país. Recordamos *La cantaleta*, *La Tapa*, *El Duende* o *El Corcho*, que se emitieron en varias emisoras bogotanas pertenecientes a diferentes sistemas de cadenas radiales o en radiodifusoras independientes. Martínez Salcedo murió repentinamente en 1986, cuando estaba en plena madurez creativa; su pérdida para la radio colombiana ha sido irreparable.

Es conocida una anécdota de la época en que Humberto Martínez Salcedo era locutor de planta en la Radiodifusora Nacional de Colombia: en un momento en que se estaba pasando al aire un discurso pregrabado del presidente Alberto Lleras Camargo, durante su segunda administración, la cinta magnetofónica se estropeó en la mitad de la transmisión; como Lleras Camargo no acostumbraba a realizar improvisaciones y todos sus discursos eran leídos, una copia del texto acompañaba a la grabación, entonces, Martínez Salcedo tomó la copia y continuó leyéndola imitando impecablemente la voz del primer mandatario; así, sin que nadie notara la suplanta-

ción, el mensaje se difundió en forma completa a todo el país.

Actualmente, los programas vivos de música no son originados en los radioteatros. Los equipos móviles sólo se desplazan a Ginebra (Valle) y a Valledupar para transmitir anualmente los famosos Festival del Mono Núñez y el Festival Vallenato, respectivamente; cuando hay eventos similares, las emisoras envían sus transmóviles hasta el lugar donde se celebran. Una notable excepción a esta práctica fue el evento auspiciado por RCN en junio de 1991, para escoger "Las cien mejores canciones colombianas", en el cual, gracias al interés de Alberto Upegui, se logró agrupar a miles de asistentes, demostrando que a nuestro público le encanta la auténtica música nacional.

En cuanto a las actividades deportivas, las cadenas radiales promueven competencias, entre las que se destacan las relacionadas con el ciclismo, especialmente el Caracol de Montaña y el Clásico RCN, eventos que acaparan la atención de la radioaudiencia nacional. Así mismo, las transmisiones dominicales de fútbol profesional, las olimpíadas mundiales, los campeonatos suramericanos de atletismo, los Juegos Atléticos Nacionales, las copas mundiales de fútbol, los partidos internos de baloncesto y voleibol, las temporadas de toros, en las que se distinguen los comentarios de Fernando González Pacheco, junto con emisiones más locales como el boxeo y la "pelota chica" en la costa atlántica, son muestras de las transmisiones deportivas a control remoto que efectúan nuestras emisoras.

Las radionovelas pasaron de moda, al igual que muchos programas humorísticos, que ahora sólo se emiten esporádicamente. Los espacios culturales son mínimos y se les asignan los tiempos de menor audiencia. En cambio, es muy usual que todas las emisoras promuevan la venta de discos y acostumbren celebrar concursos entre los oyentes para rifar ejemplares de grabaciones que están de moda. Adicionalmente, Caracol posee su sistema de Radio Reloj, que ofrece música popular acompañada de la hora, propaganda y la emisión de mensajes sobre servicios sociales. Así mismo, esta cadena ha venido operando desde hace unos años a Radio Recuerdos, cuya programación básicamente consiste en música popular de origen mexicano, argentino y similar, siguiendo en una forma parecida la programación que implantó hacia 1950 la Radio Metropolitana de Bogotá.



Portada del Boletín de Programas de la Radiotelevisora Nacional, 1959.

Bachillerato radial y emisoras religiosas

La Radiodifusora Nacional de Colombia, en asocio del Ministerio de Educación Nacional, desde hace algún tiempo ha puesto gran empeño en ofrecer los cursos de enseñanza primaria y bachillerato por radio, como una modalidad de la "pedagogía a distancia"; los cursos tienen gran acogida y multitud de emisoras de provincia, gracias a un servicio de transcripciones grabadas, los retransmiten en diferentes horarios y diversas zonas.

Al mismo tiempo, las emisoras han servido para divulgar tesis religiosas; en el pasado, los papas Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y el actual pontífice, Juan Pablo II, han hecho llegar su voz para la radio colombiana. En 1949, se emitió desde Cali el mensaje que Pío XII preparó para el pueblo colombiano con motivo del Congreso Eucarístico. En el Congreso Eucarístico Internacional de 1968, el papa Pablo VI vino a Colombia e inauguró las nuevas instalaciones de Radio Sutatenza; sus homilías fueron transmitidas por la radio colombiana. Anteriormente, en 1960, el papa Juan XXIII se dirigió a los colombianos, cuando monseñor Salcedo inauguró su primer transmisor de 50 kilovatios.

Dos emisoras se fundaron en Bogotá para adelantar una labor apostólica de carácter católico: La Voz de María y Emisora Mariana, creadas en 1950. En otros lugares del país hay emisoras con una orientación similar, que dependen de las diócesis y parroquias. Además, en la Radiodifusora Nacional de Colombia, en 1957, el sacerdote Rafael García Herreros presentaba su programa *El Minuto de Dios* y el entonces padre José Joaquín García Ordóñez ofrecía dominicalmente su *Crónica religiosa*. En Radio Sutatenza, el presbítero Roberto Mora Mora emitía al mediodía sus *Charlas con la familia*.

Los protestantes de diversas tendencias, gracias al nuevo espíritu de tolerancia religiosa que vive el país, han entrado decididamente en la última década a exponer sus mensajes, llegando a adquirir varias emisoras en las principales ciudades para divulgar sus puntos de vista.

La mediana industria radial

Teniendo en cuenta el gran cubrimiento de los dos sistemas principales de cadenas radiales, las emisoras medianas y pequeñas se han agrupado en organizaciones similares que persiguen los mismos fines. Han surgido muchas instituciones de esta clase, algunas de las cuales continúan laborando. Entre todas ellas, recordamos a Cran, Melodía, Sonar, Unión Radio, Radio Cadena Independiente, Coral y Super, cuyo lema de los espacios informativos sostiene: «Si lo dijo Super, póngale la firma».

Merece una mención especial el Circuito Todelar, fundado en 1953 por Bernardo Tobón de la Roche, un prestigioso hombre de radio caldense, que organizó su cadena bautizándola con una sigla formada por las primeras sílabas de sus apellidos. Esta organización es la tercera en importancia del país y su sede está en Cali, cuya principal emisora es La Voz de Cali; el lema identificativo sostiene: «Todelar, lo moderno en radio» y los pilares de la organización son, además de la emisora base de Cali, Radio Continental de Bogotá, La Voz del Río Grande de Medellín, Emisoras ABC de Barranquilla y Emisoras Fuentes de Cartagena. Como el resto de las principales cadenas colombianas, también Todelar emplea tres bloques principales, con programación especializada. En música, tiene sistemas de aires caribeños, baladas para la juventud y las creaciones de tipo popular en general. Así mismo, cuenta con espacios noticiosos e in-

formativos, fuera de las emisoras deportivas.

Frecuencia Modulada

Este sistema de transmisión ofrece una excelente calidad sonora, pero tiene la desventaja de que sus ondas sólo llegan hasta donde lo permite una línea visual, lo cual limita bastante su zona de cubrimiento. Inicialmente, los equipos de Frecuencia Modulada (F.M.) servían para emitir desde los estudios hasta los transmisores, ya que garantizaban una mayor fidelidad que la ofrecida por las clásicas líneas telefónicas. Cuando se implementó el servicio de enlaces entre ciudades, los equipos de microondas F.M. sirvieron para ejecutar esta intercomunicación. Esta actividad radial específica está regida por el decreto 2985 de 1975, su decreto reglamentario 3418 de 1954 y la ley 74 de 1966.

Su crecimiento ha sido vertiginoso en la última década: en 1974, en Bogotá sólo existían cuatro emisoras de esa modalidad y una en Cali. En julio de 1990, existían unas cien radiodifusoras aprobadas de F.M., controladas por el Ministerio de Comunicaciones, el cual reemplazó en 1953 al antiguo Ministerio de Correos y Telégrafos. Actualmente en la capital de la República funcionan veinte emisoras de F.M. y la Radiodifusora Nacional de Colombia dispone de una red de emisoras de esta clase para ofrecer nacionalmente dicho servicio. La instalada en la ciudad de Leticia es autónoma, pues mantiene una programación independiente, y la ubicada en la isla de San Andrés está interconectada con la red nacional por vía satélite.

Es interesante comparar estas cifras con las emisoras de Amplitud Modulada (A.M.), que llegan, según los registros del Ministerio de Comunicaciones, a 410 radioemisoras diferentes, instaladas en todo el país. El cuadrante de Bogotá se encuentra totalmente saturado con 32 emisoras, una más que las existentes en 1974. RCN cuenta con 95 emisoras en toda la nación, entre propias y afiliadas. A Caracol la conforma una cadena de 122 radiodifusoras, en tanto que Todelar dispone de 79 radioemisoras.

Dentro del sistema F.M., en el caso bogotano, se encuentra la mayor concentración nacional de emisoras netamente culturales: sistema de F.M. de la Radiodifusora Nacional de Colombia, Musicar Stereo, Emisora de la Universidad Jorge Tadeo Lozano HJUT, Emisora HJCK, El mundo en Bogotá, Emisora de la Universidad Nacional de Colombia y Emisora Javeriana. Cabe resaltar que en nuestra capital la programación culta en A.M. presenta un panorama verdaderamente desolador, pues sólo se encuentra operando la Radiodifusora Nacional de Colombia.

Espacios informativos

El radioperiodismo colombiano ha sufrido un vuelco total en el último quinquenio. Los tradicionales noticieros de media hora de duración, que se difundían tres veces diarias, como el recordado *Reporter Esso* que popularizó la voz de Marcos Pérez, dejaron de presentarse en dicha forma. Fernando Gómez Agudelo trató en 1962 de sostener una emisora que únicamente emitiese noticias durante las 24 horas y organizó Emisoras El Dorado, cuyos estudios estaban en el aeropuerto de Bogotá, sin alcanzar las metas previstas.

Tanto Caracol, como Todelar y RCN han optado por darle una mayor importancia a los servicios noticiosos, iniciando así espacios informativos que duran tres horas continuas, los cuales salen al aire tres veces diarias. Juan Gossaín y Yamid Amat fueron los iniciadores de esta modalidad, donde, gracias a los satélites, cada cadena puede mantener corresponsales propios en las principales ciudades de Europa y América. La calidad del sonido es magnífica y en vista de tan óptimos resultados, tres cadenas han establecido redes nacionales de carácter deportivo. También organizan programas, manejados por expertos en muy diferentes actividades, para analizar temas hogareños, que son transmitidos en la mitad de la mañana y parte de la tarde, y destinados a las mujeres que permanecen en sus casas.

Por otra parte, la industria radial actual ha dejado de lado su tradicional labor divulgativa cultural, que ahora sólo cuenta con cortos programas en horarios nada atrayentes: las mañanas de los sábados y domingos. Quizás el espacio más antiguo de esta clase es la *Radiorrevista Monitor* de Caracol, fundada en 1953 por idea de Fernando Londoño Henao, presidente de esa cadena, y que organizaron Julio Nieto Bernal y Carlos Pinzón.

Ya está muy lejana la época de la transmisión del primer vuelo nocturno, organizada en 1938 por Antonio Henao Gaviria en Medellín, y promovida por La Voz de Antioquia. Esta hazaña culminó con éxito porque su organizador, desde la propia aeronave, solicitó radialmente la ayuda de los automotores de esa ciudad para que fueran hasta el aeropuerto e iluminaran con sus faroles la pista. En 1941 este pionero de la radio colombiana viajó hasta las inhóspitas selvas de Urabá para entrevistar a los indios katíos, hazaña que transmitió radialmente con un equipo emisor portátil. También debe recordarse a Pedro J. Calderón, jefe de publicidad de Coltejer, quien en la década de los años cuarenta realizó un viaje férreo de Medellín a Puerto Berrío pasando por el famoso túnel de La Quiebra, para luego embarcarse en un antiguo buque de vapor hasta Barrancabermeja, periplo que también se perifonió al aire por La Voz de Antioquia.

Más recientemente, en 1983, bajo el auspicio de *El Espectador*, se llevó a cabo la "Primera caracola del río Magdalena", en la que un grupo de periodistas remontó el río, en un moderno remolcador, desde Barranquilla hasta el propio nacimiento. Todo el trayecto fue cubierto por agua, por tierra, e inclusive por globo aerostático, explicándole a la radioaudiencia los problemas que afligen a los habitantes de las zonas ribereñas.

Bibliografía

Boletín de Programas del Instituto Nacional de Radio y Televisión. Bogotá, 1943-1970.

Candilejas. Revista de espectáculos. Director, Henry Holguín. Bogotá, años 80.

FAJARDO RAMOS, EMIRO. *Radio gentes de Colombia*. Bogotá, Litografía Don Bosco, 1974.

Micro. Director, Camilo Correa. Medellín, años 40 y 50.

Revista Postal y Telegráfica. Organo oficial de la Dirección General de Correos y Telégrafos. Bogotá, 1905-1945.

Teletexto. Organo informativo de Inravisión. Directora, Consuelo Mogollón. Bogotá, años 80.

TÉLLEZ BLANCO, HERNANDO. *Cincuenta años de radiodifusión colombiana*. Medellín, Bedout, 1974.

